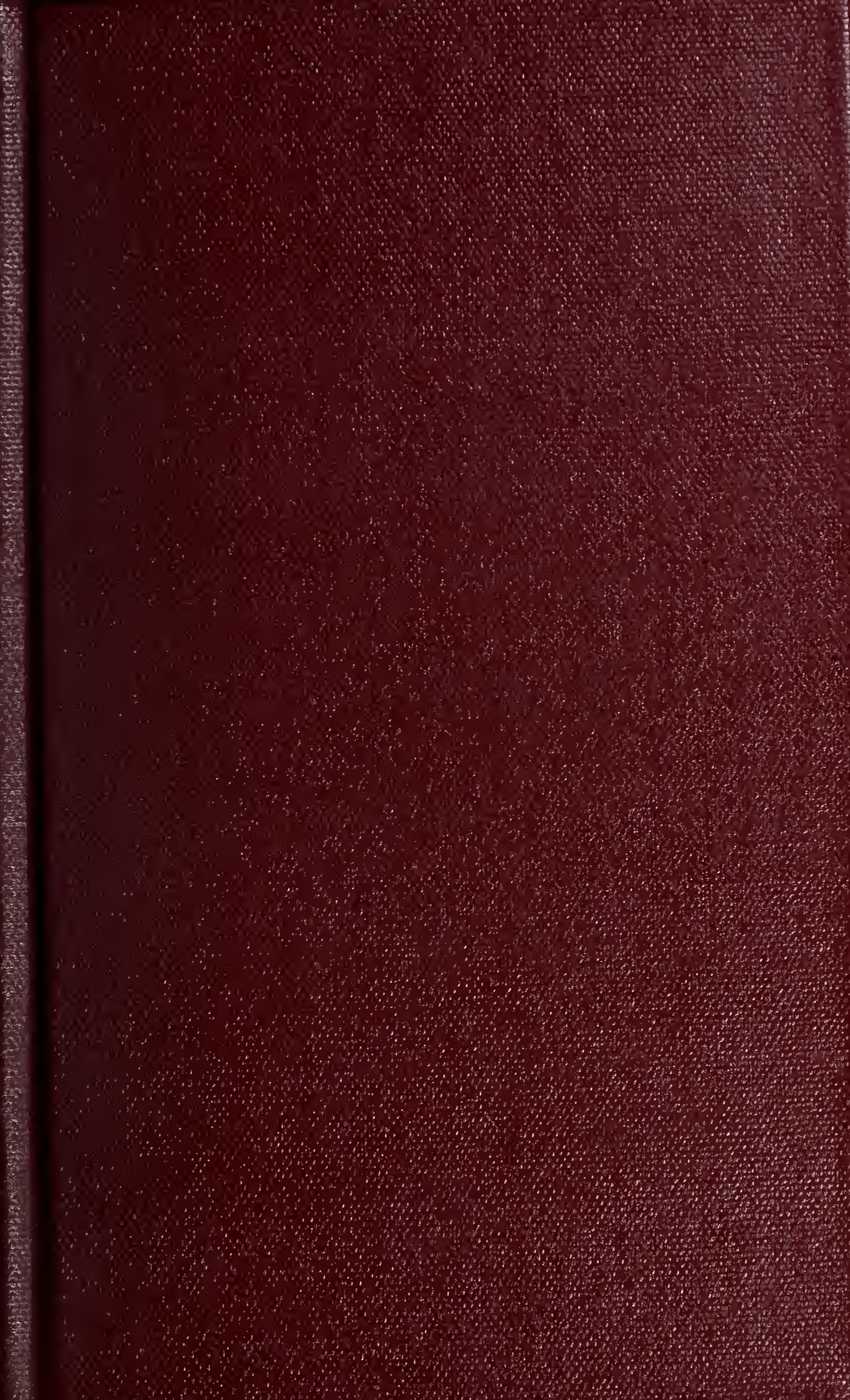



THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS



D. ANTº. GIL Y ZARATE.

OBRAS DRAMATICAS

DE

D. ANTONIO GIL Y ZARATE,

EDICION PRECEDIDA DE UNA NOTICIA BIOGRAFICA,

Y DADA A LUZ

POR

D. EUGENIO DE OCHOA.





PARIS.

BAUDRY, LIBRERÍA EUROPEA,

3, QUAI MALAQUAIS, AU PREMIER ÉTAGE,

CERCA DEL PUENTE DES ARTS.

1850

D. ANTONIO GIL Y ZARATE.

Acontecimientos hay de tan poderosa influencia en la carrera de la vida, que parecen como traidos de intento para servir de escollo á todos los cálculos de la razon, y á la prevision de la prudencia humana. En vano se afana el hombre por llegar á un punto que el porvenir le muestra en lejano término como único objeto de sus desvelos, como premio reservado á sus fatigas. Inútiles sus esfuerzos contra ese oculto poder que le desvia cada vez mas del objeto apetecido, lucha contra él sin fruto, á la manera que el náufrago desventurado apura sus cansadas fuerzas por asir la anhelada playa que desaparece de su vista, rechazado de ella por el ímpetu de las olas.

El dedo magnético del destino atrae á cada uno al punto designado por la providencia, señalándole el curso que ha de llevar en su afanosa carrera. Dudosa la suerte, incierto el porvenir, irresistible el embate de la fortuna próspera ó adversa, ninguno puede confiar en que hará mañana lo que hoy tiene pensado; en que su suerte será mas benigna ó mas desventurada; y ni podrá por lo mismo entregarse á una confianza ciega en la prosperidad presente, ni abandonar su corazon á las excitaciones aflictivas de un porvenir desconsolador modelado por sus actuales padecimientos.

Interrogad á los hombres; preguntad á cada uno ¿si es su destino presente el mismo que imaginaron cuando el primer albor de la razon vino á iluminar su entendimiento? ¡Cuán pocos dirán que sí! ¡Cuán pocos serán los que consultando su propio corazon, no se admiren de entrarse en situacion diametralmente opuesta á la que ni aun en el idealismo de sus propios delirios pudieron imaginar como posible! ¡Y cuántos mas á su vez volverán lastimados sus ojos al tiempo que fué, para dulcificar de algun modo sus pesares con el grato recuerdo de su antigua felicidad!

Esta continua fluctuacion del destino de la especie humana, orígen fecundo del placer y del dolor, del bien y del mal que constituyen la ventura ó la desgracia del individuo aislado, nada es en sí misma respecto de esa masa inmensa de seres que llamamos sociedad, cuyos intereses, las mas veces contrapuestos á los individuales, hallan por lo comun su incremento en aquello mismo que labra la desventura de un hombre, de una familia entera.

A esa continua fluctuacion, á esa versatilidad inconcebible de la suerte humana, son debidos en gran parte multitud de fenómenos no menos sorprendentes que ventajosos á las ciencias, á las artes, á la literatura, al comercio, á la industria. La accion de esa movilidad de la fortuna, desenvuelve en los hombres facultades adormecidas, designios anteriormente no meditados; y un nuevo ser, una nueva vida, cuya realidad es tambien un fenómeno para el mismo que los experimenta, vienen á reemplazar un ser y una vida dudosos en sus propensiones, equívocos en sus fines; porque no siempre es dado á cada individuo conocer perfectamente su vocacion ni el verdadero objeto á que debe dirigir sus conatos.

No pequeña parte de lo que acabamos de decir puede aplicarse al distinguido escritor,

objeto especial de estos desaliñados renglones. En ellos se verán trazados los principales sucesos de su vida en cuanto basten para ofrecer, no un retrato perfecto, sino un bosquejo que presente los principales caracteres del individuo como hombre social y como literato. Y en ellos se verá al propio tiempo la irresistible fuerza de ese destino que nos conduce á su antojo por donde los cálculos de la prevision humana no habian descubierto senda practicable.

Al pié de la nevada sierra que señala los límites de ambas Castillas, existe el pueblo de San Lorenzo del Escorial, humilde, pero envanecido con razon por contener en su recinto uno de los monumentos mas celebrados en la historia moderna de las artes; obra de la piedad y del orgullo de Felipe II, memoria perpetua de la famosa batalla de San Quintin. Hallábase allí el año 1793 la compañía cómica llamada *de los sitios*, y como individuo de ella el señor Bernardo Gil, actor muy estimable despues en los teatros de esta corte, cuando su esposa la señora Antonia Zárate, mas celebrada por su hermosura que por su mérito escénico, dió á luz un niño el dia 1º de diciembre. No bien salido de la niñez y despues de haber estudiado rudimentos de latinidad con un preceptor de Madrid, su padre le envió á concluir su educacion á un colegio establecido en Passy, á las inmediaciones de París. Allí, despues de hacerse dueño del idioma de su nueva patria, comenzó á dar pruebas positivas de su ventajosa disposicion para los estudios, y en particular para la poesía; causando no poca admiracion á los franceses el fenómeno singular de que un español hiciese mejores versos que ellos en un idioma para él enteramente nuevo. Si en esta confesion ingenua del señor Gil pretendiese alguno descubrir los estímulos de la lisonja propia, desechará muy pronto semejante idea al oirle confesar igualmente que aquella circunstancia provenia de haber casi olvidado el castellano, y ser entonces la lengua francesa el único idioma que hablaba. Aludiendo á su olvido de la lengua patria, le hemos oido referir una anécdota bastante chistosa, pero que nuestra pluma no acertará á trasladar al papel con la sencillez y candor tan propios del carácter del señor Gil. Entró en el colegio de Passy un maestro que tenia pretensiones de saber algo de castellano: quiso un dia que el jóven español, en vez de escribir la composicion en francés, lo hiciese en su lengua nativa. Dióle por asunto la descripcion de un baile; y hablando de una persona que á él asistia, pintaba su traje, entre cuyos componentes entraba el calzon corto, de rigurosa etiqueta en aquel tiempo. No hubo de agradar al maestro la palabra *calzon*, por parecerle de baja estirpe, y quiso que la sustituyese por otra de mas elevada alcurnia.

Apurado el jóven con este precepto, acudió á consultar con el único libro en castellano que algunas veces leia para no olvidar enteramente su lengua: este libro contenia las novelas de Cervantes. Acababa de leer y aun de traducir al francés la de *Rinconete y Cortadillo*, habiendo llamado mucho su atencion la palabra *zaragüelles* citada por Cervantes, como parte del traje de Monipodio. Nuestro jóven traductor, sin tener la menor idea de su forma ni de la clase de personas que los llevan, si bien concebia ser una cosa destinada á cubrir los muslos, y prendado por otra parte del sonido de aquella palabra, la puso en lugar de *calzon corto*, para formar el traje de un elegante en baile; y tanto el maestro como el discípulo, quedaron sumamente satisfechos de tan feliz hallazgo.

La aplicacion y progresos del señor Gil le hacian sobresalir entre sus compañeros de colegio; circunstancia que segun asegura él mismo, acompaña comunmente á los españoles educados en aquellos establecimientos, respecto de los jóvenes del propio país. Observacion digna de tenerse en cuenta cuando sea oportuno hacer uso de ella en otra clase de escritos.

Concluida su educacion en 1811, regresó á España el señor Gil, y hubo de dedicarse desde luego á recordar el idioma patrio que casi habia echado en olvido. En este tiempo tuvimos el gusto de contraer nuestras primeras relaciones amistosas, con motivo de ser condiscípulos en la cátedra de física experimental de San Isidro de esta corte, que con tan general aplauso desempeñaba el célebre don Antonio Gutierrez.

La época de la juventud, la época mas memorable en las páginas de la historia del hombre, ese período risueño de la vida, que abriendo las puertas á un porvenir lisonjero, colmado de placeres y de esperanzas, es para el hombre sensible y pensador la estacion de los amores y del estudio; esa época, en fin, en que el cálculo sobre lo futuro se estrecha y se refunde en la pasion por lo presente, llegó á dar nueva vida y movimiento á la viva imaginacion del señor Gil, y llegó tambien á dar principio á la volubilidad de la fortuna y al quebradizo fundamento sobre que estriban por lo comun todos nuestros juicios.

Las ciencias físico-matemáticas absorbian por entonces toda la atencion del señor Gil, porque con razon veia en ellas el inmenso campo abierto al entendimiento humano, dentro de los límites á que le redujo el supremo Hacedor del universo. Así, pues, lleno de esa idea grandiosa, y acaso con el designio de librar su fortuna en el estudio y profesion de aquellas ciencias sublimes, se entregó con ardor á ellas; y para adquirir su apetecida perfeccion, renunció en 1813 un pequeño empleo obtenido en la secretaría del ayuntamiento de Madrid, que desempeñó muy pocos meses, aviniéndose mal con una clase de ocupa-

ciones muy ajenas del espíritu investigador que á la sazon hacia sus delicias. Continuó pues hasta el año 1820 cultivando las ciencias con igual ardor que siempre, no solo en Madrid, sino tambien en París, á donde volvió de nuevo, y permaneció otros dos años con este solo objeto; como quien veia en ellas un patrimonio adquirido á costa de muchos años de trabajo y de considerables desembolsos, y con la esperanza de llegar algun dia á regentar una cátedra científica; mas no por eso descuidaba el estudio de las buenas letras: « Persuadido (dice él mismo) de que en el dia un matemático ó un físico, así á secas, es » un pobre hombre, y de que para propagar y vulgarizar las materias científicas se necesita » amenizarlas con los adornos de la literatura; estimulado además por el ejemplo de La- » place, Biot, Cuvier y otros, que siendo profundos en las ciencias, ocupaban un puesto » muy honroso entre los literatos, y brillaban por sus escritos; creí que debia adquirir » como ellos el arte de escribir con acierto. »

No se equivocó ciertamente al formar este juicio, tal vez nacido de un secreto presentimiento del destino que le estaba reservado; y tampoco podia extrañarse por lo mismo el placer con que á los estudios científicos agregaba el de las buenas letras, acaso en la época mas deplorable para la juventud española, como haremos ver en breves palabras.

Corria el año 1814. Aun resonaba en nuestros oidos el zumbido del cañon que acababa de tronar en las opuestas faldas del Pirineo, obligando á las huestes enemigas, mandadas por el mayor capitan que han conocido los siglos, á buscar amparo y seguridad en las fortalezas del otro lado del Garona. Una accion empobrecida, pero noble y orgullosa, vió invadido falazmente su territorio por ejércitos acostumbrados á contar sus conquistas por las batallas que ganaban. No avezada entonces á los combates, pero sobrado sensible para ver lastimado impunemente su orgullo y mancillada su antigua gloria, lanzó el grito de guerra, y se arrojó sobre sus invasores con aquella fiereza tan terrible en otros tiempos en los campos de Cerinola y del Garellano. Seis años de combates tras siglos de mengua y de continuo sufrimiento, despertaron en aquel pueblo la idea de su propia dignidad; y huérfano de su monarca, y tendiendo una mirada desconsoladora sobre los males que le agobiaban, procuró atajar el daño por los medios indicados á la sazon en gran parte de los estados europeos. Inexperto en las teorías de gobierno, y dando cabida á los desórdenes que la licencia introduce á favor de las novedades, poco hubieron de hacer los enemigos de toda innovacion contraria á sus intereses privados, para arrancar la completa abolicion de todo lo hecho durante la guerra, de los labios de un monarca igualmente inexperto, pero lleno de suspicacia y temor, que volvia sin embargo al seno de sus pueblos entre sinceras aclamaciones, arrancadas por su entusiasmo guerrero, y por el amor que los de España han profesado siempre á sus reyes.

El famoso decreto de 4 de mayo, sofocó por entonces las ideas liberales, que muy pronto habian de estallar con mayor pujanza, cuanto era mayor tambien la violencia con que se presumió reprimirlas. Esa violencia, fruto de una política falsa en sus bases, errónea en su objeto, incierta en sus resultados, no solamente se extendió á las máximas de gobierno que la revolucion habia vulgarizado, sino que tendió tambien su brazo de hierro á todo linaje de ideas, á todo sentimiento noble y generoso. ¡A tal extremo de ceguedad conduce á los partidos la bárbara presuncion de querer imperar exclusivamente sobre el espíritu de las sociedades, modificado por el tiempo y la experiencia!

Todo habia enmudecido. Temerosos los vencedores de ver escapar de sus manos un triunfo tan fácilmente conseguido, la suspicacia política, en íntima union con la teocrática, no consentia expresar con libertad ni aun las tiernas emociones del alma, revestidas de las galas y atavíos de la poesía. Todo habia de pasar por el apretado tamiz de la censura ignorante y ridícula de un fraile ó de un leguleyo, que en cada palabra, en cada tropo, en cada pensamiento, creian hallar ideas depresivas de la religion y del trono. El sistema de estudios observaba una pauta semejante, modelado por el espíritu receloso y represivo que á la sazon dominaba, y no era pequeña concesion en almas tan apocadas, consentir la enseñanza de la física experimental en los estudios de San Isidro, si bien desempeñada por un jesuita *sub conditione*, y aplicando el correctivo de un resúmen de la pasion y muerte de N. S. J. C., por introduccion preparatoria, al estudio de una ciencia que, como las demás cuya base es la naturaleza, estaba incluida en el número de las que conducen al materialismo.

Empero semejante remedio era ineficaz y tardío. Aquella juventud no avezada á las revoluciones, habia escuchado acentos nobles y generosos; habia visto caer á sus piés la máscara hipócrita que encubria á los antiguos opresores del entendimiento humano; y alentado su corazon é inflamada su fantasía con las puras y desinteresadas ideas de un órden mas elevado y sublime, apacentábanse con ellas en el seno de la amistad, como el avaro recuenta sus tesoros en la oscuridad de su retiro, recelando una mirada furtiva que descubra su riqueza.

En aquella época, pues, de angustia y sobresalto; en aquella especie de paréntesis en

la civilizacion española, varios jóvenes sedientos de saber, cuyo pensamiento no podia ceñirse á la mezquina escala de sus opresores, concibieron el laudable proyecto de formar una sociedad literaria, en donde el estudio de los buenos modelos y la misma comunicacion de ideas, aumentase el caudal de las adquiridas por cada asociado. Miembros fueron de esa especie de academia literaria don Antonio Gil y Zárate y el que escribe estos renglones.

Allí, lejos del rugido de las pasiones; sustraidos por momentos al terrible azote que afligia á la sociedad; con el alma entusiasmada y la imaginacion enardecida; se entregaban aquellos jóvenes en brazos de su propia inspiracion, sin temores ni recelos; y las composiciones de diversos géneros sometidas por ellos mismos á sus recíprocas censuras, les sirvian para llegar á conocer sus desaciertos, y por su medio el camino de la perfeccion. No reinaba allí ciertamente ese desvanecimiento pueril que tan fácilmente malogra ingenios privilegiados: ninguno se juzgaba superior á los demás; ninguno esquivaba la censura ajena; y ninguno, en fin, se dejaba dominar de la necia presuncion de que los ensayos del ingenio hechos en la primera juventud, sin el tino y madurez que solamente se alcanzan con los años estudiando en el gran libro del mundo, debieran salir jamás del humilde albergue de la cartera, para pretender ilustrar al universo entero. La modestia era el principal distintivo de aquella sociedad literaria: la modestia es cabalmente la prenda que mal realza el carácter del señor Gil, uno de los individuos mas aventajados de la misma.

Mas ese apacible remanso desde el cual solamente escuchábamos á lo lejos el violento bramido de la política, no bastó para preservarnos de un próximo naufragio. Aquella reunion, tan incauta como inofensiva, ¡quién lo creyera! se hizo sospechosa á los ojos suspicaces de la policia inquisicional del celebérrimo Chavarri, quien, á fuer de fiel servidor de sus dignos patronos, meditó sin duda un golpe de mano contra aquellos jóvenes, cuyo imperdonable crímen consistia en su mismo deseo de saber. Afortunadamente para ellos, una mano benéfica les anunció el peligro por medio de un anónimo, que hubo de repetir otra vez, porque nuestro jóvenes académicos despreciaron el primero, no creyendo llegase á extremo tan risible la suspicacia de los gobernantes. Así lograron disipar estos aquella reunion literaria, verdadero anacronismo en la historia de esos años de opresion y de ignorancia. Referimos este suceso para que nuestros lectores puedan formar alguna idea aproximada de los infinitos obstáculos que hubo de vencer el señor Gil, así como toda la juventud de aquel tiempo, para lograr adquirir los conocimientos mas indispensables; conocimientos que ahora consiguen los jóvenes sin esfuerzo alguno y por via de entretenimiento, llevados, casi á pesar suyo, al logro de sus deseos, á beneficio de multitud de escritos y de establecimientos de todas clases, en donde, sin percibirlo, adquieren crecido caudal de los mas útiles y ventajosos al aumento progresivo de la civilizacion y de la cultura. Volvamos ahora á tomar el hilo de nuestra interrumpida narracion.

No era llegado aun el tiempo en que el señor Gil se viese obligado, por incidentes de la fortuna, á divorciarse de las ciencias, y á dar nueva direccion á sus facultades intelectuales. Todavía le lisonjeaba la esperanza de verse enlazado con ellas durante su vida, disfrutando del reposo y felicidad que tan solo en el exámen y contemplacion de los fenómenos de la naturaleza, puede hallar cumplidamente el hombre dotado de sensibilidad y de honradez. Mas sin embargo, ya entonces comenzaba á reproducirse en su ánimo aquella secreta tendencia que en el colegio le indujo á construir pequeños teatros para hacer comedias por medio de figuritas, y á escribir piececitas cortas, ya de invencion, ya imitadas de otras que veia en los teatros. Por los años del 15 al 20, hizo tambien, aunque en mayor escala, diversas traducciones dramáticas, que se ejecutaron en el teatro de la Cruz, poco limadas en verdad, por cuyo motivo jamás ha querido engalanarse con ellas incluyéndolas en el repertorio de sus tareas literarias. Mas su perseverancia en el estudio de las ciencias no habia sufrido detrimento alguno por esa nueva tendencia literaria: al contrario, habíase robustecido su constancia en ellas con la próxima esperanza de ocupar una cátedra de física que se proyectaba establecer, entre otras, en la ciudad de Granada por el ministerio de Hacienda. Empero la revolucion del año 1820 destruyó este proyecto, y con él las esperanzas del señor Gil.

Aquel memorable acontecimiento, consecuencia inevitable de la mal calculada reaccion del año 1814, echó por tierra los frágiles cimientos de un edificio monstruoso, construido en ese año funesto con materiales carcomidos, cuyo ruinoso aspecto solamente podia ocultarse á los ojos fascinados de quienes movidos por el ciego instinto del interés privado, desoian los consejos de la experiencia y la voz de la conveniencia general. Aquel suceso, que puso á la monarquía á borde del precipicio, abria una nueva era de esperanzas para los unos, de temores para los otros, de desasosiego y de inquietud para todos. Los cálculos sobre lo pasado no tenian aplicacion para lo presente: las circunstancias, los hombres, las cosas, todo habia cambiado de aspecto. Era preciso, pues, comenzar nueva vida, renunciar á proyectos anteriores, y abrir nuevo y desconocido sendero por donde dirigir

sus pasos hasta encontrar la estabilidad y bienestar, ofrecidos en perspectiva allá en el fondo de confusa y oscura lontananza.

En esta duda, en tan penosa incertidumbre, cuando el auxilio de la razon es un peso que embaraza y embarga el entendimiento, forzoso es dejarse llevar por los sucesos mismos, y seguir esa especie de predestinacion contra la cual es impotente el esfuerzo del hombre. Así lo hizo el señor Gil: escrito estaba que habia de servir un empleo, y renunciar para siempre al trato y comunicacion con las ciencias, aun cuando hubiese de llegar un dia en que ni aquel ni estas fuesen ocupacion especial de su talento. Precisado pues á servir un empleo, obtuvo el de escribiente del ministerio de la Gobernacion, donde ascendió á oficial del archivo.

Poco le duró ese breve tránsito desde sus antiguos gustos y aficiones al nuevo campo de los negocios públicos, en donde entraba, como á pesar suyo, volviendo la vista al pacífico y sosegado de las ciencias y letras, incesante objeto de sus tareas y desvelos. La violenta reaccion política del año 1823 volvió á confundir nuevamente todos sus cálculos, á robarle todas sus esperanzas, y á no permitirle formar proyecto alguno que ofreciese un porvenir estable y halagüeño. En semejante incertidumbre, agoviado por el tedio y la ociosidad, sin gusto para los estudios graves, imposibilitado de regresar á Madrid por haber sido oficial de la milicia nacional, y no pudiendo menos de permanecer en Cádiz, único asilo que á la sazon podian hallar los partidarios de las ideas liberales, comenzó á dar rienda suelta á otro linaje de conocimientos que corriendo dias y ayudados de su ingenio, habian de servirle para hacer frente á los desmanes de la fortuna, y aumentar al propio tiempo el lustre de la literatura castellana. Siguiendo pues el primitivo impulso que en 1816 le obligó á escribir en ratos ociosos una comedia, titulada *la Comico-mania*, con objeto de criticar las comedias caseras, y otra en 1822 con el título de *la Familia catalana*, en que se propuso pintar los tristes efectos del encono de los partidos, y que por último inutilizó en Cádiz, compuso en esta ciudad otras tres bien conocidas del público, cuyos títulos son: *el Entremetido*, *Cuidado con las novias*, y *Un año despues de la boda;* la primera en prosa y las otras dos en romance asonantado. Aquella se representó en Madrid en 1825, todavía ausente el autor, y estas en 1826 cuando ya habia obtenido licencia del gobierno para regresar á la corte.

El período comprendido desde 1824 al 33, notable bajo muchos aspectos, ya se le considere como un cuadro político en que no pocos aciertos aparecen manchados por multitud de errores, ya se le mire como época de transicion en la serie de reacciones inevitables en las revueltas políticas de un estado, fué todavía mas señalado y notable por el apocamiento, miseria y postracion en que llegó á verse nuestra literatura, y con especialidad la poesía dramática. Aquel período, pues, al cual se vió tan estrechamente unida la mala suerte de nuestro teatro, no podia menos de influir de una manera eficaz en la conducta literaria de los que para él escribian, con mas arrojo que esperanza de un éxito favorable. Por esta razon y por hallarse enlazados con aquella época los nombres de don Manuel Breton de los Herreros y don Antonio Gil y Zárate, juzgamos oportuno dar aquí una ligera idea del estado de nuestros teatros al fallecimiento del último monarca.

No tomaremos por punto de partida de esta breve y suscinta narracion, la historia de la decadencia de nuestra literatura dramática en el siglo XVII; la tiránica tutela que sobre ella ejercieron en el XVIII los teatros francés y aleman; ni la inutilidad de cuantos esfuerzos han hecho algunos amantes de nuestra literatura, por levantarla del abatimiento en que la hemos visto durante el primer tercio del siglo presente. Semejante empresa, si bien muy interesante para los fastos político-literarios de nuestra patria, seria ajena por su extension del objeto que llevamos al escribir estas líneas.

Tras largo tiempo de decadencia literaria, despues de la invasion de una nueva escuela formada sobre los modelos literarios de la antigua Grecia, adulterados con el espíritu razonador, galante y afectado de la corte de Luis XIV; apareció en España la secta de imitadores y traductores, que por desgracía todavía prevalece, y nuestro teatro abandonó la principal cualidad que pudiera envanecerle, la originalidad. En los últimos años del siglo pasado se enseñorearon de la poesía cómica y de la escena, dos hombres célebres, cuyos talentos eminentes hubieran podido saciar el orgullo español, si en época mas afortunada florecieran: hablamos de Moratin y Maiquez. Ambos conocieron el corazon humano; ambos fueron fieles intérpretes de sus sentimientos, de sus debilidades y miserias: mas el primero desalentado, sin suficiento estímulo para entrar de lleno en la brillante carrera á que su ingenio le conducia, escribió para satisfacer los estímulos de su amor propio, labró su reputacion literaria, y satisfecha esa necesidad moral de los hombres, enmudeció para siempre; y pobre y abatido por la desgracia, buscó el reposo del alma y el descanso eterno del cuerpo en una tierra extranjera. El segundo, cubierto de laureles que nadie le ha disputado todavía, sin recompensas ni aun materiales, atropellado, desterrado y empobrecido, debió tan solo á la piedad cristiana el último albergue que ofrece la tierra aun á los que sobre ella pasan sin nombre y sin gloria. La desapa-

ricion de estos dos mantenedores del antiguo renombre de nuestro teatro, acabó por hundirla en la nada.

No podia suceder otra cosa. Al restablecerse la monarquía absoluta en 1823, creyeron sus sectarios que la estabilidad y firmeza de su triunfo dependia de la adopcion de un sistema moral restrictivo, capaz de contener el ímpetu de las ideas novadoras del siglo. ¡Ridículo empeño por cierto, el de oponer á la violencia de un torrente, montones de escombros de un edificio derruido por la mano destructora del tiempo! Y como si fuera posible olvidar lo que lisonjea el ánimo, ó renunciar esperanzas que la experiencia no ha convertido en desengaños, los vencedores del año 23 llegaron á lisonjearse con el silencio de los vencidos, y á considerar como cambio de ideas lo que no era otra cosa que un disimulo forzoso para no despertar la ira implacable de un poder intolerante.

Apoyo formidable de ese poder fueron las censuras civil y religiosa por donde habian de pasar todas las obras del talento y de la imaginacion, encomendadas á la imprenta; y fácil será concebir que las composiciones dramáticas, mas influyentes que otras por su doble efecto en la lectura y en la escena, no serian las mejor libradas en la severa y minuciosa inspeccion que habia de purificarlas antes de ver la luz pública. Y así era en efecto. El señor Gil y Zárate en la biografía que ha escrito del señor Breton de los Herreros, presenta varios hechos para patentizar la vergonzosa y degradante humillacion por donde habian de pasar los mas esclarecidos ingenios, obligándolos á someter sus producciones á la estúpida censura del famoso P. Carrillo, fraile Victorio, célebre en los fastos de esa época menguada para las letras españolas. Era, pues, de inferir que habiéndose entregado el señor Gil á la poesía dramática, como recurso indispensable para atender á su subsistencia, le alcanzaria de igual manera que al señor Breton y demás escritores de aquel tiempo, la férula frailesca del reverendísimo padre. No pudo menos, pues, de pagar el debido tributo á la época; y la siguiente anécdota, copiada literalmente de un artículo biográfico del señor Gil, escrito por don Antonio María Segovia, é inserto en la coleccion de *Escritores contemporáneos*, dará completa idea del carácter del P. Carrillo y del criterio y temple de sus censuras. Dice así: «En 1827 tradujo (el señor Gil) la tragedia de *D. Pedro de Portugal*, que se representó en el teatro de la Cruz, no sin haber tenido que vencer grandes inconvenientes por parte de la censura. Ejercia esta en lo eclesiástico el célebre *padre Carrillo*, á cuya vergonzosa ignorancia parece como que se quiso dar fama eterna, cometiéndole encargo tan impropio de su estolidez, cuando el señor Gil presentó su *Rodrigo*, primera tragedia original. Repugnóla el censor; quiso el autor empeñarle con recomendaciones poderosas; desairólas aquel; volvió este á abogar por su obra, oponiendo á la severa crítica del fraile un argumento á que otras veces habia cedido; argumento no conocido de los dialécticos, pero sí de los escritores madrileños que habian de habérselas con el P. Carrillo, y era... en una palabra... un bote colmado de exquisitísimo rapé. Pero ¡oh prodigio! La rectitud del censor se hizo esta vez superior al rapé como á las recomendaciones, y manteniéndose inexorable, se determinó á resistir heróicamente que saliese á la escena el último monarca de los godos; porque decia el buen religioso: *Aunque en efecto haya habido en el mundo muchos reyes como don Rodrigo, no conviene presentarlos en el teatro tan aficionados á las muchachas.* Esta anécdota como otras muchas muy sabidas en Madrid, da idea de lo que se llamaba censura en aquel tiempo... Pocos, muy pocos podrian conservar aliento contra tantos obstáculos: Don Antonio Gil fué uno de ellos: tradujo otras dos tragedias, y la censura no solo las prohibió, sino que (trabajo cuesta el creerlo) ni aun quiso jamás devolverlas al autor. Eran sus títulos *Artajerjes*, y *el Czar Demetrio.* La misma suerte tuvo de allí á poco *Blanca de Borbon*, otra tragedia original.»

No se limitan á estos solos hechos los títulos de oprobio con que tuvo la gloria de cubrirse la censura de aquellos años. Pudiera perdonarse á la suspicacia de quienes miraban un enemigo, un conspirador en cada hombre capaz de escribir para el público, el estar en continuo acecho de cada idea, de cada palabra que pudiese despertar pensamientos atrevidos, ó deseos contrarios al órden de cosas establecido. Pero extender esa misma suspicacia á las obras de nuestros antiguos escritores, cercenarlas, mutilarlas, y obligarlos á decir lo que nunca pensaron, reservado estaba únicamente á los que equivocando los mas luminosos principios de la sana razon y de la política de los gobiernos, labran á un tiempo su propia ruina y la de la sociedad que tuvo la desventura de ser por ellos gobernada. Hable por nosotros la *Coleccion de comedias escogidas de nuestro antiguo teatro*, publicada en aquel tiempo; y las innumerables supresiones y lagunas con que se desfiguró su texto depondrán de nuestra verdad, haciendo á la vez el panegírico de tan justa como memorable censura.

Con semejantes trabas, con el inmenso cúmulo de dificultades y aun de obstáculos, á veces insuperables, con que era forzoso lucharan cuantos á la sazon se veian acometidos del insensato deseo de escribir para el público, era imposible dejasen de sucumbir á tan continuada pugna, y menos evitar que un mortal desaliento viniese á reemplazar en su

ánimo la fervidez y entusiasmo de la imaginacion. Ese fué cabalmente el término que por entonces tuvieron las tareas literarias del señor Gil. Aburrido y desanimado, abandonó las musas dramáticas, conceptuando mas seguro y lucrativo dedicarse á la enseñanza de la lengua francesa en la escuela de Comercio del Consulado de esta corte, cuya cátedra obtuvo por oposicion en 1828. Allí, ya que no adquiriese ni utilidades ni renombre, vivia tranquilo y sosegado; y, cuando menos, se miraba exento de las impertinencias y sandeces del P. Carrillo.

Empero cuanto él ganó en paz y sosiego del ánimo, se convirtió en pérdida verdadera para nuestra literatura. El mejor, el mas fecundo de los períodos de la vida le pasó el señor Gil ocupado en su cátedra, y en otros negocios particulares que le proporcionaban la necesaria subsistencia.

Mientras tanto entregado el teatro á su propio destino, se alimentaba de traducciones, las mas veces hechas á destajo entre dos, tres ó mas traductores, y casi siempre sin eleccion, sin gusto, sin correccion en la frase, adulterando lastimosamente el lenguaje castizo, y lo que es peor, sin consultar las conveniencias sociales, ni el tipo característico de nuestra patria. El menor mal producido por esa irrupcion bastarda de extraña literatura, es el habernos constituido en tributarios de una escuela extranjera, renunciando á la gloria de la originalidad, y alejando la esperanza de poder aspirar á ella en muchos años. Humildes imitadores en lo político, en lo moral y en lo literario, de una nacion vecina, mas afortunada que nosotros, sin merecerlo, hemos copiado sus errores con mas fidelidad que sus aciertos; y nuestra sociedad modificada por ese resquemo de francesismo, tan solo presenta un compuesto mestizo en que toda clase de cualidades se encuentran retratadas, menos las esencialmente españolas. No pocos ven á través de esas modificaciones de nuestra nacionalidad la peregrina idea de una asociacion universal, mancomunidad de ideas y pensamientos; sueño fantástico, quimera irrealizable, tan efímera y vaga como la imágen de los objetos refractados en la linterna mágica. Y ¡desventuradas las naciones de segundo órden si semejantes ensueños llegaran á realizarse! No es tan solo por la via de las armas como verifican sus conquistas las naciones poderosas.

En semejante situacion, pocos atractivos y aun menores ventajas podia ofrecer el teatro al señor Gil, por grande que fuese su aficion á la poesía dramática: enmudeció, pues, para la escena, y dedicó su pluma á objetos de mas elevado interés, de importancia mas trascendental para la causa pública. A fines de 1832 entró de redactor en el periódico titulado *Boletin de Comercio*, variado despues su nombre en el de *Eco*, que al presente conserva. Bajo ambas denominaciones escribió el señor Gil crecido número de artículos sobre política, ciencias, administracion, literatura, teatros, etc., distinguiéndose en todos ellos por la sensatez y cordura que le caracterizan. Esta suma de conocimientos y no las oscuras intrigas de los partidos que ya en 1835 alzaron abiertamente sus cabezas, fueron causa de que el Gobierno le nombrase en 11 de abril de aquel año oficial del ministerio de lo interior, ahora de la gobernacion. Nuevo cambio en las ideas, en las inclinaciones, en los hábitos y hasta en la fortuna del señor Gil. Obligado pues, á causa de sus nuevas ocupaciones, á renunciar formalmente á todo proyecto literario, hubo de separarse del *Eco*, así como de toda tarea incompatible con el escaso tiempo que le restaba despues de llenar las funciones de su nuevo destino.

Mas no por eso dejó de volver la vista al antiguo objeto de sus afanes y desvelos; y robando momentos fugaces al descanso, dió al teatro en aquel mismo año la *Blanca de Borbon*, libre ya de las repulsas del P. Carrillo. Su éxito en la escena fué muy superior al que debia esperarse, atendidas las formas dramáticas de esa tragedia en completa oposicion con las nuevamente introducidas en el teatro.

Reinaba en este, con el orgullo y preponderancia de conquistador, el exagerado romanticismo, fruto de una reaccion provocada por el austero rigor y excesiva severidad de los preceptos clásicos. Las doctrinas de la nueva escuela en abierta pugna con las de la antigua, propendian, como es inevitable en toda emancipacion moral, á la licencia y desenfreno; porque nunca la naturaleza humana en esos primeros sacudimientos de su vigorosa pujanza, puede contenerse dentro de los justos límites de la prudencia: es forzoso para ello que las duras lecciones del desengaño la den á conocer el punto único en donde puede conservar el equilibrio sin riesgo de inclinarse á extremidades peligrosas. Aquella lucha era á la sazon encarnizada y tenaz. El código del buen gusto dictado por Horacio y sus discípulos sobre el texto de Aristóteles, acaso no bien interpretado, motivó los rígidos preceptos anunciados con toda solemnidad dogmática por la vigorosa pluma de Boileau, de La Harpe y Lemercier. Estrechóse en demasía el ámbito que á la imaginacion le era lícito recorrer, en términos de que esas precauciones tomadas con el objeto de evitar los extravíos de anteriores épocas literarias, se convirtieron en yugo opresor y tiránico.

Contra esa opresion y tiranía alzaron bandera Ducange, Hugo, Dumas, y sus imitadores. Mas como nunca una reaccion se contiene en justos límites, y el anhelo de recorrer un campo inmenso hasta entonces prohibido, es el mayor estímulo de la imaginacion;

no se contentaron los nuevos campeones literarios con romper trabas inútiles y perjudiciales, ó deslindar las leyes fundadas en la razon y la experiencia, de las que solamente reconocian por base el espíritu de escuela ó el prurito de dogmatizar. Lejos de eso, unas y otras fueron derogadas, sancionándose el principio de que el ingenio poético desconoce toda ley, todo precepto, como no sea los que á sí mismo le plazca imponerse. Hasta aquí podian admitirse las consecuencias de la nueva escuela, porque tan solo afectarian los principios del arte si bien con detrimento de la razon. Pero cuando de los preceptos artísticos pasaron á los morales; cuando estos fueron confundidos con aquellos en el mismo anatema de proscripcion; cuando se llegó á considerar como un simple melindre la circunspeccion con que hasta entonces se habian manejado en la escena las pasiones, los afectos, las debilidades y miserias de la especie humana; la sociedad se sintió herir de muerte porque se conmovieron sus mas sólidos cimientos, y la voz de escándalo resonó á la vez en todos los ángulos de Europa.

Ni podia ser otra cosa; porque nunca las sociedades conspiran á ciencia cierta contra sí mismas. Y como la cuestion que se agitaba era puramente práctica; como su resolucion la daban los hechos diarios; y como de ellos resultaba hacer los ingenios vano alarde de presentar al hombre fisiológico entregado solamente á las determinaciones impulsivas de sus órganos, sin dependencia del ente moral que modifica y refrena esas determinaciones; muy atrasada en la civilizacion habia de hallarse la sociedad europea para que al ver un abismo insondable abierto bajo sus piés, no clamase contra el mayor de todos los atentados que con ella puede cometerse cual es el desmoralizarla.

En la efervescencia de tan grave crisis literaria, apareció sobre la escena *Blanca de Borbon.* Lo que esencialmente es bueno conserva siempre el privilegio de agradar proceda de cualquier escuela: siga ó no el rumbo que se obstinen el capricho ó la moda en señalar á la imaginacion. *Blanca*, pues, fué aplaudida y elogiada. Pero esa funesta carcoma de las sociedades, el espíritu fatal de pandillaje, que así en lo literario como en lo político es el mayor obstáculo para la razon y el bienestar de la especie humana, sindicaba al señor Gil de *clásico puro*, ya por esa como por sus anteriores obras. Su amor propio se sintió herido, y en ello cometió un error, pero error que dió orígen á otro de mayor consecuencia componiendo el *Carlos II* : vamos á manifestarle copiando las mismas palabras con que lo hizo el autor del artículo biográfico citado al principio... Quiso hacer alarde de la facilidad con que el verdadero genio puede tomar vuelo por cualquier rumbo, tanto mas cuantas menos trabas le sujeten, y escribió en el género de Dumas y Victor Hugo su mas conocida y celebrada obra, *Carlos II el hechizado.* Causó este drama el efecto que necesariamente habia de causar por sus cualidades, por su argumento, por el nombre del autor, por la época en que se dió al teatro... y á un tiempo mismo alborotó, escandalizó, y se granjeó grandes aplausos revueltos con no escasas censuras. Sea permitido á la pluma que gustosamente va trazando estas líneas en obsequio de uno de los ingenios que han salvado de un naufragio completo el moderno español teatro, disculpar aquí la severidad y amargura con que ella misma criticó entonces y aun satirizó el *Carlos II.* Cundia por aquel tiempo la depravacion del gusto, arrojábase nuestra juventud literata á una especie de frenético desarreglo, que aunque fundado en la imitacion de esos seductores descarríos de algunos grandes escritores extranjeros, no encontraba apoyo en los hombres juiciosos é instruidos de nuestro país: el mal amenazaba ser mayor de lo que la sensatez española ha permitido al fin que sea; mas en aquellos momentos eran de temer los estragos del contagio, y pareció peligrosísimo que viniese el nuevo drama á favorecer las exajeraciones y extremos de la moda, dándoles autoridad y peso con el brillo de su mérito, y con el nombre ya respetable del autor. Además, se hallaron en el *Carlos II* otros inconvenientes morales y políticos: con su representacion se imbuia en el vulgo espectador mas y mas el odio á cosas y clases que ciertamente no hay gran necesidad de desacreditar hoy en el dia; alterábase algun tanto la verdad histórica, y por último podia en tiempos de preocupaciones y errores tergiversarse su espíritu, y ser para las ideas del pueblo de no muy benigna influencia. Esto es apuntar una opinion y no otra cosa: el autor ha dicho en contestacion estas palabras, que es justo repetir sin desfigurarlas: « Dos años antes *me hubiera guardado muy bien* de dar al teatro semejante drama; pero cuando se representó, *los males á que pudiera haber dado orígen*, estaban ya verificados y no tenian remedio. » « Basta con lo dicho: escrita está la obra y su crítica: tal vez es tan excesivo el rigor de esta, como aventuradas las licencias de aquella. »

No pecó ciertamente el señor Gil en haber sacudido á su vez la coyunda del clasicismo: forzoso era hacerlo y aun necesario; porque solamente de la lucha y reaccion continua entre las diversas escuelas y sistemas literarios renacen con nuevo esplendor y gallardía las buenas letras: la quieta y pacífica posesion de cualquier sistema las conduce sin sentirlo á la muerte. Hé aquí en breves palabras la causa de todas las reacciones morales.

No insistiremos pues en repetir lo ya dicho sobre el verdadero defecto moral del

Carlos II, cuyas consecuencias hubo de experimentar su mismo autor á consecuencia de la reclamacion hecha á las Cortes por un oscuro y remoto pariente del P. Froilan Diaz, confesor del rey Carlos, y uno de los principales personajes del drama, pretendiendo se obligara judicialmente al autor á resarcir al muerto lo que de su fama le habia menoscabado al presentarle en escena con un carácter vicioso y criminal que nunca fué el suyo. La queja era justa, pero intempestiva y ridícula: el autor hubiera evitado este incidente habiendo dado á aquel personaje otro nombre, menos conocido que el de Froilan por su desinterés aparente ó verdadero.

Empero si los respetos sociales, si la conveniencia teatral censuraron lo que parecia justo condenar, la moral aplaudió al propio tiempo las bellas máximas que el autor, bien empapado en ellas, hizo brillar por toda su composicion. ¿Qué importa el odioso carácter de Froilan, ni qué influencia podia ejercer en la pureza de la virtud contrastando con dos seres como Inés y Florencio? Cuando estos, próximos á ser pasto de la hoguera inquisitorial, resuelven aligerar su muerte por medio de un tósigo, y repentinamente desisten de semejante intento, alumbrados por un pensamiento sublime de virtud y religion; tienen tanta verdad y vehemencia sus palabras, con tal fuerza de razon y convencimiento se expresan, que en vano el asqueroso cuadro del libertino Froilan intentaria empañar el brillo con que el anterior resplandece. Véase en comprobacion de lo dicho la escena 5ª del acto 4º. ¿Pudiera acaso el mas estricto moralista reprobar de una manera tan sólida y filosófica el atentado del suicidio, aun en un caso en que podria hallar disculpa en la justicia de los hombres? Esta y otras escenas del mismo drama le justifican sobradamente ante los ojos de la crítica imparcial; y con esa composicion escrita como por despique, bajo los principios de una escuela que no eran los de la suya, contestó victoriosamente á los que en la ceguedad de su entusiasmo pueril por las novedades, suponian neciamente que el alazan acostumbrado á la rigidez del freno, es incapaz de romperle y ostentar en plena libertad el brio y lozana gallardía de su peculiar naturaleza.

No menos que en esas tareas literarias fruto de algunos momentos robados al descanso, se daba á conocer el señor Gil en las peculiares al destino que desempeñaba en el ministerio de la Gobernacion. Correcto en sus escritos, sólido y juicioso en sus ideas, todos aquellos asuntos en que debian sobresalir ambas cualidades, se le encomendaban generalmente; y hé aquí el motivo de ser suyos el preámbulo del plan de estudios publicado por el duque de Rivas, los de los proyectos de las dos leyes municipales, y el de libertad de imprenta presentado á las Cortes en la legislatura de 1839: sin que esas tareas desviasen su atencion de uno de sus objetos favoritos, cual era la creacion de institutos y escuelas normales, cuyo establecimiento se debió en gran parte á su tenacidad y constancia.

Al propio tiempo ejercitaba igualmente su pluma en escribir varios artículos para *la Revista de Madrid*, en publicar con el señor Bordiú algunos cuadernos sobre diversas cuestiones políticas y administrativas, y en redactar para *el Semanario pintoresco* varias y muy bien escritas biografías de personajes históricos. Y como si estos afanes literarios no bastasen para satisfacer su anhelo de utilizar sus conocimientos en beneficio del público, se comprometió á desempeñar la cátedra de historia del Liceo de esta corte, cuyas lecciones, recibidas con general aceptacion, acaban de publicarse impresas recientemente.

La opinion del señor Gil, ya respecto de sus ideas morales, ya de la escuela literaria á que deberia pertenecer, quedó en cierto modo lastimada con la representacion del *Carlos II;* porque ni era fácil á todos conocer á fondo la bondad característica del autor para no dudar de sus intenciones, ni en los cambios de escuela literaria dejan de ver los partidarios de la que resta abandonada, una especie de apostasía, una falta de fe imperdonable en cuantos siguen la contraria, y un trastorno completo de los buenos principios. Para alejar de sí el anatema de que se veia amenazado por ambas partes; para demostrar prácticamente que no es acertado juzgar de las cualidades morales de un autor por los caracteres que le suministró la imaginacion al trazar el plan de un drama, y en fin, para manifestar hasta qué punto puede ser conciliable la rígida doctrina de los clásicos, con las exigencias de la nueva escuela literaria y la justa libertad que debe concederse á la imaginacion y al pensamiento, escribió para el teatro del Liceo la *Rosmunda*. Este drama es muy superior en nuestro juicio al *Carlos II*, y al propio tiempo verdadero tipo de las formas dramáticas admisibles en nuestro teatro, si queremos conservarle con cierto aspecto de originalidad, y tan lejano de la sequedad y monotonía grecoromana, como del atrabiliario desconcierto de la moderna escuela francesa. Tanto mas justa es semejante consideracion, cuanto que aquella escuela, esencialmente desorganizadora, no ha podido resistir á los embates de la opinion universal, apoyada en el eterno principio de la conservacion de las sociedades; y su inmensa balumba de crímenes espantosos, friamente calculados sobre la irritabilidad natural de los órganos, desmoronada en gran parte, amenaza hundirse con el mismo deleznable cimiento en que débilmente se ha sostenido hasta el dia.

Cuando el autor escribió la *Rosmunda*, aun ocupaba su destino en el ministerio; pero como si un fatal presentimiento le inspirase el designio de ensayar con doble brio sus fuerzas en el difícil género que dentro de poco tiempo habia de servirle de refugio y apoyo en su desgracia, á despecho de sus ocupaciones, hizo ese nuevo esfuerzo, con el cual logró afianzar mas sólidamente su reputacion literaria, y desvanecer cualquier impresion desfavorable producida por el *Carlos II.*

Sus presentimientos se vieron cumplidos. La revolucion de 1° de setiembre de 1840 lo lanzó de su empleo, arrebatándole cuantas esperanzas pudo haber fundado en su probidad y honradez, asociadas á su ilustracion y conocimientos; prendas rara vez respetadas por la violencia de las revoluciones y las rivalidades de los partidos. Desde entonces, cambiada su suerte, devuelto nuevamente á la vida privada sin temor ni remordimientos, se entregó de lleno á la poesía dramática, debiéndola su subsistencia y la de su familia, añadiendo nuevos triunfos á su ingenio, y dando motivo á que por un principio de egoismo, natural en la sociedad y nada difícil de comprender, apetezcan todos verle precisado, aunque con utilidad propia, á enriquecer por ese medio nuestra literatura española.

Despues de la *Rosmunda*, drama de que no ha disfrutado la mayoría del pueblo madrileño, por haberse representado únicamente en el reducido teatro del Liceo, su autor ha compuesto y dado á luz *D. Alvaro de Luna*, *Masanielo*, *Un monarca y su privado*, *Matilde*, *D. Trifon* y *Guzman el bueno.* De estas composiciones, la última ocupará luego nuestra atencion, por ser, juntamente con *Rosmunda*, las piezas en que se compendian, por decirlo así, todas las bellezas de las demás, poniendo de manifiesto al filósofo profundo y al poeta dramático consumado.

La breve y sencilla narracion de cuantas vicisitudes ha experimentado en su vida pública y privada el señor Gil, exigiria tal vez de nosotros la manifestacion de las ideas, pensamientos, y designios que le sirvieron de conducta en las diversas situaciones en que la volubilidad de la suerte le ha colocado. Periodista, empleado de alta categoría, poeta dramático; hé aquí los principales aspectos bajo los cuales debiéramos considerarle. Pero, ¿qué podríamos decir relativamente á sus ideas como empleado y escritor político, que fuese recibido con recelo por unos, con tibieza por otros, con indiferencia por los mas? Las revueltas políticas pasan, las opiniones individuales desaparecen, las sociedades vuelven á recobrar su equilibrio moral, como el occéano á ostentar su plateada superficie despues que la tempestad dejó de transformarla en montes de espuma; y entonces la historia, justa apreciadora de las buenas ó malas cualidades de los que por cualquier medio han logrado hacerse notables entre sus conciudadanos, coloca á cada cual en el puesto que le corresponde. Los que en esfera subalterna en el órden político se han limitado como el señor Gil á cumplir con sus deberes, siguiendo los impulsos de su honradez natural, y á contribuir en cuanto lo han permitido sus fuerzas á labrar el bienestar de su patria, segun su razon y conciencia lo dictaban, gozan por única recompensa la satisfaccion de haber obrado de acuerdo con su modo de ver y de juzgar de las cosas, y el merecer el aprecio de cuantos los conocen; mas no pueden tener pretensiones á ocupar las páginas de la historia con la enumeracion de sus virtudes privadas. Otro campo mas extenso y mas general se presenta á los que descubriendo ingenio superior para las letras, hacen resonar por todas partes su nombre, inscribiéndole con indelebles caracteres en los fastos de la literatura, registro universal de todos los seres privilegiados de la tierra, cuyas hojas nunca se ven rasgadas por la irascibilidad y encono de los partidos políticos.

A esa historia noble y generosa que consigna todo cuanto el talento de los hombres ha creado para hacer llevaderas las penalidades de la vida; á esa historia en donde la inteligencia humana hace magnífico alarde de la sublimidad de su orígen, á esa pertenece el nombre del señor Gil. Su vida está en sus obras, como él mismo ha dicho del señor Breton de los Herreros; y en vano seria buscar nuevos hechos para esclarecerla, cuando la instable fortuna, envolviéndole en sus inciertos giros, le ha colocado por último en la situacion mas acomodada para hacer libre ostentacion de la bondad de su carácter y de la riqueza de su fantasía.

En este supuesto, inútil seria afanarnos en trazar el cuadro de la vida política del señor Gil, acaso desnudo de interés, cuando podemos bosquejar otro mas acabado, de mas grandiosas proporciones, mas importante para su celebridad y de mayor cuantía para la literatura nacional, haciendo una breve reseña del mérito de sus dos principales composiciones dramáticas, bajo el mismo órden con que su pluma las ha producido.

Al drama de *Carlos II*, cuadro horrible en que á un mismo tiempo se retrata con espantoso colorido la debilidad y estupidez del último vástago de la dinastía austriaca en España, y la atroz barbarie de un tribunal de infanda memoria, al que sin duda, para escarnio de la religion y de la humanidad, se le llamaba santo, sucedió el de *Rosmunda.* Fundada la accion en un desliz amoroso de Enrique II de Inglaterra, el autor ha sabido darle todo el grado posible de movilidad é interés, sin valerse de cuantos recursos terribles suele emplear la nueva escuela para conmover el ánimo de los espectadores.

Este drama abunda en situaciones de primer órden por su ingenioso artificio y por el

vigor y valentía de los caracteres. Si alguno puede ser reputado por débil, es el de Enrique II, y tal vez puede decirse lo mismo del de Arturo: estas leves faltas y otras que nacen del mismo orígen, cual es la facilidad con que Enrique se reconcilia con Eleonora, son acaso los únicos lunares que se hallan en esa composicion, sembrada por otra parte de bellezas dramáticas de muy subidos quilates.

Ultima composicion del señor Gil hasta el dia, es el drama titulado *Guzman el bueno.* Cuando tuvimos noticia de la eleccion de asunto tan árido y poco flexible para adaptarle las formas dramáticas, temíamos con algun fundamento que el autor renunciase á tamaña empresa, por lo mismo que nuestros mas fecundos ingenios antiguos y modernos le respetaron por igual motivo.

Pero nuestro autor, seguro de sus propias fuerzas, no se ha arredrado por tamaños inconvenientes; y haciendo un esfuerzo de ingenio que le honra sobre manera, ha conseguido formar una accion, no tan solo interesante, sino muy dramática, aun cuando para ello haya tenido que violentar algunos datos históricos demasiado conocidos y populares. Mas todo lo perdona el espectador en gracia de las infinitas bellezas de ejecucion que la esmaltan.....

Este drama en su totalidad ofrece un cuadro grandioso, magnífico, de la terrible lucha entre los penosos deberes dictados por el honor y los sentimientos mas tiernos y vehementes del corazon humano. Guzman es un personaje de proporciones gigantescas; sublime en el pensamiento; enérgico, tierno y vehemente en la expresion. Acaso por ese motivo los demás personajes decaen mucho á su lado. Y ¡ojalá que el asunto ofreciese por sí mismo sobrados incidentes para llenar la regular extension del drama! Entonces sin duda alguna hubiera andado mas parco el autor en las declamaciones de doña María; las cuales versando constantemente sobre un mismo punto, no pueden menos de parecer molestas, por mas variedad que quiera darlas la imaginacion, por mas que las engalane con todos los atavíos y accidentes del sentimiento poético. Pero ni aun esos pequeños inconvenientes hacen decaer un drama que el público inteligente, sin distincion de escuelas, ha recibido con muestras de singular aplauso.

Concluyamos, pues. Todas las composiciones dramáticas del señor Gil se distinguen por un profundo conocimiento del corazon humano; por la exquisita sensibilidad con que expresa sus mas delicados afectos; por su destreza en buscar situaciones eminentemente dramáticas; por la variedad y vehemencia de sus diálogos; y últimamente por su versificacion robusta y armoniosa. Tiene defectos, es verdad; mas ¿quién carece de ellos en obras de imaginacion? Algunos dejamos indicados y otros señalaríamos igualmente si nos propusiéramos hacer un exámen minucioso de sus producciones. Impresas están todas: con ellas lo fueron igualmente las tres únicas odas que ha publicado hasta el dia, en las que resplandecen las principales dotes poéticas que resultan en sus obras: una con motivo de la *Amnistía*, otra á la *Libertad*, la tercera al *Sitio de Bilbao.* Todas pertenecen ya al público: él las juzgará por sí mismo; y no esperamos nos sea contrario su juicio.

Hemos llegado al término de la tarea que nos hemos impuesto por amistad y por deber. Réstamos añadir que si la lisonja del amor propio puede indemnizar de algun modo de los desaires de la fortuna, el señor Gil no carece de motivos para saborear esa interior satisfaccion, puesto que se halla decorado con los títulos de secretario de Su Majestad, caballero de la órden española de Carlos III, y comendador de la órden americana de Isabel la Católica. Además pertenece á la Academia española, al Liceo, y al Ateneo de Madrid. Estos honores, y la fecundidad de su imaginacion, forman su único patrimonio. Pero en medio de las vicisitudes de su suerte, con las cuales hemos patentizado lo que dijimos al principio sobre la imposibilidad de fundar cálculos seguros en el porvenir, le queda al señor Gil el placer puro de que solamente pueden gozar los que sienten latir su corazon con los estímulos de la gloria; esto es, el cariño de sus amigos y el aplauso de todas las edades. Por nuestra parte tambien hemos querido contribuir, en cuanto nuestras débiles fuerzas lo permiten, á levantar este mal trazado monumento á la memoria de un escritor distinguido, á cuyas excelentes prendas morales reune el mérito literario que todos reconocen en sus obras.

Hasta aquí alcanza la excelente biografía del señor Gil y Zarate, publicada en 1842 por don José de la Revilla en el tomo 2° de la *Galería de Españoles célebres contemporáneos;* vamos ahora á completarla con algunos ligeros apuntes acerca de sus trabajos literarios y administrativos desde aquella época hasta el momento presente.

Hasta julio de 1843 continuó el señor Gil dedicado únicamente á las letras, dando á luz por entonces su excelente *Manual de literatura*, cuya parte mas notable es el resúmen histórico de la española que comprende los tomos 2°, 3° y 4°, hecho con claridad, método y sana crítica. No es sin duda una historia completa; pero sí un libro utilísimo para la enseñanza, que es el objeto que principalmente se propuso el autor. A la misma época próximamente corresponden varias composiciones dramáticas casi todas muy aplaudidas, cuales

son *Un Amigo en candelero*, *Cecilia la Cieguecita*, *la Familia de Falkland*, *Guillermo Tell* y *el Gran Capitan.*

Recientemente se ha representado en Madrid con poco éxito su drama histórico *Masanielo*, escrito hace algunos años.

El alzamiento del año 1843 vino á poner término á las tareas literarias del señor Gil. Habia dicho este en un graciosisimo cuadro de costumbres que con el título de *el Empleado* publicó en la conocida galería de *los Españoles pintados por sí mismos* que se necesitaba una revolucion ó un amigo ministro para volverle á su destino, de que fué separado en 1840, y ambas cosas se verificaron entonces. La revolucion fué aquel alzamiento, y el ministro amigo, su antiguo colaborador en el *Boletin del Comercio* DON FERMIN CABALLERO, quien el dia mismo en que tomó posesion de su ministerio de la gobernacion, le brindó con una plaza en su secretaría, prueba de amistad harta rara, sobre todo entre los que no han militado siempre bajo la misma bandera política.

En esta época concluye la vida literaria del señor GIL y empiezan sus tareas administrativas, á las que se ha dedicado con sumo ardor y con gran provecho para el país. Jefe de seccion en el ramo de instruccion pública mientras corrió el ministerio de la gobernacion á cargo del señor PIDAL, y luego director general del mismo ramo en el nuevo ministerio de comercio, instruccion y obras públicas, del que es hoy subsecretario, sus trabajos sobre diferentes puntos administrativos de la mayor importancia podrian llenar muchos volúmenes. Especialmente en instruccion pública puede decirse que es suyo todo lo que se ha hecho desde 1843; y lo que se ha hecho es nada menos que reformar ó mejor dicho variar por completo el sistema de enseñanza desde las escuelas primarias hasta las universidades, en todo el reino. Materia es esta para tratada con mas extension de la que comporta una mera noticia biográfica y sobre la cual por consiguiente debemos limitarnos á estas escasas indicaciones.

¡CUIDADO CON LAS NOVIAS!

ó

LA ESCUELA DE LOS JOVENES,

COMEDIA EN CINCO ACTOS, EN VERSO,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN MADRID EN 1826.



PERSONAS.

Don CANDIDO.	Don GESTAS.
Don ENRIQUE.	Doña ENGRACIA.
Don JUSTO.	Doña ISABEL.
Don MELITON.	Doña INÉS.
Don SILVERIO.	Un Criado.

La escena se figura en Madrid en casa de doña Engracia.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Don CANDIDO, Don JUSTO.

Justo. Sí, amigo, debeis salir
Sin mas tardar de esta casa.
Cánd. ¿No veis que eso fuera hacer
Un desaire á doña Engracia?
Justo. ¿Qué importa, si vuestro honor,
Si vuestro interés lo mandan?
Cánd. El honor, señor don Justo,
La ingratitud no me manda.
Justo. Manda, sí, que os alejeis
Cuanto antes de una morada
Peligrosa, donde albergan
La corrupcion y la infamia.
Cánd. ¡La infamia!... ¿Que así ultrajeis
La virtud acrisolada
De una familia que tanto
Me favorece?
Justo. La incauta
Juventud siempre se deja
Alucinar por las vanas
Apariencias de virtud
Con que el vicio se enmascara.
Juzgando solo por ellas,
No hay duda que en doña Engracia
Hallareis una señora
De apreciables circunstancias.
En sus modales demuestra
Finura y buena crianza;
El lujo unido al buen gusto
Se ven reinar en su casa;
Y en todo de noble, rica
Y generosa hace gala.
Pero si por el reverso
Examinais la medalla,
Conocereis que tan fina
Política es estudiada,
Hija de un arte perverso,
Con que seduce y engaña;
Que aquel excesivo lujo
Que exige riquezas tantas,
Se sostiene únicamente
Con el juego y con la trampa
Que su generosidad
Es tan solo limitada

Al que podrá con usura
Un dia recompensarla;
Y en fin, que es una mujer
Intrigante, en cuya casa
Se pierden bienes y honor,
Y se adquiere solo infamia.
Cánd. ¡Qué idea de esa señora
Teneis tan equivocada!
¿No sabeis que su marido,
Don Eugenio de Peralta,
Le ha dejado con su muerte
Una herencia dilatada?
¿Qué extraño es, pues, que sostenga
Con tal decencia su casa?
Es sensible y bondadosa;
Y si no, ved lo que acaba
De hacer con sus dos sobrinos.
Muerto su padre, quedaban
Pobres y desamparados.
Escribieron su desgracia
A su tia, y ella al punto
Dispuso que sin tardanza
A Madrid se trasladasen,
Donde cual hijos los trata.
Y á mí que soy un extraño,
Cuando supo que pensaba
Tambien venir á la corte,
Me ofreció atenta su casa;
Y desde que estoy en ella
Le debo finezas tantas,
Que el corresponderle mal
Fuera una accion muy villana.
Justo. No es oro cuanto reluce.
La suerte con mano franca
Os prodiga los favores
De que mas se muestra avara.
Doña Engracia no lo ignora:
¿Quién sabe las esperanzas
Que puede con tal motivo
Alimentar en el alma?
Cánd. Esa es cavilosidad.
Justo. Bien puede: mas no me agrada
Esa señora, y aun menos
Las gentes con quienes trata.
Aquí solamente veo
Tahures y cortesanas;
Hombres que ocultan su vida
Porque están llenos de trampas;
Mujeres que hacen la suya
Tan pública, que la fama
Por todo Madrid pregona
Sus aventuras extrañas;
Gentes, en fin...
Cand. Yo tan solo
Con don Meliton de Lara
Tengo alguna intimidad.
Es sugeto de muy vasta
Instruccion, de gran talento,
De virtud acrisolada
Y de excelentes costumbres.
Justo. Pues para mí tiene trazas
Del mas completo bribon.
Eso sí, buenas palabras,
Besamanos, cortesías,
Abrazos nunca le faltan;
Pero sus finos modales
Solamente son la capa
Con que oculta diestramente
Su iniquidad y sus tramas.
La risa siempre en los labios
Y la traicion en el alma,
Al paso que os acaricia
Vuestra pérdida prepara.
Unas veces lisonjero
Mil prendas en vos alaba,
Y otras, al contrario, suele
Reprenderos leves faltas
Con aparente franqueza;
Porque sabe que le ganan
Las alabanzas dinero,
Las reprensiones confianza.
Es cierto que de virtud
A cada momento os habla;
Pero mucho mejor fuera
Callase y la practicara;
Pues quien mas se jacta de ella
Suele ser quien mas la ultraja.
Cánd. No, yo no puedo creer
En don Meliton un alma
Tan perversa: sin embargo,
La mia no está cerrada
A vuestros sabios consejos.
Conozco la amistad rara
Que os merece mi familia:
Sé que de ella teneis dadas
Pruebas, que mi gratitud
Y mi respeto reclaman.
Por esto quiso primero
Mi madre que á vuestra casa
Fuera á vivir, y la ley
Me impuso de que escuchara
En todo vuestros avisos.
Si prefiero esta morada,
El habitar don Enrique
En ella solo es la causa.
Ya sabeis que estrechamente
Desde la mas tierna infancia
Me une con él la amistad.
Justo. Y sé tambien que su hermana
Otros afectos mas dulces
Os inspira; que la llama
De un mutuo amor arde en vuestros
Corazones; y las gracias
Y virtud de doña Inés
A vuestra madre la encantan
De tal modo, que desea

Verla con vos enlazada.
Feliz sereis en union
Tan bella, si no contagian
Una alma inocente y pura
Los ejemplos de esta casa.
Cánd. Luego ¿por qué no decís
A Enrique tambien que salga
De ella?
Justo. Porque de su tia
Depende, y fuera sobrada
Oficiosidad en mí
Mandar en ajena casa.
Fuera de eso, don Enrique
Puede sin riesgo habitarla:
Tiene juicio y sensatez,
Y estas prendas harán vanas
Las sugestiones del vicio
Y las viles asechanzas
De los perversos; en fin,
Es pobre y con esto basta;
Pues del pobre huyen mil riesgos
Que al rico do quier asaltan.
Pero aquí viene.

ESCENA II.

DICHOS, DON ENRIQUE, DOÑA INÉS.

Justo. Llegais
En ocasion que se estaba
Hablando de vos.
Inés. ¡Oh! Pues
No interrumpa la llegada
Nuestra esa conversacion.
Gusto saber qué es lo que hablan
De nosotros dos amigos.
Justo. Apreciamos en el alma
Ese titulo; mas hay
(*Mirando á don Cándido.*)
Quien otro mas dulce aguarda.
Inés. ¡Ay! En otro tiempo sí;
Pero ya...
Cánd. ¿Os he dado causa
Para dudar de mi fe?
Inés. ¡Si solo en dudas quedara!
Cánd. ¡Qué injusticia!
Inés. Ayer os ví
En conversacion muy larga
Con mi prima.
Cand. ¿Pues acaso
Os causa recelo?
Inés. Nada.
¿A mí qué se me da de eso?
Cánd. Por atencion cortesana
Le hablé y no mas.
Ines. Atencion
Que para vos es muy grata.
Y si he de decir verdad,
Haceis muy bien en amarla:
Es muchacha muy completa,
Habla mucho y con palabras
Tan cultas... Sus ademanes
Son tan lindos... Luego canta
Al piano, baila muy bien,
¡Y yo de eso no sé nada!
Cánd. Confieso que me entretienen
Su habilidad y sus gracias;
Mas no pasa de eso.
Inés. ¡Ay! desde
Que estamos en esta casa
No es ya vuestro corazon
El mismo que antes... ¡Mal haya
Madrid, amen!
Enr. ¡Ojalá
Nunca nuestros piés hollaran
Esta tierra corrompida!
Justo. Pues bien, amigos, dejadla,
Y volved de vuestro pueblo
A la tranquila morada.
Allí tambien, es muy cierto,
Os perseguirá la infamia
De los hombres; pues ¿adónde
Su negro influjo no alcanza?
Pero con la que aquí reina
Es nada, si se compara.
Enr. ¡Qué maldad! ¡Qué hipocresía
Hombres veo que se abrazan
Con el mas cordial afecto;
Y apenas vuelven la espalda,
Los elogios se convierten
En dicterios. Todos hablan
De probidad, de honradez;
Pero al mismo tiempo ultrajan
Las virtudes que su lengua
Enfáticamente ensalza.
¡Ah! Don Justo, en tanto riesgo
Nuestra juventud reclama
Vuestra experiencia.
Justo. Os la ofrezco.
Vos meditad mis palabras, (*A don Cándido.*)
Y ved que si no seguís
Mi consejo os amenazan
Mil males... A Dios, amigos:
De vuestro lado me apartan
Mis deberes; nos veremos
Este anochecer sin falta.
Inés. Y yo me marcho allá dentro.
Cánd. Pues á Dios, Inés amada.
(*Vanse doña Inés y don Justo.*

ESCENA III.

DON CANDIDO, DON ENRIQUE.

Enr. ¡Qué buen sugeto!
Cánd. Sí, pero

Con sus sermones me cansa.
Enr. Si con prudentes consejos
Te reprende algunas faltas,
Tu interés solo le mueve.
Cánd. ¡Qué diablos! Nada le agrada.

ESCENA IV.

DICHOS, DON MELITON.

Mel. Buenos dias, caballeros.
Cánd. ¡Ah, don Meliton! estaba
Ya deseoso de veros.
Mel. Disimulad mi tardanza.
La ha motivado un antiguo
Amigo, á quien la desgracia
Ha sumido en la miseria.
Su situacion tan amarga
Me ha movido á compasion;
Y en lo que mi suerte escasa
Permite, le he socorrido.
Cánd. Los infelices siempre hallan
En vos un seguro amparo.
Mel. ¡Es tan grato para mi alma
El hacer bien! — Mas no hablemos
De esto, porque no me agrada
Recordar mis beneficios.
Enr. ¡Qué hipócrita! (*Aparte.*)
Mel. ¿En esta casa
Todos están buenos?
Cánd. Todos
Gozan de salud lozana.
Mel. Don Enrique, yo os saludo.
Enr. Y yo á vos. (*Con frialdad.*)
Mel. (¡Tengo una rabia (*Aparte.*)
Con este hombre!) — Ya sabeis
Que soy vuestro amigo.
Enr. Gracias.
Mel. Sin embargo, estoy quejoso
De vos.
Enr. ¿De mí? ¿Por qué causa?
Mel. Porque estais siempre conmigo
Tan serio... Es cosa muy rara
Que uniéndome la amistad
Con don Cándido, negada
Me sea tambien la vuestra.
Enr. No es mi condicion tan franca
Que en un dia adquiera amigos.
Mel. Pero con gentes honradas...
Enr. Todos los que lo parecen
No siempre lo son.
Mel. ¡Bobada!
Pero hablando de otra cosa:
Don Cándido, esta mañana
Habeis de venir conmigo
A visitar una casa
En donde tendreis el gusto
De ver dos lindas muchachas.
Cánd. ¿Podrá venir con nosotros
Don Enrique?
Mel. Si os agrada,
Que venga... Mas don Silverio
Y otro amigo nos aguardan,
Y ya tantos...
Enr. Yo tampoco
Fuera aunque quisiérais. Vaya
Don Cándido solo á ver
Esas dos lindas muchachas;
Que yo tengo ocupaciones
Mas útiles que me aguardan. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON CANDIDO, DON MELITON.

Mel. Vaya, que este don Enrique
Tiene un lenguaje que pasma.
¡Qué libertades se toma!
Cánd. Como desde nuestra infancia
Nos hemos criado juntos...
Mel. Bueno; mas pasa de raya
Tal gruñir y molestar;
Y en vos me admira ya tanta
Condescendencia.
Cánd. Preciso
Es conocer que me gana
En juicio y talento.
Mel. Pienso,
Sin embargo, que esa causa
Tan solo no es la que él tiene
Para cobrar tantas alas.
Cánd. Pues ¿cuál otra imaginais?
Mel. Me engañaré; mas su hermana
Es linda y quizá el amor...
Cánd. Sí, la quiero y ella me ama.
Mel. ¿Y sin duda esa pasion
Llegará á ser coronada
Con el santo matrimonio?
Cánd. Al menos esa esperanza
Vive en Inés.
Mel. Bien está;
Pues es gusto vuestro, nada
Tengo que decir.
Cánd. ¿Acaso
Esta boda no os agrada?
Mel. ¡Ay amigo! Este es un punto
Harto delicado para
Dar consejos.
Cánd. ¿Opinais
Fuera mejor me casara
Con alguna señorita
De la corte?
Mel. Es cosa clara
Que hallareis aquí partidos
Que os ofrezcan mas ventajas.
Cánd. La verdad, desde que estoy

En Madrid no tengo tanta
Inclinacion á esta boda.
Mel. Sí, debeis abandonarla.
Mas aquí viene el alegre
(*Se oye dentro á don Silverio tararear un aria italiana.*)
Don Silverio, la elegancia
En persona. Petimetre
Mas querido de las damas
No se pasea en Madrid.

ESCENA VI.

DICHOS, DON SILVERIO.

Silv. Amigos, hoy broma larga
Vamos á tener. Ya traigo
Formado el plan. La mañana
En casa de unas amigas
Alegres, buenas muchachas,
Muy lindas, que están en moda,
Y es preciso visitarlas.
Comeremos en la fonda,
Veremos la *Gazza ladra*,
Y para acabar el dia
Armaremos una banca
Entre cinco ó seis amigos.
Unos pierden, otros ganan;
Pero todo alegremente;
Y á las tres á nuestras casas.
Mel. ¡Famoso plan!
Silv. ¡Ay! asi
No permite la elegancia
Que os presenteis. ¡Con levita!
¡Qué dirian esas damas!
Cánd. Pues bien, con vuestro permiso
Voime á mudar sin tardanza.
Silv. Id, mas no os apresureis:
Hasta la una y media dada
Tiempo tenemos. (*Vase don Cándido.*)

ESCENA VII.

DON MELITON, DON SILVERIO.

Silv. Amigo,
Buena vida.
Mel. Mientras haya
Bobos que hicieren el gasto
¿Qué otra queremos?
Silv. Gran falta
Nos hacia á la verdad
Este don Cándido.
Mel. ¡Y tanta!
Pues yo, amigo, me veia
Apuradillo.
Silv. Y yo estaba
Casi á la cuarta pregunta.
En fin, saldremos de trampas.
Mel. Tendremos dinero largo...
Silv. Habrá comidas, jaranas...
Mel. Caballos y carretela...
Silv. Mucho juego...
Mel. ¡Qué baraja
Tan primorosa he dispuesto!
Golpe seguro.
Silv. Me escarba,
Sin embargo, la conciencia...
Mel. ¡Qué escrúpulos! ¿No reparas
Que un necio es el patrimonio
Del que vive de la trampa?
Silv. Tienes razon. ¡Y qué necio
Es don Cándido!
Mel. Pues ¡guarda!
Que ese necio va á soplarte,
Si te descuidas, la dama.
Silv. ¿Isabelita?
Mel. La misma.
Silv. No puede ser, ella me ama.
Mel. El oro vence al amor;
Y apuesto á que doña Engracia
Trata ya de ver si puede
Con don Cándido casarla.
Silv. ¿De qué lo infieres?
Mel. Para ella
Esta boda es mucha ganga.
Con sus locuras y excesos
Está del todo arruinada;
Y puede evitar asi
La miseria que la aguarda.
Silv. Es verdad... Pues es preciso
Que deshagamos sus tramas.
Mel. Sí; mas dañarnos pudiera.
La doña Engracia es taimada.
Silv. ¿Qué haré, pues?
Mel. ¿Tanto te duele
El perder á esa muchacha?
Silv. ¿Dolerme?... Mal me conoces.
Pues ¿por ventura mi facha
Es de un amante lloron?
Mel. ¿Entonces, en qué te paras?
Aquí lo que hacer debemos
Es sacar cuantas ventajas
Nuestra situacion ofrece.
Tú sigue con la muchacha
Como hasta aquí.
Silv. Seguiré.
Mel. Yo por mi parte con maña
Procuraré conocer
Las miras de doña Engracia;
Y si por ventura en ellas
Nos conviniere auxiliarla,
La auxiliaremos.
Silv. Y entonces
¿Tocaré yo retirada?
Mel. Sí, pero capitulando.

Silv. Capitularé.
Mel. Se trata
De comer á dos carrillos
Y chupar de todos.
Silv. Vaya,
Es grande idea: al café
Vámonos á celebrarla.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ENGRACIA.

Don Cándido no ha salido
Aun de su cuarto: me es fuerza
Hablarle, y aquí le espero.
He andado bastante lerda
Hasta ahora en la ejecucion
De mi proyecto; mas esta
Boda conviene á Isabel,
Y es preciso ver si pega.

ESCENA II.

DICHA, DON MELITON.

Mel. Dios os guarde, doña Engracia.
Eng. ¿Adónde vais, buena pieza?
Mel. En busca de vuestro huésped.
Eng. Siempre con él.
Mel. Una estrecha
Amistad nos une á entrambos.
Eng. Ya lo sé. ¡Con qué presteza
Su amistad habeis logrado!
Mel. Cada uno, amiga, se ingenia
Como puede.
Eng. Y vos lo haceis
Siempre muy bien.
Mel. De manera
Que si me dais el ejemplo...
Eng. ¿Cómo?
Mel. Hablemos con franqueza.
¿Cuando es la boda?
Eng. ¿Qué boda?
Mel. ¿Os quereis hacer de nuevas?
La de Isabel vuestra hija
Con don Cándido.
Eng. Usted sueña.
Mel. Pues qué, ¿no habeis ya formado,
Segun la costumbre vuestra
Cuando en esta casa un jóven
Noble y rico se presenta,
El proyecto de enlazarlos
A los dos?
Eng. Y aunque eso fuera,
¿Qué es lo que encontrais en ello
Que vituperarse deba?
Mel. ¡Oh! nada; y antes alabo
Vuestras honradas ideas.
Eng. Ya se ve que son honradas.
¡Así lo fuesen las vuestras!
Mel. Pues yo ¿qué?...
Eng. Desde que os une
Con don Cándido esa estrecha
Amistad ¿teneis dinero?
Mel. Siempre en la misma pobreza.
Eng. ¿No le habeis sacado nada?
Mel. No.
Eng. ¿Nada?
Mel. Una friolera.
Eng. Pues yo haré que muy en breve
Se os acabe esa prebenda.
Mel. ¿Y cómo?
Eng. Desengañando
A don Cándido.
Mel. Es empresa
Para vos algo arriesgada,
Y quizá sereis quien pierda;
Pues creed que por mi parte
No me morderé la lengua.
Eng. Es que yo tengo de vos
Noticias largas y ciertas.
Mel. Y yo de vos igualmente
Las tengo largas y buenas,
Y haré que las sepa todas
Don Cándido por mi lengua.
Si teneis de una gran dama
A sus ojos la apariencia,
Muy pronto os despojaré
De ese oropel que os rodea,
Diciéndole no contais
Mas bienes que lo que dejan
Debajo del candelero
Los que en vuestra casa juegan.
Le advertiré que el objeto
De las atenciones vuestras
Es inducirle á que cargue
Con Isabel, que es gran plepa,
Dándole en lugar de dote
Cien acreedores con ella.
Añadiré...
Eng. Yo tambien
Contaré vuestras proezas.
Diré que sois el tunante
Mayor que pisa la tierra;
Que para intrigas y estafas
No os gana nadie en destreza;
Que solamente vivís
De la embrolla; que toda esa
Amistad que le mostrais

Es tan solo una apariencia
Con la mira de sacarle
Su dinero; haré que vea...
Mel. Basta: inútil es gastemos
El tiempo en decirnos nuestras
Verdades: pues mutuamente
Nos conocemos, la ofensa
Que el uno causare al otro
Puede á su autor ser funesta.
Perjudicarnos los dos
Ya veis que fuera imprudencia.
Creedme, pues, lo que exige
Nuestra mutua conveniencia
Es que en esta circunstancia
Nos unamos.
Eng. Si supiera
Hallar en vos buena fe...
Mel. Mi interés está en tenerla.
Y para alejar de vos
Toda causa de sospecha,
Desde este momento tomo
Vuestro asunto por mi cuenta.
Eng. ¿Pensais se conseguirá?
Mel. Me agravia la duda vuestra.
El don Cándido es un niño
Sin maldita la experiencia
Que hace cuanto yo le digo.
Eng. Lo que me trae algo inquieta
Es su amor por mi sobrina.
Mel. Lo ha tenido; mas ya empieza
A entibiarse. Isabel viene.
Hacedle alguna advertencia.

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA ISABEL.

Isab. Madre, ¿os parece que así
Estoy bien?
Eng. Esta cabeza
Está con muy poca gracia;
Y estas cintas ¡qué mal puestas!
Estás ahora en la edad
De agradar: tú no eres fea;
Pero no basta: los hombres
Has de saber que se prendan
De apariencias y artificios
Aun mas que de la belleza.
Isab. ¡Qué vestido tan precioso
Llevaba ayer la Emeteria!
¡Tuve una envidia! Es preciso
Que en otro baile me vean
Con uno mucho mejor.
Eng. Sí; pero advierte que cuesta
Un sentido.
Isab. ¿Ha de ser otra
Mas que yo?
Eng. Es que mis fuerzas
No alcanzan á tanto; pues
Estamos casi por puertas.
Y á no ser porque me ingenio...
Luego el gasto que acarrean
Los huéspedes que tenemos...
Yo les dije que vinieran
Por cumplir; y ellos al punto
Sin mas ni mas... Si no fuera
Porque ha venido con ellos
Don Cándido... Di, ¿qué piensas
De ese don Cándido?
Isab. ¿Yo?
¿Qué he de pensar?
Eng. Su presencia
¿No es verdad que es muy gallarda?
Isab. Sí por cierto.
Eng. Tiene buena
Educacion.
Mel. Es garboso.
Eng. Tiene talento.
Mel. Y riquezas.
Eng. La que llegue á ser su esposa
Estará como una reina.
Isab. ¿Y á qué viene?...
Mel. Señorita,
En dos palabras; si acerca
De don Cándido os hablamos
De esta suerte, es porque intenta
Vuestra madre que os caseis
Con él.
Eng. Pues: esa es mi idea.
Isab. ¿Me ha pedido acaso?
Eng. No,
Mas de tí pende el que seas
Su esposa.
Isab. ¿Cómo?
Mel. Teneis
Juventud, gracia, belleza.
Haced brillar á sus ojos
Tantas seductoras prendas,
Y en breve conseguireis
Que su corazon se encienda
En fuego de amor.
Isab. Ya estoy:
No es muy difícil la empresa.
Eng. No por cierto, y aunque logre
Resistir á tu belleza,
Artes hay con que el amor
Rinde el alma mas soberbia.
Isab. ¡Oh! descuidad, que yo soy
En tales artes maestra.
No siempre me habrá de ver
Vivaracha y placentera
Sazonando mis discursos
Con donaires y agudezas:
Con él es bueno hacer gala
De sencillez y modestia,
Dándome tambien un aire

Como de sensible y tierna.
A las veces pensativa
Aparentaré tristeza;
Y cuando quiera saber
Cuál la causa es de mi pena,
Decirla resistiré;
Mas mirándole muy tierna,
Dejaré lea en los ojos
Lo que calla la vergüenza.
Si es tímido en declararse,
Con sonrisa lisonjera
Alentaré su valor,
Y cuando por fin se atreva,
Me haré la recatadita,
Le mostraré indiferencia,
Y hasta le regañaré;
Mas pasará la tormenta
Y cederé... lo que baste
Para hacer que mas se encienda.
Eng. ¡Jesus, y qué hija tengo!
Bendita, bendita seas.

ESCENA IV.

DICHO, UN CRIADO.

Criado. Señora, vuestro vecino
Don Fausto Perez desea
Hablaros.
Eng. Ya me imagino
Lo que querrá. Sus ideas
Favorecen mis intentos;
Pues parece que desea
Unirse á Inés, convendrá
Me ayudeis en esta empresa.
Tú, Isabel, quédate aquí,
Que pronto daré la vuelta.
(*Vase y don Meliton.*)

ESCENA V.

DOÑA ISABEL.

Pues, señor, la situacion
Exige maña y destreza.
Pero qué dirá mi amante
Don Silverio cuando sepa
Que solicito otro novio?
Toma, diga lo que quiera.
Por él no he de perder yo;
Y si lo siente, paciencia.

ESCENA VI.

DOÑA ISABEL, DON SILVERIO.

Silv. Dueño mio, ¡cuanto ansiaba!..
Pero ¡oh cielos! ¡qué sorpresa!
Isab. ¿Qué teneis?
Silv. Me ha deslumbrado
El resplandor de esa estrella.
Isab. ¡Qué gracia! La estrella os dice
Que os quiteis de su presencia.
Silv. ¿Es hoy dia de rigores?
Isab. Ahora no estoy para fiestas.
Idos.
Silv. Pero...
Isab. ¿A qué aguardais?
¿No habeis oido?
Silv. Quisiera
Saber por qué...
Isab. Yo no tengo
Que daros ninguna cuenta.
Lo quiero, y con esto basta.
Silv. Pues á Dios, ingrata, fiera:
Voy á llorar de mi amor
La desgracia.
Isab. ¡Qué simpleza!
¿Quién os dice que no os amo?
Silv. El despedirme es la prueba.
Isab. Es que me estorbais aquí.
Silv. Si me quisiéseis de veras...
Isab. Amiguito, hablemos claros:
Vuestra agraciada presencia,
Vuestra elegancia me gustan;
Mas teneis pocas pesetas,
Y aunque haceis muy buen galan,
Sois un galan muy á secas.
Silv. El amor suple por todo.
Isab. Dejaos de esas tonteras;
Y sabed que tengo ya
Novio con mas conveniencias.
Silv. ¿Será don Cándido?
Isab. El mismo.
Silv. ¡Aleve!
Isab. Tened paciencia.
Yo lo que quiero es casarme.
Silv. (Pues, señor, la hora es esta (*Aparte.*)
De capitular.) ¡Ingrata!
¿Con que renunciar es fuerza
A una pasion tan antigua,
Y que pensé fuera eterna?
Isab. ¡Cómo ha de ser! Yo lo siento.
Silv. ¿Esta es, pues, la recompensa
De dos meses de constancia?
Despues de hacer la fineza
De sacrificar á tres,
Y entre ellas á doña Alberta,
Que aunque vieja, al fin sudaba,
Y era una mina. Con ella
Estaba yo como el pez
En el agua. Ya miserias
Me quedan solo y trabajos.
Bien dicen que una alma tierna
Es un don funesto.

Isab. (El pobre (*Aparte.*)
Me enternece.) No os dé pena
Por nada de eso. Sabeis
Que don Cándido os aprecia,
Y sereis siempre el amigo
De la casa.
Silv. Eso consuela
Mi corazon. ¿Es decir
Que entraré en la casa vuestra?
Isab. Por de contado.
Silv. ¿Podré
Disfrutar de vuestra mesa?
Isab. Siempre que gusteis.
Silv. Si dais
Alguna funcion...
Isab. A ella
Asistireis.
Silv. Y podré,
Si os parece, disponerla.
Isab. ¡Ah! sí, pues sé que teneis
Buen gusto.
Silv. Ello sí, las cuentas
Suelen subir, mas en esto
Lucir es lo que interesa.
Isab. Tambien cuando necesite
Comprar diamantes y perlas,
Muebles, vestidos, encajes,
Y otras varias frioleras
De lujo, os daré el encargo.
Silv. ¡Ah! Pues con esa promesa
No quiero mas. Id, amiga,
Id cuanto antes á la iglesia.
Yo mismo seré el padrino.
¿Y está la boda compuesta?
Isab. Falta decidir al novio.
Silv. ¿No mas? Es parva materia.
Pues, señora, si yo puedo
Ser útil para que tenga
Un pronto éxito, mandad.
Isab. A don Cándido hablad de ella,
Y si tiene algunas dudas
Haced que se desvanezcan.
Silv. Ya se ve que le hablaré.
Y le casaré por fuerza
Si no quisiere de grado.
Isab. No conviene que nos vean.
Marchaos de aquí.
Silv. Pues á Dios,
Isabel bella y discreta. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA ISABEL, DOÑA ENGRACIA, DON MELITON.

Eng. ¿Qué es esto? ¿No es don Silverio?
¿Qué hacia aquí ese tronera?
Isab. Vino á hablarme de su amor,
Y le he dado su licencia
Absoluta.
Eng. Es que ¡cuidado!
Que aunque por condescendencia
Le he tolerado hasta aquí,
No quiero que á hablarte vuelva.

ESCENA VIII.

DICHOS; DON CANDIDO, ELEGANTEMENTE VESTIDO.

Cánd. Señoras, á vuestros piés.
Eng. Mil veces bendita sea
La madre que ha dado á luz
Tal hijo. Ved qué presencia
Tan hermosa.
Mel. ¡Qué buen gusto
En el vestir!
Eng. ¡Qué nobleza,
Y qué garbo al mismo tiempo!
Cánd. ¡Ah, señora! me avergüenza
Tanto elogio.
Eng. ¿Os han gustado
Los bollitos de manteca
Que os han dado en el almuerzo?
Cánd. Sí, señora.
Eng. Yo quisiera
Daros gusto en todas cosas.
Cánd. Aprecio tantas finezas.

ESCENA IX.

DICHOS, DON GESTAS.

Gest. Deo gracias.
Eng. ¿Quién es? ¡Ay Dios! (*Bajo.*)
Don Meliton, que es don Gestas,
De todos mis acreedores
El mas tirano.
Mel. Pues llega
Por cierto á buena ocasion.
Gest. Señora, á las plantas vuestras.
Eng. Bésoos la mano. (¡Maldito!)
(*Aparte.*)
Gest. Pasaba por aquí cerca
Casualmente, y al mirarme,
Como quien dice, á las puertas
De vuestra casa, he creido
Que haceros una pequeña
Visita era obligacion
De quien os ama y respeta.
Eng. Mil gracias por el favor.
(¡Ojalá nunca te viera!) (*Aparte.*)
Gest. Siempre tengo muy presentes
A mis amigas; y entre ellas
A doña Engracia Godinez,
A la cual sobremanera

Aprecio, y... ahora vengo
A recordaros aquella...
Mel. Basta ya de cumplimientos.
¿Cómo va de salud?
Gest. Buena,
A Dios gracias; y á no ser
Porque me dí en esta pierna
Dias atrás un porrazo...
Eng. ¡Así las dos te rompieras! (*Aparte.*)
Gest. ¡Ya se ve! Como ando siempre
Subiendo tanta escalera...
Con que, señora...
Mel. ¡Y estais
Así en pié! Sentaos en esta
Silla.
Gest. No, me marcho al punto,
Pues tengo mil diligencias
Que hacer, y si esta señora
Me despacha...
Mel. Y la parienta,
¿Cómo está?
Gest. Gorda y rolliza.
Señora, si usted pudiera...
Mel. ¿Los niños siempre tan guapos?
Gest. Jugando que se las pelan.
Si tuviéseis proporcion...
Mel. Mirad, quiero en estas ferias
Comprarles á cada uno
Un coche y una muñeca.
Gest. Ellos lo agradecerán.
Señora...
Mel. ¿Y aquella perra
Tan bonita?
Gest. Se murió.
(Vaya que el hombre está pelma.) (*Aparte.*)
Señora...
Mel. ¡Cuánto lo siento!
Gest. (Eres tú mas perro que ella.) (*Aparte.*)
Señora...
Mel. Con que, amiguito,
Ya que tantas diligencias
Teneis que hacer, no os queremos
Detener: la complacencia
Hemos tenido de veros:
Con que así...
Gest. ¡Pues esta es buena!
No, no, ya me marcharé
Luego que me haya dado esta
Señora...
Mel. Tambien nosotros
Estamos algo de priesa,
Y tenemos que salir.
Perdonadnos la franqueza,
Pero...
Gest. Pues mas prisa tengo
Por cobrar lo que me adeuda
Esta señora, y....
Mel. ¡Jesus!
¿Ahora nos salís con esa?
¿No es bastante que confiese?...
Gest. Lo que basta es mi paciencia;
Y basta tambien de excusas,
De mentiras y de tretas
Para retardar el pago.
Venga mi dinero, venga.
Mel. Callad.
Gest. No quiero callar.
Si hasta la última peseta
No se me paga ahora mismo,
Al punto llevo mi queja,
Y embargo sin remision.
Ya verán quien es Calleja.
Cánd. Pero, señores, ¿qué es esto?
¿Puede saberse?...
Mel. (¡Qué idea! (*Aparte.*)
Este tal vez...) Escuchad.
Esta señora se encuentra
En un apuro terrible.
Tiene una pequeña deuda
A favor de ese sugeto.
Ella pagarle desea;
Mas ¡ya se ve! los atrasos
Que ha padecido en sus rentas...
El caso es que en este instante
No tiene ni una peseta;
Y ese malvado usurero
Tiene un corazon de piedra,
Mas duro...
Gest. Como que pido
Mi dinero.
Cánd. ¡Ah! pues no fuera
Justo que estando en sú casa
Yo, sufra que tal molestia
Se le cause...
Eng. ¿Qué decís?
Cánd. Señora, que por mi cuenta
Corre esa deuda.
Eng. ¡Ah! no puedo
Permitir...
Cánd. Esta pequeña
Muestra de agradecimiento
Os debo por las finezas
Con que me honrais.
Eng. Advertid...
Cánd. Nada que advertir me queda.
Eng. Pues bien, ya que os empeñais...
Cánd. ¿A cuánto asciende esa deuda?
Gest. A treinta onzas.
Cánd. Pues bien:
Dispondré que hoy mismo os sean
Pagadas.
Gest. Es que...
Cánd. ¿Teneis
Recelo de?...

Gest. ¡Qué tontera!
Yo ninguno. (Nada pierdo (*Aparte.*)
Con esperar: si no queda
Pagada hoy la cantidad,
Embargo.) A la órden vuestra. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON CANDIDO, DON MELITON, DOÑA ENGRACIA, DOÑA ISABEL.

Mel. ¡Ah! sensible y generoso
Jóven, ¡cómo manifiesta
Este rasgo la bondad
De vuestra alma! No perezcan
En vos esos sentimientos
Y mi amistad será eterna.
Eng. Don Cándido, Dios os pague
Tal favor, pues me liberta
De un grande apuro.
Cánd. Señora,
Mas debo á quien me dispensa
Tantas bondades.
Isab. Y yo
Con mi deber no cumpliera,
Don Cándido, si no os diese
Tambien mil gracias por vuestra
Generosidad.
Cánd. Tan leve
Servicio, hermosa Isabela,
No tiene mérito alguno;
Mas si acaso le tuviera,
En vuestro agradecimiento
Hallara su recompensa.
(¡Qué hermosa!) (*Aparte.*)
Isab. Eso lo decís
Por burla. ¡Quién os creyera!
¡Buenos sois todos los hombres!
Eng. ¿Qué conversacion es esa?
Di, niña. ¡Ah, don Meliton,
Cuántos recelos asedian
Mi corazon!
Mel. ¡Qué recelos!
Eng. Jóven, incauta y sincera,
De su pecho candoroso
La libertad se halla expuesta.
Isab. Pues, madre...
Eng. Vete de aquí. (*Vase doña Isab.*)
Don Cándido, muy grande era
Mi alegría al ver en casa
Un jóven de vuestras prendas.
El favor que me acabais
De dispensar acrecienta
Mi estimacion por vos; pero
Dios no permita que tenga
Que arrepentirme algun dia
De mis servicios, ni sean
Para mí vuestros favores
Causa de llanto y vergüenza. (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON CANDIDO, DON MELITON.

Cánd. ¿Qué quiere decir con eso?
Mel. ¿No lo entendeis? ¡Qué simpleza!
Cánd. Os juro que no lo entiendo.
Mel. Mas claro no sé que pueda
Explicarse.
Cánd. Pues si vos
No me aclarais...
Mel. Por las señas
Presumo que en Isabel
Alguna pasion empieza
A darle cuidado.
Cánd. Mas
¿Hácia quien puede tenerla?
Mel. Hácia vos.
Cánd. ¿Hácia mí?
Mel. Sí.
Solo un novicio pudiera
No conocerlo. La madre,
Si he de hablaros con franqueza,
Me ha manifestado ya
Los temores que la cercan.
Cánd. Pero, ¿qué temores?
Mel. ¿Cuáles
Han de ser? Los que se engendran
De ver bajo un mismo techo
Vivir una jóven bella,
Sensible y apasionada,
Con un mozo de presencia
Amable, y que está adornado
De mil seductoras prendas.
Cánd. ¿Me juzgará doña Engracia
Capaz?...
Mel. De todo recela
Una madre que el honor
De su hija guarda, y mas ella
Que os ha visto prodigar
A Isabel tantas finezas.
Cánd. La urbanidad exigia...
Mel. ¿La urbanidad?... Sin reserva
Confesadlo, amigo mio;
De Isabel la gentileza
Os ha prendado.
Cánd. Confieso
Que me gusta.
Mel. En hora buena.
Pero, amigo, no os entiendo.
¿No me habeis confesado esta
Mañana que doña Inés
Ha de ser esposa vuestra?
Pues ¿cómo á doña Isabel
Dais de afecto tales muestras?

¿Por qué la obsequiais? ¡Ah! ved
Que esa conducta es muy fea.
¡Engañar á dos mujeres!
Vos hareis lo que os parezca,
Pero obsequiar á las dos
No os permite la decencia.
Es preciso decidirse.
Cánd. ¿Mas á cuál la preferencia
Habré de dar?
Mel. ¿Qué quereis
Que os diga? Esa es cuenta vuestra.
A vos toca decidirlo.
Lo mismo me da que sea
Vuestra esposa doña Inés
Que doña Isabel. Si en esta
Brillan mil prendas amables,
Las mismas veo en aquella.
A la verdad Isabel,
Bien mirado, manifiesta
Mas brillante educacion.
Luego sus muchas riquezas...
Pero estoy bien persuadido
De que el mérito es la regla
Que solo debe guiaros...
No obstante, si se presentan
Mérito y riqueza unidos
No hay que hacerse muy de pencas,
Porque novias de esta especie
No se encuentran como quiera.
Cánd. Es decir que Isabelita
Os debe la preferencia.
Mel. Si he de decir lo que siento...
Pero dejemos tan seria
Conversacion. Nuestro amigo
Don Silverio nos espera.
Vamos, que ya se hace tarde.
Cánd. Si no os sirve de molestia,
Veremos al comerciante
Con quien tengo letra abierta,
Para que me dé el dinero
Que he de entregar á don Gestas.
Mel. Teneis razon: lo primero
Es siempre pagar las deudas.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Don CANDIDO, Don MELITON, Don SILVERIO.

Silv. Eso es lo que habeis de hacer:
Seguir á Baco y Cupido,
Tener grandes francachelas,
Convidar á los amigos,
Y dejad que allá murmuren
Cuatro censores malignos.
Cánd. Muy aficionado sois
A diversiones.
Silv. Preciso.
¿Y á quién no habrán de gustar?
Amigo, yo siempre he dicho
Que es necedad exigir
De un jóven bien parecido,
Elegante y con dinero,
Que viva en Madrid lo mismo
Que un anacoreta. Digan
Lo que quisieren de juicio,
De prudencia y honradez,
Lo cierto es y positivo
Que en el mundo entronizado
Está el placer; yo le miro
Tributar adoraciones
Donde quiera; con que, amigo,
Ya que todos se divierten,
¿Qué hemos de hacer? Divertirnos.
Mel. Es excelente moral.
Silv. ¿No lo ha de ser? Por lo mismo
Vamos á pensar en nuestra
Comida de hoy. Es preciso
Que tengamos gran jarana.
¿De cuánto ha de ser?
Mel. Opino
Que de tres duros por barba.
Silv. Me agrada el precio.
Mel. Buen vino
Y buen licor.
Silv. Sobre todo,
Mientras comamos, suplico
No se hable nada de ciencias,
De negocios, ni de libros.
Tan solo del bello sexo
Los seductores hechizos
De nuestros discursos sean
El objeto.
Mel. Y en olvido
No deberemos dejar
La beldad que de este sitio
Es el principal adorno.
Silv. ¡Oh, doña Isabel! Es fijo
Que es una linda muchacha.
Mel. Preciosa.
Silv. ¡Ay! Amigo mio, (*A don Cánd.*)
¡Qué feliz sois!
Cánd. ¿Por qué?
Silv. No hay que haceros el chiquito.
Todo se sabe.
Cánd. ¿Qué habeis
De saber?
Silv. Vaya, es capricho
Siempre en los enamorados

Negar lo que hasta los niños
Conocen. ¿A qué ocultar
Que á Isabel teneis cariño?
Cánd. Me gusta; pero...
Silv. ¡Qué peros!
La niña por su palmito
Y su gracia se merece
Todo un reino: sus ojillos
El corazon atraviesan.
Mel. ¡Qué talle tiene tan lindo!
Silv. ¡Qué dulzura en el hablar!
Mel. ¡Qué expresion y qué atractivo
Cuando canta!
Silv. ¿Y en el baile?
En el baile es un prodigio.
Mel. Su beldad no tiene precio.
Cánd. Es muy cierto; y por lo mismo
Yo no pretendo aspirar
A un tesoro...
Silv. Pues, amigo,
Ella os adora.
Cánd. ¿Me adora?
Silv. Sí, señor, y yo lo digo.
Cánd. No me creo ciertamente
Tan dichoso.
Silv. Picarillo,
¡Qué bueno sois! ¿Os quereis
Hacer el modesto?
Cánd. Afirmo
Que no hay nada.
Silv. Bien podrá
Ser que aun nada os hayais dicho;
Mas no importa: si las lenguas
No han hablado, es positivo
Que ya vuestros corazones
Se entienden, con que es lo mismo.
Mel. Pero decid la verdad:
¿Aun no os habeis atrevido
A hablarla de amores?
Cánd. No.
Silv. ¡Jesus, qué hombre! Yo me admiro.
Mel. Ya se ve, la timidez...
Silv. La timidez en mi juicio
Hace al hombre tras de tonto
Desgraciado. En los dominios,
Sobre todo del amor,
Debe ser desconocido.
Sed osado y vencereis
Es su lema favorito.
Aprended de mí. ¿No veis
Con qué soltura, qué brillo
Me presento en todas partes?
¿Cuánto charlo, cuánto rio?
Pues bien, imitadme: el caso
Es hacer que siempre fijos
Esten los ojos en vos.
Sentado, no es admitido
Estarse un hombre estirado
Con compostura y con juicio.
Mostraos inquieto, tomad
Mil ademanes distintos,
Y si rompeis vuestra silla,
Eso, amigo, es muy bonito.
A la que tengais al lado,
Mas que nunca la hayais visto,
La tratareis marcialmente,
Os pondreis arrimadito,
Y el brazo sobre su silla;
La quitareis su abanico,
Os hareis aire con él;
La hablareis mucho al oido,
Y afectareis una risa
Misteriosa, con que indicios
Deis de que vuestros ataques
La fortaleza han rendido.
Si hay seriedad, levantaos,
Y en la sala un paseito
Dad con garbo y con franqueza
Luciendo ese cuerpecito.
Miraos al espejo entonces
Estirándoos los picos
De la camisa: encended
Un puro, y á los hocicos
Del mas serio echad el humo.
Tambien si quereis lucirlo
Podeis ensayar un paso
De rigodon allí mismo,
O, lo que es mas tono, un aria
Talarear del divino
Rossini. Luego os haceis
Con las damas el rendido.
Una flor decís á Aurora,
A Inés sobre su vestido
La elogiais, á Dolorcitas
La haceis rabiar un poquito.
En fin, si viniere á pelo
Decís algun cuentecillo.
Todos se rien y aplauden;
Y las bellas al oirlo
Exclaman: ¡Qué don Fulano!
¡Vaya, si es muy divertido!
Mel. Eso está muy bien parlado;
Pero por ahora opino
Que hablemos de la comida.
Silv. Para que todo esté listo
Discurro no será malo
Que me vaya yo ahora mismo
A mandarla disponer.
Mel. Lo demás es desatino.
Silv. En la fonda esperaré.
Hasta luego. (*Vase.*)
Mel. Abur, querido.

ESCENA II.

DON CANDIDO, DON MELITON.

Mel. Es muy alegre y muy guapo.
Cánd. Esto se llama un amigo,
Y no aquel triste de Enrique,
Con quien siempre me fastidio.
Ya no quiero acompañarme
Mas con él. ¿A qué he venido
A la corte, si no es para
Divertirme?

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA ENGRACIA, DOÑA ISABEL.

Eng. Cuidadito
(*Bajo á doña Isabel al entrar.*)
Con mi advertencia.
Isab. Está bien.
Eng. Isabel, te tengo dicho
Que tanto llorar me enfada.
Mel. ¿Qué es eso? ¿Qué ha sucedido?
Eng. Nada: esta niña, que ha dado,
Sin saber con qué motivo,
En la flor de estar llorando
Todo el dia. No la he visto
Nunca así.
Mel. ¡Qué hermosa está!
(*Bajo á don Cándido.*)
Eng. Si la hubiéseis conocido,
Don Cándido, antes... ¡Qué alegre!
¡Qué amiga de regocijos
Y de bailes! Ahora, nada...
Y desde que habeis venido
Ya no rie, ya no canta;
Todo es tristeza, suspiros...
Vamos, hija, di: ¿qué tienes?
Isab. ¡Ay, mamá!
Eng. No temas, dilo.
Isab. ¡Si me da tanta vergüenza!
Eng. ¿Te se ha escapado el doguito?
Isab. No, señora.
Eng. ¿Te se ha muerto
Algun canario?
Isab. Están vivos
Todos.
Eng. ¿Pues qué es lo que tienes?
Mel. Será preciso decirlo.
Tiene amor.
Eng. ¡Amor! ¡Si tal
Supiera!...
Mel. ¿Es algun delito?
Eng. Segun... Si fuese un amor
Honesto, y que su cariño
Recayese en un sugeto
Decente... entonces no digo...
Mel. Si el novio fuese un muchacho
De buena familia, rico...
Eng. De ese modo...
Mel. Verbi gracia,
Como cierto jovencito
Que conozco...
Eng. ¿Qué decís?
Pensar en ello es delirio.
No tendrá tanta fortuna
Mi Isabel... Y no lo digo
Porque ella no se merezca...
¡Vaya! Eso no...
Cánd. Es positivo
Que su belleza...
Eng. Lo menos
Es su belleza... ¡Qué juicio!
¿Qué habilidad para todo!
¡Qué desparpajo, qué tino
Para llevar una casa!
Pues ¿y el genio? Nunca he visto
Otro mas humilde... Vamos,
Hará feliz á un marido.
¿Verdad, hija?... Di: ¿qué harás,
Qué harás á tu maridito?
Isab. ¿Yo, madre?... Quererle mucho,
Hacerle fiestas y mimos...
Cuidarle... Lo que hacen todas.
Eng. Sí, hija mia, lo mismo
Que yo hacia con tu padre.
¡Ay pobrecita!... No vivo
Hasta verte colocada;
Que es mucho, mucho martirio
El tener hijas solteras.
Mel. Y como están tan remisos
Los jóvenes en casarse...
Eng. ¡Oh! mi Isabel ha tenido
Infinitas proporciones.
Y si ella hubiera querido...
Mel. Sí, me acuerdo de aquel conde
Que tantos extremos hizo
Para conseguir su mano.
Eng. Y sin ser eso, ahora mismo...
(*Se acerca á don Meliton, y le dice bajo, pero de modo que don Cándido pueda oirlo.*)
Por el último correo
Un sugeto distinguido
Y acaudalado me escribe
Pidiéndome para su hijo
La mano de Isabelita.
Cánd. ¿Qué es lo que escucho, Dios mio? (*Aparte.*)
Eng. ¿Qué opinais qué debo hacer?
Mel. Si es ventajoso el partido...
Eng. ¿No lo ha de ser?
Mel. Pues entonces
Debeis... Con todo, es preciso
No proceder de ligero.

Eng. Ved la carta que me ha escrito.
Mel. Con vuestra licencia.
(*A don Cándido.*)
(*Don Meliton y doña Engracia se retiran á un extremo del teatro, y fingen estar leyendo y hablando; pero observan cuanto hacen don Cándido y doña Isabel.*)
Isab. Estais,
Don Cándido, pensativo.
Cánd. ¿No lo he de estar, señorita?
¿Habeis por ventura oido
Lo que ha dicho vuestra madre?
Isab. Sí, pero dudo infinito,
Sea cual fuere ese sugeto,
Que le acepte por marido.
Cánd. ¿Por qué razon?
Isab. La razon
Yo bien la sé.
Cánd. La adivino.
Vuestro corazon, sin duda,
Se encuentra ya prevenido
En favor de otra persona.
Isab Eso no puedo decirlo,
Y menos á vos que á nadie.
Cánd. ¿Cómo?
Isab. No me es permitido
Explicarme mas.
Cánd. Hermosa
Isabelita, os suplico
Me saqueis de una penosa
Incertidumbre.
Isab. Quedito,
Don Cándido, ¿no advertís
Que todo cuanto decimós
Lo está mi madre escuchando?
Cánd. Pues bien, ya que en este sitio
No tenemos libertad
Un favor quiero pediros.
Isab. ¿Cuál es?
Cánd. ¿Me lo negareis?
Isab. Segun.
Cánd. Es que sin testigos
Os pueda hablar un momento.
Isab. ¿Hay hombre mas atrevido?
¿Quién? ¿Yo hablaros en secreto?

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA INÉS.

Inés. ¡Ah don Cándido!
Cánd. ¡Dios mio!
(*Alejándose precipitadamente de doña Isabel.*)
¡Inés!
Inés. Vaya, proseguid:
Yo no vengo á interrumpiros.
Imitaré de mi tia
El ejemplo, pues la miro
Para que hableis libremente
Retirada en aquel sitio.
Eng. ¿Qué es eso que dices?
Inés. Nada.
Eng. ¡Cuidado con!...
Isab. Muy sencillo
Era el objeto de nuestra
Conversacion, pues de un libro
Hablando estábamos.
Inés. Siendo
Así, luego me retiro,
Pues de eso no entiendo yo.
Eng. Gracias al cuidado mio
Mi hija puede hacer alarde
De la instruccion que ha tenido.
Inés. La instruccion es apreciable
Sin duda; pero imagino
No aprovecha en quien no tiene
Un pecho franco y sencillo.
Isab. ¡Ignorancia é hipocresía,
Vaya un conjunto muy lindo!
Mel. Pero, señor, ¿á qué viene?...
Sosegaos os suplico.
Es muy feo el enojarse
Entre parientes y amigos
De ese modo. Vos, Inés,
Teneis el genio algo vivo.
Vaya, si quereis hablar
Con el señor, ahora mismo
Nos marchamos. Cabalmente
Retirarnos es preciso
A tratar de cierto asunto
Que exige prudencia y tino.
Señora, cuando gusteis...
Eng. ¿Pero no habeis advertido
(*Bajo á don Meliton.*)
Que queda solo con ella?
Mel. Sí, mas dentro de un ratito
Voy á volver.
Eng. Bueno: vamos.
Hija mia, ven conmigo. (*Vanse los tres.*)

ESCENA V.

DON CANDIDO, DOÑA INÉS.

Inés. ¿Por qué no marchais con ellas?
Cánd. ¿Yo? ¿Para qué necesito?...
Inés. Id, que estará con cuidado:
No priveis á su cariño
De la vista de un amante
Tan obsequioso, tan fino:
Sobre todo tan constante.
Cánd. Inesita, ¿qué motivo?...
Inés. Sí, negadlo, infiel, decid
Que no la amais.

Cánd. Os afirmo...
Inés. ¿Qué vale afirmar? Mil veces
Con juramento os he visto
Prometerme amor eterno.
Mi pecho incauto y sencillo
Vuestros engaños creyó;
Mas ¡ay triste! ahora miro
Que el amor y juramentos
Los habeis dado al olvido.

ESCENA VI

DICHOS, DON ENRIQUE.

Enr. Inés, ¿qué tienes?
Inés. No es nada.
Enr. ¿Nada?... Y veo sumergido
Tu rostro en llanto... ¿Qué es esto,
Cándido?
Cánd. ¿Yo?
Enr. Lo adivino.
Son quejas de amor.
Cánd. Tu hermana
Se ha empeñado en que dedico
Mis afectos á Isabel...
Enr. Y bien, francamente, amigo,
¿En tí no han hecho sus gracias
Ninguna impresion?
Cánd. No digo
Que... pero...
Enr. Escucha: ya sabes
Cuanto te quiero: nacido
Este afecto en la niñez,
Con la edad se ha hecho mas vivo.
Tú quisiste (y no lo niego,
Fué con sumo placer mio)
Que otros lazos estrechasen
Nuestra amistad... Pero, amigo,
Si acaso de tus promesas
Te hallas hoy arrepentido,
Si mayores intereses
Te ofrece otro enlace, dilo.
Yo te vuelvo tu palabra,
Sé libre y feliz.
Inés. ¡Inicuo!
¡Qué dices! ¡ay!
Enr. Lo que exige
Tu honor, el suyo, y el mio.
Lo que exige tu ventura:
Sí, tu ventura... Si insisto
En que cumpla un juramento
Que le pesa, si permito
Que le entregues una mano
Que repugna, ¡qué suplicios
No te hiciera padecer
Un enlace aborrecido!
Yo entonces fuera sin duda
Tu verdugo: sí, yo mismo
En vez de darte un esposo,
Te entregara á tu asesino.
Cánd. ¡Su asesino! ¿Qué pronuncias?
¿Me presumes tan indigno?...
Enr. Perdona, amigo, perdona.
Conozco que me he excedido.
Sé muy bien que tu alma es noble,
Generosa... Mas repito
Que si has mudado de intento
Te muestres franco conmigo.
No solo busco la dicha
De Inés; igualmente aspiro
A la tuya, y si en los brazos
De otra mas digna te miro,
Si eres venturoso en ellos,
Será mi anhelo cumplido. [solo
Cánd. ¿Yo en los brazos de otra? ¡Ah
Reina Inés en mi albedrío
Y juro serle constante.
Enr. ¿Y de tu constancia, amigo,
Quién la puede asegurar?
Tú no lo puedes, tú mismo.
Que nos ames cual hermanos
De tí solamente exijo.
Cánd. No, jamás olvidaré...
Enr. Don Meliton viene... El sitio
Le dejo por no chocar
Con él.
Cánd. A Dios, fiel amigo.

ESCENA VII.

DON CANDIDO, DON MELITON.

Mel. Cuidado, que el don Enrique
No me puede ver: lo mismo
Es verme entrar que se marcha.
Mas ¿qué es esto? Pensativo
Estais, don Cándido... Mucho
Debe haberos commovido
El diálogo que acabais
De tener con vuestro amigo.
Cánd. Con efecto, ha sido así.
Mel. Ya veo que es el cariño
Que conservais á Inesita
Mayor de lo que habeis dicho.
Cánd. Os confieso ingenuamente
Que cada vez que la miro
Siento proceder con ella
De un modo tan poco fino.
Mel. Pero en resumidas cuentas
¿Me decís, amigo mio,
A cuál de las dos primitas
Preferís?
Cánd. Tan indeciso
Estoy que...
Mel. Esa indecision
Me pone en un compromiso

Terrible.
Cánd. ¿A vos?
Mel. Sí, señor.
En este momento mismo
De manifestarme acaba
Doña Engracia que un partido
Ventajoso se presenta
Para Isabel, y ha exigido
Le diga mi parecer.
Yo como me habíais dicho
Aquello...
Cánd. ¿Y bien, qué?...
Mel. Llevado
De mi celo, he respondido
Que no empeñe su palabra,
Porque segun los indicios
Vos amais á Isabelita,
De quien sois correspondido;
Y que es muy posible...
Cánd. ¡Oh Dios!
¿Qué habeis hecho?
Mel. Un desatino.
Lo conozco y me arrepiento.
Pensé haceros un servicio
Dando un paso favorable
Al logro de los designios
Que os suponia... ¡Jesus!
Mucho error ha sido el mio,
Pero vos teneis la culpa.
Cánd. Sí, la tengo, y de mi indigno
Proceder yo me avergüenzo.
Mel. No fuera en verdad muy fino
Burlarse de doña Engracia,
Que ya por lo que le he dicho
Ha consentido en la boda.
Su pesadumbre imagino
Cuando el engaño conozca.
Yo por mí no se lo digo.
¡Qué vergüenza! Habladle vos
Y decídselo vos mismo.
Cánd. ¿Mas cómo quereis que yo?...
Mel. No hay remedio, no lo digo.
Cánd. ¡O cielos! ¡Qué incertidumbre!
Si pronto no me decido
Pierdo á Isabel para siempre.
Por otra parte el cariño
Dejar burlado de Inés
Fuera en verdad un delito.
Mel. Toma, primero sois vos.
Además de eso, he sabido
Que su tia va á casarla
Con un caballero rico
Que la quiere.
Cánd. ¿Qué decís?
Mel. La verdad; y me imagino
Que ella aceptará al momento,
Luego que hubiere perdido
La esperanza de ser vuestra.
Cánd. De ese modo... En fin, confio
En vuestros consejos.
Mel. Sí:
Confiad en ellos. Os miro
Cual hijo, y solo deseo
Haceros feliz.
Cánd. Me estimo
Ya por feliz con tener
Tan honrado y fiel amigo.
Pero con lo que ha pasado
Hemos echado en olvido
Entregar á doña Engracia
El dinero que he traido
Para don Gestas.
Mel. Pues vamos
A entregárselo ahora mismo.
Despues á la fonda iremos,
Donde espera nuestro amigo.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ENGRACIA, DOÑA ISABEL.

Eng. ¡Qué altivez y qué insolencia!
¡Cuánto mas pobres, mas vanos!
Isab. ¿Que hay, madre?
Eng. Inés que se atreve
A disputarte la mano
De don Cándido. Queriendo
Alejarla de mi lado,
Le he propuesto que se case
Con nuestro amigo don Fausto,
Que la tiene amor; mas ella
Le desprecia, imaginando
Que tu amante ha de cumplirle
La palabra que le ha dado.
Isab. ¡Pues ya! no faltaba mas.
Eng. Yo la he puesto como un trapo,
Y cual se merece. Ha dicho
Que va á contarlo á su hermano,
Y que hoy mismo de mi casa
Se saldrá.
Isab. ¡Miren qué malo!
Eng. Váyanse los dos si quieren.
Tanto mejor. Ya he salvado
Las apariencias, y como
La gente esté en el engaño
De que he procedido bien,
De lo demás no hago caso.

ESCENA II.

DICHOS, DON MELITON, DON SILVERIO.

Eng. ¡Ah! ¿Sois vos, don Meliton?
¿Y nuestro hombre?
Mel. A pocos pasos
Viene detrás. Ahora mismo
De comer nos levantamos.
Amiga, nuestro negocio
Va viento en popa. Ayudado
Por Silverio, un favorable
Y pronto éxito presagio.
De Isabel y de sus gracias
Solamente hemos hablado,
Y los elogios y el vino
De tal suerte han trastornado
A don Cándido, que está
Loco por la niña. El caso
Es favorable, y debemos
Con destreza aprovecharlo.
Ya viene... Que no nos vea.
Entremos en ese cuarto.
Pronto.
Eng. ¿Qué intentais hacer?
Mel. Ya lo vereis. Vamos. (*Vanse.*)

ESCENA III.

DON CANDIDO, MUY ALEGRE.

¡Cuánto
Me he divertido esta tarde!
¡Qué mesa! Vaya un bromazo
El que hemos corrido. Tengo
Unos amigos muy guapos,
Y no es posible ver otros
Mas divertidos... Pues me hallo
Solo ahora, pensar quiero
En lo que hemos hablado.
No hay duda, la Isabelita
Me conviene. Sus encantos
Me tienen loco de amor.
Si actualmente, que estoy algo
Alegre, tener pudiera
Con ella tan solo un rato
De conversacion, ¡qué cosas
Le diria!... Mas ¿me engaño?
¿No es ella? No hay duda; ella es.
¡Suerte propicia!

ESCENA IV.

DON CANDIDO, DOÑA ISABEL; LUEGO DON MELITON Y DOÑA ENGRACIA.

Doña Isabel sale del gabinete. Doña Engracia y don Meliton quedan á la puerta del mismo, teniéndola entre-abierta y observando lo que pasa.)

Isab. (Veamos (*Aparte.*)
Cómo se explica.) ¡Ah! ¿Sois vos?
Perdonad... Habia pensado
Que mi madre estaba aquí.
Cánd. Sin duda el cielo ha escuchado
Mis votos, pues el placer
Me proporciona de hablaros
A solas... ¿Qué es eso? ¿Os vais?
Isab. Mi madre me está esperando,
Y no puedo detenerme.
Quedad con Dios.
Cánd. ¡Ah! Dignaos
Escucharme un solo instante.
Hermosa Isabel, yo os amo,
Yo os adoro. Hasta ahora nunca
Me he atrevido á declararos
La pasion en que por vos
Ha tiempo ya que me abraso.
Mas no puedo á su violencia
Resistir...
Isab. (¡Qué risa! Vamos, (*Aparte.*)
No gasta muchos rodeos.)
¿Pues cómo?... ¡Oh Dios!... ¿Qué he escu [chado?
¡Que atrevimiento!
Cánd. Por Dios,
No os enojeis. ¿Es acaso
Algun delito el amar?
¡Ah! ¡El amor que me ha inspirado
Vuestra hermosura es tan puro,
Tan vehemente!
Isab. ¡Ah! ¡qué falso!
Cánd. ¿Falso yo? ¿Podeis creerlo?
Soy muy sencillo, soy franco:
Bien lo habreis ya conocido:
Nunca dijeron mis labios
Lo que el corazon no siente.
Isab. Pues bien está: en ese caso
Podeis hablar á mi madre.
Si ella no tiene reparo
Y da su consentimiento...
Cánd. El vuestro es el que yo trato
De conseguir: solo á vos
Quiero deber vuestra mano.
Isab. ¡Jesus, es mucho apurar!
Cánd. Bella Isabel, apiadaos,
Premiad afecto tan puro,
Dadme de esperanza un rayo.
Isab. No puede ser, no, señor.
Ved que ofendeis mi recato
Y no permite el decoro
Que os siga mas escuchando.
Cánd. Vedme á vuestros piés. Yo juro
Por siempre, por siempre amaros;
Pero dad á mi pasion
El premio.
Isab. ¿Qué haceis? Alzaos.

Si entra mi madre y nos ve,
¿Qué dirá?
Cánd. No me levanto
Hasta que me prometais...
Isab. No es posible.
Mel. Aprovechaos
(*Bajo á doña Engracia.*)
De la ocasion. Salid.
Eng. ¡Cielos!
(*Saliendo y fingiendo sorpresa.*)
¿Qué es lo que veo? ¡Postrado
Don Cándido ante los piés
De mi hija Isabel!
Cánd. ¡O santo
Dios! ¡doña Engracia!
Eng. Muy bien,
Don Cándido.
Cánd. Yo...
Eng. Fundados
Eran mis temores. Estos,
Estos son los resultados
De mi extrema confianza. [tantos
Mel. ¿Qué es lo que hay? Por qué son
Gritos? (*Saliendo.*)
Eng. ¿Qué ha de haber? Pesares,
Disgustos y sobresaltos
De una madre desgraciada.
Mel. ¿Qué ha sucedido?
Eng. ¡Qué engaño!
¡Qué perfidia!... ¡Quebrantar
Así los derechos santos
De la hospitalidad!
Mel. Mas
¿Podremos saber el cabo?...
Eng. Pero mi hija es todavía
Mas culpable. Ea, vamos,
Señorita, id allá dentro.
Isab. ¡Don Cándido!
Cánd. ¡Dueño amado!
Eng. Id allá dentro repito.
Cánd. Ved...
Eng. No nos sigais: quedaos
Con Dios.
Cánd. Permitid que...
Mel. No hay
Que sofocarse... Haceos cargo...
Eng. Dejadme, que estoy furiosa;
Dejadme.

ESCENA V.

Don CANDIDO, Don MELITON.

Mel. Con que veamos,
¿Qué sucede?
Cánd. Si la sigo,
Se acrecentará su enfado.
Id con ella, amigo mio,
Id, calmadla.
Mel. Pero al cabo
Necesito saber...
Cánd. Ella
Os lo dirá. Apresuraos
A seguirla.
Mel. Voy; mas ya
Conoceis cuán delicado
Soy en materia de buenas
Costumbres: con que si acaso
Las hubiereis ofendido,
Cual me lo sospecho, en algo,
De mí no habeis de esperar
Que aplauda vuestros desbarros.
Mucha es mi amistad por vos;
Pero en llegando tal caso,
Solo escucho del honor
Los imperiosos mandatos. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Don CANDIDO.

¡Ah! ¿Qué dice?... Sí... Ya veo
Lo que es el honor, y cuanto
Me prescribe. Estoy resuelto...
Mas ¡ó cielos soberanos!
¡Enrique viene!... Esto solo
Me faltaba en tan aciago
Momento para que fueran
Mis tormentos mas amargos.

ESCENA VII.

Don CANDIDO, Don ENRIQUE.

Enr. Amigo, ¿has visto á mi tia?
Cánd. En este momento acabo
De hablarle.
Enr. Ando en busca de ella.
Ha tenido un altercado
Con mi hermana porque quiere
Que se case con don Fausto;
Y porque Inés no consiente,
Despechada la ha ultrajado
Diciendo que á sus favores
Ella y yo somos ingratos.
Está visto: no es posible
Que ya mas permanezcamos
En esta casa. Disgustos
Tan solo en ella presagio,
Y quimeras... Mas ¿qué tienes?
¿Te soy yo molesto acaso?
Cánd. ¿A mí?... No.
Enr. No disimules.
Recelo que haya logrado
Ponerme don Meliton
Mal contigo. ¡O cielo santo!

Será que al fin desconfíes
De ese intrigante malvado.
Cánd. Hablad mejor, os suplico,
De una persona á quien amo
Y respeto : yo conozco
Su corazon leal y franco ;
Y ¡ ojalá todos aquí
Se le asemejasen !

ESCENA VIII.

DICHOS, DON MELITON.

Mel. Diablos, (*Aparte al salir.*)
¡ Don Enrique aquí!—¿ Sabeis (*Bajo á don*
Lo que habeis hecho? Cuidado, *Cánd.*)
Que el lance es serio, y exige
Satisfaccion del agravio
Que habeis hecho á doña Engracia.
Nada os digo : en este caso
Mejor que yo sabeis cuáles
Son del honor los mandatos.
Doña Engracia se imagina
Que ya os habeis escapado
De su casa ; y si antes quiso
Que no siguiéseis sus pasos,
Ahora solo vuestra ausencia
La llena de sobresalto.
Venid á calmar su enojo,
Venid, y cual hombre honrado
Cumplid con una familia
Desconsolada.
Cánd. Sí, vamos.
Enr. ¿ Adónde vas? Yo te sigo.
Cánd. Deteneos : ya estoy harto
De ver en vos un censor
Molesto. Son excusados
Los consejos, á mi edad
No se necesitan ayos,
Y el solo favor que os pido
Es que no sigais mis pasos. (*Vase y don Mel.*)

ESCENA IX.

DON ENRIQUE, LUEGO DOÑA INÉS.

Enr. ¿Qué es lo que escucho? ¿Es un sueño?
¡ Dios mio, yo estoy pasmado !
Inés. ¿ No es don Cándido quien va
Con don Meliton, hermano?
Enr. Él es, sí.
Inés. ¿ Qué es lo que tienes,
Que te veo tan turbado?
Enr. Querida hermana, esto es hecho :
Ya por fin me desengaño
De que nada hay que esperar
De don Cándido. Los lazos
De la amistad fraternal
Que un tiempo nos estrecharon
Se han roto ya para siempre :
Sí, para siempre. El ingrato
Me ha llenado de improperios,
Me acusa de amigo falso,
Y me dice que de estar
Sujeto á mí se ha cansado.
¡ O Dios mio !... ¿ Quién dijera
Al escuchar de sus labios
Tales injurias que es este
Aquel Cándido que tanto
Nos amaba en otro tiempo?
Inés. No, no lo es... ¡ Desventurados !
Ya perdimos tú un amigo,
Y yo... ¡ Oh Dios ! Qué desengaño !
Tan triste !... Nada me resta
Ya que esperar... Se ha llevado
El viento mis esperanzas.
¡ Infiel, aleve, inhumano !
¡ Cuál se ha burlado de mí !
¿ Qué hice para que tal pago
Me diera ?... ¿ Pues no le quise
Mas que á mi vida ?... ¡ Ah ! ¡ Qué ingrato
Pero, di, ¿ sabes adónde
Le llevaba aquel malvado?
Enr. No te lo puedo decir,
Pues se han hablado muy bajo,
Y solo algunas palabras
Hasta mi oido han llegado,
Como honor...
Inés. ¡ Qué mal está
Esa palabra en sus labios !
Enr. Tambien oí de mi tia
El nombre ; y si no me engaño
Habló de satisfacciones.
Inés. ¡ O cielos !... ¿ Si habrán logrado
Seducirle al punto de ?...
Enr. ¿ De qué, hermana ?
Inés. A pronunciarlo
No me atrevo... Corro á verle,
Y si son ciertas acaso
Mis sospechas... ¿ Dónde voy?
¿ A buscar mas desengaños ?
¿ Qué mas quiero ya saber ?
No hay alivio á mis quebrantos.
Pues haga lo que quisiere,
Que ya tan solo me es dado
Llorar y olvidarle.

ESCENA X.

DICHOS, DON SILVERIO.

Silv. (Calla. (*Aparte al entrar.*)
Aquí están los dos hermanos.
Mejor; pues no hay para que
Guardar secreto, veamos
Cómo toman la noticia.)

Amigos mios, ¡qué rato
Se nos prepara! Va á haber
Gran funcion.
Enr. ¿Cómo?
Silv. Es un caso
Estupendo, un manantial
De convites, de regalos,
De bromas, y...
Enr. Pero ¿qué es?
Silv. Os vais á poner bailando
De alegría.
Enr. ¡Qué machaca!
Silv. Reid, reid.
Enr. Ya me canso
De tantas impertinencias.
Decidme, ¿habeis encontrado
A don Cándido?
Silv. Pues de ese
Es de quien intento hablaros.
Enr. Y bien ¿qué?
Silv. Sabed, amigo,
Que se casa.
Inés. ¡Qué he escuchado!
¡Cielos! (*Se sienta y permanece abatida.*)
Enr. ¿Con Isabel?
Silv. Sí.
De eso se ha estado tratando
Ahora mismo; y ya están todos
Acordes.
Enr. Pero casados
No están aun, y...
Silv. Es lo mismo.
La obligacion se ha firmado;
Y por fuerza, si no es hoy,
Mañana se dan las manos.
Enr. ¿Obligacion decís?
Silv. Sí.
Y puesta en papel sellado.
Con dos testigos que pueden
Valer por dos escribanos.
¿Vos lo sentís?
Enr. ¿Qué os importa?
Silv. Pues, amigos, alegraos,
Que yo por mi parte estoy
De puro gozo que salto.
¡Qué placer! Gran comilona,
Baile, ambigú, juego largo,
Hermosas vistas; despues
La tornaboda en el campo.
¡No son nada las funciones
Que nos esperan!... Yo marcho
A disponer ahora mismo
Para esta noche un bromazo
En celebridad. A Dios,
Amiguitos... (¡Pobres diablos! (*Aparte.*)
¡Qué bravo chasco se llevan!) (*Vase.*)

ESCENA XI.

DON ENRIQUE, DOÑA INÉS.

Enr. ¿Y bien, Inés?
Inés. ¡Ay, hermano!
Enr. Yo te compadezco, y juzgo
Por el mio tu quebranto.
Inés. Te equivocas, no lo siento.
Es verdad que me ha causado
Por de pronto algun disgusto;
Pero ya me desengaño
De lo que don Cándido es,
Y se acabó, ya no le amo.
Enr. ¡No le amas!
Inés. No: dé á mi prima
Su corazon y su mano.
Todo con indiferencia
Lo he de mirar. Ahora me hallo
Muy tranquila, mucho.
Enr. ¿Quién?
¿Tú tranquila?
Inés. He olvidado (*Llorando.*)
Ya del todo á ese perjuro.
Sí, por siempre le he olvidado.

ESCENA XII.

DICHOS, DON JUSTO.

Enr. ¡Ah! don Justo: nuestro amigo...
¿Quién pudo nunca pensarlo?
¡Qué intriga, ó Dios, qué maldad!
Justo. ¿Qué le sucede? veamos.
Enr. Se casa con nuestra prima.
Justo. ¿Es posible? ¿Y con qué engaños
Han conseguido tan pronto
Seducirle?
Enr. Lo ignoramos.
Unicamente sabemos
Que una promesa ha firmado
De matrimonio.
Justo. ¡Imprudente!
Yo bien prevía los lazos
Que la maldad le aprestaba,
Y antes que llegara el daño
Pensé oponer el remedio;
Pero me quedo pasmado
De tan rápido suceso.
¿Y qué pensais en tal caso
Hacer?
Enr. Marcharnos de aquí.
Justo. ¿Y abandonareis el campo
Sin mas esfuerzos?... Salid
De aquí, sí, pero salvando
Antes al amigo vuestro.
Enr. Nuestro honor está empeñado
En no verle mas.

Justo. ¿Pues qué?
¿Consentiremos acaso
Que un pillo y una intrigante
Queden cogiendo en descanso
El fruto de sus maldades?
Viven los cielos que aun cuando
En nada me interesase
Ese jóven, tal engaño
Con frialdad no mirara.
El hombre de bien su amparo
Debe siempre á la inocencia.
Enr. Está bien; mas si ha firmado
Una obligacion...
Justo. La boda
No podrá llevarse á cabo
Sin avisar á su madre.
Yo la escribiré, y en tanto
Indagaremos las artes
Con que se ha urdido el engaño.
Serán tales, que quizá
Declaren los magistrados
Nulo el papel; sobre todo
Si, cual lo espero, logramos
Que Cándido se arrepienta.
Enr. Como quiera, es necesario
Que nos marchemos de aquí
Para evitar todo trato
Con nuestra tia.
Justo. Mi casa
Os ofrezco.
Enr. La aceptamos
Por algunos dias.
Justo. Voy
A que dispongan los cuartos.
Volveré muy pronto. Hablad
A don Cándido entre tanto,
Que yo tambien á mi vuelta
Le diré lo que hace al caso.

ACTO QUINTO.

Habrá luces.

ESCENA PRIMERA.

DON MELITON, DOÑA ENGRACIA.

Mel. ¿Con que se van?
Eng. Sí: he fingido
Oponerme á sus deseos
Por el bien parecer; mas
No han dado oido á mis ruegos.
Mel. Pues, señor, vayan con Dios.
Eng. ¡Ojalá no vuelva á verlos!
Mel. Por fin, gracias á mi maña,
A mi actividad y celo,
Llegó al cabo nuestra empresa
Y la coronó el suceso.
Eng. Mucho habeis hecho por mí,
Don Meliton, mucho os debo:
Creed que os lo pagará
Mi eterno agradecimiento.
Mel. Amiga, la gratitud
Cuesta poco, y vale menos
Como algo no la acompañe.
Eng. Eso se da por supuesto.
Mel. ¡Oh! yo no soy codicioso,
Y limito mis deseos
A tener una haciendita
Cuyo producto modesto
Procure una vida holgada
A su venturoso dueño.
Eng. Pues no pide nada: ya (*Aparte.*)
Se contentará con menos.
Mel. Esta me quiere engañar, (*Aparte.*)
Pero yo pondré remedio.
Eng. ¡Qué feliz será Isabel
Con don Cándido!... Recelo
Con todo que este se vuelva
Atrás.
Mel. No hay que tener miedo.
La obligacion que ha firmado...
Eng. ¡Ay! ahora que me acuerdo,
Vos la guardásteis: ¿qué habeis
Hecho de ella?
Mel. Aquí le tengo.
(*Sacando el papel y enseñándole con cuidado.*)
Miradla.
Eng. ¿A ver?... Venga acá...
(*Alargando la mano.*)
Mel. Poco á poco. (*Retirándola.*)
Eng. ¿Cómo es eso?
Mel. Escuchad, este papel
Tanto es mio como vuestro.
Ambos para conseguirlo
Hemos obrado de acuerdo.
Comun ha sido el trabajo,
Sea comun el provecho.
Eng. Está bien; pero no os sirve
Para nada.
Mel. Ya lo veo;
Pero á vos sí, ¿no es verdad?
Eng. Ya se ve, mucho.
Mel. Pues bueno:
Es justo que ambos el fruto
Cojamos á un mismo tiempo.
Eng. ¿Qué es lo que quereis decir?
Mel. ¿No me entendeis?
Eng. No.
Mel. Pues creo
Que me explico con bastante

Claridad. Deciros quiero
Que pues tengo en mi poder
La obligacion, la conservo
Hasta que de mis servicios
Reciba el debido premio.
Eng. Ya, ya.
Mel. ¿Me entendeis ahora?
Eng. Creo que sí.
Mel. Con que espero
Que cuanto antes...
Eng. Basta ya
De chanzas: dejemos eso
Para despues de la boda.
Mel. ¿Para despues?... No por cierto.
Mi recompensa ha de ser
Primero que el casamiento.
Eng. Pues bien, ¿qué es lo que quereis?
Mel. Por de pronto unos mil pesos.
Eng. ¡Cáspita! Mucho es.
Mel. Mas vale
El servicio que os he hecho.
Eng. Firmaré una obligacion.
Mel. No, necesito dinero
Contante.
Eng. Si estoy sin él.
Mel. Está bien, aguardaremos.
(*Guarda el papel.*)
Eng. ¡Miren con lo que ahora sale!
Mel. ¿Qué quereis? Juzgo que es bueno
Tomarme mis precauciones.
¡Oh! Yo os conozco, y recelo
Si no ando listo quedarme
Sin papel y sin dinero.
Pues no sino descuidarse,
Que entre bobos anda el juego.
Eng. ¿Pues qué, acaso mi palabra?
Mel. ¿La palabra? ¡Bravo empeño!
Dadme en prendas otra alhaja,
Que esa, amiga, no la quiero.
Suelen ser muy fuerte lazo
Las palabras entre aquellos
Que se precian de honradez
Y de nobles sentimientos,
Pero ¿entre nosotros?... Vaya,
En llegándose á hablar de eso,
Ni en mí vos debeis fiaros,
Ni yo en vos fiarme debo.
Eng. Mil gracias por el favor. [hacemos?
Mel. Con que, en fin, ¿qué es lo que
Eng. Si no me pidiérais tanto...
Mel. No es posible exigir menos.
Si don Cándido se casa,
Acabóse desde luego
Mi agostillo; y al contrario
Si permanece soltero,
Aun podré de su bolsillo
Disfrutar muy largo tiempo.
Mirad, pues, cuál son honrados
Y puros mis sentimientos,
Pues olvido mi interés
Y le sacrifico al vuestro.
Eng. Tan solo de mala fe
Veo un testimonio cierto.
Pero no se han de lograr
Vuestros infames proyectos.
La obligacion se ha firmado,
Y á mí me basta con esto:
En don Cándido obrarán
El pundonor y el afecto
Que tiene á mi hija, y la boda
Se ha de hacer á pesar vuestro.
Mel. Pues qué, ¿acaso imaginais
Que yo me habré de estar quieto?
Ya conoceis el dominio
Que sobre ese jóven tengo:
Toda su conducta aquí
La dirigen mis consejos,
Y me será cosa fácil
El trocar sus pensamientos.
Eng. Basta ya de discusion
Y las palabras ahorremos.
¿Me dais el papel ó no?
Mel. Cuando me deis el dinero.
Eng. Esto saca quien se vale
De un tunante, de un perverso.
Sois un hombre vil, sin alma.
Mel. Por Dios, no nos sofoquemos.
El papel está en mis manos;
Si me negais el dinero
Que os pido por él, al punto
A don Cándido le entrego,
Le descubro cuanto sé
De vos, y tambien le advierto
Que si á Isabel da la mano
Será infeliz sin remedio.
Ya veis si tan gran servicio
Se habrá de quedar sin premio.
Con que ved lo que os está
Mejor. A Dios. Sola os dejo
Para que lo mediteis;
Pero decidios presto;
Que si esperais á mañana
Quizá ya no será tiempo. (*Vase.*)

ESCENA II.

DOÑA ENGRACIA.

¿Qué se debia esperar
De tal bribon sino es esto?
¡Ah! ¡si pudiera vengarme!
¡Pero él es capaz de hacerlo
Como lo dice! ¡Qué apuro!
Y no hay que perder el tiempo.
Será preciso entregarle
Lo que pide... ¡Y si no tengo

Ni un cuarto!... Por vida de...
Si hubiera previsto esto
No le mandara tan pronto
A don Gestas el dinero.
Quizá me lo prestará
Don Fausto... Pasaré á verlo.

ESCENA III.

DOÑA ENGRACIA, DON CANDIDO.

Eng. ¡Ah! don Cándido... ¿Sois vos?
¿Dónde habeis estado?
Cánd. Dentro
De mi cuarto.
Eng. ¿Con que, cuándo
Se hará la boda?
Cánd. Antes pienso
Dar parte de ella á mi madre.
Eng. Bien... si lo quereis... espero
Que la aprobará. Tambien
Le he de escribir... Ahora tengo
Que hacer una diligencia
Precisa... Abur, hasta luego...
Se me olvidaba... Dispuse
Llevasen aquel dinero
A don Gestas.
Cánd. Bien está. [dentro
Eng. Con que, á Dios... ¡Ah! ¿Queda
Don Meliton?
Cánd. No lo sé,
Señora.
Eng. Es que os aconsejo
Que si le veis... Nada, nada.
Quedad con Dios: pronto vuelvo.

ESCENA IV.

DON CANDIDO.

¡Qué acerbo dolor me oprime!
¡Dios mio! ¿Qué es lo que he hecho?
¡Cuál me he dejado arrastrar
Al precipicio! ¡O funesto
Compromiso!... Esa Isabel
Bella, sensible y objeto
De tanto ardor ¿será mia?
Sí, lo será; mas ¿qué espero
De tal union?... ¡Ay, que en ella
Hallar la dicha no puedo!
La hallara cuando me fuese
Dado arrancar de mi pecho
La imágen de otra mujer
A quien he querido... y quiero.
Sí, la quiero, pues conozco
Que solo un loco deseo
Hácia Isabel me arrastró;
Mas no un amor verdadero,
Un amor puro, cual este
Que por tí, dulce Inés, siento.
¡Ah! ¿Qué dirás cuando sepas
Que el sagrado juramento
De ser tu esposo olvidando,
El lazo del himeneo
Va á unirme á otra y no á tí?
¡O tardo arrepentimiento!
Ya prometí, ya firmé:
El honor mandaba hacerlo,
Y cumpliré mi promesa.
Mas ¡ó Dios! ¿Qué es lo que veo?
¡Ellos son! ¡cuál su presencia
Acrecienta mi tormento!

ESCENA V.

DON CANDIDO, DON ENRIQUE, DOÑA INÉS.

Inés. Mira, hermano, cuál se pinta
En su rostro el sentimiento.
Enr. Está como quien acaba
De cometer un gran yerro
Y lo conoce. — No temas,
(*A don Cándido.*)
Amigo, pues con intento
No venimos de afligirte.
No oirás de los labios nuestros
Reconvenciones ni quejas.
Cánd. ¿Teneis motivo para ello?
Enr. Todo lo sabemos ya.
Inés. Sí, todo.
Enr. Fuera un empeño
Inútil disimular.
Inés. Antes del adios postrero
Os hemos querido dar
Pruebas de que nuestros pechos
No conservan contra vos
Ningun rencor.
Enr. Tú el primero
Has quebrantado unos lazos
Tan antiguos; quiera el cielo
Colmarte de mil venturas
Al contraer otros nuevos.
Inés. Aunque vos me abandonais,
Conozco debeis hacerlo.
Mientras hemos habitado
En nuestro rústico pueblo
Fuí feliz; un dulce error
Alimentaba en el pecho;
Y al ver que nuestras edades,
Nuestros gustos, nuestros genios
Eran unos, discurria
Que las dichas de himeneo
Solo en eso se cifraban.
Vine á Madrid. ¡Qué funestos
Desengaños me ha costado
Viaje tan fatal! huyeron
Cual humo todas mis dichas.

Trocados vuestros deseos,
Solamente á vuestros ojos
Las riquezas tienen precio.
Yo, ¡triste de mí! soy pobre,
Y haceros feliz no puedo.
Cánd. ¡Ah! ¿qué decís?... ¿Feliz yo?
No he nacido para serlo.
Enr. Pues te es propicia la suerte,
Yo te perdono el desprecio
Que nos haces... Mas si un dia,
No lo permitan los cielos,
Se trocase tu destino
De favorable en adverso,
Y á necesitar llegases
De los auxilios ajenos,
Corre entonces á mis brazos,
Que ellos te serán abiertos.
¡O cuán grato me seria
Aliviar el duro peso
De tu desgracia! Por nada
Trocara tan dulce empleo.
Mas si buscares en otros
De tus males el remedio,
Fuera un agravio que nunca
Perdon hallara en mi pecho.
A Dios.
Cánd. Amigo, detente.
Contempla el abismo horrendo
Donde me ha precipitado
Mi imprudencia. Yo te ruego
No me abandones. Conozco
Que he estado demente, ciego,
Que he sido injusto contigo,
Y de mi error me avergüenzo.
Maldigo de mi razon
El extravío funesto,
Maldigo los seductores
Atractivos que me hicieron
Comprometerme y firmar
Un enlace que aborrezco.
¡Ah! Inés, adorada Inés,
Pude olvidarte un momento,
Mas de mi fatal olvido
El castigo será eterno.
Desvanecido el encanto
Que me alucinaba, siento
Que con mas ardor que nunca
Tu amor renace en mi pecho,
Y siento que ya venturas
No hay para mí, si te pierdo.
Vuestro odio merezco, amigos;
Mas con su terrible peso
Fuera insufrible la vida.
Ya que para siempre os pierdo,
¡Ah! que no me aborrecεis
Juradme, juradme al menos.
Enr. ¿Nosotros aborrecerte?
Ah! Nunca, nunca. (*Se abrazan.*)

ESCENA VI.

DICHOS, DON JUSTO.

Justo. ¿Qué es esto?
¡Abrazos!... Pues qué ¿hay alguna
Novedad?
Enr. No, señor; pero
Esto es que de nuestro amigo
Nos estamos despidiendo.
Justo. Ese nombre no merece.
Enr. Ah, disculpadle: es muy cierto
Que ha cometido un error,
Mas ya su arrepentimiento
Reclama nuestra indulgencia.
Justo. Cuando el mal es sin remedio
¿De qué vale arrepentirse?
Antes para precaverlo
Se necesitaba juicio,
Sumision á los consejos
De los amigos prudentes...
Cánd. No me atormenteis, os ruego,
Con vuestras reconvenciones.
Harto sin ellas padezco.

ESCENA VII.

DICHOS, DON GESTAS.

Gest. Buenas noches. ¿Está en casa
Don Cándido de Ovejero?
Cánd. ¿Quién es? ¡Ah! Señor don Gestas,
¿Os han entregado aquello?
Gest. Sí, señor; está la cuenta
Cabal, y yo mismo vengo
A traeros el recibo,
Porque en esto de dinero,
Como que hay tantos tunantes,
Es preciso mucho tiento.
Cánd. Muy bien. (*Tomando el recibo.*)
Justo. ¿Qué recibo es ese?
Cánd. Cierta deuda.
Justo. ¿Cómo es eso?
¿Teneis deudas?
Cánd. Esto ha sido
Por sacar de cierto empeño
A doña Engracia.
Justo. Apostara
A que es tambien otro enredo
De esa señora.
Gest. Y podeis
Apostar aunque sea ciento
Contra uno.
Justo. ¿Cómo?
Gest. Nada,
Nada: murmurar no quiero.
A mí lo que me importaba
Era cobrar mi dinero,

Y este ya le tengo, gracias
A don Cándido mi dueño.
Queda con Dios. — ¡Ah! Decid,
(*Hace que se va, y vuelve.*)
¿Habeis contraido empeño
De pagar todas las deudas
De esta casa?
Cánd. No por cierto.
¿Por qué lo decís?
Gest. Por nada:
Porque si así fuera, puedo
Mandaros á cierto amigo
Que anda que bebe los vientos
Por cobrar una deudilla.
Cánd. ¿Tambien otro?
Gest. Y otros ciento.
Justo. ¿Tantos acreedores tiene?
Gest. Por luz.
Cánd. No puede ser eso
Siendo tan rica.
Gest. ¿Ella rica?
Algo tuvo en algun tiempo,
Pero ya todo voló.
Ahora eso sí, con el juego
Va trampeando... En fin, todos
Vivimos como podemos.
Cánd. Pues don Meliton me ha dicho...
Gest. Otro que tal, embustero,
Trapalon; pero me callo,
Porque murmurar no quiero.
Justo. No, yo le tengo por tal.
Gest. Y todo Madrid lo mesmo.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON SILVERIO.

Silv. He mandado disponer
Un primoroso refresco
Con el fin de celebrar...
Gest. ¡Ola! Señor don Silverio...
Silv. ¡Oh! don Gestas... Qué, ¿teneis
(*A don Cándido.*)
Algo con este usurero?
Cuidado, porque no hay uno
Mas ladron.
Gest. Sois bien sugeto
Vos tambien. El señor puede
Informaros por extenso
De quién es don Meliton,
Pues los dos son compañeros;
Y tambien deciros algo
De la doña Engracia.
Silv. Y eso
¿A qué viene ahora? Todos
De don Meliton sabemos
Que es caballero...
Gest. De industria.
Silv. ¿Cómo qué?
Gest. Y vos lo mesmo.
Clarito; y la doña Engracia
Una urdidora de enredos,
Entrampada hasta los ojos;
Pero no, mi pico cierro,
Que no quiero murmurar.
Silv. Pues yo, señores, sostengo...
Gest. ¿No la habeis de sostener
Si pensais en ser su yerno?
Justo. ¿Qué decís?
Silv. Hombre, ¿quereis
(*Bajo á don Gestas.*)
Callar? que me estais perdiendo.
Justo. Venid acá: ahora mismo
(*Agarrando á don Silverio del brazo y colocándole entre él y don Enrique.*)
Vais á aclarar los misterios
De esta casa. Se ha engañado
A este jóven: le habeis hecho
Firmar una obligacion
De matrimonio; yo quiero
Que nos digais quién sois vos,
Quién don Meliton, los medios
Que ha empleado doña Engracia
Para conseguir su intento...
Silv. ¡Cuántas preguntas, Dios mio!
Yo de ningun modo puedo...
Justo. Si no decís la verdad...
Don Enrique, á ver, tenedlo
Por ese otro brazo. A palos
Os molemos si...
Silv. Señores,
Esto es ponerme en tormento.
Gest. Sí, sí, duro en él; que cante.
Justo. Vamos, hablad.
Silv. Yo... sí... pero...
Es mucho apurar.
Justo. Si hablais,
Diez onzas os prometemos.
Silv. ¿Diez onzas?
Justo. Si no cien palos.
Silv. Pues á las onzas me atengo.
Justo. ¿Quién sois vos?
Silv. Yo no soy nadie.
Vivo... así... de lo que pesco.
Justo. ¿Y el Meliton?
Silv. No os canseis
En preguntar. Aquí todos
Somos unos: el proyecto
Fué engañar á vuestro amigo.
Se ha logrado: ya lo hecho
Hecho se está: con que ved
Cómo podeis deshacerlo.
Justo. ¿Y vos con doña Isabel?...
Silv. La he dicho cuatro requiebros.
Ella me correspondia;
Mas convino no querernos

Para atrapar al señor.
La dejé, pues, y laus Deo.
Gest. Muy bien.
Silv. Esto es natural.
Justo. ¿Y bien, don Cándido?
Cánd. ¡Cielos!
Justo. Ved el fruto que sacais
De la amistad con perversos.
Cánd. ¡Ah! Conozco, pero tarde,
Que he sido engañado; y veo
Que en un abismo de males
Me he precipitado ciego.
Justo. Cuanto mayor es el daño
Debe mas pronto el remedio
Aplicarse. Tened, pues,
Resolucion. Lo primero
Que hacer debeis es marcharos
De esta casa: yo os ofrezco
La mia.
Cánd. Pues bien, salgamos
De esta casa que aborrezco.

ESCENA IX.

DICHOS; DOÑA ENGRACIA, QUE OYE AL ENTRAR LAS ULTIMAS PALABRAS DE DON CANDIDO, Y SE DETIENE A LA PUERTA.

Eng. ¿Qué es lo que escucho? Esto es malo.
Pero ¿qué será aquel pliego
(*Viendo en la mano de don Cándido el recibo que le dió don Gestas.*)
Que tiene en la mano? ¿Acaso
El papel de casamiento
Que le habrá entregado ya
Don Meliton? Escuchemos.
Justo. Solo huyendo de esta casa
Os librareis de perversos.
Por lo que hace á ese papel
Guardadlo tambien; veremos
Qué uso se le puede dar,
Pues debeis tener por cierto
No alcanzará doña Engracia
El logro de sus proyectos.
Eng. No hay duda, es la obligacion.
Y el mirar á don Silverio
Tan triste me lo confirma.
¡Infame!
Cánd. Amigos, me entrego
A vosotros ciegamente.
Vamos, al punto marchemos
De aquí... Pero doña Engracia.
(*Al volverse ve á doña Engracia.*)
Justo. Señora, rasgóse el velo
De vuestra infame conducta.
Ya está visto que el objeto
De los obsequios y halagos
Que á don Cándido habeis hecho
Fué solamente engañar
A este jóven inexperto.
Vuestras artes han logrado
Hacerle de casamiento
Firmar una obligacion.
¡Medio vil y bajo! Pero
Será en vano, pues saldrán
Frustrados vuestros intentos.
Eng. (¿No lo dije? Ellos la tienen.) (*Aparte.*)
¿Y bien, yo en eso qué he hecho
Mas que lo que debe hacer
Una madre cuyo anhelo
Es dar á su hija una buena
Colocacion?
Justo. Mas los medios
De que valido os habeis
Son infames.
Eng. Yo confieso
Que no son tal vez los mas...
Y la verdad, me avergüenzo.
Pero, señores, creedme,
Yo ninguna culpa tengo.
Obra es de don Meliton,
Ese vil, cuyos consejos
He seguido... Él me ha engañado
Tambien... A no ser por eso
¿Cómo es posible que yo?...
¡Ay! ¡En mi vida! De vuestro
Enojo y del mio debe
Sobre él recaer el peso.
Él ha inventado la trama,
Por él ha tenido efecto,
Por él...

ESCENA X.

DICHOS, DON MELITON.

Mel. ¿Y bien, doña Engracia? (*Entra precipitadamente.*)
¡Ah! ¡ah! salud, caballeros.
Cánd. Hombre infame, falso amigo,
Ya te conozco: huye luego
De mi presencia, ó bien teme
Mi justo resentimiento.
Mel. ¿Cómo? ¿Qué decís? Estoy
Aturdido... Yo ¿qué he hecho?
Cánd. No disimules, aleve:
Ya todo está descubierto,
Y sé que por tus intrigas
Firmé aquel papel funesto.
Mel. ¿Quién os ha dicho tal cosa?
Eng. Yo lo he dicho, yo; y lo vuelvo
A repetir. Tú has querido
Burlarte de todos; pero
No te saldrás con la tuya.
Yo te arrancaré aquí mesmo

La máscara que te cubre.
Sepan estos caballeros
Que eres el ser mas dañoso
Que existe en el universo.
Mel. Y vos sois de las mas viles
Intrigantes el modelo.
Eng. Del señor te hiciste amigo
Para estafarle el dinero.
Mel. Vos le atrajísteis aquí
Para hacerle vuestro yerno.
Eng. Si tú no me aconsejaras
Nunca yo pensara en ello.
Mel. ¿Yo os lo aconsejé?
Eng. Sí, tú,
Tú fuisteis.
Mel. Mentís.
Eng. No miento.
Y sino, dime, ¿no fuistes
Quien me propuso primero
Que de este jóven en daño
Se uniesen nuestros esfuerzos?
¿De hacerle odiar sus amigos
No te encargaste? ¿No es cierto
Que le llevaste á la fonda,
Y que?...
Mel. Basta, basta, veo
Que habeis querido vengaros
Del susto que ha poco tiempo
Os he dado; pero vos
Perdeis mas que yo, pues tengo,
Como sabeis, en mi mano
De desquitarme los medios.
Tomad, don Cándido, estais
(*Saca la obligacion y se la entrega á don Cándido.*)
Libre ya de vuestro empeño.
Eng. ¡Cómo! ¿Qué papel es ese?
Mel. La promesa de himeneo
De don Cándido. Con ella
Sabeis que me quedé.
Justo. Bueno.
(*Don Justo toma el papel de manos de don Cándido, y despues de verlo lo rasga.*)
Eng. ¿Pues y un papel que en la mano
Os he visto antes? (*A don Cándido.*)
Cánd. Aquello
Era el recibo que acaba
De darme don Gestas.
Eng. ¡Cielos!
¡Ah! Pecadora de mí.
¡Qué error! Yo misma me pierdo:
Me habia creido que era
La obligacion que devuelto
Don Meliton os habia.
Mel. Tal era en verdad mi intento.
Deponed, pues, el enojo,
Don Cándido; yo soy vuestro
Amigo, bien lo sabeis.
Conociendo los proyectos
De esta perversa mujer,
He fingido entrar en ellos
Solamente con el fin
De libertaros. Por eso
Guardé el papel...
Cánd. ¡Ah! no pienses
Que me has de engañar de nuevo.
Huye de mi vista.
Mel. ¿Es este
De mis servicios el premio?
¡O qué negra ingratitud!
Señores, la mano os beso. (*Vase.*)
Eng. ¡Ay, hija de mis entrañas!
Ya está visto que no hay medio
De hallarte nunca un marido. (*Vase.*)
Gest. ¿Cómo ha de ser? yo lo siento.
Pero al fin con estas bromas
Yo ya cobré mi dinero. (*Vase.*)
Silv. Y yo voy á divertirme
Refiriendo este suceso. (*Vase.*)

ESCENA ULTIMA.

DON JUSTO, DON ENRIQUE, DON CANDIDO, DOÑA INÉS.

Justo. ¡Qué cuatro para un presidio!
Yo voy en este momento
Ante un alcalde de corte
A manifestar cual debo
Su conducta depravada.
Cánd. Ya, amigos mios, soy vuestro
Para siempre.
Inés. ¡Qué placer!
Cánd. Mañana mismo dar quiero
La mano á Inés.
Justo. No; debeis
Diferir el casamiento
Hasta que la reflexion
Adquiera en vos mas imperio
Para refrenar los vicios;
Y aprended con este ejemplo
A distinguir de los falsos
Los amigos verdaderos.

UN AÑO DESPUES DE LA BODA,

COMEDIA EN CINCO ACTOS EN VERSO,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN MADRID EN EL TEATRO DE LA CRUZ
EL 30 DE MAYO DE 1826.

PERSONAS.

EL MARQUÉS DE ROSA BLANCA.
LA MARQUESA, su esposa.
EL CONDE DE FUENDORADA.
LA BARONESA DE ARICA.
DON GREGORIO, tio del marqués.
PERICO, criado.

La escena se figura en Madrid en casa del marqués.

El teatro representa una sala con ventanas á un lado, puertas al otro y en el foro: sillas, sofá y mesa con reloj.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS, DON GREGORIO.

Greg. Mañana mismo me voy.
El marq. Pero...
Greg. No hay pero que valga.
Solo he venido por verte:
Ya te ví, con que á Dios: hasta
El valle de Josafat.
El marq. ¡Si apenas ha una semana
Que estais en Madrid!
Greg. Si estoy
Dos dias mas, doy el alma...
El marq. ¿Teneis queja de mí?
Greg. No.
El marq. ¿Careceis de algo?
Greg. De nada.
El marq. ¿No os sirven bien?
Greg. Sí, mas ya
Tantos criados me enfadan;
Y á mí me sobra con uno
Que me limpie la casaca.
Además, yo tengo aquí
Todas mis horas trocadas
Velo cuando antes dormia,
Como cuando antes cenaba;
Y... Vamos, no puedo mas:
Yo me vuelvo á la Montaña.
El marq. Vida de un marqués es esa.
Greg. Babieca, ¿quién te mandaba
Enmarquesar?
El marq. El deseo
De dar lustre á nuestra casa.
Greg. Sin títulos, para noble,
Con ser montañés te basta.
El marq. Ved qué nombre tan bonito:
El marqués de Rosa-blanca.
Greg. Eres Chinchilla; y no hay nombre
Mas bonito en toda España.
Además es conocido:
Tu padre le ha dado fama
En el comercio; y tenia
Crédito.
El marq. Nunca le falta
Crédito á un marqués: mas pronto
Que un comerciante le gana:
Si este pagando sus deudas,
Él solo con no pagarlas.
Greg. Si la profesion siguieras
De tu padre, duplicaras
Tus riquezas.
El marq. ¿Para qué?
Tengo riquezas sobradas:

Honores y distinciones,
Esto es lo que me hace falta.
Greg. ¿Es decir que se te llame
Usía?...
El marq. Ya me lo llaman.
Greg. ¿Que lleves grande uniforme?...
El marq. ¡Lo llevan tantos!
Greg. ¿Que entrada
Tengas en palacio?...
El marq. En breve
La tendré.
Greg. ¡Oiga! ¿con plaza?
El marq. Sí, señor, de gentil-hombre.
Greg. ¿Con que habrá llave dorada?
El marq. Y tambien, querido tio,
Mi venera.
Greg. ¡Ahí que no es nada!
Para lograr tantas cosas
Tendrás protecciones altas.
El marq. Por supuesto.
Greg. ¡Ya!... te habrás
Asido á buenas aldabas.
Verbi-gracia, algun ministro.
El marq. Poco menos.
Greg. Apostara
Que es duque, conde ó baron.
El marq. No, que es baronesa.
Greg. ¡Calla!
¿Baronesa?... Pues acaso
Tu protector tiene faldas.
El marq. Es una jóven viudita.
Greg. ¿Y las viudas dan las plazas?
El marq. Esta goza gran favor.
Además, tengo esperanzas
De otro grande apoyo.
Greg. ¿Cuál?
El marq. El conde de Fuendorada,
Sobrino del mayordomo
Mayor.
Greg. ¿Te conoce?
El marq. En casa
De un fondista, allá en París,
Me juró amistad.
Greg. ¡Caramba!
¡Si te estimará!
El marq. Corrimos
Allí juntos mil jaranas.
Yo me vine, él se quedó;
Y ha permanecido en Francia
Hasta hace unos quince dias
Que ha vuelto en fin á su patria.
Greg. ¿Y tú le has visto ya?
El marq. No;
Pues su regreso ignoraba.
Ayer lo supe; y hoy mismo
Le visitaré sin falta.
Greg. Sí, no descuidarse... ¿Y piensas
Te protegerá?
El marq. Me amaba
Siendo yo solo don Juan
Chinchilla: con mayor causa
Siendo marqués.
Greg. ¿Sabe ya
Que has titulado?
El marq. En tan larga
Ausencia, nunca le he escrito;
Y así es regular que nada
Sepa.
Greg. Pues has cometido
Una enormísima falta.
El marq. Tampoco sabrá que soy
Casado.
Greg. Eso no me extraña;
Pues á mí que estoy aquí
Se me figura que es chanza.
El marq. ¿Chanza?... ¿Y la marquesa?
Greg. Es una
Huéspeda que está en tu casa.
El marq. ¡Si es mi mujer!
Greg. Sí, será;
Mas yo la veo que campa
Por su respeto; que habita
En vivienda separada;
Que la ves solo al comer,
Y entonces apenas la hablas;
Que tiene tertulia donde
Admite á quien le da gana;
Que va á paseos y bailes
Sin tí...
El marq. ¿Y qué?... ¿Quereis que vaya
Con la mujer siempre al lado?
¿Que la cele?... ó si no ¿que haga
El baboso y el cansado?...
Eso es de gente ordinaria.
Greg. Pues esa gente lo entiende.
Si no ¿á qué es casarse?... ¿para
Ir cada uno por su lado?
No, señor: sufrir la carga.
El marido ha de querer
A su mujer y guardarla.
Si él va á sus negocios, ella
Con la patita quebrada,
Y en casa... Pocas visitas,
Pocos paseos; no salga
Si no es con su esposo; cuide
De sus hijos, que su gala
Mas bella son ellos... Yo
Fuí casado: era una alhaja
Mi Pepa. ¡Tan hacendosa!
Siempre arreglando la casa:
Así es que me la tenia
Como una taza de plata.
Tan aplicada á la aguja,
Que jamás se le soltaba
De las manos la labor;
Y aunque tuviese criada,

Ella solia guisar,
Y hasta barria y fregaba:
Sí, señor... Pues ¿ y virtud ?
¿Recogimiento? ¡ qué santa !
Veinte años vivimos juntos,
Y nunca apartamos cama.
¿Visitas?... Un primo suyo
Nada mas; y algunas cuantas
Vecinas; mas ¡ tan contenta!
Los dias de fiesta daba
Conmigo una vuelta; ó bien
Iba al sermon : ignoraba
Qué son tertulias : de noche,
Concluida la velada,
Rezaba el rosario; y luego
Leia la historia sacra
Hasta cenar... Era toda
Una mujer. ¡Cuánta falta
Me hace! ¡ pobrecita! Dios
En su santa gloria la haya.

El marq. Vos, tio, no os haceis cargo
Que hombres de mis circunstancias
No se casan por tener
Mujer que cuide la casa
Y los chiquillos : para eso
Tienen mayordomos y amas.
Toman esposa porque es
A su esplendor necesaria.
Por sí solos nunca brillan :
Ella su crédito y fama
Extiende; y citar os puedo
Mil de quienes nadie hablara
Si no fuera por el lujo
De sus mujeres. Si tratan
De dar alguna comida
O baile, toca á su cara
Mitad recibir las gentes;
Y de todos obsequiada,
Ella preside, ella reina
Y es la deidad de la sala.
Por ella medran y tienen
Protectores : verbi-gracia :
Antes los buscaba yo
Cuando los necesitaba;
Y ahora me buscan á mí
Aun cuando no me hagan falta.
Si salgo con mi mujer,
A cada paso me paran;
Y con muchos complimientos
Todos me ofrecen su casa.
Es un triunfo para mí
Cuando suelo acompañarla...
Pero esto sucede poco;
Porque no es tono sacarla
Yo mismo á paseo : ese
Cuidado en otros descansa;
Y á mí me basta, en su coche,
Desde el salon, admirarla
Cuando va de un general
O de un duque acompañada.

Greg. ¿Con que así tienes mujer
No para tí, sino para
Los demás?... Y di, sobrino,
¿Es esa aquella Adelaida
Cuya violenta pasion
Me ponderaste en tus cartas?

El marq. Sí, señor.

Greg. ¿Sí?... pues, amigo,
Mentiste como un canalla.

El marq. ¿Por qué?

Greg. Porque segun veo
No la quieres.

El marq. Prueba clara
Fué de amor el preferirla
A otras de clase mas alta,
A pesar de que era pobre.

Greg. Pues pronto pasó tu llama.

El marq. Los afectos con el tiempo
Disminuyen.

Greg. Si llevaras
Treinta años de matrimonio,
Concedo; mas esta pascua
Hizo uno tan solo que
Te casaste, y ¡ qué mudanza!

ESCENA II.

DICHOS, PERICO.

Per. La señora baronesa
(*Entregando un papel al marqués.*)
De Arica manda esta carta
Para usía.

El marq. Bien está :
(*A Perico despues de leer la carta.*)
Di que iré luego sin falta. (*Vase Perico.*)

ESCENA III.

EL MARQUÉS, DON GREGORIO.

Greg. ¿Es esa la baronesa
Protectora de que hablabas
Hace poco?

El marq. Sí, señor.

Greg. ¿Sin duda te da esperanzas
Favorables?

El marq. Con efecto :
Leed.

Greg. Veamos.
« Querido marqués...»
Te trata
Con franqueza.

« Querido marqués: vuestras pretensiones » van en el mejor estado : he hablado á un » sugeto que goza de gran favor, y me ha

» asegurado que es cosa hecha. »
Pues entonces
Ya puedes mandar que te hagan
Tu uniforme.

« A la una en punto debe venir hoy á mi » casa : os espero á dicha hora. No falteis, » porque vendrá tambien aquel diamantista » italiano á quien tengo encargado el ade- » rezo de brillantes. »

Esta es harina
De otro costal.

« Quiero que elijais vos el que mas os » guste entre varios que traerá, á fin de que » en esto, lo mismo que en lo primero, co- » nozcais cuanto desea serviros y agradaros » vuestra sincera amiga,

» LA BARONESA DE ARICA. »

Y di : ¿ á cuánta
Cantidad ascenderá
El valor de esas alhajas?
El marq. No lo sé ; mas yo presumo
Que de ochenta á cien medallas.
Greg. Pues la tal viudita vende
Su proteccion algo cara.
El marq. ¿ Acaso dice que yo
Lo pague ?
Greg. No, mas te llama
Para que elijas ; y creo
Que la indirecta es bien clara.
El marq. Ello siempre es fuerza hacerle
Una expresion.
Greg. ¡ Pues me agrada
La expresion !... Señor sobrino,
Vuestra conducta es muy mala.
El marq. ¿ Por qué ?
Greg. Porque tengo yo
Ciertas noticias... ¡ Qué infamia !
¡ Un hombre casado !... En fin,
Bueno va : allá te las hayas ;
Que en cuanto á mí desde ahora
Hago la cruz á esta casa,
Voime á buscar un arriero,
Tomo el portante mañana,
Y huyendo de esta Horna
No paro hasta la Montaña.

ESCENA IV.

EL MARQUÉS.

Cosas de señor mayor.
En fin, la suerte me llama
A hacer un papel brillante
En la corte... A tí, adorada
Baronesa, deberé
Mi dicha : por ello el alma
Te doy : sí, tú desde ahora
Serás de mis dulces ansias
El objeto... ¿ Y mi mujer?...
Mi mujer no sabrá nada.
Además ¿ qué hago yo en esto
Que otros infinitos no hagan ?
Siquiera por darme tono
Debo tener... La chanada
Será que tambien mi esposa
Tenga por su lado... ¡ Vaya !
¡ Cómo que tambien es tono !
No ; pues eso no me agrada...
Pero no hay que temer...
(*Mira el reloj.*) ¡ Oiga !
Son las doce y media dadas.
¡ Que tarde !... Voime corriendo.
(*Toma el sombrero que estará sobre una mesa, se lo pone, y va á salir por el foro cuando sale el conde.*)

ESCENA V.

EL MARQUÉS, EL CONDE.

Conde. Está bien : en esta sala
(*Desde la puerta hácia dentro.*)
Quedaré esperando mientras
No esté visible madama. [él es :
El marq. ¿ Qué veo?... no hay duda...
El conde de Fuendorada.
¿ Conde ?
Conde. ¡ Chinchilla !... ¿ tú aquí?...
Dame un abrazo... ignoraba
Que estuvieses en Madrid.
El marq. Desde que volví de Francia
No he salido de él.
Conde. ¡ Qué ingrato !
Ni tan siquiera una carta
Me has escrito.
El marq. Mis negocios
De ese silencio son causa.
Conde. Y ¿ por qué no has ido á verme?
El marq. No sabia tu llegada.
Conde. Siempre soy tu verdadero
Amigo : hasta donde alcanzan
Mi fortuna y mi favor
Puedes disponer.
El marq. Mil gracias.
Conde. Lo digo como lo siento.
El marq. Puede que en breve me valga
De tu favor.
Conde. ¿ Solicitas
Algun destino ?
El marq. Una plaza
De gentil-hombre.
Conde. Pues ya
Cuenta con ella : mañana
Mismo te presentaré
A mi tio.
El marq. ¡ Amistad rara !

Conde. ¡Si supieras cuántas veces
De tí en París me acordaba!
El marq. ¿Te habrás divertido mucho?
Conde. Jóven, con bastante plata,
Y un genio alegre, ya puedes
Discurrir.
El marq. Y con las damas,
¿Qué tal, has sido dichoso?
Conde. ¡Oh! no siempre en las batallas
De amor los dulces laureles
Con facilidad se alcanzan.
Sin embargo, en mis empresas
He hallado pocas ingratas.
Sé manejar una intriga
Con arte: no olvido nada
De cuanto puede ablandar
La beldad mas inhumana:
Finjo, adulo, ruego, gasto,
Regalo; y si se me escapa
Bien puede decir que queda
Su virtud acrisolada.
El marq. ¡Pobres hijas de familia!
Conde. Di tambien ¡pobres casadas!
El marq. ¡Cómo!... ¿casadas?
Conde. Si son
Esas las que mas me agradan.
El marq. Digo que tienes mal gusto.
Conde. Allá en París me llamaban
El coco de los maridos.
El marq. Enhorabuena allá en Francia;
Pero acá en España... Mira,
Los maridos en España
Son muy zelosos.
Conde. Mejor:
A esos me gusta pegarla.
El marq. Sí; pero hombres como tú
Han de acometer mas arduas
Empresas. Poco rival
Es un marido: no sacas
De eso gloria alguna.
Conde. Pues
Yo bien sé me ha de dar fama
Cierto plan que traigo ahora
Entre manos.
El marq. ¿Con casada?
Conde. Con casada.
El marq. ¿La conozco?
Conde. Pues te veo en esta casa,
Juzgo que sí.
El marq. ¿Cómo? ¿Vive
Aquí?
Conde. Sí.
El marq. ¡Ay! ¡Vírgen santa! (*Aparte.*)
¿Si será mi mujer?
Conde. Es,
Para no ocultarte nada,
La marquesa.
El marq. (¿No lo dije?) (*Aparte.*)
¿De veras?... ¿Eh? (*Con risa forzada.*)
Conde. ¡Ay! ¡qué guapa
Es la marquesa!
El marq. Pues yo
En ella no encuentro nada
De particular.
Conde. ¿Qué dices?
¡Si es un hechizo!
El marq. La cara
No es del todo mala; pero
Por lo demás ¡ay! espanta.
Conde. Pues, amigo, á mí me gusta.
Y al marqués de Rosa-blanca
¿Le conoces?... al marido.
El marq. Ya... sí... de vista.
Conde. ¿Qué trazas
Tiene?
El marq. Así...
Conde. Dicen que es jóven.
El marq. De mi edad.
Conde. Que era de baja
Condicion; mas que queriendo
Figurar compró muy cara
Su nobleza.
El marq. ¿Dicen eso?
Conde. Y que por lucirlo gasta
Mas de lo que tiene.
El marq. Es falso.
Conde. Y tambien que con el ansia
De brillar ya no hace caso
De su mujer.
El marq. ¡Ah canalla! (*Aparte.*)
Conde. Ya ves, es de los maridos
Que yo busco.
El marq. Sí, mas falta
Que la marquesa...
Conde. Ya está
Casi medio conquistada. [Dios! (*Aparte.*)
El marq. ¿Cómo?... ¿qué dices? (¡Ay
Esto solo me faltaba.)
Conde. Digo que ya...
El marq. ¡Ya!
Conde. Que tengo
Esperanzas.
El marq. ¿Qué esperanzas?
Di: ¿cuándo la has conocido?
Conde. Ayer por la noche en casa
De la condesa del Viento.
Hubo gran baile: la sala
Mil jóvenes ofrecia
Que el premio se disputaban
De la beldad; mas á todas
La marquesita eclipsaba.
De numerosos amantes
Hallábase rodeada.
Loco de amor, me abro paso,
Llego con mimo y con gracia,
Dígola quien soy, despliego

Mi finura y elegancia;
A su hermosura, á su traje
Prodigo mil alabanzas;
Y fuí tan feliz que en breve
Cuantos antes la cercaban
Viéndose desatendidos
Se esparcieron por la sala
Dedicando sus obsequios
A menos hermosas damas.
Dueño del campo, redoblo
Mis esfuerzos; y ablandada
Por fin, me prometió...
El marq. ¿Qué?
Conde. ¡Oh favor singular!
El marq. Habla:
¿Qué te prometió?
Conde. ¡Preludio
De mis dichas!
El marq. Di, pues.
Conde. ¡Cuántas
Envidias causé!
El marq. Pues qué,
¿Fué público?
Conde. Sí.
El marq. (¡Qué rabia!) (*Aparte.*)
¿Qué fué?... Di.
Conde. Bailar tan solo
Conmigo.
El marq. ¡Ah!
Conde. ¿Qué tienes?
El marq. Nada.
Conde. Parece que te incomoda
Lo que digo.
El marq. ¡Qué bobada!
Muy al contrario... No ves
Que me rio?
Conde. No me engañas.
Tú estás... ¡Ay, qué tonto!... ya
Caigo... El verte en esta casa...
Tu inquietud... todo me indica...
El marq. ¿Qué?
Conde. No hay que ocultarlo... ¡Vaya,
Que es lance!... Sí, tú eres...
El marq. ¿Quién?
Conde. Mi rival.
El marq. ¿Yo?
Conde. Sí, tú, tú amas
A la marquesa.
El marq. No hay tal.
Conde. Lo conozco.
El marq. ¡Qué machaca!
(Mejor será descubrirme (*Aparte.*)
Y... mas ¿cómo tendré cara
Para decirle yo mismo?...)
Conde. ¡Ola! parece que callas.
El marq. (Él al cabo ha de saberlo.)
(*Aparte.*)
Pues bien, yo... (No puedo.) (*Aparte.*)
Conde. Acaba.
El marq. Menos vergüenza será (*Aparte.*)
Lo sepa por otros.
Conde. Habla.
¿Qué piensas?
El marq. Nada.
Conde. Confiesa
Que la quieres.
El marq. Si te agrada
Que lo diga, sí.
Conde. Y ¿qué hacemos?
El marq. Por mí, lo que te dé gana.
Conde. Mira, será lo mejor
Que me la cedas. Compara
Tu situacion con la mia:
Fuera en tí porfía vana
Competir conmigo. (*El reloj da la una.*)
El marq. ¡Oh Dios!
¡La una!... Ya se me olvidaba
Que estoy con la baronesa
Citado... voy...
(*Hace ademan de quererse marchar.*)
Conde. ¡Qué! ¿te marchas?
El marq. Sí... (El caso es que si me voy
(*Da algunos pasos y vuelve.*)
Este queda solo en casa (*Aparte.*)
Cortejando á mi mujer.)
Conde. ¿Con que me cedes la dama?
El marq. ¡Qué apuro! (*Aparte.*)
Conde. Pues bien, á Dios.
El marq. No, me quedo.
(*Se quita el sombrero, lo pone sobre una silla, toma otra y se sienta.*)
Conde. ¿Te retractas?
El marq. ¿Qué dirá la baronesa?
(*Aparte, despues de una corta pausa.*)
Conde. ¿Estás loco ó tienes ganas
De burlarte?
El marq. Pensará
(*Aparte, sin atender al conde.*)
Que no voy por no comprarla
El aderezo.
Conde. Pues mira,
Te retiro la palabra
De presentarte á mi tio.
El marq. ¿Qué dices?
Conde. Por mas instancias,
Por mas empeños que tengas,
No has de conseguir la plaza
Que pretendes.
El marq. Eso no.
Conde. Pues márchate sin tardanza.
El marq. Bien, me voy... (En media hora
(*Aparte.*)
Que puedo faltar de casa,
No hay que temer el que... Y luego
Mi mujer es muy honrada.)
Abur.

(*Se va á marchar sin sombrero y se lo da el conde.*)
Conde. El sombrero.
El marq. Venga.
(*Se dirige equivocadamente hácia la ventana.*)
Conde. ¿Qué haces? esa es la ventana.
El marq. ¡Ah! sí: estoy distraido.
(*El conde le agarra por el brazo y le lleva hasta la puerta.*)
Conde. Adios.

ESCENA VI.

EL CONDE.

Ya se ha marchado. A Dios gracias
Dueño del campo he quedado.
Sin embargo, algo me extraña
Haber logrado tan pronto
Convencerle... ¡Ah! mi adorada
Marquesa sale.

ESCENA VII.

EL CONDE, LA MARQUESA.

La marq. Señor
Conde, perdonad que os haya
Hecho esperar.
Conde. ¡Ah! señora:
Solo en cuanto me privaba
De vuestra amable presencia
He sentido la tardanza.
¿Estábais al tocador?
La marq. Mejor dijérais que estaba
En un potro. Ese Mouchez
Ha perdido ya la gracia
Para peinar: hoy me ha puesto
Una cabeza que espanta.
Conde. Pues yo os encuentro divina.
La marq. Lisonja vuestra.
Conde. Les falta
Es verdad á ciertos bucles
Un no sé qué... Si me hallara
Presente á vuestra *toilette*,
Esas faltas enmendara.
La marq. ¿Vos?
Conde. Sí, yo... Vos no debiérais
Permanecer encerrada
Cuando estais al tocador;
Que es contra toda elegancia.
Esta prescribe que asistan
Los amigos de confianza
A un acto tan importante.
Entonces sí que una dama
Se halla en su esplendor, y reina
Cual en un trono sentada.
Los que la cercan admiran
En su sencillez las gracias
Que le dió naturaleza
Libres de enojosas galas.
Todos la sirven y ofrecen
Incienso sobre las aras
De su beldad: cuál presenta
Las olorosas pomadas;
Cuál con una horquilla prende
Un rizo que se escapaba;
Cuál ayuda á colocar
Los pendientes; cuál alarga
El collar digno de envidia
Que el nevado seno abraza.
Entre todos se discute
La forma mas adecuada
Que deben tener los rizos,
Su situacion, la distancia
Que han de guardar entre sí;
Y otros puntos... Ella paga
Tan agradables servicios
Con su risa y sus miradas:
Todos quedan satisfechos,
Todos prendados; y gracias
Al peinado, ella se lleva
Ya por parte de mañana
En cada pelo un suspiro,
Y en cada ricito una alma.
La marq. Seguiré vuestros consejos;
Y quiero desde mañana
Que asistais á mi *toaleta*.
Conde. ¡Qué favor!... ¡Ah! me olvidaba
De preguntaros si habeis
Descansado.
La marq. En dos semanas
No descanso del tal baile.
¡Qué tormento! En una sala
Que apenas caben cincuenta,
Mil personas apiñadas.
Cuál se mira trasportado
Donde no quiere en volandas,
Cuál con las luces, el humo,
Y la calor se desmaya.
Si es la música, no se oye:
Si el baile, las contradanzas
Son un campo abierto donde
Se atropellan y maltratan:
El ambigú no parece
Sino una plaza tomada
Por asalto: en fin, sale una
Muerta de sueño, rasgada,
Medio tullida, y se puede
Llamar feliz la que escapa
Sin coger á la salida
Una pulmonía... Vaya,
Lo digo, tales funciones
Las aborrezco en el alma;
Y á ellas la vanidad,

Pero no el gusto me llama.
Conde. Igual fastidio tambien
Del baile ayer me ahuyentara;
Mas vos estábais en él;
Y vuestra presencia basta
Para embellecerlo todo.
Verdad que en medio de tanta
Concurrencia solo á vos
Veia: la imágen grata
De vuestra beldad ni un punto
De mi memoria se aparta.
Brillante con mil adornos
Que los ojos deslumbraban,
Los mios quedaron ciegos
Al contemplar tantas gracias...
Mas ¿qué necesidad hay
De recordar tales galas
Cuando sin ellas ahora
Aun mas vuestra vista encanta?
¡Ah! sí: tan lejos de haceros
Ningun favor, os agravian;
Y pareceis mas hermosa
Cuanto menos adornada.
La marq. Dejaos de esas lisonjas...
Está hermosa la mañana;
Y quiero dar una vuelta.
Conde. Por mí...
La marq. No lo digo para
Que os marcheis; pues al contrario
Podeis, si no os desagrada,
Acompañarme.
Conde. Señora,
Con mucho gusto.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON GREGORIO.

Greg. ¡Ola! Gracias
A Dios, sobrina, que llego
A verte: parece chanza;
Mas ya va para dos dias
Que no te he visto la cara.
Si es por la mañana, estás
Hasta las doce en la cama:
Despues dice tu doncella:
« Aun se está vistiendo el ama: »
O: « Ha salido en el bombé. »
Ayer no comiste en casa,
Y por la noche tuvistes
Opera, baile y jarana.
La marq. Pues si tardais un momento
Ya no me encontrais en casa.
Greg. ¿Vas á salir?
La marq. Sí, señor.
Greg. ¿Adonde?
La marq. A paseo.
Greg. Vaya,
Pues te acompañaré.
Conde. A Dios: (*Aparte.*)
Ya tengo la fiesta aguada.
La marq. Si quereis...
Conde. ¿Quién es?
(*Bajo á la marquesa.*)
La marq. Un tio
De mi marido.
Conde. ¡Qué facha!
Greg. Cuando entré ya estaba el coche.
La marq. Pues bien, vamos.
Conde. Vamos.
Greg. ¡Calla!
¿Viene tambien el señor?
La marq. ¿Si gusta de ello?
Greg. Palabra.
(*Al conde, llamándole aparte.*)
¿Sois duque ó baron?...
Conde. Soy conde.
Greg. Pues podeis acompañarla:
Lejos de tomarlo á mal
Su esposo os dará las gracias.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS.

Viaje excusado. ¡Mal haya
El conde!... por él... y luego
Esa baronesa tiene
Tan poca paciencia... al menos
Debiera haber esperado
Una media hora... en fin, ello
Es que ya no estaba en casa.
¡Por vida de...! lo que siento
Es que el otro se ha quedado
Aquí; y ¿quién sabe?... ¡oh! no creo
Que mi mujer... mi mujer
Es como todas... por cierto
Que es chasco que el conde venga...
No sé como componerlo.
Si con él me enfado, adios
Su proteccion y mi empleo:
Si al contrario callo y sufro,
Podré... sí, mas ¡á qué precio!

ESCENA II.

EL MARQUÉS, LA MARQUESA, DON GREGORIO.

El marq. ¡Ah! ¿tú aquí?... ¿de dónde [vienes? (*A la marquesa.*)

La marq. Vengo de dar un paseo.
El marq. ¡Oiga! ¿Con mi tio?
La marq. Sí.
Greg. Y con otro caballero
Que se agregó.
El marq. ¿Quién?
Greg. Un conde...
¡Oh! puedes estar sin miedo:
Es persona de alta clase:
Eso sí, franco en extremo,
Modales sueltos; y un pico...
¡Vaya un pico de los buenos!
El marq. Di: ¿por ventura es el conde
De Fuendorada?
La marq. En efecto.
Greg. ¡Calla! ¿aquel de quien me ha- [blabas
Esta mañana?
El marq. Ese mesmo.
Greg. ¿El que debe protegerte?
El marq. Sí, señor.
Greg. Pues te prometo
Que si tu mujer se empeña,
En breve tendrás empleo.
La marq. ¿Le conoces tú?
Greg. ¡Si son
Amigotes!
La marq. Pues me alegro.
No quiso subir ahora;
Pero volverá muy presto,
Pues comerá con nosotros.
El marq. ¿Le has convidado? Mal hecho.
Greg. Cierto que es mal hecho: ahora
Apuesto á que no comemos
Hasta las seis de la tarde.
La marq. Eso dadlo por supuesto.
Greg. ¡Y ahora son las tres! No aguanta
Tanto mi estómago; y luego
Tras de comer tarde, habrá
Que guardar mil cumplimientos.
Estaré metido en prensa
Entre damas, no pudiendo
Ni escupir, ni estornudar,
Ni servirme de los dedos
Para comer; deberé
Esperar á que el postrero
Me sirvan; me quitarán
El plato estando comiendo;
Nos pondrán muchos guisotes
Y un malísimo puchero;
Y si alguno me gustare
Quizás no haré mas que olerlo...
No, no, abur.
La marq. ¿Adonde vais?
Greg. En busca de algun plebeyo
Que no aguarde á comer cuando
Cenaban nuestros abuelos.

ESCENA III.

EL MARQUÉS, LA MARQUESA.

La marq. ¿Con que conoces al conde?
El marq. Hace ya bastante tiempo.
La marq. ¡Qué sugeto tan amable!
El marq. ¿Sí?... ¿Eh? [atento!
La marq. ¡Qué fino! ¡qué
Y ¡qué bien baila! ¡si vieras!
Hizo unos pasos tan nuevos,
Tan lindos que...
El marq. Sí, ya sé
Que ayer fué tu compañero
En el baile.
La marq. Casi todo
Lo bailamos juntos.
El marq. ¡Bueno!
Sin cuidar de que en la sala
Murmurarian.
La marq. ¿Por eso?
El marq. Y porque toda la noche
Con él hablando te vieron. [todos.
La marq. No hay tal cosa, hablé con
El marq. Pero mas con él.
La marq. Es cierto,
Porque fué el mas obsequioso.
El marq. Pues sepas que esos obsequios
No me acomodan.
La marq. Entonces
Me encerraré en un convento;
Que estando en la sociedad,
De evitarlos no hallo medio.
El marq. Sí, pero hay ciertos... si no
Dime, ¿á qué se redujeron
Esos obsequios del conde?
La marq. ¡Qué aprension!
El marq. Quiero saberlo.
La marq. ¡Ah! ¡Ah!
El marq. ¿Te ries?
La marq. ¡Pues no!
El marq. Vamos, dilo.
La marq. No me acuerdo.
El marq. Por ser cosas que me ofenden
Me lo callas.
La marq. ¿Cómo es eso?
¿Pensais que...? Marqués, hacedme
Algun mas favor os ruego.
El marq. Si nada tiene de malo,
¿A qué son tantos misterios?
La marq. Y ¿qué piensas me diria?
Lo que todos, tú el primero,
Dicen á todas: la eterna
Cartilla de cumplimientos
Y de frases afectadas
Que, palabra mas ó menos,
En todos es una misma:
Cosas que ya mas de ciento

Me han repetido; y de puro
Oirlas no hacen ya efecto.
El marq. ¿Ello es que él se explicó?
La marq. Sí.
El marq. ¿Y tú le escuchastes?
La marq. Cierto.
El marq. ¿Sin enfadarte?
La marq. ¿Por qué,
Si todo fué lisonjero?
El marq. ¡Ya se ve! te habló de amor.
La marq. No llegó á tanto como eso:
Todo fué galanterías
De un hombre fino y atento.
El marq. ¿Y tú qué le respondistes?
La marq. ¿Tambien quieres saber eso?
El marq. Tambien.
La marq. Cosas generales.
El marq. Pues no quedó descontento
Segun noticias.
La marq. Bien puede
Ser: ¡los hombres son tan necios!
Todo lo que no es desaire
Lo convierten en provecho,
Sin saber tomar las cosas
Por lo que son, por un juego.
Cuando están á nuestro lado
No han de hablarnos del gobierno,
De las artes, de las ciencias.
La conversacion del tiempo
Es corta y tonta; el recurso
Es elogiarnos; y hay ciertos
Que por salir del apuro
Nos espetan un *yo os quiero.*
Y ¿qué hemos de hacer entonces?
¿Enojarnos y ponernos
Como basiliscos? No;
Seguir la corriente. El necio
Nos sirve de diversion,
Y nos distrae el discreto.
La conversacion concluye
Quedando todos contentos.
Nos despedimos; y adios:
Si te ví, ya no me acuerdo.
El marq. ¿Y si lo que fué una chanza
Lo toma el tal por lo serio,
Y sigue y emprende?
La marq. Entonces
Se le desengaña presto
Y escarmienta... verbi-gracia:
Si tienes algun recelo
Del conde, pronto verás
Como le mando á paseo.
El marq. Eso no.
La marq. ¡Cómo!
El marq. Pudiera
Enojarse.
La marq. Y ¿qué tenemos?
El marq. Tenemos mucho: por él
Puedo conseguir mi empleo.
La marq. ¡Ola! ¡ola! señor marido,
Parece que en vos los zelos
Transigen con la ambicion.
El marq. No, sino que siempre hay medio
De conciliar... Me convence
Lo que dices... Solo quiero
Estar seguro de tí:
Por lo demás yo no encuentro
Inconveniente en que... pues...
En que tú mostrando cierto
Agrado... así... como que...
En fin tú tienes talento,
Y esto no ha de durar mas
Que hasta tener el empleo.
La marq. Miren en lo que han parado
Tanta furia y tantos zelos.
Y decid, querido esposo,
¿Estais á sufrir resuelto
Con la paciencia debida
Las inquietudes, los miedos,
Las dudas é iras que en tanto
Asaltarán vuestro pecho?
El marq. De modo que yo...
La marq. Ya, tú
Te harás el prudente, y luego
Sobre mí descargará
El nublado de tus zelos.
El marq. ¿Zelos yo?... si los tuviese
¿Sufriera lo que consiento?
La marq. ¿Qué sufres?
El marq. Tantas visitas
Como tienes.
La marq. Sí, las tengo.
Una dama del gran tono
Hace siempre un papel feo
Cuando no tiene su corte;
Mas ¿debes temer por eso?
Acércate y mirarás
¡Qué ridículos sugetos!
Un coronel con sus grandes
Bigotes, dando tan fieros
Gritos, que parece está
Mandando su regimiento.
Un vano covachuelista
Que anda eternamente puesto
De uniforme, y ponderando
La importancia de su empleo.
¿Piensas que he de enamorarme
De aquel viejo recompuesto,
Jugador de profesion,
En quien dientes, color, pelo,
Todo es postizo, y le impide
La tos decir un requiebro?
Un cierto golilla tiene
Menos repugnante aspecto;
Mas hay la fatalidad
Que habla mucho y no le entiendo.

De un jóven hijo de Apolo
Me agradarian los versos
Si alguna gloria adquiriese
Mi reputacion por ellos,
Mas compuso ha pocos dias
Un madrigal á un bostezo,
Y mientras me lo leia
Me hizo á mí dar mas de ciento.
No faltan á la verdad
Elegantes; y te puedo
Enseñar alguno jóven
Y buen mozo, no lo niego;
Mas tan pagado de sí,
Tan adamado, tan lleno
De olores, que causa hastío
Cuando se acerca diciendo:
¿No es cierto que soy hermoso?
¿No voy siempre muy bien puesto?
Mirad ¡qué dientes tan blancos!
¡Qué rizado traigo el pelo!
Amadme, pues, marquesita,
Porque en verdad lo merezco.
(*Sale Perico.*)
Per. Señora, adentro os espera
La modista.
La marq. Allá voy luego. (*Vase Perico.*)
La he mandado venir para
Un traje nuevo que intento
Llevar el martes al baile
Del embajador.
El marq. Teniendo
Tantos vestidos ¿á qué
Viene el hacerte otro nuevo?
La marq. Si voy con uno á dos bailes
Todo mi crédito pierdo.
El marq. Sí; pero tambien ya tanto
Gastar... y si fuera en eso
Solo; mas en todas cosas
Muestras un lujo supérfluo.
No te lo digo por mí,
Pues nada me duele; pero
Sé que murmuran y dicen
Que gasto lo que no tengo.
La marq. Y bien está ¿qué te importa
Que lo digan, si es incierto?
Sobre todo nuestros gastos
Son precisos, no supérfluos.
¿No eres un título ya?
¿No tendrás pronto un empleo
En la corte?... es necesario
Que el tren anuncie al sugeto.
Yo por mí no quiero lujo;
Y si me compro soberbios
Brillantes, si gusto de ir
En bombé, si nunca dejo
Pasar una moda, es solo
Por darte honor; mas lo siento,
Ya que tú, ingrato, me riñes
En lugar de agradecerlo.
El marq. Esto no es reñir, es solo
Manifestar lo que pienso.
La marq. Pues bien, prometo enmendarme
Cuando me des el ejemplo.
Por lo que toca al vestido,
Amigo, ya está resuelto
Que se haga: para otra vez
Me servirán tus consejos.

ESCENA IV.

El MARQUÉS.

En nada quedamos... ¡ah!
Ya me voy yo convenciendo
De que es locura casarse.
Todo es cuidados, recelos,
Mucho gastar; y por fin
¿Qué gana uno? est ar sue
¡Ah! ¡la baronesa! ¡oh cuánto
De verla ahora me alegro!

ESCENA V.

El MARQUÉS, La BARONESA.

Bar. Vaya, marqués, que me habeis
Dado un chasco de los buenos.
El marq. Perdonad; pues me detuvo
Un pesado... ¡cuánto siento
Mi tardanza!... tambien vos
Habeis salido tan presto...
Bar. Me era forzoso ir á ver
A la condesa del Viento.
¡Ah! ¿cómo no os ví en el baile
Que dió ayer?
El marq. Porque no quiero
Ir á bailes donde vaya
Mi esposa: es estar molesto,
Y no divertirse.
Bar. Estuvo
Brillante. El vestido nuevo
Que me regalásteis dió
Gran golpe; y yo tuve cierto
Orgullo al ver que excedia
Al de vuestra esposa.
El marq. En ello
Tengo un placer... ¡ah! decid:
¿Habeis visto á aquel sugeto?
Bar. ¿Qué sugeto? ¿el diamantista?
El marq. Ese no: el de mi empleo.
Bar. ¡Ah! ya caigo: en casa estuvo;
Pero se marchó muy presto,
Y gracias que no faltó;
Pues no puede de un momento
Disponer sin defraudarlo
Al estado.

El marq. Segun eso
Ocupa un puesto importante.
Bar. ¡Toma! uno de los primeros.
El marq. ¿Cómo se llama?
Bar. Se llama...
Debo callarlo... á su tiempo
Os lo diré... Pero hablando
De otra cosa: amigo, ¡tengo
Una rabia!...
El marq. ¿Contra quién?
Bar. Contra el ladron del platero.
El marq. ¿Os ha engañado?
Bar. Peor:
Quiere que le dé el dinero
De contado.
El marq. ¡Haya bribon!
¡Atrevido!
Bar. ¡Qué ultraje hecho
A toda una baronesa!
El marq. ¿Dónde ha visto ese mostrenco
Que barones ni marqueses
Paguen al contado?
Bar. Y ello
No era mas que una friolera;
Y á no ser porque en el juego
Fuí ayer noche desgraciada...
El marq. ¿Con que perdísteis?
Bar. Lo menos
Treinta ó cuarenta medallas.
¡Ya se ve...! talló aquel tuerto.
El marq. ¿Ello es que no habeis com-
Las alhajas? [prado
Bar. No, y lo siento;
Pues me gustaba infinito
Uno de los aderezos
Que llevaba.
El marq. ¿No sabeis
Que está mi bolsillo abierto
Siempre para vos?
Bar. Sí; mas
Tantos favores os debo
Ya, que...
El marq. Pues mi amor os quiere
Hacer este nuevo obsequio.
Bar. Yo me avergüenzo... por culpa
De administradores tengo
Que sufrir estos bochornos;
Mas juro que á todos ellos
He de despedir.
El marq. Muy bien;
Pero entretanto yo os ruego
Que acepteis...
Bar. Si os empeñais...
El marq. ¿Cuánto vale el aderezo?
Bar. Unas cuarenta y cinco onzas.
El marq. Voy por ellas al momento.

ESCENA VI.

LA BARONESA.

Buen pellizco le he sacado.
Con algunos cuantos de estos
Me prometo en pocos meses
Hacer mi agostillo; y luego,
Marqués mio, al mejor dia
Anochezco y no amanezco.
No me conviene seguir
Este embrollo mucho tiempo;
Pues si al fin se me descubre...

ESCENA VII.

LA BARONESA, EL CONDE.

Conde. ¡Ola! Juanita: ¿te encuentro
Tambien aquí?
Bar. ¿No os he dicho
Ayer que en la corte tengo
Título de baronesa?
Conde. Sí; pero dime el misterio
De tan extraña mudanza.
Bar. Ahora no tendremos tiempo.
Cuando ayer nos encontramos
Os lo quise decir; pero
Vísteis á la marquesita,
Y ya no pude hallar medio
De apartaros de su lado.
Conde. Es verdad.
Bar. Ved que os recuerdo
Vuestra palabra de no
Descubrirme, por lo menos
Hasta que os diga las causas.
Conde. Muy bien; pero yo me muero
Por saber...
Bar. ¡Chito! que viene
El marqués.

ESCENA VIII.

DICHOS, EL MARQUÉS.

El marq. ¡Qué contratiempo! (*Aparte.*)
¡El conde!
Conde. (¿Marqués ha dicho?) (*Aparte.*)
¿Otra vez aquí te veo?
El marq. Sí. Escuchad... (*A la baronesa.*)
Con tu permiso. (*Al conde.*)
(*Lleva á la baronesa á un lado, y le da un bolsillo.*)
Tomad, aquí teneis eso.
Bar. Mil gracias.
El marq. ¡Ah! no digais
Al conde que yo...
Bar. Prometo

Callar.
El marq. Es que no lo digo
Por esto, sino que...
Bar. Bueno:
Ya digo que guardaré
Sigilo; y en prueba de ello
Me marcho ahora mismo... Conde,
Una vez que aquí ya os dejo
Con el marqués, yo me voy.
Conde. ¿Qué marqués?
Bar. Pareceis ciego;
El marqués de Rosa-blanca,
El señor... ¿no le estais viendo?
¿O no le conoceis?
Conde. ¡Ah!
El marq. Adios, ya estoy descubierto.
(*Aparte.*)
Bar. ¿Está vuestra esposa en casa?
El marq. No sé... sí... por allá dentro
Anda.
Bar. Pues la voy á ver.
Hasta luego, caballeros.

ESCENA IX.

EL MARQUÉS, EL CONDE.

Conde. ¡El marqués! ¡ah! ¡ah! ¡ah!... [vaya,
Que si no rio reviento.
El marq. ¡Como es tan chistoso el lance!
Conde. ¿No lo ha de ser? A lo menos
Para mí.
El marq. ¡Ya! para tí...
Conde. Es cosa que si la cuento
Hará reir á Madrid
Lo menos un mes entero.
El marq. ¡Mucho!
Conde. Por eso sin duda
Era aquel aturdimiento,
Aquel marcharse y volver...
¡Ya se ve! yo iba diciendo
Tales cosas... ¡qué buen rato
Habrás tenido!
El marq. Yo creo
Que os estais burlando.
Conde. ¿Yo?
El marq. Es que...
Conde. ¿Te enfadas? ya veo
Que ahora conviene mostrarte
Agraviado: sí, yo debo
A tus ojos parecer
Un pérfido, un monstruo horrendo,
Seductor y falso amigo;
Y en el furor de tus zelos
Sin duda debe tu espada
Traspasar mi aleve pecho.
El marq. Tanto ya... mas ¿te parece
Que haya de tomarlo á juego?
Conde. ¿Quién tal dice? es una cosa
Tan seria, que por lo menos
Debemos salir al campo,
Y allí con regla y sin miedo
Pegarnos cuatro estocadas.
El marq. Pues cuando quieras saldremos.
Conde. Está muy bien, pero como
Buen amigo, te aconsejo
Inventes luego, si sales
Vencedor, otro pretexto
Que nuestro duelo motive.
El marq. Y por qué?
Conde. Porque es muy feo
En este tiempo ilustrado
Desafiarse por zelos.
El marq. Mas ¿si los zelos se fundan
En la razon?
Conde. Con todo eso
El señor marqués será
La burla de todo el pueblo.
Correrá de boca en boca
Tu aventura, y con aumentos,
Se harán sobre ella letrillas
Satíricas que los ciegos
Cantarán; cuando pasares
Te mostrarán con el dedo;
Y acudirán para verte
Los muchachos cual á nuevo
Y extraño bicho traido
De luengas tierras. Los zelos
Cuando mas hoy se toleran
En maridillos plebeyos;
Pero en gentes de buen tono...
¡Ah! da vergüenza el tenerlos.
El marq. ¿Acaso es tono olvidar
El honor?
Conde. No; mas lo cierto
Es que te pierdes y habrás
De ocultarte; y aun no es esto
Lo peor de todo, sino
Que hasta para los empleos
Te inhabilitas.
El marq. ¿Qué dices?
Conde. No serias el primero
Que se ha quedado en la calle
Por ser marido molesto.
Y, la verdad, lo sintiera
Por tí; pues ya casi tengo
Conseguido el que pretendes.
El marq. ¿Para mí?
Conde. Sí, por supuesto.
El marq. ¿Con que has hablado á tu tio?
Conde. Ahora mismo de eso vengo.
Le he ponderado tus prendas,
Tu instruccion, tu gran talento... [dido?
El marq. Y ¿qué es lo que ha respon-
Conde. No ha respondido: «Veremos»,
Como suele acontecer:

Sino al contrario: « Yo creo
Que pide poco ese jóven. »
El marq. ¡Cosa rara!
Conde. Su deseo
(Repliqué yo) se limita
Por ahora á tan modesto
Destino, porque le basta
Para ulteriores proyectos
Introducirse en palacio.
El marq. Muy bien dicho.
Conde. Andando el tiempo
(Continué) se le enviará
A algun país extranjero
De encargado de negocios.
El marq. ¿Eso dijiste?
Conde. Mas luego
Que haya visto algunas cortes,
Se le podrá con acierto
Nombrar embajador.
El marq. ¡Vaya!
Tú te burlas.
Conde. No por cierto,
Así dije.
El marq. Es mucho ya.
Conde. Los hombres de tus talentos
Nunca deben parar hasta
Conseguir un ministerio.
El marq. ¡Oh! basta, que me aver- [güenzas.
Conde. Puede ser que otro en mi puesto
Se arrepintiera ahora ya
De lo hablado; pero tengo
Mas generosas ideas;
Y por lo mismo me empeño
Mas que nunca en colocarte.
El marq. ¡Amigo insigne!
Conde. Mas luego
Que ya estés asegurado
En tu destino, saldremos
Al campo y...
El marq. ¡Cómo! ¿batirnos?
Vaya, hombre, olvidemos eso.
Conde. No es posible: tú te tienes
Por agraviado, y yo debo
Satisfacerte.
El marq. Lo estoy.
Además, yo no me puedo
Agraviar; pues ignorabas
Que era mi mujer.
Conde. Es cierto.
El marq. A saberlo, estoy seguro
La miraras con respeto.
Conde. Puede.
El marq. Y la amistad será
De hoy mas un seguro freno
De tu aficion.
Conde. Debe ser...
Mas con todo, tus recelos
No se calmarán; y así
Pienso que el mejor remedio
Es que rompamos.
El marq. No tal:
No faltaba mas.
Conde. Al menos
No debo ver á tu esposa.
El marq. Tampoco, y antes deseo
Que la visites, la trates,
La acompañes á paseo;
Y que con ella te vea
Todo el mundo.
Conde. Yo no puedo
Consentir...
El marq. Ahora mismo
Presentarte á ella quiero.
Conde. ¡Oh! no...
El marq. Sí, ven.
Conde. Si te empeñas.
El marq. Me empeño, sí.
Conde. Pues marchemos...
(¡Cuánto puedes, ambicion, (*Aparte.*)
Pues vences hasta los zelos!)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE.

Mientras toman el café
Quiero en silencio aquí solo
Meditar sobre el partido
Que he de seguir... bien que poco
Tiene que reflexionar.
He vuelto al marqués de modo
Que él mismo ya favorece
Mis intenciones: por otro
Lado él se halla distraido,
Si es que yo no me equivoco,
Con la baronesa: fuera
Por consiguiente muy tonto
En no aprovecharme... es cierto
Que un amigo escrupuloso
No tratara de... Mas ¡qué!
Guardando mucho decoro
En lo exterior, lo demás...
Lo demás importa poco.

ESCENA II.

EL CONDE, LA BARONESA.

Bar. Os ví salir; y juzgando
Ser este el instante propio

Para hablaros, vengo...
Conde. Estoy,
Amiga, lleno de asombro.
¡Qué comida tan soberbia!
Bar. El marqués se da gran tono,
Y todo respira aquí
Riqueza y gusto.
Conde. Supongo
Que no es esta la primera
Vez que de su generoso
Trato disfrutais, señora
Baronesa.
Bar. Gusto poco
De convites : porque quiso
La marquesa, y mas que todo
Para hablaros, me he quedado
Hoy.
Conde. Yo bien sé que es mas propio
De señoras baronesas
Convidar, que en casa de otros
Ser convidadas.
Bar. Pues bien,
Para mañana os propongo
Comer conmigo : vereis
Si yo tambien me doy tono.
Conde. Bien, veremos la otra casa
Del marqués.
Bar. ¡Burlon!
Conde. Conozco
Que todo ese tren lo debe
Sostener él.
Bar. ¿Por qué?
Conde. Como
Hubo un tiempo en que llevaron
La misma carga mis hombros.
Bar. ¿Quién se acuerda de aquel tiempo?
Conde. ¿Quién? mis acreedores todos.
Bar. ¡Ingrato! ¿cómo pudísteis
Dejarme en el abandono
En un Paris?
Conde. Te dije
Donde te hallé : bien que pronto
Te ví consolada : gracias
A aquel comerciante gordo
Tan rico con quien te fuiste
A Cádiz.
Bar. ¿Don Juan de Soto?
El pobrecito quebró.
Conde. ¡Miren qué dolor de mozo!
Sin duda algun barco suyo
Naufragaria.
Bar. Lo propio
Fué para el caso; pues uno,
Casco y cargamento, todo
Nos lo comimos en menos
De cinco meses.
Conde. ¡Qué lobos!
Y ¿qué te hicistes despues?
Bar. Entonces con los despojos
Del barco vine á Madrid,
Donde hallándome con fondos
Quise brillar, y de un viejo
Baron viuda me supongo.
Conde. ¿Y ahora de todo ese lujo
El marqués es el apoyo?
Bar. El marqués no me sostiene :
Me porto con mas decoro.
Solo admito de él regalos.
A veces un primoroso
Tocador; otras un bello
Diamante de mucho costo;
Cuándo el almuerzo de china,
Cuándo la cadena de oro
De buen peso : sin contar
Mil friolerillas, como
Vestidos, chales, sortijas...
Dinero, nunca lo tomo
Si no es prestado : eso sí,
Ni él lo pide, ni tampoco
Yo se lo vuelvo. En el juego
Llevamos un mismo fondo :
Cuando perdemos él paga,
Cuando ganamos yo cobro.
En cambio yo le concedo
Mi proteccion.
Conde. ¿Tú?
Bar. Si gozo
De gran favor en la corte.
Conde. ¿De veras?
Bar. Él como un bobo
Se lo cree por lo menos.
Conde. ¡Jesus, qué serie de embrollos!
¡Oh! pues yo, que sí disfruto
De tal favor, me propongo
Servirle.
Bar. ¿Por amistad
Solo, sin que ningun otro
Interés se mezcle en ello?
Conde. Te confieso sin rebozo
Que la marquesa me gusta.
Bar. Y ¿en qué estado va el negocio?
Conde. No va mal; mas no comprendo
A la marquesa : conozco
Que no la disgusta el verse
Obsequiada; pero noto
Cierto aire en ella que indica
Que no se interesa el fondo
De su corazon.
Bar. No es fácil
Que eche en olvido tan pronto
Su amor al marqués.
Conde. ¡Oh! yo
No desmayo : sobre todo
Si me quieres ayudar.
Me conviene para el logro
De mis intentos, que tengas

Encaprichado á su esposo;
Que á favor de la amistad
La des consejos... Mas oigo
Pasos... es ella.
Bar. Guardadme
Secreto, y os sirvo en todo.

ESCENA III.

DICHOS, LA MARQUESA.

La marq. Por fin pude libertarme
De doña Justa. ¡Qué plomo!
No ha parado hasta contarme
Sus ascendientes, los novios
Y maridos que ha tenido,
Sus partos, los nombres todos
Y las gracias de sus hijos.
Yo sudaba: en fin su esposo
La llamó cuando empezaba
A hablar del perrillo dogo.
Bar. Pues al marqués le he dejado
Entregado á don Sempronio,
Que dará de él buena cuenta.
La marq. Él, al fin, le oirá con gozo;
Pues le hablará de la corte,
De ministros, de negocios
De estado, del grande influjo
Que tiene en palacio: embrollo
Que concluirá con pedirle
Le preste un par de onzas de oro.
Conde. Decidme: aquel alto, flaco,
Con peluca y con anteojos,
Que parece tan pagado
De sí ¿quién es?
La marq. Un famoso
Diplomático: ha corrido
París, Berlin, Estocolmo;
Y la ciencia que ha traido
Es hablar por circunloquios.
Bar. Quién me choca es el poeta.
La marq. ¿Aquel colorado y gordo,
Bulle bulle, de vergüenza
Como de talento corto?
Su oficio es con bufonadas
Mantenerse á expensas de otros:
Paga un soneto su escote,
Y una botella es su Apolo.
Conde. No le perdono al marqués
Haberme puesto aquel tomo
De la intendenta á mi lado.
¡Vaya una mujer de á folio!
La marq. Pero de cascos ligeros;
Siempre metida en embrollos,
Con pretensiones de amantes
Gastándose hasta los ojos:
Mas vieja que quiere, y menos
Que conviene á su reposo.
Conde. Huyendo de ella me vine
Aquí.
Bar. Donde el pobre mozo
Me estaba contando ahora
Sus pesares amorosos.
La marq. Conde, ¿estais enamorado?
Conde. Decid que estoy ciego, loco.
La marq. ¿Puede saberse el objeto
De esa pasion?
Conde. Si le nombro
Temo que... por su retrato
Le conocereis. En todo
Se parece á vos: tiene esos
Negros y brillantes ojos
Que, al par que inflaman, infunden
Timidez; tiene el gracioso
Sonreir que en vuestros labios
Seduce: su cuerpo airoso
Imita de vuestro talle
El elegante contorno:
Oigo vuestra voz y pienso
Que es la suya: en fin, me formo
Tal ilusion, que imagino
Sois vos la que en ella adoro.
La marq. Bien sabeis sin ofender
Hacer el debido elogio
De la que amais.
Bar. Solo tiene
Para los escrupulosos
Un gran defecto.
La marq. ¿Cuál es?
Bar. Que está casada con otro.
La marq. Pues, amigo, os compadezco.
Bar. ¿Quién sabe? ese es un estorbo
Que no...
La marq. ¿No?
Bar. Hoy en el dia
No se repara en tan poco;
Y si es sugeto de clase
Distinguida y poderoso,
Cualquier señora le admite.
¿Hay en eso algun desdoro?
Antes bien es una gala
Indispensable. ¡Qué tonto
Papel hace en el gran mundo
La que se reserva solo
Para un maridazo, cuya
Presencia entristece á todos!
¿Pensais que alaban por eso
Su virtud? tomad los votos.
Quién dirá que es ordinaria;
Quién, que es fea como un lobo;
Quién, que es ficcion por no hallar
Quien la diga: « Buenos ojos
Tienes: » por fin me la ponen
Como un trapo. Si de todo
Han de murmurar, que al menos
El murmurar nos dé tono.

ESCENA IV.

DICHOS, DON GREGORIO.

Greg. ¿Se acabó ya la comida?
La marq. Sí, señor.
Greg. Yo como un lobo
Me he atracado en casa
De Cabezon. Con un trozo
De ternera he dado fin
Que pudiera hartar á un toro.
Bar. ¡Santos cielos! ¡qué fatal (*Aparte.*)
Encuentro! este es don Gregorio.
La marq. Tio, ved que están aquí
(*Bajo á don Gregorio.*)
Estas visitas.
Greg. ¿Estorbo?
La marq. No, señor; pero el sombrero...
Greg. Sudando estoy como un pollo,
Y si me le quito voy
A resfriarme.
La marq. Con todo
Debeis saludar...
Greg. Es cierto.
Señor conde, vaya un polvo.
Conde. ¿Tiene macuba?
Greg. Exquisito.
Conde. Pues por ser moda lo tomo.
Greg. ¿Y vos no entrais en la moda?
(*A la baronesa.*)
Bar. No, señor.
Greg. Eso me ahorro.
Mas ¡calla! (*Observando á la baronesa.*)
Bar. ¡Maldito viejo! (*Aparte.*)
Greg. Me parece que conozco
Esa cara... ¿dónde he visto?...
Ya caigo... Jesus, ¡qué asombro!
Juana.
Bar. Caballero, ¿á quien
Os dirigís?
Greg. A tí.
Bar. El modo
Es bastante familiar.
Greg. No hay duda: es su mismo tono
De voz... ¿quién creyera?... ¡vaya!
¡Cómo has medrado!
Bar. ¿Está loco
Este hombre? ¿quién es, marquesa?
La marq. Mi tio.
Bar. Lo muestra poco
En sus modales groseros.
La marq. La verdad, yo me sonrojo...
Greg. ¿Ahora la echas de señora?
Mira que si me sofoco...
La marq. Pero ¿acaso conoceis?...
Greg. Ya se ve que la conozco.
Ha estado sirviendo en casa
Cerca de dos años.
La marq. ¿Qué oigo?
Conde. Ya escampa.
Bar. Corrida estoy.
(¡Perverso!) (*Aparte.*)
Greg. Y por cierto robo
Que me hizo...
La marq. Ved que os podeis
Engañar.
Greg. No me equivoco:
Es la misma: si, señor,
La misma: Juana Pantojo
Mi criada. ¡Buena alhaja!
Limpia, eso sí, como un oro.
Y ¿qué manos tan divinas
Tiene para guisar pollos?
Conde. ¡Ah! ¡qué risa!
Bar. Ya no puedo
Sufrir mas tan vergonzosos
Ultrajes. Fuera humillarme
Refutar lo que ni asomo
Tiene de apariencia; mas
Ya que vos no poneis coto
A su desvergüenza, adios,
Marquesa: de hoy mas no pongo
Los piés donde así se agravia
Mi nobleza y mi decoro.

ESCENA V.

LA MARQUESA, EL CONDE, DON GREGORIO.

Greg. ¡Cuál va echando chispas!
Conde. No es
Para menos el negocio.
De baronesa la haceis
Bajar á fregona.
Greg. ¿Qué oigo?
¿Acaso es la baronesa
De Arica?
Conde. Tal es por todos
Tenida aquí.
Greg. ¿La que vende
Tanta proteccion al tonto
De mi sobrino?
Conde. La misma.
Greg. ¿A quien él regala hermosos
Aderezos de brillantes?
Conde. Cabal.
Greg. Y la que... mas pongo
Freno á mi lengua, que está
Aquí su mujer, y...
La marq. ¿Cómo?
¿Qué quereis decir?
Greg. No es nada.
La marq. Es que... [brollo
Greg. Nada; cierto em-
Que penetro; pero yo

Sabré deshacerlo. Corro
Tras de la tal baronesa,
Y si por venturo logro
Ciertos informes, vereis,
Vereis en donde coloco
Tanta nobleza.

ESCENA VI.

El CONDE, la MARQUESA.

La marq. ¿Qué escucho?
¡Qué luz funesta á mis ojos
Se presenta!... ¡qué sospechas!...
¡Es posible que mi esposo!...
Vos, conde, conoceis esa
Mujer... ¿quién es?
Conde. Yo lo ignoro.
Es difícil de creer
Lo que dice don Gregorio,
Pero se ven tales cosas...
La marq. ¿Y esos regalos costosos
Que la hace el marqués?...
Conde. Yo creo
Que es por gratitud tan solo.
¡Como le protege!
La marq. Sí;
Pero ¿no puede haber otro
Motivo?
Conde. ¿Cuál?... ¡ay! marquesa,
Estais, segun que lo noto,
Zelosa.
La marq. ¿Yo?
Conde. Tambien es
Imprudencia en don Gregorio
Declarar que hace regalos
A una bella vuestro esposo,
Y decirlo estando vos
Delante... es fuerza estar chocho.
La marq. Pero al cabo es la verdad.
Conde. Que lo sea: si de todo
Se ha de pensar con malicia...
La marq. De los hombres hay tan poco
Que fiar.
Conde. Sí, yo bien sé
Que hay muchos, y me abochorno
De confesarlo, que olvidan
Sus deberes; que en el fondo
De su co azon abrigan
Un amor escandaloso;
Que á pesar de que son dueños
De esposas dignas de todo
Cariño, las abandonan
Del modo mas vergonzoso
Por objetos despreciables:
Sé tambien que entonces sordos
A la razon, no permiten
Se oponga ningun estorbo
A sus ciegos desvaríos;
Y en tan funesto trastorno
Arrollan todo respeto
Y disipan sus tesoros.
La marq. Si el marqués fuese capaz...
Conde. ¡Oh! el marqués, yo le conozco,
Y no es de esos, no.
La marq. Y ¿en qué
Lo fundais?
Conde. En ser esposo
Vuestro: basta contemplar
Los seductores adornos
Que en vos brillan á porfía
Para creer...
La marq. Pueden poco
Los débiles atractivos
De mujer propia. Supongo
No obstante que es infundado
Mi recelo; ni tampoco
Si fuera cierto, aquí debo
Hablar ya de ello mas. Corro
Un velo sobre ese punto;
Pero en olvido no pongo
El secreto que mi tio
Ha descubierto. Los ojos
Abro al fin: la baronesa
No es lo que aparenta; y todo
Me induce á creer que al menos
Quiere engañar á mi esposo.
Conde. Ved, aquí está el marqués.

ESCENA VII.

Dichos, el MARQUÉS.

El marq. (¡Ola! (*Aparte.*)
¡El conde y mi esposa solos!)
Pensé que la baronesa
Estaria con vosotros.
Conde. La baronesa voló.
El marq. ¿Se ha marchado?
Conde. Sí.
El marq. ¿Tan pronto?
¿Y sin despedirse?
La marq. ¿Sientes
Su partida?
El marq. ¡Yo!
La marq. Pues pongo
En tu noticia que ya
Se fué para siempre.
El marq. ¿Cómo?
La marq. De entrar en explicaciones
No es esta ocasion. En otro
Instante hablaremos... basta
Ahora decir que el decoro
No permite que alternemos
Con esa mujer: me opongo
A que entre en casa; y te pido

Quede en adelante roto
Entre ella y tú todo trato.
Lo exige así mi reposo,
Mi felicidad: yo espero
Que lo harás. Adios.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS, EL CONDE.

El marq. Absorto
He quedado. Dime, amigo,
¿Qué es esto?
Conde. Que don Gregorio
Nos ha venido á meter
En el mas extraño embrollo
Que puede verse.
El marq. ¿Qué ha hecho?
Conde. Te vas á llenar de asombro.
Dice que la baronesa
No es tal baronesa.
El marq. ¿Cómo?
Conde. El cómo yo no lo sé,
Mas él asegura en tono
Muy formal que la ha tenido
Sirviendo en su casa.
El marq. ¿Es loco?
¿Y lo ha dicho en su presencia?
Conde. Sí.
El marq. ¡Dios mio! ¡qué bochorno!
Conde. Ya te puedes figurar
Cual se habrá puesto.
El marq. Yo corro
A desagraviarla.
Conde. Sí.
Lo que debes por de pronto
Hacer es eso.
El marq. No obstante
Será bueno antes de todo
Decir algo á la marquesa.
Conde. ¡Qué disparate! no, tonto.
La baronesa es tu dama;
Y la marquesa tan solo
Tu mujer: con esta tienes
Cumplido de cualquier modo;
Y con aquella es preciso
Observar mucho decoro:
La una tiene que sufrir;
Y la otra al menor asomo
De indiferencia, te deja.
En fin, luego que este embrollo
Se aclare, se pasará
De la marquesa el enojo. [riendo...
El marq. Dices muy bien: voy cor-
Conde. Yo entretanto, siempre pronto
A servirte, voy de nuevo
A tratar de tu negocio
Con mi tio.
El marq. ¿Nos veremos
Aun esta noche?
Conde. Es forzoso.
El marq. ¿Dónde?
Conde. ¿Dónde?... Es excusado
Me busques en ningun otro
Sitio; pues en adelante
Será público y notorio
Que si no estoy en tu casa
Tardaré en venir muy poco.

ACTO CUARTO.

Habrá luces.

ESCENA PRIMERA.

LA BARONESA, PERICO.

Bar. ¿Está en casa el marqués?
Per. Sí,
Señora: ha poco que vino.
Bar. Decidle que quiero hablarle:
Pero os encargo el sigilo,
Y que nadie sepa en casa
Que estoy aquí.

ESCENA II.

LA BARONESA.

Fué preciso
Para aparentar enfado
En mi casa no admitirlo;
Pero conviene ceder
Un poco; y en un estilo
Entre tierno y enojado
Hablarle ahora. Su tio
No puede de ningun modo
Dar pruebas de lo que ha dicho;
Y es tan poco verosímil
Su acusacion, que en mi juicio
Si tengo un poco de maña,
Será fácil convertirlo
Todo á mi favor y hacer
Se rian de él.

ESCENA III.

LA BARONESA, EL MARQUÉS.

El marq. Dueño mio,
¿Vos aquí? ¡Cuánto anhelaba

Hablaros! y ¿habeis podido
Negarme?...
Bar. Pensado tuve
No veros mas: mi ofendido
Orgullo así lo exigia;
Mas quedaba el honor mio
Mal puesto; y me importa mucho
De mancha dejarle limpio.
Por eso al fin me he resuelto
A hacer este sacrificio
Para que con vos mi nombre
No se quede envilecido.
El marq. ¿Vos envilecida, amada
Baronesa? yo os afirmo...
Bar. Ese título dejad:
Nunca baronesa he sido.
Soy tan solo... ¿qué sé yo?
Lo que quiere vuestro tio:
Una mujer de la hez
De la plebe... ¿no os lo ha dicho
A vos tambien?
El marq. Perdonadle.
Él ignora los estilos
Que la política enseña;
Y porque en vos habrá visto
Quizá cierta semejanza...
Bar. No, que él lo afirma; y su juicio,
Su edad, su experiencia, todo
Debe dar peso...
El marq. Os suplico
No hableis de eso mas. ¿Quién da
Crédito á tales delirios?
La misma sois para mí;
Y ni un instante vacilo
En el concepto que tengo
Formado de vos: hechizo
Semejante ¿puede acaso
En la plebe haber nacido?
No; pues no es una belleza
Comun la que en vos admiro.
Ese aire noble y señor,
Esos modales tan finos,
Entre nobles ascendientes
Pueden ser solo adquiridos.
Bar. Si viviera todavía
Mi padre don Gumersindo,
Comendador de Santiago
Y vizconde de los Rios,
Impune no se quedara
Un ultraje tan indigno;
Mas una débil mujer
¿Qué puede hacer?... Bien, que he sido
Necia en tomar sentimiento
Por lo que el desprecio mio
Merece tan solo... El hecho
Es tan natural, tan digno
De crédito... ¡Qué aprension!
Ah! perdonad si me rio.
El marq. Yo me avergüenzo.
Bar. Decid,
Decid al primer ministro
De estado que aquella á quien
Dispensa tan decidido
Favor, que la baronesa
De Arica...
El marq. ¡Cómo! ¿el ministro?
Bar. Sí, señor; pues ¿qué pensais?
El ministro: es aquel mismo
Qué fué á casa esta mañana.
El marq. ¿A quién me habeis prometido
Hablar por mí?
Bar. Verdad es,
Lo prometí; mas retiro
Mi palabra.
El marq. ¿Cómo?
Bar. Ya
No me es posible serviros.
El marq. ¿Por qué? [caso
Bar. ¿Quién ha de hacer
De una mujer de principios
Tan bajos?
El marq. Olvidad eso.
Bar. No, buscad mas distinguidos
Personajes para empeño.
Vos y yo, marqués, hoy mismo
Debemos romper.
El marq. ¿Por una
Imprudencia de mi tio?
Bar. No es por eso solo, no:
Tengo mayores motivos.
Abro los ojos en fin,
Y conozco...
El marq. ¿Qué?
Bar. Yo he sido
Muy débil, mucho... ¡Ah! marqués,
Par vos, por vos me he perdido.
El marq. ¿Por mí?
Bar. Por vos hoy asesta
La murmuracion sus tiros
Contra mi honor...
El marq. ¿Qué decís?
Bar. Sí; y en boca de malignos
Censores, mi fama... ¡Oh Dios!
¡Cuál me ultrajan los inicuos!
Pero ¿para qué culparlos?
Es verdad, yo os he querido.
Incauta, yo me he dejado
Arrestar al precipicio
Que me ha preparado vuestra
Seduccion: he preferido
Un hombre de quien ya nada
Debí esperar, al cariño
De otros mil que me ofrecian
Bienes y mano: el camino
Del deber he abandonado;
Y en mi fatal descarrío,

Honor, fortuna y sosiego,
Todo por vos lo he perdido.
¡Infeliz de mí!

El marq. ¿Llorais?
¡Ah! mi pecho conmovido...

Bar. Solo me queda un remedio
Duro, sí, pero preciso:
La ausencia... marqués, adios...
Adios.

El marq. ¿Os vais?

Bar. Me despido
De vos para siempre.

El marq. ¡Ah! no,
Deteneos... En vos miro
La víctima desgraciada
De un funesto amor: yo he sido
Causa del mal, y ¿quereis
Que os deje en ese conflicto?
No soy tan ingrato: bienes,
Vida, todo lo dedico
En vuestro obsequio.

Bar. ¡Mi intento
Logro! (*Aparte.*)

El marq. ¡Mi mujer! ¡Dios mio!

ESCENA IV.

DICHOS, LA MARQUESA.

La marq. ¿Vos aquí, señora?... extraño,
Despues de lo sucedido,
Que os atrevais todavía
A poner en este sitio
Los piés.

Bar. Y yo mucho mas
Extraño tomeis conmigo
Ese tono altivo. ¿Acaso
No me será permitido
Deshacer una calumnia
Que me ofende?

La marq. De mi tio
No me importan las sospechas,
Y quien sois ya no examino.
De cosas que mucho mas
Me interesan solo cuido.

Bar. ¿Qué escucho? ¿qué nueva afrenta
Se hace á mi honor?

La marq. Si entendido
Me habeis, lo que os toca hacer
No ignorais.

Bar. Será preciso
Antes aclarar...

La marq. ¿Pensais
Que en tan poco yo me estimo
Que me humille hasta ese punto?
Salid de aquí.

El marq. ¿Quién permiso
Te da para?..

La marq. Eso es, tomad
Su defensa... Ya os lo he dicho,
Señora, marchaos.

Bar. (¡Qué rabia! (*Aparte.*)
Me vengaré.) Me retiro;
Y dad á mi discrecion
Mil gracias. Aunque ofendido
Me habeis, yo no imitaré
Un proceder tan indigno.
Bien pudiera sin embargo...

La marq. ¿Qué?

Bar. No os altereis, reprimo
Mi enojo... solo os recuerdo
Al conde... en fin nada digo.
Marqués, adios, teneis una
Fiel esposa, os felicito;
Pero guardad vuestro honor:
No desprecieis el aviso.

ESCENA V.

EL MARQUÉS, LA MARQUESA.

El marq. Muy bien, señora, muy bien.
Cierto, os habeis conducido
Con finura.

La marq. Como debo.

El marq. Y ¿te atreves?...

La marq. Te habia dicho
Que no queria volviese
Aquí mas.

El marq. Y ¿dónde has visto
Que al querer de la mujer
Esté sujeto el marido?
Aquí quien manda soy yo,
Yo solo; y por tus caprichos
No he de permitir se arroje
De mi casa con estilo
Tan grosero á una señora
De su carácter.

La marq. ¡Me rio
De la señora!

El marq. Lo es,
Por mas que diga mi tio.

La marq. Bien, que lo sea: yo tengo
Además otros motivos.

El marq. Y ¿cuáles son?

La marq. ¿Por ventura
Necesito yo decirlos?
Pon en tu pecho la mano
Y respóndete á tí mismo.

El marq. ¿Estás zelosa?

La marq. Parece
Que confiesas tu delito.

El marq. Son sospechas infundadas.

La marq. Pues bien, yo me tranquilizo
Con que se aleje la causa.

El marq. Estás hablando lo mismo

Que si no tuvieras nada
Por qué callar. Si de indicios
Me dejase yo llevar...
La marq. ¿Qué indicios?
El marq. Muchos. [dilos.
La marq. Pues
El marq. ¡Son tantos!
La marq. Pues uno solo.
El marq. Es difícil elegirlo.
La marq. Uno solo.
El marq. Si quisiera...
La marq. ¿A ver?... ¿eh?... ¿callas?... ¿no digo?
Así son todos: muy prontos
Para acusar: si el motivo
Se les pregunta ¿responden?
No, señor, callan su pico.
El marq. Pues bien, ya que dices eso,
Ya que tanto alzas el grito,
Hablaré. El conde...
La marq. ¿Otra vez
Con el conde? he respondido
Ya acerca de él.
El marq. Me engañaste.
La marq. ¿No propuse despedirlo?
El marq. Por fingir.
La marq. ¿Por qué despues
Me le trajiste?
El marq. Metido
Ya en casa no era posible
Remediarlo; y yo, sencillo,
Pensé que en los dos podia
Confiarme; mas ya has oido
A la baronesa al tiempo
De despedirse.
La marq. Artificio
Ha sido para vengarse.
El marq. Pues yo confirmados miro
Mis recelos. La prudencia
La contuvo, que si dicho
Lo hubiera todo... mas yo
La veré.
La marq. De tal testigo
¿Que hay que esperar sino solo
Falsedades?
El marq. ¡Con qué vivo
Empeño tratas de ajar
A la baronesa! atino
La causa de ello: la temes;
Mas no lograrás conmigo
Desacreditarla. Sé
Sus virtudes, conocido
Me es su corazon sincero.
En sus palabras confio;
Y si algo cuenta, no hay duda,
Es la verdad.
La marq. Hombre inicuo,
Eso es, ofende á tu esposa,
Despréciala; y el ludibrio
Hazla ¿de quién? de una vil
Intrigante... ¡Yo he mentido!
¡Y ella es solo quien merece
Tu confianza!... no me humillo
Al punto de disculparme;
Mas oye: si has presumido
Que he de tolerar mi afrenta,
Te engañas mucho. Yo exijo
De tí no vuelvas á ver
A esa mujer.
El marq. ¿Tu albedrío
Es por ventura, mi regla?
Yo la veré por lo mismo
Que me lo prohibes.
La marq. Pues
Yo sé el modo de impedirlo.
El marq. ¿Me amenazas? ¡Ola! ¿á ver?
Este es aquel corderito
Tan humildito, tan manso,
Con aquel aire sencillo
Y tímido que afectaba
Antes de la boda... ¡digo,
Si ha sabido en poco tiempo
Cobrar alas!... eso mismo
Sucede en todo. Primero
Sencillez en los vestidos,
Mucha modestia en el trato,
Amor, respeto al marido;
Pero á vuelta de seis meses
Todo al revés: genio altivo,
Inconsecuente, insufrible,
Furor de brillar, caprichos
De modas y diversiones,
Las visitas por castigo,
Yo mirado sin aprecio
Hecho juguete, y... no digo
Mas. ¡Ah! ¡qué chasco he llevado
¡Ya se ve! ¡si era preciso!
Mujer al cabo, es decir,
Hipocresía, artificio...
Bien dicen, que al que se casa
Debieran pegarle un tiro.
La marq. Y tú, dime, ¿por ventura
Eres el propio? ¿qué se hizo
Aquella ardiente pasion
Que expresabas tan rendido?
No trato ya de exigirte
Los halagos, los suspiros
Que amoroso prodigabas;
Pero ¿no has dado al olvido
La palabra de estar siempre
Atento á mi dicha? El brillo
De tus bienes no resarce
La falta de tu cariño.
Me dices que ha habido cambio:
Es muy cierto que le ha habido;
Pero ¿ha sido por mi parte,

O por la tuya? ¿te miro
Alguna vez á mi lado?
Nunca me hablas tierno y fino.
Siempre adusto en mi presencia;
Pero fuera es muy distinto.
El mal humor que otros causan
Le pago yo: tu descuido
Llega hasta el desprecio... en fin,
Con decir que eres marido
No hay mas que hablar. Todos obran
De esa suerte; y siempre ha sido
Para ellos la libertad,
Para nosotras los grillos.

El marq. Pues cierto que tú te puedes
Quejar... ¡vaya!... si ha existido
Mujer libre en este mundo
Eres tú... no, yo te fio
Que de hoy mas... aquí ha de haber
Una reforma: es preciso,
Señora marquesa, que
Tomeis diferente estilo.
Menos salir, menos bailes:
Sobre todo, ya os lo he dicho,
Menos gastar.

La marq. ¿Quién aquí
Gasta mas que tú?

El marq. Conmigo
No se entiende eso: si gasto
Es porque puedo y es mio.

La marq. ¿Qué es lo que oigo?... eso es echarme
En cara tus beneficios.
¡Ah! cruel: esto tan solo
Le faltaba á mi martirio. (*Echa á llorar.*)

El marq. ¡Cómo!... ¿qué es esto?... ¿á qué viene
Ahora llorar? si lo he dicho
Ha sido solo por... vamos,
Sosiégate.

La marq. Ya está visto
Cual es la felicidad
Que debo esperar contigo.
Pues bien, toma allá tus bienes,
Los odio, los abomino,
No los quiero mas: prefiero
La pobreza del asilo
Paternal á la opulencia
Mezclada de tan continuos
Sinsabores. Quédate
Solo y libre.

El marq. ¿Qué capricho
Nuevo es este? ¿tú te quieres
Separar?

La marq. Mañana mismo
Vuelvo á casa de mis padres.
Allí al menos de los mios
No seré menospreciada.

El marq. ¿No ves que...?

La marq. Está decidido.
Entre nosotros no puede
Haber ya paz: tú tranquilo
Y feliz te quedarás
No viviendo ya conmigo:
Yo ¡triste! voy á llorar
Lejos de tí mi martirio.

ESCENA VI.

EL MARQUÉS.

Oye, mujer... No me escucha.
Tambien este genio mio
Tan pronto... tiene razon:
Con ella me he conducido
Muy mal... no hay remedio, es fuerza
Enmendarme... mi cariño
Siento renovar por ella.
Felizmente ha decidido
La baronesa marcharse...
Mas si en tanto que me privo
De ella, el conde... yo sospecho
Que á pesar de ser mi amigo
No tendrá escrúpulo... no,
Yo le conozco... es preciso
Tambien alejarle... sí;
Pero yo le necesito...
No importa, el honor lo manda.
Cuando le vea, decido
Decirle... aquí está: valor.

ESCENA VII.

EL MARQUÉS, EL CONDE.

Conde. Te buscaba, amigo mio,
Para anunciarte que ya
Tu empleo...

El marq. ¿Sabes qué digo?
Que ya estoy casi dudoso
Si me conviene admitirlo.

Conde. ¿Ahora me sales con eso?
Pues me dejabas lucido
Despues de haberme empeñado,
Y cuando solo he venido
Para llevarte á palacio
Y presentarte á mi tio.

El marq. ¿Eh?... ¿qué dices?

Conde. Lo que escuchas.
Debemos ir ahora mismo:
Si casi te está esperando.

El marq. Pues no es nada el compromiso.
¡Un mayordomo mayor!

Conde. Grande de España, y que ha sido
Ministro ya por dos veces.

El marq. ¡Cómo qué!... ¿tambien ministro?
No hay remedio, fuerza es ir.

Conde. Vamos pronto.
El marq. Ya te sigo.

ESCENA VIII.

DICHOS, PERICO.

Per. Señor, parece que el ama
Se ha puesto mala.
El marq. Perico,
Dame el sombrero.
Per. Si es para
Buscar al facultativo,
Yo iré, señor.
El marq. No.
Per. Le ha dado
Un desmayo.
Conde. Pues, amigo,
Vamos pronto á socorrerla.
El marq. No, no, que no necesito
Que tú vayas.
Conde. ¿ Por qué ?
Per. Dicen
Que hace poco que la han visto
Entrar llorando en su cuarto :
Será por eso.
El marq. Maldito,
¿ Quieres callar ? dame al punto
El sombrero.
Conde. Me malicio (*Aparte.*)
Que este ha reñido sin duda
Con su mujer.
El marq. Me es preciso
(*Al criado que le presenta el sombrero.*)
Salir : por eso no puedo...
Llamad al facultativo,
Que venga pronto... Cuidado
Con que no la falte auxilio
Ningun. Vuelvo al instante.
Conde. Dichosamente he traido
Mi berlina.
El marq. Pues me alegro.
Conde. (Yo sabré por el camino
Sonsacarle)... Vamos. (*Aparte.*)
El marq. Vamos...
¿ No seria mejor visto
Socorrer á mi mujer ?...
No ; que me espera un ministro.

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

LA MARQUESA, DON GREGORIO.

Greg. Sobrina, no hay que afligirse :
Eso no es nada : quimeras
Entre esposos, cada mes
Hay un ciento : se pelean,
Gritan, alborotan ; mas
Pasa la furia y se quedan
Tan amigos.
La marq. ¡ Ah ! señor,
No es posible me resuelva
A vivir mas con un hombre
Que me ofende, me desprecia ;
Y que...
Greg. Yo tampoco trato
De hacer aquí su defensa.
Antes bien, yo te prometo
Calentarle las orejas
De lo lindo... ¡ bribonzuelo !
¡ Descastado ! ¡ sin vergüenza !
Mas ¿ adónde está ?
La marq. Perico
Me dijo que con gran priesa
Se marcharon á palacio
Él y el conde.
Greg. ¡ Qué troneras
Uno y otro !
La marq. Aunque le dijo
Que me hallaba algo indispuesta
No se quiso detener.
Greg. Pues, si está que solo piensa
En sus empleos.
La marq. ¡ Quién sabe !
Puede que á la baronesa
Vaya á ver tambien y á darla
Satisfaccion.
Greg. ¡ Oh ! pues esa
Poco te dará que hacer.
He hablado esta tarde mesma
Al corregidor, y creo
Que tomará providencia
Seria y pronta ; pues me dijo
Que por su casa volviera
A las diez... Vaya, hija mia,
No te desconsueles, deja
Tristezas á un lado, todo
Se remediará... desecha
La idea de separarte.
Riñas, todas las que quieras,

Mas ¡separacion! ¡no es nada
La campanada que dieras!
La marq. ¿Pensais que mi corazon
En su interior la desea?
Quizás el pesar me mate
Si á verificarse llega;
Mas fuerza es hacer tan duro
Sacrificio... si me cuesta
Dígalo el llanto que vierto...
¡Ah! señor, en vos mi entera
Confianza pongo. Volvedme
A mi esposo; pero sea
Sensible, fiel, cariñoso,
Como en otros tiempos era;
Que si he de sufrir aún
Desprecios é indiferencia,
Prefiero sola llorar
Mi desventura y mis penas.
Greg. Sí, hija mia, sí, yo te...
Vaya, que como si fuera
Un niño, tambien... si tengo
Un corazon de manteca...
Bribon de sobrino, como
En mis manos te tuviera,
Juro que... ya, ya verás.
Mas lo que ahora interesa
Primero que todo, es ver
Qué hacen con la baronesa.
Voime, que ya es tiempo, á casa
Del corregidor. Tú, prenda,
No te desconsueles mas.
La marq. Id con Dios.
Greg. Hasta la vuelta.

ESCENA II.

LA MARQUESA.

¡Ah! mi pecho vacilante
Ya no sabe á lo que deba
Decidirse... amo á mi esposo;
Mas él, ingrato... Te quejas,
Marquesa; y ¡qué! ¿por ventura
Es suya la culpa entera?
¿No tienes de que acusarte
Por tu conducta indiscreta?
Mi alma está pura, sí; mas
No basta evitar la ofensa
Si nuestras acciones abren
A los recelos la puerta.
Pero el conde... si evitar
Pudiese...

ESCENA III

LA MARQUESA, EL CONDE.

Conde. (Ocasion es esta (*Aparte.*)
Favorable, y es preciso
Aprovecharla.) ¿Marquesa?
(*Saluda á la marquesa, y esta le vuelve el saludo.*)
La marq. ¡Señor conde!
Conde. ¿Qué teneis?
Estais parece indispuesta.
La marq. ¿Yo?... no, señor... es decir
Me siento... así... con jaqueca.
Conde. ¿Eo os dió hace poco un desmayo?
La marq. Vapores... cosa ligera.
¿Dónde dejais á mi esposo?
Conde. En palacio: para prueba
De aprecio quiso mi tio
Detenerle. Mi impaciencia
Por saber de vos ha hecho
Que de ellos me despidiera
Con pretexto de un negocio
Urgente.
La marq. ¡Tanta molestia!...
Aquello no ha sido nada,
Nada, ya me siento buena.
Conde. No obstante, esa palidez,
Esos ojos que demuestran
Haber llorado... sin duda
Os aflige alguna pena.
La marq. ¡Qué disparate!... ninguna.
Conde. Depositad con franqueza
En el seno de un amigo
El pesar que os atormenta.
La marq. ¿No os he dicho que no tengo?...
Conde. ¿A qué viene esa reserva?
Lo sé todo, y el marqués...
La marq. ¿Ha tenido la imprudencia
De decir?...
Conde. Él lo callaba;
Mas teniendo yo sospechas,
Pude conseguir con maña
Que por fin me lo dijera.
¡Ah! marquesa, os compadezco.
La marq. Bien lo podeis.
Conde. ¿Quién creyera
Que dos almas que el amor
Unió, de esta suerte hubieran
De separarse? .. mas qué,
¿No habrá modo de que vuelvan
A reunirse?
La marq. He sufrido
Muchos agravios.
Conde. ¿No queda
Ya esperanza?
La marq. ¡Ah!

Conde. ¡Pobre amigo!
En su situacion no hubiera
Para mí consuelo.
La marq. Él es
Un ingrato.
Conde. Sí, marquesa:
Lo es, pues que desconoce
El precio de tal belleza
Unida á tanta virtud.
Soy su amigo y me interesa:
Quiero disculparle; mas
No halla expresiones mi lengua.
¡Ah! ¡cuán cierto es que la dicha
Sigue al que menos la aprecia!
Si los cielos tal tesoro
Puesto en mis manos hubieran,
Ciego de amor, no anhelara
Mas fortuna, mas riqueza:
Mi empleo fuera serviros,
Agradar mi recompensa,
Y en vuestra felicidad
La mia solo tuviera.
La marq. Todos dicen eso mismo;
Mas cuando á ser dueños llegan,
Lo que antes tanto anhelaban
Aborrecen y desprecian.
Prometen felicidades,
Y mil disgustos reservan.
¡Ojalá no viese de ello
En mí la triste experiencia!
De las dichas con que un tiempo
Me halagaron ¿qué me queda?
Todas huyeron, y ya
Solo pesares me restan.
Conde. ¿Solo pesares?... Pues qué,
¿No hay ya placeres que puedan
Seros gratos? ¿por ventura
La dicha solo se encierra
En un esposo? ¿quereis
Que orgulloso se envanezca
Con vuestros padecimientos,
Sirviendo quizás de prueba
Para que otra?... no, debeis
Manifestar fortaleza;
Pues solo sentirá haberos
Perdido luego que os vea
Ser feliz sin él... sois jóven
Y dotada con mil prendas
Seductoras: ahora estais
En la edad de brillar: nuestras
Sociedades mil placeres,
Mil consuelos os presentan.
Sois su principal adorno,
Y eclipsando cuantas bellas
Celebra Madrid, allí
Nuevos triunfos os esperan.
La marq. Ya tales satisfacciones
Nada tienen que me sea
Grato: conozco aunque tarde
Que la virtud las reprueba.
No las quiero mas: en este
Triste estado solo anhela
Mi corazon el retiro
Y la soledad.
Conde. ¡Qué idea!
¡Privarnos de vos!
La marq. Si acaso
A verificarse llega
Mi separacion, intento
Huir de la corte; y de ella
Lejos, pretendo buscar
La oscuridad de una aldea.
Conde. (Reflexionando mejor...) (*Ap.*)
Sí... puede ser que os convenga.
Para las almas sensibles
Suele el campo ofrecer ciertas
Distracciones... ¿teneis ya
Elegida residencia?
La marq. No.
Conde. Pues yo puedo serviros.
Tengo en una de mis tierras
Una hermosa quinta: está
En lo mejor de Valencia.
La naturaleza allí
Todas sus galas ostenta:
Bellos y floridos prados,
Agradables alamedas,
Perspectivas deliciosas,
La orilla del mar muy cerca.
Si gustais, allí podreis
Pasar esta primavera.
La marq. Os doy muchas gracias; pero...
Conde. No haya excusas: con franqueza.
La marq. Es que yo...
Conde. ¡Qué descansada
Vida llevareis! mi idea
Acá se forma mil planes
Que halagüeños la recrean.
Os miro en traje modesto
Recorrer aquellas vegas
Ya pensativa, ya alegre.
Tomando parte en las fiestas
De los sencillos pastores,
O aliviando sus miserias.
¡Ah! me tendré por dichoso
Si consigo á vuestras penas
Dar este ligero alivio;
Y si alguna recompensa
Me fuese dado esperar
Por ello, solo pidiera
Alguna vez visitaros.
No seria mi presencia
Inútil, no: yo podria
Con la suave elocuencia
De la amistad ofreceros
Consuelos; y con la vuestra

¿Quién sabe? quizás tambien
Se ahuyentaran mis tristezas.
La marq. ¡Vos tristezas!
Conde. ¿Qué os admira?
Toda alma sensible y tierna
Las conoce... ¡si explicarlas
En este instante pudiera!...
Mas ¡ay! para eso es preciso
Que vuestra alma se halle abierta
A la piedad... y ¿lo puedo
Esperar aquí? no: fuerza
Es callar aunque me cueste.
¡Ah! tal vez un tiempo venga
En que podré... sí, mi pecho
Abriga tan grata idea,
Tan dulce esperanza... en medio
De las sombrías florestas,
A orilla de algun arroyo,
Y sobre la verde yerba
Recostado, quizás logre
Mayor ventura que en esta
Triste habitacion: entonces
Postrado á las plantas vuestras,
Quizás escucheis piadosa
Lo que calla ahora mi lengua;
Y la vuestra me responda
Lo que el alma ansiosa anhela.
La marq. ¡Cielos!... ¡qué escucho!...
¡ah! no debo...
Conde, con vuestra licencia...
(*Hace ademan de marcharse.*)
Conde. ¿Os vais?... ¿hay en mis palabras
Algo que ofenderos pueda?
La marq. No digo que... equivocada
Yo tal vez... ¡oh qué vergüenza!
Conde. ¡Ah! ya me habeis entendido;
Pues bien, divina marquesa,
No es tiempo ya de ocultar
Sentimientos que no acierta
Mi pecho á contener... sí,
Sabedlo: vuestra belleza,
Vuestras gracias han prendado
Mi corazon: la funesta
Llama de amor arde en él,
Y solo por vos alienta.
La marq. ¿Y os atreveis, señor conde?
¡Dios mio! ¡que tal ofensa
He de sufrir!
Conde. Perdonad:
Conozco que no debiera...
Mas ¿hay quien os pueda ver
Sin amaros? ya las señas
De mi ardor bien se mostraban
En mi conducta: entenderlas
Debísteis; y cuando os ví
Conmigo tan placentera,
Excusad mi error, pensé
Que indiferente no os fuera.
La marq. ¿Y yo pude dar lugar?...
¡Ah! digno de mi imprudencia
Es este castigo. Amado
Esposo, ya las ofensas
Que hechas te tengo conozco;
Perdona.
Conde. Esa resistencia
Enciende mas mi pasion.
No es posible que ya ceda;
Y á vuestras plantas... (*Se arrodilla.*)
La marq. ¿Qué haceis?
Levantaos... idos fuera
De aquí, que no puedo mas
Escucharos.
Conde. ¿No me queda
Esperanza alguna?
La marq. ¿Vos?
¿Que causais todas mis penas
Y deshonra?... mi odio eterno,
Eso tendreis.
Conde. ¡Ah! ¡marquesa!

ESCENA IV.

DICHOS, EL MARQUÉS.

La marq. ¡Cielos! ¡mi esposo!
El marq. ¿Qué veo?
Infames, ya mis sospechas
Se aclararon: ciertas miro
Vuestra perfidia y mi afrenta.
¿Son estos, di, los negocios (*Al conde.*)
Que con tan precisa urgencia
Te llamaban? falso amigo,
Traidor, que con la apariencia
De amistad y proteccion
Labrar mi deshonra intentas,
Ya te conozco... y tú, infiel, (*A la marquesa.*)
Niega, si te atreves, niega
Lo que con mis propios ojos
Acabo de ver.
La marq. ¡Qué! ¿piensas
Que yo?...
El marq. Sí, pienso...
Conde. Marqués,
Tú te alucinas: desecha
Un recelo que...
El marq. ¿Imaginas
Que aun he de creer tus necias
Excusas?
Conde. Yo de excusarme
No trato; ni á tal bajeza
Me humillaria despues
De lo que has visto. Mi lengua
Te confiesa francamente
Que te agravio, mas en esta
Circunstancia el delincuente

Soy yo solo : la marquesa
No tiene culpa : yo debo
Justificar su inocencia.
El marq. Ambos acordes estais
Para engañarme. Tú intentas,
Ya que descubro tu infamia,
Salvarla al menos á ella.
Es en vano : desde hoy rompo
Los lazos que nos estrechan.
Ya no es nada para mí.
La marq. ¡Esposo!
El marq. Mujer perversa,
¿No querias separarte
De mí? pues bien, si lo anhelas
Cumplido está. Vete al punto,
Vete con tus padres : lleva
En medio de tu familia
El deshonor y la afrenta
Que me reservabas.
La marq. ¡Cielos!
¿Qué mas desdichas me esperan?
Conde. Yo no debo consentir,
Marqués, que así en mi presencia
Ultrajes...
El marq. Ni yo tampoco
Debo tolerar la ofensa
Que me has hecho, sin vengarme.
Prepárate á darme de ella
Satisfaccion.
La marq. ¡Ah! ¿qué dices?
Conde. Considero que te ciega
El furor : eres mi amigo...
El marq. ¿No te acordabas que lo era
Cuando me hiciste la injuria?
Conde. Es que ahora...
El marq. Ahora alega
Tu cobardía esa excusa.
Conde. ¡Mi cobardía!... Basta esa
Duda para decidirme.
Estoy pronto, y cuando quieras...
La marq. ¡Ah! bárbaros, ¿qué intentais?
No permitiré yo mientras
Respire...
El marq. Aparta : yo quiero
Beber su sangre, ó que veas
Tu esposo muerto á sus manos,
Y que tú la causa seas.
La marq. ¡Oh Dios mio! ¡yo fallezco!
(*Se desmaya y cae en los brazos del marqués.*)
Conde. ¿Qué es esto?
El marq. ¡Cielos!
Conde. Sostenla.
Ponla en esta silla. (*Arrima una silla.*)
El marq. Toca
La campanilla, que vengan...
¡Ah! maldigo mi furor.
(*Mientras el marquès sienta en la silla á su esposa, el conde toca fuertemente á la campanilla, y acuden varios criados.*)
Conde. ¿Y bien?... apenas alienta.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, DON GREGORIO, PERICO, CRIADOS.

Per. Señor, ¿qué mandais?
Greg. Sobrino,
¿Qué es lo que hay? ¿qué bulla es esta?
Mas ¿qué miro?
Conde. Don Gregorio,
Y vosotros, socorredla.
Greg. Pobrecita, ¡cómo está!...
Cosas tuyas serán estas,
Sobrino ó demonio. Apuesto
Que la has maltratado. Venga
Pronto agua fresca. Hacedla aire.
(*Sale un criado, y vuelve á corto rato con un vaso de agua.*)
Apartad.
(*Se quita el sombrero y con el ala la hace aire.*)
El marq. Sobre la mesa (*A Perico.*)
Del despacho hay un pomito
De espíritu : ves...
Greg. Espera :
No es necesario. Ya vuelve
En sí... ¡Sobrina!
Conde. ¡Marquesa!
La marq. ¡Ah!
Greg. Toma, bebe.
(*La presenta el vaso de agua.*)
La marq. ¿Sois vos,
Tio?... Por Dios, con presteza
Id.
Greg. ¿Adónde?
La marq. Detenedlos :
Que se matan.
Greg. ¡Santa Tecla!
¿Quienes?
La marq. Mi esposo y el conde.
Greg. Si están aquí.
El marq. Sí, no temas,
Que ya no intento...
Conde. Os prometo
Que por mí...
Greg. ¿Qué cosa es esa?
¿Ha habido algun desafío?
La marq. Es verdad.
Greg. ¡Cómo! ¿y aquella
Tan grande amistad?
El marq. Hay casos
En que el honor se interesa

Y es necesario...
Greg. Ya entiendo.
En fin, sucedió lo que era
De esperar. Mira, sobrino,
Los protectores que te echas.
El marq. Tio.....
Greg. Este es uno. Pues
En cuanto á la baronesa,
Cuando la quieras buscar
Ves por ella á la galera.
El marq. ¿Cómo?
Greg. Allí la han recogido,
Que bastante anduvo suelta.
El marq. Mas ¿por qué?
Greg. ¿Por qué ha de ser?
Por sus excelentes prendas.
El marq. Una señora...
Greg. ¿Señora?
Como Inés tu cocinera.
El marq. Pues qué ¿con efecto es cierto?...
Greg. ¿Soy acaso algun babieca?
¿Miento yo? casi dos años
Me ha servido allá en mi tierra.
Me robó ciertas alhajas,
Desapareció con ellas;
Y desde entonces ha estado
Corriendo de ceca en meca
Engañando á todo el mundo;
Y segun ella confiesa
Un mayorazgo muy tonto
La llevó á Francia... Es traviesa,
Y ha tomado con el roce
Del mundo ciertas maneras
Que engañan. La autoridad,
Sin embargo, de quien era
Tenia largas noticias;
Y cuando llevé mi queja,
Hallé que el corregidor
Trataba ya de prenderla.
Conde. Con efecto, yo en París
La he conocido. En aquella
Época no se fingia
Todavía baronesa;
Y aunque ignoraba su orígen,
Siempre por una embustera
Y enredadora la tuve.
Marqués, ya es tiempo que vuelvas
En tu acuerdo. Has sido hasta ahora
Engañado: con vergüenza
Digo que he contribuido
A que lo fueses. Quisiera
Resarcirte los disgustos
Que te he causado. Ya llevas
Tus pretensiones en buen
Estado, y haré que obtengas
En breve...
El marq. No, ya renuncio
A tan altivas ideas.
Despues de lo que ha pasado,
Para mi honor siempre fuera
Una mancha el recibir
Nada de tí.
Greg. Ni debieras
Nunca haber pedido nada.
A tí lo que te interesa
Es que de una vez se acaben
Todas las desavenencias
Con tu mujer; y que vivas
En paz y gracia con ella.
Conde. Marqués, de nuevo te digo
Que debes de su inocencia
Estar seguro, y que...
El marq. Sí:
Conozco que mis sospechas
Son injustas, tanto mas
Cuanto que yo... me avergüenza
Mi proceder: no es posible
Me perdone tanta ofensa.
Greg. Toma ¿no ha de perdonarlas?
Si aquí bien se considera
Uno y otro teneis culpa.
Tú porque con tus grandezas,
Tu manía de brillar
Y de emplearte, la dejas
En abandono y la miras
Como cosa extraña; y ella
Porque con sus distracciones
De modas, bailes y fiestas,
Agradar á los demás
Antes que á su esposo intenta.
Con que así lo que es preciso
Es poner ambos la enmienda,
Vivir cual buenos casados,
Y dejarse de tonteras.
¿Verdad, sobrina?... ¿qué tal?
¿Te alivias?
La marq. Sí: ya estoy buena.
Greg. Pues para sanar del todo
Ven acá... y tú, tronera, (*Al marqués.*)
Acércate... Ea, abrazaos.
(*Hace que se abracen.*)
La marq. ¡Esposo!
El marq. ¡Adorada prenda!
¿Me perdonas?
La marq. Ya de nada
Me acuerdo.
El marq. No mas grandezas.
Por tí renuncio á la corte.
La marq. No mas bailes. Ya me apestan
Las modas. He de vender
Mis brillantes y mis perlas.
El marq. Yo mi landó, mis caballos,
Y hasta el tiro de colleras.
Greg. No, que ese puede servirme
Para volver á la tierra.
El marq. ¡Ah! sí; y para que tengais

La satisfaccion completa,
Quiero que mi esposa y yo
Os acompañemos.
Greg. Deja
Que te abrace : ahora sí
Que eres mi sobrino. Llenas
Con eso mi corazon
De alegría... Así pudieras
Renunciar el marquesado
Y quedar Chinchilla á secas.

EL ENTREMETIDO,

COMEDIA EN TRES ACTOS EN PROSA,

REPRESENTADA POR LA PRIMERA VEZ EN MADRID EN 1825.

PERSONAS.

Don MELCHOR.
Doña CESAREA, su mujer.
Doña MARIQUITA, su hija.
Don EUGENIO, su hijo.
Don ROQUE, escribano.
Don PEDRO, amigo de don Melchor.
Doña ANTONIA, su hija.
Don GABRIEL, amante de Mariquita.
PERICO, criado de don Melchor.
JUAN, criado de don Gabriel.

La escena es en Madrid en casa de don Melchor.

El teatro representa una sala con puerta al foro y á la izquierda, y una ventana á la derecha, y en el rincon del mismo lado un biombo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Don MELCHOR, Don ROQUE, PERICO.

Mel. Con que, Perico, ¿no tienes mas noticias que darme?

Per. ¿Qué mas quiere usted, si le he contado la vida y milagros de medio Madrid?

Roque. Pero, señor don Melchor, ¡que sea usted así! ¿Quién le mete en averiguar vidas ajenas? Usted cuide de sus negocios; y los de los otros mas que se los lleve el diablo.

Mel. Eso se queda bueno para los egoistas como usted; pero sepa, señor don Roque, que no hay ocupacion mas entretenida, ni mas útil al mismo tiempo. El que tiene que vivir en el mundo debe conocer á cuantos le rodean: es el único medio de que no le engañen. ¿A que no me la pegan á mí? Apenas llega una persona á hablarme, que ya estoy al cabo de la calle de cuanto intenta y desea. Y no piense usted que esto lo hago por mera curiosidad. Nada de eso. No llevo mas objeto que el de servir á mis amigos. Sin que ellos lo sepan, muchas veces arreglo sus negocios y les hago servicios de que luego me dan las gracias.

Per. ¡Ya se ve! Y sino, acuérdese usted de los casamientos que ha hecho contra viento y marea de padres y tutores; de los maridos á quienes ha dado á conocer sus verdaderos intereses separándolos de sus mujeres; de mil, en fin, que le están agradecidos por los buenos servicios que les ha hecho su oficiosidad de usted, sin saberlo ellos, y aun contra su voluntad.

Roque. Pues yo, sin dárseme un bledo de que los negocios ajenos vayan tuertos ó derechos, he sabido hacer prosperar los mios. Figúrese usted si habrán pasado algunos por mis manos en treinta años que ha soy escribano público; pues lléveme Dios si he visto nunca en ellos mas que el provecho que podian darme. Así es, que gracias á mi buena maña, tengo el riñon bien cubierto.

Mel. Tampoco he descuidado yo los mios. Por otra parte, soy feliz. Mi familia es el modelo de todas las virtudes. Mi mujer no tiene otro defecto que el ser algo

amiga de galas y diversiones; mas esto no perjudica á su buena conducta. Nada de cortejos : su marido y no mas. Lo que otras derrochan en fruslerías, ella lo emplea en obras de piedad. ¿Qué voto dirá usted que está cumpliendo ahora?

Roque. ¡Qué sé yo...! alguna novena quizá.

Mel. Está haciendo un primoroso vestido para una Vírgen de su devocion.

Per. Como que tiene usted que darme hoy mismo dos mil reales para pagar al platero la corona, las potencias, y los zapatitos de plata.

Mel. Mucho es ; pero siendo para un objeto tan santo luego te los daré.

Per. (*Aparte.*) Y yo los llevaré á la modista para pagar los trajes de máscaras.

Mel. Mi hijo Eugenio es un portento de aplicacion, y un modelo de buena conducta : un año se ha estado estudiando en Alcalá sin acordarse de Madrid para nada.

Per. (*Aparte.*) Excepto de su querida, á quien ha venido á ver mas de cien veces.

Mel. No digo nada de mi hija Mariquita. ¡Qué muchacha tan dócil! Es como una malva. ¡Y qué inocencia! Apuesto á que no sabe siquiera qué cosa es un amante.

Per. (*Aparte.*) Preguntádselo á su don Gabriel.

Mel. Puede usted decir, señor don Roque, que lleva por mujer una muchacha como hay pocas, que le querrá mucho, le mimará, y le estará haciendo fiestas de dia y de noche.

Roque. En esa inteligencia me he decidido á tomar estado y á cargarme con los gastos de una boda y de una mujer, que ahí es nada; pero ya voy para los sesenta y cinco, y aunque me conservo, bendito sea Dios, como una manzana, necesito tener quien me cuide, y una persona á quien dejar mis patacones.

Mel. No es precisamente su dinero de usted lo que me inclina á esta boda, sino el deseo de dar á mi hija por marido un hombre de juicio y experiencia, y no un barbilampiño monuelo y petimetre que no supiese procurar por su casa y abandonase sus obligaciones.

Roque. ¿Pero está usted seguro de que la chica se casará gustosa conmigo, y que no está enamorada de nadie?

Mel. ¿Pues no se ha de casar con gusto? Basta que yo se lo mande. Y en cuanto á queridos, cuando yo le digo á usted que no los tiene... Figúrese usted si á mí se me habria escapado. Jamás se ha atrevido ni siquiera á mirar á un hombre. ¿Habia ella de amar á nadie en secreto, ni andar en coloquios con su querido por la reja, como hacen otras...? Verbi-gracia, su amiga la Antoñita, la hija de don Pedro, nuestro vecino, que tiene escandalizada la calle... (*A Perico.*) Hombre, ¿quién será ese embozado que habla con la tal Antonia tantas noches por la reja? ¿Le conoces tú?

Per. ¿Yo...? No, señor : no tengo noticias...

Mel. Pues á mí se me figura que tú lo sabes y me lo ocultas. ¡Cuidado con ella! Mira que quiero enterarme de esa intriga; y sin que pase de hoy me lo has de averiguar.

Roque. Deje usted que se hablen cuanto quieran, y deje al padre de esa niña el cuidado de vigilar sobre su conducta. A usted le basta que en su familia no se cometan tales excesos.

Mel. ¡Oh! eso no. (*Mira el reloj.*) ¡Hola, hola! Las diez y media muy largas de talle... ¡Qué pronto se pasa la mañana! ¿Ha oido usted misa, señor don Roque?

Roque. Aun no.

Mel. Pues si usted quiere iremos á oir juntos la de once á San Ignacio, que es cortita, y está cerca.

Roque. Como usted guste.

Mel. Pues vamos... Con que, Perico, no olvides averiguar quién es aquel sugeto.

Per. ¿Qué sugeto?

Mel. ¿No te acuerdas? El que habla con la Antoñita.

Per. ¡Ah! ya estoy.

Mel. Abur.

ESCENA II.

PERICO.

¡Si supiera que es su hijo, á quien tiene por un modelo de aplicacion y recogimiento! ¡Qué hombre! Siempre arreglando los negocios ajenos, y deja que los suyos vayan á la diabla. No cesa de oler y husmear cuanto se hace en las casas de los demás, é ignora lo que pasa en la suya.

ESCENA III.

PERICO, DOÑA CESAREA.

Ces. Perico, ¿pediste aquel dinero á mi marido?

Per. He aprovechado una ocasion oportuna que se me presentó para ello, y ha quedado en que luego me lo dará.

Ces. ¿Fuiste á casa de la modista?

Per. Sí, señora: ha dicho que traerá el vestido esta tarde sin falta.

Ces. ¿Es bonito?

Per. Por lo que he visto ha de ser precioso; pero la pícara hace valer sus puntadas.

Ces. No importa: mi marido paga.

Per. La broma será cuando llegue á saber don Melchor que la corona de plata para la Vírgen, se ha convertido en trajes de baile.

Ces. No me quitará el haberme divertido.

Per. ¡Qué diversion! Meterse en medio de aquella barahunda de bracero con un maridazo que de todo hará caso menos de su pareja.

Ces. ¿Piensas que he de ir con mi marido? ¡Bueno fuera!

Per. ¿Pues con quién?

Ces. Será, mediante Dios, con un jóven muy buen mozo, y muy amable.

Per. Ya caigo. Es uno que ha conocido usted en la tertulia de doña Juana, que se llama don Gabriel, que estuvo ayer en conversacion con usted toda la noche, la acompañó hasta casa, y quedó en venir hoy á visitarla.

Ces. Tú eres el demonio. ¿Y cómo lo has sabido?

Per. Conozco mucho á ese caballerito, y esta mañana me lo ha contado él mismo todo.

Ces. ¿Verdad que es muy buen mozo?

Per. ¡Cáspita si lo es! ¿Pero consentirá don Melchor en que vaya usted con él?

Ces. Pienso ir sin que él lo sepa; y para esto cuento contigo.

Per. Mande usted cuanto guste; ya sabe que me pinto solo para esta clase de intrigas, y que aunque su esposo me tiene dicho que la cele, no le hago caso, porque siempre he sido inclinado á tomar el partido de las mujeres en contra de los maridos.

Ces. Pues luego cuando venga don Gabriel concertaremos los medios de salir de casa sin ser oida ni vista. Abur. (*Vase.*)

Per. Vaya usted con Dios.

ESCENA IV.

PERICO, LUEGO DOÑA MARIQUITA.

Per. Pues, señor, véase una madre rival de su hija... Pero aquí viene la niña.

Mar. Perico, ¿has visto á mi novio?

Per. Sí, señora.

Mar. ¿Te ha dado alguna carta para mí?

Per. No, señora.

Mar. Pues ¿cómo? ¡Infiel! ¡Ingrato! ¿No sabe que tiene obligacion de escribirme todos los dias?

Per. Como ha apurado en sus cartas cuanto ha leido en la nueva Heloisa y otras novelas, no sabe ya qué decir, y por esta vez no ha salido el correo.

Mar. ¿Tenia mas que repetir lo que me ha escrito en otras cartas?

Per. Le da vergüenza el repetirlo por la centésima vez.

Mar. No importa: ¡me gusta tanto!

Per. Y luego desde que supo que sus cartas paraban en papillotes para los rizos... Pero dejándonos de chanzas, tengo, señorita, que comunicar á usted dos noticias; una buena y otra mala.

Mar. ¿Cuáles son?

Per. Empezaré por la buena. Su novio de usted, don Gabriel, va á venir hoy á casa.

Mar. ¿De veras?

Per. Y regularmente será ya visita diaria.

Mar. ¡Ay, qué gusto! ¿Pues cómo ha podido introducirse...?

Per. Por la casualidad de haber conocido á su madre de usted en una tertulia.

Mar. ¿Con que hoy vendrá?

Per. Esta mañana misma.

Mar. ¡Válgame Dios, cuánto tarda!

Per. Vaya ahora la noticia mala, pero no tiene usted que afligirse.

Mar. (*Aparte.*) Lo que siento es el estar hoy tan mal vestida.

Per. La cosa podrá componerse habiendo maña.

Mar. ¿Por qué no me lo has dicho antes? me hubiera puesto la dulleta nueva.

Per. ¿Quiere usted atender, señorita?

Mar. Sí, ya atiendo.

Per. Sepa usted que su padre quiere casarla.

Mar. ¿Tambien eso? ¡Ay, qué buen papá!

Per. ¿Se alegra usted?

Mar. Ya se ve que sí: voy á ser muy feliz con él.

Per. ¿Quién es él?

Mar. Don Gabriel.

Per. El caso es que no es ese el novio que su padre de usted la destina.

Mar. ¿No? Pues yo no quiero otro.

Per. Bien hecho; pero como don Melchor no tiene cuenta con eso, ha dispuesto ya de su mano de usted, y se la ha prometido á don Roque.

Mar. ¿A ese vejestorio...? ¡Vaya! tú te burlas.

Per. No, señora: créame usted.

Mar. Primero me enterrarán con palma.

Per. Pues don Melchor quiere antes que sea usted mártir.

Mar. Le diré que don Roque es feo, viejo, achacoso, que no le puedo ver, y que quiero meterme monja.

Per. Recurso de todas las muchachas cuando no pueden hacer su gusto. Déjese usted de eso, y siga mis consejos.

Mar. ¿Cuáles son?

Per. Primero, fingir que acepta usted gustosa ese marido.

Mar. Eso no.

Per. No sea usted niña. Don Melchor es testarudo: si usted resiste, se aferrará mas en su idea, tendremos funcion, y nada adelantaremos. Aquí no hay mas arbitrio que apelar á los ardides é intrigas... buscar los medios de dar al traste con la boda, disparando el tiro y ocultando la mano; y luego que alguno de los dos viejos se haya llamado andana, vendrá bien que don Gabriel presente su solicitud, que entonces no será mal admitida si entre tanto se sabe ganar la voluntad de vuestro padre.

Mar. ¡Ay, qué bueno serás si consigues que yo me case con don Gabriel!

Per. Deje usted: poco he de poder, ó don Roque se quedará tocando tabletas.

Mar. ¡Cuánto te querré entonces!

Per. Bueno, bueno... Por ahora conviene que no nos sorprendan hablando. Márchese usted.

Mar. A Dios... ¡Ah! cuidado con avisarme cuando venga don Gabriel.

ESCENA V.

PERICO, DON EUGENIO.

Per. ¡Qué cabeza tan ligera! Aquí está el otro enamorado.

Eug. Perico, sé que esta noche va mi Antoñita á las máscaras, y quiero tambien ir: cuento contigo para salir de casa.

Per. Sí, pero antes debe usted cuidar de andar listo y ver lo que hace: su padre de usted le ha visto á la reja de la tal Antoñita, y es un milagro no le haya conocido.

Eug. Cuidado con descubrirme.

Per. Ya estoy en eso; pero algo habrá que decirle, pues me ha encargado le averigüe quién es el que habla con esa señorita; y como sabe mi maña, si me negase á satisfacer su curiosidad, perderia la gran confianza que tiene en mí, y que tan necesaria nos es en esta circunstancia.

Eug. Dile alguna mentira.

Per. Eso no necesita usted aconsejármelo, que á mí me es mas fácil mentir que decir la verdad... Pero por de pronto, debe usted dejar de hablar á su querida por la reja. Eso era bueno cuando estaba en Alcalá y venia á Madrid de incógnito solo con ese objeto. Ahora que está usted en casa, y tiene la proporcion de ver y hablar en ella á doña Antonia, fuera imprudencia arriesgarse por el placer de estar pelando la pava de noche y á deshora.

Eug. Tienes razon. Por fortuna hoy tendremos en casa todo el dia á la Antoñita, pues viene á comer con nosotros.

Per. ¿Entonces qué mas quiere usted?

Eug. Por lo que hace al baile, tendrás entornada la puerta de la calle, y...

Per. Descuide usted: lo arreglaré de modo que le quede á usted el camino expedito.

Eug. Pues abur; voy á buscar mi traje.

ESCENA VI.

PERICO.

¿Hay alguien mas á quien confesar? Vaya que estoy hecho el confidente de toda la familia. ¡Pobre don Melchor! piensa que nada se le escapa, é ignora que su mujer se la pega, que sus hijos andan en intrigas amorosas, y que yo (el depositario de toda su confianza) le traigo engañado como á un chino. Viva la perspicacia del señor don Melchor. Sin embargo, la cosa se va enredando. Él no parará hasta conocer al amante de doña Antonia... Por otra parte, esta introduccion tan inesperada y tan sin motivo de don Gabriel en su casa, le ha de dar que sospechar y puede infundirle recelos... Es preciso inventar algun pretexto... ¡Bueno! ¡Qué feliz ocurrencia! Ello es un embuste como una casa; pero es el modo de satisfacer su curiosidad y prevenir al mismo tiempo sus sospechas.

ESCENA VII.

DON MELCHOR, PERICO.

Per. Albricias, señor don Melchor.

Mel. ¿De qué?

Per. He averiguado ya quién es el que habla con la Antoñita.

Mel. ¡Hombre! ¿tan pronto?

Per. Ahí verá usted cual es mi actividad cuando se trata de servirle.

Mel. Sí, ya la conozco; pero por esta vez no me la pegas. Tú lo sabias ya esta mañana, y viendo que no te es posible ocultarlo, me quieres ahora vender esa fineza.

Per. ¡Qué malo es usted! Nada se le escapa.

Mel. ¡Oh! á mí nadie me engaña.

Per. Es cierto que lo sabia; mas no creí conveniente decírselo á usted delante de don Roque.

Mel. Con que vamos, ¿quién es?

Per. Es un tal don Gabriel de Mendoza.

Mel. ¿Mendoza...? calla, ¿si será el hijo de don Fernando de Mendoza, un comerciante que vive en la calle de la Montera?

Per. El mismo: ¿le conoce usted?

Mel. Lo que es él no le tengo muy presente, porque no le he visto desde que era tamañito; pero su padre ha sido muy amigo mio... Hombre muy guapo, honradote, y que tiene un caudal muy saneado.

Per. Pues, señor, el tal don Gabrielito y la Antoñita están perdidamente enamorados.

Mel. Pero ¿la cosa no pasa de hablarse por la reja? ¿Él no entra en la casa?

Per. ¡Qué! no, señor.

Mel. Es extraño; porque si no me engaño, los padres deben tener algunas relaciones; y no le fuera difícil á don Gabriel teniendo interés...

Per. Es que... usted no sabe... Las dos familias están ahora contrapuntadas.

Mel. ¡Ah! ¡ya...!

Per. Por eso... que si no... ya ve usted... Así es que no se dé usted por entendido con don Pedro cuando le vea.

Mel. ¡Oh! no... Y á todo esto, el tal don Pedro estará todavía en ayunas de cuanto pasa.

Per. Por supuesto.

Mel. ¡Qué hombre! ¡Bendito Dios...! Se lo he dicho mil veces. Es usted muy descuidado, se la pegará un niño de dos años. Y luego se me viene con chufletas é ironías sobre si soy entremetido, sobre si ando con chismes y cuentos, sobre si traigo revueltas las casas de los amigos...

Per. ¡Jesus, qué calumnia!

Mel. Veremos ahora si la experiencia le desengaña. Su hija está dando que murmurar á toda la vecindad, y él ignora sus extravíos.

Per. Pues aun no lo sabe usted todo.

Mel. ¿Aun hay mas?

Per. Sí, señor.

Mel. Pues vamos, cuéntame.

Per. Tratan de meterle á usted en la intriga.

Mel. ¿A mí?

Per. Como don Gabriel no entra en casa de don Pedro por ciertos recelos y consideraciones que tiene, sabiendo que doña Antonia es muy amiga de su hija de usted, y está casi siempre con ella, ha tratado de introducirse aquí á fin de ver y hablar con mas libertad á su querida...

Mel. ¡Haya bribon!

Per. No sé cómo se ha ingeniado; pero ello es que ha adquirido ciertas relaciones con su señora de usted, y hoy mismo le verá usted venir bajo el pretexto de hacerle una visita de cumplimiento.

Mel. ¿Qué es lo que dices?

Per. La verdad. Todo lo he sabido por una casualidad; y he creido que seria faltar á mi deber el tenérselo á usted oculto.

Mel. Y has hecho muy bien en decírmelo. Ahora me las pagará todas juntas el tal don Pedro.

Per. ¿Qué intenta usted hacer?

Mel. Todavía no lo sé muy bien. Me bullen mil ideas en la cabeza, y... Pero luego que forme mi plan te lo explicaré. Ahora vé y di á mi mujer y á mi hija que vengan acá, que tengo que hablarlas.

Per. Voy allá.

ESCENA VIII.

DON MELCHOR.

Los dos muchachos se quieren, la boda es buena: con que no hay inconveniente en casarlos sin que lo sepa el padre de ella; y luego le presentaré á los novios y le diré: Esto hay: aprenda usted á hacer las cosas, y convénzase de que es un mentecato.

ESCENA IX.

DOÑA CESAREA, DOÑA MARIQUITA, DON MELCHOR.

Ces. ¿Qué es lo que nos quieres, Melchor?

Mel. Tengo que comunicaros un asunto de la mayor importancia; pero antes debeis tener entendido que quiero ser obedecido en todo y por todo sin la menor murmuracion ni réplica. Tú principalmente, Mariquita, á

quien toca este asunto mas de cerca, no olvides que la primera obligacion de una hija es el ser dócil y obediente.

Mar. Bien está.

Mel. Mira que sino, Dios te lo pedirá en cuenta.

Mar. Ay, no lo permita su divina Majestad.

Mel. Por otra parte debes conocer que yo no quiero sino tu bien.

Mar. Ya lo sé.

Mel. Ni te mandaré nunca cosa que no esté puesta en razon, y no sea para tu mayor conveniencia.

Ces. ¿Pero á qué viene ahora todo ese preámbulo?

Mel. Esto es para que sepa que un padre debe ser siempre obedecido, máxime cuando trata de dar á su hija una colocacion para toda su vida.

Ces. Pues qué, ¿quieres casarla?

Mel. Sí, querida.

Ces. ¡Qué cosas tienes! Es mucho prurito el que tienen los padres por casar á sus hijas tan muchachas.

Mel. No, sino que aguardaremos á que nadie las quiera ya de puro viejas.

Ces. Así la llaman á una abuela antes de tiempo.

Mel. Ahí te duele.

Ces. ¡Vaya! como que en muchas partès me tienen por hermana de la Mariquita mas bien que por su madre.

Mel. Pues yo, amiga, estoy rabiando por tener un par de nietecitos que anden brincando alrededor de mí, y me diviertan con sus monadas. Con que si te pesa, paciencia.

Ces. ¿Y quién es el dichoso?

Mel. Nuestro amigo don Roque.

Ces. ¡Don Roque!

Mel. No es que digamos un jóven adamadito y petimetre; pero es un hombre de juicio, y sobre todo tiene dinero, que es lo que importa... Estoy seguro de que á Mariquita la gusta: ¿no es verdad?

Mar. En gustándole á usted...

Mel. (*Remedándola.*) En gustándole á usted... ¿Qué modo de responder es ese? Alce usted la cabeza... (*Señala la frente.*) Míreme usted aquí... ¿No es verdad, señorita, que la gusta á usted el novio?

Mar. Sí, señor.

Mel. ¡Ah, ah! Eso es otra cosa: pensé que le hacia usted ascos.

Ces. No se ha de poner á bailar. Basta que no resista.

Mel. Eso quisiera yo ver, que se resistiese.

Ces. Como la edad es algo desproporcionada...

Mel. ¡Qué! La Mariquita no repara en eso; y si le propongo este novio es porque sé que le tiene inclinacion... ¿No es cierto, señorita?

Mar. Yo...

Mel. Míreme usted. ¿No es cierto que es usted la que se quiere casar con don Roque?

Mar. Sí, señor.

Mel. Pues: yo no trato de violentarla, ella hace su gusto.

ESCENA X.

DICHOS, PERICO.

Per. Don Gabriel de Mendoza pide permiso para ofrecerse á la disposicion de ustedes.

Ces. ¿Don Gabriel? Que entre al momento.

Mar. (*Aparte.*) ¡Ay, qué gusto! Ya está ahí.

Mel. Que pase adelante ese caballero. (*Vase Perico.*)

ESCENA XI.

DICHOS, MENOS PERICO.

Ces. Niña, vete allá dentro.

Mar. ¿Por qué, mamá?

Ces. No haces falta aquí para nada.

Mel. Déjala. ¿Qué mas da?

ESCENA XII.

DICHOS, DON GABRIEL.

Gab. Señora, á los piés de usted; ya ve usted que he cumplido mi palabra.

Ces. No esperaba yo menos de su urbanidad de usted.

Gab. Este caballero que está presente ¿es su señor esposo de usted?

Ces. Sí, señor.

Gab. Reconózcame usted por un servidor suyo.

Mel. Lo mismo digo, caballero. ¿Usted no se acordará de haberme visto en casa de sus padres?

Gab. Sí tal, tengo una idea...

Mel. Somos muy amigos... es verdad que no nos vemos ya tan á menudo como antes desde cierta especulacion que perdió. Usted era entonces muy niño...

Gab. Sí, señor... ¿Usted es sin duda aquel que lo arreglaba todo en casa, que despedia los criados, que me sacaba á paseo, y me registraba los bolsillos para ver si tenia cuartos y confites, que daba luego á los demás muchachos?

Mel. El mismo... Vaya, vaya... el bueno de Gabrielito... ¡Y cómo ha crecido! Ya nos hace viejos. Con que, amigo, esta casa es de usted; puede mandar en ella como guste. Mi mujer y mi hija tendrán un particular placer en que usted las favorezca con sus visitas.

Ces. Sí, señor, puede usted venir á todas horas.

Mar. Por la mañana, por la tarde, y por la noche, aquí.

Gab. Aprecio como debo el favor que ustedes me dispensan, y aprovecharé las ocasiones de disfrutar de su amable sociedad.

Mel. ¿Está usted hoy comprometido en alguna parte?

Gab. No, señor.

Mel. Pues entonces comerá usted con nosotros.

Gab. Oh, dispénseme usted...

Ces. ¿Por qué?

Mar. Quédese usted.

Mel. No hay excusa que valga. Hoy es usted nuestro.

Gab. Ya que ustedes se empeñan, me quedaré.

Mel. Eso me gusta. Mientras llega la hora de comer pueden ustedes ir á dar un paseo al Prado, que hoy debe estar brillante.

Ces. Me agrada la idea. Vámonos, hija, á poner las mantillas.

Mar. Voy corriendo, madre... Hasta luego, don Gabriel.

Gab. A los piés de ustedes, señoras.

ESCENA XIII.

DON MELCHOR, DON GABRIEL.

Mel. Me alegro de que nos hayan dejado solos: con eso podremos hablar con toda libertad.

Gab. Hable usted cuanto quiera, señor don Melchor.

Mel. Ya ve usted que le he tratado con toda franqueza y cortesanía, con que no tendrá de que quejarse.

Gab. No por cierto; y antes debo agradecer...

Mel. Déjese usted de agradecimientos. Me ratifico en lo dicho; puede mandar aquí como guste... Pero, amigo don Gabriel, hablemos claros. ¿Le parece á usted que á un hombre como yo, á quien nada se le escapa, no habrá dado que sospechar esta venida suya á mi casa, tan inesperada y (por decirlo así) tan sin fundamento?

Gab. ¿Qué dice usted?

Mel. Vamos, hábleme usted con franqueza. ¿No ha llevado en ello algun fin particular?

Gab. He llevado el de cumplir con lo que mandan la política y los usos de la sociedad.

Mel. No es eso; no, señor. Otro es el objeto de usted... Amigo, á mí no me la pega nadie.

Gab. Pues qué, ¿me supondrá usted algun fin criminal?...

Mel. No, sino una travesurilla... Cosa de muchachos... todos hemos hecho lo mismo.

Gab. Yo no le entiendo á usted.

Mel. Vamos, no hay que disimular... si lo sé todo.

Gab. ¿Cómo?

Mel. Sí, señor; sé el objeto con que viene usted á mi casa.

Gab. ¿Qué objeto?

Mel. ¿Quiere usted que se lo diga? El amor: sí, señor; el amor: este es el objeto. Niéguemelo usted.

Gab. Yo... ¿cómo?... pues...

Mel. Nada, no hay que turbarse.

Gab. Yo no me turbo; pero ¿quién le ha dicho á usted que...?

Mel. Amigo, tengo yo un talento particular para saber las cosas... con que fuera misterios. Confiese usted francamente que lo que le trae aquí es solamente el deseo de ver y hablar con libertad á la persona á quien ama.

Gab. Pues bien, ya que usted lo sabe, fuera un empeño inútil el negarlo. Sí, señor, es cierto lo que usted dice: conozco cuán criminal debe hacerme á sus ojos una accion tan reprensible, á que solo me ha podido arrastrar un amor ciego.

Mel. La verdad: no es muy laudable el introducirse así en casa de un hombre honrado para cortejar á las niñas.

Gab. Si se ha enojado usted, suplico que me perdone; y en cuanto á las consecuencias que pudiera acarrear mi culpa, es fácil evitarlas ausentándome de esta casa para siempre.

Mel. No, señor; todo menos eso... ¡Vaya! ¡no faltaba mas! por eso no hemos de perder las amistades. ¿Qué dirian mi

mujer y mi hija, que tanto gusto han recibido con su venida de usted?

Gab. Pero despues de lo que usted sabe, ¿consentirá que yo...?

Mel. Entendámonos... su amor de usted supongo que será puro, honesto...

Gab. ¡Oh! eso sí.

Mel. ¿Usted pensará como debe todo hombre de bien?

Gab. Fuera agraviarme creer otra cosa.

Mel. Ya ve usted, la muchacha es guapa.

Gab. Es hechicera.

Mel. Su familia es honrada.

Gab. Ya lo sé.

Mel. Llevará un dote regular.

Gab. No hablemos de eso: solo deseo su mano.

Mel. Todo se ha de mirar... En fin, usted no pierde nada en casarse con ella.

Gab. Antes gano infinito.

Mel. En esa inteligencia, no veo inconveniente en que siga usted frecuentando mi casa.

Gab. ¿Luego usted aprueba mi pasion?

Mel. Sí, señor; mucho.

Gab. ¡Qué placer! ¡Cuánto le debo á usted! ¿Y puedo esperar que al fin obtendré su mano?

Mel. ¿Por qué no? En queriendo el padre...

Gab. Se entiende: pero segun usted se explica creo que ya no queda por su parte inconveniente alguno.

Mel. Hombre, yo por mi parte haré todo cuanto pueda: no sé, sin embargo, si el don Pedro pondrá algun reparo.

Gab. ¿Qué don Pedro?

Mel. El padre de la Antoñita.

Gab. ¿De la Antoñita?

Mel. Yo le hablaré. Le diré que usted quiere á su hija, y que ella le corresponde: le ponderaré las ventajas de la boda; y no creo que sea tan irracional que se niegue á una cosa tan justa.

Gab. (*Aparte.*) ¡Qué oigo...! ¡Cielos...! ¿Qué equivocacion es esta?

Mel. Él es un buen hombre, y á no ser por ciertas rarezas...

Gab. (*Aparte.*) ¡Murieron mis esperanzas!

Mel. Ello es de temer sin embargo... ¡Ya se ve...! tiene cierta prevencion contra todo lo que yo hago y digo... y si voy y le propongo directamente esta boda, solo por ser cosa mia, es capaz de negarse... ¿Qué es eso? ¿Se ha quedado usted suspenso y cabizbajo...? No, no se aflija usted por esto que digo. Hay remedio para todo; y en tomando yo un asunto por mi cuenta...

Gab. No tiene usted que molestarse.

Mel. No es molestia: estas cosas las hago yo por gusto... Mire usted... Por si acaso el padre se resiste, lo mejor será que se casen ustedes de secreto; y hecha la boda, tendrá que tragarla aunque rabie.

Gab. Sí; pero advierta usted que fuera una accion esa impropia de un hombre de honor.

Mel. No lo crea usted. Cuando los medios regulares no bastan, ¿qué mal hay en echar mano de inocentes ardides para conseguir un fin que se desea y á que se aspira con ansia, y que es muy santo y muy bueno?

Gab. ¿Luego usted piensa que es lícito engañar á un padre para casarse con su hija?

Mel. Si la boda es conveniente, y el padre se resiste solo por terquedad ó por manía, ¿por qué no?

Gab. Cuidado, que usted tiene una hija, y hay gentes que si lo oyeran...

Mel. ¡Oh! yo nada temo. Todavía no ha nacido el que me ha de enganar á mí... tengo yo mucha perspicacia y mucha trastienda para que eso suceda.

Gab. (*Aparte.*) Pues yo te aseguro que no caerá la especie en saco roto.

Mel. Con que fuera escrúpulos... Yo me he empeñado en casarle á usted... Déjese guiar por mí, y verá lo que es la proteccion de un hombre como yo... Pero aquí viene don Pedro con su hija. Ella comerá hoy en casa, y por eso ha sido mi empeño de que usted se quedase.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON PEDRO, DOÑA ANTONIA.

Mel. A buena hora llegan ustedes: mi mujer y mi hija han ido á aviarse para salir, y podrán ustedes ir juntos al paseo.

Pedro. Por eso hemos venido temprano, suponiendo que querian aprovechar la mañana, que está hermosa.

Mel. ¿Conoce usted á este caballerito?

Pedro. No tengo ese honor.

Mel. Es el hijo de don Fernando de Mendoza.

Pedro. Ah, sí: lo que es al padre le conozco.

Mel. ¿Y tú, Antoñita, tampoco le conoces?

Ant. No, señor.

Mel. (*Aparte.*) ¡Qué pícara! ¡cómo disimula!

Pedro. ¿Qué novedades tiene usted hoy, don Melchor?

Mel. Ninguna.

Pedro. Milagro. Muy tranquilo debe de andar el mundo cuando usted no sabe nada; pues, como dice, la hoja no se mueve en el árbol sin que lo sepa.

Mel. Ya se ve que sí... Pero usted siempre toma á burla cuanto digo.

Pedro. ¡Si á veces las trae tan gordas...! Y luego ¿quién no se ha de reir cuando usted se pone á arreglar el mundo?

Mel. Algo mejor iria el mundo si yo lo arreglase.

Pedro. Todos decimos lo mismo; pero hombre hay que piensa haber nacido para gobernar un imperio, y no sabe gobernar su casa.

Mel. Si lo dice usted por mí, sepa que tengo la mia como una balsa de aceite.

Pedro. No digo que no: sin embargo, ¡cuántas cosas pasarán en ella sin que usted las sepa...!

ESCENA XV.

DICHOS, DOÑA CESAREA, DOÑA MARIQUITA, DON EUGENIO.

Ces. Ya estamos listas. Vamos... Salud, señor don Pedro.

Pedro. A los piés de usted, señora.

Mar. Buenos dias, Antoñita. ¿Vienes á pasear con nosotras?

Ant. Sí.

Mar. ¡Cuánto me alegro!

Eug. (*Bajo á doña Antonia.*) Dueño mio, ¡qué dicha!

Ant. Calle usted. ¿No advierte que están nuestros padres delante?

Ces. Con que vamos: no perdamos tiempo: don Gabriel, me dará usted el brazo.

Mel. No, querida: yo quiero arreglar la marcha: don Gabriel irá de bracero con la Mariquita.

Mar. Con mucho gusto, papá.

Mel. (*Aparte á don Gabriel.*) No le pongo á usted con la Antoñita porque está su padre delante, no sea que repare en algo; pero luego que se marche, podrán ustedes hablar cuanto quieran.

Gab. Tiene usted mil razones... Doña Mariquita, si usted gusta...

Mar. Sí, señor... (*Aparte á él.*) ¡Ay, qué gusto el ir juntitos!

Mel. Tú, Eugenio, darás el brazo á la Antoñita.

Eug. Al momento, padre: con mil amores.

Ces. Y yo, ¿con quién voy?

Pedro. Toma, conmigo.

Ces. ¿Con usted?

Mel. Sí: á ustedes dos, como personas de edad y de juicio, les corresponde ir detrás para observar á los muchachos.

Ces. ¡Qué fastidio!

Pedro. Con que, vamos.

Gab. Beso á usted la mano, don Melchor.

Eug. Quédese usted con Dios, padre.

Pedro. Abur, amigo.

Mel. Señores, divertirse... Don Gabriel y la Antoñita no van á gusto; pero ¡cómo ha de ser! Otra vez será otra cosa.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON GABRIEL, PERICO.

Gab. ¡Válgame Dios! ¡Qué mujer! me persigue la tal doña Cesarea.

Per. Pues, señor, no hay mas que tener paciencia y aguantar.

Gab. ¡Si no la puedo sufrir! En paseo, apenas salimos de casa, me llamó y tuve que irla dando conversacion sin poder hablar siquiera dos palabras con su hija. En la mesa se ha puesto á mi lado y ha sucedido lo mismo. Estoy desesperado.

Per. Por la peana se besa al santo. Mime usted á la madre si quiere lograr la posesion de la hija.

Gab. Me falta el sufrimiento.

Per. Pues ya puede usted armarse de él, porque esta noche quiere mi ama ir con usted á las máscaras.

Gab. Me alegro que me lo adviertas: voy á escurrirme, y no me verá el pelo hasta mañana.

Per No haga usted tal, si no quiere perder todo lo que hoy ha adelantado.

Gab. ¿Qué adelantar? tú no sabes lo que me pasa.

Per. ¿Qué?

Gab. Pensé al principio haber logrado el objeto de todos mis deseos: don Melchor manifestaba aprobar mi amor; pero ¡qué

chasco! Salimos despues con que imagina que el objeto que me trae á su casa es doña Antonia.

Per. Ya lo sé, pues yo soy quien se lo ha hecho creer.

Gab. ¡Tú...! ¿Y por qué?

Per. Para alejar de él toda sospecha sobre sus verdaderas intenciones de usted... Guárdese de desengañarle: mire que nos encontramos con un inconveniente, que no habíamos previsto.

Gab. ¿Cuál?

Per. Que don Melchor trata de... Pero él viene aquí: luego se lo diré á usted.

ESCENA II.

DICHOS, DON MELCHOR.

Mel. Perico, allá dentro te necesitan para quitar la mesa.

Per. Voy. (*Vase.*)

ESCENA III.

DON GABRIEL, DON MELCHOR.

Mel. Amigo, yo le habia puesto á usted en la mesa al lado de la Antonia para que hablase con ella; pero es tal el cariño que mi mujer le ha cobrado á usted, que no le ha dejado un instante de sosiego.

Gab. No le hace: nada tenia que decirla.

Mel. ¿Cómo no? Dos amantes siempre tienen mil cositas que decirse... Pero no hay nada de perdido: espérese usted aquí, que yo con cualquier pretexto haré que venga y...

Gab. No, señor: es excusado.

Mel. Conviene que la hable usted de mí; que la diga cuánto me intereso en el éxito de sus amores; y en fin, que todos tres nos pongamos de acuerdo para llevar á efecto lo que le he dicho á usted. Con que voy.

Gab. Pero no ve usted que si entra alguien aquí y nos sorprende solos sospechará...

Mel. Bueno: me quedaré con ustedes: mi presencia no puede servir de estorbo para que se hablen con franqueza.

ESCENA IV.

DICHOS, PERICO.

Per. Señor, don Roque quiere hablar con usted.

Mel. ¡Qué diablos! ¡A qué mal tiempo ha llegado!

Per. Se ha metido en su gabinete de usted, y dice que allí le espera.

Mel. Pues dile que voy allá al momento.

ESCENA V.

DON GABRIEL, DON MELCHOR.

Mel. Con esto ya no puedo quedarme.

Gab. Pues dejémoslo para otra ocasion.

Mel. No tal; no quiero que pierda usted esta.

Gab. ¿Qué prisa hay?

Mel. Amigo, ya veo que usted tiene mucha sangre fria... Yo por mí soy vivo como una pólvora, y quiero que las cosas se hagan al vuelo. Me he empeñado en casarle á usted; y si puede ser hoy, no ha de quedar para mañana.

Gab. Pero ¿qué se ha de hacer?

Mel. Bien mirado, hasta que usted haya enterado de todo á la Antonia, mi presencia no es necesaria.

Gab. Siempre queda la dificultad de que si estando solos llegase de repente su padre...

Mel. Ya que tiene usted ese reparo, y solo se necesita que alguien esté presente por el qué dirán, mire usted, mi hijo Eugenio podrá... Sí, voy á buscarle; le diré lo que hay en el particular, y haré que venga.

Gab. ¡Qué idea!

Mel. Es excelente. Delante de él podrán ustedes hablar sin reparo... Voy corriendo... ¡Válgame Dios! ¡Qué ganas tengo de que se haga esta boda...! Mire usted, quiero que se celebre el mismo dia que la de mi hija.

Gab. ¿De quién?

Mel. De mi hija Mariquita.

Gab. ¿La casa usted?

Mel. Sí, señor, de eso voy á tratar ahora con don Roque.

Gab. ¿Y ella consiente?

Mel. ¿No ha de consentir? Esta mañana misma me ha dicho que le gusta mucho el novio... Con que á Dios. Quédese usted aquí, que ahora vendrán la Antonia y Eugenio.

ESCENA VI.

DON GABRIEL.

¿Qué es lo que he escuchado? ¡Mariquita secasa con otro y se casa á gusto, y me lo

ha tenido oculto! ¡Qué engaño! ¡Qué maldad! Fíese usted luego en las mujeres.

ESCENA VII.

DON GABRIEL, DOÑA MARIQUITA.

Mar. He estado esperando á que se marchase mi padre para entrar y decirle á usted...

Gab. ¿Qué me ha de decir? Que es usted una infiel, una falsa, una aleve...

Mar. ¿Cómo es eso?

Gab. Usted se ha burlado de mí.. sí: ya veo que todo el cariño que me ha manifestado ha sido solo una ficcion, un engaño.

Mar. ¡Un engaño!

Gab. No hay que disimular. Todo lo he descubierto, ingrata.

Mar. ¿Qué ha descubierto usted?

Gab. ¿Quién dijera, al ver un semblante tan cariñoso, tan afable, que habia de abrigar en su corazon tanta perversidad?

Mar. Usted se ha vuelto loco.

Gab. Pero ya he tomado mi partido... A Dios, señorita: me marcho ahora mismo de esta casa para no volver á poner los piés en ella.

Mar. ¿Qué dice usted?

Gab. Haga usted cuenta que no me ha conocido.

Mar. No se marche usted.

Gab. No hay que detenerme; estoy resuelto.

Mar. Pues bien, váyase; ya sé lo que es. Usted se ha cansado de amarme y quiere romper conmigo. (*Llora.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA ANTONIA.

Ant. Mariquita, me ha dicho tu padre que... Mas ¿qué es esto? ¿Qué tienes?

Mar. ¿Qué he de tener? Que el señor me acaba de decir unas cosas...

Ant. ¿Don Gabriel?

Mar. Sí, y dice que se marcha y que no quiere volver á verme.

Ant. ¿Es posible

Mar. ¿Quién lo creyera, despues que me aseguraba en sus cartas consentiria primero morir que abandonarme...?

Ant. Pero ¿qué causa...

ESCENA IX.

DICHOS, DON EUGENIO.

Eug. (*Aparte.*) (Con efecto, aquí están. Cierto es lo que mi padre me ha dicho. ¡Qué maldad! ¡Quién lo creyera!) Señorita, me alegro de encontrarla á usted aquí. Vengo á decirla que si hasta ahora la he profesado el mas sincero cariño, de hoy mas todo mi amor queda convertido en aborrecimiento.

Ant. Esta es otra.

Eug. Ya la conozco á usted, y sé hasta dónde llega su falsedad y su perfidia.

Ant. ¿Es á mí á quien se dirigen esas palabras?

Eug. Sí, señora, á usted.

Ant. ¿Y qué motivo he dado para...?

Eug. No necesito decirlo: bien lo sabe usted; pero sepa tambien que si hasta ahora he vivido engañado, ya he abierto los ojos: esta es la última vez que usted me ve; pues aunque venga á mi casa, yo huiré siempre la presencia de una mujer engañadora: quédese usted con Dios... Para siempre. (*Vase.*)

Gab. Tiene razon: yo tambien quiero imitar su ejemplo. A Dios, señorita... para siempre... (*Vase.*)

Ant. Yo estoy aturdida.

Mar. Buenas hemos quedado.

Ant. Estos, estos son los hombres.

Mar. Bien decia mi abuela que son muy malos.

Gab. Vuelvo para decirla á usted que no se canse en enviarme cartas con Perico, porque no recibiré ninguna.

Mar. No tenga usted miedo, que no escribiré.

Eug. Vuelvo para decirla á usted que será excusado me espere usted á la reja por la noche, porque ya nunca iré.

Ant. ¡En eso pensaba yo!

Gab. Quédese usted con Dios. (*Yéndose.*) ¿Eh? ¿me llamaba usted?

Mar. ¿Yo? no, señor.

Gab. Pensaba. (*Se queda parado.*)

Ant. (*A Eugenio.*) Y ¿usted se marcha ó se queda?

Eug. Ya me marcharé, señora, ya me marcharé.

Ant. Como se está usted ahí tan parado...

Eug. Muchos deseos tiene usted de que me vaya.

Ant. Sí, señor.

Eug. Pues por lo mismo ahora me quedo.

Gab. Y yo tambien. (*Se sientan.*)

Ant. (*A Eugenio.*) No, señor. Usted se marchará, pero antes quiero que me dé una satisfaccion por las palabras injuriosas que me ha dicho.

Eug. Bueno fuera que siendo yo el agraviado...

Ant. ¿Qué quejas tiene usted de mí? Explíquese.

Eug. Su infidelidad.

Ant. ¿Mi infidelidad?

Eug. Sí, señora. Usted me finge amor, y al mismo tiempo quiere á otro.

Ant. ¿A quién?

Eug. Al señor.

Ant. ¿A don Gabriel?

Eug. Al mismo. Usted es el objeto que le trae á esta casa.

Ant. Don Gabriel, venga usted acá: desengañe al señor. ¿Es cierto que tenga alguna relacion conmigo?

Gab. ¿Cómo puede ser, si es hoy la primera vez que he tenido el placer de verla?

Eug. Pues mi padre me lo acaba de decir.

Gab. Él está en ese error... Es un engaño que sin mi permiso ha fraguado Perico, á fin de ocultarle el verdadero motivo de mi venida aquí, que no es otro que el amor que profeso á su hermana de usted.

Mar. (*A don Gabriel.*) Y usted dígame tambien el motivo de las palabras que ha tenido conmigo.

Gab. ¡Oh! en lo mio no cabe engaño: su mismo padre de usted me ha dicho que va á casarla, y que acepta gustosa el marido que la destina: ¿se atreverá usted á negarlo?

Mar. Que me quiere casar mi padre, es cierto; pero que yo acepte gustosa el novio que me propone ni consienta nunca en ello, es falso.

Gab. Pues él lo asegura.

Mar. ¡Ingrato! ¿Me presume usted tan infiel y tan necia, que despues de las pruebas de amor que le tengo dadas, haya de olvidarle? ¿Y por quién? Por un don Roque.

Eug. ¿Es don Roque el novio?

Mar. Sí, mira tú...

Eug. ¡Oh! Pues, amigo don Gabriel, cesen sus zelos de usted. El tal don Roque es un viejo feo, regañon, y lleno de alifafes.

Gab. Pero ¿por qué me lo ha tenido oculto?

Mar. Hasta esta mañana no lo he sabido: en paseo queria decírselo á usted; pero bien sabe que mi madre no nos ha dejado hablar dos palabras seguidas.

Ant. ¿Quedan ustedes desengañados, caballeros?

Eug. Por mi parte lo estoy completamente.

Gab. Y yo lo mismo.

Ant. Pues bien, usted ahora quítese de mi presencia, y no vuelva á hablarme en su vida.

Mar. Y usted márchese al punto, y no se vuelva á acordar del santo de mi nombre.

Eug. Querida Antoñita, perdone usted un arrebato nacido de los zelos, pero que es una prueba del ardor con que la adoro.

Ant. ¿Ahora se viene usted con zalamerías? No, señor: nunca le perdonaré el agravio que me ha hecho.

Gab. Amable Mariquita, considere usted que era natural mi enojo pensando que iba á perderla para siempre.

Mar. Me tiene usted muy enfadada; no quiero escucharle.

Eug. (*A doña Antonia.*) Prometo no recaer en semejante delito.

Ant. No me fio en sus promesas de usted.

Gab. (*A doña Mariquita.*) Juro que será este el último disgusto que la cause.

Mar. No me vuelve usted á engañar.

Eug. (*A doña Antonia.*) Tenga usted piedad.

Ant. A otra puerta.

Gab. (*A doña Mariquita.*) Míreme usted á sus piés.

Mar. Sí, ya es usted bueno.

Eug. Se lo ruego á usted de rodillas.

Ant. ¿De rodillas...? Mariquita, ¿qué hacemos?

Mar. Por mí...

Ant. ¿Les perdonamos?

Mar. A tu arbitrio lo dejo.

Gab. (*A doña Antonia.*) Mire usted, diga usted que sí.

Ant. No lo merecen; pero... (*A don Eugenio.*) Ya está usted perdonado.

Eug. ¡Ah! ¡es usted divina! (*La besa la mano.*)

ESCENA X.

DICHOS, DON ROQUE.

Roque. (*Viendo á don Eugenio á los piés de doña Antonia.*) ¡Bueño, señor don Eugenio, bueno!

Eug. (*Levantándose.*) ¡Don Roque!

Ant. ¡Ah! (*Vanse corriendo don Eugenio y doña Antonia.*)

ESCENA XI.

DON GABRIEL, DON ROQUE, DOÑA MARIQUITA.

Roque. Pues me agrada la franqueza. ¡ Qué risa será cuando don Melchor lo sepa!

Mar. Espero que no se lo dirá usted.

Roque. ¿ Cómo que no ? Ahora va á venir aquí, y así que entre se lo digo.

Mar. Pues como lo haga usted, le aseguro que se ha de arrepentir. (*Vase, y don Gabriel.*)

ESCENA XII.

DON ROQUE.

¿ Si lo dirá por el casamiento? no me importa : aunque ella quiera resistirse, su padre sabrá muy bien obligarla á que me dé su mano; y en cayendo bajo mi mando, yo la aseguro que...

ESCENA XIII.

DON ROQUE, DON MELCHOR.

Roque. Venga usted acá, señor don Melchor; usted que tanto se jacta de saber lo que se hace en las casas ajenas, aprenda antes á conocer lo que pasa en la suya.

Mel. ¿ Qué es lo que hay?

Roque. Acabo de presenciar el mayor escándalo que puede verse.

Mel. ¿ Adónde ?

Roque. Aquí mismo; en esta sala : no ha dos minutos.

Mel. ¿ Aquí...? Dígame usted, ¿ estaba la Antoñita?

Roque. Sí, señor : con ella era precisamente.

Mel. ¡ Ah, ah, ah!

Roque. ¿ Se rie usted ?

Mel. Ya sé lo que es... ¿ Será que la haya usted visto con un jóven ?

Roque. Eso mismo.

Mel. ¿ Que la estaria tal vez enamorando ?

Roque. Y muy eficazmente.

Mel. ¿ Y pensaba usted cogerme de nuevas con esa noticia? Amigo, es preciso que se convenza usted de una verdad, y es que nadie se atreve á pestañear siquiera en esta casa sin consentimiento mio.

Roque. Pues qué, ¿ era acaso con su consentimiento de usted que se estaban los otros dos requebrando ?

Mel. Sí, señor. Esos muchachos se quieren ; han hecho confianza de mí ; apruebo sus amores, y yo mismo soy quien les ha proporcionado el que se viesen y hablasen en este sitio.

Roque. ¡ Ah ! ya : eso es diferente... ¡ como yo no lo sabia !

Mel. Pues sépalo usted ahora.

Roque. Ello es una cosa bastante extraña... En fin, usted allá se entenderá.

Mel. Ya se ve que me entiendo... Con que, ¿ vamos á dar una vuelta por ahí ?

Roque. Bueno. Iré, aunque no sea mas que por acompañarle á usted.

Mel. Un paseito corto... Antes de la oracion tengo que estar en casa.

ESCENA XIV.

DICHOS, DON GABRIEL.

Gab. Señor don Melchor, ¿ me manda usted algo ?

Mel. ¿ Se marcha usted ?

Gab. Si usted me da su permiso.

Mel. Pues, amigo, repito lo dicho : ya sabe usted que se le desea servir... Acerca de aquel asunto, mañana hablaremos largamente. Déjese usted ver por ahí á eso de las once.

Gab. Bien está.

Mel. ¿ Va usted ahora á su casa ?

Gab. Aun no: pienso antes dar un paseito.

Mel. Pues lo mismo vamos á hacer don Roque y yo: si quiere usted acompañarnos...

Gab. Con mucho gusto: tendrán ustedes la bondad de esperarse un poco mientras me despido de las señoras.

Mel. ¿ Todavía no se ha despedido usted de ellas? ¡ Oh! Pues esa es obra larga... Si le toman por su cuenta no le sueltan en dos horas... No podemos detenernos... Quédese usted, que nosotros nos iremos solos.

Roque. Sí, mejor será. Así hablaremos de nuestros asuntos, y dejaremos orilladas las pequeñas dificultades que aun quedan.

Mel. ¡ Oh ! La presencia del señor no hubiera sido un estorbo. A Dios, amigo don Gabriel.

Gab. Beso á usted la mano.

ESCENA XV.

DON GABRIEL.

¿ Con que este don Roque es el esposo que don Melchor destina á Mariquita? ¡ Qué fi-

gura! ¡Y que haya padres que por un vil interés, ó por hacer muestra de una autoridad mal entendida, sacrifiquen sus hijas á semejantes entes...! Pero mi posicion aquí es bastante crítica: este Perico me ha metido en un laberinto de que no sé cómo salir.

ESCENA XVI.

Don GABRIEL, Doña CESAREA.

Ces. (*Aparte.*) Aquí está: gracias á Dios que le encuentro solo.

Gab. ¡Doña Cesarea! (*Aparte.*) (Dios me la depare buena.)

Ces. (*Aparte.*) (Él es tan tímido, que si yo no le animo...) ¿Usted aquí, don Gabriel? ¿Cómo tan solo?

Gab. Acaba de separarse de mí don Melchor.

Ces. ¿Ha salido?

Gab. Sí, señora.

Ces. Me alegro.

Gab. Y yo tambien, con permiso de usted, me retiro.

Ces. ¿Tan pronto? No, quédese usted... Digo, si nuestra compañía no le es á usted desagradable.

Gab. ¿Desagradable...? Al contrario; me ofrece mil atractivos; pero estoy aquí desde esta mañana, y ya fuera abusar de la bondad de ustedes...

Ces. No lo crea usted... Si es por eso, no tiene que marcharse. Todos en casa, y yo en particular, tenemos gusto en que usted nos favorezca con su amable presencia.

Gab. Doy á usted infinitas gracias.

Ces. Ya sabe usted que se le quiere.

Gab. Favor que ustedes me dispensan.

Ces. Y eso que no lo merece.

Gab. ¿Por qué?

Ces. Porque es usted muy malo.

Gab. ¡Malo!

Ces. ¿Le parece á usted que no se le conoce?

Gab. ¿Por qué dice usted eso?

Ces. Ahora veo que he sido muy débil en permitir que usted entrase en mi casa.

Gab. ¿Acaso me he propasado en algo?

Ces. Pues qué, ¿se le figura á usted bueno lo que está haciendo?

Gab. ¿Qué hago yo, señora? (*Aparte.*) (Si sabrá por ventura...)

Ces. ¡Seductor!

Gab. (*Aparte.*) No hay duda, lo sabe.

Ces. Yo debiera haberle ya mandado á usted que se marchase de aquí, á no ser porque me hago cargo de lo que es una pasion.

Gab. ¿De qué pasion habla usted?

Ces. Sí, buena alhaja: disimule usted ahora.

Gab. Si lo dice usted por mí... crea que... siempre tendria... (*Aparte.*) (Vamos, yo no sé qué decir.)

Ces. Usted contaba con un triunfo seguro porque es buen mozo, porque tiene un cuerpo muy garboso, porque habla con mucha gracia... Pues ya que ha salido la conversacion, le digo que aprenda para otra vez á distinguir de personas.

Gab. ¡Oh! Yo sé muy bien, señora...

Ces. Y á guardar el respeto debido á una señora de mis circunstancias.

Gab. No pienso haber faltado...

Ces. ¿Se figuraba usted que yo seria capaz de olvidarme de mis deberes?

Gab. (*Aparte.*) (¿Qué es lo que dice esta mujer?) Señora, ¿quién ha tratado de semejante cosa?

Ces. Usted, que ha venido solo á esta casa para atropellar mi honor y mi decoro.

Gab. (*Aparte.*) (Vamos, está loca.) ¿Yo atropellar su decoro de usted?

Ces. Pero no piense que he de corresponder jamás á su insolente amor.

Gab. ¿Amor...? Señora, permítame que se lo diga; yo nunca he tenido por usted amor ninguno.

Ces. ¿No?

Gab. Mucho respeto y veneracion, eso sí; ¡pero amor!

Ces. Ahora dice usted eso porque se ve desairado... Picarillo... ¡Qué bien sabe usted fingir!

Gab. Para dar á usted una prueba de que está muy equivocada, ofrezco marcharme, y no volver en mi vida á hablarla una palabra.

Ces. Ya, despues que le han salido mal sus planes... Pues no, señor, no se ausentará usted hasta que yo le haya reñido como merece su atrevimiento.

Gab. (*Aparte.*) ¡Vaya que la buena señora está pesada! Y si por otra parte la doy un desengaño duro, ¿quién sabe las consecuencias que me podrá acarrear su enojo?

Ces. ¿Qué dice usted entre dientes?

Gab. Nada; que ya que usted se empeña en eso que dice, puede reñirme cuanto quiera.

Ces. ¡Qué bueno es usted...! ¡Y qué bien sabe que nunca llegará la sangre al rio...! Vamos, pídame usted perdon.

Gab. Si en eso la doy á usted gusto, se lo pido.

Ces. ¿Es ese el modo? Ha de ser de rodillas.

Gab. ¿De rodillas...? (*Aparte.*) (Pues, señor, será preciso arrodillarme...) Ya estoy. (*Lo hace.*)

Ces. (*Deja caer un guante.*) ¡Ay!

Gab. Tome usted. (*Vuelve á dejarlo caer.*) ¿Otra vez?

Ces. Lo ha soltado usted tan pronto...

Gab. (*Aparte.*) Ya la entiendo: es fuerza apurar todo el veneno. (*La besa la mano.*)

Ces. Levántese usted: ya está perdonado, y cuidado con olvidarse de eso.

Gab. ¿De qué?

Ces. De la declaracion que acaba de hacerme.

Gab. Yo no la he hecho á usted ninguna declaracion.

Ces. ¡Vaya! Déjese usted ya de disimulos... Yo no debiera escucharle... Pero no sé qué tiene, que no hallo en mí fuerzas para... ¡Ah! es mucha flaqueza, mucha. (*Se tapa la cara con el abanico.*)

Gab. Yo estoy en brazas... (*Aparte.*) (No sé cómo salir de una situacion tan penosa.)

ESCENA XVII.

DICHOS, PERICO.

Per. Señora, la modista está ahi con el traje.

Gab. Ya respiro.

Ces. (*Aparte.*) (¡A qué tiempo viene!) Bueno: allá voy. Es un traje para el baile de máscaras de esta noche.

Gab. Hola, ¿va usted á las máscaras? Me alegro.

Ces. El caso es que no tengo pareja con quien ir.

Gab. ¿Y su marido de usted?

Ces. ¡Mi marido! Ni quiere que yo vaya, ni á mi me agradaria su compañía.

Gab. Pues entonces está usted mal.

Ces. Yo no hubiera pensado en ello, mas Perico me dijo que deseaba usted ir conmigo.

Per. ¿Yo, señora?

Gab. ¿Perico dijo eso?

Ces. (*Haciendo señas.*) ¿No te acuerdas?

Per. ¡Ah! si, con efecto. Es preciso que usted ceda, porque sino...

Ces. Con que supuesto que en eso le doy á usted gusto, iremos juntitos. ¿No es verdad?

Gab. Está bien; pero ¿cómo podrá ser sin que don Melchor lo sepa?

Ces. Desde el último mal parto que tuve, habrá cosa de tres años, separamos cuarto.

Per. Yo les abriré á ustedes con el mayor sigilo las puertas, y nadie en casa lo notará.

Ces. Con que quedamos en eso... Mire usted, mi traje es de aldeana. Vístase usted de aldeano, y así iremos iguales.

Per. Sí, de aldeano es lo mas bonito.

Ces. Voy á probarme el traje... Hasta luego, don Gabriel. ¡Válgame Dios, qué aldeanitos tan graciosos vamos á hacer!

ESCENA XVIII.

DON GABRIEL, PERICO.

Gab. ¿No te habia dicho que no queria ir á las máscaras con ella? ¿Por qué me has comprometido?

Per. ¿Y qué hubiera usted ganado con hacerla un desaire? Que se enfadase, y que viendo burlados sus deseos, armase algun caramillo para echarle á usted de su casa.

ESCENA XIX.

DICHOS, DOÑA MARIQUITA, DOÑA ANTONIA.

Mar. ¡Qué bien nos ha abandonado usted, don Gabriel! ha una hora que no le vemos.

Gab. Señorita, su madre de usted es la que me ha entretenido.

Mar. Quisiera que me hiciese usted un favor. Mi amiga Antoñita va esta noche á las máscaras. Yo no he visto nunca esa diversion. ¡Dicen que es tan bonita! Me alegraria ir á ellas. Usted que tiene influjo con mis padres, pídales que me dejen ir con mi amiga... A usted tal vez no se atreverán á negárselo, y si yo se lo dijese, estoy segura de que no me lo concederian.

Per. ¡Ay, señorita! Es inútil... He oido mil veces decir á don Melchor, que por nada en este mundo consentirá que su mujer ni su hija fuesen á las tales máscaras.

Mar. Pues él bien va á ellas.

Per. ¡Oh! eso sí, le gustan mucho porque le ofrecen un vasto campo adonde explayar su genio fisgon y entremetido; y yo me admiro cómo no ha tratado de ir al baile de esta noche... Pero la verdad, ¿tiene usted muchos deseos de ir á las máscaras?

Mar. Sí, muchos.

Per. Pues irá usted.

Mar. ¿ Cómo ?

Per. Teniendo resolucion : si don Melchor no quiere darle su permiso, vaya usted sin que él lo sepa.

Mar. ¡ Ay ! eso no.

Per. No tenga usted miedo : aquí estoy yo para sacarla de cualquier apuro... Fuera de que en eso no hará usted mas que seguir el ejemplo de su madre.

Mar. ¡ Mi madre va á las máscaras !

Per. Sí, señora, con don Gabriel.

Gab. Así es : se ha empeñado, y no he podido excusarme.

Mar. ¡ Ah ! pues entonces mucho menos quiero ir, no sea que me conozca ; y luego si lo deseaba, era sobre todo por estar hablando con el señor.

Gab. Mira , ¿ ves lo que has hecho ? Me has hecho perder el pasar una noche deliciosa para tener otra la mas cruel...

Per. ¡ En qué poca agua se ahogan ustedes! ¿Para qué sirve el ingenio? Todo tiene remedio.

Gab. ¿ Qué remedio ha de haber?

Per. Sí, señor : ya lo tengo yo compuesto.

Gab. ¿ Cómo ?

Per. De este modo... Don Melchor se acostará lo mas tarde á las once. A eso de las doce tengo que abrir las puertas á don Eugenio, que tambien está de funcion : doña Mariquita podrá salir con él : se reunen ustedes, se están divirtiendo hasta las cuatro de la mañana, hora en que mi amo estará todavía durmiendo, y en que nuestros señoritos podrán volver á entrar en casa sin ser sentidos de nadie.

Gab. ¡ Bueno ! Mas ¿ cómo he de reunirme yo con Mariquita, si tengo que acompañar á su madre ?

Per. Ahora verá usted... Aquí no hay mas que pegársela á doña Cesarea. Con tal de que ella crea haber ido con usted al baile, no se necesita mas.

Gab. Explícate.

Per. Juanillo , su criado de usted , viene á ser de su cuerpo y de sus mismas carnes ; tiene un talento particular para remedar á todas las personas que conoce... Le ha cogido á usted su modo de andar, el tono de su voz, y mil veces me ha divertido imitando cuanto usted hace en su casa.

Gab. ¿ Y bien ?

Per. Hé aquí mi plan : hacemos que se vista de máscara con una careta que le cubra bien toda la cara, y que de esa suerte haga sus veces de usted al lado de doña Cesarea : teniendo cuidado con no descubrirse en toda la noche, ¿ qué sabe la buena señora quién es el que la acompaña? y quedará muy satisfecha de que ha sido el verdadero don Gabriel.

Gab. Hombre, el plan es arriesgado.

Per. No lo crea usted : estoy seguro de que ha de salir á las mil maravillas.

Gab. Yo por mí , estoy corriente , y si doña Mariquita quiere...

Mar. ¿ Yo ? ¡ Ay, Jesus !

Per. No tenga usted miedo. Yendo bien disfrazada, nadie puede conocerla... Por lo demás, yo aseguro que todo se hará con el mayor sigilo y propiedad.

Ant. Vaya, anímate ; algo se ha de arriesgar por un amante.

Mar. Bueno ; por darte guste á tí, consiento en ello.

Per. Está bien ; pues ea, á prepararlo todo.

ESCENA XX.

DICHOS, DON PEDRO.

Pedro. Buenas tardes, señores... Antoñita, ya se va acercando la noche ; vámonos á casa.

Ant. ¿ Tan pronto ?

Pedro. Sí : ya estará esperando allí doña Gertrudis, con quien has de ir á las máscaras, y teneis que arreglar los trajes.

Mar. ¡ Ay ! ¡ qué buen padre es usted, que deja que su hija vaya al baile ! el mio no me lo permite...

Pedro. Él tiene mil rarezas... Yo no veo inconveniente en dar ese gusto á mi Antonia, y mas cuando irá en compañía de una señora de toda confianza... ¿ Vamos, niña ?

Ant. Voy, padre... A Dios, Mariquita.

Mar. Deja, iré contigo á darte la mantilla.

Ant. Quede usted con Dios, caballero.

Gab. A los piés de usted , señorita.

Pedro. Beso á usted la mano.

ESCENA XXI.

DON GABRIEL , PERICO.

Per. Con que, ¿ qué le parece á usted mi plan ?

Gab. Hombre, famoso... Solo (ya digo) algo arriesgado.

Per. El amor debe atropellar toda clase de riesgos : además, hay un genio propicio á los amantes que los guia en sus empresas, y les saca bien de todas ellas.

Gab. ¿Y crees que Juan se encargará de hacer mi papel con doña Cesarea?

Per. Sí, señor, con mucho gusto: sobre todo, si le ofrece usted un par de durejos... ¡Ah! será preciso que busque usted un traje para doña Mariquita: yo lo traeré debajo de la capa á fin de que pueda vestirse en casa.

ESCENA XXII.

DICHOS, DON MELCHOR.

Mel. (*Aparte.*) ¡Don Gabriel aquí todavía...! ¡Y solo con Perico! ¿De qué estarán tratando?

Gab. (*Sin ver á don Melchor.*) Pues bien: ahora mismo voy á buscar su traje y el mio.

Per. Dos dominós, y santas pascuas: así irán ustedes bien disfrazados, y nadie les conocerá.

Mel. (*Aparte.*) ¡Oiga!

Gab. Con efecto, es lo mejor. Cabalmente tengo en casa dos dominós blancos con guarniciones encarnadas que nos sirvieron á mi hermana y á mí en el último baile, y que nos vendrán ahora de molde.

Per. Pues ya está usted armado.

Mel. (*Aparte.*) ¿Qué diablo de enredo será este?

Gab. ¡Qué noche tan divertida voy á tener! Hasta luego. ¡Ah...! don Melchor...

Mel. Hola, don Gabriel, ¿todavía está usted por acá?

Gab. Ha sucedido lo que usted dijo, las señoras me han detenido. (*Aparte.*) (¡Válgame Dios! ¿Si habrá oido...?)

Mel. Pues; si las conozco: son pesadas hasta dejarlo de sobra.

Gab. Quede usted con Dios.

Mel. ¿No quiere usted detenerse un rato mas?

Gab. No puede ser: me estarán ya esperando en casa.

Mel. Pues, amigo, abur, hasta mañana.

Gab. Beso á usted la mano. (*Aparte.*) Mucho recelo que nos haya oido, y descubierto nuestro plan.

ESCENA XXIII.

DON MELCHOR, PERICO.

Mel. Di, Perico, ¿qué estábais hablando de máscaras?

Per. ¡Malo es esto! Nada, que don Gabriel va á ellas.

Mel. Sí; pero ¿con quién va?

Per. ¿Eso pregunta usted? ¿Con quién ha de ir?

Mel. ¿Con doña Antoñita?

Per. Pues, con ella. Ha poco que se ha marchado de aquí.

Mel. Con efecto, acabo de encontrarla en la calle con su padre.

Per. Antes de que viniese don Pedro por ella, han estado tratando de... Por eso estaba aun don Gabriel en casa.

Mel. ¿Y cómo diablos se han arreglado para ir?

Per. Toma, como se hacen esas cosas.

Mel. ¿Si llevará la tal Antoñita la desvergüenza hasta salir ocultamente de su casa por la noche y...?

Per. Es usted el diantre: todo lo adivina.

Mel. ¿Con que he acertado?

Per. Algo hay de eso.

Mel. ¡Haya bribona!

Per. ¿Me manda usted algo, don Melchor?

Mel. No: anda con Dios.

Per. (*Aparte.*) ¡Qué viejo tan maldito! por poco nos oye toda la conversacion. (*Vase.*)

ESCENA XXIV.

DON MELCHOR.

Dos dominós blancos con guarniciones encarnadas... ¡Bueno! No se me despintarán: no habia pensado ir esta noche al baile, pero este motivo me determina. Veremos si se presenta alguna circunstancia favorable á mis proyectos, y cuando no, tendré un rato divertido.

ACTO TERCERO.

(Habrá luces en la mesa.)

ESCENA PRIMERA.

PERICO; JUAN, EN TRAJE DE ALDEANO.

Juan. ¿Qué tal estoy?

Per. Perfectamente.

Juan. ¿Te parece que doña Cesarea se engañará?

Per. Ya se ve que sí; y mucho mas no teniendo la menor sospecha de la jugarreta que se le hace. De lo que debes cuidar es de la voz.

Juan. No hayas miedo: imitaré lo mejor que pueda la de don Gabriel: fuera de que al través de la careta y con la vocecita que acostumbran á fingir las máscaras, no será fácil que doña Cesarea note la pequeña diferencia que hubiere.

Per. Con todo, bueno será que la hables lo menos posible, y para que no lo extrañe, hazla bailar muchísimo.

Juan. Eso sí: la voy á dar un jaleo, que ha de volver á casa poco menos que reventada.

Per. Ganas tengo de que os marcheis para descansar. Vaya un laberinto el que traigo esta noche. La casa queda desierta: los señoritos ya se escurrieron; por señas que á poco mas nos coge don Melchor en el garlito.

Juan. ¿Cómo?

Per. Habíase recogido á su cuarto á la hora acostumbrada. Fiado yo en que ya estaria acostado, llamé á don Eugenio y su hermana; les abrí con tiento las puertas, y les eché á la calle: apenas habia concluido de hacer esto, cuando hete aquí que sale don Melchor y me pide el picaporte diciéndome que iba á las máscaras.

Juan. ¿Y ha ido?

Per. Andando: metido en su gran dominó de raso, mas hueco que un globo aereostático. Lo que siento es que los otros no lo saben, y puede que algun descuido...

Juan. Hombre, esa ida tan repentina al baile no me huele muy bien.

Per. Me temo que nos haya oido á don Gabriel y á mí cierta conversacion, y que... Yo procuré sonsacarle; pero al maldito no le pude arrancar mas palabras que: *Ya verás, ya verás...* ¡Ah! ya está aquí doña Cesarea.

Juan. Pues me plantifico la careta.

ESCENA II.

DICHOS; DOÑA CESAREA, EN TRAJE DE ALDEANA.

Ces. Perico...

Per. Entre usted sin cuidado, señora, que ya no está en casa quien pudiéramos temer.

Ces. ¿Quién?

Per. Su marido de usted, que se ha marchado al baile.

Ces. ¿Al baile?

Per. Sí, señora: ha salido con esa novedad á las doce de la noche... Por eso me he atrevido á hacer subir al señor, á fin de que no se helara de frio esperando en la calle.

Ces. ¡Ah! don Gabriel. ¡Qué traje tan precioso lleva!... Pero ¿por qué tiene usted puesta la careta?

Per. Se la acababa de arreglar cuando usted entró, y por eso...

Ces. Quítesela usted.

Per. (*Aparte.*) Malo.

Juan. Con mucho gusto, dueño mio. (*Hace como que quiere quitarse la careta.*) ¡Qué diablos...! Esta cinta... Perico, á ver, desátamela.

Per. Si se ha formado un nudo que no hay quien lo deshaga... Es preciso cortar la cinta... Doña Cesarea, ¿tiene usted ahí unas tijeras?

Ces. No, pero...

Per. Bien que es inútil: si se ha de volver á poner la máscara al instante... Ya es tarde, y no deben ustedes perder tiempo... Váyanse ustedes.

Ces. Sí, vamos.

Per. Yo iré delante para abrir las puertas. (*Va hácia la puerta, y vuelve repentinamente.*) ¡Ay!

Ces. ¿Qué es eso?

Per. Retírense ustedes pronto.

Ces. ¿Por qué?

Per. Don Melchor está ahí.

Ces. ¿Mi marido? ¡Ay, Vírgen Santísima!

Per. Escóndanse ustedes.

Ces. Vámonos adentro, don Gabriel.

Per. Ya no es posible que pasen ustedes por delante de esta puerta sin que les vea don Melchor: viene hácia aquí.

Ces. ¿Qué haremos?

Per. Ocúltense ustedes detrás de este biombo... Yo procuraré hacer que se retire pronto á su cuarto. (*Se ocultan.*)

ESCENA III.

JUAN Y DOÑA CESAREA, OCULTOS; PERICO, DON MELCHOR, QUE TRAE A DOÑA MARIQUITA CON DOMINO, COMO SE HA DICHO EN EL SEGUNDO ACTO, Y LA CARETA PUESTA. DON MELCHOR TRAERA UN FAROLITO.

Mel. Entre usted, señorita.

Per. (*Aparte.*) ¿Quién será esa mujer que viene con él?

Mel. No tenga usted miedo.

Per. (*Aparte.*) ¡Ay, Dios mio! Si no me engaño, es doña Mariquita: ese es el disfraz que llevaba.

Mel. Hola, Perico, ¿todavía estás en pié?

Per. Con el cuidado de si usted venia, no he querido acostarme.

Mel. (*A doña Mariquita.*) Siéntese usted.

Per. Diga usted, don Melchor, ¿qué máscara es esa? (*Despues de dejar el farol le lleva con mucho misterio á un extremo del teatro.*)

Mel. ¿Esta? Esta es la Antoñita.

Per. ¡La Antoñita!

Mel. Sí: se la he quitado á don Gabriel.

Per. ¿Cómo ha sido eso?

Mel. Verás... Soy el hijo de la dicha: todas las cosas hoy me salen á pedir de boca... Por la conversacion que te oí con don Gabriel, y por lo que me dijiste luego, supe que este iba al baile con la Antoñita y el traje que debian llevar uno y otro: al momento formé mi plan; pero no te quise decir nada porque te suponia de inteligencia con ellos, y recelé que los avisases.

Per. Me hizo usted poco favor... Mi primera obligacion es el servir á usted, y...

Mel. Amigo, el que quiere acertar debe ir siempre con la malicia: yo me reia de tu admiracion cuando te pedí el picaporte... Pues como digo, formé mi plan, y contando con el efecto de una sorpresa, fuí al teatro. Apenas entro en el salon, veo á mis dos enamorados paseándose de bracero y en conversacion muy tirada. ¿Qué hago entonces? Me planto delante de ellos, y de repente me quito la careta: al punto la Antoñita da un grito, él empezó á pedirme perdon por su atrevimiento, y yo contesté: «Dejemos los perdones para otra ocasion: lo que ahora se necesita, es que esta niña se venga conmigo...» Y sin que ella hiciese la menor resistencia, me la saqué del teatro. En la calle quise que se quitase la máscara; pero no lo ha permitido; y yo por no violentarla...

Per. No, no se la quite usted; no importa que la tenga puesta: le dará vergüenza el quitársela.

Mel. Por eso no he insistido... Él no hizo mas que salirse del teatro y seguirme á lo lejos. Apostaré cualquier cosa á que está ahora en la calle.

Per. Voy á ver... (*Va á la ventana, y mira.*) Con efecto, allá veo un hombre que mira hácia aquí: por lo que puedo distinguir, tiene puesto un dominó igual al de esa señorita.

Mel. Pues mira, baja, y si es él, dile que suba.

Per. ¿Qué intenta usted hacer?

Mel. Tengo un gran proyecto... Dile, dile que suba... ¡Ah! toma el picaporte.

Per. Voy corriendo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON MELCHOR, DOÑA MARIQUITA.

Mel. Pero, señorita, ¿es posible que no se quite usted esa careta? ¿No ve que la estará sofocando? (*Doña Mariquita hace señas de que no.*) ¿Tiene usted vergüenza de quitársela? (*Doña Mariquita hace señas de que sí.*) Si es así, no insisto... ¿Usted extrañará sin duda que la haya traido aquí en vez de llevarla á casa de su padre...? ¿Eh? ¿No me responde usted...? ¡Qué diablos! Esta mujer es muda: no he podido sacarle una palabra del cuerpo. Pues, señor, aquí no está usted bien... Hasta la hora crítica pasará usted á este cuarto inmediato. (*La lleva al cuarto de la izquierda, y echa la llave.*) Bueno: ahí está segura; no se me escapará. Ahora, mientras sube el otro, vóime á mi cuarto á quitar este disfraz. (*Coge la linterna y se va.*)

ESCENA V.

DOÑA CESAREA, JUAN.

(*Salen de su escondite.*)

Ces. ¡Gracias á Dios que se ha marchado! ¡Qué apuro! Estaba, que un sudor se me iba y otro se me venia... Pero ¿quién será esa mujer que ha encerrado en este cuarto?

Juan. ¿Con que nos vamos al baile?

Ces. Para bailes estoy yo: ya no tengo ganas de ir: veremos cómo se puede usted marchar sin ser visto.

Juan. Sí, eso quiero yo, marcharme.

ESCENA VI.

DICHOS, DON GABRIEL, PERICO.

Per. Aquí debe estar, entre usted.

Ces. ¿Quién es? ¡Ay! ¿Qué es lo que miro? ¿No es don Gabriel?

Gab. (*Aparte.*) ¡Doña Cesarea! ¡Qué encuentro!

Per. (*Aparte.*) Tiró el diablo de la manta...

Ces. ¿Qué es esto, señor? ¿Dónde estoy?

¿Qué es lo que me pasa? ¿Quién es el verdadero don Gabriel?

Gab. Yo soy, señora.

Ces. ¿Pues que máscara es esta? Diga usted, ¿quién es usted?

Juan. (*Se quita la careta.*) Soy Juan, para servir á usted.

Ces. ¡Animas benditas! ¿Qué hombre es este?

Per. Que vuelve don Melchor.

Juan. Yo me escondo. (*Se oculta detrás del biombo.*)

Per. Escóndase usted tambien, señora, no la vea su marido con ese traje.

Ces. Yo no me meto ahí con ese hombre.

Per. No se ande usted con repulgos de empanada. Peor será que la vea don Melchor y se descubra el pastel.

Ces. ¡Ay, Vírgen de las Angustias! ¡En qué berengenal me veo metida! (*Se esconde.*)

ESCENA VII.

Dichos, Don MELCHOR.

Mel. ¡Ah! don Gabriel... soy con usted. (*Saca una luz.*) Voy á entrar aquí esta luz, pues no es justo dejar esta niña á oscuras. (*Entra en el cuarto.*)

ESCENA VIII.

Dichos, menos Don MELCHOR.

Gab. ¿La ha encerrado?

Per. Así parece.

Gab. Ya que segun me dices está en la inteligencia de que es doña Antonia, quiero hablarle con firmeza, á ver si logro que me la deje llevar.

Per. Sí, y luego que esté fuera, yo la volveré á introducir con sigilo; y en estando en su cuarto, adivina quién te dió... Tambien ha sido mucha torpeza el dejársela usted quitar.

Gab. ¿Qué quieres...? Imaginé que lo habia descubierto todo y me hablaba en la suposicion de que era su hija... Y ella ¿si habrá conocido el engaño de su padre?

Per. Es regular, pues no se ha querido quitar la careta.

ESCENA IX.

Dichos, Don MELCHOR.

Mel. Perico, escucha. (*Aparte á Perico.*) Mira, marcha ahora mismo á casa de don Pedro, dile que se vista y venga aquí sin tardanza, que tengo que hablarle de un asunto muy interesante; pero no le adviertas de que está aquí su hija.

Per. Está bien.

Mel. Vete igualmente á casa de don Roque, hazle que se levante, y que tambien venga aquí al momento.

Per. *Aparte.*) ¿Qué diablos de proyecto traerá este hombre en la cabeza?

Mel. ¿En qué te paras? Vé corriendo.

Per. Voy. (*Aparte.*) (Me parece que todo esto parará en descubrirse el embrollo... Pues no digo nada, doña Cesarea que está ahí con el otro... Buena la hemos hecho.) (*Vase.*)

ESCENA X.

Dichos, menos PERICO.

Gab. (*Aparte.*) Pues, señor, sigamos la idea de que es doña Antonia, á ver si...

Mel. (*Se rie mirando á don Gabriel.*) ¡Ah, ah, ah!

Gab. ¿Se rie usted?

Mel. Me rio de la sorpresa que le he causado á usted.

Gab. Ciertamente es de sorprender una accion tan inconsiderada como la que acaba usted de hacer.

Mel. ¡Inconsiderada!

Gab. Perdone usted que le hable con esta franqueza; pero no puedo menos de manifestarle que me ha sido sumamente desagradable un proceder, que á no ser por mi prudencia, hubiera producido un lance en medio de una concurrencia tan numerosa.

Mel. No lo crea usted... sé muy bien distinguir de genios y de situaciones; y estaba seguro de que no tendria consecuencia ninguna un paso que, aunque arriesgado, era preciso darle en beneficio de usted.

Gab. ¿En beneficio mio?

Mel. Sí, señor; y eso es lo que usted no agradece... Fuera de que semejante reserva era excusada. Se lo tengo á usted dicho: á mí no se me escapa nada... Si lo habia de saber. Ya ve usted cómo lo he sabido.

Gab. ¿Y qué necesidad habia de que le dijésemos á usted...?

Mel. Mucha, sí, señor, mucha.

Gab. ¿Y usted piensa que doña Antonia ha ido al baile sin consentimiento de su padre?

Mel. Así lo tengo entendido.

Gab. Pues sepa que tiene su permiso, y

que ha ido en compañía de una señora de muchísimo respeto.

Mel. ¿Qué dice usted?

Gab. La verdad: no tiene usted mas que preguntárselo mañana á don Pedro.

Mel. Pues entonces...

Gab. Esa señora me la habia confiado para bailar: ahora quizás la habrá ya echado de menos; y ¿quién sabe los juicios que estará formando?

Mel. ¿Conque con permiso de su padre? ¡Bueno! Para el caso es lo mismo: de todos modos me sale bien mi proyecto.

Gab. Déjese usted estar de proyectos: lo que debe hacer es entregarme á doña Antonia para que volvamos al baile, y evitar las consecuencias que puede acarrear su ausencia.

Mel. No, señor: aquí lo interesante es casarle á usted.

Gab. Mire usted que me compromete.

Mel. Eso quiero yo.

Gab. ¡Jesus, qué hombre!

Mel. Usted se apura por nada.

Gab. Digo, ¡mi situacion no es para apurarme!

Mel. Usted no mire su situacion, sino las ventajas que pueden resultarle de ella.

Gab. Sean cuales fueren esas ventajas, no tiene usted derecho para proceder como lo está haciendo, y dará lugar á que...

Mel. No hay que enfadarse... Si usted mirase las cosas á sangre fria como yo... Pero tiempo vendrá en que me dé usted gracias por mis servicios.

Gab. Ni me hacen falta sus servicios de usted, ni los quiero.

Mel. ¡Lo que es tener poco juicio!

Gab. Cuando intente casarme con esa señorita, iré á su padre y se la pediré sin rodeos ni artificios, y creo que no me la negará, pues no soy un sugeto tan indecente ni tan pobre, que pueda tener á menos el admitirme en su familia.

Mel. Usted no sabe quién es don Pedro. Tiene mil rarezas...

Gab. Pero ¿no ve usted...?

Mel. Lo que veo es que la ocasion es favorable; y ya que se presenta, debemos asirla por los cabellos... No sea usted niño: sujétese á lo que yo le diga, y ayúdeme á realizar el plan que tengo acá en mi idea.

Gab. No, señor, no; y ya que usted se obstina, le declaro terminantemente que me he de llevar á doña Antonia, y que me incomoda se meta usted en hacerme servicios que ni le pido, ni (vuelvo á repetir) los quiero para nada.

Mel. Pues ya que usted lo toma así, yo tambien le declaro terminantemente que no se la llevará, y que le serviré á usted á pesar suyo... ¿A ver quién es el mas terco?

ESCENA XI.

DICHOS, PERICO.

Per. Ya viene aquí don Pedro.

Mel. ¡Bueno! Don Gabriel, váyase usted allá dentro.

Gab. ¿Yo...? No, señor.

Mel. (*Empujándole.*) Sí tal.

Gab. Pero, ¿para qué?

Mel. Ya lo verá: entre usted... Ayúdame, Perico.

Per. ¡Qué diablos! Entre usted. Pecho al agua, y salga lo que saliere.

Gab. Será preciso ceder. (*Entra en el cuarto.*)

Mel. Sobre todo, no salga usted hasta que yo avise.

ESCENA XII.

DON MELCHOR, DON PEDRO, PERICO.

Mel. (*A Perico.*) ¿Y don Roque?

Per. Ya le he avisado; pero volveré, no sea que se haya dormido. (*Vase.*)

ESCENA XIII.

DON MELCHOR, DON PEDRO.

Mel. Perdone usted que le haya incomodado.

Pedro. Con efecto, la hora es bastante incómoda para sacarle á un hombre de la cama, y le aseguro á usted que conociendo sus cosas he estado por no venir.

Mel. Y hubiera usted hecho muy mal, pues es para un asunto que le interesa mucho.

Pedro. Pues bien, diga usted.

Mel. Amigo, siento tener que darle á usted una mala noticia.

Pedro. ¿Mala?

Mel. Pero ¿cómo ha de ser? para estos casos es el talento.

Pedro. ¿Qué ha sucedido?

Mel. Y en habiendo un poco de reflexion y conformidad...

Pedro. ¿Se ha muerto alguien?

Mel. No, eso no.

Pedro. Me habia usted asustado.

Mel. Ello, bien mirado, no es mas que una friolera.

Pedro. ¿Acabará usted de explicarse?

Mel. En primer lugar, ¿dónde está su hija de usted?

Pedro. Mi hija está en el baile de máscara.

Mel. Pues: usted no me quiere creer. ¿Qué hombre de juicio deja que una hija suya vaya á semejantes diversiones?

Pedro. Semejantes diversiones no son malas sino para las que ya están pervertidas: además, la Antoñita ha ido con una señora muy honrada, y de toda mi confianza.

Mel. Pues á pesar de esa señora de tanta confianza, su hija de usted no está ya en el baile.

Pedro. ¿No está en el baile?

Mel. No, señor; y para decirlo todo de una vez, su hija de usted está en mi casa.

Pedro. ¿Qué dice usted?

Mel. Lo que usted oye.

Pedro. ¿Pues cómo puede ser que...?

Mel. Si usted no fuese un hombre descuidado; si observase como debe todos los pasos de su hija; si procurase averiguar las intrigas en que anda metida, no le sucederia esto.

Pedro. ¿Intrigas...? La expresion es algo fuerte... Yo no digo que la Antonia deje de tener algun quebradero de cabeza, como todas las muchachas de su edad; pero andar en intrigas...

Mel. Pues ello es que anda, y ahora lo verá usted. ¿Se acuerda de cierto jovencito que fué con ustedes esta mañana á paseo?

Pedro. ¿Don Gabriel?

Mel. El mismo. Sabrá usted que comió en casa, y que no se marchó hasta despues de haberse usted llevado á la Antoñita.

Pedro. Con efecto, le ví que estaba todavía aquí cuando vine por ella... Y bien, ¿qué?

Mel. Pues ese caballerito y su hija de usted están perdidamente enamorados el uno del otro.

Pedro. Si es esa la noticia que tenia que darme, bien pudiera usted haberla guardado para mañana sin necesidad de hacerme levantar á deshora, y asustarme como lo ha hecho. Sin embargo, me alegro del aviso.

Mel. Es que hay mas todavía.

Pedro. ¿Hay mas?

Mel. Receloso ese caballerito de que usted no le quisiese conceder á su hija, ha tratado de hacerle la forzosa.

Pedro. ¿Cómo?

Mel. (*Aparte.*) (Vaya de embuste.) Estaba yo muy recogidito en mi cama, cuando oigo llamar á la puerta, y á poco rato entra Perico y me dice que don Gabriel está ahí, y quiere hablarme. Me levanto, y figúrese usted cual seria mi sorpresa al ver que traia consigo á doña Antonia.

Pedro. ¡Mi hija!

Mel. Su hija de usted. Me contó en pocas palabras el negocio: me dijo que habiendo resuelto ambos casarse, se habian escapado del salon de máscaras; y me pidió tuviese depositada en mi casa á su novia mientras hacia las diligencias necesarias.

Pedro. ¿Es posible?

Mel. Yo le reconvine (como usted puede creer) por un proceder tan feo; pero viéndole obstinado, igualmente que á la niña, tomé el partido de ceder, y de avisarle á usted al momento.

Pedro. ¡Yo me he quedado aturdido! Y le aseguro á usted que lo estoy oyendo y no lo creo.

Mel. ¡O, qué cabeza de chorlito! ¿Cuándo se desengañará usted de que es un pobre hombre?

ESCENA XIV.

DICHOS, DON ROQUE, PERICO.

Per. Aquí está don Roque.

Roque. ¿Podremos saber, señor don Melchor, qué novedad ha ocurrido de tanta importancia que me hace salir de la cama en lo mejor de mi sueño?

Mel. Ahora lo sabrá usted... Entre tanto, venga y ayúdeme á desengañar al señor. ¿No es cierto que esta tarde pasada ha encontrado usted aquí á su hija en amorosos coloquios?

Roque. Sí, señor: por señas que se dejaba muy bien besar la mano, de que doy fe.

Mel. ¿Lo ve usted, señor mio? ¿Lo creerá usted ahora?

Pedro. No, yo no pongo duda en lo que usted dice; pero no por eso deja de causarme extrañeza...

Mel. Venga usted acá, pobre hombre. Ahora me toca volverle las tornas por tanta crítica y tanta burla como ha hecho de mí. ¡Para que anduviese mi hija en los malos pasos que la de usted...!

Pedro. Bien, hombre, será todo lo que usted quiera; pero esta no es ocasion para venirme con reconvenciones, sino de ver lo que se ha de hacer.

Mel. ¿Quiere usted seguir mis consejos?

Pedro. ¿Cuáles son?

Mel. Considere el ruido que va á armarse,

y cuánto la murmuracion va á cebarse en usted y su familia.

Pedro. En eso tiene usted razon.

Mel. Lo que se necesita aquí es evitar el escándalo... ¿Usted tiene algun inconveniente en que su hija dé á ese jóven la mano?

Pedro. En cuanto á sus circunstancias, ninguno; y le aseguro á usted que si hubiese venido á hablarme acerca del particular, hubiera sido bien recibido... Lo que me incomoda en él es el proceder tan poco delicado de que ha usado en esta circunstancia

Mel. ¿Qué quiere usted? Calaveradas de muchachos... Pues, señor, mi opinion es que condescienda usted con sus deseos. A lo hecho, pecho. ¿Cómo ha de ser? No hay otro arbitrio... Aquí está el señor, que es un honrado escribano si los hay. Nos enjergará en un sancti amen un contrato; lo firmamos todos, y queda la cosa concluida.

Roque. Yo por mí estoy pronto á hacer todas las diligencias propias de mi oficio.

Mel. Con que, ¿qué es lo que usted resuelve? ¿No le parece bien mi idea?

Pedro. Veo que no hay otro remedio, y será lo mejor hacer lo que usted dice.

Mel. (*Aparte.*) (¡Bueno! Ya le metí por el aro.) Don Roque, enristre usted la pluma, y háganos ahí cuatro garabatos... Voy por los muchachos... ¿Don Gabriel? Salga usted. (*Abre el cuarto donde está Mariquita, y se entra.*)

Roque. ¿Don Gabriel? ¿Pues no era don Eugenio quien...?

Per. Pues, señor, aquí va á ser ella. (*Llaman.*) ¿Llaman? ¿Quién será á estas horas? Voy á ver... (*Vase.*)

ESCENA XV.

DON PEDRO, DON ROQUE, DON GABRIEL.

Gab. ¿No me llamaba don Melchor?

Pedro. Don Gabriel, yo le supongo á usted un hombre de honor y de buenos sentimientos: por consiguiente, no extrañará que un padre se manifieste resentido por la conducta tan poco delicada que en esta ocasion ha observado usted.

Gab. Don Pedro, es preciso sacarle á usted de un error que...

ESCENA XVI.

DICHOS; DOÑA ANTONIA, DE MASCARA; DON EUGENIO, PERICO; UNA SEÑORA TAMBIEN DE MASCARA, Y UN CRIADO CON UN FAROL: ESTOS ULTIMOS QUEDAN RETIRADOS AL FONDO.

Pedro. Y tú, hija, ¿qué motivos has tenido para faltar á la confianza que se merece un padre, y cometer una accion que tanto desdice de tu educacion y tu decoro? ¿Te he esclavizado tanto, que tuvieses necesidad de arrancarme por la fuerza un consentimiento que debieras haber esperado de mi paternal cariño?

Ant. ¿Qué dice usted, padre?

Pedro. No te avergüenzas del modo con que has venido á esta casa?

Ant. ¿Pues qué mal he hecho en ello? El baile se iba acabando, y doña Gertrudis manifestó deseos de retirarse. A la puerta del teatro estaba esperándonos el criado para acompañarnos. Me dijo que don Melchor le habia llamado á usted, y que se hallaba aquí; y como es paso para casa, he querido subir, á fin de saber qué novedad es esta, y nos retiremos juntos.

Pedro. ¿Cómo? ¿No has salido hasta ahora del teatro?

Ant. No, señor. Ahí están doña Gertrudis, que no me ha perdido de vista en toda la noche, y don Eugenio, que ha tenido la bondad de ser mi pareja.

Pedro. ¿Pues este don Melchor, qué embrollos trae que...?

ESCENA XVII.

DICHOS, DON MELCHOR, DOÑA MARIQUITA.

Mel. Don Pedro, aquí tiene usted á su hija... Suplico que la trate con... (*Viendo á doña Antonia.*) Pero ¿qué veo? ¿Estoy soñando, ó no es esa?

Pedro. Sí, esta es mi hija, que acaba ahora mismo de salir del baile: veamos ahora á qué quedan reducidos todos esos cuentos con que me ha venido usted.

Mel. Vaya, que es chasco... Pues, don Gabriel, ¿quién es esta máscara?

Gab. Es, es... Ya no hay remedio, (*Aparte á Mariquita.*) es preciso que se dé usted á conocer.

Mel. Diga usted... Y usted, señora, descúbrase... sepamos quién es.

Mar. Soy yo, papá. (*Se quita la careta.*)

Mel. (*Tapándose la cara.*) ¡Uy!

Pedro. ¡Su hija...! ¡Ah, ah! no puedo

menos de reirme del chasco... Bien empleado le está.

Roque. (*Aparte.*) ¡Vaya, que me habia yo echado una novia preciosa!

Mel. ¡Jesus! no vuelvo de mi aturdimiento. ¿Con que eres tú, bribona? (*Amenazándola.*) Ahora verás...

Mar. (*Refugiándose tras de don Gabriel.*) ¡Ay!

Gab. Por Dios, suplico á usted...

Mel. Dígame usted, seductor, ¿es esta la Antoñita que queria le dejase llevar?

Gab. ¡Ah, señor! Perdone el haberme querido aprovechar de un engaño á que dió lugar usted mismo, para evitar los disgustos que pudieran seguirse de saber usted quién era en realidad esta máscara.

Mel. ¿Y á qué fin me la llevó usted al baile?

Gab. Solo con el de disfrutar de aquella diversion... Todo ha sido efecto de una ligereza, y del amor que nos profesamos.

Mel. ¿Ustedes se aman?

Gab. Sí, señor, y tal es el verdadero motivo de haberme introducido en su casa de usted.

Roque. ¡Digo, la niña que segun su padre no conocia qué cosa es un amante!

Mel. Perico, ven acá. ¿No me dijiste que el objeto que traia al señor á casa era la Antoñita?

Per. Sí, señor; pero usted perdone, fué un engaño.

Mel. ¡Ah, tunante!

Roque. Si le he dicho á usted siempre que el tal Perico es un bribon de los de marca mayor.

Mel. Y usted tambien me ha engañado. ¿No me dijo que habia visto aquí á la hija de don Pedro en pláticas amorosas con don Gabriel?

Roque. Yo no he dicho tal cosa.

Mel. ¿Cómo no?

Roque. Si usted no hubiese atajado mi relacion, saliéndome con que ya lo sabia, y lo hacian con permiso suyo, le hubiera dicho que quien estaba á los piés de doña Antonia, y la besaba la mano, era su hijo de usted don Eugenio.

Mel. ¿Eugenio?

Roque. Sí, señor.

Mel. Esta es otra... ¿Adónde está ese bribon? ¡Eugenio...! ¡Ah! venga usted acá, señorito. ¿Es verdad lo que dice don Roque?

Eug. Sí, señor, es verdad. Ha tiempo que doña Antonia y yo nos profesamos un mutuo amor, y anhelamos el feliz instante en que el himeneo corone nuestra pasion.

Per. El señorito es el embozado que hablaba por las noches con doña Antonia á la reja. ¿No deseaba usted saberlo?

Mel. ¿No me dijiste que era don Gabriel?

Per. Lo dije, pero fué tambien un engaño.

Mel. ¡Ah, pícaro! Tú eres el que tiene la culpa de todo. Ahora me las pagarás.

(*Quita el baston á don Pedro y quiere dar á Perico; este huye hácia el biombo, tropieza en él, le deja caer y se descubren doña Cesarea y Juan.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, DOÑA CESAREA, JUAN.

Per. ¡Ay!
Mel. ¡Mi mujer!
Ped. ¡Doña Cesarea!
Eug. ¡Mi madre!
(*A un tiempo todos.*)

Mel. ¿Usted aquí, señora? ¿Y en ese traje?

Ces. Yo... sí... esto es que... ¡Ay, Vírgen de los Remedios, valedme!

Mel. Y este perillan ¿quién es?

Ces. No lo sé... No crean ustedes que yo tengo nada con ese hombre.

Gab. Este es un criado mio.

Juan. Pues... un criado del señor... Yo... aquí me han traido.

Mel. ¿Y á qué ha venido?

Gab. Eso es demasiado largo para contarlo ahora.

Mel. Y dígame usted, señora mia, ¿de dónde ha sacado usted el dinero para esas galas?

Per. De los dos mil reales que me dió usted esta mañana.

Ces. ¿Quieres callar?

Per. Toma, ya que lo sepa todo...

Mel. ¿Los dos mil reales de la corona de la Vírgen? ¡Infame! ¿Son estas las devociones que haces...? ¿Con que es decir que no hay uno en esta casa que no me haya engañado, vendido, robado, y para quien no sea un objeto de burla y escarnio?

Pedro. Ahora pudiera yo devolverle á usted las reconvenciones que ha poco me hacia; mas no quiero abusar de su situacion: lo mejor será, como usted decia, valerse del talento y tener conformidad.

Mel. ¿Qué conformidad quiere usted que tenga cuando todo lo que me sucede es para desesperarme?

Pedro. Nada de eso: no hay que desesperarse. Esto tiene remedio tomando usted

ahora para sí los consejos que me daba; y supuesto que don Gabriel y Mariquita se quieren, cáselos usted, y Dios les haga buenos... Me parece que el marido que yo admitia para mi hija, no puede usted despreciarlo para la suya.

Mel. No puede ser; tengo prometida su mano á don Roque.

Roque. ¡Oh! no le sirva á usted eso de estorbo... Es cierto que quise casarme; pero despues de lo que acabo de ver, renuncio al matrimonio.

Mel. Entonces... ya que usted se desdice... que se casen.

Gab. ¡Ah, mi querida Mariquita!

Mar. ¡Qué dicha!

Pedro. Y de estos señoritos, que tambien parece que se quieren, ¿qué hacemos?

Mel. Por mí que hagan lo que gusten; no me quiero ya meter en nada, en nada.

Pedro. No, amigo: una cosa es querer meter su cucharada en todo, y otra mirar con indiferencia los negocios que mas nos interesan... Me parece que en dando yo un buen dote á mi hija, no tendrá usted reparo en que se case con Eugenio.

Mel. Pues que se casen.

Eug. Esta es mi mano.

Ant. La acepto con mucho gusto.

Pedro. En cuanto á doña Cesarea, ya que, segun parece, desea ir á las máscaras, ofrezco llevarla yo mismo una noche.

Ces. Para ir con usted prefiero quedarme en casa.

Gab. Deje usted, que luego que se hayan verificado las bodas, iremos todos en reunion.

Mel. Y en cuanto á los preparativos de la boda y arreglo de la comparsa, dejádmelos á mí, que yo me pinto solo para ello.

Pedro. Eso es: nunca perderá usted su genio entremetido.

Mel. ¿Qué quiere usted? Es mi comidilla. Si me quitan el mangonear, me muero.

Pedro. Sí; pero sírvale á usted la leccion que hoy ha llevado á hacerle mas prudente y circunspecto; y aprenda que aquellos que mas se afanan por averiguar vidas ajenas y arreglar los negocios de otros, suelen ser los que mas ignoran cuanto pasa en sus casas, y mas en desórden tienen sus asuntos propios.

BLANCA DE BORBON,

TRAGEDIA ORIGINAL EN CINCO ACTOS,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ EN EL TEATRO DEL PRINCIPE EL DIA 7 DE JUNIO DE 1835.



PERSONAS.

DOÑA BLANCA DE BORBON.
DOÑA MARIA DE PADILLA.
DON PEDRO EL CRUEL, rey de Castilla.
DON ENRIQUE, conde de Trastamara.
DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE.
DON JUAN FERNANDEZ DE HINESTROSA.
DON LOPE SANCHEZ DE BENDAÑA.
DON ALVAR PEREZ DE CASTRO.
RICOS-HOMBRES.
SOLDADOS.
PUEBLO.
DAMAS DE LA REINA.

La escena es en el alcázar de Toledo.

El teatro representa un salon de arquitectura arabesca. El fondo estará abierto por varios arcos, al través de los cuales se ven las galerías del alcázar. A los dos lados habrá dos grandes puertas que corresponden á las habitaciones interiores. En el proscenio, á la izquierda del actor, se hallará una mesa cubierta con un rico tapete bordado con armas, y un sillon de hechura de aquel tiempo.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE, ALBURQUERQUE, DON ALVAR, DON LOPE, RICOS-HOMBRES.

Enr. Sí, yo la vengo á defender: Castilla
Hoy á fuer me verá de caballero,
La noble causa, aunque perezca en ella,
De su reina abrazar. Sobrado tiempo
El escándalo triunfa, que inflamados
En justa indignacion tiene á los buenos.
Gime en prisiones la virtuosa Blanca:
Privada está de libertad y cetro
Blanca, que á ser del trono castellano
Hermoso honor nos enviara el cielo.
De un esposo crüel víctima triste,
Amparo ha menester, y juro serlo.
Alb. Digna es de tí tan generosa empresa,
O noble Trastamara. Un mismo intento,
Una causa comun con nuestras huestes
Hoy nos conduce á la imperial Toledo.
Ricos-hombres, honor del suelo hispano,
Jamás afrentas ni tiranos hechos
Supimos tolerar. España toda
Sabe ya que Alburquerque fué el primero
Que alzar osó su voz en la defensa
De la injuriada Blanca. De himeneo
No bien lucia la nupcial antorcha,
Cuando arrastrado de culpable afecto,
Por volar á los brazos de su amada
Su tierna esposa abandonó don Pedro.
Gimió Castilla. Como fiel vasallo
Hice sonar entonces los acentos
De la santa verdad, y señalarle
Osé de sus deberes el sendero.
¿Cuál fué mi galardon? Solo la fuga
Me pudo libertar de fin sangriento.
Enr. Con la espada tan solo á los tiranos
Decir se debe la verdad: los ruegos
Mal su implacable corazon ablandan.
Gime Blanca infeliz, murmura el pueblo,
Los nobles todos su defensa toman,
¡Y aun niega el rey á la piedad su pecho!

Pues ya que sordo á nuestra voz se muestra,
Callen las lenguas y hablen los aceros.
De estrecha alianza, de defensa mutua
Hagamos pleitesía y juramento:
Lo que no la razon, la fuerza alcance.
De una reina la causa sostenemos;
Y es lealtad, no traicion.
Alvar. Y á la par triunfen
Nuestros antiguos vulnerados fueros;
Que no solo amparar á la inocencia,
Tambien agravios que vengar tenemos.
¿No veis do quier al noble fugitivo,
O á la mortal cuchilla dando el cuello?
¿No escuchais á Castilla apellidando
Con nombre de crüel al monstruo fiero
Que la intenta oprimir?
Lope. ¿Y qué es, decidme,
De su antiguo esplendor? Los campos yermos,
Por su honrado cultor claman en vano;
El hambre muestra su feroz aspecto
En las tristes ciudades; cobra el moro,
Antes vencido, su valor, y á nuevo
Yugo nos quiere atar cuando lanzado
Debiera ser al líbico desierto... [vanza,
Enr. ¿Y qué esperais, cuando en fatal pri-
De la astuta Padilla oprime el reino
La familia ambiciosa? En vano ha sido
Que el rey á nuevo amor el alma abriendo
Tan funesta beldad de sí lanzara:
Siempre regida por sus torpes deudos,
La zozobrante nave del Estado
Camina á naufragar. ¿De su gobierno
Cuáles los frutos son? destierros, muertes,
Proscripciones sin fin. ¿Quién los efectos
De su rencor no prueba?
Alb. Yo mis villas
Ví combatidas, y en terrible asedio
Sus muros humillados, y proscripto,
Huyo, no de la espada, del veneno.
¿Y tú olvidaste la sangrienta escena
En que tu madre traspasada el pecho
Con mil heridas...?
Enr. Calla, y no mi saña
Irrites mas con tan atroz recuerdo.
¡Madre infeliz! tus manes algun dia
Vengados quedarán, yo lo prometo.
Mas hora calle la venganza propia,
Y á mas alto interés cedan los nuestros.
Jóven, hermosa, de virtud dechado,
La triste Blanca desde el hondo centro
De su prision nos llama. Sus cadenas
Corramos á romper.
Alb. Tente, que al cielo
Tan negro crímen consentir no plugo.
Esa voz que corrió de pueblo en pueblo
De su falsa prision fama llevando,
A todos engañó.
Enr. ¿Pues del modesto
Albergue donde sin honor, sin corte,
Desterrada vivia, no la vieron
Salir, por Hinestrosa arrebatada,
Por ese vil traidor?
Alb. Lo ha sido, es cierto.
Vióla llegar Toledo y conmovióse,
Y el pueblo fiel sus pasos deteniendo,
Cual besa humilde sus reales manos,
Cual enjugar intenta de sus bellos
Ojos el llanto, y cual en su socorro
Desnuda airado el vengativo acero.
Ya del alcázar las herradas puertas
Se abren á recibirla, cuando un templo
A su vista se ofrece, y como herida
De inspiracion celeste: «Ah! si algun resto,
Dice, en vosotros de piedad se alberga,
No me querais negar el bien postrero
Que al mísero le queda; en tristes preces
Pedir á Dios su celestial consuelo.»
Nadie á su justa súplica se opone;
Y apenas pisa el santo pavimento,
Corre, abraza el altar, y allí llorando:
«De tí, madre de Dios, exclama, vengo
A amparar mi inocencia: tú mi escudo
Dígnate ser en el presente riesgo.
Y vosotros, verdugos, de las aras
Guardad la inmunidad: ó si el tremendo
Rayo del cielo no temeis, si á tanto
Vuestro furor se atreve en menosprecio
De la sacra deidad, de aquí arrancadme,
Y unid á la barbarie el sacrilegio.»
Queda Hinestrosa atónito y pasmado;
Y al ver que en torno el iracundo pueblo
Cual las olas del mar brama y se agita
En son de muerte amenazando fiero,
Huye y se esconde... Pero Blanca en tanto
No osa sus plantas separar del suelo
Do Dios mismo la ampara. Ha ya diez luces
Que los piés del altar en llanto acerbo
La triste baña, y que su voz doliente
En continuo rogar fatiga al cielo. [seria
Enr. ¿A qué aguardamos, pues? Mengua
Dejarla en su afliccion. Cada momento
Que, pudiendo ampararla, el noble deja
Opresa á la virtud, labra un eterno
Baldon en su memoria. Al templo vamos,
Y triunfante la reina... ¿Mas qué veo?
¿No es Hinestrosa el que seguido llega
De numerosa guardia? ¿Cuál intento
Será el suyo?
Alb. Poco ha que al menos libre
Toledo estaba de su odioso aspecto.
Su vuelta y los soldados que acaudilla
Son de algun nuevo mal presagio cierto.

ESCENA II.

DICHOS, HINESTROSA, GUARDIAS.

Hin. Del castellano rey cual fiel ministro,
Vengo intérprete á ser de sus decretos.
¿A qué en Toledo, con armadas huestes,
Formando sedicioso ayuntamiento,
Tantos nobles se encuentran? ¿Cuál designio
Aquí los guia? ¿Por ventura el tiempo
Pretenden renovar en que atrevidos
Leyes dictaban al monarca opreso;
U olvidan que, contrario á tales juntas,
Tambien les sabe castigar don Pedro?
Antes que el sol en el zenit se ostente
Salid de aquestos muros, y dispersos
Queden vuestros soldados. Del monarca
Tal es la voluntad.
Enr. Y este es el fuero
De nobles castellanos que no sufren
Ser despojados de él, ni sufren menos
De vil ministro la insolente audacia.
Los que aquí veis, ilustres caballeros,
No en su propia querella están armados,
Que bien pudieran. Con sus nobles pechos
Vienen á ser de la inocencia escudo.
Cuando cercada de esplendores regios,
A par su esposo el trono castellano
Ocupe Blanca, entonces satisfechos,
Solo contra el alarbe en crudas lides
Irán vestidos del arnés guerrero.
Hin. Nunca del rey la voluntad sagrada
Examina ó reprueba el caballero:
Solo le toca, á ley de buen vasallo,
Callar y obedecer.
Enr. Callen aquellos
Que así vilmente á la privanza suben;
Los que dando ocasion á los excesos
Que desdoran el trono, en ellos fundan
De su funesta elevacion los medios.
¿Entendeisme, don Juan? ¿Por qué la frente
Ruboroso ocultar? Mostraos sin miedo.
Decid, ¿no sois aquel que á su sobrina
En las artes de amor fieles consejos
Astuto supo dar con que en sus lazos
Luengos años al rey tuviera preso?
¿No sois...?
Hin. Si un tiempo fué que deslumbrada
Por tan excelso amor, pudo en el seno,
Mal mi grado, abrigar pasion funesta,
Hora llorando sus pasados yerros,
Solo la santa austeridad de un claustro
Anhela su piedad... Mas terminemos
Una contienda odiosa. El rey mis huellas
Sigue, y en breve le verá Toledo.
Enr. Pues aquí le aguardamos: aquí todos,
O en tan justa demanda moriremos,
O cesará el escándalo que España
Mira con justo horror. Pero del templo
Salga entre tanto Blanca, y este alcázar
Cual reina la reciba. El juramento
De defenderla hicimos: á cumplirlo.
Alb. Todos ya te seguimos.
Enr. Pues marchemos.

ESCENA III.

HINESTROSA.

Almas soberbias, vuestro loco orgullo
Tendrá, no lo dudeis, justo escarmiento.
¿Qué mas delitos necesita Blanca
Que vuestra proteccion? Esta el decreto
De su muerte será... Mas jóven, bella,
Quizá mas bella en su dolor extremo,
¿Cuando la llegue á ver será insensible
A su afliccion, á su beldad don Pedro?
¡Peligrosa entrevista...! no me arredra.
María me acompaña: ella el secreto,
Ella sola conoce de inspirarle
En alma tan feroz dulces afectos.
Valor, don Juan; si tu privanza estimas,
De afianzarla por siempre este es el tiempo.

ESCENA IV.

HINESTROSA, DOÑA MARIA DE PADILLA.

(*Doña María sale tapada con un gran velo, y antes de hablar se lo alza.*)

Hin. Ven, hija, ven; que con razon tal nombre
Bien puede darte el que en tus años tiernos
Huérfana te amparara... hoy es el dia
En que debes...
María. Morir es lo que debo.
¿Por qué sacarme de mi oculto asilo
Y aquí traerme? ¿Para ser objeto
Del público ludibrio, y ver el triunfo
De mi odiosa rival? Esos que fieros
Osan alzar de sedicion el grito,
Por su reina aclamándola, en el templo
La juran defender. Inmensa plebe
Aplaude en vivas mil...
Hin. ¡Vanos esfuerzos!
La quieren defender y la asesinan.
María. Pero si á verme llegan, un horrendo
Suplicio...
Hin. Nada temas, que el monarca
En breve va á llegar, y...
María. ¿Quién...? ¡don Pedro!
Mal su inconstancia conoceis: acaso
A clavarme el puñal sea el primero.
¿En su amor confiais? nunca lo tuvo.

Ved con qué ingratitud mi antiguo afecto
Dando al olvido, en brazos de la Castro
Corre ansioso á buscar placeres nuevos.
Hin. Pasajera rival, ya en abandono,
Hoy á mayor poder te abre el sendero.
Ceder pudo don Pedro á la inconstancia;
Mas vive, no lo dudes, tu recuerdo
En su alma apasionada. No tan fácil
Sana la herida del amor primero;
Que cerrada tal vez cortos instantes,
Vuelve á rasgar con mas violencia el pecho.
Nuevo triunfo te espera: ya su labio
Tu nombre amado en temploroso acento
Ha dejado escapar; gira su vista
Buscando con afan tu ansiado aspecto.
Muéstrate y vencerás, y su alma es tuya
Cual un dia lo fué, cual aquel tiempo
En que á tu amor su amor sacrificara
La hija de cien reyes á despecho
Del galo altivo á quien la ofensa irrita,
Y de sus mismos rebelados reinos.
Muéstrate, digo, que el instante es este.
Cuando su corazon vacila incierto,
Y blando para tí, detesta á Blanca.
María. ¡Mujer odiosa! ¡oh! ¡cuánto la aborrezco!
Obstáculo funesto á mi grandeza,
El trono fuera de mi amor el premio
Sin su enlace fatal. Cual reina suya
Castilla me adorara; y los soberbios
Que hora en mi daño á conspirar se atreven,
Con las frentes clavadas en el suelo
Yacieran ante mí.
Hin. No la esperanza
Pierdas, María, de tan alto puesto;
Y cuando no, tu honor, tu propia vida
Exigen vuelvas al favor primero.
Quien se supo elevar nunca descienda
Si al sepulcro bajar no quiere presto.
Teme que el triunfo tu rival consiga.
¡Dichosa entonces si el oscuro centro
De un claustro para siempre sepultase
Tu hermosura y amor! Pronto el veneno
O el aleve puñal...
María. Basta; que á todo
Estoy resuelta ya... Pero ¿qué estruendo...?
Hin. Los nobles son y Blanca.
María. ¡Oh rabia!
Hin. Huyamos.
De este alcázar conozco los secretos.
Sígueme, ven: conviene no mostrarte;
Que ya á vengarte volverás, y presto.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA V.

DOÑA BLANCA, DON ENRIQUE, ALBURQUERQUE, DON ALVAR, DON LOPE, RICOS-HOMBRES.

Enr. Venid, princesa, y enjugad el llanto:
No al cielo en vano con piadoso ruego
Auxilio demandásteis; ya os lo envia:
Todos aquí juramos defenderos.
Blanca. ¡Caballeros...! ¡qué! ¿al fin de mis desgracias
Hubo quien se apiadó...? ¿Será que en premio
De tan luengo penar la calma encuentre,
Y luzcan para mí dias serenos?
Alb. Sí, lucirán: nuestro valor lo afirma.
Sabremos sostener vuestros derechos:
Mandad cual reina en este augusto alcázar;
Y de hoy mas ocupando el trono excelso
Do el cielo os elevó, don Pedro os halle
De esposa suya en el debido asiento.
Blanca. ¡Ah! no á mis ojos de llorar cansados
Ofrece el trono seductor aspecto;
Mas ya que á santo indisoluble nudo
Le plugo á Dios encadenar mi cuello,
De infiel esposo que mi amor rehuye,
Ganar el corazon tan solo anhelo.
¡Oh, felices vosotras que nacidas
Al pobre amparo de pajizo techo,
Por único tesoro el fiel cariño
Sin zozobra gozais de esposo tierno!
¡Cuál con el vuestro mi existir trocara!
El don de una corona es don funesto
Cuando al precio que yo comprarla es fuerza.
¡Nunca yo la aceptara! ¡Oh! nunca lejos
De tí, Sena dichoso, otras orillas
Mi planta hollase. ¿En el hogar paterno
Qué á mi anhelo faltaba? Allí do quiera
Solo encontraba amor, solo respeto.
Mil y mil héroes á mis piés rendian
O la espada adquirida en el torneo,
O el glorioso laurel que en las batallas
Arrancaba al inglés su ardor guerrero;
Y en gloria y en amor rivalizando,
Por premio ansiaban de sus altos hechos
El sumo honor de ennoblecer su sangre
Con la sangre inmortal de los Capetos.
¡Desdichada de mí, que por un trono
Su afecto desdeñé! Mas no mi pecho
El orgullo movió, que en esta altura
Tan solo hacer felices fué mi anhelo.
Con solícito afan, yo me decia,
Madre seré del castellano pueblo:
Mi mano en él mil bienes derramando,
Las llagas sanaré que el agareno
Hizo en la triste España, y mi ventura
En la suya cifrar de hoy mas prometo.

Alb. ¡Qué bien el nombre de crüel merece
Con que amancilla su opinion el reino,
Si á tan rara virtud guarda insensible
Don Pedro el corazon...! Mas no, que el velo
Hora caerá que su razon ofusca.
Rendido á vuestras plantas le veremos
Detestando su error; y á los halagos
De tan feliz union, tal vez su fiero
Indómito carácter doblegando,
Hará mas leve su pesado cetro.

Enr. Y cuando así no fuere, ¿las espadas
Será que en vano desnudado habremos?

Alv. No, que cumplir nuestra palabra es fuerza.

Lope. De defenderla hicimos juramento,
Y sentarla en su trono.

Alv. Triunfe Blanca.

Enr. Sí, triunfará, ó todos moriremos.

Blanca. No, caballeros, no: nunca mi [nombre
A discordias civiles dé pretexto.
Hartos delitos ya, sobrados males
Mi defensa engendró. Si arder el fuego
Debe por mí de rebelion, si solo
Con batallas y sangre mis derechos
Me es dado recobrar, vuestro socorro
Causa á mi pecho horror, yo no lo acepto.

Alb. Es justa vuestra causa.

Blanca. La mas justa,
Si dicta la crueldad, deja de serlo.

Enr. ¿Quedará sin venganza la inocen- [cia?

Blanca. Su solo vengador está en el cielo.

Enr. Así oprimen al mundo los tiranos:
Su fuerza es la paciencia de los buenos.

Alb. ¿En qué armas, pues, fiais vuestra defensa?

Blanca. La súplica y el llanto; otras no quiero.
Sí, nobles caballeros; pues sensibles
A mi suerte os mostrais, un solo medio
Me es licito aprobar: seguidme todos;
Y uniendo al mio vuestro ardiente ruego,
A las plantas del rey..

Enr. Duro es, señora,
Pedir cual gracia en humildoso acento
Lo que honor y justicia á par exigen.
Mas pues vos lo mandais, sea: consiento
En tanta humillacion... Pero si sordo
A tan justo clamor, si al llanto vuestro
Insensible don Pedro, cual á esposa
Hoy no os abre los brazos, lo prometo,
La senda del deber que desconoce
A enseñarle vendrán nuestros aceros.

(*Se retiran los nobles.*)

Blanca. ¡Ah! ¡De los males que me anuncia el alma
El curso detened, piadosos cielos!
Mas si es fuerza una víctima que aplaque
Vuestro justo furor, sobre mi cuello
Caiga tan solo el rayo... Venturosa
Castilla sea bajo el blando cetro
De mi insensible esposo: este me mire
Una vez con amor, y alegre muero.

~~~~~~~

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

DON PEDRO, HINESTROSA, GUARDIAS Y ACOMPAÑAMIENTO.

Pedro. ¡Y así, rebeldes, mi funesta saña
No temen provocar! ¿Piensan acaso
Que el rey don Pedro su honor se humille
A recibir la ley de sus vasallos?
¡Yo que supe hasta aquí con mano fuerte
Reprimir su insolencia y castigarlos!
Sin mas tardanza, si vivir desean,
Huyan de aquestos muros; y en su ocaso
El sol que hoy nos alumbra de Toledo
Lejos los mire ya. Lo quiero y mando.
Id, y mi voluntad cúmplase al punto.
Oid, don Juan. Vosotros retiraos.

(*Vase todo el séquito.*)

ESCENA II.

DON PEDRO, HINESTROSA.

Hin. Señor, en vano presumís que cedan:
Sordos los hallarán vuestros mandatos;
Y absorto quedo cuando ya creia
Ver de un justo furor vibrar los rayos,
Que así dejeis su rebelion impune;
Que, ofendido, querais ya perdonarlos.

Pedro. ¿Perdonarlos...? jamás: grabados quedan
En el fondo del pecho sus agravios.
Llegará mi venganza, y porque tarde
No será menos cierta.

Hin. Mas en tanto
Crecerá su altivez, y arder el reino
Veremos siempre en sediciosos bandos.
Nunca el castigo retardar conviene,
Ni separar al golpe del amago.
Osados son, señor: ¿quién sabe adónde
Llegará su insolencia? Si escuchado
Los hubiéseis cual yo... No, no hay respeto
Que no atropelle en fiero desacato,
Su atrevido furor... Aquí de Blanca
Los ví altivos jurar ser el amparo,
A su rey declarando infanda guerra.
~~~~~~~

Pedro. En esa proteccion está su daño.
Mas le valiera sola, abandonada,
Humillarse á mis piés, y en triste llanto
Implorar mi piedad... tal vez entonces...
Mas yo no sé qué horror involuntario
Me inspira esa mujer... ¡Ah! nunca amarla
Pudo mi corazon. De mi reinado
Ella atajó la próspera fortuna;
Movió discordias, y de afanes tantos
Cercó mi juventud...
Hin. No, no ha nacido
Para haceros feliz... Su orgullo vano
Que astuta adorna con virtud fingida
Repele el dulce amor... Amor que dado
Fuera solo inspirar en vuestro pecho
A una mujer... mas ¡ay! que no mi labio
Osa nombrarla ya.
Pedro. ¡Crüel memoria!
Nada temais, don Juan, que siempre grato
Su nombre es para mí. ¡Triste María!
¡Ah! ¿cuál suerte, decid.. ?
Hin. Siempre llorando
Su mísero abandono, al cielo pide
Os colme de venturas.
Pedro. ¡Insensato!
¡Y yo pude agraviarla! Lo confieso,
Don Juan, con ella solo el dulce halago
Conocí del amor. No sé qué hechizo
Nuevamente me arrastra que dejando
En mi pecho un vacío... Mas ¿qué es esto?
¿Qué quereis, Alvar-Fañez?

ESCENA III.

DICHOS, UN OFICIAL DE LA GUARDIA.

Oficial. Para hablaros,
Señor, licencia piden don Enrique
Y los grandes con él.
Pedro. ¡Qué! ¿mis mandatos
No cumplieron aün...? Pues bien, que vengan:
Yo humillaré su orgullo. (*Vase el oficial.*)
Hin. ¿En escucharlos
Consentireis, señor? Temed...
Pedro. Quien debe
Temblar son ellos... Corre, y preparados
Mis soldados esten. (*Vase Hinestrosa.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO, DON ENRIQUE, ALBURQUERQUE, RICOS-HOMBRES, PUEBLO.

(*El pueblo se queda en la parte exterior, mas allá de los arcos del foro, contenido por las guardias, y siendo espectador de lo que pasa.*)

Pedro. Y bien, traidores,
¿A recibir venís el justo pago...?
Alb. Don Pedro, aquellos que con vil lisonja
Por la senda fatal de los tiranos
Impelen á su rey, esos se llaman
Traidores; pero no los que esforzados,
Arrostrando sus iras, osan darle
Consejos duros, sí, mas necesarios.
Pedro. Sumiso, y no en rebelde convertido,
Aconseja á su rey el buen vasallo.
Alb. Siempre sumisos, la lealtad nos guia.
Vuestra gloria, la gloria del Estado
Moverá nuestras lenguas: rey don Pedro,
Si una y otra os son caras, escuchadnos.
Pedro. Bien... reprimo mi enojo... hablad... ¿qué quejas...?
Enr. ¿Tú lo preguntas? ¿Referir mis labios
Acaso deberán lo que hora el mundo
Está con mengua tuya presenciando?
Francia nos diera una princesa hermosa
Que de tu excelso trono á ser ornato
El cielo destinó... ¿Do está? Responde.
¿A par tuyo la vemos en el alto
Solio cual madre de sus pueblos? ¿Luce
La diadema en su sien? ¿Cuál aparato,
Cuáles honores la publican reina?
No, no hay reina en Castilla; pues en tanto
Que en su puesto al decoro otras insultan,
Blanca olvidada está; Blanca llorando
En vil destierro, de su infiel esposo
Piedad demanda y la demanda en vano.
¿Qué crimen cometió? ¿Qué causa pudo
Tus odios engendrar? Lo sé: los lazos
Que os unen son obstáculo á tus gustos:
¡Tus gustos, infeliz, y estás reinando!
¿Lo ignoras por ventura? Ese alto puesto,
Ese esplendor que te rodea, dado,
Don Pedro, no te fué para que inútil
Del placer te adormezcas en los brazos.
Carga gravosa es el reinar: si es justo
Un rey, es un esclavo coronado.
No para tí, para tus pueblos reinas.
Mas dime: esos deberes tan sagrados
¿Los has cumplido? No. Tiende la vista
Por el mísero suelo castellano.
¿Qué fué de su poder? ¿qué de su gloria?
Todo desapareció; y en tristes bandos
Divididos sus hijos, de la patria
Rasgan el seno con sus propias manos.
Ya Castilla no vence, no conquista;
No es ya terror de infieles, es su escarnio;
Y el moro que su ruina antes temiera,
Osa con nuevo yugo amenazarnos.
Tú así lo quieres, sí; tú estás oyendo
El voto universal; y al vil halago
De míseras pasiones ensordeces,
Y niegas el remedio á males tantos.
Deja la senda que nos pierde, y sigue

La que el deber y honor te están mostrando.
Abre los brazos á tu esposa; en ellos
Goce feliz tu amor; y mire ufano
El pueblo todo su anhelar cumplido.
Tornará la quietud á tus vasallos;
Y estos que hora traidores apellidas,
Caerán rendidos á tus piés.

Pedro. Malvados,
Caed luego ó temblad. ¿Leyes dictarme
Por ventura pensais? Intento vano.
No es rey el que transige con rebeldes.
Y tú, insolente, que por ser mi hermano
Eres mas criminal, en tus palabras
Bien se ve tu rencor. ¡Y te he escuchado!
¡Y vives todavía! ¡Y tu insolencia
No castigó mi acero...! Temerario
Que así de un rey me enseñas los deberes,
Vé primero á aprender los de un vasallo.
Estos no mas te importan. Toca al cielo
Las acciones juzgar del soberano;
No á los que solo á obedecer nacidos,
Son mas leales cuanto mas postrados. [nobles

Enr. ¡Ah! tanta humillacion en pechos
No es lealtad, es infamia. A ser esclavos
No aprendimos aün.

Pedro. Sabrás al menos
Morir. (*Echando mano á la espada.*)

Alb. Teneos: de sus pocos años
(*Deteniêndole.*)
Disculpad la imprudencia: es vuestra sangre,
Vuestro hermano, señor. Sobre este anciano
Caigan vuestros furores: yo os entrego
Este resto de vida en holocausto.
Heridme sin piedad: mi cuello siegue
Vengativa segur; mas si al segarlo
En la senda del bien entrar os miro,
A la tumba, señor, contento bajo.

Pedro. En sangre de un caduco el rey don Pedro
A mengua tiene mancillar su mano.
Mas estos que hora con airados ojos
Provocarme no temen... ¡Insensatos!
¿Crüel me deseais? Yo os juro serlo.
En breve las prisiones, los cadalsos,
Probarán que si haber pudo en Castilla
Rebeldes, poco cuesta el sujetarlos.

Alb. Menos cuesta, señor, el ser clemente.
Todo un rey lo consigue perdonando;
Pero si del rigor pisa la senda,
No hay ya volver atrás: que provocado
De crueldad en crueldad, le es fuerza siempre
Lavar en sangre los sangrientos brazos.
Moriremos: ¿qué importa? Mil valientes
Al punto se alzarán para vengarnos;
Y otros y otros despues. Siempre temido,
Vos temereis tambien; siempre arrastrado
A mas y mas castigos, de alevosa
Muerte contino vivireis temblando.
¡Ah! no sea, señor. Oid benigno
Los ruegos de estos súbditos que acaso
Os son mas fieles cuando mas culpables
Vos los imaginais. ¿Y qué anhelamos?
¿Puestos, bienes, honores, nuevos fueros?
Nada queremos, nada: aquí postrados
Que en ser dichoso consintais pedimos;
Y dichoso sereis, si renovando
Un nudo augusto y dulce, la honda sima
Cegar os vemos de insufribles daños.
Piedad, señor, de la infelice reina.
¡Oh cuánto de dolor y triste llanto
Le cuesta ya vuestro crüel desvío!
La huella del pesar ha marchitado
Aquella frente cándida y hermosa,
Aquellos ojos cuyos dulces rayos
Bondad y grata mansedumbre anuncian,
Y son de una alma angélica retrato.
¿Una hermosa buscais...? ¿quién es mas bella?
¿Virtudes...? de virtud es fiel dechado.
¿Quien cariñoso os ame...? entonces solo
De un verdadero amor el dulce halago
Vuestra alma probará: sí, solo entonces
Feliz la primer vez podreis llamaros.
Ella la carga del gravoso imperio
Mas leve sabrá hacer: ella ganando
Los corazones todos con su hechizo,
Vereis de amor el trono circundado.
¿Quién igualaros en poder y gloria
Podrá entonces, señor? Y cuando ufano
Todo prosperidad mireis en torno,
Con cuál placer direis: ¡Ah! soy amado:
Todos bendicen mi reinar: do quiera
Sigue la alegre multitud mis pasos
Mirándome cual Dios: no un Dios que lanza
Al medroso mortal su ardiente rayo,
Sino un Dios de bondad que baja al suelo
A ser su bienhechor y consolarlo.
¡Ah! ya miro á mi rey enternecido.
Hé aquí el feliz momento que anhelamos.
Venid, reina, venid: vuestra presencia
Será mas elocuente que mis labios.
(*Alburquerque se dirige á una de las puertas laterales, y á sus señas sale Blanca, que á pocos pasos se detiene, y se queda á alguna distancia de don Pedro.*)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA BLANCA.

Pueblo. ¡Viva la reina!

Pedro. ¡Blanca!

Alb. Señor, vedla:
Abridle ya vuestros amantes brazos.

Pedro. ¿Vos, señora?
Blanca. Yo soy... la triste Blanca...
Vuestra esposa infeliz... la que temblando...
Dudosa... ¡Ah! perdonad... en tanta pena,
La voz me falta... y la sofoca el llanto.
Alb. Enjugadlo, señora: ya don Pedro
Sensible á vuestros males...
Pedro. ¡Temerario!
¿Qué osas decir...? ¡O cielos...! Confundido...
En tal sorpresa... ¿He de ceder...? ¡Ah! huyamos.
Enr. Tente y contempla su dolor: ¿al verla
Podrás tener un corazon de mármol?
Blanca. No, dejad al crüel, dejad que [evite
La vista de este objeto desgraciado
De su constante horror. No te detengas,
Hombre sin compasion: huye, inhumano.
Deja que á manos del dolor termine
Tan mísera existencia: ó bien, si tanto
Mi muerte anhelas, ven, pasa este pecho,
Y tu odio á un tiempo y mi destino infausto
Acaben para siempre.
Pedro. ¿Qué pronuncias?
¿Tan bárbaro me juzgas...?
Blanca. Solo aguardo
Esta piedad de tí: ¿podrás negarla?
Por tí la copa del dolor amargo
Apuré veces mil; por tí me veo
Del mundo todo fábula y escarnio.
Perdí mi patria y mi familia y trono
Y libertad; ni honor aun me ha quedado.
La muerte, el solo bien es este, ¡ay triste!
Que me es dado anhelar.
Pedro. Pues bien, quejaos
A la suerte, señora, á quien le plugo
Unir dos corazones no formados
Para tenerse amor. De este himeneo
La antorcha empezó á arder en dia aciago;
Dia de maldicion, ¡nunca lucido
Hubieras á mis ojos...! Yo os agravio,
Blanca, es verdad; y acá dentro del pecho
Culpo mi crímen y le culpo en vano.
Miradme como un monstruo, aborrecedme,
Huid lejos de mí: dichosos ambos
Nunca podremos ser mientras no demos
A eterno olvido nuestros nombres. Grato
Huir será á vos misma de un esposo
Que no amásteis jamás.
Blanca. ¿Quién...? ¿Yo no te amo?
¡Crüel! ¿qué dices...? ¡Ay! si están mis ojos
En lágrimas eternas inundados,
Si en mí contino sin piedad se ceba
La garra del dolor, ¿por quién, ingrato,
Por quién, sino por ti? ¡Pluguiera al cielo
La misma llama en que por tí me abraso
A tu pecho infundir! ¡Feliz yo entonces!
Mas no, lo veo ya, solo odio insano
A inspirarte he nacido; odio respiras,
Y odio me anuncia tu mirar airado...
Señor, ¿cuál es mi crímen? ¿Cómo pudo
Esta triste mujer llegar el blanco
A ser de tanta enemistad...? ¡Dios mio!
¿Será que en mi afliccion ni aun inspiraros
Logre, ya que no amor, piedad al menos?
Piedad os pido: si regar con llanto
Es fuerza vuestros piés, el llanto poco
Le cuesta á la que de él apacentando
Luengos años se está... Ceda el orgullo.
¡O sangre ilustre de los reyes galos
Que por mis venas corres! cesa, cesa
De infundirme altivez: ya es necesario
Que te humilles... ¡Mas ay! ¿qué votos puedo
Formar ni qué deseos...? Vuestro labio
Pronuncie mi sentencia... resignada
A todo me teneis... Si vuestro lado
Seguir pudiese, y con cuidados tiernos,
Con cariñoso afan, templar los rayos
De vuestra injusta cólera... No el trono,
No su esplendor ni sus grandezas ansio;
Solo serviros, solo... ¿Qué pronuncio?
A la suerte crüel de los esclavos
Contenta yo bajara... Pero ¡ó cielos!
Que acaso otros tormentos mas amargos
Será fuerza probar... ¡Qué! ¿Yo veria
A una odiosa rival en vuestros brazos
Con mi afrenta gozarse, y...? Todo, todo,
Menos tanto baldon.
Alb. Por fin triunfamos.
(*Bajo á don Enrique.*)
Enr. ¡Ah! no, que en vano la piedad le mueve. (*A Alburquerque.*)
Pedro. Inútil lamentar, señora: ¿acaso
Debo sensible ser? No es vuestro nombre
Pretexto odioso á los rebeldes bandos?
¿Quién en Castilla la discordia enciende?
¿Quién desde su retiro á mis vasallos
Subleva sino vos?
Blanca. ¡Calumnia horrible!
No, vos no la creeis. Si al grito santo
De la piedad movido, hubo quien pudo
Alzar su voz en mi favor y amparo,
¿Cuándo alentar la sedicion me vieron?
¿Cuándo no la culpé? Siempre clamando
Respeto y sumision, á la voz mia
Ved ya cual hasta el ruego se humillaron
Mis defensores todos... ¿Mas sumisos
Los anhelais aün...? Pues bien, reclamo
De la palabra vuestra, ó caballeros,
El cumplimiento fiel... Venid, y dando
La última prueba de lealtad, conmigo
A las plantas del rey caëd postrados.
(*Blanca y todos los ricos-hombres se arrodillan delante de don Pedro. El pueblo se conmueve y hace demostra-*

cion de querer entrar en la sala. Los guardias le contienen. En este instante Hinestrosa sale por una puerta lateral con algunos soldados, y se queda en pié, parado, atónito de lo que ve.)

Nobles. ¡Piedad, señor!
Pueblo. ¡Piedad!
Alb. Es vuestra esposa.
Nobles. Es nuestra reina.
Pueblo. Nuestra madre.
Pedro. Alzaos.
¿Qué pretendeis de mí?
Todos. ¡Piedad!
Pedro. Dejadme.
Pueblo. Dadnos á nuestra madre.
Pedro. ¡Oh! ¡qué obstinado,
Qué importuno teson...! Pues bien, si es [fuerza,
Si Castilla lo exige... si este lazo
Es justo renovar... sea... consiento...
Vuestro gusto cumplid... Vuelva á mi lado
Esa mujer...
Blanca. Señor... ¡qué...! ¿será cierto?...
Fallezco de placer.

(Doña Blanca se deja caer en brazos de don Pedro. Los nobles se alzan y se agrupan al rededor de entrambos.)

Alb. ¡Feliz milagro
De la santa virtud!
Pueblo. ¡Viva don Pedro!
Alb. Ya la patria respira.
Enr. Y yo á mi hermano
Reconozco por fin.
Pedro. Está bien, conde;
Pero nunca olvideis que en un vasallo
Es la obediencia ley que no disculpa
Ni con justo motivo el desacato.
Marchad, señora, y la reäl diadema
Ornando vuestra frente, en ella el astro
De su felicidad mis pueblos miren.
Hoy mismo quiero en el altar sagrado
De nuestra union con nuevos juramentos
La cadena estrechar: el aparato
De regia pompa se prepare; y suene
Del público placer do quiera el canto.

(Vase precipitadamente don Pedro. Los nobles, rodeando á doña Blanca, se dirigen con ella hácia el foro, al ver lo cual el pueblo entra confusamente para aclamarla. Hinestrosa se queda solo hácia el proscenio.)

Pueblo. ¡Viva la reina!
Hin. ¡O rabia...! ¡Y esto miro!
Detestable mujer, aun no has triunfado.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA, HINESTROSA.

Hin. ¿Dónde, María, en tu delirio insano
Diriges, ciega, las inciertas plantas?
Ten el paso, infeliz; no los peligros
Pretendas arrostrar que te amenazan.
María. ¡Blanca triunfa! ¡Oh dolor! ¡La [que en desprecio
Luengos años vivió, la que inmolada
Ví tantas veces á mi amor altivo,
La abatida cerviz hora levanta,
Y vence, y triunfa....! ¡Ah! ¡pese á mí!
Hin. Si siempre
Dócil para tu bien á mis palabras... [consejos
María. Dejadme ya: de hoy mas vuestros
Inútiles me son: mi ardiente saña
Solo escuchar pretendo. Corro al punto...
Hin. A perderte y no mas. ¡Desventurada!
¿No oyes el grito popular que alegre
De tu altiva rival el triunfo aclama?
¿Fieros no ves á los rebeldes nobles
Gozarse en su victoria? ¿Qué esperanza,
Qué recurso te queda?
María. Mi despecho.
Hin. Con él corres segura á muerte infausta.
María. ¿Y qué me importa? Perecer es [dulce
Si consigo al morir, morir vengada.
Dadme un acero, dádmelo.
Hin. ¿Qué intentas?
María. Clavarlo una vez y otra en las entrañas
De esa odiosa mujer, luego en las mias,
Y en sangre de las dos caër bañada.
Hin. ¡Cuál te ciega el dolor! ¡Qué mal presentas
Impávido tu pecho á la desgracia!
Cuando al mar inconstante de las cortes
Entregaste tu suerte, ¿siempre en calma
Pensaste navegar? Quien lo conoce
Espera y sufre cauto las borrascas.
Hora cede; que el tiempo, si mas lenta,
Te dará mas segura la venganza.
María. El tiempo solo hará que, cautelosa,
Su vacilante imperio afirme Blanca.
Hin. Pues bien, si vacilante hora le juzgas,
Corre del triunfo á disputar la palma.
No amor venció á don Pedro: cedió á débil
Y fugaz compasion, que disipada
Verás al fuego de tu amor cual suele
A los rayos del sol niebla liviana.
¿Probaste acaso si el poder primero

Perdieron ya tus ojos; si de tu habla
Queda insensible al seductor halago?
¿Te vió vertiendo lágrimas amargas
A sus plantas caër, y entre sollozos
Recordar, encender su antigua llama?
¿Pues cómo así te entregas al despecho
Si te quedan aün de amor las ar mas,
Y una alma avasallar puedes con ellas
Que ya estás á rendir acostumbrada;
Que odiando á tu rival, te adora ardiente;
Y acaso arrepentida...?
María. La esperanza
A mi pecho tornais.
Hin. Don Pedro llega.
María. ¿Sí...? Pues sin vacilar aquí le
Mi valor. [aguarda
Hin. ¿Lo tendrás?
María. A quien se mira
Entre solio y cadalso no le falta.

ESCENA II.

DICHOS, DON PEDRO.

(*Al entrar don Pedro se retira Hinestrosa por una de las puertas laterales.*)

Pedro. Marchad, dejadme ya, lo he prometido:
Todos dentro de un hora al templo vayan.
(*A la comitiva que le sigue, y se retira.*)
¿Qué es esto, rey don Pedro...?¡ Y tú cediste!
(*Adelantándose pensativo.*)
¡Tú...! ¡Sueño me parece.. ! ¿Mas me engaña
La vista...? ¡Oh Dios...! ¡ María!
María. ¿Qué os admira?
¿No esperarme debeis? Cuando á la amada
Esposa os une el cielo, cuando todos
Corren á daros por ventura tanta
El dulce parabien, señor, ¿no es justo
Que á par de todos yo...?
Pedro. Huye, insensata.
¿Cuál intento es el tuyo? ¿En estos sitios
Poner no temes la atrevida planta?
¡Ay de tí si te ven...! Huye: aquí solo
Tu muerte encontrarás que todos ansian.
María. Pues esa busco, sí: venid, vos
Entregadme del pueblo á la venganza. [mismo
Mandad que al punto con feroces manos
En mí cebando su sangrienta rabia,
Despedace mi cuerpo, y que mis miembros
Furioso arrastre por las anchas plazas.
Venid: ese espectáculo muy digno
Será del rey don Pedro.
Pedro. ¡O cielos! Calla.
¿Y tú tambien á mis contrarios fieros
Te vienes á juntar? ¿y tus palabras
Cual agudo puñal, de mis dolores
Se aplacen en rasgar la horrenda llaga?
María. Yo solamente vuestra dicha acudo
A celebrar, señor.
Pedro. ¡Dicha! ¿Qué llamas
Dicha...? ¿Será tal vez vivir atado
A odioso yugo que detesta el alma?
¿Será de un pueblo vil á quien desprecio
La ley obedecer? ¿Será humillada
Ver mi alta dignidad, y honor y gustos
Trocados en baldon, pesar y rabia...?
Si esta se llama dicha, eslo igualmente
La que ofrece el infierno.
María. No me engaña
Ese dolor fingido: si don Pedro
Consiente en tal union, don Pedro la ama.
Pedro. ¡Yo amarla! [impone?
María. Sí. Sois rey: ¿quién os la
Pedro. El serlo. Libre en su aficion, se en-
El vasallo mas vil á quien adora. [laza
Mas nosotros, allí donde nos atan,
Allí inmolarnos, padecer es fuerza. [famia
María. ¡Nueva y rara virtud! Así de in-
Logra cubrirse un rey: seguid, y en breve
Esclavo os llamareis y no monarca.
Pedro. ¡Yo esclavo...! ¡Infame yo...! Pues si supiera...
Pero no... te comprendo... vete... marcha...
Marcha lejos de aquí, que es un veneno
Tu vista para mí... Si mas aguardas,
Si mas te escucho ya... déjame... vete.
María. A Dios... Voy satisfecha... Aquí buscaba
Un desengaño... ya lo tengo... ahora
No me importa morir... Si lo dudaba,
Sé que don Pedro me odia.
Pedro. ¿Quién lo dice?
María. Vos, que así me alejais.
Pedro. Honor lo manda.
¿Ignoras, infeliz, que tu presencia
Males, ruinas, aquí solo presagia?
¿Será que por amarte un reino entero
En mil discordias y en delitos arda?
¿Quieres...?
María. Yo nada quiero. Sé que solo
Me resta ya morir, y eso me basta.
Pedro. No, tú no morirás... este consuelo
Lleva... ¿Yo aborrecerte...? Aun me eres grata.
Y hora que mal mi grado el cruel destino
Con la que siempre odié mi suerte amarra,
La imágen fiel de nuestro amor primero
Con mas fuerza á mi mente se retrata.
María. ¡Harto en la mia por mi mal existe!
¡O de un tiempo feliz memoria amarga,
Cuando á mi lado un rey jóven, valiente,
Eterna fe sensible me juraba!
No temas, me decia: á los piés tuyos
Rindo cetro y corona: tu monarca

Quiere tu esclavo ser; tener no puedo
Otro amor, otra esposa.... ¡Ay, desdichada!
¿Y yo os pude creer...? Si cuna humilde,
Pero honrada, señor, meció mi infancia,
¿A qué mi pecho seducir con dones
Para que no nací? Pobre, olvidada,
Dejáraisme correr en quieto albergue
Dias exentos de ambicion insana.
Acaso mas dichosa hubiera sido,
Y menos criminal me contemplara.

Pedro. ¿Tú criminal?

María. Lo soy: por vos la senda
Dejé de la virtud: horrible mancha
Cubre mi frente de rubor; y asida
Está á mi nombre la execrable fama
De las mujeres viles. Donde quiera
Me miro maldecir cual fiera causa
Del celeste rencor que males tantos
En la infeliz Castilla airado lanza.
Tiendo la vista en torno, y enemigos
Encuentro solo que feroces ansian
Mi muerte y exterminio. Este es el fruto
De vuestro infausto amor, esta la paga
De mi flaqueza indigna.

Pedro. ¿Y qué te importa
De plebe vil el murmurar? ¿Su saña
Qué te importa tambien? Yo te amo, y todo
Lo ennoblece mi amor. Si te amenazan,
¡Ay de aquel que á tu vida...!

María. Fué ya el tiempo
En que don Pedro fiel de amotinada
Plebe á su amante defender sabia.
Cual roca incontrastable, ¡á la borrasca
Entonces resistió...! Mas hora el miedo,
Aleve ingratitud le hiela el alma.

Pedro. ¿Quién...? ¡Yo temer!

María. ¿Do fué el antiguo brio?
¿Do el fuerte pecho?

Pedro. ¡Yo temer!

María. Hoy mandan
Los grandes solo aquí.

Pedro. Sabré probarles
Que aun soy don Pedro.

María. No... Ya resignada
La triste suerte que me espera aguardo.
Moriré si es preciso... Goce Blanca
Vuestro amor, vuestro solio... El iris sea
Que torne al reino la perdida calma.
Solo perezca yo, todos se salven.
Mas, ¡ay, señor! si un tiempo hubo que grata
A vuestro pecho fuí, si la primera
Supe en él inspirar ardiente llama,
Nunca de vos se aparte el fiel recuerdo
De tan fina pasion. Mi muerte infausta
Algun llanto os merezca; y nunca (¡ay triste!)
Que perezco olvideis sacrificada
A vuestro amor.

Pedro. ¡María!

María. Solo os pido
Una gracia.. soy madre... en mis entrañas
Resuena penetrante de natura
El grito santo y las destroza... Nada
Morir me importa... mas los hijos caros
Prendas del corazon, tan solo arrancan
Este llanto á mis ojos... ¡Infelices!
Señor, son vuestra sangre... si les falta
Su madre, en vos un protector, un padre
Encuentren, pues lo sois... Esta esperanza
Me acompañe á la tumba. Sepa al menos
Que vos los acogeis, y que á la insana
Furia crüel de mis contrarios todos
Les servireis de escudo... A vuestras plantas
Vedme, señor... Mis súplicas, mi llanto
Esta piedad de vos alcancen.

Pedro. Basta,
Que resistir no puedo. Alza y enjuga
Esas que tiernas tu semblante bañan
Lágrimas de dolor... Lo siento, sola
Tú naciste á ser mia: donde te hallas
Todo es dicha y placer; horror es todo
Y odioso para mí donde tú faltas.
Lo sé, mil pueblos mi pasion funesta
Van á llorar... no importa... ¿Y quién osara,
Quién, contrastar mi voluntad? Si unidos
Cuantos guerreros belicosa España
En su ancha faz encierra, á las que puede
Huestes inmensas abortar la Francia,
Con tal empeño aquí se presentasen,
Ni aun así de estos brazos te arrancaran.
Ven, y Castilla á par su rey te mire
Cual le cumple á mi amor. Sobre las aras
Mi eterna fe recibe: sube al trono;
Reina, María, reina: tu constancia
Este premio merezca; y tus contrarios
Todos hoy á tus piés temblando caigan.

María. ¡Ah! ¿qué decís, señor...?
¿Será posible?

Pedro. Lo juro.

María. ¿Y los peligros?

Pedro. No me espantan.

María. ¿Olvidais que otros vínculos...?

Pedro. Los rompo.
Tú mi esposa serás.

María. Promesas vanas.
Vos mismo no podeis.

Pedro. ¿Quién lo prohibe?

María. Vuestros vasallos.

Pedro. Tiemblen. Esta espada
Sabrá su arrojo castigar. Elijan
(*Hinestrosa vuelve á aparecer.*)
La obediencia ó la muerte... En vano aguardan
Hoy triunfantes de mí verme en el templo
El yugo recibir con que amenazan
Mi frente regia... En el momento cese
La proyectada pompa... Sin tardanza

Corro yo mismo á suspenderla... ¡ Ay de ellos
Si osaren resistir...! Tú, don Juan, marcha,
Y entren al punto en la ciudad las huestes
Que acampadas están; guarde el alcázar
Numerosa legion; presente todo
En derredor de mí de las batallas
La faz aterradora; y preparados
Los ministros esten de mis venganzas.

ESCENA III.

Doña MARIA, HINESTROSA.

Hin. Triunfaste, en fin.
María. ¡Oh venturoso instante!
¡O placer sin igual! ¡Victoria grata
A un corazon altivo!
Hin. Mi prudencia
Hoy este triunfo te alcanzó; mas ¡guarda!
Que suele en tal fortuna el primer paso
Ser el mas peligroso... Siempre cauta,
Marchar procura... Tu rival se acerca:
Huir de ella conviene.
María. No, esperarla
Aquí resuelvo.
Hin. ¿Qué pretendes?
María. Nunca
Me vió ni yo la vi: no arriesgo nada.
Pasará sin saber cuán cerca tiene
A quien va de su trono á despeñarla.

ESCENA IV.

Dichos, Doña BLANCA.

Blanca. No, no... dejadme ya, que harto en mi adorno
(*A las damas que la siguen.*)
Cansásteis vuestras manos... ¡Estas galas
Cuán enojosas son...! ¡Esta corona
Cómo abruma mi frente que á llevarla
Resistirse parece...! Retiraos,
Y sola me dejad en esta estancia.
María. ¡Ah! ¡no pensé que tan hermosa fuese!
Blanca. ¿Por qué, cielos, por qué cuando acabadas
Ya mis penas están, á la alegría
Con un secreto horror se niega el alma?
María. ¡Oh! ¡cómo al verla mi furor se enciende!
Blanca. ¡Don Juan aquí!
Hin. Señora...
Blanca. No esperaba
Que el fiero causador de mis desdichas
Se osara presentar...
Hin. Las soberanas
Ordenes de mi rey...
Blanca. Si vengativa
Saña ardiese en mi pecho... Mas la sacra
Voz escuchar de la clemencia quiero;
Y ya vuestro perdon...
María. ¡O qué arrogancia!
Blanca. Mas vos, ¿quién sois, señora? Esa hermosura
Y esa noble altivez que retratada
En vuestra frente miro, de alto orígen
Señales ciertas son. Quizá os enlazan
De sangre ó de cariño dulces nudos
Con esos altos próceres que á España
Honor y lustre dan.
María. Sí, lo habeis dicho.
Mirando estais en mí la prenda cara...
Blanca. ¿De quién?
María. De un poderoso.
Blanca. ¿Por ventura
Uno será de los que fieles se alzan
En la defensa mia?
María. Siempre tuvo
Por fiel tan solo al que á su rey acata.
Blanca. Entiendo... es mi enemigo... (¿Por qué siento
Involuntario horror al contemplarla...?
(*Aparte.*)
Mas superarlo es fuerza.) Temerosa
De mis iras tal vez, ¿vos á mis plantas
Hora venís...?
María. ¿Quién...? ¿Yo?
Blanca. Podeis decirle
Que en mi pecho jamás de la venganza
Cupo el placer crüel. A eterno olvido
Doy mis agravios todos.
María. Os engaña
Altiva presuncion. Ni solicita,
Ni ha menester vuestra piedad. Guardadla
Para quien útil fuere.
Blanca. Hora el debido
Respeto enfrene aquí vuestras palabras;
Y no exciteis mi justo enojo, cuando
Bondad tan solo por mi boca os habla.
María. ¿Y qué me importa vuestro enojo?
Blanca. ¡Altiva!
¿Ignorais quién soy yo?
María. Sé que sois Blanca.
Blanca. Y vuestra reina soy.
María. ¿Mi reina? Nunca.
Hin. ¿Qué pronuncias, María...? Sin tardanza
Ven, salgamos.
Blanca. ¡Qué nombre...! ¡Atroz sospecha!
Ese atrevido hablar, esas miradas
De insolencia y rencor... sí... todo anuncia...
¿Y posible será...? ¡Cielos!
María. ¿Qué extraña
Súbita turbacion vuestros sentidos

Agita y estremece? ¿Qué os espanta?

Blanca. Ella es, no hay que dudarlo: la conozco
Al horror que me inspira.

María. ¿Quién?

Blanca. La causa
De mis desdichas todas; la que al mundo
Siendo escándalo, el mundo de sí lanza;
La aborrecible, la fatal Padilla.

María. Lo soy, y conocedme... El que me abrasa
Rencor eterno contener no pude,
Y hora al mostrarse sin disfraz lo exhala
El pecho con placer. Esta que siempre
Fiera rival con incansable saña
Males os labra en que su dicha funda,
¿No os era aun conocida...? Pues miradla.

Blanca. ¡O afrenta! ¡O humillacion! ¡Colmo insufrible
De descaro y horror! Mujer osada,
¿Te atreves á pisar, pérfida, un sitio
Do todo publicando está tu infamia?
¿Osas tu frente criminal mostrarme,
Y una virtud que tu presencia empaña
Frenética insultar? ¿Y yo lo sufro?
Y mi justo furor... Huye, ¿qué tardas?
Libra mis ojos del horror de verte:
Huye, torno á decir; y en presta marcha,
Sin nunca mas volver, deja que pura
De tu ominoso aspecto quede España.

María. Calmad, señora, el ánimo turbado.
¡Así se irrita la clemente Blanca!
Y esta infame, esta vil, ¿será que prueba
De sufrimiento dé...? ¡Vuestra arrogancia
Me pretende humillar...! ¿Cuál es mi crímen?
Una alma conservar que voluntaria
A mí se entrega mientras quiere en vano
Vuestra tenaz porfía esclavizarla.
Lo sé: derecho os dan lazos que el mundo
Aprendió á respetar; mas si en el ara
Don Pedro os juró fe, con juramentos
Mas antiguos á mí ligado estaba
Cuando os trajo á pisar el suelo hispano
Un destino fatal... ¿Quién os llamaba?
¿Por qué la paz turbásteis que en el seno
Gozáramos de amor? ¿En vuestra Francia
No os pudísteis quedar, ó á otras regiones
La desdicha llevar que os acompaña?
Feliz sin vos este país seria.
¿Quién disturbios fomenta? ¿Quién las hachas
De rebelion enciende? ¿Quién aleja
La calma de estos reinos? Vos. Infausta
A don Pedro, al Estado, á mí, á vos misma,
A vos toca el huir. Si fiel me guarda
Su corazon un rey, ¿yo generosa
Os lo habré de ceder? ¿Por qué las armas
No usais de la hermosura? ¿Nada pueden
Esa beldad, señora, ni esas gracias?
Para rendir un pecho, ese es tan solo
El medio, y no las criminales tramas
De turbulentos grandes. Mi derecho
Fundo en él, y por él mi sien ornara
Hoy la rëal diadema, númen grato
De paz siendo á Castilla, si vos...

Blanca. Calla;
Que harta muestra dí ya de sufrimiento
Con oirte hasta aquí... ¿Quién...? ¿tú, malvada,
Tú ceñir la diadema? ¿De los reyes
Tú profanar la insignia sacrosanta?
¿A tanto crece tu altivez? ¿No sientes,
Dime, tu humillacion, ni de tu infamia
El peso enorme...? ¡Tú reinar...! Si el cielo
Llegase á consentirlo, avergonzada
De tu grandeza criminal, entonces
De los hombres tú misma te ocultaras.
¿Qué digo entonces...? Ven, muéstrate ahora,
Osa arrostrar las públicas miradas.
¡Qué...! ¿Temes...? Haces bien. Do quier verias
Cuál te aborrecen todos, cuál exclaman
Pidiendo tu suplicio... Osa siquiera
Mi vista sostener... Vuélvete y alza
Esa impúdica frente, y en la mia
Fija atenta los ojos... ¿Mas los bajas?
¿Do tu orgullo se fué...? Sábelo: nunca
Le es dado al criminal mirar en cara
A la pura virtud. Aunque te vieses
De regia pompa y majestad cercada,
Y yo, perdido el cetro, las cadenas
Triste arrastrase de infeliz esclava,
Al presentarme á tí, los fieros ojos
Cual ahora en el polvo los clavaras.
Sal ya de mi presencia.

María. ¡O rabia!

Blanca. Vete.
Obedece á tu reina.

María. Antes que caiga
El velo de la noche, quien, veremos,
En estos sitios como reina manda.
Salgamos ya, don Juan.

(*Vanse doña María é Hinestrosa.*)

Blanca. ¡Ah! todavia
Triunfa, lo veo, su culpable llama.
¡O maldad! ¡ó traicion! ¡reina infelice!
¡Así don Pedro sus promesas guarda!

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

Don PEDRO, HINESTROSA.

Hin. Calmad, señor, vuestro terrible enojo.
Pedro. No, su audacia tendrá justo castigo.
Harto contuve este rencor inmenso
Que arde en mi corazon. Solo respiro
Venganza ya... Mas ¿dónde está María?
Hin. Sola en su estancia, á su dolor alivio
Procura en vano dar soltando rienda
Al abundoso llanto.
Pedro. Mi cariño
Su pena calmará.
Hin. No; mientras pese
Sobre ella atroz injuria que el ludibrio
La haga del mundo entero, nunca...
Pedro. En breve
Borrado la verás; y si es preciso
Sangre para lavarla, sangre corra.
No, jamás en mi pecho ardió tan vivo
El fuego del amor : nunca tampoco
Con furia tanta aborrecí los grillos
Que mi querer sujetan. De romperlos
Llegó el tiempo. De hoy mas á mi albedrío
Ríndase todo.
Hin. ¿Y quién á contrastaros
Será osado, señor? Esos altivos
Rebeldes nobles la orgullosa frente
Al yugo humillarán temiendo el filo
De la mortal segur. Pronto ocupado
Por las reales tropas el recinto
De Toledo será, y entonces...
Pedro. Todos
Mueran entonces en crüel suplicio
Cuantos de Blanca la defensa osaren
Sediciosos tomar... Solo un arbitrio,
Uno tan solo de mis iras puede
El curso detener. Por este escrito
Disuelto queda mi funesto enlace.
Al gran prelado de Toledo unidos
De Avila y Salamanca los prelados,
Nulo en él lo declaran, y permiso
A entrambos dan para que nuevos nudos
Mas prósperos formemos. Con su signo
Hoy apruébelo Blanca, y lleve luego
Veloz sus pasos al hogar nativo.
Id, pues, y le decid...
Hin. Ella se acerca.
Pedro. Al verla apenas mi furor reprimo.
Solos dejadnos, y marchad en tanto
De María á la estancia. Su afligido
Corazon consolad, y allí esperadme.
(*Vase Hinestrosa.*)

ESCENA II.

Don PEDRO, Doña BLANCA.

Blanca. Cuando ha poco, señor, compadecido
De mi luengo penar, los brazos vuestros
En prenda fiel de conyugal cariño
Os dignásteis abrirme, mal pensara
Que de afrenta y dolor nuevos motivos
En breve me esperaban... Me persuado
Que olvidando fatales extravíos,
Ya lanzásteis de vos al vil objeto
Causa de tantos males; que si altivo
Una esperanza criminal conserva
Que le alienta á pisar aun estos sitios,
Solo su presuncion, no vuestro afecto,
Se la puede inspirar... Mas yo la he visto,
Esa aleve mujer; á mi presencia
Osó mostrarse, y con acento impío
Insultar á su reina... No su muerte
Vengo á pedir, señor, no su castigo.
Viva feliz si puede... Mas un techo
¿Qué digo un mismo techo...? un reino mismo
No nos puede abrigar; y al punto es fuerza...
Pedro. Lo conozco, señora; prevenidos
Tengo vuestros deseos; hoy por siempre
Separadas sereis, y á mis dominios
La dulce calma tornará perdida.
En vos sola consiste.
Blanca. ¿En mí?
Pedro. Este escrito
Fin debe dar á las discordias nuestras.
Firmadlo, pues.
Blanca. ¡O cielos! ¿Qué he leído?
¿Y os atreveis, señor?...
Pedro. Sé cuanto puede
Vuestro enojo decirme : sé que infrinjo
Promesas, pactos, leyes... no pretendo
Disculparme... confieso mi delito...
Soltad rienda al furor... llamadme monstruo,
Alevoso, traidor, bárbaro, impío,
Cuanto querais, en fin... Todo lo sufro,
Todo, como firmeis.
Blanca. ¡Cielos divinos!
¡Con qué dureza el bárbaro me anuncia
Su horrible voluntad...! Si permitido
Fuese romper tan sacrosantos lazos,
¿Que lo hiciera dudais...? Pero sumisos
A un yugo indisoluble, no los hombres,
El cielo solo puede desunirnos.
Pedro. Su voluntad por ellos revelando,

Intérpretes de Dios son sus ministros.
Ya lo veis: tres prelados son, señora,
Los que á la par declaran.
Blanca. ¿Quién ha dicho
Que pueden otorgar lo que prohiben
Leyes y religion...? Solo han cedido
Al miedo... sí... pues saben, si os conocen,
Que es sentencia de muerte el resistiros.
Pedro. Dejad, señora, inútiles discursos.
¿Quereis firmar?
Blanca. Jamás.
Pedro. Pues yo lo exijo.
Blanca. Y yo cuando mi honor así se ultra-
Para salvar mi honor ved cómo firmo. [ja,
(*Rasga el pliego.*)
Pedro. ¡Atrevida!
Blanca. ¿Quereis que roto quede
Nuestro enlace fatal? Un solo arbitrio
Existe.
Pedro. ¿Cuál?
Blanca. Mi muerte.
Pedro. ¿Y quién te dice
Que no está decretada?
Blanca. Medio es digno
De tí, monstruo, de tí, que estás sediento
Siempre de sangre humana. Yo te invito
A derramar la mia.
Pedro. ¡Qué arrogancia!
¿Es este el llanto, el ruego, el artificio
Con que á mis piés no ha mucho os ví mi afecto
Engañosa implorar?
Blanca. ¡Harto he gemido,
Harto ya me humillé...! ¿Verme quisieras
La faz llorosa, con dolientes gritos
Mis penas exhalar, y luego en brazos
De esa feliz rival, ambos reiros
De mi inútil dolor...? No, tal contento
No gozarás... En vano has presumido
Que yo á mi propio deshonor suscriba.
Clava, si lo osas, el feroz cuchillo
En este corazon, pues mis derechos
De hoy mas te juro hasta el postrer suspiro
Resuelta sostener.
Pedro. ¿Y quién, ¡ay triste!
Defenderte podrá?
Blanca. Tus pueblos mismos
Que odiándote me adoran; que indignados
Do quier en mi favor alzarse he visto.
¡Qué seria de tí, si no enfrenara
Yo su justo furor...! Mas tiembla, impío,
Que ya colmada está del sufrimiento
La copa harto profunda, y tu castigo
Acercándose va.
Pedro. ¡Tú me amenazas!
¡Tú, pérfida, trocar en enemigos
A mis vasallos piensas...! Pues bien, rotos
Nuestros lazos están... Solo en tí miro
Una aleve traidora... A Dios te queda.
Probarás mis furores vengativos.

ESCENA III.

DOÑA BLANCA.

Vé, llama á tus verdugos: di que afilen
Sus sangrientos puñales, y asesino
De tu esposa, da al mundo el nuevo ejemplo
De inaudita maldad.

ESCENA IV.

DOÑA BLANCA, DON ENRIQUE, ALBURQUERQUE.

Blanca. ¡Feliz auxilio!
Caballeros, venid: el solo amparo
Que me resta sois vos. De los peligros
Libradme que me cercan.
Enr. ¿Será cierto?
Perjuro el rey en su fatal delirio,
¿Los pactos rompe que á la faz del cielo
Hoy prometió cumplir? De gozo henchidos,
Pueblo, nobles, soldados, ya acudian
Presurosos al templo. Alegres gritos
Pueblan el viento, y por su amada reina
Todos entonan de loor el himno.
Cuando ya mas ansiosos anhelaban
Vuestra vista gozar, un vago ruido
Nace y se extiende que en dolor transforma
El público placer. Do quier oimos
Que la anunciada pompa se suspende;
Que rápidas ocupan el recinto
De esta ciudad las huestes acampadas;
Que la infernal Padilla (no he podido
En mi asombro creerlo) en este alcázar...
Blanca. ¡Ay! harto cierto es por mi mal. La he visto,
Y no en vano insolente de su reina
Las iras despreció... Don Pedro... oirlo
No podreis sin horror... don Pedro alzarla
Hoy pretende á su trono, y con indigno
Baldon lanzarme de él... Solo ha un instante
Que aquí se hallaba, y á mi afrenta quiso
Suscribiese yo misma. En ese pliego
Que por el pavimento hora esparcido
En pedazos mirais, la vil propuesta
Osó hacer de divorcio... Enfurecido
Con mi justa repulsa, amenazando
Muertes se retiró... Si vuestro auxilio,
O nobles castellanos, ampararme
Puede en tanto dolor, ¡ah! yo os suplico...
Alb. ¡O monarca imprudente! ¡Cuántos males
Por tu amor criminal causados miro!
¡O Castilla infeliz!

Enr. Todos recaigan
Sobre su frente odiosa. Harto sufrimos,
Harto esperamos ya. Con él no puede
Otros pactos haber mas que el temido
Y poderoso acero. Venid, reina,
Vereis cual generoso en vuestro auxilio
Acude un pueblo todo, y derramando
Por vos su sangre...
Blanca. No... tan solo os pido
Salveis mi vida... De este alcázar luego
Sacadme, y me llevad... ¿dónde...? el destino
Lo dispondrá despues.
Alb. No los instantes
Malogremos así. Crece el peligro.
Por los anchos salones del palacio
De armas escucho el temeroso ruido
Sonar y dilatarse... Vamos... ¡Cielos!
Quizá no es tiempo ya. Llegarse miro
Al pérfido don Juan acompañado
De numerosa guardia.
Enr. ¡O Dios!
Blanca. No quiso
Que me salvara el cielo... Pues lo manda,
Con mi bárbara suerte me resigno.

ESCENA V.

DICHOS, HINESTROSA, SOLDADOS.

Blanca. Don Juan, ¿qué es esto? ¿A qué de tantas armas
El bélico aparato? ¿Ya conmigo
Qué es lo que falta hacer?
Hin. Falta, señora,
El ser vos infeliz, serlo yo mismo,
Pues vengo á acrecentar vuestras desgracias.
Blanca. No es nuevo en vos, don Juan, el ser ministro
Para mí de desdichas; y la sangre
Que corre en vuestras venas, el camino
Sabe ya de ofenderme.
Hin. ¿De un monarca
Quién resiste al poder? ¿Y quién, sumiso,
De su justo furor no teme el rayo?
Blanca. Está bien... ¿qué quereis?
Hin. Al celo mio
Vuestra guardia de hoy mas fia don Pedro;
Y de rebeldes grandes, precavido,
Frustrar queriendo la insolente audacia,
Manda que luego á mas seguro sitio...
Blanca. No prosigais, entiendo... ¡O cielo santo!
¡A tanta humillacion me has reducido!
¡Como vil criminal yo entre prisiones...!
Mas no importa... valor... Don Juan, ya os sigo.
Enr. Tened, señora; mientras viva Enrique
Nunca consentirá...
Hin. Conde, no altivo
Las órdenes sagradas del monarca
Intenteis resistir.
Enr. Donde hay inicuos
Que oprimem la virtud, hay pechos nobles
Que defenderla saben.
Hin. Y hay castigos
Que destinan los reyes irritados
A vasallos rebeldes y atrevidos.
Alb ¿Olvidan que en Castilla el noble [supo
Siempre enfrenar con invencible brio
Sus torpes demasías?
Hin. Vuestra audacia
Es inútil aquí. Si á los designios
Del rey os oponeis, tengo soldados,
Armas tengo.
(*Don Enrique saca la espada y se coloca delante de doña Blanca.*)
Enr. Venid, y antes al filo
Moriréis de mi espada.
Blanca. Deteneos.
Hin. ¡Soldados!
Blanca. No... no mas... Conde, yo estimo
Ese noble ardimiento que en defensa
De una infeliz mostrais; mas si es preciso
Para salvarme yo que sangre corra,
Morir prefiero... Sí; pues solo vivo
Para daño comun, pues que funesta
Soy á vos, á Castilla, el sacrificio
De mi vida es forzoso: el mismo cielo
Lo decreta... ¡Feliz si así consigo
Dar fin á tantos males...! Don Juan, vamos:
La víctima se entrega á su destino.
(*Se abre paso por entre las guardias. Don Enrique quiere seguirla; pero los soldados se ponen delante, y solo se retiran despues de dichos los primeros versos de la escena siguiente.*)

ESCENA VI.

DON ENRIQUE, ALBURQUERQUE.

Enr. No, no he de consentir... En vano, infames,
Cerrais el paso; que el acero mio...
Alb. ¿Adónde vas, Enrique...? Sin salvarla
A perecer te expones: no el camino
Es ese que hora la prudencia dicta.
Enr. ¿Vos mi ardor enfrenais?
Alb. No: dirigirlo
A mas seguro fin solo pretendo.
Sigueme, ven, huyamos de este sitio
Do seguros no estamos. A las armas
Apelemos por fin: fuertes caudillos,

Guerreros valerosos, han jurado
Defender á su reina : de cumplirlo
El instante llegó. Verás al punto
Cuál de noble furor enardecidos
Al combate se lanzan. De Toledo
El belicoso pueblo en nuestro auxilio
A alzarse pronto está : ya murmurando
Las luengas calles inundar le vimos
Al incierto rumor del nuevo ultraje
Que á su reina se hacia : su indeciso
Valor corramos á inflamar.
Enr. Sí, vamos;
Y alzando todos el tremendo grito
De venganza y furor, tiemble don Pedro;
Suelte la presa que en infames grillos
Hoy pretende oprimir : cumpla sus pactos;
Y cuando no... Jamás el pecho mio
Ardió con tal furor... Si quiere sangre,
Juro de ella saciarle... Este recinto
Sus férreas puertas mirará postradas,
Caer sus defensores á los filos
De las espadas nuestras; y entre horrores,
A la prision de Blanca senda abrirnos.

ESCENA VII.

Dichos, Don PEDRO, Guardias.

Pedro. ¡Don Enrique!
Enr. ¡Perjuro! ¿Así tus pactos
Cumples, hombre sin fe?
Pedro. ¿Qué es lo que miro?
¿Osais, traidores, en mi propio alcázar
La espada desnudar? ¿Quién atrevido
Tal desacato intenta? Pues ¿no sabe
Que seguirá á su crímen su exterminio?
Enr. No me arredran tus iras cuando acudo
A amparar la inocencia. ¿Qué designio
Es el tuyo, responde? ¿Qué de Blanca
Hoy pretendes hacer?
Pedro. ¿Y quién, altivo,
Tanta audacia te da que en juez pretendes
De tu rey erigirte? ¿En estos sitios
No soy señor de todos?
Alb. No; las leyes
Mandan aun mas que vos. Blanca su auxilio
Reclama, ¡y lo tendrá!
Pedro. Las leyes solo
Existen para dar justo castigo
A traidores cual tú; y á falta de ellas,
Mi espada... Pero no... Tomar confio
Mas cumplida venganza; y vuestro orgullo
Humillaré primero... ¿A yugo indigno
Atar me pretendeis...? Pues bien, sabedlo :
Esa infausta mujer que resisto
Ya siquiera á nombrar, á quien aclama
En mengua mia criminal partido,
Nada es ya para mí.
Alb. ¡Cómo...! ¡La reina!
Pedro. ¡Reina...! Dejó de serlo... Al trono hoy mismo
Otra mas digna subirá.
Enr. ¿Quién?
Pedro. Vedla.
(*Señalando á doña María, que acude presurosa por la puerta del foro.*)
Enr. ¡María!
Alb. ¡Justo Dios!

ESCENA VIII.

Dichos, Doña MARIA.

María. Nuevos peligros,
Señor, os amenazan. De Toledo
Do quier al pueblo murmurando he visto
Las calles recorrer : el viento pueblan
Airadas voces, sediciosos gritos,
Que á Blanca piden.
Pedro. Impotente furia,
Que debo despreciar... Despavoridos,
Todos al ver mi aterrador semblante
Huirán al punto.
Alb. No; que embravecido,
Si se alza el pueblo los tiranos tiemblan.
Pedro. No tiembla el rey don Pedro; los inicuos
Al oirme nombrar hunden medrosos
En el polvo las frentes... Tú, conmigo
(*A doña María.*)
A venir te prepara. Eres mi esposa,
Y cual reina Castilla al lado mio
De hoy mas te mire, y te respete, y tema
Tu poder y mi enojo.
Enr. ¿Envilecidos
A tanto extremo tus vasallos juzgas
Que asi la infamia admitirán sumisos?
Pedro. ¿Viles ú honrados qué me importa? Solo
Que callen, tiemblen y obedezcan pido.
Enr. Tiemblan ante la ley; mas de un tirano
No saben tolerar ciegos caprichos.
Pedro. Sabrán morir si obedecer no saben :
Y tú el primero... Ven... Ahora mismo
Ante ella humíllate.
Enr. ¿Quién...? ¿Yo...? ¡Malvado!
Si una mujer no fuese, si mis brios
La ley de caballero no enfrenase,
Hora mis manos del oprobio indigno
Con que su torpe vida á España cubre
En su sangre vengaran.
Pedro. ¡Atrevido!
¿A tanto llega tu insolencia?
María. ¡O cielos!

Amparadme, señor: sin vuestro auxilio
Ellos me matarán.
Pedro. Antes rodando
Sus cabezas verás, y su castigo
Servir de espanto á los traidores... ¡Guardias!
Prendedlos á los dos, y en el castillo
Su suerte aguarden... ¡Qué...! ¿Temblais...? ¡Cobardes!
Pues yo mismo sabré...
Enr. Tente; me rindo.
(*Arroja la espada.*)
Toma mi espada; que ocasion no quiero
Darte á que el trono con atroz delito
Nuevamente mancilles... Mas escucha:
Mi sangre, la de Blanca, en tu delirio
Acaso verterás; otros furores
Marcando seguirán el curso impío
De tu infausto reinado; mas en premio,
La justa execracion que á los inicuos
Reserva el mundo, perdurable infamia,
Y aciago, horrible fin, este destino
Tu destino será. Yo, en tanto, pura
Mi fama dejaré; y al vil suplicio
Subiendo sin pavor, por la inocencia,
Por la virtud, diré, glorioso espiro.

ESCENA IX.

DON PEDRO, DOÑA MARIA.

Pedro. Sí, morirás, yo te lo juro: en vano
Es tu sangre mi sangre; ya el camino
Aprendí de verterla, y de Fadrique
El desastroso fin... Jamás tranquilo
Vivir conseguiré mientras exista
Uno de estos bastardos, viles hijos
De criminal pasion... A ser me arrastran
Crüel á mi pesar cuando el designio
Forman de separarnos... Mas su audacia
Bien cara pagarán tus enemigos.
María. El os juran mi muerte.
Pedro. Y yo la suya.
María. Castilla los sostiene.
Pedro. Su exterminio
Así provoca.
María. No: tantas venganzas
Me horrorizan, señor. Con vos olvido
Mis agravios.
Pedro. Yo no.
María. Dejad que huya
Lejos de este lugar.
Pedro. ¿Por qué?
María. El destino
Lo decreta. ¿Quereis por mi los votos
De todo un pueblo contrastar?
Pedro. ¿No digo
Que reinarás?
María. No, no... Ya solo aguardo
La muerte.
Pedro. ¿Tú?
María. Si un punto aquí subsisto
Vereis mi cuerpo hecho pedazos.
Pedro. Calla.
No me enfurezcas mas; porque imagino
Que implacable seré... Tu voz me hiere
Cual agudo puñal... ¿Yo consentirlo..?
¿Yo dejar que perezcas...? No... Primero...
¡O pensamiento atroz...! ¿Lo quieres...?
Dilo y al punto... [Dilo...
María. ¿Qué?
Pedro. Mando que vivas,
Mando que reines... Soy don Pedro... exijo
Que respondas... ¿Lo quieres?
María. Lo que quiero
Es que vivais dichoso.
Pedro. Si no vivo
Contigo, nunca lo seré.
María. Con otra
Debeis vivir.
Pedro. ¡Con otra...! La abomino.
Ella anhela mi ruina, ella tu muerte...
Sin ella .. ¡Ah! Tú lo quieres.
María. ¿Yo...? No digo
Que tal hagais.
Pedro. No sé qué cruel ponzoña
Arde en mi corazon... ¡Ah! yo deliro...
Aquí mi dicha... allí... por todas partes
Donde la vista tiendo, solo miro
Ella y tú... Mi poder, mi amor lo exigen...
Mas ¡ó terror...! no... no... ¿La he proferido
Esa sentencia atroz?
María. Yo me estremezco.
Pedro. Ya es forzoso acabar... un mismo
A dos rivales abrigar no puede. [sitio
Tú la reina serás.
María. No.
Pedro. Ya está dicho.
María. ¡Dicho...! Me horrorizais.
Pedro. ¡Penoso esfuerzo!
(*Sentándose.*)
¡Cuál me ha costado!
María. ¡O Dios!
Pedro. Ya estoy tranquilo...
Sí... tranquilo... insensible... debo estarlo...
Lo estoy... ¡Mas ay de mí...! ¿qué oigo...?
[este ruido...
(*Oyese dentro ruido de gentes.*)
¡O cielo vengador!
María. Sin duda el pueblo...
Pedro. ¡Siempre el pueblo!

ESCENA X.

Dichos, HINESTROSA, Soldados.

Hín. Señor, todo perdido
Está si no acudís... Arde en Toledo
De horrible sedicion el fuego impío.
Trastamara, Alburquerque libertados,
Del furioso motin son los caudillos.
Pedro. ¿Libre el conde...? ¡O furor...!
[¿Cómo...? ¿quién pudo...?
Hín. No lejos de este alcázar circuidos
Por turba inmensa vuestros fieles guardias,
Y en su sangre dejando el suelo tinto,
De entre sus lanzas arrancar se vieron
A entrambos presos, que en el punto mismo
Vengativas espadas empuñando,
Con feroz ademan y horribles gritos
Corren, se agitan, amenazan, truenan,
É ilusos mil arrastran seducidos
Por su ciego furor. Los nobles todos
Unen sus huestes, y al escaso brillo
Del moribundo dia, los aceros
Cerca relumbran de este augusto asilo.
Todo es desórden, confusion... Yo en tanto
Al rumor acudiendo del peligro... [alcázar
Pedro. ¡O imprudencia fatal! ¡Y de este
Permití que los dos salieran vivos!
¡Y aquí mi espada con seguro golpe
No puso justo fin á sus delitos!
Mas no importa... Venid... Si menos pronto,
Mas tremendo va á ser hoy su castigo.
Huid, remordimientos... torpes dudas,
Huid... Ya á mi venganza permitido
Todo, todo va á ser... Don Juan, seguidme.
Las órdenes tremendas que en sigilo
Os voy á confiar, cumplid al punto...
¡Y ay de vos si tardais...! Yo, reunidos
Mis fieles partidarios, en la sangre
A apacentarme voy de esos inicuos.
Tiemble Castilla; y en el orbe todo
De hoy mas sirva de espanto el nombre mio.

ACTO QUINTO.

Es de noche: el teatro está solo alumbrado por una lámpara.

ESCENA PRIMERA.

Doña MARIA.

¡O duda atroz! ¡incertidumbre horrible!
Crece el furor de la mortal pelea;
Y el estruendo confuso de las armas
Do quier en torno del alcázar suena.
¡Cielos! ¿quién vencerá...? ¿Será que inútil
Brille, don Pedro, tu valor...? No: teman,
Teman esos rebeldes de tu acero
Los vengadores filos: sus cabezas
Al suelo caerán... ¡Vana esperanza!
¿Quién de un pueblo traidor que se subleva
El ímpetu resiste...? ¡O rabia...! ¿Y cuando
De tan largo afanar la recompensa
Ya llegaba á tocar, arrebatada
La veré de mis manos; y, soberbia,
Mi rival triunfará...? Morir primero.
De esta duda crüel que me atormenta
Salgamos... Voy... ¡don Juan...! ¡Ah! del
Vos me podreis decir... [combate

ESCENA II.

Doña MARIA, HINESTROSA.

Hín. ¿Qué es eso...? ¿tiemblas?
María. Fuerza es temblar cuando peligran
Mi poder y mi vida. [juntos
Hín. Ambos hoy quedan
Asegurados ya.
María. ¿Triunfa don Pedro?
Hín. Lo ignoro.
María. ¡Qué! ¿de la fatal contiend
Acaso no salís?
Hín. Otros cuidados,
No el combatir, ocupan mi prudencia.
¡Necio quien solo su fortuna fia
En las dudosas armas...! Lid incierta
Dos horas ha que se prolonga: en vano
Tiende la noche el velo; siempre suena
El belicoso estruendo que difunde
Su horror en el alcázar. Hueste inmensa
De aguerridos soldados defendia
Con heróico valor sus férreas puertas;
Mas si es menor de los rebeldes nobles
El armado escuadron, le sigue ciega
Rabiosa turba de alterada plebe
Que riesgo y muerte en su furor desprecia
Pues ya don Pedro no logró ahuyentarla,
Temo que al fin á sus furores ceda.
María. ¡Cielos!
Hín. No importa: vencedor, vencido,
Tuyo es don Pedro ya: tú sola reina
Hoy serás de Castilla.
María. Hablad... ¿Qué oscuro
Arcano...?
Hín. Blanca...
María. ¿Qué rumor?
Hín. Se acercan
Aquí los combatientes: mis recelos
Cumpliéronse sin duda.
María. ¡Ay, triste!

Hin. Alienta.
María. ¿Dónde me esconderé?
Hin. Don Pedro viene:
Él te sabrá salvar.

ESCENA III.

DICHOS, DON PEDRO, SOLDADOS.

Pedro. ¡O suerte adversa!
¡Vencido yo...! ¡Don Pedro por traidores
Mira rendir su poderosa diestra!
Corto será, malvados, vuestro triunfo;
Y en breve mi venganza...
Hin. Horrible sea:
Que no con la clemencia, con cadalsos
Á rebeldes vasallos se sujeta.
Pedro. Sí, temblará Castilla: al rey don [Pedro
No conocen aün: por su insolencia
Gracias les doy; pues que la rienda odiosa
Rompen así que mi rencor enfrena.
Merced á su traicion, puedo en su sangre
Bañarme á mi placer.
María. ¡Ah! mas la vuestra
Pueden antes verter: señor, salvaos;
Que ya se acercan, y...
Pedro. Mujer, no temas.
Lleguen; que aquí mi amor ya les prepara
El dulce galardon que tanto anhelan.
¿A Blanca quieren...? La tendrán... ¿Cum- [pliste
Mis órdenes, don Juan?
Hin. Cumplidas quedan.
Pedro. Pues bien, no tardes, vuela: en [el instante
Aquí esa aleve conducida sea.
Ábranse luego á la rebelde turba
Las puertas de este sitio, y su defensa
No mas prolonguen los escasos restos
De mi fiel escuadron. Marcha.
(*Vase Hinestrosa con algunos soldados.*)

ESCENA IV.

DON PEDRO, DOÑA MARIA.

María. ¿Qué intentas?
Señor, ¿así de mi rival el triunfo
Pretendes coronar? ¿Así la entregas
A los que tu poder fieros burlando?...
Pedro. Sí, se la entregaré; mas será [muerta.
¿Dudas ya de mi amor?
María. No; mas si logran
Esos rebeldes nobles...
Pedro. ¡Que no pueda
Hora aquí mismo juntos, y en un tiempo
Inmolarlos á todos! ¿Y me es fuerza
Con pausada venganza uno por uno
Irlos matando?
María. Esa esperanza aleja.
Suyo es el triunfo... tú serás su esclavo...
Y un vil cadalso, ¡ó Dios! á mí me espera.
Pedro. Desecha ese temor: si tal aguardan,
Mal han pensado: por ignotas sendas
A mas seguro sitio este palacio
Pronto nos llevará.
María. ¡Cuánto te cuesta
Mi amor!
Pedro. No importa; que á pesar de todos,
Mia, mia serás.
María. ¡Vanas promesas!
Tu mano, tu poder, todo es de Blanca.
Pedro. Suya es solo la tumba... Su senten- [cia
Está ya pronunciada... Aquí, aquí mismo
Hora la mirarás postrada, yerta,
Hecha cadáver.
María. ¡Cielos!
Pedro. Sí; lo dije,
Y nunca en vano mi venganza truena.
¿Pues no lo saben ya...? ¿Tan pronto olvidan
De Leonor, de Fadrique la sangrienta
Espantosa catástrofe...? ¿No han visto
A mi hermano infeliz tendido en tierra
Por mil heridas despidiendo el alma,
Y yo gozarme en la terrible escena?
María. ¡Qué horror...! Por Dios, callad.
Pedro. ¡Qué...! ¿te horrorizas?
Bien puedes... sí... bien puedes... Si supieras
Cuántas víctimas... No; ni edad, ni sexo,
Ni clases, nada perdoné: mi diestra
Instrumento de rabia, una y mil veces
En sangre se bañó... Mírala y tiembla.
María. ¡Ay, cielos! Apartad... que en ella pienso
Ver un cuchillo que á mi pecho asesta.
Pedro. ¿A tu pecho...? ¿quién...? ¿yo...? Sí... no te fies.
De todo soy capaz... Fiero anatema
Cayó al nacer sobre mi frente, y llevo
Grabado el sello del furor en ella.
A ser espanto de los hombres todos
El cielo me lanzó sobre la tierra;
Y en la futura edad, ¡ó Dios! ¿qué fama
Igualará jamás mi fama horrenda?
(*Se deja caer fuera de sí en el sillon.*)
María. ¡Palidece...! ¡desmaya!
Pedro. Un repentino
Involuntario horror...
María. ¡Cuál le enajena
Un funesto delirio!
Pedro. Siento el suelo
Temblar bajo mis piés... ¡Cielos...! ¡Son ellas!
(*Se levanta despavorido.*)
María. ¿Quiénes?
Pedro. ¿Las ves...? ¿las [ves...? Todas unidas
Se abalanzan á mí.
María. ¡Don Pedro!
Pedro. Deja,

Deja que huya veloz.
María. Mirad que es solo
Una ilusion.
Pedro. No .. no... que ya se acercan...
Todo es realidad... Son ellas, digo.
María. ¿Mas quién? [sangrientas,
Pedro. ¿No las conoces...? ¿Sus
Sus profundas heridas, no te dicen
Quiénes son...? Son mis víctimas... Tremen-
En torno mio con furor se agitan. [das,
María. ¡Que así, señor, vuestra razon
Volved en vos. [se pierda!
Pedro. ¡María...! ¿Tú...? ¿Qué es esto...?
Pensé... ¡Fiera ilusion...! ¡Oh! ¡qué flaque-
¿Mas Blanca? [za...!
María. ¡Blanca!
Pedro. Sí... Do está... Ve... corre...
Acaso es tiempo aün... ¡Cielos! ¡Es ella!
(*Al salir doña Blanca.*)

ESCENA V.

DICHOS; DOÑA BLANCA, CONDUCIDA POR SOLDADOS.

Blanca. ¿Dónde me conducís...? ¿O Dios...! ¡Don Pedro!
Pedro. ¿Qué hace aquí esa mujer...? ¿Por qué traerla?
¿Quién os lo manda...? ¿quién...? Sacadla.
Blanca. ¿Acaso
Me llevan á morir?
(*Oyese dentro ruido de hombres y de armas, algo lejano.*)
María. ¿Oís cual suena
El belicoso estruendo?
Pedro. ¿Quién se atreve...?
¡Esos rebeldes son!
Voces. (*Dentro.*) ¡Viva la reina!
¡Viva Blanca!
Blanca. ¿Qué escucho?
Pedro. ¡Ah! que esas voces
En mí los odios y el furor renuevan.
Blanca. ¡Señor!...
Pedro. ¿Quién eres tú, dime, quién eres,
Pérfida, á cuyo nombre infanda guerra
Mueven contra su rey los pueblos todos?
Funesta causa de discordias, llega,
Llega y verás cuál recompensa alcanzan
Conmigo los traidores.
María. Ya se acercan.
Señor, ¿qué haremos...? ¡ay! huyamos.
Pedro. Tente.
María. ¿Qué pretendeis hacer?

ESCENA VI.

DICHOS, HINESTROSA, SOLDADOS DE DON PEDRO.

Hin. Señor, apenas
Un momento teneis... Huid en tanto
Que estos pocos valientes la fiereza
Aquí del bando vencedor atajan.
Voces. ¡Viva Blanca!
(*Dentro, pero mas cerca que antes.*)
Hin. ¿No oís?
María. ¡Cielos!
Pedro. Que vengan.
Salva á María tú. (*A Hinestrosa.*)
Hin. Sigue mis pasos.
(*A doña María.*)
María. ¿Y vos, señor, y vos?
Pedro. Vete y no temas.
Yo los haré temblar.
(*Vanse Hinestrosa y doña María.*)

ESCENA ULTIMA.

DON PEDRO, DOÑA BLANCA, DON ENRIQUE, ALBURQUERQUE, NOBLES CASTELLANOS, SOLDADOS DE DON PEDRO, SOLDADOS DE DON ENRIQUE, PUEBLO.

(*Salen don Enrique y los suyos precipitadamente por el foro con las espadas desnudas. Algunos del pueblo llevan hachas encendidas. Los soldados de don Pedro se colocan á un lado del teatro dispuestos á defenderlo. Todo lo restante del escenario está ocupado por los demás personajes, formando varios grupos.*)

Enr. Venid, amigos:
Al justo cielo nuestra noble empresa
Le plugo coronar; triunfó á lo menos
La virtud una vez. Hé aquí á la reina.
Vedla ya libre... ¡Viva Blanca!
Todos. ¡Viva!
Blanca. ¡O cielos! dadme que mi acento
Su furia contener. [pueda
Pedro. Llegad, traidores.
En breve con horror verá la tierra
Cómo don Pedro á los rebeldes cede.
Blanca. ¿Qué es esto, caballeros? ¿Dónde
Ese atrevido ardor? ¿Cuál enemigo, [os lleva
La patria amenazando, á la pelea
Os lanza presurosos, y el acero
Os obliga á esgrimir? ¿Qué sangre es esa
Que vuestras armas tiñe? ¿Por ventura
Es sangre de agarenos?
Enr. Sangre es esta

De vuestros ofensores. Lo juramos,
Y supimos cumplirlo, en la defensa
Vuestra morir, ó la cadena infame
Que os oprime romper.

Blanca. ¿Y quién en mengua
De mi fama y honor, el nombre mio
Cual vil pretexto á rebelion proterva
Os alienta á tomar?

Enr. Vuestro honor mismo,
El honor de Castilla Venid, reina,
Y dejad á ese monstruo: un pueblo todo
Idolatrando en vos, fiel os espera.

Blanca. No, que el deber aquí quedar me [impone.

Enr. ¡Ah! la muerte tal vez...

Blanca. No me amedrenta.
Morir primero que con vil delito
Empañar mi virtud.

Pedro. Pues satisfecha
En breve quedarás... Sí... muy en breve...

Enr. ¿Lo oís, señora...? Si el deber os veda
Nuestros pasos seguir, tambien nos manda
Del peligro salvaros.

Blanca. ¿Y qué intenta
Vuestro ardor criminal? ¿De aquí arrancarme?
No, no será. Don Pedro, á vos se entrega
La triste Blanca, decretad su suerte.

(*Va á colocarse al lado de don Pedro.*)

Pedro. ¡Tu suerte...! Ya lo está.

Enr. No, de esa ciega
Fatal obstinacion, es fuerza, amigos,
Salvarla á su pesar.

(*Don Enrique y los suyos hacen ademan de acercarse á doña Blanca; esta, que se halla asida á don Pedro, le arranca la daga y se vuelve con ella hácia los nobles.*)

Pedro. ¿Qué haces?

Blanca. Mi diestra,
Si dais un paso mas, con esta daga
Me pasa el corazon.

Todos. ¡Cielos!

Blanca. Resuelta
Estoy, lo juro... Pero no, mi acento
Calmará vuestra furia y á la senda
Os volverá de honor... Venid, sumisos
Probad á vuestro rey...

Enr. ¡Virtud funesta!

Alb. ¡Virtud sublime! ¿Quién podrá á su imperio
Resistir despiadado? ¿El alma vuestra
Será acaso, señor?

Pedro. ¡Que á pesar mio (*Aparte.*)
Logre...! ¡Maldita compasion...! no... queda,
Queda aquí dentro... ocúltate... no grites
Cuando ya no eres útil.

Blanca. Ved á aquella
Orgullosa enemiga á quien traidores
Cual fiera causa de discordia eterna
Os quisieron pintar: así tan solo
Mueve la rebelion, así se venga.

Pedro. ¡Bárbaro yo! [Acaso

Blanca. ¡Qué...! ¿suspirais...?
Sensible á mi desgracia... ¡Ah! si me fuera
Dado gozar aun... Sí, sí, que el alma
A la esperanza se abre y dichas nuevas
Se promete obtener... Será por poco...
Lo conozco... el dolor ya la carrera
Atajó de mis dias... al sepulcro
En breve bajaré... Siento mis fuerzas
Desfallecer... y acá dentro del pecho
Me consume un ardor... ¡Cuál me atormentan
Fieros dolores...! ¡Santo Dios!... ¿qué es [esto...?
¡Yo me siento morir!

Alb. Vuestra clemencia
Ponga, señor, un término á sus males.

Pedro. No... que no es tiempo ya.

Alb. ¿Cómo?

Pedro. En sus venas
Corre la muerte.

Todos. ¡O Dios!

Blanca. ¡Ay!

(*Da un grito, vacila y se deja caer en brazos de Alburquerque y de otros ricos-hombres. Don Enrique se llega á examinarla.*)

Enr. ¡El veneno! (*Espantado.*)

Pedro. Estremeceos... sí.

Todos. ¡Maldad horrenda!

Pedro. ¡Qué...! ¿no me la pedís...? ¿La reina acaso
No es esa que anhelais? Pues bien, tenedla.
A Dios... Don Pedro á sus rebeldes pueblos
Esa prenda de amor ahí les deja.

(*Vase precipitadamente atravesando por medio de sus soldados.*)

Alb. ¡Crímen atroz!

Todos. ¡Venganza!

Enr. Sí, lo juro:
Nunca el acero dejará mi diestra,
Hasta que justa pena al monstruo dando,
Blanca vengada quede... ¡A la pelea
Por nuestra libertad, por nuestras leyes!
¡Guerra al tirano, castellanos!

Todos. ¡Guerra!

RODRIGO,

TRAGEDIA ORIGINAL EN CINCO ACTOS.

PERSONAS.

FLORINDA.
RODRIGO, rey de los godos.
El Conde Don JULIAN.
TEODOFREDO, prometido esposo de Florinda.
TULGA, ministro del rey.
EGERICO, parcial del conde.
TARIF ABENZARCA, caudillo de los moros.
Guerreros godos y musulmanes.

La escena es á orillas del rio Guadalette.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una magnifica tienda real enteramente abierta por el fondo: mas allá se ve el campamento de los godos; y á lo lejos el rio Guadalete y la ciudad de Jerez. Dentro de la tienda, á la derecha del actor, habrá un trono.

ESCENA PRIMERA.

El Conde Don JULIAN, TEODOFREDO.

Jul. Ya de nuevo sus huestes ordenando,
El rey nos llama á la mortal contienda:
Ven, Teodofredo, ven; y la victoria
Hoy deba España á tu valiente diestra.
Mas ¿qué miro? Turbado y silencioso
A la voz del honor inmóvil quedas;
Cobarde palidez tu frente cubre,
Y suspirar te escucho... ¡Qué! ¿flaquea
Acaso tu valor?
Teod. Jamás el miedo
Mi pecho conoció: sobradas pruebas
Dí de mi aliento al moro, y este brazo
Aun con su sangre enrojecerse espera;
Mas no sé qué fatal presentimiento,
O conde don Julian, el alma aterra,
Que alejarle procuro, y me persigue
Presagiando desgracias y miserias.
Jul. Y ¿qué desgracias recelar podemos
Cuando propicio el hado se nos muestra?
En vano el moro con inmensa hueste
Osado pisa la española tierra:
Ese torrente asolador un dique
Encuentra ya do su furor se estrella,
Y de Jerez los campos serán tumba
Do quede sepultada su soberbia.
No empero fácil la victoria el cielo
Nos quiere conceder: la lid horrenda
Cinco luces ha ya que se prolonga
Con dudosa fortuna; por do quiera
Se mira en torno el lastimoso estrago
De la muerte feroz; montes se elevan
De insepultos cadáveres, y el Lete
Tintas en sangre al mar sus ondas lleva.
¡Ah! si la noche ayer de tus hazañas
El curso vencedor no suspendiera,
Himnos de triunfo y paz hoy sonarian,
No ya el clamor de furibunda guerra.
Deshechas por tu espada victoriosa
Vió el soberbio Tarif sus huestes fieras,
Y próximo á su ruina, le salvaron
La oscuridad, su fuga y la tormenta.
Mas ¿qué puede un contrario ya abatido?
Muéstrate solo y la victoria es nuestra.
Teod. Nuestra seria ya si cual un tiempo
Terrible el godo en las batallas fuera,
Si aun en su pecho ardiese el valor noble
Con que venció á los dueños de la tierra.
Mas ¡cuán otro es ahora! Ya las armas
Son vano adorno en él, no son defensa;
Y mientras de oro recamadas brillan,

Pesadas caën de su débil diestra.
Disponer una lid, asaltar muros,
Son ejercicios que olvidados deja
En torpe ociosidad : no denodado
Con noble afan á los combates vuela ;
Vuela, sí, á los festines licenciosos
Do ostenta su molicie envuelto en sedas,
Y en lugar de aguerridos escuadrones,
Solo sabe vencer á una belleza.
Muerto para el honor, público alarde
Hace del crímen, la virtud despreeia,
Huella la religion. Cansado el cielo,
Sobre España las hordas agarenas
Lanzó en justo castigo, y nos conduce
Al punto en que su cólera funesta
Disuelve los imperios corrompidos
Y al seno de la nada los despeña.

Jul. ¡Acerbo fruto del atroz reinado
Con que Vitiza desolara á Iberia!
Principio entonces la desgracia tuvo
De este suelo infeliz : vicios, licencia,
Cobarde olvido del honor primero
Y torpe corrupcion, la herencia es esta
Que nos dejó al caer. Vino Rodrigo.....
¡Ah! si fuese el valor la sola prenda
Necesaria en un rey, quizá la patria
Aun recobrara su perdida fuerza.
Mas solo en los combates animoso,
Su mano sin poder rige inexperta
El timon del Estado. Las pasiones
Nunca su ardiente corazon refrena :
Quizá temblando con presagios tristes,
Detiénese del vicio en la carrera;
Mas luego á impulsos de falaz consejo,
Con mayor ceguedad lánzase en ella.
¡O cuántos ya de su imprudente orgullo
Probaron los efectos! Su insolencia
Ni respeta á los nobles, ¡almas viles,
Que solo exhalan su dolor en quejas!
Al conde don Julian tales ultrajes ;
No han podido alcanzar : aün se muestra
Mi frente sin rubor ; mas si algun dia....
Basta : el rey nos aguarda. A la pelea
Corramos, Teodofredo : allí tu brazo
Dé la victoria á España ; allí merezca
Tu amor el dulce premio que destino
A tu heróico valor.

Teod. ¡Ah! si pudiera
En mi pecho extinguirse el fuego sacro
De patriótico amor, tal recompensa
Diérame sola irresistible esfuerzo.
Sí, tú, Florinda, á la mayor empresa
Bastaras á guiarme.

Jul. Y tú tan solo
Digno eres de Florinda : aün se alberga
En tu alma la virtud que desterrada
Huyó de entre los godos : tú en las sierras
De la áspera Cantabria te educaste
Libre del vicio que en la corte reina.
Tuya será Florinda. — Hija querida,
Modelo de virtud y de belleza,
Objeto de mi amor, por quien gustoso
Bienes, vida y poder, todo perdiera,
¡Ah! tu padre por fin hallarte esposo
Supo digno de tí : no entre la inmensa
Turba falaz de inicuos palaciegos
Que anhelan tu beldad. ¡Yo consintiera
Fiar tu dicha á quien se emplea solo
En corromper la cándida inocencia,
Y esquivando tu amor y tus halagos
Con viles cortesanas confundiera
A su esposa infeliz!... ¡Ah! no : primero
Que ver tu deshonor te quiero muerta.

Teod. Perezca yo si su virtud un punto
De tal suerte ultrajase : sí perezca
Hoy al furor del agareno alfanje
Si mi amor algun dia... — Pero suena
Un confuso rumor... Las tropas todas
Vuelven al campo y presuroso llega
Tulga á este sitio.

ESCENA II.

DICHOS, TULGA.

Tulga. Generoso conde,
Teodofredo valiente, la pelea
Hoy se suspende, y nace la esperanza
De venturosa paz : con impaciencia
Ya de la fiera lid nuestros soldados
La señal esperaban ; mas se aterra
Con su aspecto marcial, medroso el moro,
Y la oliva pacífica nos muestra.
La tregua está aceptada y Tarif mismo
A tratar con el rey aquí se acerca.

ESCENA III.

DICHOS, RODRIGO, NOBLES, GUERREROS.

Rod. Nobles godos, guerreros esforzados,
Por fin el dia suspirado llega
En que tras tanto afan, dichosa España
De los hijos de Agar libre se vea.
Huyendo ya de nuestro ardor bizarro,
El africano en breve á las arenas
Tornará de la Libia : en los desiertos
Esconda allá su miedo y su vergüenza ;
Y si mas tiempo resistir osare
Hoy su sepulcro nuestros campos sean. —
Dad entrada á ese moro.

ESCENA IV.

DICHOS, TARIF, GUERREROS MOROS.

(*Rodrigo sube al trono donde permanece rodeado de guardias y de los nobles godos. Los soldados se colocan en frente. Sale Tarif: los moros que le acompañan se quedan en el foro, excepto algunos que se adelantan con él hácia el proscenio.*)

Tarif. Antes que llegue
La ruina inevitable que os espera,
He querido, cristianos, de mi saña
Los rayos suspender. El gran Profeta
Que aquí guió mis armas vencedoras,
La compasion me manda á par que fuerza
Me infunde irresistible. Ved su imperio
Cual nace humilde en la apartada Meca,
Y rápido creciendo, las naciones
Le doblan todas la cerviz soberbia.
Tiembla en Bizancio el orgulloso griego,
Gime vencido el indomable persa,
Do quier en Asia nuestra ley se adora,
Y Africa sujetada la respeta:
Todo hasta el Atlas desde el Indo es nuestro.
Llena ya de pavor, nos ve á sus puertas
La dividida Europa, fabricadas
Sus cadenas están: ¿quién la liberta?
¿Sereis vosotros, godos? Confiados
No esteis en ese ejército que puebla
Del Lete undoso la aterrada orilla,
Vil muchedumbre que al mirarnos tiembla.
El valor y no el número es quien vence.
Descansad, descansad en esas tiendas
De púrpura y de seda, respirando
Olorosos perfumes, dad en ellas
Banquetes deliciosos; los placeres
Buscad lascivos y olvidad las guerras.
Ceded á los decretos del destino.
El fuerte musulman en su carrera
Se muestra incontrastable; conocedlo,
Godos, y os someted: la gran clemencia
Probareis del califa...
Rod. Calla, moro:
Sella ese torpe labio, que ya mengua
Oirte mas seria. ¿Qué te atreves
A proponerme osado? ¿que yo ceda?
¿Que te entregue cobarde mis estados?
¿Que arranque de mi frente la diadema?
¿Y la cruz santa con baldon humille
Ante la media luna? ¿Quién te alienta
Para tanta osadía? Porque dócil
El Asia afeminada á la cadena
Haya el cuello doblado, ¿ya de Europa
Te presumes señor? Pues qué, ¿son estas
Las naciones del Tigris avezadas
A vil esclavitud? Aquí se albergan
Los pueblos belicosos que al romano
Arrancaron el cetro de la tierra;
Aquí pechos valientes que de acero
Vestidos, al combate se presentan;
Aquí fuertes guerreros que ser quieren
Muertos antes que esclavos. Cuando fuera
El cielo mismo á su valor contrario,
Decretara su fin no su vergüenza:
Mientras tengan espadas en las manos
Los verán combatir; y esta cabeza
Que aun la corona con honor sostiene
Si la llega á perder, caerá con ella.
Teod. No, no la perderá, que nuestros [brazos
La sabrán sostener y con afrenta
Del orgulloso infiel darle mas lustre.
¿Cómo hablas, moro, tan altivo? ¿Piensas
Así ocultar tu miedo? Ayer debiste
Dar en el campo las heróicas muestras
De tu inmenso poder; pero tú sabes
Mas que el hierro mortal mover la lengua.
¿Dónde ese Dios estaba que el imperio
Del mundo os debe dar cuando deshechas
Tus escuadras huian? ¿Quién el golpe
De su brazo paró? La deidad vuestra
La noche debe ser: alzadla templos,
Pues ella os amparó con sus tinieblas.
Tarif. Mucho encareces, godo, esa ven- [taja
Que pasajera y débil, lisonjea
Vuestra esperanza en vano: mis guerreros
De venganza sedientos á lid nueva
Correr ansiosos quieren, y cumplido
Pronto su anhelo quedará.
Rod. Pues sea.
Torna, moro, á los tuyos, y mañana
Cuando su pura luz el sol nos vuelva
Decida el Dios de las batallas.
Tarif. Muertes,
Y estragos, y exterminio, su sentencia
Será, no lo dudeis, contra los godos.
Rod. Antes pronunciará la ruina vuestra.
Tarif. Enfin ¿estais á perecer resueltos?
Rod. A castigar estamos tu insolencia.
Tarif. Adios, pues, y temblad: mañana el reino
De los godos verá la luz postrera.

ESCENA V.

DICHOS, MENOS TARIF Y LOS GUERREROS MOROS.

Rod. Lo habeis oido, valerosos godos;
(*Bajando del trono.*)
Atar la patria á bárbara cadena,
La amable libertad arrebataros,
Profanar los altares, esto intenta
El feroz musulman. ¿Cuál de vosotros

Habrá que al escucharlo no se encienda
En sagrado furor?
Teod. Nadie; y del nuevo
Combate la señal con impaciencia
Ya todos aguardamos. Sí, aquí todos
Juramos ó vencer en la pelea,
O morir.
Todos. Lo juramos.
Rod. ¡O ardimiento!
No hay que dudarlo, el triunfo nos espera.
Id, descansad, en tanto que la palma
El inmediato sol á darnos venga.

ESCENA VI.

RODRIGO, TULGA.

Rod. Respira en fin mi acongojado pecho:
Ese ardiente valor, segura prenda
Del triunfo nuestro y destruccion del moro,
Calmando mi inquietud, el miedo ahuyenta.
Tulga. ¿Miedo vos?... ¡Ah señor! ¿Cuándo Rodrigo
Pudo al miedo ceder? Pues qué, ¿no alberga
Esa alma grande ya su heróico fuego,
Ni aquel valor que tan temible fuera?
Rod. Con rubor lo confieso: hoy he temblado
Por la primera vez: vision funesta,
De algun fatal suceso triste nuncio,
Me llena de pavor: á la pelea
No era este dia favorable acaso:
¡Cuándo sino mi ardor la suspendiera!
Tulga. Y ¿qué horribles prodigios así pueden
Vuestro pecho aterrar?
Rod. Señales ciertas
De las iras celestes que la ruina
Presagian de mi imperio. En esta tienda
Me entregaba al reposo, cuando siento
Debajo de mis piés temblar la tierra.
Abrese al sacudirse, y la ancha boca
Lanza tronando una fantasma horrenda.
De crüeldad y de lascivia á un tiempo
En su semblante vil se ven las señas.
Pálido y seco el rostro, ojos hundidos
Do el contento feroz del malo reina,
Manando sangre de la boca impura,
Con descarnada mano á una belleza
Lánguidamente halaga, y con la otra
Veneno exprime de malignas yerbas.
¡O cielos! ¡Y aquel monstruo abominable
En su frente llevaba la diadema!
Era Vitiza... Al verle me horrorizo.
« ¡Y qué! le dije estremecido: ¿aun huellas
Este infelice suelo que entregaste
A la desolacion?...— Deten la lengua,
Me replicó furioso; yo los males
De España principié; mas tú la llevas
A lamentable ruina... Esa corona
Que me osaste arrancar, en tu cabeza
Miro ya vacilante... sí... ya cae.
¡Ay, Rodrigo, de tí! ¡Ay de la Iberia! »
Dice y desaparece; y de improviso
Me siento transportado á la ribera
De un raudal cristalino que sus li fas
Desliza manso entre las flores tiernas.
Do quier allí la primavera hermosa
Ostenta su verdor. Una doncella
En un lecho de césped recostada
A mi encantada vista se presenta.
¡O cuán hermosa!... A su mirar divino,
A sus gracias y hechizo se enajena
Mi ardiente fantasía... Con su risa,
Con su mano me llama placentera.
Corro, quiero abrazarla... ¡O cielos! solo
Hallo una sombra que los aires llevan;
Y en derredor de mí cubierto el suelo
De cadáveres miro, armas deshechas,
Ruinas, sangre y horror... Estalla el rayo,
Y el rio, hinchando su corriente, anega
El campo; y yo arrastrado por sus olas
Me voy al fondo á perecer en ellas.
Tulga. ¡Cielos!
Rod. ¡Ah! tú no sabes hasta donde
Llega mi turbacion. Esa doncella
De tan rara beldad, no te persuadas
Que es una sombra vana, una quimera
Hija solo del sueño... ¡Ay, Tulga! existe,
Y yo la conocí; su imágen era,
Su imágen seductora que idolatro
Y está en mi ardiente corazon impresa.
Tulga. ¿Qué me decís, señor? ¿En llama oculta
Ardeis acaso?
Rod. Sí; de pasion ciega
Yo me siento arrastrar... Esa Florinda
A quien por su beldad todos celebran
Y mas por sus virtudes...
Tulga. ¿Quién? ¿La hija
Del conde don Julian?
Rod. Tulga, por ella
Yo me abraso de amor... Ya de su fama
El eco llegó á mí cuando modesta
Aun ocultaba su vivir dichoso
En la alegre Jerez. La cruda guerra
Aquí guió mi ejército, y entonces
Conocerla anhelé (¡nunca la viera!).
Presentóse en mi corte, y su hermosura,
Cual borra el sol la luz de las estrellas,
Eclipsó la beldad de cuantas damas
En ella antes brillaban: aun la reina,
Célebre entre las bellas, á mis ojos
Perdió su antiguo hechizo. ¡Cuál sedienta
Mi alma el fuego bebia que inflamaba
Todo mi ser estremecido al verla!
La amé, Tulga, la amé. Mil veces quise

Declararle mi amor; mas su inocencia,
Sus tímidas miradas contenian
Mi ardoroso anhelar... Turbada, inquieta,
Mi alma ya desde entonces de un deseo
A otro contrario arrebatarse deja.
Hora el honor, mi dignidad, me mandan
Sofocar mi pasion; hora me ciega
Un loco frenesí que mal mi grado
Al negro crímen tras de sí me lleva.
La imágen de Florinda me persigue;
Clavada al corazon llevo la flecha
De mi agudo pesar, y ya mas tiempo
No es dado, no, que resistirlo pueda.
Tulga. Señor, ¿en qué os parais? ¿ Debeis [acaso
Así entregaros á crueles penas,
Y del Estado abandonar la nave
De una inquieta pasion á la tormenta?
El bien comun en vuestra paz se cifra;
Y esa perdida paz fácil volverla
A vuestra alma será. Cuando Florinda
Por su rey y señor amarse vea,
Florinda os amará; que mal resiste
El frágil corazon de una belleza
Al esplendor del trono, y fácilmente
Por él sus ojos deslumbrarse dejan.
Rod. ¡ Ah ! que jamás sin recibir mi mano
Podrá rendirse su virtud severa.
Tulga. Dádsela, pues, señor : con Egi- [lona
El cielo mismo vuestra union reprueba
Negándole á pesar de tantos votos
De su estéril union la ansiada prenda.
Rod. ¿Me propones ¡ó Dios! que la repudie?
Tulga. Si vuestro amor lo exige ¿qué os [arredra?
¿Sereis vos el primero por ventura
Que con feliz divorcio sacudiera
De odioso enlace el insufrible yugo?
Hollada ha sido ya tan fácil senda
Por monarcas sin cuento. Godos, francos,
Vieron mas de una vez á ilustres reinas
Bajar del alto esplendoroso alcázar
A la estrechez humilde de una celda.
¿Y negareis vos solo á vuestro anhelo
Lo que á tantos, señor, lícito fuera?
Rod. ¡Ah, Tulga! tus consejos seductores
¡Cuán dulcemente el corazon penetran!
Pero vacilo, temo... En tal conflicto
Mi ardor ni vence, ni vencido queda.
Hora pensemos en salvar á España,
Luego el amor remplazará á la guerra.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

FLORINDA, EL CONDE DON JULIAN.

Flor. Perdonadme, señor : cuando la [tregua
Por hoy suspende la feroz batalla,
¿ Debiera acaso contener Florinda
El tierno impulso que hácia vos la arrastra?
¿ A su filial amor negar pudiera
La dicha de abrazaros ?
Jul. ¡ Hija cara !
No culpo, no, tu amor : de puro gozo
Este instante me colma. Llega, abraza
A tu padre, Florinda.
Flor. ¡ O Dios, no sea
Por la postrera vez !
Jul. ¡ Cielos ! Aparta
Tan tristes pensamientos.
Flor. ¡ Cuántas penas
Mi triste pecho han afligido, cuántas !
Dias llenos de horror en que la muerte
Por estos campos sin piedad vagaba,
¡ Cuán lentos han corrido ! A cada instante
Sonaba en mis oidos de las armas
El ronco estruendo, las confusas voces
De mil guerreros bárbaros, y el alma
Aquí volando, se pintaba en torno
El destrozo y la sangre. Acongojada
Parecíame ya ver suspendidas
Sobre vos las terribles cimitarras;
Y ansiosa de salvaros, á la lucha
Intentaba correr. Si fuera dada
Fortuna tanta á mi filial cariño,
Yo con mi acero las moriscas lanzas
Apartara de vos, ó un mismo golpe
A Florinda y su padre traspasara.
Jul. Hija, de mi vejez dulce delicia,
En medio de la lid me acompañaba
Tu memoria tambien, y por tí sola
Anhelaba vivir; mas si la parca
Dispone de mis dias, á la tumba
Algun consuelo llevaré; que en santa,
En venturosa union, con Teodofredo
Enlazada serás.
Flor. ¡Ah! yo temblaba
Preguntaros por él.
Jul. Nada receles.
En breve le verás la frente orlada
De triunfante laurel.
Flor. ¿Con que no ha sido
La que formásteis de él vana esperanza?
Jul. Excede á todos en valor.
Flor. No en vano

Le dí mi corazon : sus prendas raras
Brillaron á mis ojos desde el dia
Primero que le ví, cuando la patria
Su diestra armando á defenderla vino.
¡O noble Teodofredo! ¡Cuán ufana
Me llamaré tu esposa! Por tu mano
Desdeñaria el cetro de un monarca.

Jul. Puede que en ella con el tiempo veas
El cetro de los godos; pues le alcanza
Solo el valor aquí, no el nacimiento :
Premio de la virtud ó de la audacia,
Rodrigo mismo que le empuña ahora
Le alcanzara por ellas.

ESCENA II.

DICHOS, RODRIGO, TULGA.

(*Rodrigo y Tulga se quedan parados en el foro á la entrada de la tienda.*)

Rod. ¿No me engañas,
Tulga?

Tulga. Señor, por un seguro aviso
Su llegada he sabido... Mas miradla :
Allí está con su padre.

Rod. ¡O Dios! Al verle
Todo el fuego de amor mi pecho abrasa.

Tulga. Habladla, pues : esta ocasion...

Rod. Sí... Vete.

ESCENA III.

RODRIGO, FLORINDA, JULIAN.

Jul. Hija, el rey.

Flor. ¡Ah! señor, á vuestras plantas...

Rod. Alzaos... ¿Vos aquí, Florinda hermosa?
¿Abandonais la deliciosa estancia
De la dulce Jerez, por los horrores
De este campo sangriento? ¿No os espanta
El aparato bélico y la muerte
Que por do quier aquí muestran su saña?

Flor. ¿Qué riesgos no arrostrara mi cariño
Por un padre, señor? Verle anhelaba;
Y hoy que la guerra su furor suspende
Vengo en sus brazos á calmar mis ansias.

Rod. Calmadlas, pues; calmad tambien la furia
Que agita nuestros pechos : si la insana
Guerra los endurece, la belleza
Con su presencia amable los ablanda.

Jul. Mas temed que tambien los debilite.
Tornar debemos á la lid mañana :
Y allí, señor, no afectos femeniles,
Pechos de bronce ha menester la patria.

Rod. La hermosura tambien valor infunde
Cuando de ella el valor su premio alcanza.
Sí, conde don Julian, mientras nosotros
Escrimimos valientes las espadas,
Coronas de laurel teja Florinda;
Y con ellas premiando las hazañas
De los mas esforzados campeones
Haga mayor del triunfo la esperanza.

Jul. Parto, señor, á publicar al punto
Ese decreto honroso que á mi fama
Dará nuevo esplendor : ¡plegue á los cielos
Que gloria y libertad le deba España!

ESCENA IV.

RODRIGO, FLORINDA.

Flor. Señor, en el albergue solitario
Do corrieran los dias de mi infancia
En quieta oscuridad, á tales honras
Poco avezada fuí : mil de esa gracia
Encontrareis mas dignas.

Rod. No, Florinda.
¿Quién como vos merecerá alcanzarla?
Si de virtud, si de beldad es premio,
En beldad y virtud ¿quién os iguala?
¿Debeis acaso en soledad y olvido,
Siempre modesta, sepultar las gracias
Que os prodigara el cielo? No : ya es tiempo
De que mi corte las contemple ufana.

Flor. ¡Ah! moderad, señor, elogios tantos
Con que mi rostro de rubor se baña.
Básteme solo que de orlar indigna
No me juzgueis con la primer guirnalda
Vuestra gloriosa frente, horror y espanto
Del fiero musulman.

Rod. Al aceptarla
¡Cuánta será mi dicha! Esta que ahora
Brilla en mi sien y que regiones tantas
Abarca en su ancho círculo radiante,
No tan preciosa me será : llevarla
Veréisme ufano, y en doradas ruedas
Triunfar con ella... Pero no, no basta.
Sobre el carro triunfal al lado mio
Os alzareis tambien : admire, aplauda
España toda á quien valor me diera
Para vencer las huestes musulmanas.
La diosa en vos de la victoria mire
Su númen tutelar; á vuestras plantas
Póstrese humilde... Yo tambien, yo mismo,
De amor ante ellas suspirando caiga;
Y elevándoos al trono, á par de todos
Os adore cual reina y soberana.

Flor. ¿Qué lenguaje, señor?... ¡Ah! confundida,
Apenas puedo... permitid que vaya...

Rod No; que harto dije ya : fuera del pecho
Este ardiento volcan fuerza es que salga.
Escúchame, Florinda. Yo te adoro.

Y ¿quién al verte, de amorosa llama
No se siente abrasar? ¿No ves cual corren
Todos ansiosos á admirar tus gracias, [solo
A encenderse en tu amor?... ¡ y qué ! ¡ yo
Habria de negarme á idolatrarlas !
No pienses ¡ay! que esta pasion ardiente
Fácil triunfa de mí : no, sofocarla
Quise, y en vano : cuanto mas con ella
Lucha mi triste pecho, mas me abrasa ;
Pero ¿á qué resistir?... ¿Intento acaso
Ultrajar tu virtud? Florinda, aparta,
Aparta ese recelo... Mira, el trono
Será don de mi amor, y sobre el ara
Eterna fe jurándote, mi suerte
Se unirá con la tuya en fiel lazada.
El cielo que á los votos de Egilona
Niega constante un sucesor, me manda
Romper su enlace estéril, y otro nudo
Formar mas venturoso. A reemplazarla
Tú destinada estás : tú nuevo lustre
Darás al solio, volverás la calma
A mi agitado pecho : con tu hechizo
Endulzarás las penas que acompañan
Al triste afan del mando ; y del imperio
Harás mas leve la pesada carga.

Flor. ¡Ah! ¿qué me proponeis?... yo... perdonadme
Mi turbacion, señor... yo que apartada
De la corte viví... cuando su fausto
Extraño para mí me ofusca y pasma,
Y con respeto santo aun tiemblo y dudo
Alzar á vos mis tímidas miradas...
¡ Yo ascender osaria al regio solio
Cuando otra ya mas digna!... ¡Ah! tal infamia
Me horroriza, señor : en mi retiro
Dejadme oscurecida, pero honrada.
No querais con un crímen elevarme
Do todos ajen sin piedad mi fama,
Do viva sin honor... Sí, todo el brillo
Que en tan excelso puesto me cercara
Aun mas visible mi vergüenza haria,
Mas odiosa mi culpa, culpa infanda,
Pues despojara de él á quien con gloria
Ocupa ya su majestad sagrada.

Rod. Y ¿qué os importa esa mujer, Florinda?
¿Qué podeis recelar? todo lo allana
Mi poder soberano ; y pues os brindo
Con el cetro, aceptadlo : la insensata
Gloria no profierais de una repulsa
De que os podreis arrepentir mañana.

Flor. Dios penetra, señor, el alma mia ;
Dios sabe cuán distante está esa falsa
Vanagloria de mí. Cual debo estimo
Vuestro inmenso favor ; pero me manda
El honor rehusarlo.

Rod. No, penetro
De esa injuriosa oposicion la causa.
Quizá otro amor... Respóndeme, Florinda,
¿ Está libre tu pecho?... ¡ Ah! no, tú amas,
Tú amas, sí.

Flor. Señor, ¿quién os ha dicho?...

Rod. Tu misma turbacion me lo declara.

Flor. Pues bien, amo, señor, y no lo niego :
Sin mengua puedo descubrir mi llama ;
La aprueba la virtud : con igual mio
Solo enlazarme debo. Ambicion vana
No me puede mover : nunca por ella
Aleve romperé la fe jurada.

Rod. Y ¿sabes si esa fe, cuando me ofende,
Podrá funesta ser á quien la guardas?

Flor. ¿Y qué habré de temer? Vuestras [virtudes
Confianza me inspiran.

Rod. No, te engañas.
Ese rival odioso los efectos
Probará, no lo dudes, de mi saña.
Goce tu amor... Pero ¡ay! mas le valdria
Aborrecido ser. Atroz venganza
Tomaré del perverso, y con su sangre...

Flor. Señor, miradme á vuestros piés postrada.
¿De qué peso ha de ser en vuestras dichas
Una triste mujer, cuando se afana
Para haceros feliz un reino todo?
¿Cuando de vos en derredor á oleadas
Se agolpan los placeres?... Si importuna
Os fuere nuestra union, en tierra extraña
Existencia y amor sepultaremos :
Nunca de allí ni nuestro nombre salga.
Calmad vuestros rigores, apiadaos,
Señor, del llanto que mi rostro baña.

ESCENA V.

DICHOS, TEODOFREDO.

(*Teodofredo va á entrar en la tienda cuando ve á Florinda á los piés del rey, y se detiene.*)

Rod. Pues ese llanto que tu amor demues- [tra,
Ese ardiente rogar, aun mas me agravian :
Mayor es el desprecio, y mas se irrita
Mi zeloso furor. Dime, declara
Quién es ese mortal feliz, ¿qué digo?
Desdichado mas bien, que tú, insensata,
Prefieres á tu rey.

Teod. Yo.

Rod. ¡Teodofredo!

Flor. ¡ Te pierdes, infeliz!

Teod. ¿Cuándo pensara
Que de mi propio rey recibiria
El golpe atroz que el pecho me traspasa?
¿Vos, ¡ó cielos! á quien de la inocencia
Fian la proteccion las leyes santas,

Seducís á mi esposa, y no pudiendo
Lograr su amor, osais amenazarla?
Buscad, señor, buscad otras mujeres
Que fáciles se os rindan : á su infamia
Bastantes hallareis que ansiosas corran;
Pero dejad á la virtud, dejadla.

Rod. Yo de Florinda la virtud no ofendo;
Su esposo anhelo ser y al solio alzarla.

Teod. ¿Su esposo, me decís?... En mí lo tiene.

Rod. Aun no prestó su fe sobre las aras.

Teod. Su palabra ha empeñado y es bastante.

Rod. Mi poder la dispensa de guardarla.

Teod. No os puede obedecer.

Rod. ¿Quién lo prohibe?

Teod. Su cariño, su honor.

Rod. ¿Cuando lo manda
Su rey, podrá?...

Teod. Mandais en nuestras vidas;
Mas no podeis mandar en nuestras almas.

Rod. Al menos arrancándote la tuya
Haré ver que no en vano se me ultraja.

Teod. Tomadla, vuestra es; pero mi muerte
Os cubrirá de oprobio: vuestra fama
Irá manchada á los remotos siglos;
Odiarán vuestro nombre. Cuando España,
Dirán, á la barbarie, á los furores
Se veia del árabe entregada, [cios,
¿Qué hizo entonces su rey? Muertes, divor-
Violencias, tales fueron sus hazañas.

(*Rodrigo enfurecido hace ademan de echar mano á la espada cuando salen el conde y Tulga. Al verlos se contiene.*)

ESCENA VI.

DICHOS, DON JULIAN, TULGA.

Jul. Ya al escuchar la dulce recompensa
Que hoy al valor vuestra bondad señala,
Llenos de ardor los nobles campeones...
Mas ¿qué miro?... ¡Tú lloras! ¿Qué desgracia?

Flor. Señor, ya acaba su carrera el dia;
Y antes que el velo de la noche caiga
A Jerez permitid que me retire.

Jul. Sí, te retirarás; mas antes habla:
¿Por qué en llanto te encuentro sumergida?
¿Por qué turbado allí Rodrigo calla?
Y ¿por qué Teodofredo mal reprime
Ese furor que su semblante inflama? [todos

Teod. Conde, secretos hay tal vez que á
No es dado conocer; sin mas tardanza
Retírese Florinda.

Flor. ¿Por ventura
Florinda criminal?

Teod. ¡Ah! su acendrada
Virtud no mancilleis con vil sospecha:
Mas que la luz del sol es pura su alma.

Jul. ¿Pues qué horrible misterio se me encubre?
¿Por qué debo ignorar?... Señor, las ansias
Calmad de un padre: descubridme...

Rod. Conde,
Retiraos.

Jul. ¿Sereis quizá la causa
De la afliccion de mi hija?

Rod. ¿Yo?

Flor. Partamos
Al punto, padre mio: ya mi estancia
Aquí funesta...

Jul. ¡Cielos! ¡qué sospecha!
Sí, partamos, Florinda; nada, nada
Pretendo ya saber... Si verdad fuese...
Mas no es posible, no... Sospecha vana,
Déjame por piedad; y si eres cierta
Nunca á tu claridad mis ojos se abran.

ESCENA VII.

RODRIGO, TULGA.

Tulga. ¿Hablásteis?

Rod. Sí.

Tulga. ¿Florinda?...

Rod. Me desprecia.

Tulga. ¡Qué! ¿el trono?...

Rod. No la vence.

Tulga. Su constancia
El tiempo humillará.

Rod. Mas tu no sabes
Hasta qué punto mi desaire alcanza.
Tulga, tengo un rival.

Tulga. ¿Quién?

Rod. Teodofredo.
Ambos, Tulga, se adoran; y él me ultraja
Con insolente orgullo, haciendo alarde
Del triunfo de su amor.

Tulga. Señor, venganza.
A un tiempo castigad al atrevido
Y lograd la pasion que os avasalla.
Harto habeis hecho ya: retrocediendo
Débil sereis y os cubrireis de infamia.

Rod. Pero ¿qué debo hacer?

Tulga. Ya de la noche
Se avecinan las sombras; esa ingrata
Que así se atreve á despreciaros, pronto
A Jerez volverá. Con gente armada
A su encuentro saldré; y aunque su escolta
Intente resistir, arrebatarla
Lograré de sus manos... No os inquiete
Teodofredo: en la lid debe mañana
Hallar seguro fin: el celo mio
Lo dispondrá, señor...

Rod. ¡Yo maldad tanta
Pudiera consentir! No, Tulga; nunca.
Tulga. De un insolente súbdito la audacia
¿Dudareis castigar? Si os ha ofendido,
Ya es criminal, su muerte es necesaria.
Mas si á Florinda resolveis cederle...
Rod. ¡Cederla yo!
Tulga. Por su desden cansada
Quizá vuestra pasion, pudiera...
Rod. ¡Ay, Tulga!
Mas que nunca mi pecho la idolatra.
Tulga. Pues ¿qué os detiene? Si los altos dones
Con que la brinda vuestro amor rechaza,
¿Será justo que vos de su porfía
Víctima padezcais?... No, su constancia
Ceda á la vuestra, humíllese su orgullo
Ante vuestro poder.
Rod. ¿Dónde me arrastras
Con tus consejos, Tulga? En vano, en vano...
Tulga. Pues bien, señor, venceos, olvidadla;
Déle feliz su mano Teodofredo,
Goce ufano su amor; y amancillada
Vuestra alta dignidad, ambos se mofen
De los pesares vuestros, ambos hagan
Alarde de su triunfo. Muestre al veros
Un soberbio rival la faz bañada
En insultante risa, publicando
Con gozo criminal vuestra desgracia.
Rod. Antes la muerte atajará su crímen.
Ya, Tulga, sigo tus consejos; marcha,
Entrégame á Florinda, apruebo todo;
En tu fidelidad mi amor descansa.

ACTO TERCERO.

Es de noche. Al descorrerse el telon se oye una recia tempestad que se aumenta por grados. Dos lámparas alumbran el interior de la tienda.

ESCENA PRIMERA.

TULGA.

¡O noche pavorosa! La tormenta
Llena de horror mi pecho. El cielo mismo
Ya me anuncia su cólera, y acaso
Sobre mí lanza el rayo vengativo.
Consejero falaz, al crímen pude
Arrastrar á mi rey; raptor inicuo,
Osé poner mis manos delincuentes
Sobre la virtud misma: ni su hechizo
Logró moverme, ni su tierno ruego.
(*Se oye un trueno muy fuerte.*)
¡O Dios! Crece el horror: con ronco ruido
Retumba el trueno: por el ancho espacio
Surcan sin fin los rayos... Mas ¿qué miro?
¿Quién es aquel que presuroso y lleno
De espanto llega aquí?... ¡Cielos! ¡Rodrigo!
¡En qué estado! La frente sin diadema,
Erizado el cabello... ¡Ah! ¿cuál motivo?

ESCENA II.

TULGA, RODRIGO.

Rod. No me sigas, imágen espantosa,
(*Despavorido.*)
No me atormentes mas... ¡Cielos divinos!
Calmad vuestro furor.
Tulga. Si un fiel vasallo...
Rod. ¿Quién es? ¿Tulga?... ¡Ah, traidor! ¿Y al lado mio vienes,
Te encuentro aun?... ¿Qué nuevo crímen
Malvado, á proponerme?
Tulga. Por serviros
Yo...
Rod. ¡Servicio funesto! Aparta, aparta,
Huye lejos de mí... ¡Cielos! ¡Si ha sido
Un sueño, una ilusion!... ¡Ah! vuelve, vuelve,
Tulga.
Tulga. Señor...
Rod. Respóndeme, ¿la has visto?
Tulga. ¿A Florinda? Pues qué, ¿no habeis llegado
A la apartada tienda do yo mismo
Cerca del Lete la llevé?
Rod. Sí, cierto.
Llegué, la ví... Mas ¡ay! ¡yo me horrorizo!
Allí queda postrada, moribunda;
Quizá ya ha dado el postrimer suspiro.
Tulga. ¡Ah, señor! ¿qué decís?
Rod. Escucha. Lleno
Del pavor que precede á los delitos,
Hácia allá me encamino... La tormenta
A bramar empezaba; y al sombrío
Fulgor de los relámpagos, mi planta
Entre las sombras con afan dirijo.
Crece marchando mi temor, y cuanto
Mas me acerco á la tienda mas vacilo.
Llego, alejo á las guardias, entro... Al verme
Se alza Florinda horrorizada... un grito
De espanto lanza, y á mis piés llorosa
Se arroja, y los estrecha, y con suspiros,
Y con tristes sollozos, ruega, implora,
Y apiadarme procura... ¡Ah! Yo la miro
Postrada, casi exánime, y mas bella

Se muestra en su dolor. Mudo, indeciso,
Quedo cual frio mármol; mas de pronto
El trueno con horrísono estampido
Me asorda y estremece : airado el viento,
Rasga girando en raudo torbellino
La tienda y la destroza : estalla el rayo
Y cae á nuestros piés : mortal deliquio
Deja postrada á la infeliz Florinda...
Huyo, sin saber donde, pero el rio
Detiéneme en su fuga con sus ondas
Que agitadas me cercan... ¡ Ay ! cumplido
Entonces, Tulga, imaginé mi sueño.
Ciego en mi confusion, lucho, resisto,
Y líbrome por fin... Aquí mis pasos
Que acelera el espanto raudo guio;
Y estremecido y delirante, llego
Detestando mi amor... ¡ Yo el asesino
Soy de Florinda !

Tulga. ¡ Y qué! Porque á un desmayo
A impulsos del dolor haya cedido,
¿ Ya muerta la juzgais?... Señor, calmaos,
Recobrad la quietud. Si ese cariño
Extraviaros logró, ¿ quién no disculpa
Los deslices de amor? ¿ quién de su hechizo
Pudo nunca librarse? Mas ya cesa
La fiera tempestad, y sus sentidos
Tal vez Florinda recobrando...

Rod. Tulga,
Corre, no pierdas tiempo... mi delito
Intento reparar... ¡ Ah ! ¡ Plegue al cielo
Qué ya tarde no sea ! Vuela, amigo;
Abjuro mi pasion : quiero á su amante
Unirla en lazo conyugal yo mismo;
Quiero que honores y riquezas borren
La negra injuria que... ¡ Cielos divinos !
Su padre llega aquí.

ESCENA III.

DICHOS, JULIAN.

Jul. ¡ Señor, justicia,
Venganza! [motivo

Rod. ¡ Conde!... ¿ Vos ?... ¿ Con cuál
Venís?...

Jul. Con el mas justo, el mas sagrado :
La ofensa de mi honor.

Rod. ¿ Pues qué?...

Jul. Un inicuo
Ha osado envilecer aquestas canas,
Me ha cubierto de infamia, hecho el ludibrio
Del universo todo, me ha robado
A Florinda, señor.

Rod. Y ¿ quién ha sido
El audaz que... ?

Jul. Miradle : él es.
(*Señalando á Tulga.*)

Tulga. ¿ Yo ?

Rod. ¿ Tulga ?

Jul. Sí, tú de los raptores el caudillo
Has sido, Tulga, tú : mal te encubriste,
Y á pesar del disfraz te han conocido.

Tulga. Señor, ¿ creereis una calumnia ?...

Jul. ¿ Y osas
Negarlo todavía ?

Tulga. Y ¿ qué testigos ?...

Jul. Tus satélites mismos que la escolta,
Al querer defenderse, mal heridos
En el campo dejó : todos te acusan
Cual jefe suyo. Di, raptor indigno,
¿ Adónde mi hija está ? ¿ qué hiciste de ella ?
Vuélvemela... Señor, justicia os pido,
(*Se arrodilla.*)
A vuestros piés la implora un triste padre;
No dejeis este crímen sin castigo.

Rod. Conde... alzaos... Florinda á vuestros brazos
En breve tornará... Si un extravío
Pudo arrastrar...

Tulga. ¿ Qué haceis ?
(*Interrumpiéndole.*)

Rod. Salgamos, Tulga,
Su vista acrece mi cruel suplicio.
(*Vanse Rodrigo y Tulga precipitadamente.*)

ESCENA IV.

JULIAN.

¿ Qué es esto ?... ¡ así me deja! ¡ Y cuando vengo
Justicia á demandar, niega el oido
A mis fundadas quejas ! ¡ Y á su sombra
Triunfar á mi ofensor impune miro,
Bañando el rostro en insultante risa !
¡ O venganza ! ¡ O dolor ! ¡ Un favorito
De nuestro honor á su querer dispone,
Y mas que el llanto paternal, sus vicios
Encuentran proteccion !

ESCENA V.

JULIAN, TEODOFREDO.

Jul. ¡ Ah, Teodofredo !
Llega : tú á quien gozoso de hijo mio
Dar el nombre pensaba, oye mi afrenta.

Teod. Todo lo sé... Decid ¿ do está Rodrigo?
¿ Dónde el traidor?

Jul. Mis quejas desoyendo
Hora de aquí se aleja.

Teod. Y ¿ habeis visto
Al raptor de Florinda, y vuestra espada?

Jul. A Tulga he visto, es cierto : su cas-
Demandé, mas en vano. [tigo
Teod. ¡Tulga! Y ¿cuándo,
Cuándo á tal se atreviera, si el rey mismo?...
Sabedlo todo ya, conde, robada
Florinda por sus órdenes ha sido.
Jul. ¿Qué dices, Teodofredo? ¡Ah! no, te engañas.
Teod. ¡Pluguiese á Dios! Rodrigo, po-
De funesta pasion, quiso á Florinda [seido
Astuto seducir : sus artificios
Se estrellaron empero en las virtudes
De vuestra infeliz hija. Yo al inicuo
Ví; yo la defendí. Víctima acaso
De su cruel furor hubiera sido
Si no llegárais vos en tal momento.
Jul. ¿Qué escucho? ¡Eterno Dios! ¡Por qué á los filos
No perecí del musulman alfanje
Antes que ver asi mi honor perdido!
Teod. Hé aquí el funesto arcano que mi
No os quiso revelar : el amor mio [pecho
Prefirió sepultar en el silencio
Tan criminal accion, al dolor vivo
Que os debia causar; mas de vengarnos,
No de callar, es tiempo ya.
Jul. ¡Y existo
Despues de tal afrenta! ¡Hija querida!
¿Dónde, dónde estarás? ¿Dónde Rodrigo
Oculta te tendrá?... Voy... Todo el campo
Escuchará mis fúnebres gemidos,
Verá mi acerbo llanto; y si insensible
No es al dolor de un padre... Mas ¿qué miro? [rinda!
¿Me engaño, ó no es aquella?... Sí... ¡Flo-

ESCENA VI.

DICHOS, FLORINDA.

(*Se ve á Florinda en el fondo correr incierta sin velo y con el pelo tendido.*)

Flor. ¡Infeliz! ¿Dónde voy? ¿Dónde
Mis vacilantes pasos? [dirijo
Jul. ¡Hija!
(*Corriendo hácia ella.*)
Flor. ¡Padre!
¡Padre amado!... ¿Sois vos?... Salvadme... Espiro.
(*Cae desmayada en los brazos de su padre y Teodofredo, que acuden á socorrerla.*)
Jul. ¡Cielos!... Muere en mis brazos... en sus venas
Siento helada la sangre... un sudor frio
Le cubre el rostro... ¡ó Dios!... vuelve en tí, vuelve.
(*Florinda vuelve poco á poco en sí.*)
Flor. ¿Dónde estoy?... ¡Padre!... y ¡vos!... ¡Ah! ya respiro.
Al fin os vuelvo á ver... Pero ¿qué objetos
Miro en torno?... Esta tienda. ¡Ah! padre mio,
De aquí sacadme por piedad, sacadme,
La maldad me persigue en este sitio.
Teod. No, Florinda, tu padre te defiende,
Teodofredo tambien; y aunque Rodrigo
Viniere osado...
Flor. ¿Qué pronuncias?... Calla.
Rodrigo... ¡Odioso nombre!... ¡Qué! ¿el inicuo
Todavía respira?... Y ¿pudo el rayo
Perdonar á ese monstruo? ¡O Dios! Tu auxilio
Mi inocencia salvó; mas ¿cómo impune
Dejas á mi ofensor?
Jul. ¡Monarca indigno!
¿Es este el premio del valor? ¿es este
El justo galardon de mis servicios?
Digno heredero del cruel Vitiza,
Sacrílego como él, bárbaro, impío;
Pues ya el honor me has arrancado, toma
Este resto de vida que abomino.
Completa tu obra, ven, saca el acero
Y clávalo en mi pecho; enrojecido
Con mi sangre, en la sangre de Florinda
Sumérgelo despues : á un tiempo mismo
Al padre y á la hija asesinando,
Pon el sello á tus bárbaros delitos.
Al cielo subirán nuestros clamores,
Venganza pedirán : su atroz castigo
Descienda sobre tí; y ¡ojalá pueda
Presenciarlo en mis últimos suspiros!
Teod. Si, lo presenciareis... Mas muera
El criminal Rodrigo : tambien mios [solo
Vuestros agravios son...
Jul. No, Teodofredo;
Huye lejos de mí, y á mi destino
Déjame abandonado. Olvida, olvida
A esta infeliz que á tu valor invicto
Un dia prometí : busca otra esposa
Que te merezca mas, que su honor limpio
De toda mancha haya guardado. ¡Ay! mi
Lleva la afrenta y el baldon consigo. [hija
Teod. ¿Qué proferís, señor? La virtud pura
Adquiere resistiendo mayor brillo.
¿Qué fuera del honor, si cuando expuesto
Se encuentra á los embates del inicuo,
Su esplendor y pureza se perdiesen
Solo porque le hubieren combatido?
Quede sin él la que cediere, y tenga
La que sepa vencer valor mas digno. [ticia
Jul. No así juzgan los hombres : su injus-

Confunde la virtud con el delito,
Y es siempre criminal solo el mas débil.
Flor. Pues bien, señor, si ya tan solo sirvo
Para vergüenza vuestra, este es mi pecho :
Herid. [sino!
Jul. ¿Qué dices?... ¡Ah!... ¡Yo tu ase-
Hija querida, no, yo no te culpo,
Culpo á tu suerte... O tú, de mi cariño
Unico objeto, ven, ven á mis brazos.
Deja que en esa frente donde quiso
El crímen estampar su sello odioso,
Hora trémulo imprima el labio mio
El ósculo de amor : deja que corra
Por tu rostro mi llanto, y confundido
Con él tu llanto, la afrentosa mancha
Lave del deshonor.
Teod. ¡O llanto indigno
Que acrecienta la injuria y no la borra!
¿Osais llorar, señor, cuando es preciso
Pensar en la venganza?... Tal flaqueza...
Jul. Lloro, es verdad ; pero de sangre un
Costará cada lágrima que vierto. [rio
Sangre pidiendo está mi honor perdido,
Y sangre correrá.
Flor. Si es necesario
La mia derramar, en sacrificio
Os la ofrezco, señor, corra, y en ella
Mi pálido cadáver sumergido... [plantas
Teod. No, vivirás, Florinda, y á tus
Verás á tu ofensor. Siga el destino
De los monarcas godos que á la tumba
Con desastroso fin han descendido.
Rodrigo ya no es rey : en él no veo
Mas que un usurpador, un asesino
De su propio monarca : él á Vitiza
Del trono derribó : privó á sus hijos
De la herencia legítima : insolente,
Hora se entrega á la maldad, al vicio
Con mayor desenfreno ; pues bien, caiga
De un puesto ya de que se muestra indigno.
Jul. Sí, caiga... Vamos, y do quier le
Allí nuestros aceros vengativos [hallemos
El alevoso pecho le traspasen
Con mil y mil heridas. Su castigo
Presencie el campo todo ; correr vean
Todos su sangre, y el atroz motivo
Conozcan á la par de tanto arrojo.
Saldrán, no hay que dudarlo, en nuestro
Mis numerosos fieles partidarios; [auxilio
Y tras ellos saldrán cuantos caudillos
En odio oculto de Rodrigo ardieren.
Tú, guíalos despues al enemigo;
Y véante esgrimir con mayor fuerza
Tu acero en sangre del tirano tinto.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un sitio retirado cercado de árboles : sigue la noche.

ESCENA PRIMERA.

JULIAN, EGERICO.

Eger. ¿Adónde ansioso con ligera planta
Te diriges, ó conde? ¿Adónde ciego,
Lejos del campo godo te encaminas,
Solo, ultrajado y sin venganza huyendo?
Jul. Huyo, Egerico, sí : Rodrigo triunfa ;
Frustróse mi venganza. Teodofredo,
De imprudente furor arrebatado,
Lanzóse en vano á traspasarle el pecho
En medio de su guardia : el triste yace
Cargado de cadenas : por tu celo,
Por el celo y valor de mis parciales
Suerte igual evité; y huyo cubierto
De oprobio, sin honor, perdida mi hija,
Sin designio y sin guia... ¡Injusto cielo!
Hé aquí como oprimiendo al inocente
Dispensas tu favor solo al perverso.
Eger. No, su justicia lucirá. ¿No has visto
Cual en tu auxilio rápidos corrieron
Mil y mil defensores? ¿cual el odio
Se entrevió mal oculto? ¿cual el fuego
De indignacion en las airadas frentes
Brilló al oir tu agravio? Allá los dejo
Reunidos aün : en son confuso
Murmurando se quejan, y dispuestos
A todo están por tí. Conde, detente,
El sitio es favorable : aquí con ellos
En breve tornaré : con ellos puedes
Concertar tu venganza en el silencio
De la callada noche.
Jul. Sí, Egerico,
Vé, no tardes... Mas di : ¿dónde me encuentro?
¿Qué sitio es este?
Eger. El extendido llano
Que el campo musulman del campo nuestro
Separa.
Jul. Sí, es verdad, le reconozco.
Campo de gloria donde ayer mi acero
Terror fué del infiel : no ya con sangre,
Solo á regarte con mi llanto vengo.
¡Ah, si al pisarte el bárbaro Rodrigo
Te abrieses sepultándole en tu seno!
Mas no : tú le reservas los laureles
De victoria inmortal : su nombre eterno
Mañana harás; y en tanto que á remotos
Climas mi agravio y mi vergüenza llevo,
En ruedas de marfil aquí dichoso [Primero
Mi ofensor triunfará... ¿Quién?... ¿él?...

Caiga á los piés del musulman y caigan
Cuantos por él lidiaren... ¡Ah! Ya veo
Camino abierto á mi venganza... Horrible,
Execrable será : muertes, incendios,
Males sin fin engendrará... No importa :
Perezca España, el mundo, si me vengo.
Corre, vuela, Egerico, al campo moro,
Habla y dile á Tarif que aquí le espero;
Que venga al punto, que á su gloria importa
Esta privada conferencia... Luego
Reune á mis parciales y á este sitio
Condúcelos tambien... mas solo aquellos
Que allá en su corazon odio implacable
Han jurado á Rodrigo... Sigiberto,
Evanio, Edon, Sifredo, Leovigildo,
Y cuantos fieles á seguirme...
Eger. Entiendo;
Penetro tu designio. ¡Alta venganza,
Digna de tí, y á prepararla vuelo!

ESCENA II.

JULIAN.

Sí, yo me vengaré; ya lo he jurado,
Y lo vuelvo á jurar... Mas ¡ay! deseo
Impaciente y fatal, ¿á cuál delito
Me quieres arrastrar? ¡Qué! ¡Todo un pueblo
Víctima habrá de ser de mis rencores!...
¡Por uno que me ofende, al sarraceno
La patria entregaré! ¡Cielos! Ya miro
Caer en esta orilla á los guerreros
Que combaten por ella; y sangre y luto
Do quier sembrando el bárbaro agareno!
¡Al godo vencedor de las naciones
Miro arrastrar de esclavitud los hierros!
¿Por quién?... Por mí... No, mi venganza abjuro.
Reina, Rodrigo : de la patria siento
La voz irresistible que encadena
Mi furor y te salva... Reina, y lejos
De tí, mi afrenta llevaré conmigo,
Llevaré mi deshonra... ¿Qué profiero?
¡Yo vivir sin honor!... ¿Dónde, en qué climas
Sepultaré mis penas?... ¡Ah! ¡si eterno
Fuese tu velo, ó noche!... pero el dia
Vendrá, y á todos en mi frente impreso
Mostrará mi baldon, y señalarme
Do quier con mofa me veré .. No hay medio;
Ser infame ó vengarse, esta la suerte
Del ofendido es solo : si no puedo
Nada por mí, donde hallo mi venganza
Allí mi patria está... Mas pasos siento...
Él es... ¿Qué voy á hacer?... Temor indigno,
No me acobardes mas... Cruel recuerdo
De mi ultrajado honor, y tú, Florinda,
Doblad ahora mi furor primero.
¿Venganza me pedís?... Pues á vengarme...
Furias que me agitais, ya os obedezco.

ESCENA III.

JULIAN, TARIF, Moros.

Tarif. Cristiano, ¿qué me quieres?
Jul. Di : ¿deseas
Alcanzar la victoria?
Tarif. Yo la espero.
Jul. Y ¿quién del triunfo asegurarte puede?
Tarif. El valor de mis ínclitos guerreros.
Jul. No da el premio al valor siempre la suerte.
Tarif. No conozco mas suerte que mi acero.
Jul. Otro camino encontrarás mas fácil.
Tarif. Y ¿cuál pudiera ser?
Jul. Yo te lo ofrezco.
Tarif. ¿Tú?
Jul. Yo.
Tarif. ¿No eres aquel que ha poco en Tingis
Por Rodrigo mandaba?
Jul. Soy el mesmo.
Tarif. ¿No fué por tí la escuadra derrotada
Del valiente Abenzaide?
Jul. No lo niego.
Tarif. ¿Y me ofreces?...
Jul. ¿Conoces la venganza?
Tarif. De un africano el implacable pecho
Siempre la amó.
Jul. Pues bien, ella te entrega
Hoy por mi mano el español imperio.
Un agravio... Permite que lo calle :
Harto pronto en mi mengua al universo
La fama lo dirá; pero publique
Mi afrenta y mi venganza al mismo tiempo.
Corre, Tarif; reune tus escuadras;
Y antes que lance su esplendor primero
La luz del sol, al campo de Rodrigo
Lleva la destruccion. Parciales tengo
Que abrazan mi querella, y que á seguirme
Dispuestos hallaré... Junto con ellos
A tus filas pasando, la victoria
Que mal segura tienes llevaremos;
Y Rodrigo que ya del noble lauro
La sien se ciñe en lisonjero sueño,
Rotos cetro y corona, ante mis plantas
Caiga exhalando el postrimer aliento.
Tarif. ¡O justo Alá! No en vano prometiste
Al árabe ensanchar su vasto imperio

Sobre cuanto en su curso el sol alumbra.
Tu mano reconozco... Bien, acepto
Tus ofertas, cristiano; pero dime:
¿Cuál debe ser de tu servicio el premio?
Jul. No recompensas, desagravios busco.
Nada exijo de tí; mas los guerreros
Que á seguirme se atrevan, abandonan
Honores y riquezas...
Tarif. Yo prometo
Que á par de los caudillos musulmanes
Premiados quedarán. Adios; ya vuelo
A disponer mis tropas.
Jul. En mí fia.
Tarif. En tí, en mi alfanje, en el Profeta espero.

ESCENA IV.

JULIAN.

Echado el fallo está; ya no vacilo.
Dudas, vano temor, remordimientos,
Huid lejos de mí: si es crímen, solo
Cabe tal crimen en heróicos pechos.

ESCENA V.

JULIAN, EGERICO, PARCIALES DE JULIAN.

Eger. Hé aquí, Julian, los partidarios fieles
Que á vengarte ó morir están resueltos.
Ya tus agravios saben, é indignados,
A tí en justo furor llegan ardiendo.
Parc. 1°. Todos tu causa sostener juramos.
Parc. 2°. Habla, noble Julian: ¿cuál es tu intento?
Jul. ¡Ah! ¿qué podré decir cuando á mostrarme
Me atrevo apenas de rubor cubierto?
Ved aquel conde que á la fama un dia
Dió asunto en los combates, que el primero
Fué entre los nobles godos acatado,
Vedle proscripto, deshonrado, huyendo,
Llorando su ignominia. Y ¿quién osara
Con torpe injuria amancillar el bello
Esplendor de mi nombre? ¿Quién? El mismo
Que os hizo ya mil veces triste objeto
De su altiva insolencia; el que, cual muchos,
Un noble siendo solo, al trono excelso
Quisísteis elevar. ¡Ingrato! ¡Oh cómo
Paga tanto favor! ¿Acaso os debo
Vuestras injurias recordar? Ya de ellas
Os oí murmurar, mas en secreto.
¡Y qué, sufrir, siempre sufrir! con obras,
No con quejas, se vengan los guerreros.
Con obras, pues, mostremos quienes somos.
Mas no á la sombra de traidor silencio,
Urdiendo ocultas tramas, convertidos
En viles conjurados, esperemos
Una venganza oscura y poco noble
Del aleve puñal ó del veneno.
Alta y terrible nuestra empresa sea.
De leccion á los reyes, de escarmiento
Sirva á los pueblos, y con susto el mundo
La recuerde y terror. Nuestros aceros
Prenda á Rodrigo de victoria fueran;
Hoy su ruina serán. El sarraceno
Nos espera, corramos: en sus filas
Con el naciente sol Rodrigo al vernos
Se estremezca y desmaye y convertidos
Mire en estragos sus triunfantes sueños.
Parc. 1°. ¡Cielos! ¿Qué osas decir?
Parc. 2°. ¡Con los infieles!
Jul. Oidme: tal designio, bien lo advierto,
Se muestra odioso á vuestras almas grandes.
¡Ah! que no como yo clavada al pecho
Llevais la flecha del reciente agravio.
No como yo punzantes los deseos
Sentís de la venganza... Mas ¡ay! pronto,
Pronto en vosotros arderá su fuego.
Detestais á Rodrigo: él no lo ignora.
Escrita ya vuestra vuestra sentencia leo
En su iracunda mente; y cual proscripto
Contemplo ya, cual onerosos hierros
Arrastrando en las cárceles, cual dando
De vil verdugo á la cuchilla el cuello.
Y ¡feliz quien perezca! ¡O cuánto al noble
Le es mas dulce morir que ser viviendo
Objeto infame de baldon, juguete
Del capricho de un monstruo! Estremeceos
Los que vida logreis; temblad ¡ay tristes!
Los que tengais esposas, los que al pecho
Las dulces hijas estrecheis. En vano
Las querreis ocultar: no hay encubierto
Asilo donde la torpeza infame
De Rodrigo no alcance: ni en el centro
De la honda tierra vivirán seguras;
Que arrebatarlas de los brazos vuestros
Allí sabrá tambien: dándoles muerte
Solo conservareis su honor ileso.
Parc. 1°. ¡O imágen espantosa!
Parc. 2°. ¡Suerte horrible!
Eger. ¿Y nosotros ¡ó Dios! lo sufriremos?
Jul. Id, pues, dad á Rodrigo la victoria.
¿Qué digo, la victoria? ¡Hermoso sueño!
Pero sueño no mas. Fueron los dias
De gloria y de poder: no ya trofeos,
Solo vergüenza en las marciales lides
Recogerán los godos. Ya su imperio,
Como alcázar ruinoso á la pujanza
Del fuerte musulman cae deshecho.
¿Quién salvarle podrá? No esos rebaños

De esclavos abatidos, á los riesgos
Mal avezados del sangriento Marte;
No vosotros que faltos ya de aliento,
Sin fuerza, al combatir por un tirano,
La espada esgrimireis. ¡Ah! Teodofredo
Solo al destino contrastar pudiera
Con su potente brazo: bajo el peso
El triste ¡ó Dios! de las cadenas gime.
No hay para España salvacion: envueltos
En su ruina sereis, y á par con ella
A infame yugo doblareis el cuello.
Y ¡qué! ¿lo sufrireis? ¿sereis esclavos
Cuando suerte mas próspera os ofrezco?
¿Presa del moro dejareis que sean
Palacios, bienes, cuando de este recio
Temporal que amenaza sumergirlos
Podeis sacarlos á seguro puerto,
Y aumentarlos tambien? ¡Ah! que sin tasa
Nuevos honores y tesoros nuevos
Os miro recoger. Sí, por vosotros
Triunfará de Rodrigo el agareno,
Y solo por vosotros sostenerse
Podrá en el nuevo y afanoso imperio.
Reinareis en su nombre: á vuestras manos
Pasarán los despojos, los gobiernos
De los vencidos godos, y á la cumbre
Llegareis del poder... ¿Qué mas? Del cielo
Ministros sois cuyo tremendo brazo
Lanza al abismo en su furor los reinos.
De Vitiza y Rodrigo los delitos
Llaman su maldicion sobre este suelo.
Su maldicion cayó. Con nueva sangre
De otro mas grande y belicoso pueblo
La sangre goda envilecida tanto
Quiere regenerar. Su alto precepto
Siguiéndome cumplís. Do quier existan
Nos manda exterminar á los perversos.
Eger. Es justo, sí: mi voz á la voz tuya
Ya se une, conde, y con airados ecos
Pide el castigo del tirano. Amigos,
Entre ser poderosos ó bien siervos
La eleccion no es dudosa. ¿Hay quien prefiera
A la justa venganza el cautiverio? [ganza!
Parc. 1°. ¿Preferirlo? Jamás. ¡A la ven-
Todos. ¡A la venganza, sí!
Jul. Sobre este acero
Juradlo, amigos.
Todos. Lo juramos.
Jul. Muera
Rodrigo.
Todos. Muera.
Jul. ¡O plácidos acentos!
¡Cuán gratos penetrais el alma mia
Y el gozo le tornais! Mas los momentos,
Amigos, son preciosos. Egerico,
Tú que del gran prelado de Toledo,
Tu deudo y mio, los guerreros mandas,
Vuela á su frente; y tú, fuerte Sigerto,
Y vosotros tambien, Edon y Evanio,
Marchad al punto á preparar los vuestros.
Cuando allá en el combate, ante las filas
Osado me presente, al son tremendo
De mi voz acudid: seguidme todos,
Y fijad de la lid el trance incierto.
Eger. A obedecerte voy: venid, amigos.
(*Vase Egerico con varios guerreros: otros se quedan con el conde don Julian.*)

ESCENA VI.

JULIAN, GODOS, DESPUES TEODOFREDO.

(*Se ve salir por el foro á Teodofredo, sin casco y sin espada: al ver á los godos se va acercando á ellos poco á poco.*)

Jul. Vosotros os quedad: fuérame expuesto
Donde manda Rodrigo presentarme.
Vamos al moro.
(*Al querer partir ve á Teodofredo.*)
Pero ¿qué guerrero
Nos viene á sorprender? Su muerte al punto...
¿Qué miro? ¡Eterno Dios! ¿No es Teodofredo?
Teod. Conde, ¿sois vos? [númen
Jul. ¡Oh! ¿cuál propicio
Te vuelve á nuestros brazos?
Teod. Aun yo mesmo
Lo ignoro. En mi prision entra un soldado,
Y dice: «Libre estás, sígueme.» Intento
Preguntar; no responde. A nuestra marcha
Nadie se opone: oscuridad y sueño
Do quier reinan en torno. Traspasado
De nuestro campo el límite: «Al momento,
Dice mi conductor, á Hispalis vuela:
Allí sabrás quien resolvió tus hierros
Generoso romper, y con Florinda
Unido allí serás en lazo eterno.»
Jul. Algun amigo fiel será sin duda.
Mi noble empresa favorece el cielo,
Pues aquí te conduce.
Teod. ¿Cuál empresa?
Jul. La mas grande y terrible; la que á
Detestable ofensor justo castigo [nuestro
Va á dar en breve.
Teod. Hablad.
Jul. Sígueme luego.
Teod. ¿Dónde? [victoria
Jul. Al campo del moro: la
Le he prometido.
Teod. ¡O Dios!
Jul. ¿Qué? [mezco.
Teod. Me estre-
Jul. ¡Cómo!... ¿vacilas?
Teod. Escuchad: no ha
Vibrar me vísteis el ardiente acero [mucho

Contra ese vil raptor : aun en mi rabia
Le volviera á vibrar; pero si debo
Con bárbara crueldad, con negro crímen,
Culpados é inocentes confundiendo,
Vender á España, y entregar sus hijos
A manos del infiel... ¡ ah ! no, detesto
Tan pérfida traicion : cómplice en ella
No me vereis jamás : morir primero. [garte?
Jul. Pues qué, ofendido, ¿dudarás ven-
Teod. Nunca contra mi patria yo me vengo.
Jul. ¿La patria, dices?... Por ventura ¿hay patria
Donde Rodrigo impera? Mira el pueblo
A torpes vicios entregado, mira
Al capricho la ley obedeciendo;
Sobre el desórden su grandeza alzando
Los turbulentos próceres sin freno;
Sin valor los soldados; indefensas
Las plazas con sus muros en el suelo...
¿Es esto patria?
Teod. Y vos, ved al alarbe
Ciego entregado á su furor cruento,
Muerte y desolacion do quier llevando,
Hacer de España un espantoso yermo.
Los que el fuego perdona ó el alfanje
Opresos ved en duro cautiverio.
Ved la cruz abatida y de Mahoma
Sobre ella alzarse el estandarte horrendo;
Ved los sacros altares profanados,
Las vírgenes violadas en los templos...
¿Sabeis que vuestro Dios aquí se encuentra;
Aquí vuestros amigos, vuestros deudos;
Que este suelo os dió el ser; que aquí reposan
Vuestros mayores en eterno sueño? [ella
Y ¡no hay patria decís! ¡O Dios! Y ¡en
Os intentais vengar! ¿Con qué derecho?
Siempre, para sus hijos, inocente
La patria debe ser : siempre á su acento,
Sofocando discordias, solo hermanos
Debe en ellos hallar el extranjero.
(*Empieza á amanecer.*)
Jul. ¿É impune dejas á Rodrigo?
Teod. Si otro
Castigo no hay, yo lo remito al cielo.
Jul. Quedarás desterrado y sin fortuna.
Teod. Mas libre del atroz remordimiento.
Jul. Bienes y honores te prometo.
Teod. ¡Infamia!
Jul. Piensa en Florinda.
Teod. ¡O Dios! ¡Cruel recuerdo!
Pero no ha de vencerme, no... dejadme :
Nunca, si es mia, lo será á tal precio. [dono!
Jul. ¡Infiel! ¡Y tú la amabas! ¡O aban-
¡O imperdonable crímen, mas horrendo
Que el crímen de Rodrigo! Vil perjuro,
Ya te conozco al fin y te detesto.
Vé, sirve á mi ofensor : para vengarme
Yo me basto á mí mismo.
(*Se oye á lo lejos el ruido de los clarines que llaman á la batalla.*)
Compañeros,
¿Ois? Suena el clarin : la seña es esta
De venganza y de muerte. ¡Cuál os veo
De generoso ardor estremecidos
Anhelar el combate! A los protervos
Llevemos guerra y exterminio. Vamos.
Teod. ¿Adónde vais, malvados? Deteneos. [marcha
Jul. Aparta : busca á mis contrarios;
A combatir y perecer con ellos. (*Vase.*)

ESCENA VII.

TEODOFREDO.

Sí, yo combatiré : vereis mi espada
En la funérea lid brillar ardiendo
Terror de los traidores. Mil peligros
Do quier aquí me cercan; mas el puesto
Aquí está del honor, aquí la patria;
Su voz me llama, á defenderla vuelo.
Ya se acerca Rodrigo : aunque funesta
Pruebe su saña, sin temor le espero.
(*Será ya completamente de dia.*)

ESCENA VIII.

TEODOFREDO, RODRIGO, GUERREROS GODOS.

Rod. Este es el dia, valerosos godos,
En que con gloria terminar debemos
Tan prolongada lucha : el fiero alarbe
Ya medroso lucir ve los aceros
Que en sangre tintos humillar lograron
Su altivo orgullo en el pasado encuentro.
Hoy destrozar sus bárbaras legiones,
Hoy nuestra patria libertar debemos.
Aunque de Teodofredo el brazo falte
Y de Julian...
Teod. Te engañas; Teodofredo
Está aquí.
Rod. ¿Cómo, tú?... ¿Y eres osado...
Infeliz, á pisar aun este suelo?
Teod. Me trae mi deber.
Rod. A asesinarme
Vienes sin duda.
Teod. A defenderte vengo.
Rod. ¿No debias huir? ¿No te mandaron
Cuando esta noche libertad te dieron,
Que tus pasos á Híspalis llevases,
Y luego allí Florinda?...
Teod. ¿Qué oigo? ¡Cielos!
¿Acaso vos?...

Rod. ¿Cuál otro abrir pudiera
De tu prision las puertas?... Lo confieso:
Fuí criminal: amor pudo un instante
Cegar mis ojos con su torpe velo;
Y tambien te cegó; mas no se vengan,
Solo perdonan los heróicos pechos.
Tuya será Florinda, hermosa, pura
Como la luz del sol: mi odioso fuego
Sabré vencer con fortaleza.
Teod. ¡O grande,
O magnánimo rey!... Conde, ¿qué has hecho?
¡Ah! vuelve, vuelve; á consumar no llegues
Tan horrible traicion... Aun será tiempo...
(*Quiere salir.*)
Rod. ¿Qué dices? ¿Dónde vas?
Teod. Dejadme... ¡Ah! nunca
Lo llegueis á saber.

ESCENA IX.

DICHOS, TULGA.

Tulga. Acudid presto:
Señor, traicion... El injuriado conde
Nos vende al musulman: hácia sus puestos
Dirigirse le he visto. El traidor Opas
Concita á la venganza á sus guerreros.
Todo es desórden, confusion.
Rod. ¡O infames!
Hé aquí vuestras hazañas...—Tú, no puedo
(*A Teodofredo.*)
Dudarlo ya, traidor, te preparabas
A clavarme el puñal... De ese contento
No te quiero privar... hiere. ¿Qué tardas?
Si no tienes espada, yo te cedo
La mia; tómala.. hiere.
(*Saca su espada y la presenta á Teodofredo, que la toma.*)
Teod. La admito;
Mas en sangre del bárbaro agareno,
En sangre de traidor es hoy teñida
Tan solo la verás. El juramento
Con esa sangre sellaré y la mia
De mi fidelidad. Fuertes guerreros,
Marchemos á la lid.
Rod. Ven á mis brazos.
Ambos unidos á lidiar volemos.
Mas si es fuerza morir, valientes godos,
Vuestro monarca morirá el primero.

ACTO QUINTO.

El teatro representa el campamento de los godos. A la entrada de una tienda que sobresaldrá un poco y estará hácia el proscenio habrá una pequeña eminencia de césped, en forma de banco.

ESCENA PRIMERA.

FLORINDA.

¡Cielos! ¿Será verdad? El moro triunfa,
Huye vencido el godo... De este campo
Ya acometen las bárbaras legiones
El recinto indefenso... ¿Dónde amparo,
Mísera, encontraré? La vista mia
Causa á todos horror... De mí indignados
Se alejan; y oigo de mi padre el nombre
Do quiera maldecir... ¡Traidor!... Infames,
Mentís: no puede ser... Mas ¡ay! si acaso
En su ciego furor... La vil venganza
¡Qué crímenes no engendra!.. ¡O Dios! Corramos
Do la triste verdad de estas zozobras
Libre mi mente que resiste en vano
Creer tanta maldad... Mas Teodofredo...
¡Ah! tú podrás al fin...

ESCENA II.

FLORINDA; TEODOFREDO, con la espada en la mano.

Teod. ¡O dia aciago!
¡Dia funesto á la española gente!
¿Dónde, godos, huís? ¡Al africano
Así cedeis cobardes!
Flor. ¡Teodofredo!
Teod. ¿Qué miro?... ¡O Dios!... ¡Florinda! Cielo santo,
¿Por qué á mi vista la ofreceis? ¿No pudo
Antes la muerte?...
Flor. Y tú, tambien. ingrato,
¿Huyes de mí, me ultrajas?... ¡Ah! ¿qué culpa?...
Teod. Satisfecha estarás: de tus agravios
Vengada quedas. Por do quier en torno
Contempla de los godos destrozados
Los pálidos cadáveres, contempla
En sangre tintos los funestos campos
Donde la gloria y el poder de España
Con eterno baldon se han sepultado.
¡Todo, todo por tí!... Gózate en ello;
Gózate, desdichada, en tal estrago.

Flor. ¿Qué profieres? ¡por mí!... ¿Pues qué, mi padre?...
¿Con que es cierto?... ¡Qué horror!
Teod. Llenos de espanto
Ya ligeros buscaban en la fuga
Su salud los vencidos africanos.
Mas súbito de en medio de sus huestes
Sale tu padre, y con acento airado
Grita: «A mí, compañeros.» A sus voces
Responde fiero el conjurado bando:
Venganza y muerte por do quier resuenan;
Y Opas, y Edon, y Garcerán, y Evanio,
Y otros y otros traidores, las espadas
Que puso España en sus aleves manos,
Vuelven contra su patria. Allí furiosos
A sus propios hermanos destrozando,
Siembran horror y confusion y muerte.
¿Qué vale ya el valor? Los mas osados,
Cercados de traidores, no distinguen
Cual es su defensor, cual su contrario;
Y creyendo lidiar por un amigo,
Caen al golpe de traidora mano.
Desmaya el godo, alienta el sarraceno,
Que del susto primero recobrado,
Con nueva rabia nos embiste altivo
En nuestra sangre su furor cebando.
En vano á contener su ímpetu fiero
Sobre sus huestes con furor me lanzo;
Y en vano de Rodrigo el brazo fuerte
La espada irresistible fulminando,
Con mil y mil hazañas muestra y abre
La senda del honor á sus vasallos.
¡O desdichado rey! La faz terrible,
En sangre todo y en sudor bañado,
Yo le ví de Tarif à la fortuna
Invicto contrastar. Cercados ambos
De la inmensa morisma, con su sangre
La corriente del Lete acrecentamos.
¡Inútiles esfuerzos, de que solo
Pudo glorioso fin ser triste pago!
«O Teodofredo, exclama el rey, perdido
Todo está ya: mi muerte en desagravio
De mi crímen atroz el cielo ordena;
Mas no se gozarán los africanos
En la deshonra mia, ni mi cuerpo
Lograrán ultrajar con vil escarnio.»
Dice y aguija á su bridon ligero,
Abrese entre los moros ancho paso,
Llega al rio, se lanza, y en sus ondas
Queda el triste por siempre sepultado.
Flor. En fin, ¡murió Rodrigo! Justa [muerte;
Pero débil castigo de un malvado.
No en el campo de honor debió con gloria
Dar el último aliento: cual esclavo
Debió sufrir, y en el oprobio...
Teod. Calla:
Hija de don Julian, ¿qué osa tu labio
Aleve pronunciar? A tu venganza
¿No basta tanto horror, tan grande estrago?
Rodrigo delinquió; pero tu padre
Contra su patria al moro acaudillando,
Tú con risa feroz en las desgracias
Gozándote de España y aprobando
Tan pérfida traicion...
Flor. Y ¿quién te dice
Que yo la apruebo quién? En tan aciago,
En tan terrible dia, criminales
Son todos para mí, todos malvados,
Todos horror me inspiran, y yo propia
A mí misma tambien me causo espanto.
El crímen me circunda, la ignominia
Me cubre, la afliccion sigue mis pasos.
Bien haces, Teodofredo, odiarme debes:
Tu odio tan solo, tu desprecio aguardo.
Teod. ¡Aborrecerte yo! Yo que te quise
Con tan sincero amor...
Flor. ¿Qué has pronunciado?
¡Amor, funesto nombre, que delitos
Me recuerda no mas! ¿Osas tus labios
Emponzoñar con él?... ¡Ah! si algun resto
Arde en tu corazon, de allí arrancarlo
Debes al punto, ó tiembla.
Teod. Sí, Florinda:
Es crímen esa voz en nuestros labios.
Vencedor el alarbe, España opresa,
El cetro de Rodrigo hecho pedazos,
Tú cubierta de infamia, de ignominia...
Nada hay ya que esperar... En males tantos
No ya de amor, de muerte hablar debemos.
Flor. De muerte, sí... morir es necesario:
El sepulcro es mi bien, mi único asilo...
Y ¿á qué vivir, á qué? ¿Para ver llantos,
Males, desolacion, incendios, ruinas,
Y todo por mi causa!... ¡Ay, triste!... En vano
Yo me diré inocente... Por do quiera,
Las tumbas, los cadáveres, los campos,
Cobrando voz á mi ominoso aspecto,
Fieros me acusarán... ¡Ah! que escuchando
Estoy ya en torno el lamentar doliente
Del oprimido pueblo, y entregado
Mi nombre escucho á execracion eterna.
¿No lo ves? ¿no lo ves?... Ante mis pasos
El confuso tropel se precipita...
¡Cielos!... ¡Una mujer!... ¡Su cruel mano
En la sangre se baña de sus hijos
Y me ofrece sus miembros destrozados!
«Tuyo es mi crímen, dijo: así tan solo
Logran ser libres los que hiciste esclavos.»
Aparta, monstruo horrendo... ¿Qué me quiere
Ese pueblo de huérfanos y ancianos?
En torno mio con furor se agolpan
Sus ponderosos hierros agitando.
«Miradla, exclaman, la que al fiero moro
Osó entregar su patria, la que atado

Nos tiene el cuello á la fatal coyunda;
Por quien bienes, honor y culto santo
Hemos todos perdido... Caiga, caiga
La maldicion sobre ella... » No, inhumanos,
Perdon, perdon : mayor que el dolor vuestro
Es mi fiero dolor.

Teod. ¡O Dios! ¿Qué insano
Delirio te perturba?

Flor. Y tú, ¿quién eres?
¿Por qué tu brazo está de acero armado?
¿Contra quién lo destinas? Por ventura
¿Es contra mí? Pues hiere : será grato
El dulce golpe que mi mal termine
Mi aborrecible ser aniquilando.

(*Cae de rodillas á los piés de Teodofredo.*)

Teod. ¿Yo bañarme en tu sangre, yo,
¿No me conoces? [Florinda?

Flor. ¡Teodofredo caro!

(*Como recobrándose, con cariño y abatimiento.*)

¿Eres tú?... Mira mi cruel tormento,
Mi horrible situacion... Solo me es dado
Ya la muerte anhelar.

Teod. ¡Desventurada!
Harto lo veo : tu destino infausto
El solo bien que te concede es ese.
Morir es tu deber. No de mis labios
Escucharás acentos que á la vida
Aun te quieran ligar : vivir amargo,
Mas que la muerte, horrible... Pero sea
Nuestra suerte comun. Muramos ambos;
Que ni vivir tú puedes infamada,
Ni yo vivir tampoco siendo esclavo.

Flor. Pues bien : ¿qué tardas en abrir mi pecho?

(*Ruido de armas y de hombres.*)

¿Escuchas el clamor? Por todos lados
Nos cerca el moro ya : hiere... un instante
Aun puede este consuelo arrebatarnos.

Teod. ¡Ah! que mi brazo no osa...

Flor. ¡Qué!... ¿Vacilas?

Teod. ¡Florinda!

Flor. ¿Y bien?

Teod. No puedo, no.

Flor. A mi mano
Fia, pues, el acero.

Teod. ¿Qué, tú propia?...
¿Tendrás valor?

Flor. ¿Lo dudas?

Teod. Pues ¿qué aguardo?

(*Saca un puñal y se lo da.*)

Toma, y adios por siempre : en el combate
Yo á perecer como guerrero marcho.

ESCENA III.

FLORINDA.

¿Tú perecer? No, no... vivir aun debes :
La patria te lo manda... De tu brazo
Nuevos triunfos espera que su gloria
Y su poder le vuelvan... ¡Ah! si el hado
Propicio á tu valor...

(*Yendo hácia el lado por donde se ha marchado Teodofredo, se oye ruido de espadas y de gente peleando.*)

Mas ya le veo
Lanzarse á los feroces africanos
Que airados le circundan... ¡Cuál su espada
Siembra en ellos la muerte y el estrago!
Huid, cobardes... ¡Ay! nuevos guerreros
Le asaltan... y otros... y su fuerte brazo
Ya cansado desmaya... Al lado suyo
Vuelo, y un golpe nos traspase á entrambos...
¡O Dios! Cayó... cayó... Fieros, su cuerpo
Los vencedores bárbaros hollando,
Se acercan ya... ¿Por qué mi brazo tarda
En desgarrar mi pecho? Esposo caro,
Florinda ya te sigue... Hágame digna
Este golpe de tí.

(*Se hiere, y vacilando, va á caer sobre el banco de césped que está á la entrada de la tienda en el proscenio. Al mismo tiempo salen Tarif y gran número de sarracenos que acuden por todos lados. Unos traen lanzas, otros alfanjes, otros teas ardiendo con las que incendian las tiendas. Arde el campamento.*)

ESCENA IV.

FLORINDA, TARIF, MOROS.

Tarif. Mahometanos,
Hijos ínclitos de Africa, el Profeta
La victoria nos dió. De gloria el canto
Alzad al sumo Alá que el señorío
De España entrega al fuerte mauritano.
Triunfad; y de este campo los despojos
Hoy recompensen vuestro ardor bizarro.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, JULIAN, CONJURADOS GODOS.

Jul. Mi palabra cumplí, noble Abenzarca,
Ya es tuya la victoria, y yo vengado
Quedo del vil Rodrigo. ¡Con qué gozo
Estrecharé á Florinda entre mis brazos!

¡Ah! ¿Dónde la hallaré?
(Ve á Florinda caida sobre el banco con las ansias de la muerte.)
Pero ¿qué veo?
¡Una mujer!... ¿No es ella?... ¡Ay! espi-
La desdichada está. [rando
(Se acerca con precipitacion. Los godos tambien se acercan, alzan un poco á Florinda y la sostienen.)
Flor. ¡Padre!
Jul. ¡Hija mia!
Tarif. ¡Hija suya!
(Tarif y muchos de los suyos se acercan. Todos los personajes se colocarán formando un grupo)
Jul. ¡O dolor! ¡O impíos hados!
¡O cielo inexorable! ¡Crudo golpe,
Que todo mi placer convierte en llanto!
¿Quien el bárbaro fué?...
Flor. Yo he sido, ¡ó padre!
Yo... Detesto el furor que os ha inspirado
Tan pérfida traicion... Sí... yo aborrezco
Vuestra venganza horrible... Por mi mano
Yo misma me castigo, pues la causa
Soy de tantos horrores... Padre amado...
A Dios... y plegue al cielo en sus bondades ..
Enmendar vuestra culpa... y perdonaros.
(Cae muerta.)
Jul. ¡Ah! no morirás sola, que este acero
A ti me juntará.
(Saca la espada y quiere pasarse con ella. Tarif y los suyos se lo estorban y le desarman.)
Tarif. Tente, insensato.
Jul. No me detengas, bárbaro, la muerte
Es ya el único bien que ansioso aguardo.
Tarif. Harta dicha es la muerte á los
A tus remordimientos entregado [traidores.
Queda en castigo de tu horrendo crímen.
Jul. Y ¿osas, perverso, tú, vituperarlo?
Tarif. Aprecio la traicion cuando me es
Y al infame traidor odio declaro. [útil,
Jul. Hé aquí el fruto cruel de mi venganza.
Odio, ultrajes, desprecios... ¡Desdichado!
Si he vendido á mi patria, ¿qué otro premio
Debo esperar de mi delito infando?
(Cae abismado á los piés de Florinda.)

CARLOS II EL HECHIZADO,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

INÉS.
El REY don CARLOS II.
Fray FROILAN DIAZ, confesor del rey.
FLORENCIO, paje del rey.
El CARDENAL PORTOCARRERO.
El INQUISIDOR GENERAL.
El Conde de OROPESA, presidente de Castilla.
El Conde de MONTALTO, presidente de Aragon.
El Conde de SAN ESTEVAN.
El Conde de FRIGILIANA.
HARCOURT, embajador de Francia.
HARRACH, embajador de Austria.
El VICARIO de las monjas del Rosario.
El PRIOR de Atocha.
El PRIOR del Escorial.
Un Comisario de la Inquisicion.
El Carcelero de la Inquisicion.
EL TREMENDO.
Un Tahonero.
Un Armero.
Un Tabernero.
Un Alguacil.
Un Ugier de Palacio.
Un Oficial de la guardia.
El Capitan de los soldados de la Fe.
Un Monje del Escorial.
Dos Agentes del motin.
Un Capuchino.
Dos Sacristanes.
Grandes.
Señoras.
Criados.
Pajes, Guardias, Alguaciles y Familiares de la Inquisicion.
Soldados de la Fe.
Hombres, Mujeres y Muchachos del Pueblo.
Frailes de Atocha.

La escena es en Madrid y el Escorial.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la cámara del rey.

ESCENA PRIMERA.

FROILAN, FLORENCIO.

Froi. Alabado sea Dios.
Flor. Por siempre alabado, amen.
Froi. ¿Qué hay, Florencio?
Flor. El rey os llama.
Froi. ¿Tan temprano?
Flor. Son las diez.
Froi. Como no suele...
Flor. ¿Y qué importa?
¡Qué linda flema teneis!
Froi. ¿Se ha de salir en ayunas
Uno á la calle?
Flor. No á fe.
¡Todo un padre Froilan Diaz,
Todo un confesor del rey!
¡No faltaba mas...! Por eso
Muy reforzado vendreis,
No con manjares livianos,
Sino fruta de sarten:
Jamon, torreznos... y es justo;
Porque el oficio es cruel.
Froi. Pajecillo sin conciencia,
Ni temor de Dios, yo haré...
En fin, ¿qué sucede, di?
Flor. ¿No sabeis...?
Froi. ¿Qué he de saber?
Flor. Hemos tenido una noche...
¡Qué noche...! Por poco el rey
Se nos queda entre las manos.
Froi. ¿Qué dices? ¿Le dió otra vez
El insulto?
Flor. Sí, terrible,
Cual nunca... Yo me asusté.

¡Qué temblor! ¡qué convulsiones!
¡Qué alaridos...! Mas de seis
Éramos á sujetarle;
Mas, ¿quién le sujeta, quién?
Parece, Dios me perdone,
Un endemoniado.
Froi. Pues
No hay que burlarse, que acaso...
Flor. ¿Qué?
Froi. No digo que lo esté;
Mas los síntomas... Y luego
La gente ha dado en creer...
Flor. Dichos del vulgo.
Froi. Algo mas;
Que el tribunal de la fe
Ha llegado á tomar cartas
En el asunto, y tal vez...
Flor. ¿Formará causa al demonio
Y en un auto le hará arder?
Froi. ¡Hereje...! Calle esa lengua.
Flor. ¡Ay! del refran me olvidé:
¡Con la inquisicion, chiton!
Froi. ¡Pues cuidado...! Yo no sé,
En verdad, cómo á su lado
El rey te puede tener.
¡Un hombre sin religion!
Flor. Padre, no me calumnieis:
Que á veces quien mas la invoca,
Mas la vulnera tambien.
Soy jóven, vivo y alegre:
El rey es triste: tal vez
Suelo sus melancolías
Con mis chistes distraer:
¡Qué mucho, pues, que me quiera,
Que me proteja! — Sabed
(*Mas bajo, acercándose á él.*)
Que quiere ser mi padrino.
Froi. Qué, ¿te casas?
Flor. Sí.
Froi. ¿Con quién?
Flor. Con un ángel.
Froi. ¿Será jóven?
Flor. Sí; de mi edad vendrá á ser.
Froi. ¿Bella?
Flor. Sin igual.
Froi. ¿Modesta?
Flor. El mismo candor.
Froi. ¡Muy bien!
No hay que preguntar si la amas.
Flor. La amo, la adoro: poco es.
Cuando en ferviente oracion
Vuestra mente con desden
De este mundo se desprende
Y el cielo entreabierto ve,
¿No adorais arrebatado
Del trono eterno á los piés
Esa inmaculada Vírgen
Vencedora de Luzbel?
De virtud la aureola pura
Ciñe su divina sien,
Sus ojos, fuente de vida,
Consuelo infunden do quier,
Su risa enajena el alma,
Sus labios expiden miel,
Y á su voz el firmamento
Tiembla de amor y placer.
Así tan pura y tan bella
Se muestra mi amada Inés;
Y cual los ángeles aman,
Así la adoro tambien.
Froi. ¡Cómo...! ¿Inés?
Flor. Sí.
Froi. ¿Bella, jóven?
Flor. ¿Acaso la conoceis?
Froi. No... pero... Di: ¿dónde vive?
Flor. ¡Oh! mucho quereis saber.
Froi. Curiosidad.
Flor. Algo extraña.
Froi. De mí ¿qué puedes temer?
Flor. Los ojos se os encandilan;
Padre, mala señal es.
Froi. ¿Eso dices á quien voto
Formó...?
Flor. Con voto ó sin él,
No os la fiara, por Dios.
Froi. ¡Insolente...! juro...
(*Sale un ugier.*)
Ugier. El rey.
Flor. Poco me gusta este fraile.
(*Aparte.*)
Mala alma debe tener.

ESCENA II.

DICHOS, EL REY, CRIADOS.

(*Sale el rey pálido y débil sostenido por criados. Estos le conducen hasta un ancho sillon, en el que se coloca como hombre enfermo y doliente. Florencio acude á servirle.*)

Rey. ¡Hola, Florencio...! Estarás
Rendido.
Flor. Ya descansé.
¿Os sentís mejor?
Rey. Un poco:
Bastante débil.
Flor. ¿Quereis
Un almohadon?
Rey. No hace falta:
Así sentado estoy bien.
Froi. Señor...
Rey. ¡Ah! padre Froilan,
¡Mala noche!
Froi. Ya lo sé.

Rey. ¡Qué ataque...! Mi hora postrera
Ya llegada pensé ver.
Froi. Dios conservará una vida
Tan preciosa.
Rey. Ya mandé
Se celebren rogativas.
Froi. Eso os iba á proponer.
Rey. Ahora quiero con vos
Consultar.
Froi. Como gusteis.
Rey. Vosotros dejadnos solos...
(*Vanse los criados.*)
¡Ah! Florencio, no olvidé
Mi promesa.
Flor. ¡Qué, señor...!
Sanad pronto, y no penseis...
Rey. Ya sanaré con la gracia
De Dios... Mas quisiera ver
A la novia.
Flor. Si gustais,
Luego, señor, la traeré.
Rey. Que me place... Vé por ella.
Flor. Voy corriendo.
Rey. Hasta despues.
(*Vase Florencio.*)

ESCENA III.

EL REY, FROILAN.

Rey. Ya solos hemos quedado;
Padre, tomad, pues, asiento;
Tomad, que abriros intento
Hoy mi pecho acongojado.
(*Froilan toma un sillon, y se sienta al lado del rey.*)
Bien lo veis: funesto mal
Mi triste vida consume,
Y en vano el arte presume
Parar mi instante fatal:
No me importa, venga, vuele;
Mas bien temo su tardanza:
En Dios pongo mi confianza;
Solo mi nacion me duele.
Froi. Señor, no hableis de esa suerte,
Ni cedais al desconsuelo:
Mirad que ofendeis al cielo
Así invocando á la muerte.
Rey. ¡Yo invocarla...! Padre, no:
Lejos de mí tal pecado;
Mas si hay un rey desgraciado,
Ese sin duda soy yo.
Froi. ¿Por qué, señor...? ¿Hay alguno
Que en poder con vos se iguale?
Pues ¿cuál otro cetro vale
El cetro español...? ninguno.
Leyes os miran dictar
Al uno y otro hemisferio,
Y jamás en vuestro imperio
El sol deja de alumbrar.
Con raudales de oro y plata
Todo un mundo os enriquece:
¿Quién tributos no os ofrece?
¿Quién no os respeta y acata?
Pues si esto es cierto, señor,
¿Por qué la vida os enoja?
¿Qué mala suerte os arroja
Así á manos del dolor?
Rey. Nacido en dia fatal,
Todo á mi contrario veo:
El bien conozco y deseo,
Y solo consigo el mal.
Al solio niño subí,
Y entre encontradas facciones,
Juguete de sus pasiones,
Solo rey en nombre fuí:
Su infame ambicion tal vez
Mi juventud marchitaba,
Y á degradarme aspiraba
En perdurable niñez.
Mi humillacion conocí,
Romper logré mis cadenas;
Mas libre del yugo apenas,
En otro yugo caí.
Siempre enfermo, el peso grave
No resistí del reinar:
Me fué preciso buscar
Quien dirigiese esta nave.
Los mas nobles ó alabados
Merecieron mi confianza;
Mas burlaron mi esperanza
Por ineptos ó malvados.
¿Qué hicieron de aquel poder
Que heredé de mis abuelos?
¿Qué fruto de sus desvelos
He venido á recoger?
Do quier derrumbarse siento
Este decadente Estado:
Los años de mi reinado
Por los desastres los cuento.
Si algun dia de la guerra
Quise probar la fortuna,
Me ví sin gloria ninguna
Roto en mar y roto en tierra;
Mis reinos menguados ya
Fueron en la lid funesta,
Y lo que de ellos me resta
Yermo y despoblado está.
Mas no basta á mi dolor
Su presente desventura;
Que aun mas su suerte futura
Llena el alma de temor.
Lo conozco: ya en presencia
De la eternidad me miro;
Mas á mi postrer suspiro
¿Quién recogerá esta herencia?

En vano por mí lució
La antorcha nupcial dos veces;
Que sordo el cielo á mis preces,
Mi lecho estéril dejó.
Hoy que mi muerte interesa
A monarcas ambiciosos,
Todos la acechan ansiosos
Cual suele el lobo á su presa;
Y ¡quién lo hubiera creido!
Ya con tan dulce esperanza,
Formando oculta alianza,
Mis reinos se han repartido.
¡O infamia! ¡ó mengua! ¡ó dolor!
¡O del hado injusta saña!
¿Es esta, cielos, la España
De Europa un tiempo terror?
Con mi funesto vivir
Su poder eché por tierra;
Y la discordia, la guerra,
Son mi legado al morir.
Froi. Señor, por Dios, desechad
Tan tristes presentimientos:
Hijos tales pensamientos
Son de vuestra enfermedad.
Si aleve coalicion
Vuestros estados codicia,
Hablad, y de su injusticia
Apelad á la nacion:
A esta nacion de guerreros
Que ama y respeta á sus reyes;
Mas no sufre le den leyes
Ambiciosos extranjeros.
Una palabra, señor,
Burlará sus pretensiones:
Sí, dejando indecisiones
Nombrad vuestro sucesor.
Rey. ¡Ay! padre, en esa eleccion
Todos mis tormentos hallo:
Conmigo mismo batallo,
Y me tiembla el corazon.
Amor y un deber sagrado
Al Austria mis votos dan;
Pero por la Francia están
Prudencia y razon de estado.
¡O alternativa terrible
Que otro arbitrio no consiente
Que el ser injusto pariente,
O ser monarca insensible!
Si el cielo al menos quisiera
Mi existencia prolongar,
Tal vez en el dilatar
El remedio consistiera.
Padre mio, ¿qué dolencia
Es esta, pues, que me acaba,
Que aunque mas y mas se agrava,
Ni aun la adivina la ciencia?
¿Hay en esto algun misterio?
Decid, vos bien lo sabeis.
Froi. Señor...
Rey. No disimuleis.
Hablad: vuestro ministerio
Os obliga...
Froi. No me es dado
Revelar...
Rey. ¡Ay! ¿será cierto?
Froi. ¿Qué?
Rey. A proferirlo no acierto...
Dicen... que estoy... hechizado.
Froi. ¡O Dios...! ¿quién osó decir...?
Rey. ¿Con que es verdad...? ¡cielo santo!
¡Ah! (*Se cubre el rostro con las manos.*)
Froi. No hay que afligiros tanto,
Que aun está por decidir:
De ello trata el santo oficio:
No sé qué resolverá;
Pero la Iglesia sabrá
Conjurar el maleficio.
Rey. Eso sí debeis hacer,
Y tal vez sanar consiga:
Desde hoy quiero se bendiga
Cuanto me den de comer.
Froi. Iré luego al tribunal
A avivar su santo celo;
Mas decid: ¿teneis recelo
Del orígen de ese mal?
Causa es preciso que exista;
Y al emplear el conjuro,
El efecto es mas seguro
Si la sabe el exorcista.
Rey. Solo á mis muchos pecados
Atribuirla yo puedo.
Froi. Los reyes, os lo concedo,
Suelen ser harto culpados;
Mas vos siempre habeis vivido
En santo temor de Dios.
Rey. Yo tambien del vicio en pos
Un tiempo, padre, he corrido.
Froi. ¡Cómo...! hablad.
Rey. A vuestras plantas
Mi culpa confesaré;
Y mi dolor templaré
Con vuestras palabras santas.
(*Se pone de rodillas delante del padre Froilan: este le hace levantar, y el rey se vuelve á sentar.*)
Froi. Alzaos, señor, alzaos:
Advertid que estais doliente;
Y aunque humilde penitente,
Os lo permito, sentaos.
Rey. Oid, padre.
Froi. Pecador,
Hablad: ¿qué nuevo delito
Vuestro corazon contrito
Así llena de terror?
Rey. No es nuevo, no, padre mio:
Ha tiempo que soy culpado.

Froi. Y ¿no lo habeis confesado?
Rey. Sí tal: no soy tan impío.
Mil veces arrepentido
Lo dije al padre Matilla
Que os precedió en esa silla.
Froi. Y ¿absolveros no ha querido?
Rey. Sí, padre; y aun penitencia
Hice ya con devocion;
Mas si él dió su absolucion
No me absuelve mi conciencia.
Froi. ¿Qué culpa...?
Rey. Yo tambien tuve
Cual otros mi mocedad:
Pagué tributo á la edad,
Y descarriado anduve.
Era cuando Valenzuela
Mandaba la monarquía,
Y mantenerme queria
En vergonzosa tutela.
Las fiestas y los placeres
Acumulaba sagaz
Porque turbasen la paz
De mi pecho las mujeres.
¡Ay! harto lo consiguió;
Y una, aunque plebeya, hermosa,
En el alma candorosa
De amor la llama encendió.
Sí, padre, yo la adoré,
Lo confieso con rubor,
Y en mi criminal ardor
Dulces momentos pasé.
Bendecir no quiere el cielo
Santa y legítima union,
Y logró torpe pasion
Lo que en vano ahora anhelo.
Hermosa como su madre,
Una niña... Perdonad:
Lloro... hago mal... es verdad;
Pero es el llanto de un padre.
Froi. Y ¿cómo lo he de culpar?
Un monarca es hombre, al fin;
Y solo de un serafin
Es propio nunca pecar.
Mas esa niña ¿do existe?
¿Cuidásteis de ella, señor?
Rey. ¡Ah! que mi culpa mayor
En eso, padre, consiste.
Froi. ¿Cómo?
Rey. Vino fray Matilla
A combatir mi pasion,
Y lavó mi corazon
De tan impura mancilla.
Froi. ¿Mas la niña?
Rey. Su inocencia
En mí turbaba la calma;
Y por la salud del alma
La arrojé de mi presencia.
Froi. ¿La abandonásteis?
Rey. ¡Ah! no.
Mandé á la madre dinero;
Mas con encargo severo
De no verme.
Froi. ¿Y lo cumplió?
Rey. Diez y seis años habrá
Que no he vuelto á saber de ellas.
Froi. ¿Ni habeis seguido sus huellas?
Rey. Yo las siguiera quizá:
No porque torpe aficion
Me arrastrase hácia la madre;
Pero el cariño de padre
Hablaba á mi corazon.
Froi. ¿Quién lo estorbó?
Rey. El confesor
Que mi salvacion buscaba,
Esa flaqueza culpaba.
Froi. ¡Oh! fué sobrado rigor,
Perjudicial, aunque santo:
Si así el gran Carlos pensara,
Jamás á Europa salvara
El vencedor de Lepanto.
Rey. ¿Luego pensais que debí
Acoger á esa inocente?
Froi. Y ¿por qué no?
Rey. ¡Dios clemente!
¿Por qué tan inicuo fuí?
Mas ¿dónde podré encontrarla?
Froi. Dios, señor, os guiará.
Rey. Bien, lo haré. ¡Cuál ansio ya
Contra este pecho estrecharla!
Siento nacer un consuelo
Que en mí por momentos crece;
Y ya, feliz, me parece
Me abre sus puertas el cielo.
Padre, la obra acabad:
Dadme vuestra absolucion.
(*Se arrodilla, y Froilan le da la absolucion, despues de lo cual se levanta.*)
Froi. Tomadla... y mi bendicion.
Rey. Al cielo por mí rogad.
Ahora que ya aliviado
De cuerpo y alma me siento,
Recibir la corte intento;
Mas no os marcheis de mi lado.
(*Toca la campanilla de una escribanía que habrá sobre una mesa.*)

ESCENA IV.

DICHOS, EL UGIER.

Ugier. Señor, ¿qué es lo que mandais?
Rey. ¿Quién aguarda en esas salas?
Ugier. Aguardan el cardenal,
El embajador de Francia,
El de Austria, los presidentes,

El conde de Frigiliana,
Y otros grandes.
Rey. Que entren todos.
(*Vase el ugier.*)

ESCENA V.

DICHOS, HARCOURT, HARRACH, PORTOCARRERO, MONTALTO, SAN ESTEVAN, FRIGILIANA, OROPESA; OTROS GRANDES.

(*Los grandes se agrupan de modo que esten juntos los que pertenecen á cada una de las dos parcialidades de Francia y Austria. Portocarrero y San Estevan pertenecen á la primera; Oropesa y Montalto á la segunda: Frigiliana y algun otro forman grupo aparte.*)

Rey. Señores, guárdeos el cielo.
Port. Con impaciencia esperaba
Nuestra lealtad este instante:
Vuestra presencia nos saca
De una penosa inquietud;
Y á Dios tributamos gracias,
Pues conservarnos le plugo
A tan amado monarca.
Rey. Pensé me llamaba á sí;
Mas al fin no ha sido nada,
Y ya me siento mejor.
S. Est. ¿No veis qué abatido se halla?
(*Bajo á los de su corro.*)
Harc. Muy poco vivirá ya.
Orop. Su enfermedad es muy mala.
(*Lo mismo.*)
Mont. ¿Cuál es?
Orop. Hechizos.
Mont. y otros. ¡Jesus!
(*Se santiguan.*)
Rey. ¿Habeis dispuesto que se hagan,
Cardenal, las rogativas?
Port. Todos los templos de España
Al cielo dirigirán
Por vos fervientes plegarias.
Rey. Está bien.—Oid, Harrach.
(*Harrach se acerca, y el rey le habla al oido. Entre tanto, los grandes pertenecientes á las diferentes parcialidades, se acercan unos á otros, y se hablan en voz baja, conforme lo indica el diálogo.*)
Port. ¿Qué le dirá?
S. Est. No me agradan
Estos secretos.
Harc. No importa:
Al fin vencerá la Francia.
Orop. ¿No advertís que no hace caso
Del uno, y al otro llama?
Mont. Eso nos prueba que el rey
Da la preferencia al Austria.
Port. Es fuerza no descuidarse.
S. Est. Esa funesta privanza
De Oropesa...
Froi. Nada haremos
Hasta derribarle.
S. Est. Nada.
Harc. Ya le preparo una buena.
Port. ¿Pues qué?
Harc. Mis agentes andan
Promoviendo en contra suya
Una espantosa asonada.
S. Est. No hay otro medio.
Froi. Lo apruebo.
(*El rey deja de hablar con Harrach; este se retira hácia el corro de los suyos, los cuales le preguntan con curiosidad.*)
Rey. ¿Estais enterado?
Harr. Basta:
No he menester digais mas.
Orop. y Mont. ¿Qué os ha dicho?
Harr. Nuestra causa
Va viento en popa.
Harc. Apartaos,
Que mira el rey.
Rey. ¿Qué hay de Francia,
Conde?
Harc. Mi amo y rey por vos
Se interesa y por España.
Rey. Por eso en tratos secretos
Con Inglaterra y Holanda
Acaba de entrar, formando
Los tres inicua alianza
Para repartir mis reinos;
Mas unos y otros se engañan;
Porque el leon español
Tiene energía sobrada,
Y aunque parece dormido,
Si sus contrarios le agravian,
Alzándose mas terrible,
No quedará sin venganza.
Harc. Ningun peligro, señor,
Por mi rey os amenaza,
Y espero que su conducta
Será por vos aprobada.
Sobre todo, sus derechos
¿No tiene Luis? ¿quién extraña
Que defenderlos procure
Contra injustas esperanzas?
Orop. Las injustas son las suyas.
Los derechos de la infanta
Su esposa ¿no renunció?
Pues bien, ¿por qué los reclama?
S. Est. No los pudo renunciar.
¿Por ventura asi se cambian
Las leyes de un reino? Solo

Se quiso evitar que entrambas
Coronas se reuniesen :
Si este obstáculo se allana,
Al legítimo heredero
¿Quién la sucesion arranca ?

Orop. La union y la independencia
De monarquía tan vasta
Solo puede conservar
La dinastía austriaca.

Port. ¿A qué discutir? El rey
Tiene consultado al papa :
¿Quién su sentencia infalible
Con veneracion no aguarda ?

Frig. Yo cual nadie la venero ;
Mas su autoridad sagrada,
Si es absoluta en la Iglesia,
En este asunto no basta.
Hay leyes, y por capricho
Nadie puede derogarlas.
Cuando importantes cuestiones
Como esta cuestion se tratan,
Legítimo y nacional,
Con facultad soberana,
Un cuerpo no mas existe :
Las cortes... A convocarlas
Estais, señor, obligado,
Y Castilla las aguarda.
Su fallo sumiso el reino
Siempre obedece y acata ;
Mas donde falta su fuerza,
¿Qué vale otra fuerza...? Nada.

(*Al oir estas palabras todos los cortesanos se muestran asombrados y murmuran, alejándose de Frigiliana. Solo alguno da muestras de aprobacion.*)

Rey. Los murmullos que escuchais
Os advierten, Frigillana,
Que ese atrevido consejo
En el desacato raya.
Si os perdonara seria
Dar á los osados alas
Para que al fin contestasen
Mi autoridad soberana.
Salid de mi corte al punto,
É id desterrado á Granada.

Frig. Señor...

Rey. Basta : obedeced.

(*Frigiliana se retira.*)

Decidir en esta causa
Solo á mí me pertenece ;
Mas de ello hablar no me agrada.
Despejad.

(*Los cortesanos se van á retirar ; pero al llegar á la puerta, salen Florencio é Inés : se detienen, y prendados de esta última, vuelven atrás con ella.*)

ESCENA VI.

DICHOS, FLORENCIO, INÉS.

(*Inés manifiesta reparo en entrar : Florencio la anima, y la hace adelantarse.*)

Flor. No tengas miedo :
Entra, ven.

Inés. ¡Ay, Dios...! ¡si se hallan
Tantos señores!

Flor. Son todos
Cortesanos que á las damas
Saben respetar.

Harc. ¡Florencio!
¡Bribon! ¿cómo te acompaña
Tan bella jóven ?

Flor. Es que...

Orop. Con efecto, es una alhaja.

Port. ¡Qué aire tan angelical!

Harc. Tiene la mas linda cara...

(*Harcourt se acerca á Inés, que asustada se refugia en los brazos de Florencio.*)

Inés. ¡Ay Dios mio!

Rey. ¿Qué hay...? ¿qué es eso?

Flor. Yo soy, señor. — Ven, avanza ; (*A Inés.*)
Que aquel es el rey.

Inés. Yo toda
Tiemblo como una azogada.

Flor. Alienta.

Rey. ¡Ah! Florencio : ¿vienes
A cumplirme tu palabra ?
¿Es esa la novia?

Froi. ¡O cielos !
Es ella misma : ¡ qué rabia !

(*Aparte y asombrado al ver á Inés.*)

Flor. Sí, señor. (*Al rey.*)

Rey. Bien me parece.
Aire candoroso... trazas
Tiene de hacer buena esposa.

Harc. ¡Cómo...! ¿Con ella se casa
Este perillan ?

Rey. Y hay mas ;
Que soy su padrino.

Port. ¡Tanta
Bondad!

Rey. Es fiel servidor ;
Y yo no conozco tasa
Cuando lealtades premio.

Orop. Señor, os pido una gracia.

Rey. ¿Cuál es?

Orop. Ser yo quien en nombre
Vuestro la conduzca al ara.

Rey. Os lo concedo.

Orop. Las bodas

Se harán, Florencio, en mi casa.
Flor. Mucho me honrais, señor conde.
Mont. Pues yo á la novia sus galas
Le prometo regalar.
S. Est. Yo tambien ricas alhajas.
Harc. Y yo...
Flor. Señores...
Rey. Bien: esa
Generosidad me agrada.
Hermosa niña, acercaos...
Nada temais... si un monarca
De otros hombres se distingue,
La bondad sola le ensalza.
Inés. ¡Ah! señor... mi sobresalto
Disipan esas palabras.
Rey. ¿Cuál es vuestro nombre?
Inés. Inés.
Rey. Y ¿vuestro padre?
Inés. En mi infancia
Me le arrebató el destino:
Murió sirviendo á su patria.
Rey. ¿Quién cuidó vuestra niñez?
Inés. Mi madre, madre adorada,
Cuya pérdida reciente
Mi alma de dolor traspasa.
Rey. ¿Quién os protege en el mundo?
Inés. La virtud y la esperanza.
Rey. ¡Pobre niña...! mucho arriesga
La inocencia abandonada.
Inés. De hoy mas cesa mi horfandad;
Pues vuestra bondad me ampara.
Rey. Sí... sí... yo te ampararé.
¡Oh! ¡qué sensacion tan grata
Experimento al oirla!
Esa voz... esas miradas...
Ven, hija, acércate mas.
¿Con que tu madre te falta
Tambien?
Inés. A la tumba fria
La llevaron sus desgracias.
Rey. ¿Era infeliz?
Inés. ¡Ay! jamás
La risa en su faz brillara.
Rey. ¿Qué penas eran las suyas?
Inés. Fatal secreto agoviaba
Su pecho, y á mi ternura
Siempre lo ocultó obstinada.
Su existencia era llorar:
Yo acudia á consolarla;
Y mas afligida entonces,
Una profética llama
Brillaba en sus ojos ¡ay!
Que mil penas me anunciaba.
Exenta yo de recelos,
En Dios puse mi confianza.
Con la virtud, me decia,
Con la virtud no hay desgracias;
Si puro mi corazon
La alberga, si mis plegarias
Dirijo al cielo contino,
Y en su proteccion descansa
La inocencia, ¿quién podrá
Dañar á quien nunca daña?
¡Cuál me engañaba, señor!
Aquella dichosa calma
En breve turbada fué
Por quien menos lo pensara.
Un hombre... ¡yo me horrorizo...!
Mas no era un hombre, que su alma,
Templo de la hipocresía,
De la maldad, de la infamia,
Fingiendo santa virtud,
Todo el infierno abrigaba.
Este hombre...
(*Mientras ha estado diciendo los anteriores versos, Froilan se habrá ido acercando á ella, y al llegar aquí se le coloca delante. Inés alza la vista, le mira, da un grito, retrocede, y va á refugiarse junto á Florencio, á quien abraza.*)
¡Jesus mil veces!
¡Ay!
Rey. ¿Qué es eso?
Flor. ¡Inés!
Orop. ¿Qué causa...?
(*Los cortesanos asombrados se acercan á Inés con interés.*)
Inés. Huyamos de aquí. (*A Florencio.*)
Flor. ¿Por qué?
(*Froilan se acerca á Inés, y asiéndola por un brazo la atrae hácia él. Inés vuelve la cabeza y se resiste aterrada.*)
Inés. ¡Vos...! no... no... no.
(*Froilan la tira con fuerza, le impone con la vista, y la conduce de nuevo hácia el rey, diciéndole de paso en voz baja y con misterio:*)
Froi. Ven... y calla.
Rey. ¿Qué repentino terror...?
Froi. ¡Qué...! señor... no ha sido nada.
Inés. Sí... nada... nada.
(*Con risa forzada.*)
Rey. Prosigue.
Inés. ¿Qué...? señor...
Rey. De tus desgracias
La historia.
Inés. ¿Quién...? ¿Yo...? Si he sido
Muy feliz... mucho.
Rey. ¿No hablabas
De un hombre malvado?
Inés. Sí;
Mas era... no sé... me falta
La memoria.
Flor. Algun recuerdo

Funesto turbó la calma
De su mente, y ya no acierta...
Pero yo en breves palabras
Os lo diré. . Perseguida
Por la pasion insensata
De aquel monstruo cuyo nombre
Calla siempre horrorizada,
Huyendo su odiosa vista,
Su astucia, sus amenazas,
Abandonó el dulce hogar
Donde corriera su infancia.
Vino á la corte, y aquí
Al peso de las desgracias
Sucumbió su tierna madre
Por quien todavía arrastra
Triste luto; y yo, señor,
Al verla desamparada,
Mi amor, mi mano y mi vida
He jurado consagrarla.
Rey. Y yo su padre seré.
Hija mia, ven, abraza
A tu protector, tu amigo.
Inés. ¡Ah! señor...
Rey. No temas: calma
Esa inquietud... ¿Por qué tiemblas?
Tu llanto mis manos baña.
¿Tienes, dime, algun pesar?
Inés. No... que este llanto lo arranca
La gratitud.
Rey. Yo tambien
Siento lágrimas que arrasan
Mis ojos... y conmovido,
Palpita mi pecho.
Froi. Basta,
Señor: advertid que estais
Débil y enfermo; arriesgada
Para vos pudiera ser
Esa conmocion extraña.
Rey. Decís bien, padre: conozco
Que la quietud me hace falta.
A Dios, hija, á Dios. — Florencio,
Condúceme hasta mi estancia.
Despues de las rogativas
Vuestras bodas celebradas
Quedarán. — Conde, os encargo
Los preparativos.
Orop. Nada
Faltará para que sean
Dignos de tan gran monarca.
Inés. ¡Florencio!
Flor. Espérame aquí.
Vuelvo; que el deber me llama.
(*Vanse el rey y Florencio por un lado: los grandes por otro.*)

ESCENA VII.

INÉS, FROILAN.

Froi. ¡Bueno...! Aquí queda. (*Aparte.*)
Inés. ¡Santo Dios! Me dejan
Aquí sola con él... ¡Valedme, cielos!
(*Con el mayor sobresalto.*)
Froi. ¡Inés!
Inés. Huyamos. (*Quiere salir.*)
Froi. ¿Dónde vas...? Detente.
(*Va y la detiene.*)
Inés. Dejadme.
Froi. Ven acá.
Inés. No... no... ¡Florencio!
Froi. Calla.
Inés. Soltad.
Froi. Tu resistencia es vana.
No, no te escaparás... ¡Al fin, te encuentro!
Propicio el hado mis anhelos cumple:
Si una vez te perdí, ya te poseo.
Inés. Y bien, ¿qué me quereis?
Froi. ¿Tú lo preguntas?
¿Lo ignoras?
Inés. ¡Infeliz!
Froi. No, mi recuerdo
Te persigue, te acosa... tu descanso
Turba y destruye cual fatal ensueño;
Y tu mismo terror, tu llanto mismo
Prueban que siempre, detestado objeto,
En tí mi imágen con tus odios vive,
Cual yo con mi pasion aquí te encierro.
Inés. ¡O Dios...! ¿qué escucho...? ¡Y aun osais hablarme
De vuestro horrible amor que me estremezco
Tan solo al recordar...! Vos cuyos votos...
Froi. ¡Mis votos...! Bien los sé... Duro, tremendo,
Imposible deber fieros me imponen,
Cambiando en crímen inocente afecto.
Mis votos no olvidé, ni necesito
Me los recuerdes tú... Que al cielo ofendo
Lo sé tambien, lo sé... Juzga tú ahora
Cuán grande es mi pasion, pues lo con- [siento.
Inés. ¡Cielos...! Me horrorizais.
Froi. Oyeme... Un año
Luché con este amor para vencerlo;
Lucha penosa, sin igual, tremenda,
Cual la lucha de Dios con el infierno.
Huí del mundo, y mi fervor piadoso
Buscó de un claustro el sepulcral silencio.
Al pié del ara me postré rogando,
Y su mármol bañe con llanto acerbo.
Mi cabeza cubrí con vil ceniza;
Crüel cilicio atormentó mi cuerpo;
Mi mano armada de nudosas cuerdas,
Regó con sangre mis rasgados miembros;
Escasas yerbas mi alimento han sido,

Y mi único descanso el duro suelo.
Pensé que Dios tan penitente vida
Al fin premiara sofocando el fuego
De mi funesto amor... ¡Vana esperanza!
¡Cuanta mas penitencia, mas deseos!
Do quier tu imágen me persigue: la hallo
En la celda, en el claustro, hasta en el tem-
Y en la Vírgen que miro sobre el ara, [plo;
Si la llego á implorar, tu rostro encuentro.
Plegarias dirigir á Dios procuro,
Y expresiones de amor solo profiero;
Y si pienso en la gloria algun instante,
Separado de tí no la comprendo.
Mira este cuerpo flaco, extenuado;
Contempla este semblante macilento;
Son aun mas que de ayunos y cilicios
Estragos del amor que arde aquí dentro.
Pues tanto sacrificio Dios no acepta,
A mi pasion de hoy mas todo me entrego.
Mia tienes que ser.

Inés. ¡Vuestra!

Froi. O de nadie.

Inés Mentís... de otro soy ya.

Froi. ¡De otro...! Pues eso,
Eso te pierde... Tu desden, tus odios,
Todo sufrirlo resignado puedo;
Mas ¡verte ajena...! No... Desventurada,
Responde: ¿sabes tú lo que son zelos?

Inés. ¿Yo...? No sé mas que amar... y odiar ahora.

Froi. Aborréceme, pues; yo lo consiento.
En el odio tambien delicias hallo;
En él tambien encontraré consuelos:
Si no puedo gozarme en tus caricias,
En tu llanto podré gozarme al menos.

Inés. ¡Monstruo!

Froi. ¿Qué digo...? No me creas... Oye:
Todavía capaz soy de un esfuerzo.
Rompe esos nudos que formar intentas,
A ese rival renuncia que aborrezco,
Y yo tal vez sacrificando entonces...

Inés. ¿A qué exigir lo que cumplir no puedo? [imbécil.

Froi. ¿Eso dices...? Pues bien; ámale,
No, ya no aspiro con ardientes ruegos
Tu afecto á conquistar: ni lo alcanzara,
Ni fuera menos tu desvío, siendo
Mayor mi humillacion: tal vez consiga
Hoy del terror, lo que de amor no espero.

Inés. ¿Quién...? ¿Vos? jamás. ¿Y osais amenazarme?
Horror sí me inspirais, pero no miedo.

Froi. ¡Insensata...! ¡ay de tí...! ¡Tú no conoces [cho!
Cuánto en hombres cual yo puede el despe-

Inés. Sí, lo conozco, sí... Basta miraros:
Todo esos ojos me lo están diciendo.
Del infierno, sus furias y suplicios
Es el retrato vuestro horrible aspecto. [sana
Mas ¿qué me importa...? Vuestra furia in-
En vano me amenaza con tormentos;
Que así mas firme á mi Florencio adoro;
Y á vos, bárbaro, á vos, mas os detesto.

ESCENA VIII.

DICHOS, FLORENCIO.

(*Florencio sale á la escena al principiar Inés los cuatro versos anteriores, y se pàra escuchando.*)

Flor. ¿Qué he escuchado...? ¡O furor!

Inés. ¡Florencio!

Flor. ¡Padre!
(*Con aire amenazador.*)

Froi. ¿Qué me quieres, rapaz?

Flor. ¿Qué es lo que quiero?
Esas palabras explicadme ahora
Que acabo de escuchar... Creer no puedo
La atroz sospecha que...

Froi. Ella las dijo;
A ella toca explicarlas.

Inés. Ven, Florencio:
Huyamos de este sitio.

Flor. No, que todo,
Todo el horrible arcano ya comprendo:
Si tus ojos, tu hablar no lo dijeran,
Lo dijera el horror que al verle siento.
Este es el hombre vil que te persigue;
La causa es este de tu llanto acerbo:
En la triste Alcalá le conociste,
Y de allí nos le trajo el mismo averno.

Froi. Pues bien, yo soy... Sin máscara engañosa,
Sin disfraz ante tí mostrarme quiero:
Mira en mí tu rival, rival terrible:
Yo adoro con furor, con él detesto. [miesen

Flor. Si mis manos mancharse no te-
Con esa sangre vil, hora mi acero...
Mas el rey lo sabrá: mi labio al punto
Quién sois le va á decir.

Froi. Díselo, necio.
¿Piensas te ha de creer...? Cuando á mis
Cada dia le miro, cuando tengo [plantas
Su conciencia en mis manos, ¿quién con-
Mi omnímodo poder? Este secreto [trasta
Vé, pues, y le revela, lo permito;
Mas solo para tí será funesto. [sticiosos,

Flor. ¡Ah! ¡qué harto bien decís...! Super-
Así besan los hombres vuestros hierros:
Almas de Lucifer teneis, inicuos,
Y adorados cual ángeles os vemos.
Huid de mi presencia, ó bien...

Froi. Me marcho;
Pero conmigo la venganza llevo.

Amaos, infames; mas será por poco:
Temblad... pronto vereis lo que yo puedo.
(*Vase.*)

Inés. ¡Ay! ¡sus palabras de pavor me llenan! [en ellos.
Flor. Ven á mis brazos, pues, y alienta
Inés. ¡Florencio!
Flor. ¡Inés!
Inés. ¿Me quieres?
Flor. Te idolatro.
Inés. ¡Ah! si á tu lado estoy, nada recelo.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la sacristía del convento de Atocha. El fondo estará abierto por tres grandes puertas ó arcos, por entre los cuales se ven los claustros y el patio. En el claustro se descubren los retratos de los reyes de España; y estos retratos llegan hasta dentro de la sacristia, en la cual estarán los de los reyes de la dinastia austriaca, viéndose junto al proscenio el de Carlos V. A la derecha del espectador una mesa de nogal como las que se usan en las iglesias, y un gran sillon de baqueta.

ESCENA PRIMERA.

UNA PROCESION.

(*Al alzarse el telon se ve pasar por el claustro. En seguida de toda la comunidad van muchos grandes y señores ricamente vestidos; y últimamente el rey con los embajadores, el cardenal y toda la corte. Todos llevan hachas encendidas. Sigue un numeroso pueblo. Mientras pasa la procesion, se oye dentro una música, á cuyos acentos entonan los religiosos el siguiente himno.*)

Coro. Oye benéfico,
Supremo Dios,
De fieles súbditos
La triste voz.

Si Saül réprobo
Por ti sanó,
De un rey católico
Ten compasion.

ESCENA II.

FROILAN.

(*A poco de pasar la procesion sale por el foro Froilan muy despacio, con los brazos cruzados y meditabundo.*)

No, nunca la obtendré yo...
Nunca... El cielo en sus rigores;
O el infierno en sus furores,
Tanta dicha me negó.
Con ella me arrebató
Virtud, placer y sosiego.
Destino injusto, hado ciego,
Si el tierno amor me vedaste,
¿Por qué en mi pecho encerraste
Este corazon de fuego?
¡Sufrir yo...! ¡ser feliz ella...!
¡Ser con ella otro dichoso...!
¡O pensamiento horroroso!
Maldigo mi infausta estrella.
¡Ay triste...! ¿ni una centella
De alivio á tus males ves...?
Una sí... bárbara es...
¡La venganza...! Yo la anhelo:
Solo puedo hallar consuelo
Siendo infelices los tres.
¡La venganza...! ¿Y he de ser
Tan bárbaro, por ventura,
Que en tan tierna criatura
Mi saña habré de ejercer?
Mas tal es hoy tu querer,
O cielo... si era menor
Lejos de ella mi dolor,
Cuando á volvérmela llegas,
Pues á mi amor no la entregas,
La entregas á mi furor.
(*Se oye otra vez á lo lejos la música y el coro.*)
¡Oh! ¡cuál mi pecho atormentan
Esos místicos cantares!
Al oirlos, mis pesares,
Mis furores se acrecientan...
Los votos que me violentan,
Este traje, esta clausura
Sepulcro de mi ventura,
Yo los odio... ¡Maldicion!
Lo que en otro es salvacion,
En mí el infierno asegura.
(*Se sienta pensativo.*)

ESCENA III.

FROILAN, EL INQUISIDOR GENERAL, EL PRIOR DE ATOCHA, EL VICARIO DE LAS MONJAS DEL ROSARIO.

(El inquisidor y el prior se quedan al foro hablando.)

Inq. ¿Lo habeis entendido bien?
Prior. Sí, señor.
Inq. ¿Estará todo
Dispuesto?
Prior. Nada hará falta.
Inq. Mucho aparato.
Prior. Asombroso.
Inq. La comunidad entera
Ha de asistir.
Prior. Ni uno solo
Faltará.
Inq. Muchos ciriales.
Prior. Cual solemne mortuorio.
Inq. Va en ello la salvacion
Del Estado.
Prior. Lo supongo.
Inq. Luego fray Mauro vendrá,
Que es exorcista famoso.
Prior. Como que de Austria le envia
El emperador Leopoldo.
Inq. Id, y aguardad el aviso.
Prior. Todo al punto lo dispongo.
(Vase.)

ESCENA IV.

FROILAN, EL INQUISIDOR, EL VICARIO.

Inq. ¡Padre Froilan!
Froi. ¡Ah señor!
(Se levanta.)
Inq. ¿Solo aquí?
Froi. Hace muy poco.
Inq. ¿La funcion abandonais?
Froi. Me fué dejarla forzoso.
¡Tanta luz! ¡tanto calor!
Inq. Hace ya dias que noto
Que desazonado andais.
Froi. Algo.
Inq. Hay en vuestros ojos
Cierta cosa...
Froi. ¿Qué decís?
Inq. Bueno y santo es ser devoto;
Pero el exceso tambien
Suele dañar.
Froi. Lo conozco.
Inq. Menos penitencias, pues;
Que al fin no sois ningun monstruo.
Froi. ¡Pluguiera al cielo!
Inq. ¿Qué?
Froi. Nada...
Dejemos... ¿Se acaba pronto
La funcion esa?
Inq. Sí, luego.
Magnífica ha sido: como
Que el rey todo el tiempo ha estado
Sin pestañear... ¡Qué asombro!
En un señor tan enfermo,
¡Tal resistir...! Mil encomios
Merece su devocion,
Y á todos nos deja absortos.
Vic. Dios le da fuerzas, sin duda.
Inq. Por supuesto... de otro modo...
¡Y que en un cuerpo tan santo
Esté metido el demonio!
Vic. ¡Lástima grande en verdad!
Inq. De ello estaba tan remoto...
Froi. Las pruebas son terminantes.
Vic. Por la causa es ya notorio
El maleficio del rey:
Hay declaracion de teólogos;
Y dudar fuera herejía.
Inq. ¿Dudarlo...? ni por asomo.
A vos tamaño servicio *(Al vicario.)*
Debe España, padre Antonio.
Vic. Señor...
Inq. Seguid... No dudeis
Que el premio...
Vic. Nada ambiciono.
Froi. Aún por hacer falta mucho.
Vic. Sí... ya lo sé.
Froi. Sobre todo
(Con intencion.)
Averiguar el autor
Del maleficio.
Vic. Yo pongo
Los medios; mas al conjuro
Aun se resiste el demonio.
Inq. Pues, amigo, compelerle;
Y que ande listo el hisopo.
Vic. Tiempo vendrá... Mas ahora
Al mas urgente socorro
Es lo que importa acudir,
Y eso que sea muy pronto.
Mirad que si dilatais
Los remedios que propongo,
Atais las manos á Dios...
Y ya de nada respondo.
Inq. Por eso, así que se acabe
Esta funcion, es forzoso
Que aquí se exorcise al rey.
Froi. Vuestro parecer adopto.
(Pasan por el claustro gentes que se retiran de la iglesia.)
Inq. Pero ya sale la gente;
Y el rey, si no me equivoco,
Viene allí... Padre Froilan,

Id, y mientras le dispongo
Al exorcismo, en la iglesia
Mandad que todo esté pronto.
Froi. Está bien.
(*Al tiempo de marcharse pasa por junto al vicario, y le dice en voz baja y con misterio.*)
Padre vicario...
Vic. Señor...
Froi. Con vos de un negocio
Tengo de tratar.
Vic. Soy vuestro.
Froi. Luego cuando estemos solos.
(*Vase.*)

ESCENA V.

EL REY, EL INQUISIDOR, EL VICARIO, HARCOURT, PORTOCARRERO, EL PRIOR, Y SÉQUITO.

Rey. Entremos aquí, señores,
Descansaremos un poco.
Harc. La funcion ha sido larga.
Rey. No tal... dos horas en todo.
Harc. Tres cabales.
Rey. No pensé...
Siempre me parecen cortos
Estos santos ejercicios.
Prior. Eso, señor, es muy propio
De vuestra piedad.
Rey. Merece,
Padre prior, mil elogios
De esta solemne funcion
El aparato grandioso.
Prior. Los religiosos de Atocha
Que del privilegio honroso
Gozan de adornar su templo
Con los triunfales despojos
Que gaña España en las lides,
Y siempre miran en torno
De nuestros ínclitos reyes
Los retratos, cuando votos
Dirigen por sus monarcas
Al cielo, nada costoso
Encuentran.
Rey. Ni á mí me duele
Tampoco abrir mis tesoros,
Para enriquecer, cual debo,
Estos asilos piadosos.
En Sevilla extensas tierras
Posee mi patrimonio :
Ya son vuestras.
Prior. ¡Ah! ¡señor...!
Rey. En recompensa os impongo
La obligacion de mil misas
Para mi eterno reposo.
Hola, padre inquisidor!
Dichosos al fin los ojos
Que os ven : muy graves asuntos
Os han de ocupar supongo,
Cuando en la corte no os veo.
Inq. Y tan graves, que es forzoso
Que de ellos hable con vos.
Rey. Decís eso con un tono...
Inq. Vuestra salvacion tal vez
Depende de este coloquio.
Rey. ¡Mi salvacion!
Inq. Sí, señor.
Permitid quedemos solos.
Rey. Despejad.
(*A los grandes y comitiva.*)
Prior. Señor, sentaos.
Rey. Bien. (*Se sienta en el sillon.*)
Prior. ¿Quereis algo?
Rey. Algo flojo
Me siento.
Prior. Tomad un trago
De jerez y unos bizcochos.
Rey. No; mejor me sentará
El chocolate.
Prior. ¿Con bollos?
Rey. De los de Jesus.
Prior. Se entiende;
Que aquí no gastamos otros.

ESCENA VI.

EL REY, EL INQUISIDOR, EL VICARIO.

Rey. Hablad, pues, inquisidor;
Ya os escucho... Mas ¿no os vais,
(*Al vicario.*)
Padre cura...? ¿A qué aguardais?
Inq. Debe quedarse, señor.
Rey. ¿Importa aquí su presencia?
Inq. Importa.
Rey. Pues que se quede.
Inq. Es varon que mucho puede
Con su milagrosa ciencia.
Rey. ¿Qué ciencia?
Inq. Os asombrareis.
Rey. ¿Cuál?
Inq. Habla con el demonio.
Rey. Con el... ¡Jesus! ¡San Antonio
Me valga! (*Se persigna.*)
Inq. No os asusteis.
Rey. ¿Teneis de ello buenos datos?
Inq. Yo mismo le suelo oir.
Rey. ¿Sí?
Vic. ¿Quién no se ha de reir
(*Aparte.*)
De este par de mentecatos?
Rey. ¿No es caso de inquisicion?
Inq. La inquisicion lo permite.
Rey. ¡Ah...! ¡ya!

Vic. Dadme á besar...
(*Arrodillándose para besar la mano.*)
Rey. Quite,
Aparte.
Inq. ¿Por qué razon?
Rey. ¡No es nada...! ¡Un hombre que
Pacto con el diablo! [tiene
Vic. ¿Yo?
Inq. ¿Él, con el diablo?
Rey. ¡Pues no!
Inq. Señor, si á sanaros viene.
Rey. ¿A sanarme?
Inq. Esa dolencia
Que nadie alcanza á curar
¿No os da ya que sospechar?
Rey. Dicen que tiene apariencia
De...
Inq. Y algo mas.
Rey. ¿Con que al fin...?
¿Es cierto...? ¡Ay Dios...! ¡qué dolor!
Vic. Fallece.
Inq. Señor... señor...
Vic. ¡Para un rey qué alma tan ruin!
(*Aparte.*)
Rey. No griteis... es un vahido...
Ya serenándome voy...
Decid .. ¿es verdad que estoy
De los malos poseido?
Inq. ¿No os lo ha dicho por ventura
Vuestro confesor?
Rey. Sí tal;
Mas creer tan fiero mal
Es en verdad cosa dura.
Inq. Y ¿no le mandásteis vos
Consultar al santo oficio?
Pues bien, se ha hallado un indicio
Que...
Rey. Decídmelo, por Dios.
(*Se levanta, y se coloca entre los dos.*)
Inq. El medio ha sido, en verdad,
Sorprendente, sobrehumano;
Mas do no alcanza lo humano
Entra la divinidad.
Rey. Ya se ve... yo á Dios no quito
El poder de hacer portentos.
Vic. Cuando hechos los tiene á cientos,
¿Por vos no hará uno chiquito?
Rey. ¿Por mí, pecador?
Vic. Sois rey:
Con quien es de regia casta
Otras atenciones gasta
Que con la plebeya grey.
Rey. Eso ya huele á lisonja...
Decid el milagro, pues.
¿Lo habeis hecho vos?
Vic. No; que es
Quien suele hacerlo una monja.
Rey. ¿Qué decís, santo varon?
Vic. De unas monjas soy vicario
Que á la Vírgen del Rosario
Tienen suma devocion.
¡Unas bienaventuradas!
Rey. Pero ¿qué tienen que ver
Las madres con Lucifer?
Vic. Es que están maleficiadas.
Rey. ¿De veras?
Inq. Eso es notorio.
Rey. Pero ¿todas?
Vic. Todas no.
Tres... y aun así paso yo
Las penas del purgatorio.
Rey. ¿Por qué?
Vic. Para conjurarlas.
¡Si fuera de sí las pone
Lucifer, Dios me perdone!
Rey. ¿No habeis podido sanarlas?
Vic. Imposible.
Rey. ¡Jesus mio!
¿Luego en mi mal no hay enmienda?
Vic. Sí.
Rey. Buscad quien os entienda:
Ya de otros desvarío.
Vic. Del cuerpo de un hombre, si,
Se puede al diablo expeler;
Mas si es cuerpo de mujer,
No hay quien le arranque de allí.
Rey. Es cosa extraña, por cierto.
Y ¿habla con vos ese diablo?
Vic. Sí, señor..., como yo os hablo.
Inq. Con mi permiso, os advierto.
Rey. ¿Cuando vais á preguntarle
Los secretos os revela?
Vic. No, que tambien se rebela,
Y á la fuerza hay que obligarle.
Rey. ¿Cómo le obligais?
Vic. Haciendo
En su presencia la cruz;
Y á veces tambien la luz
De santas velas enciendo.
Con el hisopo sin duelo
Le cubro de agua bendita.
Él allá dentro se irrita
Y pone el grito en el cielo.
La monja da compasion,
Y hace visajes horribles;
Mas á mis voces temibles
Cede del diablo el teson.
Entonces sin resistencia
Se deja al ara llevar,
Y allí le obligo á jurar
Que ha de prestarme obediencia.
Rey. Y ¿por quién jura el protervo?
Vic. Jura por Dios trino y uno.
Rey. Cristiano está.
Vic. Cual ninguno:
Tal es su dolor de acerbo.

Rey. En fin, ¿ qué os dice de mí?
Vic. Jura á Dios que estais infesto.
Rey. Mas este hechizo funesto,
¿ Cómo, cuando le adquirí?
Vic. Os lo dieron en bebida.
Rey. ¿ Qué bebida?
Vic. Chocolate.
Rey. No digais tal disparate.
Vic. Él lo jura por su vida.
Rey. Con estas cosas me ofusco.
¡ Chocolate!
Vic. Sí, en verdad.
Rey. ¡ Que encierre tanta maldad
Un poco de soconusco!
(*Sale un lego con una bandeja, una marcelina de plata, chocolate y bollos.*)
Lego. Señor...
Rey. ¿ Qué?
Lego. Si sois servido...
Rey. ¿ Qué es lo que traeis ahí?
Lego. Chocolate.
Rey. ¿ Para mí?
(*Retrocediendo.*)
Lego. Sí, señor: lo habeis pedido.
Rey. No lo quiero ya.
Inq. Tomadlo.
Rey. ¿ El qué...? ¿ ese negro brebaje...?
De verlo me da coraje.
Inq. ¡ Y hecho aquí!
Rey. Es verdad... dejadlo.
(*El lego deja el chocolate sobre la mesa y vase.*)
Inq. Sin escrúpulos podeis
Tomarlo, que es de regalo.
Rey. Con todo, no será malo
Que la bendicion le echeis.
(*El inquisidor bendice el chocolate. El rey se sienta, y despues de tomar una sopa, dice:*)
¡ Con chocolate...! Por cierto
Que es particular hechizo...
Mas, señor, ¿ con qué se hizo?
¿ Qué habria en él?
Vic. Cuerpo muerto.
Rey. ¡ Cuerpo muerto...! ¡ Ave Maria!
¿ Eso dice Satanás?
(*Repele el chocolate, y se levanta horrorizado.*)
Inq. ¡ Qué...! ¿ dejais?
Rey. No quiero mas.
Y ¡ de un ahorcado seria!
Que esos malos hechiceros
Buscan siempre ajusticiados.
Vic. Ya sus miembros entregados
Estaban á buitres fieros.
Rey. ¿ No lo dije...? ¡ Compasion!
Vic. Con los sesos el malsin
Hizo el mixto.
Rey. Y ¿ á qué fin?
Vic. Perturbar vuestra razon.
Rey. Y ¿ al hechicero no cita?
Vic. Solo dice fué mujer.
Rey. Por fuerza habia de ser
Alguna vieja maldita.—
¿ No veis, padre, qué dolor?
(*Al inquisidor.*)
¿ Qué haremos?
Inq. Poner remedio.
Rey. Pero ¿ cuál?
Vic. Luzbel da el medio.
Rey. ¡ Cómo...! ¡ Luzbel...!
Vic. Sí, señor;
Que aunque es por natura insano,
A dar remedios se aviene;
Y él tambien á veces tiene
Partidas de buen cristiano.
Rey. ¡ Ya respiro...! Pero ¿ quién
De él esperara consuelo?
Inq. Para castigarle, el cielo
Le compele á hacer el bien.
Rey. En fin, ¿ qué haremos en esto?
Vic. En ayunas un vasito
Tomad de aceite bendito;
Pero no comais tan presto.
Rey. Yo comer poco deseo,
Y por eso estoy tan magro.
Vic. ¡ Si que vivais es milagro!
¿ Paseais?
Rey. Nunca paseo.
Vic. Pues hacedlo con frecuencia.
Tomad los récipes mismos
Que mandan los exorcismos,
Si hubiere en vos suficiencia.
¿ La teneis?
Inq. Preceptos vanos:
Fuerza bastante no tiene.
Vic. Pues entonces no conviene:
No se quede entre las manos.
Inq. Mejor será del conjuro
El aparato grandioso;
Que es de efecto y religioso.
Rey. Bien está... si con él curo...
Mas ¿ cuándo y cómo será?
Inq. Aquí será el mejor modo.
Dispuesto lo tengo todo,
Y ahora mismo se hará.
Rey. ¿ Ahora?
Inq. ¿ Teneis reparo?
Rey. No... pero...
Inq. Dispuesto estais.
De comulgar acabais,
Ni yo de vos me separo.
Rey. ¿ Me tratareis con piedad?
Inq. Cesaremos si os molesta.
La iglesia estará dispuesta.

Padre vicario, avisad. (*Vase el vicario.*)

ESCENA VII.

EL REY, EL INQUISIDOR.

Rey. Y ¿hará tambien el conjuro
Este padre, por supuesto?
Inq. No, señor; que para vos
Mejor exorcista tengo.
Rey. ¿Quién es, pues?
Inq. Fray Mauro Tenda;
De capuchinos un lego
Que en Alemania ha adquirido
Gran reputacion, haciendo
Muchas curas milagrosas,
Y viene aquí de ex-profeso
Para sanaros á vos.
Rey. ¡En Alemania...! Lo creo;
Que hay allí muchos herejes.
En sus manos me encomiendo.

ESCENA VIII.

EL REY, EL INQUISIDOR, FROILAN, EL PRIOR, FRAY MAURO, RELIGIOSOS.

(*Los religiosos salen todos con hachas encendidas, cantando el* De profundis, *y se colocan en dos filas. Fray Mauro, acompañado de dos sacristanes con el caldero del agua bendita y el hisopo, se acerca al rey llevando una gran cruz en la mano.*)

Inq. Señor... si gustais...
Rey. ¿Es este
El fray Mauro Tenda?
Inq. El mesmo.
Rey. Advertidle que estoy débil,
Y que se vaya con tiento.
Inq. Ya lo está.
Rey. Padre Froilan,
¿Qué es lo que vos decís de esto?
Froi. Que vuestra salud, vuestra alma,
Necesitan tal remedio.
Rey. Siendo así, conformidad.
Vamos, pues lo manda el cielo.
Inq. Esperad, que no podeis
Marchar con tales arreos.
Rey. ¿Cómo?
Inq. La pompa mundana
Es fuerza dejar primero:
El penitente, no el rey
En vos contemplar debemos.
Rey. ¿Qué haré, pues?
Inq Esas insignias
Quitaos, señor, del pecho.
Rey. Sea.
(*Se quita el collar del toison, la espada, la daga, se pone la capa de un hábito que le presentan, y hace todo lo demás que indica el diálogo.*)
Inq. La espada.
Rey. Tomadla.
Inq. Colgad de los hombros vuestros
Este hábito.
Rey. Bien está.
¿Qué mas?
Inq. Traed un rosario.
Rey. El mio conmigo llevo.
Inq. Llevad en la mano un cirio.
Rey. Venga, pues.
Inq. Ahora, marchemos.
(*Vanse todos cantando de nuevo el* De profundis. *Froilan se queda; y al tiempo de pasar por la puerta el vicario, que va detrás de todos, se acerca á él, y le llama tocándole en el hombro.*)

ESCENA IX.

FROILAN, EL VICARIO.

Froi. Padre vicario, palabra.
Vic. Vuestro soy, padre Froilan.
Froi. A solas tengo que hablarle.
Vic. Hable su paternidad;
Mas suplico sea breve,
Porque esperándome están.
Froi. No haceis falta: el capuchino
Basta para exorcisar.
Vic. Con todo, si cometiere
Algun descuido fatal...
Froi. Miradme bien, padre cura.
Vic. Ya os miro.
Froi. Pero formal.
Vic. El caso no es para risa.
Froi. ¿Sabeis lo que digo?
Vic. Hablad.
Froi. Que hay misterio en este hechizo
He llegado á sospechar.
Vic. Yo no pongo nada mio,
Quien lo dice es Satanás:
Si en ello hubiere mentira,
Mia no, suya será.
Froi. ¿A mí me venís con esas?
Padre vicario, dejad,
Dejad pacífico al diablo,
Que bien se está por allá.
Vic. Maleficios reconoce
La Iglesia: ¿vos los negais?
Froi. Si los niego ó no los niego,
No es la cuestion.

Vic. ¿Cuál será?
Froi. Acercaos; que estas cosas
Bajito se han de tratar.
Decid : ¿qué pena merece
Quien es embustero asaz
Para suponer conjuros
Y á todo un rey engañar,
Haciendo atrevido escarnio
Del mas santo tribunal,
Y promoviendo esa farsa
Que hora profana el altar?
Vic. Y decidme : ¿cuál merece
El confesor desleal
Que sabiendo tal secreto
Lo calla astuto y sagaz,
Deja que corra el engaño,
Y en vez de cortar el mal,
Acaso de la impostura
Es el autor principal?
Froi. Si yo al primero descubro,
Luego ahorcado le verán.
Vic. Y si yo descubro al otro,
Mal á fe lo pasará.
Froi. Solo entre los dos advierto
Una diferencia.
Vic. ¿Cuál?
Froi. Que es el uno poderoso,
Y el otro tan bajo está,
Que cual gusano mezquino
Sus plantas le aplastarán.
Vic. O cual víbora tal vez
Muerda á quien le ose pisar.
Froi. Altivo está el insectillo;
Mas su orgullo bajará
Cuando sepa que ha ya tiempo
Conozco yo al perillan.
Vic. ¿Qué decís?
Froi. Que es linda pieza
El buen señor Pedro Sanz.
Vic. ¿Mi nombre sabeis?
Froi. ¡Pues no!
Lo del Antonio es disfraz;
Y si gustais, vuestra vida
Os diré de pe á pa.
Vic. No... ¿para qué?
Froi. Un solo rasgo
Bastará para señal.
Esa corona postiza
Que encubre tanta maldad,
Ningun obispo os la hizo,
Sino el barbero y no mas :
Con diarios sacrilegios
A Dios insultando estais;
Y ya encendida os aguarda
La hoguera inquisitorial.
Vic. ¡Ah...! compasion.
(*Se arroja á sus piés.*)
Froi. ¿Cómo es eso?
¿El áspid no muerde ya?
Vic. Fué necia jactancia.
Froi. Así
Os quiero yo... Pero alzad.
Vic. ¡Ah! prometedme primero...
Froi. Alzad... que no os quiero mal.
Decid... con estos conjuros
¿Qué recompensa buscais?
Vic. Yo... padre...
Froi. Hablad con franqueza.
¿Quereis por dicha obispar?
Vic. Bueno fuera .. pero tanto...
Aun no me juzgo capaz...
Mi ambicion se limitaba
A canónigo no mas.
Froi. Pues seréislo.
Vic. ¿Qué decís?
Froi. Que lo sereis.
Vic. ¿Os burlais?
Froi. ¿Tengo cara de burlon?
Vic. No la teneis en verdad.
Froi. Oid... La hoguera os ofrezco,
O una canongía... Optad.
Vic. No es dudosa la eleccion :
Venga lo segundo acá.
Froi. Sí... mas es un buen bocado;
Y se debe antes ganar.
Vic. Por de contado... y ya espero...
Froi. ¿Me pondreis dificultad?
Vic. ¿Yo...? ninguna.
Froi. No sabeis ..
Vic. Sé que bueno no será.
Froi. ¿De qué lo inferís?
Vic. La oferta
Lo dice con claridad.
Froi. Ya veo que...
Vic. Uno y otro
Nos comprendemos.
Froi. Cabal.
Del maleficio del rey
Oculto el autor está.
Vic. Yo lo creo.
Froi Nunca á nadie
Llegásteis á señalar.
Vic. Difícil era.
Froi. Pues yo
Ahorrar os quiero ese afan.
Vic. ¿Cómo?
Froi. Diciéndoos el nombre
Del hechicero.
Vic. ¿El real?
Froi. Que lo sea ó no lo sea,
Ese solo ha de sonar.
Vic. Ya entiendo.
Froi. Cuando volviéreis
Vuestra monja á conjurar,
Del hechizo á una persona
Acusará Satanás.

Vic. Está muy bien... Mas al caso :
¿ Cuál es el nombre ?
Froi. Mirad. (*Saca un papel.*)
Para que no se os olvide
En este papel está.
Vic. Bien.
Froi. El nombre, el apellido,
La casa... ¿ Falta algo mas ?
Vic. Si se quiere formar causa
Es preciso original.
Froi. ¿ Cuerpo del delito ?
Vic. Pues :
Es el nombre que le dan.
Froi. Eso ya lo tengo andado.
De su puerta en el umbral
Lo hallarán haciendo un hoyo.
Vic. Bien pensado.
Froi. Y además
Otros signos y figuras
En palacio encontrarán
Debajo de la escalera,
Cerca del Santo Tomás.
Vic. Con eso basta ; y con menos
Se quemara al Preste-Juan.
Froi. ¿ Cuento con vos ?
Vic. De seguro.
Froi. Mi oferta no hay que olvidar.
La canongía ó la hoguera.
Vic. No, no se me olvidará.

ESCENA X.

DICHOS, PORTOCARRERO, HARCOURT.

(*Salen presurosos Portocarrero y Harcourt.*)

Port. Padre confesor, ¿ y el rey ?
Froi. ¿ No le habeis visto en la iglesia ?
Port. No, de palacio venimos.
Traemos felices nuevas.
Froi. ¿Cuáles?
Port. De Roma ha llegado
Ahora el duque de Uceda
Con la respuesta del papa.
Ved aquí su carta : en ella
Su santidad los derechos
Del rey de Francia á la herencia
De estos reinos reconoce :
Ya de hoy mas las dudas cesan
Ante este divino fallo
Que irresistible los sella
Con su aprobacion... Venid :
La escrupulosa conciencia
Del vacilante monarca
Esta autoridad suprema
Fijará, y á los Borbones
Por fin la victoria queda.
Froi. Esperad... El rey ahora
No puede daros audiencia.
Port. ¿ Por qué ?
Froi. Porque está ocupado
En ceremonias tremendas.
Port. ¿ Qué ceremonias ?
Froi. Conjuros
Que los demonios expelan
De su cuerpo.
Harc. ¿ Qué decís ?
Froi. El capuchino fray Tenda,
Entre lúgubre aparato,
De su misteriosa ciencia,
Para librar de los malos
Al débil monarca, emplea
Todos los recursos.
Harc. ¡ Cielos !
Y ¡ que en España se crean
Tales absurdos !
Port. Harcourt,
Ciertas ó no, las creencias
De un pueblo han de respetarse.
Froi. Y á nuestra causa interesan
Estos medios que de Carlos
La imaginacion afectan.
Por ellos...
(*Se oye dentro rumor, y la voz del rey que grita:* ¡ Dejadme ! *Por el claustro pasan varios frailes huyendo. Habrá empezado á anochecer.*)
Pero ¿ qué es esto ?
¿ Qué sucederá en la iglesia ?
¡ Qué voces...! Los religiosos
Como espantados se alejan...
Aquí se acerca el prior...
¿ Qué agitacion, padre, es esa ?

ESCENA XI.

DICHOS, EL PRIOR.

Prior. No bien empezó el conjuro,
Cuando el hechizado, sea
Que los demonios en él
Batallasen con mas fuerza,
Sea que el triste aparato
Su imaginacion hiriera
Con insólito terror,
Una tenaz resistencia
A la ceremonia opone ;
Nos repele, forcejea,
Y corriendo á todos lados...
Pero vedle... aqui se acerca.

ESCENA XII.

DICHOS, EL REY, RELIGIOSOS.

(*Sale el rey despavorido y huyendo. Le siguen los frailes con hachas encendidas. Durante esta escena acabará de oscurecer, y un sacristan coloca dos candeleros encima de la mesa, encendiendo sus bujías.*)

Rey. No me persigais... dejadme...
Harc. ¡O supersticion!
Port. ¡Cuál llega!
Rey. Dejadme, malos espíritus.
Port. Señor...
(*Portocarrero, Harcourt y el prior se acercan al rey para sostenerle.*)
Rey. ¿Quién es...? ¿quién se acerca..?
¿Eres tú, fraile maldito...?
Aparta... aparta.
Port. ¡O funesta
Ceremonia!
Rey. Tantas luces...
Tantas llamas... que me queman,
Que me abrasan... socorredme.
Port. ¡Ah...! venid...
(*Agarran al rey y le llevan hácia el sillon, en el que le obligan á sentarse.*)
Rey. ¿Dónde me llevan?
Perdon, mi Dios... si pequé,
Mitigad vuestra sentencia.
Harc. ¡Ah! le acometió un desmayo.
Port. No... no... postrado se queda...
Mas no perdió los sentidos.
Prior. Darle auxilios será fuerza.
Port. Solo ha menester descanso...
Dejadle... ya se sosiega...
Marchaos, padre, por Dios:
Tanta gente le molesta.
Nosotros aquí quedamos;
Y hasta que marcharse pueda
De él cuidaremos.
Prior. Muy bien...
Mas para cuanto se ofrezca,
Avisad.
Port. Sí... Suba al coro
La comunidad entera;
Y allí en ferviente oracion,
Que su salud restablezca
Pedid á Dios.
Prior. Luego vamos;
Y en santos himnos que muevan,
Nuestras preces subirán
A las celestes esferas.
(*Vanse el prior y los frailes.*)

ESCENA XIII.

EL REY, FROILAN, PORTOCARRERO, HARCOURT.

(*El teatro habrá quedado á oscuras, sin mas luces que las dos bujías de la mesa. El rey, sentado en el sillon, permanece abatido. Froilan, Portocarrero y Harcourt se quedan detrás á alguna distancia.*)

Harc. Ya recobrarse parece.
Port. Acaso nuestra presencia
De nuevo le alteraria.
Venid acá, no nos vea. (*Se retiran al foro.*)
Rey. ¿Qué es esto...? ¿dónde me encuentro?
¿Es delirio...? ¿es ilusion...?
¡Cuán opreso el corazon
De angustia gime aquí dentro...!
Entreabrirse hasta su centro,
Ver la tierra imaginé...
Con trémula planta hollé
Las infernales cavernas,
Y allí las penas eternas
Estremecido miré.
Vana ilusion fué sin duda... (*Se levanta.*)
Sí... vivo aun... sí... yo existo...
Delirio fué cuanto he visto...
Su miedo el alma sacuda.
Mas ¡ay! si pena tan cruda
Nos hace ya parecer
Un soñado infierno ver...
Aun en medio del sufrir
¡O cuán dulce es el vivir!
Y ¡cuán temible el no ser!
¡Qué rumor! No... me he engañado...
Solo estoy... nadie me mira...
¡Nadie...! ¿qué digo...? es mentira...
De gente estoy circundado.
(*Mirando los retratos de los reyes.*)
¿Quiénes son...? ¡Dios...! ¿qué he mirado...?
Mis antecesores... ¡ah!
Cuando un rey se encuentra ya
Cual yo abatido, en presencia
De su preclara ascendencia,
¡Cuán avergonzado está!
(*Dirigiéndose al retrato de Carlos V.*)
Tú, á quien el mundo temió,
Carlos, ¿por qué así me miras?
¡Ah...! perdónenme tus iras
Si tu nombre infamo yo.
La suerte que te halagó
Me trató con torvo ceño;
Y con obstinado empeño
Nos hizo á los dos nacer,
A tí para grande ser,
Y á mí para ser pequeño.

¿Qué veo...? todos airados
Reconvenirme parecen...
Oigamos... sus voces crecen...
«¿A quién darás tus estados?»
O ilustres antepasados,
No dudeis tanto de mí.
Al francés, que aborrecí,
¿Pensais que el trono daré...?
No, jamás, jamás lo haré...
Postrado os lo juro aquí.

(*Cae arrodillado, y permanece así algun tiempo con la cara oculta entre las manos.*)

Harc. ¡Qué oigo!
Port. ¡Fatal juramento!
Harc. Nuestras esperanzas cesan.
Froi. Dadme la carta del papa.
Port. ¿Para qué?
Froi. Tengo una idea...
Harc. Ya comprendo... dadla... sí.
Froi. No perdais tiempo.
Port. Tenedla.

(*Portocarrero da la carta á Froilan, y este va con sigilo á colocarla desdoblada sobre la mesa, entre las dos luces, cerca del sillon. El rey, despues de haber permanecido arrodillado algun tiempo, se levanta manifestando debilidad y abatimiento.*)

Rey. Salgamos de este retiro...
Esta soledad da miedo...
Mas tenerme apenas puedo...
Con dificultad respiro...

(*Va con paso lento y se sienta, apoyando la cabeza en la mano. Hallándose en esta postura, dirige la vista á la mesa y ve la carta.*)

Mi frente pesa. — ¿Qué miro...?
¿No es este el sello y la mano
Del Pontífice romano...?
Dios mio, ¿qué pliego es este?
¿Lo trajo algun ser celeste?
¡Oh! ¡qué misterioso arcano!

(*Lee la carta, dando visibles muestras de alteracion. Repite despues algunas frases de ella.*)

¿Qué he leido...? «Declarad
» Al de Anjou por heredero...
» No ofendais á Dios... primero
» Que el Austria es la eternidad.»
Santo Padre, perdonad...
¿No es ofenderle si cedo,
Y á los mios desheredo...?
Si alguna señal, ó Dios,
No dais de quererlo vos,
Obedecerlo no puedo.

(*En este instante se oyen á lo lejos, y como partiendo de arriba, el sonido del órgano y el canto de los religiosos, que entonan en el coro el mismo himno que se cantó al principio de este acto. El rey, sorprendido, permanece en éxtasis, y como en presencia de una vision celeste.*)

¡Qué celeste melodía...!
Mientras me encuentro indeciso,
Este es sin duda un aviso
Que el mismo cielo me envia.
Se abre entre dulce armonía
De Dios la alta residencia...
Su trono está en mi presencia...
Y allí, propicio á mi ruego,
Con caractéres de fuego
Tiene escrita la sentencia.
Pues bien, Señor, la obedezco,
La obedezco, resignado,
Y á vuestro nombre sagrado
Este sacrificio ofrezco.
Inmolo á quien aborrezco
Las prendas del corazon...
Mas solo mi salvacion,
Solo mi deber escucho;
Que aunque mi amor puede mucho,
Puede mas la religion.

(*Cae arrodillado: Portocarrero, Harcourt y Froilan acuden á levantarle.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa una sala de la casa del conde de Oropesa. En el foro una puerta de dos hojas, que es la de la capilla ú oratorio: á los lados otras dos puertas: la que está á la derecha del actor conduce fuera de la casa; la de la izquierda al comedor: otra puerta habrá tambien á la izquierda para ir al interior de la casa.

ESCENA PRIMERA.

FROILAN, CRIADOS.

(*Varios criados entran en el comedor, y otros salen: en este se oyen voces de convidados que están á la mesa. Sale Froilan con aire misterioso observando á todas partes.*)

Orop. Brindo por los novios. (*Dentro.*)
Voces. ¡Viva!
Flor., *Inés.* Gracias, señores.

Froi. ¡Qué bulla!
Criado. Padre, ¿á quién buscais?
Froi. A nadie.
Criado. Como os entrais sin ninguna
Ceremonia!
Froi. Abierta hallé
La puerta.
Criado. Seieis sin duda
Algun convidado.
Froi. No.
Criado. Errado habreis por ventura
La casa.
Froi. ¿No es la del conde
De Oropesa?
Criado. Sí... ¿qué busca
Su paternidad en ella?
Froi. ¿Hoy tiene boda?
Criado. No suya.
Froi. Ya sé que solo es padrino.
Criado. Tampoco lo es, que ocupa
Ese lugar por el rey.
Froi. Lo sé.
Criado. Pues ¿por qué pregunta?
Froi. ¿Celebróse el desposorio?
Criado. No, señor... mucho madruga
Su paternidad... mas tarde;
Que aün el banquete dura.
Froi. ¿Habrá oratorio en la casa?
Criado. Vedle allí.
(*Señalando la puerta del foro.*)
Froi. ¿Tiene solo una
Entrada?
Criado. Otra tiene, sí:
Aunque es la escalera oscura.
Froi. Bien... ¿Decís que están comiendo?
Criado. Puede que pronto concluyan.
En esa sala... mirad...
Venid... quizá se descubra
Desde aquí á la novia... sí...
Vedla allí... ¡qué criatura
Tan linda...! parece un ángel.
Froi. ¡Cielos...! Callad... me importuna
Vuestra charla.
Criado. ¡Vaya un hombre!
Tiene un gesto... no me gusta. (*Vase.*)

ESCENA II.

FROILAN.

Allí está... ¡cuán bella...! ¡O cielos!
¡Infeliz...! Apura, apura
El triste placer de verla,
Pues que tu escasa fortuna
Aun te niega tal placer
Comprado con tanta angustia.
Inés. ¡Ay! (*Dentro dando un grito.*)
Flor. ¡Inés! (*Dentro.*)
Orop. ¿Qué es eso? (*Dentro.*)
Froi. ¡Cielos!
Me ha visto.
Orop. Todos acudan. (*Dentro.*)
Froi. ¡Se ha desmayado...! ¡A tal punto
Mi odiado aspecto la asusta!
S. Est. Mas vale sacarla fuera. (*Dentro.*)
Froi. Van á salir... no es cordura
Quedarme... Huyamos. (*Vase.*)

ESCENA III.

OROPESA, FLORENCIO, INÉS, MONTALTO, SAN ESTEVAN, GRANDES, SEÑORAS, CONVIDADOS, CRIADOS.

S. Est. Venid;
(*Saliendo el primero.*)
Esta atmósfera es mas pura.
Orop. Traed un sillon, vosotros.
(*A los criados que salen con él.*)
¡Pobrecita!
S. Est. ¡Qué importuna
Congoja!
Orop. ¡Tan imprevista!
S. Est. Fué como si viera alguna
Fantasma.
Criado. Ya ha vuelto en sí. (*Saliendo.*)
Orop. Con todo, que la conduzcan
A esta sala... Abrid un poco
Los balcones.
S. Est. ¡Qué diablura!
Cuando con tanto placer...
(*Sale Inés sostenida por Florencio. Los acompañan varios caballeros y señoras. Los criados habrán acercado un sillon, en el que se hace sentar á Inés.*)
Flor. Ven, Inés.
Inés. ¡Ay!
Flor. ¿Qué te turba?
Inés. ¿Quién hay aquí?
Orop. No temais:
Solo amigos os circundan.
Inés. ¡Ah...! perdonadme, señor...
¡Qué vergüenza...! por mi culpa
Se ha interrumpido el banquete.
Orop. ¿Qué importa que se interrumpa?
Ya volveremos... Ahora
Serenaos. — Voy en busca
De un espíritu que guardo
En mi bufete.
Inés. Esa es suma
Bondad... no .. (*Vase Oropesa.*)

ESCENA IV.

DICHOS, MENOS OROPESA.

Flor. Desecha, Inés,
El fiero terror que anubla
Tu semblante.
Inés. ¡Ay Dios! Florencio,
Siempre esa horrible figura
A mis ojos se presenta;
Y mas airada que nunca
Hora aquí mismo pensé...
Flor. Es delirio que perturba
Tu imaginacion... ¿Qué temes?
¿No estoy contigo...? ¿No escuda
De todo un rey el favor
Tu inocencia...? El que presuma
Dañarte...
S. Est. Pero ¿qué es eso?
¿Qué misterio...? Hablad, y luzca
Aquí la verdad; que todos
Prometemos nuestra ayuda...
(*Se oye á lo lejos el sonido de timbales y clarines.*)
Mont. Oid.
S. Est. ¿Qué será?
Mont. No acierto...
Flor. El pregon será sin duda.
S. Est. Si... no me acordaba que hoy
El auto de fe se anuncia.

ESCENA V.

DICHOS, OROPESA.

Orop. Venid, señores, venid;
Y á mirar desde el balcon
Este solemne pregon
Presurosos acudid.
Abre la marcha lucida
Manuel Ignacio Novalles,
Ostentando por las calles
Su vara negra y temida.
Con la suya caminar
Se ve á Ondátegui á par de él,
Que si es alguacil aquel,
Este es primer familiar.
Sigue luego un escuadron
Que casi á doscientos llega,
Y allí sus galas desplega
Tan vistosa procesion.
Familiares y notarios
Con buen órden lo componen:
A un tiempo agradan é imponen
Todos con sus trajes varios.
Airosamente tocados,
Sus leves plumas se agitan,
Y ameno pensil imitan
Tantos colores mezclados.
Son en sus trajes brillantes
Lo mas vil la seda y oro,
Que cada cual un tesoro
Lleva en soberbios diamantes.
Desairan la luz del dia
Con sus vivos resplandores,
Ni hay entre tantos primores
A quien dar la primacía.
Los ardientes alazanes
Vereis airosos trotar,
Orgullosos de llevar
Unos dueños tan galanes;
Y ellos tambien á su vez,
Las gualdrapas arrastrando,
Hacen sonar relinchando
La plata de su jaez.
El primoroso estandarte
Se alza por fin de la fe,
Donde si el oro se ve,
Aun mucho mas luce el arte.
Sus borlas llevan ufanos
Luis Roman y Juan Romero,
Porque este honor lisonjero
Les toca por ser decanos.
Los acentos del clarin
El ronco timbal apoya,
Y Lucas Lopez de Moya
Publica el pregon al fin.
Cada cual desde el balcon
Escucha con santo celo,
Y con el blanco pañuelo
Saluda á la inquisicion.
S. Est. ¿Quién gustoso no ha de ver
Esa pompa?
Orop. ¿Cómo estais?
(*Acercándose á Inés.*)
Inés. Mejor.
Orop. ¿Nos acompañais?
Inés. Perdonad... no puede ser...
Que aún algo débil me siento.
Orop. Pues bien, quedaos... Tomad
Ese pomo y respirad
Su esencia... Solo un momento
Nos separamos de vos.
Inés. Mil gracias.
Orop. Venid, señores.
S. Est. Veamos esos primores.
Flor. Id, pues, señores, con Dios.
(*Vanse los caballeros y señoras.*)

ESCENA VI.

INÉS, FLORENCIO.

Inés. Qué, ¿no vas?
Flor. No, vida mia,

Inés. ¿Y por qué?
Flor. ¿Te he de dejar?
Inés. No, no te quieras privar
De esa diversion... Yo iria
Si fuera que tú.
Flor. Yo no;
Que antes que todo es mi Inés.
Inés. Si ya estoy buena... Vé, pues.
Flor. Escucha, que ya empezó.

(*Se oyen los timbales y clarines como tocando al lado de la casa. Paran, y una voz fuerte publica el pregon siguiente.*)

Pregonero. Sepan todos los vecinos de esta villa de Madrid que el santo oficio de la inquisicion celebra auto público de fe, y que se les conceden las gracias é indulgencias por los sumos Pontífices dadas á todos los que acompañaren y ayudaren á dicho auto.

(*Vuelven á tocar los timbales y clarines, y se van alejando.*)

Inés. Yo no sé qué horror secreto
En mí suscita esa voz.
¡Ay de mí! que al escucharla
El pecho se estremeció.
Flor. ¿Qué es lo que dices, Inés?
¿Tú temer la inquisicion?
¿Ese pregon te da miedo?
¡A tí mas pura que el sol!
Inés. ¿No es verdad que no la debo
Temer, no?
Flor. ¿Quién tal pensó?
Inés. Con todo... si sucediera...
Si ese hombre odioso... ¡qué horror!
Flor. Inés... alienta... Tu sitio
Sus calabozos no son:
Tu puesto se halla en el cielo
Junto al trono del Señor.
Inés. ¡Dios mio...! ¡Dios mio!
Flor. ¿Lloras?
Inés. Estas lágrimas no son
Por mí, no... ¡Cuál fuera entonces,
Florencio, tu pena atroz!
Flor. ¿Qué escucho...? ¿Solo te acuerdas
De mis penas...? ¿Y tú?
Inés. ¿Yo?
No me espantan los suplicios:
Me espanta el perderte.
Flor. No,
No me perderás, lo juro,
Lo juro... ¿Quién, vive Dios,
Arrebatarte osaria
De mis brazos, á mi amor?
¿Tan fácil es á un amante
Arrancarle el corazon?
Si hay alguno que lo intente,
Espada tengo y valor.
Inés. ¡Florencio!
(*Deja caer su cabeza sobre el pecho de Florencio.*)
Flor. ¡Inés...! Ven... reposa
Aquí tu frente.
Inés. A tu voz,
Tranquilizada, ya siento
Disipado mi terror.
Flor. Piensa solo en ser dichosa.
Inés. Amame siempre, y lo soy.
Flor. ¡Amarte...! Aun despues de muerto,
Que allí tambien hay amor.
(*Señalando al cielo, y luego al foro.*)
¿Ves aquella puerta...? Allí
Está el altar... Ante Dios
Dentro de breves instantes
Ser tuyo juraré yo.
Juramentos, bien lo sé,
No ha menester mi pasion;
Mas es tan pura esta llama
Que nos abrasa á los dos,
Tan bella, que bien merece
La contemple el Hacedor.

ESCENA VII.

Dichos, OROPESA, Grandes, Señoras.

Orop. Inés, Florencio, alegraos.
Hoy vuestros amores gozan
De una dicha sin igual
Que pocos vasallos logran.
El monarca en cuyo nombre
Soy padrino en estas bodas,
Sus favores aumentando,
Con su presencia las honra.
Flor. ¿Qué decís?
Orop. Un gentil-hombre
El aviso acaba ahora
De traerme. La carrera
Don Carlos en su carroza
Ha salido á recorrer,
Y con su augusta persona
Llena de esperanza al pueblo,
Que al mirarle se alboroza.
Al pasar por esta casa,
Cuyas cadenas pregonan
No ser la primera vez
Que de tanto honor blasona,
Intenta subir, y él mismo,
A este acto dando mas pompa,
Conduciros al altar
En la santa ceremonia.
Inés. ¡Qué bondad!
(*Se oyen dentro vivas.*)
Orop. Estos clamores
Que el aire pueblan y asordan,

Anuncian ya su llegada.
Salgo á recibirle.
(*Vase con los grandes.*)

ESCENA VIII.

INÉS, FLORENCIO, SEÑORAS.

Flor. Ahoga,
Inés mia, tus pesares.
De un hombre vil, ¿qué te importa
El impotente furor?
Mientras el rey nos acoja
Bajo su amparo, ¿qué puede
Quien solo existe á su sombra?
Inés. Dices bien : en nuestra dicha
Pensemos no mas... Pues colma
El cielo nuestros deseos,
Apuremos esta copa
De placer que nos presenta
Con sonrisa cariñosa.
Gozemos mientras duraren
De felicidad las horas ;
Que si pasan, y algun dia
Ser desgraciados nos toca,
Cual bálsamo de consuelo
Nos quedará su memoria.

ESCENA IX.

DICHOS, EL REY, OROPESA, GRANDES.

(*Sale el rey acompañado de Oropesa y los grandes. Inés y Florencio doblan la rodilla y le besan la mano.*)

Flor. ¡Señor!
Rey. ¡Hijos mios!
Inés. ¡Tanta
Bondad!
Rey. ¡Y bien! ¿qué os asombra?
Cumplo lo que prometí :
Vengo á presenciar las bodas.
Por fortuna hace ya dias
Que mi salud se recobra,
Y puedo sin riesgo alguno
Ir á respirar en otra
Atmósfera que en el regio
Alcázar que me aprisiona.
El doctor Parra además,
Desde la escena espantosa
Del conjuro, me aconseja,
Para ahuyentar melancólicas
Ideas, que los parajes
Mas agradables recorra,
Y presencie escenas tiernas
Do la virtud venturosa
Solo sensaciones gratas,
Solo ternura provoca.
Flor. A vos lo debemos todo.
Para quien dichosos forma,
¿Qué espectáculo mas dulce
Que el mirar sus propias obras?
Rey. Vos, conde, no imagineis
Que intento en la ceremonia
Arrebataros un puesto
Que gustoso...
Orop. Si era honra
Para mí representar
Vuestra sagrada persona,
El pisar vos esta casa
Aun mas honor me reporta.
Rey. Guiad los novios al ara,
Este deber siempre os toca,
Que á ser mero espectador
Yo solo he venido ahora.
Orop. A estar para esta visita
Prevenido, con la pompa
Os recibiera, señor,
Digna de...
Rey. Así me acomoda.
Recorriendo la carrera
Tuve esta idea... ¡Famosa
Ha estado la cabalgata!
Mas no sé qué negras sombras
A oscurecer empezaron
Mi vista... Sí... la memoria
Del auto anterior (aunque hace
Tantos años) no se borra
De mi mente... y pienso ver...
Orop. Fué aquella funcion grandiosa,
Y si esta se le parece...
Rey. Cuando mis primeras bodas
Fué... bien me acuerdo... La hoguera
Sirvió de nupcial antorcha, (*Distraido.*)
Triste luciendo... A mi lado
Se hallaba mi tierna esposa...
Mi Luisa... y me suplicaba...
Mas no hubo perdon... Asombra
El número de las víctimas.
Las llamas devoradoras
A cincuenta consumieron...
¡Herejes! ¿quién los perdona?
Bien hecho fué... ¿no es verdad?
Orop. Sí... fué justicia notoria.
Rey. ¡Ah! ¡ah! ¡qué gestos hacian!
(*Con risa sardónica, delirando.*)
¡Qué gritos daban ..! Sus bocas
Cubiertas de espumarajos
Proferian horrorosas
Imprecaciones... ¡Impíos!
¡Al brasero! ¡á la picota!
Inés. Señor, olvidad tan tristes...
Rey. Treinta fueron en persona
(*Asiéndola por el brazo.*)

Quemados... veinte en efigie,
Con sus huesos... que aunque esconda
La tierra al culpable, nunca
Sus derechos abandona
La inquisicion... A la muerte
Su presa disputa ansiosa,
Y hasta del féretro mismo,
Si la halla en él, la recobra.
Inés. ¡Qué horror!
Rey. Pues mira... por eso
Mis reinos todos me nombran
El vengador de la fe...
Mas ¿qué digo...? ahora... ahora
Ya no lo soy... soy un réprobo...
Huid... huid. (*Delirando enteramente.*)
Orop. Le abandona
La razon.
Rey. Tambien á mí
La inquisicion sus antorchas
Me prepara... No... apartad...
La frente que una corona
Ciñe, no puede... Salgamos,
Que sus verdugos me acosan.
Orop. Su acostumbrado delirio
Le acomete...
(*El rey, discurriendo incierto por el teatro, vacila. Oropesa, Florencio, Inés y los grandes le sostienen y le hacen sentar.*)
¡O qué penosa
Situacion! ¡Cielos! ¿Qué haremos?
Flor. Al oir la voz sonora
De Inés, de tan triste estado
Alguna vez se recobra.
Inés. ¡Ah...! sí... sí... traed una arpa,
Que ya á cantar estoy pronta.
Mas ¿qué cantaré?
Flor. El romance
Hecho para nuestras bodas.
(*Traen una arpa. Inés la toca y canta. Al oir el preludio el rey, que estaba abatido, se recobra y se pone á escuchar embebecido, como si saliera de un profundo sueño.*)

Inés. (*Canta.*) Barquilla que sin recelo
En el mar de amor navegas,
Voga, voga, que ya llegas
El ansiado puerto á ver.

Luce el sol de tu ventura,
La mar sonrie en bonanza,
Y el viento de la esperanza
Te lleva al dulce placer.

Rey. ¡Inés...! ¿Eres tú...? No ceses:
Mi alma al oirte recobra
Su quietud, y en mil placeres
Enajenada se goza.

Inés. (*Canta.*) ¡Ay! no tardes; la inconstancia
Teme del mar proceloso,
Que en la tarde está furioso
Cuando en calma amaneció.

Mas de un barco sin ventura
Probó su furor impío;
Y en el áspero bajío
Ante el puerto se estrelló.

(*El rey se levanta enajenado, y se encamina hácia Inés.*)

Rey. ¡O Inés! de tu dulce voz
Esa magia poderosa
Es la que solo consigue
Mis penas y mis zozobras
Mitigar, y algun consuelo
Vierte en mi vida angustiosa.
El ángel eres sin duda
Que el cielo me proporciona
En medio de tantos males
Para sanarlos... Pues sola
Puedes la salud volverme,
Quédate á mi lado, pronta
Siempre á calmar mis delirios
Con canciones seductoras.
Inés. Si tal consigo, señor,
Yo me tendré por dichosa.
Rey. Tiempo es ya de que himeneo
Te dé la dulce corona,
Premio de amor y virtud
Que esperando estás ansiosa.
Si todo está preparado,
Puede ya la ceremonia
Principiar.
Flor. Antes, señor,
Esa mano bienhechora
Permitid que con respeto
Puedan besar nuestras bocas.
Rey. Hijos, sí.
(*Se arrodillan, y besan la mano al rey.*)
Marchad, y el cielo
Bendiga union tan preciosa.

ESCENA X.

DICHOS, FROILAN, UN COMISARIO DE LA INQUISICION, FAMILIARES, ALGUACILES, Y LUEGO GUARDIAS.

Flor. Mis votos están cumplidos.
Orop. La mano, amigos, me dad.
Vamos. Abrid.
(*Oropesa toma por la mano á Inés y Florencio, y se encamina con ellos y los demás asistentes hácia el oratorio. A la voz* Abrid, *se abre la puerta de la capilla, y aparece en*

ella Froilan, acompañado de familiares y esbirros de la inquisicion. Todos retroceden al verle, y él se avanza en medio con aire lúgubre y funesto.)

Froi. Esperad.
Orop. ¿Qué veo?
Inés. ¡Somos perdidos!
(Yendo á guarecerse en los brazos de Florencio.)
Flor. ¡Froilan Diaz...! ¡Maldicion!
Rey. ¿Qué es eso, padre Froilan?
¿Qué intentais...? ¿Quiénes están
Ahí con vos?
Froi. La inquisicion.
Todos. ¡La inquisicion!
Orop. Y en mi casa
El santo oficio ¿qué quiere?
Froi. Si su majestad nos diere
Su venia...
Flor. ¡El furor me abrasa! *(Aparte.)*
Rey. Cumplid con vuestro deber:
Si el tribunal os envia,
¿Quién contrastar osaria
En mis reinos su poder?
Froi. Comisario, habeis oido.
Com. ¿Inés Gomez?
(Sacando un legajo de papeles, y leyendo.)
Rey. ¡Cómo!
Flor. ¡Inés!
Com. ¿Se halla aquí?
Orop. Sí... esta es.
Com. ¿Vuestra edad?
Inés. Aun no he cumplido
Diez y ocho años.
Com. ¿Vivís
En la calle de Torija?
Inés. Sí, señor.
Com. Esta sortija
¿Es vuestra?
Inés. ¡O Dios!
Com. ¿Qué decís?
Inés. Mia fué... tiempo hace ya
Que en Alcalá la he perdido.
Com. ¿Habeis allí residido?
Inés. Hasta un año escaso habrá.
Com. Pues vos sois la que buscamos.
De órden de la inquisicion,
Señora, daos á prision.
Inés. ¡Yo!
Rey. } ¡Cielos!
Orop. }
Flor. ¡Inés!
Froi. Sí.
Com. Vamos.
Rey. ¡Inés...! ¿Y por qué delito?
Froi. Por hechicera.
Todos. ¡Hechicera!
(Se apartan de Inés horrorizados.)
Flor. Esa es calumnia grosera.
Com. En el proceso está escrito.
Rey. Padre Froilan, ¿es verdad?
Froi. Estremeceos, señor:
Objeto de su furor
Es...
Rey. ¿Quién?
Froi. Vuestra majestad.
Orop. ¡El rey!
Rey. ¡Yo!
Flor. Mentís.
Inés. ¡Aleve!
Froi. Lo declara el santo oficio:
Vuestro horrible maleficio
A sus hechizos se debe.
Rey. ¡Qué horror!
Inés. ¿Le creereis?
(Al rey.)
Rey. Aparte.
Flor. Mentís, os vuelvo á decir.
(A Froilan.)
Inés. ¡Florencio!
Flor. ¡Y he de sufrir
Que así se atreva á acusarte!
¡No, no será, vive Dios!
La verdad descubriré,
Y aquí mismo arrancaré
El disfraz que os cubre á vos. *(A Froilan.)*
Froi. ¿A mí?
Flor. A vos, mal religioso.
Sabed que á Inés ha querido *(Al rey.)*
Seducir... no lo ha podido,
Y así se venga alevoso.
Orop. ¿Qué dice?
Rey. ¡Infame!
Froi. Dejadle.
Señor, ¿no veis que delira?
Su ciega pasion le inspira:
No es extraño... perdonadle.
Flor. ¡Hipócrita vil!
Rey. ¿A un santo
Te atreves á calumniar?
Inés. ¡Señor...!
Rey. Quita tú... Mirar
No te puedo sin espanto.
¿Así mis bondades pagas?
¡Sierpe astuta, que á traicion
Me muerdes el corazon
Cuando pérfida me halagas!
¡Qué extraño que mis delirios
Con tus cantos disipases,
Si antes con mágicas frases
Tú labraste mis martirios!
¡Suerte, cuál es tu rigor,
Pues cuanto en la tierra amé,
Otro tanto al fin hallé

Ingrato, falso y traidor!
Prueba pues mi justo encono,
Mujer digna de castigo;
Aparta, yo te maldigo,
Y á tus jueces te abandono.

Inés. Por Dios, señor, desechad
Acusacion tan horrible:
¿No advertís que es imposible
En mí tal perversidad?
A mis años no se aprenden
Esas artes infernales:
Solo de amor y sus males
Tan tiernos años entienden.
Amar mi existencia ha sido,
Amé cuanto conocí,
A todos amé... mentí:
Uno es de mí aborrecido.
Uno, y si le conocieran,
Todo el universo, vos,
Y hasta de bondad el Dios,
Como yo le aborrecieran.
Mas el hipócrita odioso
Con falsa virtud engaña,
Y con implacable saña
De mí se venga alevoso.
Vedme á vuestros piés, señor...
¡Piedad...! Mas ¿os alejais?
¿De mí la vista apartais?
¡O injusto y cruel rigor!
(*A los grandes, que tambien se apartan y vuelven la cabeza.*)
Y vosotros, caballeros,
Os lo pide una mujer:
¡Ah! venidme á defender
De mis enemigos fieros.
Venid... ¿qué miro...? ¿Tambien
Huís de mí horrorizados?
¿Qué es esto...? ¡crueles hados!
¿A quién dirigirme, á quién?
¿Adónde encontraré yo
Un ser que por mí interceda?
¿Uno que salvarme pueda?
¿Adónde, adónde?
(*Corriendo incierta por el teatro, se encuentra con Froilan, que se acerca á ella como ofreciéndose, y dando á entender con su accion que él puede salvarla: ella retrocede horrorizada, y con desprecio dice:*)
¿Vos...? No.

Froi. Ministros del tribunal,
(*Con furor.*)
¿Por qué tardais en llevarla?
(*Los esbirros se acercan para prenderla. Florencio furioso saca la espada y se coloca delante de Inés, amenazando á los alguaciles, que se detienen.*)

Flor. Si alguien se atreve á tocarla,
Llegó su instante fatal.

Inés. ¿Qué haces?
(*Se abalanza al brazo de Florencio, y le contiene con fuerza.*)

Rey. ¡Osado!

Orop. ¡Imprudente!
(*Se abalanza tambien para detener á Florencio.*)

Com. ¡Favor á la inquisicion!

Rey. ¡Hola, guardias!

Flor. ¡Maldicion!
¿Tu enfrenas mi rabia? (*A Inés.*)

Inés. Tente.

Orop. Mira que vas á labrar
Tu perdicion.

Rey. ¡Qué insolencia!
¡Atreverse en mi presencia
El acero á desnudar!
Prendedle.
(*Los guardias, que habrán llegado, y los esbirros se abalanzan á Florencio, que, detenido por Inés y Oropesa, no puede defenderse. Sin embargo, forcejea y se resiste entre todos.*)

Inés. ¡Cielos!

Flor. ¡Malvados!
¡Todos juntos! Uno á uno
Venid... no temo á ninguno...
Quedareis escarmentados.
¿Y no la osais defender, (*A los grandes.*)
Caballeros...? Dije mal:
¡Caballeros...! No lo es tal
Quien no ampara á una mujer.
Andad... ¡y en vosotros arde
De mil héroes el valor!
Mentira, pues al temor
Doblais la frente cobarde.
La inquisicion, me direis,
La inquisicion os da susto...
¡Y ante un tribunal injusto
Siempre siervos temblareis!
Esos nobles infanzones
Que conquistaron el mundo,
A los piés de un fraile inmundo
Hora humillan sus blasones.
¡O mengua! ¡ó torpe baldon!
¿Cómo España ha de ser grande,
Si consiente que la mande
Quien le imprime tal borron?
Maldito mil veces sea
Ese tribunal odioso,
Que siempre de sangre ansioso,
Solo suplicios desea;
Que pretendiendo vengar
Del cielo la causa santa,
La ofende, y al orbe espanta
A fuerza de asesinar.

¡Y ministro entre furores
De la religion se dice!
La religion le maldice,
Y detesta sus horrores.
Inés. ¡Ah...! calla, por Dios.
Rey. ¡Blasfemo!
¡Y te he podido escuchar!
¡Y osaste ante mí llevar
Tu furor á tanto extremo!
¡Ah...! Salgamos de aquí luego,
Pues cuanto esta casa encierra
Temo lo trague la tierra
O abrase el celeste fuego.
Padre Froilan, pues de Dios
Teneis la espada en la mano,
No haya perdon á su insano
Delito, y mueran los dos.
(*Vase horrorizado.*)
Froi. A las mazmorras llevadlos.
Inés. ¿Qué has hecho? (*A Florencio.*)
Flor. Si has de morir,
Tu suerte quiero sufrir.
Inés. ¡Florencio!
Flor. ¡Inés! (*Se abrazan.*)
Froi. Separadlos.
(*Los esbirros los apartan á la fuerza, y se los llevan.*)

ACTO CUARTO.

El teatro representa un calabozo de la inquisicion.

ESCENA PRIMERA.

INÉS, CARCELERO.

Car. Vuestros ruegos me importunan:
Callad, señora, callad.
Inés. En vano con torno ceño
Mostrais severa la faz:
Lo conozco, mi desgracia
Os duele á vuestro pesar,
Y lágrimas de ternura
Os miro vertiendo ya.
Car. ¿Yo, señora...? ¿yo...? Mentira.
¡Voto á Dios...! ¿Imaginais
Que para ser compasivo
Me tiene aquí el tribunal?
No es ese mi oficio, no:
Mi oficio es solo escuchar
Los lamentos, y dormirme
De su sonido al compás;
Es ver males y reir,
Ver suplicios y gozar.
Yo tengo este corazon
Aun mas duro que el metal
Con que forjados los grillos
De estas mazmorras están.
Ni una lágrima en mi vida
Se me ha visto derramar.
Inés. Pues ¿qué es esto?
(*Pasándole la mano por los ojos.*)
Car. Esto es tan solo...
Brujería... ¡voto á tal!
Brujería... sí, señora:
Por hechicera aquí estais,
Y es el hechizo mayor
El hacerme á mí llorar.
Inés. Mi juventud, mi inocencia
Son mis hechizos no mas:
Miradme bien, y decidme
Si puedo ser criminal.
Car. Yo en eso nunca me meto,
Que esas son cuentas allá
Del tribunal...... Todos dicen
Siempre lo mismo... Es verdad
Que como vos, lo confieso,
Jamás he visto, jamás...
Inés. Pues bien, tened por lo mismo
Algun poco de piedad.
Car. ¡Piedad...! Ya tengo bastante:
Mejor no os puedo tratar.
Inés. Es cierto, y agradecida...
Pero ¿por qué me negais
El solo favor que...?
Car. ¡Diablos!
¡No es nada el favor...! ¡pues ya!
Si lo supieran... bonita
Se armaria... Sí... ¡dejar
Que comuniquen dos presos!
Inés. Un minuto nada mas.
Car. Ni medio.
Inés. Es mi esposo.
Car. ¡Y qué!
Por lo mismo.
Inés. ¿Quién sabrá...?
Car. Mi conciencia.
Inés. ¿La teneis
En dejarme así penar?
¡Ah! ¡tantos dias sin verle!
¡Infeliz! ¡cual sufrirá!
¿Teneis mujer? ¿teneis hijos?
Car. Sí tengo.
Inés. Pues bien, pensad
¡Cuál vuestro dolor seria
Si de ellos á separar
Os llegasen...! Un momento,
Un momento, por piedad.
Dentro de poco... mañana...
Tal vez se ejecutará

La sentencia. A separarnos
Va toda una eternidad :
Permitid que para siempre
Un á Dios le pueda dar.
Car. ¡ Vamos...! si digo yo bien
Que es brujería.—Vendrá
Conmigo aquí... Mas silencio :
Si lo saben...
Inés. Descuidad.
Mi gratitud será eterna.
¿ Qué digo...? corta será.
Mi gratitud, mi silencio
Breve término hallarán
En la muerte.
Car. ¡ Pobrecita !
Me voy... no quiero llorar.

ESCENA II.

DICHOS, FROILAN.

(*Al llegar el carcelero á la puerta, sale Froilan.*)

Inés. Al fin le daré siquiera
El último á Dios.
Car. ¿ Quién va ?
Alto ahí... ¿ quién es ?
Froi. Silencio.
Car. ¡ Ah ! ¿ sois vos, padre Froilan ?
Inés. ¡ Froilan...! ¡ Oh cielos...! ¡ Que
Ni aun aquí me ha de dejar! [libre
Froi. Márchate... Déjanos solos.
Nadie entre aquí.
Car. Bien está. (*Vase.*)

ESCENA III.

INÉS, FROILAN.

Froi. Héla allí... ¡ cuál está ! [mentos
Inés. Con mis tor-
¿ Venís, hombre cruel, á recrearos?
¿ O bastantes no son , que ansiais , inicuo ,
Con vuestro odioso aspecto acrecentarlos ?
Froi. ¡Desdichada...! Mis iras no provoques
Cuando ya solo aquí piadoso bajo.
Inés. ¡ Piadoso vos !
Froi. ¿ Lo dudas?
Inés. ¿ Yo... ?
Miradme y responded. [Miradme,
Froi. ¡ Ah ! sí... me espanto
De mi propia maldad... Yo soy un monstruo.
Perdona , Inés.
Inés. ¡ Perdon !
Froi. Tus males causo,
Infeliz , y una lágrima que viertas
Cae pesada aquí , y hace pedazos
Mi triste corazon.
Inés. Mentís.
Froi. ¡ Me culpas !
Culpa solo el amor en que me abraso.
Inés. ¡ Amor horrible ! [misma
Froi. Sí... Como tú
Yo me horrorizo de él... Amor infausto
Que aborrezco y maldigo... Un tiempo fuera
Que dichoso viví , solo buscando
Ya de envidiada ciencia el gran tesoro,
Ya de fama inmortal el noble lauro.—
Te ví... todo cesó.—Dime : ¿ qué heciste ,
Que en otro ser así me has transformado ?
Estas fieras pasiones que aquí dentro
Luchan embravecidas y al nefando [¿Cómo
Crímen me arrastran, ¿ do se hallaban ?
A tu solo mirar en mí estallaron ?
¿ Y cuál es tu poder, que desde el cielo
A la region precita me has echado?
Luché... me resistí... tú no lo ignoras.
¡ Inútil batallar ! Solo combato
Para ser mas vencido... Presa horrible
De algun genio maléfico encargado
De mi condenacion , ya abierto miro
El infierno á mis piés, y en él me lanzo.
Inés. ¡ Ah ! ¡ me dais compasion...! Si á tanto precio
Venganza he de encontrar, yo la rechazo.
Froi. ¿ Qué oigo...? ¡ O ventura ! ¿ Con que al fin ya pudo
Una voz de piedad mover tus labios ?
Inés. ¿Soy cruel como vos ? [sabes
Froi. ¡ Ah! tú no
Que atroz, que horrible la existencia arrastro.
Los males que tú sufres , yo los sufro
Mas crueles mil veces , mas amargos ;
Que en la inocencia tú, consuelo encuentras,
Nuevo verdugo con el crímen hallo.
Inés. Sed piadoso una vez... Romped
Y entonces juro... [mis hierros,
Froi. ¿ Qué ?
Inés. Juro no odiaros.
Froi. ¿ Eso no mas...? Escucha : yo tan
Te puedo libertar : lo quiero, lo ansio, [solo
Y á ejecutarlo vengo.
Inés. ¡ Ay ! ¿ es posible ?
Froi. Sí; mas de este favor un premio
Inés. ¿ Cuál ? [aguardo.
Froi. ¿ Lo debo decir ?
Inés. Entiendo...
Froi. ¿Nunca...? Piénsalo bien. [nunca.
Inés. Ya lo he pensado.
Froi. ¡ Siempre otro afecto tu razon ofusca !
Inés. ¡ Y siempre vos me estais atormentando ! [esperas ?
Froi. De un amante vulgar, dime, ¿ qué
Solo inconstancia , olvido, eterno llanto

É indeleble baldon : vil instrumento
De algunos dias de placer, acaso
Para él serias, y cual mueble inútil,
Logrado el torpe fin, luego arrojado.

Inés. ¡Oh! (*Con horror.*)

Froi. ¡Cuál otro es mi amor! A par que ardiente,
Firme le probarás : sí, cuando te amo
Es por la vida; por la vida juro
A tus plantas estar rendido, esclavo.
¿Qué no haré yo por tí? ¿Quieres riquezas?
Habla, y tantas tendrás, que en lujo, en [fausto
Te envidien esas damas que orgullosas
Ostentan su beldad en los palacios.
¿Quieres gozar placeres? Los placeres
Te seguirán do quier...

Inés. Ea, apartaos :
Huid lejos de mí... Vuestras ofertas
Horror me causan, y os cansais en vano.
¿Veis este calabozo oscuro, horrendo,
De suplicios mansion, del hombre espanto?
Otra estancia buscad mas pavorosa,
Tormentos inventad aun mas extraños;
Cielo, delicias, para mí serian,
Si al vivir con tal monstruo los comparo.
¿Qué mas? La muerte que me espera es dulce
Si me libra de vos.

Froi. ¿Qué has pronunciado?
¡La muerte...! Dime : por ventura ¿sabes
La muerte que va á ser? ¿Piensas acaso
Que es un morir comun, de esos que suelen
Repentinos herir, llegar callando,
Que de esta vida al perdurable sueño
Nos llevan sin sentir como al descanso?
No, no; que es un morir atroz, horrible,
Que lento y doloroso va llegando;
Que todo nuestro ser destroza, y hace
Para sufrir aun mas, sufrir despacio.

Inés. Callad... ¡qué horror! [cio mismo

Froi. Es el supli-
Que el cielo en sus venganzas ha inventado;
El mismo, sí, que en el profundo averno
Los que Dios reprobó sufren rabiando.

Inés. Pues bien, lo sufriré... cortos instantes...
Y por ello despues la gloria aguardo.
Mas vos tambien lo sufrireis; y toda,
Toda una eternidad será, malvado. [acepto

Froi. ¡Horrible eternidad...! Mas yo la
Por un instante de tu amor en cambio.
Amame, y todo lo demás es nada;
Y solo el recordar que me has amado
De tanta dicha circundarme puede,
Que el infierno tormentos busque en vano.
Tus odios temo nada mas; por ellos
Soy crüel cual me ves y soy culpado.
Sálvame, por piedad, de este delirio;
Sálvate á tí de mi furor insano.
A tus plantas postrado te lo ruego :
(*Se arroja al suelo.*)
Sí, yo las baño con acerbo llanto.
Ten de mí compasion y de tí misma :
Mira que juntos nos perdemos ambos.

Inés. Alzad... ¿Qué es lo que haceis? ¡cómo! ¡el verdugo
A los piés de la víctima...! ¿Es escarnio
¿Es delirio...? Mas no... castigo es solo
Del cielo vengador... En tal estado
¡Yo triunfo, y vos la criminosa frente
En el polvo ocultais! ¡Digno salario
Debido á la maldad! Alzad, os digo :
Donde no os vuelva á ver id, ocultaos;
Dejadme á mí morir, que de mi muerte
Ya en vuestro corazon llevais el pago.

Froi. ¿Sí...? Ya te dejo... A Dios... Pues tú lo quieres,
Sea... tú morirás... Mas si has pensado
Que sola has de morir, te engañas, necia,
Que otro tambien te seguirá al cadalso.

Inés. ¡Ay...! ¿quién?

Froi. ¿No lo adivinas?

Inés. ¡Dios! ¿Florencio?

Froi. Ese mismo.

Inés. ¡Piedad! [Entrambos,

Froi. ¡Venganza...!
Entrambos morireis.

Inés. ¡Ah! ¡que esa herida
Hasta el fondo del pecho me ha llegado!
¡Florencio!

Froi. No le llames, no, que pronto
Le volverás á ver.

Inés. ¿Sí...? ¿dónde...? ¿cuándo?

Froi. ¿Dónde? En la hoguera.

Inés. ¡Compasion!

Froi. En ella
La interrumpida union podreis ufanos
Por siempre renovar... Fieles amantes,
Ese lecho nupcial, ese os preparo. (*Vase.*)

ESCENA IV.

INÉS.

¡Ah! ¿no basta á tu furor
Que en mí tu venganza cebes?
¡A hundir el puñal te atreves
En la prenda de mi amor!
Sin desmayar, sin temor
Oí mi cruda sentencia :
A su bárbara violencia
Serena entregarme espero;
Mas para golpe tan fiero
No tengo, no, resistencia.
¡Dios mio! mírame aquí
Humillada en tu presencia :
¡Ah! yo imploro tu clemencia,

Mas no la imploro por mí.
Si alguna vez te ofendi
Sufra yo sola el castigo:
Tu cólera yo bendigo
Si á mí solamente alcanza;
Pero es sobrada venganza
Perder á mi bien conmigo.
Mi destino aparecer
Fué en el mundo un solo instante,
Y unir, cual rosa fragante,
El morir con el nacer.
Ve la tarde perecer
Flor que la aurora vió abrir;
Y en tan rápido existir,
Esta corta y triste vida
Solo me fué concedida
¡Ay! para amar y sufrir.
Florencio, dueño adorado,
Yo soy, yo, quien te asesino;
Fatal te fué mi destino;
¿Por qué, por qué me has amado?
Te prometí, desdichado,
Suerte de amor placentera:
Te engañé; solo te diera
En premio de tu pasion,
Por palacio una prision,
Y por tálamo una hoguera.
Perdona, mi bien, perdona,
Y no culpes á mi amor:
Son mi desdicha mayor
Los males que te ocasiona.
Otro premio, otra corona
Te quise yo reservar;
Mas si no logró alcanzar
Tamaño bien nuestro anhelo,
No importa, que allá en el cielo
Aun nos podremos amar.

ESCENA V.

INÉS, FLORENCIO, EL CARCELERO.

Car. Venid... allí está. (*A Florencio.*)
Inés. ¡Florencio!
Flor. ¡Inés...! ¡y te vuelvo á ver!
(*Se abrazan.*)
Inés. ¡Ah! ¡fallezco de placer!
Flor. ¡Dueño adorado!
Car. Silencio.
Hablar bajo es menester.
Flor. Contenerme no me es dado...
Car. Pues volved á la prision.
Inés. ¡Arrancarle de mi lado!
Primero me hareis, malvado,
Pedazos el corazon.
Car. ¡Buena la hicimos por cierto!
¡Y tened luego piedad!
Reniego de mi bondad.
(*El carcelero se va, dejando solos á Inés y Florencio.*)
Flor. ¿Estoy dormido ó despierto?
¿Es ilusion? ¿es verdad?
¡Inés, Inés en mis brazos!
Inés. Sí, mírame junto á ti.
Ven, y estrechemos aquí
Tan dulces y tiernos lazos.
Ven, ven, mas cerca de mí.
Flor. Deja que de esa mirada
Me abrase el süave ardor;
Deja que aspire el olor
De tu boca perfumada,
Y mas me embriague de amor;
Deja contemple otra vez
Esa divina hermosura;
Que aunque tanta lobreguez
Ocultármela procura,
Puede mas su brillantez.
En vano el dolor pretende
Tan bella flor marchitar;
Que en el que bien sabe amar
Aun mas su pasion enciende
La hermosura del pesar.
Llega, llega, Inés, y pon
Tu mano en el corazon:
¿Ves cuál late enamorado?
Pues de hacerlo no ha dejado
Por tí en tan larga prision.
Inés. Esa confianza, mi bien,
En medio la pena mia,
Fué de mi vida el sosten:
Si pienso en él, me decia,
Él en mí piensa tambien:
Si sufro yo por sus males,
Él por los mios padece;
O mas bien en penas tales,
Amor consuelos iguales
Benigno á los dos ofrece.
Esta prision horrorosa
Do paso tan tristes dias,
La imaginé ¿lo creerias?
Tal vez mansion deliciosa
Porque en ella tú vivias.
En sus muros denegridos
Viérasme siempre aplicar
Con triste afan los oidos,
Por si lograba escuchar
Tus ayes y tus gemidos.
Mil veces yo les conté
Mi pasion, mi pena fiera;
Porque en mi vana quimera,
La dura piedra pensé
Repetírtelas pudiera.
Otros dias mas serenos
No le pedia tu Inés
Al cielo de gozo llenos,

Sino una vez á lo menos
Mirarte y morir despues.

Flor. ¡Tú morir, tú, vida mia!
¡O qué pensamiento atroz!
¿Quién sentenciarte osaria?
¿Dónde está el hombre feroz
Que asesinarte podria?
Mas ¿qué digo? ¿por ventura
Adonde me encuentro olvido?
Jamás aquí la impostura
En su rabia ha conocido
Ni juventud ni hermosura.
Cuanto es mayor la inocencia,
Mas su víctima reclama:
Ya dictó nuestra sentencia;
Y solo en la ardiente llama,
Allí hallaremos clemencia.

Inés. Ya la dictó: si dudar
Un solo instante pudiera
No faltó con rabia fiera
Quien por solo atormentar
A anunciármela viniera.

Flor. ¿Quién?

Inés. ¿Lo ignoras?

Flor. ¡Hombre odioso!

Inés. Habrá muy cortos instantes
Que aquí se hallaba furioso.

Flor. ¿Qué dices? ¡Dios poderoso!
¡Y no pude llegar antes!

Inés. Aquí de su impuro amor
Osó pintarme el ardor;
Y aun con fiera complacencia,
De mi suplicio el horror,
Por vencer mi resistencia.
¡Vencerme! ¡vanos intentos!
No, mi flaqueza no es tanta:
Para sufrir tengo alientos;
Mucho mas que los tormentos
Su odiosa pasion me espanta.

Flor. ¡O valerosa mujer!
Tú alientas mi pecho amante;
Mas si víctima has de ser,
No tengo valor bastante
Para verte padecer.
En una hoguera fatal...
¡O cielos! ¡yo me estremezco!
No, mujer angelical,
No será: librarte ofrezco
De ese suplicio infernal.

Inés. ¡Cómo...! ¿tú?

Flor. ¿Tendrás valor?

Inés. ¿Pudiera faltarme al verte?

Flor. Mira que en tanto dolor,
Ultimo don de mi amor
Será tan solo la muerte.

Inés. Yo con placer la recibo
De tí, por quien solo vivo.

Flor. Este anillo que aquí ves,
En sus entrañas, Inés,
Recela un veneno activo.

Inés. Dámelo luego... Morir
Mi aciago destino es ya;
Pero al dejar de existir,
Al menos el no sufrir
Tu esposa te deberá.

Flor. Sí, mi Inés; y mil delicias
Aun al morir probaremos:
Hasta espirar nos veremos;
Y entre amorosas caricias
Abrazados moriremos.
Mis labios recogerán
Ansiosos tu último aliento
Cuando el mio exhalarán,
Y unidas al firmamento
Nuestras almas subirán.
Vengan despues los malvados,
De mil suplicios armados;
Y en su despecho impotente,
En restos inanimados
Ejerzan su saña ardiente.
Al ver burlado su anhelo
Temblarán, sí, de furor;
Y nosotros sin recelo
Gozaremos desde el cielo
De su rabioso dolor.

Inés. Dame el veneno... ¿qué tardas?
Tal vez la ocasion perdemos
Si solo un instante aguardas.

Flor. Pues primero yo...

(*Saca el anillo del dedo, lo abre, y lo aplica á los labios. En este instante Inés, como herida de otra idea, le detiene asiéndole el brazo.*)

Inés. ¿Qué hacemos?
No... detente.

Flor. ¿Te acobardas?

Inés. ¿Yo acobardarme...? Jamás:
No es el temor de la muerte,
Es el temor de perderte.

Flor. ¡Ah! siempre me perderás,
Que así lo manda la suerte.

Inés. En este mundo de horror;
Mas reunirnos debemos
En otro mundo mejor,
Y amarnos allí podremos
Con puro y eterno amor.
Esta halagüeña esperanza
Me da en mis males aliento;
Pero ¡ay! el celeste asiento
Solo la virtud le alcanza,
Y es criminal nuestro intento.
Suframos, mi bien, suframos:
¿Qué importa un hora sufrir
Si siempre puros quedamos,
Y así felices logramos
Al trono de Dios subir?

¿Temes falte resistencia
A esta mujer á quien amas?
No, que al sufrir mi sentencia,
Me verás en tu presencia
Sonreir entre las llamas.
Fija los ojos en mí;
Que sin dejar de mirarte,
Tú me escucharás allí
Con firme voz darte el sí
Que en el altar debí darte.
De los hombres á despecho,
Templo la hoguera será,
O de rosas blando lecho,
Donde al fin en lazo estrecho
Nuestra union se cumplirá;
Y en vez de que al espirar
Nuestros amores se acaben,
Se verán acrecentar
De cuanto los cielos saben
Mas que los hombres amar.
Flor. ¡O Dios...! ¿y es una mujer
Quien con tal valor se explica?
No, no; que en tí pienso ver
Un ángel que purifica
Con su hablar todo mi ser.
Al escucharte ya siento
Centuplicado mi aliento:
Vengan los suplicios, pues,
Que para mí no hay tormento
Si me hallo á tu lado, Inés.
Este veneno aliviara
Nuestro sufrir, es verdad;
Mas por siempre nos separa,
Y el suplicio nos prepara
De union una eternidad.
Pues bien, no lo necesito;
Ya mi mano lo arrojó: (*Arroja el anillo.*)
Dígase que nos mató
De los hombres el delito,
Mas nuestro delito no.
Inés. Ahora, Florencio, eres mio
Por siempre, por siempre, sí.
¿No te sientes otro, di?
¿No te parece tardío
El suplicio como á mí?
¡Y pensaban separarnos
Los viles! ¡qué necios son!
Con su dañada intencion
Logran solo prepararnos
Mas firme y eterna union. (*Sale el carcelero.*)
Car. Amiguito, luego, luego
A vuestro encierro venid.
Flor. Un instante mas os ruego.
Car. No puede ser, que en Madrid
De sedicion arde el fuego.
Flor. ¿Qué decís?
Car. Una asonada
Ha estallado de repente.
A voces pide la gente
Ver la cabeza cortada
De Oropesa el presidente.
Alborotados están
Los chulos porque hace dias
Que en la corte falta el pan.
Flor. Del francés mas bien serán
Traiciones y villanías.
Car. Yo no lo sé, ni me importa.
Basta de conversacion.
Inés. ¡Bastar, y ha sido tan corta!
Car. Pues me gusta la aprension.
¿Quién vuestra charla soporta?
Nunca se cansan de hablar
Los maldecidos amantes.
Flor. Aguardad pocos instantes.
Car. Ni un minuto: ya marchar
Os debeis antes con antes.
¿Me quereis comprometer?
Flor. Eso no.
Car. Pues bien, venid.
Inés. Otra vez nos permitid
Que nos volvamos á ver.
Car. Bueno... sí... pero salid
Ahora.
Flor. No puede ser.
Car. ¡Qué pesadez...! Ea, vamos.
(*Se lo lleva.*)
Inés. ¡Dueño mio! (*Corriendo hácia él.*)
Car. ¡Tambien vos!
Flor. Abrázame. (*A Inés.*)
Car. ¡Voto á brios!
Inés. ¡Ah! ¡mi bien!
Car. Buenos estamos.
Venid pues.
(*Se pone entre los dos y los separa.*)
Inés. A Dios.
Flor. A Dios.

ESCENA VI.

La escena cambia á la vista y representa una plaza. En el foro está el palacio del conde de Oropesa. A los lados se ven el despacho de un tahonero, la tienda de un armero y una taberna. Multitud de gentes están amontonadas delante de la tahona esperando su turno para alcanzar pan; grande agitacion entre ellas, con muestras de impaciencia y de cólera: unas á otras se procuran quitar el puesto, empujándose y gritando.

HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO, EL TREMENDO, DOS AGENTES DEL MOTIN, UN CRIADO DEL CONDE DE OROPESA, UN TAHONERO, UN ARMERO, UN TABERNERO, MUCHACHOS, UN ALGUACIL.

(*Todos estos personajes salen y entran conforme lo va marcando el diálogo.*)

Homb. 1°. Venga una hogaza.
Muj. 1ª. Dos panes.
Homb. 2°. Despache usted.
Tahon. Yo no puedo
Dar á todos á la vez.
Homb. 1°. Hace tres horas que espero.
Muj. 1ª. Yo mas de cinco.
Tahon. Tomad.
(*Da á los dos primeros.*)
Homb. 2°. A mí.
Muj. 2ª. A mí.
Tahon. Cachaza.
Homb. 3°. Quedo.
(*Los dos que han tomado pan hacen esfuerzos para salir.*)
No hay que empujar.
Homb. 2°. Atrás.
(*Quiere pasar por entre los que están delante.*)
Muj. 2ª. ¡Bruto!
Me ha dado un golpe en el pecho.
Varios. ¡Fuera! ¡fuera!
(*Se arremolinan todos, y echan fuera del corro al hombre 2°. Sale un muchacho con pan de entre la gente.*)
Much. 1°. Ya pesqué.
Homb. 1°. ¿Tú...? Dámelo.
Much. 1°. ¡Pues...! No quiero.
Homb. 2°. Lo has robado.
Much. 1°. ¿Yo?
Homb. 2°. ¡Tunante!
(*Le quiere quitar el pan.*)
Much. 1°. ¡Favor! ¡favor!
Homb. 3°. Cepos quedos,
Tio Remellado. (*Se pone entre los dos.*)
Homb. 2°. Si es que...
Homb. 3°. ¡Eh...! Deje á ese chico quieto.
(*Le da un empujon que le hace casi caer.*)
Homb. 2°. ¡Haya bárbaro!
Homb. 3°. Aquí nadie
Es mas que nadie... A su puesto;
Y á quien se la diere Dios,
Bendígasela San Pedro.
(*Salen los dos agentes del motin, y se quedan á un lado hablando, mientras los del pueblo siguien empujándose unos á otros delante de la tahona.*)
Agente 1°. Mirad otro corro aquí.
Agente 2°. Esto va tomando cuerpo.
Agente 1°. La mina reventará.
Agente 2°. No hay mas que aplicar el [fuego.
Agente 1°. Al fin se saldrá el francés
Con la suya.
Agente 2°. Así lo creo.
Agente 1°. Quedad vos en este sitio:
Yo hago falta en otro.
Agente 2°. Bueno.
¿El santo?
Agente 1°. Borbon y España.
Agente 2°. ¿La reunion?
Agente 1°. Los consejos.
Agente 2°. ¿El grito?
Agente 1°. Muera Oropesa.
Agente 2°. Y ¿viva el rey?
Agente 1°. Por supuesto.
(*Vase el agente* 1°.)
Tahon. Ya no hay mas.
Varios. ¡Cómo...! ¿Y nosotros?
Tahon. Mañana.
Todos. ¡Mañana! ¡Perro!
(*El tahonero cierra la ventanilla.*)
Homb. 3°. Y ¡ha cerrado!
Varios. Apedrearle
La casa.
Todos. Sí.
Homó. 3°. Allá va eso.
(*Tira una piedra.*)
Varios. ¡Pícaro...! ¡Ladron...! ¡Judío!
(*Tirando piedras á la casa.*)
Much. 2°. Rompíle un vidrio.
Muj. 2ª. Bien hecho.
Homb. 1°. Será preciso colgarle
Del balcon.
Muj. 2ª. Para escarmiento
De sus iguales.
Todos. Sí, vamos.
(*Se abalanzan á la puerta. Sale un alguacil, y se coloca entre ellos, deteniéndolos.*)
Alg. ¡Hola! ¿qué gritos son estos?
¡A la cárcel! ¡á la cárcel!
Muj. Fuera de aquí el estafermo.
Alg. ¡Yo estafermo...! A la galera.
Muj. 1ª. ¿A quién? ¿á mí...? Ya lo veo.
Alg. Yo haré...
Varios. ¡Matarle!
Otros. ¡Matarle!
Alg. ¡Favor al rey! (*Echa á correr.*)
Agente 2°. Deteneos.
No un despreciable alguacil,
No un mísero tahonero,
De nuestro justo furor
Hoy deben ser el objeto.
Los que causan nuestros males,
Esos castigar debemos;
Los viles cuya codicia
Con la miseria del pueblo
Trafica, y llenan sus cofres
Quitándonos el sustento;
Los que engañando al monarca...
Todos. Tiene razon: esos, esos.
Agente 2°. Diez años ha que Oropesa
Abusa del sufrimiento
De esta nacion: ¿hasta cuándo
Nos ha de tener opresos?

Varios. ¡Que muera Oropesa!
Todos. ¡Muera!
Varios. Es preciso le arrastremos.
Todos. A su casa.
Agente 2°. Vedla allí.
Homb. 3°. ¡Qué palacio tan soberbio!
Homb. 2°. Es el sudor de los pobres.
Varios. ¡A asaltarla!
Otros. ¡A darle fuego!
Voces dentro. ¡Muera Oropesa!
Varios. ¿Qué voces...?
Voces dentro. ¡Muera! ¡muera!
Homb. 3°. Es el Tremendo
Que viene aquí con la gente
De los barrios.
Homb. 1°. Buen refuerzo.
Ya tenemos jefe.
Todos. ¡Viva!
¡Viva el guapo!

(*Sale el Tremendo con una turba de hombres, mujeres y muchachos, armados de palos, espadas, lanzas, mosquetes, escudos, y toda clase de armas.*)

Trem. Compañeros,
Esa es la casa. — Vosotros,
¿Por quién estais?
Varios. Somos vuestros.
Trem. Pues ¿qué haceis ahí sin armas?
Homb. 3°. ¿Qué armas...? si no las tenemos.
Trem. ¿Eso, cobardes, decís,
Habiendo en Madrid armeros?
Ahí teneis uno.
Homb. 1°. Es verdad:
No está mal pensado.
Varios. Entremos.
Trem. Tomad mosquetes, espadas,
Picas, dagas, todo es bueno.
Vosotros, id á encender
Unas hachas.

(*Entran unos en casa del armero, y otros se van, volviendo luego con hachas encendidas.*)

Agente 2°. Tabernero:
Una mesa, jarros, vasos,
Y vino abundante... Luego.
Tráelo aquí fuera.
Tab. ¿Quién paga?
Agente 2°. ¿Quién ha de ser? El dinero.
Tab. Y ¿dónde se halla?
Agente 2°. Ahí le tienes.

(*Le tira un bolsillo. El tabernero lo recoge, y mira.*)

Tab. ¡Cáspita...! ¿Y oro...? Al momento.
Trem. ¿Y bien, muchachos?

(*Salen armados los que entraron en casa del armero: este sale tambien corriendo detrás de ellos.*)

Varios. Ya estamos.
Arm. ¡Ladrones...! Dejad.
Trem. ¿Qué es eso?
Homb. 3°. Este bribon, que no quiere
Dar las armas: si le pego
Un...
Arm. Me dejan arruinado.
Trem. Buen hombre, las volveremos.
Arm. ¡Sí, volver!
Trem. Y sobre todo,
Es la voluntad del pueblo.

(*Mientras se dicen los versos anteriores, el tabernero habrá sacado una mesa, y colocado en ella jarras y vasos.*)

Agente 2°. Amigos, echad un trago.
Trem. Bien pensado: remojemos
La palabra.
Agente 2°. No hay que andarse
Con melindres: vaso lleno,
Y hasta verte, Jesus mio.
Trem. A que duerma en los infiernos
Esta noche el Oropesa.
Varios. Eso sí; que duerma en ellos.
(*Beben todos.*)
Trem. Muchachos, ea, al avío.
Vamos.
Agente 2°. A la casa.
Todos. Entremos.
Homb. 1°. Han atrancado la puerta.
Varios. Abajo con ella.
Trem. Quedos.
Nadie me quite la gloria
De dar el golpe primero.
Allá va... Mucho resiste.

(*Con el hacha que tiene en la mano da varios golpes.*)

Homb. 3°. ¡Eh! cuidado, que han abierto
Los balcones.

(*Se abre un balcon, y el criado del conde sale con una escopeta.*)

Criado. Al mas guapo.
A tí, Tremendo, este obsequio. (*Dispara.*)
Trem. Apunta otra vez mejor.
Un viejo. ¡Ay! (*Cae herido.*)
Trem. ¿Qué ha sucedido?
Homb. 1°. El tio Crespo.
Homb. 2°. Le ha muerto.
Muj. 2ª. Y ¡deja seis hijos!
Varios. ¡Venganza!
Otros. ¡Venganza!
Todos. A ellos.

(*Se abalanzan todos á la puerta, y la echan abajo á golpes de hacha.*)

Homb. 1°. Ya cayó.
Homb. 2°. Adentro.
Trem. Aguardaos.
Antes de entrar os advierto

No hay que robar ni tan solo
Una hilacha... Todo al fuego.
Todos. Sí... todo.
Trem. Si pillo á alguno
En un renuncio, los sesos
Le he de aplastar con esta hacha.
¿Lo entendeis?
Todos. Sí.
Trem. Pues entremos.
(*Entran la mayor parte en la casa. Arrojan trastos por los balcones, y prenden fuego al edificio, que arde por dentro. Otros se quedan en la escena, y el hombre 2° los va llamando y reuniendo para formar corro en el proscenio. Habrá empezado á anochecer durante los versos anteriores, y ya estará el teatro casi á oscuras.*)
Homb. 2°. Oye... tú... y tú... venid.
Homb. 4°. ¿Qué quieres?
Homb. 2°. Tengo un proyecto.
Homb. 4°. ¿Cuál es?
Homb. 2°. Llegad... A nosotros
¿Qué nos importa todo esto?
Que mande Oropesa ó no,
Siempre lo mismo estaremos.
Muj. 2ª. Es verdad.
Homb. 4°. Pero con todo,
Se puede á rio revuelto...
Homb. 2°. A eso vamos... ¿Tú no tienes
A tu padre en un encierro
De la inquisicion?
Homb. 4°. Sí.
Muj. 2ª. Y yo
Tambien á mi madre tengo.
Homb. 2°. Y yo un hermano.
Muj. 1ª. Y yo un hijo.
Homb. 2°. ¿Quereis por ventura verlos
Achicharrados?
Varios. No... no.
Homb. 2°. Saquemos algun provecho
De este motin... Ya es de noche;
Algunos mas de los nuestros
Podemos juntar, y todos,
Así como asaltan esos
El palacio de Oropesa,
La inquisicion asaltemos.
Varios. Sí... sí... vamos.
Homb. 4°. A la obra.
Homb. 2°. Venid: no hay que perder tiempo.
(*Se van, y salen los que habian entrado en la casa.*)
Trem. El bribon logró escaparse.
Homb. 3°. No importa, le alcanzaremos.
Agente. Vamos ahora á palacio.
Trem. A palacio.
Homb. 3°. ¿Con qué objeto?
Agente. A pedir que expida el rey
De su prision el decreto.
(*Salen otros de la casa, sacando preso al criado del conde que disparó el tiro.*)
Homb. 1°. Aquí está.
Trem. ¿Quién? ¿Oropesa?
Homb. 1°. No, el del tiro: el que al tio
Ha matado. [Crespo
Voces. ¡Muera! ¡muera!
Trem. No, no... A juzgarle primero.
¿Quién eres?
Criado. Soy un criado
Del conde.
Trem. ¿No has hecho fuego
Contra nosotros?
Criado. Sí, hice.
Trem. ¿Por qué?
Criado. Para defenderlo.
Trem. Y ¿por qué le defendias?
Criado. ¿Yo...? por agradecimiento.
Trem. ¿Dónde está el conde?
Criado. Ya huyó.
Trem. ¿Por qué sitio Dilo luego.
Criado. ¿Tengo facha de traidor?
Trem. ¿Le seguias?
Criado. Pude hacerlo;
Pero no quise.
Trem. ¿A qué fin?
Criado. Con el fin de deteneros.
Trem. ¿Luego te entregas por él?
Criado. Cumplo así con lo que debo.
Trem. Bien... Escucha tu sentencia.
Criado. Ya la escucho.
Trem. Estás absuelto.
Varios. ¿Cómo?
Trem. Es leal, es honrado:
Yo á tales hombres aprecio.
Homb. 1°. Sí... pero...
Trem. Lo dicho, dicho:
Nadie replique.
(*Sale otro hombre de la casa del conde con un bolsillo en la mano.*)
Homb. 5°. Tremendo,
Este bolsillo he encontrado.
Trem. ¿Qué tiene?
Homb. 5°. De oro está lleno.
Trem. Quédate con la mitad;
La otra mitad al armero:
Así quedará pagado
Del daño que le hemos hecho.
Voces. ¡Viva el Tremendo!
Homb. 3° y 5°. ¡Que viva!
Que es valiente y justiciero.
Trem. Ahora á palacio.
Todos. A palacio.
Trem. Ea, muchachos, marchemos.

(*Se van por un lado, y salen por el otro los que fueron á asaltar la inquisicion.*)

Homb. 2°. ¡Victoria, amigos, victoria!
Bien logramos nuestro intento.

Homb. 4°. Ardiendo la negra está.

Homb. 2°. Y ya escaparon los presos.

Homb. 4°. Corramos, que nos persiguen
Los soldados.

Homb. 2°. No haya miedo:
Son pocos; que aun no han podido
Llegar á Madrid los tercios
Que se esperan.

Homb. 4°. Sin embargo,
Huir será lo mas cierto. (*Vanse corriendo.*)

ESCENA VII.

INÉS, FLORENCIO; LUEGO UN OFICIAL, EL CARCELERO, SOLDADOS.

Flor. Ven, Inés, ven, vida mia.

Inés. Apenas seguirte puedo.

Flor. ¡Qué inesperado socorro!

Inés. Sin duda lo mandó el cielo.

Flor. Querrá salvar tu inocencia.

Inés. ¿Dónde nos ocultáremos
Ahora?

Flor. Dios guiará.

Inés. Nadie querrá guarecernos.

Flor. Lo que importa es alejarnos.

Inés. ¡Ah! que quizá ya no es tiempo:
Aquí llegan los soldados.

Flor. Huyamos.

Inés. Me falta aliento.

Flor. ¡Mal haya...!

(*Salen el carcelero, el oficial y soldados.*)

Car. Venid, venid.
Esos son unos: prendedlos.

Flor. Primero me matareis.

Oficial. Soldados, á él.

Inés. ¡Florencio!

(*Florencio encuentra una espada en el suelo, y se apodera de ella para defenderse contra los soldados, que le cercan y le hieren, dejándole tendido en tierra.*)

Flor. Una espada encuentro aquí:
Acercaos, ya no os temo.
Inés, junto á mí.

Inés. ¡Dios mio!
¡Piedad! ¡piedad!

Flor. ¡Ah! soy muerto.

Inés. ¡Cielos...! Matadme tambien.

Oficial. Atadla: vuelva á su encierro.

Inés. ¡Bien mio...! ¡y le sobrevivo!
No puedo mas... ¡yo fallezco!

(*Cae desmayada en brazos de los soldados, que se la llevan.*)

ACTO QUINTO.

El teatro representa el Panteon del Escorial: hácia el proscenio habrá una mesita con una lámpara encendida.

ESCENA PRIMERA.

EL PRIOR DEL ESCORIAL, UN MONJE.

(*El monje trae una escribanía. El prior lleva una hecha encendida.*)

Prior. Póngala en esa mesa... Bueno.

(*El monje coloca la escribanía en la mesa.*)

Monje. ¿Falta
Alguna cosa mas?

Prior. No.

Monje. ¡Yo me admiro!
Nunca aquí se ha bajado...

Prior. El rey lo manda.

Monje. ¿Para qué?

¿Es permitido

Prior. ¿Qué le importa?
A un fraile ser curioso?

Monje. Es que...

Prior. Silencio.
Ya se puede marchar. (*Vase el monje.*)

ESCENA II.

EL REY, PORTOCARRERO, EL PRIOR.

(*Sale el rey apoyándose en Portocarrero: el prior con el hacha en la mano permanece retirado.*)

Rey. ¡Qué horrible sitio!
¡Qué lobreguez...! Aquí ni un solo rayo
De esa divina luz que con su brillo
Alegra al mundo y al mortal conduce,
Consigue penetrar... Es su destino
Eterna oscuridad, silencio eterno...
Para abrir esas puertas es preciso
Que lloren los monarcas, que se cubra
De luto el trono... ¡Qué pavor, Dios mio!

Port. ¿No lo dije, señor...? Estos sepulcros
¡Ah! ¿por qué visitar habeis querido?

Rey. Callad... lo prometí.

Port. ¿Cómo? [voto,
Rey. Es un
Un voto, cardenal...; fuerza es cumplirlo.
El cielo mismo me lo ordena.
Port. Entonces...
Rey. Mas esas rejas que al entrar he visto,
Que insoportable fetidez exhalan,
¿Do conducen, decid?
Port. Es el recinto
Do yacen de los reyes los despojos
Antes de entrar aquí... donde roidos
De gusanos inmundos, solo salen
Cuando á arrojarlos de él vienen sus hijos.
Rey. ¡O Dios.. ! ¿con que mi padre...?
Port. Allí reposa.
Rey. ¡Fatal compensacion...! Si un trono
De asiento nos sirvió, tambien de pasto [mismo
A los mismos insectos les servimos.
(*Va y se arrodilla delante de la puerta.*)
Tú que en tierna niñez, por mi desgracia,
Tu poder me dejaste, padre mio,
Pues nunca derramar pude en tu seno
El dulce llanto de filial cariño,
Hora permite que en tu losa vierta
Lágrimas de dolor... ¡Ah! yo confio [rible
Que en breve, en breve, de esa estancia hor-
Te venga á libertar, y que mis frios
Restos recojan esa herencia nueva
De hedor y podredumbre. [cho?
Port. ¿Qué habeis di-
Señor, ¿en qué pensais...? Alzad... Salgamos...
Rey. ¡Salir! ¿Has olvidado á qué he venido?
(*Levántase.*)
Avancemos, en fin... Salud, morada
De la muerte, salud... Paz os envio,
Ilustres ascendientes que otro tiempo
Temiera el universo estremecido,
Y hora en polvo trocados, bien pudiera
El soplo dispersar de esclavo indigno...
En vano aqui con orgullosa pompa
Vuestra nada encubrís: igual destino
Que al vasallo mas vil al fin os cupo,
Y con un peso igual estais medidos...
Mas al menos de un bien que allá en el mundo
No tuvísteis, gozais... la paz... Yo envidio
Ese preciado bien, y solo espero
Con vosotros hallarlo en este sitio.
Port. ¡Ah! señor, esas lúgubres ideas
Funestas pueden ser... ¿A qué afligiros...?
Rey. Y ¡qué me importa...! ¡si es un bien la muerte;
Si para padecer tan solo existo;
Si tendré por feliz aquel instante
Que del peso me libre con que gimo!
Mi funesto vivir ¿para qué sirve?
El universo ya, mis pueblos mismos
Solo me piden que ese pliego firme;
Y gozosos despues verán que espiro.
(*Señala el rey un pliego arrollado que lleva el cardenal en la mano.*)
Port. Fi madlo, sí, señor; pero no sea
Con tan triste esperanza... Antes mil siglos
Todavía vivid para consuelo
De este pueblo leal... Solo el alivio,
El descargo buscad de la consciencia,
Nombrando al sucesor que ha de regirnos
Cuando de vos el cielo disponiendo
Os quiera abrir las puertas del empíreo.
Rey. Está bien, cardenal... En esa mesa
El acta colocad.
(*Portocarrero coloca el pliego sobre la mesa. Entre tanto el rey va al altar, se arrodilla y está orando un rato: despues se levanta, se dirige á la mesa y toma una pluma para firmar, pero al ir á hacerlo se detiene arrepentido, y arroja la pluma.*)
Rey. ¡Cielos divinos! [puedo:
¿Qué es lo que voy á hacer...? No.. no lo
Es superior á mí tal sacrificio. [monarca
Port. ¡Superior! ¿Qué decís...? En un
¡Tanta debilidad...! Cuando es preciso
De su pueblo en favor un noble esfuerzo,
¿Puede nunca dudar en consentirlo?
Rey. ¿Quereis que á mi familia desherede?
¿Por quién...? ¡por un extraño, un enemigo!
Port. ¡Ah! no es el corazon en tales casos
Quien se debe escuchar... Prestad oidos
Tan solo á la razon... Ese es el voto
De los pueblos, señor, del papa mismo.
Cuando un santo deber todos prescriben,
¿Vos el solo sereis á resistirlo?
¿Pondreis en la balanza una familia
Con un pueblo...? jamás... ¡Atroz delito!
Rey. ¿Qué es lo que osas decir...? ¿Do estás hablando
Por ventura olvidaste, fementido?
¿Sabes tú quién te escucha...? Tiende, tiende
La vista en derredor de este recinto:
Tus reyes son á quien agravias... Tiembla
Que se alcen de la tumba enfurecidos,
Y en su justa venganza, desdichado,
Lancen sobre tu frente el exterminio. [tra...
Port. Sobre mi frente no... sobre la vues-
Pues el justo mandato osais, impío,
Del cielo resistir... pues de una raza
Hoy preferís el interés mezquino
Al de la eternidad... Decid: ¿qué cuenta
Dareis, débil monarca, al juez divino,
Cuando sin cetro, sin poder, os llame
Ante su tribunal, cuando en castigo
De tanta obstinacion lance sus rayos,
Y os sepulte su fallo en el abismo?
Rey. No mas... no mas... ya le obedezco...
Una pluma. [Dadme
Port. Tened... firmad.

Rey. Ya firmo.

(Portocarrero toma una pluma y se la da al rey, el cual firma con la mayor precipitacion. Despues de hacerlo, suelta la pluma horrorizado, retrocede con espanto, y se oculta el rostro con las manos. Portocarrero recoge el pliego.)

Rey. ¡Ah...! Pues no os conmoveis en vuestras tumbas,
Señal, ó reyes, que lo habeis querido.

Port. Si, lo quieren, señor... ¿Qué otro [deseo
Han tenido jamás, qué otro designio,
Sino la dicha, el esplendor, la gloria
Del magnánimo pueblo que han regido?

(Abrazando al rey, que deja caer su cabeza sobre el pecho del cardenal.)

Rey. En fin... hecho está ya... Los reinos [todos
Son de Dios: á él le toca repartirlos.
Rey fuí... y hora ¿qué soy...? nada... Salgamos,
Salgamos pronto de este horrible sitio...
Su hedor, su lobreguez, todo me espanta...
Y ¡oh! ¡cuán helado está...! ¡Cielos...! ¡qué frio!

Port. Sí, salgamos, señor... ¿á qué aguar- [damos?
¡Jamás á él hubiérais descendido! [fuerza...

Rey. Tarde ó temprano descender es
Y habitarlo por siempre es mi destino.—
Aguardad... aguardad.

(Como animado de una nueva idea.)

Vos, padre, dadme

(Se dirige hácia el prior, y le arranca el hacha de las manos.)

Esa luz.

Port. ¿Qué intentais...? ¡O qué delirio!

(El rey con el hacha en la mano recorre precipitadamente todo el panteon, mirando las urnas.)

Rey. ¿Qué es esto...? ¡O Dios...! Entre sepulcros tantos
¡Ni uno solo hallaré que esté vacío!

Port. ¡Oh! ¡cuál os engañais..! Para llenarlos
¡Cuántas generaciones, cuántos siglos
Aun habrán de pasar! y sobre España
¡Cuán contrarios y míseros destinos!

(El rey se pára ante una urna abierta que estará junto al proscenio, y la mira con ansia.)

Rey. ¡Ay! ¡uno encuentro aquí...! Padre, acercaos;
Mirad este sepulcro... este es el mio.
Aquí por fin de mis eternos males,
Aquí solo encontrar podré el alivio...
Mira, mira, infeliz... Tus reinos todos
Quedarán á ese espacio reducidos...
Es tu eterna mansion... gózate en verla...
Padre, no lo olvideis... Esa, lo he dicho,
Mi tumba habrá de ser... nadie se atreva
A quitármela, no.— Mirad... ya escribo
Mi nombre en ella.

(Saca la daga, y con la punta graba su nombre en el targeton de bronce que está sobre la urna.)

Bien... A Dios ahora. .
Mas pronto volveré... Venid.

Port. Ya os sigo.

(Vanse precipitadamente.)

ESCENA III.

El teatro cambia y representa un salon regio. Puerta al foro: otra puerta á un lado, y en el opuesto grandes ventanas ó balcones.

FROILAN.

(Sale azorado, y va á mirar con ansia por un balcon.)

¿Llega ya...? No... todavía
Está lejos... ¡Ah! ¡qué angustia!
Con mas valor me creí...
Y ¿ahora, bárbaro, dudas?
¿No lo quisiste...? Tú mismo
¿No has labrado por ventura
Con arte infernal la trama
Que en la hoguera la sepulta?
¿No buscaste la venganza?
¿Por qué al hallarla te asustas?
¡Ah...! las venganzas de amor
Cuando están lejanas gustan,
Mas en horribles tormentos
Cuando ya llegan se mudan.
¡Cuánto sufro...! si pudiera...
No es tiempo ya... La fortuna
En justo castigo quiere
Que tus maldades se cumplan.
Con todo... sí... solo un medio...
O cielo, si tú me ayudas...
Por aquí debe pasar...
Los monjes que la circundan,
Los guardias de este palacio,
Todos sumisos escuchan
Mis mandatos... Si al llegar
Rompiesen sus ligaduras...
Si hasta aquí la persuadiesen
Que á implorar su gracia suba...
El rey me consultará,
Y entonces... Pero ¿qué buscas?
¿Te odiará menos...? No, no...
Muera, pues... ¡Fatal locura!
Viva... mas lejos de mi,
Lejos de estos sitios huya:
No viéndola, al fin podré

Recuperar mi ventura...
Pues ya murió mi rival,
Encerrados en su tumba
Queden con él mis rencores,
Con él mis iras concluyan.

ESCENA IV.

FROILAN, PORTOCARRERO, LUEGO EL REY.

Port. Padre Diaz...
Froi. Perdonad. (*Vase sin atenderle.*)
Port. El rey está... No me escucha.
(*Sale el rey despacio y doliente, y se sienta.*)
Rey. Cardenal, ¿mandásteis ya
A Ubilla mi testamento?
Port. Entreguésele al momento.
Cerrado y sellado está,
Y se archivará despues.
Rey. Ya estarán contentos, creo.
Port. Propicio el comun deseo
Es al príncipe francés.
Rey. ¡Válgate Dios por la Francia!
Todos dan por tal manía.
Port. Es que otra cosa seria
O vil traicion ó ignorancia.
Rey. ¡Y mi familia, señor!
Port. Muy poco, en verdad, se daña
Quien no siendo rey de España,
Puede ser emperador.
Rey. Acepte Dios esta ofrenda,
Y en su seno me reciba,
Ya que debo mientras viva
Hollar del dolor la senda.
Solo un consuelo tenia
En medio de tanto mal,
Y es que mi pueblo leal
Como á padre me queria;
Mas un instante ha bastado
A disipar la ilusion
Cuando horrible sedicion
Alzar la cabeza ha osado.
Ajada la majestad,
¿Ya para qué vivir quiero?
Solo con la muerte espero
Huir de la iniquidad.
(*Se oye el ruido de los tambores, que tocan una marcha fúnebre para acompañar los reos al suplicio. Este ruido, débil al principio, se aumentará por grados, dando á conocer que se aproxima hasta llegar en frente del palacio.*)
Port. Oid, señor, se aproxima
El séquito funeral.
Rey. Ese sonido fatal
El corazon me lastima.
Port. Es forzoso sacrificio.
Rey. ¡Tantas víctimas!
Port. El cielo
Aplaude este santo celo.
Rey. Sea para su servicio.
Con todo, hay una, confieso,
Que me es sensible.
Port. ¿Cuál es?
Rey. Aquella jóven Inés...
Siento aquí no sé qué peso...
¿Y su novio...? Oí contar
Que en la asonada murió.
Port. Ni aun su cadáver se halló:
Su efigie van á quemar.
Rey. Extraño ha sido por cierto.
¿Quién le pudo recoger?
Port. No estoy lejos de creer
Que tal vez no quedó muerto.

ESCENA V.

DICHOS, EL CAPITAN DE LOS SOLDADOS DE LA FE, UN OFICIAL DE LA GUARDIA, SOLDADOS DE LA FE.

Oficial. Los soldados de la fe.
Rey. Que entren.
(*Salen los soldados de la fe con el mosquete á la espalda, y llevando largas picas, de cada una de las cuales pende un haz de leña. El capitan va á su frente, y lleva otro haz colocado sobre una rodela, el cual presenta al rey acercándose á él y arrodillándose.*)
Capitan. Señor, os presento
El haz que arrojar debeis
En el sagrado brasero.
¡Plegue á Dios que acrisolada
La religion con su fuego.
Quede limpia de herejía
La fe de nuestros abuelos!
Rey. Así lo espero; y pues yo
Acompañaros no puedo,
Llevadlo vos en mi nombre,
Para arrojarlo el primero.
Quédese entre tanto ahí,
Que por él volvereis luego.
(*El capitan coloca el escudo y el haz sobre una mesa, y se retira con los suyos.*)
Port. En eso imitais, señor,
Al gran Fernando el tercero,
Rey. Así pudiera seguir
En otras cosas su ejemplo.
Port. Por delante del balcon
Ya pasa el séquito, creo.

Rey. Iremos á ver...
(*Se levanta el rey para ir al balcon, y estando ya cerca se oyen voces y paran los tambores.*)
Voces. Tened,
Tened.
Rey. ¿Qué voces...? ¿qué es eso?
Port. Los reos están parados,
(*Mirando por el balcon.*)
Y la gente corre.
Rey. ¡Cielos!
¡Otro motin!
Port. A las puertas
De palacio van viniendo.
Rey. ¡Guardias! (*Con sumo terror.*)

ESCENA VI.

Dichos, el Oficial de la Guardia.

Oficial. Señor, una jóven
Que al suplicio entre los reos
Iba marchando, al llegar
Cerca de este alcázar regio,
Rompiendo sus ataduras,
Y atravesando el inmenso
Concurso, se ha refugiado
En palacio.
Rey. ¡Cómo! ¿dentro?
Y ¿no han podido impedirlo?
Oficial. Pasmábanse todos viendo
Su juventud, su hermosura.
Ahí está, que intenta veros.
Inés. Dejadme, dejadme entrar.
(*Dentro.*)
Rey. ¡Es ella...! ¡O Dios...! No... no quiero...

ESCENA VII.

Dichos, INÉS, Cortesanos, Criados, Guardias.

(*Sale Inés vestida de blanco, con el sambenito y el cabello suelto. Síguenla algunas gentes de palacio y guardias. Se arroja á los piés del rey.*)

Inés. Señor... ¡piedad, compasion!
Rey. ¿Qué es esto...? Aparta, mujer.
Inés. De aquí no me he de mover
Hasta alcanzar mi perdon.
Rey. ¡Yo perdonarte, hechicera!
Inés. ¡Hechicera!
Rey. No me toques,
Ni mi compasion invoques:
Vé, vé á morir en la hoguera.
Inés. Dónde está vuestra bondad?
Rey. ¡Mi bondad...! Yo no la tengo
Cuando al Dios del cielo vengo.
¡Con los herejes piedad!
Inés. Acordaos del amor
Que un tiempo me habeis tenido.
Rey. Cuanto mas mi afecto ha sido,
Es mas grande mi rencor.
Inés. Soy inocente.
Rey. ¡Inocente!
Aleve, ¡y me has hechizado!
Inés. Quien tal crímen me ha imputado,
Ese. señor, ese miente.
Rey. Te ha juzgado un tribunal.
Inés. Y un tribunal ¿no se engaña?
Rey. Lo respeta toda España.
Inés. Aun así sentenció mal.
Rey. ¡Blasfema!
Inés. Lo digo, sí. (*Alzándose.*)
¿Qué me importa su sentencia,
Cuando yo de mi inocencia
Un testigo tengo aquí?
¿He de pensar por ventura
Que condena con razon,
Si me dice el corazon
Que es el alma toda pura?
¡Dios mio! tú que la ves
Y sabes que no te engaño,
¿Por qué consientes mi daño?
¡Piedad de la triste Inés!
Rey. ¿Osas al cielo invocar,
Al cielo, á quien desconoces?
No, las penas mas atroces
No te pueden castigar.
Sacadla de aquí, sacadla.
Inés. ¡Vedme á vuestros piés, señor!
Rey. Aparta.
Inés. ¡Fiero rigor!
Rey. ¡No lo he dicho ya...! Llevadla.
(*Los soldados se abalanzan para cogerla: ella se levanta y se aproxima al rey, cruzando las manos en ademan de súplica, y colocándolas muy cerca de sus ojos. El rey al querer apartarlas repara en una sortija que lleva Inés.*)
Inés. ¡Piedad!
Rey. Aparta... ¿Qué miro?
Ven... á ver...
Inés. ¿Qué?
Rey. ¡Cielo santo!
Esta sortija... sí... ¡cuánto
Se le parece!... ¿deliro?
Inés. ¿La sortija?
Rey. ¿Do la hubiste?
Inés. Fué de mi madre, señor.
Rey. ¡Tu madre...! el nombre.
Inés. Leonor. [¡ay triste!
Rey. ¡Leonor...! ¿qué he escuchado...?

¿Si será...? Salid de aquí:
Dejadnos solos.
(*Todos se marchan, quedando solos el rey é Inés.*)

Inés. ¿Qué haceis?

Rey. Deseos, no me engañeis.
¿Tienes otra prenda, di,
Que te dejara tu madre?
(*Inés saca un medallon de oro que lleva al pecho, y se lo enseña.*)

Inés. Su retrato.

Rey. ¡Es ella! ¡O Dios!
¡Hija de mi vida!

Inés. ¿Vos?

Rey. Sí, ven, abraza á tu padre.

Inés. ¡Mi padre!

Rey. Tu padre soy...
No, no te engaño, hija mia:
Lo soy, lo soy... ¡Qué alegría!
¡Ah! de gozo loco estoy.

Inés. ¡Cómo...! señor... ¿Es verdad?

Rey. Esas prendas mias son:
Sí, prendas de la pasion
Que me inspiró su beldad.

Inés. ¡Vos mi padre...! ¡Vos...! Decidlo
Otra vez... ¿He de creer...?
¿Me engañais...? No puede ser.
Por Dios, por Dios, repetidlo.

Rey. Otra vez, mil lo diré.
¡Hija mia!

Inés. ¡Padre!

Rey. ¡O cielo!
¡Qué dulce voz! ¡qué consuelo
Al escucharla encontré!
¿Con que al fin te pude hallar,
Objeto de mi deseo?
Te abrazo, y apenas creo
De tanta dicha gozar.
Ven, ven... deja que te vea,
Que te mire bien, Inés.
¡Dios mio! ¡qué hermosa...! Es
Un cielo... ¡bendita sea!

Inés. ¡Por fin á besar me atrevo
Esas manos paternales!
Bendigo todos mis males,
Pues tanta dicha les debo.
Dejad, dejad que las bese,
Que las riegue con mi llanto,
Que goce de placer tanto,
Y de besarlas no cese.

Rey. ¿Lloras...? Yo lloro tambien...
De dicha... no de pesar:
Jamás creí que el llorar
Nos causara tanto bien.
Desde hoy cambiará mi suerte,
Pues á mi lado estarás:
Tú la vida me darás
A las puertas de la muerte.

Inés. ¡Ah...! vivid, vivid, señor:
Todos lo piden ansiosos:
Vivid para hacer dichosos,
Y vivid para mi amor.

Rey. ¿Me querrás?

Inés. ¿Lo preguntais?
¿Y vos á mí?

Rey. ¿Tú, mi vida?
Si te he llorado perdida,
¿No he de amarte?

Inés. ¿Os acordais
De mi madre?

Rey. Miro en tí
Retratada su figura:
Sus ojos son, su hermosura...
Injusto con ella fuí;
Mas ya con bienes sin cuento
Mi crímen expiaré:
Lo que á la madre injurié
Pagar á la hija intento.
Sí, tú serás mi delicia,
Mi único bien, mi consuelo:
Así me perdone el cielo
Mi abandono, mi injusticia.
Habla... ¿qué quieres...? Advierte
Que soy padre, y que tambien
Ciñe corona mi sien:
¿Qué no haré por complacerte?

Inés. Amaros, señor, es ley:
No digais eso, por Dios:
Solo el padre he visto en vos,
Sin acordarme del rey.

Rey. ¡Hija mia...! ¡qué dulzura
De padre infunde el amor!
No, no hay cariño mayor,
Ni hay otra mayor ventura.
¡Oh...! Bien desde que te ví
El corazon lo decia:
No en vano alegre latia
Si te acercabas á mí;
Y en medio de este despecho
Que labra mi triste suerte,
Tan sola para quererte
Amor hallaba en mi pecho.

Inés. Sí, natura al corazon
Con voz prepotente hablaba:
En eso mi magia estaba,
Esos mis hechizos son.

Rey. ¡Tus hechizos...! ¡Infelice!
¿Qué me has hecho recordar?
¡Qué horror...! ¡y pude olvidar...!
¡Suerte, mi voz te maldice!

Inés. ¡Ah...! ¡Santo Dios...! ¿Qué he escuchado?
¿En mí delito tan feo
Creereis aun?

Rey. ¡Nada creo,
Sino que soy desdichado!

Inés. ¡Dios mio...! ¿Ni aun he de ser

Para mi padre inocente?
Rey. Un tribunal inclemente
Te condena á perecer.
Inés. ¿Y qué importa...? ¿No sois rey?
¿Quién vuestro poder contrasta?
Rey. ¡Ah! que mi poder no basta
Ante su inflexible ley.
¿Ignoras que no hay perdon
Cuando lanza su anatema?
¿Ignoras que aun mi diadema
La humilla la inquisicion?
¡Lo sabes, y no te espantas,
Que yo, al oir su sentencia,
Mudo quedo en su presencia,
Y tiemblo, y caigo á sus plantas!
Inés. ¡Infeliz...! Lo veo ya:
Sí, vos mismo á su furor
Me entregareis.
Rey. ¿Yo...? ¡Qué horror!
No... no.. jamás... no será.
Verdugos, idos de aquí:
Es mi hija, mi hija querida:
Es mi consuelo, mi vida:
Matadme primero á mí.
(*El rey, creyendo ver á los verdugos de Inés, se coloca delante de ella para ampararla. Inés se arroja en sus brazos.*)
Inés. ¡Ah!
Rey. Ven á mis brazos, ven
En ellos á refugiarte:
Veremos si osan sacarte
Los viles de ellos tambien.
Inés. No, padre, no... no osarán;
Aquí estoy con vos segura:
Si es su lealtad firme y pura,
Vuestra voz respetarán.
Rey. Ya suben... ¿Dónde ocultarte?
En ese cuarto... sí... sí...
Entra, entra luego... Yo aquí
Me quedo para ampararte.
(*Hace entrar á Inés en el cuarto lateral, y se dirige luego á la puerta con la mayor inquietud.*)

ESCENA VIII.

EL REY, FROILAN.

Rey. ¿Sois vos, padre Froilan?
Froi. Señor, ¿es cierto
Que esa jóven Inés...?
Rey. ¡Padre, salvadla,
Salvadla, por piedad!
Froi. (¡Ah! bien decia
(*Aparte con alegría.*)
Que en volviéndola á ver...) — Pensé que estaba
Con vos aquí.
Rey. Sí, sí... Mas ¡ó ventura!
¿No sabeis...? ¿no sabeis...?
Froi. ¿Qué?
Rey. Mi hija amada...
Aquella que perdí .. por quien continuo
Mi rostro en triste llanto se bañaba...
Froi. ¿Y bien?
Rey. Ya la encontré.
Froi. Pues ¿cómo...?
Rey. Es ella,
Ella.
Froi. ¿Quién?
Rey. Esa Inés.
Froi. ¡Inés!
(*Aterrado.*)
Rey. ¿Os pasma
Esta nueva, es verdad?
Froi. Creer no puedo...
Rey. Sí... sí... no lo dudeis... Yo las alhajas,
Yo mismo conocí.
Froi. ¿Qué oigo? (*Aparte.*)
Rey. ¡Qué dicha!
¿Concebís mi placer cuando estrechada
La tuve aquí contra mi amante pecho?
¡Ah! no mata el placer, pues no me mata.
Froi. ¡Hija suya! (*Aparte.*)
Rey. Marchemos...
Froi. ¡Hija suya!
(*Aparte.*)
Rey. Corramos á salvarla... sí.
Froi. ¡Qué rabia! (*Aparte.*)
Todo lo va á decir... solo me espera
Infamia, deshonor.
Rey. Pero ¿qué aguarda?
¿Por qué esa agitacion?
Froi. Ya que es preciso, (*Aparte.*)
Cumple al fin tu destino, desdichada.
Rey. Padre, ¿no me escuchais?
Froi. ¿Qué?
Rey. ¿No os he dicho
Que Inés es hija mia?
Froi. ¿Y bien? (*Con frialdad.*)
Rey. ¿No basta?
Froi. ¡Bastar...! ¿y para qué? [quedo!
Rey. ¡Pasmado
¿Olvidais que está á muerte sentenciada?
Froi. Yo... no... no lo olvidé. [dásteis!
Rey. ¡No lo olvi-
¡Y cual mármol estais á mis palabras!
Froi. ¿Qué es pues lo que quereis?
Rey. ¡O Dios! ¿que quiero?
¡Vos me lo preguntais...! Quiero salvarla.
Froi. ¡Salvarla!
Rey. Sí... lo quiero... y vos...
Froi. ¿Yo?
Rey. ¡Ay triste!

¿Qué me anuncian tan lúgubres palabras?
¿Por ventura, crüel, quereis que muera?
Froi. ¿Por ventura me es dado libertarla?
Rey. ¿Qué escucho? ¡Santo Dios! ¿A mí,
Malvado, eso decís...? ¡Ah! [á su padre,
(*Cubriéndose el rostro.*)
Froi. ¿No bastaba
Mi silencio, señor?
Rey. ¡Dios! ¡y un apoyo
Pensaba hallar en él para ampararla!
Froi. Vos cual padre podeis compadecerla;
Pero yo soy su juez.
Rey. ¿Acaso os manda
Ser despiadado ese deber horrible?
Froi. Lo manda; que no es mia la venganza:
Es venganza del cielo.
Rey. ¿Y no perdona
Ese cielo, decid?
Froi. Él en su causa,
Él allá de piedad solo usar puede:
Quien la ejerce por él, ese le agravia.
Rey. ¡Desdichado de mí...! No, yo no debo
Dejarla perecer... Vos sin entrañas,
Sin compasion sereis... mas yo soy padre,
Y no me manda Dios asesinarla.
Fulminad la sentencia; los suplicios,
Bárbaros, disponed... ¡sentencia vana!
Aquí estoy yo, que defenderla puedo.
¿Olvidásteis quién soy...? Vuestra arrogancia
¿Puede á tanto llegar que desconozca
Que yo soy vuestro rey, soy quien os manda?
Obedeced, vasallos... Vuestra frente
Sumisos inclinad... caed á mis plantas.
Froi. Ante el Dios que los tronos pulveriza,
Rey sacrílego, hundid la frente osada.
Rey. ¡Ah! ¿qué he dicho? ¡Perdon!
Froi. ¿Qué es ante el cielo,
Qué es con su pompa un mísero monarca?
¿Qué es ante los ministros que en la mano
Tienen de su poder la ardiente espada?
¿Qué es ante el tribunal, en fin, que ejerce
Las justicias del Dios de las venganzas?
Oselos resistir, y roto al punto
Será cual rompe el viento débil caña.
Rey. ¡Ah...! ¡perdon...! Blasfemé.
Froi. Sí, blasfemaste;
Y el celeste furor de tí reclama
Inmensa expiacion.
Rey. Yo no lo puedo,
Si víctima ha de ser mi hija adorada.
¿Cuándo el cielo ordenó que al hijo suyo
Un padre sin piedad sacrificara?
Froi. ¿Cuándo, me preguntais...? ¡Oh, cómo os ciega
La funesta pasion...! ¿No lo mandaba
Cuando fiel á su voz, al hijo amado
El padre de Israel condujo al ara?
Por salvar á su pueblo en el combate,
¿La víctima á Jefté no señalara?
Ambos, sin murmurar, para servirle
Su sangre, sangre pura, derramaban...
¡Y vos...! Pero ¿qué mas...? Volved la vista,
Y ese cuadro mirad... ¿A quién retrata?
(*Le enseña el retrato de Felipe II, que estará colgado en una pared del salon.*)
Rey. ¡O qué recuerdo atroz...! El gran Felipe... [llaman
Froi. El grande, sí... ¿Sabeis por qué le
El grande, lo sabeis...? Un hijo tuvo...
Rey. Callad .. ¡que ejemplo!
Froi. No, no vacilaba
Cuando preciso fué sobre su cuello
Descargar de la ley la justa espada;
Y la espada cayó, y en mudo pasmo
Vió el tremendo castigo toda España.
Rey. Dadme á mí su poder, dadme su [gloria,
Y entonces imitar podré su saña.
Froi. ¡Imitarla, decís...! ¿son por ventura
Las víctimas iguales...? ¿Compararlas,
Alma débil, podeis...? Al primogénito,
Al sucesor legítimo inmolaba;
Y vos ¿á quién...? ¡O qué vergüenza...! Solo
Al fruto impuro de pasion nefanda;
Hija del crímen que en sus hechos viles
No desmiente el orígen que la infama.
Rey. Callad, callad, por Dios.
Froi. A vuestros reinos
Presentad esa hija, presentadla.
Decidles: ¿La mirais...? esta que ha poco
Entre odiados herejes caminaba
A la hoguera fatal; esta que impura,
Lleva en su frente la indeleble mancha
De acusacion atroz, esta, españoles,
El vástago postrero es de mi rama.
Rey. Basta, fraile infernal, basta... tu boca
Todo el veneno de las furias lanza.
Véte, véte de aquí: si mas te escucho,
Creo que al mundo entero asesinara.
Mas ¿qué es esto?

ESCENA IX.

Dichos, el INQUISIDOR GENERAL, PORTOCARRERO, Esbirros de la Inquisicion.

Inq. Señor, el santo oficio
La fugitiva víctima reclama.
Rey. ¿Qué decís...? ¡Ay de mí!
Inq. ¿Dónde se encuentra?
Aquí se ha guarecido, en este alcázar;
Y no querreis sin duda que del cielo
Burlada quede la justicia santa.
Froi. Os engañais, señor... El rey lo quiere;

Y ya el perdon por su favor alcanza.
Inq. ¿Qué he escuchado...? ¿Es verdad?
Rey. Yo padre...
Inq. ¡O cielos!
¿Quién el poder os dió de perdonarla?
Rey. ¿Por ventura no puede un soberano...?
Inq. Cuando la inquisicion sus rayos
Solo un hereje el golpe inevitable [lanza,
Intenta detener.
Rey. ¿Yo hereje?
Inq. Basta,
Basta el amago de tan vil intento
Para réprobo ser, para que caiga
El celeste furor sobre el culpable,
Y ser lanzado á las eternas llamas.
Rey. ¡Qué horror...! Piedad, piedad.
Inq. ¿Pensais acaso
Que aun á vos la corona os amparara?
No, desdichado: por lo mismo, fuera
Mas segura y terrible la venganza.
Rey. Piedad, vuelvo á decir...— ¿Qué es eso?
(*Se oye dentro y algo lejano rumor confuso de pueblo, y voces que gritan:* ¡Muera, muera la hechicera! *Portocarrero corre á mirar por el balcon.*)
Port. El pueblo,
Que impaciente á las puertas se abalanza
De esta regia mansion.
Inq. Ya enfurecido
Al mirar que la víctima le arrancan,
Viene á pedirla y á vengar al cielo.
(*Se oyen de nuevo las voces.*)
Rey. ¡Dios! ¿Otra vez mi majestad hollada
Por el pueblo será...? ¿Con que es preciso?
¡Rey infeliz...! No puedo... Perdonadla:
Postrado aquí vuestra clemencia imploro.
(*Se pone de rodillas entre los dos, y con las manos juntas, en ademan de súplica.*)
Inq. No puede ser.
Rey. ¡Por Dios!
(*Otra vez las voces del pueblo mas fuertes.*)
Froi. ¿Oís cuál claman?
Rey. ¡Ay de mí, desdichado!
Inq. A Dios volvedle
Su víctima, señor.
Port. Ya la tardanza
Funesta podrá ser.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, INÉS, SOLDADOS DE LA FE.

(*Sale Inés del cuarto donde estaba oculta.*)

Inés. Señor...
Inq. ¡Es ella!
Rey. ¡Ah! ¿por qué te presentas, desdichada?
Inés. Oí voces... ¿Qué miro? ¡Ay Dios!
(*Viendo al inquisidor y á los suyos. — Se oyen otra vez las voces.*)
Rey. ¿Queréisla?
Pues ahí la teneis: monstruos, llevadla.
(*Vase precipitadamente seguido de Portocarrero.*)
Inés. ¿Qué es esto...? ¿Me dejais...? ¡con
¡Padre! [ellos...! ¡padre!
Inq. ¡Su padre dice!
Froi. ¿A qué escucharla?
Delira.
Inq. Venid, pues. (*A Inés.*)
Inés. ¿Dónde?
Inq. Al suplicio.
Inés. Pués qué, ¡cielos! ¿no estoy ya perdonada?
Froi. ¡Perdonada...! Jamás.
Inés. ¡Ah! pues os veo,
Sé que debo perder toda esperanza.
Froi. Llevadla.
Inq. ¡Hola, soldados!
(*Salen los soldados de la fe, y unidos á los esbirros de la inquisicion, obedeciendo á la voz del inquisidor y de Froilan, rodean á Inés, y quieren llevársela. El capitan de los soldados de la fe toma el haz de leña que habia quedado sobre la mesa, y se coloca con él en medio del teatro.*)
Inés. ¡Infelice!
¿Y me abandona así...? ¿Cómo...?
Inq. Sacadla.
(*Los esbirros quieren llevarse á Inés: esta se resiste. Durante toda esta escena se continuarán oyendo las voces del pueblo, mas ó menos fuertes.*)
Inés. No... dejadme... ¡Señor...! no.
(*En este instante el rey, seguido de Portocarrero y de algunos criados, vuelve á salir, fuera de sí y con paso vacilante.*)
Rey. Deteneos:
No puedo consentir...
(*Los esbirros que llevaban á Inés se detienen.*)
Inés. ¡Él es!

Froi. ¡O rabia!
Obedeced.
Rey. No... no... yo os lo prohibo:
Quiero... ¡Cielos! ¡qué horror!
(*Al quererse adelantar se encuentra con el capitan, y viendo en sus manos el haz de leña, como recordándose el destino que tiene, se estremece, y retrocediendo horrorizado, cae sin sentido en brazos de Portocarrero y de los criados.*)
Inés. ¡Ay!
Port. ¡O desgracia!
Inés. ¡O funesto desmayo!
Froi. Aprovechemos
Este instante... Cuidad vos del monarca.
(*A Portocarrero.*)
Vos al suplicio. (*A Inés.*)
Inés. Bárbaros, dejadme
Que le abrace siquiera.
(*Se escapa de entre los inquisidores, y se abalanza á abrazar al rey.*)
Froi. ¿En qué se paran?
Llevadla luego.
(*Se apoderan otra vez de Inés, la arrancan del lado del rey, y se la llevan arrastrando.*)
Inés. No... no quiero... nunca...
Dejadme... no... no quiero... ¡Dios me valga!
(*En este instante Florencio, que se hallaba oculto entre los esbirros y los soldados de la fe, se muestra y se abalanza hácia Froilan con un puñal desnudo en la mano.*)
Flor. ¿Me conoces? (*A Froilan.*)
Froi. ¿Qué miro...? ¡O Dios...! ¡Florencio!
Flor. Sí... yo soy... muere.
(*Le da de puñaladas.*)
Froi. ¡Compasion!
(*Cayendo.*)
Flor. ¡Venganza!

ROSMUNDA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

ENRIQUE II, rey de Inglaterra (ALFREDO).
ELEONORA DE GUIENA, su esposa.
ROSMUNDA CLIFFORD.
ARTURO.
ROBERTO, criado de la reina.
GUALTERO, paje.
ELFRIDA, madre de Rosmunda.
LORES Y GENTES DE PALACIO.
SOLDADOS.
CRIADOS.

La escena es en Londres y sus cercanías (año de 1156).

ACTO PRIMERO.

Interior de un castillo gótico.

ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA, ELFRIDA.

(*Cuando se alza el telon, Rosmunda está mirando por una ventana.*)

Rosm. No vuelve, no vuelve, ¡ay cielos!
En vano con triste afan,
Hasta el lejano horizonte,
Tiendo mi inútil mirar.
Todo es desierto... ¡Y diez dias
Llevo de ausencia fatal!
¡Ingrato! ¿Cuándo á mis ansias
Tardaste tanto?... Jamás
De aquellos montes la sombra
Vino á oscurecer mi hogar,
Sin que acudieses amante
A alegrar mi soledad.
Aquí suspiro, aquí lloro,
Y en tanto dolor, quizás
Ni un recuerdo tu Rosmunda
¡Ay de mí! te deberá.
¡Allá en las cortes ufano
Brillas donoso y galan,
Y el amor juras á otras
Que me juraste guardar!
Elf. No así tan desconsolada
Te entregues, hija, al pesar,
Que quien fué siempre constante
No puede ser desleal.
Altos y nobles deberes
A tu amante detendrán.
Ya lo sabes, de la guerra
Enrique dió la señal:
El fuerte Enrique segundo,
Que en su juvenil edad,
Al pueblo inglés comunica
Su noble aliento marcial.
Ya en el Támesis la vela
Mil naves al viento dan,
Y sus guerreros la Irlanda
Se aprestan á conquistar.
Vistiendo la fuerte malla,
Alfredo...
Rosm. ¿Le disculpais?
No, madre: decid que es falso,
Decid que es traidor... Su hablar,
Su semblante, sus acciones
Bien me lo dijeron ya,
Cuando aquí la vez postrera
Le ví á mis plantas estar.
Su amor pintábame entonces
Con el lenguaje falaz
Que en apariencias de cielo

Sabe el infierno ocultar.
Fuego sus ojos brotaban
Brillando sobre su faz,
Cual dos maléficos astros
Precursores de algun mal.
« Sé mia, Rosmunda, dijo.
— Tuya Rosmunda será,
Respondo, cuando en el ara
Luzca la antorcha nupcial.
Pronta estoy. » Al escucharme
¡Ay madre! le ví temblar,
Estremecerse, caer,
Y cual si fiero dogal
Apretase su garganta,
Sin voz, sin color quedar.
Por fin, levántase y dice:
« Adios, adios... » Y se va,
Y allí me deja entregada
A mi despecho mortal.
¿Qué es esto?... ¿Por qué le turba
Mi justo anhelo?... ¿Será
Que solo mentira fuese
Tanto amor?

Elf. Calma tu afan.
Si un pérfido te abandona,
Aun te puede consolar
Una madre, cuyo amor
No tiene en el mundo igual. —
Mas oye... De venatoria
Trompa los ecos allá
Dentro del bosque se escuchan,
Y aquí acercándose van.
(*Va á mirar por la ventana.*)

Rosm. ¡Oh! ¡cómo el alma conmueve
Ese instrumento marcial!
¡Triste recuerdo! Tambien
Así le escuché sonar
La vez primera que Alfredo
Visitó mi pobre umbral.
Huyendo el calor estivo,
De polvo y sudor la faz
Cubierta, llegó sediento...

Elf. En un soberbio alazan,
¿Quién con rápida carrera
Se acerca?

Rosm. ¡O Dios! ¿si será?
(*Corre á la ventana.*)
No, no es él... ¡Ay de mí triste!
Inútil es ya esperar.

Elf. Algun mensajero acaso...

Rosm. ¡Cielos! ¿qué nuevas traerá?

Elf. Ya llega... Pero ¿me engaño?
¿No es él?

Rosm. ¿Quién?

Elf. ¿Será verdad?
Arturo.

Rosm. ¡Arturo!

Elf. Sí, mira.

Rosm. ¡Oh, Dios!... Él es... ¡Qué fatal
Venida!

Elf. ¡Fatal! ¿Por qué?

Rosm. ¿De su amor no os acordais?

Elf. Como un hermano te amaba;
Y tú tambien...

Rosm. Como tal,
Sí, yo le quise... Mas él,
Ardiendo en llama voraz...
Bien lo sabeis: tiernos niños,
Vimos nacer á la par,
Entre juegos infantiles
El dulce amor fraternal.
En él trocóse en pasion,
Y en mí lo fuera quizás,
Si en pos de gloria y fortuna
No se llegara á ausentar.
Humilde y pobre, aspiraba
A merecer mi beldad;
Mas solo con altos hechos
La pudiera conquistar.
Partió; pero antes juróme
Tardar dos años no mas,
Pidiéndome que dos años
Fe le habia de guardar.
Prometí; que indiferente
En tan corta y tierna edad,
Ni odioso, ni apetecido,
Todo enlace me era igual.
Loca promesa mal dada
Y peor cumplida... Vendrá
Lleno de amor, de esperanza,
Mi palabra á reclamar.
¿Qué voy á decirle? ¡O cielos!
Huyamos... Mas, héle ya.

ESCENA II.

DICHOS, ARTURO.

Art. ¡Rosmunda!

Elf. ¡Arturo!

Rosm. Ay, dolor

Art. Vuelvo al fin á tu presencia.
¡Oh cuán bello es tras la ausencia
El dulce objeto de amor!
Con nuevo donaire el cielo
Engalanó tu hermosura:
El trono de mi ventura
Mira en tí mi ardiente anhelo.
Mas las rosas de tu tez
Marchitan tristes enojos,
La clara luz de tus ojos
Nubla tierna languidez.
¿Acaso en tu soledad
Lloraste por mí algun dia?
¡Llanto de amor, vida mia,
De amor y fidelidad!

Rosm. ¡De amor!
Art. Sí, de amor ardiente,
Cual este que á mí me abrasa.
Rosm. El corazon me traspasa. (*Aparte.*)
¿Quién engañarle consiente?
¡Arturo! ¡Arturo!
Art. ¡Mi bien!
Rosm. Tienes razon: inhumano,
El pesar su áspera mano
Asentó sobre mi sien.
Art. ¿Quién cual yo de pena dura
Los crudos golpes sintiera?
Mas, ¿qué dolor resistiera
Hora al mirar tu hermosura?
Remotas tierras corrí,
Surqué dilatados mares;
Pero nunca á mis pesares
Tregua hallé lejos de tí.
Ví de la altiva Bisancio
El imperial esplendor;
Causóme su pompa horror,
Y sus placeres cansancio.
En vano ostentó á mis ojos
El Asia fértil su gala;
A los perfumes que exhala
Preferia estos abrojos;
Que dos objetos mas bellos
Su dulce hechizo les dan:
Patria y amor aquí estan,
Y yo moria por ellos.
Mil veces la horrible muerte
En las lides me cercara;
Mas mi valor la ahuyentara
Con brazo animoso y fuerte;
Que si bien la apetecí
Por infeliz con razon,
Este triste corazon
Por ser tuyo defendí.
Mírame, pues, vencedor;
Mas al lauro de mis sienes
Tú sola derecho tienes,
Pues tú me diste el valor:
Cual justa deuda á tus piés,
Ufano vengo á rendirlo:
Dígnate, pues, recibirlo;
Que no es mio, tuyo es.
Admitióme á su servicio,
En premio, no ha mucho el rey;
Pero á quien sigue tu ley,
Es otra ley un suplicio.
¿Y qué me importan á mí
Gloria y favor? Los desprecio.
Tan solo tienen un precio:
Hacerme digno de tí.
Rosm. ¿Y sabes tú, desdichado,
Si yo de tí digna soy?
Art. ¿Qué dices? Temblando estoy.
Rosm. Arturo, tú me has amado
Y me vas á aborrecer.
Art. ¡Aborrecerte! ¿quién? ¡yo!
Rosm. Sí; que jamás mereció
Esta infeliz tu querer.
Art. ¡Cielos!... Habla... ¿Qué delito?...
Rosm. ¡Ah! no, no soy criminal...
Mas oye... Un hado fatal...
Tu indulgencia necesito.
Art. ¡Mi indulgencia!
Rosm. Ya lo ves,
Dos años de ausencia...
Art. Acaba.
Rosm. Siempre mi pecho anidaba
Un fraternal interés...
Art. ¡Fraternal!
Rosm. Los tiernos años
De la niñez, no producen
Esos fuegos que conducen
De amor á los fieros daños.
Art. ¡No los producen, Dios mio!
Pues, ¿qué es esto que arde en mí?
¿Cuándo este amor conocí?
Ya de oirte desvario.
Rosm. Sí... mas yo...
Art. Tú...
Rosm. ¡Dios! no tengo
Para decirlo valor.
Art. ¡Ah! ya comprendo... ¡O furor!
¡Un rival!... ¡Y no me vengo!
Rosm. Perdona.
Art. Aparta, mujer.
Maldita seas mil veces.
¿Es este el premio que ofreces
A mi constante querer?
Rosm. Cúlpame, tienes razon:
Solo merezco tus iras;
Mas ¡ay! un objeto miras
Digno en mí de compasion.
¿Sabes que horrible tormento
Es para mí tu presencia?
¿Sabes tambien que en tu ausencia
Me acosa el remordimiento?
¿Sabes, en fin, que esta llama
Que abrasa todo mi ser,
Inútil para el placer,
Solo ponzoña derrama?
No pienses, no, que mi mente
De nuestra infancia se olvida:
Dulce sueño de la vida
Pasado tan velozmente.
Como celeste ilusion
A mí contino se ofrece,
Y en ella feliz se mece
Mi angustiado corazon.
Amor de hermano, amor puro,
Nuestras almas enlazó;
¿Por qué tan poco duró?
¿Por qué me dejaste, Arturo?

Feliz entonces, no ingrata,
En dulce, santa coyunda,
Nunca probara Rosmunda
Este otro amor que la mata.
Solo el tuyo conociera,
Puro, süave, apacible;
Y hora ya pasion terrible
Clava en mí su garra fiera:
Pasion que ejerciendo está
Triste, funesto dominio,
Y acaso con mi exterminio
Vengado te dejará.

Art. ¡Ah! desdichada, ¿qué hiciste?
¿Lo ves, mudable, perjura?
De dos almas la ventura
Para siempre destrüiste.
¡Héla, en fin, desvanecida
Aquella grata esperanza
Que en engañosa confianza
Fué el encanto de mi vida!
¡Ah necio, necio de mí!
Que en esta ausencia fatal,
De tanto posible mal
Este solo no preví.
Pero, ¿cómo tal recelo
El alma tener podia,
Si en vez de mujer creia
Amar á un ángel del cielo?

Rosm. Sí, solo un ángel merece
Ese amor puro y constante.

Art. Dime, ¿quién es ese amante
Que tu pecho favorece?
Dilo.

Rosm. ¿Qué intentas?

Art. ¡Yo!... nada,
Nada.

Rosm. ¡Me estremezco! ¡O Dios!

Art. Es fuerza que de los dos,
Uno...

Rosm. ¿Qué dices?

Art. Mi espada...

Rosm. ¿Y osarias?

Art. ¿Olvidar
Me mandas el amor mio?
Pues solo de sangre un rio
Ya nos puede separar.

Rosm. ¡Qué horror!

Elf. Arturo, insensato:
¡Así la pasion te ciega!

Rosm. Dejadle, madre... Ven, llega;
Y en tu furioso arrebato
Traspasa este corazon.
Véngate; mi sangre vierte,
Que acaso será la muerte
Un bien en tanta afliccion.

Art. ¿Qué dices?... ¡Ah! Yo deliro;
Mas ¿cómo no delirar
Cuando ¡ay triste! arrebatar
Tan ansiado bien me miro?
Yo debiera castigarte,
Infiel, perjura belleza;
Mas al mirarte, ¡ó flaqueza!
No hallo fuerzas para odiarte.
Vive, pues; que yo gustoso
Marcho hora mismo á morir:
Solo merece vivir
El que puede ser dichoso.

Rosm. ¡Ah! tú pierdes la razon.
¡Tú morir!

Art. Es mi esperanza.

Rosm. ¡Arturo!

Art. Adios... mi venganza
La dejo á tu corazon. (*Vase.*

ESCENA III.

ROSMUNDA.

Espera... tente... no me oye.
¡Ah! madre, por Dios seguidle,
Y procurad de su pecho
Calmar el dolor terrible. (*Vase Elfrida.*)
¡O cuán infeliz nací!
Al que tierno amante gime,
Fiel, generoso, constante,
Es fuerza que el alma olvide,
Guardando todo mi amor
A quien de él tal vez se rie.
¡Alfredo! este dulce nombre
Que adora el pecho sensible,
Solo con secreto horror
Hora mis labios repiten,
Y llanto, desgracias, muerte,
Aquí una voz me predice.
¡Diez dias sin verme, cielos!
¿Adónde te encuentras, dime?
Mira, ingrato, que si tardas,
Muerta me hallarás, ¡ay triste!

ESCENA IV.

ROSMUNDA, ALFREDO.

Afl. ¡Rosmunda! [dicha!

Rosm. ¡Alfredo!... ¡O Dios!... ¡Él es! ¡O
¿No me engaño? ¿Eres tú?

Alf. Sí, soy Alfredo...
Alfredo soy, Rosmunda.

Rosm. Mas ¿qué indica
Ese mirar sombrío? ¿por qué leo
En tu rostro el pesar?... ¿Sientes, ingrato,
Sientes verme?

Alf. ¡Sentirlo!... Y ¿tú creerlo
Puedes, Rosmunda, cuando tú eres sola
Astro hermoso de paz, que mis tormentos

Consigue disipar, cuando á tu lado
Siento en el alma de feliz consuelo
El bálsamo correr?... Mas bien dijiste,
Un horrible pesar me oprime el pecho.

Rosm. ¿Por qué dejarme, pues? ¿Por qué diez veces
Los tristes ojos por el llano inmenso
Tendiendo con afan, la noche oscura
Me vino á sorprender, sin que á mis ruegos
Acudieses, crüel? ¿Qué hacias? ¿Dónde
Vivir pudiste de tu amante lejos?
Un dia y otro desde la alta reja
Te esperaba... y mi voz llamaba á Alfredo,
¡Y Alfredo no venia!

Alf. ¡Desdichada!
¡Cuántos males por mí!...

Rosm. Ya no los siento.
Todos al verte huyeron... Mas los tuyos
Dime, y verás que compartir al menos
Sabrelos y llorar.

Alf. Males existen
Que amor no alcanza á suavizar: su fuego
Mas los irrita cuanto mas los toca,
Y es solo al corazon letal veneno.

Rosm. Si con igual ardor me amas...

Alf. ¡Si te amo!
Mira: mil veces en los nobles juegos
Do el fierte paladin á la hermosura
Rinde postrado su laurel soberbio,
Ví de las damas que la corte aplaude
La ensalzada beldad... Vílas luciendo
El oro y plumas y preciosas telas,
Y ufanas abrasar rivales pechos
Con ardientes amores... En mí siempre
Solo encontraron corazon de hielo.
Te ví, Rosmunda: tus sencillas galas,
Tu dulce hechizo de artificio exento,
¡Cuál contrastaban con el vano orgullo
Que tanto desdeñé! Rendido, ciego,
No pude resistir, y en tus cadenas
Quedé con nudo indisoluble preso.
Sin tí de entonces para mí no hay vida:
Aquí respiro y gozo; ausente, muero.

Rosm. Quédate, pues, mi bien... ¿A qué en las cortes
Una dicha buscar que aquí te ofrezco?
¿Quién te puede arrastrar?...

Alf. ¿Quién?... mi desdicha.
Crüel fatalidad allí mi cuello
Doblado tiene bajo atroz coyunda,
En vano ansioso sacudirla intento:
Do quier constante á mi pesar me oprime,
Y es fuerza sucumbir al grave peso.

Rosm. Mas en la corte, di, ¿qué bien encuentras?

Alf. El crímen, y con él remordimientos.

Rosm. ¡El crímen, dices!... Por ventura... ¡ay! habla:
Sin duda ocultas un fatal secreto.

Alf. No lo quieras saber.

Rosm. Mi amor lo exige.

Alf. Teme que sea para tí funesto.

Rosm. Sabré tener valor... Habla.

Alf. Rosmunda,
Escucha y estremécete... No puedo.

Rosm. ¡Ingrato!

Alf. Adios, adios.

Rosm. ¿Partes?

Alf. Sí, parto:
Separarnos es fuerza.

Rosm. ¡O Dios!

Alf. Lo debo.
Ya lo sabes tal vez: en torno suyo
Hoy Enrique juntando sus guerreros
Los llama á nueva lid. Suena la trompa,
Y de naves el Támesis cubierto,
Poderosa invasion á Irlanda envia;
Soy soldado: el honor...

Rosm. No te detengo.
Parte: si lejos el honor te llama,
El honor y la gloria son primero.
Culpable es la mujer que en torpes lazos
A noble paladin detiene envuelto,
Y en justo pago de caricias viles,
Su nombre infama con baldon eterno.
Parte, y al templo de la gloria asciende;
Asombren al inglés tus altos hechos;
Y aquí su historia de tan triste ausencia
Me venga á consolar... Yo misma quiero
Con dulce prueba de mi afecto ardiente
Inflamar tu valor... Antes que el eco
De la trompa marcial por estos valles
Resuene, de partir dando á los vientos
La anhelada señal, á mi presencia
Vuelve vestido del luciente acero.
La roja banda que en matiz brillante
De nuestro mutuo amor retraza el fuego,
De mí recibirás, y á par mi cifra
En preciosa labor. Latir el pecho
Con su blanda impresion sintiendo ufano,
En tu brazo hallarás mayor esfuerzo.
¿Quién podrá resistirte? La victoria
Tus huellas seguirá. Feliz, cubierto
Del noble lauro que el amor debiste,
A mí retornarás; y el dulce premio
¡O cuál entonces te daré gustosa
De tan constante amor, tanto denuedo!

Alf. No, no, Rosmunda: si tu bien deseas,
Otra dicha mayor pídele al cielo.
Pide que sin tardar aguda lanza
Mi pecho rasgue en el primer encuentro,
Y allí sin vida, sobre el yerto polvo,
Al menos con honor quede un perverso.

Rosm. ¡Qué insensato delirio! O Dios! ¿qué dices?

¿Tú deseas morir?

Alf. Sí, lo deseo,
Lo debo.

Rosm. Vive para mí siquiera.

Alf. Calla, infelice... Para tí... ya he muerto.

Rosm. ¿Qué escucho?... ¡Santo Dios!... ¡Tú!... me horrorizo. [prendo.
¡Ah! perjuro, ¡ah! traidor; ya te com-
Me vendes, sí, me vendes, y otros nudos
Hoy corres á formar.

Alf. ¿Yo?... No... no es cierto.

Rosm. ¿Me vienes á anunciar de tu perjurio
La nueva atroz? ¿En mi dolor inmenso
Te pretendes gozar?

Alf. Escucha.

Rosm. Vete.

Alf. Rosmunda, por piedad.

Rosm. Vé... te desprecio.

Alf. No, no me marcharé... no, de tus [iras
Llevar conmigo el insufrible peso
No puedo consentir... Tú por quien solo
Sintió mi corazon de amor el fuego,
Cara Rosmunda, mi dolor contempla
Y mírame á tus piés... mira el que vierto
Acerbo llanto... Te lo juro, nunca
Adoré sino á tí, nunca en mi seno
Otro amor arderá... Si dado fuese,
Por tí mil bienes, la grandeza, un cetro
Renunciara feliz.—Es cierto... un crímen...
¿Qué digo?... un crímen no... destino ad- [verso
La copa del placer llega á mis labios,
Y veda á su licor tocar en ellos.
Por la postrera vez te miro, te hablo;
Por la postrera vez oigo tu acento;
Guarda siquiera de infeliz amante,
Cual de tí guardaré, dulce recuerdo;
Y pues quiso la suerte separarnos,
Nunca al olvido nuestros nombres demos.

Rosm. ¡Cruel!... ¿Con que es verdad? ¿Con que es forzoso?...
Y de tan fino amor, tantos proyectos
De dicha y de placer...
(*Oyese dentro ruido de gentes.*)
Pero ¿qué ruido?...
¿Oyes?

Alf. Sí... ¿qué será?

ESCENA V.

DICHOS, ELFRIDA.

Rosm. Madre, ¿qué es eso?

Elf. Rosmunda, alégrate; la reina viene
A honrar nuestra mansion.

Alf. ¡La reina!
(*Aterrado.*)

Rosm. ¿Es cierto?

Elf. Quiere en este castillo de la caza
Reposar un instante.

Alf. ¡Santos cielos!
Huyamos.

Rosm. ¿Cómo?

Elf. ¿Qué?

Alf. Somos perdidos,
Si aquí me encuentra.

Elf. ¿Qué decís?

Rosm. No entiendo...

Alf. Adios.

Elf. ¿Por dónde vais? Esa escalera
Llena está de su gente.

Eleon. Deteneos (*Dentro.*)
Y de aquí no paseis.

Alf. Es ella ¡ó rabia!

Rosm. Ven, por aquí tendrás paso secreto...
(*Señalando una puerta á la derecha.*)
¡O Dios! Cerrado está.

Alf. Mi esfuerzo acaso...
¡Imposible! (*Procura forzar la puerta.*)

Rosm. Ya llega.

Alf. Abrete, infierno;
Y ocúltame en tu abismo.

ESCENA VI.

DICHOS, ELEONORA.

Eleon. No distantes
(*Al entrar á su acompañamiento.*)
De aquí quedáos á mi voz atentos.

Rosm. Señora... (*Se arroja á sus piés.*)

Eleon. Alzaos... ¿No os llamais Rosmunda?

Rosm. Mi nombre es ese. [¡Es cierto!

Eleon. ¡Héla aquí, pues!..
(*Aparte, mirándola con curiosidad.*)
Y ¡cuán hermosa! ¡O indignacion!

Rosm. Ufana
Con tanto honor... no sé... Mi pobre techo
¿Qué cosa digna de tan alto huésped
Ofreceros podrá?

Eleon. Nada apetezco.
Solo aquí me conduce... ¡O Dios! ¿qué miro?
(*Viendo á Alfredo.*)

Alf. ¡Horrible situacion! (*Aparte.*)

Eleon. Él es... fallezco.

Rosm. Señora... ¿qué teneis?...

Eleon. Nada... apartaos...
El cansancio... el calor... ¡Y aquí te encuentro,
Traidor! (*A Alfredo.*)

Rosm. ¡Ah! ¿qué decís?... ¡Traidor!
¡Alfredo! [¡Dios mio!

Eleon. ¿Cómo le llamais?
(*Con extrañeza.*

Alf. Alfredo.
(*Con intencion.*)
Eleon. ¡ Ah!... ya entiendo... está bien.
Rosm. Pues qué, su nombre
¿No sabeis?... Yo pensé...
Eleon. Sí : mas no acierto
Con cual motivo en tan remoto albergue
Hoy le llego á encontrar... ¿Acaso el puesto
Es este donde su deber le manda
Los pasos dirigir?... ¿Por qué un misterio
Es para mí?
Alf. Cual vos hoy de la caza
Quise el placer gozar... Perdí el sendero...
Y cual á vos tambien, solo el acaso
Me condujo... ¿Dudais?
Eleon. No, no : lo creo.
Vuestra disculpa admito.
(*Se sienta y se dirige á Rosmunda.*)
Hermosa jóven,
Acercaos... Decid : ¿por qué tan lejos
De la corte vivís?... ¿Por qué estos bosques,
Su triste soledad, mudo desierto,
Mansion ofrecen para vos mas grata
Que Londres opulenta?... ¿Cuál secreto
Hechizo os encadena?...
Rosm. Sin cuidados
Aquí la rueda de mis años tiernos
Dulcemente corrió : mi anciano padre
Aquí exhalara su postrer aliento;
Y de ese bosque la enramada cubre
Con sombra amiga sus mortales restos.
Eleon. ¿Y qué, por dicha, tan oscura suerte
Es hecha para vos?... ¿Allá en el seno
Secreto impulso no sentís que os llama
A fortuna mayor, placeres nuevos?...
A mi corte venid.
Alf. ¡Dios! (*Aparte.*)
Eleon. Entre pompas
Allí pronto dareis á olvido eterno
Estas breñas... allí mil veces cortesanos
Rinden á la beldad el grato obsequio
Que dulce halaga al corazon, y ufana
Brilla en la sala y reina en el torneo.
Rosm. Mi alma, señora, en tan humilde estado
No alimenta esos vanos pensamientos.
Moriré cual nací, pobre, ignorada.
Al regio alcázar mi mansion prefiero.
¿Por qué la dejaré? La paz, la dicha,
Cuanto puedo anhelar aquí lo tengo.
Eleon. ¡Cuanto anhelar podeis!... Con tal respuesta,
Mucho, señora, que decís entiendo.
Rosm. ¿Pues qué?...
Eleon. No os sonrojeis... En vuestros años,
Bien lo sé, la ambicion no mueve el pecho,
Ni la codicia vil... Hay otros bienes...
Y sobre todos uno... al que contento
Todo se sacrifica... uno, que el alma
A tal punto esclaviza, que otro anhelo
No es dado ya tener; que ciega, ofusca,
Y reduce á sí solo el orbe entero.
Quizá vos este bien...
Alf. ¿Por qué, señora,
Penetrar intentais tales secretos?
¿No veis que su rubor?...
Eleon. ¿Sois vos acaso (*A Alfredo.*)
A quien pregunto yo?—Quizá indiscreto
(*A Rosmunda.*)
Os parezca mi hablar... Mas no os sorprenda
Este lenguaje en mí... Tambien sabemos
Los reyes qué es amor : tambien al trono
Suele alcanzar su irresistible fuego;
Y tambien ¡ay de mí! su afan sentimos,
Sus congojas, sus penas... y sus zelos.
Alf. ¿Qué oigo?... Señora... ¿vos?
Eleon. ¡ Cuál os agita
(*A Alfredo.*)
Lo que diciendo estoy!... ¿Por qué hora os [veo
Turbado, sin color, cual delincuente
Que en la presencia está de un juez severo?
¿De qué os acusa la conciencia?
Alf. Basta.
Si aquí mas tiempo estoy, quizá funesto
A los dos vendrá á ser... Marcho...
Eleon. Quedaos,
(*Alzándose.*)
Quedaos, repito : ¿lo entendeis?... lo quiero,
Lo mando.
Alf. ¿A mí?... Pues bien...
Rosm. ¿Qué haces? ¿Olvidas
Que ante tu reina estás?... Yo te lo ruego,
Detente.—Y vos, señora, perdonadle...
Sí, perdonadle.
Eleon. ¡ Qué interés tan tierno
(*A Alfredo.*)
Mostrais por ese jóven! ¡Cuán ansiosa
Intercedeis por él!... ¡Ah! ya comprendo.
Sin duda esa es la joya que encerrada
En esta soledad, presta embeleso
A tan triste mansion; el bien es ese
Por quien en dulce amor dais al desprecio
La corte y su grandeza... Hablad, decidlo,
Confesadlo por fin.
Rosm. Yo...
Alf. ¡ Necio empeño!
Tal sospecha...
Eleon. Callad : solo ella debe
(*A Alfredo.*)
Responderme, no vos.
Alf. Y ¿qué derecho
Teneis?...
Eleon. ¡Tú lo preguntas!—Yo lo exijo :
(*A Rosmunda.*)

Decid, ¿le amais?
Rosm. No sé qué responderos.
Eleon. Harto decís así.
Rosm. No, yo no le amo.
Eleon. ¿No?... juradlo.
Rosm. ¿Yo?
Eleon. Sí.
Rosm. Juro... no puedo.
Eleon. Basta... todo lo sé.
Rosm. Pues bien, señora,
¿De qué sirve el negarlo? Este secreto
Se escapa á mi pesar... Mi hablar, mis ojos,
Mi ademan, mi inquietud, hasta mi aliento,
Todo respira amor, todo os descubre,
Que arde el pecho por él y por él muero.
Eleon. ¿Con que es verdad, traidor?
(*A Alfredo.*)
Alf. No es este el sitio
De escuchar vuestras quejas... El misterio
Vinísteis á indagar... Oidlo todo,
Oidlo todo, pues quereis saberlo.
No basta que ella me ame, yo la adoro.
¡Adorarla! Eso es poco... ¿Con qué puedo
Comparar este amor?... Solo á la furia
Con que hora vos la estais aborreciendo.
Eleon. ¡Eso dices, crüel!
Alf. Lo habeis querido;
Mas pues ya conoceis que soy sincero,
Prestad fe á mis palabras... Sí, Rosmunda,
Sí, yo te idolatré... Jamás el cielo
Inspiró igual amor, y aquí por siempre
Grabado queda con buril de fuego.
Mas te lo dije ya... Grande, sagrado,
Inviolable deber, un muro ha puesto
Entre ambos corazones, y el destino
Me separa de tí con brazo ferreo.
Es fuerza obedecer... Ya nunca, nunca
A verme volverás... Adios... eterno
Es este adios... lo juro.—Satisfecha
(*A Eleonora.*)
Podeis estar, señora, pues mi afecto
Supe sacrificar, y aunque penoso,
A cumplir mi deber estoy resuelto.
Pero escuchad tambien el que pronuncio
Inviolable y terrible juramento.
Nunca turbada de Rosmunda sea
La paz en estos sitios; un secreto
Mi nombre quede... Si á su vida acaso...
¿Qué pronuncio?... ¡A su vida!... No me atrevo
Ni siquiera á pensarlo... á su reposo
Osáreis atentar... Inútil creo
Que es explicarme... conoceisme... nunca
Injurias perdoné... ¡Ay del perverso
Que ofendiendo á Rosmunda, ofrezca osado
Objeto odioso á mi furor tremendo! (*Vase.*)

ESCENA VII.

ELEONORA, ROSMUNDA, ELFRIDA, ROBERTO, SOLDADOS.

Rosm. ¿Qué es esto?... ¡Cielos!... ¿qué terrible arcano?...
Decid.
Eleon. Ya lo sabreis.—No pienses, necio,
Que me intimidas, no.—Seguidme.
Rosm. ¿Dónde?
Eleon. A mi palacio.
Rosm. ¿Yo?
Eleon. ¿Dudais?—¡Roberto!
Rob. ¿Señora?
Elf. ¿Qué intentais?
Rosm. ¡Piedad!
Eleon. Llevaos
A esa mujer.
Rosm. ¡Ay Dios!
Eleon. Llevadla luego.
(*Roberto y los soldados se llevan á Rosmunda.*)

ACTO SEGUNDO.

La cámara de la reina. A la derecha del actor un tocador con un espejo de metal. A la izquierda, colgado en la pared un gran retrato de Enrique.

ESCENA PRIMERA.

ARTURO, ROBERTO.

Rob. Entra, Arturo.
Art. ¿Aquí?
Rob. ¿Qué temes?
Art. Tanta osadía me asombra.
¡La cámara de la reina!
Rob. En la corte nadie ignora
Mi privanza.
Art. La conozco;
Y si algun temor me acosa,
No es por vos, sino por mí.
Rob. Deséchalo; que á mi sombra
Seguro estás.
Art. No lo dudo.
Y aun mi entrada misteriosa
En este sitio me anuncia...
Rob. ¿Qué?
Art. Que debo ser ahora
Muy necesario.
Rob. Cabal:

Quiero encargarte una cosa.
Art. Veamos cual es.
Rob. Atiende...
Sobretodo, punto en boca.
Art. ¿Importa el secreto?
Rob. Y mucho.
Es encargo de Eleonora.
Art. ¿La reina?
Rob. La reina, sí.
Ya ves que obediencia pronta
Exige el caso; y que nada
Perderás; porque es señora
Que sabe premiar.
Art. Servirla
Es aquí mi ambicion sola.
Rob. Es ese desprendimiento
Natural en gente moza;
Mas pasa la juventud,
Y el tiempo en nosotros borra
Esas bellas ilusiones
Tan dulces como engañosas.
Entonces su justo precio
La realidad recobra,
Y el que desprendido fué
Se engrandece y atesora.
Art. Tambien riquezas y honores
Mi corazon ambiciona.
Hasta el oriente remoto
En busca fui de la gloria,
Y hallé tesoros soberbios
En la opulenta Basora.
Tragóse el mar mi fortuna;
Mas dejóme lo que importa:
Pecho noble, brazo fuerte,
Y mi espada cortadora.
Mientras esto no me falte,
Todo lo demás me sobra;
Y en ello fundo esperanzas
Tal vez por altivas, locas.
Rob. Pronto se verán cumplidas
Si á servirme te acomodas.
Art. Hablad, pues.
Rob. Allá en oriente
Existen ciencias famosas
Que mil secretos encierran
Y grandes portentos obran.
Tú, Arturo, que recorriste
Aquellas tierras remotas
Debes haber aprendido
Esas artes misteriosas.
Art. ¿Juzgais, Roberto, que tengo
De nigromante la forma?
Rob. No juzgo tal: ni es preciso
Aquí ciencia tan recóndita.
Con que supieras hacer
Algun mixto, alguna pócima...
Art. ¡Ah! ya entiendo: algun remedio.
Rob. Al contrario: una ponzoña
Que en sus efectos se muestre
Tan segura como pronta.
Art. ¡Medrados hemos quedado!
Tanto misterio y retórica
¿Para qué? para decirme
Que un vil brebaje componga.
Id con Dios, Roberto; y cuenta
Con no recaer en otra;
Que me podeis encontrar
De mal talante y...
Rob. Perdona.
Yo por tu bien lo decia;
Mas puesto que te incomoda...
Art. ¡Yo envenenador!
Rob. Adios:
No faltará otra persona...
Art. (Este perverso medita (*Aparte.*)
Alguna trama horrorosa.
Mejor fuera... Así podré
Burlar su infernal tramoya.)
Oíd, Roberto. (*Alto.*)
Rob. ¿Qué quieres?
Art. ¿Os vais?
Rob. ¡Si así te alborotas!
Art. Venid acá; que yo os puedo
Servir.
Rob. ¡Ah! ¡ah!
Art. Me acomoda
Vuestra oferta.
Rob. ¿Con que harás?...
Art. Yo no, que no sé ni jota
De alquimia.
Rob. Entonces...
Art. Conozco
A un sectario de Mahoma
Con sus puntas de judío
Digno de habitar Gomorra,
Que es cuanto habeis menester.
Rob. Mira que el sigilo importa,
Y entre muchos...
Art. Él tan solo
Conocerá á quien le compra
La bebida; lo demás
Será de nosotros obra.
Rob. Está bien... Si quieres oro...
Art. De eso hablaremos en otra
Ocasion... Satisfaced
Mi curiosidad ahora.
¿A quien quiere mal la reina?
¿Quién la ofende? ¿quién la enoja,
Pues así busca venenos
Cuando verdugos le sobran?
Rob. Para crímenes de estado
Son buen castigo las horcas;
Mas este es crímen de amor.
Art. ¡De amor!... ¿hay zelos?
Rob. Furiosa
Está.

Art. ¿Con quién?
Rob. Cierta jóven...
Mas aquí viene Eleonora.
Luego cuando estemos solos
Te referiré esta historia.

ESCENA II.

DICHOS, ELEONORA.

Eleon. Traed, Roberto, á Rosmunda;
Quiero hablar con ella ahora.
Art. ¡Rosmunda! ¿qué escucho?
(*Aparte.*)
Rob. Voy.
Eleon. No tardeis, que espero sola
Aqui mismo.
Art. ¿Si será?...
Salgamos de esta zozobra.

ESCENA III.

ELEONORA.

Halléla, al fin, esa Rosmunda hermosa.
¡Hermosa!... sí... lo es... sí... confesarlo
Es fuerza á mi pesar... ¡Beldad maldita!
Poder, trono, riquezas, todo en cambio
Lo daria por ella... ¡Qué delirio!
¿Fué por ventura el cielo tan avaro
Conmigo de ese don?... ¡Ah! tú lo digas,
Tú, bruñido metal que el fiel traslado
De mi semblante ofreces... Mas ¿qué veo?
No, no es ese, traidor, no es mi retrato.
¡Ella mas bella!... No: mientes: no es cierto. [cabo
Y aunque lo sea, ¿qué me importa?... Al
Caiste en mi poder, objeto odioso.
Sé enhorabuena de beldad dechado,
Sé encanto de los hombres, sé portento
De natura blason, del mundo pasmo:
Mas puedo yo que tú; puedo hora mismo
Despedazarte aquí con estas manos.

ESCENA IV.

ELEONORA, ROSMUNDA.

(*Rosmunda es conducida hasta la puerta por Roberto, que le señala á la reina.*)

Rosm. ¿Dónde me conducís?... ¿Qué miro? ¡Es ella! [mi palacio,
Eleon. Y bien, ¿qué os sobresalta?... En
En mi cámara estais.
Rosm. ¡Desventurada!
¿Qué pretendeis de mí? ¿Por qué?...
Eleon. Calmaos.
Tomad asiento.
Rosm. ¡Yo!
Eleon. Sentaos, digo;
Y aliento recobrad.
Rosm. Vuestro mandato
Obedezco, señora. (*Se sientan las dos.*)
Eleon. Oid, Rosmunda,
Y no extrañeis si con franqueza os hablo.
Enojado me habeis.
Rosm. ¡Yo!
Eleon. Con ofensas
Que nunca las mujeres perdonaron.
Rosm. ¡Ah! ¿cómo pudo ser? En mi retiro
Era vuestro existir casi ignorado.
Si el vuestro nombre pronuncié algun dia,
Fué para bendeciros, para amaros. [pechos
Eleon. Lo creo. Mas no siempre nuestros
Tan inocentes son como pensamos;
Y entre afectos tal vez puros, sencillos,
El crímen se desliza enmascarado.
Rosm. ¡Ah! [deis jurarme
Eleon. Vos, Rosmunda, amais. ¿Po-
Que al mundo, al cielo no ofendeis amando?
Rosm. Sí, lo puedo jurar; que es inocente
Amor que de virtud se enciende al rayo.
Sin rubor lo confieso al mundo, al cielo;
Y á los piés de tus aras sin espanto,
Eterno Dios, en tu presencia misma
Osaré repetir mil veces: amo.
Eleon. Sí...sí...pero decid...¿estais segura
De que en igual pasion el justo pago
Da Alfredo á vuestro amor?
Rosm. Si lo dudara,
¿Viviera yo, señora?
Eleon. ¿Os ha jurado
Eterna fe?
Rosm. Mil veces.
Eleon. ¿Qué promesas
Os hizo?
Rosm. En mi memoria solo guardo
Una.
Eleon. ¿Cuál es?
Rosm. La de adorarme siempre.
Eleon. Y entre frases de amor, otros hala-
¿Acaso no mezcló? ¿No procuraba [gos
Con ponderados bienes deslumbraros?
¿No presentó, por fin, á vuestros ojos
De futura grandeza e dulce cuadro? [tiera,
Rosm. Si otra cosa que amor me prome-
Yo, señora, le hubiera despreciado.
Eleon. Mas ¿qué esperanza, al fin, era la vuestra? [tanto,
Rosm. ¿Eso me preguntais? Al que ama
¿Qué otra esperanza concebir le es dable,
Sino unirse á su bien en dulce lazo?
Eleon. ¿Luego Alfredo tambien alimentaba
En vos esa ilusion?
Rosm. ¿Él?

Eleon. Sí... explicaos
Con franqueza.
Rosm. Yo...
Eleon. Hablad.
Rosm. Yo la tenia,
Pero él jamás me prometió su mano.
Eleon. ¡Y osais decir que vuestro afecto es puro!
Rosm. ¿Cupo, señora, en mí nunca dudarlo?
Eleon. ¡Incauta! ¿Qué habeis hecho?... De un amante
Las artes conoced... Desengañaos;
Sabed que cubre con falaces rosas
La sima donde intenta despeñaros;
Sabed que lleva mentiroso, astuto,
Hiel en el corazon, miel en los labios,
Y con dulces palabras y caricias
El crímen, la deshonra va labrando.
Rosm. ¡Cielos! ¡qué luz funesta!... Acaso Alfredo...
No cabe en él un corazon tan falso.
Eleon. ¿No cabe?... Pues oid.
Rosm. Callad: no os pido...
Eleon. Sabedlo: es un traidor, es un malvado.
Rosm. Señora, si lo es, dadme la muerte;
Mas no me lo digais. (*Se levanta.*)
Eleon. Os fuera grato
Creer siempre en su amor; ¿no es cierto? y siempre
Con tan gustosa idea apacentaros...
Desechad ese error. ¿Por qué en el seno
Alimentar quereis tan necio engaño?
¿Por qué?...
Rosm. Señora, y vos ¿por qué obstinada
En el pecho un puñal me estais clavando?
¿Por qué me arrebatais hasta el consuelo
Que hallar pudiera en mi destino infausto?
Y ¿por qué despiadada en mis dolores
Con esa risa atroz mostrais gozaros?
¿Qué os importa mi amor? ¿qué mis desdichas?
¿Una reina no tiene otros cuidados?
Mas en vano os cansais; sé que es forzoso
Perder toda esperanza; sé que el vaso
Me es preciso apurar hasta las heces
De amargura y dolor y eterno llanto;
Sé que ya para mí no hay en el mundo
Ni placer, ni ventura... Horrible arcano
Existe aquí que penetrar no puedo...
¡Ni lo quiero saber!... al desdichado
¿Qué le importa la causa de sus penas
Si ella acrecienta su mortal quebranto?
Dejadme al menos mi ilusion... ¿qué digo?
No es ilusion... es realidad... Sus labios
No mintieron amor. . Pues qué, á mis plantas
¿No le ví sin color, casi espirando,
Temblar, caer, con lágrimas de fuego
Surcar su rostro y abrasar mi mano?
¿No le ví estremecerse en cruel delirio,
Domar de su pasion los fieros raptos,
Y amor diciendo los ardientes ojos,
Con su muda elocuencia hablar mas claro?
¡Ah! que eso no se finge, no... Bien puede
El rigor, el deber... ¡lo ignoro!... ¿Acaso
Sé yo lo que en las cortes corrompidas
Proscribe la verdad, manda el engaño?...
Bien puede en su furor la suerte injusta
Arrebatarle el bien que ansiaba tanto,
Mandarle huya de mí, que me abandone,
Y aun sujetar su cuello á odiosos lazos;
Pero no lo dudeis, su pecho es mio,
Mio, sí, para siempre... En los palacios,
En el campo de honor, en los torneos,
Donde quiera que esté... ¡de otra en los brazos!
Allí me amará siempre; allí en secreto
Maldiciendo el rigor de adversos hados,
Si suspira, si gime, ese suspiro
Es mio, y hácia mí vendrá volando.
Eleon. ¡Orgullosa!... ¡O furor!... ¡Y á tal extremo
Tu beldad te envanece!... ¿Tal encanto
Presumes se halla en tí, que irresistible,
Eterno es tu poder?... ¡O qué insensato
Delirio!... ¿Sabes lo que dices?... ¿Sabes
Que si eso fuera cierto era llegado
Tu triste fin, y que ese amor impuro
Me es preciso en tu sangre sofocarlo?
¿Sabes á quién ofendes, á quién amas?
Tú misma, tú, te llenarás de espanto.
Conoce, en fin, al elevado objeto
De tu insana pasion... Mira ese cuadro.
(*Le enseña el retrato del rey.*)
Rosm. ¡Cielos! ¿qué veo?... ¿no es Alfredo?
Eleon. El mismo.
Pero míralo bien... Un regio manto
Cubre sus hombros, en su frente brilla
La diadema.
Rosm. ¡Es el rey!
Eleon. Tú le has nombrado.
Rosm. ¡Ah!
(*Ocultando con horror el rostro entre las manos.*)
Eleon. ¿Le conoces ya?... ¡Guarda!... No sea
Que te engañes.
Rosm. ¡Qué horror! (*Quiere huir.*)
Eleon. ¿Do vas?
Rosm. Me marcho
Donde ocultarme pueda... Vuestra vista
No me es dado sufrir.
Eleon. Tente: á mi lado
Te pretendo guardar.
Rosm. ¿Quién?... ¿vos?... ¡Su esposa!
Eleon. ¡Su esposa! sí... lo soy... por eso... Agravios

Hay que venganza piden, y venganza
A los mios daré.
Rosm. Pues bien, vengaos :
Mi sangre derramad, tomad mi vida.
¿Qué me importa la muerte? Ya la aguardo
Como el supremo bien.
Eleon. Sí, sí, lo creo;
Pero no gozareis de un bien tan alto.
Venganza es esa á mis ofensas leve,
Y os juro que no habré sufrido en vano.
¡Ay! harto lo probé : mis propias penas
Que hay mas fieros tormentos me enseñaron.
Vivir, pero vivir sin esperanza,
Recoger por cariño desengaños,
De odiado objeto contemplar la dicha,
Y... (ved la pena mas crüel que os guardo)
Mirar en quien se amó solo un aleve
Que robando el honor nos ha infamado;
Esto mas que el morir duele á quien ama;
Esto yo lo probé, y hora probadlo.
Rosm. ¡Y vos me lo decís!... ¡Vos!... ¡Ah! ¡cuán poco
Generosa os mostrais!... Al escucharos
Así insultarme en mi desgracia extrema,
Dudo ya que una reina me esté hablando.
¡Yo infame!... Lo seré... Pero ¿qué nombre
Dareis al monstruo que labró mi engaño?
¿Le excusará ser rey?... No, por lo mismo
Mas infame será por ser mas alto.
¿Qué importa que con pérfidos disfraces
Tendiese á mi virtud aleves lazos?
Mi inocencia guardé : si hay algun crímen,
Suyo ese crímen es, mio es el lauro.
¡Mirad qué gloria! Descender del trono,
Mentir su nombre, renegar su rango,
¿Para qué? ¡Justo Dios! ¡Hazaña insigne!
Un pecho seducir sencillo, incauto.
¿Y es esa accion de rey? ¡O vilipendio!
No lo hiciera el mas vil de sus vasallos.
Eleon. Basta. — Escuchad, Rosmunda : lo conozco.
Soy reina, y que lo soy debo probaros.
¿Quereísme generosa? Pues serélo;
Pero de vos un sacrificio aguardo.
Rosm. Decid.
Eleon. Será penoso.
Rosm. Ya ninguno
Para mí puede serlo.
Eleon. No lejano
De aquí se encuentra solitario albergue,
De la virtud asilo sacrosanto,
Do en ferviente oracion, vírgenes bellas
Bendicen al Señor.
Rosm. Entiendo... ¡un claustro!
Eso anhelo tan solo : yo le acepto
Como el único bien.
Eleon. Pues preparaos ;
Que al punto marchareis cuando la noche
Con su velo al partir pueda ocultaros.

ESCENA V.

DICHAS, ROBERTO.

Eleon. Roberto.
Rob. ¿Qué me mandais?
Eleon. Vaya Rosmunda á su estancia,
Y luego volved, que os tengo
Que dar órdenes.
(*Vanse Rosmunda y Roberto*)
Mi saña
No ha podido resistir
Al dulce hechizo que arrastra
Los corazones al verla.
En vano le preparaba
Muerte atroz; á pesar mio
Siento en mi pecho la rabia
Desvanecerse, y... no importa...
Ya resuelvo perdonarla.
Mas vaya lejos de mí
Do el claustro oscuro la aguarda;
Y allí mis zelos con ella
Se sepultarán mañana.

ESCENA VI.

ELEONORA, ENRIQUE.

Enr. Señora, decidme luego
En donde Rosmunda se halla.
Eleon. ¿Me lo preguntais á mí?
Enr. A vos, sí.
Eleon. ¡Pregunta extraña!
¿Lo sé yo?
Enr. ¿No lo sabeis?
Y ¡osásteis arrebatarla
De su mansion!
Eleon. ¡Habeis vuelto!
Bien cumplís vuestra palabra.
Enr. Juré no volverla á ver :
Lo he cumplido y esto basta.
Pero tambien acordaos
Que he prometido ampararla,
Y de quien la osare aleve
Ofender, tomar venganza.
Eleon. ¡Ofenderla!... Y ¿quien aquí
El ofendido se llama?
¿Olvidásteis ya quien soy?
¿Olvidásteis vuestras faltas?
Hablaisme cual si yo fuera
Delincuente, y vos sin mancha :
Con iracundo semblante
Prorumpís en amenazas,
¡Y ante mí los ojos vuestros
En la tierra no se clavan!

Al escucharos, Enrique,
Cualquiera, en verdad, pensara
Que somos aquí las dos
Ella esposa y yo la dama.

Enr. Faltas cometí, señora;
No pretendo disculparlas.
Llamadme ingrato, perjuro,
Falso, traidor; vuestra rabia
Sin compasion, sin descanso,
En mí se ensangriente airada:
Lo merezco... Mas Rosmunda...

Eleon. ¿Osas ante mí nombrarla?

Enr. Es inocente.

Eleon. ¡Inocente!
¡Y la has amado! ¡y aun la amas!
La que un esposo me roba,
La que mil puñales clava
En mi pecho, quien destruye
Mis dichas, mis esperanzas,
¿Se llama inocente? No:
Ningun criminal la iguala.

Enr. Pues pensad lo que gusteis:
Yo quiero y juro salvarla.

Eleon. ¡Tú salvarla!... y ¿lo podrias?

Enr. ¡O cielos!

Eleon. ¿Te sobresaltas?

Enr. ¿Osásteis acaso?

Eleon. No,
No temas... vive.

Enr. Me espanta
Esa sonrisa infernal.

Eleon. Vive, vive: no te engaña
Tu esposa... Vive Rosmunda,
Siempre hermosa, flor galana
Que los ojos embelesa
Y el corazon arrebata.
Ni una hoja, ni un matiz
Ha perdido flor tan cara;
Pues ¿quién al verla tan bella,
Se atreviera á marchitarla?

Enr. Al menos impunemente
Tal crimen nadie intentara.
Pero acabemos... Volvedme
A Rosmunda.

Eleon. ¿Debo darla?
Juzgadlo vos.

Enr. Solo quiero
Que lejos de aquí se vaya.

Eleon. Irá; pero donde nunca
Llegueis á saber que se halla.

Enr. Pues bien, aunque la escondais
De la tierra en las entrañas,
De allí arrancarla sabré:
Vuestra furia no me espanta.
Cuando un sacrificio os hago,
¿No lo aceptais, insensata?
¡Ay de vos! ¡Aun no sabeis
Adonde mi enojo alcanza!

Eleon. ¿Qué osas decir?

Enr. Que de todo
Soy capaz en mi venganza.
Ni esa corona que ciñe
Vuestras sienes soberanas,
Ni estos nudos respetables
Que en santa union nos enlazan,
Ni los extensos estados
Que envidia de cien monarcas,
En rico opulento dote
Habeisme traido ufana,
Comparados con mi amor,
Nada me parecen, nada.
Bien lo sabeis: otras reinas
Que el solio inglés adornaran
Se han visto con triste suerte
De su pompa despojadas;
Solo un paso hubo para ellas
Al claustro desde este alcázar;
O el oprobio de un divorcio
Puso fin á su arrogancia.
Tened presente su historia,
Y no querais imitarlas.

Eleon. ¿Y os atrevereis?

Enr. A todo.

Eleon. ¡Ah perverso! solo falta
Que en ese trono que ocupo
Mire á mi rival sentada.

Enr. Si cien coronas tuviera
Con ellas su sien ornara.

Eleon. (Primero perecerá; (*Aparte.*)
Su muerte está decretada.)
¡Qué necios somos los dos! (*Alto.*)
¿Es posible que la calma
Destruya ocasion tan leve
De dos esposos que se aman?
Lo confieso: me cegué:
Mis zelos fueron la causa;
Mas ¿cuándo no tuvo zelos
Un pecho que amor inflama?
Esposo mio, perdona:
Me arrepiento.

Enr. ¡Qué mudanza!

Eleon. Quiero enmendarme: tú diste
Ya el ejemplo, pues en tu alma
Sofocaste una pasion
Que me hiciera desgraciada.
Yo tambien sofocaré
Mis rencores... Pero parta
Lejos de aquí esa mujer
Cuya presencia me mata.

Enr. Eso quiero... Pero ¿dónde
Se halla?

Eleon. De esta misma estancia
Salió no ha mucho: aceptó
Un convento resignada;
Y en breve... Pero antes quiero
Que á verla vuelvas.

Enr. No... basta...
Basta ya.
Eleon. No será Alfredo
Quien vuelva á verla. El monarca
Será, que con altos dones
La consuela en su desgracia:
Será el rey, que pagar debe
De un súbdito infiel las faltas.
¿No merece un desagravio
Si fué por vos engañada?
Enr. ¿Por ventura sabe?...
Eleon. Todo.
Enr. Me odiará ya.
Eleon. No: te engañas:
Te desprecia.
Enr. ¡Ah! solo quiero
Pedir postrado á sus plantas
Mi perdon.
Eleon. Lo pedirás.
Enr. Llevadme al punto do se halla.
Eleon. Luego vendrás... Entretanto,
Si otros negocios reclaman
Tu presencia, los deberes
Marcha á cumplir de un monarca.
Enr. ¡Ah! ¡qué mal te conocia!
Eleon. Conocerme aun mas te falta.
Enr. ¿Cómo?
Eleon. Digo que el delirio
Que infunde amorosa llama
En este pecho constante,
No sabes adonde alcanza.
Enr. Eterno será mi amor.
Eleon. Lo creo... Pero vé... marcha:
Que cuando ya tiempo sea
Daréte aviso.
Enr. ¿No abrazas
Hoy, Eleonora, á tu esposo?
Eleon. ¿Por qué no?
Enr. Prenda adorada,
¿Me perdonas?
Eleon. ¿Lo preguntas?
Pronto perdona quien ama.
Enr. Los dias renacerán
De nuestras dichas pasadas.
Eleon. Así lo espero.
Enr. Adios, pues.
Eleon. Adios... Y hasta luego.
(*Vase Enrique.*)

ESCENA VII.

ELEONORA, LUEGO ROBERTO.

Eleon. Marcha,
Que cuando vuelvas á verme,
Te espantará mi venganza.
¡Has osado amenazarme
Con el divorcio y la infamia!
¿Con que puedo ser del trono
Y de tu lecho arrojada?
¿Con que tambien la corona
De regias sienes se arranca,
Y puede adornar las sienes
De esa rival detestada?
No, no será... Yo sabré
Burlar tus intentos... Calla,
Calla, necia compasion,
Que dentro del pecho me hablas.
Escuchándote me pierdo:
Solo el rigor hoy me salva. (*Sale Roberto.*)
¿Sois vos, Roberto?... Decid:
¿Teneisme ya preparada
Esa bebida mortal?
Rob. Ya lo está.
Eleon. Pues que la traigan.
Rob. Voy, señora.
Eleon. ¿Estais seguro
De su efecto?
Rob. Menos tarda
El rayo cuando las nubes
Ardiendo al suelo le lanzan.
En este instante á mis ojos
A un lebrel hice probarla,
Y al punto cayó á mis piés.
Eleon. Pues cúmplase mi venganza.
Venga Rosmunda: el veneno
Termine su vida infanda;
O siegue, si se resiste,
Un acero su garganta.
A vos, Roberto, ministro
Os hago de mi venganza.
Aquí me habeis de entregar,
Aquí mismo, en esta sala
A esa mujer que abomino
Ya sin aliento, sin alma...
O de su vida... ¿Entendeis?...
La vida vuestra me paga.
Yo me retiro. Tal vez
Su presencia me ablandara...
No es tiempo de compasion.
Muera: mi interés lo manda.
Obedeced, y avisadme.
Ved que os espero. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

ROBERTO.

Matarla
Poco me cuesta en verdad.
Pero el rey que tanto la ama,
Si llega á saber que yo,
Por mi mano... De su saña
¿Quién entonces me liberta?
No: la astucia aquí me valga.

Ese Arturo que el brebaje
Me ha procurado... La audacia
Está pintada en sus ojos:
Si la apariencia no engaña,
Será muy capaz... Y luego
El furor del rey recaiga
Solo sobre él. — Aquí viene.

ESCENA IX.

ROBERTO, ARTURO.

(*Arturo sale con una copa en la mano.*)

Rob. ¿Es la copa envenenada?
Art. Sí, señor.
Rob. En esa mesa
Puedes, amigo, dejarla.
Art. Está bien. (*La pone en la mesa.*)
Rob. Ahora escucha.
Art. Escucho.
Rob. ¿Tendrias alma
Para presentar tú mismo
Ese veneno á una dama?
Art. ¿A esa Rosmunda?
Rob. Esa misma.
Art. ¿Por qué no?
Rob. ¡Bueno!
Art. Allá en Asia,
Siendo esclavo del Soldan,
Se lo presenté á Rojana,
Y ser libre me valió.
Rob. Aquí recompensas altas
Te esperan, si...
Art. Vamos pronto:
A obrar, y menos palabras.
¿Dónde está Rosmunda?
Rob. Al punto
Haré que aquí te la traigan.
Art. Id, pues...
Rob. (*Aparte.*) (Logré mi designio.)
Poco ha de tardar: aguarda.
(*Alto y vase.*)
Art. Sí, con la muerte debiera
Expiar su negra infamia.
Cuando nuestro amor primero
Por otro amor olvidaba,
Pensé que al menos su pecho
Ardia en lícita llama;
Pero la vil admitia
Las caricias de un monarca,
Y al brillo de la opulencia
Su virtud sacrificaba.
Al fin, el cielo castiga
La liviandad de esa ingrata;
Y quiere... Mas héla aquí.
¡Cuál me estremezco al mirarla!

ESCENA X.

ARTURO, ROSMUNDA, ROBERTO.

Rosm. ¿Me llama la reina?
(*A Roberto al entrar.*)
Rob. Hablad
(*Señalando á Arturo.*)
Con el que allí veis. (*Vase.*)
Art. Aun la ama (*Aparte.*)
Mi triste pecho y se inflama
Al verla. ¡O debilidad!
Rosm. Señor... ¡O cielos! ¿qué veo?
¡Arturo!
Art. ¿Me conoceis?
Rosm. ¡Ah! miradme y lo direis.
Art. Jamás os he visto, creo.
Una mujer conocí
Igual á vos en belleza,
Y á par que hermosa, ¡ó simpleza!
Virtuosa la creí.
En vano su imágen bella
Vos aquí me recordais:
¡Ah! pérfida, me engañais:
No, no es Rosmunda, no es ella.
La que en este alcázar miro
Lejos del hogar paterno,
Sombra es suya que el infierno
Me muestra cuando deliro.
Aun me siento arrebatar
Al contemplar su hermosura...
Mas de una mujer impura
El horror me hace apartar.
Rosm. ¡Yo impura! Deten la lengua.
Art. Tu crímen no tiene excusa.
Todo en torno aquí te acusa,
Todo publica tu mengua.
Cuando burlaste mi amor
Yo te creí, miserable,
Solo contra mí culpable,
Pero no contra el honor.
Entonces te perdoné...
¿Qué no perdona un amante?
No te juzgaba inconstante,
Indigno yo me juzgué.
Mas solo por liviandad
Tú despreciaste al doncel:
Ambicionando un dosel
Tu envanecida beldad,
Todo un monarca buscaste;
Y en tu frente donde un dia
Pura la virtud lucia
La negra infamia estampaste.
Rosm. ¡Arturo!
Art. Aparta, mujer;
Que horror ya solo me inspiras.
Rosm. Pues hiere; y aquí tus iras
Hagan mi sangre correr.

Art. Con sangre tan vil mi espada
No empaña su brillo puro.
Rosm. Me insultas... y yo lo juro :
Soy infeliz, no culpada.
Art. ¡Eso dices, y aquí estás!
¡Y amas al rey!
Rosm. ¡Ay de mí!
A Alfredo he querido, sí;
Pero al monarca jamás.
Art. ¡Cómo!
Rosm. Que solo mi igual
En él hasta hoy mismo viera.
Art. ¿Luego ignorabas quien era?
Rosm. Lo ignoraba por mi mal.
Art. Me engañas.
Rosm. Fulmine el cielo
Un rayo sobre mi frente
Si hora mi labio te miente.
¡Ah! disipa ese recelo.
Yo fuí contigo inconstante;
Y aquel mi primer amor,
Como el matutino albor
Apenas lució un instante
Cedió á otro fuego mayor.
Mas si me viste faltar,
Arturo, á mi antigua fe,
Si tu esperanza engañé,
Si al fin te pude olvidar,
La virtud nunca olvidé.
Con nombre fingido, en vano
Quiso burlarme el traidor;
Que en tan peligroso error,
Le dí mi pecho al villano,
Mas no le entregué mi honor.
Art. ¿Qué escucho?... ¿Será verdad?
Rosm. ¿Lo dudas? Nunca mentí.
Art. ¡Cómo dudar, si es en mí
Creerlo necesidad!
Así la profunda herida
Se alivia del corazon;
Que quiere mas mi pasion
Verte infiel que envilecida.
Rosm. ¿Qué, en fin, me vuelves tu [aprecio?
Art. ¿Qué te importa, desdichada?
Rosm. Con él de la suerte airada
Los rigores menosprecio.
Art. ¿Y sabes cuál es tu suerte?
Rosm. Sé que el claustro ya me espera.
Art. ¡Infeliz! ¡A Dios pluguiera!
Es tu destino... la muerte.
Rosm. ¡La muerte! ¡O Dios!
Art. Mira allí
Aquella copa.
Rosm. Comprendo :
¡Un veneno!
Art. Sí, tremendo :
Preparado está por mí.
Rosm. ¡Por tí! ¡Cruel! ¡Cuál te vengas!
Art. ¿Fáltame acaso razon?
Rosm. ¿Y tendrias corazon?...
Art. ¿Yo?... vamos, no te detengas.
Toma.
Rosm. No tengo valor.
¡Morir tan jóven!
Art. Acaba.
Rosm. Primero en mi pecho clava
Ese acero vengador,
Y haz mi corazon pedazos.
Art. ¡Ah! no : que el mio quebrantas.
Rosm. Mírame, Arturo, á tus plantas.
Art. Alzate... y ven á mis brazos.
Rosm. ¿Qué dices?
Art. Que si te viera
Morir, á la tumba fria
Yo contigo bajaria.
Rosm. ¿Mas esa ponzoña fiera?...
Art. Hoy será tu salvacion.
Rosm. ¡Mi salvacion!
Art. Eleonora
Quiere que mueras ahora.
No hay en ella compasion;
Y si acaso ese licor
Aquí no te deja yerta,
Allí te aguarda á la puerta
Un acero matador.
Rosm. ¡Cielos!
Art. No temas : yo mismo
Las yerbas hice aprestar,
Y solo pueden causar
Momentáneo parasismo.
De la muerte en tu semblante
Las sombras extenderán,
Y el latido detendrán
Del corazon palpitante.
Así en letargo profundo
Por pocas horas sumida,
Volverás luego á la vida
Aunque muerta para el mundo.
Del lóbrego panteon
Iré yo mismo á sacarte,
Y si al fin logro salvarte
No quiero mas galardon.
Rosm. ¡O qué mal te conocí,
Noble y generoso amigo!
Mas ya mi existir maldigo.
Art. Vive siquiera por mí.
Rosm. Di que me perdonas antes.
Art. Ni aun de tu agravio me acuerdo.
Solo en mí queda el recuerdo
De nuestro amor... Los instantes
No malogremos. Forzoso
Es esa copa apurar.
¿Puedes, Rosmunda, dudar?
Rosm. No, dámela.
Art. Tembloroso
Tu brazo apenas sostiene...

Rosm. Yo no sé qué horror interno...
Art. ¡ Ah ! tráguenos el infierno,
Que ya tu enemiga viene.
Rosm. Cadáver me encontrará.
Art. Mas con paso apresurado...
Rosm. Ya el licor emponzoñado
Vertido en mi pecho está.

ESCENA XI.

DICHOS, ELEONORA, ROBERTO.

Eleon. ¿ Aun respira esa mujer ?
¡ Roberto !
Rob. Señora, yo...
Rosm. Tu venganza se cumplió :
Ven á verme perecer.
Eleon. Por fin...
Rosm. Apuré el licor.
(*Arroja la copa.*)
La copa á tus plantas rueda ;
Ni una gota en ella queda :
Saciado esté tu furor.
Eleon. ¡ Saciado !... Mal me conoces.
A poco un veneno alcanza ;
Que no hay para mi venganza
Suplicios bastante atroces.
Mas no eres tú, miserable,
Insecto vil que desprecio,
A quien el golpe mas recio
Prepara mi ira implacable.
Tu postrer instante aquí
Venga á ver tu amante fiel ;
Solo para herirle á él
Herirte he querido á tí.
Al contemplar su furor
Satisfecha quedaré :
En tu muerte gozaré,
Pero aun mas en su dolor.
Roberto, al rey avisad :
Decidle que aquí le espero.
Rosm. Inútil es : que primero
Habré espirado.
(*Se sienta ya vacilando.*)
Eleon. Aguardad...
Que otra idea...
Rosm. Yo fallezco.
¡ Cielos ! ¿ qué es esto ?
Art. No temas.
(*Acude á sostenerla y la hace sentar.*)
Eleon. (¿ Ceñirla con cien diademas
(*Aparte.*)
Querias ?... Pues yo te ofrezco...)
Seguidme vos, y cumplid (*A Roberto.*)
Las órdenes que os daré. (*Vase.*)
Art. ¡ Ah ! por fin, la salvaré,
Y se ha logrado mi ardid.
En la tumba pretendia
Tan bella presa encerrar !
Pues bájela á contemplar,
Y la encontrará vacía.

ACTO TERCERO.

Salon regio. A derecha del actor el trono, cuyo asiento estará cubierto con cortinas.

ESCENA PRIMERA.

ENRIQUE, ELEONORA.

Eleon. Venid, Enrique, venid :
Seguidme sin miedo.
Enr. ¿ Adónde
Me conducís ?
Eleon. Por ventura
¿ El sitio un rey no conoce
Donde ostenta su grandeza
Ante su postrada corte ?
El regio salon es este :
El trono aquel... no os asombre.
Enr. Solo se abren estas puertas
En solemnes ocasiones,
Que aquí todos con respeto
La trémula planta ponen.
¿ A qué, pues, venir ahora ?...
Eleon. Vuestro pecho se alboroce.
Venís á ver á Rosmunda,
A ver á vuestros amores.
Mas aparato, mas pompa
¿ En qué ocasion corresponde ?
Enr. Dejad las burlas, señora,
Y no querais que me enoje.
Si á Rosmunda vengo á ver,
Sois sola quien lo dispone ;
Que lejos yo de buscarla,
Huiria de do se esconde.
Aseguradme que vive,
Que libre se halla, y entonces
Os juro que satisfecho
Daré al olvido su nombre.
Eleon. Aun quiero hacer mas por vos.
¡ Olvidarla ! No os imponen
Tan violento sacrificio
Mis implacables rencores.
Para que al fin vuestras ansias
En este dia se logren,
Os la quiero presentar
Entre regios esplendores.

Enr. ¿Delirais?
Eleon. ¿No me habeis dicho
Que en su frente bella y noble
Colocárais cien coronas
Si cien tuviérais?
Enr. Cegóme
El furor.
Eleon. Vuestros deseos
Va á cumplir vuestra consorte.
No cien coronas poseo:
Una sola tuve en dote;
Mas con ella venturosa
Rosmunda su sien adorne.
Reciba ese don que solo
Feliz estrella nególe,
Y á vuestros ojos se muestre
Sin rival en todo el orbe.
Enr. Acabad.
Eleon. Venid, Enrique;
Acercaos.
Enr. ¿Qué intenciones
Son las vuestras?
Eleon. Esa mano
Me dad. ¿Temblais? ¿Qué temores
Son esos?
Enr. Me estremeceis:
Que esas miradas atroces,
Esa sonrisa infernal,
Todo anuncia... Decid: ¿dónde,
Dónde está Rosmunda?
Eleon. Al punto
La verás... Allí está... Corre...
En aquel trono.
(*Enrique va al trono; descorre las cortinas, y aparece Rosmunda sentada en él, aletargada y como muerta. Estará vestida de reina con la corona puesta.*)
Enr. ¡Dios mio!
¡Muerta!
Eleon. Sí... ¿No me conoces?
¿Pensabas que de otra suerte
Es dado que la recobres?
¡Yo devolvértela, yo,
Sino muerta! .. Mas logróse
Tu anhelo... Mírala... inútil
Es ya que tú la corones.
Enr. ¡Ah! por lo menos vengada...
Eleon. Hiéreme; que el fiero golpe
Aguardo aquí sin temor.
Si lo osas, tu acero esconde
En mi pecho... ¡Pero tiemblas!
Enr. Eres mujer... Vete.
Eleon. Voime
Satisfecha... Ya triunfé,
Y mi venganza cumplióse.
Adios... Con ella te queda:
Mi presencia no te estorbe.
Murieron mis zelos ya:
Gózate con tus amores. (*Vase.*)

ESCENA II.

ENRIQUE, ROSMUNDA.

Enr. ¡Ah! yo te juro que tan negro crímen
No ha de quedar impune: si en tu sangre
Mi noble espada sumergir no puedo,
Aun hay tormentos para tí mas grandes.
Pero ¡Rosmunda!... ¡Ay Dios!... ¡Muerta, sí, muerta!
Héla allí inmóvil, sin color, cadáver
Que el regio manto convirtió en mortaja,
Y en féretro el dosel... ¡Horrible imágen!
Maldigo mi pasion; pues ella sola
La causa ha sido de tan cruel desastre...
Sí, yo soy quien te mata, sí, Rosmunda;
Y soy el que despues de asesinarte,
Con mofa vil que de baldon me cubre
Ahora escarnio de tus restos hace.
Mas ¡ay! perdona; que á poderlo Enrique,
Viva estuvieras donde muerta yaces.
Huyamos de esta vista... Mas no puedo...
A sus plantas llorar solo me es dable.
Quiero morir aquí... Muerto tan solo
De hoy mas consiento que de aquí me arranquen.
¡Rosmunda!... ¡No responde!... ¡Cuán helada
Su yerta mano está!... Mi llanto baje
Sobre ella ardiendo, y en su mármol frio,
Corra abundoso y el calor derrame.
Dios que ves mi dolor, haz que á la vida
Mis suspiros la vuelvan un instante.
(*Queda postrado á los piés de Rosmunda: esta va volviendo en sí poco á poco.*)
Rosm. ¡Ay!
Enr. ¡Qué gemido!... si será... deliro...
¡Vana ilusion!
Rosm. ¡Ay Dios!
Enr. ¡Otra vez!
Rosm. Madre...
Madre amada...
Enr. ¿No es ella?... Sí... se mueve...
¡Aun respira!... ¡O placer!... Su pecho late...
¡Rosmunda!... ¡Guardias!... Acudid... ¡Rosmunda!
¡Vives!... ¡Ah! yo fallezco.
(*Cae á los piés del trono.*)
Rosm. Oigo llamarme...
¿Qué es esto?... ¿Dónde estoy?... ¿Qué sitio es este?...
¡Qué espléndido salon! ¡Qué extraño traje!...
¿No es un regio dosel do estoy sentada?

¿Qué peso es este que mi frente abate?
¡Una corona!... ¡O Dios!... Sin duda es sueño
Para hacer mas horrible el despertarme.
(*Deja la corona á un lado.*)
Enr. ¡Rosmunda! [miro
Rosm. ¿Quién me llama?... ¿Un hombre
A mis plantas?... ¿Quién sois?
Enr. ¡O fiero trance!
¿No me conoces ya?
Rosm. ¡Cielos! ¡Alfredo!
¡Enrique!... ¡Él es!... él es... Dios, ampa-
Enr. ¿Qué temes? [radme.
Rosm. Apartaos... Vuestra vista
Solo espanto y horror puede causarme.
Enr. Escucha.
Rosm. Nada quiero... Huyamos.
(*Quiere huir y no pudiendo sostenerse, cae.*)
¡Cielos!
No me puedo tener... ¡Que así me falten
Las fuerzas! (*Enrique acude á sostenerla.*)
Enr. Ven, mi bien, ven á mis brazos.
Rosm. Un rayo en ellos sin piedad me abrase. [cielo
Enr. Calma tu espanto, pues permite el
Que á mi voz de la tumba te levantes.
Rosm. ¡Ah! ¿qué quereis de mí? ¿Sois vos, inicuo,
Quien hacerme ha dispuesto tal ultraje?
Enr. No me culpes... Yo mismo no comprendo...
Así quiso Leonor de mí vengarse...
Mas la perdono ya, pues que fingida
Tu triste muerte...
Rosm. Sí... fingida... En balde
Un tósigo mortal me destinaba:
El cielo decretó que me salvase.
Enr. Mas ¿cómo pudo ser?... Dime...
Rosm. No todos
Son malvados aquí... Burló sus planes
Narcótico licor.
Enr. ¿Quién te lo diera?
Rosm. Arturo.
Enr. ¡Arturo!
Rosm. Sí... Dejad me saquen
De este horrible palacio.
Enr. ¿Qué pretendes?
¿No soy tu Alfredo yo? ¿Puedes dejarme?
Rosm. ¡Alfredo! ¡Y aun osais con ese nombre!...
Mirad, señor, do estamos... De mis padres
No es esta la mansion... No es el humilde
Castillo donde con perversas artes,
De doncella infeliz, sensible, incauta,
Un pérfido traidor pudo burlarse;
Donde ella se entregaba sin recelo
Al tierno impulso de su pecho amante;
Y donde ciega al deshonor corria
Mientras soñaba ¡ay Dios! felicidades.
Aquí el alcázar de los reyes miro;
Un trono miro allí... Por todas partes
La pompa de estos sitios me anonada,
Y en vos refleja para haceros grande.
¡Alfredo pereció!... Triste, Rosmunda,
Ni aun en recuerdo ya le es dado amarle:
Sois Enrique, mi rey, mi soberano;
Y para vos, señor, ya no soy nadie.
Enr. ¡Nadie!... Tú eres mi bien, mi alma, mi todo;
Y en vano quiso el cielo coronarme:
A tus plantas yo rindo mi diadema;
Y siempre Alfredo soy.
Rosm. Sois un infame,
Sois un perverso, pues. La horrible mengua
Así aceptais de un seductor cobarde,
De un vil perjuro... Por inmundo fango
El manto regio consentís se arrastre;
Y el que nació á ser rey, ya sin decoro,
Al esclavo mas vil quiso igualarse. [quejas
Enr. ¡Ah! calla, calla; que al oir tus
Fiero puñal el corazon me parte.
Sí, yo soy criminal; tu ira merezco...
Mas compasion tambien... Siempre pun-
Crüel remordimiento atormentaba [zante
Mi triste corazon; y al adorarte,
Yo mi pasion funesta maldecia,
Y al maldecirla mas, era mas grande.
¿Qué quieres?... (exclamaba en mi delirio)
¿Do te lleva tu ardor?... ¿Quieres, infame,
Seducir su virtud? ¿Entre tus manos
Esa cándida flor habrá de ajarse?
Entonces detestaba esta grandeza
Que puso nuestras cunas tan distantes;
Y mas que todo detestaba entonces
Ese lazo fatal, abominable,
Que no formó el amor, y en férreo yugo
Es eterna ocasion de mis afanes.
Ora intentaba en mi furor romperlo,
Y sobre el trono excelso colocarte:
Ora huir de tu lado resolvia
Y entregarte al olvido... Tú lo sabes:
Turbado, incierto, veces mil me viste
A tus plantas gemir, y delirante,
Raudo desparecer: en larga ausencia
Mi olvido ya, mi ingratitud lloraste;
Y al cabo, á mi pesar, sin saber cómo,
Otra vez á tus piés volviste á hallarme.
No me acrimines, pues... Culpa tan solo
Al hado, al cielo... á tí. ¿Piensas que es fácil
Conocerte y no amar? ¿Piensas que puede
Quien una vez te amó nunca olvidarte?
Pierde primero tu fatal belleza;
Pierde ese hechizo que fascina, atrae,
Y puso el cielo en tí, cual si quisiera

Ostentar su poder á los mortales.
¡Ay! esta dicha que á tu lado alcanzo
Tan dulce es para mí, tan inefable,
Que ¿cómo resistir? ¿cómo á perderla,
Mísero yo, pudiera condenarme?
Rosm. Y ¿cómo á tanto amor resistiria
Una débil mujer? Sencillo, frágil,
Mi triste corazon á sus dulzuras
Se entregó sin recelo, y los pesares
Nunca creyera hallar donde lucia
De ventura sin fin la bella imágen.
Solo en tí se encerraba, en tí tan solo,
Cuanto en el mundo apetecer es dable.
Alfredo era mi dicha, era mi gloria,
Mi tesoro, mi vida, el bien mas grande;
Alfredo era mi Dios á quien la tierra
Toda á mis ruegos erigiera altares.
¿Te hallabas á mi lado? Embebecida
Creia ver de mi custodia el ángel.
¿Hablabas? A tu voz me estremecia
Cual si el Supremo Ser bajara á hablarme.
Subyugada por tí, vencida, ¡ay triste!
¿Qué me fué dado hacer sino adorarte?
¡Era yo tan feliz!... No las riquezas
Te pedia mi amor, no que me alzases
Hasta el regio dosel... Solo veia
Como el supremo bien tu ansiado enlace,
Y nada mas allá... Vivir contigo,
Y que la tierra entera me olvidase;
Y contigo morir; y que al empíreo
Nuestras almas unidas se elevasen;
Y en presencia de Dios, en su alta gloria,
Por una eternidad poder amarte.
Enr. Sí, bien mio, lo juro: sí, por siem- [pre
Tuyo Enrique será. Ven, y constante...
Rosm. ¿Qué he dicho? ¡Santo Dios!... ¡Ah! me horrorizo.
Dejadme... no es verdad.
Enr. No te retractes.
Di que me amas aün.
Rosm. Y bien, os amo,
Os amo por mi mal... pero matadme.
Enr. No, que mia serás... Ya no vacilo.
Triunfó, triunfó el amor... Desde hoy tu [amante
Tu esposo vendrá á ser.
Rosm. ¡Cómo!
Enr. Rompiendo
Con esa aleve mi ominoso enlace,
Hoy libre quedaré.
Rosm. No, no permito...
Enr. ¿Quién, di, quiso adornar con los [reales
Armiños tu beldad? ¿quién la corona
A tu frente ciñó? ¿Quién colocarte
Mandó sobre ese trono?... Di: ¿no es ella?
Pues ella...
Rosm. Sí... es verdad... ¡Mujer infame!
¿No vió mi juventud y mi inocencia?
Y ¡nada pudo haber que la aplacase!
Y ¡decretó mi muerte!... y ¡el veneno
A saciar su rencor no fué bastante!
¡Mas allá de la tumba se extendia,
Haciendo escarnio vil de mi cadáver!
¡Ah! Tiembla... que por fin, de tí, perversa,
Yo tambien á mi vez podré vengarme.
Enr. Sí, sí: te vengarás... su puesto ocupa.
En él te colocó; de él ella baje.
Rosm. ¡Qué horrible pensamiento! ¡O Dios! y pude...
¡Ah! señor; por piedad, de aquí sacadme.
No me conozco ya... Vuestra presencia...
Esta regia mansion... vuestro lenguaje...
Todo perturba mi razon... y todo...
Dejadme al menos mi virtud, dejadme.
Enr. ¿Qué dudas?... Ven conmigo, ven.
Rosm. Marchaos;
Que aun vuestro aliento me emponzoña.
Enr. En balde
Te resistes... Yo juro... Mas ¿quién viene?
¿Ella acaso?
Rosm. ¡Eleonora!
Enr. Sí... Ocultarte
Es preciso... Ven.
Rosm. No.
Enr. Te lo suplico.
Que Enrique al menos tu existencia salve.
Rosm. Obedezco... Mas ¿dónde?
Enr. En ese trono;
Y que su mismo ardid hora la engañe.
(*Vuelve Rosmunda á colocarse en el trono, y se cubre con las cortinas; pero de modo que el público pueda verla todavía.*)

ESCENA III.

ENRIQUE; ROSMUNDA, EN EL TRONO; ELEONORA, ROBERTO, CRIADOS.

Eleon. ¿Todavía os hallo aquí?
No lo extraño: amante tierno,
Al lado de vuestra bella
Se os olvidan los momentos.
¡O cuán dulces habrán sido
Los que debeis á mi celo!
Enr. Aun mas de lo que pensais;
Y recompensaros debo.
Mas que unas órdenes dé
Permitidme. — Oid, Roberto.
(*Habla bajo á Roberto.*)
Eleon. Extraño hallarle, en verdad,
(*Aparte.*)
Tan resignado y sereno...
Pero esa calma tal vez
Encierra un oculto fuego.
Enr. Marchad y volved al punto.
(*A Roberto, que se va.*)

Eleon. ¿Cuáles son vuestros intentos?
Enr. ¿Temeis acaso?
Eleon. ¿Yo?... Nada.
Enr. Alejad todo recelo.
A los que en palacio esten
Mando venir.
Eleon. ¿Con qué objeto?
Enr. ¿Olvidásteis por ventura
Quién allí está? (*Señalando al trono.*)
Eleon. No por cierto.
Enr. ¿Olvidásteis que en su frente
Vos la diadema habeis puesto?
Eleon. ¿Y bien?
Enr. Al morir Rosmunda,
Una reina es la que ha muerto.
Eleon. Como un sepulcro la encierre,
Que reina sea consiento;
Pues semejante rival
No ha de inspirarme ya zelos.
Rosm. Aun pudiera del sepulcro (*Aparte.*)
Salir para tu escarmiento.
Eleon. ¿Quereis honrar su memoria?
Está bien: dad á los pueblos
De vuestras regias virtudes
Tan recomendable ejemplo.
Mas no imagineis permita
Que su frente por mas tiempo
Esa corona profane
Que por mofa en ella he puesto.
Rosm. ¡Por mofa!... Mira, perversa,
(*Aparte, tomando la corona que tiene al lado.*)
Que entre mis manos la tengo,
Y tienta mucho el guardarla:
No apures mi sufrimiento.
Eleon. Tal espectáculo, Enrique,
Entre los dos lo tolero,
Mas no de mi dignidad
El público vilipendio.
Oscura su tumba sea
Como fué su nacimiento;
Y allí encerrado tambien
Quede este fatal secreto.
Enr. ¡Asombro causa el oiros!
Qué, ¿no siente vuestro pecho
De crímen tan horroroso
Ni un leve remordimiento?
Eleon. ¿Es delito por ventura
El pisar un vil insecto?
Rosm. No puedo mas... Tú lo quieres...
(*Aparte, colocando la corona en su cabeza.*)
Ven, corona, ya te acepto.
Enr. Es crímen que sin castigo
No han de consentir los cielos.
Temblad, perversa, temblad;
Que aunque Rosmunda haya muerto,
Aun se ha de alzar del sepulcro
Como vengativo espectro,
Vuestros ojos espantando
Con su aterrador aspecto.
Eleon. No pienses, necio, inspirarme
Ni vil compasion, ni miedo:
Las víctimas que encerró
La tumba, nunca ha devuelto.
Rosm. Te engañas... Mírame aquí.
(*Descorriendo la cortina y mostrándose en pié sobre el trono.*)
Eleon. ¡Justicia eterna! ¿Qué veo?
(*Aterrada.*)
¡Rosmunda!
Rosm. Sí... ¿Me conoces?
Mírame bien.
Eleon. ¡Qué portento!
¿Será verdad?... No te acerques...
Sombra... fastasma... ¡Ah! fallezco.
(*Cae desmayada: los criados acuden á sostenerla.*)
Rosm. Mujer orgullosa, al fin
Postrada á mis piés te tengo.

ESCENA IV.

Dichos, ARTURO, ROBERTO, acompañamiento de Lores y Gentes de palacio.

Rob. Señor, aquí están...
Enr. Venid
Y escuchad todos.
Todos. ¿Qué vemos?
Enr. Ya Eleonora no es mi esposa:
Los lazos del parentesco
Que sin dispensa nos unen,
Anulan nuestro himeneo.
Ved de hoy mas á vuestra reina.
(*Señalando á Rosmunda.*)
Postraos ante ella.
(*Todos se inclinan.*)
Art. ¡Es cierto!
Rosm. ¡Reina soy!
Art. ¡Rosmunda!
(*Arturo se coloca en medio del teatro cerca del trono, apostrofando á Rosmunda. Esta le ve, se aterra, y como cambiando de idea, arroja la corona al suelo, y dice:*)
Rosm. ¡Arturo!
¿Qué hice?.. ¡O Dios! ¡Ah! no... no quiero.

ACTO CUARTO.

Gabinete de estilo oriental y caprichoso con profusion de jaspes y adornos. Puerta grande en el foro que abriéndose deja ver una capilla. Puertas laterales. Una ventana. Una mesa con avios de escribir y una lámpara. Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

ROSMUNDA, SENTADA; GUALTERO.

Gualt. ¿Qué respuesta le he de dar?
Rosm. La que siempre yo le dí:
Déjeme salir de aquí,
Y libre al fin respirar.
Gualt. Libre estais; que pues amor
Un trono os dará mañana,
Sois aquí la soberana
Y el esclavo es mi señor.
Rosm. Muy bien lo prueba, en verdad,
Si tan guardada me tiene.
Gualt. Una corona previene
Con que honrar vuestra beldad.
Rosm. Mucho deslumbra, lo sé,
Una corona tan bella,
Y breve instante con ella
Yo tambien me deslumbré;
Mas al punto horrorizada
La arrojé lejos de mí.
Gualt. No os sacrifiqueis así;
Que del rey enamorada...
Rosm. Harto le llegué á querer;
Pero en mi suerte penosa
Soy poco para su esposa
Y su dama no he de ser.
Enrique es casado ya;
Y puesto que dueño tiene,
Admitir no me conviene
La corona que me da.
Gualt. Si á Eleonora dió su mano,
Le es repudiarla preciso;
Y solo aguarda el permiso
Del pontífice romano.
Rosm. Ni se lo dará, ni yo
Usara de él si lo diera.
Gualt. Mirad que Enrique me espera.
¿No dais mas respuesta?
Rosm. No.
Gualt. Con harto rigor tratais
A quien por vos solo vive.
No quereis verle; y si escribe
¿Con desden le contestais?
Rosm. ¿No conoce ya mi anhelo?
Solo un convento le pido.
Gualt. ¡Rostro tan bello perdido
Bajo oscuro y tosco velo!
¡A quien palacios merece
Dar de un claustro la prision!
Rosm Y ¿de un claustro esta mansion
Diferencia acaso ofrece?
Gualt. Solitaria es, lo confieso,
Mas sin igual su hermosura:
Que á la vez arte y natura
Le prestan dulce embeleso.
¿Qué es ver los retretes bellos
Labrados por sabio moro,
Donde los jaspes y el oro
Deslumbran con sus destellos?
Y ¿qué es ver en derredor
Pensiles mil, cuyas flores
Encantan con sus colores
Y embelesan con su olor?
De Woodstock el parque umbroso
Es joya de la Inglaterra,
Y tiene fama en la tierra
Por lo ameno y delicioso.
Rosm. ¿Qué importa, si su espesura
En laberinto intrincado,
Mas que con muro doblado
A quien encierra asegura?
Ni el que está fuera, en su centro
Logra nunca penetrar,
Ni aun menos puede escapar
Quien llega á mirarse dentro;
Que en larga inútil carrera,
Despues de giros sin cuento,
Vuelve loco y sin aliento
Al punto de do partiera:
De tal suerte, que aunque entienda
Su madeja enmarañada
Enrique, le da la entrada
Subterránea oculta senda.
Gualt. Por ella he venido yo
Y entramos los que os servimos;
Pues por ella preferimos...
(*Suena debajo de la reja el preludio de una cancion en una arpa.*)
Mas ¿qué instrumento sonó?
Rosm. No sé...
Gualt. ¿Quién puede?
Rosm. En verdad
Que en este sitio es extraño.
Gualt. Y tocan, si no me engaño,
Bajo esa reja... Escuchad.

Voz (*cantando*).

Gala y flor de la hermosura,
Con mil gracias seductora,
A Rosmunda Enrique adora
Y á sus piés postrado está.

Él es rey, mas ella es bella,
Y á la hermosa, ¿quién no cede?

Si él vencer al orbe puede,
De él la hermosa triunfará.

Rosm. ¡Qué voz!... ¡Cielos!... Si será...
Gualt. ¡Vive Dios que es trovador!
Rosm. Y ¡es mi historia! ¡Qué rubor!
Gualt. Mas ¿por dónde entrado habrá?

Voz (canta).

En su ardor el cetro rinde
A Rosmunda un rey potente,
Y ceñir á su alba frente
La diadema prometió.

Rival fiera, cn ira ardiendo,
La hizo dar mortal bebida;
Mas volvióle amor la vida,
Y en el trono la sentó.

Rosm. ¡Es Arturo!
Gualt. ¿Arturo?
Rosm. Sí:
No hay duda.
Gualt. Tres dias ha
Que en la corte ya no está.—
Con efecto, vedle aquí.
(*Miran por la reja.*)
La luna da en su semblante.
Rosm. ¡Me ha visto!
Gualt. Es de presumir;
Que indica querer subir.
Rosm. Abridle.
Gualt. Pero...
Rosm. Al instante.
(*Vase Gualtero.*)

ESCENA II.

ROSMUNDA.

¿Quién le pudo introducir
En esta oculta mansion
Que impunemente jamás
Osada planta pisó?
¿Qué intentos serán los suyos?
¡Ah! su noble corazon
Para salvarme sin duda
Hoy le arroja con valor
A tan temeraria empresa.
Protegedle, eterno Dios.
Mas ya llega.

ESCENA III.

ROSMUNDA, ARTURO, GUALTERO.

Gualt. Vedle allí. (*A Arturo.*)
Rosm. ¡Arturo, eres tú!
Art. Yo soy:
Sí, Rosmunda.
Rosm. ¿Quién tus pasos
Aquí, imprudente, guió?
¿Qué pretendes?
Art. Solo á tí
Puedo revelarlo... Vos (*A Gualtero*)
Dejadnos solos.
Gualt. Acaso...
Rosm. Hacednos este favor.
Gualt. Os obedezco, señora.—
(Esta extraña introduccion... (*Aparte.*)
Conviene que el rey la sepa;
Y de ella á informarle voy.) (*Vase.*)

ESCENA IV.

ROSMUNDA, ARTURO.

Art. El tiempo es precioso, ven:
No perdamos la ocasion.
Rosm. ¿Qué intentas?
Art. Salvarte.
Rosm. ¿A mí?
Art. Si esclava de un vil amor,
No quieres en estos sitios
Vivir sin honra.
Rosm. ¿Quién? ¿Yo?
Pues ¿no sabes?
Art. Solo sé
Que aquí peligra tu honor.
Rosm. ¿Dudas que guardarlo supe?
Art. No tengo esa duda, no;
Que á tenerla... Pero ven:
Huyendo de esta mansion,
Mas puro queda ensayado
De tanta prueba al crisol.
Rosm. ¡Ah! tu presencia me mata;
Que no puedo sin rubor...
Art. Alza la frente, Rosmunda;
Que no es juez sin compasion
Este que hora entre sus brazos
Te estrecha con dulce ardor.
Es tu amigo, sí... No temas
De negra infamia el baldon;
Pues aunque breves momentos
Pudo el brillo seductor
De una corona ofuscarte,
La virtud al fin triunfó.
Rosm. ¿Y qué fuera de Rosmunda
Si tu vista, si tu voz,
Esa olvidada virtud
No volviera al corazon,
A este corazon que débil
Tan fácilmente cedió?
Mas perdona... Yo no sé
Qué encanto fascinador
De mis sentidos, de mi alma,
Arturo, se apoderó.
¡Pueden tanto los recuerdos

De no extinguida pasion!
¡Pueden tanto una corona
Y un deseo vengador!
Que ¿cómo en tan fiero trance
Hallar resistencia? ¡ay Dios!
Te presentaste... A tu acento
Disipóse la ilusion:
Ví de un abismo insondable
A mis piés todo el horror...
Me estremecí... La diadema
Mi mano airada arrojó...
Que aunque trono, amor, venganza
Trastornaban mi razon,
Pudiste al fin mas que todos,
¡O tú, mi ángel salvador!

Art. En vano el rey despechado
De la entereza que halló
En tí, vencer no pudiendo
Tu noble resolucion,
Con pretexto de ocultarte
De tu enemiga al furor,
Te encerrara en este sitio
Que impenetrable creyó.
¡Impenetrable! Lo fuera
A quien con menos teson
No jurara libertarte
De este peligro cual yo.
Muros de bronce asaltara
Por salvarte, ¡vive Dios!
¡Cuánto mas de un laberinto
La reducida extension!
Sus peligrosas revueltas
Osé arrostrar sin temor,
Y al cabo de pruebas mil,
Ya mi constancia venció.
Héme aquí, pues... El camino
Que abrir logró mi valor,
Un hilo nos trazará
Que en él tendido quedó:
Con tal guia en un momento
Huir podemos los dos.

Rosm. Hombre generoso, deja
Que bese tus plantas.

Art. No,
No, Rosmunda: ¿qué haces?

Rosm. Tú eres
Mi ángel tutelar, mi Dios.
¡Qué noble desprendimiento!
¡Qué animoso corazon!
¡Ah! ¿cómo podré pagarte?...

Art. ¡Pagarme!... Ya se acabó...
Mas sálvate... Lo demás
Que lo disponga el Señor.
Ven, huyamos sin tardanza;
Que en este país feroz
Otros peligros te cercan.
Eleonora en su furor
De rebelion contra Enrique
Ha levantado el pendon.
Pronto á inflamarse el inglés
De la discordia á la voz,
Numerosos partidarios
Junta de ella en derredor.
No lejos de estos lugares
Ya sus reales sentó,
Y horrible guerra civil
Va á encender un torpe amor.

Rosm. ¡Ah! por fuerza yo he nacido
En hora de maldicion.
Do quier mi vista produce
Desgracias, guerras y horror...

Art. Vamos, pues... pronto... salgamos.

Rosm. Sí... Mas espera... Antes voy...

Art. ¿Dónde?

Rosm. Perdona... Tan solo
Concédeme este favor.

Art. ¿Cuál?

Rosm. Que le escriba.

Art. ¿Y te atreves?...

Rosm. No culpes, no, mi intencion.
Rogarle solo pretendo
Por tan malogrado amor,
Que me olvide; y renovando
Lazos que Dios consagró,
Vuelva la paz á sus reinos.

Art. Está bien... Escribe.

(*Rosmunda se sienta y escribe rápidamente una carta. Llama despues; y sale un criado á quien la da.*)

Rosm. Vos
Llevad esta carta al rey. (*Vase el criado.*)
A seguirte pronta estoy. (*A Arturo.*)

Art. Vamos, pues... Pero ¿qué es esto?
¿No ves aquel resplandor?
(*Señalando la ventana.*)

Rosm. Sí... ¿qué será?

Art. ¡Cielo santo!
(*Va á mirar por la reja.*)
¡Perdidos somos!... ¡Qué voz!
¡La reina!

Rosm. ¡La reina!

Art. Sí.
Su gente está en derredor
De este palacio... Tu carta
Quitan al paje.

Rosm. ¡Por Dios!
Escóndete tú.

Art. ¿Yo?... Nunca.
¿Cómo pudo?... ¡Maldicion!
El hilo la habrá guiado
Que mi imprudencia dejó.

Rosm. Ya llegan.

Art. Pues bien, aquí
Pereceremos los dos.

ESCENA V.

ROSMUNDA, ARTURO, ELEONORA, ROBERTO, SOLDADOS.

(*Salen precipitadamente la reina y los soldados, llevando estos hachas encendidas. La reina lleva en la mano la carta de Rosmunda.*)

Eleon. ¿Aquí estás?... En mi poder
Caiste, por fin, traidora:
La que de mi trono excelso
Con negro baldon me arroja,
La que su impúdica frente
Quiere orlar con mi corona.
No será... yo te lo juro...
Que tósigo infiel ahora
No burlará mi venganza;
Y tu sangre gota á gota
Ante mis ojos corriendo
Afirmará mi victoria.
Rosm. ¿Qué tardais? Venga el verdugo;
Que ya á morir estoy pronta.
Eleon. No me esperabas, ¿es cierto?
Y aquí en placenteras horas
¿Gozar de amor hoy creias
Las caricias deliciosas?
Sin duda porque tardaba
Ese amante que te adora,
Iba esta carta á avivar
Su venida perezosa.
Rosm. ¿La habeis leido?
Eleon. Presumo
Lo que en frases amorosas
Dirá.
Rosm. Con todo, leedla:
Os lo suplico.
Eleon. En buenhora.
(*Abre la carta y la lee.*)
Veamos pues... ¡Dios! ¿qué he leido?
¿Será verdad?
Rosm. ¿Qué os asombra?
Eleon. ¿Esto pensábais hacer?
Rosm. ¿Lo dudais?
Eleon. Me quedo absorta.
Rosm. ¿Quién, señora, vuestro esposo,
Ni vuestro cetro ambiciona?
Guardadlos, guardadlos, sí;
Y sed con ellos dichosa.
Eleon. ¿Pensais que habré menester
Vuestro permiso, orgullosa?
Rosm. ¿Quién tal dice? Vuestros son:
Yo ni aun quiero su memoria.
Eleon. ¿Qué, en fin, estábais resuelta?
Rosm. Vuestra vista solo estorba
Que estemos lejos de aquí.
Eleon. Y ¿ha de ser mas generosa?
(*Aparte.*)
Art. ¡Ah! sin duda la piedad
En vos su imperio recobra.
Eleon. ¡Piedad en mí!
Art. Sí, que en vano
Su voz resistís zelosa. [miro?
Eleon. Y ¿quién sois vos?... Mas ¿qué
¡Arturo!... ¡Ah! traidor... ¿Y aun osas
Ante tu reina ofendida
Presentarte?
Rosm. No te expongas,
Arturo, márchate y deja
Que aquí perezca yo sola.
Art. Y si en el mundo no estás
¿Ya la vida qué me importa?
Sí, lo confieso, yo soy (*A Eleonora.*)
Quien con bebida engañosa
De vuestro injusto furor
Quise librar esa joya.
Soy quien de ese laberinto
Las revueltas misteriosas
Osé arrostrar, y la senda
Hallé que todos ignoran.
¡Necio de mí, solo ha sido
Guiar á su matadora!
Soy, en fin, quien por salvar
Una vida tan preciosa
No hallo riesgos que me asusten,
Ni estorbos que se me opongan.
Si esto se llama ofenderos,
Os he ofendido, señora.
Eleon. ¿Qué escucho?... Sin duda tú
Tambien á esa infame adoras.
Art. La adoro, sí... No penseis
Que ocultarlo me proponga.
Siendo niño la adoré;
Creció mi pasion fogosa
Con los años, y un volcan
Es inextinguible ahora.
La adoro sin esperanza;
La adoro ingrata, alevosa;
Y para quererla mas,
Otro y no yo su amor logra.
Su vista evitar debí
Mientras pudo ser dichosa;
Es infeliz, y á su lado
Manda el honor que me ponga.
Vedme, reina, á vuestros piés;
Mi amor por ella os implora.
Perdonadla, no es culpable:
Su alma noble y candorosa
Ni torpe ambicion conoce,
Ni impuros deseos forma.
Tambien engañada ha sido;
Tambien traicion alevosa,
Fingiendo amor inocente,
Quiso labrar su deshonra.

No castigueis la virtud
Que triunfo tan bello logra,
Y huye de quien tanto amó
Despreciando una corona.
Perdonadla, perdonadla:
Con ella sed generosa.
Eleon. No lo merece la infame:
Llegó ya su postrer hora.
Art. Pues bien, si sois inflexible,
Si sois á mis ruegos sorda,
Yo la sabré defender
De vuestra furia rabiosa.
(*Saca la espada y se coloca delante de Rosmunda.*)
Venid, mandad los verdugos:
Que esta espada cortadora
Su sangre vil verterá
Si aun mirarla infames osan:
O á lo menos, si á pesar
De mis esfuerzos la inmolan,
Sufriendo una misma suerte
No la vereis morir sola.
Eleon. ¡Atrevido!
Rosm. ¿Qué haces?
(*Le ase por el brazo y le impide esgrimir la espada.*)
Art. Suelta.
Eleon. Desarmadle.
Art. ¡Y tú me estorbas!...
(*Los soldados se abalanzan sobre Arturo y le desarman. Roberto quiere herirle; la reina le detiene.*)
Eleon. Apartaos.
Rosm. ¡Imprudente!
¡Dónde un ciego amor le arroja!
No castigueis su locura, (*A Eleonora.*)
Que es mia la culpa toda.
Eleon. ¿Tambien vos le defendeis?
Rosm. Y ¿quién no siendo, señora,
Un monstruo vil, puede ver
Tanto amor, y no le adora?
Art. ¿Qué has dicho? ¡O felicidad!
¡Ah! que esa palabra sola
Me premia cuanto sufrí.
Ya la muerte es deliciosa;
Que el hombre debe morir
Cuando tanta dicha logra.
O reina, mandad que sea
Comun nuestra suerte ahora.
Eleon. Sí, lo será: lo resuelvo:
Sé ya lo que hacer me toca.
Roberto, en todas las puertas
Poned segura custodia.
Que de este cuarto no salgan
Ni uno ni otro... A que dispongan
Yo voy cuanto á mi venganza,
A mi dignidad importa.
Vosotros aquí esperad:
Mi sentencia será pronta.
(*Roberto habrá colocado centinelas fuera de las puertas: hecho lo cual, sigue á Eleonora con los demás soldados, quedando Rosmunda y Arturo solos.*)

ESCENA VI.

ROSMUNDA, ARTURO.

Rosm. Oid... esperad... ¡Malvada!
¡Monstruo de infamia y horror!
¿No le basta á su rencor
Mi sangre verter airada?
¡Aun quiere mas su furor!
¡Quiere la tuya!... Infelice,
Yo soy, yo soy quien te mata;
¿Por qué á mujer tan ingrata
Hora tu voz no maldice?
Art. ¿Qué pronuncias, insensata?
¡Yo maldecirte!... No, no:
Bendigo mas bien al cielo;
Pues sensible á tanto duelo,
Mi ruego ardiente cumplió.
Morir contigo es mi anhelo,
Morir á tu lado, sí;
Verte en mi postrer suspiro;
Y una señal ver en tí
Cuando muriendo te miro
De compasion hácia mí.
Desde la infancia florida
Fuiste mi dulce ilusion;
Mas esa ilusion perdida,
Ya marchito el corazon,
¿De qué me sirve la vida?
Rosm. Calla, calla; que un puñal
Clavas agudo en mi seno:
Yo te fuí siempre fatal;
Y en tu vivir el veneno
He derramado del mal.
Por mí tu patria dejaste,
Hallando la esclavitud:
Pagué con ingratitud
Tanto amor... Tú me salvaste;
Y es tu premio un atahud.
Art. ¡Mi premio!... Pues ¿cuál mayor
Puedo aguardarlo de tí?
¡Tu compasion y tu amor!
Porque ¿ya me quieres, sí?
Rosm. ¿Qué he de decirte? ¡ay dolor!
Cual mereces, no lo sé;
Mas te adoro como á un Dios.
Art. Y ¿tanta dicha logré?
Rosm. No ufano tu pecho esté:
Que á morir vamos los dos.
Art. Y ¿qué me importa? Un momento
De este inefable contento

Vale muy bien el morir :
Y cuando me venga á herir
Luego el verdugo sangriento,
A su acero mi garganta
Sin pesar entregaré ;
Y á la muerte le diré :
Quien te debe dicha tanta,
Cual un bien llegar te ve.
Tan solo un favor pretendo
De tu enemiga impetrar :
En tu tumba descansar :
Si no eres mia viviendo,
Sélo despues de espirar.
Mas ¿qué digo?... ¿No me queda
Un instante todavía?
¿Quién esta dicha me veda?
¡Ay! antes que al hierro ceda,
El placer me mataria.
Sí, Rosmunda, es menester :
De mi eterno padecer
Yo exijo una recompensa.

Rosm. ¿Cuál?... dímela.

Art. Es grande, inmensa.

Rosm. Para tí corta ha de ser.

Art. Si en mí de este amor el fuego
Siempre fué sincero, puro;
Si á muerte por él me entrego,
Jura que á mi último ruego
Accederás.

Rosm. Sí, lo juro.

Art. Mira que lo has de cumplir.

Rosm. Habla.

Art. A la esfera gloriosa
Do Dios te va á recibir,
Tú, Rosmunda, has de subir
Con el nombre de mi esposa.

Rosm. ¡Yo!

Art. Mi fe recibe ahora;
Que no nos ha de negar
En nuestra postrimer hora
Un ministro del altar
Nuestra fiera matadora.

Rosm. ¡Ah! ¿qué pretendes de mí?

Art. ¿Te retractas por ventura?

Rosm. Yo no soy digna de tí.

Art. Di que me aborreces, di
Que eres ingrata, perjura.

Rosm. ¡Arturo!

Art. Aparta, y me deja
Buscar la muerte horrorosa.

Rosm. Detente.

Art. ¡Mujer odiosa!

Rosm. ¡Ah! cese tu injusta queja.
Triunfaste ya : soy tu esposa.
(*Se arroja á sus piés.*)

Art. ¡Mi esposa!... ¿Es cierto?

Rosm. Lo soy :
Tu esclava fuera tambien.
Mira : á tus plantas estoy.

Art. No, ven á mis brazos, ven.
Toma : este anillo te doy;
Es el anillo nupcial.

Rosm. Lo acepto.

(*Arturo saca un anillo que lleva y se lo da á Rosmunda : esta lo toma; y abrazados luego los dos, caen arrodillados.*)

Art. Y tú, eterno Dios,
Desde tu asiento inmortal
Tu bendicion celestial
Derrama sobre los dos.
Abre el alto firmamento,
Muestra tu trono, Señor;
Y entre su santo esplendor,
Dígnate el fiel juramento
Recibir de nuestro amor.
Recíbelo, sí, que es puro;
Y estas almas que lo dan,
Dejando este suelo oscuro
Tras él se refugiarán
Hoy á tu eternal seguro;
Y allí en perdurable paz
Ante tu divina faz,
De esta santa union la tea,
Si aquí lució tan fugaz,
Inmortal y eterna sea.

ESCENA VII.

DICHOS, ROBERTO, SOLDADOS.

Rob. Allá os esperan, marchad.
(*A Rosmunda y Arturo.*)
Vosotros acompañadlos. (*A los soldados.*)
(*Vanse Arturo y Rosmunda rodeados de soldados.*)

ESCENA VIII.

ROBERTO.

(*Mira por la ventana.*)

Si la oscuridad no engaña,
Ya Enrique se va acercando.
Él es, no hay duda... Cumpliendo
De Eleonora los mandatos,
Esta carta dejo aquí :
Retiremos los soldados.
(*Coloca sobre la mesa la carta de Rosmunda; hace despues salir á los centinelas que habia colocado fuera de la puerta, y vase.*)

ESCENA IX.

ENRIQUE.

¡Qué soledad!... ¡Dios mio!... ¿Por qué causa
Do mis pasos dirijo á nadie encuentro?
¿Dónde Rosmunda está?... Su estancia es esta...
Reposando tal vez... Con todo, entremos.
(*Quiere entrar por la puerta de la izquierda.*)
¡Cielos! ¡Cerrado!... ¿Qué misterio?... El paje
Aseguró que Arturo... ¿Con qué intento
Ha podido venir?... ¿Cómo ha logrado
Penetrar?... ¿Do estará?... ¿Por qué tan tierno,
Tan profundo interés muestra por ella?
¿Acaso?... ¡Qué sospecha!... No, no es cierto.
Esa lámpara indica que no ha mucho
Alguno estaba aquí... Pero ¿qué veo?
¡Una carta!... ¡A mi nombre!... Es de Rosmunda.
Veamos... ¡Cielos!... Al abrirla tiemblo.
(*Abre la carta y la lee con grande agitacion pronunciando en alta voz algunos trozos de ella.*)
« Huyo de vos... Un ángel me ha salvado...
» Yo no puedo ser vuestra... Mano y cetro
» A Eleonora debeis... Dadme al olvido...
» Restituid la paz á vuestros pueblos. »
¡Ah! Ya penetro tan horrible arcano.
¡Soy vendido!.... ¡Traidores! ¡Este premio
Das, ingrata, á mi amor!... Yo generoso
Pongo á tus piés mi corazon, mi cetro;
Todo sin vacilar lo sacrifico;
Horrible guerra por tu causa enciendo;
¡Y me vendes así!... Pérfida, tiembla...
Probarás mi venganza... De aquí lejos
No puede estar aün... Vamos... Hallarla
Sabré, mas que la oculte el mismo infierno.
(*Va á salir.*)

ESCENA X.

ELEONORA, ENRIQUE.

Eleon. Detente... ¿Dónde vas?
Enr. ¡Dios! ¡Eleonora!
¿Tú aquí?... ¿Cómo pudiste?... ¡Ah! ya comprendo.
¡Horrible trama!... No, no es delincuente
Rosmunda, no lo es, no puede serlo.
Tú, malvada, á escribir la has obligado
Esta carta, sí, tú... ¡Vano proyecto!
¡Torpe é inútil ardid!... Siempre la adoro;
Y á tí, pérfida, á tí, mas te detesto.
Eleon. Enrique, os engañais... Ya estaba escrita
Cuando aquí penetré.
Enr. No, no lo creo.
Eleon. Lo estaba: yo os lo digo; y con Arturo
Iba Rosmunda de este sitio huyendo.
Enr. ¡Arturo! ¡Arturo!... ¡Y bien! ¿Quién es? ¿qué quiere?
¿Quién le trajo? ¿Do está? ¿Cuál es su intento?
Pronto, decid, hablad.
Eleon. Señor, calmaos.
¿Eso me preguntais? ¡Qué! ¿Sois tan ciego,
Que no habeis conocido lo que todo
Revelando os está?... ¿Su ardiente fuego
Por ventura ignorais?... ¿Nunca os han dicho
Que ambos en su niñez se conocieron;
Que á la par con la edad, en paz dichosa,
Creció su ardor entre infantiles juegos?
Sabed que en su pasion, por conseguirla,
Todo él lo arrostra, despreciando riesgos;
Y ella premiando su constante llama,
Olvida vuestro amor, rehusa el cetro.
Enr. ¡Ah! ¿qué es lo que decís? ¡Atroz engaño!
¡Que tanta falsedad quepa en su pecho!
Eleon. Mirad, mirad quien preferirme osásteis:
Por esa aleve despreciar me veo;
Por ella Enrique sacros nudos rompe:
¡Del amor de un monarca digno objeto!
Enr. No prosigais, callad... Ved que es horrible
E st suplicio que al oiros siento.
Eleon. ¡Luego conoces ya los que he debido
Por tu amor padecer fieros tormentos!
¡Miro si son atroces! Si los sientes
Como yo los sentí, vengada quedo.
Enr. No cabe mas sufrir... Se abrasa el alma...
¡Eleonora infeliz, te compadezco!
Mas solo la venganza... Di: ¿por dónde
Esos infames de este sitio huyeron?
Eleon. No huyeron, no... Para evitar su fuga
Aquí sin duda me condujo el cielo.
Enr. ¿Luego se hallan aquí?
Eleon. Sí.
Enr. ¿Dónde?
Eleon. Cerca.
Enr. ¿Cerca?... Vamos.
Eleon. Detente.
Enr. Verla quiero.
Eleon. ¿Para qué?
Enr. No lo sé... Quiero vengarme...

Echarle en cara su maldad pretendo...
Ver qué disculpa da... ¿Quién sabe?... Acaso
No es tan culpada, no, como creemos.

Eleon. Sí, la verás... Mas pierde la esperanza;
Que de pensar en ella pasó el tiempo.
Tuya no puede ser.

Enr. ¿Por qué?

Eleon. Sabráslo.
Abrid... Mírala allí... Tiene otro dueño.

(*Las puertas del fondo se abren y dejan ver una capilla con su altar alumbrado. Rosmunda y Arturo están arrodillados á los piés de un sacerdote recibiendo la bendicion nupcial. Están rodeados además de soldados.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, ROSMUNDA, ARTURO, ROBERTO, SOLDADOS.

Enr. ¿Qué veo?... ¡Santo Dios!... ¡Al pié del ara!
¡Con Arturo! ¡O furor!... Sabrá mi acero...

(*Enrique saca un puñal y corre furioso para herir á Rosmunda; pero al ir á dar el golpe, retrocede horrorizado y arroja el arma. Rosmunda y Arturo se levantan con espanto. Eleonora acude á defenderlos, haciendo que se interpongan los soldados.*)

Art. ¡El rey!

Enr. ¡Qué horror!... ¡Jamás!

Rosm. ¡Señor!

Eleon. No temas.
Soldados, acudid... Yo te defiendo.

Enr. ¡Vos!

Eleon. Su noble virtud me ha desarmado.

Enr. Su perfidia mas bien.

Eleon. Ese himeneo
Yo lo he querido.

Enr. ¡O cielos! Tú, Rosmunda,
¿Te sacrificas?

Rosm. No... Que un ángel tengo,
Un ángel por esposo.

Enr. ¿Has olvidado
Que yo tambien?...

Rosm. Señor, no hableis en eso...
Solo una prueba ya de amor os pido.

Enr. ¿Cuál?

Rosm. Mirad vuestra esposa.

Enr. ¡Ah! ya te entiendo.
A sus piés estoy ya.

(*Se arroja á los piés de Eleoonra.*)

Eleon. Ven á mis brazos.

(*Enrique y Eleonora se abrazan.*)

Rosm. Sed dichosos... A Dios.

Enr. y Eleon. A Dios.

Rosm. Marchemos;

(*A Arturo.*)

La Francia nos espera.

Art. Vamos.

Enr. ¿Nunca
Volveré á verte?

Rosm. Sí.

Enr. ¿Dónde?

Rosm. En el cielo.

DON ALVARO DE LUNA,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

El REY Don JUAN II.
Don ALVARO de LUNA, condestable de Castilla.
Don JUAN PACHECO, marqués de Villena.
Don ALVARO DESTUÑIGA, hijo del conde de Plasencia.
ALONSO PEREZ de VIVERO, contador mayor.
ELVIRA, hija del condestable.
El Marqués de SANTILLANA.
El Conde de PLASENCIA.
El Conde de CASTRO.
JUAN de MENA.
FERNANDO MORALES, paje del condestable.
RIVADENEIRA, doncel del condestable.
El Verdugo.
Caballeros.
Escuderos.
Pajes.
Criados.
Soldados.
Ballesteros.
Alcaldes.
Alguaciles.
Dos Frailes.

La accion pasa los dos primeros actos en Escalona, el tercero y cuarto en Burgos; el quinto en Valladolid (año de 1453).

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un jardin.

ESCENA PRIMERA.

PACHECO, VIVERO.

Pach. ¿Quedamos solos, Vivero?
Viv. Solos quedamos, señor.
Pach. Pues venid; que con sigilo
Tenemos que hablar los dos.
Viv. Mirad, don Juan, lo que haceis:
Ni el sitio, ni la ocasion...
Pach. Las auras de este jardin
Se llevarán nuestra voz:
Demás, que hoy entretenidos
Con tan soberbia funcion,
Todos á ver sus aprestos
Acuden... Si tambien vos...
Viv. Quien de don Juan el segundo
En la corte se crió,
Tiene á justas y saraos
Saciada ya la aficion.
¡Famoso reinado ha sido!
Turbulento, vive Dios;
Pero tampoco en las justas
Ninguno como él brilló.
Pach. Por eso es hoy de un rico-hombre
Extraña la condicion.
Noble, galan, cortesano,
A par que batallador,
Así pulsa arpa sonora,
Como vibra su lanzon,
Y así le agrada el estrado,
Como el combate feroz.
Quizá en medio de una fiesta,
Bajo risueño exterior,
De algun oculto volcan
Amenaza la explosion;
Y donde solo se ven
Juegos de cañas y amor,
Suele proyectos mas serios
Abrigar el corazon.
Viv. Entiendo... Tal vez ahora
Se trama aquí...
Pach. Perez, no.

Viv. Este misterio...
Pach. No indica
De alguna trama el temor:
Mas tener con vos me importa
Secreta conversacion.
Viv. Hablad, pues.
Pach. ¿Me conoceis,
Vivero?
Viv. Extraña cuestion.
No ignoro, don Juan Pacheco,
Vuestra nobleza y valor:
Sé que ha poco el marquesado
De Villena el rey os dió;
Y además que os honra el príncipe
Con su envidiable favor.
Pach. Pues si eso sabeis, Vivero,
Bien puede vuestra razon
Lo que habré de ser un dia
Inferir de lo que soy;
Y si un ejemplo quereis
De mi futuro esplendor,
En don Alvaro de Luna
Podeis mirarlo; que si hoy
Él es en Castilla tanto,
No habré de ser menos yo.
Guiados por una estrella
Dos soles somos los dos;
Mas él es sol que se pone,
Y yo soy naciente sol.
Viv. Si habeis juzgado oportuno
Recordarme lo que sois,
Os debo tambien hacer
Igual recuerdo en rigor.
Alonso Perez me llamo:
No es antiguo mi blason,
No me precio de linaje;
Mas al que humilde nació,
Lo que en cuarteles le falta
Tal vez le sobra en valor.
Mis servicios son mis timbres;
Y no han sido escasos, no,
Si de ellos es permitido
Juzgar por el galardon.
De Jerquera y de Vivero
Y de Alcalá soy señor:
En el consejo del rey
Alzo el segundo la voz,
Y ministro de su alteza
Soy su contador mayor.
El que de humildes principios
A esta altura se elevó...
Pach. Suele caer mas aprisa
Si le falta el valedor.
A la sombra del de Luna
Castilla medrar os vió;
Mas si esa luna se eclipsa,
Decid, ¿qué será de vos?
Viv. No soy tan nuevo en las cortes
Que viva sin prevision
A merced de las mudanzas
Que en ellas labra el favor.
Afecto al de Luna fuí,
Mi lëaltad le sirvió;
Mas no he de ser cual la yedra,
Asida con tal teson
Al árbol que la protege,
Que el hacha del leñador
Para derribar el tronco
Los corta á un tiempo á los dos.
Nuevo apoyo, si ese falta,
Sabré buscar en sazon;
Que cuando otros se despeñan,
Despeñarme fuera error.
Pach. Prudente sois, buen Vivero.
Viv. Quien los palacios pisó,
¿No debe serlo?
Pach. Pues bien,
Hablémonos sin ficcion.
Vos no os podeis sostener
Sin un brazo protector,
Y si vos no me servís,
Vanos mis designios son.
Esto supuesto, Vivero,
Ved lo que os está mejor:
O caer con el de Luna,
O alcanzar mi proteccion.
Viv. ¡Con el de Luna caer!
¡Eso me lo decís hoy!
Pach. El astro del condestable
Ha dias que se eclipsó.
Esta pompa que aquí veis,
Este soberbio esplendor
Que al de los reyes iguala,
La asombrosa reunion
De damas y cortesanos
Que acuden hoy á su voz
Adorando al que en Castilla
Resplandece como el sol;
Esas magníficas justas
Do de las trompas al son
Salen á probar sus lanzas
Guerreros de alto valor;
El rey mismo que bajando
Del noble solio español,
Viene á honrar con su presencia
De un vasallo la mansion;
Todo no es mas que la sombra
De un poder que ya pasó,
Y de una luz que se apaga
El último resplandor.
Viv. ¡Cómo!... Explicaos.
Pach. Del rey
Yo leo en el corazon.
Privanza de tantos años
Le cansa; el yugo opresor
Siente al fin, y solo anhela

De romperlo la ocasion.
Do quier halla al condestable
Que le cela en rededor,
Y en sus miradas altivas
Le tiene como en prision.
Desvanecido el encanto
Que un tiempo le subyugó,
Ya no mira á su valido
Jóven, galan, seductor,
Sino cual áspero anciano
De orgullosa condicion.
No es el verle su alimento,
No enferma si se ausentó:
Si antes buscábale ansioso,
Hora huye de él con temor;
Y no penseis que á su pecho
Vuelva la antigua aficion;
Que de amar dejan los reyes,
Pero eterno es su rencor.
Viv. Y sin duda, aprovechando
Tan bella disposicion,
¿Quereis hacer de un rival
La caida mas veloz?
Pach. Recoger su herencia intento,
Mas no ser su destructor;
Que cuando baje al sepulcro,
Sin esfuerzos el timon
Podré empuñar del estado,
Y ser del reino señor.
Hora ambiciones sin cuento
Contrastaran mi ambicion;
Y de tanto noble altivo
A tal distancia no estoy,
Que no presuman los necios
Ver en mí lo que ellos son.
Riquezas tiene el maestre
Y empleos de tal valor,
Que me estará bien por cierto
Su opulenta sucesion;
Y si logro al de Villena
Unir de Luna el blason,
¿Quién se atreverá en Castilla
A ser mi competidor?
Vos, Perez, podeis servirme.
Viv. Mandadme, que vuestro soy.
Pach. Pues bien, es fuerza que astuto
Penetreis...
Viv. Callad, por Dios;
Que viene Elvira.
Pach. ¿La hija
Del maestre?
Viv. Vamos.
Pach. No;
Que huélgome de tener
De hablarle aquí la ocasion.

ESCENA II.

DICHOS, ELVIRA.

(Sale Elvira pensativa llevando en la mano una banda.)

Elv. Banda de rojo color
De oro precioso bordada,
A premiar hoy destinada
La destreza y el valor,
¿Cuál será el pecho que ufano
Te conquiste en el torneo,
Y con tan noble trofeo
Trémula adorne mi mano?
¡Ah! ¡si te logra adquirir
Aquel que por mí suspira,
Aquel por quien solo Elvira
El suyo siente latir!
Sí, tú vencerás, mi bien,
Tuyo este premio será;
Pues si tu amante lo da,
¿Quién te lo disputa, quién?
Infunde, vírgen María,
Aliento á su corazon,
Cuando en ardiente bridon
Combata á la vista mia:
Que á cada encuentro un laurel
Mire en su frente brotar,
Y en tus aras consagrar
Prometo rico joyel.
Venga á recibir de mí
La banda entonces mas bella;
Y si el alma no va en ella,
Es porque ya se la dí.
(Se sienta en un banco.)
Viv. Pensativa está, señor.
Pach. No nos ha visto, Vivero.
Viv. Y por las señas infiero
Que es pensamiento de amor.
Pach. Pedidle, Vivero, á Dios
Que de esa suerte no sea.
Viv. ¡Dichoso quien la posea!
Pach. O desdichados los dos.
Viv. ¿Tenéisla amor por ventura?
Pach. Por quien es, mas que por bella.
Dejadme solo con ella. *(Vase Vivero.)*

ESCENA III.

PACHECO, ELVIRA.

Pach. Guarde Dios vuestra hermosura.
Elv. ¿Aquí vos, el de Villena?
Pach. Perdonad mi atrevimiento
Si turbo ese pensamiento,
Señora, que os enajena.
Elv. Distraida en el jardin,

Contemplaba estos primores :
¡Son tan galanas sus flores!
Pach. Bello es el blanco jazmin
Que los aires embalsama,
Bello el pintado clavel,
Y mucho mas bella que él
La rosa en su verde cama.
Yo al verlas embebecido
A gozarlas me quedé ;
Mas nueva flor encontré
Y á todas por ella olvido.
Elv. ¿Tan preciosa es esa flor?
Pach. Pintarla es difícil cosa;
Que por demás es hermosa :
A todos inspira amor.
Elv. Mas verla justo será.
Pach. Si en aquella fuente os veis,
En su cristal la hallareis.
Elv. ¿Luego soy yo?
Pach. Claro está.
Elv. Cortesano estais, marqués :
La lisonja os agradezco.
Pach. Serviros, señora, ofrezco
Si á la justa vais despues.
Elv. Iré ; y esta banda os dice
Que de ella faltar no puedo :
Es el premio que concedo
Al vencedor.
Pach. ¡Ah! ¡Felice
El que alcanzarlo consiga!
Elv. Escaso premio es por cierto :
Ni vos lo anhelais, advierto.
Pach. ¡No lo anhelo! ¡Que eso diga
Vuestra hermosura de mí!
Elv. Vestido de gala os veo ;
Y jamás en un torneo
Tales armas conocí.
Pach. Toquen luego á combatir :
Que no tengo tan distante
Mi armadura, que al instante
No la pueda requerir;
Y la cota que probó
Su buen temple en cien batallas,
Que rompa el justar sus mallas
No teme por cierto, no.
Elv. Ocasion vuestro valor
De acreditarse tendrá,
Que á honrar la justa vendrá
De los guerreros la flor.
Pach. A todos vencer prometo
Si una esperanza me dais.
Elv. Mucho, marqués, blasonais :
Nunca fué vano el discreto.
Pach. Perdonadme esta jactancia ;
Que quien os llegara á ver,
Entre anhelar y poder
No conoce la distancia.
A ver y no á combatir
Vine, señora, al torneo,
Que á mis lauros tal trofeo
No he menester añadir;
Y cuando solo pensé
Que aquí se alcanzaba gloria,
Una mezquina victoria
A quien le falte dejé.
Mas hora que al vencedor
Tan grato premio se ofrece,
Lo que el valor no apetece
Lo anhela ansioso el amor.
De vuestras miradas centro
Prometedme que seré,
Y os juro que venceré
En uno y en otro encuentro;
Pues con tan dulce esperanza,
Al son de guerrera trompa
No habrá peto que no rompa
Con rudo golpe mi lanza.
Elv. Digno sois de galardon;
Mas que valgo poco entiendo,
Y á lanzadas no pretendo
Se gane mi corazon.
Pach. Pues bien, á ganarlo aspiro
Hoy rendido á vuestros piés.
(*Se arrodilla.*)
Elv. ¿Qué haceis?... Alzaos, marqués,
Alzaos, ó me retiro.
¡Gente viene!... ¡Santo Dios!
¡Destúñiga!

ESCENA IV.

DICHOS, DESTUÑIGA.

Dest. Perdonad
Si interrumpo... Continuad,
Que estais bien así los dos.
Elv. Poned sello á vuestra lengua :
Ved que mi honor es sagrado,
É imprudencias de un osado
No pueden causarle mengua ;
Que si el marqués loco ó necio
Me ofende con su pasion,
Su atrevida pretension
Castigo con el desprecio. (*Vase.*)

ESCENA V.

DESTUÑIGA, PACHECO.

Pach. ¡Pesia mi suerte enemiga!
¿A qué venís vos aquí?
Dest. ¿Me lo preguntais á mí?
Pach. ¿A quién quereis que lo diga?
Dest. A tal pregunta, marqués,
Solo responde mi espada.
Pach. ¿Qué hace, pues, ahí colgada?

Dest. Os encontrais sin arnés,
Y con armas desiguales
No acostumbro yo á lidiar.
Pach. Que tome os ha de pesar
Las mias, pues son fatales.
Dest. Si en armas sois tan dichoso
Como lo sois en amores,
Poco temo esos furores.
Pach. ¡ Miserable !
Dest. ¡ Jactancioso !
Pach. Guerreros supe vencer
Que oscurecen vuestra fama ;
Y á mis piés he visto dama
De mas pro que esa mujer.
Dest. Vive Dios, que en mi presencia
De Elvira habeis de hablar bien.
Pach. No sufro yo su desden.
Dest. Ni yo tamaña insolencia.
Pach. Y á vos, ¿ quién os autoriza
Para defenderla así ?
¿Sois su caballero aquí ?
¿Entrais por ella en la liza ?
Dest. Soy quien no consiente en vano
Se atreva nadie á ofenderla ;
Que á mí para defenderla
Me basta ser castellano.
Pach. Otra razon entreveo
Que ha de poder mas en vos.
Dest. ¿ Cuál ?
Pach. Me engaño, ó vive Dios,
Tenéisla amor, segun creo.
Dest. ¿Yo ?
Pach. Sí, vos, sin duda alguna ;
Y á fe que es rara ocurrencia
Unir con el de Plasencia
A su enemigo el de Luna.
Dest. Ya me falta el sufrimiento :
Salid al campo conmigo.
Pach. Perdonadme si no os sigo ;
Mudé ya de pensamiento.
Yo os complaciera, á fe mia,
Con vos saliendo á lidiar ;
Mas si os llegara á matar
Corta venganza seria.
Puesto que Elvira os prendó,
Renunciad su mano bella ;
Pues quien casará con ella
No sereis vos, sino yo.
Dest. ¡ Vos ! ¡ vos ! ¡ oh rabia !
Pach. Servir
Mi pasion primero es justo ;
Y despues, si es vuestro gusto,
Tiempo habrá para reñir.
Dest. Primero que lo logreis
Os he de arrancar el alma.
Pach. Tened, Destúñiga, calma :
¿ Que viene gente no veis ?

ESCENA VI.

DICHOS, EL REY, DON ALVARO, CASTRO, PLASENCIA, SANTILLANA, JUAN DE MENA, VIVERO, CABALLEROS.

Rey. Vistosa la plaza está.
Sant. Bella funcion á fe mia.
Mena. Escalona en este dia
Fama eterna dejará.
Alv. ¡ Qué es ver en altos balcones
Colgados de rica grana,
Tanta beldad que se afana
Por robar los corazones !
¡ Qué es ver el grato arrebol
De sus purpúreos colores,
Y sus ojos brilladores
Que compiten con el sol !
¡ Y aquellas preciosas galas
Do seda y oro se ostentan,
Cuyos matices afrentan
Del regio pavon las alas !
Y ¡ qué es ver tanto galan,
Tanto noble justador,
Que por gloria ó por amor
La lucha esperando están !
Cual recorriendo la arena
Con arrogante altivez,
Quiere vencer la esquivez
De la hermosa por quien pena ;
Cual cantando con primor
Trova que inspirado inventa,
Primero lucir intenta
Su ingenio que su valor.
Unos armados están
De fuerte y brillante arnés,
Con su empresa en el pavés
Y con fierro de Milan ;
Otros de gala vestidos
Las damas quedan sirviendo,
A Marte fiero escondiendo
Bajo formas de cupidos.
¡ Y tanto alazan brioso
De erguido, enarcado cuello,
Por ardiente, noble y bello
Gloria del Betis undoso ;
Ya luciendo en el paseo
Su paramento esplendente,
Ya retozando impaciente
En bullicioso escarceo !
Por Santiago, que al mirar
Ese marcial aparato,
Yo tambien en mi arrebato
Las armas he de jugar ;
Que si su antigua pujanza
La edad á mi brazo veda,
Aun la bastante me queda

Para romper una lanza.
Rey. ¡Bella pintura! Muy bien.
Mena. Maestre, el buen justador,
¿Quereisme de trovador
Quitarme el lauro tambien?
Alv. Donde se halla Juan de Mena
¿Quién de poeta blasona?
Cuando él sus trovas entona
¿Cuál otra ya dulce suena?
Mena. Mas de una vez os prestó
Apolo su dulce lira.
Sant. Y el ardor que Marte inspira
A par en vos se admiró.
Alv. Alabanza cortesana;
Mas ser poeta y soldado
A un tiempo, solo le es dado
Al marqués de Santillana.
Sant. No ha sido lisonja en mí
El proclamaros valiente,
Que en las lides frente á frente
Vuestro arrojo conocí.
Alv. Bien me acuerdo, que en verdad
No fuísteis siempre mi amigo.
Pach. Olmedo fué buen testigo.
Rey. Ese suceso olvidad;
Y por Dios, no recordemos
Nuestras discordias fatales,
Orígen de tantos males.
Alv. Teneis razon: disfrutemos,
Caballeros, sin rencor
De las fiestas de este dia:
Que sea todo alegría,
Puesto que el rey mi señor
Las honra con su presencia;
Y en fe de que os quiere bien
Nuevas mercedes tambien
Su alteza os hace. Plasencia,
A vuestras villas podreis
Añadir la de Aravaca;
Vos, Castro, de Caravaca
Hoy la encomienda tendreis;
Vos, Mendoza, adelantado
Mayor sois ya de Castilla;
Y asistente de Sevilla,
Vos, conde, quedais nombrado.
Rey. Paso, paso, condestable,
(*Con enfado.*)
Que harto generoso andais.
Cuando mercedes hagais
Será precaucion laudable
En vos pedirme otra vez
Primero la venia á mí.
Alv. Señor, perdonad... creí
Que...
Rey. Basta, basta.
Cast. Pardiez
(*A uno que está á su lado.*)
Que le ha puesto colorado.
Alv. ¿Qué es esto que escucho, cielos?
(*Aparte.*)
Rey. Yo le cortaré los vuelos.
(*A Pacheco, que ha estado hablando bajo con él.*)
Pach. En breve su orgullo osado
Llegara el cetro á usurpar.
Rey. Ahora, caballeros, id
Y vuestros juegos seguid;
Que aquí me es fuerza quedar
Con el maestre un momento.
Alv. ¿Conmigo?
Rey. Ciertos asuntos
Tenemos que tratar juntos.—
Dios os guarde.
(*A los caballeros que se retiran.*)
Viv. Macilento (*Bajo á Pacheco.*)
Quedó con la reprimenda.
Cast. Os doy, conde, el parabien
(*Bajo á Plasencia con ironía.*)
Por esta merced.
Plas. Tambien
Yo os lo doy por la encomienda.

ESCENA VII.

EL REY, DON ALVARO.

Alv. Señor... (*Se echa á los piés del rey.*)
Rey. ¿Qué es esto, condestable?...
Alzaos...
¿Vos á mis plantas?
Alv. Sí... vuestro semblante
Me dice, airado, que enojaros pude.
Rey. No, don Alvaro, no... Mas escuchadme...
Tiempo es ya de decir... Mucho me cuesta...
Y no sé si tendré fuerza bastante.
Alv. ¿Qué os detiene, señor?... ¿Pensais acaso
En mí encontrar un corazon cobarde?
¡Ah! bien me conoceis: nunca la suerte
Vencer pudo este pecho incontrastable.
Rey. Una prueba de amor pediros quiero.
Alv. Mi deber es por vos sacrificarme.
Decid.
Rey. Viéndolo estais... Por vos do quiera
Mis reinos todos en discordias arden;
Y tras tanto afanar, un bien precioso,
La paz, la dulce paz, es justo darles.
Alv. ¿Y bien?...
Rey. En vano conseguirlo anhelo,
Maestre, en tanto que á mi lado os guarde.
Salid, yo os lo suplico, de mi corte.
Alv. ¡Yo, señor!
Rey. Es forzoso.
Alv. ¡Desterrarme!
¡A mí!

Rey. No lo penseis.
Alv. ¡Yo desterrado!
¡Yo!—Bien, si lo mandais...
Rey. No, condestable.
Escuchado lo habeis : os lo suplico.
Alv. Así recompensar los reyes saben.
Este de mi lealtad, este es el premio.
Rey. ¿Por ventura temeis que os arrebate
De mi antiguo favor los altos dones
Que tanto mereceis?... No : las ciudades,
Los títulos guardad que justo premio
Fueron de tal valor, tantos afanes;
Y nuevas gracias recibid ahora...[dignidades,
Alv. ¿Quién nada os pide aquí?... Mis
Mis bienes, ¿qué me importan?... ¡Ah! tomadlos...
Una sola merced quiero mas grande.
Rey. ¿Cuál es?
Alv. La muerte.
Rey. ¡Cielos!
Alv. Sí, la muerte
El solo premio es ya que podeis darme.
Rey. Maestre, ¿qué decís? [mezquino
Alv. ¡Qué! ¿Tan
Mi corazon juzgais, que solo cabe
En él codicia vil?... ¡Me dais riquezas,
Títulos!... y la honra, ¿nada vale?
Rey. ¿La perdereis por eso?
Alv. ¿No la pierdo?
Decidlo vos... Treinta años de combates
¡Por término tendrán con mengua mia
Acerba humillacion, destierro infame!
¡Ah!... ¿Qué dirá Castilla, España toda?
¡Que fuí tal vez traidor!... No, no, matadme.
En el puesto en que estoy, solo muriendo
Me es posible cederlo á mis rivales.
Rey. Entiendo, hombre ambicioso : vuestro orgullo
Es el que os dicta tan audaz lenguaje.
Anhelais el poder... ¡Necio que ignora
Que á quien lo pudo dar quitarlo es fácil!
Alv. ¿Quién lo niega, señor?... ¿No os sacrifico
Cuanto puedo perder? ¿No os doy mi sangre?
Solo guardo el honor : si esto es orgullo,
La culpa es vuestra que me hicísteis grande.
Puesto que al cielo sublimarme os plugo,
No pretendais ahora rebajarme,
Que los hombres cual yo, si á caer llegan,
Desquician el estado al desplomarse.
Miradlo bien, señor : no es al de Luna,
No es un triste mortal á quien se abate :
Es Castilla, sois vos, que en estos hombros
Sustentándose están treinta años hace.
Yo soy el que animoso en Talavera
Libraros supe del rebelde infante;
Yo soy quien desde un triste cautiverio
En el trono os senté de vuestros padres;
Yo quien luchando con osados nobles
En él os defendí firme y constante,
Y humillé al Aragon, y las banderas
A vuestros piés rendí del fiero alarbe.
Mi vida entera la lealtad la abona.
Y ¿qué en cotejo de servicios tales
Pueden hoy presentar esos que intentan
Del lado vuestro con baldon lanzarme?
¿Quereis saber sus timbres? Tordesillas,
Olmedo, Montalvan por ellos hablen;
Hablen tantos castillos asaltados
Do hicieron todos criminal alarde
De insultar á su rey; hable el convenio
En que vuestro poder haciendo partes,
Como á rico botin, se les vió ansiosos
Cada cual á la suya abalanzarse.
¿Logran ellos vencer? Castilla os mira
Indignada sufrir su yugo infame.
¿Consigo yo humillar su loco orgullo?
Con mas bello esplendor luego renace
Vuestro excelso poder, y vuestros reinos
En vos adoran, mas que un rey, un padre.
El escudo soy yo de vuestro solio;
Y con ánimo fuerte, incontrastable,
Mientros ellos intentan destrozarlo,
Lo mantengo, señor, firme y radiante.
Estos mis hechos son, este mi crímen;
Y si lo osais ahora castigadme. [creerlo?
Rey. ¡Castigarte!... ¡Cruel!... ¿Puedes
¿Eso dices de mí?... Pues qué, ¿no sabes
Que tu vida es mi vida; que aunque quiera,
No le es dado á tu rey dejar de amarte?
¡Cual si mal grado suyo á ser tu amigo
Un mágico poder le arrebatase!
Tú de mi infancia compañero fuiste;
Y entre pueriles juegos, dulce, afable,
La prision alegrabas en que injusta
Siempre me tuvo recelosa madre.
A todas horas desde entonces fuera
Necesidad en mí verte y hablarte,
Escuchar tus consejos y seguirlos,
Mis contentos decirte ó mis pesares;
Y hora al pedirte que de mí te alejes
Siento mi corazon despedazarse. [vasallo
Alv. No mas, no mas, señor... Vuestro
Os obedece ya... ¿Quereis me marche?
Pues bien, me marcharé... Nada me importa
Que el puro brillo de mis timbres aje
Este cruel destierro... Es vuestro gusto,
Cúmplase luego... Adios... Pocos instantes
Durará mi pesar... Si no sucumbo
Al rigor de este golpe que me abate,
Sé que bien pronto mas fatal sentencia...
Rey. ¡Ah! ¿qué dices? [se sacie
Alv. Pues qué, ¿creeis
El insano rencor de mis contrarios
Mientras respire quien temblar los hace?
¡Qué mal los conoceis! Mi muerte solo,

Mi muerte anhelan.
Rey. Eso no... Constante
Te sabré defender.
Alv. ¿Podeis acaso
Responder de vos mismo?
Rey. ¿Tan mudable
Me presumes?... Pues bien, hoy una prenda
De tu seguridad pretendo darte.
Toma este anillo, guárdalo... Si un dia,
(Que no es posible) á decretar llegase
Tu muerte, entonces... te lo juro, empeño
Mi palabra de rey... al presentarme
Esta alhaja preciosa, reclamando
La fe de quien la dió, juro salvarte.
Alv. ¡Ah!... la acepto, señor... no porque intente
Valerme de ella en tan terrible trance;
Pues os juro á mi vez que tal empleo
Yo jamás le daré: prenda estimable
De vuestro amor, la guardo, mas preciosa
Que riquezas y que altas dignidades.
Rey. Basta... Acabemos ya... Pues mis intentos
Os hice conocer, ved, condestable,
Lo que os está mejor... A vuestro arbitrio
Dejo ya la eleccion... Si estar os place
En mi corte, quedaos; si el consejo
De un amigo seguís, marchaos antes
Que algun triste suceso... En fin, pensadlo,
Pensadlo bien... Adios.
Alv. El cielo os guarde.
(*Vase el rey.*)

ESCENA VIII.

Don ALVARO, luego PACHECO.

Alv. ¿Qué es esto, pues, que me pasa?
Cual frio mármol me quedo.
¿Es á mí, cielos, á mí
A quien habla tan severo
El rey?... Acabo de oirlo,
Y aun dudo que sea cierto.
En la cumbre del poder
Descansaba sin recelo,
Cuando un abismo insondable
Miro á mis plantas abierto.
En vano, débil monarca,
Fingir intentas un resto
De amistad: mejor que tú
En tu alma mezquina leo
El odio que oculto abrigas
Acaso sin tú saberlo.
No pienses, no, que en tí fio;
Que al débil su propio miedo
Le hace crüel, y llorando
Traspasa á su amigo el pecho.
Mas nada temo... En mis manos
Tu corazon siempre tengo,
Y en ellas es para mí
Lo que á un niño sus muñecos.
¿Presumes de mí librarte?
¡Pensamiento loco y necio!
Rey don Juan, eres mi esclavo:
Tan antiguo cautiverio
No se quebranta en un dia;
Y el que ha nacido á ser siervo,
Por mucho que lo resista,
Tiembla siempre ante su dueño.
¡No te atreviste, alma débil,
Á decretar mi destierro!...
Pues dejas á mi eleccion
Partir ó quedarme, el tiempo
Sabré emplear de tal suerte
Que tiembles ya verme lejos.
(*Sale Pacheco.*)
Mas Pacheco...
Pach. Condestable,
Concededme unos momentos.
Alv. ¿Importa me hableis ahora?
Pach. Importa.
Alv. Pues decid presto.
Pach. Poco tardaré, que hablar
Con toda franqueza os quiero;
Y porque bien me entendais,
Me excusaré de rodeos.
Alv. ¿Y bien?
Pach. Tal vez lo sabeis,
Mas si lo ignorais, sabedlo;
Que es el marqués de Villena...
Alv. Mi enemigo, estoy en ello.
Pach. Ahorrado habéisme el decirlo.
Alv. Tampoco es grande el afecto
Que me inspirais... Pero en suma,
¿A qué viene ese recuerdo?
Pach. No ha sido, segun las señas,
Muy de vuestro gusto, creo,
La entrevista con el rey.
Alv. ¿De qué lo inferís?
Pach. De lejos
Pude observaros.
Alv. Marqués,
Habeis estado indiscreto.
Pach. En fin, maestre, ¿acabóse
De hoy mas vuestro valimiento?
Alv. ¿Quién os lo ha dicho, don Juan?
Pach. Lo dicen los ojos vuestros.
Alv. ¿Cómo?
Pach. Sí; ya no se advierte
La antigua arrogancia en ellos:
Turbados están ahora
Si antes miraban soberbios.
Alv. Repórtese el de Villena,
Que ya insolente le encuentro.
Pach. Perdonad...

Alv. Cansado estais:
Decid pronto y acabemos.
Pach. Decidme primero vos.
Cuando siendo aün mancebo,
La fortuna y los honores
Contempláblais desde lejos,
Cuando el favor de los reyes
Era un ardiente deseo
Que mas os atormentaba
Cuanto lo esperábais menos;
¿No os inflamaban la mente
A veces altos ensueños
Que á las cumbres del poder
Alzaban el pensamiento,
Y una llama abrasadora
Encendian aquí dentro
Que haciendo en el alma estragos,
Odio engendraba y despecho?
Alv. Si no me engaño, marqués,
El retrato estais haciendo
De la ambicion.
Pach. Pues entonces,
Si así se llama, la tengo.
Alv. Esa confesion...
Pach. Es franca,
El disimulo aborrezco.
Allá en los regios salones
Conviene tal vez un velo
Echar, para conseguirlos,
Sobre ambiciosos proyectos.
Mas cuando á encontrarse llegan
Dos hombres del temple nuestro,
Cuando cerca de embestirse
Frente á frente se están viendo,
Entonces dejando á un lado
Inútiles fingimientos,
Se muestran cual ellos son,
Grandes, fuertes, altaneros;
Y noblemente pelean
Si aniquilarse es su intento,
O noblemente se abrazan
Si une el interés su esfuerzo.
Alv. De noble sangre nacido,
Tuve nobles pensamientos;
Y pues Luna me llamé,
Astro de mudable aspecto,
Mudanzas quise en mi suerte,
Mas luna en creciente siendo.
Negar que de la ambicion
Oí gustoso los ecos,
Fuera negar lo que claro
Mis obras están diciendo;
Y lo que en mí juzgué bien,
En vos no lo vitupero.
Pach. Pero vos no habeis, maestre,
Sentido lo que yo siento.
Paso á paso habeis llegado
A lo que sois, siendo espejo
De vos mismo, pues que nadie
Os pudo servir de ejemplo.
Pero yo cuando ambiciono
Subir, en presencia os tengo:
Vuestra imágen me persigue,
Me turba en todos mis sueños;
Contino vuestra grandeza
Con ansioso afan contemplo;
Y cuando en ser lo que soy
Pudiera estar satisfecho,
Os miro, y que hay mas allá
Conozco, y nada me creo.
Es locura, bien lo sé;
Pero al fin estoy resuelto:
O á ser llego lo que sois,
O en la demanda perezco.
Alv. Y por ventura, ¿sabeis
Lo que pedís?... ¡Ah! temedlo.
No os engañe la apariencia;
Que en este encumbrado puesto
Todo por de fuera es glorias,
Todo suplicios por dentro.
Su esplendor que tanto ofusca
Es semejante al del fuego,
Bello á distancia, mas quema
Al que osa tocarlo necio.
Aquí solo encontrareis
Inquietud, desasosiego,
Continuo afan que acompañan
Las dudas y los recelos.
En cuantos tengais al lado
Contrarios estareis viendo,
Que entre miradas afables
Lanzan dardos encubiertos;
Y sobre vos vereis siempre,
Cual rayo ardiente suspenso,
El brazo que os elevara
Pronto á arrojaros al suelo.
¿Qué vale el poder si es dable
Perderlo en solo un momento,
O no alcanza á desterrar
Este temor de perderlo?
¿Sabeis vos el conservarlo
Cuánto cuesta? ¿qué tormentos?
¡Horrible es el corazon
Del poderoso! Si verlo
Pudiera el vulgo, causara
En vez de envidia, desprecio.
Pach. Todo lo sé, condestable;
Conozco bien lo que quiero.
Afanes causa el poder,
Hace infeliz, bien lo creo;
Mas todo una sola cosa
Lo recompensa, el tenerlo.
Logre yo ser lo que sois,
Todo lo demás es menos.
A vos os pueden quitar
Bienes, honores, es cierto;

Mas siempre de entre las ruinas
Del poder que estamos viendo,
Vuestra fama se alzará
Para asombro de los tiempos.
Con tal de haber sido mucho,
En ser nada yo consiento;
Y caiga luego al abismo
Si toco primero al cielo.
Alv. Que sois digno de elevaros
Hasta mí, mostrais en eso;
Pero explicaos al fin:
¿Cuáles son vuestros proyectos?
Pach. Rivales los dos temibles,
O paz ó guerra os ofrezco.
Alv. Elegid la que gusteis.
Pach. Yo la paz.
Alv. Y ¿he de creeros?
Pach. El combatirnos seria
El uno al otro perdernos,
Con nuestra ruina encumbrando
A esos nobles altaneros.
Para abatirlos mas pronto,
Unamos nuestros esfuerzos:
Vos quedareis lo que sois,
Yo seré sucesor vuestro.
Alv. ¿Qué condiciones quereis?
Pach. La primera (porque anhelo
Que se afiance esta alianza
Con lazo fuerte y eterno),
Es ser de la hermosa Elvira
Esposo.
Alv. ¡Mi hija!
Pach. Yo creo
Que mi sangre...
Alv. Por lo noble
La sangre de los Pachecos
Merece unirse á los reyes:
Me honrareis con ser mi yerno;
Y si es gustosa mi Elvira,
Tan bello partido acepto.
Pach. Pero no basta: es preciso
Que asegurados quedemos;
Y pues existen contrarios
Que nos amenazan fieros,
El destierro ó la prision
Hoy mismo nos libren de ellos.
Alv. Conocidos son los mios;
Decidme, marqués, los vuestros.
Pach. ¿Qué pensais del de Plasencia?
Alv. Ese ha de ser el primero.
Pach. ¿Y Destúñiga su hijo?
Alv. Jóven gallardo es por cierto;
Y no le quisiera mal
Si otro padre...
Pach. Le aborrezco,
Y exijo...
Alv. Yo os lo abandono.
Pach. Está bien: vos el tercero
Decid.
Alv. El conde de Castro.
Pach. No lo merece por necio;
Que en hombres de mas valer
El tiro asestar debemos.
Mas sea... Yo al almirante
Señalo.
Alv. Es mi amigo.
Pach. Bueno:
Decid un amigo mio,
Y pagados quedaremos.
Alv. El conde de Alba.
Pach. A los otros
Acompañe, aunque lo siento.
¿Quién mas?
Alv. Luego lo diré;
Me es fuerza pensar en ello.
Pach. Yo entretanto preparar
Del rey el ánimo quiero.
Alv. Sí; marchad; que en este instante
Le infunde mi voz recelos,
Y si naciera de mí
Se malogrará el proyecto.
Pach. Adios, condestable, adios.
(*Se dan las manos.*)
Alv. Adios, marqués.
Pach. ¿Nos veremos
Despues de la justa?
Alv. Sí;
Y sobre todo secreto.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un magnifico salon con ventanas y puertas laterales. En el fondo hay tambien tres grandes puertas que, abriéndose, dejan ver el jardin. Mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO.

(*Sale muy agitado y luego se sienta.*)

Por fin, concluyóse ya
Tan enojosa funcion:
¡Fiestas cuando el corazon
Lleno de ponzoña está!
¡Reir, fingir alegría,
Y aquí dentro padecer!
No, nadie pudo creer
Lo que el semblante mentia.
Do quier con malignos ojos
Yo los ví que me observaban,
Cual gentes que no ignoraban

Mis mal ocultos enojos;
Y entre el fúnebre brillar
De la fingida sonrisa,
Con maliciosa pesquisa
Mis penas escudriñar.
Parecido á ningun otro
Es este horrible tormento:
De brasas era el asiento
Do estaba como en un potro.
No puedo mas... De esta pena
Descansemos un instante.—
¡Cuán ufano y arrogante
Estaba allí el de Villena!
¡Cómo triunfaba el malvado!
¿Y á Elvira le entregaré?—
No... jamás consentiré...
¡Qué he de hacer, si lo he jurado!

ESCENA II.

DON ALVARO, ELVIRA.

Elv. Héle allí... ¡Cuán abatido!
Padre...
Alv. Hija mia, ¿tú aquí?
Elv. Cuando retirar os ví
Parecísteisme afligido.
Alv. Un poco... sí... Pero al verte
Se ahuyentan todas mis penas:
Tú solamente serenas
Este rostro que la suerte,
Sellando en él la arrogancia,
A estar mustio y agitado,
De negras sombras cercado,
Condenó desde la infancia.
Do quiera inspirando susto
Y amenazando sombrío,
Solo contigo, ángel mio,
Depongo mi ceño adusto.
Tu sonreir inocente
Hondo penetra en el alma,
Y en ella vierte la calma
Desarrugando mi frente.
Elv. ¡Dichosa yo, pues consigo
Vuestras penas mitigar!
Mas ¿qué funesto pesar?...
Alv. ¡Ah! mi existencia maldigo.
Elv. ¿Vos, señor, á quien el cielo
De bienes sin fin colmó?
¿Vos, á quien fortuna alzó
Do mas no alcanza su vuelo?
Poder, honores, riqueza,
Cuanto un mortal ambiciona
Teneislo.
Alv. Sí, la corona
Solo falta á mi grandeza.
Mas mi poder soberano
Que á quien le contempla asombra,
Que á mis plantas por alfombra
Pone el reino castellano,
¿Sabes cuanto al corazon
Cuesta de afan y tormento?
Perdido es para el contento
Cuanto alcanza la ambicion.
Elv. Dejadlo. ¿A qué lo quereis
Si vuestra desdicha labra?
Alv. ¿Quieres que mi pecho te abra?
No lo puedo.
Elv. ¡No podeis!
Alv. No, que á quien logra alcanzarlo,
Cual sujeto á un maleficio,
Es el tenerlo un suplicio,
Y es un suplicio el dejarlo.
Elv. ¿Y si os lo quitan?
Alv. ¿Qué dices?
¿Sabes que ya lo procuran?
¿Sabes?... ¡Ah! mal se figuran
Que han de lograrlo... ¡Infelices!
Pronto mi venganza... Elvira,
Perdona, no estoy en mí,
Perdona á tu padre, sí,
Que hablando de esto delira.
Elv. ¿Qué oigo?... ¿Algun traidor sin ley?
Alv. Lo son cuantos me rodean.
Elv. ¿Y vuestra ruina desean?
Alv. Sí.
Elv. Mas el favor del rey...
Alv. Y ¿qué es de un rey el favor?
Tan solo nube ligera,
Llama leve y pasajera
Que apaga el viento menor.
Elv. ¿Temeis perderlo?
Alv. Hija mia,
Ya lo he perdido.
Elv. ¡Dios santo!
¿Morireis?
Alv. Calma tu espanto;
Mucho espero todavía.
Elv. ¡Ah! sálvese vuestra vida
Y piérdase lo demás.
Alv. Vida y poder salvarás
Si quieres.
Elv. ¿Yo?
Alv. Hija querida,
Tal vez á exigirte voy
Un sacrificio penoso.
Elv. Por vos ninguno es costoso:
Dispuesta á todos estoy.
Alv. ¿Conoces al de Villena?
Elv. ¡Al de Villena, señor!
Alv. ¿Qué tienes?
Elv. No sé... De horror
Siempre ese nombre me llena.
Villena es vuestro enemigo.
Alv. Lo sé... y otro tiempo cara
Esa ambicion le costara;

Que entonces pronto castigo...
Mas hoy adversa fortuna
Lo dispone de otra suerte;
Y á quien no puedo dar muerte,
Es prudencia que me una.
Elv. ¡Cómo!
Alv. Galan, cortesano,
De antiguo ilustre solar,
A noble doncella honrar
Puede sin duda su mano.
Elv. Ya entiendo... Tal vez la mia...
Alv. Prometérsela debí.
Elv. ¡O cielos! ¡triste de mí!
Alv. ¿Acaso repugnaria?...
Elv. ¿No os he dicho que me espanta
Ese hombre?
Alv. Mas en la corte
Su bizarría, su porte,
Hoy á las damas encanta.
Elv. ¿Me he de casar sin amor?
Alv. En la mujer bien nacida,
Si amor el pecho no anida,
En cambio sobra el honor.
Elv. Bien, señor, me casaré;
Basta que os lo prometiera:
Cúmplase mi suerte fiera;
Mas despues...
Alv. ¿Qué?
Elv. Moriré.
Alv. ¡Tú morir! ¿Qué dices, necia?
¿Así mi pecho quebrantas?
Mas ¿cómo al que anhelan tantas
Tu ceguedad le desprecia?
Elv. ¿No dije que le daré
Mi mano? ¿Puedo hacer mas?
Alv. Y ¿desdichada serás?
Elv. Eso, señor, ya lo sé.
Alv. Y ¿piensas lo consintiera?
Hija de mi corazon,
No es tanta, no, mi ambicion
Que á tu dicha la prefiera.
Mas ¡qué infundado temor!
¡Tú infeliz!... No lo serás.
¡Cuán al contrario! Hallarás
La ventura en derredor.
Gentil, de bella apostura,
Noble, discreto y cortés,
No desmerece el marqués
De tu gala y hermosura;
Y aunque repugnancia leve
Tengas, al fin, que vencer,
Consolaráte el placer
Que tu pecho sentir debe
Honrando mi ancianidad.
Tú salvarás mi cabeza,
Y de un padre la grandeza
Será tu felicidad.
Elv. ¡Ah! no sabeis qué dolor
Me costará la obediencia.
Alv. Extraño tu resistencia...
A no ser que ya otro amor...
¿Callas?... Elvira, ¿es verdad?
Elv. Señor...
Alv. Todo lo comprendo.
¡Ah! ¡ya en cólera me enciendo!
Mal haya tu liviandad.
Elv. No prosigais; que ofendido
Con tal sospecha me habeis:
Ni en mí mancha encontrareis,
Ni de quien soy yo me olvido;
Y aunque tuviere otro amor,
Sumisa al deber filial,
Será la obediencia igual,
Si el sacrificio es mayor.
Alv. Hija mia, no lo dudo;
Perdona si te ofendí:
Sí, digno será de tí
Aquel que prendarte pudo.
Y ¿quién sabe?... Su nobleza,
Su poder puede ser tal,
Que de un odioso rival
Logre abatir la altiveza.
Porque le aborrezco, Elvira,
Y aun mas que tú le detesto,
Y horror su enlace funesto
Como á tí misma me inspira.
Elv. Digno, señor, de los dos
Es el que á mi ley se humilla:
Poderoso es en Castilla;
Pero...
Alv. Nómbrale por Dios.

ESCENA III.

DICHOS, VIVERO.

Viv. Señor...
Alv. ¡Qué necio importuno!
¡Y bien! ¿Qué quereis?
Viv. Que os diga
Dos palabras permitid.
Alv. ¿Importa?
Viv. Importa. Me envia
El de Villena.
(*Alvaro le lleva á un lado.*)
Alv. Hablad quedo.
Viv. Su palabra está cumplida.
Alv. ¿Ha hablado á su alteza ya?
Viv. En este instante.
Alv. ¿Y la lista?
Viv. Entregósela.
Alv. ¿Y qué dice
El rey? ¿consiente?
Viv. Vacila.
Alv. ¿Cómo?
Viv. Piensa que el asunto

Mas consejo necesita.
Tal vez os lo pida á vos;
Y el de Villena os lo avisa
Para que...

Alv. ¿Le habló de mí?
¿Dijo el pacto que nos liga?

Viv. No, que á sus ojos conviene
Esté la trama escondida.

Alv. Bien... ¿Y el rey?

Viv. Es de creer
Que en breve aquí se dirija.
En el jardin ha quedado...
(*Mira por una ventana.*)
Miradle allí... Se encamina
Hácia este sitio.

Alv. Dejadme,
Dejadme aquí solo. — Elvira,
Retírate tú tambien;
Que luego la interrumpida
Conversacion seguiremos.

Elv. ¡Padre!

Alv. ¿Qué me quieres, hija?

Elv. ¿Quedais enojado?

Alv. No.

Elv. Vuestra mano.

Alv. Prenda mia,
Abrázame. (*Se abrazan.*)

Elv. ¡Padre amado!

Alv. Vé, yo pensaré en tu dicha.
(*Vase Elvira.*)
El rey se acerca... Vivero,
Hablarle aquí me precisa:
Cuidad de que no entre nadie
A turbar nuestra entrevista.
(*Vase Vivero.*)

ESCENA IV.

EL REY, DON ALVARO.

(*Don Alvaro se sienta cerca de la mesa, en ademan pensativo y fingiendo que no ve entrar al rey, el cual llega distraido leyendo un papel.*)

Alv. ¡Qué pensativo está!... Cual si imprevista
Fuera su entrada aquí disimulemos.

Rey. Alba... Plasencia... Castro... el almirante...
Mucho pide el marqués... ¡Tantos destierros...
Tantas prisiones!... No; que hartas desgracias
Han afligido ya...

Alv. Su ánimo incierto
Parece vacilar... Fácil seria... ocultemos

Rey. ¡El condestable aquí!... De él
Este papel.

Alv. Lo guarda... Mi designio
Se logrará.

Rey. ¡Maestre!

Alv. ¿Quién?... ¡Oh cielos!
¡Vos, señor!... Perdonad... Visto no habia
Que os hallábais aquí.

Rey. Triste os encuentro.
¿Por qué tan abatido?

Alv. Para estarlo,
Si vuestro amor perdí, motivos tengo.

Rey. Lo de antes olvidad... Siempre mas vivo,
Maestre, conservais mi antiguo afecto.

Alv. No lo dudo, señor... Sé que no es fácil
Romper los lazos que estrechara el tiempo;
Sé que un ardiente defensor me queda
En vuestro corazon... Mas los perversos
Que en daño mio sin cesar trabajan,
Conseguirán al fin su odioso intento.

Rey. ¡Impotente rencor!

Alv. No; que sus tramas
No conoceis, señor: los viles medios,
Las artes ignorais de que en mi daño
Sabe hacer su maldad pérfido empleo.
Harto conocen que atacar no pueden
De frente á su rival; que en vuestro seno
Tengo seguro, impenetrable asilo,
Do de su saña atroz me hallo á cubierto;
Mas el castillo que asaltar no logran,
Procuran socavar por los cimientos.

Rey. ¡Dios! ¿qué quereis decir?

Alv. Nada... Mas vale
Entregarse á la suerte.

Rey. Algun secreto
Me intentais descubrir.

Alv. Mal informado
Acaso yo estaré.

Rey. No, no: lo quiero,
Lo mando... Hablad.

Alv. Pues bien, aquí se abriga
Vasta conspiracion que en el silencio
Los lazos tiende do traidores tratan
De envolver á los dos.

Rey. (¿Si será cierto?
(*Aparte.*)
Esta lista...) Seguid.

Alv. Cuando al olvido
Dábais, señor, sus torpes desafueros;
Cuando aquí los recibo generoso
Con sincera amistad, entre festejos,
¡Entonces su cobarde alevosía
Asesta el vil puñal contra mi pecho!
¡Ingratos!

Rey. Pero hablad... ¿Qué trama oculta?...

Alv. ¿Pues no la conoceis? ¿Qué, no son ellos
Los que pintando como infiel valido

Al que es tan solo de lealtad modelo,
De alejarme de vos, con mengua mia,
A dar llegaron el falaz consejo?
¿No son ellos tambien?...
Rey. Mas desde entonces
Ya nadie osara hablar en daño vuestro.
Alv. Es cierto; y hora su perfidia sigue
Camino mas seguro, aunque mas lento.
Rey. Explicaos, por Dios.
Alv. De sus rencores
Mis amigos, no yo, son el objeto.
Rey. ¿Vuestros amigos?
Alv. Sí: con su desgracia
Mis mas seguros defensores pierdo;
Y este coloso que su amor sostiene,
Cuando solo se encuentre vendrá al suelo.
Rey. ¿Mas qué pruebas teneis?...
Alv. ¡Ah! Desterrados
En pocas horas se verán, ó presos.
Rey. ¡Cielos! ¿Cómo sabeis?...
Alv. Hoy mismo deben
Proponeros, señor, tan vil proyecto.
Todo está preparado... Ya sus nombres
Inscriptos se hallan en horrible pliego;
Y como mas audaz, mas ambicioso,
A presentarlo aquí vendrá Pacheco.
Rey. ¡Pacheco!... Sí, es verdad... Ya lo
Alv. ¿Es posible? [ha entregado.
Rey. Miradlo. . Aquí lo tengo.
Alv. ¡Ah! Con tal prueba declarad ahora
Si yo soy el traidor, ó lo son ellos. [quise...
Rey. ¡Atroz perfidia!... Con razon no
Mas en los nombres que trazados leo
No amigos todos son... El de Plasencia,
El de Alba y otros que contrarios fueron
Siempre á vuestro poder, ¿cómo se encuentran?...
Alv. Así pretenden disfrazar su intento.
En breve libres se verán los suyos:
Solo en mis partidarios todo el peso
Caerá de su furor.
Rey. ¡Que el de Villena
De tan bajos ardides!...
Alv. Conocerlo
Debiérais ya, señor. ¿No es él, acaso,
Quien al príncipe incauto corrompiendo,
Entre placeres y delicias torpes
Perdió su juventud? ¿Por sus consejos
Contra su padre y rey el estandarte
Tambien de rebelion no diera al viento?
¿Quién concitando á turbulentos nobles,
Siembra discordias y la paz del reino
Aleja sino es él? ¿Quién ambicioso
Codicia con afan mi honroso puesto;
Y á medios viles, á sus artes, quiere,
No á sus servicios, como yo, deberlo?
Él es tambien, él es... ¡Necio! ¿Y presume
Mostrarse igual á mí? ¿Do los trofeos
Están que al moro conquistó su espada?
¿Qué hazañas hasta aquí nombre le dieron?
O ¿cuándo, ya que en armas no es famoso,
Mostrara su prudencia en los consejos?
Ponedle á prueba; y á sus torpes manos
Por breves dias confiad el cetro.
La discordia vereis, aun no abatida,
Su horrible frente levantar de nuevo;
Vereis lanzarse, como hambrientos lobos,
Él y los suyos á los tristes pueblos,
Y su sangre beber; y escarnecida
Vuestra alta dignidad vereis á un tiempo.
¿Qué mas? Del uso que el malvado hiciera
De su infausto poder en ese pliego
La prueba teneis ya... Si así empezaba,
De lo que hiciera al fin estremeceos.
Rey. Harto lo veo, sí... Sus falsedades,
Sus palabras de sangre hora recuerdo.
¡Ah! perverso, ¡qué horror!... Pero,
¿Qué partido tomar? [maestre,
Alv. No os aconsejo.
Solo debo decir, por si os importa,
Que donde esté Villena estar no puedo.
Rey. ¿Dejarme hora quereis?
Alv. Será preciso.
Si él queda en vuestra corte, yo me ausento.
Con disturbios sin fin, si ambos en ella
Que estemos consentís, la turbaremos:
Él de mi ruina sin cesar tratando,
Yo sus pérfidas tramas combatiendo.
Entre uno y otro que elijais conviene:
Ved á cuál preferís... Yo con respeto
Vuestra sentencia aguardo.
Rey. Y un instante
¿Podeis dudar cuál sea?... Conocerlo
Me es forzoso, maestre: de mi lado
No os debeis separar; que al noble esfuerzo
Con que mi causa sosteneis constante,
El bello lustre de mi trono debo.
Mas combatido por afectos tantos,
Dejadme respirar; que harto padezco
En tan penosa lucha, y retirado
Me es necesario estar cortos momentos.
En breve os llamaré; y en este asunto
De lo que hacer conviene trataremos.
Adios.
Alv. Pero, señor, con esa lista,
¿Qué pretendeis hacer?
Rey. Nada... os la entrego.
(*Le da el papel y vase.*)

ESCENA V.

DON ALVARO.

Respira, al fin, corazon,
Que ya el triunfo aseguré.
Villena, rival osado,

Caiste en tu propia red.
Mira este pacto afrentoso
Que me quisiste imponer,
(*Rompe el papel.*)
Míralo pedazos hecho;
Y tiemble ya tu altivez,
Que con tu pecho malvado
Hoy lo mismo espero hacer.

ESCENA VI.

Don ALVARO, PACHECO.

Pach. ¿Hablásteis al rey, maestre?
Alv. Sí, Villena, ya le hablé.
Pach. ¿Luego consiente?
Alv. Lo ignoro.
Pach. ¿No le pudísteis vencer?
Alv. Mas dichoso en mis esfuerzos
Seré sin duda otra vez.
Pach. La diligencia conviene:
Mas eficaz os juzgué.
Alv. Es que acaso entre los dos
Hechos los tratos no estén.
Pach. ¿Eso decís? Terminados
Quedaron á mi entender.
Alv. Todavía cierto punto
Falta que arreglar.
Pach. ¿Cuál es?
Alv. Lo del casamiento.
Pach. ¿Cómo?
¿No prometísteis tambien?
Alv. Prometí si consentia
Elvira gustosa en él.
Recordadlo.
Pach. Lo recuerdo;
Pero de un padre la ley
Puede obligar...
Alv. Su tirano
Ser no pretendo, marqués;
Ni contra su voluntad
Vos admitiérais mujer.
Pach. Que sea buena casada
Es tan solo mi interés;
Y eso dejadlo á mi cargo.
Alv. No es, Pacheco, menester;
Que es bien nacida, y cual noble...
Pach. Condestable, ya lo sé;
Pero acabemos: Elvira...
Alv. Tardo sois en comprender.
Duéleme tan malas nuevas
Daros; mas Elvira...
Pach. ¿Y bien?
Alv. No consiente.
Pach. ¡No consiente!
Tal disculpa no penseis
Que admita.
Alv. Admitidla ó no;
Que eso resuelve, sabed.
Pach. Ahorrémonos de palabras.
Vuestro amigo quiero ser:
Si vos quereislo ser mio,
Mis condiciones sabeis.
Alv. No acostumbro tolerar
Quien me las quiera imponer.
Pach. Ni yo sufrir de un perjuro
Acostumbro la doblez.
Alv. Tened la lengua, ó si no,
Vive Dios, la arrancaré.
Pach. ¡Débil anciano!
Alv. La sangre
No ha helado en mí la vejez;
Para humillar á soberbios
Sobra á mi brazo poder,
Y mas soberbios que vos
Suelen besarme los piés.
¿Pensásteis, jóven audaz,
Envanecido doncel,
Que hasta el de Luna elevarse
Pudiera vuestra altivez?
¿Pensásteis que do mi frente
Se alza igual á la del rey,
Se alzara tambien la vuestra
Do apenas miro un laurel?
El astro de mi fortuna
No perdió su brillantez,
Y rivales como vos
Solo merecen desden.
Pach. No me hablábais tan altivo
Cuando cnantes os hablé.
El enojo del monarca
Sin duda olvidado habeis:
O porque hora mas benigno
Os ha mirado tal vez,
A vuestra privanza antigua
Os imaginais volver.
Dejad tan loca esperanza,
Maestre, no os engañeis;
Que en rueda va la fortuna,
Y al que en su cumbre se ve,
Pues nadie á fijarla llega,
Le toca solo el caer.
En ese astro que os guiaba,
Creedme á mí, no os fieis;
Que si alguna luz le queda
En su triste palidez,
Es la que basta á llevaros
Donde os habeis de perder.
Al proponeros mi alianza,
Yo salvaros intenté:
No por amor, lo confieso,
Sino que á mí me está bien.
Impórtame mas que todo
Vuestra herencia recoger;
Prefiero en paz aguardarla,
Porque mas segura esté;

Pero si arrancarla es fuerza,
Si guerra quereis, tambien
La guerra acepto, y el triunfo
A quien quiera Dios lo dé.
Alv. Guerra, pues, el de Villena.
Pach. Guerra, sí, pues la quereis.
Alv. ¡Ah! yo os cortaré los vuelos.
Pach. Yo humillaré esa altivez.
Alv. Pronto tendreis nuevas mias.
Pach. Antes mias las tendreis.
Alv. Quedad, Villena, con Dios.
Pach. Id, condestable, con él.

ESCENA VII.

PACHECO, VIVERO.

Pach. Los instantes son preciosos : (*Solo*)
No hay ninguno que perder.
(*Sale Vivero.*)
¿Sois vos, Vivero?
Viv. ¿El maestre?
Pach. Por allí ha marchado.
Viv. El rey
Le llama.
Pach. ¡El rey! ¿qué decís?
¿Le llama el rey?... ¿Para qué?
Viv. Enojado está su alteza,
Segun me llego á entender;
Y al condestable amenaza
En su suerte algun revés.
Pach. Con todo, primero es fuerza...
El aviso no le deis.
Viv. Mas, señor...
Pach. Esto conviene.
Viv. Si su alteza...
Pach. Obedeced.
Hablaréle yo primero :
Esperadme en el verjel.
Corramos; si me detengo
Tarde acaso llegaré.

ESCENA VIII.

DICHOS, ELVIRA.

Elv. Escuchad, marqués.
Pach. Señora...
(¡Oh qué importuna mujer!) (*Aparte.*)
Elv. Hablaros quiero un instante.
Pach. Os ruego que me excuseis :
El servicio de su alteza
Me llama.
Elv. Corta seré.
Pach. No obstante...
Elv. Me importa mucho.
Pach. Perdonad : será otra vez. (*Vase.*)

ESCENA IX.

ELVIRA, VIVERO.

Elv. Ni escucharme se ha dignado.
¡Qué grosero y descortés!
Mas ¿qué es esto?
(*Se oye una música guerrera que se va acercando poco á poco.*)
Viv. De la liza
Los jueces deberán ser.
Al concluirse el torneo
En conferencia los tres
Quedáronse comparando
Los lances, segun es ley.
Hora en pompa acompañados
De numeroso tropel,
Nos darán del vencedor
Aquí el nombre á conocer.
Vos, señora, preparaos;
Que hora en su pecho debeis,
Cual premio de su valor,
La roja banda poner.
Abrid esas puertas.
Elv. ¡Cielos!
(*Vase Vivero.*)
¿Quién la merece mas que él?
(*Se abren las puertas del foro, y se ve el jardin. Salen los jueces del torneo con grande acompañamiento de damas, caballeros, pajes y escuderos. Estos llevan pendones, en los que están las armas de los que han peleado. Un paje lleva sobre un escudo la banda que ha de servir de premio.*)

ESCENA X.

ELVIRA, PLASENCIA, CASTRO, MENA, SANTILLANA, DESTUÑIGA, CABALLEROS, DAMAS, ESCUDEROS, PAJES, JUECES DEL TORNEO.

Sant. Oid, infanzones, guerreros de pro,
Los que en noble lucha, con hechos gloriosos
Que ensalza la fama, los lauros honrosos
Habeis merecido que Marte plantó :
Oid la sentencia que el juez pronunció.
Difícil sentencia; que en tanto adalid
Puede uno mas dicha tener en la lid :
Tener mas aliento no puede, eso no.
Corriendo el palenque con raudo corcel,
Astillas seis lanzas Destúñiga hiciera;
Y luego doblando tan noble carrera,
Rompiera otras tantas el fuerte doncel.
Si bien en las suertes se igualan con él,

Del potro rebelde cayóse el de Lara,
El suyo dos veces Quiñones cambiara:
Merece el primero, por tanto, el laurel.

Elv. ¡Albricias, que él vence, feliz corazon! (*Aparte.*)

Sant. A vos, bella Elvira, que reina el deseo
De cien justadores nombró del torneo,
A vos toca darle tan fiel galardon.
Alzad, caballeros, alzad el pendon;
Y en tanto que sombra le dan á su frente
Las nobles enseñas honor del valiente,
Ante ella de hinojos reciba este don;
Que el fuerte guerrero su noble altivez
Do reina la hermosa postrándose humilla:
Si un tiempo esgrimiera sangrienta cuchilla,
La dulce coyunda le rinde á su vez.

Dest. Es grato en las lides ganar honra y prez;
Que así del guerrero la fama se extiende;
Y en júbilo inmenso su pecho se enciende
Si el fallo glorioso pronuncia tal juez.
Empero es mas grato, dejando el arnés,
Si á par que de osado, de tierno blasona,
A noble doncella deber la corona
Que humilde recibe cayendo á sus piés.
Mas ¿dónde halla el pecho tan fuerte pavés
Que allí de unos ojos los rayos resista?
En vano en las lides laureles conquista,
Que amor, débil niño, le vence despues.

Sant. Tomad, pues, la banda, preciosa labor, (*A Elvira.*)
Do cifra gloriosa bordó vuestra mano,
Do en letras doradas leer puede ufano:
«Elvira este premio concede al valor.»

Elv. A mí, caballeros, me cupo este honor;
Que es gloria en las damas premiar al valiente;
Y solo un disgusto mi pecho hora siente:
Que el mérito es grande, y el premio...

Dest. Es mayor.
¿Cuál otro, señora, pudiera?...

Elv. Callad; (*Bajo.*)
Que estais imprudente.

Dest. Mi amor dichas tantas,
Elvira, enajenan.

Elv. Caed á mis plantas;
Y humilde guerrero, la banda aceptad.
Con ella al combate ceñido marchad;
Y allí contra el moro lidiando con gloria,
La enseña á ser llegue señal de victoria,
Que anuncia al alarbe crüel mortandad.

(*Destúñiga se arrodilla y Elvira le pone la banda al pecho. Sale Vivero apresurado.*)

ESCENA XI.

DICHOS, VIVERO.

Viv. Dejad, dejad, caballeros,
Esos gratos ejercicios,
Y ocupen vuestro valor
Otros cuidados mas dignos.
Dejad tan vanos festejos
Despojados de su brillo;
Pues la presencia les falta
Del gran rey que á honrarlos vino.

Caballeros. ¿Cómo?

Viv. Don Juan y su corte
Abandonan estos sitios.

Dest. ¡El rey!

Sant. ¿Qué causa?

Viv. La ignoro.
Con partir tan repentino
El condestable ha quedado
Solo, mustio y pensativo,
Cual si una horrible desgracia
Sobre él hubiera caido.

Elv. ¿Qué será?... ¡Cielos!... sepamos...
¡Temblando estoy! (*Vase corriendo.*)

Dest. ¡Ah! ya os sigo.

(*Destúñiga y las damas siguen á Elvira.*)

Sant. ¿De tan imprevista ausencia,
No adivinais el motivo?

Viv. Aquí se acerca Pacheco:
Tal vez él podrá decirlo.

ESCENA XII.

PACHECO, VIVERO, PLASENCIA, CASTRO, MENA, SANTILLANA, CABALLEROS, ESCUDEROS, PAJES.

Pach. Triunfamos ya, ricos-hombres,
De un insolente valido.
Cansóse al fin el monarca
De verle usurpar altivo
El soberano poder
Que del cielo ha recibido.
La regia pompa, el orgullo
Que respira este recinto,
El ancha copa han colmado
Hoy del sufrimiento antiguo.
Marcha indignado su alteza;
Y si es fiel mi vaticinio,
Cumpliéndose nuestras ansias,
Veremos pronto el castigo
Del que teniendo en su mano
De estos reinos los destinos,
Hollar con osada planta
Su ilustre nobleza quiso.
Hora al pasar junto á mí

Con triste aspecto sombrío,
Miradas de rabia llenas
Sus ojos me han dirigido;
Pero en su arrugada frente,
En su semblante amarillo,
Las evidentes señales
De su desgracia he leido.
Cast. ¿Qué dices?... ¡Ah! derrocado
Otras veces ya le vimos;
Y mas audaz y orgulloso
Se levantó del abismo.
Sant. Algun dia nuestras lanzas
En mil combates reñidos,
Queriendo humillar su orgullo
Remacharon nuestros grillos.
Pach. No importa. Lo que no pudo
De tantos nobles el brio,
Hoy mas poderoso que ellos
Lo alcanza un vano capricho.
Viv. Pero si el rey vuelve á verle
Aun triunfará su cariño.
Sigamos todos sus huellas.
Mena. ¿Vos del de Luna enemigo?
Viv. Ministro del rey, jamás
Su interés pospongo al mio.
Mena. ¿No aceptásteis del maestre
Riquezas y altos destinos?
Pach. Y ¿no os repartia á todos
Puestos, ciudades, castillos?
¿Para qué? Para ostentar
Su omnímodo poderío.
Agradecedle esos dones,
Dones que arrancó el inicuo
A nobles iguales vuestros
Desterrados ó cautivos.
Plas. Y ¿quién de ese vil tirano
Ofensas no ha recibido?
Sant. En la corte, en los combates,
Siempre contrario me ha visto.
Cast. Y yo de antiguos agravios
Aun tengo el recuerdo vivo.
Pach. Marchemos, y sin descanso
Procuremos su exterminio.
Todos. Marchemos, sí.
(*Hacen todos ademan de marchar; pero se detienen viendo venir á don Alvaro por el fondo con escolta.*)
Viv. Mas ¿no es él?
Sant. Él es.
Cast. Se acerca á este sitio.
Viv. Le siguen los ballesteros.
Pach. ¿Cuál podrá ser su designio?

ESCENA XIII.

DICHOS, DON ALVARO, BALLESTEROS.

(*Los ballesteros que acompañan á don Alvaro se quedan en el fondo. El condestable se adelanta despacio y con aspecto sombrío por entre los nobles, que atónitos le abren paso.*)

Alv. ¿Qué es esto, pues, caballeros?
¿Qué os altera?... ¿Por qué miro
En vuestros ojos inquietos
Tal turbacion?... Suspendido
¿Por qué las fiestas habeis?
¿Es miedo?... ¿es furor?... Decidlo.
Decidlo vos, el de Castro,
Que en tierra los ojos fijos,
Cual si mirarme no osárais,
Humilde estais y sumiso.
Decidlo, Plasencia, vos,
Que con rostro enfurecido,
Sacais del pecho al semblante
Los deseos vengativos.
Y vos, marqués, ¿no direis
Por qué ufano, envanecido,
Ese aspecto vencedor
Tomais ahora conmigo?
Pach. Y decidme vos primero:
¿Dónde está el rey? ¿por qué el brillo
No aumentan de estos festejos
Sus resplandores divinos?
¿Por qué, presuroso, en fin,
Se aleja de este recinto?
Alv. ¿Queréislo saber, marqués?
¡Triste de vos si os lo digo!
Pach. No es tiempo ya de amenazas.
Alv. Temblad, don Juan, os repito.
Pach. No disimuleis. Su alteza
Huye de vos.
Alv. ¿Quién lo ha dicho?
Pach. Vuestro orgullo, que insolente
Su dignidad ha ofendido.
Sant. Esa pompa que á la suya
Quereis igualar altivo.
Plas. Tantos años de opresion
Bajo un pérfido ministro.
Alv. No huye sino de traidores
Que alcanzarán su castigo:
Traidores que cuando aquí
Con amistad los recibo,
En negras ocultas tramas
Me asestan pérfidos tiros,
Intentando convertir
En llanto estos regocijos.
Pues bien, se convertirán,
Puesto que lo habeis querido;
Y el águila que aquí os daba

Bajo sus alas abrigo,
Os va, sus garras abriendo,
A despedazar, inicuos.

Pach. ¡Cómo!...

Alv. Marqués de Villena,
Daos á prision ahora mismo.

Pach. ¿Yo?

Alv. Sí, vos.

Pach. Y ¿quién lo manda?

Alv. Yo, que basto á confundiros.
Guardias.

Pach. Antes con mi acero...

Plas. Aquí todos en tu auxilio
Estamos, don Juan.

(*Hacen ademan de echar mano á la espada.*)

Alv. Teneos;
Y respetad este escrito.

(*Muestra un pliego.*)

Pach. ¿Qué escrito?

Alv. La órden del rey.
Miradla bien... ¿La habeis visto?

Pach. ¡Cielos!

Alv. ¿Conocéisla?

Pach. Sí.

Alv. Y ¿quién será el atrevido
Que este sacrosanto sello
Se niegue á acatar sumiso?

Pach. Nadie; que es mucha su fuerza.

Alv. Y aun no tanta necesito:
Para humillaros á todos
Me sobran sin ella brios.
¿Qué, tan pronto quien yo soy
Pudísteis dar al olvido?
¿No bastan los rudos golpes
Que os diera mi acero invicto,
Que aun quereis mas escarmientos,
Aun provocais mas castigos?
¿No os acordais ya de Olmedo,
Donde en combate reñido,
Postrados ante mis plantas
Ví á mis fieros enemigos;
Y allí poniendo los piés
En sus cuellos abatidos,
Alcéme en los hombros suyos
Donde tan alto me miro,
Que entre los reyes y yo
Distancia apenas distingo?
Pues sabed que este poder
A tanta costa adquirido,
No pienso, no, resignarlo:
Treinta años de afan continuo,
De sobresaltos, de guerras,
Este poder me han valido;
Y lo que tan caro cuesta
Ninguno lo cede vivo.
¿Pensábais desde la cumbre
Precipitarme al abismo?
¿Habeis querido perderme?
¡Torpe afan, vano designio!
Cual la roca de las olas
De vuestro furor me rio;
Y mientras siempre mas firme
Vuestros esfuerzos resisto,
Soy cual sol resplandeciente
Cuyo irresistible brillo
Las nubes que me hacen sombra
Solo al mostrarme disipo.
Acatad, pues, este sol
Que hoy se levanta mas vivo,
Y ante su lumbre esplendente
Bajad los ojos altivos.
Bajadlos, ceded, postraos,
Caed á mis piés sumisos;
Y allí adorad al que rige
De Castilla los destinos.

Pach. ¡Ah! ¡pesia mi negra estrella!

Sant. ¡Oh baldon! Nuestro suplicio
Decretad luego.

Alv. A vosotros,
Me basta el veros rendidos;
Y en prueba de que no os temo,
Os perdono compasivo.
Pero vos, Pacheco, ireis
De san Gormaz al castillo.
Marchad luego. —Su custodia
A vos, Vivero, os confio.

Pach. Triunfais, condestable, ahora;
Mas todavía respiro.

Alv. Cuidad; que á mas de prisiones,
Villena, hay tambien cuchillos.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una galería ó parte de corredor que da la vuelta al patio grande de un castillo. Por los arcos de esta galería se ve lo restante del patio, y en el fondo una de las torres que debe ser practicable, alcanzándose tambien á ver parte del cielo. A los dos lados del proscenio habrá igualmente otras torres. La de la derecha del actor tiene una puerta pequeña que se supone dar á un pasadizo ó escalera estrecha que conduce al pié de la misma torre. La de la izquierda tiene una gran puerta gótica que conduce á habitaciones interiores. Mas allá de estas torres hasta la barandilla del corredor, el paso está expedito, de suerte que se puede recorrer libremente toda la galeria é ir por ella á las demás partes del edificio. Es de noche, y la escena está alumbrada por una lámpara que cuelga del techo.

ESCENA PRIMERA.

PACHECO, VIVERO.

(*Vivero sale con precaucion : va á la puerta de la derecha : da tres palmadas : responden con otras tres dentro. La puerta se abre y sale por ella Pacheco.*)

Viv. Entrad, don Juan, no temais.
Pach. ¿Estamos solos?
Viv. Sí, solos.
Pach. ¿Dónde estoy?
Viv. La galería
Es esta que corre en torno
Del gran patio : las dos torres
Que á Burgos causan asombro
Mirad allí... Aquella puerta
De los moriscos adornos
Es la estancia del maestre.
La de Elvira allá en el fondo.
Pach. ¿Luego deberán pasar
Por este sitio?
Viv. Es forzoso.
Pach. ¿Decís que por esta puerta
(*Señalando la de la derecha.*)
Nadie entrará?
Viv. Ningun otro,
Sino yo, su llave tiene;
Que desde tiempos remotos
Nadie ese paso frecuenta.
Pach. ¿Qué es aquello?
(*Señalando la puerta de la izquierda.*)
Viv. El oratorio.
Pach. ¿Y allí se han de celebrar
Sin duda esos desposorios?
Viv. El sol de ocultar acaba
En el mar sus rayos rojos;
Y la santa ceremonia
Se celebrará muy pronto.
Elvira á cumplir ha ido
Sus deberes religiosos,
Y cuando vuelva...
Pach. Vivero,
No volverá.
Viv. ¿No?... ¿Pues cómo?...
Pach. Dispuesta mi gente está
En el camino, y ya...
Viv. ¡Un robo!
Pach. Estoy á todo resuelto;
Sí, Perez Vivero, á todo.
Pues debo á vuestra amistad,
Y aun mas al poder del oro,
El haber de mi prision
Las herradas puertas roto,
Yo os juro que he de lograr
Mis vengativos enojos.
De sangre del condestable
Tengo sed; mas esto es poco,
Y antes le quiero robar
Su mas preciado tesoro.
Quiero vengarme tambien
De ese envanecido mozo
Que ha osado poner su amor
Donde yo puse los ojos.
Goza, Destúñiga, aprisa
De tu triunfo : será corto;
Que ya está aquí el de Villena
Para servirte de estorbo,
Y en lágrimas muy en breve
Se convertirán tus gozos.
Viv. Gente viene... El condestable.
Marchad, ocultaos pronto.
(*Vase Villena y cierra la puerta.*)

ESCENA II.

DON ALVARO, VIVERO.

Viv. ¿Que, en fin, señor, decidido
Estais á admitir por yerno
A un Plasencia?
Alv. Perez, sí;
Porque si al padre aborrezco,
Brillan prendas en el hijo
De cumplido caballero.
Mi Elvira, mi amada Elvira,
Por él arde en dulce fuego,
Y á su rogar, á su llanto,
Perez, resistir no puedo.
Su dulce voz me conmueve,
Me vence; y el duro pecho
Es blanda cera con ella,
Bronce para todos siendo.
Demás que al amor de padre
Se une mi interés en esto.
Hoy mi privanza vacila,
Bien lo conozco, Vivero,
Y apuntalar es preciso
Torre que se está cayendo.
Logrando de esa familia
El apoyo, nada temo;
Que si ausente el padre, ignora
El proyectado himeneo,
Lo que hora no consintiera,
Habrá de aprobarlo hecho.
Por lo mismo es importante
En este asunto el secreto.
Yo no sé; pero me acosan
Tan tristes presentimientos,
Que en vano del corazon
A desterrarlos me esfuerzo.
Ese Villena... Su fuga
Me tiene afanoso, inquieto,
Y á guardarme de sus artes

Dias ha que solo atiendo.
¿Cómo se pudo escapar?...
¿Quién osó romper sus hierros?
¡Ah! tiemble, si le descubro,
De mi furor el perverso.
Viv. Sin duda el marqués, señor,
Huyendo en extraños reinos...
Alv. No lo creas: le conozco.
No estará, Perez, muy lejos;
Y acaso en el mismo Burgos...
Mas no hablemos mas en eso.
Pensemos solo en la dicha
De Elvira... Testigo os ruego
Que en esta boda seais.
Viv. Serviros tan solo anhelo.
Mas permitid que de aquí
Me aleje breves momentos.
Graves negocios me llaman.
Alv. Id, pues; pero volved presto;
Que ya Destúñiga llega,
Y es impaciente el deseo
Del que de su ardiente amor
Aguarda el ansiado premio. (*Vase Vivero.*)

ESCENA III.

DON ALVARO, DESTUÑIGA.

Dest. Dadme los brazos, señor.
Alv. Gustoso os recibo en ellos;
Que es gloria al pecho estrechar
La flor de los caballeros.
Noble, galan y valiente
Siempre, Destúñiga, os veo
El primero en los combates,
En las justas el mas diestro.
Honor dareis á mi casa;
Y ya os miro con el tiempo,
A par que de mis estados,
De mi poder heredero.
Dest. Tan solo ambiciono ser
De la hermosa Elvira dueño.
Mas ¿dónde está?
Alv. Fué á la iglesia;
Y ya no puede... ¿Qué es esto?
(*Oyese ruido dentro.*)
¿Qué ruido?... ¿Por qué mis gentes
Precipitadas corriendo?

ESCENA IV.

DICHOS, UN ESCUDERO, CRIADOS.

Esc. ¡Señor!
Alv. ¿Qué es eso?
Esc. ¡Oh maldad!
Dest. ¿Qué ha sucedido?
Esc. ¡Perversos!
Alv. Hablad.
Esc. Doña Elvira...
Alv. ¿Y bien?
Esc ¿Cómo decir?...
Alv. Acabemos.
Dest. ¿Alguna desgracia, acaso?
Esc. Ha sido robada.
Dest. ¡Cielos!
Alv. Guzman, ved lo que decís.
Esc. ¡Ah! Señor, es harto cierto.
Veníamos de la iglesia;
Y de este sitio no lejos,
Seis hombres con antifaces,
Desnudando los aceros,
Se arrojan sobre nosotros.
Defenderme en vano intento,
Que la espada sirve mal
El valor de un pobre viejo.
Aquella débil escolta
De dueñas y de escuderos
Pronto se vió dispersada;
Y los agresores, dueños
De doña Elvira, á pesar
De sus gritos y mi esfuerzo,
Se alejan; que favorece
La noche su vil proyecto.
Alv. ¡Horrible maldad!
Dest. ¡Oh rabia!
Corramos luego tras ellos.
(*Vase precipitadamente.*)
Alv. Rivadeneira, Chacon,
Vosotros todos, id presto;
Id á buscarla... Llevad
Gentes, armas... Id: no hay tiempo
Que perder... Recorred toda
La ciudad... Los mas secretos
Parajes reconoced:
No omitais de hallarla medio.
Al que volvérmela logre,
Mi mejor villa le ofrezco.
(*Vanse todos los criados.*)

ESCENA V.

DON ALVARO.

Hija mia, mi tesoro,
Mi dulce amor, mi embeleso,
¡Tú arrebatada á tu padre!
¡Tú robada!... ¡Ah! Pierdo el seso.
Cielo, ¿para qué me diste
Grandezas, bienes sin cuento,
Si á mi vejez preparabas
Tan crudo golpe funesto?
Llévate todos tus dones,
Que solo á mi Elvira quiero.
No puedo mas... Aguardar
Es insufrible tormento.

Voy yo mismo... Sí, corramos;
Que aunque contemple mi duelo
Toda Burgos, nada importa:
Soy padre: mi hija es primero.

ESCENA VI.

Don ALVARO, PACHECO.

Pach. ¿Condestable?
Alv. ¿Quién me llama?
Pach. ¿No me conoce el de Luna?
Alv. ¡Villena! ¡Oh negra fortuna!
¡Infame y horrible trama!
¿Quién te ha conducido aquí?
¿Quién pudo?...
Pach. ¿Quién? Mi valor.
Alv. Y ¿qué me quieres, traidor?
Pach. ¿Puedes ignorarlo, di?
Odio, furor y venganza
Respira mi corazon;
¿Cuál puede ser mi intencion?
Responde, ¿cuál mi esperanza?
Alv. El sitio elegiste mal;
Que estás, Villena, en mi casa.
Pach. A quien ira ciega abrasa
Todo sitio le es igual.
Demás que solo te encuentro:
Fuera tus gentes están;
Y á mi voz acudirán
Los que he dejado allí dentro.
Alv. Digna hazaña de un malvado:
Asesinar á traicion.
Pach. Hiciéralo con razon;
Mas desecha ese cuidado.
Hidalgo soy: sin bajeza
Sé vengarme, aunque ofendido;
Que en mi venganza no olvido
Lo que debo á mi nobleza.
Cuerpo á cuerpo solo quiero
Mi rencor satisfacer;
Pues traicion no he menester
Donde me basta mi acero.
Alv. Y ¿osas de honor blasonar
Cuando á mi hija me robaste?
Porque tú has sido.
Pach. Acertaste;
Por mí se ha visto arrancar
De tu lado... Elvira es mia,
La prometiste á mi amor:
¿Creias que, sin valor,
Quitármela dejaria?
Cual tu perfidia merece
En estos momentos obro,
Y adonde quiera recobro
Un bien que me pertenece.
Alv. ¡Perverso! Y ¿en tu furor
A un padre osaste afligir?
¿No me podias herir
Sin causarme este dolor?
Pach. Y tu vida por ventura
¿Es bastante á mi venganza
El que pérfido me lanza
En una prision oscura,
El que ardiendo en rabia ciega
Ante una corte me humilla,
El que de toda Castilla
A ser ludibrio me entrega,
¿Podrá muriendo pagarme?
No: le quiero ver sufrir,
Verter lágrimas, gemir;
Quiero en su dolor gozarme.
Alv. Goza, pues, en mi quebranto;
Gózate, bárbaro, en él;
Que porque seas crüel,
No he de sofocar mi llanto.
Soy padre; y harto con esto
Le digo á tu corazon:
Ten piedad; que no es razon
Darme este golpe funesto.
Ya se humilla mi altivez:
¿Qué mas me pide tu anhelo?
No me quites el consuelo
Que me queda en mi vejez.
Vuélveme á mi Elvira, sí:
Es mi embeleso, mi vida;
Recobre á mi hija perdida,
Y haz cuanto quieras de mí.
Mis riquezas te daré,
Y el puesto que tanto anhelas;
Y si mi vista recelas,
A un destierro marcharé;
Y en fin, por única suerte,
Déjame verla, abrazarla,
Contra este pecho estrecharla,
Y dame despues la muerte.
Pach. ¡Qué mal juzgaba de tí!
Con mas valor te creia:
Lástima dame, á fe mia,
El verte abatido así.
¡Vos, cuyo excelso poder
Aun á los reyes humilla,
Condestable de Castilla,
Llorais como una mujer!
¡Vano ardid, torpe flaqueza!
Para ablandarme ya es tarde:
Solo me inspira, cobarde,
Desprecio tanta vileza.
Alv. Pues bien, desnuda el acero,
Acércate, fementido:
Si como padre he cumplido,
Como quien soy cumplir quiero.
Pach. Eso quiero yo tambien.
Llegó tu postrer instante.
Alv. Con ese tono arrogante
No me infundes miedo: ven;

Que sed de tu sangre tengo.
(*Saca la espada.*)
Pach. Beber de la tuya juro.
Alv. Tu triunfo no está seguro.
Pach. Veremos. (*Riñen.*)
Alv. Aün sostengo
La espada con brazo fuerte.
Pach. Tienes destreza.
Alv. Y valor.
(*Estando riñendo se le cae á Pacheco la escarcela al suelo.*)
Pach. A pesar de tu furor
Espero darte la muerte.
Alv. ¿Piensas que con la vejez
Perdí mi antigua pujanza?
Te engañas; que aün alcanza
A humillar esa altivez.
(*Pacheco herido en la mano deja caer la espada.*)
Pach. Herido estoy: ¡suerte fiera!
Alv. Tomad otra vez la espada.
Pach. No puedo; que traspasada
Mi mano...
Alv. Tomad: ¿qué espera
Vuestra arrogancia? Os advierto
Vuestra vida defendais;
Que he resuelto no salgais
De este sitio sino muerto.
Pach. ¡Ah! ¡Mal haya mi fortuna!
(*Quiere coger la espada y se le cae otra vez.*)
¡Oh rabia! Tener no puede
Mi brazo...
Alv. Todo aquí cede
A don Alvaro de Luna.
Muere, pues.
(*Va á herirle, cuando se oye dentro la voz de Elvira. Don Alvaro al punto se detiene, deja á Pacheco y corre en busca de su hija.*)
Elv. ¡Padre! (*Dentro.*)
Alv. ¡Qué acento!
Elv. ¡Padre!
Alv. ¡Es su voz!... ¡Vedla allí!
¡Mi Elvira!
Pach. Huyamos de aquí:
No perdamos un momento.
(*Huye por la puerta pequeña, que deja cerrada.*)

ESCENA VII.

DON ALVARO, DESTUÑIGA, ELVIRA, RIVADENEIRA, CRIADOS.

(*Vuelve don Alvaro abrazando á Elvira. Les siguen muchos criados con armas y luces.*)

Elv. ¡Padre mio!
Alv. Hija querida,
Mi dulce hechizo, mi bien,
¿Con que te recobro? Ven
Contra este pecho, mi vida.
Elv. ¿Es verdad que os vuelvo á ver,
Que os abrazo, padre amado?
Alv. Pero, ¿quién te ha libertado?
¿Quién pudo?... ¿Quién ha de ser?
Si aquí Destúñiga está,
¿Cómo preguntarlo puedo?
¡Cuán agradecido quedo
A su valor!
Dest. ¡Ah! Quizá
Fuera inútil mi ardimiento;
Que lejos ya los malvados,
Con las sombras amparados
Lograran su torpe intento.
Pero de Elvira á las voces
Gentes acuden... Do quiera
Los viles en su carrera
Se ven cortados. Veloces
Llegamos... Solo al mirarme
Huyen, y á mi bien liberto.
Alv. ¡Cara Elvira! ¿Con que es cierto
Que un pérfido arrebatarme
Quiso tal tesoro? ¡Infame!—
Mas me olvidaba... ¿Do está?
¿Dónde se ha ocultado ya?
Dejad, dejad que derrame
Su sangre vil.
Elv. ¿Qué decís?
Dest. ¿Qué delirio os enajena?
Alv. Aquí estaba.
Dest. ¿Quién?
Alv. Villena.
Dest. y Elv. ¡Villena!
Alv. Sí, ¿no lo oís?
¿Le habeis dejado escapar?
¡Ah! Por aquí se ha marchado.
¡Maldicion! Está cerrado.
Esa puerta derribar
Es fuerza.
Dest. Mas...
Alv. Al momento.
¿Que huyó por ella no os digo?
Corred... Horrible castigo
Dar á su maldad intento.
(*Los criados de don Alvaro echan la puerta abajo y vanse por ella.*)
Dest. Pero, señor...
Alv. ¿Quién le pudo,
Quién, introducir así?
Alguno me vende aquí,
Alguno, sí, no lo dudo.
Elv. ¿Decís que Villena ha entrado?
Alv. Aquí al traidor encontré;
Aquí con él batallé,

Y muerte le hubiera dado;
Mas llegaste y se salvó.
Elv. Dejadle; y solo pensad
En nuestra felicidad.
¿La habeis olvidado?
Alv. No;
Que preparado el altar,
El santo yugo os espera;
Mas de esta angustia tan fiera
Necesito descansar.
Id, hijos mios, y en tanto
Que se cumple vuestro anhelo,
Vuestras plegarias al cielo
Se eleven con fervor santo.
Al Dios que te ha libertado
Dirige, Elvira, tu ruego...
Dejadme solo; que luego
Yo marcharé á vuestro lado.
(*Vanse Destúñiga y Elvira.*)

ESCENA VIII.

DON ALVARO, RIVADENEIRA, CRIADOS.

(*Vuelven Rivadeneira y criados.*)

Alv. Y bien, ¿no le habeis hallado?
Riv. Chacon siguiéndole va;
Pero, señor, será en vano,
Que es mucha la oscuridad.
Alv. ¡Mal haya vuestra torpeza!
¡Que así se logre escapar!
Riv. Señor...
Alv. Marchaos de aquí;
Mas esa espada os llevad,
Que puede servir de prueba...
Riv. Tambien en el suelo está
Una escarcela.
(*Recogiendo la escarcela que se le cayó á Pacheco.*)
Alv. Traed.
Es suya... Aquí se hallarán
Tal vez algunos papeles...
Sí... con efecto... Acercad
Una luz.
(*Abre la escarcela y saca varias cartas, cuyas firmas va leyendo.*)
Conde de Castro...
¡Traidor!... Me la pagará...
Plasencia... Mendoza... el de Alba...
Todos, todos... ¿Qué dirán?
Luego lo veré... Mas ¡cielos!
¡Vivero!... ¿Será verdad?
¡Vivero!... Su letra es esta,
Su firma... No hay que dudar.
¡Infame!... Pero tal vez
Indiferente... No tal,
No; que cada línea aquí
Prueba en él una maldad.
¡Oh traicion!... Y ¡yo abrigaba
Esa serpente infernal
En mi pecho!... ¡El premio es este
Que le daba á mi amistad!
Ya todo está descubierto:
Por él consiguió don Juan
Romper su estrecha prision,
Por él aquí penetrar,
Y él tambien de mi hija amada
Dispuso el rapto quizás.
Pues yo le juro al traidor,
Al infame, al desleal,
Que ha de pagar con su vida
Su pérfida iniquidad.

ESCENA IX.

DICHOS, VIVERO.

Viv. ¡Ah! ¿Qué he sabido, señor?
¿Será cierto?... ¡Qué maldad!
¿A vuestra adorada hija
Han intentado robar?
Alv. Sí, Vivero.
Viv. ¡Horrible crímen!
Alv. Muy horrible, ¿no es verdad?
Viv. Y ¿quién ha osado?...
Alv. Lo ignoro.
Tampoco Perez sabrá...
Viv. ¡Ah! Si lo supiera...
Alv. ¿Y bien?
¿Qué haríais?
Viv. ¿Lo dudais?
En el pecho del traidor
Ya clavara este puñal.
Alv. Muy bien, Vivero; que sois
Mi amigo en eso mostrais.
Tampoco sabreis, supongo,
Cómo pudo penetrar
No hace mucho en este sitio...
Viv. ¿Quién, señor?
Alv. ¿Quién? Mi rival.
Viv. ¡Villena!
Alv. Villena, sí.
Tambien debéislo ignorar.
Viv. ¿Cómo he de saber?...
Alv. Ardiendo
En ira, quiso el audaz...
Viv. ¿Contra vuestra vida acaso?...
Alv. Sí, Vivero.
Viv. Y ¿quién salvar
Os pudo?
Alv. Mi espada.
Viv. ¡Oh cielos!
Alv. ¿Os pesa?
Viv. ¿A mí? Me agraviais.
Mi afecto...
Alv. Sí, lo conozco:

Es mucha vuestra lealtad.
Viv. Mis hechos todos la abonan.
Alv. ¿Quién de ella puede dudar?
Queréisme mucho.
Viv. Lo debo.
Alv. Me servís bien.
Viv. Es mi afan.
Alv. Detestais á los traidores.
Viv. Es obligacion.
Alv. Si dar
Os mando castigo alguno...
Viv. Cumpliré como leal.
Alv. Pues ya podeis, buen Vivero,
Vuestro celo desplegar.
Viv. ¿Cómo?
Alv. Que aquí mismo, aquí,
Hay quien me vende falaz.
Viv. ¿Será posible?
Alv. Conozco
Al traidor.
Viv. ¡Cielos!... Quizás
Os han engañado.
Alv. No:
Tengo pruebas... ¿No es verdad
Que es una infamia?
Viv. Sin duda.
Alv. ¡Un hombre que por mi mal,
Para colmarle de bienes
Saqué de la oscuridad!
¡Un ente vil que sin mí
Hoy mendigara su pan,
Y que á mi sombra ha subido
Do osara apenas mirar!
¡Ese me vende!... ¿No es cierto
Que asombra tanta maldad?
Viv. Pero...
Alv. Decid: ¿qué castigo
Le diérais vos?
Viv. Yo...
Alv. ¿Temblais?
Viv. Sí... de horror.
Alv. ¿Quien es el vil
Sin duda acertásteis ya?
Viv. ¿Yo?... ¿Cómo?
Alv. ¿Quereis aün
Que os muestre una prueba mas?
Viv. No... no...
Alv. Leed esta carta.
¿Negareis esta señal?
Viv. ¡Oh Dios!
Alv. Mirad: ¿conoceis
La letra, la firma?... Hablad.
Hablad... ¿Son vuestras?
Viv. ¡Señor!
Alv. Responded... ¿Son vuestras?
Viv. ¡Ah!
(*Cae confundido á los piés de don Alvaro.*)

Alv. ¡Traidor!... ¿Con que mis favores
De esta manera pagais?
¡Me abrazábais, y era solo
Para clavarme un puñal!
¡Como otro Bellido Dolfos
Sabeis traiciones fraguar,
Y al amigo, al bienhechor
Vender con trama infernal!
Vive Dios, que aunque os hiciere
El corazon traspasar
Con tantas heridas como
Favores mios contais,
Aun fuera poco el castigo;
Que no es posible encontrar
Suplicios, no, que se igualen
A tan negra iniquidad.
Pérfido, infame, no escondo
En tu pecho desleal
Mi daga, porque no quiero
Tan puro acero empañar.
Mas no por eso tu crímen
Sin castigo quedará.
Uno tal te he de imponer
Que á todos ha de espantar,
Y mis aleves contrarios
Al saberlo temblarán.
¿Ves aquella torre, ves?
Desde ella á pagarme vas
Tu horrible traicion. Desde ella
Precipitado...
Viv. ¡Piedad!
Alv. No, no hay piedad... Al abismo
Tu cuerpo vil bajará,
Y partido en mil pedazos
Le quiero allí contemplar.
Llevadle.
Viv. ¡Cielos! No... no...
Vedme á vuestros piés.
Alv. Alzad.
Viv. Yo abrazo vuestras rodillas.
Perdon.
Alv. No.
Viv. Por la amistad
Tan antigua.
Alv. Tú la has roto.
Viv. Por vuestra hija.
Alv. ¿Osarás
Recordármela?... Llevadle,
Llevadle .. Lo dije ya.
Viv. No... por Dios... no.
Alv. Obedeced.
Viv. Dejadme... no... no...
Alv. Marchad.
(*Los criados de don Alvaro se apoderan de Vivero: este, abrazando las rodillas del condestable y suplicando, se resiste; pero al fin se lo llevan á la fuerza.*)

ESCENA X.

Don ALVARO, DESTUÑIGA, ELVIRA.

Alv. Vé, traidor, vé : cual mereces,
Infame, perecerás.
(*Salen Destúñiga y Elvira.*)
Elv. Señor, ¿qué gritos?
Dest. ¿Acaso
Un nuevo atentado?
Elv. Habläd :
¿Qué sucede?
Alv. Que á un traidor
He mandado castigar.
Dest. ¿Quién es?
Alv. Vivero.
Elv. ¡Vivero!
Alv. Hija mia, ¿lo creerás?
El pérfido nos vendia.
Elv. ¡Ah! No es posible.
Alv. Aquí están
Las pruebas de su traicion.
Estas cartas.
Elv. Mas quizá
Son fingidas.
Alv. No, que él mismo
No las ha osado negar.
Unido estaba el aleve
A mi enemigo mortal,
Y en negras tramas ocultas
Mi ruina intentó fraguar.
Él es quien al de Villena
Procuró la libertad :
Él quien antes le introdujo
En este mismo lugar;
Y él es en fin, el que astuto,
Con su lenguaje falaz,
Del rey el antiguo afecto
Ha conseguido entibiar.
Dest. Y ¿habeis dejado que vivo
Salga de aquí?
Alv. Sí; mas va
Caminando do reciba
El justo premio. — Mirad :
Vedle allí... De aquella torre
Le van luego á despeñar.
(*Aparecen Vivero, Rivadeneira y gentes de don Alvaro en lo alto de la torre. En este instante la luna sale de entre las nubes é ilumina todo el teatro.*)
Elv. ¡Ah! Señor, no : perdonadle;
Que es horroroso...
Alv. Jamás.
Viv. Condestable, mi suplicio
(*Desde la torre.*)
Del tuyo causa será.
Alv. Muere, infame; y los traidores
En tí escarmienten.
Elv. ¡Piedad!
(*Elvira se arroja á los piés de su padre, el cual vuelve la cabeza y hace una seña. Rivadeneira y los suyos se apoderan de Vivero, y le arrojan de la torre abajo.*)
Viv. ¡Ay de mí!
Elv. ¡Qué horror!
Alv. Cumplida,
Por fin, mi venganza está. —
Venid ahora, hijos mios :
Venid, seguidme al altar.

ACTO CUARTO.

El teatro representa un salon de palacio. Habrá una mesa con escribanía : al lado un magnífico sillon para el rey, y al rededor taburetes para los cortesanos. Candelabros con luces.

ESCENA PRIMERA.

El REY, SANTILLANA, JUAN de MENA, CASTRO y otros Caballeros.

Rey. Sentaos, señores; y en plática grata,
Los duros afanes del dia olvidad :
Dejando de Marte la furia insensata,
De amores y versos tan solo tratad;
Que amor á las almas dió el cielo piadoso,
Cual dulce consuelo de tanto dolor;
Y versos inspira que en canto armonioso
La llama eternizan del fiel amador.
Mena. Mi musa de amores los dulces placeres
Los blandos hechizos no suele cantar;
Que en vez de medrosas y flacas mujeres,
A fuertes varones pretende ensalzar.
En versos robustos, con trompa sonora,
Las lides relata mi altiva cancion;
Y así retratando los males que llora,
Les dicta á los reyes sublime leccion.
Sant. Yo fuerte en el campo, la espada blandiendo,
Procuro mostrarme cual noble adalid;
Mas luego sensible la lira tañendo,
Aquel de ser dejo que fuera en la lid.
Postrado á las plantas de hermosa doncella,
Sus prendas celebro, pretendo su amor;
Y canto gozoso mis dichas con ella,
O lloro en endechas su fiero rigor.
Rey. Amor dulces trovas, marqués, os inspira:
Con gusto, sabéislo, las suelo escuchar :

Si nuevos cantares feliz vuestra lira
En rimas sonoras hoy supo entonar,
Decidlos, os ruego.
Sant. De amor he querido
En cántiga breve la voz definir;
Mas fué vana empresa: dichoso no he sido.
Rey. ¿Tenéisla?
Sant. Sí tengo.
Rey. Pues quiérola oir.

Santillana (*Lee*).

Falaguero sois, amor;
Mas ¿cómo seyendo ansí,
Cuando os afincais en mí
Causades tanto dolor?
Que en suerte tan desigual,
A mi fe,
Si vos llame un bien non sé,
O si un mal.

Vendados ojos habedes,
É os mostrades buen flechero:
¿Cómo, pues, ciego é certero
Vos á un tiempo ansí seyedes?
Será porque sin razon
Doloridas,
Non facen vuestras feridas
Distincion.

Niño sois, mas poderoso,
Seyendo tal vuestra alteza,
Que á todos face igualeza,
Al mezquino é al brioso.
Ca todos á la cadena
Bien ligados,
Se quejan á vos cuitados
De su pena.

É yo tambien sin ventura,
En vos buscando placer,
Fallé solo padescer,
Cuita en lugar de folgura.
Non seyades de esa suerte
Tan esquivo:
El bien me dad por quien vivo,
O la muerte.

Rey. Sentido es el verso: marqués, me habeis dado
Con esta lectura muy grato placer;
Mas solo el concepto paréceme errado.
Sant. Señor, ¿por qué causa?
Rey. Que se halla á mi ver
La culpa en el hombre del mal que padece.
¿Amor preferencia no quiere decir?
Mujeres diversas el mundo le ofrece:
¿Por qué, pues, entre ellas no sabe elegir?
Sant. Amor preferencia decir quiere, es cierto;
Mas siempre no elige para ella en verdad;
Pues tiene el que elige voluntad advierto,
Y no hay en quien ama jamás voluntad.
Rey. ¿Quién, pues, se la roba?
Sant. Cupido la quita.
Rey. ¿Robársela puede si Dios se la dió?
Sant. Será que en tal caso quitarla per- [mita.
Rey. ¿Pues diósela en vano?
Sant. Señor, eso no.
Rey. Al dársela dijo que libre seria.
Sant. Voluntad sin eso no fuera jamás.
Rey. ¿A un tiempo ser libre y esclavo podria?
Sant. Decir que no es dable será por [demás.
Rey. Pues bien, si el ser libre voluntad implica,
Y el serlo y no serlo decís que es error,
Que aquella subsiste mi argumento indica.
Sant. Fuerza es confesarlo: vencísteis, señor.
Mena. De ingenio su alteza do quiera [hace alarde.
Cast. Castilla celebra su vasto saber.
Rey. Ya basta, señores... Mas ¿cómo tan tarde
El buen condestable se deja hora ver?
Tampoco Vivero se encuentra...
(*Ruido dentro de gentes.*)
¿Qué es esto?
¿Qué ruido?...
Sant. Gran golpe de gente...
(*Mirando hácia dentro.*)
Rey. Mirad.
El alma me dice que un caso funesto...
Sant. A verlo corramos.
Rey. Sí, pronto marchad.
(*Al quererse marchar varios caballeros, sale Pacheco precipitadamente.*)

ESCENA II.

DICHOS, PACHECO.

Rey. ¿Qué veo? ¡Don Juan Pacheco!
Sant. ¡Aquí Villena!
Rey. ¡Qué audacia!
Pach. ¿Qué os asombra? Sí, yo soy:
Señor, vedme á vuestras plantas.
Rey. Alzaos... ¿Qué me quereis?
Pach. Justicia.
Rey. Y ¿á provocarla
Venís vos?
Pach. Sí, la provoco
Cuando un crímen la reclama.
Rey. ¡Un crímen!
Pach. ¡Crímen horrible,
Que espanto el oirlo causa!
Rey. ¿Cuál es?
Pach. Un criado vuestro
De lealtad acrisolada,
Un ministro que os sirviera
Por luengos años sin mancha,

Perez de Vivero, en fin...
Rey. ¿Y bien?
Pach. De espirar acaba.
Rey. ¡Ha muerto!
Pach. Sí, asesinado.
Todos. ¡Asesinado!
Rey. ¡Oh desgracia!
Y ¿quién ha sido?...
Pach. ¡Qué muerte!
¡Horrible, atroz!... Recordarla
No puedo sin que la sangre
Quede en mis venas helada.
Desde una elevada torre
Le ha lanzado vil venganza,
Y en su espantosa caida
El triste ha exhalado el alma.
Todos. ¡Qué horror!
Rey. No es posible, no.
Pach. ¿Quereis la prueba mas clara?
Miradle.
(*Le lleva hácia la puerta por donde ha entrado, fuera de la cual se supone estar el cadáver de Vivero.*)
Rey. ¡Cielos! ¡Él es!
¡Su cadáver!... ¡Ah! Me espanta
Esa vista... Es horrorosa.
De mis ojos apartadla.
Sant. ¡Oh maldad!
Rey. ¡Triste Vivero!
De vengarte doy palabra.
Pach. ¿La cumplireis?
Rey. Sí, lo juro.
Pero decid: ¿quién osara...?
Pach. ¿Quién ha de ser? El que todo
En Castilla lo avasalla:
El que usurpando atrevido
La autoridad soberana,
Hora señor absoluto
De vuestros reinos se aclama:
El que envanecido y loco
Con el poder que hoy alcanza,
Las haciendas y las vidas
A su placer arrebata:
El condestable, señor.
Rey. ¡Don Alvaro! ¡Infame trama!
Me engañais.
Pach. Señor, lo juro.
Cerca de su albergue estaba,
Cuando gritos espantosos
Del aire turban la calma.
Alzo los ojos, y al brillo
De la luz que arroja escasa
La luna que de entre negras
Nubes entonces se escapa,
Miro al infeliz Vivero
Que allá en las almenas altas
Entre bárbaros sayones
Desesperado batalla.
¡Vanos esfuerzos! Los viles
A su víctima levantan
Con fuertes brazos, y al hondo
Abismo airados le lanzan.
¡Ay! casi vino á caer
El infeliz á mis plantas.
Rey. ¡Crímen atroz!... Mas no es cierto:
No cabe, no, maldad tanta
En don Alvaro... ¿Su amigo
No era Vivero?... ¿Qué causa?...
Sant. No hay amistad en el pecho
Que la negra envidia abrasa.
Vivero fiel os servia;
Para perderle eso basta.
¿No habeis visto al condestable,
En su funesta privanza,
De vos constante apartar
A cuantos justa la fama
Por su lealtad y valor
Entre los buenos ensalza?
¿Hay un rico-hombre por dicha
Que su furor no probara?
¡Cuántos en prisiones gimen!
¡Cuántos dieron su garganta
A infame verdugo! y ¡cuántos
En tierra extranjera vagan!
Pues ¿cómo dudar podeis
Que á ese infeliz hoy matara?
Pach. No hay duda: á jurarlo vuelvo,
Yo presencié su desgracia;
Y otros ciento á par conmigo
La presenciaron... Recaiga
Sobre el infame asesino
Tanta sangre derramada.
¡Ah! Señor, ¿á qué aguardais?
Mil y mil víctimas alzan
Hácia vos desde la tumba
Su voz pidiendo venganza.
¿Sereis sordo á sus clamores?
¿Podreis mas tiempo negarla?
¿O esperareis para hacer
Justicia á que todos caigan,
Y de nosotros no quede
Ni aun memoria?... Las miradas
Volved de nuevo, volved,
A ese infeliz... ¿Veis su infausta,
Su horrible suerte?... Pues bien,
Esa misma nos aguarda.
Así nos vereis á todos,
A todos... ¡Oh negra infamia!
¡Oh torpe baldon!... Si está
Nuestra muerte decretada,
Aquí mismo en nuestros cuellos
Caiga del verdugo el hacha,
Corra nuestra sangre toda,
Mas siendo vos quien lo manda.
Rey. ¡Ah! Callad; que con mil tiros
Me estais traspasando el alma.

Pach. Nobles somos, nuestras vidas
Queremos perder sin mancha;
Y si es preciso morir,
Muramos por el monarca.
¡Por el monarca! ¿qué digo?
¿Adónde en Castilla se halla?
¿Hay rey en Castilla? No,
No le hay.
Rey. ¡Marqués!
Pach. Me arrebata
El dolor... ¡Ah! Perdonadme:
Un fiel vasallo es quien habla,
Y acaso le hace atrevido
La lealtad que el pecho abrasa.
Monarca tiene Castilla,
Es verdad, de eterna fama,
Grande, noble, generoso,
Que todos por sabio ensalzan;
Mas al amor de sus pueblos
Hoy un pérfido le arranca.
En vano os buscan, señor:
Do quier sus pasos ataja
La mano osada y funesta
Que de ellos constante os guarda.
Cual nube que oculta el sol
Don Alvaro se adelanta,
Y vuestros rayos divinos
De quien los contempla aparta.
¿Qué mucho que con envidia
Haga guerra á quien le iguala,
Si aun siendo vos su señor,
Vuestras glorias soberanas
Le ofenden, y al mismo trono
Lleva atrevido su planta?
¿Os buscan? Solo á él se encuentra.
Él solo acude si os llaman.
Mandais, y nadie obedece
Si él á la par no lo manda;
Y mientras todo en el reino
Su cólera lo anonada,
Vuestras divinas bondades
A nadie, señor, alcanzan.
Para ser rey, la corona
Ya solamente le falta;
Y ¿quién sabe si ambicioso
Se propone arrebatarla?
Rey. ¡Arrebatarla! Primero
Su muerte...
Pach. Si aun mucho tarda,
No será tiempo... Miradle,
Miradle desde la infancia
Unido á la suerte vuestra
Como maléfica planta
Que sembrara el mismo infierno
Para ahogaros con sus ramas.
Si libre vivir quereis,
Necesitais arrancarla.
Señor, destruid al monstruo
Que contino os amenaza:
Ved que si hoy no le matais,
Él os matará mañana.
Rey. ¡Ah! Cesad... No digais mas;
Que mil temores asaltan
Mi corazon, y... Dejadme,
Salid.
Pach. Pero, señor...
Rey. Basta,
Salid os digo... Haré cuanto
Hoy mi dignidad reclama.

ESCENA III.

EL REY.

« Ved que si hoy no le matais,
Él os matará mañana. »
Estas palabras aquí
Se me han quedado enclavadas,
Y siento que el corazon
Se estremece al recordarlas.
¿Será cierto que el maestre?...
No, no cabe tal infamia
En quien tantos años dió
De lealtad pruebas claras.
¡De lealtad!... Y ¿es leal
El que en su ambicion insana
Un tiránico poder
De su rey á expensas labra,
Y hace que brille el vasallo
Despareciendo el monarca?
No lo es, no; que es traidor.
¡Traidor!... Y ¿por qué?... Si hoy alza
Su frente tan orgullosa;
Si sus riquezas son tantas;
Si á par de su rey, en fin,
Mis reinos todos le acatan,
¿Quién lo quiso? ¿No eres tú,
Débil don Juan?... ¿No arrojabas
Ha poco sobre su frente
Con profusion insensata
Puestos, títulos, honores,
Como en los surcos que traza
El rústico labrador
Los granos de trigo lanza?
Pues ¿por qué al ver el coloso
Que tú formaste te espantas?
¿Te asombras de su poder?
¿Lo temes?... ¡Alma apocada!
Ese poder ¿no es el tuyo?
¿No es tu sombra? ¿No reparas
Que si es para los demás
Mucho, para tí no es nada;
Y que esa torre orgullosa
Que tan alto se levanta,
Semejante á los castillos
Que forma el niño con cartas,

Solo á un leve soplo tuyo
Al punto se desbarata?
Pues si eso sabes, ¿por qué?...
¡Ah! Bien sé que es sombra vana;
Pero esa sombra ni un punto
Del lado mio se aparta.
Diez lustros ha que me sigue,
Que me acosa, me avasalla,
Y sin poder resistirlo,
Tiemblo tan solo al mirarla;
Que para mi mal un genio
Fascinador la acompaña.
Y qué, ¿siempre he de sufrir
De un vasallo la arrogancia?
¿Será que el rey obedezca
Mientras el súbdito manda?
No: me es fuerza ya salir
De esta esclavitud tan larga,
Tan vergonzosa... Me ofende,
Me es insufrible, me cansa.
Mostremos por fin al mundo
Que sé obrar como monarca:
Fulmine el rayo mi mano,
Y el privado infame caiga...
(*Toma una pluma.*)
¿Qué voy á hacer? ¡A mi amigo,
Mi compañero de infancia;
Al que de riesgos sin fin
Valeroso me salvara;
Al que sostuvo el decoro
De mi trono en lides tantas!...
No, que fuera ingratitud;
(*Arroja la pluma.*)
No consiento en mí tal mancha.
Vive, vive, condestable...
Mas ¡ay! ¡qué recuerdo! ¡Oh rabia!
La sombra allí de Vivero
Se presenta destrozada,
Deshecho el rostro, sangriento,
Rotos los miembros... Venganza...
Venganza pide... ¡Infeliz!
Sí, la tendrás... Juré darla:
Lo cumpliré; que es justicia,
No ingratitud. — ¡Ola, guardias!
(*Sale un oficial de la guardia.*)
Oficial. ¿Señor?
Rey. ¿Se encuentra Destúñiga
Ahí?
Oficial. De llegar acaba.
Rey. Pues decidle que entre al punto.
(*Vase el oficial.*)
Vamos, valor. (*Se sienta y escribe.*)

ESCENA IV.

EL REY, DESTUÑIGA.

Dest. ¿Qué me manda
Vuestra alteza?
Rey. En este pliego
Os doy órdenes: sin falta
Han de quedar esta noche,
Destúñiga, ejecutadas;
O de ellas responderá
Vuestra cabeza mañana.
(*Le da un papel y vase.*)

ESCENA V.

DESTUÑIGA.

¡Oh cielos! ¿Qué será? ¿Por qué mi mano
Se estremece al tomar?... Como una losa
Pesa este pliego... ¡Santo Dios!... Parece
Que funesto ha de ser lo que me imponga.
Airado el rey me habló, y en el semblante
Ví vagar del furor las negras sombras.
Mas ¿para qué me canso? El pliego tengo,
Él me debe sacar de esta zozobra.
(*Lee.*) «Don Alvaro Destúñiga, mi alguacil mayor: yo os mando que prendais el cuerpo á don Alvaro de Luna, maestre de Santiago, y si se defendiese, que le mateis. — YO EL REY [1].»
¿Qué es esto?... ¿Qué he leido?... ¿Será cierto?
Sí... no hay duda... lo es... ¡Orden odiosa!
Y ¿á quién la dan?... ¡A mí!... ¡Cuando mi suerte
De unir acabo á la de Elvira ahora!
Y ¡yo á su padre he de prender!... ¡Ah! Nunca:
Fuera aleve traicion, fuera deshonra.
Pero lo manda el rey: cual fiel vasallo
Obedecerle debo... Y ¿qué me importa?
Si aquí negra traicion sus redes tiende,
Me ordena el cielo que leal las rompa,
En trance tan fatal salvando á un tiempo
La vida al uno, al otro la corona.
Sí, corramos... Es fuerza al condestable
Su peligro advertir antes que pongan
Obstáculo á su marcha... Voy... ¡Oh cielos!
Él es... No es tiempo ya.

ESCENA VI.

DESTUÑIGA, DON ALVARO.

Alv. ¿Por qué tan solas
Estas salas encuentro? ¿Cuál motivo
Puede hacer que de mí todos se escondan?
Destúñiga, decid.
Dest. Huid, maestre.
Alv. ¡Huir!
Dest. Huid, os digo.

1 Histórico.

Alv. ¿Yo?
Dest. Ni un hora
Esteis en Burgos ya.
Alv. Mas ¿qué misterio?...
Dest. Si un punto os deteneis, temblad.
Alv. Me asombra
Ese lenguaje en vos.
Dest. ¿No habeis oido?
¿A qué aguardais? Huid. . Con fuga pronta
De mí mismo os librad.
Alv. ¡De vos! ¿Acaso
Puedo temer de vos?
Dest. Sí, mas que todas
Evitad mi presencia.
Alv. Ya me cansa...
Explicaos por fin.
Dest. ¡Ah! Que mi boca
No acierta...
Alv. Hablad, hablad... De aquí no [salgo
Si vos antes...
Dest. Pues bien, vuestra persona
Me manda el rey prender.
Alv. ¿A mí?
Dest. Hora mismo.
Alv. ¡Ah! No es posible... Delirais.
Dest. Tan loca
Confianza desechad... Ved este pliego.
Alv. ¿Qué miro?... No... Mi vista se equivoca.
Leamos otra vez... Sí... sí... no hay duda.
¡Cielos! ¿Con que es verdad?
(*Se deja caer abatido en un sillon.*)
Dest. Todos ignoran
Tan terrible mandato... Yo tan solo...
Marchad : para salvaros tiempo os sobra.
No tardeis.
Alv. Rey don Juan, ¿es este el premio
Que á mi lealtad le das?... Servir con honra
Tantos años... Salvar de mil peligros
Tu vida y libertad... Cuando destrozan
Opuestos bandos tu infeliz imperio,
Afianzar tu poder con la victoria...
¿Este vil galardon de tí merece?
¡Oh fiera ingratitud!
Dest. Negra, horrorosa.
Ella rompe, señor, el vasallaje
Que jurado le habeis... Pues bien, conozca
Que su vano poder se hunde en el polvo
Si el brazo retirais en que se apoya.
Teneis riquezas y castillos fuertes,
Y fieles servidores que os adoran,
Vasallos que por vos en noble lucha
Harán gustosos que su sangre corra...
¿A qué aguardais? Marchad. Sin perder tiempo,
De oscura noche aprovechad las sombras;
Juntad vuestros parciales; que las armas
Al nuevo sol relumbren vengadoras;
Y probad que esa espada irresistible,
Si á los reyes sirvió, tambien los doma.
Alv. ¿Qué me osais proponer?
Dest. Lo que [aconseja
Vuestra fama..., el valor... ¿En tal deshonra
Pudiérais consentir?... El que su frente
Muestra cercada de esplendor y gloria,
¿Hora la humillará con torpe mengua
Al peso de cadena vergonzosa,
O morirá tal vez en vil cadalso,
Mientras triunfantes sus contrarios gozan?
No... Primero morir... Muramos todos
Defendiendo una causa tan hermosa :
Muramos todos; y á lo menos quede
De tan notable hazaña la memoria.
A las armas, señor; que quien os diera
En Olmedo y Medina la victoria,
De este nuevo peligro que os amaga,
A salvo os sacará tambien ahora [1].
Alv. Destúñiga, callad... Ved que atrevido
Ese lenguaje criminal me enoja.
¡Yo traidor á mi rey! ¿Lo habeis pensado?
¿Cómo, en qué tiempo de mi vida toda
Os he dado ocasion á que esa infamia
Creyérais vos de mí?... Cuando ya toca
Este anciano infeliz la tumba oscura
Tras luengos años de poder y de honra,
¿Comprar un resto de vivir podria
Con tan negro baldon, tan fea nota?
Dios no permita que á mis hijos deje
Del que contra su rey las armas toma
É infiel combate su pendon sagrado,
La vil mancilla que jamás se borra.
Nunca... Al rey, mi señor, todo lo debo :
Su querer es mi ley... Si le acomoda,
Cual me pudo elevar, puede abatirme [2];
Y hallando siempre en mí sumision pronta,
Entrégome en sus manos; que tan solo
Esto hacer debe quien su ley adora.
Dest. Ved que os perdeis, señor.
Alv. Mi honor lo gana.
Dest. Y ¿si un cadalso?...
Alv. Vivirá mi gloria.
Dest. ¿Quedareis sin venganza?
Alv. Harta venganza
Es con tan débil rey mi muerte sola.
Dest. Vuestros contrarios triunfarán.
Alv. Bastante
El polvo de mis piés besó su boca.
Dest. ¿Por qué su ejemplo no imitais? Mil [veces
Del fuero usando que el rico-hombre invoca,
Vióseles el pendon alzar osados
Que refrena el poder de la corona;
Y luchando....
Alv. Y ¿porque ellos son traidores,

1 Histórico.
2 Idem.

Yo he de serlo tambien ? No : la grande obra
En que mi vida entera se empleara
No verán que en mis manos se desploma.
Nulo el regio poder y combatido,
Naufragaba sin fuerza entre las olas
De un agitado mar : á sostenerlo
Acudí con mi mano vigorosa ;
Y triunfante por mí, ya de sus ruinas
Alza la frente y el valor recobra.
Si ingrato ese poder, á quien le diera
Su altiva robustez hora destroza,
Pues muestra en ello que mi fin logróse,
Su fallo venerar solo me toca.
Dest. Pero...
Alv. No mas, Destúñiga: la órden
Me habeis mostrado ya : respetuosa
Mi boca besa tan sagrado signo.
Tomad : vuestro deber cumplid ahora.
Dest. ¡ Ah ! Que no puedo.
Alv. Obedeced.
Dest. Mi padre
Miro, señor, en vos ; y en horrorosa
Prision no os sumiré.
Alv. No es hijo mio
Quien traidor á su rey mi ira provoca.
Dest. Pues bien.... si lo quereis.... sea.
Alv. Mi espada
Es esta : yo os la entrego.
Dest. Arma gloriosa,
Solo aceptarte de rodillas debo.
(*Se arrodilla para recibir la espada.*)
Alv. Hijo mio, guardadla si me inmolan.
Dest. ¡ Noble herencia ! Tal vez de tí servirme
El mundo un dia me verá con honra.

ESCENA VII.

DICHOS, PACHECO, CABALLEROS, GUARDIAS.

Pach. Yo os digo que Destúñiga nos vende.
Venid : su infamia prevenir importa.
Ved al de Luna allí.... Prendedle luego.
Dest. Atrás.... nadie se acerque.
Pach. Traidor, ¿ osas
Del rey así las órdenes sagradas
Alevoso infringir ?
Dest. No, te equivocas ;
Que cumplidas están.... Mi prisionero
Es el maestre ya ; mas su custodia
A mí, tan solo á mí, su alteza fia :
Para dar cuenta de él conmigo sobra.
Condestable, venid.—Paso, señores :
Del hombre grande respetad la gloria.
(*Vase con don Alvaro abriéndose paso por entre los guardias.*)

ACTO QUINTO.

El teatro representa una gran sala de la casa que sirve de prision á don Alvaro. En el fondo una ancha ventana gótica que, abriéndose, deja ver la plaza de Valladolid. A la derecha del actor una puerta que conduce fuera del edificio. A la izquierda otras dos puertas: una en el fondo que supone guiar á las piezas interiores, y otra al proscenio que es la del cuarto de don Alvaro. Una mesa y encima un reloj de arena.

ESCENA PRIMERA.

DON ALVARO, MORALES.

(*Don Alvaro está sentado junto á la mesa, la cabeza reclinada en la mano, y durmiendo.*)

Mor. ¡ Oh cuán tranquilo reposa !
¿ Quién al verle no creyera
Que el dulce placer le espera
En vez de suerte horrorosa ?
Porque ese, en tan triste suerte,
Su postrer sueño será ;
Y en breve le seguirá
¡ Ay ! el sueño de la muerte.
Allí el cadalso se eleva
A su víctima esperando,
Y ya el pueblo allí gritando
Se goza en vista tan nueva.
Ni aquel bárbaro gritar,
Ni aun el martilleo horrible,
Ese dormir apacible
Han conseguido turbar.
Inalterable, sin miedo,
¡ Con qué pureza respira !
¡ Ah ! ¡ Qué respeto me inspira !
Postrado á sus plantas quedo.
(*Se arrodilla delante de don Alvaro y le besa la mano. Don Alvaro se despierta.*)
Alv. ¿ Quién es ?.... ¿ Eres tú, hijo mio ?
¿ Qué haces ahí ?
Mor. Contemplaba
Vuestro rostro y le adoraba.
Alv. ¡ Ah ! Deja ese desvarío.
A Dios solo has de adorar.
Mor. El que es de virtud modelo,
Su imágen muestra en el suelo.
Alv. Virtud no debes llamar
A lo que estás viendo en mí :
Amarle es ser virtüoso ;
Y siendo yo poderoso

Hartas veces le ofendí.
Si él es fuerte, tambien sé
Que es bueno; y yo, por mi mal,
Aspirando a ser su igual,
Su bondad nunca imité.
Mor. Pero ¿ no es él quien os da
Esa calma, ese valor ?
Alv. La muerte infunde temor
A quien de ella incierto está;
Mas si se muestra segura,
Disípase el miedo vano,
Y á los ojos del cristiano
No espanta, no, su figura [1].
Pronto á recibirla estoy.
Mor. Si puede ser admitida
Por vuestra vida mi vida,
Señor, gustoso la doy.
Alv. ¿ Qué dices, necio ? ¿ No ves
Que el cambio no fuera igual ?
¡ Tú en el albor matinal
De la vida ! ¡ Yo, al revés,
Tronco viejo y carcomido
Que el tiempo ya destruyó,
Y que condenado ó no,
Mañana habrá perecido !
A tí dilatados dias
De amor y esperanza llenos
Te quedan, dulces, serenos,
Entre glorias y alegrías :
A mí un escaso vivir
Que atormentara el dolor,
De cuyo fiero rigor
Solo el remedio es morir.
Bella flor, la patria en tí
Opimos frutos espera :
Yo terminé mi carrera :
Cuanto puedo ya le dí.
Mor. Y ¿ qué podré hacer por ella,
Señor, si pierdo mi guia ?
Porque solo en vos veia
Mi fiel modelo, mi estrella.
Fijos los ojos en vos,
Vuestros hechos estudiaba :
Ser sombra vuestra anhelaba ;
Esto le pedia á Dios.
Alv. Pídele solo, hijo mio,
Que en tí conserve esa llama
Que en santa virtud te inflama
É infunde tan noble brio :
Entonces no quieras ser
Sino lo que te hizo el cielo ;
Que de virtud el modelo
En tí mismo podrás ver.
Mas si mi recuerdo acaso
De algo te puede servir,
Quiero dejarte al morir
Un don.
Mor. ¡ Un don !
Alv. Será escaso :
No puede mas mi amistad ;
Si tuve bienes sin cuento,
Hoy hasta mi enterramiento
Deberé á la caridad.
Este anillo.
Mor. Mucho mas
Le aprecio que si me diera
Su trono el rey.
Alv. Cuando muera
A don Juan le enseñarás ;
Que él solo decirte puede
La virtud que encierra en sí.
Mor. Siendo vuestro, para mí
Su valor á todo excede.
Alv. Al darte el último adios
Tendráslo : guardarlo quiero
Hasta mi instante postrero.
Mor. ¡ Ah ! Entonces.... ¡ Cielos !....¡ Las [dos!
(*Dan las dos en un reloj de torre.*)
Alv. ¿ Por qué te turba el sonido
De esa campana ?
Mor. Me advierte
Que solo hasta vuestra muerte
Falta un hora.
Alv. Prevenido
Estoy : bien puede venir
Cuando quiera.
Mor. El rey mandó
Que al dar las tres el reló
El verdugo os ha de herir.
Alv. Aquí es ley su voluntad.
Vuelve ese reloj de arena :
Contemplaré con serena
Vista cual la eternidad
Se va acercando.... Está bien.
Ahora algunos instantes
Déjame solo.... Pero antes
Que marche al suplicio, ven.
(*Vase Morales.*)

ESCENA II.

DON ALVARO.

Arena que sin sentir
(*Mirando el reloj de arena.*)
Tan callada vas pasando,
Contigo veloz llevando
Mi fugitivo existir :
Lo que resta á mi vivir
Mido ya en tí con certeza ;
Pues con bárbara presteza,
A impulsos del hado insano,
Al caer tu último grano
Caerá tambien mi cabeza.

[1] Histórico.

Caerá, cuando alzaba al cielo
Mas orgullosa mi frente,
Cuando con planta insolente
Pisaba el vencido suelo.
A tanto remonté el vuelo
En alas de la ambicion,
Que en tan alta elevacion
Cercano el sol me abrasara.
¡ Que la suerte me faltara
Sobrándome corazon!
¡ Morir! ¿ Qué importa la muerte
Cuando con gloria se alcanza,
Si viene en pos de una lanza
Vibrada por mano fuerte?
Morir debí de esa suerte,
Que fuera honroso morir;
¡ Mas esa infamia sufrir,
Yo que de grande blasono!
¡ Debiendo subir á un trono,
A un vil cadalso subir!
Y qué, ¿ el lustre de mi fama
El cadalso empañará?
No, que antes él brillará
Con la luz que ella derrama.
Mas ennoblece que infama
Al que es de virtud ejemplo;
Y si hora en él me contemplo,
Tal vez la posteridad,
Obrando con equidad,
Hará que se cambie en templo.
Porque en mis hombros robustos
Sostuve leal el trono,
Guardándolo en su abandono
De contrarios mil injustos.
Débil, sin gloria, entre sustos
Yo le dí fuerza y quietud;
Y un dia con rectitud
La historia á los dos juzgando,
Mi lealtad ensalzando,
Culpará su ingratitud.
Mas lejos ya tal locura:
Grande fuí, pequeño soy;
Y solo pensemos hoy
En otra mayor ventura.
Sí, que en la celeste altura,
Si alcanzarla merecí,
Grande seré como aquí;
Y esta grandeza falaz,
Si en el mundo es tan fugaz,
Pura, eterna será allí.

ESCENA III.

DON ALVARO, EL REY, MORALES, LUEGO PACHECO.

(*Salen el rey y Morales con misterio por la última puerta de la izquierda. El rey estará embozado en una capa. Despues de dichos los primeros versos, Morales se marcha. Pacheco no sale hasta mediada ya esta escena, embozado tambien, y se retirará hácia el fondo, procurando no ser visto del rey y de don Alvaro, y observándolo todo.*)

Mor. Vedle allí.—¿Condestable?
Alv. ¿Quién?... ¡Fernando!
¿No te dije?...
Mor. Señor... Hay quien os busca,
Y hablaros quiere.
Alv. ¿Dónde está?
Mor. Miradle.
(*Señalando al rey.*)
Alv. ¿Quién es?
Rey. Yo soy. (*Desembozándose.*)
Alv. ¡Señor!... ¡Vos!
Rey. ¿Qué te asusta?
Don Alvaro, yo soy.
Alv. ¡Mi rey!
Rey. Tu amigo.
Alv. ¡Mi amigo!
Rey. Sí... lo soy... ¿Qué, por [ventura
Puedes dudarlo?
Alv. ¿Yo?... Ved do me encuentro,
Y luego responded.
Rey. ¡Así me acusas!
¡Ingrato! ¿Cuándo mi amistad sincera
Por tí se desmintió?... Si la ley dura
Que ata á los reyes al pesado yugo
De ajena voluntad, la muerte tuya
Me obligó á decretar, ¿piensas que quiero
Que esa sentencia bárbara se cumpla?
No, que mis labios pronunciar anhelan
Ansiosos tu perdon; y mi ternura
Solo aguardaba que tu humilde ruego
Hoy llegara á mis piés... En tristes dudas
Los momentos pasaban... Cada ruido
Que en inquieta atencion mi oido escucha,
De ese ruego ¡ay de mí! tan anhelado
Pienso que el grato portador me anuncia.
¡Inútil esperar! La hora se acerca...
Nadie parece... La amistad me impulsa...
Ya no puedo esperar... Parto; y yo mismo
Soy quien vengo á rogarte en tal angustia.
Alv. ¿Qué escucho? ¿Aun me quereis?
Rey. ¿Qué mayor prueba?
Alv. Entonces sin pesar bajo á la tumba.
No era el cadalso vil, no era la muerte,
El mayor de los males que me abruman:
Era vuestro furor: solo esta idea
Heria el corazon con flecha aguda.
Rey. ¿Tan crüel me juzgabas, tan ingrato,
Que pudiste creerlo? ¿Tal injuria
Hacias á tu rey? ¿Pensaste acaso

Que yo firmara tu sentencia injusta,
Si á firmar tu perdon ya no estuviera
Tambien resuelto con la misma pluma?
¿Nada tu pecho te decia, nada?
¡Ah, que esa duda en tí no tiene excusa!
Alv. Os engañais, señor... Bien lo sabia:
Jamás vuestra clemencia puse en duda;
Y aun cuando en vuestro amor no confiara
La prenda que aquí veis me la asegura.
(*Le enseña el anillo que recibió en el primer acto.*)
Rey. ¿Mi anillo?
Alv. ¿Os acordais?
Rey. Sí, bien me acuerdo.
Prenda de mi amistad que fiel te escuda
Contra mi saña atroz... Pues si la tienes,
¿Cómo á usar de ella, di, no te apresuras?
Alv. Y ¿á qué quiero un perdon que me condena
A ser del vulgo vil desprecio y burla?
Para el fuerte varon la vida acaba
Donde acaba el honor.
Rey. Y ¿te figuras
Que lo has perdido?
Alv. Sí: sobre mi frente
Sentencia que mil crímenes me imputa
Grabada quedará.
Rey. Borrarla puedo.
Alv. No devuelve la honra quien indulta.
Decid: ese perdon tan ponderado,
¿Veníslo á dar sin condicion ninguna?
Rey. Que lo pidas no mas... Esto le debo
A mi alta dignidad.
Alv. Quereis, en suma,
Mi humillacion, señor.
Rey. ¿Quién humillarse
Ante su rey, don Alvaro, rehusa?
Alv. No lo rehuso yo. Mandad que al punto
Con ese polvo que pisais confunda
Mi frente; así lo haré... Mas no, no puedo
Aceptar de traidor la horrible culpa.
¿Queréisme perdonar cual se perdona
A delincuente vil que se apresura
A trocar una muerte que le espanta
Por la infamia que imbécil no le turba?
¿No hay acaso mas bienes que la vida
Para hombres como yo?... Mirad la altura
Do subiera algun dia; esa grandeza,
Ese poder cuyo esplendor circunda
Mi pasado existir; bienes son esos
A que solo muriendo se renuncia.
¿Me los devolvereis? No; que, cual vasos,
De los reyes las míseras hechuras,
Pueden, cuando se rompen, reemplazarse,
Pero á su antiguo ser no vuelven nunca.
Si no me es dado ser lo que antes fuera,
¿Qué aguardo ahora de la suerte adusta?
¿A qué vivir, á qué? ¿A ser escarnio
De aquellos mismos que en mejor fortuna
Miraba yo á mis piés? ¿A que esos nobles
Que logré sujetar á la coyunda,
De su antigua opresion se venguen fieros,
Mi cuello atando con cadena dura?
No, primero morir: quien tanto ha sido
No penseis que á ser nada se reduzca;
Y á tal humillacion, á tal infamia,
No encuentro mas refugio que la tumba.
Rey. Húndete en ella, pues; y hunde contigo,
Ingrato, mi poder y mi ventura.
¡Ah! ¿Qué será de mí si me abandonas?
¿Do una mano hallaré que me conduzca
Del difícil reinar por la ardua senda,
Y el cetro tenga que mi mano abruma?
¿Dónde un amigo que en mi triste suerte
Valor, consuelo y esperanza infunda;
Cuyo pecho mis males compadezca,
Cuyo acento disipe su amargura?
Contino allá con mi grandeza á solas,
Nadie habrá que mis tedios interrumpa;
Ni donde vuelva los dolientes ojos,
Quien á secar sus lágrimas acuda.
Buscaré de mi vida al compañero;
Al que cual padre me arrulló en la cuna;
Al que á domar un potro en la carrera
Me enseñó y á blandir la asta robusta;
Al que mas tarde en las sangrientas lides
A mi trono prestó su fuerte ayuda;
Y no le encontraré... Veré tan solo
Su ensangrentada imágen furibunda,
En torno mio sin cesar vagando,
Que de su muerte bárbara me acusa.
Alv. ¡Ah! ¿Qué decís?... Callad... Cada palabra
Abre en mi corazon llaga profunda;
Y cuando he menester mas fortaleza,
No hagais ¡oh cielos! que el valor sucumba.
Harto lo sé... Es verdad... La muerte mia
Funesta os debe ser... Hoy se sepulta
En un mismo sepulcro á par conmigo
El regio honor de vuestra frente augusta,
Y aun de los reyes de Castilla todos
Se hunde tambien la mísera fortuna.
Al caer mi cabeza alzarán fieros
Los turbulentos próceres la suya,
Y con furia mayor, antiguas guerras
Renovarán en crímenes fecundas.
¡Ah! Ya los miro que ambiciosos corren,
Y en revueltas sin fin á España turban,
Y altivos nombran y deponen reyes,
Y su alta dignidad torpes insultan,
Y haciendo escarnio de corona y cetro,
En su eterno baldon el poder fundan.
Rey. Pues si eso sabes, di, ¿por qué me dejas?
¿Por qué, insensato, tu perdon rehusas?

Alv. ¿Por qué rompísteis vos el fuerte apoyo
Que os diera el cielo en su indulgencia suma?
Rey. ¿No respiras aun?
Alv. Pero sin fuerza.
Quien desciende cual yo de tanta altura
No vuelve á levantarse; ó bien del trono
Sobre las ruinas su ambicion le encumbra.
Rey. ¿Qué es lo que osas decir?
Alv. Ya entre nosotros
Ni confianza, ni amor puede haber nunca.
Yo temeré que renoveis la ofensa,
Vos que yo trate de vengar la injuria.
Sin mi antiguo poder vivir no quiero:
Teniéndolo, tal vez... ¡Ah! Mucho ofuscan
La ambicion, el rencor... Dejad que muera:
No expongais mi lealtad á pruebas duras,
Que es el morir el único servicio
Que os puede ya prestar hoy el de Luna.
Rey. Marcha, pues, á morir, pues tú lo quieres.
Como amigo cumplí: fuerza es que cumpla
Ahora como rey. Vé, desdichado;
De mi triste mirar luego te oculta.
Alv. Adios, señor, adios.
Rey. ¿Qué haces?... ¡Don Alvaro!
Alv. Señor... ¿qué me mandais?
Rey. ¿Tú lo preguntas?
¿Así te apartas de tu antiguo amigo?
Alv. No osaba...
Rey. Ves mis lágrimas, y ¿dudas?
Alv. ¡Ah!... Ya muero contento.
(*Se abrazan.*)
Rey. ¡Horrible suerte!
¡Triste afan del reinar!... No... mi ternura
No permite...
Alv. ¿Qué haceis?... Señor, calmaos:
Considerad quien sois... No tiene excusa
Esta flaqueza en vos... Adios; y el cielo
En su bondad os colme de venturas.
(*Se arranca de los brazos del rey y vase precipitado.*)

ESCENA IV.

EL REY, PACHECO, ELVIRA, DESTUÑIGA, MORALES.

(*El rey se deja caer afligido en un sillon.*)

Rey. Y ¡he de perderle, Dios mio!
Mas ¿qué he de hacer si se obstina?
Pach. ¡Ah! ¡Ya del susto salí! (*Aparte.*)
Mi pecho alegre respira.
(*Salen Elvira, Destúñiga y Morales.*)
Dest. Entra, Elvira, ten valor.
Mor. Venid.
Elv. ¡Horrible entrevista!
Me faltan las fuerzas.
Pach. ¡Cielos!
¡Elvira aquí!
Dest. No te aflijas...
Ven.
Elv. Padre.
(*Al rey, creyendo que es don Alvaro.*)
Rey. ¿Quién es?
Elv. ¡Qué veo!
¡El rey!
Dest. ¡El rey!
Rey. ¡Dios! ¡Elvira!
¡Esto solo me faltaba!
¿Cómo resistir su vista?
(*Elvira se echa á los piés del rey.*)
Elv. Señor, vedme á vuestros piés:
Piedad de una infeliz hija.
Volvedme á mi padre, sí,
Volvédmele... Mas...
(*Se levanta aterrada, mirando á todas partes.*)
Rey. ¿Qué miras?
Elv. ¿Dónde está?... ¡Dios! ¡No le veo!
¿Acaso ya la cuchilla
Del verdugo?...
Rey. No... no temas.
Allí está... Vive tranquila...
Hora se apartó de mí.
Elv. ¿Le habeis visto?
Rey. Sí, hija mia.
Elv. ¿Luego perdonado está?
Rey. ¡Perdonado!
Elv. ¿A qué vendria
Aquí su rey en tal hora
Sino á salvarle la vida?
Rey. Tienes razon: á eso vine.
Yo su perdon le traia;
Mas él lo rehusa.
Elv. ¡Oh cielos!
Y ¿qué importa? ¿Necesita
Vuestra bondad?...
Rey. Mi bondad,
Si á la clemencia me inclina,
Calla cuando mi decoro
A ser severo me obliga.
Para darle su perdon
Es fuerza que él me lo pida.
Elv. ¡Ah! Señor, piedad... Miradme,
Yo abrazo vuestras rodillas.
Si como fuerte varon
Teme mostrar cobardía,
Débil mujer, hacer puedo
Lo que en él mengua seria.
Ved mis lágrimas... Tened
Compasion de mi desdicha.
Si habeis venido á salvarle,
Cumplidlo... mi padre viva:
Que nunca un rey brilla tanto

Como si clemente brilla.
Rey. Yo á par de tí lo deseo;
Mas si él se resiste... Mira,
Acaso tú...
Elv. ¿Yo?
Rey. Tal vez
Tus lágrimas de él consigan
Lo que no pudo mi amor.
Elv. Sí... lo espero.
Rey. Una sortija
Lleva, don de mi amistad,
En que su perdon estriba.
Le he prometido firmarlo
Si sumiso me la envia.
Mor. ¡Ah! ¿Qué escucho? Si será...
¿Tiene acaso vuestra cifra?
Rey. Sí tiene.
Mor. Ya sé cual es.
Rey. No es posible que resista
A tu afliccion, á tus ruegos.
Si su obstinacion altiva
Logras al cabo vencer,
Tráeme ese anillo tú misma;
Y juro que al punto...
Elv. Sí,
Lo llevaré; pues, benigna,
Una voz aquí me dice
Que cederá su porfía.
Rey. Adios, pues... En una estancia
Que de esta se halla vecina,
Y á que se va por allí,
(*Señala la puerta de izquierda al foro.*)
Te espero.
Elv. El cielo os bendiga.

ESCENA V.

ELVIRA, DESTUÑIGA, MORALES, PACHECO.

Pach. ¡Oh rabia!... ¿Si lograrán?...
(*Aparte y siempre retirado sin que le vean.*)
Mas observemos.
Mor. Albricias.
Vuestro padre está salvado.
Elv. ¿Cómo?
Mor. La sortija es mia.
Dest. ¡Tuya!
Mor. Sí... Me ha prometido
Dármela.
Elv. ¿Es cierto?
Pach. ¡O desdicha! (*Aparte.*)
Mor. Aquí mismo: habrá un instante.
Elv. Pues no tardes, corre, pídela.
Mor. Voy... Mas ¡oh cielos!... Ya llega
La fúnebre comitiva.
Elv. ¡Triste de mí!
Mor. No temais.
Elv. Quiero abrazar sus rodillas,
Rogarle...
Mor. No es necesario.
Elv. Que á lo menos me despida.
Mor. ¿Para qué, si va á salvarse?
Evitad mas bien su vista.
Dejadme obrar... Apartaos.
Elv. En tí mi esperanza fia.

ESCENA VI.

DICHOS, DON ALVARO, ALCALDES, ALGUACILES, SOLDADOS, CRIADOS DE DON ALVARO, DOS FRAILES, EL VERDUGO.

(*Habrán entrado primero dos alcaldes con alguaciles, los cuales, atravesando el teatro, pasan al cuarto de don Alvaro. Salen despues con este, y le acompañan dos frailes y sus criados que muestran mucha afliccion.*)

Alv. ¿Qué haceis, amigos, qué haceis?
Por Dios, reprimid el llanto...
Mas siento vuestro quebranto
Que el estado en que me veis.
¿A qué lamentar la suerte
Del que vivió poderoso,
Cuando es de un Dios bondadoso
Un nuevo favor tal muerte?
Llorárais, sí, con razon,
Si con golpe repentino
Tuviera fin mi destino
Triunfando aün mi ambicion;
Mas pues me quiso humillar
El cielo en mi hora postrera,
Será porque en su alta esfera
Nuevas glorias me va á dar.
Alegre marcho á gozarlas;
Que eternas, puras serán,
Y allí no conseguirán
Ni traicion ni envidia ajarlas.
Adios... Marchemos.—¿Qué intentas?
(*Al verdugo, que se acerca á él llevando unas cuerdas en la mano.*)
Verd. Ataros, señor, las manos.
Alv. No hagas tal, que es de villanos.
¡A un noble tales afrentas!
(*Desprende de su vestido una cinta y se la da al verdugo.*)
Ata con esto... y te ruego
Mires si bien afilado
Está el puñal acerado
Porque me despaches luego [1].

[1] Histórico.

(*Morales se abre paso por entre los que rodean á don Alvaro, y se arroja á sus piés sollozando.*)

Mor. Señor...
Alv. ¡Fernando!
Mor. A besar
Dadme vuestra mano.
Alv. Sí...
Toma... No llores así,
Que tambien me harás llorar.
Mor. ¡Ah! Contener no me es dado...
Alv. Basta... basta...
Mor. ¡Ay! ¿osaré
Recordaros?...
Alv. Hijo, ¿qué?
Mor. Este anillo...
Alv. Sí... Ha llegado
El fatal momento ya.
Cumplir mi palabra quiero:
Toma este don postrimero
Que hacerte en mi mano está [1].

(*Saca el anillo y se lo da. Morales lo toma: besa con entusiasmo la mano de don Alvaro; y alzándose lleno de alegría, corre á entregárselo á Elvira.*)

Mor. ¡Señor!... ¡Qué felicidad!
Lo que vale aun no sabeis. —
Tomad... presto... no tardeis.
(*A Elvira.*)
Elv. ¡Oh cielos! ¡Alas me dad!

(*Elvira echa á correr apresuradamente, llevando el anillo, por la puerta del foro izquierda. Pacheco, que se habrá acercado confundido entre la gente, observándolo todo, muestra su despecho.*)

Pach. ¡La esperanza ya perdí!...
(*Aparte.*)
Mas ¡qué idea!... Sí... corramos.
(*Vase precipitadamente.*)
Alv. Adios, pues, amigos... Vamos.
Rogad al cielo por mí.

(*Va desfilando todo el acompañamiento. Destúñiga y Morales quedan solos.*)

ESCENA VII.

DESTUÑIGA, MORALES.

(*Despues que ha salido todo el acompañamiento, se oye fuera el siguiente pregon.*)

Pregon. Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel tirano, usurpador de la corona real, y en pena de sus maldades, mándanle degollar por ello [1].

[1] Histórico.

[vira vuelva?
Mor. ¡Ah! ¿Si habrá tiempo de que El-
Dest. Pues cerca el rey está, tardar no puede.
Mor. ¡Quién del séquito fúnebre los pasos
Pudiera detener!
Dest. Nada receles:
Aun se halla lejos el fatal instante.
Un cuarto de hora falta, si no miente
El reloj que aquí está.
Mor. No, pues volvíle
Antes al dar las dos; y caer debe
Su última arena cuando allá en la torre
Con son tremendo la campana suene.

Pregon. (*Dentro y mas lejos.*) Esta es la justicia que manda hacer el rey nuestro señor á este cruel tirano, usurpador de la corona real, y en pena de sus maldades, mándanle degollar por ello.

Dest. Lejos suena el pregon.

(*Se acerca á la ventana del fondo, y entreabriéndola, mira por ella. Morales mira tambien con inquietud por la puerta por donde debe volver Elvira.*)

¡Ah!... Ya se acercan
Al horrible cadalso.
Mor. ¡Y aun no viene!
Dest. ¡Cielos!... Llegaron ya... Con paso
La escalera fatal sube el maestre. [firme
¡Qué valor!...
Mor. ¡Cuánto tarda!... El rey acaso
Faltando á su palabra...
Dest. Y ¿tú lo crees?
No puede ser, jamás.
Mor. Pero si Elvira...
Tiemblo... ¡Ah! respiro al fin. ¡Héla que vuelve!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, ELVIRA, Y LUEGO PACHECO.

(*Sale Elvira corriendo y llevando en la mano el pliego en que está el perdon de don Alvaro.*)

Elv. Vedle... vedle... aquí está.
Dest. ¿Su perdon?... Vamos.
Mor. No hay tiempo que perder.
Elv. Corramos.
Pach. Tente.
(*Saliendo.*)
Elv. ¡Villena!... ¡Santo Dios!... ¡Somos perdidos!

[1] Histórico.

Pach. Es vano ese perdon... tiempo no tienes
Para llevarlo.
Elv. ¿Cómo?
Pach. Oid.
(*Suenan las tres del reloj de la torre.*)
Dest. ¡Oh rabia!
¡Las tres!
Mor. No puede ser... Aun falta en este...
(*Mirando el reloj de arena.*)
Dest. ¡Traidor!... Comprendo... Tú el reloj sin duda
Has osado avanzar.
Pach. Sí... Ya vengueme.
Dest. No lo creas... Venid... Desde esta reja
Todos gritemos que el suplicio cese.
Elv. Sí, sí... ¡Perdon! ¡Perdon!... Mirad... Teneos ..
(*Destúñiga y Morales corren á la ventana del fondo y la abren de par en par. Se ve una plaza, y el cadalso en que está ya don Alvaro degollado. Elvira corre hácia la ventana gritando y mostrando el perdon; pero al ver muerto á su padre, da un grito y cae desmayada en los brazos de Destúñiga y Morales.*)
Dest. ¡Cielos!... ¡No es tiempo ya!
Elv. ¡Jesus mil veces!

EL GRAN CAPITAN,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

GONZALO DE CORDOBA.
EL DUQUE DE NEMOURS.
DIEGO GARCIA DE PAREDES.
PIZARRO, MENDOZA, } capitanes españoles.
BAYARDO, AUBIÑI, ALEGRE, } capitanes franceses.
CHANDENNIER, capitan suizo.
COLONNA, capitan italiano.
UN ALCALDE DE CASA Y CORTE.
VELASCO, FORTUN, LOPE, } soldados españoles.
HERNAN, PEREZ, GAMBOA, NUÑEZ, GUZMAN, } soldados españoles.
UN OFICIAL FRANCÉS.
UN OFICIAL ESPAÑOL.
ELVIRA, hija de Gonzalo.
LEONOR, dueña de Elvira.
CAPITANES ESPAÑOLES Y FRANCESES.
SOLDADOS.
ESCUDEROS.
PAJES.
DAMAS.

La escena es en Italia. El primero y segundo actos pasan en Nápoles; el tercero y cuarto en Barleta; el quinto en Cerinola (año de 1503).

ACTO PRIMERO.

Sala espaciosa en el palacio de Nápoles.

ESCENA PRIMERA.

PAREDES, PIZARRO, MENDOZA, AUBIÑI, BAYARDO, ALEGRE, CHANDENNIER, COLONNA; CABALLEROS ESPAÑOLES, FRANCESES É ITALIANOS.

(*Al correrse el telon están los caballeros en varias mesas jugando unos con otros; Paredes con Bayardo, Aubiñi con Mendoza, etc. Chandennier solo en una mesa se ocupa en beber.*)

Bay. Tres. (*Jugando á los dados.*)
Par. Seis.
Bay. Otra vez ganais.
Aub. Tambien perdí: me da grima.
Par. Siempre España queda encima.
Bay. Al menos mucho os jactais.
Par. Y hago bien: debajo el sol,
Desde la China á Inglaterra,
No hay hombre sobre la tierra
Mas guapo que el español.
Es en la guerra animoso,
En los estrados galan;
Todos la palma le dan
Por cortés y generoso;
Y ya vista seda ó malla,
Así, con gracia y valor,
Vence en las lides de amor
Como en la marcial batalla.
¿No es esto, Mendoza?
Mend. ¡Y tanto!
Piz. Válgate el diablo, Paredes:
¡Qué charlar! ¿Callar no puedes?
Me has hecho perder un tanto.
Par. Señor Pizarro, ancho pecho:

Paciencia si habeis perdido.
Piz. Es porque me has distraido
Con el elogio que has hecho.
Par. Pues si os agrada, con gusto
Bien podeis perder un juego.
Piz. Mas de tanto hablar reniego.
Mend. A España alabar es justo.
Bay. ¿Dónde dejais al francés?
Par. Par diez, que es buen caballero
Tambien : negarlo no quiero;
Ni he de ser tan descortés
Cuando vos estais delante,
Buen Bayardo, á quien la fama
Sin tacha y sin miedo aclama.
Piz. Perdí este juego : adelante.
Aleg. Pues con este ya van dos.
Aub. Si os han de creer, España
Es un país de cucaña.
Par. Aquella es tierra de Dios.
Aub. ¿De qué Dios?
Par. ¿Soy yo pagano?
¡Buena la pregunta está!
Cuando digo Dios, será
El de todo fiel cristiano.
Aub. No hace tanto tiempo, á fe,
Que España adoró á Mahoma.
Par. Pues mala polilla os coma,
¿Cuándo un Dios Mahoma fué?
Y aunque lo fuera, excusadas
Son vuestras chanzas mordaces;
Que él y todos sus secuaces
Los echamos á lanzadas.
Aub. Buen trabajo os ha costado.
Par. Mas le ha costado á la Francia
Vencer la fiera arrogancia
Del inglés que la ha humillado.
Aub. Vale un inglés por diez moros.
Par. ¿De qué lo inferís, seo guapo?
Chand. Otra botella destapo. (*Aparte.*)
Piz. Mirad que el triunfo son oros.
(*Al que juega con él.*)
Aub. La sangre septentrional,
Aun supuesto igual valor,
En pujanza y en vigor
Vence á la meridional.
Par. ¡Vive Dios, Mon de Aubiñí,
Que estais hablando sin tino!
Chand. Este sí que es rico vino. (*Ap.*)
Aub. ¿Eso me decís á mí?
Par. Diez, si tienen tal pujanza,
Vengan conmigo á luchar;
Que los echaré á rodar
Con un bote de mi lanza.
Aub. Basto yo.
Par. Pues si quereis,
Vos y todos.
Los franc. Aceptamos.
Par. Juntos.
Bay. Uno á uno.
Par. Vamos.
Los esp. Os seguimos.
Col. ¡Eh! ¿qué haceis?
(*Poniéndose entre todos.*)
Para el contrario, en campaña,
Guardad ese noble ardor,
Que entonces será mejor
Quien haga mayor hazaña.
Aquí sois todos aliados,
No españoles ni franceses;
Unos son los intereses,
Y una causa os tiene armados.
A su amigo nadie ofenda;
Porque en tal rivalidad,
Difícil es, en verdad,
El decidir la contienda.
Virtudes brillan en todos
Que os hacen á todos buenos;
Y nunca fué valer menos
Brillar por distintos modos.
(*Chandennier no se habrá movido, continuando en su mesa bebiendo.*)
Chand. Tiene razon, vive el cielo:
Ese Colonna es un sabio.
Par. ¿Ahora moveis el labio,
Buen Chandennier?
Chand. Es que un duelo
He tenido á muerte.
Par. ¿Vos?
¿Con quién?
Chand. Con estas ha sido;
(*Enseñando las botellas.*)
Y me era hablar prohibido
Hasta vencer á las dos.
Todos. ¡Ah! ¡ah! ¡ah!
Chand. Fué gran valor;
Mas la hazaña al fin se hizo.
Par. Dejaríais de ser suizo
Para no ser bebedor.
Chand. Mirad aquí mis blasones.
En tanto que neciamente
Disputábais, yo prudente
Unia á las dos naciones.
Todos. ¿Cómo? ¿cómo?
Chand. Este es de Francia...
(*Tomando una tras otra las dos botellas.*)
Este de España... ¡Exquisitos!
Mas ambos me daban gritos
En su cristalina estancia.
« Yo soy mejor », dice el uno :
« Yo valgo mas », clama el otro...
Pues bien, entre este y estotro,
No doy razon á ninguno.
« Los dos sois buenos asaz »,
Digo yo : cada cual entre...
Entraron... y ya en mi vientre
Se encuentran los dos en paz.

Par. ¡Como juntos no os den guerra
A vos!
Chand. ¿A mí? ¡Voto á tal!
Ni aun otro escuadron igual
Lograra verme por tierra.
Vengan aquí mas botellas;
Que como en la lid mis manos
Destrozan napolitanos,
Así daré fin con ellas.
Aub. Sois, no hay duda, valeroso;
Mas ya la guerra acabó.
Chand. Es lo que mas siento yo:
Me cansa el estar ocioso.
Par. A mí tambien... ¡Mas si nada
A Italia costó vencer!
Chand. ¡No nos ha dado que hacer!
Bay. En un mes fué conquistada.
Par. Pensando dar fuerte palo,
Vivimos como haraganes.
Col. ¿Quién resiste á capitanes
Como Nemours y Gonzalo?
Par. Eso es verdad... ¿Dónde se halla
Otro mas diestro ó mas bravo?
Yo á mi general no alabo,
Que por sabido se calla.
Mas me cumple hacer aquí
Justicia á Nemours valiente;
Que igual nobleza en la frente
Jamás de un guerrero ví.
Pocos años, en verdad,
Aun cuenta para la gloria;
Mas ¿qué importa? la victoria
No reconoce la edad;
Y antes bien, sienta el laurel
Tal á su rubia melena,
Que á los hombres enajena,
Y arden las damas por él.

ESCENA II.

DICHOS, NEMOURS.

(*Nemours habrá salido á la escena al empezar Paredes los anteriores versos, y se ha quedado oyéndolos.*)

Nem. Gracias, valiente Paredes;
Pues la alabanza es gustosa
Cuando la da un hombre honrado
Y no lisonjera boca.
Par. ¿Cómo, duque, me escuchábais?
Nem. Os oí la oracion toda.
Par. Pues podeis estar seguro
Que si pensara otra cosa,
Conforme he dicho lo bueno...
Nem. Vuestra franqueza es notoria.
Así quiero yo á los hombres.
Par. Cuando la espada está pronta
A satisfacer agravios,
El alabar no deshonra.
Nem No; mas para tanto honor
Aun mis virtudes son pocas.
Tributad ese homenaje
A vuestro jefe, en buen hora;
Que hablando del gran Gonzalo
Cualquiera alabanza es corta,
Y no en vano el mundo entero
El gran capitan le nombra.
¿Quién mas valiente en las lides?
¿Quién las haces destructoras
Guia mas diestro al combate,
O mejor dicho, á la gloria?
¿Quién mas sabio en el consejo
Do su mente previsora
Serena traza los triunfos
Con que luego al orbe asombra?
Viejo parece en lo cuerdo,
Y jóven cuando se arroja,
Tanto la prudencia en él
Con el valor se eslabona.
Es Marte cuando el bridon
Con mano segura doma;
Y aun en los estrados luce
Tan gallarda su persona,
Que si los triunfos de amor
Placieran á su alma indómita,
Tantos pudiera contar
Como en el campo coronas.
Afable, tiende al soldado
La mano tan generosa,
Que hasta con su propia hacienda
Sus hazañas galardona;
Y tal ánimo le infunde,
Tal confianza en él provoca,
Que do le muestra un peligro,
Allí mira una victoria.
Par. Esa alabanza es el timbre
De que ufano mas blasona.
Yo, y conmigo estos caudillos
Que las armas españolas
Conducen, en nombre suyo
Gracias os damos. Mendoza,
Pizarro, Zamudio, y vos
Tambien, ilustre Colonna,
Decid: ¡Salud á Nemours!
¡A la Francia honor y gloria!
Los esp. ¡Gloria y honor á la Francia!
(*Descubriéndose.*)
Nem. Y nuestros labios respondan,
Franceses, ¡gloria á Castilla!
Los franc. ¡Gloria á Castilla!
(*Descubriéndose.*)
Nem. Y ahora,
Dadme la mano.
Par. Tomad.
Nem. Apretad, que es vanagloria

Juntar mi mano con mano
Que tantas hazañas obra.
¿Seremos amigos?
Par. Mucho,
Que en ello Nemours me honra.
Mas sedlo tambien de España;
Pues os digo sin lisonja
Que si en su daño algun dia
Tocais la guerrera trompa,
Amigo y todo, en el campo
Vive Dios que no os conozca.
Nem. Asi ha de ser; que aunque dura,
Es ley que seguir importa;
Y á lo que manda el honor
Jamás la amistad estorba.
Mas por dicha un pueblo solo
Francia y España aquí forman;
Y siendo así, caballeros,
¿Por qué las fugaces horas
Bajo estos techos perdeis,
Mientras con tan frescas sombras,
Y auras suaves y puras,
Y flores de grato aroma,
El ancho jardin os brinda
Entre sus calles frondosas?
Allí en nobles ejercicios
Lanzas vuestras manos rompan,
Que nunca debe el guerrero
Las armas dejar ociosas:
O bien la acerada espuela
Sienta el bridon que le acosa,
Y agite fiero en las plazas
De su airosa crin las ondas;
O de ese mar que hora manso
Riza las lucientes olas,
Cruzad el terso cristal
En las barquillas que adornan
Toldos de seda y brocado,
Y alegran arpas sonoras.
Mend. Yo en mi tordillo andaluz,
Que apenas la tierra toca,
A D'Aubiñí desafio
En su jaca corredora.
Aub. Acepto.
Par. Y yo, si Bayardo
Consiente, sin férrea cota
Le desafio á la esgrima.
Bay. ¿La francesa ó la española?
Par. Las dos igualmente sé.
Bay. Pues á las dos.
Par. Me acomoda.
Bay. Vamos, pues.
Par. Duque, ¿venís?
Nem. No puedo, que me lo estorban
Cuidados mil.
Par. Dios os guarde.
Nem. Id, señores, en buen hora.
(*Vanse todos, menos Nemours.*)

ESCENA III.

NEMOURS.

Cuando vestido de luciente acero,
A lid sangrienta el paladin se apresta,
¿Quién á su brazo noble esfuerzo presta?
¿Quién á su corazon ardor guerrero?
La beldad, el amor. Su orgullo fiero
Rendido adora la beldad modesta,
Y admite, en tierra la rodilla puesta,
La banda, prenda de un amor sincero.
Un poderoso rey su honor, su gloria,
En estos climas á mi esfuerzo fia;
Y aunque guió mis pasos la victoria,
Desfallece del brazo la energía;
Que solo grande me verá la historia,
Si, premiando mi amor, Elvira es mia.

ESCENA IV.

ELVIRA, NEMOURS.

Nem. Pero ¿quién se acerca...? ¡Es ella!
Cobra aliento, corazon;
Pues la amas con tal pasion,
Si es sensible cuanto bella,
Aun desmayas sin razon. —
Salud á la hija hermosa
Del gran Gonzalo.
Elv. Pensaba
Que mi padre aquí se hallaba.
Nem. No; mas ¿qué ocasion dichosa
Me procura...?
Elv. ¡No está!
Nem. Acaba, (*Aparte.*)
Necio temor.
Elv. Perdonad...
Dios os guarde.
Nem. ¿Os vais, señora?
Elv. Debo...
Nem. Por Dios, esperad;
Y no me priveis ahora
De admirar tanta beldad.
¡Harto en retiro enojoso
Se guarda oculta esa flor,
Como de aroma precioso
Se encierra el suave olor
Bajo cristal envidioso!
Salga mas bien á alegrar
Las almas con su hermosura;
Que del dia al despuntar
Mas bellas la rosa pura
Sus hojas ve desplegar.
Elv. Mas si bella entonces crece,
¡Cuán poco se ostenta ufana!
Sobre el tallo en que se mece
La que brilló en la mañana

Mustia á la tarde perece.
Como su fino arrebol
Es nuestro honor delicado :
De esta vida en el crisol,
No bien por ellos tocado,
Le ajan los rayos del sol.
Allá, señor, en Castilla
Tal regla el honor invoca :
Siempre modesta y sencilla,
La noble doncella brilla
Solo guardada en su toca.
Su casa es sagrado templo
De pureza y de quietud;
Mas ¿ qué mucho, si contemplo
Que una gran reina el ejemplo
Nos muestra de la virtud?
Bella Isabel, su blason
De grande y hermosa trueca
Por un puro corazon;
Y el cetro mudando en rueca,
Tuerce el nevado vellon;
Y á par que el reino espacioso
Sus decretos soberanos
Hacen grande y poderoso,
Vestir le agrada á su esposo
Con la labor de sus manos.

Nem. ¡Feliz el pueblo, señora,
A quien rige tal mujer!
De grandeza precursora,
Extenderá su poder
Desde el ocaso á la aurora.
Sus virtudes imitad;
Que si el cielo os dió belleza,
Semejante á la deidad,
Al través de esa pureza
Brilla mas vuestra beldad.
Tal vez tras de nube oscura
Oculta sus rayos rojos
El sol; mas si su luz pura
Rompe la negra clausura,
Deslumbra mas nuestros ojos.
Así á los mios, Elvira,
En vano escondida estais;
Pues si una vez os mostrais,
Mas vuestra beldad me admira,
Y mas amor me inspirais.

Elv. ¡Qué escucho...! ¡Cómo...! señor...
¿Osais...?

Nem. Oidme.

Elv. El rubor...

Nem. Oidme, os ruego: mi lengua
Nada, Elvira, puede en mengua
Deciros de vuestro honor.
Cuando de orillas del Sena
Do Luis armara mi mano,
Vine á la playa tirrena,
Y al guerrero castellano
Uníme en su ardiente arena,
¡Con cuán impaciente afan,
Hijo de bélica llama,
Ver ansiaba al capitan
Que, terror del musulman,
Alzó á los cielos su fama!
Víle, y nuncio de victoria
Siendo su rostro imponente,
Pensé que en torno á su frente
Iba trazando la gloria
Una aureola esplendente.
Mas pronto del gran guerrero
Otra imágen eclipsó
El aspecto noble y fiero;
Que á su lado apareció
Mas refulgente un lucero.
Una mujer... digo mal...
Un ángel era... que tal
El alma en ferviente anhelo
Con su frente virginal
Pinta á la reina del cielo.
Circunda su faz divina
Blanca toca por adorno,
Como nube blanquecina
Que reverente se inclina
Del brillante sol en torno.
Al verla, quedé ofuscado
Con los rayos de su luz;
Que sobre el rostro nevado
Está en sus ojos cifrado
Todo el ardor andaluz;
Pero templado ese ardor,
Por la modestia sujeto,
Brilla al través del pudor;
Y si inspira tierno ardor,
Manda tambien el respeto.
Esa, señora, érais vos,
Que á la par dulce y severa,
Decís con mirada fiera
Que no en vano os hizo Dios
Del gran Gonzalo heredera.
Si el padre por su alta fama
En mí causó admiracion,
Ya os lo digo sin ficcion,
La hija en ardiente llama
Abrasó mi corazon.
Aunque parezca arrogancia,
Es mi estirpe de las buenas;
Que hay sangre regia en sus venas,
Y de sus hechos en Francia
Están las historias llenas.
Esta confianza, señora,
Disculpe mi ardor insano;
Y aunque tanto en ello gano,
Perdonad al que os adora
El ofreceros su mano.

Elv. Señor, atónita y muda
Vuestro discurso escuché...
Tal vez en oirlo erré;

Y ahora en penosa duda
Qué responderos no sé.
Yo debiera haber huido;
Mas me he quedado... y contesto...
En ello imprudente he sido...
Pero si sois entendido,
Bastante os digo con esto.
Nem. ¡ Ah ! ¿ me amais?
Elv. Si esto es amor,
Yo misma, duque, lo ignoro;
Mas si apreciar el valor
Es amar... sí, yo os adoro
Cuanto permite el honor;
Y cuando en vana quimera
De un esposo me he formado
La pintura lisonjera,
Confieso que he deseado
Que á Nemours se pareciera.
Nem. ¡ Soy feliz !
Elv. Mas tengo un padre;
De él me es preciso obtener;
Porque, sujeta al deber,
Lo que á su voluntad cuadre,
Eso no mas he de hacer.
Sofocando mi aficion,
Donde él manda todo es vano:
Solo aprobando esta union
Os daré, Nemours, mi mano.
Nem. ¿ Y con ella ?
Elv. El corazon.

ESCENA V.

DICHOS, GONZALO.

Gonz. Albricias, noble Nemours.
Ya Manfredonia y Taranto
Rindieron sus altos muros
Al esfuerzo castellano:
Ya del uno al otro mar
Triunfantes nuestros soldados
Un nuevo reino aseguran
A Luis doce y á Fernando,
Que repartiendo esta joya
Debida á su invicto brazo,
Sus diademas ornarán
Con nuevo floron entrambos.
Nem. Hermoso triunfo es sin duda,
Mas corto para Gonzalo;
Y si el valor que me anima
No es engañoso presagio,
Corto tambien para el ansia
De gloria en que yo me abraso.
Quiera Dios que á nuevas lides
En breve juntos corramos,
Y que en ellas nuestras frentes
Se ciñan de verde lauro.
Gonz. Jamás donde ejercitarse
Le falta al valor un campo;
Y por si en nobles laureles
Es el mundo antiguo escaso,
De abrir acaba á la gloria
Otro el español bizarro,
Rompiendo del ancho mar
Los límites nunca hollados.
Mas bien lo sabeis, Nemours,
En valor rivalizando,
Apenas nuestras legiones
Unidas tener logramos.
Precaviendo altos disgustos,
Es fuerza ya separarnos;
Que á los amigos el ocio
Trocar pudiera en contrarios.
Nem. Mas divididos, Italia
Hora rendida al desmayo,
Tal vez sacudiera el yugo,
Nuevo aliento recobrando.
Gonz. O juntos ó divididos,
Italia tiembla al mirarnos:
Solo la discordia puede...
Nem. Yo os propongo nuevos lazos
Que afianzando nuestra union
Recelos destierren vanos.
Gonz. ¿ Cuáles ?
Elv. Señor, permitid
Que me retire.
Nem. Quedaos,
Bella Elvira, y escuchad
De nuestro destino el fallo.
Gonz. ¿ Qué decís, duque...? Y tú, Elvira,
Turbada... los ojos bajos...
¡ Oh, qué sospecha !
Nem. Señor,
Con franqueza el pecho os abro,
Que no teme descubrirse
Un amor cuando es honrado.
Decir quién soy es inútil;
Son mis ascendientes altos;
Mas no los nombro, que quiero
Valer por mí lo que valgo.
Si con vos alguna estima
Como caballero alcanzo,
Como caballero os pido
De vuestra hija la mano.
Gonz. ¿ Qué dices á esto, Elvira ?
Elv. Yo...
Gonz. Tu franqueza reclamo.
Elv. Solo, cual hija obediente,
Conozco vuestros mandatos.
Gonz. ¿ Mas si acceder á esta union
Mi voluntad fuera acaso...?
Elv. Entonces con la obediencia
Viera mis votos colmados.
Gonz. Siendo así, ya es vuestra, duque
No necesito pensarlo;
Pues con hombres como vos

Solo el dudar es agravio.
Nem. ¡ Ah, señor !
Elv. ¡ Ah, padre mio !
Gonz. Venid los dos á mis brazos.
Mas ¿ qué ruido...?

ESCENA VI.

Dichos, PAREDES, BAYARDO y demas Caballeros españoles y franceses.

Par. ¡ Vive Dios
Que sois diestro, buen Bayardo !
Sí, amigos, fuerza es decirlo :
Esta vez quedo debajo.
Gonz. ¿ Qué es eso, Paredes ? ¿ Qué hay?
Par. Que este Bayardo es un diablo.
Sabeis que en jugar las armas
A los mas terribles gano ;
Pues ahora con la negra
Me ha dado seis botonazos.
Bay. Y ¿ qué tenemos con eso,
Si he recibido otros tantos ?
Par. Sí ; mas me doy por vencido ;
Porque estoy acostumbrado
A que de doce jugadas
Ni una me alcance el contrario ;
Y es quedar de igual á igual,
Para mí, ser derrotado.

ESCENA VII.

Dichos, un Oficial.

Ofic. ¡ Señor !
Gonz. ¿ Qué quereis ?
Ofic. De España
Trae para vos despachos
Un alcalde.
Gonz. ¿ Qué decís ?
Estareis equivocado.
¡ Un alcalde !
Ofic. Sí, señor :
De casa y corte.
Gonz. Lo extraño.
¡ En los asuntos de guerra
Singular comisionado !
Ofic. Dice que aquí le conduce
Del rey especial encargo ;
Y que sin perder momento
Un pliego debe entregaros.
Gonz. Bien está : decidle que entre.
(*Vase el oficial.*)

ESCENA VIII.

Dichos, menos el Oficial.

Par. ¿ Qué tienen que ver letrados
Con nosotros ? Esos cuervos
Siempre traen algo malo.
Nem. Con vuestro permiso...
Gonz. ¿ Os vais,
Duque ? Pronto despachamos.
Luego que lea ese pliego,
Si es asunto reservado,
Yo seré quien me retire.
Tu, Elvira, vete á tu cuarto.
Elv. Quedad con Dios.
Gonz. A Dios, hija : (*Abrazándola.*)
Buen esposo has encontrado.
(*Vase Elvira.*)

ESCENA IX.

NEMOURS, GONZALO, Caballeros, el Alcalde.

Alc. Dios guarde al gran capitan.
Gonz. Él os guarde á vos tambien.
Alc. Soy, señor, el licenciado
Alonso Ruiz de Gumiel,
Alcalde de casa y corte.
Gonz. Por muchos años.
Par. Amen.
Alc. Este pliego en vuestras manos
El rey me manda poner.
Gonz. ¡ Su sello...! Acatarle es justo.
(*Se descubre y besa el sello.*)
Con vuestra venia, leeré.
Par. Estos letrados me irritan :
(*Bajo á Mendoza.*)
A ninguno puedo ver.
Mend. Saben mucho.
Par. Sí, de embrollos ;
Y contra dos pongo seis
A que este nos trae alguno.
Gonz. ¿ Qué es lo que mis ojos ven ?
(*Despues de leer el pliego.*)
¿ Sabe el señor don Alonso
Lo que dice este papel ?
Alc. Lo sé ; que de él un traslado
Me era preciso tener.
Gonz. ¡ Vive Dios, que es torpe injuria !
¡ Cuentas pretenden que dé !
¡ No las pido á mis criados,
Y á mí me las pide el rey !
Par. ¡ Cómo ! ¡ cómo !
Alc. Grandes sumas,
Señor, percibido habeis ;
Y siempre dar justa cuenta
De los caudales fué ley.

Par. Aquí se dan cuchilladas,
Señor cuervo, ¡ voto á quien !
Estas, y nuestras heridas
Contadlas, si es que podeis;
Pero otras cuentas...
Gonz. Callad,
Que yo contestar sabré.
Y de hacerme á mí los cargos
¿ Vos la comision teneis?
Alc. Sabe el cielo que me duele;
Pero es fuerza obedecer.
Gonz. ¿ Sin duda entendeis de guerra?
Alc. Poco, en verdad, de ella sé;
Mas los cargos que hacer debo
En este pliego vereis.
Gonz. Por Dios, que estais prevenido.
Alc. Quedaos, señor, con él;
Examinadlo despacio;
Y cuando hayais...
Gonz. ¿ Para qué?
Entiendo poco de cifras;
Y solo calculo bien
En el campo de batalla
Cuando cien huestes y cien
Atrevidos movimientos
Emprenden con rapidez,
Nobles figuras trazando
Do muerte en sangre se lee.
Esta mi única aritmética,
Señor licenciado, es:
No la de esos garabatos
Que, en reducido papel,
Piden pobreza en el genio,
Y en el alma pequeñez.
Par. ¡ Bien contestado!
Alc. No digo
Que vos de esto os ocupeis:
Otros habrá...
Gonz. Yo tan solo
Soy responsable: leed.
Alc. Tomaos tiempo.
Gonz. Es inútil:
Sé muy bien lo que gasté;
Y siempre el buen pagador
Está pronto á responder.
Alc. Delante de tantas gentes...
Gonz. Todas quiero que aquí esten;
Que para dar cuentas claras
Secreto no he menester.
Nem. Son asuntos solo vuestros;
Y así me retiraré.
Gonz. Asuntos son de mi honor:
Quedaos, duque, tambien;
Que no ha de haber en el mundo
Quien dudar pudiere de él.
Sentaos, buen don Alonso:
Señores, no esteis en pié;
Que el asunto pide calma.
(*Todos se sientan. El alcalde se coloca delante de una mesa en ademan de escribir.*)
Empezad ya, si quereis.
Alc. «Relacion de los caudales (*Leyendo.*
Que en letras...»
Gonz. No importa en qué:
Leed solo las partidas.
¿Cuántas son?
Alc. Ochenta y tres.
Gonz. Y ¿pensais tengo paciencia
Para oir tanta sandez?
Decid la suma.
Alc. Es muy justo
Que sepais... Pudiera haber
Algun error.
Gonz. Que los haya:
Lo mismo es uno que diez.
Tampoco aquí reparamos,
Cuando en batalla cruel
Reñimos, si son quinientos
O mil los que hay que vencer.
Alc. Veinte millones de escudos
Es la suma, si no erré.
Gonz. Y lo que dí de mi hacienda
¿Comprendido en eso habeis?
Alc. ¿De vuestra hacienda?
Gonz. ¿ Pues no?
¡Cuántas veces sin comer
Quedáranse mis soldados,
Si yo con lo que heredé
Sus hambres no socorriera!
Y aun en dias de escasez,
Que saqueasen mi casa
Para pagarles mandé.
Alc. Rara generosidad!
Gonz. Pues sabedlo: desnudez,
Miseria, tal es su suerte
En paz y en guerra: merced
A que les sobra en constancia
Lo que en paga han menester;
Y cuando toca el clarin,
Sin zozobra se les ve,
Desnudos, marchar al fuego,
Y hambrientos, lauros coger.
Alc. Justificad esos gastos:
Se abonarán.
Gonz. No pardiez;
Que nunca vuelvo á tomar
Lo que una vez regalé.
Ahora bien, mis descargos
Escuchad.
Alc. Escribiré.
Gonz. ¡ Bueno!—En balas de cañon
Seis millones.
Alc. ¡ Mucho es!
Gonz. Si las hubiéseis oido

Poco os pareciera á fe.
Alc. Así será.—¿Luego?
Gonz. En hilas
Otro tanto vendrá á ser.
Alc. ¡Cómo! ¿En hilas seis millones?
Gonz. Pues ¿qué os admira? ¿Sabeis
Las heridas que en los pechos
De esos valientes se ven?
Y aun la sangre que han vertido
No os quiero en cuenta poner;
Porque es sangre tan preciosa,
Que si tasarla quereis,
Los tesoros de las Indias
Cada gota ha de valer;
Pero el español valiente
Es tan generoso y fiel,
Que esa sangre inestimable
De balde la da á su rey.
Par. ¿Si pensará que es la tinta
Con que emborrona el papel?
Alc. Seis millones... Adelante.
Gonz. Por sufragios, otros tres.
Alc. ¡Sufragios!
Gonz. Para los muertos;
Que despues de perecer
Por la patria, no es justicia
Ardan sus almas tambien.
Alc. ¡Ya!
Gonz. Por tocar las campanas
Ocho millones poned.
Alc. ¡Por eso!
Gonz. Tantas victorias
Celebrar preciso fué,
Que todos tocando á vuelo
Han estado mas de un mes.
Alc. Pues, señor, la data ya
Excede al cargo.
Gonz. Y sabed
Que lo principal me falta.
Alc. ¿Qué cosa?
Gonz. ¿Cuánto direis
Que vale el reino de Nápoles?
Alc. Es joya sin precio.
Gonz. Pues
De esa joya la mitad
Para su alteza gané;
Y quien satisface en reinos
Dar cuentas no ha menester.—
Id, y al monarca español (*Levantándose.*)
Esta respuesta volved:
Que si bastante este reino
Para pagarle no cree,
Otro y otros me señale
Que humillar pueda á sus piés.
Cuando el deudor es Gonzalo
Y el acredor es un rey,
Tan solo saldar las cuentas
De esta suerte, honroso es.
Alc. Mas, señor...
Gonz. Basta. Marchaos:
Ya mis descargos teneis. (*Vase el alcalde.*)

ESCENA X.

DICHOS, MENOS EL ALCALDE.

Par. ¡Por Santiago, que el letrado
Va aturdido!—Bien, muy bien,
Señor: habeis, voto á quien,
Como un héroe contestado.
Pero si á mí ¡vive el cielo!
Con su embajada viniera,
Del puntapié que le diera
Tornara á Madrid de un vuelo.
Piz. Y haria mas pronto el viaje.
Gonz. Paredes, hagamos punto;
Y no se hable de este asunto.
Par. Pero si me da coraje...
Gonz. Basta ya; que otro mas grato
Ahora gozo me inspira.
Sabed que á mi amada Elvira
De dar hoy esposo trato.
Par. Y alhaja de tal valor
¿Quién, señor, merecer piensa?
Gonz. Quien es, sin que os cause ofensa,
De caballeros la flor.
El duque.
Todos. ¡Nemours!
Gonz. ¿No os place?
Par. Muy acertada eleccion:
Solo siento que es nacion...
Bay. ¿Quién no aprueba tal enlace?
Nem. Si el don de tan bella mano
De hoy mas mi ventura afianza,
Estreche tambien la alianza
Del francés y el castellano.
Gonz La estrechará, no lo dudo;
Y en prueba, los nuevos lazos
Formen aquí nuestros brazos
Con indisoluble nudo.
Todos. Sí, sí.
(*Se abrazan españoles y franceses.*)
Gonz. Bien, así me agrada.
Amigos, deste este dia
Que todo sea alegría,
Todo aquí dicha colmada.
Coronados de trofeos,
Nápoles en sus jardines
Nos brinda ya con festines,
Y músicas, y torneos.
¡A gozar! Que no el regalo
Sienta mal á los valientes
Si adorna el laurel sus frentes.
Todos. ¡Vivan Nemours y Gonzalo!

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un pabellon elegante situado en los jardines de palacio: estos se ven por el intercolumnio del fondo. Puerta al foro y á la izquierda del actor. Mesa con escribanía, legajos de papeles y un mapa de Italia.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO, COLONNA.

(*Gonzalo aparece sentado y pensativo.*)

Col. Señor, pensativo estais;
Y en la frente generosa,
En vez del plácido gozo
¡Miro vagar tristes sombras!
Hoy que la firme ventura
Afianzais de Elvira hermosa;
Hoy que brillante en el templo
Se apresta la nupcial pompa;
Cuando todo en derredor
Es contento, vos...
Gonz. Colonna,
Teneis razon: mal mi grado
Tristes ideas me acosan;
Y cuanto mas se aproximan,
Mas voy temiendo estas bodas.
Col. ¿Sentís?...
Gonz. Será con Nemours
Elvira feliz esposa,
No lo dudo, y este enlace
No me aflige, antes me honra;
Pero á turbarlo el destino
Vendrá, cuando no le rompa.
Col. ¿Qué causa...?
Gonz. Pensé con él
Cortar fatales discordias,
Y hoy mas temibles se pintan
A mi mente previsora.
Col. Esos guerreros, señor,
Aunque rivales en gloria,
Cual hijos de un mismo suelo
Viven en dulce concordia,
Y no temais...
Gonz. De ellos nada;
Mas las miras ambiciosas
De sus reyes, esas solo,
Esas causan mi zozobra.
Cuando arrebatar la presa
No puede el águila sola,
Pidiendo auxilio á su hermana,
Llevársela al monte logra,
Y allí juntas, sin piedad,
A su víctima destrozan;
Pero luego, al devorarla,
Cada cual la mira ansiosa,
Y de su gula al impulso,
Para sí la quiere toda.
Entonces entre las dos
Trábase lucha espantosa;
Y sus garras todavía
De sangre inocente rojas,
Le dan horrible venganza,
Tiñéndose con la propia.
Un bello reino es aquí
Despojo de la victoria;
Y, no lo dudeis, la presa
Que dos reyes ambicionan,
Jamás se divide en paz;
Solo la espada la corta.
Col. ¿Luego pensais que la guerra...?
Gonz. Se alce otra vez mas furiosa,
Tiñendo el suelo vencido
Con la sangre vencedora.
Col. ¡Triste Italia, esa es tu suerte!
¡En servidumbre oprobiosa,
No variará tu cadena,
Solo sí quien te la imponga!
Gonz. Duéleme su mal destino;
Mas sirvo á mi rey ahora;
Y el honor, la obligacion,
En mí la piedad sofocan.
Col. Aun pudiérais hacer mas.
Gonz. ¿El qué?
Col. Volverle su gloria.
Gonz. ¿Cómo?
Col. Su antiguo valor
No está muerto, aunque sin honra
Solo en extrañas contiendas
Inútil su sangre corra.
Aun se acuerda que algun dia
Fuera del orbe señora,
Y sus ínclitas hazañas
A renovar está pronta.
Mas ¿qué puede el fuerte brio
Si una mano protectora
No existe que al noble fin
La encamine poderosa?
Príncipes afeminados
A este suelo bien le sobran
Que opreso tenerle saben,
Mas que defenderle ignoran.
Alcese un héroe que emprenda
De su libertad la obra,
Y en torno del cual se agrupen
Tantas almas generosas;
Un héroe que el cetro augusto,
Hoy por el suelo, recoja;
Que á todos confianza inspire,
Que muda respete Europa;
Y no dudeis que á su voz

Guerreros sin fin respondan;
Y vereis como al combate
Cual fieros tigres se arrojan.
Ese héroe, señor, sois vos,
En cuya frente gloriosa
Bien sentara una diadema
Sobre el laurel que la adorna.
Aceptadla, pues; que Italia
Os la ofrece por mi boca,
Y aclamando...

Gonz. Callad... Y ¿hay
Quien tal traicion me proponga?
¿Qué habeis pensado de mí?
Si puro en mi frente brota
Ese laurel que en cien lides
Supe alcanzar, la corona,
En vez de darle esplendor,
Le ajara con vil deshonra.
Ser capitan español
Es para mí mayor gloria
Que el bello trono imperial
Hollar con planta alevosa;
Y mas precio, si mi espada
Conquistar diademas logra,
Al pié de mi rey ponerlas,
Que el que en mi frente se pongan.

Col. Creed que solo...

Gonz. Ya basta:
Gente viene... Mas, Colonna,
Ese proyecto insensato
Mucho callar os importa.
Allá en el fondo del pecho
Procurad bien que se esconda:
Guardadlo con cien candados,
No se escape; pues si aun osa
Alzar la infame cabeza,
Si solo la frente asoma,
Vive Dios que le he de ahogar
En vuestra sangre traidora.

ESCENA II.

DICHOS, PAREDES Y DEMAS CAUDILLOS ESPAÑOLES.

Par. Hermosa está la ciudad;
Y su inmensa poblacion
Celebra alegre la union
Del valor con la beldad.
En los dorados balcones
Sedas lucientes y granas
Caprichosas y galanas
Forman anchos pabellones,
Donde cual bellos luceros,
Ricas galas ostentando,
Las damas están mirando
Servidas por caballeros.
Tan ardientes son sus ojos,
Que al ver sus vivos destellos,
No sé si brillan mas ellos
Que el sol con sus rayos rojos;
Y aunque inspiran dulce ardor
Ofenden con su desden,
Porque conocen muy bien
Que así se aviva el amor.
De sonoros instrumentos
Aquí la grata armonía
Al alma infunde alegría
Con sus plácidos acentos;
Y allí en mil danzas festivas
El pueblo fiel se solaza
Alborotando la plaza
Con sus cantos y sus vivas.
Ya del bronce á la señal,
Y al santo olor del incienso,
Se llena de un pueblo inmenso
La anchurosa catedral;
Ya ansiosas las gentes todas
A entrambos novios esperan,
Y en su deseo aceleran
Estas aplaudidas bodas.

Mend. Nemours con sus caballeros
Se acerca allí presuroso.

Par. ¡Cuán ufano! ¡cuán gozoso!

Mend. ¡Bien puede!

Par. Vamos ligeros
A la iglesia.

Gonz. ¿Estais en vos?
¿Y la novia?

Par. ¡Pierdo el tino!
Olvido que soy padrino.

Gonz. Vamos por ella los dos.

(*Vanse Gonzalo y Paredes.*)

ESCENA III.

NEMOURS, CABALLEROS ESPAÑOLES Y FRANCESES, ESCUDEROS CON REGALOS.

Mend. Salud al noble Nemours.

Nem. Salud á los nobles hijos
Del Betis, y plegue al cielo
Que al hijo del Sena unidos,
Formen de hoy mas los dos pueblos
Un solo pueblo de amigos.

Mend. Lo formarán: celebrado
Con tan felices auspicios,
A ser va de eterna union
Este himeneo principio.

Nem. Amigos, si alguna prueba
Me es el daros permitido
De cuánto el alto valor
Que en vosotros brilla, estimo,
Admitid esos presentes
Con que en ruego ardiente os brindo,
No, en verdad, por generoso,

Mas sí por agradecido;
Aunque es tan inestimable
La joya que yo recibo,
Que de pagaros tal deuda
No hay tesoro alguno digno.
Una armadura completa
Do sobre el acero limpio
Se ostenta el oro luciente
En ingeniosos caprichos,
A Diego García traigo,
Que es de la boda padrino.
A vos, Mendoza, esta espada,
Que aunque la realza el brillo
De los diamantes, le da
Mas valor su temple fino.
Vos, Pizarro, en cuya frente
Tan noble ardor está escrito,
Que vuestra sangre algun dia
Ha de asombrar á los siglos,
Este casco recibid
Donde en dibujo exquisito
Grabó el artista al inglés
Por nuestras armas vencido.
Piz. Bastábanos el aprecio
De tan insigne caudillo,
Pues él solo vale mas
Que los presentes mas ricos;
Mas por ser de vuestra mano
Esos dones admitimos.
Así por los cielos sea
Tan bello enlace bendito,
Y no interrumpidas dichas
Halaguen vuestros destinos.
Pero ya se acerca Elvira.
Nem. ¡Albricias, corazon mio!

ESCENA IV.

Dichos, ELVIRA, PAREDES.

Nem. ¡Amada Elvira!
Elv. ¡Nemours!
Nem. ¡O cuál late de contento
Mi corazon! ¡Llegó al fin
El dia que tanto anhelo!
Mas ¿vuestro padre?
Par. Han llegado
De España no sé qué pliegos,
Y allá unos breves instantes
Se queda á solas leyendo.
Nem. Con impaciente inquietud
El dichoso instante espero
En que de mano tan bella
Pueda al fin llamarme dueño.
Dulce al valiente soldado
Es siempre el laurel guerrero;
Dulce en la sangrienta lid
Fama alcanzar y trofeos,
Y el canto oir con que alegre
Sus glorias celebra el pueblo;
Mas esa triste ventura
¿Cómo compararla puedo
Con el placer inefable
Que ahora me inunda el pecho?
¿Y vos, Elvira?
Elv. Tambien
Yo... Nemours...
Nem. ¡O Dios! ¿Qué veo?
¿Suspirais?
Elv. ¡Ah! Yo no sé
Qué interna tristeza siento,
Que mas el alma me aflige
Cuanto mas de mí la alejo.
Nem. ¿Qué temores...?
Elv. Perdonad.
A un padre adorado pierdo;
Y abandonando mi patria,
De hoy mas en extraño suelo...
Nem. En él tan solo hallareis
Dichas, amor y respeto.
Ya la corte del rey Luis,
Tan bella union aplaudiendo,
A la esposa de Nemours
Prepara alegres festejos,
Desplegando á vuestros ojos
Su regio esplendor soberbio.
A falta de un padre, allí
Tendreis un esposo tierno;
Y si una patria perdeis,
Otra, señora, os ofrezco
Donde mandareis, cercada
De respetuosos obsequios,
Como diosa en los estrados,
Como reina en los torneos.

ESCENA V.

Dichos, un Oficial francés.

Ofic. ¡Señor!
Nem. ¿Qué quereis?
Ofic. De Francia
En este instante un correo
Llega con estos despachos.
Nem. Dadme.
(*Abre el pliego y se turba al leerlo.*)
¿Qué he leido, cielos?
Elv. Señor, ¿qué infausta noticia
Os ha anunciado ese pliego?
Nem. ¡Ah, Elvira, Elvira, sin duda
Me lo envia el mismo infierno!
Elv. ¡Dios mio!
Par. ¡Alguna embajada!
¡Vive Dios, llega á buen tiempo!

Elv. Pero ¿ qué es ?
Nem. La dicha mia
Pendiente de aquí contemplo.
(*Se sienta abatido junto á la mesa.*)
Par. ¡ Esta es otra ! El general
(*Mirando hácia el fondo, por donde se acerca Gonzalo lentamente y cabizbajo.*)
Tambien llega á paso lento
Por allí, triste, sombrío...
Elv. ¡ Mi padre !
Par. Vedle.
Mend. Sí, es cierto.
Par. Otro papel tambien trae
En la mano.
Elv. ¡ Qué misterio!

ESCENA VI.

DICHOS, GONZALO.

(*Gonzalo se acerca, mirando otra vez el papel que trae en la mano.*)

Gonz. Eso dice... sí... por fin (*Aparte.*)
Cumpliéronse mis recelos.
Elv. ¡ Padre !
Par. ¡ Señor !
Gonz. ¡ Hija mia !
¡ Amigo !
Elv. Señor, ¿ qué es esto ?
¿ Por qué esa tristeza ?
Gonz. Nada.
Y ¿ el duque?
Par. En aquel asiento
Vedle abatido.
Gonz. ¡ Infeliz !
(No me abandones, esfuerzo.) (*Aparte.*)
¿ Y bien, Nemours ?
(*Dirigiéndose hácia Nemours.*)
Nem. ¡ Ah ! ¿ Sois vos ?
Gonz. ¡ En tal estado os encuentro !
Nem. No sabeis...
Gonz. ¿ De Francia acaso
Algun despacho...?
Nem. Sí, vedlo.
¿ Y vos ?
Gonz. Tambien... Aquí está.
Nem. ¡Ah! ¿Qué dice...? Hablad.
Gonz. Yo creo,
Al mirar ese dolor,
Que igual debe ser al vuestro.
Nem. Y que trae mi desdicha
En vuestro semblante leo.
Elv. ¡ Gran Dios !
Gonz. No, duque... Tal vez...
Puede...
Par. Estoy en un tormento.
Decid con dos mil demonios
¿ Qué significa... ?
Gonz. Yo os ruego,
Amigos, que nos dejeis
Solos algunos momentos.
Necesitamos hablar.
Par. ¿ Y la boda ? ¿ Y los festejos?
Gonz. Suspéndanse por ahora.
Elv. ¿ Qué oigo?
Par. ¡ Cómo ! ¡ Suspenderlos !
Gonz. Tan solo cortos instantes.
Par. Es que yo...
Gonz. Seguirán luego.
Par. Vamos, pues... Esos papeles
No me anuncian nada bueno.
(*Vanse los caballeros.*)

ESCENA VII.

GONZALO, NEMOURS, ELVIRA.

Elv. ¡Ah, señor!
Gonz. Hija, ¿ qué quieres ?
Elv. Decid : ¿ qué horrible secreto...?
Gonz. Elvira, para escucharlo
Recoge todo tu aliento.
Elv. ¿Qué desgracia...? Hablad.
Gonz. Tu boda...
Elv. ¿ Se ha roto ya ?
Gonz. No... no creo...
Aun hay esperanza... Mas
Que pudiera ser confieso.
Elv. ¿ Qué causa... ?
Gonz. Lee.
(*Le da el pliego.*)
Elv. ¡ Qué miro !
¿ Y el vuestro, duque ?
Nem. Tenedlo.
(*Le da el suyo.*)
Elv. ¿ Y bien...? Está en vuestra mano...
(*Despues de leer.*)
¡ Ah, por lo mismo, mas temo !
Gonz. Ya lo ves, hija : discordes
Al repartirse estos reinos,
Han resuelto los monarcas
Dejarlo al arbitrio nuestro;
Y si tampoco avenirnos
En tal contienda podemos,
Lo que la razon no alcanza,
Quieren decida el acero.
Elv. Amigos sois; ambos nobles,
Y con generoso pecho :
¿ Querreis...?
Gonz. Con nuestro deber
Tan solo cumplir queremos.
Nem. Somos, á la par que amigos,
Soldados y caballeros.

Elv. Mas ese deber os manda
Alejar choques sangrientos.
Gonz. Es verdad... No dudes, no,
Que ese solo es nuestro anhelo.
Vé, pues, hija: ten confianza;
Y en este trance tremendo,
No olvides que se interesan
Un esposo, un padre tierno,
Que cuanto el deber permita
Darle sabrán al afecto.
Elv. Esas palabras, señor,
Llenan mi alma de consuelo.
Nemours, pensad en Elvira;
Padre, mi dicha os entrego. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

GONZALO, NEMOURS.

Gonz. Su pena, su triste llanto, (*Aparte.*)
Me parten el corazon...
Mas habla la obligacion,
Y es crimen ya dudar tanto.
Nem. ¡Tocar la felicidad, (*Aparte.*)
Y verla huir...! ¡O suplicio!
¡O terrible sacrificio!
¿Qué mas me pides, lealtad?
Gonz. ¿Y bien, duque...? Mas ¿qué es esto?
(*Viendo que Nemours ha vuelto á quedar abatido, dejándose caer en un sillon.*)
Abatido estais, á fe:
Con mas valor os juzgué.
Nem. ¡Ah! ¡maldigo mi alto puesto!
Gonz. ¿Por qué? ¿Porque á vuestra Francia
Os da ocasion de servir?
¿Tal gloria querreis huir?
No, no: valor y constancia.
Aquí nos pone el honor:
Le obedezco, aunque me aflige.
Nem. ¡Y porque sé lo que exige,
Me falta ahora el valor!
Gonz. Eso, Nemours, no digais:
Seguís de gloria el sendero,
Y al obstáculo primero
¿Ya en él débil os parais?
Mucho, en verdad, cuesta andarlo;
Mas ha de ser de esa suerte;
Porque solo al varon fuerte
Le permite Dios pisarlo.
Nem. Vengan peligros: jamás
Arredrarán mi heroismo.
Gonz. El combatirse á sí mismo
Cuesta, duque, y vale mas.
Un deber patria y honor
Os imponen, duro, sí;
Mas ¿quién os arredra así?
Tan solo un débil amor.
Y ¿así la gloria se alcanza?
¿Puede acaso una pasion
De la patria en parangon
Pesar mas en la balanza?
Yo tambien quiero y adoro,
Y es mi pena mas prolija;
Porque la que quiero es hija,
Mi único bien, mi tesoro;
Mas no por eso un instante
Duda mi pecho leal;
Que en este trance fatal
No hay padre ya, no hay amante.
Luzca nuestro honor cual es,
Mas puro que el mismo sol:
Yo obraré como español;
Obrad vos como francés.
Nem. O como amigos mas bien.
Evitemos la discordia;
Y unidos, en fiel concordia
Nuestros reyes siempre esten.
Partir este reino en dos
¿Nos mandan? En vos me fio:
Yo os cedo el derecho mio,
Acepto lo que hagais vos.
Gonz. Eso, duque, no ha de ser;
Y aquí cada cual entienda
Que no reparte su hacienda,
Ni le es posible ceder.
Nuestra voluntad no es ley
Do el resistir es forzoso;
Y yo no soy generoso
Con lo que debo á mi rey.
Mirad, pues, lo que es razon;
Que en esta contienda extraña
Un árbol que toque á España
Le sostendré con teson;
Y tan suyo al fin será,
Que si es fuerza disputarlo,
Constante, por conservarlo,
Mi sangre le regará.
Nem. ¿Es decir, en conclusion,
Señor, que quereis la guerra?
Gonz. Ni la quiero, ni me aterra:
Solo hago mi obligacion.
Nem. Y cuando hoy entre mis brazos
Cual padre os iba á estrechar,
¿Será fuerza renunciar
A tan venturosos lazos?
Gonz. ¿Imaginais que cediendo
Conservarlos lograreis?
Si el honor así entendeis,
Yo de otra suerte le entiendo.
¿Qué pensais dirá la fama?
Que esclavo de un vil amor,
A la patria sois traidor
Por servir á vuestra dama.
Mal la honra se concilia
Con sospecha tan fatal:

Hombre de quien digan tal
No entra nunca en mi familia.
Nem. De mí Gonzalo podrá
Creer delito tan feo?
Gonz. Yo no digo lo que creo;
Sí lo que el mundo creerá.
Nem. Pues, hombre inflexible, sea.
Ya como amigo cumplí:
¿Quereis un contrario en mí?
Contrario el mundo me vea.
Gonz. Ahora sois quien ser debeis.
Tan triste deber cumplamos;
Estos siervos repartamos.
Allí ese mapa teneis. (*Señalando la mesa.*)
Nem. ¡Compasion me causa el verte,
(*Tomando el mapa, y mirándolo con lástima.*)
Tierra de hombres degradados!
Solos aquí dos soldados
Arbitros son de tu suerte;
Y en tu destino cruel
Te destrozan inhumanos
Como pudieran sus manos
Desgarrar este papel.
Gonz. Vueltas de fortuna son:
Ayer del mundo señora,
Ser sierva le toca ahora:
Sufra, pues, su humillacion.
(*Se sientan á la mesa.*)
Nem. Ya la tierra de Labor
Y Abruzzo son del francés.
Gonz. Y es del suelo calabrés
Y Apulia mi rey señor.
Nem. ¿A quién la Basilicata?
Gonz. Con ella os debeis quedar.
Nem. Os debe entonces tocar
A vos la Capitanata.
Gonz. Resta, pues, el Principado.
Nem. En justa compensacion,
Que nos le deis es razon.
Gonz. Estais, duque, equivocado;
Partir se debe tambien.
Tomad vos el ulterior,
Y yo guardo el citerior.
Nem. Que no es justo mirad bien.
Son mas fértiles y extensas
Vuestras provincias.
Gonz. Quizá;
Mas la situacion os da
A vos ventajas inmensas.
Nem. A la contienda traimos
Mas número de soldados.
Gonz. Debemos ser mas premiados
Los que mas sangre vertimos.
Nem. Cedo; mas la capital
Quede por nuestra.
Gonz. Eso no;
Que en tenerla miro yo
De ser mejor la señal.
Nem. Igual yo pienso que sea
El francés al español.
Gonz. Bien puede; mas bajo el sol
No ha de existir quien lo crea.
Nem. Somos mas; y bien podemos
Arrojaros de esta tierra.
Gonz. Ya con pocos, en la guerra,
Vencer á muchos sabemos.
Nem. A musulmanes tal vez;
Mas no el francés huye así.
Gonz. No ha tres años que de aquí
Os arrojamos, par diez.
Nem. Si de España la victoria
Fué entonces, no sin trabajo,
El cielo tal vez me trajo
A recobrar nuestra gloria.
Gonz. Aun del laurel floreciente
Conservo la rama hermosa:
No penseis que es fácil cosa
Arrancarla de mi frente.
Nem. Lo sé; mas es, vive Dios,
Por lo mismo, empresa noble.
Gonz. Tambien será gloria doble
Defenderlo contra vos.
Nem. En suma, para acabar,
Esto le debo á mi rey;
Y en mí, lo habeis dicho, es ley
Lo que es suyo conservar.
Gonz. Y esto mi lealtad estima
Que mi rey tambien reclama;
Porque en tocando á su fama,
Me es fuerza quedar encima.
Nem. Pues, siendo así, ¿qué remedio?
No sé qué resolucion...
Gonz. Para acabar la cuestion
Este tan solo es el medio.
(*Toma una pluma y traza una linea en el mapa. Despues saca la espada, y la coloca al lado.*)
La division que á mi honor
Le cumple, y á mi monarca,
La línea que trazo marca:
No admite otra mi valor.
Aquí la carta teneis,
Y el tratado que os propongo;
La espada á su lado pongo;
Elegid lo que gusteis.
Nem. No cabe duda ninguna
Cuando la honra empeñada
Está: yo elijo la espada,
Y decida la fortuna.
Gonz. Bien, Nemours. esa respuesta,
(*Apretándole la mano.*)
Esa sola debeis dar:
Nos hace á los dos penar;
Mas la conciencia nos resta;
Y cuando bien lo examino,

Si amais á la hija mia,
Para obtenerla algun dia
No os quedaba otro camino.
No importa, no, que enemigos
Nos quieran crueles hados :
Lidiaremos como honrados
Sin dejar de ser amigos. *(Se abrazan.)*

ESCENA IX.

DICHOS, ELVIRA.

Elv. ¿Qué es lo que miro? ¡Abrazados!
¡Cierta es mi felicidad!
¡Ah! mi corazon respira
Con ese signo de paz.
Gonz. Te engañas, hija, te engañas :
Esto es separarse ya.
Elv. ¡Separarse!
Gonz. Sí, es preciso :
Lo manda suerte fatal.
Elv Pues qué, ¿de esa conferencia...?
Gonz. Nada tienes que esperar.
Hija mia, tu valor
Te sostenga en trance tal.
Elv. Mas en fin, ¿qué resolvísteis?
Gonz. Dígatelo mi pesar.
Elv. ¿Luego la guerra?...
Gonz. Tal es
Del cielo la voluntad.
Elv. ¡Del cielo! Y ¿os manda el cielo
Esta tierra ensangrentar,
Romper los mas dulces lazos,
Y trocando la amistad
En odio...?
Gonz. Lo que hace un padre,
Elvira, bien hecho está.
Harto sufre el alma mia;
No me hagas, no, mas penar.
Elv. Pero vos, Nemours...
Nem. Señora,
Los males que lamentais
Quise evitar, mas en vano :
Aunque es mi amor sin igual,
Habló el honor, y es preciso
Su voz terrible escuchar.
Elv. Mas ¿no pudísteis?...
Nem. Morir
Puedo solo; y me verán
En la lid verter mi sangre,
Y en el pecho, al espirar,
Guardada, cual fiel tesoro,
Vuestra imagen hallarán;
Mas no vence en caballeros
El amor á la lealtad.
Elv. No os hablo de nuestro amor :
Perezca yo, ¿qué mas da?
¿Qué importa infeliz mujer,
Ser destinado á llorar,
Triste flor que pisa el hombre
Si á la gloria marcha audaz?
Mas ¿nada la patria os dice?
La desgarrais sin piedad,
Y á muerte llevais los hijos
Que mayor lustre la dan;
Y dos naciones amigas
Se habrán de despedazar;
¿Por qué? por un vil pedazo
De tierra.
Gonz. Calla, no mas.
¡Una noble castellana
Tal flaqueza osa mostrar!
¿De la patria que recuerdas
La gloria nada será?
O bien, cuando en nuestras manos
La quiso depositar,
¿Fué, dime, para venderla
Como traidores? Jamás.
Si tan viles pensamientos
Llegó tu pecho á abrigar,
Ni de Gonzalo eres hija,
Ni de un noble capitan
Como Nemours, digna esposa
Llamarte mereces ya.
Elv. ¡Ah, perdon!... De una mujer
(Arrojándose á sus piés.)
La flaqueza disculpad.
Me arrepiento...
Gonz. Hija adorada,
Alza : mis brazos están
Abiertos, lánzate en ellos :
Si necesitas llorar,
Derrama tu triste llanto
En el pecho paternal.
Elv. ¡Padre mio!
Gonz. No, no culpo
Tus lágrimas... ¿Quién podrá
Este corazon de acero
Que al hombre Dios quiso dar
Exigir en la mujer
Do halla un templo la piedad?
Yo mismo siento que el mio
En este instante fatal
Todo el valor que le anima
Ha menester recordar.
Hagamos nuestro deber :
El cielo nos premiará;
Y un dia... sí, yo lo espero,
Tornando á la dulce paz,
Podremos tan bellos lazos
Mas alegres renovar.
Elv. ¡Ah! señor, ¡vana esperanza!
Marchais á lucha mortal,
Y el triunfo que el uno alcance
Del otro le alejará.

Gonz. O vencido, ó vencedor,
Queda honrado cada cual;
Que solo el valor es nuestro,
La victoria Dios la da;
Y si cual bueno ha cumplido,
Al vencido hay que estimar.
Nem. Combatiendo con Gonzalo,
A cuyo carro triunfal
La gloria va encadenada,
¿Quién vencer puede esperar?
Pero si caigo en la lid,
Con honra al menos será.
A Dios, pues, señora, á Dios:
Dése la horrible señal:
Ya sé que para obteneros
Me es forzoso pelear,
Y valor en las batallas
Esta idea me dará.
Dama de mis pensamientos
Que sois, Elvira, sabrán;
Y sabrán que á mis hazañas
Vos tan solo impulso dais.
De esta suerte dos deberes
Nemours cumplir logrará:
Con vos, como caballero;
Con mi rey, como leal.
Elv. Marchad, pues, noble Nemours,
Ahora os lo mando, marchad:
Cumplid bien, como quien sois...
Y haga el cielo lo demás.
Gonz. Bien, hijos, bien... Llegad ambos,
Y á vuestro padre abrazad.
Vuestro padre, sí... Este nombre
Permitid que os llegue á dar,
Noble Nemours... Debí serlo...
Con placer... con vanidad...
Y los cielos tanta dicha
Por fin me concederán.
Nem. ¡Ah! mi corazon lo espera.
Elv. ¡Permítalo su bondad!
Gonz. ¿Qué hacemos...? A pesar mio
Mis ojos siento arrasar...
Basta, basta... ¡Qué vergüenza!
Afuera debilidad.
Gente viene... Separarnos,
Hijos mios, fuerza es ya.
Vete de aquí, vete, Elvira...
Vé á tus solas á llorar;
Que eso á tí te corresponde:
¡Feliz tú que lo podrás!
Nosotros, hombres de hierro,
En nuestra suerte fatal,
No lágrimas, sino sangre,
Nos es dado derramar.
Elv. ¡Ah, padre mio...! ¡Nemours!
Nem. ¡Elvira!
Gonz. Marchad, marchad...
No vean tanta flaqueza.
Elv. ¡Dios mio! (*Vase.*)
Nem. ¡La perdí ya!

ESCENA X.

GONZALO, NEMOURS, PAREDES, CABALLEROS.

Par. Señor, de tanto esperar
Las gentes todas se cansan;
Y ansioso de ver las fiestas,
Llenando calles y plazas,
Inmenso pueblo...
Gonz. Paredes, (*Con resolucion.*)
Caballeros, ya acabadas
Están las fiestas; ya en justas
No penseis, ni alegres danzas;
Prevenid el fuerte brazo;
Y abandonando las galas,
Vestid la luciente cota,
Requerid las nobles armas.
Todos. ¡Las armas!
Par. Pues ¿cómo es eso?
¿Y la boda?
Gonz. Está aplazada.
Ya rota la que hasta aquí
Nos unió, dichosa alianza,
A los alegres festejos
Sucedan crudas batallas.
Sí, caballeros, de hoy mas
Contrarias Castilla y Francia,
En el campo se disputen
El señorío de Italia.
No cabe, no, dividir
Alhaja tan codiciada;
Y el que tenga mas fortuna,
Ese suya ha de llamarla.
Todos. ¡Sí, sí!
(*Se separan españoles y franceses formando dos bandos.*)
Par. ¡Me alegro! De estar
Ya sin reñir me cansaba.
Ahora sí, queridos mios,
Ahora sí que buena se arma.
Bay. Amigos, regocijaos,
Nuevos triunfos nos aguardan.
Par. Nápoles, ya es cosa hecha,
Queda adjudicado á España.
Bay. Eso no, que será nuestro
Si lo decide la espada.
Par. Por eso mismo lo digo.
Bay. Es solo jactancia vana.
Los esp. Lo veremos.
Los franc. Lo veremos.
Gonz. Reprimid esa arrogancia,
Que no es dentro de estos muros
Donde la gloria nos llama.
Fuera de ellos, donde están

Nuestras huestes acampadas,
Allí en breve probareis
Vuestro valor, vuestra audacia.
Hasta entonces contened
Esa impacieneia extremada.
Nem. Una tregua de tres dias
Os propongo.
Gonz. Esa nos basta.
Par. De pensar en la pelea
Se me hace la boca un agua;
Y mi espada por sí sola
Se sale ya de la vaina.
Gonz. Amigos, cual siempre, espero
(*A los españoles.*)
Que os porteis en la batalla.
— Franceses, si combatiros
Dura obligacion me manda,
Cual cumplidos cabelleros
Su aprecio Gonzalo os guarda.
Nem. Y nosotros admirando
Las virtudes que os ensalzan,
Aunque enemigo, un lugar
Os guardamos en el alma.
Gonz. Duque, á Dios.
(*Dándole la mano.*)
Nem. A Dios, Gonzalo.
(*Apretándosela.*)
Gonz. Por última vez.
(*Le abre los brazos.*)
Nem. ¡ O amarga
(*Precipitándose en ellos.*)
Despedida!
Gonz. Es fuerza... ¡ A Dios!
(*Arrancándose de los brazos de Nemours, y gritando con esfuerzo.*)
¡ A las armas!
Nem. ¡ A las armas!
(*Con desesperacion.*)

ACTO TERCERO.

Salon gótico antiguo. Puertas laterales. En el fondo una capilla cuyas puertas se abren á su tiempo: en el mismo fondo á derecha otra puertecita, que es secreta.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO.

En vano, cielo inclemente,
Pones mi constancia á prueba;
A cada funesta nueva
Mas mi pecho arder se siente.
Si en él corazon valiente
Y noble esfuerzo pusiste,
Di, ¿ para qué me los diste?
¿ Es para ceder cobarde,
O hacer del teson alarde
Que al hado adverso resiste?
No es de una ánima mezquina
Coger el laurel guerrero,
Que por áspero sendero
A la gloria se camina.
Allá entre peñas domina
Su alto templo; y el varon
Que con fuerte corazon
Por la aspereza se lanza,
Cuanto mas roto le alcanza,
Recibe mas galardon.
Cediendo, tan solo abierto
Miro, sin fama, un camino:
Dos, si á resistir me inclino;
Ser vencedor ó ser muerto.
Luego, entre un oprobio cierto
Y una posible victoria
No hay que dudar: en la historia
Esta hazaña grabarán
Si al fin venzo; y me verán,
Si muero, morir con gloria.
Débil al soplo se doble
De airado viento la caña;
Mas despreciando su saña,
Se alza corpulento roble.
Resistiendo altivo y noble,
Vence del austro el furor:
O si cede á su rigor,
Arrancado, el suelo oprime;
Y aun así, grande y sublime,
Causa el mirarle terror.

ESCENA II.

GONZALO, PAREDES.

Par. Con ceño estais, don Gonzalo.
¿ Hay malas nuevas?
Gonz. Perversas.
A don Hugo de Cardona
En una rota sangrienta
Ha vencido d'Aubiñí.
Par. ¿ Es decir que tambien vuela
La Pulla? ¡ Muy bueno va!
Nada de Italia nos queda;
Y aquí nosotros cercados...
Esta estancia de Barleta,
Señor, jamás la aprobé:
Solo cobardes se encierran,
Dejando que pierda el ocio
Lo que ha de ganar la guerra.
Gonz. No es de un general portarse

Como un soldado pudiera,
Y el valor que este prodiga
Rige en aquel la prudencia.
Harto escasas nuestras huestes
Al empezar la contienda,
Era arriesgar la victoria
El aceptar la pelea;
Y en este seguro puerto
Ha sido ampararnos fuerza,
Aguardando los socorros
Que nunca de España llegan.
Par. Ni llegarán. — ¡Vive Dios,
Que gasta el rey linda flema!
Sin soldados ni dineros
Meses y meses nos deja;
Y luego, cuando venzamos
¡Aun nos vendrá á pedir cuentas!
Verdad que por esta vez
Si el cielo no lo remedia...
Gonz. ¿Dudais acaso del triunfo?
Par. Por mí, si se arma la gresca,
Del mandoble que á dar llegue,
Haré que tiemble la tierra,
Que no temo combatir
Con toda la Francia entera.
Gonz. Pues bien, García Paredes,
Si miedo en vos no se alberga,
No le pongais vos en mí.
Par. Si aquí mas miedo no entra
Que el que yo inspire, seguro
De él vuestro campo se encuentra.
Mas lo digo con verdad:
Esta inaccion nos afrenta.
Marchemos contra el francés;
Que aunque en número nos venza,
Os juro, mal que le pese,
Que ha de ser la palma vuestra.
Gonz. En breve os daré ese gusto;
Y si estar ocioso os pesa,
Ocasion tendreis mañana
En que deis de valor muestra.
Par. Eso sí: la luz del dia
Aguardo con impaciencia.
Yo haré ver á esos gabachos,
Ya que atrevidos lo niegan,
Que á caballo como á pié
Valemos mas en la guerra;
Y pues trece contra trece
A lucha mortal nos retan,
Veremos en buena lid
Quién al agua el gato lleva.
Gonz. ¿Habeis elegido ya
Los trece que á la palestra
Han de salir?
Par. Yo primero;
Que en ocasiones como esta
Diego García á ninguno
Le cedo la preferencia.
Despues van Sotomayor,
Mendoza, Diego de Vera,
Aller... En fin, los mejores,
Hombres todos que no cejan,
Y que el honor español
Harán que mas resplandezca.
Gonz. Asegurado está el campo:
Padrino quiero que sea
Próspero Colonna; y Dios
La victoria nos conceda.
Cuando por el mar asome
Con pálida luz apenas
La aurora, todos sin falta
Aquí con sus armas vengan
A prestar el juramento
De obrar bien en la pelea;
Y en la dorada capilla
Que ocultan aquellas puertas,
Pedir en santa oracion
Les dé Dios valor y fuerzas.
Id en tanto á descansar;
Que yo, cual conviene, alerta,
Voy á recorrer los puestos
Antes que á mi estancia vuelva,
Y breve sueño un instante
Tan arduo afanar suspenda.
(*Vanse los dos.*)

ESCENA III.

NEMOURS, UN SOLDADO.

(*Se abre la puertecita secreta del fondo, y salen Nemours y el soldado con recato: traen una linterna.*)

Sold. Nadie está... Venid, señor...
Seguidme... la sala es esta.
Nem. Por fin, pudimos llegar:
Mucho mi pasion arriesga;
Mas..
Sold. Lo habeis querido.
Nem. Hoy se halla
A tu cuidado una puerta
De la ciudad; y la noche
Protege tales empresas.
Como logre ver á Elvira...
Pero el tiempo no se pierda:
Sigamos.
Sold. Es imposible
Llegar á su estancia; y cerca
Aquí estamos, por si vienen,
De nuestra entrada secreta.
No pasemos adelante.
Nem. Entonces ¿de qué manera...?
(*El soldado conduce á Nemours á la puerta de la izquierda, y señala hácia dentro.*)

Sold. Mirad... ¿no veis al extremo
De esta galería extensa
Una luz?
Nem. Sí... Dos mujeres...
Sold. Pues Elvira es una de ellas.
Nem. Se acercan.
Sold. Todas las noches
En esa capilla reza
Antes de entregarse al sueño.
Nem. ¿Quién la acompaña?
Sold. Su dueña.
Al pasar por esta sala
Podéisla hablar.
Nem. Bien... Ya llega.
(Se retiran á un lado. Salen Elvira y Leonor; esta lleva una lámpara, que coloca sobre un mueble. Elvira se dirige á la puerta del fondo y la abre de par en par. Aparece una capilla con la imágen de la Vírgen, alumbrada solamente par una lámpara que pende delante. Elvira se arrodilla.)

ESCENA IV.

DICHOS, ELVIRA, LEONOR.

Elv. Reina divina del cielo,
Vírgen pura, inmaculada,
A tí desde el bajo suelo
Se alza mi oracion llevada
En alas del santo celo.
Acógela, Vírgen pura,
En la mansion de ventura,
Y con amor maternal
Vierte sobre mi el raudal
De tu celestial dulzura.
Adormezca blandamente
En apacible quietud
El sueño mi alma doliente;
Y ofrezca solo á mi mente
Imágenes de virtud;
Y con sus arpas sonoras
Tus ángeles hasta el dia
Cerquen mi lecho, ó María,
Templando las negras horas
Con su inefable armonía.
Madre del divino amor,
Lábrale un trono en mi seno;
Y de él solamente lleno,
Apague el mundano ardor
Que en mí vertió su veneno.
Él es puro, á la verdad,
Cual la santa claridad
Que esa lámpara produce;
Puro, si, por su beldad
Y la imágen por quien luce;
Mas hoy le veda el deber;
Y tú lo quisiste, ó cielo,
Como enemigo he de ver,
Objeto de triste duelo,
Al que es dueño de mi ser.
¡O Vírgen! Piedád de mí
Ten por tus fieros dolores;
Pues por siempre los perdí,
Haz que olvide estos amores,
Y que te ame solo á tí.
Nem. Detente, Elvira; ese funesto voto
(Presentándose á Elvira.)
No le puedes hacer, Dios no le admite.
Elv. ¡Qué voz...! ¡Cielos...! ¡Nemours!
Nem. Yo soy, Elvira:
Yo... Nemours, que por ti tan solo vive;
Nemours, que ansiaba verte, y al impulso
Que le arrastra hácia tí ya no resiste.
Leon. ¿Qué es lo que miro...? Voy...
Sold. Cállate, dueña.
(Leonor se queda algo retirada, cerrando antes las puertas de la capilla. El soldado permanece algun rato en la escena observando, y por último se marcha con recato por la puerta secreta.)
Elv. Alzad... ¿Qué haceis...? Alzad.
Nem. ¿Así recibes
Al que siempre mas fiel...?
Elv. Yo no conozco
En estos sitios al guerrero insigne,
Al noble caballero que algun dia
Mi esposo debió ser; y hora mas firme
El voto que escuchar habeis osado
Ante el sagrado altar mi voz repite.
Nem. No, de tu corazon salir no puede
Ese voto cruel: si en él insistes,
Otro en el mismo altar hago solemne:
No dudes que Nemours sabrá cumplirlo.
Juro con este acero el pecho mio...
Elv. ¡Ah! basta, basta...; ¡juramento horrible!
No lo acabeis... callad. ¿Sabeis acaso
Quién es Elvira, lo sabeis? decidme.
¿Sabeis que pura como el mismo cielo
La sangre corre de su noble estirpe;
Y que su claro honor, nunca manchado,
Es el timbre mayor que la distingue?
Pues si no lo ignorais, ¿cómo atrevido...?
Nem. Perdona, y ten piedad de un infelice.
¡Tantos dias sin verte...! Era un martirio,
Un suplicio infernal, irresistible.
Ni el ardor del combate; ni el estruendo
Del sonante cañon que horror despide;
Ni el incesante afan con que cien huestes
Me es fuerza dirigir á crudas lides;
Nada fijar mi pensamiento logra,

Que ansia ardiente volar donde tú existes.
Desde el vecino monte contemplando
De este castillo el torreon temible,
Mi afanoso mirar por alcanzarte,
Salvar procura los vedados lindes;
Y al ver que el ave los traspasa, osado
Al ave mi anhelar sus alas pide.
¿Pues qué, me digo, do la vista alcanza,
No alcanzará mi amor? ¿Será invencible
Ese importuno valladar? Cobarde,
Corre y á Elvira ve: ¿quién te lo impide?
Y ya el peligro me detiene en vano;
Te veo; y á tus piés deja que espire.
Elv. ¡Imprudente!
Nem. No, no: tan bello instante
Bien merece estos riesgos... ¡Ah! ¿Concibes
El sin igual placer, la dicha inmensa
Que aquí á tu lado el corazon consigue?
Respiro al fin el aire que respiras;
El aura siento que tu labio expide;
Oigo tu dulce voz que me estremece
Ora me hable amorosa, ora se irrite;
Y la luz de esos ojos brilladores
Otro nuevo existir baja á infundirme.
Déjame, por piedad, estos momentos:
O si estar á tus plantas es un crímen,
Alza la voz y llama á mis contrarios:
Entrégame á su furia; y este triste
Sepa que al menos en presencia tuya
Su cuello al hacha del verdugo rinde.
Elv. ¡Yo entregaros...! ¿Quién...? ¡Yo...!
¡Y osais decirlo!
¡Ay, eso bien sabeis que es imposible!
Nem. ¡Tu corazon habló...! Sí, mal tu grado,
Ese suspiro tu pasion me dice. [grata
Elv. ¿La pretendo negar? Cuando mas
Ví la inconstante suerte sonreirse,
¿No fué tan tierno amor el bien supremo,
El solo bien que me halagó felice?
¿No proclamé mi ardor? ¿Al pié del ara
Con vos alegre no marchaba á unirme?
Y ¿no ha quedado aquí para tormento
Aun mas viva esa llama inextinguible?
Pero nunca penseis que de Gonzalo
Indigna hija mi deber olvide;
Que si habla al corazon ardiente afecto,
La patria habla tambien mas inflexible.
No sois ya aquel Nemours noble y amante
Que entre guerreros mil mi amor distingue:
Ya solo de mi padre y de los mios
Al enemigo en vos miro terrible;
Al hombre miro que en la lid mañana
De Castilla el poder tal vez humille,
Y ante cuya fortuna los laureles
Blason de mi familia se marchiten.
El autor de tal mengua ser mi esposo
No, no podrá jamás, aunque le admire.
Marchaos, pues, señor... Dejadme sola
Batallar con mi suerte... No me quite
Vuestra vista el valor... Dejadme os digo...
Ved que harto sufre ya quien tal resiste.
Nem. ¡Ah! no puedo.
Elv. Es preciso.
Nem. No, mi muerte
A esta separacion ha de seguirse. [tros
Elv. ¿Por qué venir aquí? Los males nues-
Es fuerza que al hablarnos mas se irriten.
Marchad, por Dios, marchad... Si aquí os hallaran...
Vuestra vida... mi honor... Alguien dirige
Sus pasos á este sitio .. No... no es nadie...
Nadie... Fieros temores me persiguen.
Si mas tardais, quizá...
Nem. ¡Ni una esperanza
Llevo conmigo que mi pena alivie! [sa:
Elv. No dejemos de honor la senda hermo-
A los que firme en ella el paso imprimen,
Si al pronto los separa, al fin, en premio,
Los une para ser siempre felices.
Dichoso porvenir se abre á mis ojos.
Sí, yo lo espero: de peligros libres,
En bienhadada paz, todos alegres,
Todos cubiertos de gloriosos timbres,
Veremos los castillos españoles
Unirse en breve á las francesas lises,
Y del templo de Dios las santas puertas
A nuestro puro amor de nuevo abrirse.
Nem. ¡Ah! ¡Tú llenas mi pecho de espe-
Vuélvome alegre ya, si triste vine. [ranzas!
¿Ves si en ello hice bien? ¿Quién ¡ay! con-
En presencia de un ángel no recibe? [suelo
Permite que otra vez...
Elv. Jamás. Guardaos
De intentarlo de nuevo. Fuera un crímen
Lo que en vos imprudencia, en mí descuido
Ahora solo fué. Si ante esa Virgen
Sorprendido me habeis, triste rogando,
En mi estancia de hoy mas haré que evite
Tales riesgos mi honor.
Nem. ¡Cruel ausencia!
Elv. Un generoso esfuerzo amor os pide.
Nem. Sí .. ya es preciso... ¡A Dios...!
¡A Dios, Elvira! [os guie.
Elv. ¡A Dios, señor, á Dios...! El cielo
(*Nemours se dirige hácia la puerta secreta. Gonzalo sale de repente por la derecha.*)

ESCENA V.

DICHOS, GONZALO.

Gonz. No vais bien por ese lado:
Teneos, duque.
Elv. ¡Gran Dios!

¡Mi padre!
Nem. ¡Gonzalo!
Gonz. Sí:
No os asombre, el mismo soy.
Nem. ¡Ah, pese á mi negra estrella!
Gonz. Os fiásteis de un traidor;
Y á que os vean, y á ser preso
Correis con imprevision.
Nem. ¡Cielos! Mi guia...
Gonz. Fugóse,
Y de todo me avisó.
Nem. ¡Infame!
Gonz. No os dé cuidado:
Ya le guarda una prision;
Que si os importa el secreto
Aun mas lo he menester yo.
Nem. ¡Ah! guardaos de culpar
A vuestra hija, señor:
Mia es tan solo la falta;
Y ella mas pura que el sol...
Gonz. Eso, duque, no es preciso
Que á mí me lo digais vos:
Ya sé la hija que tengo,
De quién es seguro estoy.
Elv. ¡Gracias! ¡gracias!
Gonz. Pero, duque,
Respondedme por quien sois:
¿Qué pensais me toca hacer
Ahora en tal situacion?
Nem. Yo, señor...
Gonz. ¿No osais decirlo?
¿Por qué así os falta la voz?
Nem. Porque temo adivinar,
Gonzalo, vuestra intencion.
Elv. ¡Ah! ¡qué decís...! ¿Osareis
En vuestro insano furor...?
No, jamás... Antes el pecho
Me habeis de pasar los dos.
Gonz. ¡Elvira!
Nem. Nada temais:
No es dudoso mi valor;
Mas contra el padre de Elvira
No saco la espada, no.
Si os teneis por ofendido
De una imprudencia de amor
Que, cual de buen caballero,
Al agravio no llegó,
Aquí rendido se encuentra,
Gonzalo, vuestro ofensor:
Veréisle sin murmurar
Recibir el golpe atroz.
Heridle; y al propio tiempo,
En tan feliz ocasion,
Vuestra patria libertad
De un fuerte competidor.
La victoria que era mia
Pasa á vos con mi prision,
Y proclamaros podeis
Sin esfuerzo triunfador.
Tomad, pues, tomad mi espada.
Vuestro prisionero soy.
Gonz. Guardadla, Nemours: no quiero
Inmerecido blason;
Que ganarla sin combate
Es tenerla sin honor.
Caballero sois, lo sé;
Y aunque el amor os cegó,
Por inocentes disculpo
Errores de una pasion.
Querer vengarlos con sangre,
Fuera sin duda otro error;
Porque esa sangre escribiera
Mas de lo que aquí pasó,
Y mintiendo al universo,
De ella naciera el baldon.
Pero otra causa mas noble
Hora encadena mi ardor.
Si para robar un triunfo
Que mi esfuerzo no alcanzó
Pensais puedo aprovecharme
De este acaso, vive Dios
Que habéisme mal conocido,
Tengo mas noble ambicion.
Los laureles que me adornan
Cuerpo á cuerpo y con valor
Los gané siempre en el campo,
No los debo á la traicion;
Ni contrarios acometo,
Presos cual os miro á vos:
Antes rompo sus cadenas,
Que fuertes los quiero yo.
Esto supuesto, Nemours,
Libre estais: marchad con Dios.
Elv. ¡Ah! ¿qué escucho?
Nem. Generoso,
Magnánimo, siempre sois,
Y en todo inspirais al mundo
Respeto y admiracion.
Mas no pagara cual debo
Tal grandeza, tal favor,
Si de ofreceros la paz
Huir dejo esta ocasion.
Harto con la sangre nuestra
Este suelo se regó;
Poner un término es justo
De esta contienda al horror.
Reconciliemos dos pueblos
Que la ambicion separó,
Y renovemos alegres
Nuestra interrumpida union.
No os engañe el noble aliento
Que en vos el cielo encendió:
Mirad que os falta en poder
Lo que os sobra en corazon.
Dueño soy de Italia toda:
Solo este puerto os quedó;

Pocos son vuestros soldados,
Muchos mis guerreros son,
Y mas recurso no os resta
Que sucumbir con valor.
Aceptad las condiciones
Que otro tiempo...
Gonz. Nemours, no.
En este trance terrible
No cabe en mí transaccion:
Me es preciso todo ó nada,
Ser vencido ó vencedor.
Si el cielo me es favorable,
Coronará mi teson;
Si soy vencido, á lo menos
Habré salvado el honor.
Mas no os apureis por mí,
Que yo mas tranquilo estoy.
Aunque encerrado me veis
En este estrecho rincon,
Quién el lauro alcanzará
La suerte no declaró;
Y que al fin ha de ser mio
De mi brazo espero y Dios.
Mas idos ya, que despunta
De la mañana el albor,
Y no quisiera...
(*Oyense voces y ruido dentro.*)
¿Qué es esto?
¿Qué ruido...? Se oye la voz
De Paredes.
Elv. ¡Cielo santo!
Si os llegan á ver...

ESCENA VI.

DICHOS, UN OFICIAL.

Ofic. Señor...
Gonz. ¿Quién es? ¿Quién osa acercarse...?
Ofic. Los trece campeones son
Que al solemne desafío
Marchan con marcial ardor,
Y el debido juramento
Quieren prestar ante vos.
Gonz. Que entren luego.
(*Vase el oficial.*)
Elv. ¡Ah! ¡qué zozobra!
Ocultaos, duque.
Nem. ¿Yo?
Gonz. ¿Qué le propones, Elvira?
Vive Dios, fuera baldon.
Que así se amengüe su fama
Consentir no debo, no.
Nemours, venid á mi lado:
Venid, no tengais temor.

ESCENA VII.

DICHOS, PAREDES, CABALLEROS, SOLDADOS.

(*Salen Paredes y sus compañeros armados de punta en blanco, y con la lanza en la mano. Les siguen soldados y pueblo.*)

Par. Señor, se acerca la hora,
Dadnos pronto vuestra venia;
Que ansiamos ya, voto al diablo,
Se dé principio á la fiesta.
Pero ¿qué miro? ¡Nemours!
Caballeros. ¡Nemours aquí!
Gonz. No extrañeza
Os cause el verle á mi lado:
Hemos pactado una tregua;
Y entrambos, como caudillos,
Presidiendo la pelea,
Debemos bajo un dosel
Presenciar vuestras proezas.
Yo le he dado mi seguro;
Y él, fiado en mi promesa,
No ha dudado en venir solo
De noble confianza en prueba.
Elv. ¡Ah! (*Respirando.*)
Par. Bien hecho: allá en el campo
Luchemos en hora buena;
Pero fuera de él, buen duque,
Ya lo sabeis, se os aprecia.
Nem. Huélgome, Diego García,
De veros al fin tan cerca
Sin que me espanten los golpes
De vuestra temible diestra.
Caballeros, yo os saludo.
Gonzalo, mi mano es esta.—
Muy bien, valiente adalid;
(*Bajo y apretándole la mano.*)
Esto es obrar con nobleza.
Gonz. Hago lo que en mi lugar
(*Bajo á Nemours.*)
Nemours igualmente hiciera.
Nem. ¿Supongo, fuerte Paredes,
Que entrareis en la contienda?
Par. Pues ¿por ventura sin mí
Hubiera funcion completa?
Entro, sí.
Nem. Y ¿estos campeones,
Que con miradas tan fieras?...
Par. Los que me acompañan son.
Nem. ¡Buen porte, noble presencia!
Por mi fe que sus semblantes
Anuncian valor y fuerza.
Pero tambien de uno y otro
Tendreis que dar altas muestras,
Porque dignos adversarios
Vais á hallar en la palestra.

Par. Mejor; pues así verán
Que se bate el cobre en regla.
Gonz. Amigos, del valor vuestro
Castilla gran triunfo espera.
¿Os han dado buenas armas?
Par. Todas templadas á prueba.
Gonz. ¿Los caballos?
Par. Mas briosos
El Betis no los engendra.
Gonz. ¿El corazon?
Par. Ese siempre
De puro grande revienta.
Gonz. ¿Y el brazo?
Par. Cota no habrá
Que al golpe suyo no ceda.
Gonz. Pues del Dios de los combates
Imploremos la asistencia.

(*Se abren de par en par las puertas de la capilla, y esta aparece alumbrada y resplandeciente. Los trece campeones se colocan á la entrada arrodillándose. Gonzalo está en medio.*)

De estos valientes, señor,
Vuestra poderosa diestra
Hoy en el trance terrible
El noble arrojo sostenga.
Prestad á su corazon
Aliento, y al brazo fuerza,
Que en el que vos no asistís
Todo es desmayo y flaqueza.
Haced que de nobles lauros
Torne su frente cubierta,
Y en ellos con nuevo lustre
Las glorias de España crezcan.
(*Se levantan.*)
Y vosotros, capitanes,
Si justa causa os alienta,
Si por buenos caballeros
Os reconoce la tierra,
No lo dudeis, la victoria
Os aguarda con certeza,
Y en vuestras altivas frentes
La miro brillante impresa.
No olvideis que en el conflicto,
A par con la fama vuestra,
Nuestra patria, nuestros reyes
Su honor y gloria os entregan,
Y timbres tan bien ganados
Cuidad bien que no se pierdan.
Como buenos combatid,
Y unidos en la refriega,
Cada cual, como á sí propio,
A su compañero atienda.
En fin, á fuer de soldados
Que acometen tal empresa,
Antes que volver sin gloria,
Muertos quedad en la arena.
¿Lo jurais?
Todos. Sí, lo juramos.
(*Oyese una trompa.*)
Gonz. Pues oid, la trompa suena.
Marchad sin miedo al combate,
Y Dios con vosotros sea.

ACTO CUARTO.

Campamento de los españoles en la playa de Barleta. Tiendas por todos lados. En el fondo el mar. A un lado estará el estandarte de Castilla.

ESCENA PRIMERA.

VELASCO, FORTUN, LOPE, HERNAN, PEREZ, GAMBOA, NUÑEZ, GUZMAN, SOLDADOS.

(*Al correrse el telon se advierte el movimiento y animacion de un campamento. Los soldados forman corros, ó se pasean, ó están ocupados en ejercicios. En una parte se ve á Guzman instruyendo á unos cuantos; en otra, Velasco y Fortun juegan las armas con las negras: á un lado, Gamboa, sentado, toca la guitarra y canta, escuchándole Lope y otros; al opuesto, Hernan y Perez juegan á los dados sobre un tambor, y los están mirando algunos compañeros. En una altura, á la orilla del mar, estará Nuñez puesto como de vigia.*)

Gamboa. (*Canta.*)

Torna á mí, dueño mio,
Torna esos ojos;
Tórnalos aunque sea
Llenos de enojos;

Que de su lumbre
Me consuelan los rayos
Aun entre nubes. (*Sigue tocando.*)

Lope. ¡Bien!
Soldados. ¡Bravo!
Guzm. ¡De frente! ¡Marchen!
(*A los que instruye.*)
¡Uno! ¡Dos!
Fort. ¡Parado!
(*Parando un golpe.*)
Vel. ¡Al pecho!
Fort. ¡Eh!
Vel. ¡Ah!

Fort. ¡Eh!
Lope. ¡Malditos gritos!
Podeis ir á los infiernos
Con vuestra esgrima... ¿No veis
Que aquí no nos entendemos?
Vel. ¡Gran lástima! ¡Para oir
Dar voces á ese becerro!
Imitadnos á nosotros,
Que es mas propio de guerreros.
Alerta otra vez.
Fort. Ya estoy.
Vel. ¡Ah!
Fort. ¡Eh!
Vel. ¡Ah!
Lope. Sigue.
(*A Gamboa.*)
Gamb. No quiero.
(*Tira la guitarra, se levanta, y se dirige con Lope hácia los que están jugando.*)
Per. ¡Llévese el diablo los dados!
De ellos y de mí reniego.
Lope. ¿Qué eso, compadre Perez?
¿Pinta mal?
Per. Sin blanca quedo.
Hoy estoy endemoniado:
Tengo una suerte de perros.
Lope. ¡Toma! ¿No la has de tener?
(*Tomando los dados y examinándolos.*)
Mira los dados.
Per. ¿Qué veo?
¡Llevan plomo!
Hern. No es verdad.
Per. Sí tal... ¡Pícaro fullero!
Me pagarás...
Hern. Poco á poco...
¡Atrás...! que yo no me dejo
Mojar la oreja.
Per. ¡Ah, tunante!
Verás...
(*Saca la espada. Los soldados se interponen. Velasco y Fortun, dejando de tirar las armas, acuden.*)
Soldados. Sin reñir.—Teneos.
Nuñez. ¡Barco! ¡Barco!
(*Gritando desde la roca.*)
(*A esta voz cesa la disputa, y todos se vuelven con curiosidad y ansia.*)
Soldados. ¿Sí?—¿De veras?
Nuñez. Mirad, mirad, allá lejos.
(*Perez y otros suben corriendo á la roca donde está Nuñez, y se ponen á mirar.*)
Lope. ¿Si querrá Dios que nos llegue
El suspirado refuerzo?
Fort. Si es él, los tres cañonazos
Del fuerte lo dirán luego.
Hern. Pues ya no pueden tardar.
Lope. Escuchemos.
Soldados. Escuchemos.
Fort. Nada.
Hern. Nada.
Vel. ¡Voto al diablo!
¡Falta paciencia!
Lope. ¡Silencio!
Vel. ¡Qué silencio! ¡Para oir
Tres cañonazos!
Per. ¿Aquello?
(*Desde la roca, á Nuñez, señalando hácia el mar.*)
Nuñez. Sí... ¿Lo ves?
Per. ¡Si es un falucho!
Lope y otros. ¡Un falucho!
Fort. ¡Majadero!
Vel. ¿Con que no es la escuadra?
Per. (*Bajando con los demás.*) No.
Lope. ¡Qué fastidio!
Vel. Sí... ¡Esperemos
El socorro!... Llegará
Cuando renazca mi abuelo.
Fort. Del general es ardid
Para que aquí nos estemos.
Vel. Pues yo ya me voy cansando.
Per. ¡Seis meses ya!
Hern. Son eternos.
Vel. Y ¡como estamos tan bien!
Lope. ¡Con hambre siempre y en cueros!
Hern. Lo que es paga, déla Dios.
Fort. ¡Y qué rancho tan perverso!
Vel. Ni un maravedí me queda.
Per. Nos falta ya el sufrimiento.
Vel. Valdria mil veces mas
Morir todos combatiendo.
Fort. ¿Quién lo duda?
Vel. Es cobardía
Que aquí nos estemos quietos.
Per. Los franceses nos insultan.
Vel. ¡Por vida de...! Y á todo esto,
¿Qué noticias hay?
Lope. Fatales.
Ni un palmo ya de terreno
Nos queda en Italia.
Hern. Ha sido
Batido Cardona.
Vel. ¡Bueno,
Bueno va...! Si aquí ha de haber
Traicion.
Varios. Por fuerza.
Per. ¡Oh! no creo
Que Gonzalo...
Hern. Él es amigo
De Nemours.
Fort. Todos sabemos
Que quiso darle á su hija.
Lope. Andan en tratos secretos.
Varios. ¡Qué infamia!

Fort. Somos vendidos.
Vel. No es dable sufrir mas tiempo.
Hern. Es fuerza clamemos todos
Para salir de este encierro.
Lope. Yo quiero volverme á España.
Soldados. Y yo.—Y yo.
Vel. Vamos, busquemos
Quien nos ayude, y hoy mismo
Alcese todo el ejército. [tilla!
Soldados. ¡ Vamos! —¡Vamos!—¡ A Cas-
(*Se esparcen casi todos par distintos lados y desaparecen. Salen Paredes, Pizarro y otros capitanes: al verlos Lope, Fortun y algunos mas se detienen, quedándose en la escena.*)
Fort. Paredes viene: me quedo.
Probemos, Lope, si quiere
Acaudillarnos.
Lope. Apruebo.

ESCENA II.

PAREDES, PIZARRO, MENDOZA, LOPE, FORTUN, Capitanes, Soldados.

Par. No teneis que predicarme:
(*Saliendo irritado.*)
Estoy dado á Barrabás.
¡ Todavía exigir mas!
¡ Voto á... que es cosa de ahorcarme !
Piz. Sosiégate, buen Paredes:
Le cogió de mal humor.
¿ Quién ignora que en valor
A nadie en el mundo cedes?
Par. No abogo solo por mí:
Hablo por mis compañeros;
Como buenos caballeros
A todos portarse ví:
Mas esfuerzo que el francés
En la palestra mostramos;
Y si el campo al fin ganamos,
Justo el reproche no es.
¿ No se decian los necios
Ginetes de mas pujanza?
Pues ¡ á ver quién con la lanza
Ha dado botes mas recios!
Fort. ¿ Qué es eso, mi capitan?
¿ Quién de mal talante os pone?
Par. Gonzalo, Dios me perdone,
Me tiene hecho un alquitran.
¿ No habeis visto la batalla?
Lope. Aunque bien quisimos ir,
Nos prohibieron salir.
¿ Zurrásteis á la canalla?
Par. La zurramos; mas Gonzalo
Dice no hicimos bastante.
Fort. ¡ Vos, capitan!
Par. ¡ No hay aguante!
Lope. Todo le parece malo.
Par. Chicos, oid cómo ha sido,
Y juzgad.
Todos. Sí... sí.
Par. Un asiento;
Que del combate me siento,
Y aun mas de rabia, molido.
Lope. Tomad.
(*Le trae una caja de guerra, en la cual se sienta. Todos se le agrupan al rededor.*)
Par. Oid.
Soldados. Atencion.
Par. Éramos número igual:
Trece: ansiando cada cual
Dar principio á la funcion.
Toca el clarin... En un vuelo
A la lid nos arrojamos,
Y al primer encuentro echamos
Cuatro franceses al suelo.
Soldados. ¡ Bien!
Par. Pero muerto el corcel
De Aller al segundo choque,
Los cuatro, armados de estoque,
Cargan á un tiempo sobre él.
Soldados. ¡ Cobardes!
Par. Con gran constancia
Él de todos se defiende:
Nuestra cólera se enciende;
Y ¡ se arma allí una san Francia...!
¡ Qué hazañas, hijos, tan nobles!
¡ Qué destreza! ¡ qué valor!
Y con denodado ardor,
¡ Qué estocadas! ¡ qué mandobles!
Los arneses abollando,
Las espadas que caian,
Cien martillos parecian
Sobre el férreo yunque dando.
Aquí vuela una cimera,
Allí pedazos de escudo,
Allá del brazo membrudo
Salta la armadura entera.
Mas de una herida profunda
Causa en los pechos estrago,
Y reñimos sobre un lago
De sangre que el suelo inunda.
Al ver tamaño furor,
Se aterran los circunstantes,
Y en los turbados semblantes
Se halla pintado el horror.
Soldados. ¡Soberbio!
Par. Solo quedaban
Nueve contrarios; los siete
A pié: mi bando arremete;
Diez sus caballos montaban.
Ya entonces marchar nos vieran
De pronta victoria ciertos;
Mas de sus caballos muertos

Ellos detrás se atrincheran;
Y las lanzas por encima
A los nuestros presentando,
Hieren, ilesos quedando,
Al que valiente se arrima.
Yo en romperlos me empeñé;
Mas... ¡reniego de mi suerte...!
Herido el bridon de muerte,
Me quedo tambien á pié.
Soldados. ¡Qué desgracia!
Par. ¡Oh! Pero yo
No por eso me abatí:
¡Vencerme un francés á mí!
¡No, en mis dias, eso no!
¿Qué hago? Por limite habia
Del campo piedras tamañas,
Que cada cual, sin patrañas,
Diez arrobas pesaria.
Una tras otra las cojo,
Y cual si fuesen camuesas,
A las cabezas francesas
Sin compasion las arrojo.
Ellos que encima caer
Se ven tal lluvia, y no escasa,
Sin saber lo que les pasa,
Partido quieren mover;
Y sin pararse en sonrojos,
Rabo entre piernas se alejan,
Y por trofeos nos dejan
El campo con los despojos.
Soldados. ¡Bravo! ¡bravo!
Par. ¿Qué os parece?
¿Nos portamos con honor?
Fort. Hazaña de tal valor
Coronas sin fin merece.
Par. Pues, hijos, el general,
Porque á todos no rendimos,
Pretende que nada hicimos,
Y que nos portamos mal.
« Ved, le he dicho, que es, á fe,
El francés buen caballero; »
Mas él responde altanero:
« Por mejores los mandé. »
Fort. ¡Así los esfuerzos paga
De tan valientes soldados!
Lope. Con su arrogancia cansados
Ya nos tiene.
Fort. Al fin se haga
Lo que resuelto hemos todos.
Par. ¿El qué?
Lope. Volvernos á España.
Par. ¡Cómo! ¡cómo!
Fort. De campaña
Estamos hartos.
Par. ¿Qué modos
Son esos? ¿Osais...?
Fort. Mirad:
Aquí todo el campo viene,
Y lo que digo sostiene.
Amigos, llegad, llegad.

ESCENA III.

DICHOS, VELASCO, HERNAN, PEREZ, SOLDADOS.

(*Acuden por todas partes corriendo los soldados, y dando furiosos gritos.*)

Soldados. ¡A España! ¡A España!
Par. ¿Qué veo?
Per. ¡No queremos sufrir mas!
Hern. ¡Que nos den nuestras soldadas!
Vel. ¡Fuera ese gran capitan!
Soldados. ¡Afuera!
Par. ¿Cómo se entiende?
Gente vil, ¿decir osais...?
Fort. Bastan ya tantas miserias;
Volvamos al patrio hogar.
Lope. No queremos mas combates:
Queremos la paz.
Soldados. ¡La paz!
Par. ¡Háse visto...!
Vel. Buen García,
Sed vos nuestro general:
Poneos á nuestra frente,
De este encierro nos sacad;
Que aquí nos venden traidores...
Par. El traidor tú lo serás,
Canalla. ¡A ver! Al instante
¡Fuera de aquí...! Por san Juan,
Que si luego como ovejas
A vuestras tiendas no os vais,
De rebanaros á todos
Las cabezas soy capaz. (*Saca la espada.*)
¡Sublevarse, vive Dios,
Contra Gonzalo! Ea, ¡atrás!
¡Fuera de aquí!
Soldados. No — No. — No.
¡A España! ¡A España!
Par. Verán
Como... Amigos, ayudadme.
Piz. A tu lado me tendrás.
Par. ¡A ellos!
Capitanes. ¡A ellos!
Soldados. ¡Mueran!
Paredes. Cobardes, vais á pagar...
(*Los capitanes rodean á Paredes, y sacando las espadas se preparan á defenderse contra los soldados, que hacen ademan de acometerlos. Gonzalo sale por el lado en que están los capitanes, y se coloca en medio de todos.*)

ESCENA IV.

DICHOS, GONZALO.

Gonz. ¿Qué es esto? ¡Qué extraños gritos!
¿Qué os conturba? ¿Qué sucede?
Par. Señor, son estos traidores,
Que osan alzarse rebeldes;
Pero juro por Santiago...
Gonz. Teneos, Diego Paredes.
Vuelva el acero á la vaina,
Y sosegaos.
Par. Si quieren...
Gonz. Estoy entre mis soldados,
Y nada mi pecho teme. —
Y bien, hijos, ¿qué quereis?
(*A los soldados.*)
(*Los soldados, que así que ha salido Gonzalo se habrán calmado, retroceden un poco y quedan silenciosos, atreviéndose apenas á mirarle.*)
Lope. Amedrenta solo el verle. (*Aparte.*)
Vel. ¿Qué miro...? ¿Os acobardais?
Pues yo no... Malvado, muere.
(*Asesta su pica contra el pecho de Gonzalo: este, sin perder su calma, la aparta con la mano.*)
Gonz. ¡Eh! mira que sin querer
No me hieras.
(*Velasco queda petrificado, y los soldados retroceden mas todavía. Paredes acude á la defensa de Gonzalo. Murmullos y agitacion.*)
Par. ¡Insolente!
¿No castigais...?
Gonz. Ya os lo he dicho:
Calma, García.
Par. ¡Me puede!
Gonz. ¡Y bien...! Hablad... Ya os escucho...
Alzad del suelo esas frentes...
Miradme bien: soy Gonzalo;
Vuestro amigo, vuestro jefe.
Fort. Señor...
Gonz. Hablad: no temais.
Lope La verdad... esto se tuerce...
Y ya de tanto sufrir
Se halla cansada la gente.
(*Los soldados se van animando por grados.*)
Fort. Queremos volver á España.
Hern. Sin paga estamos seis meses.
Per. Nos vemos casi desnudos.
Fort. Y á los franceses nos venden.
Lope. No quiero que piés y manos
Atado á Francia me lleven.
Soldados. ¡Ni yo! — ¡Ni yo! — ¡Mi licencia! —
¡Mis pagas! — ¡Lo que nos deben!
Par. ¡Qué alborotar! De mi genio
¡Que no pueda aquí valerme!
Gonz. ¿Quereis volveros á España?
Abierto el camino tiene
El que cansado de gloria
Solo el oprobio apetece.
¿Vuestras pagas me pedís?
Muy bien, las tendreis en breve;
Que aunque yo mi propia hacienda
Para pagaros empeñe,
Nada á gente sin honor
Gonzalo deber pretende.
¡Que aquí traidores intentan
Venderos á los franceses!
¡Vive Dios, que quien tal dice
Como un vil menguado miente,
Y le he de arrancar la lengua
Si á repetirlo se atreve!
Traidores aquellos son
Que su puesto no defienden,
Que le abandonan cobardes,
Que al peligro espaldas vuelven,
Y sin osar combatir
El lauro al contrario ceden.
Par. Esos, sí.
Gonz. Yo no os detengo;
Pronto, el que quiera se aleje;
Que en vez de hacer aquí falta,
Estorba un cobarde aleve.
Solo me quedo... ¿Qué digo?
Solo no; que aun hay valientes:
Aun hay quien de santo ardor
Siente su pecho que hierve,
Y vale mas uno de estos
Que ciento que morir temen.
Par. Yo soy de ellos, general;
Y estos tambien: contad siempre
Con nosotros.
Capitanes. Sí.
Par. Aunque venga
Francia con toda su gente.
Gonz. No lo dudo, compañeros;
Y aunque mas el triunfo cueste,
Si no me faltais vosotros,
No me faltarán laureles. —
¡Esos son los castellanos,
(*Señalando á los soldados.*)
Los valerosos, los fuertes,
Los que se llaman sufridos,
Los que desnudez no temen,
Los que antes desafiaban
Lluvias, hambres, escaseces,
Y asistian á un asalto
Mas gozosos que á un banquete!
¡Hélos ahí...! Mas no son
Castellanos... son mujeres..
Fort. ¡Mujeres, mi general!
Gonz. Mujeres, sí... ¿Qué os detiene?
Marchad, volveos á España;

Mas no á vuestro lado cuelguen
Los inútiles aceros
Que vuestra infamia envilece:
Tomad ruecas, que esas solo
Las armas son que os convienen.

(*Rumor entre los soldados.*)

Marchad, y si os preguntaren
Dónde se halla vuestro jefe,
Responded que abandonado
Habéisle cobardemente;
Que solo, en playa extranjera,
Luchando contra la suerte,
Por vosotros no ha triunfado,
Por vosotros tal vez muere;
Y que si vence el francés,
Tambien por vosotros vence.

Soldados. ¡Por nosotros!

Gonz. Pero no,
No vencerá; que se enciende
Mi pecho, y dulce esperanza
De la victoria le mece.
Triunfaremos: me lo dice
El corazon, que no miente.
Otros cogerán los lauros
Que en estas orillas crecen,
Y que abandonais cobardes
A quien mas leal los siegue;
Y cuando de nuestros nombres
España toda se llene,
Cuando el rumor de mis triunfos
A vuestros oidos llegue,
Y los cánticos de gloria
Con envidia en ellos suenen,
Entonces vuestra ignominia
Llorareis con llanto ardiente,
Buscareis para esconderos
Los mas oscuros albergues,
Y quien os llegue á mirar
Os escupirá en la frente.

Soldados. ¡Ah! ¡no, no!

Fort. Mi general,

(*Arrojándose á sus piés.*)

Soy un infame, un aleve:
Castigadme.

Vel. A vuestros piés (*Lo mismo.*)
Llorando mi crímen vedme.

Soldados. ¡Perdon! ¡perdon!

(*Los soldados rodean á Gonzalo, arrojándose á sus piés. Él los levanta con alegría y cariño.*)

Gonz. En buen hora:
Donde un templo el honor tiene,
Ya sabia que el honor
A hacerse oir pronto vuelve.
Alzad.

Vel. Señor, nuestra falta
En sangre lavarse debe;
Sino en la nuestra, serálo
En sangre de los franceses.
Llevadnos al enemigo.

Fort. Sí, que nuestros golpes pruebe.

Soldados. ¡Al combate!

Gonz. Pronto ireis:
Pronto, españoles valientes,
Yo os juro que nuevos lauros
Han de adornar vuestras sienes.
¿Me seguireis?

Fort. Hasta el fin
Del mundo.

Vel. Y hasta la muerte.

Gonz. Bien, hijos, bien: ese ardor
En vosotros brille siempre.

(*Los hace acercarse, y va apretando la mano sucesivamente á varios de ellos.*)

Venid, y cercadme todos:
Sois mis hijos... Seguid fieles
Mis banderas, y no hay riesgos
Que con vosotros me arredren.
Hernan, dame tú la mano,
Mucho tu esfuerzo promete;
A tí, Fortun, basta solo
Que tus hechos te recuerde;
Guzman, muy bien te portaste
En Ostia; tú, bravo Perez,
Nadie te resiste cuando
Con el lanzon acometes;
Velasco, levanta el rostro,
No tan sentido te muestres,
Que si antes erró tu lanza
El blanco do asestar debe,
Yo sé que se enmendará
Rompiendo contrarias huestes.

Vel. Sí, mi general, mandadme
Donde mas riesgos se encuentren.
Amigos, ¡viva Gonzalo!

Soldados. ¡Viva!

(*Suenan tres cañonazos.*)

Gonz. ¡Escuchad!

Vel. Son del fuerte.

Gonz. Hijos, esta es la señal.

Fort. ¡Una escuadra!

(*Desde la altura donde habrá subido con algunos.*)

Lope. Hácia aquí viene.

Gonz. Es el refuerzo.

Soldados. ¡El refuerzo!

(*Con alegría.*)

Gonz. A la lid todos se aresten.

(*Toma el estandarte de Castilla, que se hallará clavado á un lado del teatro, y se coloca en medio enseñándolo á los soldados.*)

Mirad, la enseña es esta del valiente,
Este el noble estandarte de Castilla.
Sobre morada seda oro luciente
Labrado en torres y leones brilla,

Signos de la virtud que eternamente
Los españoles guardan sin mancilla;
Pues si constantes son cual torreones,
Valientes son tambien como leones.
Seguidle, compañeros: astro sea
Que sobre nuestras frentes luminoso
Se alce y nos guie á la mortal pelea
Del alto honor por el camino hermoso;
Y á la par el francés lucir le vea
Cual metéoro horrible, pavoroso,
Que término poniendo á su dominio,
Sea nuncio fatal de su exterminio.
Vedla, allí la teneis, la ansiada tierra,
La Italia, objeto de eternal codicia,
Que ciudades famosas mil encierra,
Y el genio de las artes acaricia;
Que ofrece por solaz tras dura guerra,
De sus pensiles bellos la delicia;
Y do entre fiestas y armoniosos coros
Le aguardan al valor ricos tesoros.
A conquistarla, pues, hijos de España;
Rinda el acero lo que ven los ojos:
Como el águila audaz que en digna hazaña
De su presa arrebata los despojos;
Y vencido el rival, con fiera saña,
Garras y pico de su sangre rojos,
Hasta la alta region del sol radiante
Con el noble botin se alza triunfante.
Venid: si ignora nuestra fuerza el mundo,
Hasta aquí distraida en guerra santa,
Derrámese el torrente que iracundo
Sus importunos diques hoy quebranta;
Contemple Europa con terror profundo
Este nuevo poder que se levanta.
Aquel es el camino de la gloria:
Amigos, á vencer.
Todos. ¡A la victoria!

ACTO QUINTO.

Tienda magnífica de campaña, abierta por el fondo, viendose el campo y á lo lejos un pais ameno.

ESCENA PRIMERA.

GONZALO, MENDOZA, COLONNA, ELVIRA, LEONOR, SOLDADOS, DAMAS.

(*Al correrse el telon se ve á Gonzalo con algunos de sus capitanes y caballeros, armados todos de punta en blanco, reunidos en grupo, y atendiendo á la batalla que se está dando y cuyo ruido de mosquetería y cañones se oye á lo lejos. Elvira está hácia el proscenio sentada en un taburete, apoyada en Leonor, rodeada de sus damas y sumida en un profundo abatimiento.*)

Gonz. Reñida va la accion.
Mend. Sí, ¡vive Cristo!
Gonz. Mejor: el triunfo nos dará mas
Mend. Bien combate el francés. [gloria.
Gonz. Es buen guerrero;
Pero nuestro es el lauro en Cerinola.
Col. Mas valor que prudencia hoy ha mostrado,
Puesto que en esta altura nos provoca.
Gonz. El terreno elegí; que en la llanura
Nos vencieran sus huestes numerosas.
Mend. Caro le ha de costar subir el cerro.
Col. No obstante, al fuego sin temor se arroja.
Mend. Allí los fosos asaltar intenta.
Gonz. Los defiende Paredes; nada importa.
Mend. Con efecto... Allí está... Mirad ¡qué golpes!
Cada mandoble de él rompe una cota.
Gonz. ¡Bien, Paredes, muy bien... ¡Ah, buen soldado!
Como quien eres, vive Dios, te portas.
Col. Une, para vencerle, el enemigo
En cerrado escuadron sus huestes todas.
Mend. Mas en esa pared de ardiente
Mirad cómo el cañon abre cien bocas. [acero
Col. Pero mirad tambien con qué presteza
Otros, donde unos mueren, se colocan.
Gonz. El instante llegó: con cien caba-
Id, y el costado acometed, Mendoza. [llos
Mend. Corro, mi general: me abochornaba
De que estuviera aquí mi espada ociosa.
(*Vase.*)
Col. Ya era tiempo, en verdad: por aquel lado
Acude cual torrente en raudas olas
Numeroso escuadron que aun entre el polvo
Deslumbra con sus armas brilladoras.
Gonz. En él la flor de los contrarios marcha:
Bayardo, Chandennier, Melfi, Lamota.
Col. Y á su frente Nemours.
Elv. ¡Nemours!
(*Alzándose con sobresalto.*)
Gonz. ¿Qué es eso?
¡Al escuchar su nombre tal zozobra!
Elv. Padre... [indigna,
Gonz. No es tiempo de flaqueza

Cuando pide el honor almas heróicas.
Si algun dia Nemours caro te fuera,
Hoy en tu pecho la pasion ahoga.

Elv. La quiero sofocar, y mal mi grado,
Siento que siempre el corazon le adora.
¿Cómo odiarle podré si, aunque enemigo,
Virtudes mil en él brillan hermosas?
Vos mismo le admirais.

Gonz. Sí, yo le admiro;
Mas debo, Elvira, combatirle ahora:
Que en las filas contrarias á mi patria
Amigo ya no tengo á quien conozca. [nas

Elv. Tampoco olvido yo que por mis ve-
Corre sangre leal, sangre española;
Y á la par que le adoro, al cielo pido
El triunfo de mi patria y su derrota.
Pero débil mujer...

(*Oyese una gran detonacion acompañada de mucha claridad.*)

Gonz. ¡Gran Dios! ¿Qué es esto?
Esa detonacion... La tierra toda
Se conmueve.

(*Sale Pizarro presuroso y asombrado.*)

ESCENA II.

DICHOS, PIZARRO.

Piz. Señor, perdidos somos.

Gonz. ¡Qué fiero espanto en vuestra faz
¡Vos con miedo, Pizarro! [se nota!

Piz. No es posible
Continuar la batalla. De la pólvora
El inmenso repuesto se ha inflamado
Con horrible explosion atronadora;
Y al tremendo cañon del enemigo,
No tenemos cañon que ya responda.

Col. ¡Cielos...! Mirad allí... Las tiendas arden,
Y cual del mismo infierno el fuego brota.

Piz. ¡O desgracia fatal!

Col. Corramos pronto.

Gonz. Teneos... ¿Dónde vais...? Y ¿qué os asombra?
Compañeros, buen ánimo: esas llamas
Las luminarias son de la victoria.
¿La pólvora nos falta? ¡En hora buena!
Es que para vencer hoy nos estorba.
Son las espadas que de cerca hieren
Mas certeras que balas alevosas.
Estas las armas son del buen soldado:

(*Sacando la espada.*)

Seguidme todos, y vereis cuál cortan.
Junto á mí, compañeros: bien unidos,
Impávidos, y firmes como rocas,
Corramos al combate, y arrollemos
Cuanto al ímpetu nuestro audaz se oponga.

(*Vanse.*)

ESCENA III.

ELVIRA, LEONOR, DAMAS.

Elv. ¡Guiadle, Santo Dios! Prestad aliento

(*Con entusiasmo.*)

A su gran corazon: haced que rompa
Su fuerte lanza las contrarias huestes,
Y sostened su diestra vencedora.
¡Que yo sea mujer...! ¡Que yo no pueda
Vencer lidiando ó perecer con gloria! [arde
¡Oh! ¡con cuánto placer...! ¡Cielos! ¡Cuál
Esa cruenta lid...! ¡El aire asorda
El tremendo cañon...! De polvo y humo
Negra nube la luz del dia roba. [ros
¡Cuántas muertes allí...! ¡Cuántos guerre-
La tierra dejan con su sangre roja!
¡Ay, en el corazon siento la mia
Que de espanto y horror se hiela toda!
Ofúscase mi vista... El pié flaquea...
¡Ah! ¡sostenme, Leonor!

(*Se deja caer entre los brazos de Leonor y las damas, que acuden á sostenerla.*)

Leon. ¡Cielos...! ¡Señora!
Desfallece... acudid... ¡Ay, en su rostro
De la muerte se ven las negras sombras!
¡Con qué pena respira!

(*Elvira, á quien habrán sentado sus damas, se recobra poco á poco. Cesa de oirse el cañon.*)

Elv. Aquí yo siento

(*Poniendo la mano en el pecho.*)

Una fiera opresion... Mi voz se ahoga...

Leon. Descansad.

Elv. Nada ya... Cesó el estruendo...

(*Prestando el oido.*)

¡Qué silencio...! Tal vez la lid odiosa
Ha terminado ya... No... no... mil ayes
Aun llegan hasta mí... ¡Callada corta
La muerte sin piedad preciosas tramas,
Cadáveres pisando por alfombras!
¿Quién allí morirá? ¡Ten la guadaña,
Dios exterminador...! Do quier recorras
Con tus funestos golpes esos campos,
Allí cruel mi corazon destrozas.
¡Padre...! ¡Esposo...! ¡O despecho...! ¡En la refriega
Frente á frente tal vez se hallan ahora,
Y cual feroces tigres se acometen,
Y el uno al otro con furor inmola!
¡Ay! ¡Que esta idea me destroza el alma,
Y mi débil razon fiera trastorna!
¡Yo deliro, Leonor!

Leon. Calmad, os ruego,
Esos vanos terrores que os acosan. [ranza

Elv. ¡Yo deliro, Leonor...! Ni la espe-
Me deja el cruel destino que me agovia;

Y quien quiera que triunfe, serán lutos
Las galas para mí de la victoria.
Leon. Pensad en vuestra patria, en vuestro padre:
Y en su gloria pensad, en ella sola.
Elv. ¡Ah! sí, tienes razon. Dios soberano,
La femenil flaqueza en mí perdona:
Da la palma á mi padre; que su nombre
Con asombro y temor repita Europa;
Y si es preciso que Nemours sucumba,
Hazle á lo menos sucumbir con honra.
(*Oyese rumor á lo lejos.*)
Leon. ¿Oís...? Nuevo rumor...
Elv. ¡Ah! Yo no puedo
(*Levantándose y dirigiéndose con presteza al fondo*)
La impaciencia sufrir que me devora.
Vamos, vamos, Leonor... Aunque perezca,
Quiero yo misma ver... ¡Pero Colonna!

ESCENA IV.

DICHOS, COLONNA.

(*Sale Colonna con grande agitacion.*)

Elv. ¡Oh, cuán turbado está...! ¿Qué nueva infausta
A anunciarme venís?
Col. ¡Llorad, señora,
Llorad...! ¡O fiera suerte!
Elv. ¿Qué suceso...?
Col. Es indudable ya nuestra derrota.
Vuestro padre...
Elv. ¡Vencido!... ¿Quién?... ¡Mi padre!
¡Él vencido!... Mentís.
Col. Con marcha pronta
En su fiero bridon volaba osado
Al combate feroz. Raudo se arroja
De unos pocos seguido que valientes
Su carrera igualar apenas logran.
Menos brioso mi corcel cansado,
Por mas que el acicate le aguijona,
Largo espacio detras, mal que me pese,
Me deja espectador de lid furiosa.
Me afano por llegar; mas ¡ó desgracia!
En medio de las balas matadoras,
Caer miro á Gonzalo, y sin él, lejos,
Su caballo escapar.
Elv. ¡Gran Dios!
Col. Se agolpan
Todos veloces al funesto sitio;
Solo desórden, confusion se nota:
«Ha muerto,» exclaman; y el desmayo cunde,
Y en los ojos do quier el miedo asoma,
Y corren, y se turban, y se mezclan,
Como en airado mar revueltas ondas.
Yo en trance tan fatal de vos me acuerdo:
Vamos, digo, veloz: si España llora
Al gran caudillo, mi amistad sincera
En salvo al menos á su hija ponga.
Elv. Y ¿quién os dice que salvarme quiero?
Esta mísera vida ¿qué me importa?
Muerto mi padre, mi esperanza es solo
Encerrarme con él bajo su losa.
Venid, guiadme do tendido en tierra
Por la llaga crüel su sangre brota:
Allí herida tambien, muera á su lado,
Si antes no me ha matado mi congoja.
Col. Teneos... ¿qué intentais?... ¿Qué atroz designio?...
(*Se oye gran ruido de voces que gritan* ¡Victoria! *acompañado del sonido de las trompas.*)
Mas ¿qué voces?... ¿Oís?
Elv. Claman ¡victoria!
Col. Aquí en tropel confuso mil guerreros
Se dirigen al son de alegres trompas;
Y en aire vencedor alzan y ondean
Al viento las banderas triunfadoras.
¡Dios! ¿Qué miro?... ¡O sorpresa! ¡Allí Gonzalo!
Elv. ¡Mi padre!... ¡Él es!... ¡Él... es!...
Voy presurosa...

ESCENA V.

DICHOS, GONZALO, MENDOZA, PIZARRO, CAPITANES, SOLDADOS.

(*Salen todos presurosos con aire triunfante: los soldados llevan banderas y trofeos.*)

Gonz. Nuestra es, en fin, amigos, la jornada.
El alto cielo nuestro ardor corona.
Gozad del triunfo; mas tratado sea
El vencido con mano generosa:
Despues de la batalla, es ya delito
Lo que fué combatiendo accion heróica.
Elv. ¡Padre!
Gonz. ¡Elvira! (*Abrazándola.*)
Elv. ¿Vencísteis?
Gonz. Nuevos lauros,
Hija, la frente de tu padre adornan.
Elv. ¿No lo decia yo?... ¿Quién? ¡Él, vencido!
¡Gonzalo!... No, jamás.—¿Lo veis, Colonna?
Col. Engaño mio fué; mas yo jurara
Que os ví caer.
Gonz. Es cierto. En su ardorosa
Carrera mi bridon, rebelde al freno,
Sobre el pendiente suelo se desploma.
Caigo, y todos se aterran; mas al punto
Me alzo, y digo al mirar que ya zozobran:

«Pues la tierra me abraza, bien me quiere;
Hijos, mejor á pié se va á la gloria.»
Inflámanse al oirme, y á pié todos,
Apretado escuadron conmigo forman.
En breve nuestros los contrarios bronces
Que muertes lanzan por la ardiente boca,
Dejan ya de atronar: con sus ginetes
Acuden entre nube polvorosa
Bayardo, Chandennier; mas con los nuestros
A su encuentro tambien sale Mendoza;
Y Villalba, y Paredes, y Pizarro,
Con fieros golpes al francés destrozan.
Nada resiste ya: del alto cerro
Bajan rodando la empinada loma
Las huestes enemigas, y en los campos
Cual torrente sin cauce se desbordan.
A su alcance Paredes ha corrido,
Y de este triunfo concluirá la obra.

Elv. ¡Gloria al Gran Capitan!
Gonz. ¡Gloria á Dios! hija:
Suya es solo y no mia esta corona.
Elv. Sí.—Mas ¡ay! perdonad... Mi alma [debiera
El júbilo sentir que todos gozan.
Pero un fiero temor... ¡Ah! yo no puedo
Su idea desterrar de la memoria.
Gonz. Te comprendo... Nemours...
Elv. ¿Cuál es su suerte?
Gonz. ¿Quién la puede saber?
Elv. Mas él blasona
De valiente, de noble... ¿Le habeis visto?
Gonz. Sí, yo le ví un momento, de sus tropas
Alentar el valor, y con su ejemplo
La palma entre él y yo dejar dudosa.
Elv. ¿Despues?
Gonz. Despareció.
Elv. ¡Nemours vencido!
¡Y lo que es el huir Nemours ignora!
Gonz. Eso no.
Elv. Pues ¿qué es de él?
Gonz. Tal vez, Elvira,
Lo que fuera tu padre en la derrota.
Elv. ¡Ah!
(*Con gran terror y ocultándose el rostro entre las manos.*)

ESCENA VI.

Dichos, PAREDES.

Par. ¡Señor!
Gonz. ¿Qué quereis, fuerte Paredes?
¡Bien os habeis portado!
Par. No hice cosa
Que los demás no hicieran.
Gonz. ¿El alcance
Se ha terminado ya?
Par. Sigue la broma;
Mas basta con Villalba, que persigue
A los pocos que restan. Vengo ahora,
Señor, á presentar los prisioneros
Que entre la inmensa turba hay de mas nota.
Alegre, d'Aubiñí, Melfi...
Gonz. Que vengan.
Amigos, con honor se les acoja:
Todos valientes son.
Par. El mas ilustre
Cercana mira ya su postrer hora.
Gonz. ¿Quién es?
Par. Nemours.
Gonz. y Elv. ¡Nemours!
Par. Sí; mal herido,
Exánime, entre muertos y armas rotas,
Le he encontrado al volver.
Gonz. ¡Ah! vamos pronto...
Par. Ya se acerca... Mirad.
Elv. ¡Fiera congoja!

ESCENA ULTIMA.

Dichos, NEMOURS, ALEGRE, AUBIÑÍ y otros Caballeros franceses prisioneros.

(*Sale Nemours traido por soldados en unas andas formadas con escudos y lanzas.*)

Elv. ¡Nemours! ¡Nemours!
(*Corriendo hácia Nemours.*)
Nem. ¡Elvira!
Gonz. ¡Honor, respeto
Al valor desgraciado!
(*Alzan las banderas y saludan con ellas.*)
Nem. ¡Eterna gloria
Al noble vencedor!
Gonz. ¡Amigo!
(*Yendo hácia él.*)
Nem. Dadme
Esa mano, Gonzalo.
Gonz. ¡Ah! sí.
(*Dándosela con entusiasmo.*)
Nem. Me acosa
Un recelo al morir.
Gonz. ¿Cuál es?
Nem. Decidme...
Porque mas que la vida esto me importa...
¿Cumplí con mi deber?... En tal desgracia
¿Algo el honor sagrado me reprocha?
Gonz. ¿Eso preguntais vos? ¿Quién dudar puede
De un honor que en la sangre se acrisola?
Puro, ileso ha quedado; esta jornada
Infausta os pudo ser, mas no os desdora;
Y entre los dos, Nemours, si he de ser justo,

Fué diversa la suerte, igual la honra.

Nem. ¡Gracias, gracias, amigo! — Compañeros,

(*A los franceses prisioneros.*)

Ya lo oís... Si por dicha alguno torna
A nuestra hermosa Francia, al rey decidle
Que fuí leal, si con ventura poca.

Gonz. No estrechara su mano con la mia
A no ser de esa suerte... Mas socorran
Prontos auxilios...

Nem. No... fueran en vano...
Es la herida profunda... y ya se agotan
Con la sangre mis fuerzas... Solo os pido
Un inmenso favor.

Gonz. Hablad.

Nem. Si en otra
Época mas feliz, un amor puro
Vió ya encendida la nupcial antorcha...
Si la suerte fatal, rompiendo el lazo
De tan dichosa union, trocó mis bodas
En sanguinosa lid... cúmplase el voto
Hoy de este triste que el sepulcro toca.
Una su mano con mi mano Elvira,
Y logre al espirar llamarla esposa.

Elv. Sí, sí, tu esposa soy, Nemours, lo [juro:
Mi juramento fiel los cielos oigan.
Tuyo es mi corazon, tuya mi mano;
Tu nombre llevaré con vanagloria;
Y á los piés me verán de tu sepulcro
Vestir llorando las funéreas tocas.

Gonz. Y yo bendigo tan sagrado nudo,

(*Poniendo sus manos sobre ellos.*)

Que hace la muerte mas solemne ahora.
Gran Dios, si decretaste allá en tu mente
Que hoy, hecho apenas, con dolor se rompa,
En tu eterna mansion benigno acoge
De este noble guerrero el alma heróica;
Y allí mezclado á tu milicia santa,
Sea á su viuda angelical custodia.

Nem. Ahora soy feliz... ahora puedo
Alegre aquí espirar.

Elv. ¡Ah! no: abandona
Idea tan atroz.

Nem. Llegó el instante...
Siento... mis ojos ya... fiera congoja...
Ven... acércate, Elvira... y en tu seno
Su aliento exhale postrimer mi boca.
A Dios, Gonzalo... Compañeros mios...
A Dios... Mal te serví... Francia... ¡perdona!

Elv. ¡Ay, espiró!

(*Dejándose caer sobre su cuerpo.*)

Gonz. ¡Infeliz!—Lloremos todos
Esta muerte á la par triste y honrosa.
Llegad esas banderas; que á su frente
En el trance fatal den noble sombra.

(*Acercan todas las banderas y las colocan formando un pabellon sobre el cadáver de Nemours.*)

Baje á la tumba, cual su sangre pide,
Con brillante aparato y marcial pompa;
Y á un ilustre guerrero mire el mundo
Cómo, aun siendo enemigo, España honra.
Franceses, libres id: llevad sus restos
Do su ilustre proginie en paz reposa.
—Y vosotros, valientes castellanos,
Alegres disfrutad de la victoria.
Vuestra á Italia teneis, despojo bello
Que los campos os dan de Cerinola;
Y ya el nombre español que con asombro
Escuchará de hoy mas postrada Europa,
A par de los mas grandes, en el templo
De la inmortalidad grabe la historia.

GUZMAN EL BUENO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.



PERSONAS.

Don ALONSO PEREZ de GUZMAN.
Don PEDRO, su hijo.
NUÑO.
Don JUAN, infante de Castilla.
ABEN-COMAT.
ABEN-SAID.
Doña MARIA, esposa de Guzman.
Doña SOL, hija de don Juan.
Caballeros.
Damas.
Soldados.
Escuderos.
Pajes.
Hombres y Mujeres del Pueblo.

La escena es en Tarifa (año de 1294).

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un salon de arquitectura árabe. En el fondo una capilla.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, Don PEDRO, Doña MARIA, Don JUAN, Doña SOL, NUÑO, Caballeros, Damas, Soldados, Escuderos, Pajes, Pueblo.

(*Al correrse el telon se está en el acto de armar caballero á don Pedro. La capilla del fondo está abierta.*)

Guzm. Pues ya el sacerdote las armas bendijo,
Doblad la rodilla, don Pedro, ante mí,
Que en nombre del cielo mi voz os dirijo,
Mi voz, que proclama sus glorias aquí.
La frente inclinando, con golpe ligero
Os hiera esta espada del moro terror:
El sello os imprima de fiel caballero,
Y á par os infunda constancia y valor.
(*Le da el espaldarazo; don Pedro se alza, y doña Sol se acerca á él para ceñirle la espada.*)

Sol. Mi mano, aunque débil, os ciñe la espada
Que armar debe un dia la vuestra en la lid:
En sangre de infieles traedla manchada,
Con ella emulando las glorias del Cid.
Guzman, vuestro padre, de honor y victoria
La senda os trazara: marchad en pos de él;
Y unidos al templo subid de la gloria,
Al vuestro enlazando su eterno laurel.

Pedro. ¡Ah! ya en sacro fuego mi pecho inflamado,
Las lides aguarda con noble ansiedad:
¡Qué gloria me espera, pues hoy me han armado
Tan fuerte guerrero, tan rara beldad!
Que venga el alarbe, que venga, y en breve
Mi esfuerzo invencible probar yo le haré:
Asedie á Tarifa, si á tanto se atreve,
Que en lagos de sangre su furia ahogaré.

Guzm. Bien, hijo: me agrada tan noble ardimiento,
Que es ya de victoria presagio feliz:
En tí se renueven mi sangre, mi aliento,
Por tí rinda el moro la altiva cerviz;
Y allá de Granada las fuertes murallas
Cediendo á tu esfuerzo se humillen tambien;

Y en ellas de Cristo, tras tantas batallas,
La enseña tus manos al viento le den. —
Y vos, noble madre, ¿por qué, retirada,
(*A doña María.*)
Al hijo valiente feliz no abrazais?
¿Por qué estar debiendo de gozo inundada,
Hoy mustia, abatida, la frente mostrais?
En fuertes matronas ser suele tal dia
De dicha inefable, de inmenso placer:
¿Perder hora acaso vuestra alma podria
La audacia que siempre me alienta á vencer?
María. Esta alma no tiembla de Marte al estruendo,
Ni menos conoce flaqueza ó pavor:
Bien sé que á las lides el hombre naciendo,
Sus timbres infama si esquiva su horror.
Valiente el esposo yo quise que fuera:
No es menos heróico mi amor maternal;
Mas ¡ay! mal mi grado, con vana quimera,
El pecho me aterra presagio fatal.
Guzm. ¡Qué indignos temores! Dejad...
María. ¡Hijo mio!
Pedro. ¡O madre!
María. En mis brazos refúgiate, ven.
Pedro. ¿A qué tal flaqueza? Vencer yo confio.
[quién?
Guzm. ¿Quién esos recelos te inspira, di,
María. Un hombre... Miradle.
Guzm. María... ¡el infante!
¿Te atreves...?
María. Me aterran sus ojos, su faz.
El crímen retrata su torvo semblante;
Su pérfido pecho de todo es capaz.
Guzm. Le injuriais. Es cierto: con torpes pasiones
Don Juan infamara su edad juvenil;
Mas ya desengaños y crudas lecciones
De honor le trajeron al recto carril.
Por Dios... apartaos... que atento nos mira.
Juan. ¿Por qué en mí sus ojos clavados están? (*Aparte.*)
Envidia y rencores mi pecho respira:
Mas hoy disimula tus odios, don Juan.
Guzm. Amigos, que sea Tarifa la fuerte
Hoy júbilo toda, placeres sin fin:
En justas y cañas probad vuestra suerte,
Y dulces licores nos brinde el festin.
Mañana, sonora la trompa guerrera,
Al campo nos llame tal vez del honor:
Gozad de este dia; que ya nos espera
La lid afanosa con muertes y horror.
Jacob ambicioso legiones de infieles
Sobre estas orillas se apresta á lanzar,
É intenta de Muza los negros laureles,
A España fatales, audaz renovar.
Mas no como entonces, Tarifa en sus muros
Cobardes abriga ni infame traicion:
Encierra soldados leales y duros
Que al moro preparan acerba leccion.
Don Juan, vuestro brazo nos mandan los
El brazo que teme la pérfida grey; [cielos,
Y ya no me inspira la lucha recelos,
Pues cerca el hermano nos mira del rey.
Diréisle, si el cielo la palma nos diere,
Cómo estos leales le saben servir:
Si acaso el destino contrario nos fuere,
Diréisle que al menos supimos morir.
Juan. Contad, don Alonso, contad con mi espada
Que á viles contrarios jamás perdonó;
Vereis muy en breve con prueba sobrada
Que en vano á Tarifa don Juan no llegó. —
Ven, hija, conmigo. (*Vase con doña Sol.*)
María. ¿Notais de su acento
(*A Guzman.*)
La amarga ironía?
Guzm. ¡Qué injusta aprension! —
Marchad, y entregaos al dulce contento.
(*A todos.*)
María. ¡Ah! tú no me engañas, leal corazon. (*Vanse todos.*)

ESCENA II.

GUZMAN, Don PEDRO, NUÑO.

Nuño. Por fin, don Pedro, teneis
A vuestro lado una espada;
No, no estará mal templada,
Buen batallador sereis.
De valiente teneis traza;
Mas decirlo es por demás:
No han existido jamás
Cobardes en vuestra raza.
Dadme la mano... apretad;
¡Ah! buen rapaz: ¡teneis puño!
Blandireis, como soy Nuño,
Vuestra lanza sin piedad.
¿Quereis que portentos obre?
A mí arrimaos; que á fe,
De seguro os llevaré
Do se bata bien el cobre.
Guzm. Mirad que es aun muy niño
Para exponerle...
Nuño. ¡Aprension!
Entre hombres de corazon
Así se muestra el cariño.
Y, en verdad, no érais muy viejo
En vuestra primer batalla,
Y dísteis de la canalla
Buena cuenta. — En este espejo,
Don Pedro, os debeis mirar.
¡Qué hazañas! Dígalo Fez:
Con endriagos hubo vez
Que le vimos pelear.
¡Qué lástima de proezas

De los moros en favor!
¿No se emplearan mejor
En abatir sus cabezas?
Yo mil veces renegué:
Por fin, volvimos á España,
Y ya con mas de una hazaña
El mal humor aplaqué.
Solo el haberle esta plaza
Al perro moro quitado,
El corazon me ha ensanchado,
Que no cabe en la coraza.
El hace muy grande apresto
Por recobrarla; mas yerra:
La presa que el leon aferra
No se la arrancan tan presto.
Guzm. No será mientras yo viva,
Que en sus muros moriré,
O mas bien abatiré
Del moro la furia altiva.
Sí, don Pedro, la ocasion
En breve tendreis aquí
De que pruebas den de sí
La mano y el corazon.
Los deberes recordad
Que os impone en este dia
La ley de caballería:
Valor, honor y lealtad:
Sed en la lid atrevido,
Mas prudente; fiel al rey;
De Dios defended la ley,
Y amparad al desvalido.
No dejeis por interés
De ser, en todo cabal,
Con los hombres liberal,
Y con las damas cortés.
En fin, temed de faltar
A la palabra empeñada,
Que aunque fuere á un moro dada,
La es fuerza siempre guardar.
Nuño. Él hará lo que conviene,
Que es de vos digno heredero;
Y será buen caballero
Porque en la sangre lo tiene.
Venga el moro, voto á tal,
Que él y todos ya sabemos
Lo que hacer aquí debemos.
¿Todos he dicho? Hice mal.
Hay uno... ¡Qué buena pieza!
Maldito si de él me fio;
Tiene cara de judío.
Os lo digo con franqueza,
Señor: si fuera que vos,
Hoy mismo sin mas tardar
De aquí le hiciera saltar.
Guzm. ¿Quién es?
Nuño. Don Juan.
Guzm. ¡Vive Dios!
Cosas teneis... ¡Al infante!
Nuño. Al infante: de ese os hablo.
Guzm. Al hermano de...
Nuño. Del diablo.
¿A qué vino ese bergante?
A vendernos. Id con tiento:
Turbulento y sin valor,
Fué ya mil veces traidor;
Quien hizo un cesto hará ciento.
Siempre pérfido y villano,
No hay maldad que no le cuadre:
Primero vendió á su padre,
Y vendió luego al hermano.
Contra el señor de Vizcaya
Hierro asesino asestó;
Y en un fuerte le encerró
El rey por tenerle á raya.
Dejárale allí que pene;
Mas le ha soltado: mal hecho:
Jamás andará derecho
Quien tan malas mañas tiene.
Guzm. Palabra ha dado don Juan
De ser ya súbdito fiel.
Nuño. Ni aun así me fio de él;
En fin, allá lo verán.
Por mi parte os aseguro
Que no le pierdo de vista;
Yo le seguiré la pista;
Y si hace alguna, le juro...
Guzm. Basta, Nuño; respetad
Al príncipe.
Nuño. Callo, pues.
Guzm. Iremos luego los tres
A la justa. Preparad
Vuestras armas, hijo mio;
En este ensayo primero
Que á todos mostreis espero
A do alcanza vuestro brio.
Pedro. Si el cielo me da favor,
Satisfecho os dejaré.
Nuño. No le han de ganar, á fe,
Ni en destreza ni en valor.
(*Vanse Guzman y Nuño.*)

ESCENA III.

DON PEDRO.

Apenas siente ya robusta el ala
El águila caudal, sus padres deja,
Y hasta el trono del sol rauda se aleja,
O en atrevida lid su ardor señala.
Del no probado esfuerzo haciendo gala,
Así el valor paterno en mí refleja,
Y mi brazo al combate se apareja,
Y la audacia del Cid mi arrojo iguala.
Aguila soy que al sol subir pretende,
Que altiva desafia al buitre insano;
Pero vana quimera el alma emprende.

De la gloria sin fruto en pos me afano:
Hoy que en mi pecho amor su llama enciende,
Todo, si él no me ayuda, será en vano.

ESCENA IV.

Don PEDRO, Doña SOL.

(*Sale doña Sol pensativa sin reparar en don Pedro.*)

Sol. ¿Qué es esto, corazon mio?
¿Por qué suspiras así?
¿Qué es lo que pasa por tí?
¿Qué dolor es este impío
Que yo jamás conocí?
¿Por qué cuando pienso en él
Estremecida me siento,
Y este tenaz pensamiento
Vuelve mas fijo y crüel
Cuanto mas lanzarlo intento?
Pero ¿qué miro...? Él es... ¡ah!
(*Reparando en don Pedro.*)
Huyamos pronto.
Pedro. ¿Qué veo?
¡Doña Sol!
Sol. Me ha visto ya...
Luchando mi pecho está
Entre el temor y el deseo.
Pedro. ¿Huís de mí, Sol hermosa?
Sol. ¿Yo...? Don Pedro... os engañais.
Mas ¿cómo aquí solo estais?
¿Acaso á la palma honrosa
De la justa no aspirais?
Pedro. Aunque aspire á tanto honor,
Lucharé sin esperanza.
Sol. ¿Pensais que tan poco alcanza,
Don Pedro, vuestro valor?
Pedro. ¡Ah! mi justa desconfianza...
Sol. Es indigna de un Guzman.
Mucho del novel guerrero
Todos esperando están;
Y ya la victoria dan
Al que yo armé caballero.
Pedro. Solo esa dicha, señora,
Hoy puede alentarme ufano;
Pues la espada cortadora
Que ciñera vuestra mano
Debe ser la vencedora.
Mas perdonad, si ofendiendo
A quien tanta gloria ofrece,
Mi espíritu desfallece;
Para alcanzarla sintiendo
Que de otro impulso carece.
Sol. ¿Cuál es?
Pedro. No me atrevo...
Sol. Hablad;
Y si á mi poder no excede...
Pedro. ¿Qué ardor, qué virtud no puede
Inspirar esa beldad?
Sol. Aun no os comprendo... explicad...
Pedro. ¿Qué le importa al justador
La noble liza hollar fiero?
¿Qué le importa su valor,
Ni del pecho en derredor
Un muro tener de acero?
Si allá en el alto balcon
No hay un solo corazon
Que, atento á su noble empresa,
Con tierna palpitacion,
Por su triunfo se interesa;
Si entre tantos ojos bellos,
Ninguno afable le mira,
Y al contemplar sus destellos,
No puede beber en ellos
El ardor que aliento inspira;
Si la impresion dulce, blanda,
Junto al pecho enamorado
No siente de flor ó banda,
Don del objeto adorado,
Que amor y entusiasmo manda.
Sol. ¿Quién que no existe asegura
Ese corazon que os ame,
Ni esa prenda de ternura,
Ni ese mirar que derrame
En vos aliento y bravura?
Acaso entre las hermosas
Que luego justar os miren
Mil hallareis que suspiren,
Mil que penen silenciosas,
Y amantes por vos deliren.
Pedro. Y ¿qué me importa su amor?
Mi alma á todas las detesta,
Si, despreciando mi ardor,
Una sola con rigor
A mi fiel pasion contesta.
A una sola amar me es dado,
Y una que me adore quiero:
Responda á mi amor sincero,
Y entonces, afortunado,
Mas que me odie el mundo entero.
Sol. ¡Cómo...! ¿Amais?
Pedro. Sin esperanza,
Sol. ¡Sin esperanza! ¿Por qué?
Pedro. Porque el deseo llevé
Do mi fortuna no alcanza.
Sol. ¿Os desprecia?
Pedro. No lo sé.
Sol. ¿Vuestro amor acaso ignora?
Pedro. Sus fieros rigores temo.
Sol. Sois cobarde con extremo.
Pedro. Es ley de quien bien adora.
Sol. Amor, cual númen supremo,
Vence imposibles tal vez.
Pedro. ¡Ah! sí... Decid que piadosa,
Deponiendo la altivez,

No abrigará su alma hermosa
Ni rigores, ni esquivez:
Decid que oirá mis querellas
Con benigna compasion,
Y por dulce galardon,
Dejará á sus plantas bellas
Que ponga mi corazon.
Decid me ha de permitir
Que cuando la lid me llame
Su nombre adorado aclame,
Y ese nombre, al combatir,
De invencible ardor me inflame.
Sol. Sí, sí, don Pedro, alentad,
Sed su noble caballero,
Por ella á la lid marchad,
Esgrimid el fuerte acero,
Y la victoria alcanzad.
Si á vuestros golpes zozobra
El poder de los infieles,
Y España su honor recobra,
Al mirar vuestros laureles
Dirá ufana: Esa es mi obra;
Y cuando el carro triunfal
Mire desde sus ventanas,
Premiando ese ardor marcial,
Hará su lecho nupcial
Con banderas musulmanas.
Pedro. ¿Qué escucho? ¡O dicha! ¡O placer!
¿Vos aprobais mi ternura?
¿No es un sueño? ¿No es locura?
¡Ah! me siento fallecer
De entusiasmo y de ventura.
Sol. Calmad, don Pedro, ese ardor:
¿Qué vale el que yo lo apruebe?
Solo, tal vez por error,
He supuesto aquí el amor
Que otro pecho abrigar debe.
Pedro. ¡Otro pecho! ¿Así, señora,
Desvaneceis mi ilusion?
Halagabais mi pasion,
Y ¡cuál con daga traidora
Desgarrais mi corazon!
¿No han dicho mis ojos ya
Quién amo, por quién deliro?
Mi voz, con hondo suspiro,
¿Publicándolo no está,
Y hasta el aire que respiro?
¿Pensais que do sin rival
Vuestra hermosura descuella,
Puedo hallar otra mas bella,
Ni en mi ceguedad fatal,
Querer, ansiar sino es ella?
Sol. ¡Cómo...! ¿Qué decís...? ¿Soy yo...?
Pedro. Castigad mi atrevimiento
Si este amor os ofendió.
Sol. ¡Ofenderme...! no... eso no.
Pedro. ¿Qué no, respondeis...? Ya aliento.
Colmad mi felicidad.
Sol. ¿Yo... don Pedro...? ¿De qué modo...?
Mi padre viene... Tomad...
Esta banda os dice todo...
Id, y por mí pelead.
(*Se quita una banda que lleva al pecho y se la da. Vase.*)

ESCENA V.

DON PEDRO, LUEGO DON JUAN.

Pedro. ¡Esta banda...! ¡O gozo...! ¡Me ama!
¡Me ama...! No hay duda... No es sueño,
No es ilusion... Banda hermosa,
Ven, cubre mi amante pecho:
Tú le harás invulnerable
A los golpes del acero.
Juan. (Los dos estaban aquí... (*Aparte.*)
Sí, mi hija es la que va huyendo...
Esa banda suya es...
¿Se amarán? Disimulemos.)
De gozo miro brillar (*Alto.*)
Vuestro semblante, don Pedro;
Y el fuego que arde en los ojos
Revela el fuerte guerrero.
Pedro. Don Juan, digno de mi padre
En todo mostrarme anhelo;
É igualaré su valor
Cuando no sus altos hechos.
Juan. La justa os aguarda ya:
Marchad; que en lances como estos,
Quien de valiente blasona
Debe acudir el primero. (*Vase don Pedro.*)

ESCENA VI.

DON JUAN, LUEGO ABEN-SAID.

Juan. Vé, gózate por ahora
En tus ilusiones, necio;
Halaguen tu pecho altivo
Esos soñados trofeos,
Mientras en tu padre, en tí,
Descargo el golpe tremendo.
Pero Aben-Said espera:
De introducirle ya es tiempo.
(*Abre una puerta secreta y sale Aben-Said.*)
Ven... Solo me encuentro ya;
Entra, Aben-Said, sin miedo.
Said. ¿Nadie nos escucha?
Juan. Nadie.
Said. ¿Y esas puertas?
Juan. Ya las cierro.
(*Cierra las dos puertas laterales.*)
Puedes hablar.
Said. ¿Y Guzman?
Juan. No abriga el menor recelo.

Said. ¿Qué ruido es ese que se oye?
Juan. Que á la justa acude el pueblo.
Said. ¿Y si á buscarte vinieren?
Juan. Por esa puerta al momento
Huirás.
Said. ¿No pueden abrirla?
Juan. Yo sé solo este secreto.
Said. Bien está.
Juan. ¿Nadie te ha visto?
Said. No.
Juan. Ese traje...
Said. Con él puedo
Por do quiera discurrir
En esta ciudad sin riesgo:
No ha dos años que los moros
Eran de Tarifa dueños,
Y en ella hay mil que se adornan
Con el turbante agareno.
Juan. Y bien, noble Aben-Said,
De Africa el monarca excelso,
El poderoso Jacob,
¿Conoce ya mis deseos?
Said. Los conoce.
Juan. ¿Y qué resuelve?
Said. Apoyando tus intentos,
Ya ejército numeroso
Ha traspasado el estrecho,
Y tal vez en este dia
A Tarifa ponga cerco.
Juan. Lo sabemos; y Guzman
Está al combate dispuesto.
Said. ¿Piensa acaso resistir?
Juan. Y rechazar el asedio.
Said. ¿No cuenta nuestros soldados?
Juan. Le ciega el atrevimiento.
Said. Inmenso es nuestro poder.
Juan. Él tiene valor y esfuerzo.
Said. Tarifa sucumbirá.
Juan. Por la fuerza no lo creo.
Said. Pues ¿cómo?
Juan. La astucia: no hay
Para rendirla otro medio.
Said. ¿Estás dispuesto á emplearla?
Juan. A emplearla estoy dispuesto.
Said. Eso Jacob de tí espera.
Juan. Mas ¿cuál ha de ser el premio?
Said. Si le entregas esta plaza,
Si sus huestes conduciendo,
Hasta el Betis caudaloso
Extiendes su vasto imperio,
Tuyos serán de Leon
Y de Castilla los reinos.
Juan. Acepto, y á mi palabra
Quiero siga el cumplimiento.
Entregada á mi cuidado
La puerta de tierra tengo:
Mañana cuando la noche
Extienda su oscuro velo,
Con sigilo la abriré;
Vosotros estad dispuestos;
Y al mirar lucir en ella
De débil luz los reflejos,
Acudid, que sin combate
El castillo será vuestro.
Said. ¿Eso, don Juan, nos prometes?
Juan. Esto, Aben-Said, prometo.
Said. Pues llevo tan feliz nueva
Al caudillo sarraceno.
A mañana. Alá te guarde.
Juan. A Dios... Prudencia y secreto.
(*Vase Aben-Said por la puerta secreta*)
Juan. Al fin, logrados veré (*Solo.*)
Mis ambiciosos deseos.
Mas vamos pronto á la justa
Antes que adviertan...
(*Abre la puerta y retroced eviendo llegar á Guzman.*)
¿Qué veo?
Guzman se dirige aquí.
¡Cuán alterado aquel pliego
Leyendo viene...! Me ha visto...
¡Qué miradas...! Esperemos.

ESCENA VII.

DON JUAN, GUZMAN.

Guzm. ¿Vos aquí, señor infante?
Juan. ¿A qué tanta admiracion?
Guzm. ¡Retirado y solo estais
Cuando todo en derredor,
De ver tan brillantes fiestas
Aprovecha la ocasion!
¿No quereis, señor, honrarlas?
Juan. El honrado fuera yo;
Mas no es de extrañar las deje
Pues tambien las dejais vos,
Vos, Guzman, cuya presencia
Les diera tanto esplendor.
Guzm. La sangre de nuestros reyes
Ilustra vuestro blason,
Y mal puedo donde esteis
Oscureceros, señor.
Demás, que justos cuidados
Reclaman hoy mi atencion,
Y cuando me habla el deber
Tan solo escucho su voz.
Juan. ¿Temeis por dicha, Guzman,
El nuevo asedio?
Guzm. Eso no;
Que jamás ante el peligro
Desmaya mi corazon.
Todo en buena y noble lid
Lo espero de mi valor;
Mas do la espada no alcanza
Llega tal vez la traicion.

Juan. ¡La traicion!
Guzm. ¿Os asombrais?
Razon teneis, vive Dios;
Y yo me asombro tambien
Al mirar algun traidor.
Juan. ¿Acaso habeis descubierto...?
Guzm. No... nada... es suposicion.
Mas ya que solos estamos,
Pediros quiero un favor.
Juan. Hablad.
Guzm. Lo veis: aunque fuertes,
Pocos los soldados son
Que encierra esta débil plaza
Do en defensa de su Dios,
Mas que trofeos, esperan
De mártires el honor.
Que nosotros perezcamos
Tal es nuestra obligacion;
Mas ¡vos, hermano del rey,
Su inmediato sucesor...!
No, jamás desdicha tanta
Consentir pudiera yo.
Juan. En verdad, buen don Alonso,
Pasmado oyéndoos estoy;
Y ¿á qué ese extraño discurso
Se dirige en conclusion?
Guzm. ¿Necesitaré decirlo?
¿Tan poco entendido sois?
Juan. ¿Quereis salga de Tarifa?
Guzm. Eso espero.
Juan. Guzman, no.
Guzm. Es forzoso.
Juan. ¿Quién lo manda?
Guzm. De Tarifa alcaide soy.
Juan. Y yo infante.
Guzm. En otro sitio
Seré vuestro servidor;
Mas aquí reemplazo al rey:
¿Quién es mas, el rey ó vos?
Juan. Os comprendo, don Alonso:
No oculteis vuestra intencion.
De traidor antes el nombre
Vuestra lengua pronunció:
¿Soy ese traidor acaso?
Guzm. Vos lo sabreis si lo sois.
Juan. ¿Pensais...?
Guzm. Lo que vos pensáreis,
Eso, don Juan, pienso yo.
Juan. Explicaos.
Guzm. Es inútil:
Dispensadme ese rubor.
Juan. Vive el cielo, tal injuria...
Explicaos, ó sino...
Guzm. ¿Lo quereis? — Ved esta carta.
Juan. Y bien, ¿qué?
Guzm. Noticias son
De Fez... Un secreto amigo,
Privado de Aben-Jacob,
Me avisa que cauteloso
Aquí nos vende un traidor.
¿Quereis ahora que os diga,
Aquí para entre los dos,
Quién es?
Juan. Alguna calumnia.
Guzm. Vos sois, don Juan.
Juan. ¿Yo?
Guzm. Sí, vos.
Juan. ¡Yo!
Guzm. Si no lo declarara
La carta, esa turbacion,
Ese rubor, esos ojos
Lo dijeran.
Juan. ¡O furor!
Y ¿porque un moro lo diga...?
Guzm. No lo dice él solo, no.
Juan. ¿Quién mas?
Guzm. Colocad la mano,
Don Juan, en el corazon:
Recordad los hechos vuestros:
Ese es vuestro acusador.
Juan. A un infante de Castilla
¿Así hablais con torpe voz?
Guzm. Por ser hermano del rey
Así os hablo, que sino
Ya estuviérais á estas horas
Colgado de aquel balcon.
Juan. ¡Que sufra tal insolencia!
Guzm. ¿Saldreis, en fin?
Juan. ¿Cuándo?
Guzm. Hoy.
Juan. Y ¿no temeis mi venganza?
Guzm. Cumpla con mi obligacion,
Y lo que fuera despues
Allá lo dispondrá Dios.

ESCENA VIII.

DICHOS, DON PEDRO.

Pedro. Padre, á las armas: se acerca
(*Acudiendo apresurado.*)
De la ansiada lid la hora.
Por el lejano horizonte
La hueste enemiga asoma:
Entre el polvo que levanta
Su marcha atrevida y pronta,
Con la luz del sol heridas
Brillan sus lucientes cotas,
Y en alas del viento llega
El ronco son de sus trompas.
Nuestros guerreros llevando
En sus ojos la victoria,
Cual si fuesen á un festin
El alto muro coronan;
Y allí con gritos de guerra
Al odiado infiel provocan,

Blandiendo con fuerte mano
Las espadas cortadoras.
Venid, que para vencer
Vuestra vista aguardan sola.

Guzm. Bien, me agrada ese ardimiento:
Nunca yo esperé otra cosa:
Cada dia de batalla
Un dia será de gloria.
(*Se oye á lo lejos un rumor que se va acercando por grados.*)
Mas ¿qué rumor...?

Pedro. Son las voces
Que el entusiasmo denotan
Con que corren ardorosos...

Guzm. No... la causa ha de ser otra...
Silencio... ¿Oís...? Muera, dicen.

Juan. ¡Muera!

Guzm. Sí.
(*Abre un balcon y miran.*)
Mirad... furiosa,
La plebe aquí se encamina...
Arrastra á un hombre... Sus rotas
Vestiduras manifiestan
Que es un moro.

Juan. ¡Un moro!

Guzm. Y ¿osan...?

Juan. ¿Será acaso Aben-Said? (*Aparte.*)

Guzm. (¡Oh! ¡cuál su faz se trastorna!
(*Aparte observando á don Juan.*)
¡Qué sospecha!)—Pronto... vamos... (*Alto.*)
Sepamos quién ocasiona...

ESCENA IX.

Dichos, Doña SOL.

Sol. ¡Ah! padre, os encuentro al fin:
Huid, huid sin demora;
Que el alborotado pueblo
Vuestra vida, en su ira loca,
Viene pidiendo.

Juan. ¡Mi vida!

Pedro. ¡Cielos!

Guzm. ¿Qué decís?

Juan. Me ahoga
La rabia.

Sol. Que muera dicen
Con furor mil y mil bocas.
Salvadle... ¡Cielos...! Ya suben...
¡Ay! una hija os implora...
Defendedle.

Pedro. Os lo prometo.

Guzm. Nada temais, Sol hermosa.
¿Quién podrá donde yo mando
Atreverse á su persona?

ESCENA X.

Dichos, NUÑO, Soldados, Pueblo.

Nuño. Aquí está... miradle... á él.

Pueblo. ¡Muera el traidor!

Pedro. Si alguien osa...
(*Desnudando la espada y colocándose delante de don Juan.*)

Guzm. Tened.

Nuño. Dejad que llevemos
Ese infame á la picota...

Guzm. ¡Nuño!

Nuño. Señor...

Guzm. Y ¿te atreves...?

Nuño. Es que... se ven tales cosas...
Señor, os lo tengo dicho:
Aquí se arman mil tramoyas;
Y ese traidor...

Guzm. ¡El infante!

Nuño. El infante... ¿Qué me importa?
Aun al lucero del alba,
Sin andarme en mas retóricas,
Si le hallo en un mal fregado,
Le colgaré de una horca.

Guzm. Pero ¿qué...?

Nuño. Que yendo al muro
Topé de manos á boca
Con cierto moro de Fez
Aun mas traidor que Mahoma.
Quiere escapar... le detengo...
Viene gente... le interrogan...
Se turba... declara al fin...
Lo que yo decia, ¡toma!
Que para entregar la plaza
Ese traidor que deshonra
Su sangre, ese nuevo Dolfos,
Aun mas vil que el de Zamora,
Se ha vendido al marroquí.

Juan. Miente.

Nuño. No: que muchas otras
Habeis hecho.

Guzm. Nuño, basta:
Reportaos. ¿No os sonroja
Así sospechar de un noble
A quien sangre real abona?
Por solo el dicho de un moro
¿Creereis que tan fea nota
Eche en su fama un guerrero
Que hermano del rey se nombra?
No, no: sabed que don Juan
Marcha de Tarifa ahora
A pedir al rey don Sancho
Que sin tardar nos socorra.
Conociendo él mismo ha poco
Cuánto este socorro importa,
Ir se ofrecia á Sevilla
Con riesgo de su persona.

¿No es verdad, don Juan?
Juan. Mas yo...
Guzm. Si vivir os acomoda,
(*Bajo y con energía á don Juan.*)
Decid, infante, que sí;
Pues de otra suerte os ahorcan.
Juan. Así es... Compartir queria
Con vos la muerte ó la gloria;
Mas imperioso deber
Hoy me aleja de esta costa,
Y solo porque así os sirvo
Mi alma con él se conforma.
Marcho hora mismo.
Sol. ¡Dios mio, (*Aparte.*)
Lejos de él!
Pedro. ¡Ah! ¡me la roban! (*Aparte.*)
Nuño. Con todo, mejor seria (*Aparte.*)
Meterle en una mazmorra.
Juan. Ven, hija. (*A doña Sol.*)
Pedro. Sol, ¿me dejais? (*Bajo.*)
Sol. Es separacion forzosa. (*Lo mismo.*)
Juan. Quedad con Dios.
Guzm. Él, don Juan,
Os guarde.
Nuño. Bajo una losa. (*Aparte.*)

ESCENA XI.

GUZMAN, Don PEDRO, NUÑO, Soldados, Pueblo.

(*Oyense á lo lejos clarines que tocan al arma.*)

Guzm. ¿Oís, soldados? La sonora trompa
Ya nos llama á la lid: corramos luego,
Y alarde haciendo de guerrera pompa,
Al brazo no hay que dar paz ni sosiego:
Pechos infieles nuestra espada rompa,
Sus tiendas de oro y seda trague el fuego,
Y véannos trocar la mar cercana
En otra mar de sangre musulmana.
No os asusten los fieros escuadrones
Que en torno al muro su furor ostentan,
Que al número no atienden los leones
Cuando en débil rebaño se ensangrientan:
Siempre los esforzados corazones
Sus contrarios combaten, no los cuentan:
Seguidme; y descargando golpes ciertos,
Los contareis mejor despues de muertos.
¿Españoles no sois? pues sois valientes;
A fuer de castellanos sois leales:
Ni al peligro jamás volveis las frentes,
Ni os pueden abatir hados fatales:
Antes que aquí rendidos, hoy las gentes
Verán vuestros honrosos funerales,
Renovando con ínclita constancia
Las glorias de Sagunto y de Numancia.
Sí, castellanos: si el rigor del cielo
Negase á nuestras armas la victoria,
En el trance fatal, para consuelo,
Nos queda siempre de morir la gloria.
Guarde este ardiente ensangrentado suelo
De Tarifa tan solo la memoria,
Y conquiste el Alárabe entre asombros
Montones de cadáveres y escombros.
Pero no, no será: ya vuestros ojos
En sacrosanta llama ardiendo veo,
Y alzar vuestras espadas con despojos
En estos muros inmortal trofeo:
Dejándolos do quier con sangre rojos,
El moro llore este fatal bloqueo;
Y estrechado entre el mar y nuestras lanzas,
Completen hierro y mar nuestras venganzas.
Venid, que desde el alto firmamento,
El Dios por quien lidiamos ya nos mira,
Y dando á nuestras almas ardimiento,
Lanza al infiel los rayos de su ira.
Nuestras hazañas, desde el regio asiento,
Con nobles premios, el monarca admira.
¡Feliz quien por los dos su sangre vierte!
¡A morir ó vencer!
Todos. ¡Victoria ó muerte!

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el primer acto.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, Doña MARIA.

María. No vuelve, ¡ay cielos! no vuelve.
¡Madre infelice!
Guzm. Calmaos:
Mostrad, por Dios, fortaleza,
Y reprimid ese llanto.
María. ¡Reprimir el llanto! ¡Yo!
¡Una madre! Al hijo amado
Pierdo, y quereis... ¡Ah! vosotros,
Hombres de hierro, gozaos
En la sangre; ved morir
Sin duelo á hijos, hermanos;
Pero al menos á las madres
Dejadnos llorar, dejadnos.
Guzm. A par de vos tambien siento
Mi corazon destrozado,
Y no es menos mi dolor
Porque lo sufro y lo callo.
Pero ¿somos por ventura
Los únicos que en el campo,

Combatiendo por la patria
Perdieron los hijos caros?
Mil hay, sí, que cual nosotros
Sienten los golpes infaustos
De la guerra, mil que lloran,
Y lo ocultan sin embargo.
¿Quereis que en lágrimas viles
Muestre los ojos bañados,
Y en Tarifa de flaqueza
El infame ejemplo dando,
Con lamentos importunos
Siembre do quiera el desmayo?
¿Quereis que al mirarme caigan
Las espadas de las manos,
Y tantos fuertes guerreros
Convierta en viles esclavos?
No, señora, no.
María. ¡Qué bien
Que discurre un inhumano!
¡Qué bien se encuentran pretextos
Cuando un corazon de mármol
Disculpa lo que no siente
Con esos deberes vanos!
Mas soy madre: mi dolor
Es legítimo, sagrado:
Dad vos el hijo al olvido,
Mi obligacion es llorarlo.
Guzm. Llorad, pues; mas ocultad
El lloro en este palacio.
Yo tambien, luego que tienda
La noche el oscuro manto,
A solas aquí con vos
Daré á mis lágrimas vado:
Sin que nadie aquí lo sienta
En vuestro seno llorando,
Vereis que tambien es padre
Este rústico soldado.
Pero ¿qué digo? Tal vez
Sin razon nos alarmamos.
Novel guerrero, don Pedro
Por su audacia arrebatado,
Dió rienda al bridon fogoso
Persiguiendo al africano:
Pronto volverá, sin duda,
Ceñido de noble lauro,
En puro y sublime gozo
Esas lágrimas trocando.
Ya Nuño salió en su busca:
Demos treguas al quebranto;
Que sin tener nuevas de él
No volverá el buen anciano.
Mas ¿qué miro...? El es... ¡Ay...! ¡Solo!
Dadme valor, cielo santo.

ESCENA II.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS.

Guzm. ¿Y bien, Nuño? [blad...
María. Y ¿mi hijo...? Ha-
¡Mi hijo...! ¿Qué es de él?
Nuño. ¡Voto al diablo!
No lo sé.
Guzm. ¿No lo sabeis?
María. Murió... murió... ¡desdichado!
Nuño. Tanto como eso no creo;
Pero...
Guzm. Acabad.
Nuño. Todo el campo
He recorrido... Busqué
Su cadáver... ¡qué...! ni rastro.
Nada: ni vivo, ni muerto,
Se le halla por ningun lado.
María. ¡Dios mio!
Guzm. Pues, ¿dónde...?
Nuño. ¿Dónde?
Vive Dios, mucho me engaño,
O está...
Guzm. Decid.
Nuño. Prisionero.
Guzm. ¡Prisionero!
Nuño. Sí.
María. Pues vamos,
Vamos al campo enemigo,
Pronto, pronto, á rescatarlo.
Mis tesoros, mis preseas,
Cuanto tengo, al africano,
Si al hijo mio me vuelve,
Prometo dar... No perdamos
Tiempo, venid.
Nuño. ¡Qué ocurrencia!
¿Por ventura es necesario...?
Guzm. Sí, Nuño, sí... Marchad vos,
Os doy este dulce encargo.
Id, y ofreced cuanto pida
Al caudillo mahometano.
Nuño. ¡Ir yo con esa embajada!
A la postre de mis años
¿Rescatar con el dinero
Lo que puedo á cintarazos?
No, señor: ¡bueno seria,
Teniendo acero en las manos!
Dejadme á mí... yo sabré...
Guzm. ¿Qué intentais?
Nuño. ¡Toma! está claro:
Si al chico nos quitó el moro,
De sus garras arrancarlo.
¡Pues cabalmente me pinto
Yo solo para estos casos!
Voy esta noche á sus tiendas,
Entro en ellas por asalto,
Pego á diestro y á siniestro,

A este hiero, á este otro mato,
Y queda antes que amanezca
El negocio despachado.
Guzm. O mas bien perecereis.
Nuño. Que perezca: ¡vaya un daño!
Mejor: así como así
Me estará bien empleado.
Porque yo tengo la culpa:
Yo le levanté de cascos,
Diciéndole: « Vamos, hijo,
A ellos, ya llegó el caso:
Aquí se ha de ver á un hombre.
¡Castilla y viva Santiago! »
Y él, que no lo necesita,
Echó á correr como un rayo.
¡Eso sí, voto va brios,
Qué valiente, qué bizarro!
Como que atrás me quedé,
Y ya no le ví... Y ¡dejarle
He podido en la estacada!
Y ¡sin él vivo he tornado!
No tengo honor ni vergüenza
Si hoy libre aquí no os le traigo.
Voy... Mas ¿qué veo...? ¿No es él?
Guzm. ¿Quién?
María. ¡Mi hijo!
Guzm. Sí... Apresurado
Corre hácia aquí.
María. Sí... sí... él es.
Guzm. Gracias, cielos soberanos.

ESCENA III.

DICHOS, DON PEDRO, SOLDADOS.

María. ¡Hijo!
Pedro. ¡Madre!
Guzm. ¡Amado Pedro!
Pedro. ¡Padre querido!
Nuño. Un abrazo.
Pedro. ¡Nuño!
María. ¡Al fin, te vuelvo á ver!
¡Ah! ¿por qué has tardado tanto?
¿Estás herido?
Pedro. No, madre.
María. Ven otra vez á mis brazos.
No le hemos perdido, no.
Vedle... aquí está... ya le hallamos.
¿Lo ves, Nuño?
Nuño. Sí, ya veo
Que buen susto nos ha dado.
María. ¡Hacernos así penar!
¿Dónde te hallabas, ingrato?
¿No pensabas en tu madre?
Pedro. ¡Ay! harto pensaba.
Nuño. ¡Bravo!
Don Pedro, por la primera,
Como un Cid habeis lidiado.
Guzm. Mas de lo que es menester;
Pues buen guerrero no llamo
Al que en la lid no reune
Lo prudente á lo esforzado.
Nuño. Y ¿quién diablos, si es valiente,
Se contiene peleando?
Guzm. Otra vez en la batalla
Vendreis, don Pedro, á mi lado.
Mas hora habreis menester
Entregaros al descanso.
Venid.
Pedro. No puedo.
María. ¿No puedes?
Pedro. Hoy mismo, señor, me marcho.
María. ¿Te marchas?
Guzm. ¿Dónde?
Pedro. Señor...
No me atrevo á pronunciarlo.
Guzm. Pues ¿qué sucede?
María. Di pronto.
Pedro. Si os he vuelto á ver, si os hablo,
Lo debo, señor, tan solo
A la piedad del contrario.
Guzm. ¡A su piedad!
María. ¿Cómo?
Pedro. En mí
Ved á un miserable esclavo.
Guzm. Pues qué, ¿acaso prisionero...?
Pedro. Sí.
María. ¡Dios mio!
Guzm. ¡Desgraciado!
Nuño. ¿No lo dije?
Pedro. En la refriega
Cayó muerto mi caballo.
Entonces de la morisma
Por todas partes cercado,
Contra tantos enemigos
Procuro lidiar en vano.
Rota en mil trozos la adarga,
Y rodando en tierra el casco,
Sobre mi frente desnuda
Ví cien alfanjes alzados.
Un moro me reconoce,
Y grita al punto: « Apartaos;
Respetad á este guerrero,
Pues le defiendo y le guardo. »
Era Aben-Comat, á quien
En dias menos aciagos
Con vos, despues de vencido,
Unió de amistad el lazo.
Mas llega el caudillo moro:
« Eres mi esclavo, cristiano, »
Dice, y al punto me cercan,
Y mírome desarmado.
Sabiendo quien soy, pretende
Hora entrar con vos en tratos
Sobre mi rescate, y tiene
Aben-Comat este encargo.

Al pié del muro se encuentra
Vuestro seguro esperando.
Guzm. ¡Aben-Comat! Venga luego.
Id... traedle... ya le aguardo.
(*Vase un soldado.*)
Pedro. A su sincera amistad
Debo el placer de abrazaros;
Pues que aquí le acompañara
Del jefe Amir ha alcanzado,
Mi palabra de volver
Cuando él regrese empeñando.
María. ¡O Dios! y ¿nos dejarás?
Pedro. Lo manda el honor sagrado.
María. ¡Ah! nunca consentiré...
Guzm. Cese ya tu sobresalto,
María, nada receles,
Pues hoy será rescatado.
Si el oro apetece Amir,
Le daré tesoros tantos,
Que pueda igualar con ellos
La pompa de un soberano.
Pedro. Amir en el campo moro
Menos, señor, manda acaso,
Que un traidor, baldon de España,
Que está su estirpe infamando.
Guzm. ¿Quién es?
Pedro. ¡Don Juan!
Guzm. ¡El infante!
Pedro. De aquí viéndose arrojado,
Ha ofrecido al musulman
El apoyo de su brazo.
Nuño. ¿No lo dije...? Si su cara
De Judas es el retrato.
¡Qué poco nos venderia
Si le hubiéramos ahorcado!
Guzm. Suya la infamia será;
Yo cumplí cual buen vasallo.
Pedro. A par del caudillo Amir,
Por los moros acatado,
Alzar le ví mas que nunca
La frente, orgulloso y vano.
Brilló al mirarme cautivo
Feroz sonrisa en sus labios,
Y retrataban los ojos
Su corazon inhumano.
María. ¡Ah! Me estremece.
Guzm. Se acerca
Aben-Comat: sosegaos.

ESCENA IV.

DICHOS, ABEN-COMAT.

Comat. Salud, noble Guzman.
Guzm. Dame los brazos,
Generoso Comat.
Comat. Dios solo es grande:
Él te proteja, castellano insigne.
Guzm. ¡Cuán dulce á mi amistad es estrecharte
Sobre este corazon! Tú solo, amigo,
La memoria de Fez grata me haces:
De los lazos que allí con vil perfidia
Me tendiera un traidor, tú me libraste;
Y hoy deteniendo los mortales golpes,
La prenda de su amor vuelves á un padre.
Gratitud para siempre.
Comat. Amistad santa
Nuestras almas, Guzman, por siempre enlace.
María. Permite, Aben-Comat, que agradecida
Bese tus plantas una triste madre.
Comat. ¿Qué haceis...? ¡Ah! levantad... Eso, señora,
Mas bien que agradecer, es humillarme.
Nuño. ¡Bien!
Comat. Pero ¡Nuño aquí...! Valiente anciano,
¿No te acuerdas de mí?
Nuño. Moro del diantre,
Mas de lo que quisiera.
Comat. ¿Siempre guardas
A los mios rencor?
Nuño. Sí, ¡voto á sanes!
Solamente á tí no.
Comat. La mano.
Nuño. Toma.
(Lástima que este moro no se salve.)
(*Aparte.*)
Guzm. Y bien, Aben-Comat, di tu embajada.
Si á proponerme vienes el rescate
Del hijo que idolatro, hablar ya puedes.
Estados tengo que señor me llamen,
Ricos tesoros en mis arcas guardo
Que á comprar todo un reino son bastantes:
Si Amir los apetece, suyos sean;
Pues mientras este acero no me falte,
Y existan en España pueblos moros,
Riquezas, vive Dios, no han de faltarme.
Comat. No exige tanto Amir: antes desea
Que esos estados y tesoros guardes.
Al hijo te dará, y á par, si quieres,
Con él nuevos estados y caudales,
Que en Africa encumbrando tu fortuna,
A los mas altos príncipes te igualen.
Una cosa no mas pide.
Guzm. ¿Cuál? Dila.
Comat. Que el fuerte de Tarifa has de entregarle.
Guzm. ¡Yo entregar á Tarifa!
María. ¡O Dios!
Nuño. ¡Infamia!
Pedro. ¿Eso á Guzman propones, miserable?
Guzm. Dale gracias, Comat, al ser mi amigo,

Y á que el seguro que te dí te ampare;
Pues nadie osara hacerme tal propuesta,
Sin que la torpe lengua le arrancase.
Comat. Modera ese furor, Guzman, y advierte... [marme.
Guzm. Solo advierto que quieres infa-
¡Tú proponerme á mí...! ¿No me conoces?
¿Qué hicieras tú, si en mi lugar te hallases?
Comat. ¿Yo...? Dejemos inútiles pre-
¿Puedo acaso saber...? [guntas.
Guzm. Harto lo sabes;
Y que, cual yo rehuso, rehusaras,
Diciendo está el rubor de tu semblante.
Comat. Solo de quien me envia los mandatos
Fiel debo aquí cumplir, y sin exámen.
Guzm. Pues lleva á quien te envia, por respuesta,
Que, cual cumple á mi gloria y á mi sangre,
Para entrar en Tarifa ha de servirle
De sangriento camino mi cadáver;
Y que sus condiciones yo desprecio,
Como tambien desprecio á quien las hace.
Comat. Piénsalo bien, Guzman : tuya es Tarifa;
Tú solo con valor la conquistaste;
Hora con tus tesoros la sostienes,
La defienden tus deudos y parciales :
Nada á tu rey le debes.
Guzm. Ten la lengua;
Que no discurren tanto los leales.
A Tarifa guardar juré en su nombre,
Y nunca hombres cual yo juran en balde.
Comat. ¡Ah! duélate el destino que le espera
En Africa á tu hijo. ¿Que allí arrastre
La vil cadena dejarás que á un tiempo
Sus fuerzas mengüe y su deshonra labre?
Mientras en la abundancia aquí te goces,
¿Que sufra dejarás la sed, el hambre,
Y lejos de su patria acaso encuentre
Temprana sepultura entre arenales? [mio
Guzm. Moro, como quien es, al hijo
En Africa yo espero se le trate. [que apuren
Pedro. Y ¿qué importa, señor? Dejad
Esas fieras en mí sus crüeldades.
Trátase del honor, de patria y gloria,
¿Y en mi triste existir puede pensarse?
Un inútil guerrero que sin fuerzas
Rendir se deja en el primer combate,
¿Con la suerte de un reino osara acaso
Ponerse en parangon un solo instante?
No, no, jamás... Señor, á vuestro hijo
Ya no mireis en mí... Soy un infame,
Un vil esclavo soy... Mi cobardía
Con la cadena vil justo es que pague;
Y en tamaño baldon, no pertenezco
A la sangre inmortal de los Guzmanes.
María. ¿Qué dices, hijo? ¡O Dios!
Esta madre infeliz? [¿Quieres que muera
Pedro. Madre, dejadme :
No se quieren aquí lágrimas viles,
Se necesitan pechos indomables.
¿Tarifa ha menester mi sacrificio?
Mi sacrificio, pues, no se retarde.
María. ¡Ah! [mis brazos :
Guzm. Bien, hijo, muy bien... Ven á
Eres digno de mí, eres mi sangre.
Lo ves, Aben-Comat; puedes la infamia
A otra parte llevar, que aquí no cabe.
Comat. Ilusos, delirais. ¿Pensais acaso
Que ni aun así Tarifa ha de salvarse?
¡Perdeis por ella libertad y vida!
¿Para qué, si es su ruina inevitable?
Mirad esas legiones que la asedian;
Pequeña muestra son de las falanges
Que pueden, cual torrente irresistible,
Sobre España lanzar los Almohádes.
Ya se congregan en inmensas huestes
Los hijos del desierto : ya el alfanje
Desnudan vengador cuantos respiran
Desde el fecundo Nilo hasta el Atlante;
Y tantos son, que con las flechas pueden
Oscurecer el dia sus enjambres.
Contra tanto poder ¿Tarifa acaso
Espera resistir? Espera en balde.
Caerá, logrando solo entre sus ruinas
Sus necios defensores sepultarse. [cayendo,
Guzm. Mas caerá con honor; pero
Nuestra fama y virtud serán mas grandes.
No es la gloria tan solo del que vence,
Éslo tambien del que lidió constante;
Y tal vez sobre ruinas, mas lozanas
Suelen crecer las palmas inmortales.
Tambien cayó Numancia : en sus escombros
Las alas tendió el águila triunfante;
Mas solo allí vergüenza alcanzó Roma,
Y Numancia es honor de las edades.
¿Piensas que nuestros pechos amedrentas
De ese inmenso poder haciendo alarde?
Moro, te engañas : españoles somos,
Que do mas riesgos hay, menos se abaten:
Su muerte cierta ven, y no desmayan;
Pueden vencidos ser, mas no cobardes;
Y siempre superiores al destino, [saben.
Lauros, donde otros mengua, encontrar
Comat. ¿Luego hoy tus esperanzas llegan solo
A perecer con gloria en el combate?
Guzm. No, que aspiro á vencer. Dios por quien lidio
Me prestará la fuerza que me falte;
Y dispuesto á morir, la palma aguardo.
De tus inmensas huestes no te jactes.
¿Ves los pocos guerreros que me cercan?
Del triunfo en la esperanza todos arden;

Y ser un héroe cada cual creyendo,
De los tuyos por mil piensa que vale.
Comat. Guzman, te admiro, aunque á
Tu ceguedad funesta. [la par me duele
Guzm. No te canses;
Que esto exige mi honor, y esto resuelvo.
Vuélvete, Aben-Comat, á tus reales,
Y lleva á tu caudillo mi respuesta.
Nuño, le seguirás; y del rescate
Tratarás con Amir: cuantos tesoros
Hoy tengo en mi poder, ofrezco darle;
Pero si mis ofertas despreciando,
A devolverme el hijo se negase,
Si cual esclavo al Africa le lleva,
Del Africa yo mismo iré á sacarle. (*Vase.*)

ESCENA V.

DOÑA MARIA, DON PEDRO, ABEN-COMAT, NUÑO.

Comat. Oidme, doña María:
Si al hijo, prenda del alma,
Ansiais conservar, venced
Esa bárbara constancia.
Ved que peligra su vida.
María. ¡O Dios!
Pedro. ¿Qué decís?
Nuño. ¿Osarán...?
Comat. Mi intento ocultaros era
El riesgo que le amenaza;
Mas ya es preciso sepais...
María. Hablad: no me oculteis nada.
Comat. Don Juan en el campo moro
Cual dueño absoluto manda;
Y aun Amir, obedeciendo
Las leyes de su monarca,
Sus consejos, sin osar
Contradecirlos, acata.
Si al real vuelve don Pedro
Sin que Tarifa nos abra
Sus puertas, lo temo todo
De su implacable venganza:
En mi presencia ha jurado
Sacrificarlo á su rabia.
María. ¡Ah! lo hará... sí... le conozco:
Ninguna maldad le espanta.
Comat. Puesto que Guzman desoye
Mis amistosas palabras,
Probemos si vuestro llanto,
Si vuestros ruegos le ablandan.
Aprovechad los instantes
Que aun de estar aquí me faltan:
Ved que si llego á marchar,
Si don Pedro me acompaña,
Por mas que estorbarlo quiera
Mi amistad acrisolada,
Segará tal vez hoy mismo
Un cuchillo su garganta. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DOÑA MARIA, DON PEDRO, NUÑO.

María. ¿Qué dice...? ¡O cielos...!
El hijo de mis entrañas! [¡Morir
Y ¡yo lo consentiria!
Y ¡yo marchar le dejara!
No, no será, si primero
De mis brazos no le arrancan.
Pedro. Calmaos, madre.
Nuño. Señora...
María. Vamos, vamos sin tardanza,
No perdamos tiempo... Vea
Tu padre mi pena amarga...
Y tú tambien, Nuño, ven:
Vamos los dos á sus plantas.
No desoirá nuestros ruegos;
Y si estos ruegos no bastan,
Cuantas madres en Tarifa
Presencian hoy mi desgracia,
A nosotros se unirán
En triste llanto bañadas.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion que en los actos anteriores.

ESCENA PRIMERA.

NUÑO, ABEN-COMAT.

Comat. ¿Entró, por fin, doña Sol?
Nuño. Mi palabra te cumplí:
Con sigilo, cual deseas,
La acabo de introducir;
Y en una secreta estancia
Está no lejos de aquí.
Comat. Bien... ¿Nada sabrá Guzman?
Nuño. Nada. Mas ¿dirás al fin
Qué extraña venida es esta?
¿Qué es lo que quiere decir
Este misterio?
Comat. Tal vez
Se salve don Pedro así.
Prendado se halla hace tiempo
De ese bello serafin;
Y puesto que en mi mensaje

Tan poco dichoso fuí,
Amor con dos bellos ojos
Será acaso mas feliz.
Nuño. Pero ¿lo sabe don Juan?
Comat. Él lo quiere.
Nuño. ¡Malandrin!
Alguna nueva tramoya :
Me pesa ya consentir...
Comat. En que se hablen dos amantes
No hay peligro.
Nuño. A veces sí;
Y en cuanto don Juan dispone
Hay oculto algun ardid.
Comat. Bien... si temes...
Nuño. Ya ha venido;
Y es tan buena, tan gentil...
Trabajo cuesta el creerla
Hija de padre tan ruin :
No cabe en su corazon
Ningun pensamiento vil;
Ni en don Pedro mucho menos...
Con que pecho al agua, y...
Comat. Esta secreta entrevista
Debe, Nuño, decidir
Si habrá de volver don Pedro
Al campo del marroquí,
O bien quedarse ya libre
En Tarifa; y pues salir
Me es fuerza antes que se oculte
El sol, corre, y que por tí
No se pierda tiempo.
Nuño. ¿Al cabo
Te marchas?
Comat. Me anuncia Amir
Que al nuevo dia embarcarme
Me manda Jacob.
Nuño. Pues di :
¿No podrias retardar?...
Comat. Con ser tan fuerte adalid,
Si en obedecer tardase,
Cayera, triste de mí,
Pronto al suelo mi cabeza.
Nuño. Par diez, que hila muy sutil
Vuestro califa : á nosotros
No nos manda el rey así :
De nobles fueros gozamos;
Y alta siempre la cerviz,
No dejamos que nos quiten
La cabeza así en un tris.
Comat. Esto nuestra ley ordena.
Nuño. Sea en buen hora; que al fin
En algo se debe un moro
De un cristiano distinguir.
Mas voy luego por la infanta.
Comat. Traerla puedes aquí;
Y cuida de que tambien
Don Pedro pueda venir. (*Vase.*)

ESCENA II.

ABEN-COMAT.

Con una infernal astucia
Don Juan calculó sus planes.
De una madre los lamentos,
Los halagos de una amante,
Mas que el temor de la muerte
Serán hoy sus auxiliares;
Pero él de los otros juzga
Por su corazon infame,
Y estos pechos á la voz
Del honor tan solo laten.
Con repugnancia obedezco;
Mas si don Pedro aceptase,
Serviré á un tiempo al califa
Y lograré que él se salve.

ESCENA III.

ABEN-COMAT, DOÑA SOL.

Comat. Venid, venid, Sol hermosa...
Mas ¿por qué en vuestro semblante
De inoportuno dolor
Miro impresas las señales?
Vais á ver al noble objeto
De un amor puro, constante,
Y ¡miro esos tristes ojos
En lágrimas anegarse!
Jóven, gallardo, valiente,
En merecimientos grande,
Digno es don Pedro de vos,
Y sola vos podeis darle
El galardon que merecen
Su virtud, sus altas partes.
¿Por qué, pues?...
Sol. Sí, lo confieso :
Sus prendas, nobles, brillantes,
Con encanto irresistible
Consiguieron cautivarme.
Siendo suya, mi ventura
Envidiarian los ángeles;
Mas no puede á tanta costa
Esa ventura aceptarse.
Comat. Sé que un triste sacrificio
Exige de él vuestro padre;
Mas ¿quién para poseer
Tal tesoro?...
Sol. ¡Medio infame!
Tan vil traicion no consiente
La hidalguía de su sangre;
Y si capaz fuese de ello
Yo dejaria de amarle.
Comat. Considerad...
Sol. Y ¿han creido
Que él á Tarifa entregase?

¿Premio me hacen de quien venda
A su patria, vil, cobarde?
Y ¿he de ser yo quien proponga...?
¡Ah! fuera un horrible enlace
Comprado á tal precio... nunca...
Consentir en él no es dable.
Comat. Mas si peligra su vida...
Sol. Aun estremecer me hacen
Estas horribles palabras:
« O de esa ciudad me abre
La puerta, y suya es tu mano,
O su cabeza un alfanje
Divide luego... » Esto dijo
Con voz terrible mi padre...
Y me estremecí... A sus plantas
Me arrojé... Con abundante
Llanto las regué... mis súplicas,
Mi lloro, todo fué en balde.
¡Ah! sin tan fiera amenaza,
Cielo santo, bien lo sabes,
No viniera á ser aquí
Mensajera de maldades.
Comat. Calmaos... Oid tan solo
Esa pasion que en vos arde.
Don Pedro viene... Mirad
Que es tiempo aün de salvarle,
Y á decretar vais ahora
O su muerte ó su rescate. (*Vase.*)
Sol. ¿Qué haré? ¿Qué diré? Dios mio,
Mi espiritu vacilante
Sostened... dadme valor,
O de este abismo sacadme.

ESCENA IV.

DOÑA SOL, DON PEDRO.

Pedro. Sol, lucero de mis ojos,
¿Es verdad que torno á veros?
Cesando ya mis enojos,
¿Me es permitido ofreceros
El corazon por despojos?
A esas plantas permitid...
Sol. ¡Ah! de mí, don Pedro, huid.
Pedro. ¡Huir cuando al colmo llega
Mi dicha!... No, recibid...
Sol. Un funesto error os ciega.
Huidme, sí.
Pedro. ¿Qué terror
Altera vuestro semblante?
Sol. Hoy mi padre en su furor...
Pedro. ¿Sabe ya mi amor constante?
Sol. Es vuestra muerte ese amor.
Pedro. Entiendo: injusto, insensible,
Le ofende mi pura llama.
Sol. ¡Pluguiese á Dios!... Preferible
Fuera su enojo inflexible.
Pedro. ¿Eso decís á quien ama?
Sol. Esto quien os ama os dice.
Pedro. ¿Cómo? Cuando nuestro amor
Un padre no contradice...
Sol. Antes aprueba este ardor.
Pedro. ¿Y osais llamarme infelice?
Sol. ¿Quereis mas? El inhumano,
Con despiadada ironía,
Consiente en daros mi mano.
Pedro. ¿Qué escucho? ¡Al fin sereis mia!
Sol. ¡Ah! no os mostreis tan ufano.
Sí, vuestra ya puedo ser;
¿Pero sabeis á qué precio
Me teneis que poseer?
Pedro. Todo lo prometo hacer
Por un bien que tanto aprecio.
Decidme dónde en España,
Fuera de ella, hay una hazaña
Que emprender por vos yo pueda:
Si el corazon no me engaña,
Nada hay que á mi ardor no ceda.
Sol. Hora camino el honor
Para obtenerme no es.
Pedro. ¿Cuál?
Sol. Otro lleno de horror.
Pedro. ¿Qué me es preciso hacer, pues?
Sol. Es preciso... ser traidor.
Pedro. ¡Traidor!
Sol. Sí... Sabéislo ya.
Pedro. ¡Cielos! ¡aterrado estoy!
Sol. Dispuesto el altar está:
Si á Tarifa entregais hoy,
Si á la patria, al soberano,
Si la santa ley de Dios
Vender consentís villano,
Unida quedo con vos.
¿Aceptais?... Esta es mi mano.
Pedro. Señora, ¿me conoceis?
Sol. Porque os conozco sobrado,
Por vos la respuesta he dado.
Pedro. ¿Por mí respondido habeis?
¿Queréisme, pues, deshonrado?
Sol. ¿Eso recelais de mí?
Atenta á vuestro decoro,
Vuestra muerte preferí;
Porque para vos creí
La honra el mayor tesoro.
Pedro. Ahora sí, Sol hermosa,
Conozco que me adorais:
En esa respuesta honrosa
De vuestra llama amorosa
La mejor prueba me dais.
Sol. Al precio de vuestra fama
No compro yo mi ventura;
Mas esta mujer que os ama,
¡Ay triste! si no os infama,
Os da una muerte segura.
Pedro. Y ¿qué me importa el morir
Con mi honor he de cumplir;

Y pues no os prefiero á vos,
Menos lo haré, vive Dios,
Con un mísero existir.
Don Juan me ha juzgado mal
Si al poder de esa belleza
Piensa hacerme desleal :
Ni he de perder mi firmeza,
Ni ha de faltarme un puñal;
Que aunque es inmenso mi amor,
Sabré dar á mi querida,
De mí mismo matador,
Mas bien que un traidor con vida,
Un cadáver con honor.

Sol. Y ella, aunque débil mujer,
Así tambien te prefiere :
Firme cual tú sabrá ser ;
Y si te ha de envilecer,
Cadáver tambien te quiere.
Mas puesto que tú pereces
Por una causa tan bella,
Que ella te imite mereces ;
Y no una sola, mil veces
Debe morir tambien ella.
Y morirá, te lo jura
Quien nunca supo mentir :
Si en la tierra, con fe pura,
A tí no se logra unir,
Se unirá en la sepultura;
Y libres de todo afan,
Nuestras almas subirán
Una de otra al cielo en pos,
Y felices se amarán
En la presencia de Dios.

Pedro. ¿Qué escucho? ¡Mujer sublime!
Tu grata voz de tal suerte
Consuelo en el alma imprime,
Que ya de su mal no gime,
Y haces dulce hasta la muerte.
Pero ¡tú morir...! jamás :
Vive... Cuando de tí en torno
Sembrando la dicha vas,
De su mas precioso adorno
¿Privar al mundo podrás?
Deja que yo solo muera :
Dentro del pecho mezquino
Me dice voz lastimera
Que morir es mi destino
En mi tierna primavera.

Sol. No morirás si el acento
Escuchas de quien te adora.
Libre aquí te ves ahora ;
No vuelvas al campamento
Do hallarás muerte traidora.

Pedro. ¡Yo á mi palabra faltar!
No exijas eso de mí :
Al real debo tornar
Por mas que me espere allí
La muerte fiera al llegar.

Sol. Mi ruego...

Pedro. Vano es en esto :
Te lo digo con dolor.

Sol. ¿Tan poco podrá mi amor?

Pedro. Aunque me sea funesto,
Puede en mí mas el honor.
Vé, y dile á tu padre fiero
Que soy fiel á mi deber;
Y que cual buen caballero,
Sin tardanza á su poder
Volverá su prisionero ;
Que pues al cielo le plugo,
Prepare para mi cuello
De la esclavitud el yugo,
O si mas se goza en ello,
El hacha vil del verdugo.
Cautivo, tú de mis penas
Sabrás templar los rigores ;
Y pensando en tus favores,
Al ruido de las cadenas
Yo cantaré mis amores :
O si es mi suerte morir,
Al dar el postrer suspiro
Seré feliz si te miro,
Creyendo aün que es vivir
Si á tus ojos, Sol, espiro.

ESCENA V.

DICHOS, NUÑO.

Nuño. ¡Ah! don Pedro, vuestra madre,
En lágrimas anegada,
A voces por el palacio
Os busca ansiosa y os llama.
Vos, retiraos, señora,
Que ya se acerca á esta estancia.

Sol. Don Pedro, en el campo moro
Esta mujer os aguarda ;
Si mis súplicas allí
A un padre cruel no ablandan,
Si no rompe vuestros hierros,
U os diere muerte inhumana,
En tal extremo, yo sé
Lo que amor y honor me mandan.
A Dios. *(Vase.)*

Pedro. A Dios. — ¡O cuál sufre
Mi corazon! Si á mi amada
Resistí, con una madre
Dame, cielo, igual constancia.

ESCENA VI.

DON PEDRO, DOÑA MARIA, NUÑO.

María. ¡Ah! te hallo al fin, hijo mio.
Mírame desesperada.
Tu padre, ¡ay cielos! tu padre,

Bárbaro, cruel, sin alma,
Ha repelido insensible
Mis maternales instancias.
En vano, en vano he regado
Con triste llanto sus plantas;
Ni le mueven mis suspiros,
Ni mis lágrimas le apiadan.
Él solo me habla de honor,
De juramentos, de patria...
Cual si una madre entendiera
Esas mentidas palabras.
Mi honor, mi patria, mi dicha,
Es mi hijo, mi prenda cara;
Él es mi bien, mi tesoro,
Y fuera de eso no hay nada.
Pedro. Si vos no entendeis, señora,
Esas voces sacrosantas,
En el pecho de mi padre
Con eco tremendo claman.
A vos os toca llorar,
Dad al llanto rienda larga;
Pero no exijais, por Dios,
Se cubra un Guzman de infamia.
Si él entregase á Tarifa...
María. Y ¿quién dice que tal haga?
¿No estás aquí? ¿Quién por fuerza
De nuestro lado te aparta?
¿Será que él mismo te entregue
A la horrible cimitarra?
No, no... Pues te trajo el cielo
Do del peligro te salvas,
Para correr á la muerte
Ya de Tarifa no marchas.
Pedro. ¡Ah! ¿qué decís...? ¿Olvidais
Que mi palabra empeñada...?
María. ¡Siempre palabras, honor!
Pedro. Partir ese honor me manda.
María. Pues yo mando que te quedes;
Yo, tu madre... Qué, ¿ya nada
Puede una madre...? ¿Se oirán
No sé qué vanos fantasmas,
Y de una madre las quejas
Solo serán despreciadas?
Pedro. Pero mi padre...
María. ¡Tu padre!
Si su proteccion te falta,
La mia te queda, sí,
Y esta proteccion te basta.
Ven, sígueme... Yo conozco
Una secreta morada
Do no te podrá alcanzar
De tus verdugos la rabia.
Sabrán soy yo quien te oculto:
No me importa... Ni amenazas,
Ni aun los mas fieros tormentos,
Me harán descubrir tu estancia.
Ven, hijo, ven... ¿No es verdad
Que vendrás...? Mira estas lágrimas...
Dame la mano... Ven... llega...
Tócalas... ¿Sientes cuál bañan
Esta mano ¡ay Dios! que beso,
Y en la cual exhalo el alma?
Pedro. Por Dios, cesad... ¿Qué quereis?
Si aceptase mengua tanta,
Ante mi padre, ante el mundo
¿Cómo presentarme osara?
Volver al campo enemigo
Es obligacion sagrada:
Lo prometí; y vale mas
Que mi vida, mi palabra.
María. Hijo digno de Guzman,
No, no desmientes tu raza,
Y tienes de dura roca,
Cual tu padre, las entrañas.
Marcha, pues, corre á morir,
Si tanto el morir te agrada.
Deja que tu triste madre
En llanto aquí se deshaga,
Y en su dolor... Mas no pienses
Permita que solo vayas.
Adonde quiera que fueres,
Yo seguiré tus pisadas:
A tí me asiré cual hiedra
Que al árbol tenaz se agarra;
Y cuando sobre tu cuello
Caiga del verdugo el hacha,
A un tiempo dividirá
Con la tuya mi garganta,
Regando la tierra en torno
Nuestras dos sangres mezcladas.
Pedro. ¡Ah! ¡qué horror...! No quebranteis
De esa suerte mi constancia.
¿Por qué hablar de vuestra muerte,
Si la mia no me espanta?
Cielos, piedad: dadme fuerzas,
Que las que tengo me faltan.
María. ¡Ah! ¿cedes al fin?
Nuño. No cede,
No, señora: ni esa mancha,
Vive Dios...
María. Y ¿tú tambien,
Tú, contra mí te declaras?
Nuño. ¿Yo...? ¿Contra vos...? ¡Voto á tal!
¿No veis el llanto que arrasa
Mis ojos...? ¡Nuño llorar!
¡Si Guzman lo presenciara!
Mas ya sé lo que he de hacer:
Secad, señora, esas lágrimas;
Que yo salvaré á don Pedro.
María. ¡Tú!
Pedro. ¡Vos!
Nuño. Yo.
María. ¿Cómo...? Di... habla.
Nuño. Él ha jurado volver;
Mas yo no he jurado nada,
Ni los soldados, ni el pueblo:

Con que vaya al campo, vaya;
Que yo lo sabré estorbar.
Pedro. ¿Osareis...?
Nuño. Sobre la marcha
Junto á los mios, les cuento
El peligro que os amaga...
María. Sí... sí.
Pedro. Mas Nuño...
Nuño. Vereis,
Vereis qué bolina se arma:
No ha de haber uno en Tarifa
Que á defenderos no salga;
Y aunque se oponga Guzman,
Y el moro brame de rabia,
No hay remedio, os quedareis,
O es fuerza que el mundo se arda.
María. ¡Ah! buen Nuño; sí, sí, corre:
No tardes... sálvale.
Pedro. Aguarda.
Nuño. ¡Qué aguardar...! Podeis hacer
Vos lo que os diere la gana;
Que yo haré mi voluntad,
Y nadie de ello me saca.
¡Dejar yo que le degüellen!
¡Esto solo nos faltaba! (*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA MARIA, DON PEDRO.

Pedro. ¿Qué es lo que pretende hacer?
¡Ah! yo lo debo estorbar.
(*Quiere seguir á Nuño.*)
María. Detente.
Pedro. Dejadme.
María. No,
De este sitio no saldrás,
O primero sobre el cuerpo
De tu madre has de pasar.
Pedro. ¡Ah! (*Horrorizado.*)
María. ¡Crüel! ves mi dolor,
Y ¿de él no tienes piedad?
¿En dónde está tu cariño?
No me quisiste jamás.
Pedro. ¡Yo, madre!
María. Deja ese nombre,
Que en tus labios está mal:
Tú quieres, hombre insensible,
Tú quieres verme espirar.
Pues quedarás satisfecho:
Vé, no te detengo ya:
Corre á la muerte; mas sabe
Que tú la mia me das.
Pedro. ¿Qué decís...? ¿Yo seré causa...?
Madre mia, perdonad.
Vencísteis, vencísteis.
María. ¡Cielos!
¿Con que ya no partirás?
Pedro. ¡Ay! Al llanto de su madre
¿Qué puede un hijo negar?
María. ¡Ah...! bien... bien... te reco- [nozco:
Eres mi hijo... sí... serás
Mi amor, mi consuelo... Ven,
Ven á mis brazos.
Pedro. ¡Qué afan!
María. Alégrate... ¿No ves yo
Cuán contenta estoy...? Mi faz
No riegan ya tristes lágrimas:
Todas secadas están.
Y tú tambien, hijo mio,
Tú estás contento, ¿es verdad?
Pedro. Yo... señora... Mas ¡mi padre!
María. ¡Ah! no nos separará.

ESCENA VIII.

DICHOS, GUZMAN.

Guzm. Abrazad, señora, al hijo;
Haceis bien: aprovechad
Estos instantes que restan
A vuestro amor maternal;
Que en breve debe partir.
María. ¡Partir! ¡él...! ¡Ah! no, jamás.
Guzm. ¡Jamás! ¿Qué decís?
María. Sabedlo;
De aquí no le arrancarán.
Guzm. Ved que Aben-Comat le espera.
María. Pues solo puede marchar.
Guzm. ¡Solo...! Delirais, señora.
No puede ser.
María. ¿Quién podrá
Estorbarlo?
Guzm. Su palabra
Y su honor lo estorbarán.
María. Te engañas, hombre crüel.
Ese lenguaje falaz
No puede ya seducirle;
Me ha prometido quedar.
Guzm. ¡Él!
María. Sí.
Guzm. ¿Qué decís?
Pedro. Señora...
Guzm. Don Pedro, ¿es esto verdad?
Pedro. Padre...
Guzm. Comprendo. ¡O baldon!
¡O flaqueza...! Bien está.
Señora, dejadnos solos:
Con él necesito hablar.
María. Y yo tambien necesito
Velar sobre él.
Guzm. ¿Recelais?
María. Sí, recelo que en mi ausencia...
Guzm. Juro que antes de marchar
Le vereis.
María. Pero...

Guzm. Esta es,
Señora, mi voluntad.
María. Bien... me voy. — (Mas los de-
(*Aparte.*) [signios
Vamos de Nuño á ayudar.) (*Vase.*)

ESCENA IX.

GUZMAN, Don PEDRO.

Guzm. Acércate... ¿Por qué lejos
Así de tu padre estás?
¿Huyes, cuando á partir vas,
Mis abrazos, mis consejos?
Pedro. Señor...
Guzm. Ven... Dame la mano...
¡Vive Dios, temblar la siento...!
¿Qué se hizo aquel ardimiento
Que ostentabas tan ufano?
¿Es miedo? ¿Es vergüenza? Di:
¡Ah! ¡mi pecho en furor arde!
¿Estoy mirando á un cobarde,
O á un hijo digno de mí?
Pedro. ¡Cobarde...! Si otro, señor,
Esa pregunta me hiciera,
De existir dejado hubiera.
Guzm. Pues bien, si tienes valor,
Si hay en tu pecho virtud,
¿Por qué temblar, y turbarte?
Pero comprendo... arredrarte
No puede la esclavitud...
Fué tu flaqueza ficcion:
De tu madre viste el llanto,
Y ahorrarle mayor quebranto
Quisiste á su corazon.
Pedro. No, no... yo soy criminal,
Y mi lengua os lo confiesa:
De no partir la promesa
Hizo aquí mi amor filial.
Una madre lo exigia:
¿Quién á una madre resiste?
Lloró, suplicó, y ¡ay triste!
Conmigo morir queria.
Dadme un contrario, señor,
Que á mi altiva audacia cuadre;
Mas ¡combatir á una madre!
¡Ah! no tengo ese valor.
Guzm. Y dime: si ese contrario
A tu vista se ofreciera,
Si morir lidiando fuera
Por la patria necesario;
Y entonces, para guardar
Una vida que infamara,
Esa madre te mandara
La noble lid evitar:
A sus ruegos, á su llanto
¿Cedieras con vil flaqueza?
¿Cegárate su terneza
Hasta aceptar baldon tanto?
Pedro. ¡Ah!
Guzm. No lo aceptaras, no.
Callas... te asusta esa mengua...
Mucho mejor que tu lengua,
Tu silencio respondió.
Pedro. ¿Con que es preciso cien dagas
Clavar en su corazon?
Guzm. Cumplir con tu obligacion,
Eso es preciso que hagas.
En lo que el honor previene
Se halla solo el buen sendero:
Oidos un caballero
Para otra cosa no tiene.
¿Piensas tú que es este pecho
Sordo de natura al grito?
Tambien sollozo y palpito
En triste llanto desecho:
Tambien padezco al mirar
De una esposa á quien adoro
El justo dolor y el lloro
Que no me es dado secar.
Tú, al menos, te marcharás;
Y en el árido desierto,
Ora estés esclavo ó muerto,
Su pena ya no verás;
Mas yo la tendré á mi lado,
Oiré su queja incesante,
Y de impío á cada instante
Seré por ella acusado;
Y para doble dolor,
Deberé en mi afan prolijo
Sufrir la falta de un hijo
Y de una madre el furor.
Pedro. ¡Ah! perdonad mi flaqueza:
Me avergüenzo de mí mismo...
Mas para tanto heroismo
¿Dónde encontrais fortaleza?
Guzm. Qué, ¿solo el valor se muestra
Por ventura en la batalla?
Ese fácilmente se halla,
Pero hay mas ruda palestra:
Palestra, sí, donde son
Inútiles peto y lanza;
Que en ella á lidiar se lanza
Sin defensa el corazon.
Dichoso mil veces fuera
El hombre, si su existir
A pelear y morir
Tan solo se redujera:
Su vida es el bien tal vez
Que á menos afan le obliga,
Y cuanto mas la prodiga,
Alcanza mas gloria y prez;
Mas otro bien Dios le dió
Que es fuerza conserve y ame;
Pues un poco que derrame,
Todo con él lo perdió.

Este bien es el honor :
Será fantasma, quimera ;
Pero el mundo donde quiera
A ese solo da valor.
Este te manda partir;
Y aunque el dolor que me aqueja
Detenerte me aconseja,
Crímen fuera resistir.
Ni pienses que de otra suerte
Tu vida salvar podrias :
Siempre, Pedro, moririas,
Pero de mas triste muerte;
Que do el honor muerto está,
No hay ya de vida esperanza;
Y muerte es esa que alcanza
Del sepulcro aun mas allá.
Pedro. Basta... no vacilo... A Dios,
Padre : do el honor lo exige
Vuestro hijo se dirige,
Y digno será de vos.
Solo os pido al ausentarme
En este instante fatal,
Un favor inmenso.
Guzm. ¿Cuál?
Di.
Pedro. Que os digneis perdonarme;
Y me abraceis.
Guzm. Hijo, sí.
Ven sobre este pecho, ven;
Hijo, mi prenda, mi bien,
Abraza á tu padre... así.
Pedro. ¡Ah! siento en el corazon
Un consuelo celestial.
Guzm. El ósculo paternal
Recibe, y mi bendicion.
Recibe tambien el llanto
Que de mis ojos te envío...
Perdonádmelo, Dios mio :
Soy padre... y ¡le quiero tanto!
Pedro. ¡Dios.. ! ¿qué veo? ¿Llorais...? [¡Vos!
¡Vos! ¡Guzman!
Guzm. ¿Nadie nos ve?
No... nadie... Llorar podré,
Que estamos solos los dos.
Pedro. ¡O dulce llanto! ¡O placer!
¡Mil veces feliz instante!
Guzm. De esos crueles distante,
Pueda este llanto correr :
Deja, sin que á nadie asombre,
Ni mi dolor nadie vea,
Que padre un momento sea :
Despues volveré á ser hombre.
Pedro. ¡Ay! aunque tuviera ciertas
Mil muertes, ya con valor...
(*Oyense voces del pueblo : Guzman corre á mirar por el balcon.*)
Guzm. Mas ¿qué es esto...? ¿Qué ru-
Agolpados á las puertas [mor...?
De este alcázar, los soldados...
¿Qué podrá ser?
Pedro. ¡Santo cielo!
Guzm. ¿Te turbas...? ¡Ah! ¡qué recelo!
Pedro. Me olvidaba... Alborotados
Por Nuño... vienen...
Guzm. ¿A qué?
Pedro. No me atrevo...
Guzm. Di.
Pedro. A impedir
Que de aquí pueda salir.
Guzm. ¡Ah! ¡maldicion! ¿Qué escuché?
¿Eso intentan...? Y tú, aleve,
Traidor, perjuro, villano...
Pedro. Oponerme quise en vano ;
Que Nuño...
Guzm. ¡Nuño! Y ¿se atreve?...
Mas yo sabré, juro á Dios,
Castigar tanta osadía.
Pedro. Su afecto...
Guzm. Nos perderia
Su infame trama á los dos.
Autorizada por mí
La va á creer toda España;
Y este dia solo empeña
Cuantas glorias adquirí.

ESCENA X.

DICHOS, DOÑA MARIA.

María. ¡Ah! ¡triunfamos, sí, triunfa-
No partirás, hijo mio : [mos!
No, no saldrás de Tarifa;
Que prestándome su auxilio,
Todo un pueblo entusiasmado
Te conserva á mi cariño.
Pedro. Madre...
Guzm. ¿Qué es lo que decís?
María. ¿Estais ahí, padre inicuo?
No, no cumplireis, al fin,
Este crüel sacrificio.
Abrazado aquí le tengo;
Miradle bien; este es mi hijo :
Quitármelo no espereis :
Venid, que ya os desafio.
Guzm. ¿Osareis...?
María. ¿Oís? ¿oís?
Del pueblo esos son los gritos;
Del pueblo que mas humano
Que un padre, mas compasivo,
Atiende á mi triste queja
Y viene á romper sus grillos.
Vos le perdeis, yo le salvo;
Ya triunfé de vos, impío.
Guzm. Pues no imagineis...

ESCENA XI.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

Nuño. Entrad:
Vedle allí... Salvadle, amigos.
Pueblo. ¡Viva don Pedro!
Nuño. Sí, viva;
Y ningun perro judío...
Guzm. ¡Nuño! (*Con grande energía.*)
Nuño. ¡Señor!... (*Aterrado.*)
Guzm. ¿Qué tumulto
Es este? ¿Qué ha sucedido?
¿Acaso ha logrado entrar
En la plaza el enemigo?
Nuño. No; pero...
Guzm. Pues si no es eso,
¿Por qué de esta suerte os miro
Entrar aquí? ¿Quién os llama?
O ¿temeis ya ser vencidos?
Nuño. ¡Temer nosotros!
Guzm. Pues bien,
Acercaos... ¿Qué motivo?...
¿Bajais los ojos?... ¿Callais?
¡Nuño! ¡Nuño!
Nuño. Está ya visto: (*Aparte.*)
No hay medio de resistirle.
Guzm. Algun infame designio
Os trae aquí... lo conozco...
Que si de vos fuera digno,
Ni mudo estuviera el labio,
Ni temblarais, fementido.
Nuño. ¡Ah!... Sabed...
Guzm. Yo nada quiero
Saber... Ignore un delito
Que debiera castigar...
Pero salid de este sitio.
Nuño. Bien... señor... os obedezco.
María. ¿Qué veo?... ¿Cedeis?... ¡Indigno!
¿Así cumplís?... Pero yo
No cedo, no.

ESCENA XII.

DICHOS, ABEN-COMAT.

Comat. ¿Qué he sabido?
Guzman, ¿estorbar pretendes
Que tu hijo vuelva conmigo?
Guzm. ¿Cuándo, moro, que un Guzman
Faltase á su fe has oido?
Ahí está: para seguirte
Abierto tiene el camino.
María. No, no lo tiene... Primero
Ha de pasar tu cuchillo
Mi garganta... No, de aquí
No saldrá, no lo permito.
Soldados, ¿consentireis
Que un moro lleve cautivo
Al hijo, sola esperanza
De un noble guerrero invicto?
¿Consentireis que saciando
En él su rabia un inicuo,
Vaya el triste á perecer
Entre bárbaros suplicios?
Pueblo. No, no.
María. ¿Quereis que se salve?
Pueblo. Sí.
Guzm. Pues bien, no me resisto;
Se quedará... Ya, señora,
Teneis libre á vuestro hijo.
Mas un santo juramento
Ha hecho, y hay que cumplirlo.
El moro espera á su esclavo;
Y puesto que se le quito,
Yo debo ocupar su puesto:
Aben-Comat, ya te sigo.
Pedro. ¡Ah! ¿qué haceis?... Señor...
María. ¿Qué dices?
¿Piensas que he de consentirlo?
Soldados, tenedle.
(*Los soldados hacen ademan de adelantarse para detener á Guzman.*)
Guzm. ¿Y quién
Osa los mandatos mios
Desobedecer? Soldados,
Respeto á vuestro caudillo.
Abrid paso.
(*Los soldados se retiran y dejan libre la puerta.*)
María. ¡Desdichada!
¡Cobardes, y habeis cedido!
Mas no me le arrancarán
De mi lado... Atrás, impíos;
Es mi hijo, mi bien.
(*Se abraza á don Pedro, y le detiene á pesar de sus esfuerzos para desasirse.*)
Pedro. Señora...
Guzm. Solo una palabra os digo:
Libre está el paso: elegid
Entre el esposo y el hijo.
María. ¡Yo elegir!... ¡Bárbaro! ¿Osais
Imponerme tal martirio?
(*Se arroja á sus plantas.*)
¡Ah! yo beso vuestros piés:
Ved mis lágrimas... ¡Dios mio!
Compadeceos.. Mirad
Que han jurado su exterminio,
Que van á matarle... y nunca
Ya le vereis.
Guzm. ¡O suplicio!
Pedro. Este instante aprovechemos.
Seguidme, Comat.
(*Mientras doña María está abrazando los rodillas de Guzman, don*

Pedro y Aben-Comat se dirigen rápidamente á la puerta.)

María. ¿Qué miro?
¡Ah!

Pedro. Madre, á Dios... A Dios, padre.

(Doña María quiere dirigirse hácia don Pedro. Nuño y los soldados se adelantan y estorban el paso. Don Pedro desaparece.)

María. No... no irás solo... te sigo.

Nuño. Tened, señora.

María. ¡Inhumanos!
Dejadme... Dejadme... Espiro.

(Cae sin sentido.)

Guzm. Protegedle, santos cielos;
Pues mi deber he cumplido.

ACTO CUARTO.

El teatro representa parte de la fortificacion de Tarifa. En el fondo se verá el muro, al cual se sube por una rampa. A los lados casas y árboles. Cerca del proscenio á la derecha del actor un grupo de árboles con un banco debajo.

ESCENA PRIMERA.

GUZMAN, DOÑA MARIA, SOLDADOS.

(Es de noche. Guzman está durmiendo sobre el banco, manifestando mucha agitacion. Varios soldados están tambien durmiendo esparcidos por el suelo. Encima del muro un centinela. Sale doña María muy agitada.)

María. ¡Ah! no puedo sosegar:
En esta tremenda duda,
Es el lecho un potro horrible,
Ni acaba la noche nunca.
En vano el sueño un instante
Vino á suspender la furia
De mis males: aun durmiendo
Tristes presagios me asustan.
Hijo mio, ¿dónde estás?
¿Cuál será la suerte tuya?
¿No respondes á una madre
Que te llama, que te busca?
¿Te he perdido para siempre?
Crueles, mirad mi angustia,
Mis lágrimas... ¿De qué sirven?
¿Vencerán sus armas rudas,
Si un esposo las desprecia,
Si un padre de ellas se burla?
¡Bárbaro!... Mi vista teme:
Huye de mis quejas justas...
Hace bien... Mas no imagine...

Guzm. ¡Crueles!

(Durmiendo y muy agitado.)

María. ¿Qué voz se escucha?

Guzm. Tened... tened...

María. ¿Quién será?

Guzm. No le mateis.

María. ¡Vírgen pura!
Es Guzman.

Guzm. ¡Ah! ¿No os apiada
Su juventud?

María. ¡Cuál le turba
Horrible ensueño!

Guzm. ¡Malvados!

(Se levanta, pero siempre durmiendo.)

Verdugo... aparta... Sepulta
Ese acero en mis entrañas;
Mas respeta...

María. ¡Qué locura!

Guzm. Es mi hijo, mi hijo querido...
Tomad oro... Por la suya
Tomad mi vida...

María. Desecha
Esa ilusion que te ofusca.

Guzm. ¿Qué es lo que pedís, infames?
¿Quereis que al crímen sucumba?...
¿Que sea traidor?... ¿Que venda
Al rey, á la patria?... Nunca.
A ese precio, no... Que muera...
Mas ¡cielos! ¡su sangre!... Inunda
La tierra... ¡Qué horror!... Fallezco.

María. ¡Esposo!

(Le coge entre sus brazos, y agitándole fuertemente le despierta.)

Guzm. ¿Quién es?... ¿Quién turba
Mi sueño?... ¿Do estoy?... ¿Quién eres?

María. Soy tu esposa.

Guzm. ¿Tú...? ¿Qué buscas?
¡Infeliz...! Huye... ¿No sabes...?

María. ¡Ah! Cálmate.

Guzm. No... no subas
A esa muralla... Verias...

María. Desecha el terror que abruma
Tus sentidos... Todo fué
Vana ilusion.

Guzm. ¿Lo aseguras?

María. Sí... mírame... mira en torno
De tí..

Guzm. Es verdad... Fué sin duda
Un sueño... Sí... sí... soñaba...
Pero ¡qué sueño...! Aun me asusta
La horrible vision.

María. Hablabas
De tu hijo.

Guzm. En la llanura...

Allá... cerca de la torre...
Le creí ver... Y una turba
De verdugos... Y con ellos
Don Juan... que Dios le confunda...
Y á una señal relumbrar
Una cuchilla desnuda...
Y luego sangre... ¡Gran Dios!
No... no puede ser la suya.

María. No lo es... Pero sosiega.

(*Amanece. Los soldados se van levantando.*)

Huyan de tí lejos, huyan
Esos crüeles fantasmas
Que engendra la noche oscura.
Ya desterrando sus sombras,
El nuevo sol nos alumbra;
Y la aurora...

Guzm. ¿Mas no adviertes
Cuán opaca...? ¡Cuál la anublan
Negros vapores...! Parece
Que solo males anuncia.
¿Aun no ha vuelto Nuño?

María. No.

Guzm. ¡Cuánto tarda! ¿Serán nulas
Sus instancias con Amir?
¿Tan implacable la furia
Será del moro, que en vano
El oro á sus ojos luzca?
Pues juro que si así fuere
Con todas mis huestes juntas
Hoy he de asaltar su campo;
Y en fiera, sangrienta pugna,
O rescato al hijo mio,
O encuentro mi sepultura.

María. Y yo te acompañaré,
Pues las lanzas no me asustan;
Y aunque el llanto maternal
En mí cual flaqueza culpas,
Si es forzoso por un hijo
Blandir el hasta robusta,
O verter mi sangre toda
Sin duelo á par de la tuya,
Verás que lo sé cumplir,
Sirviendo en la horrible lucha,
Cuando no para vencer,
Para encerrarme en la tumba.

Guzm. Pues bien, que no se retarde,
Y al valor por fin se acuda.
Soldados, pronto, á las armas;
Los rayos del sol ya inundan
El campo moro: de sangre
Y horror á la par se cubra.
Lancémonos denodados
Sobre esa canalla inmunda:
Ante nuestras santas cruces
Huya la infiel media-luna,
Y el mar sepulte sus huestes
Allá en sus simas profundas.

ESCENA II.

DICHOS, NUÑO.

Guzm. Vamos... Pero ¡Nuño!

María. ¡Nuño!

Guzm. Sí... Ven á calmar mi pena...
Ven, amigo... ¿Has visto á Amir?
¿Consiente por fin que vuelva
Mi Pedro...? ¿Admite el rescate?
Habla... luego... di... ¿qué esperas?

Nuño. Amir, señor, ya no manda
Las falanges agarenas.

Guzm. ¿No...? Pues ¿quién?

Nuño. Don Juan.

Guzm. ¡Don Juan!

María. ¿Qué dices...? ¡Suerte funesta!

Nuño. Su voluntad en el campo
Musulman ya solo impera.

Guzm. Y ¿mi hijo?

Nuño. Vive, señor,
Sin que su sangre desmienta.

Guzm. Pero ¿qué suerte...?

Nuño. Este pliego
Os dirá la que le espera.

(*Le da el pliego: Guzman lo toma con ansia.*)

Guzm. ¿Ese pliego...? Dame... pronto...
Veamos... ¡Cielos!

María. ¿Te alteras?

Guzm. ¡Ay...! Sí... que una ascua encendida
Mi mano en él tocar piensa.
¿Qué contendrá...? Con espanto
Mirándolo estoy... Se hiela
Mi sangre al pensar que aqui
Mi vida ó muerte se encierra.
Abramos por fin... La vista
Se ofusca... la mano tiembla...
No puedo.

Nuño. Valor.

Guzm. Decid...

(*Con curiosidad inquieta y recelo.*)

Don Juan... ¿le vísteis?

Nuño. Por fuerza.

Guzm. Y él... ¿os dió...?

Nuño. Con propia mano.

Guzm. ¿Su faz... entonces...?

Nuño. Perversa
Como siempre.

Guzm. ¿Sus miradas?

Nuño. Falsas.

Guzm. Y... ¿brillaba en ellas
Algun gozo?

Nuño. El de una hiena.

Guzm. Pero... ¿vos no adivinais

(*Con impaciencia.*)

Lo que este pliego contenga?

Nuño. Don Juan me habló de rescate.

Guzm. ¡De rescate...! ¡Si así fuera!
María. ¿Qué otra cosa puede ser?
Guzm. Es verdad... No sé qué idea...
Mucho pedirá... no importa...
Llévese allá mis riquezas...
Todas se las doy gustoso
Como al hijo me devuelva.
Eso será... si... veamos...
Mi alma á respirar empieza.
(*Abre el pliego, lee, lanza un grito de desesperacion, y va á dejarse caer en el banco.*)
¡Cielos...! ¡Maldicion!
María. ¡Dios mio!
Nuño. ¡Señor!
María. ¿Qué funesta nueva
Contiene ese pliego...? Di:
¿Ha muerto mi hijo?
Guzm. ¡Pluguiera
A Dios...!
María. ¿Qué dices...? ¡Ah! Dame,
Dame... déjame que lea...
Guzm. No... no... apártate, María...
No lo mires... Si supieras...
¡O perversidad...! Mas es
Imposible... sí... Me quema
La frente... Estoy delirando...
Leí mal... ¡Oh! no... no .. es cierta
Mi desgracía... ¡Que yo mate
A mi hijo el bárbaro intenta!
Nuño. ¡Cielos!
María. ¡Qué horror...! ¡Tú!
Guzm. Mirad,
Mirad... Lo dice... es su letra.
Hoy mismo, si al tercer toque
Del clarin, no se le entrega
Esta plaza, al pié del muro
Veré caer su cabeza.
María. ¡Ah!
Nuño. ¡Infame!
María. ¡Barbaro...! No,
Tú no darás esa muestra
De ferocidad... El hijo
No dejarás que perezca.
Guzm. ¿Quién...? ¿Yo...? No. . pero...
(*Mirándola con aire de asombro é indecision.*)
María. ¡Dios mio!
Tu vista de horror me llena.
Le matarás... sí... lo leo,
Lo leo en tus ojos... Fiera,
Le matarás.
Guzm. Nunca... nunca...
¡O patria! ¡O terrible prueba! —
Idos... dejadme.
María. Permite...
Guzm. Dejadme... Vuestra presencia
Me es enojosa .. Idos todos...
Dejad que aquí solo muera...
María. Este cruel sacrificio
No esperen, no, que consienta.
Ven, Nuño... Para estorbarlo
Nada habrá que yo no emprenda.
(*Vanse todos, quedando solo Guzman.*)

ESCENA III.

GUZMAN.

(*Ha quedado abismado en su dolor sentado en el banco. Despues de un rato de silencio, vuelve á desdoblar el pliego, y lo lee de nuevo sollozando.*)

« Si mañana, despues de tres toques del » clarin, no me habeis entregado á Tarifa, » la cabeza de vuestro hijo caerá sin reme- » dio al pié de los muros que obstinada- » mente me negais. »

Sí... no hay duda... esto dice... En vano,
Vuelvo á leer este fatal escrito... [en vano
Palabras busco en él que lo desmientan...
Y estas líneas de sangre solo miro.
No me engañan mis ojos... ¡Desdichado!
Parricida ó traidor ser es preciso. [res
¿Esto á un padre propones...? ¿Esto quie-
De un noble, de un soldado, fementido?
Y ¡eres tú caballero...! Y ¡de un Alfonso,
De un castellano rey eres el hijo!
No, no lo eres .. Te abortó en su furia
Para baldon de España el negro abismo.
(*Se levanta.*)
Pero no puede ser... Un vano amago
Es sin duda, un ardid, con que ha creido
Mi constancia vencer... ¡Ah! le conozco,
Y es de ello harto capaz su pecho inicuo.
Le matará el traidor... ¡Cielos! ¡tan jóven!
¡Tan valiente...! Y ¿habré de consentirlo?
¿Le entregaré yo mismo á sus verdugos?
¿Quién me puede imponer tal sacrificio?
Nadie... Perdona, ó rey, perdona, ó patria,
En vano lo pedís, no he de cumplirlo.
Ya mi deuda os pagué .. Ya en cien com-
Mi sangre por vosotros he vertido, [bates
Y con ella do quier en toda España
Mi lealtad y valor se hallan escritos. [muros
¿Quereis aun mas de mí...? ¿Quereis los
Del poder musulman bello residuo?
¿A Granada quereis...? Pues á Granada
Os daré por Tarifa... Mas ¿qué digo?
¡Necia, vana ilusion...! Hazañas sueño,
Y ¡á darles voy con la traicion principio!
Y ¡aun espero vencer, cual si quedara
Valor alguno en pecho envilecido!
No, la infamia, Guzman, será tu suerte:

Tu preclaro blason verás marchito,
Y el hecho de Julian, fatal á España,
Infiel renovarás; y aborrecido,
Con ese hijo que salvar pretendes
Te ocultarás entre ignorados riscos. [solo
No, mas vale morir... ¿Qué es él...? Tan
Sangre mia que está en vaso distinto;
Y ¿de ella avaro me verán ahora
Cuando tanto otras veces la prodigo?
La patria la reclama, suya sea:
No tengo yo poder para impedirlo.
Viviendo, á eterna infamia le condeno;
Muriendo, á mejor vida le destino.

ESCENA IV.

GUZMAN, Doña MARIA.

(*Sale doña María antes de concluirse el anterior monólogo, y oye los últimos versos.*)

María. Sí... sí... muy bien haceis... y yo os lo apruebo...
Tal designio, Guzman, de vos es digno.
Guzm. ¡Dios...! ¡María! Y ¿venis...?
María. No os dé cuidado;
No vereis con mis lágrimas que impido
Resolucion tan noble... antes pretendo
Alentaros yo misma al sacrificio.
Guzm. ¡Vos!
María. ¿Lo dudais?
Guzm. Señora...
María. ¿Se halla acaso
Reservado á vos solo el heroismo?
Venid... yo os guiaré... Ya desde el muro
Los aprestos se ven... ya circuïdo
Vuestro hijo de bárbaros sayones
Marcha al sitio fatal. [cho?
Guzm. ¡Ah! ¿qué habeis di-
María. Nada, señor, que conmoveros deba.
Es cuanto apeteceis... Marcha al martirio,
A la gloria... Venid... Veréisle pronto
Entregar la garganta al vil cuchillo;
Veréisle por la herida, entre agonías,
Verter su noble sangre hilo á hilo;
Y os envanecereis, y nuevos timbres
Dará á la fama vuestra este suplicio.
Guzm. ¿Estais sin seso? [triunfo!
María. ¡Qué placer! ¡qué
Cuando el pueblo os aclame, y con delirio
Vuestro nombre inmortal al viento dando,
Siembre de flores mil vuestro camino.
Esas flores, es cierto, con la sangre
Manchadas estarán de un tierno hijo...
Pero ¿qué importa...? Un héroe no repara
En un poco de sangre... Permitido [gloria?
No le es sentir, llorar... ¡Flaqueza...! ¿Hay
Basta: ya es bello, grande, hasta el delito.
Guzm. Señora, proseguid... Herid furiosa,
Desgarrad á placer el pecho mio.
No basta á mi dolor la horrible prueba
Que me imponen los cielos: es preciso
Que vos me atormenteis, y que esta muerte
Me echeis en cara con rabiosos gritos.
Pues bien, si lo quereis, yo soy un monstruo,
Un bárbaro crüel, padre asesino:
Al hijo mato... Vos ansiais salvarlo...
Salvadlo, pues, señora... os lo permito.
Id... marchad... no tardeis.. (Abrid al moro
Las puertas de Tarifa... En este sitio
De nuevo plante su pendon sangriento,
Y triunfe en la traicion vuestro cariño.)
María. ¡La traicion! [si acaso
Guzm. La traicion. Decid
Encontrarle podeis nombre distinto.
Alegad vuestro amor, mostrad al mundo
En lágrimas los ojos sumergidos,
Que sois madre decid... ¡Vanas disculpas!
El mundo exclamará: ¡traicion! ¡castigo!
María. Clame en buen hora, su clamor desprecio.
Guzm. Pues una condicion de vos exijo.
María. ¿Cuál? [un clima,
Guzm. Señaladme una region,
Do me pueda ocultar... Porque os lo digo:
No penseis que despues muestre á las gentes
Un rostro por la infamia enrojecido.
¿Dónde me ocultaré? Decid.
María. Do quiera
Que al hijo de mi amor tenga conmigo.
Guzm. ¡Vuestro hijo...! ¡Infeliz...! Y ¿esa es la suerte
Que vos le destinais...? Mofa, ludibrio
Del mundo habrá de ser... ¿Pensais que
Vuestro funesto don...? ¿Envilecido [acepte
Consentirá en vivir...? ¡Él, tan valiente,
Tan noble, tan honrado...! ¡Ah! no, lo afirmo.
María. ¿Qué hacer, pues, osará?
Guzm. Su propia mano
A su afrenta pondrá término digno.
María. ¡Él! ¡Qué horror!
Guzm. ¿Lo dudais?
María. No, no lo dudo:
Tiene cual vos el corazon de risco;
Y cual vos ¡ay de mí! será el ingrato
Insensible á mi llanto, á mis suspiros. [ñas:
Guzm. No lo será, María... no... te enga-
Será tu llanto su mayor suplicio...
Y lo es mio tambien. Mujer injusta,
¿Tan mal juzgas de mí...? Si no resisto
A un horrible deber, ¿piensas que ignoran
Lo que es llanto tambien los ojos mios?
No, no lo ignoran... Si le niegan paso,
Es ¡ay! porque aquí dentro, en lo mas vivo,
Cae del corazon... ¡Ah! son atroces

Los tormentos ocultos con que lidio.
Diérate compasion si un solo instante
En este triste pecho permitido
Te fuera penetrar... Con mis dolores,
Allí tambien los tuyos, los de mi hijo,
Hallarias, allí.. pero mas fieros
En union tan horrible, mas activos,
Y envidiables haciendo en su barbarie
Las penas todas del infierno mismo.

María. ¡Ah! mal te conocí... Perdona esposo,
Mi insensato furor... Mas pierdo el juicio
Al pensar que tan jóven me arrebata
La muerte á un hijo que...

Guzm. Te lo suplico:
Ten ánimo, valor... Piensa que el cielo
Va, entre glorias, á darle eterno asilo.
No es él quien compasion aquí merece:
Nosotros de piedad somos mas dignos.

María. Sí... yo tendré valor... Tu voz me alienta...
Gran Dios, pues tú lo quieres, si es preciso,
Ahogar mi pena me verás sumisa:
A tu alta voluntad ya me resigno.

Guzm. Ven á mis brazos, ven... Y tú,
Acepta este cruento sacrificio: [Dios justo,
Abre las puertas de tu santo alcázar,
Y esta víctima admite en su recinto.
Tambien muere por tí... Mas ¡ay! perdona
Si baña nuestros ojos llanto indigno:
En trance tan crüel, séale al menos
Llorar á un triste padre permitido.

(*Caen los dos abrazados de rodillas.*)

ESCENA V.

DICHOS, NUÑO, SOLDADOS, PUEBLO.

(*Al tiempo de caer de rodillas Guzman y doña María, óyese al otro lado del muro el primer toque del clarin. Ambos se estremecen; y doña María se alza fuera de sí, abandonando su resignacion. A poco rato, van saliendo Nuño, soldados y hombres y mujeres del pueblo. Los unos se esparcen por el teatro y los otros coronan el muro.*)

María. ¡Ah! ¡La horrible señal!

Guzm. Cielos
Dadme fuerza y valor. [piadosos,

María. Ese sonido
Renueva mi furor... ¡Ah! yo no puedo...
En vano consentí... no lo permito.
¡Mi hijo morir...! Jamás... Quiero salvarlo:
Quiero salvarlo. . sí... ¿lo habeis oido?

Guzm. Mas ¿cómo...? [¿Esa pregunta

María. ¿Cómo? ¡O Dios
A hacerme os atreveis? — Nobles vecinos
De esta ilustre ciudad, soldados, todos,
Sed á mi triste llanto compasivos.
Una madre os implora. — Y tú, buen Nuño,

(*A Nuño, que sale con soldados.*)

Ven, accede á mis ruegos... Salva á mi hijo,
Sálvale, por piedad.

Nuño. Eso queremos,
Y ya todos aquí lo resolvimos.

María. ¿Es cierto?

Guzm. ¿Qué decís?

Nuño. Ceda Tarifa:
Bien merece don Pedro un sacrificio.

Guzm. ¿Osais?

Nuño. Pero despues, sin perder tiempo,
Sitiémosla nosotros... ¿No supimos
Arrancarla al infiel? Pues eso haremos
Otra vez y otras ciento si es preciso.
No han de pasar tres dias sin que vuelva
Esta plaza á ser nuestra, voto á Cristo.

María. ¡Ah! sí, sí.

Guzm. ¿Delirais? Aunque segura
Tuviese la victoria, en tal peligro,
No es justo corra, por salvar mi sangre,
La sangre de otros mil, todos mas dignos.

María. ¡Cómo! ¿Os negais?

(*Suena el segundo toque del clarin.*)

¡Gran Dios!... ¿Oís?... se acerca
El instante fatal.

Nuño. Vamos, amigos:
No hay tiempo que perder.

María. Sí, pronto.

Todos. Vamos.

(*Hacen todos ademan de dirigirse hácia el muro. Guzman los detiene.*)

Guzm. ¿Qué intentais? Deteneos... No,
La respuesta daré. [yo mismo

María. ¡Vos!

Guzm. Paso... Al muro
Dejadme ya subir.—Cielos divinos,
Valor.

(*Sube al muro y dirige la palabra á los de afuera.*)

¡Don Juan! Si mi lealtad pensaste,
Pérfido, quebrantar, mal has creido.
Un hijo dióme Dios para mi patria;
Su apoyo debe ser, no su enemigo:
Pereciendo por ella, eterna gloria
Le aguarda, y solo á tí baldon indigno;
Y porque te persuadas cuán distante
Me encuentro de faltar al deber mio,
Si arma no tienes para darle muerte,
Toma, allá va, verdugo, mi cuchillo.

(*Arroja su puñal: todos dan un grito de asombro.*)

Todos. ¡Ah!
María. ¡Qué horror!
Nuño. ¿Qué habeis hecho, desdichado?
Guzm. Nuño, no puedo mas: sostenme, amigo.
(*Bajando vacilante y cayendo en brazos de Nuño.*)
María. ¡Al fin triunfaste, bárbaro!
(*Oyese dentro ruido y la voz de doña Sol.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, DOÑA SOL.

Sol. Dejadme: (*Dentro.*)
Abridme paso, abrid.
Guzm. ¿Oís? ¡Qué gritos!
¿Cuál causa?
Nuño. Una mujer que presurosa
Se acerca aquí.
Sol. ¡Guzman! ¡Guzman! (*Saliendo.*)
Guzm. ¿Qué miro?
¡Doña Sol!
Sol. Sí... yo soy.
María. ¡Cielos! ¡La hija
Del pérfido don Juan!
Guzm. ¡En este sitio
Vos, señora!... Y ¿osais?...
Sol. ¿Os causa asombro?
Hora explicarme mas veda el peligro.
La piedad... el amor... aquí me traen:
Libertar á don Pedro es mi designio.
Guzm. ¡Vos!
María. ¿Es cierto?
Guzm. Mas ¿cómo?
Sol. En este trance
Partir quiero con él riesgo y destino.
Vea mi padre que en el alto muro
Amenaza á mi vida igual suplicio,
Y sepa que al cumplir su horrible fallo
Le es preciso pagar hijo con hijo.
Guzm. ¡O asombro!
Sol. No tardemos.
María. Los instantes
Son preciosos.
Nuño. Venid.
María. Vamos.
Sol. Ya os sigo.
(*Se dirigen todos hácia el muro, y suena el tercer toque del clarin. Grito general.*)

Todos. ¡Ah!
María. ¡Tan pronto!
Sol. Corramos.
Nuño. Sí, corramos.
(*Nuño se adelanta á todos y sube el primero al muro. Al llegar, da un grito de espanto, retrocede, se vuelve, é impide que suban los demás.*)
Nuño. ¡Qué veo!... ¡Ah!... No paseis...
¡No es tiempo ya! [¡Vil asesino!
Sol. ¡Murió!
María. ¡Jesus mil veces!
(*Doña María cae desmayada en brazos de doña Sol y de mujeres del pueblo. Guzman se deja caer de rodillas, alzando las manos al cielo.*)
Guzm. ¡Recíbele en tu seno, Dios benigno!
Nuño. ¡Infeliz! De su sangre generosa
Corre por la ancha herida horrible rio.
Guzm. ¡Compañeros, venganza!
(*Alzándose furioso y sacando la espada.*)
Todos. Sí, ¡venganza!
(*Sacando las espadas.*)
Nuño. La tendrás, la tendrás... Cerca la miro.
(*Desde el muro, mirando al campo.*)
Hácia el campo, veloz, de espeso polvo
Extensa nube, en anchos remolinos,
Acercándose va... Su seno ardiente
Lanza á lo lejos el fulgente brillo
De mil cotas y mil... Ya de Castilla
Miran mis ojos el pendon invicto.
Él es, no hay duda, él es... Regocijaos:
Somos par el monarca socorridos.
Guzm. ¡Cielos! ¿Será verdad?
Nuño. Sí; que ya el moro
De espanto huye do quier despavorido.
Guzm. ¡Gracias, eterno Dios!... Pues sin tardanza
Llevemos á esos viles su exterminio.
A la lid.
Todos. A la lid.
Guzm. No ha sido inútil
De mi mas pura sangre el sacrificio.
Con ella en esos campos un ejemplo
Del honor castellano dejo escrito,
Y de este suelo para eterna gloria
Sabrán honrarlo los futuros siglos.
A la voz de la patria nunca tenga
Límite en nuestro pecho el heroismo;
Y siempre que peligre, sepa España
Que otros tantos Guzmanes son sus hijos.

UN AMIGO EN CANDELERO,

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

DON GONZALO DE ORENDANA.	FRANCISCO, } criados de don
DON GABRIEL DE SOLIS.	TORIBIO, } Gonzalo.
DON LOPE ESTRADA.	JUAN, criado de don Gabriel.
DON AQUILINO MUÑOZ.	UN PORTERO.
LA CONDESA DE FIGUERAS.	CRIADOS.
DOÑA CLARA DE SOLIS.	

La escena es en Madrid, á fines del año de 1719.

ACTO PRIMERO.

Sala decentemente amueblada. Puertas al foro y á los lados.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA CLARA, DON GABRIEL.

Clara. ¿Viste por fin á Orendana?
Gab. Ya le ví, gracias á Dios.
Clara. ¿Por ventura, se ha negado?
Gab. De ningun modo, eso no;
Mas su casa es un castillo
Cuyas puertas, voto á brios,
Defiende de cien lacayos
La insolente guarnicion.
Ya se ve, de la fortuna
El viento al fin le sopló,
Y hoy se encuentra en candelero,
Segun el dicho español.
El cardenal Alberoni
Le dispensa su favor,
Y hasta que le hacen ministro
Dice la pública voz.
Clara. ¿Qué me cuentas?
Gab. A no ser,
Lo que no extrañaré yo,
Que ese edificio de naipes
De tan débil construccion
Se derrumbe y venga al suelo
Mas pronto que se elevó.
Clara. Pues qué, ¿recelas...?
Gab. ¿Quién sabe?
El viento de la ambicion
En un piélago inconstante
A navegar le lanzó;
Y en las cortes la caida
Solo hay segura en rigor.
¿Ves á ese altivo ministro
Que de humilde condicion
A la púrpura romana
Y casi al trono se alzó,
Revolviendo á toda Europa
Con su genio emprendedor?
Pues quizá grandeza tanta
No es mas que vana ilusion
Que en breve se desvanezca
Cual niebla liviana al sol.
Clara. ¿Pues acaso le amenaza...?
Gab. Es mera suposicion.
Corren con todo rumores,
Se agitan hombres de pro...
Pero, hermana, estos asuntos
Para mujeres no son.
Dejemos, pues...
Clara. Un hermano
Fué siempre para los dos

Orendana : indiferente
No puede mi corazon
Mostrarse á su dicha.
Gab. Es cierto;
Y si algun dia el furor
De la suerte le lanzase
De tan alta elevacion,
Recibiéndole en mis brazos,
Haré su golpe menor.
Clara. Nunca pensara en empleos;
Y sin tanta exposicion,
Quizá mas feliz le hiciera
Nuestra amistad.
Gab. Y tu amor.
Clara. ¡Mi amor!
Gab. ¿No quedan cenizas
Del antiguo fuego?
Clara. ¡Ay Dios!
Gab. Ese suspiro me dice
Que no se extinguió tu ardor.
Clara. Inútil fuera negarlo:
En mi sincera aficion,
De su naciente grandeza
Con gozo oia el rumor.
¡Necia de mí que ignoraba
Cómo se apaga veloz
Con los vientos cortesanos
Llama que humilde nació!
Desde que de altos destinos
Le deslumbra el esplendor,
Ni aun he visto de su letra
Un amistoso renglon.
El ingrato me ha olvidado,
No hay duda : segura estoy
De que por mí ni siquiera
Te ha preguntado.
Gab. Es error.
Me ha preguntado : en sus ojos
Sincero afecto brilló;
Y estrechándome en sus brazos,
Tu nombre, aunque con rubor,
Le oí pronunciar... ¿Qué quieres?
Los negocios de sí en pos
Arrebatan al que se halla
En tan alta posicion.
Es fuerza ser indulgente.
Clara. ¿Indulgente...? ¡Harto lo soy!
Gab. Gozoso estaba conmigo
En dulce conversacion,
Cuando con prisa á palacio
El cardenal le llamó.
Pasamos de pretendientes
Entre apretado escuadron,
Y metiéndose en su coche,
Al punto despareció.
Mas me prometió primero
Que vendria á comer hoy
Con nosotros. (*Sale Juan.*)
Juan. Señor...
Gab. ¿Qué?
Juan. Preguntan ahí por vos
Dos caballeros.
Gab. ¿Sus nombres?
Juan. Don Aquilino Muñoz
El uno, y don Lope Estrada
El otro.
Gab. Que entren los dos. (*Vase Juan.*)
Clara. ¡Muñoz y Estrada!
Gab. Sí, amiga.
¿Te acuerdas de ellos?
Clara. ¡Pues no!
Gab. Amigos de nuestra infancia
Como Orendana. El favor
Nos harán de acompañarnos
Tambien á comer.
Clara. Pues voy,
Voy corriendo á disponer...
¡Tres convidados...! A Dios. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON GABRIEL, DON AQUILINO,
DON LOPE.

Gab. ¡Amigos mios!
Lope. ¡Querido!
Aquil. ¡Gabriel del alma!
Gab. Venid
A mis brazos.
Aquil. ¡Tú en Madrid!
Gab. Sí, amigos.
Lope. Muy bien venido.
Gab. ¿Os han dado mi recado?
Lope. Y á verte luego acudí.
Aquil. Igual me sucede á mí. —
En la calle le he encontrado.
(*Señalando á don Lope.*)
Gab. Muy bien, muy bien : os lo estimo.
Años ha que no nos vemos.
Lope. ¡Oh! mucho que hablar tenemos.
Gab. Pero la risa reprimo.
Di : ¿qué traje es ese? (*A don Lope.*)
Lope. ¿Cuál?
Gab. El que llevas... ¿Quién diria...?
Aquil. Ha dado en esa manía.
Lope. Es el traje nacional.
Gab. Del siglo pasado.
Lope. ¡Y bien!
¿Por eso he de despreciarle?
Gab. Ya han dejado de llevarle,
Y hoy otras modas se ven.
Aquil. En ser antiguo se empeña.
Lope. Sí, bien lo sé : solo es
Hoy de moda lo francés
Y lo español se desdeña;
Mas no admito ese embolismo,

Y es para mí necia empresa
Vestirnos á la francesa
Y gobernarnos lo mismo.
Nuestros usos buenos son,
Gloria adquirimos con ellos,
Y es necedad el perdellos
Por los de extraña nacion.
¿A qué tales mamarrachos
¿Porque es francés nuestro rey?
Hágase español, que es ley,
Y no nos haga gabachos.
Este traje que vistiera
Mi padre, lo he de llevar,
Y si llegase á no hallar
Sastre para él, yo lo hiciera.
¡Miren qué lindo atavío
El vuestro! ¡Qué casacon!
¡Y el enorme pelucon!
Yo sí que al veros me rio.
Denme la estrecha ropilla
Que ajustada al cuerpo viene,
Y el ferreruelo que tiene
Donaire tal en Castilla:
Denme el chambergo sombrero
Su pluma agitando ufano,
Que quita el sol en verano
Y las nieves en enero:
Denme el pelo suelto, liso,
Tal como Dios le ha criado,
No tanto rizo prestado
Que para nada es preciso.
Aunque de verle te duela,
Este traje es de provecho,
No el tuyo con que estás hecho
Un mono de covachuela.

Gab. Muy bien, cada cual su gusto:
Por eso no hay que reñir;
Mas ¿no me querreis decir
Cuál es vuestra suerte?

Lope. Es justo.

Aquil. La mia es harto fatal.

Gab. ¿Cómo, pues, buen Aquilino?

Aquil. Dió en perseguirme el destino,
Y todo me sale mal.
Despues de haber sido paje
Do fuí de hambre catedrático,
Serví á un señor diplomático
Con quien hice mas de un viaje.
El hombre escribia mucho,
Cosas que nadie entendia,
Y yo las copias hacia,
Que en la letra soy muy ducho.
Gran secreto me encargaba
En sus escritos difusos;
Mas ya por sí, de confusos,
El secreto se guardaba.
Español, francés, lo propio
Era todo para mí:
De ello una maña adquirí,
Y es no saber lo que copio.
Soy una imprenta viviente,
Fiel reproduzco un escrito;
Mas de ninguno, maldito
Lo que me queda en la mente.
De esta gracia se prendó
Cierto señor consejero,
Que era del otro heredero
Y á mí tambien me heredó.
Quísome un dia probar,
Y fué caso nunca visto:
Escribió un oficio, y listo
Yo me lo puse á copiar.
Firma, cierro, el sobre pongo,
Y dice con falsa risa:
Llevad este pliego á prisa
Y hagan lo que en él impongo.
Llévolo sin detencion
A un alcalde; y por respuesta...
¿Creeréislo, amigos...? me arresta:
Era mi auto de prision.

Lope. ¡Ah! ¡ah! ¡cuál te quedarias!

Gab. ¿Te burlas?

Aquil. Podeis creerlo:
Yo copié, sin conocerlo,
Aquella carta de Urías.

Gab. Es propiedad excelente.

Aquil. Lo será; mas la maldigo:
Por ella nada consigo,
Y no paso de escribiente.
Veces mil el consejero
Colocarme prometió;
Mas de repente murió
Y de hambre otra vez me muero.

Gab. Ya te abrirá Dios camino.
¿Y tú, Lope?

Lope. ¿Yo...? Contento:
Ni ser pretendiente intento,
Ni sirvo para un destino.
Mi deseo poco abarca;
Y sin que yerre la cuenta,
Con mil ducados de renta
Vivo como un patriarca.
Tengo la lengua harto fresca,
Dícenme, para servir:
Verdades he de decir,
Que el callarme es mucha gresca.
Pues ya llegué á conocellos,
Quedémonos, voto á tal,
Ellos gobernando mal,
Y yo murmurando de ellos.

Gab. Mira, vete con cuidado,
Que hay en España castillos.

Lope. Sí, pondrán á mis piés grillos,
Mas no á mi boca un candado.

Gab. ¡Bah! La suerte de los dos
Que hoy se mejore confio.

Aquil. ¿De veras?
Lope. Calor ni frio
Me entra por...
Aquil. Dime, por Dios.
Gab. ¿Os acordais de Orendana?
Aquil. ¿El que es oficial mayor
De...?
Gab. Ese mismo.
Aquil. Un buen señor.
Lope. ¡Bribon! ¡Le tengo una gana!
Gab. Con él estudiamos juntos,
Y era de los tres amigo.
Aquil. Sí, sí, jugaba conmigo.
Lope. Siempre le ponian puntos.
Gab. Hoy vendrá á comer aquí;
Y por lo mismo os convido.
Lope. ¿Sí...? Pues me marcho.
Aquil. ¿Qué he oido?
¿Mi amigo Gonzalo?
Gab. Sí.
Lope. Quedad con Dios.
Gab. ¿Dónde vas?
Lope. No quiero verle.
Gab. ¡Qué necio!
Lope. Le aborrezco, le desprecio.
Aquil. Vaya, riguroso estás.
Repito que es buen señor;
Y aunque su orgullo condeno,
Le basta para ser bueno
El ser oficial mayor.
Lope. Le tengo por un zoquete.
Aquil. Pues cuando en la escuela estaba,
Decias, si me cascaba:
Ese muchacho promete.
Lope. Ahora es rico y era pobre:
¿Cómo tan pronto ha podido?...
Aquil. Los empleos, ya es sabido,
En oro truecan el cobre.
Lope. Dicen que toma regalos
Por los destinos que da.
Aquil. Eso mal hecho será,
Si los destinos son malos.
Lope. Si las faldas se interesan,
No hay cuidado, cera es.
Aquil. ¿Quieres sea descortés
Con las que al mundo embelesan?
Lope. Si es que no miente la fama,
Tambien le protege alguna.
Aquil. Mucho que sí: su fortuna
La debe toda á una dama;
Y esa es muy fundada queja:
Solo en él eso critico;
Pues siendo yo mejor chico,
No hallo una que me proteja.
Gab. ¡Cómo! ¿Qué dices? ¿De veras?
Lope. Lo sabe todo Madrid.
Gab. Mas ¿quién es ella?... Decid.
Lope. La condesa de Figueras.
Aquil. Camarera favorita
De la reina.
Gab. ¡Y es posible!
Aquil. Dicen que es bella y sensible.
Gab. ¡Dios mio! (¡Pobre Clarita!)
(*Aparte.*)

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA CLARA.

Clara. Un coche paró á la puerta:
Sin duda será el amigo.
Gab. Sí, será... Vamos...
Aquil. ¿Tan pronto?
¡Valgame Dios, qué descuido!
A verle voy, y no traigo
Siquiera un memorialito.
Oye, Gabriel.
Gab. ¿Qué me quieres?
Aquil. ¿Sin duda tendrás avíos
De escribir?
Gab. ¿No he de tener?
¿Necesitas...?
Aquil. Te suplico
Me dejes...
Gab. Podrás...
Aquil. Muy bien... sí... solito
Será mejor.
Gab. ¿Qué pretendes?
Aquil. Cuatro renglones ó cinco.
Quiero que vea mi letra.
Gab. ¿Gonzalo?
Aquil. Sí.
Gab. Ya adivino:
¿Un memorial?
Aquil. La ocasion
Aprovechar es preciso.
Gab. Bien.—Y tú, Lope, ¿no quieres?...
Lope. ¿Yo memoriales?... Pues digo
Que es mi genio para... Mas
Habia echado en olvido
Que me es forzoso escribir
Un par de cartas: lo mismo
Da aquí que en mi casa.
Gab. Pues
Yo os guiaré.
Aquil. Ya te sigo.
Gab. Clarita, si es Orendana,
Que me avisen. (*Vanse.*)

ESCENA IV.

DOÑA CLARA, JUAN, LUEGO DON GONZALO.

Clara. ¡Ay, Dios mio! (*Sola.*)
A verle voy... De temor,

De gozo apenas respiro. (*Sale Juan.*)
Juan. Don Gonzalo de Orendana.
(*Anunciando.*)
Clara. Pase adelante.
(*Sale don Gonzalo.*)
Gonz. ¡Qué miro!
¡Clarita! (*Saluda.*)
Clara. ¡Amigo!... (*Saludando.*)
Avisad (*A Juan.*)
Luego á mi hermano.
Gonz. Os suplico
No le incomodeis.
Clara. Tendrá
Sumo placer...
Gonz. Ya le he visto;
Y en tan grata compañía
Goza, esperando, un amigo. (*Vase Juan.*)
Clara. ¿Luego lo sois siempre?
Gonz. En esto
La duda es agravio.
Clara. Estimo
Tanta fineza... Sentaos.
Gonz. Permitid...
(*Da una silla á doña Clara y él toma otra.*)
¡Qué nuevo hechizo
Han derramado los cielos
En ese rostro divino!
Años ha que en triste ausencia
Privado de vos suspiro,
Y vuestra beldad con ellos
En perfeccion ha crecido.
Esos ojos me parecen
Mas tiernos, mas expresivos,
Y hora sus rayos añaden
Nuevo ardor á mi cariño.
Clara. Bien se ve que el cortesano
Lenguaje habeis aprendido,
Pues el labio lisonjero
Es del pecho tan distinto.
Tambien vos, si no me engaño,
Mudanzas habeis tenido...
No hablo, no, de las que elevan
Tan alto vuestros destinos,
Y por las que cordialmente,
Caballero, os felicito...
Mas á par de la fortuna,
Vuestro amor tambien ha ido,
Ella subiendo á los cielos,
Él bajando hasta el abismo.
Gonz. ¡Qué injusta sois!... Es verdad:
En medio del torbellino
Que hoy arrastra mi existencia,
Ni siquiera yo á mí mismo
Me pertenezco... Mil veces
Me es fuerza dar al olvido
Mis mas íntimos afectos,
Hasta mi dicha... Albedrío
No tiene el que como yo
Se halla al triste carro uncido
De este afanoso gobierno
Al que como esclavo sirvo.
Pero no dudeis que aquí
Viven siempre mis amigos,
Y siempre...
Clara. No os apureis:
Disculpas no necesito:
Ni soy tan necia que ignore,
Por mas que duela el decirlo,
Lo que va de ayer á hoy,
Lo que hay desde el pobre al rico.
Quien es ya tanto, y mañana
Tal vez se vea ministro,
Mal puede, ni bien le está,
Guardar afectos mezquinos.
Gonz. No así, Clara, os humilleis:
Tan brillantes atractivos,
Para quien sabe apreciarlos,
Hasta de un trono son dignos.
Clara. Lisonjero estais... y advierto
Que escaso siendo en escritos,
Sois en las palabras largo.
Gonz. Lo direis porque...
Clara. Lo digo
Porque algo de eso pudiérais
En el papel haber dicho;
Y el que ausente calla tanto,
Siendo tan ponderativo,
Prueba muy poco de amante,
Y mucho de olvidadizo.
Gonz. Suele el sol, bien lo sabeis,
Bajo la tierra escondido,
En noche larga y oscura
Hacer olvidar su brillo;
Mas luego que en la mañana
Bello, ardiente, puro y limpio,
Se alza sobre el horizonte
Con resplandores mas vivos,
Con nuevo ardor nos postramos
Ante sus rayos divinos.
Noche ha sido vuestra ausencia,
Fué olvidaros desatino;
Mas sale el sol otra vez,
Y ante él otra vez me rindo.
Clara. ¿Poeta os habeis tornado?
Permitid que os diga, amigo,
Que amor que así de metáforas
Anda á caza, no es cariño.
Mas siguiendo la alusion,
Tambien cuando al cielo miro,
Encuentro en la noche estrellas,
Y una luna cuyo disco
Con luz apacible y grata
Reemplaza al sol escondido.
Gonz. Pero ante él desaparecen
Luego que...

Clara. ¿Con que adivino?
¿Luna ha habido?
Gonz. Por Dios, Clara,
Dejemos... Os lo repito:
Los negocios, mis deberes,
Fueron tan solo el motivo...
Clara. Turbado estais.
Gonz. No por cierto...
Pero...
Clara. Mi hermano. (*Se levantan.*)

ESCENA V.

DICHOS, DON GABRIEL.

Gab. Querido,
¿Tú aquí? No me han avisado.
Clara. Lo mandé; pero no quiso.
Gonz. En tan bella compañía...
Gab. ¿Bien puede esperarse?
Gonz. Fijo.
De verla estoy admirado.
¡Cuánto, amigo, ha embellecido!
Hecha está un ángel.
Gab. Lisonja.
¿Vienes á comer conmigo?
Gonz. Sin duda: lo prometí;
Y á no llamarme el ministro...
Gab. Tambien están convidados
Unos amigos antiguos.
Gonz. Me alegro. Recordaremos
El dulce tiempo en que niños,
Tal vez, con menos grandezas,
Mucho mas dichosos fuimos.
Gab. Bien dicho.—¿Está ya la mesa?
(*A Clara.*)
Clara. Algo falta.
Gab. Pues prontito:
Ve sin tardanza á avivar...
Clara. Luego estará todo listo;
Pues quiero quede prendado
De mi esmero nuestro amigo. (*Vase.*)

ESCENA VI.

DON GONZALO, DON GABRIEL.

Gonz. ¡Divina!
Gab. Suspenso estás.
¿Que es lo que así te distrae?
Gonz. Perdona, amigo; admiraba
Aquel garbo, aquel donaire...
Gab. ¡Bien por Dios! Para un ministro,
O poco menos, es grave
La ocupacion.
Gonz. ¿Por ventura
El tierno afecto olvidaste
Que en otro tiempo...
Gab. ¿Quién piensa
Ya en delirios semejantes?
Amor de niños es flor
Temprana que por la tarde
Ya está marchita.
Gonz. ¿Y no queda
Nada?
Gab. Amistad... y es bastante.
(*Apretándole afectuosamente la mano.*)
Gonz. ¡Ah, Gabriel!
Gab. ¿Qué?
Gonz. ¡Cuál te engañas!
Aun tal vez ese amor arde.
Gab. Entonces, lo siento, amigo:
Tendré otra vez que ausentarme.
Gonz. ¿Qué dices?
Gab. Que consentir
En tu afecto no me es dable.
Gonz. ¿No...? ¿Por qué?
Gab. Tu posicion...
La nuestra...
Gonz. ¿Ese agravio me haces?
¿Cabe en mí tan necio orgullo?
Gab. No... mas otras causas...
Gonz. ¿Cuáles?
Gab. Respóndeme con franqueza.
¿Puedo sin temor confiarte
La dicha de Clara?
Gonz. Y qué,
¿Dudas?
Gab. Ya que haces alarde
De esa pasion... ¿es la sola
Por la cual tu pecho late?
Gonz. ¿Qué dices?
Gab. Nadie el orígen
De tu suerte ignora, nadie.
Dicen que cierta condesa...
Gonz. ¡Cielos!
Gab. ¿Te turbas?
Gonz. ¡Infames!
Y ¿han osado...?
Gab. ¿Con que es cierto?
Gonz. Pues bien... no quiero ocultarte...
Es cierto... sí. — Bien te acuerdas;
Llegué á Madrid miserable,
Sin apoyo en mi desgracia,
Ni esperanza en mis afanes.
Un acaso — largo fuera
Este suceso contarte —
Me dió luego á conocer
A esa mujer... Era un ángel
Para mí entonces... Hermosa,
Tierna, sensible y amante,
En el abismo en que estaba
Me tendió mano amigable.
No sé si fué gratitud,
Si fué amor... si tuvo parte

La ambicion... ello es que en breve
A sus piés logró postrarme.
Perdona, amigo, perdona:
No estaba Clara delante.
Gab. Y ¿dura ese lazo?
Gonz. Dura
Por mi mal.
Gab. ¿Ya te cansaste?
Gonz. Esa cadena ominosa
Me es pesada, insoportable.
Quiero romperla, y no puedo:
La gratitud me retrae.
Y sin embargo, es preciso.
Esa mujer tan amable
En otro tiempo, es ahora
Un cruel tirano que atarme
Pretende al yugo, y juguete
De sus caprichos me hace.
Por ella he de respirar:
Mi voluntad sujetarse
Debe á la suya: su antojo
Hasta en los negocios graves
Del gobierno, ha de ser ley
Ante la cual todo calle.
Vana, imperiosa, no quiere
Amor: quiere que me arrastre
A sus plantas, que la sirva,
Y ella despótica mande.
Gab. ¡Ah! ¿compraste tu fortuna
Con tan torpe vasallaje?
¡Infeliz!
Gonz. Infeliz, sí...
Y ¡si estas penas bastasen!
Pero hay otras...
Gab. ¡Otras!
Gonz. Todos
Me envidian... ¡Necios...! No saben
Que este oropel que deslumbra
Capa es solo de pesares.
Gab. ¿Qué escucho...? ¡Tú!
Gonz. Fiel amigo,
Ahora á tí mi pecho se abre.
Allí donde acaso piensas
Me cercan felicidades,
Nada veo, nada alcanzo,
Que mi existir no acíbare.
¿Tengo riquezas...? son pocas.
¿Empleos...? miro delante
Otros mas altos, y es fuerza
Que en asaltarlos me afane.
Tú solo ves los honores
Que logro... yo, miserable,
Solo para el que me falta
Ojos tengo perspicaces.
Gab. ¿Hay alguno, por ventura,
Que el cardenal no te alcance?
Gonz. ¡El cardenal! ¿Piensas tú
Que con él estoy en auge?
Te engañas... Pronto en mandar,
Es tardo en recompensarme.
¿Podrás creerlo? Ayer mismo,
Tras un trabajo importante,
Le pedí... lo que ya tienen
Otros mil que nada valen...
Un hábito, una encomienda...
Pues me la negó el infame.
Gab. Pero...
Gonz. Sé que me aborrece;
Y es que teme le reemplace.
Hace bien... no estoy muy lejos...
¿Hemos de dejar nos mande
Siempre un extranjero, el hijo
De un hortelano, de un nadie?
No, no consiente el orgullo
Español que así le ultrajen.
Gab. No lo consiente... Y ya es fuerza
Que ese valimiento acabe.
Y acabará, no lo dudes...
Yo sé que no está distante.
Gonz. ¡Cómo...! ¿Qué dices...? ¿Acaso
Sabes algo...? Di... no tardes.
Gab. Sí, algo sé... Tú eres mi amigo,
Y es preciso que te salve.
Gonz. ¡Salvarme...! ¿A mí...? ¿Qué hay...? Por Dios,
¿Qué riesgo puede cercarme?
Gab. Escucha... De ese ministro
Los desacertados planes
Han sublevado en su daño
A toda Europa.
Gonz. No obstante,
Le temen.
Gab. Francia, Inglaterra,
Han resuelto derribarle.
Gonz. Mas tiene el favor del rey.
Gab. El rey cede á los embates
De su confesor.
Gonz. ¿Qué dices?
Gab. Han sabido ya ganarle.
Gonz. Pero mientras de la reina
El apoyo no le falte...
Gab. Faltará.
Gonz. No puede ser.
Gab. Tenlo por cierto.
Gonz. Y ¿si cae
Alberoni?
Gab. Mucho temo
Que en su caida te arrastre.
Gonz. ¡Cielos!
Gab. Unete á nosotros;
Es el medio de salvarte.
Gonz. Pero ¿cómo?
Gab. Con mi pluma
Pienso empezar el combate.
En una memoria debo
Hacer presentes los males

Que ese imprudente ministro
Causa á España... Puedes darme
Los datos y documentos
Que para hacerla me falten.
Nuestros amigos sabrán
Este servicio importante.
Conservarás tu destino...
Y aun tal vez... En este lance
Mas de una secretaría
Habrá de quedar vacante...
Y tus talentos, tu celo...
Mas gente viene... Esta tarde
Podremos de sobremesa
Tratar... ¡Cuento con que guardes
Este secreto!
Gonz. Bien puedes
Tener confianza en que calle.

ESCENA VII.

Dichos, Don LOPE, Don AQUILINO.

Gab. ¡Ah! nuestros amigos son.
Aquil. Ya escribí mi memorial:
(*Aparte, al salir, guardando un papel.*)
La letra no salió mal.
Lope. Allí está... ¡Qué farfanton!
(*Aparte.*)
Gab. ¿Los conoces? (*A don Gonzalo.*)
Gonz. Tengo idea...
Aquil. Soy Aquilino.
Gonz. Sí, sí.
¡Oh! bien te conozco á tí.
¿Estás bueno?
Aquil. (¡Aun me tutea!)
(*Aparte.*)
Famoso... Y ¿vos?
Gonz. ¿Cómo, vos?
¿Qué modo de hablar es ese?
Aquil. ¿Cómo quereis que me exprese?
Gonz. ¡Eh! tú por tú, vive Dios.
Aquil. ¡Tú por tú...! ¡Modelo insigne
De amistad!
Gonz. Dame un abrazo.
(*Se abrazan los dos.*)
Aquil. ¡Dulce, delicioso lazo!
¡Que todo un mayor se digne...!
Gonz. Mas ¿no es Lope?
(*Reparando en don Lope.*)
Lope. El mismo soy.
Gonz. ¡Calle! Parece salido
De un cuadro viejo.
Lope. Vestido
Segun se me antoja voy.
¡Bueno es que han de criticar...!
Gonz. ¿Siempre mal genio, gruñon?
Lope. Pero sano el corazon.
Gonz. Y ¿te estás sin abrazar
A tu amigo?
Lope. ¡Vaya en gracia! (*Se abrazan.*)
La verdad, yo te creia
Mas engreido.
Gonz. Podria
Estarlo... Tu perspicacia
Conoce bien que en el puesto
A que me encuentro elevado,
De mil honores cercado,
Pudiera hallar un pretexto
Para... Mas no: ni el favor
Del ministro, ni el respeto
De que do quier soy objeto;
Ni aun el brillo seductor
De una corte que me aclama,
Y porque tal vez augura
Ya mi grandeza futura
Alza á los cielos mi fama;
Nada de esto vanidad
Infundir puede á mi pecho,
Cuando me hallo satisfecho
En brazos de la amistad.
Lope. ¡Ay, ay, ay! Fuí una bestia
(*Aparte.*)
En creer... Todo al revés;
Su orgullo pasa al través
De su fingida modestia.
Gonz. De esta importuna distancia
Que nos aleja, á pesar,
¡Cuán grato me es renovar
Los recuerdos de la infancia!
¡Dichosa edad! Aun presentes
Tengo en la memoria mia
Sus palabras, su alegría,
Y sus juegos inocentes.
Aquil. Enternecido me siento,
Y lloro como un chiquillo.
Gonz. ¡Cuál aquel tiempo sencillo
Lleno estaba de contento!
Aquil. (Favorable es la ocasion: (*Ap.*)
Le hallo propicio, jovial...
Desenvaino el memorial,
Y entablo mi pretension.)
Amigo, si me atreviera...
(*Alto, sacando su solicitud del bolsillo.*)
Gonz. ¿Qué es eso?
Aquil. Es un papelito.
Gonz. ¡Un papel!
Aquil. Sí... me permito...
Ya que tu amistad sincera
Me da aliento... pretender...
Gonz. ¡Solicitudes! ¡Qué horror!
Aprovechemos mejor
Este instante de placer.
Fuera negocios... Pensemos
Solamente en la amistad
Que nos une; y por piedad,
Los papelotes dejemos.

Aquil. Con todo, no estorbaria
Echártelo en el bolsillo :
Es para cierto empleillo...
Gonz. ¡ Quita allá... ! ¡ Qué tontería !
Desde mañana podreis
Ir á mi casa : sus puertas
Para vosotros abiertas
A cualquier hora hallareis.
Aquil. ¡ Qué amabilidad ! ¡ qué agrado !
Gonz. Ya que al fin os vuelvo á ver,
No acibareis el placer
De encontrarme á vuestro lado.
Aquil. Ya de tan bueno se pasa. (*Ap.*)
¿ Qué le costaba tomar...?
Guardemos... Sin mas tardar
Iré mañana á su casa.
(*Guarda otra vez el memorial en el bolsillo.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, DOÑA CLARA.

Clara. Señores, cuando gusteis ;
La sopa está ya en la mesa.
Lope. ¡ Oh ! Santa palabra es esa.
Gab. Vamos luego.
Gonz. Si gustais...
(*Ofreciendo la mano á doña Clara.*)
Clara. Gracias. (*Aceptándola.*)
Gonz. Con vuestra licencia.
(*Dirigiéndose á la puerta con doña Clara.*)
Aquil. ¡ Qué fino... ! Mas ¡ voto á tal !
(*Aparte.*)
¡ No tomar mi memorial !
Vamos á comer... ¡ Paciencia !

ACTO SEGUNDO.

Sala adornada con suma elegancia. Puerta á la derecha del actor, por la cual se entra de la calle. Otra puerta al foro que da paso á las habitaciones interiores de la casa. A la izquierda otras dos puertas : la una es la del gabinete de don Gonzalo, y la segunda, mas hácia el foro, da á una habitacion reservada. Mesa con escribanía. Entre las dos puertas de la izquierda, un tremó con mesa ó chimenea, y un reloj. Esta decoracion sirve para los demás actos. Al principio de este se ven, sobre algunas sillas, la casaca, el sombrero, el espadin y los guantes de don Gonzalo.

ESCENA PRIMERA.

DON LOPE, DON AQUILINO, TORIBIO.

(*Están los tres disputando á la entrada.*)

Tor. Que no está el amu les digu.
Aquil. Amiguito, yo bien sé
Que está en casa.
Tor. Está y no está :
Segun y conforme, pues.
Aquil. Somos muy amigos suyos.
Tor. Amigus tiene á granel.
Aquil. Nos ha mandado venir.
Tor. Esu podrá muy bien ser.
Aquil. Pues entonces...
Tor. Ya me enfadu :
En la antesala se esten.
Lope. ¡ Eh! vámonos. De ese bruto
No has de sacar nada.
Aquil. ¡ Qué!
Si es muy amable.. ¿ No es cierto ?
Tor. Y ¿ qué se le importa á él ?
Aquil. Mucho que sí... Con que...
Tor. Atrás.
Aquil. Sí, aquí estaremos...
Tor. ¿ Non ven
Que este es el cuartu del amu?
Aquil. Por lo mismo.
Tor. ¡ Qué moler !
Atrás digu.
Aquil. ¿ Qué mas da?
Tor. ¿Si agarru una tranca?

ESCENA II.

DICHOS, FRANCISCO.

Franc. ¡ Eh !
¿ Qué es eso ?
Tor. Estus hombres...
Franc. ¿ Cuando
Aprenderás á tener
Crianza ?
Tor. Es que...
Franc. Estos señores
Se dice, bárbaro.
Aquil. Bien.
Este es otro hombre. (*A Lope.*)
Tor. Es que dale
Con que han de entrar.
Aquil. Ya se ve
Que sí... Somos amigotes
De don Gonzalo ; y porque él
Lo ha dicho, venimos.
Tor. Comu
Si non dijera á otros cien
Lo mismu, y jamás...

Franc. ¡Eh! Calle.
¿Pues se habian de atrever
Personas de tan buen porte
A decir lo que no es?
Aquil. Ya se ve que no.
Franc. Yo creo
Que amigos deben de ser
Pues lo dicen.
Aquil. Y muy grandes.
Franc. Ni el amo puede ¿entendeis?
Cosas que no ha de cumplir
A ninguno prometer.
Aquil. Este sí que es buen criado.
Franc. Mas yo espero que á su vez
Se harán cargo estos señores
De la razon, y exponer
No nos querrán á que el amo
Nos reconvenga... Así, pues,
No estando hoy su señoría
Visible, les rogaré
Que dispensen y que vuelvan
Mañana... pasado... — ¿Ves,
(*Bajo á Toribio.*)
Majadero? Esto es hablar.
Aquil. Sí... pero...
Tor. ¡Tiene un aquel! (*Aparte.*)
Aquil. Veo visiones.
Lope. Lo dije:
¡Si esto tenia que ser!
Franc. Con que, señores...
(*Empujándolos hácia la puerta.*)
Aquil. Oid...
Un momento...
Franc. No podré...
Lope. ¡Hacerme venir para esto!
Hecho estoy un Lucifer.
Tú tienes la culpa. (*A Aquilino.*)
Aquil. ¿Yo?
Pero le aseguro á usted
Que él mismo...
Franc. Sí... no lo dudo...
Lo creo... Mas mi deber...
Mi responsabilidad...
Lo siento... pero otra vez...
Tened la bondad... Yo mismo
A acompañaros saldré...
(*Los continúa acorralando hácia la puerta con muchas cortesías.*)
Aquil. Mil gracias... lo estimo... ¿Cuándo
Podremos...?
Franc. Cuando gusteis.
Bésoos la mano... Id con Dios...
Que volvais celebraré.
(*Los echa fuera, y les da con la puerta en la cara. Se vuelve luego con aire de importancia hácia Toribio.*)
Ya lo has visto, majadero;
Esto se llama tener
Buen modo. Con todo el mundo
Gastar palabras de miel;
Adquirir reputacion
De bien hablado y cortés.
¿Sueltan la mosca? Adelante.
¿No sueltan? Hasta mas ver.
Se sirve al que da: al que no,
Lo que con estos.
Tor. Muy bien.
Aprenderélu.
Franc. No olvides
La leccion... Y hasta despues.
(*Vase Toribio.*)

ESCENA III.

DON GONZALO, FRANCISCO.

(*Sale Orendana con bata.*)

Gonz. ¿Y bien, Francisco?
Franc. Señor...
Gonz. ¿Ha venido don Gabriel?
Franc. No, señor.
Gonz. Pues en viniendo,
Que entre al momento.
Franc. Está bien.
(*Vase Francisco. Don Gonzalo se sienta.*)

ESCENA IV.

DON GONZALO.

Impaciente ya le espero.
Con los datos que le he dado
La memoria habrá acabado.
El tiro será certero.
Sí, sí, señor cardenal,
Yo me vengaré de vos,
Puesto que osais, vive Dios,
Premiar mi celo tan mal.
¿La encomienda me negais?
Favor con favor se paga·
Vereis cuán presto se apaga
Ese brillo que ostentais;
Y luego que el puesto ocupe
Do estais, deciros podré:
Lo que por vos no alcancé,
Por mí conquistarlo supe.
Roto habeis con tal desprecio
De un vil respeto la traba;
Antes mi ambicion dudaba,
Dudar ya fuera ser necio.
Subamos... Mas la condesa
Toda mi dicha acibara...
¡Ah! solo aquí, ya de Clara
Llevo la imágen impresa...

¡Qué hermosa estaba! Al mirar
Su hechizo, mi corazon
Volvió á la antigua pasion...
¡Cómo la pude olvidar!
Y ella me ama todavía,
Bien ayer lo conocí...
Necio, alejemos de mí...
Tal pasion me perderia.
¡Yo amar!... ¡Atroz desatino!
Medraré sin duda alguna,
Si andando tras la fortuna
Amor me sale al camino.

ESCENA V.

Don GONZALO, Don GABRIEL, FRANCISCO.

Franc. Don Gabriel de Solís. (*Anunciando.*)
Gonz. Bueno, (*Levantándose.*)
Que entre al punto.
(*Vase Francisco : sale don Gabriel.*)
Te esperaba,
Amigo, con impaciencia.
Y bien, ¿tienes acabada
La memoria?
Gab. Aquí la traigo.
Mira. (*Saca un cuaderno.*)
Gonz. Muy bien.
Gab. Algo larga;
Pero...
Gonz. No importa : el asunto
Lo exige : tela cortada
Aun habria para mas.
Gab. He querido antes de darla
A la prensa, que despacio
La leas.
Gonz. Pues sin tardanza
Vamos...
Gab. No: lejos de aquí
Cierto negocio me llama.
Quédate con ella : á solas
Podrás luego examinarla.
Gonz. Mejor será... ¿Dónde piensas
Imprimirla?
Gab. Pienso en Francia.
Gonz. Sé de una imprenta secreta
Donde con toda confianza
Podrás...
Gab. ¿Sí? Pues lo prefiero.
Gonz. Yo hablaré al dueño.
Gab. Y ¿quién saca
La copia? Pues no quisiera
Que mi letra...
Gonz. Es cierto.
Gab. Aguarda...
Acaso nuestro Aquilino...
Gonz. Tienes razon...
Gab. Con la gracia
Que tiene... Ya sabes.
Gonz. Sí:
La que ayer tarde contabas.
Gab. Fuera de ser muy callado,
Ni aun notará...
Gonz. ¡Cosa rara!
En fin, mejor que otro alguno
Será él... ¿Sabes su casa?
Gab. Él y Lope están ahí.
Gonz. ¿Han venido?
Gab. Se marchaban;
Mas yo los hice volver;
Esperan en la antesala.
Gonz. Muy bien.
Gab. Hasta luego.
Gonz. Abur.
Gab. ¡Ah! toma : se me olvidaba
Volverte...
Gonz. ¿Los documentos?
Gab. Y tus notas.
Gonz. Bueno... ¿Nada
Se ha extraviado?
Gab. No... A Dios. (*Vase.*)

ESCENA VI.

Don GONZALO, FRANCISCO.

Gonz. ¡Francisco!
Franc. ¡Señor!
Gonz. Que traigan
El chocolate.
Franc. Voy luego.
Gonz. ¡Ah! Dos sugetos que aguardan
Ahí fuera...
Franc. Es verdad... Dijeron
Que es usía quien los llama.
Gonz. Sí... Que entren luego.
(*Vase Francisco. Don Gonzalo se sienta y se pone á leer el manuscrito.*)
Veamos
Cómo empieza.—Buena entrada :
Me gusta... Tiene una pluma
Este buen Solís que pasma.

ESCENA VII.

Don GONZALO, Don LOPE, Don AQUILINO, FRANCISCO.

(*Don Gonzalo continúa leyendo sin reparar en nada. Don Aquilino y don Lope salen sin hacer ruido.*)

Aquil. Al fin logré colarme,

Y es preciso con gracia presentarme;
Que aunque es tan buen amigo,
Siempre de urbanidad las reglas sigo.

Lope. ¡Que tan débil yo sea,
Que aquí cual pretendiente hora me vea,
Tan solo por seguirte!

Aquil. Hazme el favor, amigo, de no irte;
Pues tengo el genio corto,
Y en viéndome solito ya me corto.

Lope. ¡Nos recibe sentado!

Aquil. En algun grave asunto está engolfado.

Gonz. ¡Qué lógica! ¡qué estilo! (*Leyendo.*)

Lope. ¡Ni aun repara en nosotros!

Aquil. En un hilo
Tengo el alma... Es forzoso
Acercarme... ¡Amiguito!

Gonz. ¡Primoroso! (*Leyendo.*)

Aquil. ¡Gonzalo!

Gonz. ¡Es un portento
Este trozo!

Aquil. ¡Amiguito!

Lope. Yo me siento. (*Tomando una silla.*)

Aquil. ¿Qué haces, hombre?... Hazte cargo...

Lope. Aguardo á que despierte del letargo.

Gonz. ¿Quién es?... ¡Ah! Buenos dias,
Aquilino... Pensé que no venias.

Aquil. ¿Yo no venir? ¡Oh cielo!
Cuando era el verte mi mayor anhelo.

Gonz. ¿Y Lope?

Lope. Está presente.

Gonz. ¡Ah!
(*Reparando en él y admirándose de verle sentado.*)

Lope. Felices, amigo.

Gonz. ¡Impertinente! (*Aparte.*)
Siéntate. (*Con ironía.*)

Lope. Por si es pulla,
Lo estoy... No he de quedarme como grulla.

(*Sale Francisco con el chocolate y le coloca sobre la mesa*)

Franc. ¡Señor!

Gonz. Bien.—Con permiso. (*A Lope y á Aquilino.*)
¿Si gustais?...

Aquil. Buen provecho.—(Ahora es preciso, (*Aparte.*)
Pues la ocasion es buena,
Cogerla sin tardar por la melena.)

(*Don Aquilino saca su memorial. Don Gonzalo sigue tomando el chocolate sin hacer gran caso de los dos amigos.*)

Gonz. Y bien, amigos mios,
¿Qué hay de bueno?

Lope. No sé. (*Con sequedad.*)

Aquil. Con estos frios
El estanque se ha helado.

Lope. ¡Gran novedad! ¿Y no se ha publicado
En la Gaceta?

Aquil. (El pliego (*Aparte.*)
Es este... Antes que acabe se le entrego.)
¡Amigo!...

Gonz. Y de la guerra,
¿Qué dicen por ahí? ¿Con Inglaterra
Habrá paz?

Aquil. Dios lo haga.
¡Oh! ¡la guerra! ¡la guerra! ¡es una plaga!
Aquí traigo...

Gonz. Sospecho
Que eres un estadista de provecho.

Aquil. Sí... Con esa confianza...

Gonz. ¿Y qué hablan de la cuadruple alianza?

Aquil. ¿La cuadruple?

Lope. Si ignora...

Aquil. Dicen que está muy buena esa señora.

(*Se echan á reir don Gonzalo y don Lope.*)
¡Qué demonios de risa!
(Ya acabó.) (*Aparte.*)

(*Don Gonzalo acaba de tomar el chocolate, se levanta y dice á Francisco:*)

Gonz. Vamos tú, vísteme á prisa.
Perdonad la franqueza:
Os trato como amigos.

Aquil. ¡Qué llaneza!

Lope. Esto pasa de raya.

Aquil. Y no le entrego el memorial... ¡mal haya!... (*Aparte.*)

Gonz. ¡Qué torpe estás, maldito! (*A Francisco.*)

Aquil. Te ayudaré, si quieres, un poquito.
(*Le ayuda á ponerse la casaca.*)

Gonz. Gracias.

Aquil. He sido paje.

Gonz. El espadin.

Franc. No le hallo. (*Buscándole.*)

Gonz. ¡Qué coraje!

Aquil. No te enfades por eso.
Toma.
(*Cogiéndole de donde está, y dándosele.*)

Lope. Para eso sirve este camueso. (*Aparte.*)

Gonz. Eres muy bien muchacho.

Aquil. Siempre fuí servicial y vivaracho.
(¡O cuánto tiempo pierdo!... (*Aparte.*)
Entreguemos...)

Gonz. Ahora que me acuerdo:

Si no me han engañado,
Tienes muy buena letra.
Aquil. La he cursado
Bastante. ¿Quieres verla?
Aquí traigo... (*Le da el memorial.*)
Gonz. Muy bien.
Aquil. Soy una perla
Para esto de...
Gonz. Me agrada.
Aquil. Con tanta habilidad no gano nada.
Gonz. Quieres ser mi escribiente?
Lope. ¡Famoso empleo!
Aquil. No hay inconveniente...
Gonz. Casa tendrás, y mesa;
Cien doblones al año; y la promesa
Te hago de un buen empleo.
Aquil. Colmas con eso, amigo, mi deseo.
Gonz. Pues quedas instalado.
Luego que haya este escrito revisado
Una copia pretendo
Que saques al instante.
Aquil. Eso corriendo.
Ya soy feliz, amigo. (*A Lope.*)
Lope. Te doy la enhorabuena.
Gonz. A Dios.
Aquil. ¿Te sigo?
Gonz. No... Mas escucha. (*Volviendo.*)
Aquil. Escucho.
Gonz. Eres mi amigo.
Aquil. Sí.
Gonz. Te quiero mucho.
Pero ya te haces cargo
Que entre los dos ahora el trecho es largo.
Sin ser yo vanidoso,
Guardar cierto decoro me es forzoso;
Y oyera criticarme
Si te vieran aquí de tú tratarme.
Aquil. ¡Ah!
Gonz. Desde este momento
Acostúmbrate á darme el tratamiento.
No es cosa tan molesta,
Y decir señoría poco cuesta.
Aquil. Ya... ya...
Lope. Dios guarde á usía,
Mi señor don Gonzalo.
Gonz. ¡Ah! no advertia...
(*Volviendo y con despego.*)
Abur... Sabes la casa:
Cuando gustes venir...
Lope. La ira me abrasa.
(*Aparte.*)
Gonz. Como ahora lo has sido
En ella serás siempre recibido. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

DON LOPE, DON AQUILINO.

(*Don Lope furioso, y don Aquilino muy contento pasean con paso largo la escena, cruzándose repetidas veces.*)

Lope. Estoy volado, furioso.
Aquil. Ya tengo, en fin, lo que quiero.
Lope. ¡Estos los amigos son! [bueno!
Aquil. ¡Qué hombre tan noble, tan
Lope. ¡Recibirnos de este modo!
Aquil. ¡Darme á mí tan buen empleo!
Lope. ¡Tratarnos con tal orgullo!
Aquil. ¡Su escribiente nada menos!
Lope. ¡Tengo una rabia!
Aquil. ¡Con casa!
Lope. Me da intencion...
Aquil. ¡Y el cubierto!
Lope. Es un vil.
Aquil. ¡Y cien doblones!
Lope. ¡O qué furor!
Aquil. ¡Qué contento!
Lope. ¿No es verdad que es un tunante,
(*Asiendo fuertemente por el brazo á Aquilino.*)
Un mal hombre, di, no es cierto?
Aquil. ¿Quién?
Lope. Orendana.
Aquil. No tal:
Es amigo verdadero.
Lope. ¿Estás satisfecho de él?
Aquil. Sí, lo estoy: muy satisfecho.
Lope. Anda; que eres un pobre hombre.
Aquil. Poco á poco, caballero:
No hay que insultarme. Yo soy...
Lope. Un cuitado.
Aquil. ¿Cómo es eso?
Lope. Un mentecato.
Aquil. ¡Cuidado!
Lope. Un tonto.
Aquil. ¡Por vida!
Lope. Un necio.
Aquil. Como me llegue á enfadar...
Lope. Merecias...
Aquil. ¿Qué merezco?
Lope. Ser...
Aquil. ¿Qué?
Lope. ¿Lo digo?
Aquil. Sí: dilo.
Lope. Escribiente no: portero. (*Vase.*)

ESCENA IX.

DON AQUILINO.

Ya se ve que lo seria,

Y á dos manos tomaria,
Sin que me importase un rábano,
El ser portero mayor:
Que es empleo de provecho,
Y entre velas de desecho,
Papel, gajes, y otras cúbicas,
Hecho estuviera un señor.
Mas aquí tengo mi avío:
¡O qué fortunon, Dios mio!
Salióme esta vez mi cálculo,
Y Dios me ha venido á ver.
Aunque el suelo es algo exiguo,
Que hay provechos averiguo;
Y si entiendo la farándula,
Podré triplicar mi haber.
Es una mina palacio;
¡Y mi humilde cartapacio
Con ministeriales rúbricas
Tornárase un Potosí!
Sino, cuéntelo mi amigo:
Él era un pobrete... y digo:
Miren si con linda mónita
Supo hacer su agosto aquí.
No tengo ambicion de gloria;
Y dar vueltas á una noria
Debe el que con bulla y trápala
Aspira al favor real;
Mas un empleito bobo
Donde en mi silla me arrobo
Y cobro puntual las nóminas,
Es la dicha celestial.
Y si amor al fin me pica,
Y encuentro una novia rica
Brindándome con su tálamo
Entre holandas y cambray,
Me dormiré sin orgullo
De su voz al blando arrullo;
Y olvidando al munto estólido
Seré feliz si los hay.

ESCENA X.

DON AQUILINO, LA CONDESA.

Cond. No importa, no, quiero entrar. (*Dentro.*)
Aquil. Alguien se acerca... ¡Ay de mí!
Una señora... Tomemos
Un aire noble y civil.
Cond. No hay que avisarle. (*Saliendo.*)
Aquil. ¡Qué lástima
Que mi vestido esté así! (*Aparte.*)
Cond. ¿Quién será este caballero?
Aquil. ¡O qué hermosa! ¡qué gentil! (*Aparte.*)
Cond. ¿Y don Gonzalo?
Aquil. Señora...
(¡Qué bien puesta!) (*Aparte.*)
Cond. ¿No está aquí?
Aquil. Se halla en ese gabinete.
Cond. ¿Visible?
Aquil. No sé decir.
Cond. Ya; como no sois de casa...
Aquil. Yo... señora... permitid...
Que os diga...
Cond. ¿Qué?
Aquil. Que lo soy.
Cond. Como nunca en ella os ví.
Aquil. Es verdad: hace un instante
Me acaban de recibir.
Cond. ¿De criado?
Aquil. ¡Oh! no por cierto.
Cond. ¿De mayordomo?
Aquil. Subid;
Pico mas alto.
Cond. ¿De qué?
Aquil. He estudiado, sé latin;
Aun he arrastrado bayetas
Allá en Valencia del Cid;
Y nada menos, señora,
Que un bachiller veis en mí.
Cond. Este hombre es un mentecato. (*Aparte.*)
Aquil. La anonadé. (*Aparte.*)
Cond. Pero al fin...
Aquil. De mi señor don Gonzalo
Soy... (¿Cómo lo he de decir?) (*Aparte.*)
Secretario.
Cond. ¿Secretario?
Aquil. Secretarío. — (Algo mentí; (*Aparte.*)
Mas debo honrar el destino:
Todo al cabo es escribir.)
Cond. Pues os doy la enhorabuena.
Aquil. Yo la recibo, y *merci*,
Como dicen los franceses.
Cond. ¿Habeis estado en París?
Aquil. He servido á un diplomático;
Y ha tres años por abril
Que fuí con él de embajada
A la corte del rey Luis.
Cond. Pues sois, amigo, un estuche.
¿Dónde os pudo descubrir
Don Gonzalo?
Aquil. Hace ya tiempo
Que nos conocemos.
Cond. ¿Sí?
Aquil. Hemos estudiado juntos;
Y era tan diestro y sutil,
Que él hacia las maldades,
Y me pegaban á mí.
Cond. Lo creo.
Aquil. Por eso somos
Uña y carne hasta morir.
Cond. ¡Hola! ¡Hola!
Aquil. Y así ayer

Cuando á encontrarle volví...
Cond. ¿Ayer? Pues ¿en dónde?
Aquil. En casa
De don Gabriel de Solís
Nuestro amigo.
Cond. No conozco...
Aquil. Postigo de San Martin,
Número seis.
Cond. ¿Qué me importa?
Aquil. Soy puntual en referir.
Cond. Mas ese Solís ¿quién es?
Aquil. Vino hace poco á Madrid.
Cond. ¿A qué?
Aquil. No sabré deciros.
Mas lo cierto es que comí
Ayer con él y Orendana.
Cond. ¿Qué misterio es este...? ¡Él ir...! (*Aparte.*)
Aquil. Tiempo hacia ya que estábamos
Separados. ¡Qué feliz
Momento aquel! ¡Y cuán dulce
Vernos juntitos allí!
Y porque nada faltase,
Hasta una niña gentil
Con dos ojos como soles
Y un rostro de serafin.
Cond. (¡Una mujer...! Si por ella...) (*Aparte.*)
¡Cómo...! ¿Una jóven, decís?
Aquil. Sí.
Cond. ¿Bella?
Aquil. Divina.
Cond. ¿Y es?
Aquil. La hermanita de Solís.
Cond. ¡Su hermana...! Ayer la veria
Por vez primera... ¿Es así?
Aquil. ¡Qué! si se han criado juntos.
Cond. ¡Juntos!
Aquil. Y si he de decir
Lo que siento... (Tente, lengua; (*Aparte.*)
Ya iba á charlar.)
Cond. Proseguid.
Aquil. Nada, nada.
Cond. Pero ¿qué?
Aquil. ¿Qué os importa á vos ni á mí?
Cond. Curiosidad... ¿Se querrán?
Aquil. ¡Eh! ¡eh! seria mentir...
Cond. ¿Con que se aman?
Aquil. Yo no digo
Nada de eso.
Cond. Lo leí
En vuestros ojos.
Aquil. Mis ojos
Mienten.
Cond. ¡Pérfido! ¡Hombre vil!
Aquil. ¡Qué afan por averiguar! (*Aparte.*)
Cond. No pienses que he de sufrir...
Aquil. ¿Qué mosca la pica? (*Aparte.*)
Cond. ¡Infiel!
¿Merece premio tan ruin
La condesa de Figueras?
Aquil. ¡La condesa...! Ahora sí (*Aparte.*)
Que la hice buena. ¡No es nada!
¡Su protectora!... ¡Ah, mastin!
(*Se da de bofetadas.*)
Cond. ¿Qué haceis?
Aquil. Nada... Era una abispa.
Cond. Me he de vengar.
Aquil. ¡Por San Gil!
Aquello ha sido una chanza.
¡Tener él ese desliz!
Pues bonito es para... ¡Y ella!
No va el agua por ahí.
Y luego... no vale nada. .
Es fea... Quiero decir...
Fea no... pero... una cosa...
Ni agua ni pescado. . así...
Sosa... sin gracia... pues... eso...
Sin gracia... ¡Vaya!... Si hay mil
Leguas de distancia entre ella
Y... (¡Jesus! Iba á añadir (*Aparte.*)
Otra necedad... Me embrollo...
En buen lio me metí.)

ESCENA XI.

DICHOS, DON GONZALO.

Gonz. Iba en tu busca, Aquilino.
¡Ah! señora... permitid...
Cond. Por mí no os incomodeis.
Gonz. Escucha.
Aquil. Ya escucho: di...
¡Ah! olvidaba.... diga usía.
Gonz. Hallarás con que escribir
(*Apartándole á un lado.*)
En aquel cuarto... Al instante
Del papel que ves aquí
Me has de sacar una copia.
Aquil. Es la letra de Solís.
(*Mirando el manuscrito.*)
Gonz. Sí... calla... Es un documento
Que importa no descubrir.
Conviene mucho el secreto.
Aquil. Ya sabes que yo...
Gonz. Sí, sí;
Por eso en tí solo fio.
No tardes.
Aquil. Me he de lucir.
Seis pliegos... Aunque no duerma,
Esta noche les doy fin. (*Vase.*)

ESCENA XII.

LA CONDESA, DON GONZALO.

Gonz. ¡Esta mujer!... Su presencia
(*Aparte.*)
Llega á serme insoportable.
Cond. Sí... lo conozco... es culpable.
(*Aparte.*)
Ya le turba la conciencia.
Gonz. Si yo pudiera evitar... (*Aparte.*)
(*Quiere irse.*)
Cond. ¿Qué es eso? ¿Os vais?
Gonz. ¡Ah! señora...
Perdonad... Me llama ahora...
Necio he sido en olvidar...
Cond. ¡Olvidar! Defecto es ese
Que hace algun tiempo os aqueja.
Gonz. ¿A mí?
Cond. A vos.
Gonz. ¡Injusta queja!
Cond. Harto justa, aunque me pese.
Gonz. No sé...
Cond. ¿No? Pues entre ciento,
Citaros puedo un olvido.
Gonz. ¿Cuál?
Cond. El de ayer.
Gonz. No he podido...
No me dejan ni un momento...
Cond. ¡Bravo chasco me llevé!
Yo que obsequiaros queria...
Todas mis galas lucia,
Nuevo aderezo estrené...
La corte entera allí estaba:
Hubo baile, se cantó...
Nada á la funcion faltó,
Sino aquel por quien se daba.
Gonz. Me detuvo el cardenal
Despachando hasta muy tarde.
Cond. De embustero haceis alarde;
Mas hora mentís muy mal.
Gonz. ¡Cómo, señora!...
Cond. ¿Pues no?
¿Ignorais que su eminencia
La funcion con su presencia
Honrar tambien se dignó?
Gonz. No lo ignoraba... Por eso:
Mientras él se divertia,
Yo con mi deber cumplia;
Y toda la noche preso...
Cond. Falso, traidor: tu mentira
De tu delito es la prueba.
¡Que á engañarme así se atreva!
¿No temes mi justa ira?
Gonz. ¡Oh, qué necia desconfianza!
Cond. ¿Quién te detuvo? ¿do fuiste?
Lejos de mí ¿qué te hiciste?
Habla... pronto... ¡ah, qué tardanza!
Gonz. Señora, por Dios, mirad...
Cond. ¿Piensas, infiel, que lo ignoro?
No, que tus pasos exploro,
Y sé toda la verdad.
Gonz. Abusais de vuestro imperio,
Señora... Es cierto, un amigo
Me detuvo ayer consigo,
Y no hay en esto misterio.
Cond. Sí, don Gabriel de Solís.
Gonz. El mismo... Pues lo sabeis...
Cond. Tarda confesion haceis;
Y aun no todo lo decís.
Gonz. ¿Qué mas?...
Cond. ¿No tiene una hermana?
Gonz. Sí, tiene.
Cond. Jóven, hermosa...
Gonz. Puede.
Cond. Tierna, cariñosa...
Gonz. No sé.
Cond. Que á su yugo, ufana,
Os sujetó...
Gonz. ¿Teneis zelos?
Vamos, eso es delirar.
Cond. Queréislo en vano negar.
Gonz. Dejad tan necios recelos.
Cond. ¿No es fundado mi temor?
(*Con ironía.*)
Será esa niña un portento.
Gonz. ¿Quién dice?
Cond. Gracia, talento:
Hecha, en fin, para el amor.
Gonz. Por Dios...
Cond. Y ¡qué señorío
Habrá en su talle, en su porte!
Vendrá á asombrar á la corte.
¿No es verdad?... ¡Ah! ¡ah! me rio.
Gonz. Pero...
Cond. Su aire provinciano
Va á dar gran golpe en Madrid.
¿Cuándo veremos, decid,
A la hermana y al hermano?
Gonz. Ya el sufrimiento me falta.
Bien está... Pues así os plugo,
Rompiendo mi odioso yugo,
Toda mi bilis se exalta.
Libre, en fin, me miro ya;
Y volviendo por mi honor,
Lo que hasta aquí fuera amor,
Odio, desprecio será.
Cond. ¿Qué decís?
Gonz. La gratitud
No exige que me envilezca,
Ni que á tal punto carezca
Este pecho de virtud.
Mucho habeis hecho por mí,
No lo niego: proteccion,
Generosa compasion,
Y aun amor os merecí:

Con vos mi deuda es inmensa,
Mi voz do quier lo declara;
Mas ya, cuando se echa en cara,
El beneficio es ofensa:
Ni es el amor, en verdad,
Digno de tenerse en cuenta,
Si exigir en premio intenta,
En vez de amor, libertad.
Yo amor os dí, lo sabeis:
En ello escaso no he sido;
Mas no amante, envilecido,
Solamente me quereis.
Basta, pues, basta, por Dios:
Nuestra suerte así lo ordena:
Rompamos tan vil cadena,
Quedemos libres los dos.

Cond. Bien... muy bien... seguid... con [calma
Lo veis... escuchando estoy...
Oidos atenta os doy...
Abrid con franqueza el alma.
Tuvísteis que fingir mucho...
Ya el disimulo dejais...
¿Qué...? ¿mas denuestos no hallais?
Proseguid... hablad... Ya escucho.

Gonz. Señora, yo...

Cond. Mas ¿qué veo?
¡Bajas la vista, traidor!
¡Ah! mi venganza mayor
Fuera cumplir tu deseo.
Pues bien, sí... libre te dejo
De esta bárbara opresion:
Respire tu corazon...
¿Quieres mas...? De tí me alejo.
A Dios... Vive ya contento...
Mas oye... en tu compañía,
Por tu infame alevosía,
Te dejo el remordimiento.

Gonz. ¡Ah!

Cond. Pues ¿qué piensas? ¿Así
Se engaña á una desdichada?
¿Así se dice: no hay nada...
A Dios... no te conocí?
No, por mucho que se haga,
Siempre el amor deja brecha:
Podrá arrancarse la flecha,
Pero allí queda la llaga.
Yo á un pérfido solo pierdo,
Leve será mi dolor;
Tú... no sentirás mi amor,
Mas te ahogará mi recuerdo.

Gonz. ¡Condesa!

Cond. Y ¡osas quejarte!
Y ¡osas hablar de opresion!
¡Opresion! Tienes razon;
Pero dime, ¿de qué parte?
Qué te he pedido yo, ingrato?
Que me amaras, lo dijeras,
Y que á mi lado estuvieras
En dulce amoroso trato.
¿Opresion esto se llama?
¡Ah! sí, lo es, y terrible;
Mas opresion insufrible
Solo para quien no ama.
¡Yo sí que he sido tu esclava!
Por conservar tu pasion,
Halagaba tu ambicion,
Tus gustos adivinaba.
¿Qué capricho, qué deseo
Me has visto nunca negarte?
Solo servirte, ensalzarte,
Era mi afan, mi recreo.
Y ¿dices que no te amo?
Pues ¿qué es lo que he hecho por tí?
¿Qué son mis suspiros, di,
Y este llanto que derramo?
¿Cuál interés me arrastraba?
¿Será entre afanes y menguas
El de mi honor puesto en lenguas
Que antes tan puro brillaba?
Esta es, infiel, mi ganancia:
Desprecio, infamia, rubor:
Este el premio es de mi amor:
Esto logra mi constancia.
Dichas, glorias y contento,
Todo ha sido para tí,
Solo me quedan á mí
Llanto y arrepentimiento.

Gonz. Por Dios, condesa, calmaos...
Si alguien entrase y os viera,
¿De vos, de mí que dijera?
Secad el lloro.

Cond. Apartaos.
Dejadme ya con mi pena:
No me hableis, hombre funesto:
Os abomino, os detesto.

Gonz. El despecho os enajena.
Lo confieso, me excedí...
Dije... lo que no sentia...
Dudábais de la fe mia,
Y no fuí dueño de mí.
Dejad un vano recelo;
No dudeis de mi pasion:
Es vuestro mi corazon;
Cifro en vos mi único anhelo.
Ni otra beldad me enamora,
Ni aunque agradarme lograra,
Luego su imágen borrara
Esa gracia encantadora.
Mi arrebato perdonad:
A vuestras plantas lo pido;
Y solo aguardo rendido
Una muestra de piedad.

Cond. ¿De veras?
(*Secando las lágrimas, y mirándole con sonrisa y cariño.*)

Gonz. ¿Aun lo dudais?

Cond. Mucho me habeis enojado.
Gonz. De hoy mas será mi cuidado
Complaceros.
Cond. ¿Lo jurais?
Gonz. Lo juro.
Cond. ¿Y esa mujer?
Gonz. Tan solo como á una hermana
La miro... Y se irá mañana.
Cond. ¡Ah! no os debiera creer;
Mas siempre es débil quien ama.
Tomad. (*Le da la mano, que él besa.*)
Gonz. ¡Ah...! Secad á prisa
El llanto, y vuelva la risa
A avivar la muerta llama
De esos ojos.
Cond. Ya lo está...
Ya me rio... estoy contenta...
¿Y vos?
Gonz. La esperanza alienta
Mi corazon... Ya no habrá
Riñas, disturbios.

ESCENA XIII.

DICHOS, FRANCISCO.

Franc. Señor...
Gonz. ¿Qué me quereis?
Franc. Su eminencia
Reclama vuestra presencia.
Gonz. Voy. — Os dejo con dolor;
Pero cumplir es preciso...
Cond. Marchad.
Gonz. (Esto me liberta...) (*Aparte.*)
¡Hola! El coche.
Franc. Está á la puerta.
Gonz. Si me dais vuestro permiso...
(*A la condesa.*)
Cond. Le teneis.
Gonz. Dame el sombrero...
(*A Francisco.*)
Los guantes. — ¿Gustais, señora,
De un asiento?
Cond. Por ahora
Ir en mi coche prefiero.
Gonz. Como os plazca. ¿Si hasta él
Gustais que os sirva?
Cond. Eso sí.
(*Don Gonzalo da la mano á la condesa*)
Gonz. ¡Siempre esclavo, pese á mí!
(*Aparte.*)
Cond. Poco fio de este infiel. (*Aparte.*)

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON GONZALO, DON GABRIEL.

Gab. ¿Qué es lo que tienes?
Gonz. ¿Yo? Nada.
Gab. Parece que triste estás.
Gonz. Figuracion.
Gab. De lo hecho
Tal vez te arrepientes ya.
Gonz. No tal.
Gab. Sí, sí: lo conozco.
Gonz. Si he de decir la verdad,
El paso ha sido arriesgado;
Y en mi posicion...
Gab. Verás
¡Qué buen efecto...!
Gonz. He cedido
Con harta facilidad;
Y mi obligacion...
Gab. Consiste
En ser vasallo leal.
Esta empresa le acredita
Al rey tu fidelidad;
Tú sirves al soberano,
No sirves al cardenal.
Gonz. Sí, pero temo que al fin...
Gab. No hay nada que recelar.
Se ha llevado en este asunto
Todo con sigilo tal,
Que ni sospecha Alberoni
Quién tan buen golpe le da.
Impresa nuestra memoria
En Francia aparece estar,
Y no hay en Madrid ahora
Personaje principal
Que no la haya recibido.
Hasta leido la habrá
El monarca; y tengo datos
Para creer...
Gonz. Necedad.
El rey la ha leido, sí;
Y aunque al pronto vacilar
Hizo su ánimo indeciso,
En breve la habilidad
Del ministro consiguió
Parar el golpe fatal.
Gab. No importa: hoy mismo tal vez
Esa opinion cambiará.
La certeza de los hechos
Hoy demostrarle sabrán,
Disipándose por fin
Su funesta ceguedad.

Gonz. Mas ¿piensas tú que el ministro
En tanto se dormirá?
Él es astuto, atrevido;
Inmensa es su actividad;
Y si descubre... No ha mucho
Que hecho le he visto un volcan;
Y en su furor, el encargo
Me ha dado de averiguar
El autor de la memoria.
Ponderaba mi lealtad,
Prometiéndome... ¿quién sabe...?
Cuanto yo con mas afan
Puedo apetecer... honores,
Puestos...
Gab. Mas dicho no habrás...
Gonz. De tan negra villanía
¿Me supondrias capaz?
Gab. No, amigo mio, perdona...
Pero haz por disimular.
Anímate... No hay remedio,
Echado está el guante ya;
Y es preciso. .
Gonz. Sí... Con todo,
No sé qué me hace temblar...
Gab. Así eres siempre... Al principio,
Cuando oidos solo das
A los ecos generosos
De tu corazon leal,
Un noble fuego te anima,
Te arriesgas á todo... Mas
Si el temor, si la ambicion
La frente llegan á alzar,
Ya vacilas, retrocedes...
Gonz. No lo tema tu amistad;
Y por tí, si es necesario,
Me sabré sacrificar.
Gab. Bien... Mas tan terrible trance
Nunca, amigo, llegará.
A Dios... Urgentes negocios
Me llaman... Hasta alcanzar
El fin de esta grande empresa,
No descanso.
Gonz. ¿Volverás?
Gab. Luego.
Gonz. Pues á Dios.
Gab. Silencio.
Gonz. Puedes sin cuidado estar.

ESCENA II.

DON GONZALO.

En su presencia, Dios mio,
Avergonzado me encuentro.
Imprudencia ha sido en mí...
¿Qué mas puede mi deseo
Apetecer? ¿No me basta
Con este encumbrado puesto?
¿No halagan mis esperanzas
Nuevos honores y empleos?
Pero si del cardenal
El poder viniere al suelo,
Me arrastrará en su caida,
Y entonces... No, siempre es bueno
En las tormentas políticas
Tener seguro algun puerto.
Estemos á ver venir,
Y obremos como discreto.

ESCENA III.

DON GONZALO, DON AQUILINO.

Aquil. Ya tiene usía extractado,
Como usía lo ha dispuesto,
El expediente de propios;
Y si usía gusta verlo...
Gonz. Mira, Aquilino, está bien
Que me des el tratamiento
Cuando hay gentes, porque entonces
Es forzoso tal respeto;
Pero cuando estamos solos
A ser amigos volvemos,
Y en el trato familiar
Del usía te relevo.
Aquil. ¡Oh amigo noble y sublime!
¡Hagan un dia los cielos
Que tambien una excelencia
Te llegue á dar como un templo!
Gonz. Tengo un encargo que darte.
Aquil. ¿Es algun extracto nuevo?
¿Copia de alguna consulta?
¿Un estado?
Gonz. Nada de eso.
Aquil. ¿Algun ajuste de cuentas?
Pues tambien sabes que entiendo...
Gonz. No.
Aquil. ¿Arreglar tu papelera,
Donde todo está revuelto?
Gonz. Tampoco.
Aquil. Pues ¿qué?
Gonz. No es cosa
De tu destino.
Aquil. No acierto...
Gonz. Una comision.
Aquil. Ya estoy;
Un recado... Voy corriendo.
Gonz. Notado habrás que aquí viene
Cierta señora.
Aquil. Sí... creo
Haber visto... Una muy guapa,
Buenos ojos, pelo negro,
Graciosa, amable... y ¡un lujo!
Gonz. Es de la corte embeleso.
Aquil. Me parece que...

Gonz. ¿ Qué?
Aquil. Nada...
Nada... sino que... sospecho...
Gonz. ¡ Ah, bribon ! ¡ Qué malicioso
Eres !
Aquil. Y aunque fuera cierto,
¿ Qué mal habria...? Flaquezas...
Todos estamos sujetos...
Gonz. Pues lo confieso, acertaste.
Rindióme á su dulce imperio.
Aquil. Cuando digo... ¡ Tengo un ojo...!
Gonz. Cuidado con el secreto.
Aquil. Como caido en un pozo
En mí estará, no haya miedo.
(¡ Buen secreto, y ya lo sabe (*Aparte.*)
Medio Madrid por lo menos !)
Gonz. La condesa... pues sabrás
Que es condesa.
Aquil. Por supuesto:
La condesa de Figueras.
Gonz. Todo lo sabes.
Aquil. Observo.
Gonz. Pues bien, la condesa tiene
A veces muy vivo el genio.
Aquil. Y ¿ habrá reñido contigo ?
Gonz. Sí... Tuvimos con efecto
Cierto disgustillo... nada
En conclusion.
Aquil. Pero luego
¿ Habreis firmado las paces ?
Gonz. Al punto... ¿ Quién duda eso ?
Aquil. Nubecillas que al amor
Le prestan encanto nuevo.
Gonz. Para acabar de aplacarla
Le quiero hacer un obsequio.
Aquil. Bien pensado.
Gonz. Mira.
(*Saca de un cajon de la mesa un estuche pequeño.*)
Aquil. ¿ A ver ?
¡ Unas arracadas ! ¡ Bueno !
Me gustan... ¿ Cuánto han costado ?
Gonz. Sobre unos quinientos pesos.
Aquil. ¡Cáspita! ¡ Qué caro...! Y ¿ puedes..?
Gonz. Para todo da el empleo.
Ahora bien, para mandárselas
Necesito un mensajero.
Aquil. ¿ Y de mí te has acordado ?
Gonz. Sí, amiguito.
Aquil. Lo agradezco.
Gonz. No te pesará entablar
Con ella conocimiento.
Es mujer que tiene influjo,
Puede servirte de empeño;
Y si le caes en gracia,
Si eres servicial, discreto...
Aquil. Eso queda de mi cuenta.
Gonz. Las arracadas te entrego,
Y no tardes.
Aquil. Quedarás
De mi actividad contento.
(*Vase don Gonzalo.*)

ESCENA IV.

DON AQUILINO.

Pues, señor, dejo la pluma,
Y echo mano al caduceo.
El empleo, á la verdad,
Aquí que decirlo puedo,
No es que digamos muy... ¡ Toma !
En escrúpulos andemos,
Y... Luego ¿ á que se reduce
Todo ? A llevar este obsequio.—
¡ Qué riqueza ! ¡ Qué trabajo !
(*Mirando las arracadas.*)
Vamos, no hay mas, me resuelvo:
Todo disculparlo deben
Unos diamantes como estos.
¡ Y el estuche...! Mas ¡ qué apuro !
Le echo á perder si le llevo
En el bolsillo... ¿ Qué haré ?
¡ Toma...! Es fácil... buen remedio...
En uno de estos papeles
Que aquí traigo me le envuelvo,
Y no hay cuidado.
(*Saca varios papeles del bolsillo, y eligiendo uno guarda los demás, y envuelve en él la caja con mucho cuidado.*)
Este... sí...
De nada sirve... Es el pliego
De aquella bendita copia
En que cayó el borron... Bueno,
Así está bien... Ahora voy
Sin mas tardar... Mas ¿ qué veo ?
¡ La condesita ! Venir
No podia á mejor tiempo.

ESCENA V.

DON AQUILINO, LA CONDESA.

Cond. ¡ Oh ! ¡ oh ! señor secretario,
¿ Tanto bueno por aquí ?
Parece que huís de mí.
Aquil. Señora, muy al contrario:
Os iba ahora á buscar.
Cond. ¿ A mí ?
Aquil. Sí.
Cond. Pues ¿ qué sucede ?
¿ Qué suerte feliz me puede
Tal honra proporcionar?
Aquil. El honrado seré yo;

Pues colmándose mi anhelo,
En aproximarme al cielo
Yo soy quien gano, vos no.
Cond. Sois galan, y bien se advierte
Que habeis las aulas cursado:
Ni un rendido enamorado
Se explicara de otra suerte.
Aquil. Por algo, sin que os ofenda,
Está amor en lo que os digo.
Cond. Me permitireis, amigo,
Que ese enigma no comprenda.
Aquil. Tal vez con mi charla os canso:
Perdonad mi audacia loca;
Mas si habla amor por mi boca,
Habla por boca de ganso.
Cond. No os entiendo.
Aquil. Hay en el mundo
Cierta persona acuitada
Por creeros enojada.
Cond. ¿De veras?
Aquil. Dolor profundo,
Inconsolable, hasta ver
En esos labios la risa.
Cond. ¡Tanto pena! Pues á prisa,
Hacédmela conocer.
Aquil. ¿No os lo dice, en vez de mí,
El corazon?
Cond. ¡Qué, señor!
Él es muy poco hablador:
No dice ni tanto así.
Aquil. Ha tiempo que ardiendo está
De esa luz á los reflejos;
Y acaso de aquí no lejos...
Cond. ¡Ay! acabáramos ya.
¿En esta casa? Os comprendo:
Que sigais no es necesario...
Para mas que secretario
Que servís, amigo, entiendo.
Aquil. No es extraño... la amistad...
Me sacrifico por ella...
Esta siempre fué mi estrella;
Me perderá mi bondad.
Cond. Pero en fin...
Aquil. Fiel mensajero,
Pongo esta alhaja preciosa
A las plantas de la hermosa
Que es de mi amo el bien primero.
(*La da el estuche envuelto en el papel: ella le desenvuelve, y le abre.*)
Cond. A ver, á ver... ¡Qué riqueza!
Aquil. No iguala vuestro valor.
Cond. Deslumbra su resplandor.
Aquil. Le desaira esa belleza.
Junto á los carrillos rojos,
De los ojos al compás,
No sé cuál brillará mas,
Los pendientes ó los ojos.
Cond. Es el regalo precioso,
Y el mensajero tambien.
Aquil. Le dí golpe: ya estoy bien. (*Ap.*)
¡O Aquilino venturoso!
Cond. Decir podeis al amigo
Que aprecio fineza tanta.
Aquil. A ser voy con rauda planta
De su alegría testigo.—
Mas ¿qué mirais...? ¿Ese escrito?
(*Viendo que llama su atencion la letra del papel que envolvia el estuche.*)
Tal vez la letra os agrada.
Cond. Mucho... Parece grabada.
¡Qué carácter tan bonito!
Aquil. Es mia.
Cond. Sea en buen hora:
Teneis grande habilidad.
Aquil. Sin que sea vanidad,
A todo el mundo enamora.
Cond. ¡Qué veo...? Del cardenal
Se habla aquí.
Aquil. ¡Cómo...! ¿Del qué?
Cond. Del ministro.
Aquil. Yo no sé...
Cond. Sí, señor... Y se habla mal.
Aquil. ¡Mal! ¡Dios mio!
Cond. ¿Dónde he visto...?
No es nuevo esto para mí...
En aquel impreso... sí...
No hay que dudar.
Aquil. ¡Voto á Cristo! (*Ap.*)
¿Si habré hecho algun desacierto?
Cond. Cabalmente aquí he guardado
El ejemplar que me han dado.
(*Saca un cuaderno impreso, y se pone á cotejar.*)
A ver... por aquí... pues... cierto.
Dicho y hecho... sí... cabal.
La misma frase... la propia...
Este papel es la copia,
Y estotro el original.
¡Háse visto!... ¿Con que vos...?
Aquil. ¡Yo, señora!...
Cond. ¡Caso horrendo!
Aquil. Si una palabra comprendo,
Que me ahorquen, vive Dios.
Cond. ¿Contra el ministro escribís
Un libelo infamatorio?
Aquil. ¡Yo escribir!... Por San Liborio,
Mirad bien lo que decís.
Cond. ¿Osais negar...? ¿Cómo es eso?
¡Qué todavía se atreva
Cuando está clara la prueba!...
Ved lo escrito, ved lo impreso.
Aquil. ¿Con que lo que dice aquí,
Tambien dice allí?
Cond. Lo mismo.
Aquil. ¡Vaya un diablo de embolismo!

¿Con que lo mismo?
Cond. Sí, sí.
Aquil. Pues la vez primera es esta
Que eso llega á mi noticia.
Cond. Daré parte á la justicia.
Aquil. ¡Santo Dios! ¡Copia funesta!
Cond. Este es un crímen de estado,
Y de lesa-majestad.
Aquil. ¿De lesa...?
Cond. Sí.
Aquil. Por piedad...
Cond. Y sereis ahorcado.
Aquil. ¡Ahorcado!
Cond. Por conspirador.
Aquil. Señora,
Yo hombre quieto, inofensivo,
Yo que contra nadie escribo,
¿Osara escribir ahora
Contra un ministro? ¡Buen Dios!
Cond. ¿No es vuestro el escrito?
Aquil. Os juro...
Cond. Pues al autor, de seguro,
Conoceis, si no sois vos.
Aquil. Tampoco.
Cond. Bien... Pagareis
Por cómplice.
Aquil. ¡Vírgen Santa!
Tiró el diablo de la manta...
Cond. ¿Con que decir no quereis?...
Aquil. Yo solo sé que Orendana
Me lo dió para copiar,
Y copié sin reparar,
Como quien hace una plana.
Cond. ¡Don Gonzalo!
Aquil. Cabalito.
Cond. ¡Don Gonzalo!
Aquil. Él me lo dió.
Cond. Y ¿copiar os lo mandó?
Aquil. Y con prisa, y callandito.
Cond. ¡Cielos! ¿Acaso seria
Suyo?
Aquil. Tanto no penetra
Mi ingenio.
Cond. Mas de su letra
El manuscrito estaria.
Aquil. Eso no.
Cond. ¿No? ¿Qué decís?
Pues ¿de quién? Hablad.
Aquil. ¿Lo digo?
Cond. Sí, sí, por Dios.
Aquil. De su amigo.
Cond. ¿De don Gabriel de Solís?
Aquil. El mismo.
Cond. ¿El de la hermanita?
Aquil. Ese.
Cond. ¿Estais cierto?
Aquil. Seguro.
Cond. ¡Ah, vil!
Aquil. Salí del apuro. (*Aparte.*)
Cond. Alguna infamia medita.
Él es sin duda el autor
Del libelo.
Aquil. Lo sospecho;
Que es escritor de provecho;
Cond. Es un pérfido, un traidor.
Aquil. Mucho que sí.
Cond. Falso amigo;
Y á Orendana el desleal
Va á comprometer.
Aquil. Cabal.
Cond. Para perderle.
Aquil. Eso digo.
Cond. Mas no importa. Ya discurro
Cómo su arrojo insolente
Castigar... sí... Cabalmente
Viene Orendana.
Aquil. Me escurro.
(*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA VI.

LA CONDESA, DON GONZALO.

Gonz. ¿Condesita, vos aquí?
¡Cuál de veros me alborozo!
Cond. Gracias.
Gonz. Pensaba ponerme
A los piés vuestros tan pronto
Como me lo permitieran
Mis importantes negocios.
Cond. Os lo agradezco: ese afan
De un tierno afecto es muy propio.
Gonz. ¿No habreis visto todavía
A mi escribiente, supongo?
Cond. Sí, le he visto.
Gonz. Y ¿os ha dado...?
Cond. Unos pendientes preciosos.
Vedlos aquí.
Gonz. Perdonad
Si es el obsequio tan corto.
La expresion de mi cariño
Debeis mirar en él solo.
Cond. El ser don vuestro le da
Precio infinito á mis ojos.
Gonz. ¡Divina!
Cond. Mas hora hablemos
De asuntos serios un poco.
¿Sin duda conoceis ya
Este escrito?
Gonz. Le conozco.
Cond. ¿Qué os parece?
Gonz. La pregunta,
Señora, me deja absorto.
Me parece... lo que á vos.
Cond. Que es infame, calumnioso.
Gonz. Pues...

Cond. Y que su autor merece
Un castillo.
Gonz. No me opongo.
Cond. Y ¿no sabeis vos quién es?
Gonz. ¿Yo...? No, señora... lo ignoro.
Cond. ¡Cosa extraña! Vuestro empleo
Os obligaba...
Gonz. Ya pongo
Los medios, y mis agentes
Por descubrirlo andan locos.
Cond. ¿De veras?
Gonz. ¿Dudáislo?
Cond. No;
Pero deben ser muy topos;
Pues una mujer consigue
Lo que ellos no.
Gonz. ¿Cómo? ¿cómo?
Cond. Que yo todito lo sé
Sin esbirros ni alborotos.
Gonz. ¿Vos?
Cond. Yo.
Gonz. Imposible.
Cond. Sé tanto
Que os ha de causar asombro;
Y aun puede tambien que alguno
Secubra aquí de sonrojo.
Gonz. Pero...
Cond. ¿Os turbais?
Gonz. ¿Yo, señora?...
Cond. La verdad en vuestro rostro
Leyendo estoy.
Gonz. ¿Pensais que...?
Cond. Que andais vos en este embrollo:
Clarito.
Gonz. ¿Me acusais?
Cond. Sí;
Porque nada, nada ignoro.
Gonz. ¿Direis que soy el autor...?
Cond. No lo sois; pero es lo propio.
Es vuestro amigo, el Solís,
El hermano del pimpollo
Que hora os trae vuelto el juicio,
Y que es un bribon de á folio.
Gonz. ¡Qué idea!
Cond. Decid que no,
Juradlo... ¿Dudais?
Gonz. De modo...
Cond. ¿Quereis pruebas?
Gonz. ¡Las teneis!
Cond. Sí, todos sabrán muy pronto
Que es un traidor.
Gonz. Por piedad,
Callad, callad... Si algun otro
Os escuchara...
Cond. ¿Ya en fin
Confesais?...
Gonz. ¡Ah! Yo tan solo
Tengo la culpa... Yo soy
Quien intentaba ambicioso,
Derribando al cardenal,
Reemplazarle junto al solio.
Yo soy...
Cond. Gritad, eso es,
Elevad aun mas el tono;
Que os oigan, que todos sepan
Lo que tan solo nosotros
Sabemos aün.
Gonz. Pues qué,
¿Nadie sino vos?... ¡Oh gozo!
Cond. Por una casualidad
Este misterio conozco;
Y nadie hasta ahora...
Gonz. Entonces
A vuestra amistad me acojo:
No querreis perderme, no:
Vuestro afecto cariñoso...
Cond. Calmaos, que harto yo misma
En vuestro favor abogo,
Y harto sabeis que indulgente
Mayores culpas perdono.
Gonz. ¡Oh generosa mujer!
Cond. ¿Me amais?
Gonz. ¡Si os amo! Os adoro.
Cond. ¿Pero y la otra...?
Gonz. ¿Volvemos
A las andadas?
Cond. Del todo
No estoy tranquila.
Gonz. ¿Qué haré
Para calmar...?
Cond. No os propongo
Lo que pienso, porque...
Gonz. Hablad:
Desde luego me conformo...
Cond. ¿Lo hareis?
Gonz. Sí.
Cond. ¡Mirad...!
Gonz. Decid,
Y vereis...
Cond. Con mi reposo
A un tiempo obtener podreis
De vuestras ansias el logro.
Gonz. ¡Ah! pues no tardeis, hablad...
Cond. Es que el rumbo ha de ser otro.
De derribar al ministro
Ya el proyecto es ilusorio.
Gonz. Lo sé.
Cond. Le he visto: se encuentra
Con el libelo furioso...
Y el que descubra á su autor...
Gonz. ¡Eh! ¿qué decís?
Cond. No hay tesoros,
No hay empleos, no hay honores
Que no diera generoso...
Gonz. Mas, señora...
Cond. Y con un hombre

Como vos, no tendrá coto
Su gratitud.
Gonz. Es que...
Cond. Ya
En esperanza os asocio
A su ministerio.
Gonz. En fin,
¿Direis qué he de hacer?
Cond. Muy poco:
Solamente revelar...
Gonz. No sigais, que me abochorno
De oiros... ¿Me conoceis?
Cond. ¿Yo...? ¡Qué pregunta!
Gonz. Supongo
Que no, pues infamia tal
Me proponeis.
Cond. ¡Qué alboroto
Por nada!
Gonz. ¿Ser delator
De un amigo candoroso
Que en mí se fia...? A tal precio
Yo la grandeza no compro.
Cond. Bien... sea... ni tal escrúpulo
En voz repruebo tampoco.
Ser fiel siempre á la amistad
Es cosa digna de elogio...
Sedlo, pues... Mucho os lo alabo...
Mas yo no tengo ese estorbo.
El don Gabriel no es mi amigo,
Con que así bien puedo...
Gonz. ¡Cómo!
¿Qué intentais?
Cond. Nada... Acá tengo
Mi plan. A Dios.
Gonz. Pero...
Cond. Corro...
Gonz. Deteneos... no permito...
Cond. Amiguito, no me opongo
A que vos hagais alarde
De afectos nobles, heróicos.
Es vuestro deber... El mio
En esta ocasion es otro.
Si os corresponde callar,
Yo hablaré.
Gonz. Por Dios...
Cond. No os oigo.
Debo descubrir las tramas
Que hoy amenazan el trono;
Debo salvaros á vos,
Aunque merecéislo poco;
Y quiero por fin que ese hombre
Y su hermana, á quienes odio,
Vayan donde ya no puedan
Causarme zelos ni enojos.
Con que abur.
Gonz. Tened.
Cond. No quiero.
Mi amor primero que todo. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON GONZALO.

¡Oh qué malvada mujer!
¡Amor dice...! No: le cobro
Odio, aversion... y lo juro,
Ya de hoy mas con ella rompo.
Mas en tanto irá... ¡Dios mio!
Mil peligros miro en torno
De mi amigo... A toda costa
De ellos salvarle es forzoso.
Voy á su casa antes que...
No... á que me vean me expongo,
Y comprometo... Mejor
Será escribirle... Tampoco:
Pueden hallarle mi carta,
Y entonces mas riesgos corro.
¿Qué haré...? No sé... ¡Buena idea!
Aquilino.

ESCENA VIII.

DON GONZALO, DON AQUILINO.

Aquil. ¿Qué hay?
Gonz. Vé pronto:
Corre á casa de Solís,
No te pares.
Aquil. Muy bien, tomo
El sombrero, y voy...
Gonz. Escucha
El recado.
Aquil. Soy un tonto:
Es verdad.
Gonz. Si no le encuentras,
Corre de un extremo al otro
Todo Madrid hasta hallarle.
Dile que de ningun modo
Vuelva á su casa; que vaya
A la de Lope...
Aquil. ¡Qué embrollo!
Gonz. Le amenazan grandes riesgos,
Y salvarle me propongo.
Que no salga, que de nadie
Se deje ver.
Aquil. ¡Qué demonios!
Gonz. La noche está cerca: así
Que oscurezca, iré de incógnito...
Mas corre, vuela, no tardes.
Aquil. Corro, vuelo. — (¡San Antonio!
(*Aparte.*)
Todo se vuelve tramoyas,
Y para sustos no como.)
Gonz. Me tiro un pistoletazo
Si libertarle no logro.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DON AQUILINO, LUEGO FRANCISCO.

(*Es de noche : hay luces.*)

Aquil. ¡ Las diez ! ¡ Lo que he corrido
(*Saliendo muy sofocado, y mirando al reloj.*)
Desde el anochecer ! Estoy molido.
Por fin, pude encontrarle,
Y en casa del buen Lope agazaparle :
No fué la prisa en vano;
Si me descuido, zás, le echan la mano.
¡ Miren la condesita,
Como fué con el cuento la maldita ! —
¡ Hola, Francisco, amigo,
(*Viendo salir á Francisco.*)
Y ¿ el amo?
Franc. Está en palacio.
Aquil. (Lo que digo :
(*Aparte.*)
¿ Qué le importaba á ella...?
Es por fuerza tan mala como bella.)
¿ Ha mucho que ha salido? [ido
Franc. Un buen rato : por señas que se ha
De un humor endiablado.
Aquil. ¿ Por qué ? [contado
Franc. Juan el portero me ha
Que hay grandes novedades.
Aquil. ¿ Novedades?
Franc. Terribles.
Aquil. ¿ Sí?
Franc. ¡ Maldades !
Aquil. ¿ Pues qué?
Franc. Se ha descubierto
Una conspiracion.
Aquil. ¿ De veras?
Franc. Cierto.
Aquil. Mas ¿ dónde...?
Franc. En una casa —
¡ Si es increible á veces lo que pasa ! —
Ha tenido noticia
De no sé qué papeles la justicia;
Y en ella se ha encajado,
Y toditos allí los ha pillado.
Aquil. ¡ Oiga !
Franc. Entre ellos estaba
De cierto escrito audaz que impreso andaba
El borrador entero,
Contrario al cardenal, segun infiero.
Aquil. ¡ Mire usted qué insolencia !
Franc. Y han hallado además correspon-
Entre altos personajes [dencia
Que en la horca irán luego á hacer visajes.
Aquil. ¡ Cómo...! ¿ Hay alguno preso?
Franc. Debió tener noticia del suceso
El pícaro taimado
Que andaba en el tramoya, y se ha fugado.
Mas no importa, esta noche
Se mandarán expresos.
Aquil. Pára un coche.
El amo... Corred pronto. (*Vase Francisco.*)

ESCENA II.

DICHOS, DON GONZALO.

Aquil. ¡ Qué enredos ! De esta vez me vuelvo tonto. (*Solo.*)
¿ Qué mísero destino
Te mete en estas bromas, Aquilino?
Muy buena plaza es esta;
Mas ¡ cuántas pesadumbres ya me cuesta !
(*Sale don Gonzalo enfurecido. Tira sobre la mesa sombrero y guantes. Francisco le sigue.*)
Franc. ¿ Manda algo usía ?
Gonz. Nada...
Nada quiero... marchaos.
Franc. Hay tronada.
(*Bajo á don Aquilino al marcharse.*)
(*Don Gonzalo se sienta despechado.*)
Gonz. ¡ Ah ! Me ahoga la ira :
A excitar mi furor todo conspira.
Aquil. De mal talante viene. (*Aparte.*)
Gonz. En mi rabia no sé qué me contiene.
¡ A tal punto se entrega
Al rencor un ministro ! ¡ así le ciega ! —
¡ Ah...! ¿ Eres tú?
(*Reparando en don Aquilino.*)
Aquil. Sí, querido.
Gonz. Aquí me ves rabioso, enfurecido.
Aquil. Mas ¿ qué diablos sucede ?
Gonz. Es cosa que aguantar ya no se
Pensaba que aunque vano, [puede.
Ambicioso, falaz, avaro, insano,
Compasivo seria,
Y un resto de piedad conservaria...
Pues nada de eso, nada...
De tigre debe ser su alma malvada.
¿ No es cierto, di, no es cierto
Que es un infame, un vil?
Aquil. ¿ Quién...? (Estoy muerto.)
(*Aparte.*)
Gonz. El ministro.
Aquil. ¡ El ministro !
Hombre, ¿ qué osas decir? (¡ Vaya un registro
(*Aparte.*)

Por el que sale!)

Gonz. ¿Quieres
Desmentirme?

Aquil. No tal. Lo que dijeres,
Lo mismo pienso y digo...
Es ya costumbre en mí... Pero ¡ay amigo!
¡Un ministro...! ya sabes...

Gonz. Solo falta, bribon, que me le alabes.

Aquil. Ya sé que no hay motivo...

Gonz. Es un hombre cruel y vengativo.

Aquil. Mira, si así le muerdes,
Que te pierdes, amigo... y que me pierdes.

Gonz. ¿Sabes en su ira loca
Qué amenazas salieron de su boca?
No pude contenerme,
Y en favor de Solís iba á exponerme.

Aquil. ¡Cielos! ¿Le has replicado?

Gonz. Buenas ganas, á fe, se me han pasado.
Mas ¿qué se dice á un hombre
Que se enfurece solo con su nombre?

Aquil. (Nadie escucha.)
(*Aparte, mirando á todas partes.*)
Confieso
(*Acercándose á don Gonzalo.*)
Que es un monstruo, una plaga... Pero eso,
En vez de alzar el grito,
Es preciso decirlo muy bajito.

Gonz. ¿Acaso yo le temo? (*Levantándose.*)

Aquil. Tú no... pero yo sí... Si hasta ese extremo
Hoy tu crédito alcanza,
A mí me puede ahorcar en su venganza.

Gonz. Lo que mas me volaba,
Es — ¿lo creerás? — que el falso me abrazaba.

Aquil. ¿A tí?

Gonz. Porque creia
Que era yo quien la trama descubria.

Aquil. ¿Tú?

Gonz. Yo; que así lo ha dicho
Esa infame condesa.

Aquil. ¡Oh, qué mal bicho!
¡La tengo ya una rabia!

Gonz. Pues... Ella con su mónita y su labia
Arma todo este enredo.

Aquil. Y ¿no la has desmentido?

Gonz. ¿Acaso puedo?
Mas ¿Gabriel?

Aquil. Escondido
Está en casa de Lope.

Gonz. No he podido
Verle como pensaba.

Aquil. Por desdicha en su casa ya no estaba.
Fuí corriendo á buscarle,
Y al cabo de dos horas pude hallarle.
Al oir tu recado
Su riesgo conoció: voló exhalado
Queriendo en el momento
Sus papeles salvar: mas vano intento,
Pues ya cuando llegamos,
Cercada de soldados encontramos
Su casa, y á galope
Tuvimos que escapar á la de Lope.

Gonz. ¡O cielos! Y ¿su hermana?

Aquil. Allí quedó metida en la jarana.

Gonz. ¡Desdichada Clarita!

Aquil. Susto pasado habrá la pobrecita.
Volver por ella quiso
Gabriel; mas contenerle fué preciso.

Gonz. ¡Ah! voy... (*Sale Francisco.*)

Franc. Don Lope Estrada.
(*Anunciando.*)

Gonz. ¡Lope...! ¡O Dios! ¿Qué sucede?
— Dadle entrada.

ESCENA III.

DON GONZALO, DON AQUILINO, DON LOPE.

Gonz. Y bien, amigo, ¿qué traes?

Lope. ¿Lo que traigo? ¡Voto á san!
Una ira que me ahoga;
Estoy dado á Barrabás.

Gonz. ¿Qué sucede?

Lope. ¿Qué sucede?
Y ¿lo osas tú preguntar?
Sucede que eres un falso,
Un traidor, un desleal.

Aquil. ¡Jesus, qué hombre!

Gonz. ¿Eso me dices?

Lope. Esto te digo, y tres mas.
¡No que no...! Pues cabalmente
Hecho me encuentro un volcan;
Y á eso vengo, y reventara
Si tuviera que callar.

Gonz. Mas ¿qué motivo...?

Lope. ¡Motivo!
¿Te parece poco ya,
Mal hombre, el faltar vilmente
Al honor, á la amistad?
¿Quieres mas, responde, infame?
¿Quieres mas aün?

Gonz. Yo...

Aquil. Está
Loco.

Lope. ¿Vendes á tu amigo,
Y no es bastante maldad?

Gonz. ¡Yo vender...!

Lope. Sí, lo sé todo;
Y Gabriel de pe á pa
Me lo ha contado. — Sabias
Lo del folleto.

Gonz. Es verdad.

Lope. Entrabas en la tramoya,
Y era... picardía tal...!
Era para delatarle,

Y con la traicion medrar.
¡Si hay hombres que...! Por perderlos
De vista, ganas le dan
A uno de ir con las fieras
En un desierto á habitar.
Gonz. Qué, ¿piensa Gabriel acaso...?
Lope. Sí, piensa.
Gonz. ¡O cielos! ¿Tan mal
Juzga de mí que me cree
De tanta infamia capaz?
¡Yo delatar á mi amigo!
¡Yo venderle...! ¡Ah! por piedad,
Decid que soy ambicioso,
Vano, altivo... así será;
Pero ¡pérfido, traidor,
Falso amigo...! No, jamás.
Lope. ¿Luego no has sido...?
Gonz. Tal duda
Es un agravio mortal
Que ambos me haceis.
Lope. Pero ¿cómo...?
Gonz. Por una casualidad,
Que aun ignoro, se ha sabido
Este secreto fatal.
Del riesgo que le amagaba
A Solís quise salvar...
Y le salvaré, lo juro,
Aunque me pierda.
Lope. ¿Lo harás?
Gonz. ¿Puedes dudarlo?
Lope. Eso no.
Pero es fuerza, sin tardar,
Buscar un medio... En mi casa
No está bien... Le buscarán...
Saben que yo soy su amigo,
Y luego, la vecindad...
¡Que ha de estar seguro...! Nada...
Le pillan... no hay que dudar.
Gonz. Pues bien, le ofrezco la mia.
Lope. ¡La tuya!
Gonz. Sí.
Lope. Y ¿osarás...?
Gonz. En todas, menos en esta,
Oculto le juzgarán.
Sobre todo, en tal peligro
Le debo un asilo dar.
Es mi amigo: que le niego
Mi proteccion no dirán;
Y aun á costa de mi vida
Cumpliré con la amistad.
Lope. Eso me gusta... Así quiero
A los hombres, ¡voto á tal!
Venga un abrazo... Esto solo
Me basta á reconciliar
Contigo.
Aquil. Es rasgo admirable
Que le ha de hacer inmortal.
Gonz. ¿Ves aquel cuarto...? Por él
(*Señalando la puerta última de la izquierda.*)
A una habitacion se va
Que á nadie sirve... Allí puede
Solís sin peligro estar;
Que en casa solo un criado
De confianza lo sabrá.
Aquil. ¡Qué criado...! Aquí estoy yo;
Yo tambien quiero imitar
Tu heroismo.
Gonz. ¿Tú, Aquilino?
Aquil. Yo.
Lope. Bien.
Aquil. Llama celestial
Me anima... Amistad sagrada,
Me sacrifico en tu altar.
Gonz. Por una puerta secreta
Introducirle podrás.
Aquil. Sí, la puertecita falsa
Que á la callejuela da.
Gonz. Pero hasta la una, al menos,
Será preciso esperar;
Pues convienen al sigilo
La noche y la soledad.
Lope. Muy bien... Voy corriendo...
Gonz. Aguarda.
Y ¿Clara?
Lope. ¿La hermana? Está
En su casa. Los esbirros,
Cansados ya de esperar,
Se fueron... Ahora de paso
La he visto.
Gonz. Pues convendrá
Que venga tambien... Me ocurre
Para mas seguridad...
Sí, sí... Nadie la conoce...
Sin secreto la traerás...
Diré que es una parienta;
Y así no se extrañará
Que esté ese cuarto habitado.
Aquil. Buena idea.
Lope. A Dios.
Gonz. ¿Estás?
Primero á Clarita.
Lope. Sí.
Gonz. Por la puerta principal.
Lope. Bien.
Gonz. Y despues á la una...
Lope. Lo haré con puntualidad. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DON GONZALO, DON AQUILINO, LUEGO FRANCISCO, LUEGO UN PORTERO

Gonz. ¡Ah! Mi opreso corazon
Ya, enfin, respira y se ensancha.
Aquil. Eres un héroe, un portento

De amistad acrisolada;
Y con Pílades y Orestes
Os comparará la fama.
(*Sale Francisco.*)
Franc. Señor.
Gonz. ¿Y bien?
Franc. Un portero
Del ministerio... Le manda
Con urgencia el cardenal.
Gonz. ¡Cómo! ¿A estas horas...? Me [pasma.
¿Qué sucederá? Decidle
Que entre. — Oid... Aquella estancia
Preparad luego... Esta noche,
Dentro de un rato, á ocuparla
Vendrá una parienta mia
Que ha llegado de... de Málaga.
¿Estais?
Franc. Sí, señor. (*Vase.*)
Gonz. ¡Tan tarde!
¿Qué será?
Aquil. Alguna embajada.
(*Sale el portero con un pliego grueso.*)
Gonz. ¿Qué hay?
Port. Este pliego...
(*Le da el pliego: don Gonzalo mira el sobre.*)
Gonz. ¡Tres luegos!
Port. La contestacion aguarda
Su eminencia.
Gonz. A ver...
(*Abre el pliego, del cual saca unos papeles y una carta, que lee con grande agitacion, y al acabarla se deja caer abatido en un sillon.*)
¡Gran Dios!
Aquil. ¿Qué te ha dado?
(*Acercándose á él asustado.*)
Gonz. Nada... nada.
Port. Señor...
Gonz. Necesito tiempo...
No es posible hasta mañana...
Port. Esta noche la respuesta
Quiere el cardenal sin falta.
Dice que hasta recibirla
No se acuesta.
Gonz. (¡No le parta (*Aparte.*)
Un rayo!) Pues bien... volved
Luego.
Port. ¿Cuándo?
Gonz. No estoy para...
Dentro de dos horas.
Port. Beso
A usía la mano. (*Vase.*)

ESCENA V.

DON GONZALO, DON AQUILINO.

Gonz. ¡O rabia!
Aquil. ¿Qué hay? ¿Qué ocurre? Te has [quedado
Sin color.
Gonz. No me faltaba
Mas que esto para...
Aquil. ¡Dios mio!
¿Te han quitado ya tu plaza?
Gonz. ¡Ojalá!
Aquil. ¿Mas malo que eso?
¿Puede haber mayor desgracia?
Gonz. Toma... lee.
(*Le da la carta. Don Aquilino la lee en voz alta.*)
Aquil. «Amigo don Gonzalo: La importancia de los papeles descubiertos en casa » del traidor Solís exige prontas y enérgicas providencias. Quiero esta noche misma dar cuenta á su majestad; y por lo » tanto os remito adjuntos todos los documentos para que inmediatamente hagais » sobre ellos un informe, pintando con los » mas vivos colores toda la magnitud del » atentado, y proponiendo cuanto creais » conducente al castigo de los culpados.»
Gonz. Ya lo ves:
Quiere en sa furia inhumana
Hacerme contra un amigo
Ministro de sus venganzas.
Quiere sea, vive el cielo,
Su acusador... Y no basta:
Quiere señale el castigo
Que sobre su frente caiga.
Aquil. Pero él, ¿qué sabe...?
Gonz. Primero
Se abrirá bajo mis plantas
La tierra.—Estoy por mandarle
Mi dimision.
Aquil. ¡Qué bobada!
Gonz. Sí, sí: mas vale dejar
Un puesto vil que me amarra
A su cadena, do es fuerza
Inmolarle hasta mi fama.
Aquil. Pero, hombre...
Gonz. Así como así,
Hoy dia no le harán falta
Hombres viles que se presten
A sus caprichos é infamias.
Aquil. Pues si lo mismo ha de ser,
Con tu renuncia ¿qué ganas?
Gonz. Ya está visto: si ese monstruo
Sigue rigiendo la España,
Para los hombres de bien
No hay refugio ni esperanza. (*Se levanta.*)
— Tambien ha sido ocurrencia

Encargarme á mí... ¿ No hallaba
Otro mas...? ¿ Será malicia ?
¿ Habrá leido en mi cara
Que me intereso por...? No :
Sabe mi celo, le agrada
Mi expedicion, y por eso...
Mas ¿ acaso en cuerpo y alma
Le estoy vendido...? ¿ Soy yo
Su esclavo...? Y en su arrogancia
¿ Piensa he de sacrificarle
Mis afecciones mas caras ?
Nunca, jamás.

Aquil. ¡ Ay...! ¿Qué miro?
¿ Has leido esta posdata?

Gonz. ¿ Una posdata ? No.

Aquil. Escucha. (*Lee.*)
« Para vuestra satisfaccion os advierto que » en premio de los servicios que me habeis » prestado, y particularmente de este último, » llevaré á su majestad con la consulta el » decreto concediéndoos una de las mejores » encomiendas en la órden de Calatrava. » Tambien pienso hablarle de una pension, » y de otras mercedes que no dudo os con- » ceda su majestad. »

Gonz. [en gracia! ¡ Cómo...! ¿ A ver...? Sí... ¡ Vaya
¡ Milagro...! Ahora se acuerda...
Ya era tiempo... ¡ Y lo guardaba
Para esta ocasion...! Dirán
Que es de mi traicion la paga.

Aquil. Deja que digan.

Gonz. No, no :
Sus ofertas y amenazas
Desprecio igualmente.

Aquil. Pero...

Gonz. No me seduce ni engaña.

Aquil. ¿ Qué importa lo que dijeren,
Si el otro entre tanto escapa ?

Gonz. Tienes razon... no caia...

Aquil. Mira que el tiempo se pasa.

Gonz. Ello es preciso tomar
Un partido.

Aquil. Cierto.

Gonz. Vaya,
Pues no hay remedio... aquí mismo...
Toma asiento.

(*Don Aquilino se sienta á la mesa para escribir y empieza por cortar una pluma. Don Gonzalo toma tambien una silla, y se sienta á poca distancia de la mesa, examinando los papeles.*)

¡ Oh, qué apurada
Situacion...! Atado al yugo
Del déspota que avasalla
Mis acciones...—¿ Estás?

Aquil. Sí.

Gonz. ¡ Debiendo, porque él lo manda,
Sofocar mis sentimientos,
Servir su rencor, su saña...!
— Escribe lo que te dicto.

Aquil. Ya está la pluma cortada.

Gonz. No te pares...—¿ Qué diré? —
Veamos...—¡ Jesus, qué cartas !
(*Recorriendo los papeles.*)
¡ Tambien ha sido imprudencia
En ese Solís guardarlas !

Aquil. Hay hombres tan insensatos
Que en ningun riesgo reparan.

Gonz. Pon.— « Un atentado...»— No...
Eso es muy fuerte. — « Una falta. »
(*Dictando.*)

Aquil. « Falta. »
(*Repitiendo lo que escribe.*)

Gonz. Tampoco... Eso es flojo...
Borra.

Aquil. Borro.

Gonz. Es una trama,
Es una traicion... Escribe.
« Un suceso de importancia. »
Así no se abulta, ni...

Aquil. Bien mirado, es una ganga
Para Solís el que tú...

Gonz. ¡ Oh ! Pues si otro redactara
El informe... Pero yo...

Aquil. Tú sabrás atenuar.... — « Ancia.»
(*Repitiendo lo último que escribe*)

Gonz. Por supuesto... Pero ¿ cómo ?
Estos papeles espantan.
Hay materiales aquí
Para ahorcar á un hombre.

Aquil. ¡ Cáspita !

Gonz. Cuando menos, es preciso
Formarle causa.

Aquil. Formarla...
Y antes que dé el tribunal
Su fallo, salto de mata.

Gonz. Con pasaportes en regla,
En seis dias está en Francia.

Aquil. Tú podrás proporcionárselos.

Gonz. Y además carruaje y plata.

Aquil. Y luego allí que le pesquen.

Gonz. Y en pasando unas semanas...

Aquil. Se arregla el asunto.

Gonz. Pues.

Aquil. Se olvida el lance.

Gonz. No se habla
Ya de él.

Aquil. Se le hace volver.

Gonz. Con un poquito de maña...

Aquil. Con tu favor...

Gonz. ¡ Y si pillo
Alguna silla dorada...!

Aquil. Entonces, negocio hecho.

Gonz. Y aun vendrá á darme las gracias.

Aquil. Pues escrúpulos á un lado,
Y vaya el informe.

Gonz. Vaya.
Aquil. Y echarle toda la ley.
Gonz. ¿Qué inconveniente?
Aquil. Pues carga
La mano.
Gonz. Así sirvo á un tiempo
El amigo y al monarca.
Este ignora que por mí
El acusado se salva...
Aquil. Y Gabriel nada sabrá
Del informe.
Gonz. Ni palabra.
Aquil. Pues á la obra.

ESCENA VI.

DICHOS, FRANCISCO, CRIADOS.

Gonz. (*A Francisco.*) ¿Qué es eso?
Franc. Voy á arreglar esa estancia.
¿No lo habeis mandado?
Gonz. ¡Ah! sí.
Despachad.—En esta sala
(*Bajo á don Aquilino.*)
No estoy bien: voy allá dentro.
Aquil. Sí, vamos.
Gonz. Conmigo basta
Para el borrador: despues
Pondráslo en limpio.
Aquil. Me agrada.
Gonz. Quédate para estorbar
Que nadie entre.
(*Hace que se va y vuelve.*)
¡Ah! cuando Clara
Venga...
Aquil. ¿Te aviso?
Gonz. No... deja
Que concluya.
Aquil. Pues me llamas.
Gonz. Bien... Voy...
Aquil. Escucha... ¿La llave
De la puertecita falsa?
Gonz. En mi despacho la tengo.
Voy ahora mismo á tomarla. (*Vase.*)

ESCENA VII.

DON AQUILINO, FRANCISCO.

(*Francisco y los criados habrán entrado en el cuarto de la izquierda, y luego salen de él como habiendo concluido de arreglarlo.*)

Aquil. ¡Ay, válgame San Pascual,
(*Solo.*)
San Jacinto, San Eulogio,
Y todo el martirilogio,
Y la corte celestial!
¡Qué apuros! ¡Qué trapisondas!
¡Pobre Aquilino Muñoz!
¿Quién así de hoz y de coz
Te mete en cosas tan hondas?
¡Y á todo esto sin cenar!
¡Y á media noche, Dios mio!
Siento aquí dentro un vacío...
Me estoy para desmayar.—
Francisco amigo, por Dios,
(*A Francisco, que sale.*)
¿Podré tomar un bocado?
Franc. ¿Quereis un pollito asado?
Aquil. ¡Si quiero...! Aunque sean dos.
Franc. ¡Lo traeré! (*Vase.*)
Aquil. Pues ¡y dormir!
¡Ya va! Con tanta jarana
Tendré noche toledana...
Estar de acecho, escribir...
Mil tramoyas y manejos...
El escondite... la llave...
Esta vida, Dios lo sabe,
No es para llegar á viejos.
(*Sale Francisco con plato, servilleta, etc., y lo coloca en la mesa.*)
Franc. Aquí teneis...
Aquil. ¡Ah! Ya aliento.
Franc. Y este vino... de lo rico.
Aquil. Pues mientras aquí me aplico,
Arreglad ese aposento.
Franc. Ya lo está.
Aquil. Bien... ¡Ah! Ahora
Que caigo... No estará mal
Que baje alguno al portal
A esperar á esa señora.
Franc. Iré yo mismo.
Aquil. Vendrá
Con don Lope... aquel amigo...
Ya sabeis.
Franc. Sí.
Aquil. Nada os digo
Del respeto con que...
Franc. ¡Ya!
(*Con risa socarrona.*)
Aquil. ¿Qué risa tan maliciosa
Es esa?
Franc. Hablemos clarito...
Murmuremos un poquito...
¿Es jóven, linda?
Aquil. Preciosa.
Franc. ¿Parienta del amo?
Aquil. Pues...
¿No lo ha dicho?
Franc. Es que ya ví
Otras parientas así
Que no he vuelto á ver despues.
Aquil. ¡Ah! ¡bribon!
Franc. ¿Acierto?

Aquil. Puede.
Mas ¡chiton!
Franc. Soy perro viejo.
Aquil. Ya caerá algun dobloncejo.
Franc. Mejor.
Aquil. Id pues.—Quiero adrede
Dejarle creer...—¡Buen vino!
¡Ay! esto me vuelve el alma.
—Con todo, no estoy con calma.
Que por fin sabrá imagino
Orendana que fuí yo
Quien descubrí... ¡Guarda, Pablo!
¡Si esa condesa es el diablo!
¡Con qué maña me sacó...!
¡Maldita...! Mas ¿por qué asi
Persigue...? ¿Si serán zelos
De la otra...? ¡Santos cielos!
En sabiendo que está aquí,
El oirla será un gusto.
¡Dios! ¿De qué santo me valgo?
Tan solo de un susto salgo
Para entrar en otro susto.

ESCENA VIII.

DON AQUILINO, DOÑA CLARA, DON LOPE, FRANCISCO.

Franc. Ya llega... Y ¡qué linda!
Aquil. ¿Tan pronto...? Pues que entre.
Franc. Venid.
(*Salen doña Clara y don Lope: aquella sostenida por este.*)
Lope. ¡Ay, amigo!
(*A Aquilino.*)
Sosténla.
Aquil. ¿Qué tiene?
Lope. Tal susto la oprime
Que ni alentar puede.
Aquil. Traed una silla. (*A Francisco.*)
Lope. Sí, sí... que se siente.
Clara. ¡Ay, Dios!
Lope. Sosegaos.
Clara. ¿Mi hermano no viene?
Lope. Veréisle muy pronto,
Pues marcho...
Aquil. Detente.
Lope. No puedo: es preciso (*Bajo.*)
Que corra á traerle.
Aquil. ¿Ya sabes la puerta?
Lope. Sí, no tiene pierde.
¿Quién abre?
Aquil. Yo mismo;
Mas deja que suene
La una: hasta entonces
Cuidado te acerques. (*Vase don Lope.*)

ESCENA IX.

DICHOS, MENOS DON LOPE.

Aquil. Hermosa Clarita,
Las penas ya cesen,
Pues...
(*Oyese un campanillazo en el gabinete.*)
Llaman... El amo.
Franc. A ver voy qué quiere.
Aquil. Tened, que á mí solo
Entrada concede.
Cuidad de esta niña.
(*Entra en el gabinete.*)

ESCENA X.

DOÑA CLARA, FRANCISCO, LUEGO DON GONZALO.

Clara. ¡Ay!
Franc. ¿Qué embrollo es este? (*Ap.*)
Clara. ¿Se va?
Franc. No os asuste
Que aquí sola os deje.
Clara. Mas vos...
Franc. Un criado
Que os sirva y respete
Tendreis en mí.
Clara. Pero
¿Don Gonzalo...?
Franc. Vedle.
(*Sale don Gonzalo. Clara corre hácia él.*)
Clara. ¡Amigo!
Gonz. ¡Clarita!
Franc. Marcharme conviene. (*Aparte.*)
(*Vase llevándose el plato y lo demás que trajo.*)
Clara. ¡Ah! ¿Qué es de mi hermano?
¿Do se halla? ¿Qué suerte
Le imponen las iras
Del hado inclemente?
Seis horas mortales
Estoy ya sin verle,
Y ansiosos le buscan
Esbirros crueles.
¿Será que sus brazos
El hierro encadene,
O amaga sus dias
La bárbara muerte?
Gonz. No así el bello rostro
Las lágrimas rieguen;
Y el dulce consuelo
Con risa las seque.
Aun libre el hermano
Respira, y en breve

Podréisle gozosa
Los brazos tenderle.
Clara. ¿Es cierto?
Gonz. Le aguardo.
Clara. ¡Cuál ansio que llegue!
Gonz. Seguro en mi casa
Le ofrezco un albergue.
Clara. ¿Le cercan peligros?
Gonz. Grandes, inminentes.
Clara. ¡O cielos!
Gonz. Calmaos,
Aquí no los teme.
Clara. ¡Ah! no, que un amigo
Leal le defiende.
Aquí á vuestro lado
¿Quién puede ofenderle?
¿No sois poderoso?
¿A vos quién se atreve?
Gonz. Cruel le persigue
Contrario mas fuerte;
Contrario que polvo
Tambien puede hacerme.
Clara. ¿Cuál crímen...?
Gonz. Le acusan
De tramas aleves.
Sabed que esas cartas...
Clara. ¡Malditos papeles!
Mas ¿cómo han sabido...?
Sin duda le venden.
Gonz. ¡Qué horrible sospecha!
Clara. Sí, sí...
Gonz. Mas ¿quién puede...?
Clara. Algun falso amigo,
Traidor, que merece
Que el cielo mil rayos
Fulmine en su frente.
Gonz. ¡Gran Dios!
Clara. Por ventura,
Decid: ¿conocéisle?
¿Quién es...? ¿Do se esconde?
Buscadle, traedle.
Gonz. Calmaos, Clarita.
¿Qué intento?
Clara. Diréle
Que le odio y desprecio,
Y mil y mil veces
Me oirá maldecirle
Con voz que le aterre,
Pidiendo á los cielos
Que justos me venguen.
Gonz. Cesad...
Clara. Pues ¿acaso
Quereis se liberte
Del justo castigo...?
Gonz. ¿Quién...? ¿yo...?
Clara. ¿No os parece
Que es vil...?
Gonz. ¡Oh! ¡cuál sufro! (*Aparte.*)
Clara. ¿Sentís le deteste?
Gonz. No, no... Vuestros odios
Sufrir, Clara, debe...
Mas pronto... (¡Qué angustia! (*Aparte.*)
¡O cielos, valedme!)

ESCENA XI.

DON GONZALO, DOÑA CLARA, DON AQUILINO.

Aquil. Ya está en limpio nuestro infor-
Ahora firma. [me.
Gonz. No, no quiero.
Aquil. Que va á volver el portero,
Y...
Gonz. ¡Fuera un delito enorme!
Aquil. ¡Qué tontuna! ¿Te retractas?
Gonz. Sí.
Aquil. Pues no es mal compromiso.
Hombre, mira que es preciso.
Gonz. No importa.
Aquil. Tú que te jactas
De ser tan formal...
Clara. Por mí
No os incomodeis... Si estorbo...
Gonz. Un veneno sorbo á sorbo (*Ap.*)
Me hacen apurar.
Clara. De aquí
Me marcharé.
Gonz. No, quedad.—
Si esto no es nada... En sustancia
(*Afectando sonreirse.*)
Un papel... sin importancia...
Que nada vale.—¿Es verdad?
(*A Aquilino.*)
Aquil. No... nada... una tontería.
(*Fingiendo la misma risa.*)
Gonz. Es cosa de entre los dos.
Aquil. Pues... de entre los dos.—Por
Firma... ¿No ves...? [Dios,
Gonz. No podria,
Aunque quisiera... Repara
Que está Clara...
Aquil. Ella ¿qué sabe...?
Gonz. No, tal perfidia no cabe...
Aquil. Vive el cielo, estamos para...

ESCENA XII.

DICHOS, FRANCISCO, EL PORTERO.

Franc. El portero.
(*Vase y sale el portero.*)
Aquil. ¿No lo ves?
Port. Su eminencia...
Gonz. Bien está.
Aquil. Que la una va á dar ya;

Y es fuerza que solo estés.
Gonz. ¡Qué apuro! ¿Qué haré? [mos
Aquil. Cumpla-
Con el ministro... Con maña
De este modo se le engaña,
Y en tanto al otro amparamos.
Gonz. Tienes razon... sí... conviene...
No hay mas medio de salvarle. (*Firma.*)
Aquil. Solo falta ya cerrarle :
Voy corriendo... (*Vuelve al gabinete.*)
Gonz. ¡Oh Dios!
Clara. (¿Qué tiene?
(*Aparte.*)
¡Cuán agitado le encuentro!)
¡Ah! me lo ocultais en vano:
Lo veo... un horrible arcano
Aquel pliego lleva dentro.
Gonz. Sí, Clara... lo lleva... es cierto...
Mas no pregunteis cuál es...
De vergüenza á vuestros piés
Me cayera entonces muerto.
Clara. ¿Pues tan terrible, tan grave...?
(*Sale don Aquilino con el pliego cerrado, y se le da al portero.*)
Aquil. Ya está cerrado. — Tomad.
Port. Gracias.
Aquil. Id pronto, volad.
(*Empuja al portero fuera de la puerta y la cierra. Da la una en el reloj.*)
¡La una...! Es hora. — La llave.
(*Acercándose rápidamente á don Gonzalo.*)
Gonz. Toma, y corre sin tardar.
(*Sacándola del bolsillo y dándosela.*)
Aquil. Voy por él. (*A doña Clara.*)
Clara. ¿Quién?
Aquil. Por Solís.
Clara. ¡Mi hermano!
Aquil. Sí... ¿No venís?
Clara. ¡Ah! sí... le corro á abrazar.
Gonz. ¡Prudencia!
Aquil. No tengas miedo.
Venid, Clarita.
Clara. Ya os sigo.
¡Noble y generoso amigo!
Gonz. ¡No puedo mas!
(*Dejándose caer aplanado en un sillon.*)
Aquil. Marchad quedo.
(*A doña Clara.*)

ACTO QUINTO.

ESCENA PRIMERA.

DON GONZALO, DON AQUILINO.

Aquil. ¿Vienes de palacio?
Gonz. Sí.
Amigo mio, el informe
Ha salido tan á gusto
Del cardenal, que nuestro hombre
Me dió, lo mismo fué verme,
Dos mil abrazos. Anoche
Quiso presentarle al rey;
Mas era tarde: negóse
Su majestad porque estaba
Algo indispuesto... A las doce
De hoy debe volver, llevando
La consulta en que propone
Mi encomienda... Amigo mio:
Es una de las mejores:
Seis mil ducados de renta.
Aquil. ¿Entonces ya quién te tose?
Y di: ¿no habria, aunque fuese
En el ramo del azogue,
Algun empleillo...?
Gonz. ¡Cómo!
¿Quieres dejarme?
Aquil. Conforme.
Si he de llevar esta vida
Llena de sustos...
Gonz. ¡Un jóven
Como tú!
Aquil. Soy muy pacífico;
Y andar siempre en estos trotes...
Gonz. Bien: hoy mismo propondré...
Aquil. Y que sea donde cobre
Puntualmente.
Gonz. Ya estoy... Pero
Hasta que ponerse logre
Gabriel en salvo, ya ves...
Aquil. ¡Oh! tuyo soy hasta entonces.
Gonz. ¿Le has visto?
Aquil. Sí.
Gonz. ¿No le falta
Nada?
Aquil. Nada.
Gonz. Que no noten...
Aquil. Se halla en el cuarto de adentro,
Donde los piés nadie pone.
En el primero está Clara;
Y allí solo...
Gonz. El pasaporte
Tendrá mañana, y hoy mismo
Tú le buscarás un coche.

Aquil. Sí, sí, que se vaya pronto,
Y que no pare hasta Londres.
Gonz. Lo que siento es que se vaya
Clara con él.
Aquil. Se conoce
Que estás de ella algo prendado.
Gonz. Fué mis primeros amores;
Y ahora... Mas es preciso:
La suerte así lo dispone.
Aquil. ¿Vas á verla?
Gonz. Ahora tengo
Que hacer... Que nadie me estorbe...
Ni estoy, á no ser que venga
Del ministro alguna órden.
(*Éntrase en el gabinete.*)

ESCENA II.

Don AQUILINO, luego la CONDESA.

Aquil. Pues, señor, ganemos tiempo: (*Solo.*)
Corramos á ver si busco
El carruaje. (*Va á salir y ve á la condesa.*)
¡La condesa!
¡La han dejado entrar!
Cond. ¿Qué escucho? (*Saliendo irritada.*)
¡Querer que yo haga antesala!
¿De cuando acá?
Aquil. La aseguro (*Aparte.*)
Que se engaña si esta vez
Piensa hacerme hablar. — Me escurro.
Cond. ¡Ah, ah! ¿Sois vos?
Aquil. ¡Me pilló! (*Aparte.*)
Pues me hago en la lengua un nudo.
Cond. ¿Y don Gonzalo?
Aquil. A otra puerta.
(*Aparte haciéndose el distraido.*)
Cond. ¿Está?
Aquil. ¡Ya va! (*Aparte.*)
Cond. Que os pregunto.
¿Está en casa don Gonzalo?
¿No respondeis...? ¿Estais mudo?
¡Vaya un ente...! Que si está
Don Gonzalo... De un asunto
Tengo que hablarle.
(*Don Aquilino se encoge de hombros, y hace gestos como para decir que no sabe.*)
¿Qué gestos
Son esos...? ¿Eh...? Yo presumo
Que de mí se está burlando.
¿Respondereis al fin, bruto?
(*Don Aquilino hace gestos de que no puede.*)
¿No...? ¿Pues por qué...? ¡Me consumo!
¿Qué sucede en esta casa
Que todos...? Algun oculto
Misterio hay sin duda aquí...
Por fuerza... y vos...
Aquil. No hay ninguno.
(*Hablando sin poderse contener.*)
Cond. ¡Hola...! ¿Recobrais el habla?
¿Con que he acertado?
Aquil. ¡Qué burro! (*Aparte.*)
Cond. Pues me lo vais á decir.
Aquil. ¿Yo?
Cond. Sí, vos.
Aquil. Señora, os juro...
Cond. Sin mentir.
Aquil. ¡Vaya un empeño!
(Y ¿si comete el absurdo
(*Aparte, volviéndose á mirar hácia el cuarto de Clara.*)
Clara de salir ahora?)
Cond. Vamos, hablad.
Aquil. ¡Ya es apuro! (*Aparte.*)
¿Cómo haré...?
Cond. No hay que volverme
La espalda... Punto por punto,
Me vais á decir...
Aquil. Me gusta.
¡Cómo manda! Como si uno
Fuera su... Pues no, señora,
No hablaré... Yo soy astuto,
Y veo largo... Quereis
Ir con el cuento, seguro,
Como antes fuísteis... ¡Qué infamia!
¡Una mujer...! Yo me aturdo.
Cond. Despues de tanto callar,
¡De palabras qué diluvio!
Y para no decir nada.
Aquil. Pues eso quiero yo... justo...
No decir nada... ¿Pensais
Que soy bobo y no discurro?
Pues yo no me mamo el dedo;
Y ya os conozco; y con pulso
Me voy con vos; porqué sé
Que sois mala y sabeis mucho.
Cond. ¿Cómo se entiende?
Aquil. A todo esto,
(*Volviendo otra vez la vista hácia el cuarto de doña Clara.*)
Si sale y la ve...
Cond. ¡Qué insulto!
Aquil. Estoy en ascuas. (*Aparte.*)
Cond. ¡Y siempre
Mirando hácia allí!
Aquil. Yo sudo... (*Aparte.*)
Y esta mujer es capaz...
Mas vale... sí... las afufo.
(*Vase corriendo por el foro.*)

ESCENA III.

LA CONDESA, LUEGO FRANCISCO.

Cond. Escuchad... oid... ¡Cuál corre!
Y sin decir... ¿Para qué?
Harto sé ya, pues conozco
Que oculto aquí debe haber
Algun arcano... Mas ¿cuál...?
Bien claro, ó rabia, se ve.
¿Quién pudo dar el aviso
A su amigo, si no es él?
Y la hermana, ¿por ventura
No despareció tambien?
¿Dónde estarán...? ¡Él lo sabe,
Él lo sabe, ingrato, infiel!
¿Cómo descubrir...? Si acaso...
¡Qué idea...! No puede ser...
¡Ellos aquí...! No... — Con todo,
Del otro la palidez,
Su inquietud, su turbacion...
¡Oh! Yo le observé muy bien,
Y estaba como temblando
De que algo llegase á ver...
Hácia allí se dirigian
Sus ojos... ¿El cuarto aquel
Acaso...?
(*Se dirige hácia el cuarto de doña Clara, y se pone á escuchar á la puerta.*)
Se escucha ruido
Dentro... Pasos... ¿Si podré
Mirar...? Por este agujero...
(*Se pone á mirar por el agujero de la llave.*)
¡Ah...! ¿Qué veo...? ¡Una mujer!
No descubro bien su rostro,
Mas sin duda jóven es...
¡Una mujer aquí, cielos!
Y ¿no estaba aün ayer
Sin habitar esa estancia...?
Sí, sí, lo estaba... Acerté.
Aquí se hallan... ¡Y ha podido
Hasta en su casa esconder...!
¿Por qué no...? ¿Qué sitio habrá
Do mas seguros esten?
¿Quién aquí vendrá á buscarlos?
¿Quién pensará...? Mas tal vez
Me engaño... Mis necios zelos
Me hacen absurdos creer.
¿Cómo averiguar podria...?
No hay nadie aquí... Llamaré.
(*Se dirige hácia el cordon de la campanilla que está al lado de la puerta del foro y ve á Francisco, que pasa por la parte de afuera.*)
¡Ah...! Francisco... Oid.
Franc. Señora...
Cond. Venid... Decidme... ¿Sabeis
Quién está allí?
Franc. ¿En aquel cuarto?
Cond. Sí.
Franc. Una señora.
Cond. ¿Quién es?
Franc. Una jóven.
Cond. ¿Bella?
Franc. Hermosa.
Cond. (¡Infiel!) (*Aparte.*)
Mas ¿cuándo? ¿por qué...?
Franc. Vino esta noche.
Cond. ¡Esta noche!
Franc. Sí... tarde... Parece ser
Una parienta del amo.
Cond. ¡Parienta!
Franc. A lo menos él
Así lo dijo.
Cond. (¡Ah, traidor!) (*Aparte.*)
Y ¿vino sola?
Franc. No.
Cond. ¿Quién
La acompañaba?
Franc. Un don Lope,
Que en el instante se fué.
Cond. Y ¿nadie mas ha venido?
Franc. Nadie.
Cond. Mentís... Me quereis
Engañar.
Franc. Señora, yo...
Cond. ¿Imaginais que no sé
Que ha entrado un hombre esta noche?
Franc. Yo nada tuve que hacer
En eso.
Cond. Mas habeis visto...
Franc. Allá muy tarde escuché
Ruido... y ví...
Cond. Decid.
Franc. Dos hombres,
Y esa niña, al parecer,
Pasar por un corredor.
Cond. ¿Los conocísteis?
Franc. No á fe.
La escasa luz... Solo el uno
Se me figuró...
Cond. ¿Quién?
Franc. Pues...
Él era... Don Aquilino.
Cond. ¡Miren el...!
Franc. Yo no diré
De fijo... El otro venia
Tan embozado...
Cond. Está bien. —
Él debe de ser sin duda.
¡Pérfido! ¡traidor...! ¿Qué haré?
No sé... la frente me abrasa...
Hierve mi sangre... ¡Traer
A mi rival...! Y ¡conmigo

Usar de tanta doblez!
¡Guardarla...! ¡Comprometerse...!
¡Mucho la debe querer!
¿Así me pagas, ingrato...?
¡Ah! pierdo el juicio... Sabré
Si es ella... Sí, salir quiero
Hoy mismo de esta cruel
Incertidumbre.—Francisco,
Aguardad.—Escribiré.
(*Se sienta á la mesa y escribe con precipitacion y muy agitada.*)
Franc. La mujer está que trina. (*Ap.*)
¿Qué diablos tendrá...? Par diez,
Si no me mienten las señas,
La pican zelos.
Cond. Tened:
Llevad esta carta.
Franc. ¿Adónde?
Cond. En el sobre lo vereis.
Franc. ¡Ah! sí. (*Mirando el sobre.*)
Cond. Corriendo... Aquí aguardo.
Franc. Voy. (*Vase corriendo.*)
Cond. Veremos si esta vez...
Mas ¡ay, Dios mio...! ¿Qué hice?
¡Ciega estoy...! ¡Así exponer
A Orendana...! No... no quiero...
Mas vale...—Volved... volved...
(*Yendo hácia la puerta por donde ha marchado Francisco.*)
¡Francisco..! Ya no me oye...
Marchó con tal rapidez...
Mas es fuerza detenerle...
Diré que vayan tras de él...
Llamemos.
(*Se dirige otra vez hácia la campanilla. En este instante sale doña Clara de su cuarto. La condesa, al verla, se detiene.*)
¡Cielos! ¿qué veo?
¿Será ella...? Lo sabré.

ESCENA IV.

LA CONDESA, DOÑA CLARA.

Clara. ¿No está aquí don Aquilino...?
¡Ah...! señora... perdonad.
Cond. ¡Señora...! (¡Rara beldad! (*Ap.*)
¡Qué rostro tan peregrino!)
Clara. Pensaba... (*Quiere retirarse.*)
Cond. ¿Os vais...? Esperad.
Clara. ¿Quién será...? ¡Cómo me mira! (*Aparte.*)
Cond. ¿Temeis de mí, por ventura?
Clara. No por cierto... Antes me inspira
Confianza tanta beldad.
Cond. (¿Cómo no se inflama en ira (*Ap.*)
Mi pecho con su presencia?
¡Ah! que ese aire de inocencia...)
¿Con que tan bella os parezco?
Clara. Sí... mucho.
Cond. Yo os lo agradezco.
Clara. Si me dais vuestra licencia...
Cond. No os marcheis... Veros me agrada
Aun mas de lo que pensais...
Vos tambien bella, agraciada,
A mis ojos os mostrais...
(¡Harto, en verdad, desdichada!) (*Ap.*)
Clara. Señora, ¿saber podré
A quién debo tal fineza?
Cond. Soy... mas tarde os lo diré.
Clara. Perdonadme esta franqueza:
Quizá en preguntarlo erré.
Cond. No, no hay misterio... Mas vos
Con tal pregunta, ¿no veis
Que á otra igual os exponeis?
Clara. ¡Ah!
Cond. ¿Y cuál debe de las dos
Temer mas? ¿Enmudeceis?
Clara. Yo...
Cond. El rubor de ese semblante
Harto en que entender me diera,
Si quien sois ya no supiera.
Clara. ¿Quién os ha dicho...?
Cond. El amante
Que aquí esta noche os trajera.
Clara. Mirad bien lo que decís.
Quien de esa suerte se expresa
Que ignora quién soy confiesa.
Cond. De don Gabriel de Solís
¿No sois la hermana?
Clara. ¡O sorpresa!
¿Sabeis, señora...?
Cond. Mas sé.
En esta casa escondido,
Cerca de aquí le hallaré.
Clara. ¡Ah, por Dios!
Cond. Adiviné. (*Aparte.*)
Clara. Pero ¿cómo habeis sabido...?
Cond. Me lo ha dicho don Gonzalo.
Clara. ¡Don Gonzalo!
Cond. Vuestro amor.
Clara. ¡Insistís en ese error!
Cond. Los oidos os regalo.
Clara. Señora, hacedme el favor...
Cond. El enojo refrenad
Que mi franqueza os inspira;
Que en estos casos la ira
Descubre mas la verdad.
Clara. Mucho el oiros me admira.
Cond. Poca ofensa me parece
Vuestro afecto recordar:
Ni puede nunca agraviar
A quien tanto amor merece
Un puro amor inspirar.
Si no ha mentido la fama,

Allá en la infancia nació,
Y en tierna, inocente llama,
A quien niña os conoció
Amais á la par que os ama.
Esa sencilla pasion
Habrá á quien dé tal vez zelos;
Mas la ocultais sin razon:
¿Qué os importan los desvelos
De otro amante corazon?

Clara. Mucho asombrarme, señora,
Debe tan extraño hablar;
Y no sé si en vos ahora
Una amiga he de mirar,
O una enemiga traidora.
Mas tanto sabeis de mí,
Que, aunque me causa extrañeza,
Fuera el negarlo simpleza;
Y contestar piensa así
A franqueza con franqueza.
Inocente, aun no sabia
Mi pecho lo que era amor,
Y ya á Gonzalo queria,
É inflamada me sentia
Por desconocido ardor.
Toda entonces ilusiones,
A mi afecto me entregué,
Y en agradables ficciones,
Tal vez ¡ay! la union soñé
De dos fieles corazones.
Fiel siempre el mio quedó;
Que á pesar de desengaños,
Aun á arrojar no llegó
La flecha que en tiernos años
Firme el amor le clavó.
Mas tener alma constante
¿Qué le sirve á la mujer,
Si al viento menor fluctuante
El hombre menos amante
Deja la suya ceder?
Mientras triste, solitaria,
Yo en mis sueños me mecia,
Aquí la suerte contraria
Con nuevo amor seducia
De Gonzalo el alma varia.
Sí, nuevo amor; que aunque ignoro
Quién al yugo le ha rendido,
¿Qué otra causa habrán tenido
Tres años de amargo lloro,
Y tanto tiempo de olvido?

Cond. ¡Cómo!... ¿Os ha olvidado?

Clara. Sí.

Cond. ¿Y en esos años de ausencia?...

Clara. Ni una carta suya ví.

Cond. Mas hora vuestra presencia
Habrá renovado aquí...

Clara. Tan solo una vez me ha hablado.

Cond. ¡Solo una vez!

Clara. Víle afable,
Fino, mas no enamorado.

Cond. Pero estando á vuestro lado,
Que hoy os vuelva á amar es dable.

Clara. ¿Cómo, si ausentarme debo?

Cond. ¿Pronto?

Clara. Mañana... Él lo quiere...

Cond. ¡Él!

Clara. Sí.

Cond. A creer no me atrevo...
¡Mañana!... ¡y él...! Si eso fuera
Verdad.

Clara. Lo es. Lejos llevo
Mi amor, mi triste existir;
Y voy, quedándose ¡ay cielos!
Mi corazon al partir,
Abandonada y con zelos
En tierra extraña á morir.

Cond. ¿Con que no os ama?... ¿Es ver-[dad?
¡Ah! Decid eso, decidlo...
Que lo oiga otra vez... Hablad...
No me engañeis, por piedad...
Si eso es cierto, repetidlo.

Clara. ¡Qué extraño gozo!

Cond. ¿No os ama?

Clara. Cada vez mas me asombrais.

Cond. Mas ¿no os ama?

Clara. ¡Cuál estais!

Cond. Decid.

Clara. ¡Qué ardor os inflama!—
¡Ah!... lo veo... Vos le amais.

Cond. ¿Yo?... ¿Quién dice...?

Clara. Sí, señora:
Vuestro amor ocultais mal.

Cond. Sí, me abrasa, me devora:
Mi pecho le ama, le adora...
Ved en mí á vuestra rival.

Clara. ¡Ay!

(*Se cubre el rostro con las manos y se sienta abatida.*)

Cond. ¡Os asombro, os espanto...!
¡Me veis con odio y horror!

Clara. No: solo hallo en mí quebranto,
Suspiros para el dolor,
Y estos ojos para el llanto.

Cond. ¡Cómo! ¿No me aborreceis?

Clara. Y ¿de qué me aprovechara?
¿Acaso porque os odiara,
Cesara el llanto que veis,
O que él me amase lograra?

Cond. ¿Qué dice? ¡Pasmada quedo! (*Aparte.*)

Clara. Vos sí, que odiándome estais:
Vuestros ojos me dan miedo.

Cond. Lo queria... Mas hablais,
Y aborreceros no puedo.
Mas bien me dais compasion.

Clara. ¡Ah! Compadecedme, sí:
Podéislo hacer con razon.

¡Cuántas lágrimas vertí!
¡Cuál sufrió mi corazon!
En vano yo me decia:
« Deja de amar á un ingrato...»
Cuanto mas esfuerzo hacia,
En mi delirio insensato
Mas esta hoguera crecia.
Infiel, aleve y traidor
La mente me le pintaba;
Y sin embargo, le amaba,
Y el alma con ciego error
Por él disculpas buscaba;
Y aun cuando tras largo olvido
La suerte aquí me condujo,
A este pecho siempre herido
Necia esperanza sedujo
De hallarle fiel y rendido.
Me engañé... Ya ante mis ojos
Miro la verdad cruel;
Y do con vanos antojos
Buscaba rosa y clavel
Hallé solamente abrojos.
Triunfe, pues, vuestra beldad:
Ahogar sabré mi dolor,
Y goce el premio de amor,
Goce su felicidad
Quien lo merece mejor.
Yo pobre y desventurada,
¿Qué le pudiera ofrecer?
Solo una alma enamorada,
Y en fortuna limitada
Tristeza en vez de placer.
Vos al contrario, señora:
Ese aire noble, ese porte
Diciéndome están ahora
Que en vos sin duda atesora
Su joya mejor la corte.
Bienes, honores, nobleza,
Cuanto á un hombre satisface,
A par con vuestra belleza,
Para labrar su grandeza
Le promete vuestro enlace.
En nudo santo, dichoso,
En tierna, plácida union...
Cond. ¡Ah! ¿qué decís?
Clara. Venturoso
Podrá ser su corazon...
Cond. ¡Nudo santo!... ¡Union!... ¡Penoso,
Triste recuerdo!
Clara. Vos, sí,
Sabreis su dicha labrar.
¿No es verdad?... Tan solo así
Os puedo al fin perdonar
Que me le quiteis á mí.
Cond. ¡Qué!... ¿Viérais sin amargura?...
Clara. Pues qué, ¿acaso yo le amara,
Si á costa de mi ventura
La suya no deseara?
Ni comprada así me es cara;
Pues si dichoso le sé,
Cesando ya mis enojos,
Dichosa tambien seré;
Y alegre, al fin, secaré
Las lágrimas de mis ojos.
No es sin remedio mi mal:
Me queda mejor esposo;
En vez de lecho nupcial,
Tendré para mi reposo
Una celda y un sayal;
Y allí en ferviente oracion,
Si cumplís mi ardiente anhelo,
Tranquilo mi corazon
Pedirá tan solo al cielo
Que bendiga vuestra union.
Cond. Callad, callad... No sabeis
El mal que me estais haciendo.
¿Qué decís? ¿Qué pretendeis?
En este pecho ¿no veis
Que un puñal estais hundiendo?
¡Unirme á él!... Eso fuera
Mi dicha, mi bien mayor:
Riquezas, todo lo diera
Para lograrlo mi amor...
Mas ¡ay! es sueño, es quimera.
¿Sabeis vos si eso es posible?
No, no lo es... Entre los dos
Un obstáculo invencible,
Eterno, santo, terrible,
Puso el mundo, puso Dios.
Sabedlo ya.—¿Qué iba á hacer?
No, no lo debeis saber.
Sois pura... Si os lo dijera,
Yo vuestro aprecio perdiera,
Y hora lo anhelo tener.
Mucho por Gonzalo, es cierto,
Me han visto hacer decidida:
Yo le consagré mi vida...
Si está de honores cubierto,
Si la suerte sin medida
Le da empleos y riquezas
Con que á la corte deslumbre,
Si en breve de las grandezas
Llegue tal vez á la cumbre,
Se lo debe á mis finezas.
Yo quise y logré elevarle...
¿Qué mas? Para su ventura
Aun buscaba mi ternura
Otro bien mayor que darle...
Y halléle al fin... Hermosura,
Alma noble y generosa,
Y virtud aun mas preciosa,
De todo le dotó Dios...
Ese raro bien... sois vos...
Dóiselo, pues... Sed su esposa.
Clara. ¡Ah! ¿qué decís?... Reparad...
Cond. Señora, ¿pensais ganarme

A mí en generosidad?
Yo debo sacrificarme...
Id, y la mano le dad.
Vos sola le mereceis,
Yo no... Y acaso con esto
Repare algun mal funesto
Que os hice y vos no sabeis.
A llorar mucho me apresto
De esa suerte, bien lo sé;
Mas lo que decís, diré:
Su ventura es mi consuelo;
Y tambien, rogando al cielo,
Vuestra union bendeciré.
Clara. ¡Qué oigo!... Señora, dejad
Que á vuestras plantas bendiga
Tanta generosidad.
Cond. No... Mas bien os arrojad
En los brazos de una amiga.
(*Se abrazan.*)

ESCENA V.

DICHOS, DON GONZALO, DON AQUILINO.

Gonz. ¡Qué veo!... ¡Con la condesa
(*Saliendo de su gabinete.*)
Clara!... ¡Y abrazada!
(*Sale corriendo don Aquilino, y sin reparar en las dos mujeres, se acerca á don Gonzalo.*)
Aquil. Amigo,
Novedad. Lope una carta
Me escribe en que con sigilo
Me manda dar á Solís...
Gonz. ¡Quedo...! ¿No adviertes...?
(*Enseñándole á la condesa.*)
Aquil. ¿Qué miro?
(*Aparte.*)
¿Aquí todavía...?
Gonz. ¿Y bien?
Aquil. Qué... (¡Maldita!) (*Aparte.*)
Gonz. Vamos, dilo.
¿Qué has de darle?
Aquil. Esta otra carta.
Gonz. Pues vé, y dásela.
Aquil. Voy listo.
(¡Las dos juntas...! ¡Se cayó (*Aparte.*)
La casa á cuestas!)

ESCENA VI.

LA CONDESA, DOÑA CLARA, DON GONZALO.

Gonz. Me admiro
De ver...
Cond. ¿El qué?
Gonz. Esos abrazos.
Cond. ¿Son acaso sin motivo?
¿No es parienta vuestra?
Gonz. ¡Ah...! Sí.
Cond. Pues abrazarla es preciso.
Decidme: ¿es sobrina...? ¿prima?
¿Qué grado...? ¿Tercero ó quinto?
Gonz. Es... prima... un poco lejana.
Cond. ¡Y tanto...! ¡Mucho me rio!
Gonz. Señora...
Cond. ¡Siempre misterios!
Si lo sé todo, amiguito.
Gonz. ¡Cómo!
Cond. Esta jóven es...
Gonz. ¿Quién?
Cond. ¿Necesitaré decirlo?
Doña Clara... la hermanita
De...
Gonz. ¡Cielos...! Y ¿habeis tenido
(*A doña Clara.*)
La imprudencia de...
Clara. Vos sois
Quien el secreto habeis dicho.
Gonz. ¿Yo?
Clara. Sí, vos... Ella lo dice.
Gonz. ¡Ella...! Os engaña.
Clara. ¡Dios mio!
¿Será cierto?
(*Se oyen voces dentro del cuarto de doña Clara. A poco rato salen don Gabriel y don Aquilino, procurando este contener á aquel.*)

ESCENA VII.

DICHOS, DON AQUILINO, DON GABRIEL.

Aquil. No saldrás. (*Dentro.*)
Gab. Deja. (*Idem.*)
Aquil. Detente. (*Idem.*)
Gonz. ¡Qué ruido!
Aquil. Es una imprudencia. (*Saliendo.*)
Gab. Aparta:
Déjame huir de este sitio.
Gonz. ¿Qué es eso, amigo? ¿No ves
Que te expones al peligro...?
Gab. Y ¿qué te importa, malvado?
Si venderme es tu designio,
Deja que yo mismo ahora
Me entregue á mis enemigos;
Así á lo menos, infame,
Ahorrarte podré un delito.
Clara. ¡Santo Dios!
Cond. ¿Pues qué...?
Gonz. ¿Te atreves...?
Gab. Ya tu perfidia he sabido.
¿Ves esta carta? Es de Lope,
Que en fiel, amistoso aviso,

Dice eres tu quien ayer
Me delataste al ministro;
Que mientras aparentabas
Darme en tu casa un asilo,
En un informe sangriento
Proponias mi castigo;
Y que hoy debes entregarme
A mis verdugos impíos.
Gonz. ¿Eso dice?
Gab. Mira... lee.
Gonz. ¡Dios!
Gab. Ese informe, él lo ha visto;
Y ya es público en Madrid
Que tú, traidor, me has vendido.
Clara. ¡O cielos! ¿Será posible
Tanta infamia? ¡Me horrorizo!
Gonz. ¿Lo veis, señora, lo veis?
(*A la condesa, con amargura y despecho.*)
Este fruto han producido
Vuestra pasion, vuestro encono...
Mujer funesta, os maldigo.
Cond. ¡Ah!
(*Se deja caer abatida en un sillon, y permanece en él anonadada.*)
Clara. ¿Cómo?
Gab. ¿Qué dices?
Gonz. Ella,
Ella es el genio maligno
Que interpuesto entre los dos
A entrambos nos ha perdido.
Ella descubrió el secreto,
Y ella...
Gab. ¿Qué oigo?
Clara. ¡Monstruo indigno!
Gab. ¿Será verdad?
Aquil. Yo lo afirmo.
¡Él venderte! ¡Él que intentaba
Libertarte, voto á Cristo!
Gab. Pero ese informe...
Gonz. Forzoso
El extenderlo me ha sido.
Me lo mandaban... Debia
Disimular... Mas testigo
Es de cuánto me costó
Aquel esfuerzo Aquilino.
Aquil. ¡Oh! sí, tuvimos un rato...
Gonz. Mas tambien, cual fiel amigo,
Amparándote en mi casa,
Con mi deber he cumplido.
Seguro aquí te creia;
Y si hay algun pecho inicuo
(*Mirando á la condesa.*)
Que á delatarte se atreva,
Será igual nuestro destino.

ESCENA VIII.

DICHOS, FRANCISCO.

Franc. ¡Ah! señor... (*Saliendo azorado.*)
Gonz. ¿Qué hay?
Franc. Yo no sé
Qué es lo que habrá sucedido;
Pero...
Gonz. Hablad... Estais turbado.
Franc. Hay en la calle un gentío...
La casa está rodeada...
Y vienen dando unos gritos...
Gonz. ¿Qué será?
Franc. Se ven soldados,
Hombres, mujeres, esbirros...
Cond. ¡Cielos! Ya no me acordaba.
(*Levantándose aterrada.*)
Yo soy quien... ¡Ah! me abomino.
Gonz. Explicaos.
Cond. Cuando supe
Que aquí estaban escondidos...
Gonz. ¿Y bien?
Cond. Furiosa...
Gonz. Acabad.
Cond. En mi ciego desvarío,
Dí parte...
Gonz. ¡Mujer odiosa!
Gab. ¡Vos!
Clara. ¡Dios mio!
Aquil. ¡Basilisco!
Gonz. Y ¿habeis osado...?
Cond. Ocultaos...
Sí... por Dios... os lo suplico...
Que yo sabré...
Aquil. Pero ¿dónde?
Gonz. No es dable en este recinto.
Cond. Pues huid.
Aquil. La puerta falsa...
Franc. ¡Si todo está circuido!
Aquil. ¡Estamos frescos!
Cond. Ya llegan.
Aquil. Caimos en el garlito.
Gonz. Gozaos en vuestra obra,
Perversa.
Cond. ¡O cruel suplicio!
Aquil. ¡Un alguacil...! No, que es Lope.
(*Mirando hácia la puerta.*)
Todos. ¡Lope!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, DON LOPE.

(*Sale don Lope desalado, y viendo á don Gabriel corre hácia él y le abraza.*)

Lope. Sí, yo soy, querido.

Dame un abrazo... Por fin,
Aunque pese á algun indigno,
Ya estás libre.

Todos. ¡Libre!

Gonz. ¿Es cierto?

Lope. Sí. — Pero tú estás perdido.
(*A don Gonzalo, con energía y desprecio.*)

Gonz. ¡Cómo...!

Lope. Como que mil diablos
Se han llevado á tu ministro.

Gab. y Gonz. ¡Alberoni!

Lope. Ya cayó.

Gab. ¿Quién ha logrado...?

Lope. Tu escrito.

Gab. ¡Mi escrito!

Lope. Por sus razones
Su majestad convencido,
Y á las súplicas cediendo
De altos personajes dignos
De su aprecio, al cardenal
Destierra de sus dominios.
Ya el pueblo con tal noticia
De júbilo poseido,
En vivas mil por las calles
Demuestra su regocijo.

Gonz. ¿Qué escucho?

Lope. Y en cuanto á tí,
Amigo, siento decírtelo:
Quedas tambien de tu empleo
Y honores destituido.

Gonz. ¡Ah!

Gab. No desmayes: si alcanzan
Algun premio mis servicios,
Tu pronta reposicion,
Ese solamente pido.
Jamás olvidar podré
Que hallé en tu casa un abrigo,
Y todo resentimiento
Le borra este beneficio.

Gonz. ¡Amigo! (*Se abrazan.*)

Aquil. ¿Es decir que yo
Pierdo tambien mi destino,
Y quedo otra vez por puertas?
¡Ah, mal haya...!

Gab. No, querido:
Ya haremos que...

Cond. Yo prometo
Empeñarme si es preciso.

Aquil. ¿Vos...? No.

Cond. ¿Por qué?

Aquil. Porque sois
Muy mala mujer, clarito.

Cond. Ese concepto...

Aquil. Es de todos.

Cond. ¿De todos?

Clara. No, no es el mio:
(*Yendo hácia la condesa y abrazándola.*)
Que antes en ella encontré
Un corazon noble y digno
De todo aprecio.

Cond. ¿Lo veis? (*A Aquilino.*)

Aquil. ¡Esta mujer gasta hechizos!

Cond. ¡Ah! gracias, señora, gracias:
(*Abrazando á doña Clara.*)
Mucho este aprecio os estimo.
— Don Gonzalo... ya de vos
Para siempre me despido.

Gonz. ¡Cómo!

Cond. Mi honor, mi reposo
Piden este sacrificio.
Mucho me cuesta... no importa...
En hacerlo no vacilo.
Aquí teneis quien os debe
(*Señalando á doña Clara.*)
Hacer feliz... Solo exijo
Que tambien la hagais dichosa...
Y no me deis al olvido.

CECILIA LA CIEGUECITA,

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.



PERSONAS.

CECILIA, ciega.
CLOTILDE, huérfana.
DON JUAN, abogado.
DON ENRIQUE, su pupilo.
RAMON, criado viejo de don Juan.
ANTONIO, hermano de Cecilia.
PEDRO, criado.

La escena es en Madrid (año de 1840).

El teatro representa, en los tres actos, una sala adornada con elegancia. Puerta al foro para las comunicaciones generales: otra á la izquierda del actor que conduce tambien á las habitaciones interiores de la casa. Otra mas chica en el mismo lado hácia el foro, que será la del cuarto de Cecilia. Un balcon á la derecha.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

DON ENRIQUE, RAMON.

Ramon. ¡Voto va el chápiro verde!
¡Vos por aquí, don Enrique!
¿Quién creyera...?
Enr. ¡Ramon mio!
Un abrazo.
Ramon. Aunque sean quince.
Enr. ¡Qué bueno estás! ¡Si no pasan
Años por tí!
Ramon. ¡Siempre firme!
¡Y eso que ya van caidos
Los sesenta y ocho abriles!
Enr. ¡Cáspita! No los veré
Yo ciertamente.
Ramon. Consiste
En que ahora los muchachos
Se gastan pronto y no viven
Como Dios manda.
Enr. ¿Qué es eso?
No ha un minuto que me viste,
Y ¿ya empiezan los sermones?
Aun no es hora de dormirme.
Ramon. Es que en mi tiempo...
Enr. En tu tiempo
Los mozos de garbo y chiste
Tambien daban á la edad
Lo que siempre la edad pide.
Trocaban chupa y coleta
Por tauromáquicos dijes,
Y con su moña y su capa,
Y un par de mozas gentiles,
Desempedraban las calles
En ligeros calesines:
Daban á orillas del rio
Merendonas y convites
Donde corria el Jerez
En vez del Champaña ó Chipre:
No bailaban la mazurca,
Pero sí el fandango libre,
Con guitarra y castañuelas
Que alegran mas que violines;
Y tambien, como nosotros,
A la luz de los candiles,
Sin lámparas, ni ruletas,
Ni otros extranjeros chismes,
Perdian con ancho pecho
Los pesos y onzas á miles.
Por mas que tu tiempo alabes,

Desde Adan á Luis Felipe
Siempre el mozo ha sido alegre,
Y el viejo gruñon y triste.
Ramon. ¡Qué cabeza! ¡qué cabeza!
Pero ¿no podreis decirme
Qué es lo que así de improviso
Os trae por los Madriles?
¿Qué os habeis hecho en dos años
Que no nos vemos?
Enr. ¿Qué dices?
¡Dos años!
Ramon. O poco menos:
Esta pascua han de cumplirse.
¡Oh, bien me acuerdo...! Y el niño
¡Ni una carta nos escribe!
¡Como si aquí no dejara
Quien le quiera, quien le estime!
Enr. Es verdad... pero ¡qué diantres!
Ramon. ¡Y el amo que se desvive
Por él, que le quiere tanto!
Enr. ¡Mi tutor...! ¿Cómo está, dime?
Ramon. Bueno... pero acabadillo
Tambien... Ya se ve, no sirve
Que uno le diga: «Señor,
Descansad... mirad que os rinde
Tanto trabajo... dejad
Los pleitos; que se descrismen
Otros... Sois rico... ¿qué falta
Os hace...? — ¿Y los infelices,
Responde, que han puesto en mí
Su confianza? Es imposible
Dejarlos... ¿Quién el derecho
Sostendrá que les asiste?
— Si os haceis el abogado
De pobres, no os vereis libre...
— Un letrado debe siempre
Defender al que persiguen
Los malos. — Si nada os vale...
— Mi conciencia lo prescribe.»
Y dale que le das: siempre
Al yunque, y la pluma en ristre.
Eso sí, por todas partes
Le adoran y le bendicen.
Enr. Sí, es un buen hombre.
Ramon. Y ¡os quiere!
A cada momento dice:
«Pero, señor, este chico
¿Qué ha sido de él? ¿dónde existe?»
Enr. Si he corrido medio mundo,
¿Cómo habia de escribirle?
Ramon. ¡Calle!
Enr. Y luego los negocios
Tambien á uno le impiden...
Ramon. ¿Con que habeis aprovechado
El tiempo?
Enr. Eso es indecible.
Ramon. Muy bien... Y ¿aquel dinerillo
Que en herencia recibísteis?
Enr. ¿Los veinticinco mil pesos...?
Ramon. ¿Los habreis, como os previne,
Empleado útilmente?
Enr. Mucho.
Ramon. Muy bien.
Enr. Parece increible
Lo que he hecho con ellos.
Ramon. ¡Bravo!
Dejadme á mí que adivine
Cuánto habeis ganado.
Enr. Al pronto
Tuve una suerte terrible.
Ramon. ¿Serán otros diez mil pesos?
Enr. Tambien treinta.
Ramon. Siempre dije:
Es travieso, hará fortuna.
Enr. Mas luego dió en perseguirme
La desgracia, y... ¿lo creerás...?
Por mas que estaba á los quites,
Me cogieron entre puertas
Un inglés y cierto guiri,
Y aquella fué una derrota:
Perdí los maravedises...
Mas gané en cambio un sablazo
Que estuve para morirme.
Ramon. ¡Buen Dios! ¡Ha sido en el juego!
Enr. Sí, amiguito.
Ramon. Y ¡yo, belitre,
Que pensaba eran negocios
Comerciales ó fabriles!
Enr. ¿Qué entiendo yo de eso, ni...?
Ramon. Y ¿os habeis quedado...?
Enr. Alpiste.
Limpio como una patena
Dejáronme aquellos viles.
Ramon. ¡Buenos estamos! Y ahora
¿Qué pensais hacer?
Enr. Venirme
A que don Juan me mantenga
O me dé nuevos monises.
Ramon. ¿Para jugarlos tambien?
Enr. Amigo, ya soy un lince:
No volverán á cogerme
En el garlito. Me hice
Iniciar por cierto cuco
En los misterios sutiles
Del arte, y ahora...
Ramon. ¡Bueno!
¡Arrepentimiento insigne!
¿No os da vergüenza? ¡Qué infamia!
¡Qué corrupcion!
Enr. Y ¡qué esguinces!
¡Vamos, es chanza! Al contrario:
Traigo propósito firme
De enmendarme.
Ramon. ¿Sí...? ¿De veras?
Enr. Seré un Caton: convertíme.
Las vanidades mundanas

No pueden ya seducirme.
Ramon. Eso me gusta. Un abrazo.
Enr. Lo que me apura y aflige
Es decir á mi tutor...
Ramon. No hay que andarse con melindres:
Pecho al agua, y...
Enr. ¿Se halla en casa?
Ramon. Sí; pero no está visible.
Enr. ¡Tan tarde!
Ramon. Está descansando.
¡Esa diligencia rinde...!
Enr. ¿Ha estado de viaje?
Ramon. Ayer
Ha vuelto de Francia.
Enr. ¡Él irse
A Francia! ¿Con qué motivo?
Ramon. Siempre con piadosos fines.
Ya sabeis que ha algunos años
Murió don Pedro Dominguez
Su amigo.
Enr. ¿El que en veinte y tres
Emigró?
Ramon. Sí. Cuando abrirse
Vió las puertas de la patria,
Dejó en París á Clotilde,
Su hija, que en un colegio
Se educaba, y trece abriles
Contaba apenas: el cólera
Arrebató al infelice;
Y sin familia, sin bienes,
Quedó su huérfana triste.
Yo no sé qué fuera de ella,
Si, á su desgracia sensible,
No la amparara don Juan,
Que hoy ya de padre le sirve.
Siguió pagando en París
Su educacion, porque brillen
En ella las altas prendas
Que las mas nobles envidien;
Y una vez ya terminada,
Sin que de nadie se fie,
Ha ido él mismo á traerla.
Enr. Y di, ¿es bonita?
Ramon. Es un dije.
Enr. Me alegro; así veré en casa
Un gesto que no fastidie.

ESCENA II.

Dichos, PEDRO.

(*Sale Pedro con todo lo necesario para tomar café con leche, y lo coloca en un velador.*)

Ramon. ¡Hola, Pedro! ¿Está ya el amo
Levantado?
Pedro. Ya lo está;
Y al instante en esta sala
Se viene á desayunar.
Ramon. Muy bien. — Si quereis creerme,
(*A Enrique.*)
Su vista ahora evitad:
Dejad que yo le prepare
Primero.
Enr. Sí, eso será
Lo mejor. Voime, y vendré
Luego... á la tarde.
Ramon. No tal.
Conviene que esteis al paño
Con el fin de aprovechar
La ocasion... Yo le hablaré,
Y en viéndole blando ya,
Salís, y...
Enr. Mas ¿en qué sitio
Podré sin ser visto estar?
Ramon. Venid conmigo allá dentro.
(Dios nos saque de esto en paz.) (*Aparte.*)
(*Vanse don Enrique y Ramon: Pedro habrá estado arreglando la mesa para el desayuno. Sale don Juan con bata rica y elegante.*)

ESCENA III.

Don JUAN, PEDRO.

Juan. Y ¿la señorita?
Pedro. Ha rato
Que aguarda.
Juan. Véla á llamar.
(*Vase Pedro. Don Juan se sienta.*)
Sí, es preciso... Tal vez fuera
Peligroso tardar mas.
Hoy mismo explicarme debo.
Va á entrar en la sociedad,
Y de seducciones mil
Circundada se verá.
Es bella, y si no me engaño,
Muy sensible... ¡harto quizás!
No le faltarán amantes,
Y que ella ame es natural.
En nuestro viaje he podido
Su carácter observar:
Mil nobles prendas la adornan;
Pero con facilidad
Se exalta, y amor en ella
Podrá ser fuego voraz.
¡Ya se ve! Su pecho anida
El ardor meridional,
Y la educacion francesa
Nueva exaltacion le da.
Antes que mi débil llama
Llegue á trocarse en volcan,
Es resolverme preciso,
O la conviene apagar;

Que si hoy es fácil, mañana
Ya de serlo dejará,
Y cuando tarda el remedio
Incurable se hace el mal.

ESCENA IV.

Don JUAN, CLOTILDE, PEDRO.

(*Vuelve Pedro con el café y demás.*)

Juan. ¡Ah! Ya está aquí. Buenos dias.
Clot. Felices, señor don Juan.
Juan. ¿Has descansado?
Clot. Muy bien.
¿Y vos?
Juan. Lo mismo. — ¿Está ya
(*A Pedro.*)
El almuerzo?
Pedro. Sí, señor.
Juan. Pues sillas.
(*Pedro arrima sillas á la mesa. Don Juan y Clotilde se sientan.*)
Preferirás
Café con leche: por eso...
Clot. Gracias; mas lo mismo da:
Por mí...
Juan. ¿Nada falta? (*A Pedro.*)
Pedro. Nada.
Juan. Pues cuando llame vendrás.
(*Vase Pedro.*)

ESCENA V.

Don JUAN, CLOTILDE.

Juan. ¿Qué te parece de España?
Clot. Ni bien ni mal hasta aquí:
Todo es bueno para mí.
Juan. No obstante, siempre se extraña...
Clot. En un colegio escondida,
Harto poco ví de Francia;
Y no hay en mí repugnancia
Para abrazar esta vida.
Nada que á mi pecho cuadre
Allí dejé: no es mi centro;
Y aquí un protector encuentro,
O diré mas bien, un padre.
Juan. Y siempre en mí le tendrás;
Mas aunque á serlo me obligo,
Tambien el nombre de amigo
Espero que me darás.
Clot. ¿Podeis dudarlo?
Juan. Este gusto
Tendré, porque siempre alcanza
El amigo mas confianza.
Un padre quizá es adusto,
Severo... ó tal lo parece...
Y le ocultan sin razon
Lo que encierra el corazon.
Clot. ¿Quién mejor que vos merece
Mi confianza? Preguntad:
Tan pocos secretos tengo,
Que chasqueada, os lo prevengo,
Será esa curiosidad.
Juan. Eres jóven, muy hermosa,
Y en en tu semblante gentil
Brilla el frescor del abril
Con las gracias de la rosa.
Clot. ¿Tambien sabeis decir flores?
Digo que sois una alhaja:
Tutor que tanto agasaja
Es el rey de los tutores.
Juan. Lo digo porque tal vez,
Y no es temor infundado,
Habrá quien se haya prendado
De esos ojos y esa tez.
Clot. De eso, señor, nada sé:
No inspiré pasion ninguna;
Si alguien dió en esa tontuna,
Callado lo tiene á fe.
Demás que es aprension rara:
Encerrada y sin salir,
Apenas puedo decir
Si el sol me ha visto la cara.
Juan. Pero amor, por sortilegio,
Rompe á veces con ventura
Las rejas de una clausura,
Y las tapias de un colegio.
Clot. Eso podrá muy bien ser;
Mas os juro aquí sin dolo,
Que por las novelas solo
A amor pude conocer.
Juan. Poco á esa escuela me inclino;
Que aunque es amor ideal,
A otro tal vez criminal
Suele allanar el camino;
Y aunque alguna no resbale
En senda tan peligrosa,
Siempre imágen engañosa
En ella á ofuscarla sale:
Llega luego la verdad,
Y con disgusto la mira,
Y anhelando una mentira,
Desprecia la realidad.
Clot. Es esa filosofía
Nueva, en verdad, para mí:
Yo siempre, señor, creí
Que lo impreso no mentia.
Juan. ¡Vaya si miente...! Y sino,
Un ejemplo quiero darte.
Tú aspirarás á casarte,
Supongo.
Clot. ¡Casarme...! yo...
Juan. Vamos, habla sin ficcion;

¿No te causa eso lisonja?
Clot. No he nacido para monja,
Ni tengo esa vocacion.
Y aun teniéndola, ¿qué medio?
Fuera temeraria idea...
Para que una no lo sea
Han puesto aquí buen remedio.
Juan. Y allá en tu imaginacion,
Pues en ello habrás pensado,
¿Cómo, dime, te has pintado
A tu esposo?
Clot. ¡Qué aprension!
¿Eso pretendeis que os diga?
Juan. No lo pretendo ni mando.
Deseo...
Clot. De cuando en cuando
Esa idea me atosiga;
Y mi corazon perplejo,
Si todo lo he de decir,
Suele en esos casos ir
A consultarlo al espejo;
Y en la imágen que allí miro,
Y mis novelas por norte,
Me formo de mi consorte
Otra por la cual suspiro.
Píntole jóven, buen mozo,
Cabello rubio y rizado,
Ojos negros, colorado
El labio, apuntando el bozo...
Juan. ¿No dije...? Vamos andando.
¿Y militar le quisieras?
Clot. Y con sus dos charreteras,
Y su cruz de San Fernando.
Juan. Pues ya ves si razon tengo:
Ese que un sueño te ofrece,
En nadita se parece
Al que á proponerte vengo.
Clot. ¿Qué escucho? ¿Quereis casarme?
Juan. ¿Piensas que no es tiempo aun?
Clot. Eso no.
Juan. ¿Querrás?
Clot. Segun.
No seria malo darme
Alguna idea...
Juan. De forma
Que tal será su figura...
Clot. No importa; que mi pintura
Aun puede admitir reforma.
Juan. No es un niño, á la verdad,
Ni un niño jamás conviene.
Sus treinta y seis años tiene.
Clot. Pues ya me dobla la edad.
Juan. Aun es jóven... Mas ya siente
Con los trabajos, que empieza
A encanecer su cabeza,
Y hasta arrugarse su frente.
Clot. ¡Malo es eso!
Juan. Su figura
No encanta: Dios le ha adornado
Con mas dotes de hombre honrado
Que flores de la hermosura.
Clot. ¡Es feo!
Juan. No diré tanto.
Clot. Pero bonito tampoco.
Juan. Eso, amiga, importa poco.
Clot. Y ¿si me causase espanto?
Juan. ¿Te le causo yo?
Clot. No tal;
Y ahora que caigo en ello,
Conozco que sin ser bello
Se puede amar á un mortal.
Juan. ¿De veras?
Clot. Pero se entiende:
Como padre, como amigo.
Juan. Y ¿esposo?
Clot. Tanto no digo:
Anda en eso cierto duende...
Juan. Y ¿si á la par con su mano
Te ofrece bienes, riquezas;
Si prodigando finezas,
Solo en tí se mira ufano?
Clot. No intento mi corazon
A un vil interés ceder;
Pero al fin tal podrá ser
Que caiga en la tentacion.
Juan. Pues bien, dejando rodeos,
El esposo que te doy
Es...
Clot. ¿Quién es?
Juan. Yo mismo soy.
Clot. ¡Vos, señor!
Juan. Si tus deseos
Esta union no satisface...
Clot. No digo... mas me sorprende...
Juan. No lo extraño; pero atiende.
Yo te propongo este enlace,
No le pretendo mandar:
Nunca seré tan tirano;
Mas si aceptases mi mano,
Tú me llegarás á amar.
Comprendo que en tiernos años
Un bello jóven seduzca,
Por mas que su amor conduzca
Quizá á crueles engaños;
Mas solo las perfecciones
Que ostenta la edad madura
Pueden la firme ventura
Labrar de dos corazones.
Yo tambien gocé esa flor
De juventud que te ciega,
Y harto sé hasta dónde llega
En un jóven el amor.
De su desecha tormenta
Probé el funesto vaiven,
Que en este pecho tambien
Una alma de fuego alienta.

Pasó aquel ciego delirio;
Y la riqueza, la gloria,
Disiparon la memoria
Del amoroso martirio.
Do quier se ensalza mi nombre,
Dios mis trabajos bendice,
Y debiera ser felice
Cuanto serlo puede un hombre.
Mas tanta satisfaccion
No le basta á mi albedrío,
Pues un horrible vacío
Encuentro en el corazon.
De mi trabajo afanoso
Ya me disgusto y fatigo,
Que no tengo un pecho amigo
Donde buscar el reposo.
Esposa, yo bien lo sé,
No ha de faltarme si quiero;
Con un buen nombre y dinero
Alguna al fin hallaré.
Mas comprar un corazon
Repugna á mi vanidad,
Ni existe felicidad
Do no habla la inclinacion.
Yo quiero un pecho sensible
Que me ame solo por mí,
Y tal vez quererle así
Es querer un imposible.
Con todo, á ver te llegué,
Y no sé si fué locura
O encanto de tu hermosura,
Encontrarle ya esperé;
Y amé de nuevo á tu lado,
Y el pecho, ya sin sosiego,
Restos halló de aquel fuego
Que creí amortiguado.
No te asuste esta corteza
Que el alma oculta y desluce:
Si el exterior no seduce,
Hay en esa alma belleza;
Y tanta, sí, que tu amor,
Bañándose en alegría,
Con la que sobra, algun dia
Hará bello el exterior.
Clot. Confieso, y no os cause enfado,
Que hay distancia, cual notais,
Entre el novio que me dais,
Y el que me habia pintado;
Y á deciros lo que siento,
Si elegido yo le hubiera,
No me pasara siquiera
Ese por el pensamiento:
No que no seais querido;
Pero en eso el mal estaba:
Donde un padre yo miraba
No adivinaba un marido.
Mas puesto que de este error
Vos me acabais de sacar,
Para no haceros penar,
Admito vuestro favor.
Juan. ¡Cómo! ¿Admites?
Clot. Por supuesto.
Os debo casi la vida:
Soy feliz si agradecida
Os puedo pagar con esto.
Juan. Jamás consentiré yo
Seas por fuerza mi esposa:
Quiero una prueba amorosa;
Un sacrificio, eso no.
Clot. Libre aün mi corazon
Del amoroso desliz,
Puedo, yendo á ser feliz,
Dar oido á la razon.
Si hago así lo que os es grato,
No hay sacrificio ninguno...
Ni tengais recelo alguno
Por aquello del retrato;
Que no es una ilusion vana
Muy poderoso rival,
Si al amante corporal
Alma tan bella acompaña.
Juan. ¡Divina! — Pero ¿quién viene?

ESCENA VI.

DICHOS, RAMON.

(*Sale Ramon con timidez y receloso.*)

Ramon. Señor, deciros queria...
Juan. ¡Alguna majadería
Sin duda!
Ramon. No, pues no tiene
Nada de eso... Es cosa, á fe,
Muy formal.
Juan. Y ¿tanta prisa
Corre?
Ramon. Alguna... Me precisa
Hablaros...
Juan. Y bien, ¿de qué?
Dilo y despacha.
Ramon. Tal vez
Os cause alguna sorpresa;
Pero, al fin, os interesa...
Juan. Di pronto; ¡qué pesadez!
Ramon. Sabed que en Madrid está
Don Enrique.
Juan. ¿Mi pupilo?
Ramon. (El alma tengo en un hilo.) (*Aparte.*)
Sí, señor, el mismo; y va
A venir...
Juan. ¿Sí...? Pues no quiero
Verle.
Ramon. (¡Malo!) (*Aparte.*)
¿Qué razon...?

Juan. Es un tunante, un bribon.
Ramon. ¿Si sabrá...? (*Aparte.*)
Juan. Un infame.
Ramon. Pero...
Juan. Ha salido buena pieza.
Ramon. Lo sabe. (*Aparte.*)
Juan. Cierta persona
De él me ha contado en Bayona
Mas de una linda proeza.
Ramon. ¿No dije? (*Aparte.*)
Juan. En vez de emplear
Utilmente su fortuna,
Se ha dado al vicio, á la tuna;
No hace mas que derrochar.
Ramon. ¡Jesus! ¿Él?
Juan. Y todo ha sido
Francachelas y placeres,
Y seducir á mujeres...
En fin, es hombre perdido.
Ramon. ¡Y tanto!
Juan. ¿Ya lo sabias?
Ramon. Sí, señor.
Juan. ¡Y lo ocultaba
El señor Ramon!
Ramon. Buscaba
Una ocasion...
Juan. Sí, vendrias
A interesarte por él,
A engatusarme... Buen medio
De corregir...
Ramon. ¿Qué remedio?
¿De qué sirve el ser crüel?
Juan. Pues bien, con lo que le quede
Restablezca su caudal,
Y...
Ramon. Si ya no tiene un real.
Juan. ¡Cómo!
Ramon. Y el pobre no puede...
Juan. ¿Todo lo ha gastado?
Ramon. Todo.
Limpio está de polvo y paja.
Juan. ¡Bien!
Ramon. La maldita baraja...
Juan. ¡Al juego!
Ramon. ¿Qué importa el modo?
Ello es que...
Juan. Pues que se vaya.
Yo le abandono.
Ramon. ¡Señor!
Juan. No intercedas.
Ramon. ¡Qué rigor!
Juan. Eso pasa ya de raya.
Que le abandono repito.
Ramon. Bien está... Voy á decirle...
¡Qué crüeldad...! ¡Despedirle
De la casa...! ¡Pobrecito!
Juan. ¡Cómo! ¿Está en casa?
Ramon. Sí está.
No, jamás tendré valor...
Juan. ¡Lagrimitas!
Ramon. Sí, señor:
No soy ningun tigre.
Juan. ¡Ya!
Tú quieres que...
Clot. Si algo puede
En esta ocasion mi ruego,
A ese buen hombre me agrego,
Y ya mi voz intercede...
Ramon. Sí, rogadle. (*A Clotilde.*)
Juan. ¿Tú tambien?
Clot. No querreis en este dia
Negar la súplica mia:
Es dia de gracias.
Juan. Bien,
Si te empeñas, nada puedo
Negarte.
Ramon. ¡Lo que es tener (*Aparte.*)
Buen palmito una mujer!
¡Miren qué pronto...!
Juan. Concedo
A mi pupilo el perdon. —
Véle á buscar. (*A Ramon.*)

ESCENA VII.

DICHOS, DON ENRIQUE.

Enr. Vedme aquí.
(*Saliendo precipitadamente.*)
Juan. ¿Qué es eso...? ¿Estabas ahí?
¿Nos escuchabas, bribon?
Enr. Tutor mio, á vuestras plantas...
(*Arrojándose á los piés de don Juan.*)
Juan. Yo debiera... Mas no, ven
A mis brazos.
Enr. ¡Ah! (*Abrazándole.*)
Ramon. ¡Muy bien!
Juan. Te he perdonado ya tantas,
Que hago mal... Bien puedes darle
Las gracias á este lucero.
Enr. ¡Señorita! (*Saludándole.*)
Clot. ¡Caballero!
(*Lo mismo.*)
Ramon. Ea, otra vez á abrazarle.
Juan. Con mil amores.
(*Se vuelven á abrazar.*)
Enr. ¡Cuán grato
Me es...! (¡Qué divina beldad!) (*Aparte.*)
Clot. Mas que el otro, á la verdad,
(*Aparte.*)
Se parece este al retrato.
Juan. Ya que estais aquí los dos,
Una nueva os quiero dar.
Enr. ¿Cuál?
Juan. Que me voy á casar.
Ramon. ¡A casaros!

Enr. ¡Cómo! ¡Vos!
Juan. ¿No lo aprobais?
Ramon. Al revés;
Me alegro mucho.
Enr. ¡Famoso!
Y ¿quién es el dueño hermoso
Que os esclaviza?
Juan. Esta es.
(*Tomando por la mano á Clotilde.*)
Ramon. ¡Doña Clotilde!
Enr. ¡Ah, bribon!
¡Qué dichoso!
Juan. ¿Qué os parece?
Enr. Que mil elogios merece.
Ramon. ¡Muy bien! ¡Famosa eleccion!
¡La señorita!... Mirad
¡Qué fresca! ¡Qué pino de oro!
¡Es una rosa, un tesoro!
Enr. Admira tanta beldad.
Juan. ¡Buen Ramon!
Ramon. ¿Con que tendremos
Boda, dulces y funcion?
Y luego... por precision...
Niños... ¡Cómo los querremos!
¡Angelitos!
Juan. ¡Ya chochea!
(*Se oye fuera tocar una guitarra acompañada de un triángulo.*)
¿Qué es eso?
Enr. Sin duda alguna
Estudiantes de la tuna.
Juan. Bien la guitarra puntea.
Ramon. ¡Ah! ¡ah! Son mis cieguecitos.
Juan. ¡Tus ciegos!
Ramon. Suelen pasar,
Y se ponen á cantar
En frente... Dos hermanitos.
Venid, venid al balcon,
Los vereis.
(*Van al balcon, le abren y se ponen á mirar.*)
Juan. ¡Qué linda es ella!
Ramon. Una alhaja.
Clot. Sí, muy bella.
Ramon. ¿No da en verdad compasion
Que esos dos ojos no vean?
Juan. Y el hermano es un chiquillo.
Ramon. La sirve de lazarillo.
Ese sí ve.
Juan. Los rodean
Muchas gentes.
Clot. ¿Cantarán?
Ramon. Se paran... Creo que sí.
Clot. No oiremos bien desde aquí.
Ramon. Pues, si quereis, subirán.
Juan. Mejor será.
Enr. ¿Para qué?
Cantará mil necedades.
Ramon. Esta hace divinidades.
Os gustará. Llamaré.—
¡Hola! ¡Eh...! Sube, Antoñuelo.
(*Haciendo señas hácia afuera.*)
Juan. Tal vez no quieran.
Ramon. Sí tal.
Ya han entrado en el portal.
(*Vase para irlos á buscar.*)
Juan. ¡Lo que es la ciega es un cielo!

ESCENA VIII.

DICHOS, CECILIA, ANTONIO.

(*Salen Cecilia y Antonio guiados por Ramon.*)

Ramon. Venid... por aquí... cuidado.
Juan. Aun mas preciosa es de cerca.
Cec. Alabado sea Dios.
Juan. Pues el chico es una perla.
Ramon. Que canteis alguna cosa
Estos señores quisieran.
Cec. Aquí estoy para servirlos:
Digan, pues, lo que desean.
¿Quieren cante seguidillas,
O la jota aragonesa?
¿El Bajelito, la Atala,
Los toros del Puerto? Ea;
Pidan por aquesa boca:
Templada está la vihuela.
Enr. Todo eso está muy oido;
Quisiéramos cosa nueva.
Cec. Pues oigan una cancion
Que no sabrán... Cosa buena.
Acabadita de hacer,
Calentita, que aun humea.
Juan. Muy bien... Mejor estaremos
Sentados.
(*Se sientan don Juan, Clotilde y don Enrique. Cecilia toca la guitarra y Antonio la acompaña con el triángulo.*)
Cec. Antonio, alerta:
Sígueme bien al compás;
Y sin distraerte.
Ant. Empieza.

Cecilia. (*Canta.*)

Sola y triste está la niña
Ribericas de la mar,
Sola lava, sola tuerce,
Sola tiende en un rosal:
Y al bajel que cruza canta:
Bajelito, ¿me dirás
Si los viste á mis amores,
Si los viste allá pasar?

Ramon. ¡Bravo, bien!

Juan. ¡Qué linda voz!
Clot. Otra copla.
Cec. Allá va esta. (*Canta.*)

¿Dónde fueron mis amores,
Do los andaré á buscar?
Mar abajo, mar arriba,
Yo los llamo y ya no están.
Dime tú, buen marinero,
Que Dios te guarde de mal,
Si los viste á mis amores,
Si los viste allá pasar.

Clot. ¡Perfectamente!
Enr. ¡Soberbio!
Juan. Es muy mona.
Ramon. ¡Me enajena!
Cec. ¿Quieren que cante algo mas?
Juan. Descansa.
Cec. No les dé pena:
Todo el dia estoy cantando,
Y siempre la voz tan fresca.
Juan. ¡Todo el dia!
Ant. Y por la noche
Tenemos tambien tarea.
Entramos en los cafés,
Y de ello, á fe, no nos pesa.
Juan. ¿Y si llueve?
Ant. Ni las lluvias,
Ni los hielos nos arredran.
Juan. ¡Tan jóvenes y tan tiernos!
Cec. ¡Qué quereis! Dios nos da fuerzas.
Juan. ¿Ganais mucho?
Cec. Lo que basta
Para comer, y aun nos quedan
Algunos ahorrillos.
Juan. ¡Cómo!
¿Aun ahorrais?
Ant. ¡Oh! Pues, ¿qué piensan?
¿Que hemos de estar siempre así
Corriendo de ceca en meca?
No por cierto.
Juan. Eso me gusta.
Ramon. Tienen muy buenas ideas;
Y el chico con esa cara
Tan vivaracha y traviesa,
Quiere hacerse hombre y ser algo.
Ha ido mucho á la escuela,
Y sabe tambien latin,
Y tiene excelente letra.
Juan. ¿De veras?
Ramon. Mirad qué ojillos;
Cómo bailan y chispean.
Juan. Sí, sí, prometen... Y en él
Hay cierto aire de nobleza...
Ant. ¡Toma! Como que no siempre
Hemos pasado miserias;
Y antes bien...
Cec. Cállate, Antonio:
¿No reparas que molestas
A estos señores? Y luego
¿Qué les importa...?
Juan. No creas
Que me incomoda: al contrario.
Ant. Y ¿qué mal habrá en que sepan...?
Cec. Pensarán que son embustes.
Juan. (Su candidez me embelesa.) (*Aparte.*)
Acércate, niña hermosa.
Cec. Señor...
Juan. ¿Qué es eso? No temas.
Cec. No temo; que vuestra voz
Dulce á mis oidos suena,
Y su acento de bondad
Hasta el corazon penetra.
Juan. ¿Cómo te llamas?
Cec. Cecilia.
Juan. ¿De dónde eres?
Cec. De Valencia.
Juan. ¿Tienes padres?
Cec. No, señor:
Sola me encuentro en la tierra.
¿Sola dije...? Me engañé;
Que aun mi hermanito me queda.
Ant. Y si soy chico, y ahora
Nada puedo hacer por ella,
Ya seré grande, y entonces...
Juan. ¿No hay nadie que te defienda?
Cec. Nadie.
Juan. ¡Tan jóven y hermosa!
Mucho arriesgas tu inocencia.
Cec. Dios siempre, señor, protege
Al que se guarda y le ruega.
Ant. Y sino, que venga alguno
Y ose tocarla siquiera.
Ramon. ¡Ah, valiente!
Cec. Calla, Antonio.
Ant. Es que hasta ese punto llegan
Las chanzas, y aunque soy niño,
Romperia la cabeza
Aun al lucero del alba.
Ramon. ¡Qué, si vale lo que pesa!
Juan. ¿Decís que no ha sido siempre
Vuestra suerte tan adversa?
Cec. ¡Ay, no, señor!
Juan. Vuestros padres
¿Qué oficio ejercian? ¿qué eran?
Cec. Mi madre murió muy jóven:
La conocimos apenas.
Mi padre era militar,
Y al principio de esta guerra
Murió tambien combatiendo
Por su patria y por su reina.
Llevónos consigo un tio,
Alma generosa y buena,
Y cuya grata memoria
En nuestro pecho está impresa.

Hijos suyos nos llamaba,
Y de su amor dando muestras,
Mil veces nos prometió
Dejarnos toda su hacienda.
Educacion esmerada
Nos daba á entrambos; yo, ciega,
No podia ejercitarme
En las comunes tareas
De mi sexo; pero él
En instructivas leyendas
Mi entendimiento adornaba
Con cariñosa paciencia.
Tambien que aprendiese quiso
La música; y muy contenta
Complacíle, pues á veces
Alegraba sus tristezas...
¡Ah, no esperaba que un dia
Mi único recurso fuera!
¡Buen tio!—Disimulad,
Señor, si su dulce y tierna
Memoria me arranca el llanto
Que hora mi semblante riega.

Ramon. ¡Pobrecita...! Yo tambien...

Juan. Esas lágrimas me prueban
Tu buen corazon... Prosigue;
Que tu historia me interesa.

Cec. ¡Ay, señor! murió mi tio
De pronto, sin que pudiera
Testar; y aunque todos dicen
Nos corresponde su herencia,
Otra parienta muy rica
Nos la arrebató.

Ramon. ¡Perversa!

Cec. Yo ciega, mi hermano un niño,
Sin apoyo ni experiencia,
Sin medios para seguir
Un pleito... En fin, las riquezas
De nuestra prima lograron
Quebrantar la vara recta
De la justicia... y despues
Inhumana, sin conciencia,
Nos abandona... y, lo veis,
Esta es hoy la suerte nuestra.

Ramon. ¡Mala mujer!

Juan. ¡Infelices!

Ramon. ¡Si en mis manos la tuviera...!

Juan. Pero ¿no habeis encontrado
Un protector, un...?

Cec. ¿Quién se echa
Tal carga encima? Cerradas
Hallamos todas las puertas.

Juan. Y ¿no teneis documentos...?

Ant. Algunos, y mas hubiera
Si se buscasen... Mirad,
Aquí traigo para prueba...

Juan. Bien, bien, ya los miraré.

Ant. ¡Oh! Yo los guardo... No crean
Que he de dejar... Ya verán.

Cec. Mil desatinos proyecta.

Ant. ¿Desatinos? Sed mi juez,
A ver si es mala mi idea.
Yo, á ciertas horas estudio,
Y las demás voy con ella;
Ganamos para comer,
Y hago á la vez mi carrera:
Dentro de unos cuantos años
Soy abogado... por fuerza,
Me he empeñado, y lo seré;
Y entonces pongo querella
A la prima, á los parientes,
Aunque cuatrocientos sean,
Y habré de poder muy poco,
O les arranco la herencia.

Ramon. ¡Viva! ¡bien! ¡Si es un dia-[blillo!

Juan. Hijo, te honra tal empresa;
Pero no aguardarás tanto:
Yo tomo vuestra defensa.

Cec. ¡Vos, señor!

Ant. ¡Vos!

Ramon. ¿Es posible?

Juan. Sí, yo.

Clot. Sí, sí.

Juan. ¿Tú lo apruebas?

Clot. ¿No lo he de aprobar?

Cec. Señor...

Ant. ¡Oh! ¡qué contento!

Cec. ¡Qué extrema
Bondad!

Juan. Aun mas quiero hacer.
Mi casa será la vuestra:
Vivireis aquí. Tú, Antonio,
Seguirás, como deseas,
Los estudios: tú, Cecilia,
Servirás de compañera
A mi esposa.

Cec. ¡Qué oigo!

Ant. ¿Es cierto?

Cec. ¡Ah! señor, sois en la tierra
Un ángel que Dios sin duda
Hoy nos manda en recompensa
De tanto sufrir... ¡Ah! Dadme,
Dadme la mano, que pueda
Besarla...

Ant. Yo de rodillas...

(*Cecilia y Antonio se arrojan á los piés de don Juan y le besan repetidamente las manos.*)

Ramon. ¡Reventara si tuviera
Que no llorar!

Juan. Levantaos;
Solo así á Dios se respeta,
Solo á él esto debeis,
Que á tan buen tiempo os trajera.
Pues hoy tambien me concede
La esposa que mi alma anhela,
Es justo le dé las gracias

Con alguna accion benéfica.
Cec. ¿Hoy os casais?
Juan. No, mas pronto
Tendré esa dicha.
Cec. Dios quiera
Que como la mereceis
Sea tan grande y completa.
Aunque de muy poco sirvo,
Yo procuraré que tenga
Vuestra esposa una criada
En mí.
Clot. No, jóven modesta:
Solo seré vuestra hermana,
Vuestra amiga cara, eterna.
Cec. ¿Qué oigo? ¿Es esta señorita
Vuestra novia?
Juan. Sí, la mesma.
Cec. Dios la bendiga, señor:
¡Qué jóven es y qué bella!
Clot. ¿Cómo lo podeis saber,
Si no me veis?
Cec. No extrañeza
Os cause esto, señorita.
Dispuso la Providencia
Que tengamos nuestros ojos
Los ciegos en las orejas.
Los sonidos nos advierten
Lo que está lejos ó cerca,
Lo que es hermoso y es feo;
Y, cosa que el cielo os veda,
Suele la voz revelarnos
Las pasiones mas secretas.
Por eso cuando aquí entré
Conocí cuán bueno era
Este señor, y á fe mia
Lo confirmó la experiencia.
Enr. Pues vamos á ver; y yo
Soy jóven ó viejo, prenda.
Cec. Vos sois jóven, ¿quién lo duda?
Mas tendreis mala cabeza.
Ramon. ¡Miren si lo ha adivinado!
Ni que estudiado le hubiera.
¿Y yo?
Cec. Vos, pobre Ramon,
Ya rayais en los sesenta.
Ramon. ¡Caramba, es verdad!
Cec. Mas sois
Un infeliz.
Ramon. ¡Cómo acierta!
Hemos de ser muy amigos.
Cec. Por supuesto.
Ant. ¿Y yo?
Ramon. ¡Esa es buena!
Viejos y niños son unos,
Y como chiquillos juegan.
Juan. Vamos, os quiero instalar
En casa...—Tú, buena pieza,
(*A don Enrique.*)
Sígueme tambien.
Enr. Ya voy.
(Escapé de la tormenta.) (*Aparte.*)
Ant. ¿Ves, hermana, qué fortuna?
Cec. Dios le dé la recompensa.
Ant. Dame el brazo.
Ramon. Eso ya no.
(*Apartándole.*)
¡Atrás!
Juan. ¿Qué locura es esa?
Ramon. De hoy mas, sabedlo aquí todos,
Esta será mi pareja.
Yo seré su lazarillo...—
Y tú, chiquillo, á la escuela. (*A Antonio.*)

ACTO SEGUNDO.

Es de noche. Hay luces.

ESCENA PRIMERA.

CLOTILDE.

(*Aparece sentada cerca de la mesa con una carta en la mano.*)

Llorad, llorad, ojos mios,
Y no dejeis de llorar:
Ya que logro sola estar,
Derramad el llanto á rios
A impulsos de mi pesar;
Y en tan acerbo dolor,
Pensando en el bien que adoro,
Pues la suerte con rigor
Me veda tan tierno amor,
Déjeme exhalarle en lloro.
¡Qué bien en estos renglones
Explica su amante llama!
¡Cuál de amor en las prisiones
Gozaran dos corazones
Que pasion tan dulce inflama!
¡A solas me quiere hablar...!
¡Una secreta entrevista...!
Y ¡que en esto siempre insista!
Mas ¿cómo ¡ay Dios! evitar
De tantas gentes la vista?
Y ¿á qué vernos, si perdido
Ha de quedar mi sosiego?
¿A qué alimentar el fuego,
Cuando apenas encendido,
Habré de apagarle luego?
Palabra por mí mal dada,

Que cumplir es precision,
¿Por qué me tienes atada?
Si es de uno la fe jurada,
Es de otro mi corazon.
Y tú, en quien ya solo miro
Un tirano para mí,
¿Cómo estás tan ciego, di?
¿Cómo no ves que suspiro,
Y no suspiro por tí?

ESCENA II.

CLOTILDE, CECILIA.

(*Sale Cecilia á tientas por el foro, y exclama al oir las últimas palabras de Clotilde.*)

Cec. (¿Qué he escuchado, santo cielo? (*Aparte.*)
Cierto sale mi recelo.)
¿Estais ahí, señorita?
Clot. ¡Ah...! Cecilia... sí.
Cec. ¿Solita?
Clot. Sí.
Cec. Pues ¿cómo?
Clot. Siempre velo
Hasta que viene don Juan.
Cec. Pues dando las diez están:
Debe tardar todavía.
¿Gustais de mi compañía?
Clot. Tus chistes me distraerán.
Cec. Mis necedades mas bien.
Clot. Siéntate... Aquí cerca... Ven.
(*La coge por la mano: toma una silla y la hace sentar cerca de ella.*)
Cec. Gracias.—No es bueno, en mi jui- [cio,
Que mucho á solas se esten
Las gentes.
Clot. Sí... es un suplicio...
Cec. Nuestra mísera cabeza
Luego á pájaros se va
Y á desvariar empieza,
Y negra murria nos da,
Y se llora de tristeza.
Verbi-gracia... y lo que siento,
Permitidme declarar...
Si no miente vuestro acento,
Jurara que habrá un momento
Vos acabais de llorar.
Clot. ¡Yo!
Cec. Sí.
Clot. ¿De qué?
Cec. No lo extraño:
¡Se retarda vuestro enlace!
Clot. ¿Hay en ello tanto daño?
Cec. Mucho: nunca eso complace.
Clot. No tengo prisa.
Cec. ¡Mal año
Para el pícaro carlismo!
No ha sido mal embolismo
El poder sacar de Berga
La partida de bautismo.
¿Para qué tanta monserga?
Ya, en fin, la teneis aquí.
¿Esto no os alegra?
Clot. Sí.
Cec. Lo decís de una manera...
Clot. ¿Cómo he de decirlo?
Cec. Así,
Contenta... Casi creyera
Que esta boda no os agrada.
Clot. Sí tal.
Cec. Otra os queda dentro.
Aunque de vista privada,
Suelo ver mucho, y encuentro...
Clot. ¡Qué! (*Sobresaltada.*)
Cec. Pues... Estais ya turbada.
Vamos, con franqueza hablad.
Entre muchachas se puede...
Soy callada... ¿No es verdad
Que vuestro pecho ahora cede
A otro amor?
Clot. ¡Ah!
Cec. Confesad...
Clot. No, no, jamás osaré...
Cec. Bien está: yo ayudaré
A que esa lengua se explique.
El objeto es don Enrique.
Clot. ¡Silencio!
Cec. ¿Con que acerté?
Clot. ¡Si te oyeran!
Cec. Mirad vos
Si hay alguien; que en lo que pende
De los oidos...
Clot. ¡Por Dios!
Quede solo entre las dos
Este secreto.
Cec. Se entiende.
Mas tal franqueza me obliga
A que os hable como amiga.
Ese amor es criminal,
Disimulad que os lo diga;
Y haceis en ello muy mal.
Clot. Harto lo sé tambien yo,
Por eso suspiro y lloro;
Mas tú no conoces, no,
Al objeto á quien adoro,
Que el verle Dios te negó.
En él no admiras la flor
De lozana juventud,
Ni aquel aire seductor,
Ni el mirar fascinador
Que hace temblar mi virtud.
No le ves, ni le comparas
Con quien mi esposo va á ser;

Que entonces me disculparas,
Y si le pudieras ver,
Cecilia, tambien le amaras.

Cec. Pues gracias á Dios le doy
De haberme formado así;
Y pues que ciega nací,
Ya conozco por vos hoy
Que es ventura para mí.
Esa hermosura, es verdad,
No logro ver que os fascina;
Mas conozco otra beldad
Eterna, pura, divina,
Traslado de la deidad.
Cosas para mí son vanas
Las formas y los colores:
No puedo admirar las flores;
Pero sin verlas galanas,
Precio mejor sus olores.
La imágen de esa hermosura
Desparece cuando os niega
El sol su luz clara y pura,
Y la mia, siendo ciega,
Dia y noche siempre dura.
La vuestra con la vejez
Pierde su brillo, y tal vez
Se torna horrible, espantosa:
La mia, en mi lobreguez,
Cada dia es mas hermosa.

Clot. Yo precio á dotes concedo
Tambien que el alma embellecen,
Y en gozar así te excedo,
Pues otras que amor merecen
Conozco, y amarlas puedo.

Cec. Unidas no siempre van
Las del cuerpo y las del alma;
Y si discordes están,
Los ojos siempre la palma
A las del cuerpo le dan.
Yo que estas no puedo ver,
Solo á las otras me inclino,
Y por ellas adivino,
O acá un fantástico ser
En la mente me imagino.
La belleza terrenal
Conocer no nos es dado;
Mas por favor especial,
Un Dios nos ha revelado
La belleza celestial.
Así al ser por quien suspiro
Prestó una angélica forma:
Con la hermosura que admiro
La del cuerpo se conforma,
Y á placer su imágen miro;
Y esta que en gozo me baña
A la vuestra deja atrás;
Porque, falaz por demás,
La vuestra siempre os engaña,
Pero la mia jamás.

Clot. ¿Qué escucho? ¿Luego tambien
Amas tú?

Cec. Pues ¿por ventura,
Porque mis ojos esten
Cerrados á la luz pura,
Privada estoy de ese bien?
Amo, sí; pero este amor
Hoy vedándomele está
La gratitud, el honor;
Y aunque muera de dolor,
Jamás del pecho saldrá.

Clot. ¿No puedo saber...?

Cec. ¡Ah! no.
Mas de mi amor no se trata,
Sino del vuestro... No ingrata
Seais á quien os salvó.

Clot. ¡Ay! esa idea me mata.

Cec. Pues bien, venced la pasion
Que os alucina y os pierde:
Dad oido á la razon;
Que harto sufre el corazon
Si la conciencia remuerde.
¡Vos engañar á don Juan!
¡Él tan bueno...! Y ¡esta paga
Sus beneficios tendrán!
Si pierde el bien que le halaga
Las penas le matarán.
Vos, Clotilde, y yo, debemos
Sacrificarnos por él;
Y mayor gloria tendremos
Si el sacrificio es cruel,
Que en ello al fin nada hacemos.
Demás que en su compañía
Os aguarda la ventura:
No os detenga la figura
Prenda de menos valia,
Que la dicha no asegura.
Ved, Clotilde, y no os engaño,
Que ese amor es vuestra ruina;
Enrique, por vuestro daño,
Alberga en su alma mezquina
La falsedad y el engaño.
Vos solo veis su persona
Que os ha robado la calma:
Yo, que su amor no aprisiona,
Cuantos vicios amontona
Ví con los ojos del alma.
Huidle, y creedme, os ruego:
Algo cuesta el resolverse;
Mas doble placer hay luego:
Haber ganado en el juego,
Y haber sabido vencerse.

ESCENA III.

DICHAS, ANTONIO.

Ant. Cecilia, ¿no cenas hoy?

Son las once.
Cec. Pocas ganas
Tengo. . Y luego dejar sola
A la señorita... Aguarda
A que venga don Juan.
Clot. No:
Sintiera te incomodaras
Por mí.
Cec. ¿Qué mas da?
Clot. Aquí tengo
Estos libros, cuya grata
Lectura me distraerá.
Ant. Y en dos minutos despachas.
Clot. Está bien... iré. Vos, como
Seguis la francesa usanza...
Clot. Sí, es verdad, no ceno nunca.
Cec. Pues bien, hasta luego.
Ant. Agarra.
(*Da Antonio el brazo á Cecilia y vanse.*)

ESCENA IV.

CLOTILDE.

¡Ay! llena de confusion
Me han dejado sus palabras.
Conozco que fuera un crímen...
Mas esta pasion me arrastra
A pesar mio... La imágen
De Enrique está aquí grabada,
Y cuanto mas pienso en ella,
Esta boda mas me espanta.
¡Cielos! ¡Él es!

ESCENA V.

CLOTILDE, DON ENRIQUE.

Enr. ¡Clotildita!
Gracias á Dios que sin guardas
De vista te hallo una vez.
¡Ya es trabajo! No se apartan
De tu lado. Sobre todo
Esa Cecilia taimada.
Clot. ¡Una ciega!
Enr. Ciega, sí;
Pero nada se le escapa.
Suele ver mas que otros muchos
Con dos ojos en la cara.
Clo'. ¿Habreis estado en la ópera?
Enr. He estado; mas me empalaga.
Lo menos sus treinta veces
Ví ya la tal *Gazza ladra.*
Luego aquel bajo me aturde,
La triple chilla que rabia:
Vamos, no es dable sufrirlos
Habiendo estado en Italia.
Clot. ¡Ya!
Enr. Para tu educacion
Ese viaje te hace falta.
Clot. Pero como es imposible...
Enr. Mas lo será si te casas.
¡Qué vida vas á llevar!
Siempre en tu cuarto encerrada,
Renunciando á los paseos,
Viendo el sol por alquitara,
Sin una pizca de ópera,
Baile de ramos á pascuas...
No sé que pueda vivir
Sin bailar una muchacha.
Clot. Don Juan de nada me priva,
Y lejos de eso le agrada...
Enr. Porque ahora está de novio,
Y te engatusa y engaña;
Mas ya será otro cantar
Si tu blanca mano agarra.
¡Bonito es él! ¡Tan zeloso!
¡Tan serio! Y ¡aquella facha
De vinagre...! ¿Diversiones?
¡Ya va...! Patita quebrada
Y en casa... Cuidar la ropa,
Limpiarle bien la casaca,
Y peinarle la peluca,
Que no tardará en llevarla.
Clot. ¡Dios mio! (*Suspirando.*)
Enr. Pero me olvido.
¿Has recibido mi carta?
Clot. ¡Ah...! sí.
Enr. Ya habrás visto en ella
Mi ardiente pasion pintada.
Cómo esos ojos divinos
Me deslumbran, me entusiasman;
Y cuál de amor en mi pecho
Prendieron la viva llama.
Clot. Sí... sí.
Enr. ¿No podré esperar
Que en premio de mi constancia
Des á tan rendido amor
Alguna dulce esperanza?
Clot. ¿Qué decís...? Callad, callad...
¡O cielos! Si os escucharan...
Enr. ¡Pues...! Mira si digo bien.
Ni arriesgar una palabra
Podremos. Estoy perdido
Si mis ruegos hoy no alcanzan
La entrevista que...
Clot. ¡Una cita!
No es posible.
Enr. Tú me matas.
Clot. ¿Para qué?
Enr. Para decirte
Tantas cosas...
Clot. ¿Tantas?
Enr. ¡Tantas!
Clot. Pues bien, ¿no podeis ahora...?
Enr. La mitad se me olvidara

Con la prisa.
Clot. Pero ¿cuándo?
Enr. Esta noche, verbi-gracia.
Clot. ¡Esta noche!
Enr. Es cosa fácil.
¿No tienes allí tu estancia
(*Señalando la primera puerta á su izquierda.*)
Al fin de aquel corredor?
Clot. Sí... mas... ¿qué?
Enr. Verás la traza.
Cuando ya todos esten
Recogiditos en casa,
Salgo pian pianito, y vengo...
Clot. ¿Qué osais proponerme?
Enr. Nada...
Una bicoca.
Clot. Un delito.
Enr. Si en escrúpulos te andas...
Clot. ¡En mi cuarto...! No, jamás.
Enr. Pues bien, sea en esta sala.
Clot. ¿En esta sala?
Enr. Tú puedes...
Clot. Mas es de temer que salgan...
Enr. Si estarán todos durmiendo;
Y con silencio...
(*Siguen hablando en voz baja. Aparecen Cecilia y Antonio por la puerta del foro.*)

ESCENA VI.

DICHOS, CECILIA, ANTONIO.

Ant. ¿No acabas (*A Cecilia.*)
De cenar...? ¿Qué prisa tienes?
Cec. Bien... déjame... (¡Dios nos valga!
(*Aparte.*)
Ya ha venido don Enrique;
Y si los dejo...)
Clot. ¡Ay! Aparta.
(*Reparando en Cecilia y separándose de Enrique.*)
Enr. ¿La ciega aquí ya? ¡Maldita!
Cec. Como tan sola os dejaba,
Me he dado prisa...
Clot. ¿Por qué?
Ya don Enrique...
Cec. (Alterada (*Aparte.*)
Tiene la voz.) ¡Hola! ¿Está
El señorito...? Pensaba...
Enr. Sí... ya he venido.
Cec. (¡Él tambien!)
(*Aparte.*)
Veo no hacia gran falta.
Clot. Con todo... no importa... siempre...
Cec. ¡Se han hablado, Vírgen Santa!
(*Aparte.*)
Ant. Ya está aquí don Juan.
(*Mirando hácia el foro.*)
Cec. ¡Ah! bueno.
(*Aparte.*)
Enr. La cosa está adelantada. (*Ap.*)

ESCENA VII.

DICHOS, DON JUAN, RAMON.

Juan. ¡Hola! ¿Os hallo reunidos? —
Y ¿tú tambien, buena alhaja?
(*A Enrique.*)
Enr. Ya no os quejareis de mí:
He tocado retirada
Antes que vos.
Juan. Pocas veces
Te sucede.
Ramon. ¡Vaya en gracia!
¡Por una noche!
Enr. Me voy
Corrigiendo.
Juan. Así me agrada.
Te traigo buenas noticias,
Cecilia.
Cec. ¿Cuáles?
Juan. Las cartas
Que he recibido esta noche
De Valencia, la esperanza
Me dan de que muy en breve
Será tu dicha colmada.
Con los nuevos documentos
Que tus derechos afianzan,
Y de mi entendido agente
La actividad y eficacia,
A devolverte la herencia
El tribunal se prepara.
Cec. ¿De veras?
Juan. No ha de tardar
En mi juicio dos semanas.
Cec. ¡Ah! señor, ¿cómo podré
Pagaros bondades tantas?
Juan. Siendo honrada.
Cec. No dudeis...
Ant. Es advertencia excusada:
No ha de haber quien poner pueda
En su conducta una tacha.
Juan. Así lo creo... Mas ya
Está la hora avanzada,
Y recogernos conviene.
Idos, pues.
Enr. ¿Con que me aguardas?
(*Bajo á Clotilde.*)
Clot. Bien. (*Bajo á Enrique.*)
Enr. Luego vengo. (*Bajo.*)
Clot. ¡Silencio!
(*Lo mismo.*)

Enr. ¡Famoso! Ya está agarrada.
(*Aparte.*)
Ramon. Buenas noches nos dé Dios.
Ant. ¡Felices!
Juan. Hasta mañana.—
Te acompañaré á tu cuarto.
(*Acercándose á Cecilia y tomándole la mano.*)
Ven, Cecilia.
Cec. Arrodillada,
En él pasaré la noche
Pidiéndole á Dios con ansia
Que por tantos beneficios
En vos derrame sus gracias.
(*Vanse Ramon y Antonio por el foro. Don Juan acompaña á Cecilia hasta la segunda puerta de la izquierda, que es la de su cuarto. Clotilde se queda en el proscenio y se sienta cabizbaja y pensativa. Don Juan, despues de dejar á Cecilia, vuelve y observa á Clotilde.*)

ESCENA VIII.

DON JUAN, CLOTILDE.

Juan. Y tú, Clotilde, ¿te quedas?
Clot. ¡Ah...! no, señor... pero... estaba...
(*Volviendo de su distraccion.*)
Juan. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes, hija?
Te encuentro abatida, pálida.
Clot. ¿Yo, señor...? Aprension vuestra.
Si no tengo nada... nada.
Juan. ¿Nada, dices, y tus ojos
Veo que en llanto se arrasan?
Vamos, habla con franqueza.
¿Qué penas tienes? ¿Te falta
Alguna cosa?
Clot. ¡Ah! señor:
Vuestra bondad me anonada.
Juan. Pero algo te aflige.
Clot. Sí.
Juan. Pues entonces, ¿por qué callas?
Clot. No me atrevo...
Juan. ¿Es triste?
Clot. Puede.
Juan. Di, pues.
Clot. Ahora no... mañana.
Juan. ¿Mañana?
Clot. Sí... permitid
Que esta noche... Estoy turbada...
No sé cómo... Yo os prometo
Abriros mañana el alma.
Juan. Bien... como gustes... A Dios.
Clot. ¿Os enojé?
Juan. Qué bobada!
No.. Mas voy con sentimiento
De dejarte triste.
Clot. ¡Ingrata! (*Aparte.*)
Juan. A mañana, pues... Ahora
Vé, recógete y descansa.
(*De los dos candeleros que habrá en la mesa, toma uno y vase.*)

ESCENA IX.

CLOTILDE.

Sí... ya hablar es preciso:
No le puedo engañar.—Prestad, ó cielo,
Prestad aliento á mi ánimo indeciso,
Y haced que de sus ojos caiga el velo.
Mas ¡ay! tal premio alcanza
Su afecto, ¡su bondad...! En flor marchita
¿Verá al fin la esperanza
Que allá en su pecho lisonjera habita?
¡Horrible ingratitud...! No, no es posible...
Sacrificarme debo. [llevo
Y ¿lo podré yo hacer...? Pues qué, ¿no
De esta pasion frenética, invencible,
Aquí clavada la punzante flecha?
Mis ojos la dirian: sonrojado,
Mi semblante do quier la declarara,
Y en lágrimas desecha,
Arrastrada sin vida al pié del ara,
Mi boca, mal mi grado,
Por el tremendo *sí... no*, pronunciara.
¡Ah! no: mas vale hablar. Es generoso,
No quiere bondadoso
Que á su dicha mi dicha sacrifique,
Y acaso con heróica fortaleza
De un corazon sensible la flaqueza
Consienta en perdonar.—Tal vez Enrique
Así piensa tambien... Tal vez pretende
Esto mismo decirme. —¡Cuánto tarda!
¡Cuán impaciente el corazon le aguarda!
Y ¡qué dulce esperanza amor enciende!
—Oigo ruido... Él será... No: me he en-
¡Qué zozobra, Dios mio! [gañado.
Si alguien entra... —¿Quién es?—¡Ah!
que es mi sombra.
—¡Siento un pavor, un frio...!
¡Ay! esta soledad, este silencio,
Hasta el reflejo de esa luz me asombra,
Y en todo un fiero acusador presencio.
—Leamos... á ver si...—¡Cuán enfadoso
Es este autor!... ¡Jesus! Cae de las manos.
—¡Cielos! ¡Qué extraño ruido!
—¡Ah! la péndola es.—Será forzoso
Marcharme... Pero no... ya pasos siento...
Por allí... mas cercanos...
Él debe ser... sí... sí... Sobrecogido
Está mi corazon... ¡Oh! ¡qué momento!
¡Cuál tiemblo!—¡Dios! ¡Le veo!
Allí está... Yo fallezco... Haré que leo.

ESCENA X.

CLOTILDE, Don ENRIQUE.

(*Enrique se deja ver por la puerta del foro, caminando con mucho tiento. Clotilde, que de soslayo le habrá visto venir, finge estar leyendo.*)

Enr. ¡Clotilde!
Clot. ¿Quién...? ¿Sois vos?
Enr. Yo soy, amada.
Tu palabra cumpliste.
Clot. ¿Yo...? me quedé á leer... y desvelada...
Enr. ¡Ah! ¡dichoso me hiciste!
Clot. ¡Silencio...! ¡Si os oyeran...!
Enr. La familia
Ya recogida está.
Clot. Pero Cecilia
Duerme allí... lo sabeis.
Enr. ¡Maldita ciega!
Clot. Sentaos y hablad bajo.
Enr. Aquí.
(*Tomando una silla y sentándose muy cerca de Clotilde.*)
Clot. No, no... mas lejos...
Enr. Si no llega
Entonces bien la voz... Es un trabajo
No pudiendo gritar...
Clot. Bien... Mas quedito.
Hablad. ¿Qué pretendeis?
Enr. ¡Oh, cuán hermosa
Está, dueño adorado!
¡Cómo á tu lado de placer palpito!
Tu frente ruborosa
Que hora enciende el pudor, y en el nevado
Seno refleja su carmin divino,
Y ese amable temor que altera un tanto
Tu rostro peregrino,
Y la luz de esos ojos que entre llanto
Brilla con mas suaves resplandores,
Todo diciendo está que en mi presencia,
Robándole su forma á la inocencia,
La diosa llego á ver de los amores.
Clot. Bien. . sí... Pero dejad lisonjas va-
Palabras cortesanas, [nas,
Que aunque tan dulces suenan,
Envuelven con su miel traidor veneno.
Enr. Con ánimo sereno
Esas gracias que adoro y me enajenan,
¿Quieres ¡ay! que contemple?
Clot. Vuestro amoroso ardor, por Dios, se temple;
Y sin piropos diga
Lo que á hablarme á tal hora aquí le obliga.
Enr. Pues ¿no lo sabes ya? Pintarte
La inextinguible llama [quiero
Que arde en mi pecho y en tu amor me inflama,
Y te quiero decir que por tí muero.
Quiero que tus miradas cariñosas
Me den el dulce premio que reclamo,
Y tu boca en palabras deliciosas
Digan con grato acento: Enrique, te amo.
Quiero...
Clot. ¡Tanto querer! Pues ¿por ventura,
Si amor yo no os tuviera,
Os hallárais aquí, ni yo os oyera?
Mas protestas de amor, si esto os permito,
Vos no necesitais, ni necesito;
Y otro objeto sin duda...
Enr. ¿Qué otro objeto
Puedo tener, bien mio,
Que hablarte de mi amor? Siempre sujeto
Mi amante desvarío
Entre esos importunos que nos cercan,
Romper ansia impaciente el duro freno;
Y pues hoy los destinos nos acercan,
Mírame ya á tus piés de gozo lleno.
Deja que en esa mano...
Clot. ¿Qué haceis...? Alzad.
Enr. Permite...
Clot. Reportaos.
Enr. No grites. ¡Qué imprudencia!
Clot. Está demás aquí vuestra presencia.
Salid pronto... marchaos...
O yo...
Enr. ¿Qué haces? Repara
Que te pueden oir.
Clot. ¡Es cierto... es cierto!
Me olvidaba...
Enr. Por Dios, no seas rara.
Clot. Callad... ¿no oís?
Enr. ¿El qué?
Clot. Mirad... Se ha abierto
(*Señalando la puerta de Cecilia.*)
Aquella puerta.
Enr. ¡Diablo! [hablo.
¡Cecilia! Nada importa... Es ciega... No

ESCENA XI.

Dichos, CECILIA.

(*Enrique se retira á un lado. Sale Cecilia de su cuarto con zozobra y á tientas, dirigiéndose hácia la puerta del foro.*)

Cec. Anda alguien por aquí. ¡Ramon! ¡Antonio!
Enr. ¡No te lleve el demonio! (*Aparte.*)
Clot. Calla, Cecilia, calla.
Ces. ¡Ah! ¿Sois vos, señorita?
Clot. Sí.

Enr. ¡Canalla! (*Aparte.*)
Ces. ¿Habeis tambien oido?
Clot. Sí. (*Turbada.*)
Cec. Yo claro
Oí pasos y hablar.
Clot. ¿Qué dice? (*Aparte.*)
Cec. Creo
Que algun ladron... ¿Veis algo?
Clot. Nada veo.
Cec. Llamaremos.
Clot. No, no.
Enr. Yo me separo (*Aparte.*)
A este rincon.
Cec. Sí tal... Bueno seria...
Clot. No temas... Esa voz era la mia.
Cec. ¿La vuestra? Pues acaso
¿Hablais con alguien?
Clot. No... pero... leia.
Cec. ¿Tan tarde? ¡Vaya un caso!
Clot. Estaba desvelada.
Cec. Yo tampoco me hallaba aun acostada,
Pues me quedé rezando.
Enr. Ya es fuerza que me vaya retirando. (*Aparte.*)
Cec. ¿Gustais que os acompañe?
Clot. Bien... si quieres...
Cec. Por fuerza debe ser interesante
Lo que estábais leyendo.
Clot. Sí... sí... mucho.
Cec. ¡Estais tan conmovida...! Algun amante
De novela.
Clot. Sí... sí.
Cec. Pues ya os escucho,
Si quereis proseguir. Tambien yo gusto
De oir novelas.—¡Ay!
(*Durante el anterior diálogo Cecilia se ha ido acercando. Clotilde habrá estado haciendo señas á Enrique para que se marche. Enrique se va retirando con tiento y hácia atrás, hasta llegar á un velador que hay en medio de la sala: hace una seña á Clotilde como para despedirse de ella; pero al volverse tropieza con el velador y le deja caer. Cecilia da un grito.*)
Enr. ¡Negra fortuna! (*Ap.*)
Cec. Anda alguien por aquí, no hay duda alguna.
¡Ladrones!
(*Con voz apagada y medrosa.*)
Clot. Calla.
Cec. No.
Clot. ¡Cielos!
Cec. ¡Qué susto! —
¡Ladrones!
Clot. Por piedad, vas á perderme.
Cec. ¡Cómo!
Clot. Es Enrique.
Cec. ¡O Dios! Y ¿habeis osado...?
(*Se oye dentro la voz de don Juan, que llama.*)
Juan. ¡Ramon! ¡Pedro!
Clot. ¡Don Juan!
Enr. ¿Dónde esconderme?
Juan. Pronto, venid.
Clot. Huyamos.
(*Toma la luz que hay sobre la mesa y huye á su cuarto. El teatro queda á oscuras.*)
Enr. ¡Me ha dejado
A oscuras!
Cec. Señorita...
Enr. El diablo cargue
Contigo... Ya no está.
Cec. Pues qué, ¿se ha ido?
Enr. Sí... con la luz.
Juan. Venid... Aquí es el ruido. (*Dentro.*)
Cec. ¡Cielos! ¡Nos dejó solos...! Idos luego.
Enr. ¿Cómo, si yo tambien ahora estoy ciego?

ESCENA XII.

CECILIA, DON ENRIQUE, DON JUAN, RAMON, ANTONIO, PEDRO.

(*Sale don Juan con bata, y una luz que deja en la mesa. Ramon está en mangas de camisa, y trae un palo. Antonio lleva una blusa. Pedro saca tambien luz, pero se retira despues de los primeros versos.*)

Juan. Mirad bien por todos lados.
Ramon. ¡Alto ahí...! ¡El señorito! (*A Enrique.*)
Ant. ¡Cecilia!
Juan. ¡Gran Dios! ¿qué veo?
Cec. ¡Valedme, cielos divinos! (*Aparte.*)
Juan. ¡Enrique y Cecilia aquí!
¡Solos...! ¡Sin luz!
Cec. ¡Qué suplicio! (*Aparte.*)
Juan. (¡Ambos turbados están! (*Aparte.*)
¡Qué sospecha...! Mas ¿qué digo?
No puede ser.) — ¿Cómo os hallo
A los dos en este sitio?
Cec. Yo... señor... (¡Oh, qué vergüenza!) (*Aparte.*)
Juan. ¿No sabré...? Vamos, tú, dilo. (*A Enrique.*)
Enr. ¿Yo?
Juan. Sí.

Enr. Vereis...
Juan. Sin mentiras.
Enr. Pues... sin mentiras.
Juan. Prontito.
Enr. Allá voy... (¿Qué le diré? (*Aparte.*)
No me ocurre...)
Juan. ¿Y bien?
Enr. Ha sido...
Cec. La compromete. (*Aparte.*)
Juan. ¿Hablarás?
Enr. ¡Tanto apurar! ¡Qué fastidio!
El diablo á veces la enreda,
Y arma la de Dios es Cristo,
Y... ¡Qué diantres...! Sobre todo,
Ya no soy ningun chiquillo,
Y no hay que venirme á mi
Con si las pongo ó las quito.
Hago lo que me parece,
Y... pues. (¡Jesus, me hago un lio!) (*Aparte.*)
Juan. ¿Qué estás diciendo? Habla claro:
Explícate.
Enr. ¡Facilito
Es explicar...! Que me ahorquen
Si á hablar tan siquiera atino.
Juan. En fin, ¿sabremos...?
Enr. Ahí
Está Cecilia.
Cec. ¡Dios mio! (*Aparte.*)
Enr. Ella podrá...
Cec. ¡Yo!
Enr. Si al cabo
Que lo sepais es preciso,
Mas vale que ella...
Juan. ¿Cecilia?
Ant. ¿Mi hermana?
Enr. Sí, cabalito.
Sabe tan bien como yo. .
Juan. ¡Cecilia!
Enr. Lo dicho dicho.
Ella... (Vamos, yo me escurro.) (*Aparte.*)
Ant. Oid.
Enr. Dejadme. (*Vase corriendo.*)

ESCENA XIII.

DICHOS, MENOS DON ENRIQUE.

Ant. ¡Se ha ido!
Juan. Cecilia, tú me dirás...
Cec. Señor...
Juan. Habla... Necesito
Salir de dudas. Por Dios,
Habla.
Cec. No puedo.
Juan. Adivino
Lo que será.
Cec. ¿Qué, señor?
Juan. Rubor me causa el decirlo.
Cec. ¡Qué! ¿Sospechais?
Juan. ¿Por quién, dime,
Vino aquí ese libertino?
¿Era por tí?
Ant. Poco á poco,
Señor don Juan; no permito...
Cec. ¡Antonio!
Ant. Es que hablemos claro:
Aquí jugamos muy limpio;
Y hasta ese punto las chanzas
Pueden llegar.
Ramon. ¡Desatino!
¿Ella, señor...? Ni por pienso.
Ant. Os debo mil beneficios,
Daré la vida por vos;
¡Pero que empañeis el brillo
De nuestro honor...! Eso nunca;
No me es dable consentirlo.
Juan. Con todo, es fuerza aclarar...
Ant. Lo que sé es que el señorito...
Cec. ¡Antonio!
Ant. Si á decir fuera
A quién hacer suele guiños...
Cec. (¡La va á perder!) (*Aparte.*)
¿Callarás?
Ant. ¡No me hagan soltar el pico...!
Juan. ¡Dios! ¿Qué dice...? ¿Por ventura...?
Cec. No le hagais caso; es un niño
Que ignora...
Ant. Sí... ¡ya!
Juan. Cecilia,
Sácame de este martirio.
Tú lo sabes, tú. ¿Por quién
Ese hombre, dime, ha venido?
¿Es por tí?
Ant. No.
Cec. Sí, señor:
Por mí fué.
Juan. ¡Por tí!
Ant. ¡Qué ha dicho!
Ramon. ¡Jesus! (*Santiguándose.*)
Ant. No, no puede ser.
Cec. Sí... sí... por mí. (*Con resolucion.*)
Ant. ¡Te has perdido!
Juan. ¡Desdichada!
Cec. ¡Santo Dios, (*Aparte.*)
Acepta este sacrificio! (*Desfallece.*)
Ramon. ¡Se desmaya!
Juan. Socorredla.
(*La sientan en una silla.*)
Cec. No... no es nada... Es un vahido...
Ya me recobro.
Juan. ¿Qué has hecho?
¡Infeliz!
Ramon. Yo no concibo...

Cec. Señor... por Dios... retiraos...
Vuestro lado es un suplicio
Para mí... Dejadme sola...
Este favor solo os pido.
Juan. Bien... No quiero atormentarte.
Harto... En fin, ya me retiro.
Pero vosotros quedaos;
Y de ella cuidad, amigos.

ESCENA XIV.

CECILIA, RAMON, ANTONIO.

Cec. ¡Ah! (*Llorando.*)
Ant. ¡Buena hazaña, señora!
Ramon. Vamos, no, no puede ser.
Cec. ¡Dios mio!
Ant. ¿Lloras ahora?
Cec. ¿Qué otra cosa puedo hacer?
Ramon. Y ¡yo, que hubiera por ella
Puesto la mano en el fuego!
¡La recatada doncella!
¡La cieguecita...! Reniego...
Cec. ¡O sacrificio cruel! (*Aparte.*)
Ramon. ¡Y el otro! ¡Vil seductor!
Pero no lo extraño en él.
De ella, sí, que...
Ant. ¡Oh furor!
Ramon. ¡Con esa cara de cielo!
Si algun otro lo dijera,
Yo le...
Cec. Ni aun hallar consuelo
Esta desdichada espera.
Ant. ¡Consuelo una criminal,
Una infame!
Cec. ¡Hermano!
Ant. Quita;
Te odio.
Cec. ¡Gran Dios!
Ramon. ¡Voto á tal!
¡Tratarla así, pobrecita!
Ant. ¿Qué quereis?
Ramon. Quiero... No sé.
Pero el corazon me dice...
Ni aunque lo jure creeré...
Cec. Cree que soy infelice.
Ramon. Eso sí. Debe un misterio
En esto hallarse encerrado.
¿Quién sabe? Algun gatuperio
De aquel tronera endiablado.
Ant. Infame, le he de matar;
O bien él á mí.
Cec. ¡Qué horror!
¿Osarás...?
Ant. Para vengar
Tu agravio sobra valor,
Aunque débil, á este brazo;
Que es un niño suficiente
Para pegar un balazo,
Y soy hijo de un valiente.
Cec. ¿Qué intentas?
Ant. Voy á cumplir
Con mi deber.
Cec. ¡Santo Dios!
¡Nuevos pesares...! ¡Él ir...!
Aguarda.
Ant. No: de los dos,
Uno...
Cec. Detenle, Ramon.
Ramon. ¡Eh!
(*Poniéndose al paso de Antonio.*)
Ant. Quítate de delante.
Cec. Antonio, por compasion.
Ant. ¿Temes que mate á tu amante?
Cec. ¡Mi amante...! ¡Y tú lo has creido!
Ant. ¡Cómo!
Ramon. ¿Qué?
Cec. Buen Dios, perdona,
Perdona, yo te lo pido,
Si la fuerza me abandona.
Ant. ¿Qué dices...? Habla.
Ramon. Sí, sí.
Cec. La culpa que me infamó
Yo la he echado sobre mí,
Mas otra la cometió.
Ramon. ¿Otra...? ¿Quién?
Ant. ¡Ah! Ya comprendo.
Clotilde...
Ramon. Si lo decia...
Si era imposible... Si en viendo
Esa cara... ¡Qué alegría!
¡Vaya, yo me vuelvo loco!
Ant. ¡O exceso de gratitud!
Tu perdon, hermana, invoco,
Pues dudé de tu virtud.
Ramon. Vamos, vamos, sin tardar,
Es fuerza decirlo al amo.
Ant. Sí, voy...
Cec. Es fuerza callar:
Vuestro silencio reclamo.
Ant. ¡Callar yo!
Ramon. ¡Pues no faltaba
Otra cosa!
Cec. Yo os lo ruego.
Ant. Nuestro honor se menoscaba.
Cec. En ello va mi sosiego.
Ant. No; al punto á decirlo ando.
Ramon. Y yo de ello certifico.
Cec. Antonio, yo te lo mando.
Ramon, yo te lo suplico.
Ant. Pues qué, ¿callado he de ver
Que así quedes infamada?
Cec. Cumplamos con el deber:
Lo demás no importa nada.
Ant. ¿Por una mujer extraña
Sacrificarás tu honor?

Cec. No, no es por ella.
Ramon. ¡Alimaña!
Cec. Lo hago por mi bienhechor.
Él la ama, y en ella funda
Su bien, su felicidad.
¿Quieres que por mí se hunda
Su paz? Fuera una maldad.
No tiene mas ilusion;
Y si esta ilusion perdiera,
Traspasado el corazon,
Quizá del dolor muriera.
Y tras tanto beneficio,
¿Yo desdichado he de verle?
Hágale este sacrificio,
Ya que otro no puedo hacerle.
Es inmenso, bien lo sé;
Mas fuerza es tener paciencia:
No todo lo perderé;
Que aun me queda mi conciencia.
Ant. Pero vivir deshonrada...
Cec. No te dé por eso pena.
Aun no estoy abandonada
Si el cielo no me condena.
Pues ve la inocencia mia,
Breve será mi dolor;
Y yo espero que algun dia
Él volverá por mi honor.
Ramon. Vamos, es gran desvarío:
¿Yo consentir que se case?
Ella será... ¡Jesus mio,
No quiero acabar la frase!
Cec. La ofendes. Si anduvo errada,
No dudes de ella por eso;
Que harto quedará enmendada
Con este triste suceso.
De tan costosa experiencia
Tendrá presente la historia,
Y guarda de su inocencia
Será de hoy mas mi memoria.
Ramon. Como el otro aquí se quede...
Cec. A eso pondré yo remedio.
Ramon. No sé yo cómo se puede...
Cec. Intento probar un medio.
Dile, Ramon, que le espero.
Ramon. Pues ¿quereis hablarle?
Cec. Sí.
Un favor pedirle quiero.
Ramon. Voy.
Cec. Y vuelve con él aquí.
(*Vase Ramon.*)

ESCENA XV.

CECILIA, ANTONIO.

Cec. ¿Se fué?
Ant. Sí.
Cec. Pues ven, hermano,
Hermano querido, ven,
Deja que libre en tu seno
Corra mi llanto esta vez,
Y pueda mostrar sin mengua
Su flaqueza una mujer.
Tú todavía no sabes
Cuán costoso, cuán cruel,
Hermano del alma mia,
Este sacrificio me es.
Si solo por un momento
Pudieses aquí leer
En este pecho acuitado,
¡Oh cuál te dolieras de él!
Entonces cuánta es mi pena
Llegaras á conocer,
Y vieras que fin tan solo
Mi muerte es dable le dé.
Ant ¿Qué escucho? ¡Tú mas dolores!
¡Tú mas penas padecer!
Y ¿ocultármelas podias?
Eso, hermana, no está bien.
Cuéntamelas: consolarte
Acaso de ellas sabré;
Y cuando no, á par del tuyo
Verá mi llanto correr.
Cec. No, no es posible: aquí ocultas
Por siempre es fuerza que esten,
Y conmigo deberán
Al sepulcro descender.
Ant. ¡Ah! por Dios, en un hermano
Que te ama confianza ten.
¿Qué penas pueden ser esas?
¿Mayores las puede haber
Que esta mengua inmerecida
Con que hoy manchada te ves,
Y que ante el mundo...?
Cec. Y ¿á mí
Que me importa el mundo, qué?
¿Qué tiene con ese mundo
La pobre ciega que hacer?
Me despreciarán, con mofa
Me señalarán tal vez,
Se reirán de mí... En buen hora;
Rian, muestren su desden:
Por fortuna ni su risa,
Ni su mofa puedo ver.
Mas un hombre hay en la tierra,
Un hombre solo, ante quien
Virtuosa, pura, sin mancha,
Anhelaba parecer.
Su aprecio era mi existencia,
Su opinion mi único bien;
Y hora á sus ojos infame,
Odiosa, me hace el deber.
Yo nada mas le pedia
Que esto que á perder llegué;
Y esto á mi dicha bastaba;
Que en éxtasis de placer,

Tal vez, mudamente unidas
Nuestras dos almas pensé;
Cual dos espíritus puros
Que ante el Soberano Ser
Sus angélicos amores
Gozan allá en el Eden.
Ant. ¡Cielos! ¿Qué dices, hermana?
¡Es posible...! ¡Tú...! ¿Creeré...?
Cec. ¡Ah! Si lo has adivinado,
Este secreto cruel,
Cállale... y allá en tu pecho,
Hermano, guárdale bien.
Ant. ¡Infeliz!
Cec. Infeliz, sí.
Mas en tanto que tú estés
A mi lado, yo lo espero,
Algun consuelo hallaré.
Tú no me abandonarás;
¿No es verdad?
Ant. ¿Puedes creer...?
No, jamás... Siempre contigo
Hasta la muerte estaré.
Mas ¡don Enrique!
Cec. ¡Dios quiera
Que le logre convencer!

ESCENA XVI.

DICHOS, DON ENRIQUE, RAMON.

Enr. ¿Tú, niña, llamarme á mí?
¿Puedo yo servirte en algo?
Cec. Sí, señor.
Enr. En lo que valgo...
Ramon. ¿Nos vamos?
Cec. Quedaos aquí.
(*Con dignidad.*)
Lo que al señor decir quiero
Que presencieis me interesa.
Enr. ¡Uy! Parece una princesa.
¡Qué aire tan grave y tan fiero!
Cec. Don Enrique, recordad
Lo que ha un instante ha pasado
En este sitio.
Enr. Pillado
Fuí en la trampa, es verdad.
Pero tú la culpa tienes:
¿Quién te mandaba...?
Cec. ¡Qué horror!
¡Engañar á un bienhechor!
Enr. ¿Con sermoncitos me vienes?
Cec. Con harta razon lo puedo.
¿Ignorais que deshonrada
Una mujer desdichada
Queda por vos?
Enr. Fué un enredo
Que...
Cec. ¿Ignorais que esa mujer
En breve ha de ser esposa
De vuestro tutor?
Enr. Es cosa
Que á mí...
Cec. ¿Ignorais que á saber
Don Juan esa villanía,
Perdida así la esperanza
En que su dicha se afianza,
El infeliz moriria?
Enr. ¡Tanto ya...! Si así lo toma...
Cec. Y ¿en nada teneis, señor,
Su bien, su vida, su honor?
Enr. Si no pasa de una broma.
Cec. ¡Broma horrible!
Enr. Algo pesada,
Lo confieso; pero al cabo...
Ramon. ¡Pues la gran frescura alabo!
Enr. ¿Ha de hacer una sonada
Por eso? Fuera locura.
Hicimos mal, ¿qué remedio?
Pues lo sabe, no hay mas medio
Que llevarlo con dulzura.
Cec. No lo sabe.
Enr. ¿No?
Cec. Aqui solo
A mí me encontró.
Enr. Sí, es cierto.
Cec. Pues nada le he descubierto;
Y hago mas; mi fama inmolo.
Enr. No entiendo...
Cec. Para salvarle
La suya, y tal vez la vida,
Que era yo la seducida
Hube, al fin, de confesarle.
Enr. ¿Tú le has dicho...?
Cec. Que aqui vos
Vinísteis solo por mí.
Enr. ¿De veras, lo has dicho?
Cec. Sí.
Enr. ¡Buena ocurrencia, por Dios!
¡Ah! ¡ah!
Ramon. Y ¡se rie!
Enr. ¡Divina!
Ant. Estoy por...
Cec. ¿Os hace gracia?
Enr. Es golpe de diplomacia
Que él solo vale una mina.
Cec. Un sacrificio es que ofrezco
En las aras del deber:
Si no podéisle entender,
Don Enrique, os compadezco.
Enr. ¡Oh! le comprendo, sí tal.
Cec. ¿Vuestra razon no percibe
Que igual deber os prescribe
Otro sacrificio?
Enr. ¿Cuál?
Cec. El salir vos de esta casa.
Ramon. Bien dicho.

Enr. ¡Vaya una idea!
Si tú quieres irte, sea;
Mas yo...
Ant. ¡La ira me abrasa!
Cec. Yo saldré, no lo dudeis,
Sé que estar aquí no puedo;
Mas si á mi desgracia cedo,
Tambien conmigo saldreis.
Enr. ¡Bah!
Cec. Pues me manda la suerte
Esta casa abandonar,
La sierpe no he de dejar
Que aquí su ponzoña vierte.
Enr. ¡Bueno fuera porque tú
Lo quieres...!
Cec. Vuestra conciencia...
Enr. Es solo mi conveniencia.
Ramon. ¡Este hombre es un Belcebú!
Cec. ¡Ah! por Dios, os lo suplico,
Sed generoso, señor:
No vea yo con dolor
Que en vano me sacrifico.
Duelo eterno, triste llanto,
Me impone esta accion penosa;
Mas puedo aün ser dichosa
Si salvo á quien debo tanto.
Vos con mucha mas razon
Debéisle amor, gratitud,
Y no es tan grande virtud
El vencer una pasion.
En ser, cual nos cumple, buenos,
No nos quedemos atrás;
Y pues hice yo lo mas,
Haced siquiera lo menos.
Enr. Yo te doy el parabien
Si tan linda accion has hecho:
Hágate muy buen provecho;
Mas yo aquí me encuentro bien.
Ant. ¿Con que no os quereis marchar?
Enr. No.
Ant. Pues saldreis, vive el cielo.
Enr. ¡Hase visto el rapazuelo!
¿Tambien quiere gallear?
Ant. ¿Pensais, villano, traidor,
Que he de sufrir esta mengua?
Pues yo os cortaré la lengua.
Cec. ¡Ah! ¿qué dices?
Enr. ¡Qué furor!
¿Si querrá que con él riña?
Ant. Seguidme.
Cec. ¡Dios mio!
Enr. Calle
El niño, y vuelva á la calle
A enseñar la marmotiña.
Ant. Si no sois un vil cobarde...
Enr. ¡Eh! Ya me canso. ¿Hase visto?
No me hagan mas, vive Cristo,
De esa grande hazaña alarde.
De ella á mí se me da un bledo.
¿Que lo sabria don Juan?
¡Que lo sepa! ¿Pensarán
Que por ello me entra miedo?
Ramon. ¿No...? Pues con tanta bravata
Veremos ahora... Él viene.
Cec. ¡Ah! ved que callar conviene.
Enr. Esto va de mala data. (*Aparte.*)

ESCENA XVII.

DICHOS, DON JUAN.

Juan. ¿Qué es esto...? ¿Aun estais aquí?
Y ¡ese tambien...! ¿Qué misterio...?
Ramon. No, no hay ningun gatuperio:
Me podeis creer á mí.
Juan. Bien... Mas basta de sufrir;
Y despues de tan vil hecho,
Que esten bajo un mismo techo
Yo no debo consentir.
Cec. Sí, señor, teneis razon:
Que debo marcharme es claro;
Y ahora mismo me preparo
A dejar esta mansion.
Juan. ¡Tú, hija mia, tú marchar
De mi casa, de mi lado!
¡Ah! tal rigor no me es dado:
No te puedo abandonar.
Cec. ¿Cómo, señor...?
Juan. No zahiero
Tu falta: tuya no fué:
Mia sí, que coloqué
El lobo junto al cordero.
Pues tal error cometí,
Disculpo tu inexperiencia;
Pero guardar tu inocencia
Es obligacion en mí;
Y ya cual crímen mirara
Entregar tan tierna flor
Al huracan bramador
Que en breve la deshojara.
Cec. ¡Es posible! — Ven, hermano,
Llévame luego á abrazar
Sus rodillas, á regar
Con mis lágrimas su mano.
(*Los dos hermanos se arrojan á los piés de don Juan.*)
Creed que indigna no soy
De esa celestial dulzura:
Veréisme un dia mas pura
Que criminal me veis hoy.
Juan. Sí, sí, de mi proteccion,
Ven, acógete al escudo:
Solo en quien burlarte pudo
Caiga ya mi indignacion. —
Tú, perverso, que la tasa
(*A don Enrique.*

Colmaste de las maldades,
Cesaron ya mis bondades:
Vé, sal luego de mi casa.
Enr. ¡Yo, señor!
Juan. Sí, tú: mi encono
Probarás, vil seductor.
Líbrame ya del horror
De verte: yo te abandono.
Ramon. ¿Tanto ya?
Cec. Templad os ruego...
Juan. En vano me suplicais.
Enr. ¿De esta suerte me arrojais?
Juan. Sí, monstruo, sí... Vete luego.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

CECILIA, CLOTILDE.

Clot. No, Cecilia, en vano quieres
Que yo por mas tiempo calle:
Este secreto fatal
Me atormenta, y cada instante
Que mas le guardo en el pecho
Mas pugna por escaparse.
Considera que á las dos
Desventuradas nos hace;
A tí porque un sacrificio
Te prescribe intolerable,
Y á mí porque siente el alma
Remordimientos punzantes.
Cec. Calmaos, por Dios, Clotilde,
Y haced de firmeza alarde.
No os dé cuidado mi suerte,
Que no es el daño tan grande.
Aun mas afable don Juan
Desde aquel terrible lance,
Mis penas templa y endulza
Con repetidas bondades.
¿Qué alcanzáramos, decid,
Las dos con desengañarle?
Hacer que su paz, su dicha,
Cual humo se disipasen,
Y esa dicha debe ser
El fin de nuestros afanes.
Clot. Mas para mí su presencia
Es un tormento incesante.
Paréceme que sus ojos
Me acusan al contemplarme,
Como si escrito leyesen
Mi delito en el semblante.
¡Ay! á veces, con ser ciega,
Es tu destino envidiable,
Pues ¡cuán fiero es el mirar
Del ofendido no sabes!
Desde el punto en que á aquel hombre
Permití que aquí me hablase,
Sentí no sé qué inquietud
De mi pecho apoderarse:
Aquí don Juan me encontró
Pálida, abatida, exánime,
Y preguntóme afanoso
La causa de mis pesares.
No supe qué contestar...
Y porque al fin me dejase,
«Mañana,» dije... y tal vez
Yo me resolviera á hablarle.
Viene Enrique, nos sorprenden,
Y sin que en nada repare,
Huyo... Sé luego que tú
Generosa me salvaste,
Recogiendo la vergüenza
De mi proceder infame.
Pasmada, quedo sin voz,
No sé qué partido abrace,
Y cuando volvió don Juan
Mis penas á preguntarme,
Para confesar mi falta
No tuve valor bastante,
Y respondí... no me acuerdo
Qué disculpas logré darle.
Mas de entonces no hay zozobras
Que mi existencia no amarguen;
Y ni placer, ni sosiego,
El encontrar ya me es dable.
No, Cecilia, no te obstines
En que el hablar yo retarde;
Sepan todos tu inocencia,
Y yo mi imprudencia pague.
Cec. ¿Esa locura intentais,
Y está cerca vuestro enlace?
Clot. ¡Mi enlace! Ya no es posible.
¿Cómo quieres que me case
Cuando toda el alma siento
En otro amor abrasarse?
Cec. ¿Cómo, señorita, aun dura...?
Clot. Cecilia, ya no te canses.
Todo cuanto me dijeres
Contra este amor, es en balde.
Él forma ya mi existencia,
No hay ventura que mas ansie,
Y bienes, vida y honor,
Todo en él miro cifrarse.
No pienses, no, que este fuego
No viendo á Enrique se acabe,
Que mas la ausencia le enciende,
Y hace que en él mas me abrase.
De la dicha que con él
Lograra, miro la imágen,

Y al verla tan seductora,
Por un horrible contraste,
La imágen de este himeneo
Me desespera y me abate,
Y el afecto hácia don Juan
Temo que en odio se cambie.
Funesto empeño seria
Que mi mano le entregase;
Pues á desdichas sin cuento
Quizá esta union nos arrastre.
Cec. ¡Ah! Ya conozco que es fuerza
De esos peligros salvarle;
A sus ojos la verdad,
Aunque triste, al fin se aclare.
Mas él os ama, señora,
Y su pasion es tan grande,
Que un súbito desengaño
Causara desdichas graves.
Es preciso preparar...
Dejadme á mí, sí, dejadme;
Que yo sabré... Mas su voz
Escucho... No estais delante;
Que puede esa turbacion
Darle recelos.
Clot. ¡Ah! tú abres
A la esperanza mi pecho:
El cielo quiera ayudarte. (*Vase.*)

ESCENA II.

CECILIA, DON JUAN, RAMON, ANTONIO.

Juan. Sí, amigos mios, triunfó
La justicia.
Ramon. ¡Qué contento!
¿Dónde, dónde está Cecilia?
Yo quiero ser el primero
Que la diga... Vedla aquí.
Albricias, hija.
Cec. ¿Qué es eso?
Ramon. Ya te han devuelto tus bienes,
Ya eres rica.
Cec. ¿Con que el pleito...?
Juan. Se ha ganado: esta noticia
Recibo por el correo.
Ramon. ¡No es nada! ¿Cuánto habeis dicho
Que es la herencia? ¿Cien mil pesos?
Juan. Eso en Murcia, sin la hacienda
De Andalucía.
Ramon. ¡Soberbio!
Cortijos, viñas, jolivas...
¿Qué sé yo...? Pero ¿qué veo?
Estais los dos cabizbajos.
¿No os alegrais?
Ant. Sí, me alegro.
Ramon. «¡Me alegro!» — ¡Vaya un modito
De decirlo...! Mas comprendo:
Bien veo que no es el todo
En este mundo el dinero;
Y aquel asunto de marras...
Juan. Ramon, ¿á qué ese recuerdo?
Olvida...
Ramon. Es que yo bien sé...
Juan. ¡Qué pesado!
Ramon. Yo reviento (*Aparte.*)
Por contar...
Cec. Puede que pronto
Dios ponga en eso remedio.
Ramon. ¿De veras?
Ant. ¿Qué es lo que dices?
Cec. ¿Quién sabe? Yo siempre espero;
Y si don Juan quiere oirme...
Juan. Ya es hora de tu paseo;
Y no siendo cosa urgente...
Cec. Eso no le hace.
Juan. Es que tengo
Yo tambien cierto negocio...
Cec. Entonces aguardaremos.
Así como así me cuesta
Cierto empacho...
Juan. Bueno, bueno.
Luego... mañana...
Ramon. Pues vamos.
Cec. Quedad con Dios.
Juan. Hasta luego.

ESCENA III.

DON JUAN.

Esa tristeza profunda
Que siempre en Clotilde advierto,
Y crece á par que se acerca
Nuestro tratado himeneo;
Su palidez y sus ojos
Cuyos encendidos cercos
El llanto diciendo están
Que han derramado en secreto;
Todo me anuncia que abriga
Algun arcano su pecho.
Medrado estás, corazon,
Si cuando llegas al puerto,
En vez de soñadas dichas,
Solo desengaño encuentro.
Pero ¿no aceptó gustosa?
¿Quién la obliga al fingimiento?
¡Ah! que el alma en las mujeres,
Y en corazones tan tiernos,
Es hoja leve que fácil
Se mueve á contrarios vientos.
¡Necio de aquel que se fia
En sus promesas, y necio
El que castillos construye
En tan deleznable suelo!

ESCENA IV.

Don JUAN, PEDRO.

Pedro. Señor.
Juan. ¿Qué hay?
Pedro. Esta esquela.
Juan. A ver.
(*Abre la carta que le da Pedro y la lee.*)
¡Gran Dios!—El sombrero.
Pedro. ¿Salís, señor?
Juan. Un amigo
Se halla en la indigencia, enfermo:
Quiere verme, necesita
Socorros... Marcho corriendo...
Pedro. ¿Os acompaño?
Juan. Es inútil.
No hago mas que ir y vuelvo. (*Vase.*)
Pedro. Muy bien nos salió la traza:
(*Solo.*)
El campo queda por nuestro.
A ver si sale...
(*Se asoma al balcon.*)
Allí va ..
Ya vuelve la esquina, bueno.
Haré la señal al otro.
(*Saca un pañuelo, lo agita y hace que habla hácia afuera.*)
¿Eh...? Sí... Ya viene... Abriremos.
(*Vase, y vuelve al punto acompañado de don Enrique.*)

ESCENA V.

Don ENRIQUE, PEDRO.

Pedro. Entrad.
Enr. ¿No hay nadie?
Pedro. Sí, Juana;
Pero es nuestra: entrad sin miedo.
Enr. ¿Clotilde?
Pedro. En su cuarto.
Enr. Dila
Que quiero hablarla.
Pedro. Recelo
Que no venga... Fingiré
Que el amo la llama.
Enr. Apruebo.
Pedro. Pero no os detengais mucho;
Que si vuelve...
Enr. Va muy lejos:
Allá á los guardias de corps;
Y pronto irá anocheciendo.
Mientras encuentra la calle,
Y busca el número ciento,
Que no existe, pasarán
Sus dos horas.
Pedro. ¡Bravo enredo!
Enr. Con todo, por si viniesen
Los otros, ponte de acecho.
Pedro. Y por la puerta de atrás
Os marchais. Aquí os entrego
La llave. (*Le da una llave.*)
Enr. Perfectamente.
Vé... Date prisa... Aqui espero.
(*Vase Pedro por la izquierda.*)

ESCENA VI.

Don ENRIQUE.

Esto va bien: mia es
La fortaleza enemiga,
Y no me importa una higa
De lo que venga despues.
Por si encuentro algun tropiezo,
Esto traigo á prevencion.
(*Saca un par de pistolas, y las coloca encima de la mesa.*)
Son seguras... de piston...
Por ponerlas aquí empiezo.
¡Famosa va á ser la hazaña!
¡Y hoy para ello me siento!
No hay para darnos aliento
Como el vino de Champaña.
¡Cuál han caido botellas!
¡Qué broma tan soberana!
Vamos, para una jarana
Se pinta solo Torrellas.
Él y Bruno y Parra y yo,
¡Vaya un buen par de parejas!
Pues ¿y las pobres ovejas
Que mi industria trasquiló?
Fortuna, por esta vez
No te me has mostrado aviesa,
Hemos hecho buena presa,
Y ha caido mas de un pez.
Por fin, me encuentro con fondos,
Mil oncitas nada menos...
Otro par de golpes buenos,
Y nos quedamos redondos.
Lo que es este que á dar voy
Será golpe soberano:
Porque yo la apuesta gano,
De Clotilde dueño soy.
¡Buen Torrellas! ¡Apostar
A que de aquí no la saco!
Otras tengo ya en el saco,
Y mas duras de pelar.
Por mi triunfo, sin jactancia,
Ya la risa en mí retoza:
¡Robar á una buena moza,
Y cien onzas de ganancia!
Y ¡luego poder vengarme
De este don Juan por contera!

¡ Tratarme de tal manera,
Y de su casa arrojarme !
Se echará al cuello un dogal
Cuando este chasco le demos...
Clotilde viene... Tomemos
Un aire sentimental.

ESCENA VII.

Don ENRIQUE, PEDRO, CLOTILDE.

Pedro. Ya viene.
Enr. Bien está... Vete y observa.
(*Vase Pedro. Sale Clotilde por la izquierda.*)
Clot. Señor, ¿qué me quereis...? ¡Cielos...!
¡ Enrique ! [¿ Qué miro ?
Enr. Sí, yo soy, prenda adorada.
Clot. ¡ Vos !
Enr. Tu Enrique, tu bien; que ya el suplicio
De esta crüel y prolongada ausencia
Tolerar por mas tiempo no ha podido;
Que ciego en su pasion, vuelve á tus plantas
Siempre con mas amor, siempre mas fino.
Clot. ¿ No adviertes... ?
Enr. Deja el miedo : tu tirano
Lejos está de aquí : ningun peligro
Tienes que recelar ; nada se opone
A la tierna efusion de tu cariño.
¿ No te alegras de verme ?
Clot. ¿ Eso preguntas ?
Mira este rostro pálido, marchito ;
Estampadas en él verás las huellas
Del triste llanto por tu amor vertido.
Enr. ¡ Amable palidez, llanto precioso !
¡ Cuál ese rostro angélico, divino,
Saben hermosear ! Y de esa vista
¿ Un bárbaro privarme no ha temido ?
Lejos de esa belleza encantadora,
Sin la luz de esos ojos, yo no vivo ;
Y solo al dulce fuego que derraman
Me es dado ya existir. (¡ Qué bien lo finjo !)
(*Aparte.*)
Clot. ¿ Es cierto ? ¿ No mentís ?
Enr. Triste, lloroso,
Pensar en tí mi ocupacion ha sido :
Do quier tu imágen sin cesar buscaba ;
A tí se dirigian mis suspiros,
Y rondando tu calle, en tus balcones
Mis ojos se fijaban de contino,
Ansiosos de que en ellos se mostrase
El astro hermoso que constante sigo.
¿ No me has visto, mi bien ? ¿ No palpitaba
Tu pecho entonces, di ?
Clot. No, no te he visto.
Y sin embargo, de ellos noche y dia
No me aparto jamás ; y siempre fijo
Mi afanoso mirar en cuantos pasan,
Les digo á todos : « ¿ Eres tú, bien mio? »
Y todos pasan, y con ellos huye
La ilusion que falaz me ha sonreido.
Enr. Pues no has mirado bien. Algunas
Que hayas visto á lo lejos es preciso [noches
En ancha capa envuelto un negro bulto
Cual vagarosa nube dando giros
En torno de...
Clot. Es verdad... sí... me parece...
¿ Eres acaso tú ?
Enr. Yo era, el mismo.
Y ¿ no me conocias? De tu pecho
¿ No te decian nada los latidos ?
Anda, tú no me quieres.
Clot. ¡ Ah ! Perdona.
Enr. ¡ Y yo clavado allí...! Con mil martirios
Atormentada el alma... Y entre tanto,
Al lado tú de mi rival indigno,
Acaso los halagos prodigabas
Solo por este triste merecidos ;
Y las joyas y galas preparando
Que en el sagrado altar un nuevo brillo
Prestarán á tus gracias, los momentos
Contabas que te quedan... (¡ Va divino !)
(*Aparte.*)
Clot. ¿ Eso puedes creer ?
Enr. Y ¿ no pensaste
Que ese enlace es mi muerte? ¿ No has pre-
Que pueden esas galas y ese gozo [visto
Trocarse en llanto, en luto ?
Clot. ¡ O Dios ! ¿ Qué has dicho ?
Enr. Sí, sí, se trocarán : el mismo dia
Que entregues esa mano á mi enemigo,
La mia y un puñal ó una pistola
Pondrán fin á tan mísero destino.
Clot. ¡ Qué horror !
Enr. Pues ya lo sabes... Date prisa,
Corre al ara.
Clot. Jamás.
Enr. El sacrificio
Verás de este infeliz.
Clot. ¡ Ah ! tú destrozas,
Crüel, mi corazon. Y ¿ has presumido
Que yo he de consentir...? Pues qué, ¿ no sabes
Que ese himeneo con horror le miro ?
(*Va oscureciendo.*)
Enr. Y ¿ quién á él te obliga ?
Clot. Mi palabra.
Enr. Que con viles engaños el inicuo
Te ha logrado arrancar : tal juramento
Es nulo, y tú jamás debes cumplirlo.
Clot. ¡ Si así pudiera ser !
Enr. ¿ Tú lo deseas ?
Clot. Mas que el vivir.
Enr. Y ¿ me amas?

Clot. ¿Necesito
Darte mas pruebas?
Enr. Una.
Clot. ¿Cuál?
Enr. A un tiempo
Puedes huir de odioso despotismo,
Y labrando por siempre tu ventura,
Dichoso yo tambien seré contigo.
Clot. Habla.
Enr. Sígueme, ven.
Clot. ¿Qué me propones?
¡La fuga! ¡Santo Dios!
Enr. Secreto asilo
Ocultarnos podrá: ya de la noche
El negro manto á nuestro amor propicio...
Clot. No prosigas, jamás.
Enr. ¿No te resuelves?
¿Vacilas?
Clot. Eso, Enrique, es un delito.
Enr. Quédate, pues, entonces. Da la mano
A ese bello galan de tí tan digno,
Y enlácese esa flor pura y galana
Con aquel tronco viejo y carcomido.
Clot. ¡Suerte funesta!
Enr. No: serás dichosa;
Ya tu felicidad, Clotilde, envidio.
Otro tal vez dijera: ¡Pobre niña!
¡Qué pronto el *bello mundo* la ha perdido!
Destinada á brillar en los saraos;
A lucir en el vals su pié tan lindo;
A embelesar la corte, despreciando
De bellas mil los envidiosos tiros...
Héla ya esclavizada... A Dios, amores;
A Dios, galas, paseos, trajes ricos...
Cuando cercarla adoracion debiera,
Cuidando está de un hombre adusto, antiguo;
Con él á paso lento por las tardes
Su vueltecita da por el Retiro;
En su casa, de noche, se entretiene
Con la amable costura ó con un libro;
Y mientras oyen otras dulces arias,
Ella escucha tal vez su sermoncito...
Clot. Calla, calla, por Dios.
Enr. Eso dirian.
Mas yo te doy el parabien, y admiro
Un cuadro de familia que debiera
El Curioso Parlante haber descrito.
Clot. ¡Cuadro horrible!
Enr. Pues digo, si se añaden
Para colmar tu dicha unos zelitos...;
Y los habrá, no dudes; que eres bella,
Y él triste, caviloso... en fin, marido.
Sobre todo, si sabe que me quieres,
Y averigua el pasado lancecito.
Clot. ¡Me haces estremecer!
Enr. Tendrás entonces
Al lado tuyo acusador continuo.
En tí cada mirada será un crímen;
Y una reconvencion en cada dicho
De su boca hallarás; y no un esposo,
Un verdugo ha de ser.
Clot. ¡Cielos divinos!
Enr. ¡Oh! ¡cuán otra, mi bien, será tu suerte
Si unirme en fiel lazada á tí consigo!
Entre galas, festejos y altos goces,
El mundo admirará tus atractivos,
Y verás en su colmo satisfechos,
Cuando nazcan apenas, tus caprichos.
Clot. ¡Cielos! Al escucharte, mi cabeza
Se pierde, se perturban mis sentidos...
Vete, y déjame ya... No... yo no puedo...
Enr. (Ahora el último golpe.) (*Aparte.*)
Ya está visto
Que es vano mi rogar... A Dios, ingrata...
A Dios... Voy á morir... Tú lo has querido:
Hoy mismo pondré fin á mis desdichas.
Por la postrera vez á Dios te digo.
Clot. ¡Ah! Detente... Triunfaste... Aquí [me tienes...
Tuya soy ya.
Enr. ¿Qué dices?
Clot. Que has vencido.
Al impulso amoroso que me arrastra,
A tu mágica voz ya no resisto.
Mi boda es imposible: para amarte,
Y amada ser de tí, tan solo vivo.
Aunque sepa perderme, lo prefiero
A los bienes del otro que abomino.
Estoy resuelta ya: no te detengas.
Marcha, guia mis pasos: ya te sigo.
Enr. ¡O triunfo del amor...! Ven á mis [brazos,
Dueño mio... Marchemos.
(*Sale Pedro con dos luces.*)
Pedro. ¡Eh! prontito.
Idos luego... Que vienen.
Enr. Sí, sí, vamos.
Dame esa luz. (*A Pedro.*)
Marchemos.—Ven conmigo.
(*A Clotilde.*)
Clot. ¡Ah! no me atrevo ya.
Enr. Qué, ¿te retractas?
Clot. No... mas...
Enr. Pues yo me quedo.
Clot. ¡Tú, Dios mio!
Enr. Vean que estoy aquí, sépanlo todo;
Y haya escándalo y bulla.
Clot. No vacilo.
Vamos.
Pedro. ¡Cómo! ¿Os marchais con él?
Enr. Sí.
Pedro. Nones.
Eso no lo consiento, vive Cristo.
No es lo pactado.
Enr. Vete con mil diablos.
Ya se oyen.
Clot. ¡Santo Dios!

Enr. Por el pasillo.
(*Vanse Enrique y Clotilde por la izquierda.*)

ESCENA VIII.

PEDRO; LUEGO DON JUAN, CECILIA, RAMON, ANTONIO.

Pedro. ¡Bueno va...! ¡Señor! — ¡Se fueron!
(*Colocando la otra luz en la mesa.*)
Y ¡ se deja las pistolas!
Se las llevaré... Ya llegan.
No se va á armar mala broma.
(*Sale don Juan de mal humor; los demás le siguen.*)
Ramon. Vaya, señor, sosegaos.
¿Quién por eso se incomoda?
Juan. ¿Te parece poca burla?
¡Hacerme correr dos horas
Inútilmente...! y no es nada...
¡Desde la calle de Atocha
Hasta la del Conde-Duque!
Allí llego hecho una sopa
De sudor... Busco la casa,
El número... Corro toda
La calle... Nada... ni el número
Existe, ni la persona.
Estoy molido. (*Se sienta.*)
Ramon. Debeis
Tomarlo á burla y chacota.
Algun zumbon...
Juan. Ven acá, (*A Pedro.*)
Tú, Pedro.
Pedro. Señor... (¡Ahora (*Aparte.*)
Es ella!)
Juan. ¿Quién te entregó
Aquella carta?
Pedro. De forma
Que yo...
Juan. Responde, ó te rompo
La cabeza.
Pedro. ¡Carambola! (*Aparte.*)
Juan. ¿Hablarás?
Pedro. Yo lo diré.
(Allá va toda la historia.) (*Aparte.*)
Don Enrique...
Juan. ¡Enrique! ¿Osaste...?
Pedro. Yo no sabia qué cosa
Era, que sino...
Juan. ¡Perverso!
Alguna infernal tramoya.
Pedro. Mucho que sí.
Juan. ¿Sabes algo?
Pedro. Algo... y si usted no se enoja...
Juan. ¿Acabarás...? Vamos, di.
Pedro. Quiso hablar á la señora
Luego que os marchásteis.
Cec. ¡Qué oigo! (*Aparte.*)
Juan. ¿A Clotilde?
Cec. ¡Qué zozobra! (*Aparte.*)
Pedro. Sí, señor.
Juan. ¿Qué objeto...? Sigue.
Pedro. Rogó... me ofreció una onza...
No me atreví á resistir...
Juan. Y ¿la habló?
Pedro. Sí.
Ramon. ¡Dios nos coja
(*Aparte.*)
Confesados!
Juan. Pues ¿acaso
Ella ha consentido...?
Pedro. ¡Toma
Si consintió...! Y aun hay mas.
Juan. ¿Mas?
Ramon. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (*Aparte.*)
Juan. ¡Me sofoca
La rabia! Di.
Pedro. Yo no sé
Cómo decir...
Juan. Pronto.
Pedro. A solas
Aquí estuvieron hablando;
Y despues...
Juan. ¿Despues?
Ramon. ¡Bribona! (*Aparte.*)
Pedro. Se fueron... En dos palabras:
Que don Enrique os la roba.
Juan. ¿Eh?
Cec. ¡Infeliz! (*Aparte.*)
Pedro. Quise estorbarlo;
Mas ellos...
Juan. Miente tu boca,
Miente, infame.
Ramon. ¿A ver, á ver?
(*Vase por la izquierda.*)
Pedro. ¿Yo...? no, señor.
Cec. ¡Ah! le sobra
Tal vez la razon.
Juan. ¿Tambien
Tú, Cecilia, acusar osas...?
Cec. Ya es tiempo que lo sepais.
Esta pena, esta congoja
En vano evitaros quise,
Dios sin duda me lo estorba.
Juan. Explícate.
Cec. Don Enrique
Ama á Clotilde, y le adora
Ella igualmente.
Juan. ¿Qué dices?
Y ¡un rayo no se desploma
Sobre mí! — ¿Tú lo sabias,
Y lo ocultabas, traidora?
Cec. Eran para mí sagradas

Vuestra dicha, vuestra honra,
Y obligacion fué salvarlas,
De mi propio honor á costa.
Juan. ¿Qué escucho? Tú...
Cec. Presumí...
Conozco mi engaño ahora...
Que una vez ya separados,
Fuera...
(*Vuelve á salir Ramon por el foro.*)
Ramon. Ni rastro, ni sombra,
Existe en toda la casa
De la tal niña... Robóla;
No hay duda... Con el milano
Se fué la tierna paloma.
Juan. ¿No se encuentra?
Ramon. ¡Qué encontrar!
Ni en su cuarto, ni en la alcoba,
Ni en la cocina... Volaron.
Los dos tomaron la posta
Por la puerta falsa.
Juan. ¡Cielos!
Ya las fuerzas me abandonan.
(*Se deja caer en un sillon y permanece abatido.*)
Ramon. Pues yo no lo dejo así.
Voy en busca de una ronda:
Aviso á la policía,
A los alcaldes... que corran
Tras ellos, que los agarren,
Los prendan... Aunque se escondan
Siete estados bajo tierra,
O pierdo esta vez la cholla,
O traigo á los dos aquí
Amarrados de una soga.
Sígueme, Antonio. — ¡Escaparse!
No nos faltaba otra cosa.
(*Vanse Ramon y Antonio.*)

ESCENA IX.

DON JUAN, CECILIA, PEDRO.

Juan. ¡O ingratitud! ¡O maldad!
Y ¡que este premio recoja!
Cec. (¡Pobre señor!) (*Aparte.*)
Permitid...
Juan. Déjame.
Cec. Si os incomoda...
Juan. Vete, vete, quiero estar
Con mis pesares á solas.
Cec. Pero...
Juan. Vete... ¿No lo dije?
Pedro. Venid conmigo, señora:
No está para...
Cec. Sí, sí, mas (*Bajo.*)
No alejarnos mucho importa.
Cerca de aquí nos quedemos
Para observar.
(*Cecilia y Pedro se retiran por la puerta del foro. Al cabo de un rato vuelve Cecilia á presentarse en la misma puerta.*)
Juan. ¡Esto logran (*Solo.*)
Mis beneficios, mi amor!
¡Justo Dios! Y ¡que se esconda
Tanta perfidia y maldad
Bajo tan perfectas formas!
¡Ingrata! ¡Víbora aleve
Que en mí viertes tu ponzoña
Cuando mi seno te abriga
Con ansia mas cariñosa!
A engañarme tan vilmente
¿Quién te obligaba, traidora?
¿Era yo acaso un tirano
Que te oprimia? Esta boda
No te la impuse jamás,
Tú la admitiste gustosa.
Si no me amabas, ¿por qué
Diste esperanza ilusoria
A quien solo te pedia
Pura verdad sin lisonja?
Entonces ¡ay! esta llama
Ahogara yo á poca costa;
Mas tú la has hecho crecer
Con promesas seductoras,
Y ha llegado á ser volcan
Que me abrasa y me sofoca.
A Dios, pues, felicidades,
Ilusiones engañosas,
Que halagándome un momento,
Habeis huido cual sombra.
Ya ¿qué me queda? Morir,
Morir solo. ¿Qué me importa
La vida, si es un tormento
Cada dia, cada hora;
Si entre pesares continuos
Ha de ser triste, afanosa;
Si una mano en este mundo
No encuentro consoladora
Que mis lágrimas enjugue,
Que me apoye en mis congojas;
Si solo mis beneficios
Ingratos, traidores forman;
Y en fin, si llevo grabada
En mi frente la deshonra,
Debiendo ser de las gentes
Desde hoy mas escarnio y mofa?
Sí, sí, mas vale morir.
¡Oh! si en mis manos ahora
Tuviese...
(*Repara en las pistolas que don Enrique ha dejado sobre la mesa, y las coge.*)
Pero ¿qué veo?
¡Cielo santo, unas pistolas!

¿Quién aquí las ha dejado?
¡Ah! su maldad previsora,
Al huir, con tal presente
Mis bondades galardona.
Pues el beneficio acepto;
Y una bala matadora
Dé en este momento mismo
A este infeliz muerte pronta.
(*En este instante Cecilia, que se halla escuchando á la puerta del foro, da un grito penetrante.*)
Cec. ¡Ah!
Juan. ¿Quién es...? ¡Cecilia!
Cec. ¿Dónde,
(*Corriendo precipitada y tropezando, y con los brazos abiertos.*)
Dónde estais...? ¡Oh, qué zozobra!
¿Dónde estais, adónde?
Juan. Aquí.
Cec. Venid... Vuestra mano.
Juan. Toma.
(*Pasando á la mano izquierda la pistola que tenia en la derecha, y dando esta á Cecilia.*)
Cec. Nada... nada. — No, no es esta...
(*Cogiendo con ansia la mano y tocándola como para ver si hay en ella algo.*)
Quiero la otra, la otra.
Juan. ¡Qué aprension...! Tómala, pues.
(*Colocando en la mesa las pistolas con la mano izquierda, y dándosela.*)
Cec. Tampoco... Las dos ahora.
Juan. Pero...
Cec. ¡Las dos!
Juan. Bien está.
(*Se las da.*)
Cec. ¡Ah! ya las soltó.
(*Aparte, agarrando las dos manos fuertemente y con satisfaccion.*)
Juan. ¿Estás loca?
Cec. Venid hácia aquí, venid...
(*Atrayéndole hácia el lado opuesto.*)
A este lado.
Juan. Me destrozas
Las manos... Suelta.
Cec. No, no. —
¡Pedro! ¡Pedro!
(*Gritando con fuerza.*)
Juan. ¿A qué alborotas?
Cec. ¡Pedro! ¡Pedro!
(*Sale Pedro corriendo.*)
Pedro. ¿Qué mandais?
Cec. Busca, busca unas pistolas
Que están ahi.
Pedro. ¿Dónde?
Cec. Busca...
Pedro. ¡Ah...! En la mesa... Si, señora.
Cec. Las hallaste.
Pedro. Sí.
Cec. Pues vete
Con ellas y las arroja.
Pronto.
Pedro. Voy.
Cec. ¿Se fué?
Juan. Sí, fuése.
Cec. Pues os suelto... Ya no importa.
(*Soltando las manos con risa de gran satisfaccion.*)

ESCENA X.

CECILIA, DON JUAN.

Juan. ¿Qué locura es esta, di?
Cec. Y ¿vos me lo preguntais?
¿Qué es lo que hacer intentais
Con esas armas?
Juan. ¿Yo?
Cec. Sí.
Decídmelo si lo osais.
Juan. Por casualidad hallé...
Cec. ¿Pensais que no os he oido?
Juan. ¿Tú me has oido...? Pues ¿qué...?
Cec. ¡Oh! no; yo no me engañé.
Mataros habeis querido.
Juan. ¡Matarme!
Cec. Osadlo negar.
Juan. Y ¿qué extraño que eso intente
Quien despechado se siente?
Cec. Mirad: acabais de hablar
Con la voz de un delincuente.
Juan. ¡Cielos!
Cec. ¿Os estremeceis?
Y ¿soy yo quien necesito
Daros valor? ¿No sabeis
Que ese es horrible delito,
Y que al Eterno ofendeis?
Juan. Perdona: ha sido locura;
Pero ¡soy tan desgraciado!
Cec. ¡Desgraciado! Por ventura
¿Sabeis vos, ni se os figura,
Qué cosa es ser desdichado?
Siempre la suerte risueña
Hasta ahora se os mostrara:
De bienes mil os colmara:
Y ¿os quejais porque os enseña
Hoy mas adusta la cara?
Quien continuo á su fiereza
Vió humillada la cerviz,
Demuestra mas fortaleza:
Solo es propia tal flaqueza
Del que fué siempre feliz.
Juan. ¡Ah!
Cec. No extrañeis que una pobre

Ciega ignorante así os hable;
Que puesto que en vos zozobre
La virtud, es disculpable
Que, cual vos debiérais, obre.
Juan. ¿Tanto sintieras mi muerte?
Cec. ¡Mal lo sabeis todavía!
Juan. Mas si me arranca la suerte
Todo placer y alegría...
Cec. ¿No puede haber quien acierte
Vuestra pena á consolar?
¿Por qué esas almas buscar
Que de vos indignas son?
Por ventura un corazon
Sensible ¿no habreis de hallar?
Juan. ¡Ah! si, cual tú, muchos seres
Existieran en el mundo,
Dichoso fuera, cual quieres;
Pero tú en la tierra eres,
Cecilia, un ser sin segundo.
Clotilde, Enrique...
Cec. No hableis,
Señor, de esos desgraciados.
Porque del deber los veis
Tan tristemente apartados,
¿Vos el vuestro olvidareis?
Juan. ¡Deber! No tengo ninguno.
Cec. Os engañais: teneis uno,
Y muy sagrado.
Juan. ¿Con quién?
Cec. Conmigo.
Juan. ¡Contigo!
Cec. El bien
¿No es acaso lazo alguno
Para quien lo hace...? ¡Oh! sí.
Yo ni amigos, ni familia
Tengo. ¿Qué será de mí,
Si abandonais á Cecilia,
A la pobre ciega, así?
Clavarme una daga al pecho
Es lo mismo que dejarme:
Despues de lo que habeis hecho,
No, ya no teneis derecho,
Señor, para abandonarme.
Juan. ¡Pobre Cecilia!
Cec. Teneis
Otro deber con mi hermano,
Y con Ramon, y os debeis
A los mil que socorreis
Con tan generosa mano.
Y aun con esos que ofender
Os han podido, romper
No debeis toda concordia;
Pues los dos han menester
De vuestra misericordia.
Juan. Tendrás razon; mas me abruma
El peso de la existencia;
Y es fuerza acabe la suma
De mis males con violencia,
O que el tedio me consuma.
Todo para ser dichoso
Lo probé con ansiedad:
De la gloria el lauro honroso,
Y el bullicio, y el reposo,
Y riqueza y libertad.
La gloria es un nombre vano,
La riqueza tedio inspira,
Quien busca la paz delira,
Justicia no hay en lo humano,
Y es la libertad mentira.
Abrir mi pecho al amor
Por último consentí;
Y ahora que con dolor
Cifro mi vida en su ardor,
El amor huye de mí.
Cec. ¡Huir de vos, cielo santo!
¡Huir el amor de vos!
De que eso digais me espanto.
Aun hay quien os quiere tanto,
Que os quiere al igual de Dios.
Juan. ¿Yo amado? ¡Vana quimera!
Cec. ¿Vana...? Y bien... Si se os dijera:
Existe en la tierra un ser
Que, nacido á padecer,
Nunca dichas conociera;
Que ha dias sufriendo se halla
Ese dolor que os aqueja,
Y mientras á vos la queja
Siquiera os alivia, él calla,
Y oculto en su alma le deja:
Un ser que rogaba al cielo
Quitase toda esperanza
A su mas ferviente anhelo,
Con tal que os diera en el suelo
Dichas mil y bienandanza...
Si se os dijera, señor,
Que, expuesto á vuestros enojos,
En sus extremos de amor
Se deshonró á vuestros ojos
Por ahorraros un dolor...
Juan. ¡Qué oigo, ó Dios!
Cec. Y si además,
Ese ser tan desdichado,
Cuyo amor no se ha mostrado
Ni se ha cansado jamás,
Se hallase aquí, á vuestro lado;
Y pronto á participar
De vuestra pena y quebranto,
Pronto con vos á llorar,
Aceptando sin pesar
La mitad de vuestro llanto;
En su ardorosa pasion
Su existir os consagrara,
Y á vuestros piés demandara
Restos de ese corazon
Que otra ya despedazara...
Juan. ¡Tú, Cecilia!

Cec. Perdonad
(*Arrojándose á sus piés.*)
Si así con tal libertad
A su delirio se entrega
Esta miserable ciega,
Y de ella tened piedad.
Juan. ¡Tú me amas, tú! ¿Con qué es [cierto?
¡Aun puedo inspirar amor!
¡Para la dicha no he muerto!
¡Ah! de un sueño de dolor
Paréceme que despierto.
Sí, tú, Cecilia, tú eres
La esposa que he menester;
Tú sola sabes querer:
¡Necio que en otras mujeres
Fuí los ojos á poner!
¡Tú de todas tan distinta,
La mejor, la mas virtuosa,
Y tambien la mas hermosa,
Porque en tu cara se pinta
Tu alma pura y candorosa!
Contigo ¡qué dulce paz
El corazon disfrutara!
Y en medio de este solaz,
¡Cuál mi ánimo se ensalzara,
Siendo de todo capaz!
Y yo te amaré tambien,
Tambien yo te haré dichosa,
Y en tierna union deliciosa,
Serás mi vida, mi bien,
En fin, tú serás mi esposa.
Cec. ¡Yo vuestra esposa! ¿Qué oí?
¡Yo tanta felicidad!
No, no puede ser... Piedad,
Señor... no os burleis de mí:
Ved que fuera una maldad.
Juan. Sí, lo serás: no lo dudes...
Sí, la mano te daré,
Con la tuya me honraré;
Y vano con tus virtudes,
Mil venturas gozaré. [loca!
Cec. ¿Con qué es cierto...? ¡Yo estoy
¡Vuestra esposa! ¡Qué existir
De placeres mi alma toca!
Llegad... que pueda imprimir
En vuestra mano mi boca.
¡Ay, este es mi esposo...! O cielo,
¡Que pueda verle...! Este velo
Solo un punto me quitad...
¡Tenga una vez tal consuelo,
Y torne á mi oscuridad!

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, RAMON, ANTONIO.

(*Salen Ramon y Antonio apresurados.*)

Ramon. ¡Victoria...! Ya los hallamos.
Ya los traen... No, mentira.
Ella es la que viene; que él
No ha de andar en muchos dias.
Juan. ¿Cómo...? ¿dónde...?
Ramon. Cerca estábamos
Del cuartel de la milicia,
Vemos un grupo de gentes:
Nos llegamos... Este mira;
Y á nuestros dos fugitivos
Reconoce... Ella se habia
Desmayado... Ya se ve,
Pesarosa, conmovida...
Los nacionales en torno
Con afan la socorrian.
Nos abrimos paso, entramos
En el corro... Él nos divisa,
Y al punto como saeta
Disparada escapa á prisa.
Digo entonces: « Detenedle...
¡A él... al ladron... encima...! »
Le siguen... « Detente, pára, »
Los milicianos le gritan.
Él, nada... corre que corre;
Mas sin andarse en chiquitas,
Uno apunta, tira, y... ¡pun!
Le tumba patas arriba.
Juan y Cec. ¡Le ha muerto!
Ramon. No; mas le dió
Un balazo en la rodilla,
Y al hospital le han llevado.
Por lo que toca á la niña,
Afuera aguarda, ya vuelta
De su desmayo.
Juan. A mi vista
No se presente: no quiero
Ya en mi casa recibirla.
Cec. Señor, ¿la abandonareis?
Juan. El cielo no lo permita.
Que la quise, y ser mi esposa
Debió, mi pecho no olvida.
Yo le perdono su error,
Y jamás, mientras exista,
Ha de faltarle mi amparo;
Pero lejos de mí viva.
Ramon. Qué, ¿ya no os casais con ella?
Juan. Otra esposa hallé mas digna.
Ramon. ¡Otra esposa! ¿Dónde está?
¿Quién es?
Juan. Cecilia.
Ramon. ¡Cecilia!
Ant. ¡Mi hermana!
Juan. Sí, amigos mios.
Dios me concede esta dicha.
Ant. ¿Es posible? ¡Qué contento!
Ramon. ¡Estoy loco de alegría!
Esta sí que es buena boda.
Dame mil abrazos, hija.

Cec. ¡Buen Ramon!
Ramon. Ya no seré
Tu lazarillo.
Cec. ¿Deliras?
¿Por qué?
Ramon. Porque otro mejor
(*Señalando á don Juan.*)
Vas á tener.
Juan. Por la vida.
(*Tomándole la mano.*)
Cec. ¡Ah! sí... Que él tan solo ya
Le basta á la cieguecita.
Si Dios mis ojos cerró
Con eterna oscuridad,
De este brazo su bondad
El apoyo al fin me dió.
Mucho mas que me negó
Así concede á mi anhelo;
Y ya de hoy mas sin recelo,
A un tiempo feliz y pura,
Con esta guia segura
Iré camino del cielo.

LA FAMILIA DE FALKLAND,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

SIR FALKLAND, baronet inglés.	BURMAN, emisario del Parlamento.
RODULFO, } sus hijos.	FRANK, criado.
EDUARDO, } sus hijos.	FRICK, hijo de John Bull.
ARABELA, mujer de Falkland.	PERKINS, cervecero.
FANY, huérfana.	UN CARCELERO.
JOHN BULL, rico fabricante de cerveza.	PUEBLO.
TOM, criado viejo de Falkland.	SOLDADOS.
	OBREROS DE JOHN BULL.

La escena pasa en Inglaterra, en la ciudad de Hereford (año de 1645).

ACTO PRIMERO.

Sala antigua con puerta al foro y otra á la izquierda del actor. Balcon al otro lado.

ESCENA PRIMERA.

ARABELA, FANY, TOM.

Arab. ¿Tampoco tenemos cartas?
Tom. Lo que es del señor Rodulfo,
No, señora.
Arab. ¡Mas de un mes
Sin escribir!
Fany. Los asuntos
De la guerra...
Tom. Pues en eso
Está el temor. Dicen muchos
Que ha habido una gran batalla.
Arab. ¿Eso dicen?
Tom. Mister Sutton,
El especiero de al lado,
Hecho estaba un energúmeno,
Gritando: «¡Victoria, amigos,
Victoria!... » ¡Me ha dado un susto!
Arab. ¿Por qué?
Tom. Porque es de los otros
Partidario furibundo;
Y cuando grita victoria,
Habrán vencido los suyos.
Arab. ¿Los parlamentarios?
Tom. Pues.
Arab. Y ¿tú has creido ese absurdo?
Tom. Como ya mas de dos veces
Nos han cascado, deduzco...
Arab. Ya la causa del rey Carlos
Camina de triunfo en triunfo.
Tom. Bien.
Arab. Él ha entrado en Leicester,
Y Montrose en Edimburgo.
Tom. Mejor.
Arab. Y pronto Inglaterra,
Libre de odiosos tribunos,
Acatará del monarca
El poder firme y robusto.
Tom. Eso podrá muy bien ser;
Pero aún lo veo turbio.
Arab. Señor Tom, os vais tambien
Contagiando.
Tom. ¿Porque dudo?
Arab. Sois un *cabeza redonda.*
Tom. ¡Yo!
Arab. Un puritano.
Tom. ¡Qué escucho!

¡Y por realista ayer tarde
Me anduvieron en el bulto!
No hay como ser moderado:
Todos la pegan con uno.
Arab. Es preciso tener fe.
Tom. Fe me sobra. Mas ¿qué fruto
Se saca con estar siempre
Lanza en ristre? ¡Yo me angustio!
¡Qué diablos! Vamos viviendo,
Y arreglen otros el mundo.
Yo tengo acá mi opinion;
Mas ¡ir á cada minuto
Con todo bicho viviente
Ejercitando los puños!...
No en mis dias. Si ganamos,
Me alegro, y me bebo un cubo
De cerveza: si perdemos,
¡Paciencia! Dios lo dispuso.
Ya vendrá la nuestra... y pata:
Cada cual tiene su turno.
Arab. Así hablan siempre los viles
Egoistas.
Tom. Pronto cumplo
Setenta años: á mi edad
Hay menos fuego y mas pulso.
No es tan viejo como yo
Vuestro esposo, y muy sesudo
Nos dice: Es preciso juicio,
Tolerancia.
Arab. Me consumo,
Me abraso, me desespero
Con sus prudentes discursos.
Para mirar con paciencia
Que peligra el trono, el culto,
Es preciso no tener
Sangre en las venas.
Tom. No es justo
Decir eso del señor
Falkland... ¡Un realista puro!
¡Él, que se lleva gastada
La mitad de su peculio
En dar socorros al rey!
¡Él, que viejo y todo, á impulsos
De su lealtad, empuñar
Quiso la lanza y escudo!
Ni su edad, ni sus achaques,
Lo permitieron; mas cupo
Esa fortuna, esa gloria,
A su hijo mayor Rodulfo,
Noble jóven, que en cien lides
Su heróico ardor probar supo.
Arab. Ese sí tiene mi sangre;
Y yo me lleno de orgullo
Pensando en él.
Tom. Si, mas todos
No tienen su valor sumo.
Arab. Odio eterno á los rebeldes;
Y es un infame, un oculto
Traidor, quien tiene con ellos
Tolerancia ó disimulo.
Así quiero en mi familia
Que piensen todos; y si uno,
Uno solo hubiere que...
Fany. ¡Por Dios, señora!... ¿A tal punto
Enconan esa alma noble
Nuestros civiles disturbios?
¡Vos tan buena, tan amable!
¿Cómo endurecerse pudo
Un corazon donde siempre
La piedad su albergue tuvo?
Arab. Soy buena, mas con los mios;
A esos, sí, amo y ayudo:
No á los otros, viles réprobos.
Que á los abismos profundos
Destina el cielo.
Fany. Y ¿si acaso
Hubiese entre ellos alguno
De vuestra familia
Arab. Nunca
En mi estirpe un traidor hubo.
Fany. Es cierto; mas no ignorais
Cuanto en discordias fecundos,
Rompen los civiles bandos
De las familias los nudos.
Hijos, hermanos y padres
Suelen con pecho iracundo
Blandir en campos contrarios
El acero aleve y crudo.
Los labios que allá en la infancia
Bebian el néctar puro
De un mismo seno, hallan solo
Palabras para el insulto;
Ojos que se sonreian,
Hora se miran sañudos;
Y las manos que otro tiempo
Formaban lazos robustos
De amistad, desgarran fieras
Corazones que son suyos,
Dando á sus iras insanas
Su propia sangre en tributo.
¡Ah! si los hombres feroces
Se truecan así en verdugos,
Nosotras á quien el cielo
Dió corazon menos duro,
Templemos algo el horror
De esos odios furibundos.
Este es solo el deber nuestro;
Y no con ánimo adusto
El fuego atizar que engendra
Escenas de sangre y luto.
Arab. Sí, Fany, tienes razon;
Ciega me exalto y ofusco...
Tú, por dicha, solo sabes
En estos tristes disturbios
El bálsamo de tu llanto
Dar á nuestro mal agudo.

Él templa mi furia insana;
Y cuando en ardiente surco
Siento que cae en mi pecho,
Corre el mio á par del tuyo,
Y mis rencores se calman,
Y á mis venganzas renuncio.
¡Ah! no te apartes de mí.
Fany. ¡Dichosa yo si os infundo
Piedad, tolerancia!
Tom. Eso,
Eso me agrada. ¿Qué gusto
Sacais con rabiar?
Arab. Mas oye:
¿Por qué dijiste que alguno
De mi familia?...
Fany. Por nada.
Mi imaginacion supuso...
Arab. No, Fany, tú sabes algo.
Fany. ¿Yo?... no.
Arab. Me engañas.
Fany. Os juro...
Arab. Si acaso... Mas no es posible.
Fany. ¿Sospechais?
Arab. Decirlo dudo.
Fany. ¿Qué... señora?
Arab. En esta casa...
Fany. ¿Y bien?
Tom. Decid.
Arab. Falta uno.
Fany. ¡Eduardo!
Arab. ¡Madre infeliz!
¿Por qué se fué? ¿Cómo pudo
Dejar la casa paterna?
Tom. Se le antojó ver el mundo.
Y luego... teneis la culpa.
Arab. ¿Yo?
Tom. Y el amo, de seguro.
Pues los dos se quieren bien,
Y anhelan el santo yugo,
¿Por qué diablos no casarlos?
Arab. Hasta que haya paz no es justo...
Tom. Si eso aguardan, que lo dejen
Para despues de difuntos.
Arab. ¿Pero qué es de él? ¿Dónde se [halla?
¿Por qué ni un recuerdo suyo
Hemos tenido?
Tom. De modo
Que las distancias... Tal rumbo
Puede haber tomado que...
Arab. Y ¿no piensa en lo que sufro?
¡Oh! ¡cuán otro es de su hermano!
Jamás en su pecho cupo
El noble ardor que le inflama,
Y en que mi esperanza fundo.
Siempre al tratar de la guerra
Quedábase triste y mudo,
Huia de nuestro lado,
Y... Santo Dios, si es perjuro,
Hacedme bajar primero
Que yo lo sepa al sepulcro.

ESCENA II.

DICHOS, FRANK.

Frank. Señora, hablaros desea
Mister Bull.
Arab. ¿A mí?
Frank. Buscaba
Tambien al señor Falkland:
Díjele que no está en casa,
Y ha respondido: «No le hace:
Lo mismo me importa el ama.»
Arab. Que entre, pues. (*Vase el criado.*)
¿Qué me querrá?
Tom. ¡Mister Bull! ¡La flor y nata
De los cabezas redondas
De Hereford!... ¡Él! ¡Con su facha
Tan estrambótica! y luego
¡Aquellas maneras zafias!
¿Qué diablos le trae?
Arab. Mucho
Esta visita me extraña.

ESCENA III.

ARABELA, FANY, TOM, BULL.

Bull. Buenos dias.
Arab. Dios os guarde.
Bull. ¿Qué es eso? ¿Por qué se marcha
(*Viendo que Fany se retira.*)
Esa niña?
Fany. Es que...
Bull. Quedaos;
Que vos tambien haceis falta.
Arab. Pero...
Bull. Que se quede, digo:
Es precisa circunstancia.—
Ese sí que debe irse. (*Señalando á Tom.*)
Tom. Bien... Ya me marcho... (¡Canalla!)
(*Aparte.*)

ESCENA IV.

ARABELA, FANY, BULL.

Arab. ¿Qué es lo que buscais? Hablad.
Bull. Sentémonos lo primero.
(*Tomando una silla y sentándose.*)
Arab. ¡Me agrada el modo!
Bull. Yo quiero
En todo comodidad.
Vos no esteis de pié derecho.
Arab. Así me agrada.
Bull. Corriente.

El que quiera, que se siente :
El que no, muy buen provecho.—
Vos, niña, venid acá; (*A Fany.*)
Que os quiero ver... Bonitilla...
Lindo talle... Morenilla...
Pero unos ojos que ¡ya!
Arab. ¿Direis al fin?
Bull. A eso voy.
A mí me llaman John Bull.
No soy de la sangre azul;
Pero en cambio, rico soy.
Arab. Sea en buen hora.
Bull. Es mi oficio
Cervecero. Mis toneles,
Mis cuevas... y aun mis lebreles,
Están á vuestro servicio.
Arab. Gracias.
Bull. Solo yo mantengo
Quinientos hombres al dia;
Y con ellos armaria
Un motin : os lo prevengo.
Arab. Pero ¿á qué?
Bull. Y sin que me escon- [da,
Por si acaso lo ignorais,
Soy eso que aquí llamais
Una cabeza redonda.
Arab. Sí, ya sé, presbiteriano.
Bull. No tal: quien lo ha dicho miente.
Soy mas : soy independiente,
Nivelador, puritano;
Y cuando otra cosa salga
Mas fuerte aún, serlo quiero :
Todo, menos caballero,
Ni nada, en fin, que lo valga.
Arab. ¿Sin duda habeis olvidado
Con quien hablais?
Bull. No por cierto.
Arab. Que soy realista os advierto.
Bull. Ya lo sé : me lo han contado.
Arab. Pero firme, decidida.
Bull. Así me gusta la gente :
Que cuando una cosa siente,
La sienta con alma y vida.
Mi presencia no os retraiga
De decir vuestra opinion.
Ahora en paz... Y si hay funcion,
Porrazo, y caiga el que caiga.
Arab. ¡O, qué cansado y prolijo!
Señor Bull, ¿acabareis?
Bull. Pues aquí donde me veis,
Yo tengo tambien un hijo.
Arab. ¿Qué me importa?
Bull. Guapo mozo,
Alto, rubio, colorado;
En fin, yo pintiparado :
Su vista me causa gozo.
Y en cuanto á comunidad
De ideas... igual á mí
Por fuerza; á no ser así,
Se acabara la amistad.
Arab. Pero...
Bull. Y bien, este hijo amado,...
¿Lo creereis?... con todo esto
Ha dias que se me ha puesto
Como un hilo de delgado.
Arab. ¡Qué dolor!
Bull. Y yo que soy
En lo demás una fiera,
Temiendo que se me muera,
Gimo y al diablo me doy.
¡Él, la gala de Hereford,
Morirse! Y ¿por qué, señora?
Porque el bribon se enamora.
Arab. ¡Calle!
Bull. Ha dado en esa flor.
Arab. ¡Miren qué calamidad!
Es una desgracia, amigo.
Bull. Ya se ve, lo mismo digo :
Es una bestialidad.
Arab. Mas ¿qué tengo yo que ver?...
Bull. ¿Que si teneis?... Mucho... todo;
Pues quien le trae de ese modo
Es esta aleve mujer. (*Señalando á Fany.*)
Arab. ¡Fany!
Fany. ¿Yo?
Bull. Vos misma, sí :
Con esos ojillos bellos...
Decid : ¿qué teneis en ellos
Para matármele así?
Fany. Yo, señor, no tengo nada.
Bull. Le habreis mirado risueña...
Algun guiño, alguna seña...
Ardides de enamorada.
Fany. ¡Enamorada de él yo!
Mirad lo que estais diciendo.
Bull. Vos le amais : así lo entiendo.
Fany. Pues no, señor.
Bull. ¿Cómo no?
Yo pensé que con ahinco...
Fany. Es falso.
Bull. Pues ¿qué tonteras
Me ha dicho?... ¿No?
Fany. No.
Bull. ¿De veras?
Fany. De veras.
Bull. Dadme esos cinco.
(*Levantándose y dándole la mano.*)
Fany. ¡Eh!...¿Cómo?
Bull. Dádmelos : eso
Quiero yo, que no le ameis.
Fany. Pues complacido sereis.
Arab. Este hombre ha perdido el seso.
(*Aparte.*)
Bull. ¡De gozo el pecho rebosa!...
Es decir... Cuando hablo así,
Lo digo solo por mí....

Pero mi hijo es otra cosa.
Y pues que quiere el demonio
Que hable aquí por ese aleve,
Aunque Barrabás me lleve,
Os la pido en matrimonio.

Arab. ¡Ah, ah, ah!

Bull. ¿Os reis?

Arab. ¡Pues no!

Bull. Pues creo que es buena boda.

Arab. Lo será; mas no acomoda.

Bull. ¿No acomoda? ¡Esto oigo yo!
Y ¿mis fábricas?

Arab. ¡Pamplinas!

Bull. Mirad que sin lo que herede,
Mi amor ahora le cede
Cien mil libras esterlinas.

Arab. Y ¡qué!

Bull. Y ¿qué? ¿No os agrada?
Pues ¡es un grano de anís!
Y ella, amiga, ¿me decís
Qué es lo que tiene?

Fany. ¿Yo?... nada.

Arab. Solo una huérfana es
Que en mi casa he recogido.

Bull. Y ¿desprecia este partido?

Arab. El amor...

Bull. Vendrá despues.
Si el amor preciso fuera,
Ninguna se casaria;
O por lo menos, lo haria
Mal y de mala manera.
Los dineros son los fijos,
Lo demás es bobería:
¡Mi mujer no me queria,
Y hemos tenido diez hijos!

Arab. Otro obstáculo además
Hay que se opone á este enlace.

Bull. ¿Cuál?

Arab. La opinion.

Bull. No le hace.
«A tu esposo seguirás,»
Dice la Biblia; pues bien,
Ella sigue á su marido;
Y lo demás su partido
Siguen como antes tambien.

Fany. ¿Yo abrazar una bandera
Contraria á mis bienhechores?

Bull. La siguen otras mejores.

Fany. No, de ninguna manera.

Arab. Ya lo oís.

Bull. ¿Con que en resúmen,
Esto es darnos calabazas?

Arab. No... mas...

Bull. ¿No? Pues por las [trazas
Lo son, y de buen volúmen.

Arab. ¿Qué quereis? Forzar no es justo
Su inclinacion.

Bull. Bueno... sí...
Corriente... Lo que es á mí...
A mí me dais por el gusto.
Mi hijo que sufra y se aguante:
Solo por él he venido:
Que sino... En fin, he cumplido;
Y ¿no hay negocio?... Adelante.
Por él quise paz, union;
Mas vosotros quereis guerra...
Pues bien, húndase la tierra,
Y haga guerra, destruccion.
Sublevaré á mis obreros,
Y habrá la de Dios es Cristo.
Voy; y con todos embisto.
Ya vereis... Podeis poneros
Bien con Dios... No ha de quedar
Títere aquí con cabeza.
No venda yo mas cerveza,
Ni vuelva nunca á achisparme,
Si hoy no hago en mi furor,
De caballeros menestra,
Y me queda para muestra
Uno solo en Hereford. (*Vase.*)

ESCENA V.

ARABELA, FANY, LUEGO TOM.

Arab. ¡Jesus, qué hombre! La cabeza
Me ha puesto como un tambor.
Necesito respirar
El aire libre... Me voy
Al jardin. — Y el amo ¿ha vuelto?
(*A Tom, que sale.*)

Tom. Vino de muy mal humor,
Y sin decirnos palabra,
En su cuarto se encerró.
Me temo...

Arab. ¿Qué?

Tom. Que sea cierto
Aquel maldito rumor
De la batalla perdida.

Arab. ¿Qué me dices? ¡Santo Dios!
No nos faltaba otra cosa.
Voy á verle. (*Vase.*)

ESCENA VI.

FANY, TOM.

Tom. Nos dejó
Solos... Muy bien... Señorita...

Fany. ¿Qué es lo que me quieres, Tom?

Tom. Hay una gran novedad.

Fany. ¿Cuál?

Tom. Que se halla en Hereford
El señor Eduardo.

Fany. ¡Eduardo!
¿De veras?

Tom. Le he visto yo.
Fany. ¿Qué dices? ¿Dónde?
Tom. Está en casa.
Fany. ¡En casa! ¿Por qué razon
No se presenta?... Vé pronto;
Avisa á sus padres.
Tom. No.
Mas tarde... Dice que quiere
Hablaros primero á vos.
Fany. ¿A mí?... Vamos.
Tom. No hace falta,
Pues detrás de mí subió...
Y... miradle.

ESCENA VII.

Dichos, EDUARDO.

Fany. ¡Eduardo!
Ed. ¡Fany!
¡Bien mio!
Fany. ¡Eres tú!
Tom. ¡Chiton!
No griteis tanto, que pueden
Oir.
Ed. Pues bien, el favor
Haznos de estar con cuidado;
Y avisa si...
Tom. Ya, ya estoy.
(*Se retira hácia el fondo y observa desapareciendo unas veces y saliendo otras.*)
Fany. ¿Con que eres tú, mi bien?
Ed. Sí, yo, que vuelvo,
Fany, á tus plantas mas rendido amante
Que me viste jamás. Tras larga ausencia,
Mírame junto á tí... No á preguntarte
Si me amas vengo, no... Miro tus ojos,
Y ellos me dicen que es tu amor mas grande.
Fany. No lo dudes, lo es. En nuestra llama
De pensar no he dejado un solo instante;
Y esa llama que aquí prender supiste
Con violencia mayor subsiste y arde.
Y ¿tú?
Ed. Lejos de tí, fué mi consuelo
La idea de tu amor, tu dulce imágen:
Por ellas vivo aun, por ellas pude
De la guerra el furor, mis propios males
Sereno soportar; y en fin, por ellas
Me respeto la muerte en los combates.
Fany. ¡En los combates! ¡Cielos! ¿Qué me has dicho? [osaste?...
Y ¿tú tambien?... ¡qué horror!... ¿tambien
Dime: ¿dónde has estado? ¿qué te has hecho?
¿Qué partido has seguido?... ¡Ah! bien lo
Al dejar estos sitios, prometiste [sabes;
A mi amor, á mis ruegos, no lanzarte
A la civil contienda... ¿Lo has cumplido?
Responde: ¿eres leal? ¿eres infame?
Ed. ¿Qué te puedo decir? Aquí se llaman
Traidores los que allá somos leales.
Fany. Basta... no digas mas.
Ed. La patria, Carlos,
Clamaban á la vez: Dame tu sangre.
Era preciso optar; que en estas lides
Quien yace indiferente es un cobarde.
Fany. Y ¿elegiste?
Ed. La patria.
Fany. Y ¿no advertias
Que en el campo contrario están tus padres?
Ed. Pues si no lo estuvieran, ¿quién dos
Lograra en ocio vil aquí enfrenarme? [años
¡Harto lo sabes tú! No bien sonaron
La patria y libertad, nombres suaves,
En los oidos mios, de entusiasmo
Sentí mi corazon arrebatarse.
Tú sola mis secretos conociste,
Tú mis ansias, mis luchas presenciaste,
Y ese tu pecho, ¡cuantas veces fuera
Depositario fiel de mis pesares!
Cuando aquí se alegraban, yo gemia:
Placer sentí tal vez de que llorasen;
Y en mis trémulos labios siempre estaba
Ansioso de escaparse el vil ultraje.
De este eterno callar el cruel tormento
Prolongar por mas tiempo, no era dable:
Preciso fué el huir... Fany, tú misma,
Salir del patrio hogar me aconsejaste.
Fany. Para evitar desdichas; pero á
Prometiste marchar. [Francia
Ed. Prometí en balde;
Que harto tiempo en el pecho contenido,
Era preciso al fin que me arrastrase
Mi generoso ardor... Yo ví de Londres
La agitada ciudad: ví los afanes
De inmensa poblacion que allá en su seno
De nuestras combatidas libertades
Los defensores guarda, pechos nobles,
Tribunos á la vez y generales.
Ví del pueblo el hervor, y armas pidiendo,
Del taller á la lid raudo lanzarse.
A tan grande espectáculo ¿quién, dime,
Quién, Fany, puede haber que no se inflame?
Carlos ya se acercaba poderoso,
Fiero, amenazador: para salvarse
Exigia la patria un grande esfuerzo:
La patria me llamó: corrí al combate.
Fany. Y allí tu hermano estaba: ¿no temias
Frente á frente con él tambien hallarte?
Ed. ¡O recuerdo fatal!
Fany. ¡Dios! ¿te estremeces?
Ed. ¡Sí!
Fany. ¡Y le hallaste!... Responde.
Ed. Halléle, Fany.
Fany. ¡Qué horror! Y ¿tú en su sangre?....

Ed. ¿Qué has pensado?
No, jamás: el infierno antes me trague.
Fany. ¡Ah! respiro. Mas di...
Ed. Fué la pelea
En los campos de Náseby fatales
A la causa del rey: allí por siempre
Vió Carlos su poder aniquilarse.
Fany. ¿Con que es cierto?
Ed. ¡Infeliz! Víle de cerca
Combatir con furor, valiente, grande
En su propia desgracia, y con gloriosa
Muerte queriendo terminar sus males.
Ni aun eso lograr pudo: á socorrerle
Acuden sus mas fuertes capitanes,
Y apiñados en torno, forman juntos
De acero una muralla impenetrable.
Yo la quiero romper: ciego me lanzo,
Y furioso á mi encuentro un noble sale.
Corro sobre él, se acerca, las espadas
Ya para herir alzamos centellantes, [tiempo
Nos miramos... ¡O Dios!... A un mismo
De entrambas manos las espadas caen.
Fany. ¡Era Rodulfo!
Ed. Sí: ¡mi hermano era!
Fany. ¡Ah! prosigue... ¿Y despues?
Ed. No sé contarte
Lo que allí sucedió. De nube oscura
Mis ojos se cubrieron... Vacilante,
No pude sostenerme, y en el suelo
Yerto vine á quedar como cadáver.
Fany. ¡Cielos!
Ed. Hallé tan solo en torno mio
Las sombras de la noche al recobrarme,
Y muertes, y destrozos, y silencio
Que interrumpian lastimeros ayes.
De espanto me llené... y apresurado
Huí de aquel lugar de horror y sangre.
Fany. Mas, ¿qué fué de Rodulfo?
Ed. Yo lo ignoro.
Averiguar su suerte quise en balde.
Los restos del ejército contrario
Huian por do quier: no pudo nadie
Decirme qué fué de él.
Fany. ¿Y tan completo
Del infeliz monarca es el desastre?
Ed. Lo es, Fany, lo es.
Fany. ¿No hay esperanza?
Ed. Ninguna... Y pide al cielo que se salve
En extraña region; que aquí tan solo
La suerte que le espera Dios la sabe.
Fany. ¡Infeliz!... Pero tú, ¿cuál es tu intento?
¿La presencia no temes de tus padres?
Ed. No: los vengo á salvar.
Fany. Pues, ¿qué peligro?...
Ed. Ninguno aun; pero tal vez no tarde.
Merced á mi familia, estos condados
Al desdichado rey fueron leales:
Pronto no lo serán; que cuando falta
La suerte, es ley que la constancia falte.
Secretos enemigos que conozco
Esperan el momento favorable:
Al fin estallarán, y en sus venganzas
Son terribles las iras populares.
Yo solo puedo contener su furia.
Pero di, ¿sin temor puedo mostrarme
En esta casa?
Fany. Sí.
Ed. ¿Nada han sabido?
Fany. Nada.
Ed. ¿Estás cierta?
Fany. Cierta; pues tu madre,
Bien la conoces, incapaz seria
De ocultar su furor si sospechase...
Ed. Pero, ¿mi hermano?
Fany. Ni una carta suya
Ha llegado á Hereford mas de un mes hace.
Ed. ¡Cielos!
Tom. ¡Ya están aquí! (*Acudiendo.*)
Ed. ¡Mis padres!
Fany. Vete.
Ed. No: pues todo lo ignoran, puedo hablarles.

ESCENA VIII.

DICHOS, FALKLAND.

(*Sale Falkland pensativo con una carta en la mano.*)

Falk. ¡Mi hijo estar con los rebeldes! (*Aparte.*)
¿Puedo creer este escrito?
Sí, sí, le creo... ¿Qué duda
Me ha de caber, si yo mismo
Antes que de aquí partiese
Por mil seguros indicios
Llegué á sospechar?...
Ed. ¿No adviertes (*A Fany.*)
Qué triste está y pensativo?
Fany. Déjame hablarle primero.
Ed. Sí, sí.
Falk. Ocultar es preciso (*Aparte.*)
Este suceso á su madre.
Temo que su genio altivo,
Arrebatado...
Fany. Señor...
Falk. ¡Ah! ¿Eres tú?
Fany. ¡Qué triste os miro!
Algun pesar os aqueja.
Falk. ¡Quizá!
Fany. Pues traigo conmigo
Quien os alegre.

Falk. Estás tú;
Y á nadie mas necesito.
Fany. Es algo mejor.
Falk. Pues, ¿qué?
Fany. Volved la vista á aquel sitio.
Mirad.
Falk. ¿Quién?... ¡Eduardo!
Ed. ¡Padre!
Falk. ¡Cómo! ¡Tú aquí!
Ed. Sorprendido,
Señor, os habeis quedado.
Falk. ¿Es acaso sin motivo?
Ed. Yo... señor...
Falk. Lejos de aquí,
Muy lejos, si no han mentido,
Yo te creia.
Ed. ¿Por qué?
Falk. Lee la carta que recibo
En este instante.
Ed. ¡Gran Dios!
(*Leyendo la carta.*)
Falk. ¡Te has turbado!... ¿Con que es fijo?
Ed. Señor, negarlo no puedo:
Esa es la causa que sigo.
Falk. Y osas venir...
Ed. Vuestro bien
Aquí tal vez me ha traido;
Mas si mi vista os ofende,
Adios, señor, me retiro.
Falk. ¿Qué haces?... Eres muy culpado;
Pero eres al fin mi hijo.
Ed. ¿Qué oigo?
Fany. Sí, sí, perdonadle.
Falk. Ven, toma.
(*Alargando la mano á Eduardo.*)
Ed. ¡O bondad!
(*Cogiendo la mano y besándola.*)
Fany. ¡Dios mio!
¡Qué placer!
Tom. Eso me gusta:
Lo demás es desatino.
Falk. Vé, Tom, y di á tu señora
Que su hijo Eduardo ha venido.
Tom. Eso sí, corriendo. (*Vase.*)
Ed. ¡O padre,
Aun tengo vuestro cariño!
Falk. ¿Piensas que abriga mi pecho
Un bárbaro fanatismo?
Yo á mi rey, cual buen vasallo,
Con todas mis fuerzas sirvo:
Es mi deber: si otros marchan
Por senda y rumbo distintos,
Lo siento, los compadezco,
Pero no los abomino.
En estos tiempos de errores,
De pasiones y delirios,
En que es virtud para unos
Lo que para otros delito;
¿Quién osa decir: «yo soy
Solo el bueno, tú el inicuo?»
Y ¿quién no teme llevar
En su mano el exterminio?
Tú con recto corazon
Abrazaste otro partido...
¡Perdone Dios al que pudo
Así pervertir tu juicio!
Mas ya que á mis brazos tornas,
Ya que en mi casa te miro,
No he de repeler la oveja
Que humilde vuelve al aprisco.
Con todo, ignore tu madre
Que al Parlamento has servido.
Tú la conoces: su recta
Virtud con los enemigos
De la causa que defiende
Transigir nunca ha podido;
Y acaso...
Ed. Nada temais:
Sabré guardar el sigilo.

ESCENA IX.

FALKLAND, ARABELA, EDUARDO, FANY.

Arab. ¿Dónde, dónde está?—¡Hijo mio!
Ed. ¡Madre!
Arab. Ven, ven á mis brazos.
(*Se abrazan.*)
Ed. ¡O dulces, preciosos lazos!
Arab. ¡Ingrato! ¡Qué desvarío
Fué el tuyo! ¡Dejarnos! Di:
¿Qué has hecho? ¿Dónde has estado?
¡Ni tal vez te has acordado
De tu pobre madre!
Ed. ¡Oh! sí:
A todas horas.
Arab. Pues bien,
¿Por qué no escribir siquiera?
Ed. Lejos... en tierra extranjera...
Arab. ¿Viste la Francia?
Ed. Y tambien
Italia. Lo que se cuenta
De sus artes ver ansiaba.
Arab. ¡Y tu patria en tanto estaba
Envuelta en lucha sangrienta!
¡Mal vasallo!
Falk. Pero, ¿á qué?...
Arab. El rey tal vez te pedia
Tu brazo...
Ed. ¿De qué servia?...
Arab. Por eso ahora se ve
Vencido, sin esperanza...
Por tí, por otros cobardes
Que le abandonan... No tardes
En correr á su venganza.

Falk. Por Dios, ¿es este el momento
De hablar de tales asuntos?
¿A qué de vernos hoy juntos
Acibarar el contento?
Deja, Arabela...
Fany. Es verdad.
Fuera tristezas, señora:
Gocemos tan solo ahora
De nuestra felicidad.

ESCENA X.

Dichos, TOM.

Tom. ¡Albricias!
Falk. ¿Qué es eso, Tom?
Tom. ¡Qué contento! ¡qué alegría!
Falk. ¿Cómo?
Tom. ¡Este sí que es gran dia!
Falk. Pero...
Arab. Está loco.
Falk. Sí, el rom...
Tom. ¿Yo? si le hubiere catado...
Falk. Pero, ¿qué sucede, di?
Tom. ¡Toma! ¡Él tambien está ahí!
Falk. ¿Quién?
Tom. ¿No lo he dicho?
Falk. Pesado,
No.
Tom. Pensé...
Falk. ¿Quién, pues? Acaba.
Tom. Rodulfo.
Arab. y Falk. ¡Mi hijo!
Ed. ¡Mi hermano!
Tom. Le acabo de dar la mano
Para apearse... Pensaba
Que me seguia... Mirad.

ESCENA XI.

Dichos, RODULFO.

Rod. ¡Padre mio!
Arab. y Falk. ¡Hijo amado!
(*Se abrazan.*)
Ed. Mi hermano aquí, ¡desdichado!
(*Aparte.*)
Falk. ¡Tú aquí!
Arab. ¡Qué felicidad!
Falk. ¿Quién tal dicha me procura?
Arab. ¿Cómo estás? ¿Vienes herido?
Rod. No, señora; mas no ha sido,
En verdad, poca ventura.
Mi vida no perdoné.
Falk. Lo creo, que eres valiente.
Rod. Todo ha sido inútilmente.
Falk. Y el rey ¿dónde está?
Rod. No sé.
En la horrible dispersion
Del lado suyo apartado,
Varios dias he vagado
Sin plan y sin direccion.
Huyendo de los contrarios,
Logré alcanzar esta tierra
Que, aunque pocos, aun encierra
Decididos partidarios:
Aquí con valiente pecho
Sabré otra vez combatir;
Y, si es preciso, morir.
Ed. ¡Ah! si me ve, en su despecho...
(*Aparte.*)
Arab. Hijo, bien, así me gusta,
No hay que entregarse al desmayo.
Dios nos prueba; mas su rayo
Por una causa tan justa
Vendrá algun dia que truene;
Y aniquilando al perverso,
Hará que en el universo
Nuestra venganza resuene.
Ed. ¡Ay! ¡yo me debo ausentar! (*Ap.*)
(*Quiere retirarse: Fany le detiene hablándole en voz baja.*)
Fany. ¿Qué haces?
Ed. ¿No oyes? (*Bajo.*)
Fany. ¿Qué temor...?
(*Lo mismo.*)
Falk. (¡Qué inoportuno fervor! (*Ap.*)
Y Eduardo... Es fuerza evitar...)
Y bien, Rodulfo, ¿qué es esto?
¿Ni un abrazo das siquiera
A tu hermano que le espera?
Rod. ¡Mi hermano aquí!
Falk. Por supuesto.
Mírale.
Rod. ¡Cómo!
(*Rodulfo, al ver á su hermano, hace un gesto amenazador. Falkland le contiene acercándose á él y hablándole por lo bajo.*)
Falk. ¿Qué haces?
Contente.
Rod. Mas ¿de qué modo? (*Bajo.*)
¿No sabeis?...
Falk. Sí, lo sé todo. (*Idem.*)
Rod. ¿Y aün quereis?... (*Idem.*)
Falk. Que le abraces.
(*Idem.*)
Arab. ¿Qué es lo que mis ojos ven?
¡Suspensos están los dos!
¿Qué será?
Fany. ¡Clemente Dios! (*Aparte.*)
Oye mis ruegos.
Ed. Y bien,
(*Adelantándose hácia Rodulfo con los brazos abiertos.*)
¿No merezco?...

Tom. Animo, ea.
(*Bajo á Rodulfo.*)
Rod. No importa... ven á mi seno.
Ed. ¡Hermano querido!
(*Se arroja en sus brazos.*)
Tom. ¡Bueno!
Fany. ¡Ah! (*Con alegría.*)
Falk. Eso es.
Arab. ¡Qué horrible idea!
(*Aparte.*)
Falk. Ahora los dos aquí...
(*Colocándose entre los dos hermanos y abrazándolos á la vez.*)
Aquí... Los dos sois mis hijos...
Fuera cuidados prolijos...
Regocijémonos, sí.
De los públicos asuntos
Hoy olvidarnos debemos;
Tan solo nos entreguemos
Al placer de vernos juntos.
Venid, y que cada cual,
De sus fatigas repuesto,
Recobre el antiguo puesto
En la mesa paternal.
Brille abundante y lujosa:
Tom, este encargo te doy;
Y mira que luzcas hoy
Tu habilidad primorosa.
En ella no ha de faltar
El pez exquisito y raro,
Aunque nos le oculte avaro
En sus entrañas el mar;
Ni el ave, por mas que apriete
En vuelo rápido el ala,
Que bien sabrá diestra bala
Traerla á nuestro banquete.
El mas hermoso cordero
En el redil tomarás,
Y para que luzca mas
Vaya al asador entero.
Fany, recoge en el huerto
Las frutas todas mas bellas,
Y que yo vea con ellas
El aparador cubierto.
Ni han de conservar, pues llega
Momento tan venturoso,
Su antiguo y feliz reposo
Los vinos de mi bodega;
Que es afrenta, á la verdad,
Que tanto logren vivir,
Y hoy alguno ha de morir
Que á mí me dobla la edad.
En fin, porque nada falte,
Y brindándose al deseo,
Brille el manjar con aseo,
Y el vino mejor resalte;
La tela que tanto aprecia
Dénos Holanda mas fina,
Su rica loza la China,
Y sus cristales Venecia.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un jardin. En el sitio mas oportuno habrá un grupo aislado, formado con dos árboles que enlazan sus ramas.

ESCENA PRIMERA.

FANY, TOM.

Tom. Pues, señor, ya se marchó.
Fany. Lo siento.
Tom. Y yo. Mejor fuera
Que en vez del señor Falkland...
Fany. Corta debe ser su ausencia,
Por fortuna.
Tom. Y ¿si entretanto
El demonio aquí la enreda?
Mirad: desde que han venido
Los hermanos, no me llega
La camisa al cuerpo: ha un dia,
Y ya van cuatro quimeras.
Fany. No ha sido nada.
Tom. Es verdad:
Porque el padre, en cuanto empiezan,
Echa el montante, y su voz
Pone fin á la contienda.
Pero ahora que no está...
Quiera Dios que pronto vuelva.
Tambien ha sido aprension
Irse cuando mas...
Fany. Por fuerza.
Al fin se supo que el rey
En el castillo se encuentra
De Ragland, y lord Worcester,
Acudiendo á su defensa,
Llama en torno del monarca
A los nobles de esta tierra.
Tom. Bien; pero á tal llamamiento
Tan solo acudir debiera
El señor Rodulfo: á él solo
Toca entrar en la pelea:
Su padre no.
Fany. Lord Worcester
Ha exigido la presencia
De sir Falkland. Tienen planes
Que concertar.
Tom. Norabuena;
Mas...

Fany. Y Rodulfo á marchar
Mañana mismo se apresta.
Tom. ¡Hágalo Dios!
Fany. ¿Temes algo?
Tom. Sí... Temo á lady Arabela
Sobre todo. ¡Qué mujer!
¡Qué intolerante! ¡qué terca!
Por quítame allá esas pajas
Arma al momento una gresca...
Pues digo, si de los otros
Se llega á hablar... ¡Allí es ella!
Es cosa que pierde el juicio
En tocándole esa tecla.
Fany. Calla, que viene Rodulfo.
Tom. Este es otro que bien juega.

ESCENA II.

DICHOS, RODULFO.

Rod. Querida Fany, ¿tú, aquí?
Fany. Está la tarde tan bella,
Que convida á disfrutar
Del jardin la estancia amena.
Ved, ¡qué árboles tan frondosos!
¡Qué hermosas flores! ¡qué frescas!
Rod. Tú, Fany, á todas las vences
En frescura y gentileza.
Fany. Galan estais: siempre, al fin,
De la corte algo se pega.
Rod. Antes bien, en un soldado
Es natural la franqueza.
Fany. ¡Soldado! ¡Maldito oficio!
Rod. Ya, mientras dure la guerra...
Fany. ¡Cuanto mejor que mezclaros
En las civiles contiendas,
Os fuera gozar la paz
Que en esta mansion se alberga!
Tom. Ya se ve: ¿qué sacareis
Con romperos la cabeza?
Nunca ha de faltar quien mande,
Y bajo el yugo nos tenga.
Rod. ¡Pluguiese á Dios que seguir
Vuestros consejos pudiera!
Mas la lealtad, el honor,
Hoy el reposo me vedan.
A un inflexible destino
Atada está mi existencia,
Y aunque el precipicio veo,
Marchar adelante es fuerza.
Acometido en mi estancia
De mil lúgubres ideas,
Vengo aquí, no á distraer
Mis irremediables penas,
Sino á dar á estos lugares
Donde tan feliz corriera
Mi infancia, un adios que ¡ay triste!
Tal vez el último sea.
Fany. ¡Ah! ¿qué decís?... No, quedaos,
Quedaos... Ya vuestra deuda
Habeis pagado al monarca:
¿Quién tras su destino os lleva?
Aquí vivireis feliz.
Un padre, una madre tierna,
Un hermano...
Rod. ¡Ah! calla, calla.
¡Un hermano! Si supieras...
Fany. Todo lo sé, todo.
Rod. Y ¿osas?...
Fany. ¿Por ser su opinion diversa?
¿No es posible ya quererse
Si de otra suerte se piensa?
Nunca hableis estando juntos
De tan odiosas materias,
Y habrá paz.
Rod. Mas ¿cómo quieres?...
Tom. Vuestra madre aquí se acerca.
Fany. ¡Cielos! ¿Qué nuevos pesares
Así su semblante alteran?

ESCENA III.

DICHOS, ARABELA.

Fany. ¡Ah! señora, ¿qué teneis?
Rod. ¿Qué agitacion, madre, es esa?
Arab. ¡Y Eduardo!
Fany. ¡Eduardo!
Arab. Decid:
¿Dónde está? ¿dónde se encuentra?
Fany. No sé.
Rod. ¿Qué le quereis?
Arab. ¿Yo?
¿Qué le quiero?... ¡Ah! ¡si le viera!...
Fany. ¡Y bien!
Arab. ¿Sabeis?... Es preciso
Que mi fiero enojo sienta.
Fany. Mas...
Rod. ¿Por qué?
Arab. Quiero dejarle
Confundido en mi presencia:
Decirle que es un malvado,
Un traidor.
Rod. Os enajena
La ira... Ved...
Arab. ¿Lo que ha hecho
Sabeis? ¿Sabeis donde llega
Su perversidad?... Leed,
Leed esta carta... En ella
Están de su alevosía
Las irrecusables pruebas.
Leed.
Fany. Señora, es inútil:
Nada ignoramos.
Arab. Perversa,
¿Tú lo sabias? — ¿Y tú? —

¿Y mi esposo?... Sí... pues era
Suya esta carta... En sus ropas
La acabo de hallar. — ¡O afrenta!
¡Un Falkland con los rebeldes!
¡En mi familia esta mengua!
Y ¡aquí todos lo sabian!
Y ¡únicamente secreta
Era para mí esta infamia!
¡Me engañan cuántos me cercan!

Fany. Señora, solo han querido
Ahorraros tan crudas penas.

Rod. ¿De qué servia?...

Arab. Es verdad:
Se temen mis justas quejas,
Mi indignacion... Y es que nadie
El noble ardor que yo encierra.
¡Un hijo mio traidor!
¡Ah! ¡yo pierdo la cabeza
Solo en pensarlo!... Y ¿olvida
Que en la batalla sangrienta
De Newbury pereció
A los golpes de esas fieras
Que hoy abraza, lord Falkland,
Su tio, honor de Inglaterra?

Rod. ¡Ah! no recordeis, señora,
Esa víctima.

(*Tom, que ha estado observando hácia afuera, se acerca á Fany y le dice en voz baja:*)

Tom. Se acerca
El señor Eduardo.

Fany. ¡Ay! ¡Cielos! (*Bajo.*)
Detenle. (*Vase Tom corriendo.*)

Rod. ¡Bala funesta
A mi lado el corazon
Le traspasó!

Arab. Mas siquiera
Tú le has vengado, y el otro...

Rod. Callad, vuestra voz me aterra.
¡Ah! no en mi pecho las iras
Mal apagadas encienda.

(*Se aparta y se deja caer en un banco donde permanece abatido.*)

Fany. ¿Lo veis, señora?... Él tambien
Vuestros rencores condena.
Por Dios, calmad esa furia
Que á males sin fin nos lleva.
Ved que Eduardo es hijo vuestro:
Si es culpado, ¿quién no yerra?
Y ¿cuándo no está una madre
Al dulce perdon dispuesta?

Arab. Déjame, Fany.

Fany. Si en vos
Ha excitado la sorpresa
Justa indignacion, dejad
Que el tiempo la calma os vuelva,
Y con ella en vuestro pecho
Penetrará la indulgencia.
Venid, y seguid mis pasos
Bajo aquellas arboledas
Cuyo verdor y fragancia
Los males del alma templan.
Venid, y tambien mi voz
Que siempre tan dulce os suena,
Palabras sabrá encontrar
Que vuestros males suspendan.

Arab. Tú lo quieres, Fany... Vamos;
Que ya el oirte consuela.
Al menos podré en tu seno
Verter lágrimas acerbas.
Dame tu brazo.

Fany. Tomad.
(¡Ay, era tiempo! ¡ya llega! (*Aparte.*)
Mas ¡solo aquí con su hermano!
Volver luego será fuerza.)

(*Vanse las dos por un lado: salen Eduardo y Tom por otro.*)

ESCENA IV.

RODULFO, EDUARDO, TOM.

Rod. ¡Recuerdo horrible!... ¿Por qué
(*Solo, siempre abatido y pensativo sentado en el banco.*)
Vienes á excitar mis iras?
Temo el furor que me inspiras.
Mas Eduardo... Evitaré...

(*Se levanta para marcharse y sale Eduardo.*)

Ed. Mi madre se hallaba aquí.
¿Por qué alejarse la veo?
Mi encuentro ha evitado; creo...
¿Es cierto, Rodulfo?

Rod. Sí.

Ed. ¿Qué razon?

Rod. ¿No la adivinas?

Ed. ¿Acaso?...

Rod. Lo sabe todo.

Ed. Y ¿tú osaste de ese modo?...

Rod. Neciamente me acriminas:
Yo nada dije: una carta...

Ed. ¡Gran Dios! Me habrá maldecido.

Rod. No: Fany la ha contenido,
Y de este sitio la aparta.

Ed. ¡Ah! Corro...

Rod. Fuera imprudencia
El ponerte ante sus ojos:
Solo aumentar sus enojos
Puede ahora tu presencia.

Ed. ¡Ah!

Rod. Infeliz, ¿ves lo que has hecho?
Ese el fruto es de tu error.
Tú ocasionas su dolor:
Sí, tú desgarras su pecho.

Ed. Yo la aflijo, lo concedo;

Aunque cual de entre los dos
Yerra mas, sábelo Dios...
Mas tambien salvaros puedo.
Rod. ¿Qué es salvarnos?
Ed. ¡Imprudente
Quien vano rencor derrama;
Y en tanto, el volcan que brama
Bajo sus plantas no siente!
Rod. ¡Cómo!
Ed. Vuestra alma detesta
Al contrario, mas le olvida;
Mientras él en su guarida
A exterminaros se apresta.
Rod. ¿Qué dices?
Ed. Ya se arma.
Rod. ¿Dónde?
Ed. En Hereford.
Rod. ¡Aquí!
Ed. Sí.
Rod. ¿Qué sitio le oculta, di?
Ed. Se muestra ya, no se esconde.
Rod. ¿Quién es?
Ed. El pueblo.
Rod. ¿Osará?
Ed. En otras partes ha osado.
Rod. ¿Pronto?
Ed. El momento ha llegado.
Rod. ¿Cuándo?
Ed. Esta noche será.
Rod. ¡Grande empresa! Y tú, sin duda,
¿La habrás preparado?
Ed. No;
Mas hubo quien me avisó.
Rod. ¿Y tu favor nos escuda?
Ed. ¡Mi favor! Ninguno tengo.
Mas el peligro no aguardes.
Huye luego.
Tom. ¡Ah! sí.
Ed. No tardes:
A aconsejártelo vengo.
Rod. ¡Noble consejo en verdad!
¿Tal propones á mi honor?
Ed. Donde vano es el valor,
Lidiar es temeridad.
Rod. Donde el deber combatir
Me manda, á lidiar me quedo;
Y no calculo si puedo,
Ni miro si he de morir.
Del honor tal es la ley,
Y esa á un caballero obliga.
Otra puede que se siga
Donde combaten al rey.
Ed. Otra han encontrado, es cierto.
Rod. ¿Cuál?
Ed. La ley del vencedor.
Rod. Di mas bien la del traidor.
Ed. ¡Traidor!... Que estás ciego advier-
Ese desahogo excuso... [to:
Mas si mi hermano no fuera,
De existir dejado hubiera
Quien tal dictado me puso.
Tom. Por Dios, que no haya pendencia.
Rod. Ni aun este caso llegara;
Pues antes yo castigara
En Náseby tu insolencia.
Ed. ¡Tú!
Rod. Yo.
Tom. Señores, ¿no veis?...
Ed. Me das compasion. Ve, necio,
Esa jactancia desprecio.
Rod. ¿Me insultas?... Pues bien...
(*Saca la daga, Tom se pone delante de él.*)
Tom. ¿Qué haceis?
Ed. Ven, llega: aquí está mi pecho...
Ya aguardo... ¿Qué te detienes?
Si sed de mi sangre tienes,
Hiere y queda satisfecho.
Rod. ¡Ah! (*Arroja la daga.*)
Ed. ¿No te atreves?
Rod. Perdona.
Bárbaro fuí... Me sonrojo...
Tom. ¡Eh! Deponed el enojo
Que vuestras almas encona.
Ed. Ya lo ves... Nuestra razon
(*Acercándose á Rodulfo, y tomándole afectuosamente la mano.*)
Se perturba... Ven, hermano...
Mi mano estrecha tu mano,
Y la llega al corazon.
¿No sientes cómo palpita?
Mi sangre aquí toda hirviendo,
Que es tu sangre está diciendo,
Y «amaos, amaos,» grita.
Y la obedezco, y mi amor,
Aunque al oirlo te irrites,
Vuelve á rogarte que evites
De un pueblo airado el furor.
No pierdas en vano aquí
Ese valor que te inflama:
A su lado el rey te llama,
Mejor servirásle allí;
Que nunca fué obligacion
Del valor desperdiciarse,
Y brilla mas en guardarse
Para mejor ocasion.
Rod. Mas tú, ¿qué partido sigues?
Ed. Morir á tu lado intento
Si aquí estás.
Rod. Y ¿si me ausento?
Ed. A decirte no me obligues...
Rod. ¿Te quedarás?
Ed. Me es forzoso.
Rod. ¡O crímen!
Ed. Harto me aflige,
Pero el destino lo exige.

Tú, partidario celoso
Del rey, vivir no podrás
Conmigo que le detesto...
Cada cual vaya á su puesto,
Y haga el cielo lo demás.
Rod. ¿Eso piensas todavía?
¡O funesta obcecacion!
Ed. No te impongo mi opinion,
Déjame tú con la mia.
Rod. ¡Qué en esa opinion te deje!
¿Sabes tú que es criminal?
Ed. Supongo no será tal
Cuando el cielo la protege.
Rod. Hollar las antiguas leyes,
Derrocar el santo culto,
Vilipendiar con insulto
La majestad de los reyes;
Estas las hazañas son
De que tu causa blasona:
Ella su frente corona
Con perjurio y rebelion.
Ed. Sin patriotismo y virtud,
Haciendo del vicio alarde,
¿Qué proclama tu cobarde
Partido? La esclavitud.
De rebeldes y villanos
¿Llamais á la causa nuestra?
Está bien; mas ¿qué es la vuestra?
La causa de los tiranos.
Tom. ¡Otra vez! Estais sin juicio...
Vos le exasperais.—Y vos...
Rod. Esta causa es la de Dios,
Y al fin nos será propicio.
Ed. Podrá ser; mas por ahora
A nuestras plantas estais.
Tom. Por Jesucristo, ¿callais?
Rod. Con tu espada vencedora
(*Con ironía.*)
El triunfo vuestro aseguras.
Tom. Pero...
Ed. ¡La tuya con gloria
Dará á Carlos la victoria!
Tom. ¿Os dejareis de locuras?
Rod. Pronto á su lado estará
Bañándose en sangre odiosa.
Ed. Y la mia mas gloriosa
En las lides brillará.
Tom. ¡Por Dios!
Rod. Marcha, pues, traidor,
Y sirve al infame bando.
Ed. Vé, pues, y vive arrastrando
A los piés de tu señor.
Tom. ¿Qué estais diciendo?
Rod. Ya en tí
No reconozco á mi hermano.
Ed. Ni tú tampoco, inhumano,
Ya lo serás para mí.
Rod. Adios, pues.
Ed. Adios.
Tom. Tened.
¿Cuáles son vuestros intentos?
Si de sangre estais sedientos,
Venid, la mia verted.
No soy mas que un pobre viejo,
Poco tengo que vivir,
Y á lo menos, al morir,
A nadie en el mundo dejo.
Mas vosotros, insensatos,
Teneis padres: ¿no pensais
Que así un puñal les clavais
En el corazon, ingratos?
Ed. ¡Ah! sí.
Rod. ¿Qué dices?
Tom. Oid,
Oid mi voz que intercede...
Mas ella sola ¿qué puede?
(*Ve salir á Fany.*)
¡Fany! ¡O contento!... Venid,
Venid, señora, por Dios:
Ayudadme.

ESCENA V.

DICHOS, FANY.

Fany. ¿Qué te agita?
Tom. La política maldita
Que ha enloquecido á los dos.
Fany. Pues, ¿qué?...
Tom. Se quieren matar.
Fany. ¡Qué horror!... ¿Es cierto?
Tom. Miradlos:
Aun se amenazan... Calmadlos.
Fany. Eduardo... ¿puede pensar?...
Ed. Tom exagera... Confieso
Que acalorados...
(*Tom recoge la daga de Rodulfo que habia quedado en el suelo.*)
Tom. Tened,
Aquí está la prueba... Ved
Su daga.
Rod. Vuélvela.
Tom. Eso,
Lo que es por ahora, no.
(*La tira fuera del teatro.*)
Fany. ¡Es posible!... ¿Habeis osado?...
Rod. ¿Qué quieres? Me ví insultado.
Ed. ¿Que yo te he insultado, yo?
Tom. Si los dejais, volverán...
Fany. ¡Ah! Callad... Y ¡sois hermanos!
Y ¿derramar vuestras manos
Sangre tan cara osarán?
Y ¿dónde, cielos divinos?
¡En la paternal mansion,
Donde en pacífica union
Corrieron vuestros destinos!

Mirad : este es el jardin
Teatro en vuestros abriles
De mil juegos infantiles,
Y de alegrías sin fin.
Aquí con mutuas caricias
Que un puro afecto inspiraba,
A una madre que os miraba
Inundábais de delicias.
Allí está el bosque risueño
Donde, despues de cansados,
Uno con otro abrazados
Os entregábais al sueño.—
¿No te acuerdas de aquel dia (*A Eduardo.*)
En que Rodulfo valiente,
Te libró de la corriente
Que ya una tumba te abria?—
Y tú, pudiste olvidar, *A Rodulfo.*)
Cuando con robusta mano,
Un oso abatió tu hermano
Que te iba á devorar?
Cual suya, el uno la vida
Del otro entonces mirara,
Y hoy ¡oh cielos! ¡se prepara
A trocarse en fratricida!

Ed. ¡Oh! no.

Rod. Jamás.

Fany. ¿Veis allí
(*Señalando el grupo de árboles.*)
Esos dos árboles bellos?
A par crecísteis con ellos,
Y os representan aquí.
Al nacer de cada cual
Vuestro padre los plantó,
Y sus ramas enlazó
Signo de amor fraternal...
Y unidos siguen, y en vez
De que apartarlos consiga
La edad, su enramada amiga
Juntó con mas robustez.
Si hundir vuestra mano intenta
En vuestro pecho el acero,
Id, y cortadlos primero,
Y que ese emblema no mienta.

Ed. ¡Ah! calla, calla: tu acento
Me parte el alma... Venciste.

Fany. Bien, Eduardo.

Rod. ¿Quién resiste?...
De mi furor me arrepiento.
(*Fany toma la mano de Eduardo, se acerca á Rodulfo, toma tambien la mano de este, y las junta entrambas.*)

Fany. Esa mano... Ven... Y vos,
La vuestra... Juntas... aquí...
Así las quiero yo, así...
Y ¿ahora?...

Tom. Ahora los dos
Se abrazan... A ello.

Rod. y Ed. ¡Hermano! (*Abrazándose.*)

Tom. Mas... mas fuerte... Así me gusta.—
¡Cielos!... ¡La madre!... ¡Me asusta!
(*Viendo salir á Arabela.*)
Dios la tenga de su mano.

ESCENA VI.

DICHOS, ARABELA.

Arab. Bien... muy bien... ¡Estrecho [abrazo!
Proseguid... Así me agrada.
¡Digno rasgo de amistad!
¡Tal armonía me encanta!

Ed. Señora...

Rod. Yo...

Fany. ¡Cielo santo!
¡Ella otra vez!

Arab. Ea, aparta,
(*Colocándose entre los dos hermanos y alejando á Rodulfo.*)
Aparta... huye lejos de él...
¿Por qué esa serpiente abrazas?
¿No adviertes que con sus manos
De ahogarte el pérfido trata?

Fany. ¿Qué decís?

Tom. ¡Pues! Ya empezó.

Ed. ¿Así una madre me habla?

Arab. ¿Yo tu madre, vil traidor?
No soy tu madre, te engañas.
Yo no tengo mas que un hijo,
Uno solo... Aquí se halla.
(*Abraza á Rodulfo.*)
Mírale... Este es... él solo
Es mi amor y mi esperanza,
Mi alegría, mi consuelo,
Mi gloria, mi todo.

Rod. ¡Ah! basta.

Ed. Vedme á vuestros piés...

Arab. ¿Qué haces?
Levanta, monstruo, levanta.
¿A qué has venido? ¿qué buscas?
¿Qué nuevas traiciones fraguas?
¿Por qué tus cómplices dejas?
Vuélvete con ellos, marcha:
Vé, líbrame de tu vista,
Que tu presencia me espanta.

Ed. ¿Qué escucho? ¿Vos me arrojais?

Fany. No, no lo creas.

Arab. ¿Qué aguardas?

Rod. ¡Madre!

Arab. Vete... ¿No has oido?
Huye lejos de esta casa.

Ed. Os obedezco... Tambien
Yo abomino esta morada,
Y me fatiga su vista,
Y hasta la vida me cansa.
Adios, pues... La lid sangrienta
No lejos de aquí me llama:

Allí me espera la muerte,
Y voy corriendo á encontrarla.
Arab. ¡Ah!
Fany. Detente.
(*Se colocan delante de él.*)
Rod. ¡Eduardo!
Tom. Ved...
Ed. Dejadme paso.
Fany. Repara...
Ed. Dejadme... Ya solo quiero
Morir. Madre despiadada,
Adios, repito. Contenta
Vais á quedar; y una espada,
O el plomo, cortando en breve
De mi existencia la trama,
Término pondrá sangriento
A vuestro odio y mis desgracias.
Arab. ¡Ah! no.
Rod. ¡Ednardo!
Ed. Adios todos.
Ya solo morir me agrada.

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS EDUARDO.

Fany. ¿Lo veis, señora, lo veis?
Arab. ¡Qué ha dicho!
Fany. A la muerte marcha.
Arab. ¡A la muerte!
Fany. Despechado,
El infeliz va á buscarla.
Arab. No es verdad... no puede ser.
Tom. ¡Miren qué madre! ¡Qué entrañas!
Arab. ¿Lo ha dicho? ¿Lo habeis oido?...
¡Que va á morir!... ¡Que le mata
Su madre!
Fany. Sí, sobre vos
Recaerá su sangre.
Arab. Calla.
¡Qué horror! ¡Morir!... ¡Él morir!
¡Y soy quien su muerte causa!
Fany. ¿Qué otra cosa es arrojarle
De la paterna morada?
Arab. Mas eso no es... ¡Ah! sí,
¡Eso es matarle!... ¡Insensata!
Y ¡pude!... No... yo no quiero
Que muera... no... maldad tanta...
¿Lo oís?... No quiero que muera...
¡Él!... Jamás... ¡Hijo del alma!
Marchad, buscadle, traedle...
Decidle que aquí le llama
Su madre... que le perdono...
Que todo lo olvido.
Fany. ¡Gracias,
Dios de bondad! ¿Será cierto?
Arab. ¡Lo dudais!... ¿No veis mis lá-[grimas?
¿No sabeis que soy su madre?
Necio furor me cegaba.
Odio su delito, sí;
Detesto su negra infamia;
Quisiera... pero es mi hijo,
Mi hijo... Y con eso basta.
Tom. Vamos.
Fany. Pronto.
Rod. Sí, marchemos.
Arab. Ansioso aquí ya le aguarda
Mi corazon... Mas ¿qué digo?
¿Qué es aguardar?... Me matara
La impaciencia... Vamos todos:
Yo misma enmiende mi falta.
Fany. Sí.
Tom. Mejor.
Arab. Quiero que vea
Mi llanto, mi pena amarga;
Y si es preciso tambien,
Quiero arrojarme á sus plantas.

ACTO TERCERO.

Una plaza pública. Es de noche, y el teatro está solamente alumbrado por hachas y antorchas. John Bull y sus obreros ocupan la escena. Están armados con toda clase de armas ofensivas y defensivas, lanzas, chuzos, mosquetes ó palos. Al descorrerse el telon se les ve bebiendo al rededor de una mesa.

ESCENA PRIMERA.

JOHN BULL, FRICK, PERKINS,
OBREROS.

Bull. Ea, muchachos, bebed,
Apurad todas las cubas:
No hay que andarse con melindres;
Que va á empezar la trifulca,
Y es preciso que esta noche,
Cual buenos ingleses, luzcan
Aquí la fuerte cabeza,
Y los brazos en la lucha.
Todos. ¡Viva John Bull!
Bull. Majaderos,
No es eso. Gritad con furia
¡Viva el parlamento!
Todos. ¡Viva!
Bull. Y Dios á Carlos confunda,
Y ¡mueran los caballeros!
Algunos. ¡Mueran! (*Con frialdad.*)
Bull. ¡Mueran! ¡O qué insulsa

Manera de... ! Gritad fuerte,
Canalla... Yo quiero bulla,
Estrépito.
Todos. ¡Mueran! ¡mueran!
Bull. Eso es, así me gusta.
En estos casos el pecho
Es el que trabaja y suda.
Para eso os doy ese vino;
Y aunque á la cabeza suba,
No importa, que así la voz
Saldrá sonora y robusta.
Frick. Lo que es por eso, papá,
No os dé cuidado: ¡lo chupan!...
Bull. Mas tambien como leones
Luego es fuerza que sacudan
De recio, con las espadas
Dando de tajo y de punta.
¿Cómo estamos de valor?
Frick. Yo, papá...
Bull. Sí, tú, ¿te asustas?
Frick. ¡Asustarme! Pues bonito
Soy yo para... Me espeluzna
Mi propio ardor.
Bull. No te olvides
De que tambien tus injurias
Vas á vengar. Si no quiso
Por buenas Fany ser tuya,
Mire que, cual paladin,
Tu amor por las armas triunfa.
Ya verán esos Falklanes
Si yo tengo malas pulgas:
He de hacerlos pepitoria
Como el cielo no se hunda.
Frick. Sí, papá, sí.
Bull. ¿Estamos todos,
Perkins?
Perk. Todos.
Bull. ¿Lo aseguras?
De mis quinientos obreros
¿Hay alguno que no acuda?
Perk. Ha un rato que los conté,
Y no es gente que se oculta.
Bull. Es que si me falta alguno,
No espere ya volver nunca
A trabajar en mis fábricas:
Despedido, no hay excusa;
Y aunque perecer le vea
Él y su familia junta,
Despedido quedará,
Que yo no entiendo de burlas.
Esto sabido, cada uno
Haga lo que mas le cumpla;
Que estoy por la libertad
Antes que todo.
Perk. Y en suma,
¿Qué vamos á hacer aquí?
Bull. ¡Pues me agrada la pregunta!
Vamos á hacer por de pronto
Zafarrancho. Ni una bruja
De lady, ni un caballero,
Ni nadie que á tal alcurnia
Pertenezca, ha de quedar
En Hereford. O se fugan,
O duro en ellos... Despues
Solos y á nuestras anchuras,
Veremos lo que ha de hacerse.
No entiendo esa barahunda
De cámaras alta y baja,
De iglesia anglicana ó turca,
De... nada: yo en esto tengo
Una regla, solo una:
Irme siempre á lo mas fuerte,
A lo mas atroz.
Perk. Es justa.
Bull. Sobre todo, los derechos
De la cerveza reduzcan;
Y por lo demás, que pongan
O monarquía ó república.
Pero aquí tenemos ya
Quien nos sacará de dudas.

ESCENA II.

DICHOS, BURMAN, EDUARDO.

Bull. Y bien, ¿qué hay? ¿Cuándo em- [pieza
La jarana, mister Burman?
¿Será cosa que hecho aquí
Un pasmarote, me aburra?
Burm. Ha empezado; y ya es preciso
Que todos al riesgo acudan.
Bull ¿Qué oigo? ¡Ha empezado! ¡Y sin [mí!
¡Es una traicion! ¡Qué injuria!
Burm. Así lo exige mi plan:
Ya ocultándose la luna,
Propicia á nuestros intentos,
Noche nos da mas oscura.
Llegó la hora: marchad;
Y si el cielo nos ayuda,
Victorioso el parlamento,
Verá esta ciudad por suya,
Y que fielmente por mí
Sus encargos se ejecutan.
Ed. Sí, vamos, no hay que tardar,
Que los instantes apuran.
Bull. ¿Quién es ese camarada?
Burm. Es un guerrero que os busca
Para partir con vosotros
Los peligros de la lucha.
Bull. ¿Qué miro? ¡Eduardo Falkland!
(*Acercándose y reconociéndole.*)
Este emisario se burla
De nosotros, ó no sabe
La gente con quien se junta.
¡Un Falkland!
Burm. Y ¿sabeis vos

Los servicios, por ventura,
Que ha prestado á nuestra causa,
Ni el noble ardor que le impulsa?
¿Qué importa aquí su familia,
Si con ella en noble pugna,
El patriotismo en su pecho
La llama enciende mas pura,
Y esa familia en venganza
Le desconoce y repudia?
Yo le he visto en las batallas
Blandir el asta robusta,
Y pródigo de su sangre,
Dando ejemplos de bravura,
Proezas cumplir que honrosas
De boca en boca circulan.
Bull. Yo... ¿qué sabia?... Pensaba...
Ed. Si os quedase duda alguna,
Pronto os probarán mis hechos
Lo que su lengua asegura.
Venid, la lid nos espera:
Si en las populares turbas
Lo que le sobra al valor
Tal vez falta á la cordura,
Yo el camino os abriré
Que á la victoria os conduzca:
Venid, y sea esta hazaña
De mis hazañas la última;
Que si mis votos ardientes
El cielo propicio escucha,
Sobre los laureles vuestros
Me concederá una tumba,
Dando mi vida á mi patria,
Y fin á mis amarguras.
Burm. ¿Qué dices?... ¿En eso piensas?
Vive para gloria tuya.
Y vosotros ya le ois:
Seguidle, y la patria triunfa.
Bull. Ea, muchachos: ahora
Es preciso que se luzca
Vuestro valor, y que vean
Que aquí somos gente cruda.
No hay que dar un paso atrás,
¡Voto á brios!... Si me resulta
Algun mandria, puede ser
Que de un porrazo le hunda.
La patria... la gloria... la...
La... pues... eso... ¿quién lo duda?
Sobretodo, yo no entiendo
De retóricas profundas:
Se va al enemigo, y ¡zas!
Boca arriba se le tumba.
Todos. ¡Que viva John Bull!
Bull. ¡Por vida!
¿No he dicho que no me gusta?...
Decid: ¡viva el Parlamento!
Todos. ¡Viva el Parlamento!
Bull. Mucha,
Mucha bulla,
Todos. ¡Viva!
Bull. Y ¡muera
Carlos!
Todos. ¡Muera!
Bull. ¡Bien! que aturda,
Que atruene... Y todo realista
Al oiros se confunda.
(*Vanse Bull, Eduardo y obreros dando muchos gritos.*)

ESCENA III.

BURMAN; LUEGO ARABELA, FANY, TOM.

Burm. Esto va bien: la ciudad (*Solo.*)
Se halla toda en combustion;
El pueblo está sublevado,
Alzó su potente voz,
Y ¿quién contrastar osara
Su irresistible furor?
Los contrarios que hallará
Pocos y débiles son;
Que los pasma la sorpresa,
O los oculta el temor.
Mi presencia es necesaria
En otros sitios; y voy...
(*Al tiempo de irse, salen por el mismo lado Arabela, Fany y Tom.*)
Pero ¿quién se acerca?
Tom. Amigo.
Burm. ¿Qué me quereis?
Tom. Por favor,
Decidnos, ¿qué ha sucedido?
¿Cesó ya la rebelion,
O arde todavía?
Burm. ¡Cómo!
Tom. ¿Quién vence, quién?...
Burm. ¡Vive Dios!
¿Rebelion, decís? El pueblo
Por sus derechos se alzó.
Unios á él, cantad
Su triunfo, si suyo sois;
Mas si del pérfido Carlos
Seguís el bando feroz,
Temblad y ocultaos luego,
O bien huid de Hereford;
Que arriesgais vuestra existencia
Si aquí os halla el nuevo sol. (*Vase.*)

ESCENA IV.

ARABELA, FANY, TOM.

Tom. ¿Habeis oido, señora?
¡Ah!... retiraos por Dios.
Fany. Sí, sí: volved...
Arab. ¿Qué decís?
¡Huir, ocultarme yo,

Cuando arde la horrible lucha,
Cuando en ella ¡suerte atroz!
Vierten su sangre dos hijos
Pedazos del corazon!
¡Oh! no... jamás... quiero ir...
Tom. Os engañais... No... los dos
Es imposible.
Arab. Rodulfo
Del riesgo al primer rumor,
Sin que mi súplica oyese,
Rápido en él se lanzó.
¿Dónde estará, dónde?... ¡Cielos!
¿Será que vuestro rigor
Solo de tantos combates
Libertarle consintió
Para traerle á que muera
A mi vista, y sin honor?
Y ¡el otro!...
Fany. ¡Eduardo!
Arab. Él tambien
Está combatiendo.
Tom. No,
No lo creais.
Arab. Yo os lo digo.
Tom. Os alucina el dolor.
Arab. Él mismo... no os acordais?...
Él mismo nos lo anunció.
Dijo que á lidiar marchaba;
Y en su desesperacion,
«Voy á buscar en la muerte
Fin á mis males» ¡gritó!
Fany. ¡Ah! es verdad.
Arab. Él se halla aquí,
Él mueve la sedicion,
No lo dudeis, él enciende
Esta contienda feroz.
¿Oís?... ¿Oís?... Del combate
Ese es el ruido... el clamor
De los que triunfan... las quejas
De los vencidos... ¡Gran Dios!
Allí están... allí...
Tom. Señora..
Arab. Allí... sí... los dos... los dos.
Furioso el uno al otro
Se abalanzan... ¡Ah! ¡qué horror!
¡Dos hermanos!
Fany. No temais;
Que en semejante ocasion
Ya otra vez...
Arab. Pero no alumbra
Sus golpes ahora el sol.
La noche, la horrible noche,
Propicia al ciego rencor,
Todo lo cubre, y se goza
En criminal confusion.
¡Ah! Corro...
Tom. ¿Dónde, señora?
Arab. Donde arda con mas furor
La pelea... Allí estarán,
Allí.
Tom. ¿Osareis?
Arab. ¿Por qué no?
Donde están sus hijos, no hay
Para una madre temor.
Yo entre ellos me arrojaré,
Los separaré... Sí... Yo,
Yo mi seno por escudo
A sus golpes, sin pavor,
Sabré poner... Y si nada
Puede en ellos mi afliccion,
Antes que logren el pecho
Herirse con furia atroz,
Este pecho pasarán,
El pecho que los crió.
Vamos, vamos.
Tom. Deteneos:
Gente viene... Tal vez son
Parlamentarios.
Fany. ¿Qué miro?
¿No notais al resplandor
De las hachas, que conducen
A un herido?
Arab. ¡Santo Dios!
¿Qué dices?... No sé por qué
Se estremece el corazon.
Veamos...
(*Se acerca al grupo de hombres que salen, y da un grito agudo.*)
¡Ay!... Él es.
Fany. ¿Quién?
¡Rodulfo!
Tom. ¡Cielos!

ESCENA V.

DICHOS, RODULFO, SOLDADOS.

(*Sale Rodulfo herido, sostenido por algunos soldados que traen teas.*)

Rod. ¡Qué voz!
Arab. ¡Rodulfo!
Rod. ¿Qué veo?... ¡Madre!
Arab. ¡Hijo querido!
Rod. ¿Aquí vos?
¿Por qué venís?... Retiraos...
Temed, temed el furor...
Arab. ¡Temer cuando estás herido!
Cuando tal vez...
Rod. Sí... lo estoy...
Pero no es nada... Este brazo
Tan solo...
Arab. ¿Me engañas?
Rod. No,
No, madre mia... No obstante,
Retirarme es precision

Del combate, pues la fuerza
Ya no responde á mi ardor.
Arab. ¿Quién ha sido el monstruo, [quién?...
Rod. ¿Cómo quereis?...
Tom. ¡Ah! veloz
Huid... que se acercan...
Voces. ¡Viva (*Dentro.*)
El parlamento!
Rod. Venció
El bando rebelde.
Fany. Vamos.
Arab. Ven. (*A Rodulfo.*)

ESCENA VI.

Dichos, PERKINS, Pueblo.

Perk. Aquí se halla un traidor.
¡Muera!
Pueblo. ¡Muera!
Fany. ¡Cielos!
Arab. Juntos
(*Abrazándose á Rodulfo.*)
Moriremos.
Fany. ¡Compasion!
Perk. No hay piedad. ¡A él!
Pueblo. ¡A él!
Rod. ¡Ah, cobardes! Porque estoy
Herido...
Pueblo. ¡Muera!
Arab. Primero
Traspasadme el corazon.

ESCENA VII.

Dichos, EDUARDO.

Ed. ¡Teneos!... ¿Qué intentais?... ¡En los vencidos,
(*Abriéndose paso por entre el pueblo.*)
En débiles mujeres, vuestras manos
Osais ensangrentar!... No de esa suerte
La victoria empañeis... Eh, retiraos.
(*El pueblo se retira poco á poco.*)
Arab. ¡Qué acento!... ¡Él es!... ¡Eduardo!
Ed. ¡Cielos! ¡Madre,
Vos aquí!
Arab. Mira.
(*Asiéndole por la mano y llevándole hácia Rodulfo.*)
Ed. ¿Quién?... ¡Gran Dios, mi hermano!
Arab. Sí, tu hermano.
Ed. ¿Qué veo? ¡Herido! ¡herido!
Arab. Ese premio te dan tus partidarios.
Ed. ¡Hermano, hermano mio!
Rod. ¿Qué me quieres?
Ven, gózate, traidor, en este lauro.
¡Gran victoria alcanzaste!
Ed. La abomino:
Ni he querido vencer; que despechado,
Fuí la muerte á buscar... ¡Injusto cielo!
¡Solo su sangre corre y yo estoy salvo!
Rod. ¡Ah! La suerte cruel burlarse quiso
De mi ardiente valor. Ya con espanto
Huian ante mí las viles turbas
Que el grito alzar de rebelion osaron;
Pero otras llegan, y con nueva furia,
Me hallo por todas á la vez cercado.
Entre ellas mas intrépida mi espada
Se abre con golpes mil sangriento paso;
Mas ¡ó rabia! en la cota de un guerrero,
Cayendo con furor, se hace pedazos.
Ed. ¿Qué escucho?... ¿Cómo?... Di... ¿Sobre la cota
Tu espada se rompió de tu contrario?
Rod. Sí.
Ed. ¡Santos cielos!... Y ¿él?
Rod. Él, la ventaja
Que le daba la suerte aprovechando...
Ed. ¿Te hirió?
Rod. Víctima suya hubiera sido
A no habernos las turbas separado,
Y sin la oscuridad.
Ed. ¡Dios de venganza,
Y allí no me abrasó tu ardiente rayo!
Rod. ¿Qué dices?
Arab. ¡O sospecha!
Ed. Aborrecedme:
Ese infame asesino, ese inhumano...
Rod. ¿Y bien?
Arab. Habla.
Ed. Era yo.
Rod. ¡Tú!
Fany. ¡Dios!
Arab. ¡O crímen!
Ed. Sí, yo mismo, yo era... Horrorizaos.
Todos. ¡Ah!
Rod. ¡Infeliz!
Tom. ¿Qué habeis hecho?
Arab. ¡Monstruo odioso,
Tus delitos, al fin, han completado!
Solo te falta ya que en este pecho
Vengas á sepultar tu acero insano.
Aquí le tienes... hiere... Esta proeza
Será digna de tí...
Ed. ¡Madre!
Arab. Malvado,
(*Repeliéndole.*)
Apártate... ¿No miras que manchada
En mi mas pura sangre está tu mano?
Bárbaro fratricida, te maldigo.
Ed. ¡Ah!
Arab. Te maldigo, sí.
Fany. Tened el labio,

Señora...
Tom. ¡Por piedad!...
Arab. El alto cielo
Mande el justo castigo á crímen tanto.
Ed. ¡Ah! no le provoqueis... Temed, señora,
Que alcance á vuestra frente el golpe infausto.
Arab. ¡Cómo!
Ed. Enorme es mi crímen, le detesto,
Me miro con horror... Mas ¿tengo acaso
La culpa solo yo?... ¿Quién al delito,
Señora, á mi despecho me ha lanzado?
Arab. ¡Dios! ¿Qué dices?
Ed. Rendido, á vuestras plantas
Imploré mi perdon... ¿Por qué negarlo?
¿Por qué furiosa del hogar paterno
Lanzarme sin piedad?... A vuestro lado,
Ni yo fuera á la lid, ni suerte adversa
Guiara al pecho fraternal mi brazo.
Arab. ¡Ah! sí... por mí... por mí... ¡perversa!... es cierto. [los mato.
Por mí... ¡Qué horror! Yo soy... yo... yo
(*Cae desmayada.*)
Fany. ¡Cielos!
Tom. ¡Fallece!
Ed. ¡O Dios!
Rod. ¿Qué has hecho?
Ed. ¡Ay, triste!
¡Madre! ¡madre!

ESCENA VIII.

DICHOS, BULL, BURMAN, PUEBLO.

(*Salen Bull y el pueblo atropelladamente y gritando.*)

Pueblo. ¡Victoria!
Bull. Al fin, triunfamos.
¡Victoria! Ya Hereford queda por nuestro.
¡Qué viva el Parlamento y muera Carlos!
(*Sigue gritando el pueblo.*)
Burm. ¡Eduardo!... Te hallo al fin... Nuestro es el triunfo.
Ven... el pueblo te llama.
Ed. ¡Cielo santo!
(*Sin atenderle y cuidando solo de su madre.*)
No vuelve.
Burm. ¿No me atiendes?... Oye... escucha...
Ed. Déjame... nada quiero.
Burm. ¡Cuán turbado!
¿Qué mujeres son esas?
Ed. ¡Ah! contempla
De la civil discordia el fruto aciago.
Es mi madre.
Burm. ¡Tu madre!
Bull. Con efecto.
Arab. ¡Ay! (*Recobrándose.*)
Tom. Respira.
Fany. Ya vuelve del desmayo.
Ed. ¡Gracias, eterno Dios!
Burm. Deja á los tuyos
Ahora de asistirle el dulce encargo;
Que otros cuidados tu presencia piden.
El pueblo al renovar sus magistrados,
Te ha nombrado alderman.
Bull. Y á mí el primero.
Ed. ¿Cómo?
Bull. Que vos y yo, los dos quedamos
De autoridad aquí.
Ed. ¡Vos!
Bull. Cabalito:
Tambien soy alderman.
Ed. Pues yo rechazo
Por mi parte ese honor... Odio, detesto...
Bull. Muy bien, si no quereis...
Burm. ¿Qué haces, incauto?
(*Bajo á Eduardo.*)
Tu familia está aquí, tienes amigos:
Es el único medio de salvarlos.
Ed. ¡Ah! sí... tienes razon.
Arab. ¡Ay!
(*Acabándose de recobrar.*)
Ed. ¡Madre mia!
Arab. ¿Dónde estoy?
Rod. Respirad.
Burm. Sígueme, vamos:
(*A Eduardo.*)
No hay tiempo que perder.
Ed. Pero...
Burm. Es preciso.
Ed. Déjame que...
Bull. Venid... Pronto... ¡Qué diablos!
Ed. Cuidad de ella. (*A los suyos.*)
Fany. Sí, sí.
Burm. ¡Por Dios!...
Ed. No puedo...
Burm. Tú los quieres perder.
(*Asiéndole y arrastrándole consigo.*)
Ed. ¡Ah! no... ya marcho.
(*Van y le siguen Bull y el pueblo gritando.*)

ESCENA IX.

ARABELA, FANY, RODULFO, TOM.

(*Arabela, rodeada y sostenida por los suyos, habrá ido volviendo poco á poco en sí, dando señales de enajenacion mental.*)

Rod. ¡Madre! ¡madre!
Fany. ¡Señora!
Arab. ¿Quién me llama?

No puedo... sostenedme... ¿Dónde me hallo?
Vosotros... ¿ quiénes sois ?
Rod. Soy vuestro hijo.
Arab. ¡Hijo!... ¡nombre fatal!... Y ¿pronunciarlo
En mi presencia osais?... ¿Sabeis vosotros
Lo que he hecho con mis hijos?... En sus manos
Puse el atroz puñal... Vertí en su seno
Ponzoñoso rencor... y señalando
Del uno al otro el corazon, les dije:
Herid sin miedo, herid... despedazaos.
Rod. Señora, ¿qué decís?... ¡Oh, qué miradas!
Fany. ¡Infeliz! La razon la ha abando- [nado.
Arab. ¿No los veis?... ¿No los veis?... Ya se abalanzan...
Ya el crudo acero con furor vibrando,
El pecho embisten, se amenazan, hieren,
De sangre fraternal sedientos ambos.
¡Oh, qué horror!... Detenedlos... pronto... pronto...
¿Qué haceis aquí?... Marchad .. Id... Sepa- [radlos.
Fany. ¡O funesto delirio!
Rod. Ved, señora,
Que os turba la razon mentido cuadro.
Arab. ¡Ah! sí... sí... me engañé... No hay nada... nada...
Todo ha sido ilusion... recelo vano...
¡Dos hermanos! ¿Por qué...? No, no es [creible
En ellos tal furor.
Rod. Nunca.
Arab. Me alarmo
Sin motivo... ¿Es verdad?... Ellos se quie- [ren...
No romperán tan delicioso lazo...
¡Matarse ellos!... ¡Ah! ¡ah! .. reirme debo...
Rod. ¡Risa horrible!... Venid...
Arab. Sí... vamos... vamos...
(*Al irse á agarrar del brazo de Rodulfo, repara en la sangre que tiene.*)
Pero ¿qué miro?... ¡Sangre!... ¡Ay! ¡Es la [suya!
Su sangre... Bien lo sé.
Rod. Tranquilizaos.
Mirad: yo soy...
Arab. ¡Su sangre, sí, su sangre!
¡Parricida, yo soy quien la derramo!
Huid, huid de mí... Sobre mi frente
Del rayo celestial siento el amago...
Ya cae. ¡Justo Dios! soy muy culpada;
Pero quiero á mis hijos, sí, los amo.
Heridme, castigadme, lo merezco...
No haya piedad, señor... pero salvadlos.
(*Cae arrodillada: Rodulfo, Fany y Tom acuden á sostenerla.*)

ACTO CUARTO.

Decoracion del primer acto.

ESCENA PRIMERA.

FANY, TOM.

Fany. Y bien, Tom, ¿ has visto á Eduardo?
Tom. ¡Qué! si aquello es un infierno:
Ni á cañonazos se entrara
En el tal ayuntamiento.
Desde que allí le llevaron
Para instalarle en su empleo,
No le han dejado salir:
Y ¡las diez son nada menos!
Buena noche hemos pasado;
Pero el dia ha de ser bello.
Fany. ¿Qué harán?
Tom. Arreglar el mundo:
Ordenes, bandos, decretos...
Y el banquete de ordenanza:
Ahora estaban en eso.
Fany. ¡Dios mio! ¿Qué hemos de hacer?
Tom. Aguardar, no hay mas remedio.
Poco puede ya tardar,
Pues observé movimiento...
Fany. Y en tanto el pobre Rodulfo
En la torre se halla preso.
Tom. Eduardo es ahora el amo,
Y hará que salga al momento.
Yo aseguro á los infames
Que á prenderle se atrevieron...
Mas milady ¿cómo está?
Fany. Lo mismo, Tom.
Tom. ¿Aun no ha vuel- [to?
Fany. Ha perdido la razon
Desde aquel trance funesto.
Delira, á nadie conoce:
Contino horribles espectros
A sus ojos se presentan
Con el fratricida acero;
Y acusándose á sí propia,
Pide su castigo al cielo.
¡Infeliz!
Tom. ¡Cuántas desgracias!
¡Por ese maldito empeño
De mezclarse en la política!
¡Si siguieran mis consejos!
¿Qué nos importa á nosotros
Que aquí mande Juan ó Pedro?
— Que gana el rey. — Norabuena.
— Los otros. — Muy buen provecho.
Para mí todos son unos:
Lo mismo da blanco ó negro.

Fany. Ya... pero...
Tom. No digo nada
Cuando el amo sepa luego...
¡Pobre señor!
Fany. Ya lo sabe.
Tom. ¿Lo sabe?
Fany. Si está allá dentro.
Tom. ¿Ha venido?
Fany. Habrá una hora:
Mientras estabas...
Tom. ¡Ay! tiemblo...
Y ¿se ha atrevido?...
Fany. De ver
A lord Worcester volviendo,
A los puertas de Hereford
Supo los tristes sucesos
De esta noche desastrosa;
Y por su familia inquieto
Ha penetrado hasta aquí
Atropellando mil riesgos,
Tom. ¡Qué imprudencia!... Vamos, él
Tambien ha perdido el seso.
¡Se marcha cuando hace falta,
Y se vuelve al peor tiempo!
¡Jesus!
(*Se oyen á lo lejos voces y vivas que se van aproximando. Tom y Fany van al balcon para ver lo que es.*)
Fany. ¿Oyes?
Tom. ¿Qué será?—
¿Qué ha de ser? Que viene el pueblo
Trayéndole en triunfo.
Fany. ¿A quién?
¿A Eduardo?
Tom. Sí... Vedle.
Fany. Es cierto.
Tom. ¡Y le traen en volandas!...
¡Y tambien á ese mastuerzo
De John Bull!... ¡Dios nos asista!
¡Ay! Dan con él en el suelo.
No... que se apea... Será
Venir así gran trofeo;
Mas para ir yo seguro
Un buen caballo prefiero.
Fany. Ya suben.

ESCENA II.

DICHOS, JOHN BULL, EDUARDO.

Bull. ¡Gracias á Dios
Que hemos llegado! ¡Reniego
Del triunfo!... Me han quebrantado
Con sus manazas los huesos.
Eso sí, famoso ha sido...
Y no me cabe en el cuerpo
El gozo. (*Se oyen nuevas voces.*)
¿Qué es eso? ¿Gritan
Todavía?... Ya, ya entiendo.
Querrán para despedirse
Que al balcon nos asomemos.
Venid.
Ed. Dejadme.
Bull. Es preciso:
El pueblo quiere.
Ed. ¡Qué empeño!
(*Se asoma al balcon: Bull hace muchos besamanos y habla á los de fuera.*)
Bull. ¡Gracias!... ¡Gracias!... ¡Eh! Abur...
Pasadlo bien... Hasta luego.
¡Ah! Ya nos dejan en paz.
Ed. ¡Gracias á Dios!... Estoy muerto.
(*Se sienta con aire abatido.*)
Tom. Señor... (*Acercándose.*)
Ed. ¡Ah! ¡Tom...! ¿Eres tú?...
¡Y tú, Fany!
Tom. Sí... Tenemos
Que deciros. .
Fany. ¿No sabeis?...
Ed. ¡Cuánto de veros me alegro!
Bull. ¿Qué es eso? ¿Empezamos ya
Con mimitos y embelecos
De familia? No, señor:
No es hora aun.
Tom. Es que tengo...
Bull. Nada, nada: los asuntos
De la patria son primero.
Ed. Pero...
Bull. Es preciso ante todo
Concertar nuestro gobierno.
Tom. Despues...
Bull. Soy autoridad;
Y yo lo mando, y lo quiero.
Tom. Tambien el señor.
Bull. Mas yo
El peso de todo llevo:
Soy el primer alderman,
Y él el segundo.
Ed. Y espero
Que en breve el solo sereis.
Bull. Eso luego lo veremos.
Ahora dejadnos.
Tom. ¡Cuál manda!
Bull. ¡Eh!... Vamos... pronto.
(*Empujándole hácia la puerta.*)
Tom. ¡Camello!
(*Vanse Fany y Tom.*)

ESCENA III.

EDUARDO, JOHN BULL.

Ed. Obrais con harta imprudencia,
Señor Bull, y cuando aguanto
En mi casa desman tanto,
Pruebas os doy de paciencia.

Bull. Señor mio, así soy hecho :
Los rodeos dilatorios
Detesto, y sin requilorios
Al negocio voy derecho.
Lo demás es...
Ed. Reparad
Que mi familia...
Bull. Está buena :
Por ella no tengais pena.
Ed. Con todo voy...
Bull. Escuchad.
Ed. Pero...
Bull. Acabemos primero.
Ed. ¡Qué cansado!
Bull. Hablemos claro,
Amigo mio : reparo
Que esto no va cual yo quiero.
Ed. ¿No?
Bull. No.
Ed. Pues...
Bull. ¡Un alquitran
Estoy hecho!
Ed. Yo no atino...
Bull. Aquí el primer desatino
Fué el nombraros alderman.
Ed. Por mi voluntad no ha sido :
Todo el pueblo se empeñó...
Bull. Aquel Burman le engañó.
Gracias á Dios que se ha ido.
¡En una revolucion
Un noble municipal!
Ed. Pues ¿hay en eso algun mal?
Bull. ¡Es la mas necia aprension!
Eso nuestra ruina labra.
Ed. ¿No teneis confianza en mí?
Bull. ¿Yo?.... no ; porque siempre ví
Que tira al monte la cabra.
Ed. ¡A mí esa injuria!
Bull. Clarito ;
Y es lo que está sucediendo.
Señor, ó yo no lo entiendo,
O esto no ha valido un pito.
¡Gran batalla hemos ganado!
¡Podemos estar muy fieros!
Con mis quinientos obreros
¡Vive Dios que me he portado!
Ed. ¿Qué queríais se hiciese?
Bull. ¿El qué? Echar por el atajo,
Poner lo de arriba á abajo,
Y que hasta el cielo se hundiese.
No dejar realista á vida,
Ni títere con cabeza.
Ed. Esa seria fiereza.
Bull. Pero acertada medida.
Cuando hay tan malas simientes,
Fuera con ellas, no hay mas :
A extirparlas : lo demás
Son solo paños calientes.
Por mí, no quiero cuartel :
Si caigo, háganme gigote;
Pero en cambio, el monigote
Que yo pille, ¡pobre de él!
¡Miren sino qué deleite!
Cuatro tiros... nos quedamos
A media miel, y ya estamos
Como una balsa de aceite.
Con no sé que zarandajas
De reformillas, tan hueca
Anda la gente, y se trueca
Todo en agua de cerrajas.
El malo se regodea,
Y se acabó la funcion :
Si es esto revolucion,
Que venga Dios y lo vea.
Ed. ¿Todo sangre habrá de ser?
¿Quereis manchar la victoria?
¿Ignorais que es mayor gloria
El perdonar que el vencer?
Bull. Es esa filosofía
Que no comprendo, ni quiero.
Yo, lo seguro prefiero :
El garrote, esa es la mia.
Ed. Callad : me causais horror.
Quien generoso combate,
Mas enemigos no abate
Que los que vence el valor.
Vuestro furor abomino;
Y no espereis que mi espada
Trueque, despues de envainada,
Por el puñal asesino.
¿Quereis persiga al herido
Hasta el doméstico hogar,
Y allí le vaya á acabar
Sobre su lecho tendido;
Y cuando en torno llorosa
Su familia está afanada,
Arroje su sangre amada
Sobre sus hijos y esposa?
¿Quereis que en tropel doliente,
Desterrado, perseguido,
Corra el mísero vencido
Huyendo de gente en gente;
Y mientras rapaz consigue
Otro el bien que suyo fuera,
De hambre en nuestros campos muera,
O en tierra extraña mendigue?
No; jamás : si odioso yugo
Vino á romper mi valor,
En vez de un libertador,
No han de ver en mí un verdugo.
Un compatricio, un hermano,
Aquel con quien lidio es;
Y si lo miro á mis piés,
Le tiendo al punto la mano.
Bull. ¡Ya!... Si lo tomais así...
(*Enternecido.*)

¡Tanto! — ¡Es cosa de rabiar!
¿Pues no me ha hecho llorar?
¿Qué es lo que dirán de mí?
¡Por vida!... Si ese lenguaje
Es capaz... — Soy un camueso.
No, no, tengámonos tieso.
¡Firme!... Y hagamos coraje.
— Señor mio, yo me atengo,
Ya os lo he dicho, á lo seguro;
Y lo que es ahora, os juro...
Ed. Mientras el puesto que tengo
Ocupe, no lograreis...
Bull. ¿No? ¡Friolera!... Allá veremos.
Ed. No, digo.
Bull. Pues andaremos
A trastazos, si quereis.
Ed. ¿Qué osais decir?
Bull. ¡No que no!
¿Impedirme á mí?... ¡Me place!
Aquí, amiguito, quien hace
La revolucion soy yo.
Ed. ¡Vos!
Bull. Si, yo: con mis obreros.
Hemos de tener jarana,
O no queda esta mañana
Ni rastro de caballeros.
Y doy principio al descarte
Por vuestra familia y vos.
Ya lo sabeis: id con Dios,
Con la música á otra parte.
Ed. ¿Osareis?
Bull. Como lo oís.
(Bien, John Bull, muy bien lo has hecho. (*Aparte.*)
¡Fuerte! Así.)
Ed. ¿Con qué derecho
Arrojarme presumís?
¿Hay alguno en la ciudad
Que en patriotismo me iguale?
En la lid de que se sale
¿Quién obró con mas lealtad?
Bull. Eso es verdad: sois valiente...
Aun me parece que os veo...
(¡Bestia, otra vez me blandeo!) (*Aparte.*)
Todo se debe á mi gente.
Ed. Esa gente alborotada
Que os sigue atronando á voces,
Huyera con piés veloces
Sin el valor de mi espada.
Bull. ¿Cómo se entiende? ¡Tratar
A los mios de cobardes!
¡Mundo, cómo no te ardes!
¡A todo un pueblo insultar!
Ed. ¡Al pueblo!
Bull. Mucho que sí.
Yo soy el pueblo.
Ed. ¿Quién? ¿Vos?
Un bárbaro, vive Dios,
No es el pueblo para mí.
Vos usurpais ese nombre
Que estais de oprobio cubriendo:
Para merecerle, entiendo
Que es antes fuerza ser hombre.
Aunque noble y caballero,
¿Quién es mas imágen de él?
¿Vos que le quereis cruel,
O yo que humano le quiero?
Bull. Pamplinas todo, pamplinas.
¡Oh! yo os conozco, amiguito,
Y no caigo en el garlito,
Que sois gentes muy ladinas.
¿Vos patriotismo? Esa es grilla.
Mucho entusiasmo; eso sí;
Y es para quedarse aquí,
Y armarnos la zancadilla.
Sois lobo con piel de oveja,
Y aunque hagais diez mil hazañas,
No hay tu tia, no me engañas,
Que al fin la hareis si se os deja.
Y sino, decidme, amigo,
¿Dónde vuestro padre está?
Ed. ¿Mi padre?
Bull. Sí...
Ed. Se hallará...
Bull. Pues... ya se turba... ¿no digo?
Ed. Mi padre ahora está fuera.
Ha dias que se ausentó.
Bull. Y ¿pensais que no sé yo
Dónde ha ido?
Ed. De manera
Que...
Bull. Fué á ver á cierto lord
Realista, y pedirle ayuda;
Y con sus tropas, sin duda
Volverá sobre Hereford.
¿Qué tal, eh?
Ed. Tan vil sospecha...
Bull. Allá el padre con soldados,
Y aquí los hijos armados,
Cátate la cosa hecha.
Con un buen golpe de mano...
Ed. Quien con tan torpe vileza
Osa ofender mi nobleza,
Es un cobarde villano.
Bull. A mí no hay que gallearme,
Ni poner semblante fosco.
Puños tengo, y si me amosco...
Ed. ¡Cómo! ¿Osais amenazarme?
¡Viven los cielos!
(*Echa mano á la espada.*)
Bull. Venid,
(*Echando mano á la suya.*)
Venid: no me dais temor.
Ed. Si escuchase mi furor...
Salid al punto, salid.

ESCENA IV.

DICHOS, FANY, TOM, FALKLAND.

Fany. ¿Qué gritos son estos, cielos?
Falk. ¿Quién osa turbar así?
Ed. ¿Qué veo? ¡Mi padre aquí!
Bull. ¡Sir Falkland! ¡Oh! mis recelos
Fundados son... Aquí hay trampa.
¿Dijiste que estaba fuera?
Ed. Sí.
Bull. ¡Mentir de esta manera!
Tom. ¡Maldita sea tu estampa!
Ed. Es que...
Bull. ¡Bueno! ¡bueno! ¡bueno!
Ed. Yo ignoraba...
Falk. Habrá un instante...
Bull. ¡Eh! quítense de delante.
Fany. Pero...
Bull. ¡Hecho estoy un veneno!
Aquí hay conspiracion.
Ed. Oid.
Bull. ¡Ha vuelto en secreto!
¿Con qué motivo, qué objeto?
Sí... se conspira... ¡Traicion!
Falk. ¿Qué estais diciendo?
Ed. ¿Osareis?
Tom. Este hombre es loco.
Fany. Callad...
Bull. Sí, sí, ¡traicion!... Aguardad,
Aguardad, y ya vereis...
Ed. Pero...
Bull. Voy luego... ¡Bribon!
¡Malvado! ¡Así nos vendia!
Voy...
Ed. ¿Vuestra rabia osaria...?
Bull. Ya vereis. ¡Traicion! ¡traicion!
(*Vase corriendo.*)
Tom. Va á alborotar el cotarro.
Ed. Síguele, Tom, y me avisa.
Tom. Voy... Mas corre tan á prisa...
Ed. No importa: vé.
Tom. ¡Si le agarro!
(*Vase.*)

ESCENA V.

FALKLAND, EDUARDO, FANY.

Fany. ¡Dios mio, su furor me causa espanto!
Ed. ¡Qué truene! en vano ese furor me [amaga.
Pero vos ¡padre mio!.. ¡Cielo santo,
A mi ardiente virtud das esta paga!
¿Por qué volver aquí?
Falk. ¿De qué te admiras?
Ed. Del riesgo que os circunda me estre- [mezco.
Huid, señor, huid: temed sus iras:
No aumenteis el suplicio que padezco.
Falk. ¡Huir! No: completar debes tu [obra:
Aun falta á tus hazañas una hazaña.
Aquí espero mi suerte sin zozobra.
Corre, y del pueblo entrégame á la saña.
Ed. ¡Yo!
Falk. Al que contra un hermano, [fiero, asesta
El hierro matador; al que á una madre
No ha temido afligir, ya ¿qué le resta?
El pecho traspasar de un triste padre.
Ed. ¡Tan bárbaro me haceis! Si de un hermano
La sangre derramó mi diestra impía,
Sabré en castigo de mi error insano
A torrentes verter la sangre mia.
Seguidme, y á sus plantas...
Falk. Sí, vé, corre
Al hondo calabozo donde gime.
Ed. ¡Un calabozo!... ¡O Dios!
Falk. Allá en la torre
Hora cadena vil su cuello oprime.
Ed. No, no es posible... Me engañais.
Falk. ¡Lo dudas!
Mientra al pueblo tus manos libertaban,
De ese pueblo feroz las manos rudas
A tu hermano en prisiones arrojaban.
Ed. ¡O fiera ingratitud!
Falk. Y di: ¿son esos
De tus males presentes los mas graves?
¿No recelas mas míseros sucesos?
¿Qué es de tu triste madre, di, lo sabes?
Ed. ¡Mi madre!... ¡Qué sospecha!... Sin sentido
La ví en tierra caer... ¿Acaso muerta?
Falk. ¡Muerta!... ¡Quizá mejor hubiera [sido!
Ed. Me estremeceis... hablad.
Falk. Mi voz no acierta...
Ed. Hablad, por Dios, hablad.
Falk. ¡Ni aun á su esposo
Pudo reconocer la desdichada!
Ed. ¡Cielos!
Falk. En aquel trance doloroso
Quedó la triste de razon privada.
Ed. ¡Ah!
Falk. Su estado es horrible. De sus hijos
Solo el recuerdo su delirio enciende.
Muestra en ellos tener los ojos fijos,
Y grita, y sin piedad su pecho ofende;
Y luego en risa atroz que causa espanto,
Su pálido semblante se contrae,
Y á sus ojos el cielo niega el llanto,
Y torna á su furor, y yerta cae.
Estos tus hechos son, tu obra es esta.
¡Ah! tu presencia ahora horror me inspira.
Aparte, te...
Ed. ¡Señor!
Fany. Esa funesta
Palabra contened. ¿Así la ira

Puede á un padre cegar?... ¿Sabeis los males
Que un funesto anatema acarreara?
¡Ah! temedlos, señor, fueran fatales:
Siempre la maldicion se compra cara.
Tambien su madre le maldijo: ciega,
Osó arrojarle del hogar paterno,
Y la sangre de un hijo el suelo riega,
Y hoy arde en ese hogar el mismo infierno.
Estos los frutos son, hombres crueles,
De esas discordias que á la lid os lanzan:
Pensais ufanos recoger laureles,
Y crímenes no mas de ellas se alcanzan.
Llamad á esos furores patriotismo,
Entusiasmo, lealtad, ínclitos hechos:
Yo los llamo sangriento fanatismo,
Pechos de tigre llamo á vuestros pechos.
¡Grandiosa heroicidad! La patria exige
Sacrificios, decís, nobles hazañas;
Y aquel que de ella en defensor se erige
Le rasga, por servirle, las entrañas.
Entregais á las llamas sus ciudades,
Teñís en sangre suya vuestras manos;
Convertida en teatro de maldades,
No hay ya padres, no hay deudos, no hay hermanos;
Y hartos ya de matar, ante sus aras
Llevais alegres, cual horribles dones,
Gemidos, llanto de personas caras,
Y de amigos sangrientos corazones.
Monstruos, no profaneis ese altar santo;
Vuestra ofrenda es sacrílega, funesta;
La patria la repele con espanto,
La patria la detesta y os detesta. [prudente,

Falk. Yo su error perdoné... ¡Menos
Su madre contenerse no ha sabido!...
Mas el blandir por ello el hierro ardiente,
En él venganza criminal ha sido. [ma

Fany. Y venganza es tambien el anate-
Que á su frente arrojais.

Falk. ¿Venganza, dices?

Fany. ¿Qué otro nombre le dais?

Falk. ¿No ha sido extrema
Ya acaso mi bondad? Cuando infelices
Somos todos por él...

Fany. Pues ¿qué valiera
De otra suerte el perdon?

Falk. Yo le perdono.
Fany, tienes razon... me arrepintiera.
No es hecho para un padre el duro encono.

Ed. ¡Ah, señor!

Falk. Infeliz, no te aborrezco.
Mucho me haces sufrir... mas no le hace.
Aun sufres mas que yo... te compadezco.

Ed. Sufro... pero al oiros ya renace
Dulce consuelo en mí.

Falk. Dame esa mano.

Ed. ¡Tomad!

(*Se la da con entusiasmo y besa la suya.*)

Falk. Aprieta... sí, tu error excuso;
Que he sido tambien jóven, y este anciano
Nunca en olvido lo que es serlo puso.
Lo sé... De ilusion vana que nos miente
Entonces tras la sombra nos lanzamos;
Y entrados ya por la fatal pendiente,
Hasta el profundo abismo no paramos.

Ed. No receleis de mí negros furores.

Falk. ¡Ah! los detestas, y no obstante

Ed. Los sabré contener. [cedes.

Falk. No, aunque los llores.

Ed. ¿Acaso lo dudais?

Falk. ¿Acaso puedes?
Al ardiente bridon tal vez provoca
Insensato ginete con la espuela,
Y el corcel generoso se desboca,
Y ya sin freno á despeñarse vuela.

Ed. Pues bien, si eso es verdad, á tan
Iras no os arriesgueis... Huid. [sangrientas

Falk. ¿Tal quieres?
¿Y tu madre? ¿y tu hermano? ¿Así me afrentas?
No son esos de un padre los deberes.
En el peligro estar debo á su lado.

Ed. Mis dias perderé, si ellos los suyos.

Falk. ¡Insigne proteccion!... Tanto has ganado
Que no puedes guardar ni aun los tuyos.

(*Sale Tom precipitadamente.*)

ESCENA VI.

DICHOS, TOM.

Tom. ¡Ah, señor!

Ed. ¿Qué es eso, Tom?

Tom. Huid, ocultaos luego.
Ese malvado John Bull
Otra vez con sus obreros,
Gritando traicion, venganza,
Trae alborotado el pueblo.
Dice que estais conspirando,
Que es vuestra intencion venderlos;
Que el amo con este fin
Ha entrado aquí de secreto;
Y ¿qué sé yo?... se dirigen
Todos aquí...

(*Se oye rumor de pueblo.*)

Fany. ¡Santos cielos!
Se acercan... ¿Ois?

Ed. Huid,
Temed su furor.

Falk. No puedo:
Aquí mi familia está,
Con ella aquí morir quiero.

Ed. Vedme á vuestros piés, señor:
Ceded, ceded á mis ruegos.
A las penas que me agobian

No añadais este tormento :
No vea yo por mi causa
Que á todos los mios pierdo.
Salvaos, señor, salvaos.
(*Se aumenta el rumor.*)
¿Oís? ¿oís?... Aun es tiempo;
Mas si tardais...
Tom. Ya la calle
(*Mirando por el balcon.*)
Se va llenando.
Falk. Sin miedo
Aquí los aguardo.
Ed. ¡O rabia!
Señor, vuestras manos riego
Con mis lágrimas : tened
Piedad de mi desconsuelo.
Fany. ¡Señor!
Ed. ¿Quereis entregarme
A eterno remordimiento?
Tom. Ya penetran en la casa.
Fany. ¡Santo Dios!
Ed. El juicio pierdo.
(*Levantándose.*)
¿Cómo evitar?...
Tom. Pronto, huid,
Huid, señor.
Falk. No lo debo.
Tom. Aun podeis por el jardin...
Yo os guiaré... yo sé cierto
Oculto asilo...
Falk. No, no.
Ed. ¡Qué obstinacion!
Falk. Donde riesgos
Miro que corren los mios,
Allí solo está mi puesto.
Ed. Y ¿porque vos perezcais
Salvarse lograrán ellos?
Al contrario, vuestra vista
Tal vez la furia encendiendo
De esos tigres...
(*Se oyen muy cerca las voces.*)
Falk. No te canses.
Morir lidiando prefiero.
Ed. Pues bien, abrid esas puertas;
Que vengan, estoy resuelto.
Antes que entren, con mi espada
Me habré yo pasado el pecho.
Falk. ¿Qué dices?
Ed. A vuestros piés
Al entrar me verán muerto;
Y os respetarán entonces
Con mi sangre satisfechos.
Fany. ¡Qué horror!
Falk. ¿Osarás?...
Ed. Lo juro.
Que entren; ya pronto mi acero...
(*Saca la espada..*)
Falk. Detente, insensato... Bien...
Ya que es necesario, cedo.
Mas corto será el peligro.
El rey no está de aquí lejos;
Y si bien son harto escasos
De su ejército los restos,
Sobran para aniquilar
A esos rebeldes perversos.
Fany. Sí, sí.
(*Gran rumor y voces de* ¡Muera!)
Ed. Marchad... que ya suben.
Tom. Seguidme.
Falk. Adios... Pronto vuelvo.
(*Vanse Falkland y Tom, y al mismo tiempo salen por el fondo John Bull y los suyos.*)

ESCENA VII.

EDUARDO, FANY, BULL, PUEBLO.

Bull. Venid... Aquí debe estar.
Pueblo. ¡Muera Falkland!
Bull. Ya le veo.
(*Mirando hácia la puerta por donde se han marchado Falkland y Tom.*)
Allí va.
Ed. Para alcanzarle
(*Colocándose delante de la puerta con la espada en la mano.*)
Pasareis sobre mi cuerpo.
¡Atrás, viles asesinos!
¡Atrás, que yo le defiendo!

ACTO QUINTO.

Una cárcel.

ESCENA PRIMERA.

TOM, EL CARCELERO.

Car. ¿Licencia para que puedan
(*Leyendo un pliego.*)
Los presos comunicar?
Tom. Sí, señor.
Car. ¡Bueno!
Tom. Y que yo
Pueda verlos además.
Car. Sí, con efecto : eso dice
La órden del alderman.
Tom. Con que si gustais...
Car. Cachaza :
Aprisa quereis andar.

Tom. Es que...
Car. El hermano mayor
En aquel encierro está;
Y el otro con su familia
En la estancia principal:
Allí... Como que hay señoras,
Gastamos urbanidad:
Esto no quita que luego
Las ahorque el tribunal.
Tom. ¡Caribe! (*Aparte.*)
Car. ¿A cuál de los dos
Primero quereis hablar?
Tom. Al señor Eduardo: á solas
Un ratito nada mas.
Despues sacareis al otro.
Car. Está bien: así se hará.
(*Entra en el encierro de Eduardo, y sale á poco con él.*)
Tom. ¡Uy! ¡Qué cara de vinagre! (*Solo.*)
¡En buenas manos estais,
Pobres amos!... Y Dios sabe
Cual vuestra suerte será.
Despues de tanta discordia,
Tal reñir y batallar,
¿Qué ha resultado? Que tirios
Y troyanos aquí están.

ESCENA II.

TOM, EDUARDO.

(*Sale Eduardo con el carcelero, el cual se retira y entra en el cuarto de Rodulfo.*)

Tom. ¡Señor!...
Ed. ¿Quién es?... ¿Eres tú, Tom?
Tom. Yo soy... venid acá
Que os abrace.
Ed. ¡Pobre viejo!
¿Cómo has podido lograr?...
Tom. Por fin, mis ruegos, mi llanto,
Ablandaron á ese can
De mister Bull.
Ed. ¡Hombre odioso!
Tom. ¡Es mucha la atrocidad
Que está haciendo! Aun á los suyos
Los tiene cansados ya.
Mas ¿cómo está la señora?
Ed. ¿Mi madre? Cada vez mas
El delirio que perturba
Su mente creciendo va.
Tom. ¡Cielos!
Ed. Solo si consigue
Algunas veces llorar,
Vuelve en su acuerdo, y momentos
Goza de tranquilidad;
Mas luego la horrible idea
Que en su mente fija está,
Hace que otra vez le aqueje
Con mas violencia su mal.
Sobretodo, no me puedo
A sus ojos presentar,
Que entonces torna mas pronto
A ese delirio mortal.
Tan solo Fany á su lado
Cuidándola con afan,
Consigue breves instantes
Sus dolores suavizar.
Tom. ¡Pobre señora!
Ed. Mas dime:
¿Mi padre?
Tom. Por él ya no hay
Que tener miedo: está lejos.
Ed. ¿Pudo por fin escapar?
Tom. Sí.
Ed. ¿De veras?...
Tom. ¡No que no!
Encargo que se me da...
Ed. ¡A Dios gracias!
Tom. Con el rey
Ya presumo que estará;
Pues dicen... ¿Hay quien nos oiga?
Ed. No.
Tom. Dicen que de Ragland
Salió con tropas, y viene
A sitiar esta ciudad.
Hay quien le supone cerca
Y aun he creido notar
En las caras de estas gentes
Cierto temor...
Ed. ¡Ojalá!
Tom. Como este pueblo no tiene
Murallas, si viene, zás,
Se encaja al punto y...
Ed. Sí, sí:
Pronto nos libertará.
Tom. A otra cosa... Vais á ver
A vuestro hermano.
Ed. ¿Es verdad?
Tom. El carcelero ahora mismo
A este sitio le traerá.
Ed. ¡Oh! Tom, ¡cuánto te debemos!
Tom. Nada... Mas él es... Mirad...
Quedaos con él, yo voy
A ver á lady Falkland.

ESCENA III.

EDUARDO, RODULFO, EL CARCELERO.

Car. Allí teneis quien os llama.
(*A Rodulfo, al salir de su cuarto.*)

Rod. ¿Quién será? (*Vase el carcelero.*)
Ed. Temo acercarme.
(*Aparte.*)
Rod. ¡Eduardo!
Ed. ¡Y bien! ¿Qué te admira?
Sí, tu hermano está delante.
Rod. ¿Qué intento aquí te conduce?
¿Vienes acaso á insultarme?
Causador de mi desdicha,
¿Quieres que en ella se sacien
Tus ojos? ¿Quieres...?
Ed. Contigo
Vengo á habitar esta cárcel.
Rod. ¡Tú!
Ed. Sí: la misma cadena
A entrambos gemir nos hace.
Rod. ¿Qué escucho? ¡Tú, jefe invicto
(*Con ironía.*)
De ese pueblo á quien salvaste!
¡Tú que vendiste por él
La santa causa de un padre,
Y de tu hermano en las lides
Osaste verter la sangre,
Tú en prisiones!... ¿Por ventura
Tu denuedo ha sido en balde?
¿Triunfaron esos que llamas
Tiranos viles, cobardes?
¿Es Carlos, son tus contrarios
Los que á esta prision te traen?
Responde.
Ed. Ese mismo pueblo,
Ese mandó aprisionarme.
Rod. ¡El pueblo!... Al fin recibiste
El premio de tus afanes:
Vencidos y vencedores,
Todos quedamos iguales.
Ed. Ingratos fueron conmigo;
Mas no hay para que lo extrañes:
Ley es de pueblos y reyes
Premiar mal á los leales.
Rod. Ley es que todo traidor
Sus torpes delitos pague.
Ed. Hermano, sella ese labio,
Que no es ya tiempo de ultrajes.
El lazo que consiguieron
Romper discordias fatales,
En la desgracia comun
Hoy mas estrecho renace:
No quieras, pues, que de nuevo
Fiero rencor nos separe.
Rod. ¡Cómo! ¿Pretendes que olvide...?
Ed. Lo espero.
Rod. Te equivocaste.
Ed. No, Rodulfo.
Rod. ¿Con qué título?
Ed. Mi desgracia ¿no es bastante?
Rod. Sí, para compadecerte;
Mas no para que te abrace.
Ed. ¿Tanto me aborreces?
Rod. No.
Ed. ¿Luego es desprecio?
Rod. Acertaste.
Ed. Nadie á su hermano desprecia
Sin que su honor tambien dañe.
Rod. ¿Puede mi honor padecer
Porque tú el tuyo rebajes?
Ed. ¡Rebajarlo! Esa palabra
De tu corazon no sale:
No, tú no puedes creer
Que yo al honor nunca falte.
Rod. Pruébamelo y al momento
Para tí mis brazos se abren.
Ed. Qué, ¿nada te dice el verme
En este sitio? ¿No late
Tu corazon? ¿No te anuncia
Que si en esta prision yace
Tu hermano, es por no querer
Que el honor nuestro se empañe?
¡Ni aun cuál es el crímen mio
Has llegado á preguntarme!
¿Sabes, Rodulfo, cuál es
Ese delito, lo sabes?
Rod. ¿Yo?... ¿Cómo?...
Ed. Él haber querido
Libertar á nuestro padre.
Rod. ¡A nuestro padre! ¿Qué dices?
Ed. Sí; que por demás amante
De su familia, al peligro
Vino imprudente á arrojarse.
Entra en Hereford: el pueblo
Clama traicion: mil puñales
Le amenazan; fiera chusma
Cerca mi casa y la invade
Pidiéndome su cabeza:
Él siempre esforzado, grande...
Rod. ¡Cielos! ¿Qué es de él? Dilo pronto.
¿Vive?
Ed. Sí.
Rod. ¿Tú le salvaste?
Ed. Mi propia vida arriesgando.
Rod. Mas ¿do está?
Ed. De aquí distante.
Rod. Y tú...
Ed. Por haber cumplido
Cual buen hijo, en esta cárcel...
Rod. Bien, hermano, bien, lo apruebo:
Como quien eres obraste.
Mas otro cuidado... Di:
¿Qué es de mi madre?
Ed. Tu madre...
Rod. Sí... ¿Te turbas?
Ed. Allí está:
(*Señalando el cuarto.*)
En aquella estancia.
Rod. ¡Infames!
¡A ella tambien!... Voy...

Ed. Detente;
Y no su pena acibares.
Rod. ¿Qué causa?
Ed. ¿Su estado ignoras?
Rod. ¡Ah! Recuerdo... El fiero trance
Trastornando su razon...
Ed. Todo auxilio la sido en balde.
Mientras duren nuestros odios
¿Piensas que la infeliz sane?
¿Sabes cuál es el objeto
Que la atormenta incesante?
Es la imágen espantosa
De nuestro horrible combate.
Ve cruzarse los aceros,
Correr tu sangre y mi sangre...
Pues bien, ¿quieres que á sus ojos
Desaparezca esa imágen?
¿Quieres que herida su mente
De saludable contraste,
Esa idea que la turba
En grata ilusion se cambie?
Hermano, olvidemos ya
Nuestros disturbios fatales:
Recíbeme tú en tus brazos,
Que yo en los mios te enlace;
Y juntos así, de gozo
De amor, el rostro radiante,
Echémonos á sus piés,
Exclamando: «¡Madre! ¡madre!
Mirad aquí á vuestros hijos
Siempre unidos, siempre amantes,
Y hoy estrechando mas firmes
Sus vínculos fraternales.
Mentira han sido no mas
Nuestros funestos debates...
Mirad cual nos abrazamos;
Ved nuestra amistad constante;
Y esos terribles fantasmas
De vuestra mente se aparten.
Rod. ¡Ah! sí... sí... Vamos, hermano,
Vamos.
Ed. Detente... Ella sale.
(*Salen Tom y Fany sosteniendo á Arabela.*)

ESCENA IV.

RODULFO, EDUARDO, ARABELA, TOM, FANY.

Tom. Sí, venid... no temais. [llevan?
Arab. ¿Dónde me
¿Quē me quieren?
Fany. Seguid.
Rod. ¡Desventurada!
Arab. Vos ¿quién sois? (*A Tom.*)
Tom. Yo soy Tom.
Arab. ¡Tom!
Tom. Vuestro viejo,
Vuestro fiel servidor.
Rod. ¡Ah! voy...
Ed. Aguarda.
(*Rodulfo y Eduardo permanecen retirados sin acercarse á Arabela.*)
Tom. ¿No os acordais? [do... Fany,
Arab. Sí... sí... Recuer-
¿Te acuerdas tú tambien?
Ed. ¡Fany adorada!
(*Bajo á Rodulfo.*)
Solo á ella conoce.
Fany. Es el anciano,
Señora, que cuidó de vuestra infancia.
Vedle, abrazadle... Su lealtad os viene
Tambien á consolar.
Arab. ¡Pena excusada!
No hay para mí consuelo. Dile, dile
Que se marche de aquí.
Tom. ¡Me parte el alma
Su infeliz situacion!
Arab. ¿Llorais?... ¡Oh, cuánto
Ese llanto os envidio!... Yo lloraba
Otro tiempo tambien... y entonces era
Cual ninguno dichosa... Ahora... nada...
¡Mirad...! secos los ojos... sí... lo mismo
Que lo está el corazon... ¡Ay! una lágrima,
Una tan solo le demando al cielo...
¡Seria tan feliz si yo llorara!
Rod. ¡Ah! no puedo sufrir...
Ed. Calla.
Tom. Animaos.
Abrid, señora, el pecho á la esperanza.
Os traigo buenas nuevas... Vuestros hijos...
Arab. ¡Mis hijos! [llaga?
Fany. ¡Ah! ¿por qué tocar su
Arab. ¡Mis hijos!... ¿Qué intentais?... ¿Venís acaso,
Cruel, á echarme mi delito en cara?
¿Venísle á castigar?... Sí... lo merezco...
Hé aquí me pecho, herid... clavad la espada
En este pecho criminal.
Tom. Señora,
Desechad esa idea que os engaña.
¡Vos criminal!... ¡Ah! no. [dicho?
Arab. Pues ¿no os han
Es un secreto atroz... ¡Por Dios, no salga
Jamás de vuestra boca!... Yo á su lado
Era un tiempo feliz... Ellos me amaban...
Y yo á ellos tambien... ¡Oh! mucho, mucho.
Mas un dia... ¡Qué horror!... De ardiente saña
Dejándome arrastrar... Estaba loca,
Loca por fuerza, sí... Con una daga
Yo... Me engaño... no es eso... Madre impía,
Puse en sus manos fratricidas armas,
Y... Vedlos... allí están... Mirad... Ya cruzan

Los aceros... Tened... ¡Gran Dios! Se matan.

(*En este instante los dos hermanos, que se habrán acercado, se arrojan abrazados á los piés de Arabela.*)

Rod. No, madre, no es verdad : se aman, se adoran.
Vedlos á vuestros piés como se abrazan.

Arab. ¡Cielos!... ¿Qué voz oí? ¿Me habré engañado?

(*Reconociendo la voz de Rodulfo.*)

Parecíame ser... ¡Ilusion vana!
No, no es posible.

Rod. Sí, lo es, ¡ó madre!
Es vuestro hijo que amoroso os habla.
No, no ha muerto, aquí está... La mano vuestra
Regando con su llanto vuestras plantas.

(*Rodulfo besa repetidas veces la mano de Arabela : esta, mas sosegada, se va enterneciendo poco á poco*)

Arab. ¡Es la voz de Rodulfo!... ¡Cuánto tiempo
Hace que lejos de él no la escuchaba!
¡Ay, qué consuelo... Proseguid... habladme...
¿Por qué ha cesado ya?... ¿Por qué se pára?...
¡Soy tan feliz ahora!

Rod. Conocedme,
Madre, madre... soy yo. . ¡madre del alma!
Esos ojos volved... Soy vuestro hijo...
Conocedle en el llanto que derrama.

(*Llora sobre la mano de su madre.*)

Arab. ¡Llanto!... ¡llanto!... Sí... sí... siento su fuego
Que penetra hasta aquí... que arde... que abrasa...
Que nuevo aliento da... que vivifica...
Y ¡toda, toda me conmueve!

Fany. ¡Ay, hagan
Los cielos...!

Arab. ¡Qué opresion!... ¡Siento los [ojos...!
Las lágrimas en ellos agolpadas...
Sí... ya quiero llorar... ya... ya... lo siento.
Sí... sí... ¡lágrimas son... estas son lágrimas!

Fany. ¡Gracias, Dios de bondad, ya se ha salvado!

Arab. ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!

(*Sollozando fuertemente, y haciendo vanos esfuerzos para hablar.*)

Rod. Sosegad...

Fany. No : en vena larga
Dejad que llore, que ensanchado el pecho,
Al fin recobre su perdida calma.
¡Señora!

Rod. ¡Madre mia!

Arab. Ya respiro...
Siento que el corazon feliz se ensancha...
Que el aire está mas puro... que una nube,
Un espeso vapor, al fin se aparta
De mi ofuscada vista... ¡Ah! ¡Fany! ¡Fany!

(*Arrojándose en sus brazos.*)

Fany. Pues mirad quien sus brazos os [alarga :
Mirad allí.

(*Arabela, volviendo la vista hácia Rodulfo, le reconoce y da un grito.*)

Arab. ¡Rodulfo!

Rod. ¡Madre!

Arab. ¡Hijo,
Hijo amado! (*Va á abrazarle y se detiene.*)
Mas ¡qué!... ¿Solo?... Me falta
Otro... otro hijo... sí... ¿Dónde se encuentra?

(*Eduardo, que habrá quedado algo retirado, como escondiéndose de su madre, se presenta abrazándose con Rodulfo.*)

Ed. Madre mia, los dos aquí se hallan.
Vedlos ambos aquí... mirad sus brazos
¡Cuál con cariño fraternal se enlazan!

Arab. No, no es ahí donde abrazarse deben.

Ed. ¿Dónde?

Arab. Sobre este seno que os aguar- [da.

Rod. y Ed. ¡Ah, sí!

(*Los tres se abrazan.*)

Tom. ¡Bendito Dios, que [así terminan
Sus funestas discordias!

Ed. ¡Madre amada!

Arab. ¡Hijos! ¡hijos!... Volved... que vuestra madre
De veros en sus brazos no se cansa.
¡Oh, cuan dichosa soy!... ¡Pero no veo
A vuestro padre aquí!... ¿Por qué se aparta
De mi lado?

Ed. Señora...

Arab. Estais turbados.

Ed. Nuestro padre está lejos... Acompaña
En este instante al rey.

Arab. Sí, bien me acuerdo.
Mas ¿dónde nos hallamos? De esta estancia
La horrible lobreguez...

Ed. ¡Ah, madre mia!...

Arab. ¿Y bien?

Ed. Temo decir...

Arab. ¿Qué temes? Habla.

Ed. Todos estamos presos.

Arab. ¡Una cárcel!

Ed. De ese malvado Bull la furia insana...

Arab. ¡Ah! comprendo.

Ed. Alentad... Pronto, lo espero,
Sereis por vuestro esposo libertada.

Rod. Escuchad.

(*Se oye un ruido lejano de voces y descargas. Las voces se van aproximando poco á poco hasta llegar muy cerca.*)

Ed. ¿Qué será?

Tom. Sabremos pronto...

(*Vase.*)

Ed. Voces de pueblo.
Rod. Sí.
Fany. ¡Mueran! exclaman.
Arab. ¡Dios! ¿Contra quién serán?
Ed. ¡De perseguirnos
Las iras de ese pueblo no se sacian!
Rod. ¡Silencio!... ¿No escuchais allá á lo
Arcabuces sonar? [lejos
Ed. Oigo descargas.
Arab. *y Fany.* Cierto.
Ed. Regocijaos: es sin duda
Que ya las tropas á Hereford atacan.
Fany. ¡Plegue al cielo!
Ed. Mas cerca.
Rod. Eso nos prueba
Que va venciendo el rey.
Ed. Sin duda, avanza.
Pronto seremos libres.
Fany. ¡Dios piadoso,
Gracias, gracias!
(*Vuelve Tom muy agitado.*)
Ed. ¿Y bien, Tom, qué te alarma?
Ese semblante...
Tom. ¡O cielos!... ¡Amos mios!
Ed. ¿Qué hay?
Rod. Habla.
Tom. No sé cómo...
Ed. ¿Nos amagan
Mas desdichas aun?
Tom. ¡Y grandes!
Arab. *y Fany.* ¡Cielos!
Rod. Di pronto.
Ed. ¿Ese rumor?...
Tom. Alborotada
La plebe de Hereford...
Ed. ¿Y bien?
Tom. Con furia,
Cercando esta prision, quiere asaltarla.
Arab. *y Fany.* ¡Gran Dios!
Ed. ¿Qué dices?
Tom. Con horribles voces
Piden vuestras cabezas.
Arab. *y Fany.* ¡Ay!
(*Dando un grito agudo.*)
Ed. ¡Infamia!
Rod. ¡Maldicion!
Arab. ¡Hijos mios!
(*Yendo hácia ellos.*)
(*Se oyen las voces ya muy cerca, y golpes como para derribar las puertas.*)
Tom. Ya se acercan.
Rod. ¡Y no tengo un acero! ¡Y sin venHabré de perecer! [ganza
Ed. Vengan; que alguno
Primero ha de morir entre estas garras.
Arab. Venid, venid; que con el pecho mio
Un escudo os haré... Si os amenazan,
Antes han de pasar sobre mi cuerpo
Que llegar á vosotros.
Rod. *y Ed.* ¡Madre amada!
(*Aumenta el ruido.*)
Tom. ¡Cielos, ya están ahí!... ¡Queridos amos!
Ed. Tom, no te estés aquí: huye y te salva.
Tom. ¡Yo, señor! ¿Qué decís?... Nunca. Este viejo
Donde mueren sus amos, allí acaba.
Voces. Esas puertas abajo. (*Dentro.*)
(*Se oyen golpes para derribar la puerta del foro.*)
Arab. ¡Ay, hijos mios!
¡Que al menos á vosotros abrazada
Vuestra madre perezca!
Ed. Os defendemos.
Fany. ¡Compasion de nosotros, vírgen santa!
(*Arabela y sus hijos, abrazados, forman un grupo á un lado del teatro. Fany y Tom forman otro al lado opuesto, cayendo arrodillados y alzando las manos al cielo. Rodulfo y Eduardo toman una actitud amenazadora, dirigiendo sus miradas hácia los que entran, sin soltar á su madre, que tienen agarrada. Los golpes son mas fuertes: cae hecha pedazos la puerta del foro, y salen precipitadamente sir Falkland y soldados.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, FALKLAND, SOLDADOS.

Voces. ¡Victoria!
Falk. ¿Dónde están?
Ed. ¡Malvados! — ¡Cielos!
¡Mi padre!
Tom. ¡Sir Falkland!
Falk. ¡Esposa cara!
¡Hijos!
Ed. *y Rod.* ¡Padre!
Tom. Señor.
Arab. ¡Esposo!
Fany. ¡O dicha!
Arab. ¿Eres tú?
Falk. Sí, yo soy... ¡Gracias, oh, gracias
Porque á tiempo llegué, divinos cielos!
Tom. ¿Cómo es eso, señor?... ¿Pues no intentaban...?
Falk. Con un corto escuadron de amigos
Conociendo el peligro que os cercaba, [fieles,
Diligente acudí. Débil defensa,
Al ver que el pueblo mi partido abraza,

Hacen Bull y los suyos: unos pocos
Os quieren inmolar á su venganza;
Mas doblo el paso, y huyen. Ya estais libres.
Hijos mios, esposa, Fany amada,
Y tú, Tom, venid todos, abrazadme.

Rod.
Ed.
Arab.
Fany. } ¡Ah! (*Le rodean todos.*)

Falk. ¿Qué miro?... ¿Es verdad?... Las sombras vanas
Que turbaban tu mente...

Arab. Ya no existen,
Y tu grata presencia las acaba.

Falk. ¡Bendito Dios!

Arab. Y ¿el rey?

Falk. En vano ha sido
Querer mas resistir: su triste causa
Sucumbe por do quier, ¡y huir le es fuerza!

Arab. ¡Gran Dios!

Falk. Yo mismo en la vecina Francia
Corro un asilo á demandar.

Arab. Te sigo.

Ed. Y yo, padre, tambien. Pues ya á la [patria
Mi deuda le pagué, de hoy mas tan solo
De mi familia soy... de mi adorada.
(*Tomando á Fany la mano.*)

Arab. ¡Ah! si... felices sed.

Falk. Y todos juntos,
Si no hay en nuestro seno vil zizaña.

Rod. Por siempre se acabó.

Ed. Nuestras contiendas
Serán probaros quien mejor os ama.

Falk. Muy bien, hijos, muy bien.—Venid... en torno
Apiñaos de mí... Que aquí enlazadas
Este tronco ya viejo y carcomido
Llegue dichoso á ver todas sus ramas.
¡Ah! plegue á Dios que un dia, cual nosotros,
Formando una familia nuestra patria,
Do quier contemple, de discordias libre,
Amor, estrecha union y tolerancia.

MASANIELO,

DRAMA EN CINCO ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

TOMAS ANIELO, conocido por MASANIELO.
EL CONDE DE CONVERSANO.
LAURA, hija del conde.
SALVADOR CATANEO, ONOFRE CAFIERO, FRANCISCO ANTONIO DE ARPAYA, } Caudillos del pueblo.
GENARO ANNÉS, caudillo del pueblo.
EL CAPITAN BARBARIDA.
MARIA, camarera de Laura.
CABALLEROS Y DAMAS.
HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.
MARINEROS.
SOLDADOS.—CRIADOS.

La escena es en Nápoles, en el mes de julio del año de 1647.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala. En el fondo un balcon. Dos puertas laterales. Mesa y sillas.

ESCENA PRIMERA.

MASANIELO, MARIA.

(*Al subir el telon, óyese en el fondo, á lo lejos, un bandolin y una voz que canta.*)

Voz.

Surca el mar, veloz barquilla,
Surca á prisa el mar en calma,
Pues feliz me anuncia el alma
Que esperando está mi amor.

Surca el mar, que ya cercana
Miro allí la ansiada orilla:
Lleva presto, mi barquilla,
Al amante pescador.

(*Mientras canta la voz, sale María con una luz y una escala de cuerdas: coloca la luz en la mesa, y se va acercando al balcon con misterio.*)

María. Su voz es esa: conozco
Su acostumbrada cancion.
(*Abre el balcon.*)
Allí está el barco... ya llega...
¡Que ande en estos pasos yo!
¡Yo, doncella recatada,
Prototipo del pudor!
Si al menos fuera por mí,
Que no me falta aficion...
¡Mas ser de amores ajenos
Medianera, es cosa atroz!

Voz. (Canta.)

Ya brillar en la alta reja
La luz miro que me llama:
No te ocultes á quien ama,
Astro fiel, consolador.

A los piés del bien que adoro
Sé, luz bella, sé mi guia;
Y allí muera de alegría
El amante pescador.

María. Ya atraca el barco... Echaré
La escala... La ato al balcon...
Bueno... Así... Mas si alguien viene...
De miedo temblando estoy...
No es posible; duermen todos,
Y ausente está mi señor...
Si lo supiera... ¡Dios mio!
¡No habria mala funcion!

(*Sale Masanielo, subiendo por el balcon.*)

Mas. ¡Laura mia...! ¡Ah! que eres tú,
María...

María. Tomás, yo soy.

Mas. ¿Y tu ama?

María. Está en su aposento.

Mas. Pues no tardes, vé...

María. ¡Qué ardor!
Cachaza, que mi señora
Debe usar de precaucion
Para venir, y no puede...

Mas. ¡No puede!

María. Sí tal... ya voy
A avisar... Si acaso tarda
No os desespereis.

Mas. No... no...
Mas dile que estoy sin vida
Mientras no llega mi sol.

María. Por san Genaro bendito
Que es galan el pescador. (*Vase.*)

ESCENA II.

MASANIELO, CATANEO, CAFIERO.

Mas. ¡Qué triste presentimiento
Hoy me aflige el corazon!
Temo que un funesto caso...
Este misterioso amor
No puede durar... Es fuerza
Buscar alguna ocasion...
Mas los amigos aguardan...
Subid... sí... subid los dos.

(*Se asoma al balcon, llama, y suben por él Cataneo y Cafiero.*)

Caf. Asaltóse la ventana:
Ladrones somos de amor.

Cat. Pues, como soy Salvador,
Que lo hago de mala gana.

Mas. ¿De mala gana?

Cat. Sí, á fe.
¡Vive Dios que es desatino
Andar en esto!

Caf. ¡Es divino!

Cat. Es necedad.

Caf. Y ¿por qué?
Son donosas aventuras.

Cat. Todo por una mujer.

Caf. Esto se llama querer.

Cat. Estas se llaman locuras.

Caf. Amar como ama cualquiera
Maldita la gracia tiene;
Pero hacer una que suene
Con casada ó con soltera,
Arrebatarla ¡ó delicia!
De entre los paternos brazos,
Andar por ella á trastazos,
Dar que hacer á la justicia,
Es el sainete de amor.

Cat. ¡Siempre á locuras dispuesto!

Caf. Y tú, ¡siempre con mal gesto!

Cat. ¿Qué quieres...? gasto ese humor.

Caf. ¿Qué haces ahí pensativo?

(*A Masanielo, que mira hácia la puerta.*)

Mas. Miro si mi dueño viene.

Caf. ¡Vaya una dicha que tiene
Este bribon...! ¿Qué atractivo
Se halla, dime, en tu persona
Para que te amen condesas,
Mientras que yo en mis empresas
Solo hallo alguna fregona?

Mas. ¡Casualidad!

Caf. Y ¡á fe mia
Que la niña no es alhaja!
Su tez á la nieve ultraja,
Su rostro inspira alegría,
Sus ojos son dos estrellas,
Y su cuerpo... ¡una cintura...!
No tiene igual hermosura
Este país de las bellas.

Mas. ¿La conoces?

Caf. Eso es llano:
En Nápoles, por su fama,
¿Quién hoy á la hija no ama
Del conde de Conversano?

Cat. Mas conocido es su padre.

Caf. Confieso que es gran bribon.

Cat. ¡Ojalá que el corazon
Este puñal le taladre!

Caf. Váyase con Lucifer,
Como su hija nos quede.

Mas. ¡Cuánto tarda...! Algo sucede
Cuando...

Caf. Es preciso tener
En estos lances espera.
Este sillon hallo á mano
Y en sus brazos me arrellano.

(*Toma un sillon y se sienta, quedándose medio dormido.*)

Cat. No; marcharnos mejor fuera.

Caf. ¡Marcharnos...! Y ¿para qué?
Yo me encuentro bien ahora.

Mas. Y á la que mi pecho adora
¿Por ventura no veré?

Cat. ¿Tanto es tu amor?

Mas. Es inmenso.

Cat. Vé, me inspiras compasion.

Mas. ¿Nunca amó tu corazon?

Caf. ¿Él...? Ni es capaz de amar, pienso.

Cat. ¡Amar...! ¿á quién...? ¡á la hija
De un noble, de un gran señor!
¡Vive Dios que es necio amor,
Ni entiendo á qué se dirija!
¿Presumes con ella unirte?

Corre, pues, y la pretende:
De ira verás cuál se enciende
Su altivo padre al oirte.
De que osado á tanto aspires
La sangre en él hervirá:
Deshonrada la creerá
Solo con que tú la mires.
Entre esa gente y nosotros
Enlace no puede haber:
Solo para aborrecer
Existimos unos y otros.
Mas. No ignoro, no, la distancia
Que nos separa á los dos;
Pero amor, potente Dios,
Mas vence cuando hay constancia.
Tal vez... En fin, si es locura,
Si en pos de sombras me afano,
Todo razonar es vano,
Este error es mi ventura.
Y no me aconsejes mas;
Que al contemplar tal tesoro,
Yo solo sé que la adoro,
Y no pienso en lo demás.
Cat. Haces muy bien, Masanielo;
No lo debes, no, pensar;
Pues te miro preparar
A tu amor eterno duelo.
Mas. ¿Quién...? ¿yo?
Cat. Sí... ¿lo has olvidado?
¿Será fuerza te lo digan?
¿Qué juramentos te ligan?
Di: ¿qué empresa has meditado?
Mas. Recuerdos no he menester:
Yo ví á mi patria oprimida,
Y aun á costa de mi vida
Sus hierros juré romper.
Cat. Pues esta casa en que estás,
Sus dueños que envanecidos
La habitan hoy, convertidos
En cenizas los verás.
Mas. ¡Cómo!
Cat. Cuando con furor
Se alce el pueblo, y su venganza
Sacie en la justa matanza,
Responde: ¿tendrás valor?
Mas. ¿Dudarlo puedes?
Cat. Y acaso
¿Sabes, Masanielo, di,
Lo que exigirá de tí
La patria en tan fiero caso?
Mas. ¿El qué?
Cat. Tú mismo la espada,
De esa patria en el altar,
Sin piedad has de clavar
En el padre de tu amada.
Mas. ¡Yo!
Cat. Y su aleve corazon
Traspasado, palpitante,
Será, venturoso amante,
La ofrenda de tu pasion.
Mas. Te engañas: no morirá,
Que yo sabré defenderlo.
Cat. Y entonces traidor, al verlo,
El pueblo te llamará.
Mas. ¡Traidor! ¡á mí...! Por ventura
Cuando yo me armo por él
¿Me quiere tambien cruel?
¿Será crímen la ternura?
Cat. Cuando al son de libertad
El pueblo baña sus manos
En sangre de sus tiranos,
Es crímen, sí, la piedad.
Mas. Al ir el yugo á romper
De que se muestra impaciente,
Le prometo ser valiente,
Pero no bárbaro ser.
Cat. Y ¿á qué, pues, alzarte intentas?
Mas. ¿A qué? para darle gloria,
Para borrar la memoria
De sus antiguas afrentas.
Hora á levantar del suelo
La frente se atreve apenas:
Quitémosle sus cadenas,
Y álcela erguida hasta el cielo.
Bella Italia, tú algun dia
Señora del mundo fuiste:
¿Cómo tan bajo caiste?
¿Quién tu antiguo ardor enfria?
Do quiera en tu suelo miro
Triunfar al vil extranjero:
Sufrir este aire no quiero
De esclavitud que respiro.
Vuelve á tu antiguo esplendor,
Y mostrando tu pujanza,
De este fértil suelo lanza
A tu bárbaro opresor;
Que si en el ocio en que están
Tus viles nobles reposan,
Lo que ellos cobardes no osan
Estos plebeyos lo harán.
Cat. Aun harán mas: de esos hombres
Altivos, raza maldita
Que nuestro furor concita,
Borrarán hasta los nombres.
Del suelo desaparezcan
Tantos viles cortesanos:
Los que no sean villanos
Como nosotros, perezcan.
No me basta libre ser,
Renuncio gloria y honor,
Si este implacable rencor
No logro satisfacer.
El que una vez me humillara
No espere de mí piedad:
Aun mas que la libertad
La venganza al pueblo es cara.

Caf. Pero, señor, ¿qué sandeces
Estais ensartando ahí?
¡Mucho hablar, y desde aquí
Iremos á vender peces!
Por Dios, que es gran desatino
En tales cosas pensar:
Los dos sois locos de atar
Y habeis ya perdido el tino.
¡Qué gloria ni calabazas!
¡Qué libertad ni qué alforja!
¿Quién tales proyectos forja?
¡Pues de héroes tenemos trazas!
Dejad al mundo correr,
Y ande la bola: yo al rico
No tengo odio, ni tantico,
Como me dé de comer.
¡Que nos manda el español!
De quien quiera que dependa,
Mis redes serán mi hacienda,
Y mi solo abrigo el sol.
Ahora bien, si hacer podeis
Que yo tambien rico sea,
Apruebo entonces la idea,
Y muy gran favor me hareis;
Que cuando os oigo formar
Planes tan vastos y bellos,
Solo encuentro bueno en ellos
Lo que me pueda tocar.
Logre yo tener dinero
Cuanto le cumpla á mi gusto;
Y que otro lo tenga es justo,
Bien sea noble ó pechero.
Mas. Callad, que alguien viene ya.
Caf. Una luz allí diviso.
Ella será... sí... preciso.
Mas. Ocultaos.
Caf. Bien está.
Pero ¿dónde?
Mas. En este cuarto.
(*Señalando el de la derecha.*)
No salgais sino á mi voz.
Caf. En él me meto veloz.
Cat. De este embrollo ya estoy harto.
(*Cataneo y Cafiero se ocultan en el gabinete de la derecha. Sale Laura azorada.*)

ESCENA III.

MASANIELO, LAURA.

Laura. ¡Masanielo!
Mas. ¡Dueño mio!
¡Cuánto has tardado! ¿Qué tienes?
¡Oh! ¡cuán agitada vienes!
Laura. Vete pronto.
Mas. ¡Qué desvío!
¡Irme yo!
Laura. Si te detienes
Perdidos somos los dos.
Mas. ¡Perdidos...! ¿qué causa, di...?
Laura. Mi padre se encuentra aquí;
Márchate, mi bien, por Dios.
Mas. Pues ¿no estaba ausente?
Laura. Sí;
Mas de pronto ha regresado.
Su inesperada venida
Me estremece: hame abrazado
Silencioso, y en seguida
En su estancia se ha encerrado.
Mas. Querrá descansar... Mi bien,
No temas... ¡Ah! ¡cuánto anhelo
Verte, hablarte...! Al lado ven
De tu amante Masanielo.
Laura. ¿Lo quieres...? Cuidado ten
Por si alguien viene, María.
(*María, que la habrá acompañado, se retira.*)
Mas. Deja, deja, Laura mia,
Que un instante aquí te mire,
Y luego á tus piés espire
De pasion y de alegría.
Torna á mí tus ojos bellos,
Tus ojos que mansedumbre
Derraman entre destellos,
Y á los rayos de su lumbre
Quede abrasado por ellos.
De ese rostro angelical
Contemple yo la dulzura;
Y este placer sin igual
Me transporte en mi ventura
A la mansion celestial.
Laura. Y deja que yo á mi vez
Respire tu dulce aliento,
Oiga tu voz, cuyo acento
Ahuyenta mi timidez
Mientras grata aquí la siento.
Lleguen hasta el corazon
Esas palabras ardientes
Que pintando tu pasion,
En él dejan, elocuentes,
Profunda, eterna impresion.
¿Qué magia tan poderosa
En tí, dulce dueño, existe,
Que aunque yo lo quiera ¡ay triste!
Subyugada, temblorosa,
Mi razon no la resiste?
¿Cómo, di, te apoderaste
De mi alma, de mi existencia?
Mas. ¿Yo...? No conozco mas ciencia
Que el amor que me inspiraste.
Laura. ¿Tanto me amas?
Mas. Con demencia.
¿Ves el temido volcan
Que arde sobre nuestra frente,
Y cubre airado, imponente,

Los campos que en torno están
Con olas de lava hirviente?
Pues menos activo, sí,
Es su fuego destructor,
Que este inextinguible ardor
Que para adorarte á tí
Prendió en mi pecho el amor.
¿Ves ese mar borrascoso
Que alza sus olas al cielo,
Y allá en su abismo espantoso
Traga el navío orgulloso
Como el frágil barquichuelo?
Así alterado se ostenta
Mi fogoso corazon
Do en eterna confusion
Mueve furiosa tormenta
Ardiente, inquieta pasion.
Y en el continuo afanar
Que este pecho martiriza,
Cuando los llego á mirar,
Con el volcan, con el mar
Mi corazon simpatiza;
Que allá en la cumbre elevada
Medir el cráter me agrada
Si hierve la lava en él;
O mecerme en mi batel
Sobre la onda irritada.

Laura. ¡Cómo el fuego vehemente
Con que tu pasion se explica
A mi alma se comunica,
Y el dulce ardor que ya siente
Con el tuyo centuplica!
Al verte y al escucharte,
Quién eres, quién soy olvido;
Que si la suerte criarte
En cuna humilde ha querido,
Yo nací para elevarte.
¿Qué me importa la riqueza?
¿Qué los antiguos blasones?
Mucho mas que oro y nobleza
Yo estimo la fortaleza
Que alienta los corazones.
A tu arrojo, á tu valor
¿No debo, dime, la vida?
Tú del mar y su furor
Me salvaste: agradecida
Yo la consagro á tu amor.

Mas. ¿Te acuerdas?

Laura. ¿Puedo olvidar
Aquel momento dichoso?
Cuando en los brazos reposo
Del sueño, y al despertar,
Siempre te miro animoso
Lanzarte á la mar airada,
Y despreciando la muerte,
Ante la turba asombrada,
Del abismo, desmayada,
Sacarme con brazo fuerte.

Mas. Aquel dia decidió
Por siempre de mi destino;
Pues ¿cómo pudiera yo
Ver tu semblante divino
Y ser insensible...? no.
Bien conozco que es demencia:
¡Un menguado pescador
Osar amarte, ó insolencia,
Empañando el bello honor
De tu preclara ascendencia!
Esto tu padre dirá:
Mi amor un crímen será;
Y al ver que el tuyo consigo,
Leves para mi castigo
Suplicios mil hallará.

Laura. Yo me arrojaré á sus piés,
Los bañaré con mi llanto,
Y al contemplar mi quebranto...

Mas. ¿Olvidas, Laura, quién es?
¡Puede el orgullo en él tanto!
A sus ojos Masanielo
Es despreciable villano;
Mas se engaña, vive el cielo,
Si piensa que este gusano
Se arrastre siempre en el suelo.
No, que el insecto tal vez
Su vil capullo quebranta,
Y en alas de brillantez
Del fango, con altivez,
Hasta el cielo se levanta.
Pues yo me levantaré:
Yo me haré grande, temible,
Y con esfuerzo invencible
Tu mano conquistaré;
¡Nada al que ama es imposible!
Ya mi primera rudeza
Perdí desde que te adoro;
Que á impulsos de mi terneza,
A abrir para mí se empieza
De las letras el tesoro;
Y en el ardor que me inspiras
Todo mi alma lo ambiciona;
Pues de tal poder blasona,
Que el pescador que aquí miras
Aspirara á una corona.

Laura. Sí, mi bien, te ilustrarás;
El corazon me lo dice:
Tu noble ardor me predice
Que algo grande emprenderás
Que tu nombre inmortalice;
Y cuando al fin logre verte
La sien de lauro ceñida,
Al consagrarte mi vida,
En lugar de ennoblecerte
Yo seré la ennoblecida.

ESCENA IV.

Dichos, MARÍA.

María. Señora, perdidos somos.
Vuestro padre...
Laura. ¡O Dios! ¿Es cierto?
María. Yo le he visto: acompañado
Viene de dos escuderos.
Laura. ¡Ay! huye pronto, imprudente:
¿Por qué te has quedado?
María. Luego,
Luego... Marchaos... Bajad.
Mas. Sí... ya voy.
María. Bajad.
Mas. ¡O cielos!
(*Aparte.*)
Y esos que quedan ahí...
María. Que ya se acerca.
Laura. ¿Qué haremos?
María. Yo me escondo en este cuarto.
Laura. Sí, sí, vamos.
(*María va á entrar en el gabinete: al abrir la puerta ve á los que están dentro, y retrocede espantada dando un grito.*)
María. ¡Ay!
Laura. ¿Qué es eso?
María. ¡Unos hombres!
Laura. ¡Unos hombres!
Mas. Sí, son unos compañeros.
Laura. ¡Masanielo!
Mas. Nada temas:
Era tan solo mi intento...
María. Ya están ahí.
Laura. ¡Cielo santo!
Mas. Yo á defenderte me quedo.
María. Cogiónos en el garlito:
Ya puedo rezar el credo.

ESCENA V.

Dichos, el CONDE, dos Criados.

Conde. Laura, ¿qué es esto...? ¿Por qué
En este sitio te encuentro?
¡A tales horas tú aquí!
Laura. ¡Padre...!
Conde. Y ese hombre que veo,
¿Quién es? ¿qué quiere?
Laura. Es un...
Conde. Habla.
Si he de juzgar por su aspecto...,
Algun malhechor...
Mas. ¿Quién? ¿yo?
¿Me conoceis?
Conde. ¡Masanielo!
Mas. Sí, conde.
Conde. Y ¿á qué venís?
Responded: ¿qué vil proyecto...?
¿Por dónde entrásteis?
Mas. Mirad.
(*Señalando el balcon.*)
Conde. ¡Por ese balcon! ¿Qué es esto?
¡Una escala...! Y ¿quién os pudo...?
¡Ah! ¡malvados...! ya comprendo...
La turbacion de estas dos...
¡Padre infeliz...! ¿Con que es cierto...?
No me engañaron... ¡Venganza! —
Venid: muera este perverso.
(*A sus criados.*)
Mas. Nadie se acerque, ó sino...
(*Sacando un puñal.*)
Laura. ¡Padre!
(*Interponiéndose entre Masanielo y el conde.*)
Conde. Aparta.
Laura. Deteneos.
(*A los criados, que se dirigen armados hácia Masanielo.*)
Conde. Vosotros, ¿á qué aguardais?
Herid. (*A sus criados.*)
Mas. Venid, compañeros.
(*Dirigiéndose hácia la puerta del gabinete.*)
(*Salen Cataneo y Cafiero, y abalanzándose cada uno á un criado, le coge el brazo y le pone un puñal al pecho.*)
Caf. Poco á poco, camarada.
Cat. Si das un paso eres muerto.
Conde. ¿Qué miro? ¡Lazo infernal!
Mas. Quitadles las armas luego.
Cat. Venga acá. (*Desarmando al suyo.*)
Caf. Si te resistes...
(*Lo mismo.*)
Conde. ¡Cobardes...! Yo solo puedo...
Mas. Estais en nuestro poder:
Conde, envainad el acero.
Conde. No, que antes...
Cat. Verás qué pronto...
(*Apuntándole con una pistola.*)
Laura. ¡Ah!
Mas. Salvador, ten respeto
Al padre de Laura... Aparta.
Cat. Si digo bien que eres necio.
Mas. Dejadnos solos... Volved
A ese cuarto.
Cat. Está bien.
Caf. ¿Y estos?
(*Señalando á los criados.*)
Mas. Que entren tambien con vosotros.
Caf. Venid.
Cat. Ea, entrad primero.
(*Hacen que los criados entren con ellos

en el gabinete y se encierran. María habrá aprovechado el anterior diálogo para marcharse.)

ESCENA VI.

MASANIELO, EL CONDE, LAURA.

(Masanielo va á la puerta de salida y la cierra con llave.)

Conde. ¿Qué estais haciendo?
Mas. Cerrando
Esta puerta: ¿no lo veis?
Conde. ¿A qué fin?
Mas. Para que nadie
Entre: ¿para qué ha de ser?
Conde. Mas...
Mas. No temais.
Conde. Yo no temo.
Mas. ¿Recelais de mí?
Conde. Sí, á fe.
Mas. Tranquilizaos... Guardad
Esa espada.
Conde. Así está bien.
Mas. Excusada precaucion.
Ya sois solo contra tres:
Si quisiéramos...
Conde. Al menos
Bien vengado moriré.
Mas. Guardad la espada, os suplico,
Y procuremos tener
La fiesta en paz.
Conde. Ya la guardo.
Ahora ¿qué me quereis?
Presto, hablad.
Mas. Sentaos.
Conde. No.
Mas. Sentaos. *(Dándole una silla.)*
Conde. ¡Qué pesadez!
(Toma la silla y se sienta con enfado.)
Mas. Y vos, señora, no así *(A Laura.)*
Tan desconsolada esteis.
Laura. ¡Ah! Masanielo...
Mas. Por Dios,
Calmad... Sentaos tambien.
Laura. Mas mi padre...
Mas. Vuestro padre...
¿Qué pudiérais temer de él?
Conde. Su muerte, si por ventura
(Levantándose.)
Lo que no llego á creer
Fuera cierto.
Mas. Y defenderla
Yo entonces, conde, sabré.
Conde. ¿Luego es verdad...?
Mas. Sosegaos.
Tomad asiento otra vez.
Conde. ¡Paciencia!
(Se vuelve á sentar, siempre con ira. Masanielo da una silla á Laura, que se sienta afligida y llorando; y él hace lo mismo, junto al conde.)
Mas. Escuchadme, conde.
Sin duda os acordareis
Del dia en que de las ondas
A vuestra hija salvé.
Conde. Si vos entonces valiente
Os mostrásteis, bien sabeis
Que yo tambien generoso
Con vos mostrarme intenté.
Mis tesoros os abrí:
Sin tasa en ellos coger
Pudísteis, y...
Mas. Sí, riquezas
Me ofrecísteis... Rehusé.
Conde. Y ¿qué mas hacer podia?
Mas. ¡Oh! Vosotros no sabeis
Cuando os servimos pagarnos
Sino con oro: á los piés
Nos lo arrojais, y el desprecio
Y la deshonra con él.
Pues yo prefiero guardar
Del beneficio el placer,
Y al mismo tiempo el derecho
De despreciaros tambien.
Conde. ¡Atrevido!
Mas. Perdonad:
Soy altivo.
Conde. Bien se ve.
Pero al fin...
Mas. Al fin, señor,
Esculpida con cincel
De fuego, en el corazon
Aquella escena guardé.
Desde entonces á mis ojos
Todo la ofrece: el poder
De esa beldad avasalla
Mis sentidos. Ora esté
El fiero mar arrostrando
En mi ligero batel;
Ora en mi rústico albergue
El cuerpo al descanso dé;
Ora afanoso recorra
Ese florido vergel
Con que Nápoles en torno
Ostenta un segundo Eden;
Ora, en fin, quiera aturdirme
Con el bullicio y vaiven
Del pueblo que allá en la plaza
Hierve en confuso tropel;
La miro hermosa, radiante,
Cercada de brillantez,
Cual la reina de las aguas
Bajo su rico dosel;
O mírola desmayada

Cual cadáver á mis piés,
Muerta la luz de sus ojos,
Cubierta de palidez;
Y á pesar de mis combates,
Sin que me pueda vencer,
Siento, señor, que la adoro,
Y siempre la adoraré.
Conde. ¡Y el liviano pensamiento
Te has atrevido á poner,
Tú, mísero pescador,
En la hija de...!
Mas. ¿De quién?
¿De un conde? ¡Crímen horrible!
Conde. ¡Tú amarla, tú!
Mas. ¿No? Y ¿por qué?
¿No tengo en mis venas sangre
Que hirviendo siento correr?
Y ¿no tengo un corazon
Que late y siente...? Par diez
Que cuando á la par de un grande
Ojos me dió con que ver
El cielo, si él sabe amar,
Puedo amar lo mismo que él.
Conde. Amad á vuestras iguales.
Mas. Y ¿amadas no pueden ser
Vuestras hijas?
Conde. Por vosotros,
No.
Mas. ¿Por quién?
Conde. ¿No lo sabeis?
Por quien no haga de vergüenza
Nuestra frente enrojecer.
Mas. Solo hay vergüenza en el crímen;
Y mientras tenga honradez
Un plebeyo, vive Dios
Que es tan bueno como el rey.
Conde. Así va el mundo.
Mas. No tanto;
Que alguno piensa al revés.
Conde. ¡Quién será!
Mas. Sin ir mas lejos,
Laura...
Conde. ¡Mi hija!
Mas. Sí.
Conde. Pues ¿qué...?
Mas. Que si yo la quiero á ella,
Ella me quiere tambien.
Conde. ¡Que sufra yo tal afrenta!
(*Se levanta.*)
¿Para esto, infame, la habeis
Salvado?
Mas. ¿Fuera mejor
La dejara perecer?
Conde. Y con tal amor, decid,
Malvado, ¿qué pretendeis?
Mas. ¿Qué pretendo preguntais?
Pues nos amamos...
Conde. ¿Y bien?
Mas. Juzgadlo vos.
Conde. No lo alcanzo:
Porque, al fin, vuestra altivez
No puede á tanto llegar
Que aspire...
Mas. ¿A qué os deteneis?
Hablad.
Conde. Rubor da el decirlo.
A su mano.
Mas. Si quereis,
¿Quién lo estorba?
Conde. En mi ignominia
¿Pensais que consentiré?
Mas. Sé que de altos ascendientes
No puedo gloriarme: sé
Que soy pobre y solo tengo
Unas redes que ofrecer;
Pero en cambio traigo aquí
Un corazon que tal vez
Gane en aliento y grandeza
Al del mas noble marqués.
Conde. Pero...
Mas. Sé tambien, y acaso
Me vais esto á responder,
Que á su enlace aspirarán
Cien próceres y otros cien.
Mas esos mismos se hallaban
Presentes, bien lo sabeis,
Cuando en el mar con la muerte
La infeliz luchaba; y ¿quién,
Quién de ellos para salvarla
Se quiso al riesgo exponer?
Todos cubierto el semblante
De espantosa amarillez,
Inmobles la contemplaban
En las ondas perecer.
Solo este vil pescador
Nacido de entre la hez
Del pueblo, entonces aliento
Supo mostrar... Ya se ve,
Si se trata de morir,
Buenos somos y está bien;
Mas cuando de nuestras obras
El fruto se ha de coger,
Os toca á vos, y nosotros
Somos canalla soez.
Conde. ¡Eh! Basta de discurrir.
Soy su padre, y por la ley
Cual me plazca, yo tan solo
Puedo de ella disponer.
Mas. Si la vida Laura os debe,
Me la debe á mí tambien.
¿Reclamais vuestros derechos?
Reclamo los mios, pues.
Conde. ¿Delirais?
Mas. Oid: no exijo
Que á ese orgullo renuncieis;
Ni me deis, siendo yo nada,

Hora tan precioso bien.
Aguardad : todo me dice
Que la sabré merecer.
Otros que cual yo nacieron
En cuna humilde, la sien
Han visto ceñirse osados
De victorioso laurel,
Y con hechos inmortales
Se han logrado ennoblecer.
Yo como ellos algun dia...
Conde. Me dais compasion.
Mas. ¿Pues qué,
Dudais?
Conde. Solo un necio amor
Puede inspirar tal sandez.
Mas. Pues mas de lo que pensais
Quizás ese dia esté
Cercano.
Conde. Sí, ya saludo
Al guerrero gloria y prez
De su patria.
Mas. Temblad, conde;
Que el cielo, en su alto saber,
De pronto al pequeño ensalza,
Y al grande pone á sus piés.
Conde. ¿Me amenazais? Vive el cielo
Que aunque perezca, yo haré...
(*Quiere echar mano á la espada: Laura, que se habrá levantado y acercádose poco á poco atenta á la conversacion, se interpone entre los dos y le detiene.*)
Laura. ¡Padre!
Conde. Quita tú, malvada,
Deshonra de mi vejez :
Te desconozco, y mi acero...
Sabrá castigar...
Mas. Tened,
Que yo la defiendo, y todo
Menos eso sufriré.
Conde. Ea, acabemos : marchaos;
Que si mas os deteneis,
O vuestra sangre ó la mia
Por fuerza habrá de correr.
Laura. ¡Ay! Vete. (*A Masanielo.*)
Mas. ¿Y he de dejarte
Entregada á ese cruel?
Laura. ¿Qué importa, no siendo tuya,
Que el hierro ó el dolor me dé
La muerte?
Conde. ¿Qué osas decir?
Laura. Matadme; pero sabed
Que le amo mas que mi vida.
Conde. ¡O mengua!
Mas. Bien, Laura, bien :
Esa sublime pasion
Me engrandece. ¿Qué no haré
Si así me alientas?—Señor,
Nos amamos, ya lo veis,
Nos amamos, y esta llama
Que al cielo plugo encender,
Es pura, es inextinguible.
Conde. Masanielo, ¿os marchareis?
Mas. Me marcho... pero muy pronto
A pedirla volveré.
¡La negais al pescador!
No la negareis tal vez
Al que mañana os hará
A todos estremecer.
Conde. ¿Qué escucho? ¿Qué atroz [proyecto...?
Mas. Basta ya.—Cataneo, ven :
Salgamos. (*Salen Cataneo y Cafiero.*)
Cat. ¿Nos vamos?
Mas. Sí.
Cat. Gracias á Dios.
Mas. Atended.
(*Al conde.*)
Laura queda aquí : yo espero
Que el furor reprimireis,
Y que un padre hallará en vos,
No un verdugo.
Conde. Yo obraré
Como guste.
Mas. Es que si acaso,
Lo que no puedo creer,
Olvidais que es hija vuestra,
Y osáreis... Ya me entendeis.
A conocerme hora mismo
Habeis podido aprender :
Juzgad, pues, si sus ofensas
Sin venganza dejaré.
Conde. Imbécil, tus amenazas
Desprecio.
Mas. A Dios. Ya lo habeis
Oido... Dentro de poco
A pedirla volveré.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa el mercado de Nápoles. Gran número de tiendas de todas clases adornadas con guirnaldas y banderolas de varios colores. Puestos de flores.

ESCENA PRIMERA.

CATANEO, CAFIERO, ARPAYA, GENARO, EL CAPITAN BARBARIDA, CABALLEROS, DAMAS, HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO, MARINEROS, SOLDADOS.

(*Al levantarse el telon, se ve el movi-*

miento de una fiesta popular. Muchas gentes de todas clases se hallan paseándose ó paradas en grupos. Algunos están en los puestos comprando flores. Varios hombres del pueblo juegan ó prueban sus fuerzas, ó están tocando la bandola. Mucha hos corren por todos lados con banderolas en la mano. A la izquierda del actor se hallan Cataneo, Arpaya, Genaro, y otros formando grupo, unos en pié y los demás sentados. En medio una cuadrilla de marineros está ejecutando una danza. Cafiero junto á ellos los anima.)

Caf. Eso me gusta, muchachos:
Bailad, bailad, voto á crivas.
Saltad y viva el placer.
Cataneo, ¿tú no te animas?
Cat. Yo no bailo.
Caf. ¡Yo no bailo!
¡Vaya un gesto!
Cat. Y ¿quién me obliga...?
Caf. Nadie.
Cat. Pues déjame en paz.
Caf. Siquiera por ser el dia
Del Cármen... ¿No ves la plaza?
Repara qué hermosa vista.
¡Cuánto puesto! ¡cuántas flores!
Y sobre todo ¡qué chicas!
Cat. Y observa quién viene allí.
(Le señala al capitan Barbarida, que se acerca despacio con un piquete de soldados.)
Caf. ¡El capitan Barbarida!
¡Maldito...! No, pues por él
No he de perder mi alegría.
Muchachos, vuelta á la danza.
(Vuelven á bailar los marineros, pero viendo al capitan junto á ellos se paran.)
Cap. Señores, felices dias.
¿Qué es esto...? ¿Por qué se acaba...?
Caf. (¡Espantajo...!) *(Aparte.)*
Es que... (¡Cuál mira!) *(Aparte.)*
Cap. ¡Qué gentecita hay aquí!
Caf. Es toda gente lucida.
Cap. ¡Qué presidio!
Caf. Estoy por darle...
Cap. Vaya, cuidado, y prosigan.
(Vase con su gente rondando y observando por todas partes.)
Caf. Ya nos aguó la funcion.
Cat. ¡Que no venga todavía
Masanielo!
(Un caballero se acerca á dos damas y ofrece flores á una de ellas.)
Caballero. Si estas flores
Os gustan, hermosa niña...
Dama. Bellas son.
Caballero. Con todo, al veros
Las marchitará la envidia.
Dama. Sois galan; pero guardadlas,
Que habrá quien zelos os pida.
(Salen bailando algunas mujeres del pueblo con bandolines y panderetas.)
Caf. ¡O qué bellas aldeanas!
No he visto caras mas lindas.
Voy á hablarlas.
(Se dirige á las aldeanas, que dejan de tocar y bailar y se paran formando grupo.)

ESCENA II.

DICHOS, MASANIELO.

(Masanielo sale precipitadamente y se dirige al grupo donde está Cataneo. Al verle los que están sentados se levantan y todos le rodean.)

Mas. ¡Hola, amigos!
Cat. Ya pensé que no venias.
¿Y qué hay?
Mas. Que todo va bien:
Esta es la ocasion propicia.
Los tercios que aquí se hallaban
En este instante caminan
Al socorro de Milan,
Do el condestable peligra.
Con solos doscientos hombres
Queda el virey... En Sicilia
No hay soldados... Llega gente
De todas las cercanías
A ver las fiestas... El pueblo
Ya sordamente se agita,
Y murmurando, tan solo
Quien le aliente necesita.
Cat. Pues ¿á qué aguardamos?
Arp. Pronto:
No hay que tardar.
Mas. ¿Prevenida
Está vuestra gente?
Cat. Sí:
La del Lavinaro es mia.
Arp. Todo el Mercado me sigue.
Gen. Yo mando en la Conchería.
Mas. Bien... oid.
(Se acercan mas unos á otros y quedan hablando con misterio.)
Caf. Ea, muchachas,
¿Qué haceis paradas...? Tú, niña,
¿No nos podrias cantar
Alguna cosa bonita?

Aldeana. Si gustais...
Caf. ¿No he de gustar?
¡Y con esa voz tan linda!
Formad corro... Oid vosotros.
(*A Cataneo.*)
Cat. Sí... ya.
Caf. ¡Ya! Me da una ira...

Aldeana. (*Cantando.*)

Sembrada está de flores
La senda del amor;
Placeres y delicias
Promete al corazon.
Tú, niña, que por ella
Corriendo vas veloz,
¡Ay! guárdate, inocente,
Del primer resbalon.

Caf. ¡Divino! Vamos... mas... mas...—
¡Otra vez esta estantigua!
(*Viendo junto á sí al capitan Barbarida.*)
Cap. Quisiera saber por qué
Siempre asusta mi venida.
Caf. Como teneis esa cara...
Y luego...
Cap. Continuad, chicas,
Que yo tambien quiero oir.
Aldeana. Pero es que...
Cap. ¿Quereis lo diga
De otro modo?
Aldeana. No por cierto:
En cuanto á mí, ya estoy lista.
Mas. Separémonos, que allí
(*A los que le rodean.*)
Está el capitan que mira.

Aldeana. (*Cantando.*)

¿Por qué la pastorcilla
Maldice del pastor?
¿Por qué infeliz se queja
Con lastimera voz?
¿Sabeis lo que ocasiona
Su llanto, su dolor?
Es que dió la inocente
El primer resbalon.

ESCENA III.

DICHOS, MARIA.

(*Sale María en ademan de buscar á alguno. Ve á Masanielo y se acerca á él con misterio.*)

María. Masanielo.
Mas. ¿Quién me llama?
María. Yo soy.
Mas. ¿Qué veo...? ¡María!
María. Ha ya dos horas que os busco.
Mas. ¿Y Laura?
María. Mi ama me envia
A que esta carta os entregue.
Mas. Dámela.
María. Leed á prisa.
Mas. (*Lee.*) «Vamos á ser separados tal » vez para siempre. Mi padre, creyendo que » la ausencia será capaz de extinguir mi » amor, me embarca hoy mismo para Es» paña, donde quiere que permanezca hasta » que contraiga otro enlace. Se han dado » órdenes para tu prision. Ocúltate: salva » tu vida; que aunque me lleven al otro ex» tremo del mundo, siempre será tuyo el » corazon de = LAURA.»
¿Qué leo? ¡Trama infernal!
¡Y yo habré de consentirla!
No, vive Dios... Antes juro...
Dime, ¿y Laura?
María. ¡Pobrecita!
Allí sola la he dejado
Llorando á lágrima viva.
Mas. Mas este viaje...
María. Es cosa
Resuelta... Si está que trina
El padre.
Mas. Mas ¿cuándo...?
María. Ahora;
Sí, que el conde se descuida.
Mas. ¿Ahora?
María. Ya la sacaban
De casa.
Mas. ¡O Dios!
María. Metidita
La dejé en el coche.
Mas. ¡O rabia!
Pero ¿dónde, dónde iba?
Vamos, habla.
María. Yo sospecho
Que hácia el puerto la encaminan.
Mas. ¡Al puerto...! No hay que perder
Tiempo... Acaso... ¡Y me la quita!
Llegó el momento fatal.
Alcese el pueblo y extinga
A esos crueles tiranos.
¡Hola, Cafiero!
Caf. ¿Quién grita?
Mas. Escucha.
Caf. Espera, que estoy...
Mas. Ven, te digo.
Caf. ¿Tanta prisa?
(*Masanielo lleva aparte á Cafiero y le habla bajo. El capitan repara en Masanielo.*)
Cap. ¿Qué veo...? ¿No es mi hombre
Aquella fisonomía... [aquel?

Él es... no hay duda... Por fin
Halléle... A ver si está lista
Mi gente... Muchachos.
(*Se reune con su gente y se va aproximando poco á poco á Masanielo.*)
Caf. Ya,
(*Bajo á Masanielo.*)
Ya entiendo.
Mas. Si necesitas...
Caf. Nada, nada: es mia toda
La gente de la marina.
Voy.
Mas. No tardes... Yo te sigo.
Caf. Abur.
Mas. Vé con él, María.
Ahora... (*Vanse Cafiero y María.*)
Cap. Mocito.
(*Deteniendo á Masanielo.*)
Mas. ¿Qué?
Cap. Dése preso á la justicia.
Mas. ¿Yo?
Cap. Sí... él.
Cat. ¿Quién? ¡Masanielo!
(*Los marineros y gente del pueblo se arremolinan y acuden manifestando descontento.*)
Cap. Vamos, pronto; no resista.
Mas. ¿Qué causa...?
Cap. Cuando le ahorquen
Es regular se la digan.
Mas. Vive Dios que...
Cap. ¿No obedece?
Prendedle.
Mas. Si alguien se arrima,
(*Sacando una pistola*)
Le dejo muerto á mis piés.
Cap. ¿Qué es esto? ¡Armas prohibidas!
Favor al rey.
Mas. Compañeros,
A mí.
Cat. Canalla maldita,
Si no os vais...
Voces. ¡A ellos!
Cat. Sí.
(*Muchos del pueblo sacan puñales y pistolas y se abalanzan á los soldados.*)
Cap. ¿Qué miro? ¡Santa Lucía!
¡Cuántos puñales!
Voces. A ellos.
Cap. ¡Favor...! ¡Ay! ¡Que me asesinan!
(*El capitan y los soldados echan á correr: el pueblo quiere seguirlos, Masanielo le detiene.*)
Mas. Dejadlos, que ellos no son,
Gente vil, canalla indigna,
En quienes se ha de cebar
Vuestra furia vengativa.
Otros hay, napolitanos,
Otros, sí, que la concitan,
Y que reclaman los golpes
De la popular justicia.
Otros que orgullo ostentando
En rica, elevada silla,
Os imponen las cadenas
De oprobiosa tiranía;
Y que gozando sin tasa
Riquezas mal adquiridas,
Con vuestra sangre y sudor
Labran su insolente dicha.
Voces. Sí... sí.
Mas. ¿Quién de nuestros males
Es el autor? ¿Quién nos mira
Como á míseros rebaños
Que devora su codicia,
O como esclavos nacidos
A servirles de rodillas?
Esos que en torno á nosotros
Ricos palacios habitan,
Palacios que fabricamos,
Moradas donde respiran
Molicie, lujo insolente,
Vicios mil, torpes delicias.
Cat. Sí, pueblo, esos que se gozan
En tus miserias, que cifran
Su ventura en nuestros males,
Y altivos nos tiranizan,
Hoy mismo el justo castigo
De sus crímenes reciban.
Miren arder sus palacios,
Cébense nuestras cuchillas
En su sangre vil, y asombre
Al mundo nuestra osadía.
Voces. Vamos.
Mas. Ved la condicion
De vuestras tristes familias.
De hambre pereciendo están,
Y trabajan noche y dia:
Escasos, sucios andrajos
Sus flacos miembros abrigan;
Y ellos la gula insaciable
Hartan en mesas opíparas,
O cubiertos de oro y seda
En plazas y estrados brillan;
Y aun así, el seco mendrugo
Que estais royendo os envidian.
Voces. ¡Venganza!
Mas. Con mil gabelas
Lo poco que os queda os quitan.
Por vil que sea, ¿qué cosa
De sus impuestos se libra?
Hasta los frutos del árbol
Que nuestro afan fertiliza
Y para sustento nuestro
La próvida tierra cria,
Viéndolo estais, el tributo

Pagan hoy á su avaricia:
Pronto del agua y del aire
Vereis tambien que nos privan.
Arp. No, no, primero morir.
Cat. Perezcan ellos y viva
El pueblo, y nuestra venganza
De espanto á los siglos sirva.
Mas. Alzate, pueblo, del polvo,
Muéstrate la frente erguida,
Y arrojando las cadenas
Hoy tu libertad conquista.
El yugo del extranjero
Que ha tantos años te humilla,
Rompe con heróico brio;
Y de hoy mas, ya nunca opriman
Tu fértil suelo los hijos
Detestados de Castilla.
Libertad, independencia,
Tal sea nuestra divisa.
¿Hay uno de entre vosotros
Que no se inflame al oirla?
Voces. Ninguno.
Cat. Libres seamos.
Mas. Libre es quien lo solicita;
Quien su sangre, su reposo
Para serlo sacrifica.
¿Estais á ello dispuestos?
Voces. Sí.
Cat. Ya en nuestras manos brilla
El vengativo puñal,
Y arden los rostros en ira.
Voces. ¡Libertad! ¡Independencia!
Mas. ¡O Nápoles, patria mia!
Ya, en fin, entre las naciones
De ser contada eres digna.
Cat. Vamos, pues... Mas aguardad.
Empresa tan atrevida,
Si no quereis malograrla,
Un caudillo necesita.
Arp. Mi voz nombra á Masanielo.
Voces. Masanielo, sí.
Cat. Podria...
Voces. Él... él.
Cat. ¡Cielos! (*Aparte.*)
Mas. De tal puesto
No rehuso las fatigas.
¿Me seguireis?
Voces. Donde quieras.
Cat. Al fin logró que le elijan. (*Aparte.*)
Mas. La torre, Cataneo, donde
Las armas se depositan,
Vé sin tardanza á ocupar.
Tú, Arpaya, antes que lo impidan,
Corre al Mandraquio, y su pólvora
Quede al pueblo repartida.
Tú, Genaro, con los tuyos
Vé luego á Santa Lucía,
Y haz que resuenen los ecos
De su campana temida.
Cat. Marchemos.
Arp. Valor.
Gen. Audacia.
Mas. ¡O suerte! sénos propicia.
A la gloria.
Cat. A la venganza.
Mas. ¡Viva la libertad!
Voces. ¡Viva!
(*Cataneo, Arpaya y Genaro, seguidos cada uno de parte del pueblo, se van por distintos lados. Masanielo, con otra parte, se dispone tambien á marchar por diferente sitio, cuando ve venir al conde con el capitan.*)

ESCENA IV.

MASANIELO, EL CONDE, EL CAPITAN, PUEBLO.

Conde. ¡Cobardes, y habeis huido!
(*Al capitan.*)
Pues yo haré...
Cap. Señor...
Mas. ¿Qué veo?
¡El conde!
Conde. Si en mi poder
No está hoy mismo Masanielo...
Mas. ¿Le buscas? Aquí le tienes.
Conde. ¡Traidor!
Mas. Yo mismo me entrego.
Ven á prenderme, si lo osas.
Voces. ¡Conversano! A él.
Mas. Teneos:
Nadie le ofenda... ¿Lo ves?
Tu vida en mis manos tengo.
Conde. Sabré morir con valor.
Mas. Aún de que mueras no es tiempo,
Que antes... Di... responde...
Conde. ¡O rabia!
Mas. ¿Dónde está Laura...? Di luego.
¿Dónde está Laura?
Conde. Y acaso
¿De ella á tí responder debo?
Mas. Una condicion te impuse:
¿La has cumplido...? Di.
Conde. Altanero,
Yo no admito condiciones
De...
Mas. De tu hija ¿qué has hecho?
Conde. Está donde tú jamás
Vuelvas á verla.
Mas. ¡Perverso!
¿Y osaste...?
Conde. Renunciar puedes
A ese amor que en torpe fuego
Arde en tu vil corazon.

Ni aun sabrás dónde la llevo.
Mas. Lo sé; mas no lograrás,
Conde, tu dañado intento.
Conde. ¿Cómo, pues...?
Mas. Que aun no ha podido
Tu hija salir del puerto,
Y en breve...
Conde. ¡Cielos!
Mas. La aguardo
Aquí para tu despecho.
Conde. ¡Infame! ¿Quién eres tú
Para burlar los proyectos
De un padre...? Pronto el cadalso...
Mas. Soy quien hoy mismo, si quiero,
A tí, á todos los tuyos,
Reducir á polvo puedo.
De vuestras vidas y haciendas
Soy el absoluto dueño;
Y soy, en fin, á quien todo
Aquí se encuentra sujeto.
Si vivís, si respirais,
Es porque yo os lo concedo.
Conde. ¿Qué escucho? Con tu pasion
Sin duda has perdido el seso.
(*Se oyen voces del pueblo y el sonido de la campana que toca á rebato.*)
Mas. ¿Escuchas esos clamores?
Pues esa es la voz del pueblo.
¿Escuchas de esa campana
El son lúgubre y tremendo?
De la popular venganza
Son los terribles acentos,
Que espanto y pavor infunden
En vuestros cobardes pechos.
Los esclavos se cansaron
Ya de sufrir; y del suelo
Alzan la abatida frente.
Temblad, tiranos.
Conde. ¿Qué advierto?
¡Os osásteis rebelar!
Mas. Jamás es rebelde un pueblo.—
Pero ¿no es ella?
Conde. ¿Quién?
Mas. Laura.
Conde. ¿Qué dices? ¿Mi hija...? En efecto,
Ella es.

ESCENA V.

DICHOS, LAURA, CAFIERO, MARINEROS.

(*Salen Cafiero y los marineros trayendo á Laura.*)

Laura. Dejadme... ¿Dónde
Me llevais?
Caf. No tengais miedo.
Seguidnos.
Conde. ¡Padre infeliz!
Mas. Con que al fin... (*A Cafiero.*)
Laura. ¡Ah! Masanielo,
Libértame de estos hombres
Que espantan.
Caf. Ahí te la entrego. (*A Masanielo.*)
Ya cumplí mi comision.
No, cuando en una me meto...
Mas. Calma tu espanto, mi bien:
Piensa que yo te protejo.
Laura. ¡Ah...! Ya estoy... Pero ¿qué miro?
¡Mi padre...! ¡Cielos...! ¿Qué es esto?
Conde. Esto es ser, ingrata hija,
Un padre infeliz.
Caf. Abuelo,
¿Estais tambien con nosotros?
Voto á crivas, que me alegro.
¡Qué aprension! ¡Tan linda moza
Quererla mandar tan lejos!—
¡Mira que si me descuido...!
(*A Masanielo.*)
Ya iba andando por el puerto
El falucho... Pero ¿qué hago?
Junto amigos... de los buenos.
Al agua... Dámosle caza...
Al fin, á fuerza de remos
Le alcanzamos... Zafarrancho,
Abordaje... No hay remedio...
Sacamos nuestros cuchillos...
A este quiero, á este no quiero...
La presa es nuestra... Ahí está.
Se hizo el negocio, y laus deo.
Mas. ¡Insigne amigo..! Señor,
Ya lo veis: hoy mis derechos
Puedo sostener... A Laura
Hora en mi poder conservo.
Conde. ¿Y osarás quitar, malvado,
A un padre su hija?
Mas. Debo
De vuestro furor librarla;
Mas solo hallará respeto,
Sumision... Pero ¿qué gritos?
De santo entusiasmo llenos
Todos acuden... Miradlos.
¡O espectáculo soberbio
El de un pueblo que á ser libre
Renace de entre sus hierros!

ESCENA VI.

DICHOS, CATANEO, ARPAYA, GENARO, PUEBLO.

(*Sale el pueblo armado con arcabuces, lanzas, y toda clase de armas.*)

Cat. Por fin, las armas son nuestras.
Vengan, vengan los perversos;

Conocerán lo que puede
De hombres libres el esfuerzo.
Mira, Masanielo, mira
Cómo presuroso el pueblo
Corre á defender la patria
Mostrando noble ardimiento.
Ni uno hay que sordo se muestre
De nuestra voz á los ecos.

Mas. Sí, nuestra empresa gloriosa
Protegen los justos cielos.

Cat. Pero ¿qué miro? ¡A tu lado
Ese infame, y no le has muerto!

Mas. ¿Qué dices, Cataneo?

Cat. Amigos,
Llegó por fin el momento
De que empiece nuestra saña
A dar terribles ejemplos.
En sangre de los tiranos
Bañemos nuestros aceros.
Ahí teneis uno, el mas digno
Del odio, del furor nuestro.
Muera.

Voces. ¡Muera!

Laura. ¡O Dios!

Conde. ¡Infames!
(*Desenvainando la espada.*)

Mas. ¡Ah! tened... Yo le defiendo.

Cat. ¿Tú?

Mas. Yo... En la lid mi valor
Mostrar peleando quiero;
Mas no con asesinatos
Manchar tan noble alzamiento.

Cat. ¿Qué importa? Yo al enemigo
Mato do quier que le encuentro.
Defiéndase si lo puede;
Si no puede...

Laura. Masanielo,
¿Permitirás que á mi padre...?

Mas. No, vive Dios; que primero
Pereceré... Respetad
Al vencido, al indefenso.

Cat. Aniquilad al malvado.
Sirva su muerte de ejemplo.

Voces. Sí... sí.

Otras. Su sangre.

Otras. Su sangre.

Mas. Pues bien, bárbaros, detesto
Vuestro furor... Sois indignos
De ser libres... Buscad luego
Otro caudillo que os guie
A la matanza, al incendio.
¿Es esto lo que buscais?
¿Libertad llamais á esto?
Renuncio este puesto horrible
Si he de guardarlo á tal precio.
A hombres libres, generosos,
Valientes, mandar pretendo:
No á cuadrillas de asesinos
Que abomino, que desprecio.

Cat. ¿Qué os deteneis...? Dad oidos
A esos viles sentimientos,
Dejad impunes los crímenes
De los tiranos soberbios,
Y en breve con nuevo yugo
Sujetarán nuestros cuellos.
¿Os pretenden generosos?
Como ellos lo eran sedlo.

Arp. Sí, venganza.

Gen. Es necesario
Que justos hoy nos mostremos.

Caf. Justos, sí: por eso estoy:
La justicia es lo primero.
Pero acogotar á un hombre
Sin mas forma de proceso,
¿Se llama acaso justicia?
No... Pues oid lo que pienso.
No le matemos ahora.

Cat. ¡Cómo!

Caf. Que muera deseo,
Pero con pompa, de un modo
Solemne, para escarmiento
De los suyos.

Mas. ¿Qué pretendes?

Caf. Déjame á mí. (*Bajo.*)
Sí, formemos (*Alto.*)
Un solemne tribunal
Donde juzguemos al reo:
Sentencia al canto, y despues
A la horca... ¿Es buen proyecto?

Voces. Sí... sí... á juzgarle.

Mas. ¿Qué haces?
(*Bajo.*)

Caf. Salvarle: no hay otro medio.
(*Idem.*)

Mas. Mas...

Caf. Salgamos del apuro,
Y démosle tiempo al tiempo.—
¿Con que estamos? (*Alto.*)

Cat. En buen hora.

Caf. ¿Y tú? (*A Masanielo.*)

Mas. Tambien lo consiento.

Laura. Que permitas... (*A Masanielo.*)

Mas. Nada temas:
Defenderle te prometo.

Caf. Pues, conde amigo, paciencia.
Yo os lo mando: daos preso.
(*Le desarma.*)

Mas. Bien, compañeros: ahora
Sois dignos ya de mi aprecio.
Pero la patria nos llama;
A libertarla marchemos.
(*Arranca una de las banderolas que adornan las tiendas.*)
Esta bandera será
Vuestra guia... Cuando el fuego
Arda de la lid, miradla,

Que donde esté el mayor riesgo,
Allí del triunfo y la gloria
Veréisla abrir el sendero.
Voces. Marchemos.
(*Vanse todos siguiendo á Masanielo. Cataneo se queda atrás, y llama aparte á Genaro.*)
Cat. ¿Viste, Genaro,
Cuál quiso salvarle?
Gen. Cierto
Que es extraño...
Cat. ¿No sospechas
Algun oculto misterio?
Gen. Yo...
Cat. Hay uno.
Gen. ¿Cuál?
Cat. Sabráslo.
Mas ven, calla, y observemos.

ACTO TERCERO.

El teatro representa una cárcel. La puerta de entrada en el fondo: otras á los lados. A la derecha del actor, mesa y recado de escribir.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, CAFIERO.

Caf. Salid, conde... En esta pieza
Podreis respirar mejor.
Conde. Gracias.
(*Se sienta junto á la mesa.*)
Caf. ¡Oh! no quiero ser
Un carcelero feroz.
¡Carcelero! Mal he dicho.
¡Yo tan ruin empleo! No;
De estas cárceles ahora
Me llamo gobernador.
¡Ay, amigo, hemos medrado!
Conde. Eso bien lo creo yo.
Caf. Y ¿á qué, para no ganar,
Hacer la revolucion?
Conde. ¡Pues!
Caf. Algo me ha de valer
Ser héroe y libertador
De la patria.
Conde. ¡Oh! sí... ¡la patria!
Caf. ¡La patria! ¡qué dulce voz!
Sobre todo si en su nombre
Mejoro de condicion.
Conde. Sois franco á lo menos.
Caf. Claro:
Jamás á mí me pasó
Por la cabeza esa cosa
De libertad y... Señor,
¿Qué mas libre, si yo hacia
Mi gusto en toda ocasion?
Lo que yo quiero es dinero.
¡Oh! y este, gracias á Dios,
No ha de faltarme... Es verdad
Que tambien cuesta... ¡Qué atroz
Pelea! ¡Si hubiérais visto!
¡Qué tiros! ¡qué confusion!
Los malditos alemanes
Son fieras; gente feroz.
Ellos serian doscientos
Y nosotros un millon:
No importa, firmes que firmes;
¡Luchando con un valor!
Pero tambien Masanielo
Se portó como un leon.
Si no es por él se lo lleva
Todo la trampa. ¡Qué ardor!
Conde. Y ¿á qué me contais á mí...?
Caf. Estas son nuevas que os doy.
Como estais preso, imagino
Que en ello os hago un favor.
Conde. Bien, decid.
Caf. Por fin, triunfamos.
Conde. ¿Y el virey?
Caf. Le perdonó
Masanielo... Hizo muy bien,
Que al cabo es un buen señor;
Mas que nuestros privilegios
Restableciese exigió.
No sé de dónde han sacado,
Para que ahora les dé el sol,
Unos pergaminos viejos.
¡Pamplinas todas! Yo estoy
Siempre por lo positivo.
Es verdad que él ya sacó
Un buen empleo: sabed
Que Tomás el pescador
Es capitan general.
Conde. ¿Os burlais?
Caf. De veras. ¡Oh!
Bien lo merece... Le han puesto,
Muy lleno de relumbron,
Un magnífico vestido
Que está...—Mirad, tambien yo
Me he engalanado... Por fuerza:
Ya somos hombres de pro.
Conde. Y ¿solo el ser de una cárcel
Alcaide sacásteis vos?
Caf. Esto es interino: luego...
Al pronto la ocupacion
No era grande... Ya se ve,
El pueblo á todos soltó,
Hasta al que estaba en capilla.
Conde. ¿Tambien?

Caf. Toma, y con razon:
Se ha portado en el combate
Como un Roldan.
Conde. ¿Con que soy
El único ahora...?
Caf. ¡Qué!
Luego otra vez se llenó
La cárcel.
Conde. ¿Cómo?
Caf. ¡Qué gente!
Es toda de lo mejor
De Nápoles... duques, condes ..
Muy brillante reunion.
Conde. ¡Dios!
Caf. No os avergonzareis
De tratarlos, eso no.
Pero ¡ay cielos! ¡qué cabeza!
Si con la conversacion
Se me olvidaba... Teneis
Una visita.
Conde. ¿Quién?
Caf. Voy...
¡Y me estaba...! ¡Pobrecita!
Entrad... Vedle allí... A Dios. (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CONDE, LAURA.

Laura. ¡Padre!
Conde. ¿Qué miro...? ¿Tú aqui?
Hija culpable, y ¿aún osas...?
Aparta, vete... Tu vista
Todo mi furor provoca.
Laura. Señor...
Conde. Aparta, te digo,
Causa vil de mi deshonra.
Laura. ¡Con esa crueldad tratais
A una hija que os adora!
Conde. ¿A qué vienes, dime? ¿Acaso
A insultarme?
Laura. Vuestra cólera
Os ciega, señor... Venia...
Ya veo que se equivoca
Mi amor... á daros consuelos.
Conde. ¡Consuelos tú, tú, traidora,
Que á tu padre y á tu rey
Osaste vender!
Laura. ¡Yo!
Conde. Goza
De tu perfidia.
Laura. Señor...
¡Ah! mi voz el llanto ahoga!
Conde. Llanto hipócrita... No pienses
Con él engañarme ahora.
Vé, te maldigo.
Laura. ¡Perdon! (*Se echa á sus piés.*)
Conde. Alza, y deja que me esconda
Do nunca te vuelva á ver.
Laura. No... Vuestra piedad implora
Esta infeliz... perdonadme...
¿Cuándo un padre no perdona?
¿No soy vuestra hija ya,
Vuestra Laura, vuestra gloria,
Vuestro embeleso...? Acordaos
Del amor...
Conde. ¡Cruel memoria!
Sí, ingrata, tú eras mi bien,
Mi delicia... ¡Cuántas horas
En dulce filial cariño
Corrí apacibles, dichosas!
¡Ah! ¡el recuerdo de aquel tiempo
Este corazon destroza!
La ra. Por fin...
Conde. Y bien, ¿qué me quieres?
Ya lo ves, una mazmorra
Es la mansion de este anciano
Que el peso del tiempo agobia.
En breve tal vez me espera
Muerte infame, deshonrosa...
¿Por quién...? Por ese perverso
Que tú seducida adoras;
Hombre vil que á un triste padre
El bien mas precioso roba.
Laura. ¿Qué decís...? Pues ¿no le vísteis
Contra una turba furiosa
Defenderos? Si vivís
¿No es por él?
Conde. Y ¿qué me importa,
Si estos dias mas de vida
Un vil cadalso los compra?
Laura. No lo temais... Masanielo
Os salvará.
Conde. Te equivocas:
Ni aun él mismo lo podrá.
Laura. ¿No?
Conde. Inocente, ¿acaso ignoras
Que al furor de todo un pueblo
Dique no hay que se le ponga?
Laura. ¡Ah! Cual yo no le habeis visto
Mover y calmar las olas
De ese pueblo que á su voz
Enmudece ó se alborota.
Su noble ardor, su elocuencia
Prendan, cautivan, asombran:
No es hombre, es una deidad
Que todos ciegos invocan,
Y ante su absoluto imperio
Los mas osados se postran.
Conde. El pueblo sigue obediente
Al que halaga su ira loca;
Mas ósele resistir,
Y el ídolo se desploma.
Laura. ¡Ay cielos! ¿Será verdad?
Conde. Incauta, mira tu obra.
Este el fruto es de tu amor:

Tú, seducida, sin honra;
Yo, muriendo en un cadalso;
Sumergida en sangre toda
Esta opulenta ciudad
Que ardientes llamas devora;
Tu rey, tu patria vendidos...
Llora, desdichada, llora.
Laura. Sí... ya lo veo, y horribles
Remordimientos me acosan.
Conde. Pues todo te lo perdono,
Hija, si en tu pecho ahogas
Esa funesta pasion.
Laura. Yo... señor...
Conde. ¿Dudas?
Laura. Penosa
Obligacion, imposible.
Conde. ¿De amarle no te sonrojas?
Laura. Debo olvidarle... lo quiero...
Mas mi corazon le adora.
Conde. ¡Ilusa!
Laura. Mandad que muera;
A dar la vida estoy pronta;
¡Pero olvidarle...! jamás.
Conde. ¿Eso me dices, traidora?
Laura. Esta pasion me avasalla,
Me confunde, me trastorna,
Y solo al pensar en él
Las fuerzas ¡ay! me abandonan.
Por todas mis venas siento
Correr ardiente ponzoña,
Que embriagando mis sentidos,
El alma y razon me roban.
¡Olvidarle yo, Dios mio!
Si eso dijera mi boca,
Mintiera, señor, mintiera.
¡Ah! no me mandeis tal cosa.
Conde. ¡O flaqueza!
Laura. Cuando un pueblo
Hoy sus virtudes pregona,
Y al poder que Dios le diera
La arrogante cerviz dobla,
¿Cómo una triste mujer
Quereis que resista sola?
Conde. Bien está... quiérele, ingrata:
Ya sé que en tu alma alevosa
Mucho mas que un tierno padre
Un indigno amante importa.
Cuando él me mande matar...
Laura. No... Vuestra vida aun á costa
De la suya salvará.
Cuán preciosa me es no ignora,
Y que nadie en este mundo
Hay á quien yo la anteponga.
Si burlase mi esperanza,
Si vos... ¡ó idea horrorosa!
A pesar de esta pasion
Que todo mi ser destroza,
Eterno aborrecimiento
Le declaro desde ahora.
Mas necio temor... jamás...
Conde. ¡Cielos! ¡él es!
(*Viendo entrar á Masanielo.*)
Laura. ¿Qué os asombra?
Quedaos... Tal vez sus labios
Disipen nuestra zozobra.

ESCENA III.

LAURA, EL CONDE, MASANIELO.

Laura. ¡Ah! Masanielo...
Mas. ¡Laura! ¡Cuál tus ojos
Anublan hoy, mi bien, crudos pesares!
Laura. ¿Lo extrañas?
Mas. No... conozco...
Laura. Di, ¿no es cierto
Que ningun riesgo aquí corre mi padre?
Mas. ¿Puedes dudarlo? Qué, ¿yo consintiera...?
Laura. ¿Lo oís? ¡Ah! respirad.
(*Al conde.*)
Conde. Pero...
Mas. Aquí nadie
La vida vuestra amenazar osara.
Yo la defiendo, yo.
Laura. No en vano, ó padre,
Confianza tuve en él.
Mas. Agravio fuera
De ello, Laura, dudar un solo instante.
Cálmate, pues... Calmaos.
Conde. En mi pecho
Jamás el vil temor pudo abrigarse.
Mas. Bien... Pero oid... Una palabra os [diera,
Y la vengo á cumplir. Esto me trae.
Conde. ¡Una palabra!
Mas. Sí... Cuando una noche
Allá en vuestra mansion...
Conde. ¡Y recordarme
Osas, traidor...!
Mas. ¡Traidor...! Yo os lo suplico,
Moderad por ahora ese lenguaje.
Conde. ¡Tu prisionero soy...! Sí, razon [tienes.
Mas. Hijo vuestro, señor, mas bien lla- [madme.
Conde. ¡Tu padre yo!
Mas. Me acuerdo... Vuestro orgullo
Cuando osado os propuse tal enlace
Se estremeció de horror... De vuestra casa
Cubierto de ignominia me arrojásteis...
Mas tambien, recordadlo, os dije entonces
Que á pedir otra vez un bien tan grande
En breve volveria... Ved: ya he vuelto.
Conde. ¿Y en mi desgracia vienes á insultarme?
Mas. No es un vil pescador, no es un villano,
Ese hombre á vuestros ojos despreciable,

El que hora intenta unir su sangre innoble
De altivo prócer á la ilustre sangre :
Es el jefe de un pueblo, el que ha triunfado
De esos soberbios nobles arrogantes,
El que los mira, desde el alto alcázar,
Caer vencidos en oscura cárcel,
Y á no ampararlos con su fuerte escudo,
Viera en su sangre vil tintas las calles.
Es el señor de Nápoles ahora,
Ante quien todos la cerviz abaten,
Y al que para ser rey solo le falta
Que el cetro á recoger quiera bajarse.
Os prometí, señor, ennoblecerme :
Ved si Tomás Anielo ofrece en balde.

Conde. Pues con ese poder de que blasonas,
Aun mas ahora te desprecio que antes.
Humilde pescador, te perdonara :
Horror me causas ya, rebelde infame.

Mas. ¡Rebelde yo!

Conde. Rebelde, sí, lo dije :
Con tus iras no pienses me retracte.

Mas. ¡Rebelde...! ¿Y contra quién...? ¿Hay por ventura
Quien con justo derecho aquí nos mande?
Si un tiempo el español nos conquistara,
La fuerza con la fuerza se deshace;
Y no es rebelde, ni traidor, un pueblo
Que recobrar su independencia sabe.

Conde. La conquista dos siglos legitiman.

Mas. Mas oprobiosa esos dos siglos la hacen.

Conde. No te envanezca un triunfo pasajero :
Pronto castigo el rey mandará darte.

Mas. ¡Felipe...! ¿Ese monarca afeminado,
Que en ocio torpe adormecido yace,
Y entre jardines, en dorado alcázar,
Ve con mirar estúpido, cobarde,
Al son de fiestas que un privado inventa
Su dilatado imperio desplomarse?
Temiera yo cuando potente en armas,
Leyes al mundo el español triunfante
Le dictaba do quier : mas ¿qué se hizo
El temido coloso? Un vano alarde
Quiere hacer de sus fuerzas, y postrado
Rinde el mustio laurel á sus rivales.
Hoy le vence el francés; Holanda libre,
Al que fué su señor cubre de ultrajes;
Armado el catalan, en sus montañas
Contra el yugo opresor firme combate;
Y Portugal feliz, rompiendo el yugo,
Nuevo trono en su suelo mira alzarse.
Si esos pueblos nos dan tan noble ejemplo,
¿No podremos hacer lo que ellos hacen?
¿Será fuerza lidiar...? Pues bien, lidiemos;
Europa así nos mirará mas grandes.
Tras larga esclavitud, debe la gloria
Con valerosos hechos rescatarse;
Y si fuerte ha de ser, honrosa, eterna,
Se ha de comprar la libertad con sangre.

Conde. Con sangre, sí... pero ¿qué sangre? ¡ó cielos!
¡Si solo la extranjera derramasen!
Pero otra de mas precio, mas copiosa,
El suelo tiñe de los patrios lares.
¡Independencia...! ¡libertad...! ¡O nombres
A cuyo son los corazones laten!
¿Será que siempre de ambiciosos tigres
Las pestíferas bocas os profanen?
¿Qué llamas libertad, hombre insensato?
¿Es alzarse del polvo tus iguales,
Y en las sillas que ocupa el poderoso,
Mas insolentes, á su vez sentarse?
¿Es trocar los andrajos, cual te miro,
Por ese rico y esplendente traje;
Y vuestra hambre aplacar en nuestras mesas,
Hartos ya de matanza y de pillaje?
¿Es acaso insultar antiguos timbres,
Nombres que veneraron las edades,
Cubrir las plazas de sangrientos troncos,
Palacios incendiar gloria del arte;
Y mentida igualdad apellidando,
Proclamar el imperio del alfanje?
¡Ventura sin igual! Los buenos tiemblan,
Se ocultan ó perecen... los infames
Marchan la frente erguida : son ministros
De la santa justicia los puñales :
No hay leyes, no hay honor : plebe furiosa
Dicta con el cañon sus voluntades;
Y cuando en el temor todo enmudece,
¡Oh! entonces somos ya libres y grandes.

Mas. Abomino, cual vos, tales excesos;
Mas pueden, si quereis, hoy remediarse.

Conde. ¿Cómo?

Mas. Sed nuestro.

Conde. ¿A proponer te atreves...?

Mas. Que su jefe, señor, el pueblo os llame.

Conde. Jamás.

Mas. Pues si os negais á conducirle,
¿A qué extrañar que su furor le arrastre?
La senda le trazad : dadle los brazos,
Y en ellos le vereis luego arrojarse.
Nuestra causa es comun... De independencia
¿Quién á la voz habrá que no se inflame?
Nobles, plebeyos, si la patria sufre,
Unan para salvarla sus afanes.
Vos habeis menester la fuerza nuestra,
Vuestro saber nosotros... Al combate
Nuestros brazos guiad... La prenda sea
De tan feliz alianza nuestro enlace :
Paz, reconciliacion, juremos todos,
Al jurarnos amor en los altares;
Y al ver tan firme union, tan alto esfuerzo,
Nuestros tiranos temblarán cobardes.

Laura. Sí, padre, oidle, sí: mirad sus [ojos
De patriótico ardor brillar radiantes:
Ese entusiasmo ved, que engrandeciendo
Su ser, á una deidad igual le hace.
No hay duda, vencereis, y agradecida,
La patria os deberá sus libertades. [tonces
¡Oh! ¿qué gloria, qué timbres habrá en-
Que á su alta gloria y su blason igualen?
Do quiera el pueblo entusiasmado al verle
Bendecirá su nombre cuando pase;
Padre, libertador, gritando alegre,
Le cercará de palmas triunfales;
Y ¿do habrá una familia que en su seno
De admitir á tal héroe no se ufane?
Cuando á su lado caminar me miren,
Y su esposa, su bien, feliz me llame,
De Nápoles vereis á las mas bellas
Encarecer mi dicha y envidiarme. [signios
Conde. Ilusos, ¡ah! callad... Esos de-
Fantasmas son que desvanece el aire.
Tú renuncia un amor que te envilece,
Que nunca lograrás: tú, miserable,
En vano aquí de una virtud estéril
Pretendes hora hacer pomposo alarde:
Esa misma virtud, si es que la tienes,
A tu ruina mas pronto ha de llevarte.
¿De un tribuno cual tú la suerte ignoras?
Apréndela de mí, si no la sabes.
O dejas que terribles se desborden
Cual torrente las iras populares,
O tiempo llegará que al contenerlas
A tí tambien sus ímpetus te arrastren;
Y de ese trono efímero arrojado,
Con muerte horrible tus delitos pagues,
Aplastando tu frente con su planta
La plebe ingrata y vil que libertaste.
Sábelo, pues; y ten por mas seguro
Este mi vaticinio que tus planes.
Laura. ¡Ah! ¿qué decís, señor...?
Conde. Basta... Acabemos.
Sal ya de mi presencia.
Mas. No... Dejadme...
Mas ¿quién nos interrumpe?—¡O Dios!
¡Cataneo! [blante.
Laura. Me llena de terror su cruel sem-

ESCENA IV.

DICHOS, CATANEO.

Cat. ¡Juntos están, vive Dios!
(*Aparte al entrar.*)
Mas. ¿Y bien?
Cat. Necesito hablarte.
Mas. Di, pues.
Cat. Ha de ser aparte;
Haz que salgan estos dos.
Mas. Señor... (*Al conde.*)
Conde. A Dios.
Laura. Permitid
Vaya con vos, padre mio.
Masanielo, en tí confio.
Mas. No temas... Tranquilos id.
(*Vanse Laura y el conde.*

ESCENA V.

MASANIELO, CATANEO.

Mas. Habla ahora.
Cat. El tribunal
Me envia...
Mas. ¿Ya se ha juntado?
Cat. Y su fallo ha pronunciado. [cuál?
Mas. ¡Tan pronto! ¡O Dios! ¿Cuál es,
Cat. La muerte.
Mas. ¡La muerte!
Cat. Sí.
Mas. ¡Viven los cielos...!
Cat. ¿Lo extrañas?
Mas. No puede ser... tú me engañas.
Cat. Mira la sentencia aquí.
Mas. ¡Traidores! ¿pues no sabeis
Que yo libertarle quiero?
Cat. Sí; mas la patria es primero.
Mas. ¿Y lo que á mí me debeis?
Cat. ¿A tí?
Mas. ¿Negarlo osarás?
Cat. Lo que tú has hecho, eso hicimos;
Y pues jefe te quisimos,
Bien pagado de ello estás.
Mas. Sin mi voto esa sentencia
No puede cumplirse.
Cat. No:
Por eso la traigo yo.
Fírmala, pues.
Mas. ¡Qué insolencia!
¿Te has atrevido á creer...?
Cat. Que olvidando pasion necia,
Quien de patriota se precia
Cumplirá con su deber.
Mas. Deber horrible.
Cat. Sagrado.
¿Firmas?
Mas. No.
Cat. ¿Y esa respuesta
Daré al tribunal?
Mas. Sí, esta.
Cat. Bien está: yo le diré
Que esclavo de un vil amor,
Masanielo es un traidor
Sin patriotismo, sin fe.
Mas. ¡Cataneo, gracias le da
De que soy tu amigo al cielo!
Cat. Donde pérfidos recelo,
Amigos no veo ya.

Mas. ¡Yo pérfido!
Cat. ¿No lo eres?
Dame la prueba al instante.
Mas. ¿Que al padre, yo, de mi amante
Dé muerte, bárbaro, quieres?
Cat. La pátria manda, obedece.
Mas. ¿La obedecieras tú, di?
Cat. ¿Quién puede dudarlo? Sí:
Todo á su voz enmudece;
Y cuando airado la vengo,
Haciendo justos castigos,
Entonces ni amor, ni amigos,
Ni hermanos, ni padres tengo.
Mas. Pida mi sangre: gustoso
Cuanta tengo se la doy.
Cat. Otra sangre pide hoy.
Mas. Es sangre de los vencidos.
Cat. De sus tiranos.
Mas. Lo fueron.
Cat. Aun podrán, pues no murieron,
Serlo otra vez.
Mas. Abatidos,
Si somos fuertes y honrados,
La frente ya no alzarán.
Cat. Mas seguros estarán
En el sepulcro encerrados.
Mas. Bárbaro, no he de manchar
Tan vilmente mi victoria:
Yo me armé para la gloria,
Mas no para asesinar.
Vé, tus furores son vanos.
Y ¿me hablas de patria, fiera?
No, la patria no venciera
Para mudar de tiranos.
¿Qué importa, si sufre, quién
De su mal es la ocasion?
Infames, si nobles, son,
Y si plebeyos, tambien.
Cat. Y entonces, ¿á qué vencimos?
¿Para que malvados seres
Sigan nadando en placeres
Mientras nosotros sufrimos?
¡O gran generosidad!
¿Es este el cambio dichoso?
¿Es este el fruto precioso
De la ansiada libertad?
¡Gloria, honor, palabras bellas!
Mal nos conoces, Anielo,
Si piensas que nuestro anhelo
Se satisface con ellas.
Caigan los viles: ya es hora
De saciar nuestras venganzas:
Ahoguemos sus esperanzas
Hoy en su sangre traidora.
Que en ella tintos nos vean
Disfrutando sus festines:
Sus tesoros, sus jardines,
Sus palacios nuestros sean.
Y llámennos inhumanos;
Que al contemplar tal furor,
Estremecidos de horror
Se ocultarán los tiranos.
Mas. Si el pueblo cual tú pensara,
Lejos de ser su caudillo
Quisiera que atroz cuchillo
El pecho me traspasara;
Que mi alma, gracias al cielo,
No es feroz cual tú quisieras,
Ni para mandar á fieras
Ha nacido Masanielo.
Cat. Si esa alma es débil, mezquina,
Si te falta corazon,
El jefe, tienes razon,
No eres que Dios nos destina.
Cuando esta hazaña emprendiste
Consultaras tu valor:
¿Entre ternuras y amor
Que se alcanzara creiste?
Vé, no pretendas mandar
A hombres de alma y brazo fuerte:
Renuncia tan alta suerte,
Conténtate con amar.
La mujer que te embelesa
Vé á gozar lejos de aquí;
Que no faltará, sin tí,
Quien dé cima á tanta empresa.
Mas. Ese serás tú.
Cat. Quizás.
Mas. Doy al pueblo el parabien.
Cat. Y qué, ¿no podré tambien...?
Mas. El héroe suyo serás.
Cat. Terminemos la pendencia.
¿Nuestro jefe quieres ser?
El conde ha de perecer.
Aquí tienes su sentencia:
Pon tu firma.
Mas. No la pongo:
Lo he dicho ya.
Cat. Loco estás:
Mira que á perderte vas.
Mas. Mi fama á todo antepongo.
Cat. Por tu bien esperaré.
Quede aquí el fallo: un momento
Que en ello pienses consiento.
A Dios... Pronto volveré.
(*Deja la sentencia encima de la mesa, y vase.*)

ESCENA VI.

MASANIELO.

Vuelve, sí.. vuelve, hombre atroz,
Que lo mismo le has de hallar...
Y ¡que me ose amenazar
Este bárbaro feroz!

¡Ah! Su mirar altanero
Demuestra que harto confia...
Y ¡yo el juguete seria
De su maldad...! No, primero...
Mas tiene razon... airado
El pueblo... ¡Y bien...! ¿No soy yo
Su jefe? ¿A qué me eligió?
¿Para obedecer postrado
Sus pasiones...? ¡Dios! ¿será
Que en su horrible profecía
El conde verdad diria?
¡Esto de mí se querrá!
¡Yo verdugo...! ¡Ah! pierdo el tino.
Pues qué, ¿no se ha de poder
De la patria amante ser
Sin ser tambien asesino?
Mas si lo manda... si es cierto
Que su salvacion, su honor...
¿Entre ella y un torpe amor
Podré vacilar incierto?
Aunque es horrible suplicio,
Aunque me cueste el morir,
¿No es forzoso consentir
Por ella este sacrificio?
No, no: tamaña maldad
La patria jamás consiente:
Do el crímen alza la frente
No hay patria, no hay libertad.
Pues bien, firmeza mostremos:
Es mi causa noble, santa,
Y ese furor no me espanta.
Para probarlo, rasguemos...
(*Toma la sentencia y hace ademan de irla á romper. Sale Cafiero precipitadamente y le detiene.*)

ESCENA VII.

MASANIELO, CAFIERO.

Caf. ¿Qué haces?
Mas. Rasgo este papel.
Caf. Por Dios, no hagas tal bobada.
Mas. ¿Si supieras...?
Caf. Lo sé todo:
De referírmelo acaba
Cataneo.
Mas. ¿Y puedes, Cafiero,
Aconsejarme...?
Caf. Yo nada
Te aconsejo... El lance, amigo,
Es apurado... La trampa
Se lo lleva todo si...
Mas. No he de consentir tal mancha.
Caf. No.
Mas. Es un crímen.
Caf. Una infamia.
Mas. Horrible.
Caf. Atroz.
Mas. Que estremece.
Caf. Que aterroriza, que espanta.
Mas. Que no puedo consentir,
Y primero me matara.
Caf. Eso no; que antes...
Mas. ¿Qué dices?
Tú tambien...
Caf. ¡Diablos! es chanza
Harto pesada el morir;
Y...
Mas. ¡Cobarde!
Caf. ¿Yo? ¡Caramba!
Eso de cobarde... Cuando
Saqué á Laura de las garras
De aquella gente... Pues digo,
Despues en la gran batalla
Bien viste cómo... Quien hace
Aquello, no es ningun mandria.
Cabalmente me perezco
Por andar á cuchilladas.
Mas. Sí, pero...
Caf. Yo te diré.
Me intereso por tu Laura
Y su padre... No por ellos,
Que él al fin es un canalla,
Sino por tí... Yo bien sé
Hasta dónde un amor raya,
Y... vamos, es fuerte trago
Para quien de veras ama.
Mas. ¡Buen Cafiero!
Caf. Bueno, sí;
Pero nada se adelanta
Con eso... Es preciso ver...
Mas. Mi resolucion tomada
Tengo ya.
Caf. ¿Cuál?
Mas. La firmeza
En esta ocasion me valga.
Me presento al tribunal,
Le echo su crueldad en cara,
Rompo ante él esta sentencia,
Y con valor...
Caf. ¡Patarata!
¿Remedios heróicos...? Vamos,
Tu cabeza está tocada.
¿No adviertes que te perdieras
Sin que á los otros salvaras?
Buenos son ellos... Harán
Alguna barrabasada
Contigo, y despues al conde
Matarán, y á su hija.
Mas. ¿Osaran...?
Caf. Y á cien hijas que tuviera;
Sí, que se paran en barras.
Mas. Pues hagan lo que quisieren,
Salvo á lo menos mi fama.
Caf. Bien, pero antes... Mas que fuerza

Aquí se requiere maña.
¡Qué idea...! sí... sí... ¡famosa!
Y ¡yo que no me acordaba!

Mas. ¿De qué?

Caf. Ya está libre el conde.

Mas. ¡Libre!

Caf. Sí.

Mas. ¡Libre! ¿Me engañas?

Caf. Libre, digo.

Mas. ¡O dicha! ¿Es cierto?
¿Él...? ¿Cómo...? Di... Vamos, habla.

Caf. Firmarás ese papel.

Mas. ¡Yo!

Caf. La firmarás.

Mas. Me extraña
Que pretendas...

Caf. Firmarás.

Mas. Nunca.

Caf. Dale, ¡qué machaca!
Firmarás.

Mas. No.

Caf. Firmarás.
¡Cuando Cafiero lo manda!

Mas. Pero...

Caf. Dime: á mi custodia
¿No está ahora confiada
La cárcel?

Mas. ¿Y qué?

Caf. Pues bien:
Tú firmas...

Mas. Hombre...

Caf. Cachaza.
Ellos se ponen contentos;
Y luego, mientras preparan
El suplicio, saco al conde
Callando, y salto de mata.
Vienen, ven que ya escapó
El pájaro de la jaula.
Rabian, gritan, alborotan,
Arman terrible asonada;
Nos siguen... échale un galgo:
Listos serán si me alcanzan.
Tú entre tanto los sosiegas:
La cólera se les pasa:
Nosotros estamos libres,
Tú servido. y santas pascuas.

Mas. ¡O amigo noble y leal!
¡Cuánto te debo!

Caf. Sí, abraza.
Pero has de firmar, ¿entiendes?

Mas. Sí, sí.

Caf. No andemos con chanzas.
¿Lo prometes?

Mas. Lo prometo.

Caf. ¡Cuidado con la palabra!

Mas. Me cuesta disimular;
Pero...

Caf. Que vienen: aparta.

ESCENA VIII.

DICHOS, CATANEO, ARPAYA, GENARO, JUECES.

Caf. Sí, amigo... Este sacrificio
Exige de tí la patria:
Toda otra voz enmudece
Si su santa voz nos habla.
¡Ah! compañeros, venid;
Que Masanielo os aguarda
Pronto ya á cumplir gustoso
Cuanto su deber le manda.

Cat. Impaciente por saberlo,
El tribunal me acompaña.
¿Es cierto lo que me anuncia?
(*A Masanielo.*)

Mas. Sí.

Cat. ¿Luego ya está firmada
La sentencia?

Mas. No lo está.

Caf. Vuestra presencia esperaba
Para hacerlo.

Mas. Voy al punto.
(*Se acerca á la mesa y se sienta.*)

Cat. Mucho extraño esta mudanza.
¿Cómo es que...?

Caf. Le he convencido.

Cat. ¿Tú?

Caf. Sí, yo... ¡Jesus, qué cara

ESCENA IX.

DICHOS, LAURA.

Laura. Masanielo...

Mas. ¡Laura! ¡cielos!

Caf. Esta es otra que bien baila.
¿A qué vendrá...?

Laura. Mas ¡qué miro!
Estos hombres...

Caf. La malvada
Lo viene á echar á perder.

Laura. ¡Ah! sus miradas me espantan.
Masanielo.

Mas. ¡O Dios!

Laura. ¿Qué es esto?
¿Tiemblas?

Mas. ¡Yo!

Laura. ¿Qué tienes?

Mas. Nada.

Laura. Algo te turba.

Mas. No creas.
(*Cafiero se coloca entre los dos. Aparta á Laura y luego se acerca á Masanielo.*)

Caf. Una friolera. — Vaya,
Valor.

Mas. No puedo.
Caf. Por Dios.
Mira...
Mas. Las fuerzas me faltan.
Caf. ¡Estamos frescos! —Señora,
Un negocio de importancia...
Cat. Marchaos. (*A Laura.*)
Laura. Vuestra presencia,
(*A Cataneo.*)
Monstruo, aquí, terror me causa.
Caf. Vamos, firma. (*A Masanielo.*)
Mas. Nunca.
Caf. Advierte
Que resistirte es matarla.
Mas. ¡Ah! sí.
(*Toma la pluma para firmar.*)
Laura. ¿Qué papel es ese?
Mas. No lo mires... Marcha, marcha
(*Tapándolo con ambas manos.*)
Lejos de aquí.
Laura. ¿Tú me arrojas...?
Mas. ¡Ah! por piedad, vete, Laura.
Laura. ¿Qué misterio...?
Cat. ¿No lo oís?
Salid.
(*La agarra por un brazo para apartarla.*)
Laura. Dejadme.
Cat. Insensata,
¿A qué os empeñais...?
Mas. Amigo, (*A Cafiero.*)
Vé, de este sitio la aparta.
Caf. Sí, pero firma primero.
Mas. ¿No ves?
Caf. Firma.
Mas. Tu palabra...
Caf. La cumpliré, pero firma.
Mas. Ya te obedezco. (*Firma.*)
Caf. ¡A Dios gracias!
(*Corre hácia Laura y procura llevársela.*)
Venid, señora, seguidme.
Laura. ¿Dónde? ¿A qué? [carga
Caf. Tomás me en-
Que liberte al conde.
Laura. ¿Es cierto?
Caf. Prudencia... Si os escucharan...
Laura. ¡Ah! vamos pronto.
Caf. Venid.
(*Cafiero se lleva á Laura. Cataneo se dirige á Masanielo.*)
Cat. ¿Y la sentencia?
Mas. Tomadla.
(*Dándosela.*)

ACTO CUARTO.

El teatro representa una gran plaza. En el fondo hay un arco triunfal hecho con ramas, yerbas y flores. A la izquierda del actor está la entrada de la cárcel. A la derecha, en el primer plano, entre otras casas, una con puerta y balcon practicables.

ESCENA PRIMERA.

CAFIERO, algunas Gentes del Pueblo.

(*Al levantarse el telon se ve á varios trabajadores que están acabando de adornar el arco con guirnaldas. Habrá algunos grupos de gentes del pueblo.*)

Caf. Ea, chicos, trabajad,
Traed guirnaldas, coronas;
Todo es poco, voto á brios,
Para celebrar la gloria
Del héroe que nos liberta
De esclavitud ominosa.
Un hombre. ¿Cuándo empieza la funcion?
Caf. Pronto: dentro de dos horas.
Cuidado que vengais todos
Con ramos... Será famosa...
¡Qué triunfo! Igual no se ha visto
Desde los tiempos de Roma.
Masanielo pasará
Por ese arco en su carroza;
Las calles todas colgadas;
Luminarias asombrosas;
Magnífico.. Vamos, vamos,
No hay que pararse... A la obra,
Trabajad todos; que aquí
El que no trabaja estorba.
— Mas Laura... Gracias á Dios
Que llega... Venid, señora.

ESCENA II.

Dichos, LAURA, MARIA, un Hombre.

Laura. ¡Cuánta gente!
Caf. No temais:
Estais segura á mi sombra.
Aquella es la casa... Allí
(*Señalando la de la derecha.*)
Podreis estar sin zozobra
Hasta la noche. Dispuesta
La fuga está: será pronta
Y sin peligro. La gente
Que la cárcel guarda es toda

De mi eleccion: yo la mando,
Y hará cuanto se le imponga.
Laura. ¿Estais cierto...?
Caf. Son amigos
De los que en todas mis bromas
Me acompañan... Yo respondo
De ellos... Entrad... No os conozcan.
Luego que llegue la noche
Haremos la escapatoria
Y os iremos á buscar.
Laura. El cielo os proteja.
Caf. ¡Toma!
¿No nos ha de proteger?
Esta es accion meritoria;
Y en descuento de mis culpas
Se la doy, que no son pocas.
Laura. ¿Y Masanielo?
Caf. Está ausente.
Laura. ¡Dios!
Caf. Su ausencia será corta.
Ha ido á Pórtici... No puede
Tardar, pues la ceremonia
De su triunfo ya le espera;
Y si verla os acomoda,
Podreis desde aquel balcon...
Será una funcion hermosa.
Pero ¿qué grupo se acerca?
¡Cataneo! ¿Qué querrá ahora?
Pronto, entrad. — Tú, no te apartes,
María, de tu señora.—
Tú, guíalas, y cuidado:
(*Al hombre que acompaña.*)
Veremos cómo te portas.

ESCENA III.

CAFIERO, CATANEO, ARPAYA, GENARO, PUEBLO.

Cat. Sí, pueblo, serás vengado:
Hoy su sangre impura corra.
¿A qué celebrar con fiestas
Tu mal segura victoria,
Si tus infames tiranos
Aún de la existencia gozan?
Mueran primero, y despues
El himno del triunfo entona.
Caf. ¿Qué medita este malvado?
Alguna infernal tramoya...
Cat. Cafiero, el pueblo dispone
Que perezca sin demora
Ese perverso, ese conde
De aborrecible memoria.
Aquí cerca, en el Mercado,
Reciba una muerte pronta,
Y...
Caf. (¡Cielos!) (*Aparte.*)
¿Cómo...? ¿Qué conde?
Cat. ¿Eso preguntas? ¿Ignoras
Quién es?
Caf. Ya se ve, si hay tantos
Metidos allí en chirona.
Cat. El de Conversano.
Caf. (Pues: (*Aparte.*)
Todo mi plan me trastorna.)
—Sí, ya estoy.
Cat. Sácalo al punto.
Caf. No puedo, amigo, perdona.
Cat. ¿No puedes?
Caf. Todos los presos
Están bajo mi custodia,
Y sin que venga una órden...
Cat. Esta es su sentencia, toma.
Caf. Bien; pero dar la sentencia
Y cumplirla son dos cosas.
Cat. El tribunal lo dispone:
A él solo cumplirla toca.
Caf. (¡Cómo apura!) (*Aparte.*)
Masanielo
Me mandó...
Cat. ¿Qué nos importa
Lo que él mande? Aquí del pueblo
Se obedece la ley sola:
Si resistes, entraremos,
Y de una manera ó de otra...
Caf. Qué, si yo no me resisto...
(¡Mala centella te coja!) (*Aparte.*)
Al contrario, lo deseo...
La alegría me rebosa...
Y tendré un gusto en mirar
Cómo le... Yo por la forma
Lo decia, como soy
Responsable... ¿Y á qué hora?
Cat. ¿No lo oyes? Ahora mismo:
Allí, en el Mercado.
Caf. ¡Sopla! (*Aparte.*)
Cat. Con que...
Caf. Sí... ya voy... ¡Qué gozo
El ver cómo le acogotan!
Yo mismo seré capaz...
Cat. ¿Qué gente tienes?
Caf. Famosa:
Toda del puerto.
Cat. Está bien:
Encárgate de la obra...
Le llevarás al suplicio.
Caf. ¿Quién...? ¿Yo?
Cat. Sí... tú.
Caf. Me acomoda.—
(Ya respiro... Tal vez...) (*Aparte.*)
—¡Bueno!
¡O qué tiros en la cholla
Voy á encajar del vejete!—
(¿Cómo haré...?) (*Aparte.*)
Cat. ¿Vas?

Caf. (Dale, bola;
(*Aparte.*)
¡Qué prisa!) — Voy. — (Pues, señor,
(*Aparte.*)
Pecho al agua y arda Troya.)
(*Entra en la cárcel.*)

ESCENA IV.

CATANEO, ARPAYA, GENARO, PUEBLO.

Cat. No hay tiempo, no, que perder.
O triunfa nuestro enemigo,
O pronta de este castigo
La ejecucion ha de ser.
Evitemos la presencia,
Amigos, de Masanielo;
Pues no calma mi recelo
Que firmase la sentencia.
Harto resistió; y sus ojos,
Que en cólera oculta ardian,
Al dármela descubrian
Mal reprimidos enojos.
No hay duda: fué su intencion
Burlarnos; mas piensa mal
Si piensa del tribunal
Engañar la prevision.
Si salvarle pretendia,
Mas pronta nuestra venganza...
Arp. Es injusta desconfianza;
Pues ¿cómo Anielo podria...?
Cat. Torpe pasion le avasalla;
Y donde manda el amor,
A su halago seductor
La voz de la patria calla.
¿Lo creereis? Odiosos lazos
Ha proyectado formar,
Y amante hoy mismo estrechar
A esa familia en sus brazos.
Entonces ya no será
El humilde pescador;
Será el soberbio señor
Que siervos nos llamará;
Y del pueblo renegando
En infame apostasía...
Arp. Cierta su muerte seria.
Gen. Otra vez al yugo infando
La cerviz no doblaremos.
Cat. No, amigos, antes morir;
O antes, mas bien, abatir
Al insolente debemos.
Mostrémosle en esta accion
Do nuestro poder alcanza;
Y pierda así la esperanza
Que alimenta su traicion.

ESCENA V.

DICHOS, CAFIERO, EL CONDE,
LUEGO LAURA Y MARIA.

Cat. ¡Y bien! ¿Cuándo acabarás?
(*A Cafiero, que sale.*)
Caf. Ya sale el hombre... Miradle.
(*Sale el conde rodeado de una escolta armada con arcabuces. Al verle el pueblo se alborota.*)
Voces. ¡Él es!
Otras. ¡Tirano!
Otras. Matadle.
Caf. Ea, poco á poco... atrás:
(*Alejando el pueblo que se acerca al conde.*)
Ved que al que se acerque...
Voces. ¡Muera!
Caf. Canalla, vamos callando. —
Vosotros, id despejando.
(*A los de la escolta.*)
(*Algunos hombres de la escolta alejan al pueblo. Laura, oyendo los gritos, se asoma al balcon, reconoce á su padre y baja precipitada.*)
Laura. ¿Qué voces son estas?
Caf. Fuera.
(*Al pueblo.*)
Laura. ¡Cielos! ¡Mi padre!
Caf. Marchemos.
(*A la escolta.*)
Laura. ¡Y le llevan á morir!
Caf. A mi lado debeis ir:
(*Bajo al conde.*)
Luego que al punto lleguemos...
Cat. ¡Con qué arrogancia camina!
En estos hombres odiados
Aun cuando están humillados
El fiero orgullo domina.
Venid .. sigamos. (*A Arpaya y Genaro.*)
(*Sale Laura seguida de María, que procura detenerla.*)
María. ¿Qué haceis?
Laura. Déjame... quiero...
María. Mirad...
Laura. Verdugos... tened... ¡piedad!
María. Ved, señora, que os perdeis.
Laura. ¡Piedad, que es mi padre!
Caf. ¡O cielo!
(*Aparte.*)
¡Laura!
Conde. ¡Mi hija!
Laura. ¡Compasion!
¡Padre!
Cat. ¡Su hija...! ¡Maldicion!
Señora, vano recelo...

Laura. Dejadme, dejadme vos.
(*A Cataneo con indignacion.*)
Conde. ¿A qué vienes, hija, á qué?
Cat. Idos.
Laura. Sí, sí: ya lo sé:
Quereis matarle... ¡Gran Dios!
No será... no... no lo quiero...
Primero me hareis pedazos
(*Abrazándole.*)
Que arrancarle de mis brazos...
Sí, matadme á mí primero.
Conde. ¡Hija...!
Laura. Pero ¿dónde está?
(*Mirando al rededor.*)
Cat. ¿Quién?
Laura. Masanielo... Sí... ¿dónde,
Dónde está...? ¿Por qué se esconde?
Conde. Mira el pago que te da:
Ese el amante sensible
Es á quien tu amor se inclina;
El que á tu padre asesina.
Laura. ¡Ah! ¿qué decís...? No es posible...
¿Do está...? Llamadle... Marchad...
Salvarle me prometió.
Conde. El pérfido te engañó.
Cat. Cumplimos su voluntad.
Laura. Mentís... Tanta alevosía...
Conde. Pierde esa necia ilusion,
Y sobre él tu maldicion
Caiga cual cae la mia.
A este precio te perdono;
Y un padre su amor te deja,
Rogando á Dios te proteja
En tu mísero abandono.
A Dios... Vamos.
Laura. Aguardad.
No es vana, no, mi esperanza.
Cat. ¡O qué enojosa tardanza!
¿En qué os deteneis? Marchad.
Laura. No le arrancareis de aquí.
Cat. Separadlos.
Laura. ¡Monstruo fiero!
¿Te atreves...?
Conde. ¡Hija!
Laura. No quiero...
Dejadme... no... no... ¡ay de mí!
(*Separan á Laura de su padre á pesar de sus esfuerzos, y cae al suelo desmayada. María acude á socorrerla.*)
Cat. Llevadle, y sin mas tardar...
(*Cafiero y su escolta se marchan llevándose al conde. Le sigue una parte del pueblo: otra se queda.*)
María. Se ha desmayado.
Cat. Dejadla,
(*A los suyos.*)
Y sigamos...
María. Amparadla.
Cat. Es preciso apresurar...
Arp. ¡Dios! ¿No es aquel Masanielo?
Cat. ¿Qué dices?
Arp. Mírale, sí,
Encaminándose aquí.
Cat. ¡Él es...! Confúndame el cielo.
Retirad á esa mujer.
¡O funesto contratiempo!
Pero ya no será tiempo;
Vendrá á verle perecer.

ESCENA VI.

MASANIELO, CATANEO, ARPAYA, GENARO, LAURA, MARIA, PUEBLO.

Mas. ¿Qué es esto...? ¡Qué rumor...!
¿Adónde corre
Aquel pueblo en tropel...? ¿Por qué os en-[cuentro
Agitados, confusos...? ¿Qué peligro
Nos amenaza...? En fin, decid, ¿qué es [esto?
Cat. Que ya impaciente, de aguardar cansado,
A vengar sus agravios corre el pueblo.
Mas. ¡Cómo...! ¿Qué nuevo crímen...?
(*Reparando en Laura, que empieza á volver en sí sostenida por María.*)
Mas ¿qué miro?
¡Una mujer!
Laura. ¡Ay Dios!
(*Volviendo en sí.*)
Mas. ¿Quién es? ¡O cielos!
¡Laura! ¡Laura!
Cat. Ella es.
Mas. ¡En cuál estado!
¡Bárbaros, por vosotros...! ¿Qué habeis hecho?
¡Ah! vuelve en tí, mi bien, ya nada temas;
Que á tu lado se encuentra Masanielo.
Laura. Deteneos... crueles... perdonadle...
No le mateis... piedad... piedad os ruego...
Mas. ¿Qué escucho...? ¡Santo Dios!
¡Sospecha horrible!
Habla, Laura... yo soy... Habla.
Laura. ¿Qué veo?
¡Masanielo...! ¡O placer! ¡Mi padre...!
¡Mi padre! [pronto...
Mas. ¡Cómo!
Laura. Sí... ¡mi padre!
Mas. Entiendo.
(*Con furor.*)
Laura. ¡Mi padre...! Allí... allí... Quieren matarle.
Mas. ¡O rabia...! ¡Infame, tú...!
(*A Cataneo.*)
Cat. ¿Qué culpa tengo?

Tus órdenes cumplí.
Mas. ¿Y osas, malvado...?
Laura. ¡Él...! ¿Quién...? ¡Él!
Cat. Sí... Mirad... Ved este pliego.
La sentencia del conde... y esta firma,
¿La conoceis?
Mas. ¡Cataneo!
Laura. ¡O Dios...! ¡Es cierto!
¡Es la suya! ¡O maldad!
Mas. Laura, no creas...
Laura. Aparta.
Mas. Mas ¡ó Dios...! Aun será tiempo...
Sí... sí... corramos... ¡Ay!
(*Oyese una descarga.*)
Laura. ¡Ah! ¡Ya no existe!
Mas ¡No existe...! ¿Qué, esos tiros...?
Laura Sí, perverso.
Sí, monstruo, alégrate... Por fin, cumplióse
Tu pérfida traicion... Mi padre ha muerto.
Mas. ¡Ha muerto! ¡Ha muerto...! Y yo...
Laura. Por tí, asesino.
¡Y te he podido amar...! ¡Amor funesto,
Horrible, detestable...! Vé, malvado;
Si te quise una vez, ya te aborrezco.
Mas. ¡Tú, Laura, tú...! ¡A mí!
Laura. Sí, lo repito,
Monstruo digno de horror... Sí... te detesto.
Huye lejos de mí... Tu amor maldigo,
Y mi amor criminal maldigo á un tiempo.
Así sobre tu frente abominable
El rayo vengador lancen los cielos. (*Vase.*)
Mas. ¡Ah!

ESCENA VII.

DICHOS, MENOS LAURA Y MARIA.

(*Masanielo al decir* ¡Ah! *habrá quedado como anonadado, sostenido por alguno de los suyos. Permanece en esta situacion algun tiempo, y despues, como volviendo poco á poco en sí, se manifiesta acometido de un repentino delirio.*)

Mas. ¡Te aborrezco...! ¡Te aborrezco...! ¡Horrible,
Horrible voz ..! ¿Por qué cuál hondo trueno
Aquí resuena, aquí...? ¿Qué nube es esta
Que me ofusca el mirar...? ¿Qué enorme peso...? [mentira...
¡Aborrecer...! ¿Quién......? ¡Ella...! No,
No es cierto... me engañé... Sin duda es sueño...
Pero ¡qué sueño atroz...! Si verdad fuese...
¡Ah! toda mi razon... No, no lo creo.
Mas yo lo oí. Decid... ¿lo habeis oido
Tambien vosotros ...? ¡Qué...! ¿Guardais silencio?
Pérfidos, ¿lo creereis...? ¿Pues por ventura
Que me adora ignorais? Huid, perversos.
Vosotros sois los que intentais aleves
Arrancarme su amor... ¡Vano proyecto!
No lo conseguireis... siempre mas viva
Esta llama feliz arde en su pecho.
Preguntádselo, sí. Mas, ¿do se encuentra?
¿No estaba ahora aquí...? ¿Por qué tan lejos...? [tros?
¿Quién me la osó robar...? ¿Sereis voso-
Id, buscadla, corred.—¡Ah! ¡ya la veo!
Llega, Laura, bien mio, ven y diles
Que me amas, que me adoras. — ¡Dios! ¿qué es esto?
A tus plantas tendido, destrozado,
De tí me aparta ensangrentado cuerpo.
¡Es tu padre...! Su sangre hirviente corre...
A mí la arrojas; y en airado acento,
Oigo otra vez tus labios que repiten
Esa terrible voz ¡yo te aborrezco!
Cat. Infeliz, su razon le ha abandonado.
Mas. Pues bien, ódiame, sí... Ese odio acepto.
Amor, dichas, placer... á Dios... Renuncio
Para siempre á vosotros... solo quiero
Vivir ya para odiar... pero mis odios,
Temblad todos, temblad, serán funestos.
Pues tú me los arrojas, los recojo,
Y los vuelvo á mi vez al mundo entero.
¿Qué haceis ahí vosotros? ¿Por qué os miro
Ociosos? ¿Qué esperais...? ¿No hay ya protervos
A quienes castigar? ¿No hay ya venganzas?
¿Cómo tan tibio estás, airado pueblo?
Caigan esos palacios que te insultan;
Sus doradas techumbres trague el fuego;
Dispersad las riquezas que atesoran,
Y exterminad á sus altivos dueños.
Id, yo lo mando... Que las manos vuestras
Esgriman sin piedad la tea, el hierro;
Y eternas ruinas desde hoy mas el nombre
Recuerden con horror de Masanielo.
Cat. Sí, sí: marchad, obedeced... es [justo:
Al mundo dad este terrible ejemplo.
Voces. Vamos.
Cat. ¡A la venganza!
Voces. ¡Al exterminio!
Cat. Pueblo, no haya piedad.
Voces. No... no... marchemos.
(*El pueblo se dispersa, y al cabo de algun rato se ven por todos lados las llamas de un incendio que aumenta por grados. Masanielo ha vuelto á quedar sumido en un profundo abatimiento.*)

Cat. Ahora el jefe de mandarnos digno
(*A Masaniélo.*)
En tí ya reconozco... Tu alto puesto
Supiste merecer... Te espera el triunfo.
Ven, sígueme, que allí...
Mas. Di... ¿Será cierto
(*Distraido.*)
Que Laura me aborrece?
Cat. ¡Qué delirio!
Ven, desecha ese vano pensamiento.—
Mira el carro triunfal.
(*Señalando al fondo.*)
Mas. Tal vez al verme
Sentado en él, su amor arda de nuevo.
¡Es tan bella la gloria! Mas ¿qué llamas...?
Cat. Las mandaste encender.
Mas. ¿Yo...? No me acuerdo.
Pero sí... vamos... sí... Las luminarias
De mi triunfo serán...
(*Da algunos pasos, vuelve á caer en su abatimiento, y dice con dolor y amargura:*)
¡Yo te detesto!
(*Cataneo le coge por el brazo y se lo lleva, dejándose él ir maquinalmente.*)

ESCENA VIII.

EL CONDE, CAFIERO; LUEGO MASANIELO EN EL CARRO TRIUNFAL; PUEBLO.

(*Todo el pueblo se agolpa hácia el fondo; y apenas se ha marchado Masanielo, aparecen en el proscenio Cafiero y el conde disfrazado. Empieza á anochecer.*)

Caf. Venid, señor, venid... Por fin lo-
Engañar su furor. [gramos
Conde. ¡Cuánto te debo!
Caf. Huyamos de ese pueblo enfurecido.
¿Oís sus voces?
(*Se oyen dentro voces y vivas.*)
Conde. Sí... Pero ¡qué incendio!
Caf. Es cierto... ¿Qué será? — Mirad.
Conde. ¡O asombro!
¡Masanielo triunfante!
Caf. Huyamos luego.
(*Masanielo aparece por el fondo en el carro triunfal. Le rodea el pueblo, llevando ramas, palmas y teas, y victoreándole. El incendio aumenta. El conde y Cafiero huyen apresuradamente atravesando el proscenio.*)

ACTO QUINTO.

El teatro representa un jardin: á un lado un pabellon: hácia el fondo el palacio del conde: en medio, cerca del proscenio, un grupo de árboles con un asiento al pié.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, UN MARINERO.

(*Salen el conde y el marinero del pabellon. El primero leyendo una carta.*)

Conde. (*Lee.*) « Milagroso es el modo
» con que os habeis libertado del furor de
» esos asesinos. Vuestra vida, sin embargo,
» peligrará en tanto que permanezcais ahí,
» por muy oculto que esteis. Hoy mismo
» deben llegar fuerzas suficientes para ata-
» car á los rebeldes. Venid, pues, sin tar-
» danza á este castillo, donde en breve
» podrá ser útil la presencia de tan buen
» servidor del rey. Vuestro. = EL DUQUE DE
» ARCOS. »
¿Teneis cerca vuestra lancha?
Mar. Ahí en esa orilla está
Atracada.
Conde. ¿Me podreis
Sin riesgo alguno llevar
A Castel dell Ovo?
Mar. Puedo.
Conde. Pues bien, id, y me esperad.
(*Vase el marinero.*)

ESCENA II.

EL CONDE.

Es preciso no perder
Esta ocasion... ¿Si vendrá
Laura...? Infeliz, ¡cuál quedó!
¡En un deliquio mortal
Sumergida...! En ella, al fin,
Venció el cariño filial;
Y hora ya desengañada,
Sumisa obedecerá...
Mas héla aquí.

ESCENA III.

EL CONDE, LAURA, CAFIERO.

(*Laura llega corriendo y se arroja en los brazos del conde.*)

Laura. ¡Padre!
Conde. ¡Hija!
Laura. Padre querido, ¿es verdad
Que os vuelvo á ver? Permitid
Que cien veces y cien mas
Os estreche entre mis brazos...
¿No es ilusion? ¡Vivo estais!
¡Vivo, sí!
Conde. Dale las gracias
Primero á Dios, que guardar
Quiso mi vida, y despues...
Laura. ¡Ah! ¿cómo recompensar...?
Caf. Dejaos de eso... Fué idea
Excelente, voto á tal;
Pero no mia, que tanto
No discurro yo jamás.
Es lance que ha pocos dias
A un amigo oí contar,
Y sucedió... ¿dónde...? ¿dónde...?
No me acuerdo... ¿qué mas da?
Hice de él memoria, y dije:
¿Este caso no es igual?
Pues lo mismo hagamos... Tiren
Con pólvora nada mas:
Fínjase muerto al oir
Los tiros, y estamos ya
Fuera del paso .. Ello es cierto
Que favoreció mi plan
El barullo que se armó
Al presentarse Tomás;
Y luego el incendio, el triunfo...
En fin, se pudo escapar.
Conde. Entre los males que afligen
A esta infeliz capital,
Este rasgo de heroismo
Consuela la humanidad.
Sin el premio que merece
El rey no lo dejará;
Yo mismo...
Caf. Sí, pero ahora
En lo que debeis pensar
Es en huir. Alterado
El pueblo otra vez está.
Intentó vuestro cadáver
Despues del triunfo arrastrar:
Buscólo: uno de los mios
Les contó el lance, y están
Que braman.
Laura. Marchaos.
Conde. Sí.
Vamos, hija.
Caf. ¿Qué, se va
Con vos? Pues yo imaginaba...
Conde. ¿Por ventura lo dudais?
Caf. ¿Y mi amigo?
Conde. ¿Masanielo?
Laura. ¡Ah! no volvais á nombrar
A ese infame.
Caf. ¿Qué decís?
¿Vos ese pago le dais?
Laura. ¿Qué otro merece un traidor
Asesino y desleal?
Caf. ¡Asesino! ¿Cómo es eso?
¡Él! ¡Masanielo...! Mirad...
Cuidado, que hasta ese punto
Las chanzas pueden llegar.
¡Despues que él os ha salvado!
Laura. ¿Quién? ¿Él?
Caf. Él.
Laura. ¿Será verdad?
Caf. Como que si no es por él,
Estais en la eternidad.
Laura. ¿Lo veis...? Bien me lo decia
El corazon, que capaz
No era de... ¡Que haya podido
Un solo instante dudar...!
¡Infeliz!
Caf. Bien infeliz:
Teneis razon.
Laura. ¿Qué?
Caf. ¿Ignorais
El estado en que se encuentra?
Laura. ¿Qué le ha sucedido? Hablad.
Caf. Tal impresion en su mente
Hizo el suceso fatal,
Que desde ayer la razon
Le ha trastornado el pesar.
Perdido el juicio, do quiera
Corriendo cual loco va.
Ora llora, ora sonríe,
Ora se pone á gritar,
Ora taciturno espanta
Con triste y sombría faz.
Os llama, y mas se enfurece
Vuestro nombre al pronunciar.
Laura. ¡Santo Dios! Yo soy la causa...
Caf. Pero allí viene: mirad.
Laura. ¡Que á tal extremo el dolor...!
¡Oh! ¡cuán demudado está!

ESCENA IV.

DICHOS, MASANIELO.

Laura. ¡Masanielo!
Mas. ¿Quién me llama?
¿Quiénes sois?
Laura. ¿Tú lo preguntas?
¿No me conoces?
Caf. A nadie.
Mas. ¿Yo...? ¿á tí...? No te ví nunca.
Laura ¿Ya no conoces á Laura?
Mas. ¡Laura!
Laura. Yo soy.
Mas. ¡Qué fortuna!
¡Tú Laura...! Ven. — Embustera:

No lo eres, no... tú te burlas.
Laura está lejos de aquí;
Muy lejos... Voy en su busca.

Conde. ¡Infeliz!

Mas. Y vos, ¿quién sois?
¡Ah! ya lo sé... Sois sin duda
De Francia el embajador.

Conde. ¿Yo?

Mas. Pues hablad: ya os escucha
El dux... ¿Reconoce al fin
El francés nuestra república?

Caf. ¡Por dónde sale!

Mas. Decid
Á vuestro amo que quien jura
Ser libre, cual lo juramos,
Pactos tan viles rehusa:
O vence, ó bien en la empresa
Entre ruinas se sepulta.

Caf. ¡Qué embajador, ni qué...! Mira
Que es el conde...

Mas. ¡El conde! ¡O furia!
¡El conde! ¿Quién hay aquí
Que su muerte me atribuya?
¿Sois vosotros...? No, perversos,
Mentís.

Caf. Si nadie te acusa...

Mas. Mentís.. es falso... jamás...
Me engañaron... ¡maldad suma!
Yo libertarle queria;
Y un traidor, Dios le confunda,
Fingiendo amistad, osó..

Caf. No le hagas tal injuria.
Al contrario.

Mas. ¡Ah! Vele aquí.
¿Dónde, malvado, te ocultas?
Hallete al fin... Morirás,
Y entre mis manos robustas...
(*Se abalanza á él, y le agarra á la garganta.*)

Conde. ¿Qué haceis?

Caf. Quita.

Laura. ¡Masanielo!
(*Laura pronuncia esta palabra fuertemente. Masanielo suelta á Cafiero, y se pone á escuchar como reconociendo la voz.*)

Mas. ¡Qué voz...! ¿Oís...? Es la suya.
Ella es, sí, que me llama.
¡Me llama...! ¡Laura...! ¡O ventura!
Voy... voy... no me detengais.
Voy... voy... voy... (*Vase.*)

ESCENA V.

LAURA, EL CONDE, CAFIERO.

Laura. ¡Fatal locura!
¡Ah! Yo le sigo.

Conde. ¿Qué intentas?
Pensemos solo en la fuga.

Laura. ¿Y he de dejarle?

Conde. Es forzoso.
El justo cielo que turba
Su razon, sabrá volvérsela
Luego que á sus fines cumpla.

Laura. Y nosotros que la causa
Somos de su desventura,
¿No tenemos que cumplir
Tambien deberes? ¡Ah! nunca...

Conde. Incauta, piensa en los riesgos
Que aquí do quier nos circundan.

Laura. Aunque la vida me cueste,
A mí ninguno me asusta.

Conde. Y ¿tu padre?

Laura. ¡Vos...! Es cierto...

Conde. Sígueme... vamos.

Laura. ¡O dura
Necesidad...! Atended...

Conde. ¿Qué?

Laura. Tal vez...

Conde. ¡Ah! tú rehusas...

Laura. No, disponed de mi suerte;
Que aunque mi pasion es mucha,
En mí la voz...

Caf. Poco á poco:
¿Y aquí á nadie se consulta?

Conde. ¿Cómo?

Caf. Que contando estais
Sin la huéspeda. — Él huya
Cuando guste, pero vos,
Eso no.

Conde. ¿Quién dificulta
Su partida?

Caf. Yo.

Conde. ¿Vos?

Caf. Sí.
Sé muy bien que esto no os gusta;
Pero mi amigo es primero.

Conde. ¿Y mi autoridad?

Caf. Es nula.
Aquí mandamos nosotros.
Si os sigue, adios: las afufa
Para siempre, y nos quedamos
Sin novia.

Conde. ¿Y con su locura
Insistís...?

Caf. Sí: por lo mismo.
Pues ella el juicio le ofusca,
Ella es quien le ha de curar.
Los físicos lo aseguran.

Laura. ¿De veras?

Caf. Cierto... Ya veis...

Laura. Entonces...

Conde. ¡Negra fortuna!
(*Aparte.*)
Mas disimulemos... Pronto

Volveré.
Caf. Luego, la fuga
De los dos os expondrá
A que por ella os descubran.
Dejadla: la cuidaremos.
No somos ninguna chusma
Intratable y descortés:
Gastamos tambien finura
Con las damas.
Conde. Bien está:
Como por su parte cumpla
Cual debe...
Caf. Mas ¿no es Cataneo
Aquel...? Sí, él es... ¡Qué diablura!
Esto es malo. . Si os descubre...
Marchad, marchad... La falúa
Os está esperando... Pronto,
Que aquí se acerca... Él os busca
Sin duda... Yo aquí me quedo
Para contener su furia.
(*Vanse el conde y Laura.*)

ESCENA VI.

CAFIERO, CATANEO.

Cat. ¿Quién es aquel que va allí?
Caf. Un pescador. ¿No lo ves
Por el traje?
Cat. Y ella es
Laura.
Caf. Ya se ve que sí.
Cat. ¿Dónde va?
Caf. Se va á embarcar.
Cat. Aquel es su padre.
Caf. ¡Bien!
¿Estás en tu juicio? ¿Y quién
Le pudo resucitar?
Cat. Alcanzándole sabremos...
Caf. Atrás: de aquí nadie pasa.
Cat. La ira el pecho me abrasa.
¡Traidor!
Caf. No nos sofoquemos.
Soy testarudo, lo sabes;
Y es empeño que he formado.
Cat. Sí, porque tú le has salvado.
Caf. Pues siendo así, que me alabes
Justo será.
Cat. ¿Yo?
Caf. Sin duda.
¿No fuera laudable accion?
Cat. No fuera sino traicion.
Caf. La palabra es algo cruda.
Mas que sea ó no bien hecho,
Le he salvado, sí señor;
Y ¿qué tenemos...? ¡Traidor!
Pues si lo soy, buen provecho
Me haga... pues... ¡Habráse visto!
Cat. Si hubieras sido capaz...
Caf. Tengamos la fiesta en paz;
Porque sino ¡vive Cristo...!
Cat. ¿Me amenazas?
Caf. No que no.
¡Con fieros á mí me vienes!
Si tú buenos puños tienes,
Buenos puños tengo yo.
Veremos quién puede mas.
Pero mírale embarcado.
Pese á tí, ya se ha salvado.
A Dios, señor Fierabrás. (*Vase.*)

ESCENA VII.

CATANEO.

Me ha burlado, vive Dios;
Mas, ó corazon, respira,
Que víctimas de tu ira
Hoy mismo serán los dos.
A un rival aborrecido
Demos el golpe funesto:
Derroquémosle del puesto
Por mí tan apetecido.
Te libraste de la muerte,
Conde, y me debo alegrar,
Si otra sangre, en tu lugar,
Que mas me importa, se vierte.
Se verterá; que ya tengo
Las pruebas de la traicion.
Albricias, pues, ambicion,
Venciste. . ¿A qué me detengo?
Solamente un paso ya
Le falta dar á mi encono:
Vamos á darlo, y el trono
De Italia mio será. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

LAURA, MASANIELO.

(*Sale Laura observando á Cataneo que se marcha.*)

Laura. ¡Ah! ya se fué... respiro... Al fin mi padre
Las olas hiende en salvadora barca.
Protegedle, Dios mio; y de sus iras
El tiempo calmará la adusta saña.
Sí, yo lo espero: en sus paternos brazos
Algun dia tal vez... ¡Ilusion vana!
¡Masanielo infeliz! Hoy tu locura
La flor vino á agostar de mi esperanza.
Pero aquí se dirige. — ¡Quién me diera
Sus males disipar!
(*Sale Masanielo lentamente, pensativo*

y triste; y sin reparar en nada se viene á sentar en el banco.)

Mas. No pude hallarla...
No pude... no... y el bosque he recorrido,
Y el verjel, y el palacio... nada... nada...
Ella fué, sin embargo... su voz era
La que aquí resonó... su voz tan grata...
Aquella voz que el corazon conmueve...
No me pude engañar.

Laura. No te engañabas.
Era ella.

Mas. ¡Otra vez...! ¡O dicha...! ¿Dónde,
(*Levantándose.*)
Dónde estás...? ¿Eres tú...? No, no eres [Laura.

Laura. ¡Oh! si.

Mas. Vete.

Laura. ¡Cruel! ¿Me desconoces?

Mas. ¡Ah! ya comprendo... ¿Con que tú eres, falsa,
Quien fingiendo su voz...?

Laura. Cálmate: el cielo
Para aliviar tu pena aquí me manda.

Mas. ¿A tí?

Laura. Benigno de tu mal se duele,
Y lo quiere templar... La dulce calma
Vuelve á tu pecho, y la razon perdida
De nuevo infunda su divina llama
En tu extraviada mente... O Masanielo,
¿Quién compasivo al verte no llorara?

Mas. Sí... sí... prosigue... que al oirte siento
Un consuelo, un placer... No calles... ha-
Habla. [bla...

Laura. No puedo...que mi voz...el llanto...
(*Le toma una mano y llora sobre ella.*)

Mas. ¿Qué haces...? ¡Llanto feliz...! ¡Cómo derrama
En mí dulce calor...! Dime: ¿quién eres?
Tal vez un ángel que del cielo baja
A consolarme... Sí... tan solo un ángel
Es hermoso cual tú... ¡Qué tez nevada!
¡Qué rostro celestial...! ¡qué bellas formas...!
¡Cuál tu ardiente mirar penetra el alma!
Dime quién eres, sí.

Laura. ¡Que no conozcas
A la que amante fiel...!

Mas. Necia, ¿tú amas?
¡Ah! Yo tambien amé... Quise á una hermosa. .
Tenia tu mirar... Y améla ¡ingrata!
Cual no se puede amar... con un delirio,
Un ciego frenesí que nadie iguala.
Pues bien... ¿podrás creerlo...? me abor-
Me aborrece... ella misma... [rece...

Laura. No, te engañas.

Mas. Pero su odio es fatal... Sí, todo un pueblo
Ese aborrecimiento hora me paga:
Y en mi furor...

Laura. ¿Qué hiciste? No son esas
Las pruebas que á tu amor le pide Laura.

Mas. ¡Laura...! Su nombre es ese... ¿La conoces? [latra.

Laura. Laura siempre te adora, te ido-

Mas. ¿Qué dices...? ¿Ella...? ¡A mí!

Laura. Sí.

Mas. ¿Será cierto?
No me engañes... por Dios... fuera una in-
Repítemelo... sí... [famia.

Laura. ¿Cómo decirte
Que arde y muere por tí la desdichada?

Mas. ¡Ah! me mata el placer... Mas ¿cómo sabes...? [ella te abraza;

Laura. ¿No ves que ella está aquí, que
Que esta voz es su voz, este su llanto?
¡Ah, cruel! mis gemidos, mis palabras,
¿No te dijeron ya que aquí la tienes?
¿Nada tu corazon te dice, nada?
Mírame... mírame.

Mas. ¡Dios...! ¡tú...! sí... ¡cielos!
¡Ella es! ¡ella es!
(*Se arroja en sus brazos con entusiasmo.*)
¡Prenda del alma!
Mas ¿qué es esto? El placer... siento...
¡Ay! yo fallezco. [sostenme...
(*Cae desfallecido á los piés de Laura.*)

Laura. ¡Santo Dios! Le faltan
Las fuerzas... Nadie aquí... Mi bien... ¡Ah!
Vuelve en tí... Masanielo. [vuelve,

Mas. ¿Quién me llama?
(*Volviendo poco á poco en sí.*)

Laura. ¡Masanielo!

Mas. ¿Eres tú... Laura... bien mio?
¿Qué es esto.. ? ¿Dónde estoy?

Laura. Ven, ven... descansa.
(*Le conduce al banco y se sientan los dos.*)

Mas. ¿Qué es lo que pasa en mí...? de ante mis ojos
Un espeso vapor pienso que apartan. .
Mas puro el aire me parece... el pecho
Fácil respira... el corazon se ensancha...—
¿Con que eres tú?—¡Gran Dios! Sin duda un sueño
He debido tener... pero, ó mi Laura,
¡Qué sueño tan horrible! — Di... ¿tu pa-

Laura. Mi padre vive. [dre...?

Mas. ¿Sí...? pues yo jurara...
Pero no pudo ser.

Laura. Olvida, amigo,
Esas tristes ideas.

Mas. Y tú... ¿me amas?

Laura. ¿Aun puedes preguntarlo?

Mas. Es que... ¡locura!

Laura. A tu lado me ves, y ¿esto no basta? [sé cómo...

Mas. Es verdad... es verdad... Mas no

Laura. ¿A qué en eso pensar...? De esta enramada
Mas bien contempla el espesor sombrío,
Y las flores brillantes que embalsaman
El aire en derredor, y de aquel cielo
El apacible azul, y de esas aguas
El grato murmurar, y esta frescura
Que esparcen por do quier suaves auras.
Goza de tantos bienes que tu pena
Sabrán desvanecer.

Mas. Sí... sí. . me agradan;
Pero háblame de tí. de tí, bien mio;
Que esto solo y no mas quiero con ansia.

Laura. Pues bien, llégate aquí... Diráte el labio
Cien veces y otras cien que te idolatra
Este fiel corazon que por tí solo
Arde, palpita y en amor se abrasa:
Dirá que eres el bien tras que suspiro,
Que todo mi existir conmueve, encanta,
Por quien sin vacilar diera al desprecio
El brillante esplendor de cien monarcas.
¿Qué á mí su pompa? Cuando al lado mio
Te encuentro, nada á mis deseos falta.
Pendiente de tus labios, oigo, adoro
Tu dulce razonar embelesada,
Y en ese fuego que en tus ojos brilla
Bebo el ardor que el corazon me inflama.
Entonces la existencia me parece
Veces mil mas hermosa y mil mas grata:
Dije mal: solo entonces sé que existo;
Pues donde tú no estás la vida acaba.
Sí, tu vida es mi vida: no respiro
Sino porque hasta mí tu aliento pasa.

Mas. Y yo, triste de mí, ¿qué fuera,
Si con igual pasion no te adorara? [dime,
Tampoco antes de verte yo existia,
Porque solo al amar vida se llama:
No amar cual suelen los vulgares pechos,
Con tibio fuego en insensible calma,
Sino con el furor que en hombres fuertes
Su eterna gloria ó su desdicha labra.
Mil veces en mis sueños ambiciosos
Postrado el mundo ansié ver á mis plantas,
Y tales sueños no creí posibles
Sino cuando tu amor me dió sus alas.
Entonces, sí, desde mi humilde choza,
A impulsos del ardor que me arrebata,
Desafío á los reyes, y á mis golpes
Deshecho en ruinas su poder se aplana.
Sin tí un oscuro pescador yo fuera;
Hora al cielo por tí mi frente se alza;
Mas la gloria y poder que me circundan
Sin que tambien los goces, ¿qué son? Nada.
Ven, pues: el pescador hora te ofrece
De triunfo insigne la gloriosa palma;
Y un puesto te dará donde entre honores
Tuyo puedas al fin llamarle ufana.
¿Quieres mas todavía? Habla... Yo puedo
Tus deseos colmar .. ¡Qué bien sentara
En esa frente cándida y hermosa
La esplendente diadema de un monarca!
Di que quieres reinar; y reina al punto
De Nápoles serás, de toda Italia.

Laura. Solo quiero ser tuya. ¿Qué me importan
Cetro y regio dosel, grandezas vanas?
Dame tus redes y tu amor con ellas:
A mi felicidad esto le basta.

Mas. Y á la mia tambien. ¿Qué mejor trono
Que mecida en el mar mi pobre barca
Cuando vogando de la costa lejos,
Y viendo solo el aire, el cielo, el agua,
Solos en la natura nos creamos,
En una confundiendo nuestras almas?
Ni adornará tu frente una corona
Cual de rosa y clavel fresca guirnalda;
Ni menos dicha nos ofrece el bosque
Que en dorados salones regio alcázar.
¿Ves cuán bello está aquí? ¿No es este el templo
Que amor propicio á sus electos guarda?
Verde y fresco dosel, florida alfombra,
Coro armonioso que placeres canta,
Y aquel luciente sol que allá en el cielo
Ve y aplaude este ardor que al suyo iguala.
¿A qué esperamos, pues? Dios nos contempla:
De fe tan pura el juramento aguarda.
Ven, Laura, acércate: recibe el mio;
Y el tuyo espero aquí puesto á tus plantas.

Laura. Recíbelo, mi bien: tuya por siempre, [Alza;
Tuya soy... soy tu esposa... ¿Qué haces?
Que tu puesto no es ese... aquí lo tienes.
(*Se abrazan.*)

Mas. ¡Ah! ¿quién mi dicha ahora no envidiara?

ESCENA IX.

DICHOS, CAFIERO.

Caf. Huid, huid; que el pueblo enfurecido
Aquí penetra .. Su implacable rabia
Una víctima busca, y ¿lo creerias?
La víctima eres tú.

Mas. ¿Yo?

Laura. ¡O Dios!

Mas. Te engañas:
No es posible.

Caf. Cataneo, ese malvado

Que de ruinas y sangre nunca se harta,
Va gritando traicion... Que le has vendido
Le dice al pueblo, y á la voz de patria,
Concitando los ánimos inquietos,
Contra tí alucinados los arrastra.

Mas. ¡O maldad!

(*Se oyen voces del pueblo.*)

Caf. ¿Oyes ya?

Mas. ¿De mis afanes
Es este el premio...? Con tenaz constancia
Yo sabré...

Laura. ¿Qué pretendes?

Caf. Que ya llegan.

Laura. Huye.

Mas. Jamás.

ESCENA X.

DICHOS, CATANEO, PUEBLO.

Cat. Miradle. Con su amada
Le encontramos aquí .. ¿Qué mayor prueba
Quereis de su traicion? Venganza... Caiga,
Caiga el infame que nos vende. Muera.

Voces. ¡Muera el traidor!

Laura. ¡Piedad!

Cat. No... Sin tardanza
Herid.

Caf. Teneos... Respetad, malvados,
Al que vuestras cadenas quebrantara.
¿Osareis....?

Cat. Es traidor.

Caf. Mientes.

Cat. O pueblo,
No dejes sin castigo tanta infamia.

Mas. Pues bien, herid, herid... El pecho
Que respetaron enemigas balas [es este
Cuando entre riesgos mil la independencia,
La libertad mi brazo os conquistara.
Herid... ¿No os atreveis?

Cat. Pueblo inconstante,
¿Ante un hombre tan solo te acobardas?
Pues yo... (*Oyense tiros de cañon.*)

Mas. ¿Qué es esto...? ¿Oís?

Cat. El cañon suena.
¿Qué será?

Mas. No comprendo...

Cat. Mas Arpaya
Se acerca... Él nos dirá ..

ESCENA XI.

DICHOS, ARPAYA.

Arp. Venid, amigos,
Al peligro acudid que nos amaga.
Nuevos refuerzos al virey llegaron;
Embiste el puerto poderosa escuadra;
Y de negra traicion favorecidas,
Ya numerosas huestes desembarcan.
Amigos, ¿lo creereis? En ira ardiendo,
De Conversano el conde es quien las manda.

Laura. ¡Mi padre!

Voces. ¡El conde!

Arp. Sí.

Cat. ¡Atroz perfidia!
¿Lo ves, pueblo, lo vez? Quien le salvara
¿Es leal?

Voces. No lo es.

Cat. Y ¿qué merece?

Voces. Morir.

Cat. Pues bien, ahí le teneis.

Voces. ¡Venganza!

Cat. No haya piedad.

Laura. ¡Ay Dios!

Mas. Cobardes, solo
Teneis valor si asesinar os mandan.
¿En esas manos los aceros qué hacen?
¿Por ventura su auxilio no reclama
Mas sagrado deber...? ¿Oís...? Si queda
Algun resto de honor en vuestras almas,
Marchad donde esos ecos el camino
De gloria á un tiempo y libertad os marcan.
Vuestro puesto es allí: si osais, seguidme;
Y émulos en valor, nuestras hazañas,
Sepultando en el mar á los tiranos,
Dirán quién con razon traidor se llama.

Cat. No le creas, ó pueblo, no le creas:
Mira que solo de engañarte trata,
Y con falaz perfidia conducirte
Donde indefenso al sacrificio vayas.
Marchemos, sí, contra el feroz contrario;
Pero sea despues que castigada
Quede ya la traicion. Muerto el aleve,
Fácil del triunfo nos será la palma.

Voces. Sí, sí.

Otras. Perezca.

Cat. Herid.

Voces. Muera.

(*Cataneo y otros disparan á la vez sus pistolas contra Masanielo.*)

Mas. ¡Dios mio!
(*Herido.*)

Laura. ¡Bárbaros!

Mas. ¡Muerto soy...! Sos- [tenme, Laura.
Al fin lograron...

(*Laura y Cafiero acuden al socorro de Masanielo y le sientan en el banco. Continúan los cañonazos. Oyense voces dentro.*)

Arp. La vecina playa
Llena está de enemigos... Ya penetran...

Voces. Huyamos.

(*El pueblo se dispersa, quedando solo Cataneo con unos pocos.*)

Mas. ¡Ah, cobardes...! Una espada...
Y mientras en mis venas sangre quede,
Veréisme combatir... No puedo.

(*Se levanta en ademan de marchar al combate, pero cae otra vez.*)

Caf. ¡O infamia!
Tú no te salvarás.

(*Cafiero corre hácia Cataneo, y asiéndole por el brazo le detiene fuertemente.*)

Cat. ¿Qué haces?

Caf. No tengo...

(*Haciendo ademan de buscar una arma.*)

Mas no importa... Venid... No, no te escapas.

(*Cataneo hace esfuerzos por desasirse. Cafiero le arrastra consigo. En esto salen soldados españoles y el conde con ellos.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, EL CONDE, SOLDADOS.

Caf. Prended á este traidor. [punto

Conde. ¡Cataneo! Al
En un cadalso su cabeza caiga.

(*Los soldados se llevan á Cataneo. Laura al ver á su padre va hácia él y le lleva adonde está Masanielo.*)

Laura. ¡Padre! [¡Masanielo!

Conde. ¡Hija...! ¿Mas qué miro...?
Y ¿quién...?

Laura. Ellos han sido, ellos le matan

Mas. Conde... triunfaste al fin... Mas hoy al menos
De ser esclavo su furor me salva. (*Muere.*)

Conde. ¡O celestial justicia...! ¡Desgraciado!
Ved cómo el pueblo á quien le sirve paga.

DON TRIFON,

Ó

TODO POR EL DINERO,

COMEDIA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.



PERSONAS.

Don TRIFON, rico capitalista.
Don LIVORIO, especulador.
Don CARLOS, jóven poeta.
Doña LEONOR, hija de don Trifon.
Doña PETRA, hermana de don Trifon.
Un Escribano.
Alguaciles.
Pueblo.—Criados.

La escena es en Madrid en casa de don Trifon.

Sala adornada con el mayor lujo. Puertas al foro y á la derecha de los espectadores: balcones á la izquierda.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Doña PETRA, Don CARLOS.

Petra. Entre usted, señor don Carlos:
Deseche todo temor.
Carl. ¡Ay, doña Petra de mi alma!
Temblando todito estoy.
Petra. Pero, señor, ¿á qué viene...?
Carl. Lo sé, tiene usted razon;
Mas ¿qué remedio? Es mi genio.
Petra. ¡Maldito genio...! Valor,
Y vénzase.
Carl. ¿Cómo quiere
Que al ver este caseron,
Este lujo, estas alfombras,
Tanta lámpara y reloj...?
Petra. ¿Teme usted manchar los mue- [bles,
O romper algo?
Carl. Eso no:
Ya procuro andar con tiento...
Mas debe este don Trifon,
Por las trazas, ser muy rico.
Petra. No está mal, gracias á Dios.
Y ¿qué?
Carl. Hágase usted cargo:
Como soy un pobreton...
Petra. ¿Es deshonra la pobreza?
Carl. Siempre causa algun rubor...
Petra. Rico ha sido usted tambien.
Carl. Lo fuí... pero la faccion...
Fábricas, molinos, casas,
Todito me lo arrasó.
Solo me queda el cortijo
De Córdoba... el Noguerol.
Petra. Ya sé.
Carl. Tan mal arrendado,
Y el pago mucho peor...
Petra. Bien; pero usted además
Tiene ascendientes de pro.
Carl. Y ¿de qué sirve ser noble

En una revolucion?
Vaya usted á presentarse
Con eso a este buen señor:
¡Hidalgo y sin un ochavo!
Bella recomendacion.
Petra. No importa... ¿Qué piensa usted
Que es mi hermano? ¿Algun Nemrod?
¿Algun tigre...? Nada de eso:
Un hombre de buen humor,
Muy á la pata la llana,
Sencillote, bonachon,
Que gusta de comer bien,
Y de beber aun mejor;
Que habla mucho de millones,
De la Bolsa, del cupon...
Algo brusco... Ya se ve;
Como que al fin no nació...
¿Ve usted ahora este lujo
Que ostenta y este esplendor?
Pues hubo tambien un tiempo
En que él dormia en jergon.
Carl. ¡Calla! Pues ¿cómo...?
Petra. A servir
Vino aquí el año de dos;
Y el de diez, con sus ahorros,
Se metió en la provision
Del ejército... Esto es siempre
Cuando hay guerra lo mejor.
Carl. Ya... sí.
Petra. Luego con la Bolsa,
Los bienes de la nacion,
Las contratas, las... En fin,
Con su maña y su primor
Se ha formado una rentita
De casi medio millon.
Carl. ¡Mire usted!
Petra. Con que es preciso
Animarse.
Carl. Sí; mas yo...
Petra. Fuera encogimiento: nunca
Fray Modesto fué prior.
Carl. Pero si es que...
Petra. ¡Me da rabia!
¡Ahí metido en su rincon
Teniendo instruccion, talento!
Carl. ¿Si no agrado á este señor?
Petra. Yo respondo...
Carl. ¿Qué sabemos?
Yo no soy ningun doblon...
Petra. Siempre desconfiado, siempre.
Dígame usted, ¿no temió
Que le silbasen tambien
Su comedia?
Carl. Y con razon.
Petra. Y ¿no andaba atortolado
El dia que se estrenó?
Y suspiraba, y gemia,
Exclamando: ¡Maldicion!
Estoy perdido, me silban:
El coliseo, ¡qué horror!
¡Será una plaza de toros...!
Carl. ¡Ay! aquel fué dia atroz.
Petra. Y á pesar de sus recelos,
Alborotó la funcion,
Y era aquello un entusiasmo,
Y pidieron al autor,
Y tuvo usted que salir...
Carl. Y ¡pasé una confusion!
Petra. Pero en cambio ¡cuánta gloria!
¡Qué triunfo insigne! ¡qué honor!
Carl. ¡La gloria...! Eso sí... ¡A su nombre
Palpita mi corazon!
No apetezco las riquezas,
No anhelo altos puestos, no:
Quédense para el que ignora
Este entusiasmo, este ardor
Que el alma del noble vate
Eleva hasta el mismo sol.
Solo aspiro á la corona
Que el gran Petrarca ciñó,
O á sentarme en el Parnaso
Al lado de Calderon.
Cuando pulsando mi lira,
Versos el délfico Dios
Baja á dictarme, engrandece
Mi ser la alta inspiracion.
Entonces siento gozoso
Que mi timidez cesó,
Y siento que no hay empresa
Que se oponga á mi ambicion.
Miro á los mortales todos
Con desden, y superior
Creyéndome á todos ellos,
Suena imperiosa mi voz;
Que es subyugar á los hombres
Del poeta la mision.
Petra. Mire usted el pazguatito,
Y ¡qué pronto se inflamó!
Y ¡qué desatinos dice!
Déjese, santo varon,
De entusiasmo y de misiones:
¿Es usted predicador?
O ¿es tambien de aquellos entes
Que haciendo un soneto ó dos,
Exclaman: «Yo soy un genio;
Sacro númen me inspiró;
El mundo no me comprende;
Solo el cielo es mi mansion?»
Y donde estar deberian
Es en Zaragoza.
Carl. ¡Oh!
Petra. Eso es ir por los espacios
Imaginarios... Señor,
¿No vive usted en el mundo?
Pues bien, en él todos son
Muy prosáicos... Harán mal,

Pero así Dios nos crió.
Con que, amigo, baje usted
De esa elevada region:
Humanícese, y verá
Que le va mucho mejor.
Carl. Bien está: si usted se empeña...
Petra. Esta es muy buena ocasion.
Aquí verá usted mil gentes
De alta clase y con favor;
Y haciéndose buen lugar...
Carl. Lo que es eso, tengo don
De gentes.
Petra. Y aun con las damas
No hay que descuidarse, no.
Usted es jóven: no faltan
Niñas con cierta aficion
A los poetas; y acaso
Alguna...
Carl. No quiera Dios.
Petra. Pues qué, ¿tan malo seria?
Carl. No; pero...
Petra. ¿Acaso el amor
Le ha flechado á usted?
Carl. ¡Ah! sí.
Petra. ¿Tan pronto? Alguna pasion
Romántica... ¿Será hermosa
La ninfa?
Carl. Es el mismo sol.
Petra. No pregunto á usted quién es,
Porque fuera indiscrecion...
Carl. Ni lo pudiera decir.
Petra. ¿Cómo?
Carl. Que no lo sé yo
Tampoco.
Petra. Pues, ¿no lo dije?
Tapada de Calderon.
¿Su nombre?
Carl. Lo ignoro.
Petra. ¿Nunca
Habló usted con ella?
Carl. No.
Petra. ¿Ni ella sabe...?
Carl. Nada... Solo,
Cual modesto girasol,
Suelo seguirla en el Prado.
Petra. Siempre ilusiones... No doy
Por su cabeza de usted
Ni un ochavo... Hay precision
De ponerle en cura.
(*Se oye toser á don Trifon.*)
¿Qué oigo?
Mi hermano.
Carl. Me entra el temblor.

ESCENA II.

DICHOS, DON TRIFON.

(*Sale don Trifon con una rica bata.*)

Trif. Abur, hermana... He tardado...
Estaba en la cama... ¡Un sueño
Tenia...! No es de extrañar:
A las cuatro por lo menos
Me acosté ayer.
Petra. Pues, ¡tan tarde!
Trif. Me pillaron en el juego...—
¿Es este nuestro poeta?
(*Reparando en don Carlos.*)
Petra. El mismo, sí.
Carl. Caballero...
(*Saludando.*)
Trif. ¡Cosa rara! Creí ver
Un mozo alegre, despierto;
Y el señor tiene aire triste,
Pensativo.
Carl. Los ingenios
Solemos ser una cosa,
Y otra cosa parecemos.
Trif. Gran comedia la de usted,
Amigo: aun me estoy riyendo.
Eso es lo que á mí me gusta,
Y ¡no esos dramas sangrientos...!
Petra. ¿Está Leonorcita en casa?
Trif. Sí está. Vistiéndose creo
Para salir.
(*Va y tira de una campanilla.*)
Petra. Voy á verla.
Carl. ¿Me deja usted?
(*Bajo á doña Petra.*)
Petra. Sí, le dejo. (*Lo mismo.*)
Carl. Y ¿á solas con...?
Petra. ¿Por qué no?
Carl. Es que yo...
Trif. Pronto, el almuerzo.
(*A un criado que sale.*)
¿Quiere usted desayunarse,
Don Carlos?
Carl. No... buen provecho.
Trif. Con franqueza.
Carl. Tengo ya
Mi chocolate en el cuerpo.
Trif. ¡Chocolate! ¡chocolate!
¡Voto á Cristo, buen refuerzo!
Yo almuerzo fuerte... Jamon,
Pollos, beefteck...—Dos cubiertos.
(*Al criado.*)
Carl. Pero...
Trif. No hay pero que valga.
Solo el chocolate es bueno
Para abrir el apetito.—

¡Eh...! Champaña y Jerez seco.
(*Al criado.*)
Petra. Solo probaré un bocado.
Trif. Y aunque usted quiera, doscientos.
San fason.
Petra. Los dejo á ustedes.
Hermano, te recomiendo
Otra vez á don Carlitos;
En servirle tengo empeño.
Ya te he dicho que su padre
Fué un amigo verdadero
De mi difunto, y pagar
Ahora agradecida debo
Al hijo los beneficios
Que nos dispensó : si tengo
Bienes cuantiosos, él fué
Quien los caudales primeros
Nos prestó con que mi esposo
Pudo entablar su comercio;
Y pues la desgracia ahora...
Trif. Descuida.
Petra. Voy. Hasta luego.

ESCENA III.

Don TRIFON, Don CARLOS.

(*Durante el final de la escena anterior, los criados habrán traido el almuerzo, colocándolo en un ancho velador.*)

Carl. Parece muy buen sugeto, (*Ap.*)
Y á darme valor empieza
Ese genio, esa llaneza.
Trif. Ya está la mesa... Acometo,
Y... Vamos, señor don Carlos,
Tome asiento.—Salchichon...
Dos perdices... y un capon...
¡Oh! pues no hay que perdonarlos.
Carl. ¿Nada mas que esta miseria
Toma usted por la mañana?
Trif. ¿Por qué no, si tengo gana?
Carl. ¡Jesus!
Trif. Es parva materia.
Vino... Beba usted. (*Le da de beber.*)
Carl. ¡Bordeaux!
¡Qué perfume!
Trif. Lafit puro :
No hay maca, yo os lo aseguro.
Pues y ¡este Champaña...! ¡Oh!
Vale un mundo mi bodega :
Le ha de gustar, á fe mia :
Es mi sola librería.
Usted á Lope de Vega
Tendrá, y á Tirso... Yo, Grave,
Jerez al que siempre alabo,
Palma, Chipre, Porto, Cabo,
¡Este sique es autor grave!

El tenerlo y no gastar
Es solemne desvarío;
Que este mundo, amigo mio,
Se hizo para disfrutar.
Carl. Yo los placeres prefiero
Que las dulces musas dan.
Trif. Eso sí : buenos serán
Para cuando no hay dinero.
Carl. Hacer buenos versos es
Dicha insigne.
Trif. ¡Linda hazaña!
Beba usted de este Champaña,
Y me lo dirá despues.
Carl. ¡Bueno! (*Bebiendo.*)
Trif. El argumento aprieta.
Yo, amigo, solo soy ducho
En ganar dinero mucho.
¿Cuánto vale el ser poeta?
Carl. Segun... De algunos sé yo
Que al gastar no ponen tasa :
Tienen caballos, gran casa,
Mesa opípara y landó.
Trif. ¿De veras...? Pues no pensé,
Lo confieso, que el Parnaso
Se encontrara en ese caso.
El ingenio, bien se ve,
Sirve de algo.
Carl. En los extraños
Reinos... En Francia, Inglaterra...
Mas lo que es por esta tierra,
Dios guarde á usted muchos años.
Trif. ¡Bendito Dios, que no quiso
Hacerme ingenio español!
Carl. Gloria, y entre col y col,
Alguna silva... preciso...
Esto Apolo nos concede.
Trif. Poca cosa... Pero al grano.
Un proyecto soberano
Medito... á ver si se puede...
Carl. Diga usted.
Trif. Estamos lejos,
Y el secreto conviniera.—
¡Eh! Vosotros idos fuera :
(*A los criados levantándose.*)
Llevaos esos trebejos.
(*Los criados se llevan el almuerzo. Don Trifon y don Carlos se sientan muy cerca uno de otro.*)
Sentémonos, pues.
Carl. Ya escucho.
Trif. ¿No es verdad que es gran bocado
El ser uno diputado?
Carl. Ya se ve que lo es, y mucho.
Trif. Y ¿qué maña, con franqueza,
Piensa usted me diera yo...?
Carl. ¿Para serlo...? ¿Por qué no?
¡Lo son tantos... ! Su riqueza
De usted y su posicion

Vienen aquí de perilla;
Y hasta la dorada silla
Tambien, sin adulacion,
Pudiera usted aspirar.
Trif. ¿Ser ministro...? Me acomodo:
Y de Hacienda sobre todo.
Carl. Pues bien, ¿hay mas que intri- [gar...?
Trif. A eso voy... Tengo esperanza
Que en mi provincia... Ya trato
De que como candidato
Me presenten... Si confianza
Puede un hombre tener, creo
Que obtendré...
Carl. Por decontado,
Ya en el Congreso sentado
Paréceme que le veo.
¡Puede haber mas grande honor!
Del pueblo, sin duda alguna,
Los fueros en la tribuna
Sostendrá usted con valor.
Clamando todos los dias,
Dirá al poder la verdad,
Y pedirá libertad,
Justicia y economías.
Lleno de aplausos, de gloria,
Concluirá su ilustre vida,
Y la patria agradecida
Bendecirá su memoria.
Trif. Todo eso es muy bueno, sí;
Pero yo, desde que vivo,
Estoy por lo positivo.
La gloria no es para mí:
Débil, deleznable torre,
Da en el suelo á un dos por tres;
Es papel sin interés,
Y que en la Bolsa no corre.
Si ser diputado anhelo,
Es que á mi negocio miro,
Y mi comercio y mi giro
Tomará entonces mas vuelo:
Hallaré del ministerio
Siempre abierta la mampara,
Suavizándose la cara
Del portero adusto y serio:
Podré optar á la cosecha
De la mies ministerial;
Y si sé votar... tal cual,
Tendré una suerte desecha.
Carl. ¡Ah...! ¡Ya...! Entonces...
Trif. ¿Está usted?
Solo una cosa me apura.
Carl. ¿Cuál?
Trif. Aunque tengo segura
La diputacion, merced
A mi poderosa influencia,
Sin embargo, no la quiero
Deber solo á mi dinero,
Sino tambien á mi ciencia.
Carl. Tiene usted razon.
Trif. Si acaso
Lograse adquirirme fama
Con mi pluma...
Carl. Eso se llama
Pensar con juicio.
Trif. Es el caso
Que yo... pues.
Carl. ¿Cómo?
Trif. Yo...
Carl. ¿Qué?
Trif. Esto de... ya usted me entiende.
Carl. No.
Trif. La ciencia no se vende;
Y como yo solo sé
Ganar dinero...
Carl. Ya estoy.
Trif. Esto de escribir... clarito...
No lo entiendo... ni maldito...
Qué... ni palotada doy.
Carl. ¡Pues es chasco!
Trif. ¿No es verdad?
Carl. Sí.
Trif. ¿Eh?
Carl. Sí.
Trif. ¡Ya!
Carl. ¿Qué remedio?
Trif. He dado yo con un medio.
Carl. ¿A ver?
Trif. Si usted la bondad
Tuviera de...
Carl. ¡Cómo...! ¿Yo?
Trif. Pues... de hacer... Nada le cuesta.
Hay mas de un hombre que presta
Su pluma.
Carl. Pero yo no.
Trif. Allá entre sus mamotretos
Bien tendrá algunas cosillas,
Como décimas, letrillas,
Acrósticos y sonetos...
O lo que yo mas estimo,
Algun drama rozagante...
O lo enjerga en un instante...
Se representa, lo imprimo,
Por supuesto con mi nombre,
Lo mando á cada elector,
Y al leer tanto primor
No hay uno que no me nombre.
Carl. Caballero, ¡yo escribir...!
(*Se levanta.*)
Trif. ¿Qué hay de extraño?
Carl. No, jamás.
¡Qué vergüenza!
Trif. ¡Por san Blas...!
¿Quién nos viene á interrumpir?

ESCENA IV.

DICHOS, DOÑA PETRA, DOÑA LEONOR.

Petra. Trifon, me llevo á la chica
A dar una vuelta.
Trif. Bueno.
Leon. Mire usted qué gorro estreno.
Trif. Muy lindo.
Petra. ¿Qué tal se explica? (*Bajo á Trifon.*)
Trif. Buen muchacho.
Carl. ¡O Dios...! ¿Qué miro? (*Aparte.*)
¿No es ella...? La misma... sí.
Leon. ¡Cielos...! ¡El del Prado aquí! (*Aparte.*)
Trif. Amigo... (*A don Carlos.*)
Carl. Apenas respiro. (*Aparte.*)
Trif. Esta es mi hija.
Carl. ¡Cómo...! ¿Es...?
Trif. Mi Leonor... ¿Qué le parece?
Carl. Que idolatría merece
Tanta beldad.
Trif. Aquí ves (*A Leonor.*)
Nada menos que al autor
De aquella comedia.
Leon. ¿Cuál?
Trif. La que se echó en el Corral
De la Cruz... *El desertor.*
Leon. ¡Ah...! sí... ¡Qué bonita...! (¿Quién (*Aparte.*)
A casa le habrá traido?)
Carl. Por haberos complacido
Solo me parece bien.
(¡Qué hermosa...! Y ¡es hija suya! (*Aparte.*)
Y yo que le iba á negar...)
Petra. Bien... me gusta... eso es hablar.
¡Qué galan!
Carl. No se atribuya
A lisonja.
Trif. No por cierto;
Ya sé que vale un perú.
Vamos... idos... Hija, tú
Dame un abrazo.
Carl. Estoy muerto. (*Aparte.*)
¿Quién ya para despedirse
Tendrá valor?
Petra. Hasta luego.
Carl. A los piés de usted... (¡Qué fuego (*Aparte.*)
En los ojos!)
Trif. Divertirse.
Leon. ¡Cosa mas rara! (*Aparte.*)

ESCENA V.

DON TRIFON, DON CARLOS.

Carl. Es preciso (*Aparte.*)
Ahora ya que cedamos.
Trif. ¿Con que, al fin, en qué quedamos?
Carl. Me hallaba un poco indeciso;
Mas puesto que usted insiste...
Trif. Eso es hablar en razon.
Al escribir... sin detencion...
Un drama, y *laus tibi Christe.*
Carl. Bien... pero en mi pobre juicio,
No da usted en el busilis.
Quiere esto tambien su filis;
Y estarán fuera de quicio
Versos en tal circunstancia.
¡Salir con cosa tan sosa!
En política la prosa
Tiene mas grande importancia.
Trif. Tiene usted razones mil.
Hagamos, mondo y lirondo,
Un artículo de fondo
Que arder pueda en un candil.
Carl. Mucho mejor que el artículo
Será un opúsculo suelto,
En alusiones envuelto,
De patriotismo vehículo.
Hablará usted de la hacienda,
De sus vicios, su reforma,
Y esto se dirá de forma
Que hasta el mas rudo lo entienda;
Y algo de administracion,
De la ley municipal,
Y al gobierno, pesia tal,
Dará usted una leccion.
Trif. Eso sí, firme al gobierno,
Y no le demos cuartel:
No habrá, si hablamos bien de él,
Quien lea nuestro cuaderno.
Carl. ¡Oh! pero fuera gran yerro
No haber imparcialidad.
Trif. ¿Y la popularidad?
No importa: es carne de perro.
Por herirle, y no os asombre,
Hay tan general anhelo,
Que ni bajado del cielo
Lo puede alabar un hombre.
Carl. Prevéngole á usted con todo
Que yo tengo mi opinion;
Y no consiento el borron...
Trif. ¡La opinion! Dela de codo.
La opinion señora es
Que muy varios puntos calza:
Tiene su baja y su alza
Cual deuda con interés.
Mercancía con que ogaño
Muchos suelen traficar,

Es un medio de sacar
La barriga de mal año.
Carl. Mas yo mis principios tengo;
Y soy hombre de conciencia :
Si discordamos, paciencia.
Trif. Qué, si yo á todo me avengo.
Demás, que conforme estoy :
¿No será de oposicion
El papel?
Carl. Es mi intencion.
Trif. Pues mi aprobacion le doy.
¿Lo va usted á hacer, en suma?
Carl. Hoy lo tendrá usted.
Trif. ¿Formal?
Carl. Siendo ante-ministerial,
Corre mas fácil la pluma.
Trif. Hablemos de usted ahora.
¿Cuánto vale?
Carl. ¡Caballero!
Trif. Pida usted.
Carl. Yo nada quiero.
Trif. Nadie mejor avalora...
Carl. Eso es hacerme un insulto.
Trif. Si tengo un anhelo vivo...
Carl. Yo por dinero no escribo.
(¡Habrá un hombre mas inculto!)
(*Aparte.*)
Trif. Usted trabaja, yo pago :
No encuentro cosa mas justa.
Carl. Pero...
Trif. Si esto le disgusta...
Carl. Solo por usted lo hago.
Trif. Lo estimo... Mas ¡qué tontuna!
¡De balde...! Pues, á fe mia,
Si da usted en tal manía
No hará en su vida fortuna.

ESCENA VI.

DICHOS, DON LIVORIO.

Liv. ¿Estorba?
Trif. ¡Mi don Livorio!
Muy bien venido : adelante.
Liv. Felices dias... ¿Qué tal?
Trif. Estoy como un gerifalte :
Famoso.
Liv. ¡Carlos aquí!
Carl. ¿Qué veo? ¡Livorio!
Trif. ¡Calle!
¿Son ustedes conocidos?
Carl. Amigos .. pero muy grandes.
Trif. Me alegro mucho.
Liv. Paisanos,
En un colegio estudiantes,
Luego en la universidad;
Y aunque no sean iguales
Ni la edad, ni el genio, siempre
Compinches.
Carl. Siempre uña y carne.
Liv. Él estudiaba por mí
Las lecciones.
Carl. Y mi parte
Te comias en la mesa.
Liv. ¡Qué diabluras infernales
Hacíamos!
Carl. Tú; mas yo,
Siendo quieto como un ángel,
Pagaba el pato.
Trif. ¡Los genios!
Liv. Fuiste siempre pusilánime.
Carl. Y tú el mismo Barrabás :
¡Tan diestro, tan insinuante!
Trif. Pues no han variado ustedes.
Carl. Genio y figura...
Trif. Ya.
Liv. Y ¿qué aires
Te traen ahora aquí?
Carl. Cortaron mis olivares
Los facciosos, incendiaron
Mis haciendas... un desastre.
Basta decir, amiguito,
Que siendo rico bastante,
Esos infames caribes
Casi me han dejado in albis.
Liv. ¡Pobrecito! Yo al contrario :
Era no mas que un petate,
Y me hice ya poderoso
En dos años no cabales.
Carl. Miren lo que son las suertes.
La mia es fatal.
Liv. Y ¿qué haces?
Trif. Es poeta : hace comedias.
¿Si viera usted? Es el diantre
Para eso.
Liv. Mal oficio.
¿Quieres morirte de hambre?
Carl. Al mismo tiempo pretendo
Un destino : hay que ingeniarse.
Liv. Bien hecho; y ¿esperas pronto...?
Carl. Perder paciencia y afanes :
Llevo presentados ya
Mas de treinta memoriales;
Y cuando con un ministro
Empiezo ya á congraciarme,
Hay crisis, viene otro, y zás :
Se acabó, trabajo en balde.
Trif. Asirse á buenas aldabas.
Liv. ¿Sabes de alguna vacante?
Carl. En la direccion de rentas
Hay una... seis mil reales.
Liv. La misma... bueno es saberlo.
(*Aparte.*)
Trif. ¿Si quiere usted que le hable
Al ministro...? Le conozco. [antes
Carl. Pues ¿no he de querer? Y hoy

Que mañana.
Liv. Yo tambien
Creo que podré ayudarte.
Carl. Bien, muy bien... ¡Cuánto agra-
Pero, diablos, es ya tarde, [dezco ..!
Y tengo... Corriendo voy
(*A don Trifon llevándoselo aparte.*)
A hacer aquello.
Trif. Sí, no hay
Que descuidarse.
Carl. Me bullen
Aquí ideas admirables.
Trif. No perderlas.
Carl. Verá usted.
Va á ser una cosa en grande.

ESCENA VII.

Don TRIFON, Don LIVORIO.

Trif. Muy buen muchacho.
Liv. Excelente.
Trif. Vamos á lo interesante.
¿Cómo está la Bolsa?
Liv. Floja.
Trif. Es muy regular que baje
Dentro de poco.
Liv. De fijo:
Las noticias son fatales.
Trif. ¿La gaceta?
Liv. Nada dice.
Trif. Mala señal es que calle.
Liv. La negociacion en ciernes
Ha vuelto á desbaratarse.
Trif. Muy bien.
Liv. Aquí no hay dinero,
Ni ya de donde se saque.
Trif. Perfectamente... La deuda
Baja á quince... falta me hace.
Liv. He visto al agente.
Trif. ¿Y bien?
Liv. No hay quien compre.
Trif. ¿Nadie?
Liv. Nadie.
Trif. Pues es ocasion de hacerlo.
Liv. ¿Tiene usted papel?
Trif. Bastante.
Liv. ¿Por supuesto á plazo?
Trif. Sí.
Liv. ¿Y en firme?
Trif. Eso ya se sabe.
A otra cosa. ¿Y la contrata?
Liv. Está dura de pelarse.
Trif. Lo siento: es un buen negocio.
Liv. Sin que un ochavo se gaste,
Han de quedar cien mil pesos.
Trif. Pues, hombre, no descuidarse.
Liv. Sí, que me duermo en las pajas;
Mas para que el carro ande,
Se necesita...
Trif. Ya estoy:
Pues bien, si es preciso, untarle.
Liv. Me encuentro con pocos fondos
Y para un negocio en grande,
Quisiera unos diez mil pesos;
Si pudiera usted prestarme...
Trif. Con mil amores... Ahora,
Cuando al escritorio baje...
Pero cerca de las doce.
Voy sin tardanza á aviarme,
Y á la Bolsa iremos juntos.
Liv. Una palabra... Y ¿mi enlace?
¿Cuándo el suspirado dia
Llegará que con la amable
Leonor...?
Trif. Mucho lo deseo;
Pues uniendo los caudales
Podremos entonces...
Liv. Mas
El que tanto se retarde
No me da muy buena espina.
Trif. Yerno de tan altas partes
Solo puede envanecerme;
Mas ciertas dificultades...
Liv. ¿Leonor se resiste?
Trif. No:
Pero sea mas galante
Con ella... Tan buen bocado
Algunos obsequios vale.
Liv. ¿Qué quiere usted...? Los negocios..
Ya procuraré enmendarme.
Trif. Luego su tia, clarito,
Es un estorbo del diantre.
No le puede ver á usted.
Liv. Mas ¿por qué...?
Trif. Debilidades
De mujeres.
Liv. No hacer caso.
Trif. Sí tal; pues usted ya sabe
Que es rica, y necesitamos
Que la herencia no se escape.
Hay que conllevar su genio.
Veremos... mas adelante.
Usted hágase querer
De la chica; que mas fácil
Será entonces...
Liv. ¡Oh! Y entonces,
Con tan pingües capitales,
Y una deidad por mujer,
Soy feliz.
Trif. Vamos, que es tarde.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

Don TRIFON, Don CARLOS.

(*Están leyendo un escrito.*)

Trif. ¡Qué magnífico papel!
¡Qué ideas! ¡qué estilo...! Todo
Es admirable... Amiguito,
Es usted de ciencia un pozo.
Carl. ¿De veras? ¿Le gusta á usted
El opusculillo?
Trif. ¡Y cómo
Si me gusta! Me arrebata:
Estoy con él... vamos... loco.
De esta hecha con su ingenio
De usted, me hago yo famoso.
Carl. Ya... sí.
Trif. No lo sienta usted;
Lo mismo acontece á otros.
Pero ¡qué cosas le digo
Al gobierno! ¡Cuál le pongo!
Ha estado usted muy feliz...
Con este escrito alboroto;
Y va á causar una crisis
Ministerial esto solo.
Carl. ¡Tanto ya!
Trif. Vale un perú
Especialmente este trozo:
« El pueblo está ya cansado,
Su paciencia llegó á colmo,
Alza su frente abatida,
Y hunde la vuestra en el polvo. »
No cabe mas. « ¡Alza... y hunde! »
¡Qué contraste...! Es un demonio
Este don Carlitos... Voy,
Voy á que lo impriman pronto,
Que estoy rabiando por verlo
En letras de molde... ¡O gozo
Cuando lo mire anunciado
En un cartelon de á folio,
Diciendo: *El grito del pueblo*,
Por don Trifon Ruiz de Orozco;
Y esto con letras de á vara...!
Pues digo, cuando en los corros
De la Bolsa oiga alabar
Este talento asombroso
Que Dios me dió... digo, usted,
Pero queda entre nosotros;
Porque usted nada dirá:
¿No es verdad?
Carl. Nada.
Trif. Pues corro
A la imprenta, y en dos credos... —
¡Hola! Señor don Livorio...
(*Viendo salir á don Livorio.*)
Perdone usted... con urgencia
Me llama cierto negocio...
Pero vuelvo... Ahí tiene usted
A su amigo... Es guapo mozo.
Hasta despues... En el cuerpo,
Vamos, no me cabe el gozo. (*Vase.*)

ESCENA II.

Don CARLOS, Don LIVORIO.

Liv. ¿Qué tiene? ¿qué le sucede?
Carl. No sé... Le he encontrado así,
Tan alegre.
Liv. ¡Cómo corre!
Carl. Algun negocio feliz...
Liv. ¡El bueno de don Carlitos!
¡Qué diablura! ¡Tú en Madrid!
Carl. Sí, amigo: estoy arruinado:
Por eso me ves aquí.
Liv. Dios te abrirá otro camino.
A mejor pueblo venir
No has podido... Con ingenio
La corte es un potosí.
Carl. Eso dicen... Y al mirarte,
Tú que fuiste tan cerril
En los estudios...
Liv. Jamás
Pude aprender el latin;
Mas la gramática parda
De coro me la aprendí.
Carl. Ya veo yo que esa sola
Nos sirve para vivir.
Mas ¿en qué libros se estudia?
Liv. No se halla su quis vel qui
En los libros: en el mundo
Se aprende ese arte sutil.
Al verte quemar en ellos
Las cejas, me haces reir:
Mientras quietecito estudias,
Yo voy de aquí para allí;
Que un hombre vale mas, cuanto
Mas le miran rebullir.
Si huelo algun buen negocio
La pista sigo hasta el fin,
Y al que es rico ó tiene influjo
Me agarro como la vid.
No me arredra empresa alguna:
Falla, ¿qué se me da á mí?
Yo nada pierdo, y aflojan
Otros los maravedís.
En fin, la fortuna, amigo,
La es forzoso perseguir;
Que jamás en nuestras casas
Nos visita la incivil.

Carl. Bien, seguiré tus consejos :
Confieso que soy así,
Algo pacato.
Liv. ¡Qué diantres!
Avívate... Debes ir
A bailes, juegos, tertulias...
Deja tus libros ahí.
Yo te meteré en negocios :
Cual la espuma has de subir...
Y luego tú, amigo, que eres
Guapo como un querubin,
Te verás arrebatado
Por las damas... ¿Tienes, di,
Alguna intriguilla ?
Carl. Alguna.
Tú me pudieras servir.
Liv. Cuenta conmigo... ¿La ninfa
Te acepta por paladin ?
Carl. Qué, si no me he declarado.
Liv. ¡Tonto! ¿Qué aguardas ?
Carl. Nací
Con estrella tan fatal,
Que es muy rica.
Liv. ¡Por san Gil!
Pues eso es miel sobre ojuelas.
Carl. Y un poeta baladí
Como yo, ¿habrá de atreverse...?
Liv. ¿Por qué no? Serás un Cid
Si conquistas...
Carl. Pero, amigo,
Yo sin una blanca y sin...
Liv. Por lo mismo : es la ocasion
De hacerte rico en un tris.
Me imitarás : tambien cedo
A un amoroso desliz.
Carl. ¿Te casas?
Liv. Me caso... ¡Un dote!
Pasa de doscientos mil
Ducados... ¡Y una hermosura!
Carl. Gran bocado, amigo.
Liv. ¡Uy!
Figúrate tú; es la hija
De este don Trifon.
Carl. ¿Eh?
Liv. Sí :
La Leonorcita.
Carl. La... ¿cómo?
Liv. La Leonor. . un serafin.
Carl. ¿La hija de...?
Liv. ¿La conoces ?
Carl. ¿Yo...? sí... no... nunca la ví.
(¡Maldicion!) (*Aparte.*)
Liv. ¿Qué tienes?
Carl. ¿Yo?
Nada.
Liv. Sí tal.
Carl. ¡Hombre vil! (*Aparte.*)
Liv. Algo te ha dado.
Carl. Es que tengo...
Un cierto dolor... aquí...
En este lado.
Liv. Algun aire.
Carl. Un aire... pues... (¡Malandrin! (*Ap.*)
Ya perdí toda esperanza.)
Liv. Con que, vamos, ¿quién es, di,
Tu dulcinea?
Carl. Perdona :
No lo puedo descubrir.
Liv. Pues entonces, ¿cómo quieres...?
Carl. El destino me es hostil;
Y tengo que renunciar...
Liv. ¿Renunciar ? Antes morir.
Carl. Hay obstáculos.
Liv. Se allanan.
Si eres pobre...
Carl. No está ahí
La dificultad.
Liv. ¿En qué?
Carl. Que con otro se va á unir.
Liv. Y ¿eso te arredra ?
Carl. ¿Pues no?
Liv. Mayor lauro para tí.
Carl. Si el novio fuese un cualquiera...
Pero es mi suerte tan ruin,
Que me ha dado por rival...
Liv. ¿Lo acabarás de decir ?
Carl. A un amigo.
Liv. ¡Amigo!
Carl. Pues :
Ya ves, en tal caso, si...
Liv. ¡Y qué!
Carl. ¿Cómo ?
Liv. ¿Qué mas da?
Carl. ¡Qué mas da! Pues ¿he de ir...?
Liv. ¡Qué pobre hombre!
Carl. Poco á poco :
Ahí es un grano de anís.
¡Yo faltar á la amistad!
Fuera ser un galopin.
Mi conciencia...
Liv. ¡Tu conciencia!
Mucho medrarás así.
Carl. ¿Tú me aconsejas...?
Liv. Si puedes,
Que en buena ó en mala lid
Le desbanques.
Carl. Hombre, mira...
No te pese... No haya un *quid*
Pro quo.
Liv. ¡Tontuna!
Carl. Ello es
Que, si por trueque sutil,
Yo fuera él y tú yo,
¿Me desbancaras á mí?
Liv. Mucho.
Carl. Alabo la frescura.

Liv. ¡Qué escrúpulo tan pueril!
Carl. ¡Jesus...! Vete, no me tientes.
Liv. Ven acá, alma de Cain.
Tú eres mi amigo.
Carl. Lo soy.
Liv. Pues un ejemplo entre mil.
¿Pretendias un destino?
Carl. Sí.
Liv. Pues mi hermanito Luis
Tambien lo necesitaba.
Carl. ¿Y qué?
Liv. Que yo, que sin fin
Te estimo, que solo anhelo
Tu bien, ya lo conseguí...
Carl. ¿Para mí?
Liv. Para mi hermano.
Carl. ¡Tu hermano...! Es una accion vil:
Es una infamia.
Liv. Otro habrá;
Y entonces...
Carl. Nos han de oir
Los sordos.
Liv. ¡Qué necio!
Carl. No: (*Aparte.*)
Mejor será...
Liv. ¡Qué cerril!
Carl. Sí, sigamos su consejo: (*Ap.*)
Yo le aseguro al malsin...
Liv. Vamos, querido Carlitos,
No te enfades... Si yo fuí
En esto un poco egoista,
Bien te puedo resarcir
El daño, y en tus amores
Te prometo...
Carl. (¡Qué fusil (*Aparte.*)
Tan bien empleado!) Bueno:
A lo hecho pecho... Si unir
Quieres tu esfuerzo á los mios...
Liv. Te juro por san Fermin
Que la dama ha de ser tuya.
Carl. Y ¿el otro?
Liv. Vaya á París
A buscar novia... Será
Algun bruto, algun mastin.
Carl. No... un bribon.
Liv. Pues duro en él.
¡Cómo me he de divertir!
Carl. Y yo tambien.
Liv. Ya me rio.
Carl. Fosco como un puerco espin
Se pondrá cuando lo sepa.
Liv. Con un palmo de nariz.
Carl. ¡Ah! ¡ah! (*Se rien los dos.*)
Liv. ¡Ah...! Calla por Dios;
Que ya me duele...
Carl. Sí. . sí...
Basta ya.
Liv. Mas dime, ¿quién
Es esa ninfa gentil...?
Carl. No lo puedo hasta mañana.
Liv. ¿Por qué?
Carl. Pretendo salir
Primero de cierta duda.
Liv. Bien está... Así como así,
Ya se hace tarde, y no vuelve
Don Trifon... Tengo que ir...
Con que abur.
Carl. Abur.
Liv. Y ¿dónde
Nos veremos?
Carl. ¿Dónde...? Aquí.
Liv. Dame esos cinco... ¡Qué broma!
Mucho vamos á reir.

ESCENA III.

Don CARLOS.

¡Hola, señor don Livorio!
¿Esas tenemos? ¡Qué amigo!
Y ¡qué consejos me daba!
Juro á Dios que he de seguirlos.
¿Para que Leonor me dé
Calabazas...? Sí... preciso:
¿Qué otra cosa he de esperar,
Yo, pobre trompeta...? Un risco
Será para mí... y despues
Ese pérfido, ese inicuo,
Con ella se casará.
¡Cuando no me pego un tiro...!
Mas ya sé lo que he de hacer;
Voy, corro, le desafio,
Y... ¡Necedad ..! Lo mejor
Será arriesgar... Sí, bonito
Soy yo para... con mi genio.
Pues no señor, por lo mismo:
Donde primero la encuentre
Le declaro mi cariño,
Y salga despues el sol
Por Antequera. — ¿Qué miro?
¿No es ella...? ¡Válgame el cielo!
La ví... ya me quedé frio.

ESCENA IV.

Don CARLOS, Doña LEONOR.

Leon. ¡Ah! ¿Es usted?
Carl. Señora... sí.
Leon. Perdone usted: yo creia
Que mi padre estaba aquí.
Carl. Pues... con efecto... (¡Ay de mí!) (*Aparte.*)
Se hallaba en mi compañía
Hace poco.
Leon. ¿Dónde ha ido?

¿No sabe usted?
Carl. No, señora...
Digo... sí... (Ya me he aturdido.) (*Aparte.*)
Fué á una imprenta.
Leon. Pues ahora
Parecióme haber oido...
Carl. Es que estaba don Livorio.
Leon. ¡Don Livorio!
Carl. Se turbó: (*Aparte.*)
Le causa efecto notorio
Su nombre... ¡Mísero yo!
Estoy en un purgatorio.
Leon. Pues ¡tan solo...! Le haré un poco
De compañía.
Carl. No tal.
Leon. ¿Que no?
Carl. ¡Jesus! Estoy loco. (*Ap.*)
Vamos, me encuentro fatal:
¡Qué desatinos emboco!
Leon. Me retiraré.
Carl. Leonor,
Quédese usted por favor;
Disculpe mi grosería:
Con su aspecto seductor
No supe lo que decia.
Leon. Disculpado está ya quien
Tan lisonjero lo pide.
Carl. (¡O qué discreta es tambien!)
(*Aparte.*)
¿Permite usted la convide
Con un asiento?
Leon. Muy bien. (*Se sientan.*)
Deje usted ahí el sombrero.
Carl. Sí, señora... (*Le deja caer.*)
¡Ah...! (¡Majadero!
(*Aparte.*)
¡Cometeré mil torpezas!)
(*Se queda mirándola sin hablar: Leonor empieza despues de una pausa.*)
Leon. Sembrado está de bellezas
Vuestro drama... ¿Es el primero
Que ha dado usted al teatro?
Carl. Mil gracias por la alabanza.
En mis momentos de holganza
He compuesto mas de cuatro;
Pero justa desconfianza
Me hizo arrojarlos al fuego.
Leon. Ese ha sido rigor ciego.
Carl. ¡O qué divina beldad! (*Aparte.*)
Me ha de quitar el sosiego.
Leon. Mucho promete, en verdad,
Quien con tal brillo se anuncia.
Carl. ¿Piensa usted...? (Nuevo eslabon
(*Aparte.*)
Cada elogio es que pronuncia.)
¿Quién ya á la gloria renuncia (*Alto.*)
Con tan dulce aprobacion?
Leon. Es sobre todo preciosa
La escena entre los amantes:
Hay pensamientos brillantes,
Versificacion hermosa...
Carl. ¡Oh! (*Deja caer los guantes.*)
Leon. Que se caen los guantes.
Carl. Gracias.
(*Los coge y se los presenta distraido.*)
Tome usted.
Leon. ¿A mí?
Carl. ¡Ah!
(*Se tapa la cara avergonzado.*)
Leon. Para escribir así
Es fuerza una alma tener
Muy sensible, muy...
Carl. Eso sí:
Una alma donde encender
Quiso amor su viva llama;
Una alma que la hermosura
Con su dulce hechizo inflama;
Llena de fuego y ternura;
Que siente, suspira y ama.
Leon. No hay cosa como un poeta:
En tocando cierto asunto,
De sus casillas al punto
Sale y pierde la chaveta.
¿Con que amais, segun barrunto?
Carl. Loco estoy, ciego de amor,
Lo confieso, amo, suspiro,
Por una hermosa deliro,
Y mas se acrece mi ardor
Cuanto mas la hablo y la miro.
Sus ojos son dos luceros
Que el sol del cielo oscurecen,
En su faz jazmines crecen,
Y en sus labios lisonjeros
Risas y amores se mecen.
Vence á la rosa de abril
Que el capullo abre gentil
Al albor de la mañana,
Y fresca, pura, lozana,
Es la reina del pensil.
Alegra como la aurora
Que, entre púrpura esplendente,
Se asoma en dia naciente
Al campo que su luz dora
Por los balcones de oriente;
Y es tan bella, tan cabal,
Que á Venus dándole enojos,
No tiene en el mundo igual;
Mas nunca ¡ay Dios! por mi mal
Pusiera en ella los ojos.
Leon. Tan poética pintura
Vendrá de molde en un drama;
Mas sepa usted que es locura
Alabar á una hermosura
En presencia de otra dama.
Carl. Yo, señorita... (Está visto (*Ap.*)
Que hoy en todo lo he de errar:

Ya se enfada... ¡Vive Cristo!
Procuremos enmendar...)
De mi elogio no desisto; (*Alto.*)
Que si á hacerlo me atreví,
Fué porqué una imágen viva
De mi amada en usted ví.
Leon. ¡Vaya una aprension! ¿En mí?
Carl. Ese mirar que cautiva
Las almas, es su mirar,
Esa es su frente nevada
Do el amor se va á posar,
Y esa su boca rosada
Que exhala dulce azahar.
Si hacer un retrato fiel
Quisiera el diestro pincel,
Copie ese bello semblante:
Las gracias hallará en él
Por las que suspiro amante.
Leon. ¡Ay, don Carlos! Lo que veo
Es, que otro amor figurando,
Con tanto ambaje y rodeo
Me está usted enamorando.
Carl. Yo... señorita... no creo...
¡Enamorarla...! Jamás.
No es usted á quien yo quiero.
Leon. No se canse, caballero:
La advertencia está de mas.
Carl. ¡Otra pifia...! ¡Chapucero!
(*Aparte.*)
Leon. Pues tan franco usted ha sido
Conmigo en esta ocasion,
Yo á mi vez el corazon
Quiero abrirle.
Carl. ¡Usted!
Leon. Cupido
Tambien me arrojó su arpon,
Y con él hirió mi pecho.
Carl. (¡Válgame Dios! Esto es hecho:
(*Aparte.*)
Me desaucia la taimada.)
¿De veras...? Enamorada... (*Alto.*)
Leon. Un si es no es.
Carl. Buen provecho.
Sin duda el feliz será
Don Livorio.
Leon. No.
Carl. ¿No?
Leon. No.
Carl. Y ¿la boda?
Leon. No se hará.
Carl. ¡Bravo!
Leon. ¿Se alegra usted?
Carl. ¿Yo?
¿Por qué...? A mí ¿qué se me da?
Leon. Nada... bien se ve.
Carl. Mas ¿quién?
Leon. Nuestra historia se parece.
Es un poeta tambien.
Carl. ¡Un poeta!
Leon. Y que merece
Con laurel ornar su sien.
Carl. ¡Ya!
Leon. Suele en frases pomposas
Encarecer mi hermosura:
Dice cosas primorosas:
No ha mucho que de las rosas
Daba á mi tez la frescura,
Y mi labio era un coral,
Y era cada ojo un lucero...
Carl. Señora, si dije tal...
Leon. ¿Se alarma usted? Hace mal:
No es usted á quien yo quiero.
Carl. ¡Ah...! no.
Leon. ¿Lo creerá usted? Hoy
Por primera vez le he hablado;
Pero, cual sombra, á mi lado
Le hallo cuando al Prado voy
Contemplándome embobado.
Carl. Es que su pasion intensa...
Leon. Si con usted nada va,
¿A qué tomar su defensa?
Carl. Con efecto.
Leon. Siempre está
Que, en verdad, no sé en qué piensa.
Ni mis miradas comprende,
Ni lee en mi corazon,
Ni hace una declaracion
Aunque sus ojos enciende
La comprimida pasion;
Y si bien alguna vez
Se esfuerza y romper intenta,
Está que apenas alienta,
Pierde la color su tez,
Se turba, calla... y se sienta.
Carl. ¡Ah! ese acento lisonjero
Disipa, en fin, mi temor;
Y ya entusiasmado espero...
Leon. ¡Jesus! modere ese ardor:
No es usted á quien yo quiero.
Carl. ¡Otra vez!
Leon. Pues como digo:
No sé qué hormiguillo trae;
Se atolondra, habla consigo,
El sombrero se le cae,
Hace pifias por castigo...
Carl. Ya no hay paciencia que baste,
Y lo mando todo al traste:
Al diablo mi timidez:
Me declaro de una vez,
Y mas que un rayo me aplaste.
Pues bien, la amo á usted, señora,
La adoro.
Leon. Pero...
Carl. No callo:
Nada me contiene ahora;
Y sea cual fuere el fallo,

Digo que mi alma la adora,
Que ardo por usted, suspiro...
¿Qué es suspirar...? No... deliro:
Solo á usted votos dirige
Mi corazon... ¡Uf! respiro:
Gracias á Dios que lo dije.
Leon. ¡Qué taravilla, Dios mio,
Despues de tanto callar!
Carl. Tanto se llega á apurar...
Leon. ¡Dueño yo de su albedrio!
Carl. Usted, sí... ¿lo he de jurar?
Leon. Pues antes ¿no me negó...?
Carl. Señora, entonces mentí.
Leon. Entre un no y un sí, ¿sé yo...?
Carl. Mi timidez dijo no;
Pero mi amor dice sí.
Leon. Y ¿si, cual usted merece,
Me mantengo yo en mis trece?
¿Si por un hado fatal
Es otro el que me enloquece?
Carl. Me arrojo hoy mismo al canal.
Leon. ¡Dios mio, qué tentacion!
Carl. Lo haré: nadie me detiene.
Leon. Si tal pensamiento tiene,
No quiero ser ocasion
De que una alma se condene.
Carl. ¿Cómo? ¡O Dios...! ¿Puedo creer...?
Leon. No soy tan cruel ni esquiva;
Y solo porque usted viva
Le quiero corresponder.
Carl. ¡Ah! mi alma siempre cautiva...
(*Se echa á sus piés.*)

ESCENA V.

DICHOS, DOÑA PETRA.

Petra. ¡Bien, muy bien!
(*Viendo á don Carlos á los piés de doña Leonor.*)
Leon. ¡O Dios! ¡Mi tia!
Carl. ¡Doña Petra...! Bien la hicimos.
Petra. Miren la mosquita muerta,
El tímido corderillo...,
Y parece que en su vida
No ha roto un plato... Bien dicho
Está lo de aquel refran
De «guárdate...»
Carl. Si es preciso (*Aparte.*)
Que tenga una suerte yo...
Petra. ¿Qué murmura?
Carl. Nada digo.
Petra. Pues yo digo que es usted
Un perverso, un fementido...
Carl. Señora...
Petra. Un falso, un hipócrita...
Carl. Pero...
Petra. El inocente, el niño...
Enamorar á Leonor,
Y teniendo otro cariño.
Leon. ¿Cómo? ¿A otra quiere?
Petra. Sí quiere.
Fíense ustedes...
Leon. ¡Inicuo!
Carl. Qué... no, señora... Leonor
Es aquella.
Petra. ¿Quién?
Carl. El lindo
Objeto...
Petra. ¿La oculta dama?
Carl. Pues, la misma.
Leon. Ya respiro.
(*Aparte.*)
Carl. ¿Ve usted qué casualidad?
Petra. Es decir que le he traido
A usted con mis once ovejas
Yo misma á que...
Carl. Cabalito.
¡Es usted tan bondadosa!
Petra. Pues no, no he de consentirlo.
Váyase usted.
Carl. Por la Vírgen...
Petra. Es que si levanto el grito...
Váyase usted de esta casa.
Carl. Bien... me iré.
Petra. Pero prontito.
(*Don Carlos se retira al fondo.*)
Miren el...
Leon. Amada tia...
Petra. Y usted, niña, ¿lo ha sufrido?
Leonor. Es que yo...
Petra. ¿Cómo...? ¿Qué es eso?
¿Te sonrojas...? Malum signum.
¿Bajas los ojos? ¡Ay! ¡ay!
Mala me he puesto... Está visto
Que no puede una fiar...
¿Con que te agrada el mocito?
Leon. Yo... señora...
Petra. Sin vergüenza.
Leon. Si me diera usted permiso...
Petra. Creo que aunque no lo diera
Sucederia lo mismo.
Leon. Mas si tia lo consiente,
Esta pasion justifico.
Petra. ¡Ya se ve!
Leon. Y agradecida,
Verá con cuánto cariño...
Petra. ¡Picarilla...! Y ¿qué remedio
Cuando don Carlos se ha ido?
Leon. No... si está allí.
Petra. ¡Hola...! ¿A ver?
¿Qué hace usté ahí, señorito?
Carl. Me marchaba.
Petra. Se conoce.
Carl. Bien está... ya me retiro.
Petra. Vamos, venga acá.

Carl. ¿Yo?
Petra. Sí.
Carl. Aquí estoy.
Petra. Miren qué listo.
Acérquese mas.—Y usted,
Niña, tambien, un poquito.
Leon. Ya me acerco.
Petra. ¿Ello es decir
(*A don Carlos.*)
Que á usted no le ha parecido
La niña costal de paja?
Carl. ¿No ve usted ese palmito?
Petra. ¡Pues ya! ¿Ni á tí te parece
(*A Leonor.*)
El señor costal de trigo?
Leon. Como el señor...
Carl. Yo estoy loco,
La amo con furor, deliro...
Petra. Pero es que...
Carl. No, no hay cuidado;
Porque aquí jugamos limpio.
Petra. Bien... no encuentro inconve- [niente...
Carl. ¡Qué placer!
Leon. ¡Qué dicha!
Petra. Chito.
Con esto no hacemos nada;
Pues yo aquí no toco pito;
Y mientras no quiera el padre...
Carl. Tiene usted razon.
Leon. ¡Dios mio!
Petra. Ya saben que don Trifon
Tiene otro yerno elegido.
Leon. Nunca le daré mi mano.
Carl. ¡Bendita boca! Bien dicho.
Petra. Sí; mas el tal don Livorio
Le tiene el seso sorbido.
Lo que nos conviene ahora
Es con pretextos fingidos
Ganar tiempo.
Carl. Bien pensado.
Petra. Y en tanto los tres unidos
Ver si podemos de un golpe
Derrotar al enemigo.
Carl. Sí, sí, una triple alianza.
Leon. Él viene.
Petra. ¡Chiton!
Carl. ¡Maldito!

ESCENA VI.

DICHOS, DON LIVORIO.

Liv. Gracias doy, bella Leonor,
A Dios de que al fin consigo
Esta ocasion de ofrecer,
A los piés de usted rendido,
Un amante corazon,
Y el puro afecto...
Leon. Lo estimo:
Mas guarde para otra vez
Esos obsequios tan finos,
Porque escucharlos ahora
No me es, señor, permitido.
Asuntos mas importantes
Reclaman en otro sitio
Mi presencia: con que así,
Beso á usted la mano, amigo.
(*Le hace una cortesía fria y vase.*)
Carl. ¡Famoso! ¡qué calabazas!
Liv. Señora, ¿qué gran motivo...?
Petra. Yo, caballero, no sé
Sus secretos... Mas le aviso
Que busque, si acaso Dios
Le llama para marido,
Otra novia; porque aquí
Voy temiendo, por lo visto,
Que tiene perdido el pleito.
Beso á usted la mano, amigo.
(*Le saluda con ironía y vase.*)
Carl. Se ha quedado patitieso.
Liv. Señor, estoy aturdido.
Carl. Voy viendo que de la boda
Se te ha atascado el camino:
Pues mira, al contrario, yo
He andado mucho en el mio.
Ya me dejé de chiquitas,
Y tu consejo he seguido.
Me declaré... soy amado,
Y el otro hecho un basilisco
Se va á quedar... ¡Oh! tendremos
Unos ratos divertidos.
¡Qué risa ..! Ya, ya verás...
Beso á usted la mano, amigo.
(*Vase riyéndose.*)
Liv. ¡El insolente se burla!
Vaya que he quedado frio.
Leonor me deja plantado,
Y con aquel airecito
Irónico doña Petra...
Pues y ¡el otro...! ¡Vive Cristo,
Que hay aquí gato encerrado!
¡O qué sospecha...! Sí... fijo. .
Él ama á Leonor... yo soy
El amigo escarnecido...
Y ¡me burla un mentecato!
Y fuí tan sandio, tan... Digo,
Juzgue usted por apariencias,
¡El pazguato! ¡el pobrecito...!
¿Con que usted, señor don Carlos,
Quiere habérselas conmigo?
Bien está... Yo le sabré
Enseñar cuántas son cinco.

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

DON LIVORIO.

El negocio se enmaraña;
No hay tiempo, no, que perder:
Ya es preciso acometer,
Pues hay rival en campaña.
Para ahuyentar al moscon,
Cuya vista me incomoda,
Hoy quiero sobre la boda
Apurar á don Trifon...
Pero doña Petra viene:
¡Qué culebron...! Sin embargo,
Aunque el trago sea amargo,
Camelarla me conviene.
La herencia no es de perder:
¡Ocho mil duros de renta!
El diablo á veces me tienta...,
Aun conserva muy buen ver.
A falta de la sobrina
Bien con ella apechugara;
Que aun á la mas fea cara
El oro la hace divina.
Mas fuera necios antojos:
¿Quién puede pensar en tal,
Cuando tiene renta igual
La otra, y tan bellos ojos?

ESCENA II.

DON LIVORIO, DOÑA PETRA.

Petra. ¡Hola, señor don Livorio,
Tanto bueno por aquí!
Liv. Que estuviera presumí...
Petra. ¿Mi hermano? En el escritorio
Le dejo... Mas si usted quiere
Que se le pase recado...
Liv. No, señora; es excusado;
Pues ya mi afecto prefiere
Tan amable compañía.
Petra. Muy poco amena, en verdad.
Liv. ¡Cómo, señora!
Petra. Beldad
Que, sin rebajar un dia,
Cuenta justo medio siglo,
Poco entretiene y halaga;
¿Qué quereis que un jóven haga
Con semejante vestiglo?
Liv. Amor cansado tal vez
De juveniles verdores,
Anima con sus ardores
Las nieves de la vejez;
Y usted, sin adulacion,
Por mas que esquive su fuego,
Aun ofrece al niño ciego
Harto linda habitacion.
De la edad vano es que intente
Echar sobre sí la mengua;
Pues lo que dice la lengua
Esa cara lo desmiente;
Y la hallo tan peregrina,
Que el alma yo le rindiera,
Si el cielo antes no me hiciera
Conocer á su sobrina.
Petra. ¿Con que usted, amigo mio,
Ama por antigüedad?
Liv. No goza de libertad
Quien ya rindió su albedrío.
Petra. ¡Pobrecito! Se resigna
A la jóven... ¡qué dolor!
Liv. Pues: no siempre el ciego amor
Nos sujeta á la mas digna.
Petra. ¿Con que tanto le esclaviza
Mi sobrina, á lo que entiendo?
Liv. ¡Jesus! Este ardor tremendo
Hace en mi pecho una riza...
Petra. Vea usted; ¡y de ello está
La pobre tan inocente!
Y de ese ardor que usted siente,
Ni tantico se le da.
Liv. ¡Cómo!
Petra. A usted no le acongoje
Que le quiera esclavizar:
Lo que es por ella, volar
Puede donde se le antoje:
Y si acaso mi presencia
Hecho le hubiere tilí,
Para enamorarme á mí
Cuente usted con su licencia.
Liv. (¡No te parta un rayo!) (*Aparte.*)
¡Cielos!
Y ¡así la cruel me trata!
¡Habrá mujer mas ingrata!
¿Esto alcanzan mis desvelos?
Petra. Eso sí: ingrata, lo es:
No quede á usted duda en ello.
Liv. Me echaré una soga al cuello,
Y he de ahorcarme.
Petra. No, al revés:
Consuélese á los reflejos
De mujer menos esquiva:
Ella quiere que usted viva,
Como viva de ella lejos.
Liv. ¡Despreciar mi mano blanca!
Petra. Que no puede, ni pintado,
Verle á usted, me ha confesado.
Liv. Pues alabo la...
Petra. Es muy franca.
Liv. ¿Querrá á otro?

Petra. No sé mas.
Las que mas francas parecen
Dicen á quien aborrecen,
Pero á quien quieren, jamás.
Liv. ¡Eh! Todo eso es una broma.
Petra. Pura verdad.
Liv. ¡Qué injusticia!
¡Oh! pero usted, mas propicia,
Con ella sin duda toma
Mi defensa.
Petra. ¿Quién? ¿Yo? Nones.
Liv. ¿No, dice usted?
Petra. Por supuesto.
Liv. ¿De veras?
Petra. Sí.
Liv. ¿Qué pretexto...?
Petra. Tengo yo acá mis razones.
Liv. ¿Cuáles?
Petra. Decirlas no debo.
Liv. Y ¿por qué?
Petra. Tal vez hay cosas
Que son harto vergonzosas
Para dichas... No me atrevo.
Liv. ¿Si será que el vejestorio (*Aparte.*)
De mi garbo se enamora?
¿Esas tendremos ahora?
No, pues como soy Livorio
Que he de salir de la duda;
Siempre es bueno de repuesto
Tenerla, por si...
Petra. ¡Qué gesto (*Aparte.*)
Pone!
Liv. Ello es que la viuda (*Aparte.*)
Es rica, y tal vez...
Petra. ¿Qué piensa?
Liv. Que me será de Leonor
Menos sensible el rigor,
Si otra dama recompensa
El fuego oculto...
Petra. ¿Qué es eso?
¿Tiene, segun la ocasion,
Una ostensible pasion,
Y otra guardada?
Liv. Confieso
Que hay tal vez ojos traidores
Que con perfidia asesinan.
Petra. ¿Cuáles son?
Liv. ¿No lo adivinan
Los de usted?
Petra. Tibios ardores
Son los suyos.
Liv. (Ya se inflama.) (*Aparte.*)
¿No sabe usted que son bellos?
Petra. ¿Me va á decir que son ellos
Los que encienden esa llama?
Liv. Pues bien... (Vamos, es locura...
(*Aparte.*)
Fuera, fuera tentacion...
¡Jesus! ¡qué fea vision!
Quita, quita.)
Petra. ¿Qué murmura?
Liv. Nada, señora... (Me voy; (*Aparte.*)
No haga el diablo una que suene.)
Petra. ¡Qué desasosiego tiene!
Hable, que escuchando estoy.
Liv. A los piés de usted... (No llevo
(*Aparte.*)
Mala banderilla... No,
Pues eso de ceder yo...
Ya verán qué cisco muevo.) (*Vase.*)

ESCENA III.

DOÑA PETRA.

¡Cuál corre...! Tenia trazas
De hacerme, si mas se espera,
Su declaracion... Quisiera,
Para darle calabazas.
Mi renta para el picaño
Mucho en mi favor arguye,
Y de mi edad disminuye
Por cada talega un año;
Y viendo estoy que si yerra
Sus tiros á mi sobrina,
Bien aceptará esta ruina
Por el tesoro que encierra.

ESCENA IV.

DOÑA PETRA, DON TRIFON.

Trif. ¡Viva el ingenio! Aquí está
El autor grande, profundo.
Petra. ¿Te has vuelto loco, Trifon?
Trif. ¡O qué victoria! ¡qué triunfo!
Petra. ¿Qué hay?
Trif. Hermana, de esta hecha
Me hago célebre en el mundo.
Petra ¿Sabremos...?
Trif. Ha alborotado.
Petra. ¿El qué?
Trif. Ya miro difunto
Al ministerio... Y haré
Segunda edicion, seguro.
Petra. ¿Del ministerio?
Trif. ¡Borrica!
¡Qué ministerio...! mi opúsculo.
Petra. ¿Tu qué?
Trif. Mi folleto.
Petra. ¡Ah! sí:
Ya caigo; ese papelucho
Que has dado á luz.
Trif. Sacrilegio:
¡Papelucho!
Petra. Y yo pregunto:

¿A qué te metes en...?
Trif. Pues :
¡No interesan los asuntos
Del Estado!
Petra. Yo no digo...
Trif. ¡Ha de ser uno de estuco!
Petra. ¿Quién pretende...?
Trif. ¡Un ciudadano
Agoviado de tributos!
Petra. Bien; mas si...
Trif. ¡La patria está
Sobre un volcan!
Petra. ¡Qué diluvio
De palabras...! ¿Hay peligro?
Trif. Sí, señora : lo hay, y mucho.
Petra. ¡Válgame Dios! ¿qué sucede?
Trif. ¡Suceden cosas...! ¡Me aturdo!
Lee mi folleto... allí
Las verás... allí reasumo...
Petra. ¡Tú escritor!
Trif. Y ¿por qué no?
Petra. Pobre lego, sin estudios.
Trif. El patriotismo me enseña.
Petra. Pues á pesar de eso dudo...
¿Será verdad lo que dice
Don Livorio?
Trif. ¿El qué?
Petra. Que alguno
Ha escrito por tí el folleto.
Trif. ¿Eso dice?
Petra. Sí.
Trif. ¡Qué insulto!
Petra. No estoy lejos de creer...
Trif. Quita allá. ¡Qué atroz! ¡qué bruto!
¡Qué...! Pero no, no es verdad;
No lo ha dicho.
Petra. Te aseguro...
Trif. Mentira.
Petra. ¡Me desespero!
Trif. Imposible... embrollos tuyos.
Petra. ¿Para qué?
Trif. Sí... tú pretendes
Malquistarnos... Soy astuto
Y te conozco... La boda,
Lo sé, no te agrada.
Petra. Justo.
Trif. Quisieras desbaratarla;
Pero...
Petra. Es verdad, lo procuro;
Y si tú tuvieras juicio...
Trif. Un yerno que si le busco
Con candil, no he de encontrar
Otro mas...
Petra. Vete con pulso...
Trif. En la Bolsa los negocios
Mas granados son los suyos.
Petra. Y en su bolsa, segun dicen,
No existe ni un peso duro.
Trif. Hace muy bien... Capital
En circulacion.
Petra. Me aburro.
¡Que seas tan...! Sobre todo,
¿Has consultado ya el gusto
De tu hija?
Trif. Y ¿á qué cuento?
Petra. Porque no fuera oportuno
Violentar su inclinacion.
Trif. ¡Su inclinacion! No es asunto
Este de amor... ¡Linda boda
Haríamos...! Yo calculo :
Tanto por parte del novio,
Tanto por la novia; sumo :
Componen tanto... Caudales,
Y no inclinaciones junto.
Petra. ¿No eres ya rico bastante?
Trif. Y ¡que lo sea! Por mucho
Trigo nunca fué mal año.
Petra. Mas la codicia á menudo
Rompe el saco... Si yo fuera
Que tú, buscara un futuro
Para mi hija, antes que rico,
Con mas nobles atributos :
De buena familia, honrado,
Hombre de ciencia, de estudios...
Sin ir mas lejos, ahí tienes
A don Carlos.
Trif. ¡Buen discurso!
¡Un poeta! ¡Un pobreton!
Petra. Sus talentos, sus profundos
Conocimientos...
Trif. Es cierto;
Y le aprecio cual ninguno.
Vaya, eso sí... Pero ¡darle
A mi Leonor...! Abrenuncio.
¡Buen negocio! La poesía
No tiene en la Bolsa curso.
¿Quieres que haga bancarrota?
Versos no, dinero busco.
Petra. ¡Siempre dinero!
Trif. Hago bien;
Que es hoy el poder del mundo.
Él gobierna los estados;
Y así el artesano oscuro,
Como el monarca mas grande,
Todos le ofrecen su culto.
Jóvenes, viejos, mujeres,
Nobles, plebeyos, no hay uno
Que no se afane por él,
O le ponga ceño adusto.
Hasta en virtudes y hazañas
El dinero se halla oculto.
¿Estudian? Es por dinero;
Buscan dinero en los triunfos;
Dinero el aúlico pide,
Y ansia dinero el tribuno;
Por dinero es uno víctima,

Y por dinero verdugo.
Allá en Asia es discrecion
Lo que en Europa es absurdo;
Pero en Asia y en Europa
El dinero es santo y justo.
Españoles y franceses,
Tártaros, chinos y turcos,
Tratándose de dinero,
Tienen todos igual gusto,
Y en amarlo, aunque enemigos,
Nunca discrepan ni un punto.
Ni clima, ni religion
En esto ejercen su influjo:
¿Es usted hombre? pues basta;
El dinero es su Dios único;
Y desde el bueno hasta el malo,
Desde el sabio hasta el mas rudo,
Podrá no creer en Dios;
Pero en el oro, es seguro. [Carlos!
Petra. Hombre, por Dios... ¡Mas don
Viene agitado, confuso...

ESCENA V.

DICHOS, DON CARLOS.

Carl. ¿Sabe usted la novedad,
Señor don Trifon?
Trif. ¿Qué es ello?
Viene usted tan...
Carl. Es que importa:
Sin perder instante vengo
Para avisarle.
Trif. Descanse.
Petra. ¡Qué sofocado!
Trif. Este asiento...
(*Ofreciéndole una silla.*)
Carl. No, gracias... sepa... ¡Qué infamia!
Trif. ¿Qué sucede?
Carl. Su folleto...
Trif. Y bien, mi folleto... ¿qué?
Carl. ¡Ha armado en el ministerio
Una zambra...!
Trif. ¿Si...? famoso.
Carl. ¡Un escándalo!
Trif. Me alegro.
Carl. Le acusan de sedicioso.
Trif. Mejor.
Carl. De infame libelo.
Trif. Magnífico.
Carl. Y lo han mandado
Denunciar.
Trif. ¡Eh! ¿Cómo es eso?
Carl. El jurado en este instante
Está reunido.
Trif. ¿Es cierto?
Carl. Me lo ha dicho un regidor.
Trif. ¡Habráse visto! ¡Perversos!
Carl. ¡Un folleto que respira
Patriotismo!
Trif. Que está lleno
De máximas provechosas.
Carl. De saludables consejos.
Trif. ¡Si no puede uno escribir!
Carl. Tome usted la pluma luego.
Trif. ¡Denunciarlo! Porque dice
La verdad.
Carl. Por eso.
Trif. Habremos
De ponernos un candado
En los labios.
Carl. Es su intento.
Trif. Pero me alegro: mas fama
Me voy á adquirir con esto.
Petra. Pero si...
Trif. La acusacion
Va á ser un nuevo trofeo.
Carl. El jurado hará justicia.
Trif. Venceremos, venceremos.
Petra. Y ¿si lo condenan?
Trif. ¡Qué!
Mujer, tú has perdido el seso.
¡Condenar cuando se dice
Que los ministros son necios!
Me voy á cubrir de gloria,
Y me eligen sin remedio.
Petra. Y ¿si lo condenan?
Trif. ¡Dale!
No puede ser... Ya me veo
Hecho todo un diputado,
Sentándome en el Congreso,
É interpelando...
Petra. Con todo,
¿Si lo condenan?
Trif. ¡Qué genio
Tan terco te ha dado Dios!
¿Por qué, majadera?
Petra. Pero
Como todo puede ser...
Trif. No puede ser.
Petra. Ya veremos.

ESCENA VI.

DICHOS, DON LIVORIO.

Liv. ¡Ay, don Trifon de mi vida!
Huya usted, huya usted presto.
Trif. ¿Huir yo...? ¿Por qué?
Liv. Porque...
No pueden tardar... corriendo.
Trif. ¡Esta es otra...! Pero ¿qué hay?
Liv. Hay... hay... ¡Jesus!
Trif. Por san Pedro,
No nos tenga usted así.
Petra. Hable usted.

Liv. Si apenas puedo ..
Sepa usted... ¿Quién lo creyera...?
Que vienen para prenderlo.
Trif. ¡A mí!
Petra. ¡A mi hermano!
Carl. ¡Al señor!
Liv. A usted, sí.
Trif. Pero ¿qué he hecho...?
Liv. ¿Qué es lo que ha hecho...? Si usted
Tiene el demonio en el cuerpo.
Trif. Pero, al fin, ¿con qué motivo...?
Liv. Por ese maldito impreso.
Petra. ¡Pues! ¿No lo decia yo?
Liv. El jurado todo entero
Ha condenado el escrito.
Trif. ¡Es posible!
Carl. No lo creo.
Liv. Y declara que ha lugar
A que se forme el proceso.
Trif. ¿Está usted seguro?
Liv. Ahora
Vengo del Ayuntamiento,
Y yo mismo he presenciado...
Petra. ¿Lo ves, lo ves, majadero?
¡Qué condenar! ¡Desatino!
No puede ser... ¡Un folleto
Tan magnífico...! A cubrir
Me voy de gloria... ¿No es esto
Lo que decias...? Pues toma,
Toma la gloria.
Trif. Estoy lelo.
¡El jurado condenar!
¿Se le tiene para eso?

ESCENA VII.

Dichos, Doña LEONOR.

(*Sale Leonor corriendo y asustada.*)

Leon. ¡Ay, papá... si viera usted!
Trif. ¿Qué traes...? ¿Otra tenemos?
Leon. Se está llenando la casa
Con unos hombres tan feos...
Trif. ¿Qué dices? ¿Serán ladrones?
Leon. Alguaciles; y con ellos
Un escribano.
Trif. ¡Pues! Fijos
Son los toros... Ya estoy preso.
Leon. ¡Preso!
Petra. Sí, vienen por él.
Leon. ¡Por mi padre!
Trif. ¡San Lorenzo!
¡Yo en la cárcel!
Leon. ¿Qué delito...?
Petra. Por el maldito cuaderno
Que ha publicado.
Trif. Señor,
Y ¿á esto llaman, embusteros,
Libertad de imprenta? ¡Buena
Libertad, de ella reniego!
No me viera yo en chirona
Si hubiera censores regios.
Petra. Y ¿á qué meterte en camisa
De once varas?
(*Rodeándole y acusándole todos.*)
Leon. Por supuesto.
Liv. Hombres como usted no deben
Trocarse en escritorzuelos.
Petra. Ni meterse en compromisos.
Leon. Ni darnos tal sentimiento.
Liv. Deje usted correr la bola.
Petra. ¿A qué desfacer entuertos?
Trif. Pero...
Petra. Mal hecho.
Leon. Muy mal.
Trif. Si yo...
Petra. La erraste.
Leon. ¡Pues!
Liv. Cierto.
Trif. ¡Eh! Basta ya, que me aturden.
Pues estoy... ¿Qué culpa tengo?
Vaya, que... ¡Tanto gritar!
¿Yo qué sabia...? ¡Está bueno!
No hay que venirme con esas:
Dejen tales aspavientos,
Tanta voz, tanto alboroto,
Para el autor del folleto,
Que yo no soy.
Leon. ¿Cómo no?
Petra. ¿No eres?
Trif. No lo soy: sabedlo.
Petra. Pues ¿quién es?
Trif. Es el señor.
(*Señalando á don Carlos.*)
Leon. y Petra. ¡Don Carlos!
Trif. Pues.
Carl. Con efecto:
Yo soy, señoras.
Trif. Ya veis.
Petra. ¿Con que usted es, caballero,
(*Yendo furiosa hácia don Carlos.*)
Quien compromete á mi hermano?
Carl. Yo...
Leon. Usted trata de perderlo.
(*Idem.*)
(*Le cogen entre las dos.*)
Carl. Señorita...
Petra. Es una infamia.
Carl. Señora...
Leon. Un delito horrendo.
Carl. Señorita...
Petra. Mal amigo.
Carl. Señora...
Leon. Hombre vil, funesto.

Liv. (Ya se va armando la danza.
(*Aparte.*)
¡Bravo! ¡Famoso...! Azucemos.) [sabe...?
¿Qué ha hecho usted, hombre? ¿Usted
(*Yendo hácia don Carlos con ademan irritado.*)
Trif. Por usted, por sus consejos,
(*Lo mismo que don Livorio.*)
Me sucede...
Liv. ¡A un hombre honrado!
Trif. A un amigo.
Liv. Es un perverso.
Petra. Un hipócrita.
Trif. Un infame.
Leon. Un falso.
Carl. Señores, ruego
A ustedes...
Trif. ¡Si no mirara...!
Petra. Calle usted.
Trif. Sálgase presto
De aquí.
Liv. Sí, márchese.
Carl. Yo...
Señores...
Petra. Afuera.
Liv. Luego.

ESCENA VIII.

Dichos, un Escribano, Alguaciles.

Esc. Deo gracias. (*Hablando gangoso.*)
Leon. Ellos son.
Trif. Pues... se concluyó... me agarran.
Esc. El señor don Trifon Ruiz
De Orozco ¿se encuentra en casa?
Trif. Servidor de usted.
Esc. Lo soy
Muy de usted... A mí me llaman
Don Braulio Gil de Quiñones.
Trif. Por muchos años.
Esc. Cachaza.
Soy escribano real,
Del número y de la cámara;
Secretario de la reina
Honorario.
Petra. ¡Vaya en gracia!
Esc. Y soy tambien caballero
De la cruz americana.
Trif. Buen provecho.
Esc. Como digo:
Tengo comisiones varias...
Trif. Al grano, señor, al grano.
Esc. Mis títulos no son paja.
Pues como digo: yo asisto
Al juez de primera instancia
Don Juan de Soto y Rosales
Con honores...
Petra. ¡Qué machaca!
Trif. Al grano.
Esc. Y por su mandato,
En providencia acordada
Hoy diez...
Trif. Déjese de fechas.
Esc. Pues su señoría manda
Que recogido este escrito
De la imprenta donde estaba,
Lo cual queda ejecutado,
Y consta en autos, lo traiga
A usted, como lo ejecuto,
Y se anotará en la causa,
Para que reconociendo
Esta firma con que acaba,
Diga si es suya.
Trif. Sí, es mia.
Esc. ¿No la repele por falsa?
Trif. No, señor.
Esc. Pues como digo:
Conste en autos; y usted haga
El favor de oir.
Trif. Ya escucho.
Esc. «En la heróica y coronada
(*Desarrollando un proceso y leyendo.*)
Villa de Madrid...»
Trif. Por Dios:
Diga solo la sustáncia,
Y no nos fastidie.
Esc. Bien:
Yo soy de excelente pasta,
Y no gusto molestar.
Como digo: la sustancia
Es que por este folleto
Se le procesa y encausa;
Y segun la ley previene,
Artículo...
Trif. No hace falta.
Esc. Cincuenta y ocho, y segun
Providencia rubricada
Por su señoría, es fuerza
Que usted ahora mismo vaya
Conmigo á la cárcel, donde
Hasta el final de la causa
Morará; quedando libre
Entonces si le declara
Absuelto el jurado, ó yendo
A algun castillo si falla
Dicho jurado que es justa
Y procede la demanda.
Trif. ¡A un castillo!
Esc. Por seis años.
Trif. ¡Esto solo me faltaba!
¡A un castillo!
Carl. No, señor,
No irá usted.
Trif. ¡Ahí que no es nada!
Carl. No irá usted... Yo me declaro

Autor del libro.

Trif. Y no es chanza.

Carl. Esta es mi letra: yo solo
Debo en esta circunstancia
Ir á la cárcel, y libre
Quede el señor.

Trif. Acertada
Resolucion.

Liv. ¡O si él fuera...! (*Aparte.*)

Leon. ¡Qué generoso!

Esc. No basta
Que usted lo diga: la ley,
Reo al firmante declara.

Trif. ¿No hay pues remedio? ¡A la cár- [cel!

Esc. Ahora, si usted no se enfada,
Un coche tengo á la puerta;
Porque yo cuando se trata
De sugetos como usted...

Trif. La atencion es excusada.
Tengo el mio.

Esc. Como digo:
Cuando usted quiera.

Trif. ¡Mal haya!

Leon. Por Dios, señor...

Petra. Mire usted...

Esc. Esas lágrimas quebrantan
Mi corazon... Mas es fuerza...—
¡Muchachos...! (*A los alguaciles.*)

Trif. ¡Ah! ¡qué desgracia!
¡Válgame Dios!

Leon. ¡Padre mio!

Petra. ¡Hermano!

Trif. ¡Hija mia! ¡Hermana!
A Dios, queridas, á Dios.

Leon. y Petra. A Dios. (*Se abrazan.*)

Esc. Me parten el alma.—
Tenedle bien, no se escape.
(*A los alguaciles.*)

Trif. ¡Funesto escrito! ¡Qué rabia!

Carl. Señor...

Trif. Quite usted allá:
Por usted me hallo, canalla,
En este lance: no quiero
Volverle á ver en mi casa.
(*Vase con el escribano y alguaciles.*)

Carl. ¡Ah doña Petra!

Petra. Muy bien:
Se ha portado usted... ¡Caramba!
Si me dejase llevar
De mi genio, le arañara. (*Vase.*)

Carl. ¡Leonorcita!

Leon. No se acerque.
¡Bien mi cariño me paga!
No me hable mas en su vida:
Le aborrezco. (*Vase.*)

Carl. ¡Virgen Santa!
¡Ella tambien! ¡Ay, amigo!

Liv. Has hecho muy linda hazaña.
¡Con que querias birlarme
La novia...! ¡Con esa cara
De santito, que pareces
Un infeliz, una malva!
Yo te enseñaré... Mas no:
Dame un abrazo... ¿Pensabas
Reirte?... Pues bien, ahora
Ríete... sí... ¡qué jarana
Tendremos...! Solo en pensarlo
Suelto ya la carcajada.
(*Vase riyéndose.*)

Carl. ¡Lucido quedo! ¡Buen fin (*Solo.*)
Tuvieron mis esperanzas!
Y ¿he de arredrarme? No, no;
Que no es mi alma tan pacata.
Soy tímido, sí; mas cuando
Llega un lance, entonces saca
Fuerzas de flaqueza el pecho,
Y sé armar una San Francia.
Me presentaré al jurado,
Y defenderé su causa;
Que á mí me toca salvarle,
Pues yo causé su desgracia.
Y le salvaré, no hay duda:
Una voz aquí me clama
Que le salvaré... Corramos;
Segura miro la palma,
Puesto que en tan noble empresa
Amor y amistad me inflaman.

ACTO CUARTO.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LEONOR.

¡O qué crueles momentos!
¡Qué zozobra! ¡qué ansiedad!
¿Cuándo acabará ese juicio?
¡Cielos, si le absolverán!
Vuestra clemencia al jurado
Infundid, Dios de bondad:
Haced que sea la boca
De don Carlos un raudal
De elocuencia, y de mi padre
Logre al fin la libertad.
Pero ¡cuánto tardan...! Nadie
Viene... ¡Ay Dios...! No puedo mas.
(*Se va á sentar cuando sale doña Petra.*)

ESCENA II.

DOÑA PETRA, DOÑA LEONOR.

Petra. ¡Victoria! ¡Victoria!
(*Saliendo muy sofocada y desordenado el vestido.*)
Leon. ¡Tia!
Petra. ¡Victoria! Ya absuelto está.
Leon. ¿De veras? ¿De veras?
Petra. Sí.
¡Ay! déjame respirar.
Vengo muerta... ¡Qué calor!
¡Qué sofocacion! Capaz
Es aquello de... ¡Jesus!
Yo pensé que me iba á ahogar.
Leon. Descanse usted... Esta silla...
(*Le da una silla y doña Petra se sienta.*)
Petra. ¡Qué sudor!
Leon. ¿Con que está ya...?
Petra. Absuelto, querida, absuelto.
Leon. ¡Absuelto! ¡O felicidad!
¿Vendrá pronto?
Petra. Sí.
Leon. Mas ¿cómo...?
Petra. Voy á contarte, verás.
Fuí al sitio del jurado.
¡Qué! ¿me habia de quedar
Sin ver...? No, señor... ¡Bonita
Soy yo...! Pues, amiga, zas,
Allá me emboco... ¡Qué gente!
¡Qué oleadas! Qué gritar!
¡Válgame Dios...! Yo creí
Que no podria jamás...
Este me da con un codo,
Aquel me pisa... Allá van
Por un lado mi mantilla,
Por otro el rodete y la...
Yo, avanzando.—Y gritan todos:
« Afuera la vieja, atrás. »
—No quiero, no quiero, digo:
He de verle, he de llegar;
Que el denunciado es mi hermano,
Mi hermano, hermano carnal.
—Pues que pase.—Y me abren calle,
Y llego al primer lugar,
Juntito á la barandilla.
Hablando estaba el fiscal.
¡Válgame Dios, qué energúmeno!
Aquel hombre es Barrabás.
¡Qué cosas dijo! Al oirle,
Toda me puse á temblar...
Casi me dió una congoja.
Calló al fin... ¡Qué buen dogal
Para su garganta!—Entonces
Don Carlos empezó á hablar.
Aquello ya fué otra cosa,
Y todo cambió de faz.
¡Qué elocuencia! ¡qué calor!
No te puedo ponderar.
A cada palabra suya,
¡Bien...! ¡bravo...! Aplausos... ¡Plan, [plan!
Sobre todo, cuando dijo:
«¿Osaréisle condenar
Cuando su provincia acaba...
Mira qué casualidad...
De nombrarle diputado?
Ya por ella absuelto está:
Al elegido del pueblo,
Jueces, debeis respetar. »
En fin, hija, le han absuelto,
Sí, por unanimidad:
Le han absuelto, ya está libre:
¡Alégrate, voto á san!
Leon. ¡O placer! ¿Con que don Carlos...?
Petra. Sí... Mas oye.
(*Se oyen voces del pueblo y vivas.*)
Leon. ¿Qué será?
(*Se asoman al balcon.*)
Petra. Es tu padre... Le acompaña
El pueblo en marcha triunfal.
¡Qué honor! ¡qué gloria!
Leon. Corramos.
Petra. Suben: mas vale esperar.

ESCENA III.

DICHAS, DON TRIFON, DON CARLOS, PUEBLO, CRIADOS.

(*Sale don Trifon llevado en brazos del pueblo, que le victorea.*)

Trif. Basta... basta... por piedad...
Me abruma ya tanta honra...
Señores, os agradezco...
Un hombre. Si nuestra presencia estor- [ba...
Trif. ¿Estorbar...? No... Mas estoy
Derrengado, y me sofoca
El calor.—Traed cerveza.—
(*A los criados.*)
Si gustais... ¡Oh! la hay famosa
(*Al pueblo.*)
En casa.
Hombre. No, muchas gracias:
Nos marchamos.
Trif. En buen hora.
Hombre. A Dios; y esgrimid con brios
Esa pluma victoriosa.
¡Viva el valiente escritor!
Pueblo. ¡Viva!
Trif. Gracias.
(*Los acompaña.*)

Petra. No alborotan
Poco.
Carl. ¡Leonor...!
Leon. ¡Ah don Carlos!
Sé que es de usted la victoria;
Y agradecida...
Trif. Se fueron. (*Volviendo.*)
¡Gracias á Dios...! Pues ¡ya es broma!
¡Ay! ¡ay!
Petra. ¿Qué es eso?
Trif. No es nada...
Nada... Digo... poca cosa.
El cuerpo tengo molido.
Ya se ve, con sus manotas
Se empeñaron en subirme...
¡Es mucho cuento la gloria!
Ví el instante en que mi frente
Iba á dar contra una losa.
Leon. Tome usted asiento.
Trif. Sí:
Buena falta me hace.
(*Se sienta. Doña Petra le da un vaso de cerveza.*)
Petra. Toma.
Trif. ¡Ay! Esto me vuelve el alma
Al cuerpo.—Mas.—Me conforta.
Amigas, ¡qué pico de oro
El de don Carlos! Asombra.
Mas ¿dónde está...? Venga usted,
Picarillo, no se esconda.
Déme un abrazo.
Carl. Señor...
Trif. ¡Qué idea tan ingeniosa
La de hablar de mi eleccion!
Dió gran golpe; y ella sola...
Diez mil votos he tenido:
Diez mil, amigas, no es broma.
¡Ah! será preciso darles
Las gracias... Esto le toca
A usted, don Carlos. Enjergue
Una epístola oratoria
En un sancti amen, y haré
Que en los diarios la pongan.
Puede usted en mi despacho
Escribir, si le acomoda.
Carl. Con mucho gusto: lo haré
En dos instantes.
Trif. Vosotras,
Para ajustar unas cuentas,
Dejadme un momento á solas.
(*Vanse don Carlos, doña Petra y doña Leonor.*)

ESCENA IV.

Don TRIFON.

Pues, señor, salí del paso:
No me he llevado mal susto.
¡Yo á un castillo! Por San Justo,
Bueno hubiera estado el caso.
Pero no; ya cuanto anhelas
Hado propicio te anuncia,
Feliz Trifon; la denuncia
Ha sido miel sobre ojuelas.
Mi fama va por Madrid
Corriendo de boca en boca;
Y al verme, la gente, loca,
Gritará: ¡venid! ¡venid!
Estoy que no me conozco,
Y la opinion rectifico:
Era antes Orozco el rico,
Y ya soy el sabio Orozco.
Sé que este saber profundo
Es otro quien me lo dió:
Mas ¿qué importa? ¡Hay como yo
Tantos sabios en el mundo!
Mi nombre es una potencia:
Soy diputado, escritor;
Y el gobierno con pavor
Ve mi fama, mi oro y ciencia.
Cuando sentado me mire
En el Espíritu Santo,
¡Uy! se va á llenar de espanto,
Y es fuerza que se retire:
Mi entrada será señal
De su derrota inminente;
Y empieza, así que me siente,
La crisis ministerial.
Y entonces ¿á quién eligen
Para reemplazarle, á quién?
Por poco cuerdos que esten,
Por fuerza, á mí se dirigen.
De Gobernacion y Estado
No sé yo que nada entienda;
Pero lo que es para Hacienda,
Soy, vamos, pintiparado.
Donde el dinero se fragua,
Allí mi elemento encuentro:
Estaré como en mi centro,
Y como el pez en el agua.
Arreglar la Hacienda quiero,
Que al órden siempre me inclino;
Mas para abrir el camino,
Yo me arreglaré primero.
Aquí que nadie me escucha,
Entiendo bien la monserga,
Y como un ardid se enjerga
Para acrecentar la hucha;
Y si el negocio va mal,
Dejándome de chiquitas,
Con un par de contratitas
Redondeo mi caudal.
Pues, señor, negocio hecho;
Ya mi espíritu se entona;
Admitiré la poltrona:

Que será lo mas derecho.
Me siento en ella... ¡qué bien!
¡Cómo, Trifon, la dominas!
Suele tener sus espinas;
Mas sus dulzuras tambien.
Nos quieren hacer el coco
Con lo duro de este asiento;
Solo una falta en él siento;
Y es ¡el que dura tan poco!
Mas, ¿cómo ha de ser? Paciencia;
Mientras dure, aprovechar
La ocasion... Vamos á dar,
Lo que es por ahora, audiencia.

ESCENA V.

Don TRIFON, Doña PETRA.

(*Doña Petra trae una carta.*)

Petra. ¿Trifon?
Trif. ¿Qué es eso...? ¿Qué quieres?
Petra. Esta carta.
Trif. ¿Un memorial?
Petra. Del agente don Pascual.
Trif. Muy bien.
Petra. Espera...
Trif. Que espere.
Los negocios...
Petra. No te impiden...
Trif. ¿Viene en regla?
Petra. Han encargado...
Trif. ¿Estará documentado?
Petra. ¿Qué sé yo?
Trif. Pues... todos piden
Empleos.
Petra. ¿Te has vuelto loco,
O estás soñando?
Trif. ¡Ah! ¿eres tú?
Petra. Sí... Llévete Belcebú:
No se necesita poco
Para...
Trif. ¿Qué quieres?
Petra. Que leas
Esta carta del agente.
Trif. ¿De don Pascual? (*La toma.*)
Petra. Es urgente.
Trif. Un coche y unas libreas (*Aparte.*)
Me he de echar...
Petra. ¿Acabarás?
Trif. Ya voy... alguna pamplina.
(¡Qué magnífica berlina!) (*Aparte.*)
Petra. Pero ¿en qué piensas...? ¿Leerás?
(*Don Trifon abre la carta, lee y exclama desesperado:*)
Trif. ¡Dios mio! ¡Estoy arruinado!
Petra. ¡Arruinado!
Trif. Poco menos.
¿Para cuándo son tus truenos,
Dios de Israel? ¡Desgraciado!
Petra. Pero ¿qué sucede?
Trif. ¿Qué?
¿Qué sucede...? ¡Ahí que no es nada!
¡Infames! ¡Buena jugada!
Lee... verás... Moriré.
Petra. (*Leyendo.*) «La fausta noticia de » la gran batalla que se acaba de ganar á » los enemigos, y una combinacion dies» tramente preparada entre varios capita» listas, han hecho subir la Bolsa nada » menos que de un cuatro por ciento. Con » este motivo todos cuantos tienen opera» ciones pendientes con usted, han acudido » á mí para realizar inmediatamente sus » contratos. Como tiene usted arriesgadas á » la baja tan considerables sumas, y esto » ha de causar notable brecha en su capi» tal, se lo advierto sin pérdida de tiempo » para que tome sus disposiciones.»
Trif. ¿Creerias tú...?
Petra. Yo... ¿qué entiendo?
¿Mas cuánto pierdes?
Trif. Millones.
Petra. ¡Millones!
Trif. Pues... Intenciones
Me dan de... Mas voy corriendo...
Petra. ¡Es posible!
Trif. Yo esperaba
Algun suceso fatal...
Derrotas... Y ¡pese á tal,
Todas mis cuentas erraba!
Y el ejército cruel,
Sin huir de la canalla,
Va á ganar esta batalla.
¡Maldito, reniego de él!
Petra. Hombre, eso no; porque así
Libre la patria se ve.
Trif. ¡La patria! ¡la patria...! Y ¿qué
Me importa la patria á mí?
Petra. ¿Que nada te importa?
Trif. No.
Petra. Antes tu pecho la amaba.
Trif. Sí, cuando no me arruinaba.
Petra. Pero...
Trif. La patria soy yo.
Petra. ¿Tan arruinado te quedas?
Trif. Aun conservo un buen pasar.
Petra. Pues no hay que desesperar;
Y es de presumir que puedas...
Trif. Aquí no hallo mas enmienda (*Aparte.*)
Que el apresurar la boda...
Mas que nunca me acomoda;
Y antes que nada trascienda
El casamiento arreglemos.
Si con don Livorio pillo

El ansiado contratillo,
Vuelvo á ser hombre... Formemos
Un apunte de la dote,
Y luego...
Petra. Pero, señor...

ESCENA VI.

DICHOS, DON CARLOS.

Carl. Hecho está ya el borrador.
(*Con un papel en la mano.*)
Trif. Lleve el diablo el monigote.
(*Aparte.*)
Carl. Oiga usted: « Aunque incapaz
Soy de... »
Trif. Bueno.
Carl. No, no es largo.
Trif. Bien... lo apruebo.
Carl. Sin embargo...
Trif. ¡Eh! Déjeme usted en paz.
(*Vase.*)

ESCENA VII.

DOÑA PETRA, DON CARLOS.

Carl. ¿Qué es lo que tiene?
Petra. ¡Ay, amigo!
Disimule usted... Sucede
Una gran desgracia.
Carl. ¿Cuál?
Petra. Que casi cuanto posee
Pierde hoy mismo.
Carl. ¡Santo Dios!
Mi alma, señora, lo siente;
Mas si, siendo menos rico,
En mi enlace consintiese,
Yo le probaré quizás
Que la dicha no está siempre
En la riqueza: ó si acaso
Echa de menos sus bienes,
Trabajando noche y dia
Haré que los recupere.
Petra. ¡Buen jóven! ¿Quién cual usted
El ser su yerno merece?
¡Mas don Livorio! A esperarme
Vaya usted al gabinete.
(*Vase don Carlos, y sale don Livorio muy alterado.*)

ESCENA VIII.

DOÑA PETRA, DON LIVORIO.

Liv. ¿Está en casa don Trifon?
Petra. Sí está.
Liv. Me interesa verle.
Quisiera que le avisasen.
Petra. Yo iré. (*Vase.*)
Liv. Gracias.—No se puede
Perder tiempo. Esta subida
Me ha baldado. ¡El diablo lleve
La Bolsa y el agiotaje!
He de hacer una que suene.
¡Pagar yo veinte mil duros!
¿Con qué...? Como no remedie
Mi situacion esta boda,
No hay recurso, antes que llegue
El plazo, salto de mata,
Y que allá en Francia me pesquen.

ESCENA IX.

DON LIVORIO, DON TRIFON.

(*Se acercan el uno al otro haciéndose muchas cortesías con risa afectada.*)

Liv. ¡Don Trifon dueño y señor!
Trif. ¿Es usted, don Livorcito?
Liv. ¿Cómo ha ido ese valor?
¿Hay salud? ¿hay apetito?
Trif. Me voy sosteniendo, amigo:
No lo hago del todo mal.
Liv. Cuidarse.
Trif. Lo mismo digo.
Liv. Hace un tiempo muy fatal.
Trif. Este calor nos sofoca.
Liv. ¡Es mucho cuento!
Trif. ¡Ah!
Liv. ¡Oh!
(*Se limpian las frentes con los pañuelos.*)
Trif. ¿Se ha hecho hoy algo?
Liv. Una bicoca.
¿Y usted?
Trif. No he jugado.
Liv. ¿No?
Trif. Con mi asunto, hágase cargo.
Liv. Es verdad: se me olvidaba.
Pues ha habido papel largo.
Trif. ¿La gente se calentaba?
Ya se ve, con la subida...
¡Hombre, qué buena ocasion!
Y no habrá sido perdida.
Liv. Alcanzo un buen dobleton.
Trif. ¡Famoso! No descuidarse...
¿Y la contrata?
Liv. Es segura.
Trif. Pronto debe adjudicarse.
Liv. Lo que es eso no me apura:
La tengo por mia.

Trif. ¿Sí?
Ya sabe usted...
Liv. No hay que hablar.
Trif. Para usted y para mí.
Liv. Pues ¿pudiera yo faltar...?
Siempre unidos, siempre.—Y ¿cuándo
La...?
Trif. ¿La qué...? Ya estoy... ¿La boda?
En ella estaba pensando.
Liv. ¿De veras?
Trif. Si le acomoda,
Esta semana.
Liv. ¡Tan pronto!
Trif. ¿Le pesa á usted?
Liv. ¡Santo Dios!
De placer me vuelvo tonto.
Trif. Ya que aquí estamos los dos
Ahora solitos, hagamos
Nuestras estipulaciones.
Liv. Sí... bien pensado... Veamos.
Trif. Diré á usted mis condiciones.
Liv. Yo á todo estoy convenido.
¡Jesus! Me sonroja hablar...
Y ¿cuáles son?
Trif. He extendido
Unos apuntes... Tratar
Siempre es bueno con...
Liv. Le escucho
A usted por condescendencia.
(El dote debe ser mucho.) (*Aparte.*)
Trif. Ello es preciso.
Liv. Paciencia.
¿Con que...?
Trif. Dice así: atencion.
(*Saca un papel.*)
Liv. Estoy con mi alma en un hilo.
(*Aparte.*)
Trif. El dote será un millon.
Liv. (¡Un millon!) (*Aparte.*)
Si no vacilo:
Digo que paso por todo.
En Leonor solo me agrada
Su gracia, virtud, buen modo,
Y la tomara sin nada.
Trif. Tampoco á mí me conduce
Ningun mezquino interés:
Solo en usted me seduce
Ese carácter cortés...
Liv. ¡Oh!
Trif. Amable, pundonoroso...
Liv. ¡Oh!
Trif. Su talento...
Liv. ¡Por Dios!
Trif. Su honradez...
Liv. Me es vergonzoso...
Trif. ¡Qué buenas migas los dos
Hemos de hacer!
Liv. Eso sí.
Trif. ¡Cuánto de esta union me alegro!
Liv. ¡O qué dicha para mí!
Trif. ¡Amigo!
Liv. ¡Querido suegro!
Trif. Un abrazo.
Liv. Sí, un abrazo.
(*Se abrazan.*)
Trif. ¡Ah! casi á llorar me obliga.
Liv. ¡Qué sensible! ¡qué bonazo!
Trif. Prosigamos.
Liv. Sí... prosiga.
Trif. « Será un millon... » (*Leyendo.*)
Liv. ¡Qué contento!
(*Aparte.*)
Trif. « Del cual daré el interés
A razon de un tres por ciento. »
Liv. ¿Cómo...? ¿Qué es eso?
Trif. Que á un tres
Por ciento...
Liv. ¡Vaya un embrollo!
¡Hacerme á mí tal propuesta!
Eso es falta de meollo.
Trif. Pues una dote como esta...
Liv. ¿Piensa usted soy algun zote?
Trif. ¿Aun pide mas gollerías?
Liv. Al caso... Un millon de dote...
Trif. Sí... que hasta el fin de mis dias
Guardo en caja.
Liv. ¿Y yo percibo
Solo de ese capital
Los réditos?
Trif. Mientras vivo.
Liv. ¿Al tres por ciento?
Trif. Cabal.
Liv. ¿Es decir, que hecha la cuenta,
En todo habré conseguido
Treinta mil reales de renta?
Trif. Perfectamente entendido.
Liv. Pues iba á hacer buena boda.
Trif. ¿Que no es buena boda?
Liv. No.
Deme usted la suma toda:
Con la renta ¿qué hago yo?
Trif. La suma es de usted desde hoy,
Mas yo se la hago valer,
Y sus productos le doy:
Me lo debe agradecer.
Liv. Bien la haré valer yo mismo.
Trif. Póngase usted en razon.
Liv. Pues no era mal embolismo.
Trif. Esa es ya mucha ambicion.
Liv. Traigo un capital conmigo,
Otro capital me dad;
Porque un matrimonio, amigo,
Es una cuenta mitad.
Trif. ¡Qué pensamiento tan ruin!
Liv. ¡Qué padre tan cicatero!
Trif. ¡Y es la novia un serafin!

Liv. ¡Escatimarla el dinero!
Trif. No daré ni un cuarto mas.
Liv. Ni yo admito un cuarto menos.
Trif. Vamos, ya esto es por demás.
Liv. ¡Teniendo los cofres llenos!
Trif. Y el honor de emparentar
Conmigo ¿es moco de pavo?
Liv. ¿Quiere á su hija casar
Sin soltar la mosca? Alabo
La frescura.
Trif. ¿Por su dote
Usted la pretende solo?
Liv. No soy ningun monigote:
Sépalo.
Trif. Y yo ningun bolo.
Liv. Avaricioso.
Trif. Intrigante.
Liv. Usurero.
Trif. Estafador.
Quítese usted de delante.
Liv. No provoque mi furor.
Trif. La boda se ha concluido.
Liv. Ya no hay nada entre los dos.
Trif. No nos hemos conocido.
Liv. Bien.
Trif. Muy bien.
Liv. A Dios.
(*Hace que se va.*)
Trif. A Dios.—
Oiga usted: mis diez mil duros.
Liv. Los daré.
Trif. De eso se trata.
Liv. No estoy en tantos apuros.
Trif. Mejor.
Liv. Pero la contrata
No es ya suya.
Trif. Ni la quiero.
Liv. Abur.
Trif. Abur.
Liv. Es el caso (*Aparte.*)
Que si vuelvo ese dinero...
Trif. Diablos, mucho me retraso (*Ap.*)
Si la contrata...
Liv. Es mi ruina (*Idem.*)
Tal rompimiento.
Trif. Tuviera (*Idem.*)
En la contrata una mina.
Liv. Si alguna suma añadiera... (*Idem.*)
Trif. Allí está. (*Idem.*)
Liv. Mira hácia aquí. (*Idem.*)
Trif. ¿Y bien, don Livorio?
Liv. ¿Y bien?
Trif. ¿Nos separamos así?
Liv. ¿Quién tiene la culpa, quién?
Trif. Vamos, venga usted acá.
Liv. Dése usted algo á partido.
(*Sale doña Petra por el fondo y se queda parada, oyendo.*)
Trif. Bien está: se aumentará
El tres por ciento ofrecido
Con uno mas.
Liv. No es bastante:
Que necesito confieso
Algun dinero contante.
Trif. Pues no riñamos por eso.
Quédese con los diez mil,
Y otros diez añadiré:
No es ofrecimiento vil:
¡Veinte talegas!
Liv. No á fe.
Pues corriente, me convengo.
Trif. No tenemos mas que hablar.
Liv. Su palabra de usted tengo.
Trif. ¡Eh! pelillos á la mar;
Y venga un abrazo, yerno.
Liv. Suegro, sí, con mil amores.
(*Se abrazan.*)
Trif. ¡Qué abrazo tan dulce y tierno!
Liv. Afuera ya sinsabores.
Trif. Voy á buscar á Leonor:
Aguárdeme usted aquí;
Quiero en pago de su amor
Que ahora mismo le dé el sí. (*Vase.*)

ESCENA X.

DON LIVORIO, DOÑA PETRA.

Petra. ¿Qué escucho...? Seria chasco
(*Aparte.*)
Que la niña consintiera.
Por debilidad pudiera...
Paremos pronto el chubasco.
Un pensamiento me ocurre...
Déme la Vírgen acierto.
Liv. El cielo, en fin, miro abierto:
Todo á mi dicha concurre.
Pero ¿qué veo...? ¡la vieja!
¿A qué vendrá la maldita....?
Petra. ¡Dios mio, Vírgen bendita!
(*Haciendo grandes exclamaciones como si no viese á don Livorio.*)
Liv. ¿Qué es eso? ¿De qué se queja?
Petra. ¡Ah...! ¿Es usted...? Sí, cierto
Aflige mi corazon. [asunto
Liv. Perdone mi indiscrecion,
Si cuál es á usted pregunto.
Petra. Una terrible desgracia.
No la diga por ahí fuera,
Que á Trifon comprometiera.
Liv. Antes bien, con eficacia
Mi celo podrá servirle.
Petra. Es verdad: dice usted bien.
Y al fin, ¿quién como usted, quién...?
Mas no vaya á descubrirle

Que soy yo.
Liv. Pierda cuidado.
Diga usted... vamos... por Dios.
Petra. Aqui para entre los dos,
Trifon se encuentra arruinado.
Liv. ¡Arruinado!
Petra. Casi toda
Su fortuna ya voló.
Liv. Usted se chancea.
Petra. No.
Liv. (Pues iba á hacer buena boda.) (*Aparte.*)
Mas ¿cómo...?
Petra. ¡La Bolsa!
Liv. ¿Acaso
La subida?
Petra. Cabalito:
Cayó al fin en el garlito.
¡Oh! si de mí hiciera caso...
Liv. Mas ¿qué prueba?
Petra. Este papel
(*Enseñando la carta del agente.*)
Del agente don Pascual.
Liv. A ver, á ver.. ¡Pesia tal!
No hay duda: la letra es de él.
Petra. A cuatrocientos mil duros
Sube la pérdida.
Liv. ¡Pillo!
Petra. Ahora acude á mi bolsillo
Para sacarle de apuros.
Liv. ¡Y así me burlaba, infame!
Por esto, ¡qué alevosía!
Tanta prisa ahora tenia
Porque yo suegro le llame.
Petra. Lo creo: ¡no es mal lagarto!
Liv. Y la dote escatimaba.
Petra. ¡Mire usted! Y ¿cuánto daba?
Liv. Un millon.
Petra. ¡Si usted ve un cuarto!
Liv. ¿Es decir que nada tiene?
Petra. Casi se quedó por puertas.
Liv. ¿Y mis esperanzas?
Petra. Muertas.
Liv. ¡Ya no sé qué me contiene...!
Petra. Pero usted, cual buen amigo,
Le socorrerá.
Liv. ¿Quién? ¿Yo?
Petra. ¿No va á ser su yerno?
Liv. No.
Petra. Pues yo pensaba...
Liv. No, digo.
Petra. ¿Y le hemos de abandonar?
Liv. Haga de su capa un sayo.
Petra. Por mi parte no desmayo;
Y algo, al fin, le podré dar.
¡Con diez mil duros de renta!
Liv. ¡Diez mil! No crei llegase
A tanto.
Petra. Y puede que pase.
Luego, si hago bien la cuenta,
Otros treinta mil de ahorro.
Liv. ¡Treinta mil!
Petra. ¡No es mala hucha!
Liv. ¡Oido que tal escucha! (*Aparte.*)
Petra. Casi me sirven de engorro.
Liv. No me sucediera á mí:
Bien pronto los colocara.
Petra. ¡Mujer sola!
Liv. ¿Si yo osara...? (*Aparte.*)
Petra. Sin entender de eso, ni...
Liv. La tez es bastante fresca. (*Aparte.*)
Petra. ¡Tantos cortijos y olivos!
Liv. Aun tiene los ojos vivos. (*Aparte.*)
Petra. Cuidarlos es una gresca.
Crea usted que si encontrase
Un hombre...
Liv. De actividad,
Honrado...
Petra. Pero á mi edad
Imposible es que me case.
Liv. ¿Por qué no...? Lo tengo dicho:
Aunque se haga la chiquita,
Todavía á esa viudita
No ha puesto amor entredicho.
Petra. ¿De veras?
Liv. Vamos, me lanzo.
Petra. ¿Con que usted se va á casar?
Liv. Ya en eso no hay que pensar.
Petra. ¿No...? Pues la razon no alcanzo...
Liv. A no ser que á usted le pese...
Petra. ¡Ay! ¿A mí...? ¿No sabe usted...?
(¿Si le haré caer en la red?) (*Aparte.*)
Ya es preciso lo confiese:
Esa boda me afligia.
Liv. Siempre mi enemiga fué.
Petra. Enemiga no.
Liv. Pues ¿qué?
Petra. Eso yo bien lo diria;
Mas la vergüenza me impide...
¡Jesus! No estoy hecha á esto.
Liv. ¡Qué obstáculo tan molesto!
(A poco mas, se decide.) (*Aparte.*)
Petra. No es siempre el odio aparente
Del alma intérprete fiel:
Tal vez se oculta con él
Lo que dentro el pecho siente.
Liv. Explíquese usted.
Petra. ¡Bribon!
O es mucha su ceguedad,
O se burla sin piedad
De este pobre corazon.
Liv. ¡Yo burlarme...! Si supieras,
Mujer injusta... Estoy muerto
Por... (A decir no lo acierto (*Aparte.*)
Ahora que va de veras.)

Petra. ¡Deliciosa turbacion!
Liv. Petrita hermosa... (¡Qué apuros! (*Aparte.*)
Pero los treinta mil duros...
Livorio, resolucion.)
Ya es vil temor callar tanto. (*Alto.*)
Aunque arrostre tu rigor...
Conoce por fin mi amor...
(No puedo mas: me atraganto.) (*Aparte.*)
Petra. ¡Tu amor!
Liv. Sí... mi amor... me abraso...
Me...
Petra. Calla: no digas mas;
Que aquí morir me verás.
Liv. (Déjalo por si me caso.) (*Aparte.*)
Aguardo ya mi sentencia.
Petra. Si ese amor es verdadero...
Liv. ¿Lo duda usted?
Petra. Mi dinero...
Liv. La amo á usted con tal demencia,
Que una cabaña y su mano
Solo mi afecto apetece.
Petra. ¡O cuánto ese amor merece!
Pues bien, ya resisto en vano;
Tal vez hago un desatino;
Mas soy de usted.
Liv. ¡O alegría!
(En un cortijo, si es mia, (*Aparte.*)
Antes de un mes la confino.)

ESCENA XI.

DICHOS, DON TRIFON, DOÑA LEONOR, DON CARLOS.

(*Don Trifon trae por la mano á doña Leonor, como llevándola á la fuerza.*)

Trif. Vamos... ven.
Leon. ¡Padre, por Dios!
Trif. Le has de dar ahora el sí:
¿Entiendes?
Leon. ¡Triste de mí!
Carl. Pero, señor...
Trif. Callad, vos:
¿Qué teneis que ver en esto?—
Mira que en ello, Leonor, (*Bajo.*)
Van mi fortuna y mi honor.
Leon. ¡O sacrificio funesto!
Trif. Aquí está ya, don Livorio,
Mi hija que á todo se aviene.
Liv. Vaya una prisa que tiene: (*Aparte.*)
No le urge poco el casorio.
Carl. ¡Doña Petra!
(*Bajo acercándose á ella en tono de súplica.*)
Petra. No hay cuidado.
Calle usted.
Carl. Pero...
Petra. Chiton.
Trif. Con que... vamos...
Liv. Don Trifon,
Perdone usted... lo he pensado
Mejor... y ya... con franqueza...
No conviene...
Trif. ¿Cómo es eso?
Liv. Aquello fué, lo confieso,
Una pura ligereza;
Y...
Trif. ¿Se vuelve usted atrás?
Liv. Lo siento... pero...
Leon. ¡O contento! (*Aparte.*)
Liv. Tengo ya otro casamiento
Que me importa mucho mas.
Trif. ¿Qué escucho? Y ¿usted se atreve...?
¡Pues me deja usted bonito!
¡Bribon!
Liv. No hay que alzar el grito.
Cierto que alabarse debe
Usted tambien.
Trif. ¿Cómo, pues?
Liv. Cuando me estaba engañando
Como un chino.
Trif. ¿Yo?
Liv. Ocultando
Su ruina, para despues...
Trif. ¿Quién ha dicho...?
Liv. ¡Accion infame!
Trif. El infame será usted.
Liv. No he caido, no, en la red.
Trif. Poco á poco.
Liv. Otra vez trame
Con mas arte sus enredos.
Trif. ¡Por vida...! Si no mirara...
Liv. ¿No se le cae la cara
De vergüenza?
Trif. ¡Cepos quedos!
Mire que...
Carl. No hay que gritar.
Leon Padre, por Dios.
Trif. Acabóse.
A mí ninguno me tose.
Váyase luego á buscar
A esa otra novia.
Liv. Sí, iré.
Trif. La enhorabuena le doy.
¿Quién es la feliz?
Petra. Yo soy.
Trif. ¡Tú!
Carl. ¡Vos!
Leon. ¡Mi tia!
Petra. Sí, á fe.
Trif. ¡Jesus! (*Persignándose.*)

Petra. No hay que hacerse cruces.
Trif. ¡Si es una barbaridad!
¡Con esa facha! ¡A tu edad!
¡Tú la novia! Pues te luces.
Petra. ¡Qué quieres!
Trif. Mas ¿va de veras?
¿Piensas casarte en efecto?
Petra. Por ventura ¿es mal proyecto?
Trif. ¡Eh! déjate de quimeras.
No puede ser.
Petra. ¿Por qué no?
Leon. Pero, tia...
Carl. Doña Petra...
Petra. Vereis que lo hago á la letra
Como lo digo.
Liv. ¡Bravo!
Trif., *Leon. y Carl.* ¡Oh!
Liv. ¡O Petra del alma mia!
(Ya sus haciendas agarro.) (*Aparte.*)
Petra. Esposo jóven, bizarro,
Generoso, ¡qué alegría!
Liv. Será nuestra casa un cielo.
Trif. ¡Veo visiones!
Carl. ¡Un hielo
Estoy hecho!
Liv. ¡O qué mujer
Tan divina!
Petra. Mas no es justo,
Cuando á ser felices vamos,
Que aquí solos lo seamos.
Liv. Tu gusto, Petra, es mi gusto.
Petra. Si depones tu rigor,
(*A don Trifon.*)
Dos casamientos haria
El cura en un mismo dia:
El nuestro... y el de Leonor...
Trif. ¡El de Leonor...! Y ¿con quién?
Petra. Con don Carlos.
Trif. Quita allá.
Petra. Puesto que no casa ya
Con don Livorio, mi bien...
Trif. ¡Si es tan pobre!
Petra. Hay un remedio
Trif. ¿Cuál?
Petra. Su sublime pasion
(*Señalando á don Livorio.*)
Me ofrece en esta ocasion
El mas generoso medio.
Liv. ¿Qué diablos intentará? (*Aparte.*)
Petra. Dilo, pues.
Carl. Sí, diga usted.
Petra. Livorio es rico, merced
A su ingenio; y tomará
Mi mano, cual la desea,
Monda y lironda; que amor,
Si le inflama un puro ardor,
No necesita...
Liv. ¡Qué idea!
Petra. Mi hacienda yo les daré
Si consientes esta boda.
Liv. Qué, ¿toda la hacienda?
Petra. Toda:
Ni un olivo guardaré.
Y los treinta mil de ahorros
Tambien regalo á Trifon:
Para amarnos con pasion
Así quedaremos horros.
Liv. ¡Mil centellas que te abrasen!
(*Aparte.*)
¡Me ha burlado la maldita!
Trif. ¿Hablas de veras, Petrita?
Petra. De veras.
Trif. Pues que se casen.
Carl. ¡O dicha!
Leon. ¡O felicidad!
Petra. Esta, Livorio, es mi mano:
Tómala, bien soberano.
Liv. (¡Divinos cielos, piedad!) (*Aparte.*)
La estimo mucho... es hermosa... (*Alto.*)
Y de un precio para mí...
Pero es tarde... Las tres, sí...
Pues... las tres... Prenda preciosa...
No me puedo detener...
Vuelvo... y entonces los dos
Nos casaremos... A Dios.
Petra. Pero...
Liv. Si vuelvo... A mas ver.
(Ahí es un grano de anís: (*Aparte.*)
¡La vieja sin los dineros!)
Hasta luego, caballeros. (*Alto.*)
(Ya no paro hasta París.)
(*Aparte, y vase.*)

ESCENA ULTIMA.

DON TRIFON, DON CARLOS, DOÑA LEONOR,
DOÑA PETRA.

Petra. ¡Ah! ¡ah! ¡Qué chasco...! No
Mala píldora en el cuerpo. [lleva
Trif. ¿Te ries?
Petra. ¡Pues no!
Trif. ¿Y tu boda?
Petra. ¿Yo casarme? Ni por pienso.
¡A mis años! Fué tan solo
Desengañarte mi intento.
Trif. Ya lo estoy... Pero tus bienes...
Petra. Retractarme no pretendo,
Si consientes.
Carl. No, señora:
No permito que á tal precio...
Petra. Vamos, no me venga usted
Con ideas de otros tiempos.
Sea el caudal de quien sea,
¿Qué importa? Si hijos no tengo,

¿Quién ha de heredarme? En tanto
Todos juntos viviremos;
Y si me aman...

Carl. Eso siempre.

Petra. A tí, Trifon, te aconsejo
No juegues mas á la Bolsa;
No publiques mas folletos,
Renuncia de diputado
El cargo.

Trif. Te lo prometo.
Mi familia y nada mas.
¡Si hicieran otros lo mesmo!

MATILDE,

ó

A UN TIEMPO DAMA Y ESPOSA,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.



PERSONAS.

GUILLELMO I, rey de Sicilia.
SIFREDO.
MATILDE, hija de Sifredo.
COSTANZA, princesa de la sangre real de Sicilia.
EL CONDESTABLE.
LOTARIO, escudero del rey.
LA SUPERIORA DE UN CONVENTO.
ALBERICO, criado de Sifredo.
UNA CAMARERA DE MATILDE.
NOBLES.
CABALLEROS.
DAMAS.
PAJES.—CRIADOS.

La escena es en Palermo, y sus cercanías (año de 1154).

ACTO PRIMERO.

Sala en el castillo de Sifredo.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, GUILLELMO.

(*Matilde está sentada bordando una banda. Guillelmo de pié á su lado mirando la labor.*)

Guill. « Amor y fidelidad. »
Precioso mote.
Mat. ¿Os agrada?
Guill. Toda mi dicha cifrada
Miro en él.
Mat. ¿Será verdad?
Guill. ¿Dudas de mi fe?
Mat. No dudo,
Que eso mi muerte seria.
Guill. Ni ingratitud, ni falsía
Jamás en mí caber pudo.
Mat. Me da vida esa esperanza.
Guill. Bien elegiste el color:
Es emblema de mi amor.
Mat. Pero sujeto á mudanza.
Guill. Ya es en eso diferente.
Mat. El tiempo nos lo dirá.
Guill. ¡Qué bien la banda estará
Sobre mi cota esplendente!
Con ella me he de lucir
Del rey mi padre en la corte.
Mat. Puede que en ella os importe
Banda y amor encubrir.
Guill. No haré sino muy ufano
Dar envidia con los dos.
Mat. ¿De veras...? Quiéralo Dios.
Guill. ¿A qué ese recelo vano?
Mat. No lo sé; pero oprimido
Este amante corazon,
Lanza, tal vez sin razon,
Involuntario gemido.
Miro la banda preciosa
Que amor alegre bordara,
Y surca en tanto mi cara
Una lágrima enojosa:

Lágrima que sin querer
Del pecho arrancarme siento,
Y cuando enjugarla intento
Ya en vuestra cifra á caer.
Guill. Desecha necios temores,
Matilde hermosa; ¿no te ama
Mi pecho con pura llama?
Nacieron estos amores,
Bien lo sabes, en la infancia,
Y creciendo con los años
Jamás cosecha de engaños
Darán, sino de constancia.
Mat. Sois, señor, hijo del rey,
Y vos ignorais quizá
Lo que exigiros podrá
De estado la dura ley.
Guill. Si sangre real me abona,
Que recelar nada tienes;
Jamás ceñirá mis sienes
De Sicilia la corona.
Tan bello cetro á mis manos
No les es dado tocar,
Pues quiso Dios colocar
Entre él y yo, dos hermanos.
Por esto la prevision
De mi padre, á quien no heredo,
Al tuyo, el sabio Sifredo,
Encargó mi educacion;
Y en este oculto castillo,
Desde mis años primeros,
Cual los simples caballeros
Vivo sin lujo y sin brillo.
Alguna vez, en verdad,
La sangre hace en mí su oficio,
Y á mi despecho codicio
Del trono la majestad.
Siento aquí no sé que ardor
Que mi humildad me reprende,
Y late el pecho y se enciende
Ansiando gloria y honor.
De mis ínclitos mayores
Los altos hechos recuerdo,
Y lloro el tiempo que pierdo
Aquí sin fama entre amores.
Mírolos de Normandía
Cual peregrinos llegar,
Y con la espada fundar
Este imperio en solo un dia;
Y oscura y pobre familia,
Conquistar con noble fuego
Del sarraceno y del griego
A Nápoles y á Sicilia.
Vil descendiente sin gloria
De Tancredo y de Guiscardo,
De correr cual ellos ardo
Al combate, á la victoria;
Pero este noble deseo,
Que abraza mi corazon,
Cuando escucho mi pasion
Huir cual humo le veo;
Pues mi alma al ver tu beldad
Aun mas que las lides te ama;
Que en ellas está la fama
Y en tí la felicidad.
Mat. No, no, que jamás mi amor
De tus deberes te aparte;
Mi gloria fundo en amarte,
Pero primero es tu honor.
No ha nacido la mujer
Para humillar al guerrero;
Que antes su amor, si es sincero,
Mas le debe engrandecer;
Y en la reñida batalla,
Para alcanzar la victoria,
De su dama en la memoria
Nuevo ardor y alientos halla.
Sigue el sendero glorioso
Que tus padres te han trazado,
Y á par que fuerte soldado,
Sé amante fiel, tierno esposo:
Si á ser constante te obligas,
Rival no puedo temer,
Pues la gloria y la mujer
Viven cual buenas amigas.
Esto te pido no mas,
Esto exige mi pasion,
Tenga yo tu corazon
Y no importa lo demás.
Apenas supe sentir
A mi lado te encontré,
A tu lado respiré,
Contigo aprendí á existir:
Mi vida á tu amor está
Unida con tal rigor
Que donde acabe tu amor
Tambien ella acabará;
Y si llegaras por suerte
En brazos de otra á pasar,
Á no matarme el pesar,
Yo misma me diera muerte.
Guill. No lo temas, no, bien mio;
Desecha idea tan triste;
Tampoco Guillelmo existe
Sino por tí. Yo confio,
Y este es solo mi deseo,
Que tanto amor coronando
Unirá con yugo blando
Nuestras suertes himeneo.
Tu padre nuestra pasion
Conoce ya; mas primero
Pretende del rey Rugiero
Obtener la aprobacion;
Y á Palermo ha pocos dias
Con este objeto ha marchado.
Mat. Y si el monarca ha negado...
Guill. ¿Eso, Matilde, creerias?

En linaje no te excedo,
Sangre real te ennoblece,
Y mayor premio merece
La lealtad de Sifredo.

ESCENA II.

DICHOS, ALBERICO.

Alb. Señora...
Mat. ¿Qué me quereis?
Alb. Con un séquito lucido
Llega ahora mismo una dama
A las puertas del castillo.
Mat. ¿Quién podrá ser?
Alb. La princesa
Costanza, segun ha dicho
Un escudero. A cazar
Esta mañana ha salido,
Y vencida del calor...
Guill. De la princesa soy primo,
Y si permitís iré. .
Alb. Vedla : ya llega.
Mat. ¿Qué miro?
¡Cuán jóven es y cuán bella!
Guill. Mas no compite contigo.

ESCENA III.

DICHOS, COSTANZA, CRIADOS.

Cost. Perdonad, bella Matilde,
Si turbo vuestro retiro.
Tan distante de mi quinta,
Y con un calor tan vivo...
Mat. De este castillo y sus dueños
Podeis, señora, serviros.
Tomad asiento.
Cost. Eso haré,
Que en verdad lo necesito.
¿Y vos...?
Mat. Estoy bien así.
Cost. ¡Ah! no puedo consentirlo.
Mat. Lo haré por obedeceros.
(*Los criados acercan sillas y las dos se sientan.*)
¿Quereis algo?
Cost. No... lo estimo;
Solo me aqueja la sed;
Y un poco de agua...
Mat. Alberico,
Traed... (*Vase Alberico.*)
Cost. No ha sido este solo
De haber entrado el motivo.
Conoceros deseaba
Tambien; que en este recinto
La fama de esa hermosura
Contenerse no ha podido:
Hasta la corte ha llegado;
Y aunque ser ponderativo
Suele el vulgo, hora confieso
Que esa fama no ha mentido.
Mat. Lisonjas son cortesanas:
Como tales las recibo;
Pues al ver vuestra belleza,
Que otra se alabe no admito.
Cost. ¿Teneis, Matilde, un hermano?
(*Reparando en Guillelmo, y mirándole con suma atencion.*)
Mat. Ninguno.
Cost. Pues...
Mat. Ya adivino:
Lo direis por... (*Señalando á Guillelmo*)
Guill. Permitid
Que el homenaje debido
Aquí os ofrezca.
(*Sale Alberico con una salvilla.*)
Alb. Señora...
Cost. Dejadlo ahí.
(*Alberico coloca la salvilla en una mesa. Costanza continua distraida.*)
Habeis dicho
Que el señor...
Guill. Guillelmo soy,
De Rugiero el tercer hijo.
Cost. ¡Ah...! sí... ya sé... Por Sifredo
Educado en este sitio...
Mat. ¡Cuál se ha turbado al mirarle! (*Aparte.*)
Cost. ¿Qué es esto, corazon mio? (*Aparte.*)
Mat. Señora, olvidais... (*Señalando la salvilla.*)
Cost. Es cierto.
Guill. Permitireisme serviros.
Cost. ¿Vos...? Si gustais...
(*Guillelmo toma la salvilla y se la presenta á Costanza.*)
Buen copero:
De servir á Venus digno.
Guill. Sin merecer tanto honor
En este instante la sirvo.
Mat. ¡Válgate Dios por lisonjas! (*Ap.*)
(*Al tomar Costanza la copa la vierte un poco.*)
Cost. ¡Jesus!
Guill. Cuidad... se ha vertido...
Cost. No es nada... no... (¡Fuego bebo!) (*Aparte.*)
(*Devuelve la copa sin hacer mas que llegarla á los labios.*)
Guill. ¿Dejais...?
Cost. Sí...
Mat. ¡Zelos malignos! (*Aparte.*)
No infundais torpes sospechas.

Cost. ¿No habeis nunca apetecido
(*A Matilde.*)
Ir á la corte?
Mat. Jamás:
Aquí muy dichosa vivo.
Cost. Lo creo; mas será fuerza
Hagais este sacrificio,
Pues para la oscuridad
No hizo Dios tales hechizos.
Mat. Do tanto brillan los vuestros
No se ha menester los mios.
Cost. Mil corazones allí,
Tiernos, ardientes y finos,
Amores suspirarán
De tantas gracias cautivos;
Los mas nobles paladines,
En ancho y brillante círculo,
Disputarán con lisonjas
Vuestras miradas rendidos:
O en los torneos, haciendo
Alarde de esfuerzo y brio,
Cual reina de la hermosura
Os aclamarán invictos.
Mat. ¿Qué hacen á noble doncella
Amadores infinitos?
Para ser feliz, si es bueno,
Basta uno solo en mi juicio;
Y no le está bien tampoco
En los estrados lucirlo,
Que á amor puro y verdadero
Mas le conviene el retiro.
Cost. Y acaso por experiencia
Vos lo habeis ya conocido.
Mat. Padre tengo: á él tan solo
Tales secretos confio.
Cost. Pero los ojos á veces
Hacen traicion al sigilo.
Los vuestros.. y otros quizá...
Rebeldes al artificio,
Dicen cosas para qué
No han obtenido permiso.
Guill. Venia les doy para todo,
Si es que aludís á los mios.
Cost. ¿Vos...? No hablemos mas en esto.
Si á la corte no consigo (*A Matilde.*)
Llevaros, de vecindad
El justo derecho exijo.
A este castillo inmediata
Está la quinta que habito:
Sin vano lujo, hallareis
En ella trato sencillo,
Y no os negareis á honrarla.
Mat. En eso un favor recibo.
Cost. Huir quiero en su frescor
Los ardores del estío;
Y cuando el otoño ostenta
Sus ya maduros racimos,
A Palermo volveré
Do á mis bodas os invito.
Mat. ¡Vuestras bodas!
Cost. Para entonces
El rey las ha prevenido.
Solo por razon de estado
Me caso, no por cariño,
Que no tenemos en esto
Los príncipes albedrío.
Derechos no mal fundados
Tengo sobre estos dominios,
Y por evitar discordias
Este enlace convenimos.
Roberto, pues, vuestro hermano
(*A Guillelmo.*)
Mayor, será mi marido:
Fuerte guerrero, se muestra
De su heróico padre digno;
Y aunque no le adoro amante,
Por su alto valor le estimo.
(¡Ay cielos! si en vez de aquel (*Aparte.*)
Este fuera el elegido,
Entonces sí que le diera
Mano y alma á un tiempo mismo.)
Mat. Respira ya, corazon. (*Aparte.*)
Guill. Mi hermano hacer no ha podido
Eleccion mas acertada,
Y el parabien le anticipo.
(*Sale Alberico.*)
Alb. De brillante comitiva,
Y caballeros seguido,
Vuestro padre llega ya.
Mat. ¿Mi padre...? Voy... (*Vase.*)
Guill. Yo te sigo...
(*Quiere salir y se detiene al ver á Costanza.*)
¡Ah! perdonad... olvidaba...
Cost. No os detengais, id.
Alb. Vestidos
Los caballeros están
De luto todos, é indicio
Dan de algun triste suceso
Sus semblantes afligidos.
Guill. ¡Cielos! ¿Qué será...? Si acaso
Mi padre... ¿Nada os han dicho?
Alb. No... Mas llega mi señor,
Y él podrá...
Guill. Apenas respiro.

ESCENA IV.

MATILDE, COSTANZA, GUILLELMO, SIFREDO.

Mat. Aqui están.
(*A Sifredo al entrar.*)
Sif. Mucho celebro
Veros aquí reunidos.
Cost. Si mi presencia...

Sif. Señora,
Teneos; pues necesito
Hablaros tambien.
Cost. ¿A mí?
Sif. Nuevas traigo que es preciso
Escucheis todos: en ellas
Se cifran vuestros destinos.
Cost. Hablad, pues.
Guill. ¿Qué será?
(*Aparte.*)
Mat. Tiemblo.
(*Aparte.*)
Sif. A vuestras plantas rendido,
(*Hincando la rodilla ante Guillelmo.*)
Señor, saludo á mi rey.
Guill. ¡Yo vuestro rey! ¡qué delirio!
Sif. Rey sois de las Dos-Sicilias.
Cost. ¡Él!
Mat. ¡Cielo santo!
Guill. ¡Dios mio!
¿Y mi padre?
Sif. Ya no existe.
Guill. ¿Y mis hermanos?
Sif. Lo mismo.
Guill. ¡Han muerto!
Sif. Sí.
Guill. ¿Qué desgracia...?
Cost. ¡Ya espero! (*Aparte.*)
Mat. ¡Ya me he perdido!
(*Aparte.*)
Sif. Una horrorosa tormenta
Al rey privó de sus hijos.
Del Africa victoriosos
Volvian, donde en reñidos
Combates al sarraceno
Humilló su brazo invicto,
Dando á su nombre mas fama
Y al reino nuevos dominios.
Cerca ya de nuestras costas
Se alzó el mar embravecido,
Y en los peñascos del puerto
Vino á estrellarse el navío.
No fué posible salvarlos;
Y sus cadáveres frios
Arrojados en la playa,
Tan solo mudos testigos
Que el fiero golpe probasen
Al triste Rugiero han sido.
De pena el anciano rey,
Dando lastimeros gritos,
A tan terrible infortunio
Sobrevivir no ha podido;
Y en aquella misma noche
Exhaló el postrer suspiro,
Feliz aün porque en vos
Deja un heredero digno
Que de su nombre y su gloria
Sabrá conservar el brillo.
Guill. Sueños de noble ambicion
(*Aparte.*)
Que me halagábais altivos,
Ya dejásteis de ser sueños,
Que al fin os habeis cumplido.
Donde el deseo me alzaba
Hoy me eleva mi destino,
Y la envidiada corona
Brillar en mis sienes miro.
Sueños, sed realidad:
Tenga mi poder principio.
Sif. Suspensos todos estais.
Guill. Con razon, Sifredo, ha sido;
Que tan impensado golpe
Bien merece confundirnos;
Y la sorpresa, el dolor,
Embargando mis sentidos,
Ni á la voz para quejarse,
Ni al llanto dejan camino.
Sif. Los magnates de la corte
Que vienen, señor, conmigo,
A presencia de su rey
Desean ser admitidos.
Conforme á la usanza nuestra,
Corona, cetro y armiños,
De vuestro excelso poder
Venerados distintivos,
Para rendiros leales
Pleito homenaje, han traido.
Guill. Que entren. (*Vase Sifredo.*)
Mat. Dejadme, recelos.
(*Aparte.*)
Cost. Con fieros temores lidio. (*Idem.*)

ESCENA V.

MATILDE, COSTANZA, GUILLELMO, SIFREDO, EL CONDESTABLE, MAGNATES DEL REINO.

(*El condestable trae un manto regio, una corona y un cetro, y los presenta á Guillelmo doblando la rodilla.*)

Cond. Hijo excelso del monarca
Que entrambas Sicilias lloran,
Recibid de nuestras manos
De estos reinos la corona.
La estirpe cuyas hazañas
Al mundo aterrado asombran,
En vos hoy se perpetúe
Mas temida, mas gloriosa;
Y abarcando en sus dominios
Desde el ocaso á la aurora,
Ocupe siglos eternos
De la alta fama las trompas.
Permitid que estos vasallos
A vuestras plantas depongan,

Con las reales insignias,
La fe que el pecho acrisola;
Y jurando la obediencia
Que es de los leales propia,
Den á vuestro amor sus almas,
Y su brazo á vuestras glorias.
Guill. Alzad, nobles sicilianos;
Que pues la fama pregona
De un polo al otro los timbres
Que vuestra lealtad abonan,
No he menester que á mis piés
La asegure vuestra boca.
Inexperto sucesor
De un rey á quien la victoria
Paseó en triunfante carro
Del mar de Grecia hasta Roma,
Mal puedo ocupar el puesto
Do el mundo admiró sus obras,
Y conozco son mis fuerzas
Para reemplazarle pocas;
Pero las que á mí me faltan
Sé bien que en vosotros sobran,
Y hará al menos el vasallo
Lo que el rey hacer no logra.
Hoy á vuestro nombre tiemblan
Africa y Constantinopla,
Os respeta el aleman,
Y Lombardía os implora:
Sostener con mi valor
Tantos blasones me toca,
Y ya que no los aumente
Sabré guardarlos con honra.
Sif. ¿Jurais, señor, en el puesto
Donde hoy el cielo os coloca
Nuestras leyes respetar?
Guill. Sí, juro guardarlas todas.
Sif. ¿Jurais el bien del Estado
Tener tan solo por norma,
Sacrificando á su dicha
De vuestro existir las horas?
Guill. Sí, juro.
Sif. Y ¿jurais tambien,
Cuando esa dicha lo imponga,
Sacrificar á la patria
Hasta vuestra dicha propia,
Vuestros gustos y pasiones,
Y aun las mas caras personas?
Guill. Sí, prometo hacer por ella
Cuanto al honor no se oponga.
Sif. Bien está.—Vos, condestable,
Decid á su alteza ahora
Cual es del difunto rey
La voluntad.—Todos oigan.
Cond. Siempre atento el gran Rugiero
De estos reinos á la gloria,
Para acabar pretensiones
Que engendrar pueden discordias,
Dispone en su testamento
Que pues pasa la corona
A Guillelmo, tambien sea
Costanza bella su esposa.
Guill. ¡Cielos!
Mat. ¡Qué escucho!
Cond. ¡O fortuna!
Mis esperanzas se logran.
Mat. ¡Muerta estoy!
Sif. Hija, valor: (*Bajo.*)
Tu serenidad recobra.
Cost. ¡O cual me gozo el despecho (*Aparte.*
En ver de aquella ambiciosa!
Sif. ¿Qué, señor, nada decís?
Guill. La rabia mi voz ahoga.
Sif. Pero...
Guill. Sifredo, ¿ignorais...?
Sif. Nada mi lealtad ignora.
Guill. Pues entonces, responded
Vos mismo.
Sif. ¡Que yo responda!
Guill. Sí; conoceis mis afectos:
Ved lo que mas os importa.
Sif. ¿Luego aprobareis, señor, (*Bajo.*)
Lo que pronuncie mi boca?
Guill. Lo apruebo.
Sif. Ved que...
Guill. A la vuestra
Mi voluntad se acomoda.
Sif. Bien está.
Cost. ¿Qué tratarán? (*Ap.*)
Mi alma agitan mil zozobras.
Sif. El rey, nobles sicilianos,
Que solo el bien ambiciona,
Con la voluntad postrera
De su padre se conforma.
Guill. ¡Cómo!
Sif. Su mano dará
A Costanza sin demora,
Para que la paz del reino
Afiance union tan dichosa.
Guill. Sifredo, ¿qué osais decir?
Mat. ¡Padre!
Cost. ¡Vencí!
Guill. No, que es otra...
Sif. Callad, señor, ú os perdeis:
(*Bajo, asiéndole por una mano y con energía.*)
Cuando un vasallo sofoca
Su ambicion, bien puede un rey
Ahogar una pasion loca.
Cond. Con júbilo el pueblo oirá
Noticia tan venturosa,
Y do quier vereis al punto
Que voces mil la pregonan.
Guarde Dios á vuestra alteza.
(*Vase con los grandes.*)
Mat. Mi pecho el dolor destroza. (*Ap.*)

Cost. Grande es la dicha que logro,
Guillelmo... Veréisme pronta
A cumplir obligaciones
Aun mas gratas que forzosas;
Y si lo que siente el alma
Expresar mis labios osan,
Sabed que el deber en mí
Hoy en dicha se transforma.
(Anonadada ha quedado (*Aparte.*)
Matilde con mi victoria...
Pero, amor, no te descuides:
Hay que asegurarla ahora.) (*Vase.*)

ESCENA VI.

MATILDE, GUILLELMO, SIFREDO.

Guill. ¡Yerto y sin voz he quedado!
¿Qué habeis hecho?
Sif. Mi deber.
Guill. ¿No sabeis?
Sif. Que eso os importa:
Esto solamente sé.
Guill. ¿Y Matilde?
Sif. Nada tiene
Mi hija que ver con el rey.
Guill. Pero su amor...
Sif. Sí, no ignoro
Que á un príncipe quiso bien:
Mas tal príncipe no existe.
Guill. ¿No existe?
Sif. Lo mismo es.
Guill. Mientras yo viva...
Sif. No sois
Hoy ya lo que érais ayer.
Vasallo entonces, hoy ciñe
La corona vuestra sien;
Y lo que puede un vasallo
No lo puede un rey hacer.
Guill. ¿Quién mi voluntad sujeta?
Sif. ¿Quién la sujeta? La ley.
Guill. ¿Dónde está la que me manda
Olvidar mi amor, mi fe?
Sif. Una hay poderosa.
Guill. ¿Cuál?
Sif. Lo que al Estado debeis.
A un lado se halla la patria,
Al otro amor: escoged.
Guill. ¿Sacrificar mi ventura
A esa patria deberé?
Sif. Y ¿no sacrifico yo
Mi elevacion, mi interés?
Pensad que lo habeis jurado.
Guill. Juré al honor no ofender.
Sif. Pues esto el honor os pide.
Guill. Mi palabra ya empeñé.
Sif. Yo os la devuelvo.
Guill. ¿Vos?
Sif. Sí.
Guill. Y por ventura ¿podeis...?
Sif. Pues soy á quien interesa
Bien la puedo devolver.
Guill. Vuestra hija...
Sif. Mi hija nada
Importa donde yo esté.
Mat. ¡Ah! padre...
Sif. Matilde, calla;
Que harto tengo que vencer,
Y no me hagas con tu llanto
Este esfuerzo mas cruel.
Mat. Considerad...
Sif. No te canses;
Que esto, Matilde, ha de ser.
Mat. Mi ventura...
Sif. ¡Tu ventura!
¿En qué piensas tú que esté?
¿Acaso á ocupar un trono
Aspirará tu altivez?
Guill. ¿Por qué no?
Sif. No quiero verla
Desde tan alto caer.
Guill. Si en él mi amor la sostiene...
Sif. Eso podrá ser muy bien;
Pero á mi lado, señor,
Mas segura la tendré.
Guill. Que otro diera ese consejo;
Pero vos...
Sif. ¡Os sorprendeis!
Bien sé que de engrandecerme
Tengo esta ocasion: bien sé
Que es grato el ver á una hija
Ocupar regio dosel;
Y sé, en fin, que á consentirlo,
Un reino viera á mis piés;
Pero hombres de mi linaje
Piensan con mas honradez,
Y no los deslumbra un trono
Cuando les habla el deber.
Guill. Crímen fuera el usurparlo;
Mas si se ofrece...
Sif. Tambien:
Que no es alhaja que á todos
Les es lícito escoger.
Guill. En vuestra hija á mis pueblos
Virtuosa reina daré.
Sif. No dareis sino discordias.
Guill. Aplacarlas me vereis.
Sif. Habrá guerras.
Guill. Venceremos.
Sif. Correrá sangre.
Guill. Si es
De traidores, poco importa.
Sif. Os hareis aborrecer.
Guill. Me obedecerán.
Sif. Amado
Mas obediencia hallareis.

Guill. Que me amen ó me aborrezcan,
Solo mi gusto he de hacer.
Sif. Las máximas no son esas,
Príncipe, que os enseñé.
¡Ah! miradme á vuestras plantas;
Por vuestra paz, por el bien
Del Estado, esa pasion
Ahogad que os ha de perder.
Ved que un padre os lo suplica,
Un padre cuya vejez
Se envaneciera logrando
Tanto honor, tanto poder.
¿Pensais que este sacrificio
No es penoso, no es cruel?
¿Creeis que nada me cuesta?
Harto, señor, harto, á fe.
Y ¿tendreis menos valor?
¿Menos fuerza mostrareis?
Quien ha de mandar á tantos
¿No ha de mandarse y vencer
Sus pasiones? Tal flaqueza
No se hallará, no, en mi rey.
Escuchad mi voz amiga,
A las súplicas ceded
De un anciano que ansia solo
Para vos grandeza y prez,
Y os pide aquí su desgracia
Cual pidiera una merced.
Guill. Alzad: os cansais en vano:
¿De qué me sirve ascender
Al trono, si hasta ese extremo
Sujeto quieren que esté?
Matilde será mi esposa.
Sif. Vive Dios que no ha de ser.
Guill. ¿Quién puede estorbarlo?
Sif. Yo:
Sin que mi permiso dé
No ha de casarse.
Guill. Daréislo.
Sif. Para otro esposo tal vez.
Guill. ¡Para otro!
Mat. Nunca.
Sif. O un convento...
Mat. Ese solo elegiré.
Guill. No, Matilde, no.
(*Acercándose á ella.*)
Sif. Señor,
(*Poniéndose entre los dos.*)
Respeto á un padre tened.
Guill. ¡O rabia!
Sif. Si esto os enoja
Ved aquí mi pecho, en él
Podeis clavar vuestra espada,
Mas que ceda no penseis.
Para la gloria de entrambos
Solo esto nos está bien:
Haced vos lo que quisiéreis,
Yo sé lo que debo hacer.
Ven, hija, sígueme.
Mat. ¡Padre!
Sif. Sígueme, te digo... Ven.
A Dios, señor... A Matilde
Mirad por última vez.
Si mi lealtad, si mi celo
Os ofenden, llevaré,
Luego que la haya salvado,
Mi cabeza á vuestros piés.
(*Vase llevándose á Matilde.*)
Guill. Detente... ¡O rabia...! ¡Y la [pierdo!
¡Y ha de burlar mi poder!
Tanto como la pasion
Me empeña ya esa altivez.
Pero empuñemos el cetro,
Que hoy ha venido á caer
En mi mano, y temblará
Quien me resista despues.

ACTO SEGUNDO.

La celda de un convento. Puerta al foro. Un reclinatorio á la derecha. Es de noche. Lámpara encima de una mesa.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, LA SUPERIORA.

(*Matilde está en traje de novicia.*)

Sup. Secad, hermosa Matilde,
Secad ese triste llanto,
Y dad treguas al dolor
Para gozar del descanso.
La dulce paz que contino
Reina en este asilo santo,
Penetrando en vuestro pecho,
Consuelo al fin sabrá daros.
Mat. ¡Ah! señora, resignada
Mi desgracia he conllevado;
Pero la ausencia de un padre
Hoy aumenta mi quebranto.
Con él mi solo consuelo
El cielo me ha arrebatado.
Él fortaleza infundia
A ese corazon tan flaco,
Y faltándome su apoyo,
Valor en mi pecho no hallo.
Sup. Pedidlo á ese mismo cielo;
Que Dios jamás lo ha negado
Al que con ruego ferviente
Busca en él favor y amparo.
Breve la ausencia será

De vuestro padre.
Mat. Y ¿si acaso
En el combate á su vida
Da fin enemigo dardo?
Sup. No, no: volver le vereis
Ceñido de noble lauro:
Desechad vanos temores.
Mat. ¡Ah! ¿por qué me ha abandonado?
Sup. Fué preciso: con la muerte
Del gran Rugiero cobrando
Los griegos valor, la Apulía
Acometer han osado,
Y no hay leal caballero
Que al riesgo no acuda ufano.
Cuando á la lid corren todos
Negar no puede su brazo
Sifredo á la patria. Jefe
Los barones le han nombrado,
Y es ya tan digna eleccion
De la victoria presagio.
Mat. Y de mi muerte tambien.
Sup. Hija, por Dios, sosegaos.
¿Será que arda todavía
En vos vuestro amor infausto?
Mat. Para sofocarlo han sido
Todos mis esfuerzos vanos:
Con él lucho, y mas vencida
Quedo cuanto mas batallo.
Este fuego que arde en mí
Desde mis mas tiernos años,
No puede, no, madre mia,
Ser fácilmente apagado.
¿Lo creereis? á mi pesar,
Mas crece con los obstáculos,
Y siento que en este amor
Hoy como nunca me abraso.
Perdonadme tal lenguaje
En este sitio sagrado
Do solo el amor divino
Debiera estar en mis labios;
Mas mi criminal flaqueza,
Madre, no quiero ocultaros,
Pues si ha de encontrar remedio
En vos sola puedo hallarlo.
Sup. Hija, sí, lo encontrarás:
Esa flaqueza no extraño,
Y es fuerza que el triunfo cueste
Si ha de ser al cielo grato.
Yo tambien quise cual tú,
Yo tambien en este claustro
Vine á sepultar mis penas
Y de amor crueles engaños.
Regué con llanto abundoso
Del sagrado altar el mármol,
Creyendo que eternos fueran
Mis males, mi amor insano.
Pero al fin Dios en mi pecho
Vertió saludable bálsamo,
Y borró la religion
De mi pasion hasta el rastro.
Cuando con Costanza se una
El rey en eterno lazo,
Cuando ampare tu cabeza
Este velo sacrosanto,
Cuando, en fin, ni aun te seduzca
De esperanza el torpe halago,
La calma recobrará
Tu corazon resignado,
Pereciendo tus deseos
Con el poder de lograrlos.
Mat. Así lo espero, y conozco
Solamente al escucharos,
Que al fin Dios se apiadará
De esta infeliz.
Sup. Entretanto
Con fervientes oraciones
Ruégale.
Mat. Siempre lo hago.
Sup. A Dios, hija, que al reposo
Es hora ya de entregarnos.
Mat. Madre, á Dios.
Sup. La Vírgen santa
Dé á tus pesares descanso. (*Vase.*)

ESCENA II.

MATILDE.

¡Ay! en vano mi pasion
Del pecho arrancar intento:
Para perpetuo tormento
Clavada en el corazon
Mas cada dia la siento;
Y siento que enardecida
Con tan fiero batallar,
Esta llama combatida
Solamente ha de acabar
Con la llama de mi vida.
¡Mirar la dicha cercana,
Tocarla, gozarse en ella,
Verla mas grande, mas bella,
Y como niebla liviana
En un instante perdella!
Nunca rey le apetecí,
Bastábame con su amor,
Mas ¿por qué injusto rigor
Ha de ser desgracia en mí
Lo que en él dicha y honor?
¡Porque una corona tienes
Tu esposa no puedo ser!
¡Necia ocasion de desdenes!
¿No la podrán sostener
Como las tuyas mis sienes?
Si un trono ocupando estás,
No ensalces, no, tu ventura:
Otro en mi pecho tendrás

Labrado por mi ternura.
¿Cuál de los dos vale mas?
¿Qué digo? ¡Necia jactancia!
Humíllate, pensamiento,
Y esa tu altiva arrogancia
Confunda en este momento
La lobreguez de esta estancia.
Tosco sayal, santo velo,
Celda oscura, eterno duelo,
Son hoy de mi amor los dones:
En esto han parado ¡ay cielo!
Mis alegres ilusiones;
Y él en tanto, á mi rival
Dando la fe que era mia,
No guardará, por mi mal,
Ni memoria, ni señal,
Del amor que le tenia.

ESCENA III.

MATILDE, GUILLELMO.

(*Estando diciendo Matilde los últimos versos se deja ver á la puerta Guillelmo embozado en una capa; y arrojando esta, se presenta repentinamente á Matilde, poniéndose á sus piés.*)

Guill. No te ha olvidado, no; que aquí le tienes.
Mat. ¡Cielos...! ¿Qué miro..? ¡Él es!
Guill. Yo soy, Matilde...
Yo... que á tus piés... [sueño...?
Mat. ¿Es ilusion...? ¿Es
Por Dios... no os acerqueis.
Guill. ¿Qué temes, dime?
Mat. ¡Vos...! ¡ah...! No puede ser... A tales horas...
¡En este sitio...! no... sombra es que finge
Mi mente extraviada.
Guill. No, bien mio:
Guillelmo soy, Guillelmo, que mas firme,
Mas amante que nunca, hora en tus brazos...
Mat. ¿Con que es cierto? ¿Sois vos? Dejad que mire... [¡ó triunfo!
Sí... sí... no hay duda... él es... ¡O dicha!
¡O placer sin igual!—¿Qué digo? ¡ay triste!
Yo... y ¡es posible...! Mi razon se ofusca...
Yo atreverme..... no..... no..... marchad..... huidme.
Guill. ¡Huirte! [¿Quién pudo..?
Mat. ¡Vos aquí...! ¿Cómo...?
Y este sagrado asilo que os prohibe
La religion pisar, habeis osado... [siste.
Guill. De un monarca al poder nada re-
Aunque en el seno del infierno mismo
Te bajara á ocultar padre inflexible,
De allí me vieran con valor sacarte,
Y á mi ardiente pasion restituirte.
Mat. Y bien, ¿qué me quereis? ¿Con cuál intento
Osásteis penetrar...?
Guill. ¿Qué quiero, dices?
Pues ¿no lo sabes ya? ¿Te has olvidado
Del fuego abrasador que aquí encendiste?
Quiero verte, adorarte, á los piés tuyos
Rendir un corazon que por tí vive:
Quiero que el triunfo nuestro amor corone,
Y de gozo y placer despues morirme.
Mat. ¿Luego al sagrado altar estais ya
A conducirme? [pronto
Guill. Yo...
Mat. ¿Dudais...? Oidme.
Mucho os llegué á querer: mi amor ardiente
Llama fugaz no es que un soplo extingue;
Pues del tiempo cobrando nuevas fuerzas,
Siempre en mi corazon mas viva existe.
Sin vos hallar felicidad no puedo:
Si el hado injusto en su rigor me impide
Ser vuestra, moriré... Mas nunca el brillo
Penseis empañe de mi noble estirpe:
Suya me llamará solo un esposo:
Ved si lo podeis ser.
Guill. Me lo prescribe
Mi amor, y lo seré... Mas tú no sabes
¡Ay! cuánto el trono mi querer comprime.
No bien sentado en él, se alzan furiosos
Mil contrarios y mil: el griego embiste
De allende el mar las fértiles comarcas,
Y enciende el sarraceno nuevas lides.
Sus derechos Costanza reclamando,
Do quier apoyo á los barones pide;
Y estos, cual siempre, á rebelarse prontos,
A defender su causa se aperciben.
¿Quieres que encienda importuno enlace
En estos reinos sedicion horrible,
Y de himeneo la sagrada antorcha
Se trueque en tea de discordia y crímen?
Deja que vencedor, con altos hechos,
Mi regio solio vacilante afirme,
Y ceñiré á tu frente la diadema
Cuando todo á mis piés su frente humille.
Mat. Y ¿á qué, si débil os juzgais ahora,
Si temeis, si temblais, si no estais libre,
Me venís á turbar? Si esposa vuestra
No puedo ser, ¿qué pretendeis, decidme?
Idos de aquí... marchad... Tal vez el cielo
Ese valor protegerá sublime;
Conquistad el poder que os pertenece,
Venced á esos contrarios tan temibles,
Y cuando rey al fin podais llamaros
Aquí me encontrareis.
Guill. No, no es posible
Separarme de ti: me son odiosos
Trono, gloria y poder do tú no existes.

Ese trono con lágrimas de sangre
Ya le aprendí á regar : su aspecto aflige,
Y entre el brillo engañoso que le cerca,
Solo afanes, dolor, delitos viven.
Todo en él me atormenta y, lo conozco,
Mi ofuscada razon ya no me sirve.
En vano quiero los asuntos graves
Del reino conocer... Amor lo impide :
Tu dulce imágen sin cesar me ofrece,
Y ocuparme de tí solo permite.
Deja vanos cuidados, necias penas,
Con poderosa voz aquí me dice :
¿Quieres felicidad...? Solo en sus brazos,
Solo felicidad hay en Matilde.
¿Quieres fuerza, poder...? busca en sus ojos
El ardor indomable que despiden.
¿Quieres tranquilidad...? si ella te falta,
Inútil es que á descansar aspires.
Y yo, fuera de mí, confuso, ciego,
Cedo al fin á esa voz irresistible.
Matilde buscan mis ardientes ojos,
Matilde sin cesar mi voz repite;
Y vengo á que Matilde ya me salve,
O bien con sus rigores me aniquile.
Mat. Y ¿qué tormentos, pues, serán
Si tú tales tormentos padeciste? [los mios,
¿Tengo yo la grandeza, tengo un trono
Con qué alivie mi mal, mi amor olvide?
Mi palacio, lo ves, es esta celda;
Mis galas solo este sayal humilde;
Mis fiestas la oracion; y mi consuelo
La lucha eterna que mi pecho oprime.
Aquí sola me encuentro noche y dia [te!
Con mi amor y con Dios; y ¡ay de mí tris-
En este corazon que te idolatra
En vano el cielo con mi amor compite.
A los piés del altar me postro y lloro,
Mi alma para olvidarte fuerzas pide;
Y tras largo rogar y ardua vigilia, [ble.
Se enciende aun mas mi llama inextingui-
¿Miro en torno de mí...? no hallo un objeto
Que repugnancia, espanto no me inspire :
Silencio, soledad y penitencia,
Estos los bienes son grandes, sublimes,
Con que hoy pretenden reemplazar mis
Y aquellos de placer sueños felices. [glorias,
No, no son estas, implacables hados,
Las promesas falaces que me hicísteis,
Ni para sepultarme entre estos muros
Me hizo el cielo nacer... Dejad que aspire
A mas altos destinos... Solo es mio
Del dulce amor gozar... Radiante brille
La diadema en mi frente... ¿Qué pronun-
¡Ah! yo deliro... No creais... Si dije... [cio?
Mentí... mentí... No me conozco... Vete,
Hombre funesto, vete, y te despide
Para siempre de mí... Déjame al menos
Que aquí tranquila y virtuosa espire.
Guill. ¿Para qué resistir...? Tu pecho te
A su imperiosa voz al fin te rinde. [habla;
Ven, sígueme.
Mat. Jamás.
Guill. Sí... sí.
Mat. Dejadme.
Guill. Mia tienes que ser.
Mat. ¡Sagrada vírgen,
(*Yendo á arrodillarse al reclinatorio delante de una imágen.*)
Socorredme...! ¡piedad!
Guill. Ven... es preciso...
Mat. Apartaos, señor.
Guill. ¡Así resistes!
Mat. Para vencer mi amor fuerzas no tengo;
(*Levantándose con resolucion.*)
Mas no penseis que al deshonor me humille.
Idos... Si mas estais, mi voz tronando
Va al punto á convocar...
Guill. ¿Qué es lo que dices?
Mat. Flacas mujeres somos, pero el
A los reyes abate mas temibles, [cielo
Y hará con su poder que á nuestras plantas
Esa frente orgullosa al fin se incline.
Guill. Y antes que lleguen yo sabré en el pecho
Este puñal á tu presencia hundirme.
Mat. ¡Ah! (*Horrorizada.*)
Guill. Llama, pues.
Mat. Por Dios, aquí postrada,
(*Arrodillándose ante él.*)
Vuestra piedad imploro.
Guill. No es posible
Que á marcharme de aquí yo me resuelva,
Si á seguirme tambien no te decides.
Mat. Ya os lo he dicho, señor : solo á un esposo
(*Alzándose con dignidad.*)
La honrada hija de Sifredo sigue.
Guill. ¡Ah! ya comprendo; lo que tú ambicionas
Es la diadema que mi frente ciñe.
¿Reina pretendes ser? Pues bien, serásIo.
Si suscita esta union guerras civiles,
Si alzado el reino por Costanza, inunda
Su fértil suelo en detestables lides,
La sangre siciliana, ¿qué te importa?
Al fin reinado habrás... Mas tú lo exiges :
Mi corona deseas... ya está pronta...
A recibirla ven.
Mat. ¿Quién os la pide?
¡Ese agravio me haceis! ¡á mí! ¡qué ingrato!
¡Querer yo esa corona aborrecible!
¿Era acaso reinar lo que yo ansiaba
Cuando olvidado, en condicion humilde,

Os juré eterno amor... ¿Pues conocedme.
Os amo; y todo en mi pasion sublime
Os lo puedo inmolar... Sí, todo... excepto
Mi propia estimacion... ¿Me amais...? Seguidme:
Hoy mismo nuestro enlace un sacerdote
Con misteriosos ritos solemnize.
Esta secreta union, jamás... lo juro...
Mis labios la dirán... Aunque insufrible
Me sea el deshonor, resignaréme
Sin que mi oculto título publique.
Confio á vuestro amor la suerte mia:
Los riesgos respetando que os afligen
Sabré esperar, cual obediente esclava,
A que llamarme suya el rey se digne;
Y de su esposa el nombre recobrando,
Limpia y radiante mi inocencia brille.
Cubro mi frente de rubor, mas puro
Será mi corazon... Guillelmo, ¿admites?

Guill. ¡Ah! mi felicidad labras con eso.
Sí, vamos al altar: mi fe recibe;
Y los santos derechos Dios consagre
Que un dia al regio trono te sublimen.
Pronto á mis plantas mis contrarios fieros
Humillados verás; y entonces libre
Mi deuda pagaré, mandando ufano
Que en tí su reina ambas Sicilias miren.
Vamos.

Mat. Sí... vamos... Mas oid, Guillelmo:
Si antes que el nuevo sol nos ilumine
Vuestra esposa no soy, mi propia mano
Hará, lo juro, que un puñal castigue
Esta imprudencia en mí.

Guill. Nada receles.
Basta, Matilde, que en mi honor confies.
Antes de un hora cumpliré tus votos.
Mas no ha de saber nadie...

Mat. Dios que asiste
A esta secreta union sabrála solo.

Guill. ¿Lo juras?

Mat. Sí, lo juro.

Guill. Ven, Matilde.

ACTO TERCERO.

Salon magnifico en la casa que habita Matilde en Palermo: el fondo se ha de abrir á su tiempo. A los dos lados dos mesas con candelabros encendidos.

ESCENA PRIMERA.

MATILDE, GUILLELMO.

(*Matilde está sentada leyendo un pliego.*)

Guill. ¡Siempre mirando ese pliego!

Mat. Solo su vista consuela
Mi afligido corazon.

Guill. ¡Qué mal fundada tristeza!

Mat. ¡Ah! en vano de sí lanzarla
Esta alma oprimida intenta.

Guill. ¿Qué temes? ¿No eres mi esposa?
¿Dudas de mi fe sincera?
¿No te he jurado en el ara
Amor y constancia eterna?
¿No tienes en ese pliego
De nuestro enlace las pruebas?
Mira mi sello, mi firma:
En tu poder los conservas;
Y ni pienso retractarme,
Ni es posible aunque lo quiera.

Mat. Mi amante pecho, señor,
De vuestra fe no recela,
Pues ¿cómo sin injusticia
Abrigar viles sospechas?
¿No colmásteis ya mi anhelo?
Solo el título de reina
Me falta, y ni lo ambiciono,
Ni mas feliz con él fuera.
Mas, señor, es insufrible
Esta infamia que me cerca:
¡Siendo honrada consentir
Que por culpable me tengan!
¡Llevar grabada en la frente
Del vil deshonor la mengua,
Obligada á un disimulo
Que aja mi pura inocencia,
Y como otras de virtud,
Ser hipócrita de afrentas!
Do quier me presento, miro
Que con el dedo me muestran,
Asomándose á los labios
Risas de desprecio y befa;
Y por huir las miradas
Que me persiguen y asedian,
En el fondo de este albergue
Vengo á ocultar mi vergüenza.

Entonces ¡ay! necesito
Que otra vez mis ojos lean
Este escrito que declara
Que es Matilde esposa vuestra.
En él busco mi disculpa,
Quiero acallar mi conciencia,
Y pido al cielo me dé
Para sufrir nuevas fuerzas.
Guill. Cálmate, mi bien; ya poco
De tanto sufrir te resta;
Y en breve robustecido
Mi poder, echará fuera
Este disfraz con que encubro
Designios que el pecho encierra.
Ya victorioso en la Apulia
Tu padre, libre me deja
Para abatir los contrarios
Que alzan aquí su cabeza.
Pronto volverá, y entonces...
Mat. ¿Cómo sufrir su presencia?
¡Ah! si á saber ha llegado...
Sobre esta hija perversa
Mil veces su maldicion
Habrá lanzado tremenda.
Guill. No lo creas, no.
Mat. Contino
Su imágen se me presenta.
Miro sus ojos airados,
Escucho su voz que truena,
A esta hija envilecida
De su honor pidiendo cuenta.
Guill. ¡Por Dios!
Mat. ¡O noche terrible,
Noche para mí funesta
En que dejando el asilo
Do su piedad me escondiera,
Fuí sacrílega, perjura...!
¿Y en aquella noche horrenda,
¡O padre! pude olvidarte?
¡Y tu imágen que me aterra,
A ponerse entre el delito
No vino y esta proterva!
Menos infeliz ahora,
Y mas digna de tí fuera.
Guill. ¡O qué enojosos recuerdos!
Esos terrores desecha,
Y tan solo en los placeres
Que hora nos aguardan piensa.
Mas triste estás hoy que nunca;
Hoy que una brillante fiesta
Debe en mansion de delicias
Trocar esta estancia regia.
Mat. ¡Fiestas! ¡fiestas...! Y ¿por qué
Atormentarme con ellas?
No concebís el suplicio
Que es, cuando oprimen las penas
El corazon, fingir dichas,
Mintiendo faz placentera;
Mostrar la risa en los labios
Mientras el alma se queja,
Y las lágrimas que asoman
Hacer que hácia atrás se vuelvan.
¿Por qué no dejais que sola
Consuma aquí mi existencia?
Al menos soltar podria
Al triste llanto la rienda...
Sí... sí... dejadme llorar,
Que el llorar tambien consuela.
Guill. No es posible... todo está
Dispuesto... la hora se acerca.
¿Qué dirian...? Ten valor...
Si hora afligida te encuentras,
Luego la música, el baile,
Disiparán tu tristeza.
Vamos, enjuga ese llanto.
Mat. Vos lo quereis... señor... sea.
Lo enjugo... sí... ya no lloro...
¿Lo veis...? se acabó... no queda
En mis ojos ni una lágrima...
Mostraré la faz risueña...
Así... ¿no es esto?
Guill. Sí, sí.
Mas voy, mientras te sosiegas,
A ver si están esas salas
Cual tú mereces dispuestas.
Cálmate, por Dios, bien mio;
Que espero por recompensa
Mostrarte en breve á mis pueblos
Como esposa y como reina.
Mas oye; en tanto no olvides
Cuán precisa es la reserva:
Acuérdate que has jurado
Nuestra union tener secreta,
Y que si este arcano á alguno
Osa revelar tu lengua,
Perdiéndonos á los dos,
Mi ira sobre tí cayera. (*Vase.*)

ESCENA II.

MATILDE, una Camarera.

Mat. No temas, no; que el castigo (*Sola.*)
Es este de mi imprudencia,
Y esta copa de amargura
Hasta el fin justo es que beba.
Mas este escrito guardemos.
(*Guarda la escritura en un cajon de la mesa de la izquierda. Sale una camarera.*)
Cam. Señora, hablaros desea
Una dama.
Mat. ¿No sabeis
Quién es?
Cam. No; que está cubierta

Con un velo, y no ha querido
Dar su nombre.
Mat. Quizás venga
A implorar... Dejadla que entre.
(*Vase la camarera.*)
En medio de tantas penas
Al menos el hacer bien
Alguna vez me consuela.

ESCENA III.

MATILDE, COSTANZA.

(*Sale Costanza tapada con un velo que alza al momento.*)

Mat. ¿Quién sois, señora?
Cost. Mirad.
Mat. ¡Costanza!
Cost. La misma soy.
Mat. ¡Vos...! ¡Cielos...! ¡Pasmada es-
Cost. ¿Os sorprendeis? [toy!
Mat. En verdad
Que no esperaba...
Cost. Lo creo:
Sin duda en tan bello dia
Turbo aquí vuestra alegría.
Mat. ¡Mi alegría!
Cost. Sí... lo veo.
Mat. ¿Qué motivo...?
Cost. Bella estais.
¡Qué bien las galas os sientan!
¡Cuál vuestras gracias aumentan!
Al mismo sol eclipsais.
Mat. Que os burlais, señora, pienso:
Tales lisonjas dejad.
Cost. Ante esa hermosa deidad
Hoy todos queman incienso.
Mat. Basta.
Cost. ¿Mi elogio os ofende?
Mat. Me ofende, sí.
Cost. Sois extraña.
Mat. Tambien un elogio daña.
Cost. Mi intencion...
Mat. Cual es se entiende.
Cost. Muy mal segura teneis
La conciencia, segun eso:
Sobre ella carga algun peso;
Pues tan pronto...
Mat. ¿Acabareis?
Decid de una vez, señora,
La causa que os trae aquí.
Cost. ¿Me conoceis?
Mat. ¿A vos...? Sí.
Costanza sois.
Cost. Nadie ignora
Mi estirpe regia.
Mat. La sé,
Cost. Mi derecho á la corona
Toda Sicilia pregona.
Mat. Bien puede.
Cost. Y lo sostendré.
Mat. En buen hora.
Cost. Destinada
Estoy, bien lo sabeis vos,
Al monarca.
Mat. ¡Bien, por Dios!
Y ¿qué tengo que ver...?
Cost. Nada
Si en este sitio os mostrais
Hija digna de Sifredo:
Mucho, si cual temer puedo
Su claro honor mancillais.
Mat. ¡Mancillar...! Señora... ¡Yo!
Refrenad la lengua os ruego.
Cost. Decid: del santo sosiego
De un claustro ¿quién os sacó?
¿Por qué habeis la celda oscura
Por un palacio trocado,
Y en vez de sayal, brocado
Adorna vuestra hermosura?
¿Por qué el rey, si es que la fama
No miente, fino, obsequioso,
Fiestas os da, y generoso
Por vos tesoros derrama?
Mat. A tan extrañas preguntas
No debo yo responder;
Que puédenlas solo hacer
Necedad y audacia juntas.
Cost. Mirad que con tal respuesta
Mucho mas os condenais.
Mat. Y ¿con qué fin intentais...?
Cost. Si á escucharme estais dispuesta,
Quizá sea en vuestro bien.
Mat. ¡En mi bien...! Delirais... Idos.
Cost. No: atencion vuestros oidos
A mis palabras les den.
Mat. ¡Qué apurar...! Pues bien, decid.
Cost. Desechad esa aspereza,
Y hablémonos con franqueza.
(Astutos zelos, fingid.) (*Aparte.*)
Imperiosa obligacion
Al rey destina mi mano;
Pero el deber habla en vano
Cuando calla el corazon:
No porque yo resistiera
Enlace que me está bien;
Mal puedo ver con desden
Lo que á gran dicha tuviera;
Mas si por razon de estado
Debo ocupar aquel pecho,
Amor, que es mayor derecho,
Ya en él os ha aposentado;
Y no es bien, ni puede ser,
Que amor que niño empezó,
Deje el puesto que ganó,

Cuando ha llegado á crecer.
Mat. No lo niego : ya en la infancia
Guillelmo y yo nos amamos,
Guillelmo y yo nos juramos
Fidelidad y constancia.
Mas hora, para mi daño,
Suerte contraria dispone
Que él vuestro afecto corone;
Y así el otros extraño...
Cost. La paz es mi única guia;
Y si le debo olvidar,
Otros consuelos hallar
Podré tal vez...
Mat. ¡O alegría!
¿Con que vos...?
Cost. Oid... Sacadme
De una duda... La malicia
Del vulgo con injusticia
Habla de vos... Dispensadme
De ofender vuestro pudor
Con lo que hoy en vuestra mengua
Repite mas de una lengua :
Señora, os juzgo mejor.
Sin duda secreto enlace...
Mat. ¡Qué decís!
Cost. Se turba. (*Aparte.*)
Mat. ¡Cielos!
Cost. (Ciertos son ya mis recelos.)
(*Aparte.*)
No extraño que amor disfrace,
Si lo exige la ocasion...
Mat. Señora, os equivocais.
Cost. Eso es decir que negais...
Mat. Sí, niego... (¡Qué humillacion!)
(*Aparte.*)
Cost. Y ¡amais al rey! y ¡él os ama!
Y ¡le admitís...! Perdonad :
Quien tal consiente, en verdad,
Si no es su esposa, es su dama.
Mat. ¡Su dama!
Cost. Sí... De esa tez
El rubor lo ha confesado,
Y en tierra el mirar clavado,
Cual un reo ante su juez.
Mat. ¡Señora!
Cost. No alceis la frente
Que en el suelo debe estar.
Ni ya que la oseis mirar
La esposa del rey consiente.
Mat. ¡Vos su esposa...! Nunca... no.
Cost. ¿No, decís...? ¡Ah! mi venganza...
Mat. Renunciad á esa esperanza,
Porque su esposa soy yo.
Cost. ¡Vos!
Mat. Sí... yo... sabéislo ya.
Orgullosa, no te engrias,
Pues hora á las plantas mias
Eres tú quien estará.
Cost. ¡Su esposa...! ¿Con qué es verdad?
Mat. ¿Qué he dicho, cielos sagrados?
(*Aparte.*)
¡O imprudencia!
Cost. En fin, malvados,
Me burlásteis... ¡Ah! temblad.
Mat. No es cierto... no... no creais...
Os engañé... loca estoy...
¡Su esposa yo...! No lo soy...
Soy solo... lo que querais.
Cost. ¿Qué escucho?... ¿Negais ahora...?
Mat. La verdad digo... jamás...
Fué necia ficcion no mas...
Podeis creerlo.
Cost. ¡Traidora!
Mat. Perdonad... estoy sin seso...
Por ocultar mi vergüenza...
Cost. No penseis que me convenza...
Mat. Creed todo menos eso.
Creed antes... ¡Santo Dios!
No sé qué decir... me ofusco...
Razones en vano busco...
¡Ah! dejad que huya de vos.
(*Hace ademan de marcharse.*)

ESCENA IV.

DICHAS, GUILLELMO.

(*Sale Guillelmo y detiene á Matilde.*)

Guill. Matilde...
Mat. ¡Guillelmo!
Guill. Ven;
Que ya llenando esas salas,
La impaciente reunion
Solo tu presencia aguarda.
Do quier la pompa oriental
La vista alegra y encanta,
Asombrando con su lujo,
Sorprendiendo con su magia :
Raudales de pura luz
El oro y piedras realzan,
Y en los ricos pebeteros
Arden perfumes de Arabia.
Ven, que entre tantas bellezas
Tu belleza solo falta.—
Abrid.
(*Se abren las puertas del foro, y aparece un salon de baile ricamente adornado é iluminado. Está lleno de máscaras que sucesivamente van ocupando todo el teatro. Guillelmo y Matilde las van recibiendo á todas; y entre tanto dice Costanza retirada á un lado :*)
Cost. Al fin descubrí
El secreto que buscaba.

Sí, sí, casados están:
Su confusion lo declara;
Mas ni aun así lograrás
Subir al trono, malvada,
Porque antes que lo profanes
Has de probar mi venganza.
Sin que Guillelmo me vea,
Confundida entre estas máscaras,
Me quedo á observar... Veremos
Quien al fin el triunfo alcanza.
(*Se oculta entre las máscaras.*)
Guill. Amigos, hoy la alegría
Y los placeres nos llaman:
Desechad tristes cuidados,
Dejadlos para mañana,
Y embriáguese esta noche
En mil delicias el alma;
Que al son de plácidas músicas
Se formen ligeras danzas,
Y que luego en el festin
Nos halle alegres el alba.
Yo mismo daré el ejemplo:
Ven, pues, Matilde adorada;
Y al contemplar nuestra dicha,
Todos la envidien y aplaudan.
(*Da la mano á Matilde, y en este instante Sifredo, cubierto el rostro con una careta, se pone entre los dos y los aparta. Confusion entre los concurrentes al baile, los cuales á los pocos versos de la siguiente escena se van todos descubriendo.*)

ESCENA V.

MATILDE, COSTANZA, GUILLELMO, SIFREDO, CABALLEROS, DAMAS.

Sif. Atrás.
Guill. ¿Qué es esto?
Sif. Atrás, digo.
Mat. ¡O cielos!
Guill. ¿Teneis la audacia...?
Sif. Atrás, os vuelvo á decir:
No os atrevais á tocarla.
Mat. ¡Qué voz!
Guill. Y ¿quién sois?
Sif. Mirad.
(*Quitándose la careta.*)
Guill. ¡Sifredo!
Mat. ¡Mi padre!
Guill. ¡O rabia!
Sif. Yo soy, sí, príncipe ingrato;
Yo soy, sí, hija malvada:
Miradme bien, ¿conocéisme?
Soy el padre á quien se ultraja.
¿Os estremeceis, traidores?
Lo veo, no me esperábais...
Mas para castigo vuestro
Me trae aquí la venganza.
Guill. ¡O contratiempo fatal!
Mat. Señor... padre mio...
Sif. Aparta.
¿Qué haces aquí...? Dime... el sitio
¿Es este do te dejara?
¿Es este el sagrado albergue
Que tu inocencia amparaba?
¿Cómo te saliste de él?
¿Quién te ha vestido esas galas?
¡Ah! en vano el oro y las perlas
Altiva ostentas y ufana;
A su pesar, en tu frente
Yo solo veo la infamia.
Mat. ¡O venganza celestial!
¿Me quieres mas castigada?
Guill. Sifredo, ved donde estais;
Y dejad sospechas vanas.
Sif. Y vos, decidme, señor,
¿Por qué aquí Matilde se halla?
Guill. Y decidme vos primero:
¿A Palermo quién os llama?
¡En la corte se presenta
Quien debe estar en campaña!
¡Así un caudillo leal
Sus guerreros desampara!
Sif. Este caudillo, señor,
Si osa pisar esta estancia,
Es porque trae la frente
De noble laurel ornada.
Vencido el fiero enemigo
En dos sangrientas batallas,
Huye, amparado en sus naves,
Lejos ya de nuestras playas.
Pero despues de dejar
Vencedoras vuestras armas,
Vengo donde mi presencia
El sagrado honor reclama;
Pues no es justo que el pastor,
Mientras el redil le guardan,
Al perro que fiel le sirve
Le desgarre las entrañas.
Guill. Y porque hasta vos llegasen
Ciertas voces... tal vez falsas...
Sif. ¡Falsas...! ¡Pluguiese á los cielos
Que lo fuesen...! Por desgracia
Son harto ciertas, lo son,
Y mi deshonra harto clara.
Yo tambien tardé en creerlo:
Tambien pensé me engañaban;
Y el pliego horrible, fatal,
En qué anunciármelo osaran,
Rasgué furioso, arrojando
Sus pedazos á las llamas.
No es posible, me decia;
No, mi hija, mi hija adorada,
En la frente de su padre

No puede arrojar tal mancha:
Ni es creible que mi rey
Que yo amoroso educara,
Una alma tenga á tal punto
Aleve, perversa, ingrata.
Y mis lágrimas corrian,
Y mi frente se abrasaba,
Y en perdurable vigilia
Dias y noches se pasan.
Mi mente por el dolor
Veces mil extraviada,
En un horrible delirio
Enardecida se abrasa.
Sí, la razon me abandona,
Ciego furor me arrebata;
Que en nobles, leales pechos
Donde el honor es el alma,
No es mucho se pierda el juicio
Cuando ese honor tambien falta.
Mat. ¡Infeliz...! Y yo he podido...
Terror su vista me causa...
No tiene perdon mi culpa...
Huyamos.
Sif. ¿Qué haces? ¿Te marchas?
No... detente... aquí te queda;
Que ya de mí no te apartas.
Guill. Calmaos, noble Sifredo:
No os turben quimeras vanas.
En su virtud, en mi honor,
Tened, señor, mas confianza:
Tenedla; y cuando á la luz
De la verdad luego se abran
Vuestros ojos...
Sif. Nada quiero
Saber... ¿entendéislo...? Nada.
Con lo que he llegado á ver
En este sitio me basta.
Yo sé lo que hacer me toca.
Matilde, ven... sin tardanza
Sígueme. (*La coge por el brazo.*)
Mat. Yo...
Guill. ¿Qué intentais
Hacer?
Sif. ¿No lo veis? Llevarla.
Guill. Y ¿pensais que lo consienta?
Sif. Y ¿quién estorbarlo osara?
Guill. Yo.
Sif. ¡Vos!
Guill. Sí... Yo soy el rey.
Sif. Y yo su padre.
Guill. ¡Hola, guardias!
Mat. ¡Ah!
Sif. Respetad mi derecho,
Señor, respetad mis canas.
Guill. Qué, ¿no puedo...?
Sif. ¡Vos poder!
¿Por qué? ¿porque sois monarca?
Toda autoridad, señor,
Ante la de un padre calla.
La mia me la da el cielo,
La acata el mundo, es sagrada,
Y aunque os presenteis á mí
Con la pompa soberana,
Al ver el sello de Dios
En esta frente arrugada,
La vuestra con su corona
Vendrá á humillarse á mis plantas.
Guill. Pues bien, si Matilde quiere,
Vaya con vos, libre se halla.
Su voluntad es la mia.
Elija.
Sif. No es necesaria
Su voluntad donde estoy.
Vamos. (*A Matilde.*)
Mat. Señor...
Sif. ¿Que te tardas?
Sígueme.
Mat. Escuchad...
Sif. ¿Resistes?
Mat. Yo... no, señor... pero...
Sif. ¡O infamia!
¿Puedes dudar?
Mat. Si supiérais...
Tal vez un deber me manda...
Sif. ¡Perversa! ¿Con qué prefieres
Tu amante á tu padre...? ¿Callas?
No he menester saber mas.
Vé, yo...
Mat. Perdon. (*Se echa á sus piés.*)
Sif. No... levanta...
Huye de mí... Te maldigo.
Mat. ¡Ah! ¿qué decís?
Sif. Hija ingrata,
Sí, te maldigo... En tu frente
La maldicion de Dios caiga
Con la mia.
Mat. No... perdon...
Perdon... ya os sigo.
Guill. ¡Insensata
Maldicion...! Ved...
Sif. Vos, dejadme,
Vil seductor... ¡Así pagas
Mis servicios...! ¡Justos cielos,
Venganza os pido, venganza!
Vuestros rayos en cenizas
Su inicua frente deshagan.
Sicilianos, ved al rey
Que un trono ilustre profana:
Estas sus acciones son;
Mirad qué nobles hazañas:
Seducir á la inocencia,
Verter sobre ella la infamia,
Y hasta de los santos templos
Sacrílego arrebatarla.
Vosotros los que teneis
Hijas, esposas, hermanas,

Templad; que ya el vil raptor
Las acecha con sus garras.
Si las amais, desdichados,
Ocultadlas, ocultadlas.

(*Manifiesta hallarse entregado á un ardiente delirio.*)

Guill. ¿Qué escucho...? Traidor, sufrir
Tanta insolencia me cansa;
Y pronto justo castigo...

Mat. ¡Ah! perdonad...

Guill. No... su audacia...

Mat. ¿No advertís que le abandona
Su razon?

Sif. Sí... sí... guardadlas... (*Delirando.*)
Que allí viene... ¿No le veis...?
Mas ¿qué nube...? ¡cuál me abrasa
La frente!... do estoy... ¿qué es esto...?
¡Cielos...! las fuerzas me faltan.

(*Vacila, acuden á sostenerle y le sientan en un sillon.*)

Mat. ¿Lo veis?

Guill. Socorredle.

Mat. Sí...
Venid... ¡Padre!

Sif. ¿Quién me llama?
¡Padre...! Lo fuí... Tuve un dia
Una hija... mas la ingrata
Me abandona... ¡Si supiera
La infeliz cuánto la amaba!

Mat. ¡Ah! ¡me parte el corazon!
Permitid que en esta estancia
Con él á solas me quede
Cortos momentos... Mis lágrimas,
Mis consuelos, tal vez logren
Restituirle le calma.

Guill. Bien, lo consiento... Reprimo
En tanto mi justa saña.
Oiga la razon, y quede
Nuestra dicha asegurada.

(*Vanse todos y se cierran las puertas del foro.*)

ESCENA VI.

MATILDE, SIFREDO.

(*Sifredo queda sentado y sin movimiento, aplanado por su delirio. Matilde, despues de asegurarse de que todos se han retirado, se acerca á él lentamente.*)

Mat. ¡Ah...! En esa frente que el dolor [abruma,
La venganza de Dios escrita leo.
El instante llegó... Mi honor lo exige:
Decirle es fuerza este fatal secreto.

Sif. ¿Qué miro...? ¿dónde están...? En este sitio
Mil gentes creí ver... ¿por qué se fueron?

Mat. Señor... (*Se arroja á sus piés.*)

Sif. ¿Quién sois...? ¿Por qué á [mis piés postrada...?
¿Qué me quereis?

Mat. Perdon.

Sif. ¡Vos...! No comprendo...

Mat. Mi llanto ¡ay triste! vuestras plan- [tas riega.

Sif. Alzad... señora... alzad.

Mat. Este es mi puesto.
Hasta que pura mi inocencia brille,
No me levanto de él... ¡Un padre tierno
Me juzga criminal! ¡cruel suplicio!
¡Ah...! no me maldigais y oid primero.
Es cierto... os ofendí... sí... vuestro nombre
He entregado á la infamia, al vilipendio;
Mas creedme, señor, jamás el crímen
Ha osado amancillar mi noble pecho.
Solo imprudente he sido... El cielo me oye,
Y sabe, padre mio, que no miento.
Amo al rey, es verdad... pero esta llama
Es legítima, es pura... el himeneo
La ha consagrado ya... su fe, su mano,
Amante dióme en el altar Guillelmo,
Y solo causa mi fatal desdicha
Temerario y terrible juramento.
Pero vuestro dolor y vuestro enojo
No me es dado sufrir... Miradme, os ruego,
Miradme y no dudeis...

Sif. ¡Qué hermosa estancia!
¡El oro, el mármol, relumbrar contemplo
En ella por do quier...! ¡O cual la alegran
Luminarias sin fin con sus reflejos!

Mat. ¿No me atendeis, señor?

Sif. ¡Qué alegres cantos! (*Levantándose.*)
¿Oís el son de dulces instrumentos?
Escuchad, escuchad.

Mat. ¡Aün delira!

Sif. ¿Qué hace esta gente aquí...? Ved [cuán diversos,
Cuán extraños vestidos...

Mat. ¡Padre mio!

Sif. ¡Qué bulla! ¡qué alborozo...! ¡Ah! ya comprendo.
Es una fiesta, sí... La danza empieza...
Alegrémonos pues... tambien yo quiero...

Mat. ¡Por Dios, padre...!

Sif. Dejad...

Mat. ¡Cielos piadosos!
¡Compasion! ¡compasion!

Sif. ¡O qué contentos...!
¿Quienes son esos dos...? Brazo con brazo,
Acercándose van... ¡O Dios! ¡Son ellos!
Mi hija, Guillelmo... ¿No los veis...? ¡Traidores!
Y ¡os osais presentar! y ¡aquí os encuentro!
Huid... huid.

Mat. ¡Señor!

Sif. ¡Monarca odioso!

Y ¡eres tú quien de oprobio me has cubierto!
¿Ignorabas quién soy? ¿Piensas acaso
Porque tu débil mano rige un cetro,
Ser mas noble que yo...? Sicilia toda
Te dirá quienes eran mis abuelos.
No, cual los tuyos, ignorada estirpe,
De la bárbara Neustria aquí vinieron;
Que escritas con su sangre en nuestros fastos
Sus virtudes están y heróicos hechos.
Y ¿osaste deshonrarlos? ¿No has temido
Que de la oscura tumba se alcen fieros,
Y sobre tí, en venganza á ultraje tanto,
Se abalancen sus lívidos espectros?

Mat. Padre, volved en vos... Restituidle
Su perdida razon, divinos cielos.
Sí... que me reconozca y que me mate.
Piedad, ó á vuestros piés pasadme el seno.
Mirad... Matilde soy... soy vuestra hija...
Mi llanto contemplad... oid mi acento...
Vengaos, si quereis... Dadme la muerte...
Mas sabed mi inocencia... y feliz muero.

Sif. ¡O cuán hermosa es...! Tambien lo era
Mi Matilde... y aun mas. . ¡Triste recuerdo!
Así miraba, así.

Mat. ¡Qué...! todavía...

Sif ¿Quién me dijera que aquel ángel
Habia de manchar con torpe crímen [bello
La frente virginal que le dió el cielo?
Un triste anciano soy... En luengos años
De azaroso vivir, ¡qué de tormentos,
Qué de males probé...! mas me quedaba
Una hija por fin para consuelo.
¡Cuál alegraba mi mansion dichosa!
De su armoniosa voz los dulces ecos,
Su amable sonreir, eran mi encanto,
Mi placer, mi delicia, mi embeleso.

Mat. ¡Es verdad! ¡es verdad!

Sif. ¿Llorais...? ¿Qué causa...?
Pues yo no lloro... ved... yo ya no encuentro
Lágrimas en mis ojos... la desgracia
Las ha secado todas... ¿Os han hecho
De Matilde el retrato...? Su hermosura,
Su candor os dirian... todo es cierto.
Pues nada queda ya, nada... que el crímen
Todo lo empeña y es el suyo horrendo.

Mat. Yo os desengañaré: verán ahora
Mi justificacion los ojos vuestros.

(*Corre hácia la mesa y saca de ella el contrato de matrimonio, que presenta á su padre.*)

Mirad... leed... leed.

Sif. ¿Qué pliego es este? (*Tomándolo.*)
¡Ah! la carta fatal... ¡pliego funesto!
¿Por qué me la enseñais...? En dia aciago
A mis manos llegó... de ella me acuerdo.
Sí... de mi hija aquí está la infame historia.
Estos rasgos su amor me han descubierto.
La leí... la leí.

Mat. ¡Que no comprenda...!
Leed, padre, leed.

Sif. No, yo no quiero
Que este padron de infamia que declara
Mi afrenta y deshonor dure mas tiempo.
Desaparezca... sí. (*Lo rompe con furor.*)

Mat. ¡Cielos!

Sif. No quede
Ni aun la memoria de él.

(*Acerca uno de los pedazos á la luz del candelabro y lo enciende: Matilde quiere estorbarlo, pero él con la otra mano la contiene sin dejarla arrimarse.*)

Mat. ¡Ah! ¿qué habeis hecho?
Dadme... No... no.

Sif. Apartad.

Mat. Dadme... ¡No puedo!

(*Fuera de sí corre hácia el foro y da gritos llamando.*)

Venid... pronto... venid.

Sif. ¡Cuánto á mis ojos
(*Mirando con alegría arder el pliego.*)
Es hermosa esta llama!

Mat. Venid luego.

ESCENA VII.

Dichos, GUILLELMO, COSTANZA, Caballeros.

(*Salen Guillelmo y los demás precipitadamente.*)

Guill. ¡Matilde!

Mat. ¡Por piedad...! Acudid pronto.

Guill. ¿Qué sucede?

Mat. Allí... allí... mirad.

Guill. No acierto...

Mat. ¡No lo veis...! ¡no lo veis...! Iré yo misma...
¡No existe ya...! ¡Gran Dios...! ¡Ah! Yo fallezco.

(*Cae desmayada en brazos de Guillelmo: acuden á socorrerla.*)

Guill. ¡Matilde!

Cost. ¿Qué será?

(*Se acerca á Sifredo: este toma el otro pedazo del pliego, se lo enseña y hace ademan de acercarlo á la luz para quemarlo tambien. Costanza se lo arranca apresuradamente y lo lee.*)

Sif. Mirad ¡cuál arde!

Cost. Traed.
Sif. No... no... dejad...
Cost. ¡Cielos...! ¿Qué leo?
(*Lo guarda con presteza.*)

ACTO CUARTO.

Sala en el palacio de Palermo.

ESCENA PRIMERA.

SIFREDO, MATILDE, LOTARIO.

Lot. El rey se halla en el consejo:
Altos cuidados le ocupan,
Y no podrá...
Mat. Nada importa:
Le he de ver.
Lot. Y ¿que interrumpa
Quereis los graves negocios
En qué la dicha se funda
Del Estado?
Mat. Esperaré;
Pero al salir de esa junta
Decidle que estoy aquí.
Lot. Mas, señora ..
Mat. ¿Nuevas dudas?
¿Es el celo quien las dicta
O vuestro amo por ventura?
Lot. Creed que solo mi celo...
Mat. Entonces son importunas.
Lot. Siento, señora, enojaros;
Pues no puedo olvidar nunca
Que generoso labró
Vuestro padre mi fortuna.
Grabada en mi pecho está
La gratitud mas profunda;
Pero cuando habla el deber,
Es fuerza...
Sif. Basta de excusas.
Obedeced.
Lot. Dios os guarde. (*Vase.*)

ESCENA II.

MATILDE, SIFREDO.

Sif. ¿Lo ves, infeliz? ¿Qué buscas
En este sitio? Desprecios,
Desengaños... paga justa
De tu flaqueza.
Mat. Es forzoso
Que mis destinos se cumplan:
Es forzoso que se acabe
Este afanar, esta duda
Que en perdurable tormento
Llena mi existir de angustia.
Vuestra horrible maldicion
Honda en mi pecho retumba,
Y sin que el vivir me cueste,
No es dable, no, que la sufra.
Todo lo sabeis, señor:
Pasajero es por fortuna
Ese funesto delirio
Que vuestros sentidos turba:
Ya en vos la razon de nuevo
La mente serena alumbra,
Y es justo que á vuestros ojos
Tambien mi inocencia luzca.
Hoy la muerte habrá de dar
Término á mis desventuras,
O rasga mi esposo el velo
Que nuestro himeneo oculta.
Sif. ¡Tu esposo! ¿Qué dices, necia?
¡O cuál la pasion te ofusca!
Mat. Lo es, lo es... Ante Dios
Me dió su fe... Yo soy suya;
Y los lazos que nos unen
Solo los rompe la tumba.
Sif. ¡Desdichada! ¿Has olvidado
Que yo en mi fatal locura...?
Mat. Es cierto... es cierto... ¡Dios mio!
Si osa negar... si se burla
Del sagrado juramento
Que pronunció... ¡Vírgen pura!
¿Cómo probar...? No es posible
En él tanta infamia, nunca.
¿No es verdad que no lo es?
No negará... estoy segura
Que no... Decid... ¡Ah! ¡callais!
¡Dios mio, qué afrenta!
Sif. Injusta
Será tal vez mi sospecha;
Mas el malvado que oculta...
Mat. Pero él todavía ignora
Que la fatal escritura
No existe ya... todavía
Teme que yo le confunda
Con ella, y que publicando
La verdad...
Sif. No sé... Me abruma
Un recuerdo...
Mat. ¿Qué decís?
Sif. Es una idea confusa...
¿Decias que en mi delirio,
Y con repentina furia,
Rasgué aquel pliego...?
Mat. Así fué.
Sif. Y que á pesar de tus súplicas,
Luego á una luz...
Mat. Sí, la llama

Aniquiló...
Sif. ¿Todo?
Mat. ¿Alguna
Parte quizás...?
Sif. Tú llamaste.
Mat. ¡Qué sospecha!
Sif. Entraron muchas,
Muchas gentes.
Mat. Desmayada,
Ya no ví...
Sif. Se me figura
Que entonces una mujer...
Mat. ¡Una mujer!
Sif. Sí... no hay duda...
Me arrebató de las manos...
Mat. ¡Ella fué! ¡negra fortuna!
Costanza... ¡O Dios...! La malvada
Tal vez con pérfida astucia
Logrará que el rey... No importa:
Razon tengo y Dios me ayuda.
Si el inconstante Guillelmo
A reconocer se excusa
Mis derechos, hoy mi voz
Resonará tremebunda,
De horrible pavor y espanto
Llenando su alma perjura.
Veremos si ante las aras,
Ante el Dios que nos escucha,
Osa negar el perverso
Los lazos que nos anudan.
Sif. No los negará, Matilde;
Que varones de mi alcurnia,
Ni aun de su rey, tanta afrenta
A tolerar acostumbran.
Pues qué, cuando mi lealtad
Para ti un trono rehusa,
Generoso anteponiendo
A mi grandeza la suya,
¿Le he de consentir que pague
Mis servicios con injurias?
Guardárase su corona,
Su esplendor no me deslumbra,
Mas mi fama, vive Dios,
Es fuerza que limpia luzca.
Pues que su mano te ha dado,
Mano y corona son tuyas;
Que á lo que un dia el honor
Me hizo dar noble repulsa,
Ese mismo honor ahora
A guardarlo me estimula.
Mat. ¿Qué, en fin, aprobais...?
Sif. ¿Quién? ¿Yo?
¿Aprobar tu enlace? Nunca.
Mas habla el honor, y es fuerza
Que á su voz potente acuda.
Consiga yo verte honrada,
Y despues...
Mat. ¡Despues...!
Sif. Mi justa
Indignacion me extravia.
Dios en su clemencia suma
Te perdone.
Mat. Y ¿vos?
Sif. ¡Ah! Yo...
Eres mi hija... ¿Lo preguntas?
Mat. Luzca mi inocencia, dadme
Vuestra bendicion augusta,
Y muera despues.
Sif. La tienes,
Hija del alma.
Mat. ¡O fortuna!
Sif. Pobre mujer, lo conozco:
Es tu alma virtuosa, pura;
Mas sola y abandonada
En tan peligrosa lucha,
¿Por qué extrañar que al halago
Seductor al fin sucumbas,
Creyendo santas promesas
Las que son viles astucias?
Nunca de mí te apartara:
Tuya no, mia es la culpa.
Injusto contigo he sido:
En mi arrebatada furia
Osó mi voz maldecirte:
Me arrepiento... O Dios, no cumplas
Tan detestable sentencia,
Y apiádete nuestra angustia.
Hácia esta infeliz mujer
Baje una mirada tuya
De compasion... Dios piadoso,
En su amarga desventura
Bendícela: solo caiga
Tu furor en quien la injuria.

ESCENA III.

DICHOS, LOTARIO.

Mat. ¿Y bien, Lotario?
Lot. Ya el rey
Sale del consejo... Adusta
Su regia frente y sombría,
Oculto pesar anuncia.
Costanza, que le esperaba,
Mostrando impaciencia suma,
Al punto ha querido hablarle.
Mat. Ya mi desdicha es segura.
Sif. Ven, Matilde; á tus deseos
No es ocasion oportuna.
Mas tarde podrás...
Lot. Ya llegan.
Sif. Ven.
Mat. Mas, señor...
Sif. Ven; ¿qué dudas?
(*Vanse Sífredo y Matilde.*)

ESCENA IV.

GUILLELMO, COSTANZA, LOTARIO.

Guill. Dejadnos solos: marchad;
(*A Lotario.*)
Mas no os alejeis de aquí. (*Vase Lotario.*)
¿Hablarme os importa? (*A Costanza.*)
Cost. Sí.
Guill. Pues ya os escucho; empezad.
Cost. ¿Podré saber la opinion
Del consejo?
Guill. Agradecida
Debéisle estar: por mi vida
Que os defiende con teson.
Cost. Cumple así con su deber.
Guill. Y tal vez así me ofende:
Ya que serviros pretende
Mal medio supo escoger.
Cost. No ofende la majestad
Quien recuerda lo que es justo.
Guill. No he de sujetar mi gusto
A la ajena voluntad.
Cost No la sujetais, lo sé:
De ello tengo indicios claros.
Guill. Señora...
Cost. No hay que turbaros.
Aunque agraviada yo esté,
Mi justo enojo contengo:
Perdono vuestro desden,
Y á daros el parabien
Por tanta ventura vengo.
Guill. No os entiendo.
Cost. ¡Bello enlace!
Union perfecta y dichosa,
Que á esta nacion generosa
Grande, ilustre y feliz hace.
Guill. ¿De qué union hablando estais?
Cost. La que vuestra dicha sella
Con Matilde noble y bella.
Guill. (¡Cielos...! ¿Sabrá...?) (*Ap.*)
¿Delirais? (*Alto.*)
Cost. ¿A qué, Guillelmo, negar
Lo que tanto os engrandece?
¿Quién cual Matilde merece
Ser vuestra esposa y reinar?
Guill. ¡Mi esposa...! ¿Quién decir pu-[do...?
Cost. ¿Quién...? Ella misma.
Guill. ¡Ella!
Cost. Sí.
Guill. ¿Cómo...? ¿cuándo...? ¿á quién?
Cost. A mí.
Guill. ¡A vos!
Cost. ¿Dudaislo?
Guill. Sí dudo.
Cost. Admiro esa sencillez.
Vana, hermosa, amante y fiera,
¿Pensais que guardar pudiera
Tal secreto su altivez?
Guill. ¡Matilde...! ¿Es cierto?
Cost. ¿Quereis
Una prueba irrecusable?
Guill. ¡Una prueba!
Cost. Sí.
Guill. ¿Cuál?
Cost. Hable
Este pliego... ¿Negareis
Vuestra firma, vuestro sello?
Guill. ¡Qué es lo que veo!
Cost. Mirad...
Miradlo bien, y negad
Despues enlace tan bello.
Guill. ¿En vuestra mano este pliego?
Cost. ¿Os pasmais?
Guill. Sí, vive Dios.
¿Qué miro...? Partido en dos.
Y ¿el resto?
Cost. Abrasólo el fuego.
Guill. ¡El fuego!
Cost. A tiempo llegué;
Que si mas tarde acudiera
En él tambien pereciera
Este resto que salvé.
Guill. ¡O perfidia...! ¿Osado habeis...?
Sé de lo que sois capaz,
Y en vuestro despecho audaz...
Cost. ¿A culparme os atreveis?
Dejad la vana ilusion
Que necio amor alimenta,
Considerad vuestra afrenta,
Descúbrase la traicion.
¿Sabeis quien osó rasgar
Esta prueba de los lazos
Que os unen? ¿quién sus pedazos
A las llamas arrojar?
No soy yo, triste de mí,
Que despreciada os adoro,
Que en silencio sufro y lloro
Desde el instante que os ví:
Es la que un impuro amor
Sobre mis ruinas encumbra,
Y á quien su beldad deslumbra
Con desprecio de su honor:
Es su padre á quien la ira
Dando atrevida esperanza,
Por ambicion ó venganza
A vuestro alto asiento aspira.
Guill. ¡Él! ¡Sifredo!
Cost. Publicad
Esa union grande, dichosa;
Sepan quien es vuestra esposa,
Y al regio solio la alzad.
Guill. ¡Al solio...! Jamás... Primero
En pago de su traicion...
Y ¡así paga mi pasion!
¡Ingrata...! Y ¡aun la quiero!

Cost. Amor noble, amor sublime,
Digno de vos, de un gran rey:
Id, temblad bajo la ley
De esa mujer que os oprime:
Temblad ante la belleza
Que os ofusca de tal suerte:
Será el desprecio, la muerte,
Premio de tanta flaqueza.
Guill. No, no será... Yo prometo
Que antes mi justo furor...
Cost. Cobra ya esperanza, amor. (*Ap.*)
Guill. ¡Así guardas tu secreto!
¿No juraste, fementida...?
Esto es hecho, corazon:
Ahoguemos tan vil pasion
Mas que me cueste la vida.
Mis furores probarás,
Pérfida... A tu padre, á tí...
¿Qué digo ..? No estoy en mí...
Deliro... Jamás, jamás.
(*Se deja caer abismado de dolor, sobre un sitial.*)
Cost. Me dais compasion... ¡O afrenta!
¿Sois vos el fuerte guerrero
Hijo digno de Rugiero?
¿Su alma altiva en vos alienta?
No, no lo sois... Y ¿llorais?
Hombre débil, rey cobarde,
De valor no hagais alarde,
Ceded, ceded, ¿qué tardais?
Ante esa mujer llorad
Que de humillaros blasona;
Llevadle cetro y corona,
Con ella feliz reinad.
¡Reinar vos...! No lo penseis:
Otro destino os espera.
Del trono con muerte fiera
Pronto arrojado os vereis:
En él, ambicioso, ufano,
Sifredo se sentará,
Y otro amante gozará
De la que adorais la mano.
Guill. Sí, sí, lo conozco ya,
La pérfida me vendia;
Mas su infame alevosía
Castigo en breve tendrá.
¡Maldigo mi amor funesto,
Mi ceguedad, mi locura!
Falaz, perversa hermosura,
Te abomino, te detesto.
Resuelto estoy... Romper quiero
Esta cadena ominosa...
Costanza, serás mi esposa,
Triunfe ya tu amor sincero.
Honor y deber lo mandan;
Es preciso obedecer.
Cost. Mas si esa astuta mujer
Os vence aun... si os ablandan
Sus lágrimas...
Guill. ¡Ah!
(*Ocultando el semblante con las manos.*)
Cost. Lo veo:
Ese suspiro, señor,
Dice todo vuestro amor.
¡Vos mi esposo...! No lo creo.
Guill. Perdonad... ¡la quise tanto!
Teneis razon... es preciso...
Pero mi pecho indeciso
Jamás podrá... Cielo santo,
¿Dónde valor hallaré...?
Nunca... imposible. — Escuchad...
Vos sola podreis... Marchad...
Cuanto hagais aprobaré.
Que de estos sitios se aleje...
Disponed vos su partida...
Que luego, la fementida,
A Sicilia, á Italia deje.
No hay que verla, que escucharla...
Marchad pronto... ¿qué os tardais?
Si otra palabra aguardais,
Será para perdonarla.
Cost. Voy.
Guill. Mas oid.
Cost. ¡O furor!
Guill. No vayais vos... Crueldad fuera
Que de vuestra boca oyera...
Ahorrémosle este dolor.
(*Se levanta, va hácia el foro y llama: sale Lotario.*)
¡Hola!
Lot. Señor...
Guill. A Costanza,
Fiel Lotario, acompañad:
Cual mios, ejecutad
Sus mandatos sin tardanza.
Cost. Como suyos: ¿lo entendeis?
(*A Lotario con intencion.*)
Lot. Si, señora; pronto estoy.
Cost. Al fin á vengarme voy. (*Aparte.*)
Guill. Marchad, marchad... no aguardeis.
(*Vanse Costanza y Lotario.*)

ESCENA V.

GUILLELMO.

Triste, fatal sacrificio;
Mas es forzoso... Y ¿por qué?
¿Por qué, pregunto...? La ingrata,
Con insolente altivez,
¿No ha revelado un secreto
Que pudo á los dos perder?
Y su padre ¿no se atreve
Hasta mi regio dosel?
Mas ¿quién lo dice...? Costanza,

Y ¿si me engaña tambien?
Pero este pliego... ¿Sé yo
Cómo lo llegó á tener?
¿Sé yo qué infames ardides
Puede inventar la doblez
De una mujer vengativa
Que despreciada se ve?
Si es inocente Matilde,
Si no me llegó á ofender,
Si he sido injusto con ella,
Si tengo su amor, su fe,
Y en fin, ¿si aun siendo culpable,
Mi amor la habrá de absolver?
¿Qué aguardo, cielos, qué aguardo?
Vamos, pronto, antes que den
Las órdenes... Hombre débil,
¿No has de vencerte una vez?
¿No has de hacer lo que la patria
Exige de tí...? Lo haré,
Lo haré, sí... Pero es mi esposa:
¿Puedo este lazo romper?
Sí, puedo, sí... que al romano
Pontífice acudiré;
Bienes daré á las iglesias;
Y... Pero ¡ó Dios! Ella es. (*Se sienta.*)

ESCENA VI.

GUILLELMO, MATILDE.

Mat. Señor...
Guill. Vos... Matilde... (¡Cielo! (*Aparte.*)
¿Cómo es dable que resista...?
¡Ay! de mi valor recelo.)
Mat. ¿Os causa enojo mi vista?
Guill. ¿A mí...? no... mi ardiente anhelo
Fué siempre...
Mat. No, me engañais:
En esa frente sombría
Leo la desdicha mia.
Necio sois si imaginais
Conmigo usar de falsía;
Que á los ojos del amor,
Linces en tal circunstancia,
No hay oculto sinsabor;
Y á conoceros, señor,
Aprendí desde la infancia.
Guill Es cierto... oculto pesar...
Mas ¿qué quereis?
Mat ¡Lo que quiero!
¿Osaismelo preguntar?
¿O de anoche el trance fiero
Habeis podido olvidar?
Guill. ¡Recuerdo fatal!
Mat. Guillelmo,
Mi padre está aquí: su afrenta
Ansioso lavar intenta.
Mi padre se halla en Palermo,
De su honor pidiendo cuenta,
Y á mí me la pide, á mí.
Responded: ¿qué le diré?
Guill. Pues ¿no sabeis...?
Mat. Lo que sé
Es que no salgo de aqui
Sin que satisfecha esté.
Guill. Mas ¿cómo quieres...? Advierte...
Mat. El cómo miradlo vos.
Hoy se ha de fijar mi suerte:
O vuestra mano, ó mi muerte:
Elegid entre los dos.
Guill. ¡Mi mano...! Pues ¿no teneis
Las pruebas de nuestro enlace?
¿Tal prenda no os satisface?
Si guardado las habeis,
¿Quién tan recelosa os hace?
Dad que ingrato á vuestro amor,
Mis juramentos quebranto,
¿No tendreis de este traidor
Un testigo acusador?
Mat. No tendré sino mi llanto.
Guill. Que aun las conservais entiendo.
Ese pliego ¿dónde está? (*Se levanta.*)
Mostradlo... ¿Os turbais...? Comprendo.
Mat. Piedad de mi estado horrendo,
Si sabeis no existe ya.
Guill. ¿No existe ..? ¿Quién lo rompió
A la llama destructora
¿Entregarlo quién osó?
Si así quebrantais, señora,
Nuestros lazos... tambien yo.
Mat. ¿Quebrantarlos? ¿Eso, aleve,
Tu boca á decir se atreve?
¿Son cual ese pliego vano
Que consume el fuego insano
O se lleva el viento leve?
En él tan solo grabado
No está nuestro juramento:
Que lo está en el firmamento,
Lo está en tu pecho malvado
Que acosa el remordimiento.
No aliente tus esperanzas
Que el mundo lo ignore, no;
Un Dios justo lo escuchó;
Y ese Dios, de sus venganzas
En el libro lo escribió.
Guill. Pues bien, lo confesaré,
Pues tú lo quieres, perjura:
Mi voz dirá que te amé,
Y á tu falaz hermosura
Mi deber sacrifiqué.
Diré que elevarte al trono
Quise con tan dulces lazos;
Y que hoy justo te abandono,
Porque con pérfido encono
Me ahogabas entre tus brazos;

Y mientras tu falso amor
Me adormia en sueño blando,
Mi corona ambicionando,
Tu padre aleve, traidor,
Mi muerte estaba fraguando.
Mat. ¿Quién? ¡Mi padre! ¡Inicua trama!
¡Ah! Señor, no hableis así:
Para apagar nuestra llama
Basta me infameis á mí,
Pero respetad su fama.
¡Él, él traidor...! Mas comprendo:
Sé ya la lengua alevosa
Que de esa suerte mintiendo,
Empañar su lealtad osa.
Costanza.
Guill. Sí... Cuidadosa
De mi fama...
Mat. Miente, miente.
Guill. ¿Miente este pliego tambien?
De tu criminal desden
Hé aquí la prueba... Desmiente
Lo que hora tus ojos ven.
Mat. No me causa admiracion
Hora en vuestras manos verlo:
Lo esperaba con razon.
Guill. ¿Confiesas, pues, tu traicion?
Mat. Mas ¿cómo logró tenerlo?
Guill. Siendo tú falsa y perjura.
Mat. ¿No os lo ha dicho por ventura?
Guill. No, en verdad.
Mat. ¿Queréislo oir?
Guill. Di.
Mat. Mi padre en su locura
Me ha llegado á maldecir.
Guill. Harto lo sé.
Mat. Y ¿sabeis vos
Lo que ese anatema encierra?
El del cielo llega en pos;
Porque un padre es en la tierra
La imágen viva de Dios.
Guill. ¿Y bien...?
Mat. Si el vuestro alentara,
Si como juez inflexible,
Con voz airada, terrible,
De un crimen os acusara,
Crímen detestable, horrible,
¿Pudiérais sufrirlo?
Guill. ¡Oh! no.
Mat. Y ¿si del error insano
Que sus iras inflamó,
Tuviérais en vuestra mano
Las pruebas, ¿qué hiciérais?
Guill. ¿Yo?
Mat. ¿Se las enseñárais?
Guill. Luego
¿Mostraste al tuyo este pliego?
Mat. Hice en ello mi deber.
Guill. ¿Y él es quien lo osó romper,
Quien lo osó arrojar al fuego?
Mat. ¡Ah! lo que hacia ignoraba.
Sabéislo: ciego delirio
Sus sentidos trastornaba:
¡Ni aun pudo leerlo!
Guill. Acaba.
Mat. Considerad mi martirio.
Mi fuerza á impedir no alcanza
Su loco intento... Mas grito:
Entrais vos, entra Costanza;
Yo hácia vos me precipito,
Y ella al pliego se abalanza.
Guill. ¿Qué dices? ¿Será verdad?
Mat. Por vos, por mi amor lo juro,
Y por la eterna deidad.
Guill. Con que tu ardor siempre puro...
Mat. ¿Si es puro...? ¡O Dios! Escuchad.
Jamás con mayor violencia
Amor un pecho inflamó,
Ni su loca vehemencia
Mas fiero estrago causó;
Que no es amor, es demencia.
No sois mi amante, en rigor,
Sois mi dueño, mi señor,
Que cual sierva humilde imploro;
Y por decirlo mejor,
Sois el Dios á quien adoro.
Os veo, y naturaleza
A desparecer empieza:
Pierde el cielo su arrebol,
No tiene el campo belleza,
Ni rayos el mismo sol;
Bien puede silbar el viento,
Bien puede rugir el mar,
Y tronar el firmamento,
Si entonces llegaisme á hablar,
Oigo solo vuestro acento;
Y ese acento me estremece,
Y siento que al escucharlo
Mi espíritu desfallece,
Y sin poder remediarlo
Me subyuga y me enloquece.
Tierna flor, por solo estar
En vuestro pecho una hora,
Me consentí marchitar,
Pudiéndome aun mirar
Del pensil reina y señora.
Guill. ¡Ah! tu amor no excede al mio;
Que él tambien es grande, inmenso.
¡Dudar de tí...! ¡Desvarío!
Ya un instante de desvío
Con un trono recompenso.
Afuera vanos temores:
Basta ya de ingratitud:
Callarán necios clamores
Cuando miren entre amores
Sentada en él la virtud:
A pesar del negro encono,

Al verte brillar allí,
Sabrán que si te corono,
No es quien te honra el trono á tí,
Sino tú quien honra el trono.
El númen en él serás
Que labre mi eterna gloria:
Tú mi aliento inflamarás,
Tú la senda me abrirás
Que conduce á la victoria;
Y verán que en la refriega
Laureles mi brazo allega,
Cual en los estivos meses
Gavillas de rubias mieses
La hoz del rústico siega.
Mire espantada la tierra
Que este imperio aün naciente
En su faz, siempre creciente,
A la antigua Roma encierra
Y las regiones de Oriente;
Y cuando naciones tantas
Doblen la cerviz humilde,
El pueblo que así levantas
Dirá, rendido á tus plantas:
Esta gloria es de Matilde.

ESCENA VII.

DICHOS, COSTANZA.

Cost. ¿Qué veo...? Señor, ¿aun dais
A esa vil mujer oidos?
Salid de vuestro letargo,
Acudid pronto al peligro.
Si tardais, no será tiempo.
Estais, Guillelmo, vendido.
Guill. ¿Cómo...? ¿Qué decís?
Mat. ¿Qué nueva
Impostura...?
Cost. Pronto, digo:
Mientras astuta esa infame,
Con sus halagos fingidos
Vuestro valor adormece,
En lazos de amor cautivo,
Su padre en ocultas tramas
Contra vos conspira inicuo.
Guill. ¡Su padre!
Mat. Mentís.
Guill. Mirad
Lo que decís.
Cost. Hora mismo,
En su casa congregados,
Reunense con sigilo
Del irritado Sifredo
Los partidarios altivos.
El condestable y los nobles,
Por el traidor seducidos,
Para arrancaros el cetro
Corren á ofrecerle auxilio.
Mat. Ved que os engaña, señor.
¿Podreis creer...?
Cost. Si he mentido,
Si soy yo quien os engaña,
Las pruebas han de decirlo.
Venid: podeis todavía
Sorprenderlos reunidos.
No tardeis.
Guill. ¿Qué confusion,
Qué intrincado laberinto
Es este...? ¿Quién es aqui
El traidor, cielos divinos?
¿Quién me engaña...? Lo sabré;
Y pronto justo castigo...
Vamos, vamos.
Mat. Aguardad.
Guill. ¿Temblais...? ¿Cuál es el motivo?
¡Ah! si es cierta esa traicion
Estremeceos...
Mat. Ya os sigo.
Guill. No, señora, no... salir
De este palacio os prohibo.
Mis órdenes soberanas
Aguardad en este sitio.
(*Vanse Guillelmo y Costanza.*)

ESCENA VIII.

MATILDE.

¿Qué nueva desgracia es esta?
Cuando creí fenecidos
Mis males, ante mis piés
¡Se abre mas hondo el abismo!
¿Será verdad que mi padre...?
No cabe en él tal delito:
No... Mas él es.

ESCENA IX.

MATILDE, SIFREDO.

Mat. ¡Ah! decid:
¿Es cierto?
Sif. ¿El qué?
Mat. Proferirlo
Apenas puedo... Costanza
Pretende que vengativo,
Ambicioso, contra el rey,
Fraguando planes impíos,
Aspirais á su corona.
Sif. ¡A la corona...! ¿Eso ha dicho?
Mat. Y que los nobles por vos
Congregados con sigilo
En vuestra casa...
Sif. Es verdad:
Muchos leales amigos
Su proteccion generosa

Me ofrecen en tal conflicto;
Pero ninguno, y vilmente
Mintió quien llegó á decirlo,
Desnudar contra su rey
Osara el acero invicto.
Mat. ¡O felicidad! Sabed
Que ya Guillelmo rendido...

ESCENA X.

DICHOS, LOTARIO; LUEGO SOLDADOS.

(*Sale Lotario por el foro.*)

Lot. Señora...
Sif. ¿Sois vos, Lotario?
Lot. Vengo...
Mat. Hablad: ¿qué me quereis?
Lot. Siento, señora...
Sif. ¿Qué anuncia
Esa mustia palidez?
Lot. Desdichas que el alma afligen:
Vengo de parte del rey...
Mat. ¡Del rey!
Lot. Me manda traeros
Un triste mensaje.
Mat. ¡Y bien!
Decid.
Lot. No sé como...
Sif. Hablad:
Nada temais.
Lot. Dios os dé
Fortaleza.
Sif. Hablad, os digo:
Juzgo lo que podrá ser.
Mat. Aunque me traigais la muerte,
Con valor escucharé.
Lot. ¡Ay! Eso mismo, señora.
Sif. ¡O furor!
Mat. ¡Hombre cruel!
¡La muerte...! ¡A mí...! No... no puede...
No puede ser... ¡A mí...! Ved
Que os engañais.
Lot. ¡Ojalá!
Mat. ¡Guillelmo...! ¡A mí...! Sí... Ya sé
Que es capaz... sí... de su amor
Tal prueba debo tener.
Sif. ¡O pérfido...! Mi venganza...
Mat. Pues bien... lo que quiera haré.
Resignada estoy... Decidle
Que otro pago esperé de él.
Mas pues lo manda...
(*Lotario abre la puerta del foro y aparecen soldados: un escudero tiene en la mano una copa.*)
Lot. Mirad:
En aquel vaso teneis...
Sif. ¡Un veneno!
Mat. ¡Cielo santo!
Sif. No, jamás consentiré...
Y á traernos tal mensaje,
¿Vos, Lotario, os atreveis?
Lot. Señor...
Sif. ¿Así los favores
Me pagais que os dispensé?
Lot. Que están por siempre grabados
En mi corazon creed.
Mas la obediencia...
Sif. Sí... sí.
Lot. Mandadme, y os probaré...
Sif. No, yo me basto á mi propio:
Vengarme solo sabré.
No pienses, no, rey Guillelmo,
Que impune me has de ofender.
Límites en un vasallo
La lealtad tiene tambien;
Harto te probé la mia,
Mis iras te probaré.
Pues sangre quieres, la tuya...
Lot. Sifredo, ved lo que haceis;
Que mi lealtad no consiente...
Sif. Mi furor ocultaré. (*Aparte.*)
Lot. Su muerte, por lo que os debo,
Os ofrezco suspender.
Marchad... hablad al monarca;
Y á vuestros ruegos tal vez...
Sif. ¡Yo suplicarle...! Jamás.
Mat. No, no... Lotario, traed...
Sif. ¿Estás resuelta á morir?
Mat. Con dudarlo me ofendeis.
Entre la infamia y la muerte,
No vacilo en escoger.
Sif. Bien, hija mia, conozco
En tí mi sangre... Ven, pues;
Que hoy Palermo con asombro
Quien es Sifredo ha de ver.
Ya que mueras, á lo menos
Tu fama rescataré.
¿Puedo, Lotario, contar
Con vuestro auxilio esta vez?
Lot. Contad; y si hubiere un medio...
Sif. Hay uno.
Lot. ¿Cuál?
Sif. ¿Osareis...?
Lot. Todo, menos quebrantar
La lealtad que debo al rey.
Sif. Pues venid... Hija, valor.
Mat. Que no me falta vereis.
(*Vanse todos por la puerta del foro, que cierran. Salen por otro lado Guillelmo y el condestable.*)

ESCENA XI.

GUILLELMO, CONDESTABLE.

Guill. ¿Es verdad? ¿Puedo creer
Lo que decís, condestable?
Cond. Tan negra traicion, señor,
En nuestros pechos no cabe,
Que cual cumple á su nobleza
Hacen de lealtad alarde.
Dispuestos siempre por vos
A derramar nuestra sangre,
No temais que á la obediencia
Estos vasallos os falten;
Y quien lo contrario diga,
Vive Dios que es un infame.
Desdichas llora Sifredo,
Deber nuestro es consolarle;
Que el ser amigos sensibles
No arguye el ser desleales.
Este nuestro intento fué;
Y ni él, si otro nos llevase,
Nos permitiera pasar
De su puerta los umbrales.
Guill. Bien está... Dejadme solo.
Marchaos.
Cond. El cielo os guarde. (*Vase.*)

ESCENA XII.

GUILLELMO.

¡O cielos, cómo destrozan
Mi pecho rudos combates!
¿Será verdad lo que dice,
O me engaña el miserable?
No es posible; siempre fieles...
Y ¿á qué fin así juntarse?
Fiel era tambien Sifredo,
Y esta noche osó no obstante...
Mas su hija... Le mandé
Que en este sitio esperase.
¿Por qué no la encuentro aquí?
Es fuerza que en el instante
Sepa...

ESCENA XIII.

GUILLELMO, LOTARIO.

Guill. ¡Lotario...! ¿Qué indica
Ese turbado semblante?
¿Y Matilde?
Lot. Ya no existe.
Guill. ¡No existe!
Lot. Sin vida yace.
Guill. Me engañais, no puede ser.
Lot. Aunque de ello me pesase
Vuestras órdenes cumplí.
Guill. ¡Mis órdenes! ¿Cómo? ¿Cuales?
Lot. Con un veneno...
Guill. ¡Un veneno!
Y ¿has osado, miserable...?
Lot. Solo obedecer me cumple,
Señor, lo que el rey me mande.
Guill. ¡Mandar! ¡mandar...! Y ¿he mandado
Que á Matilde envenenases?
Lot. Vos no.. pero la princesa...
Guill. ¡Costanza!
Lot. ¿No me encargásteis
Que como preceptos vuestros
Los suyos ejecutase?
Guill. ¡Ah! es verdad.
Lot. Pues ella ha sido...
Guill. ¡Ella! Mujer detestable!
Lot. Que era vuestra voluntad
Me dijo.
Guill. Mintió la infame.
Ya sus engaños conozco,
Y sus tramas infernales.
Pero quizás aun es tiempo.
Socorramos...
Lot. Será en balde.
Sin vida cayó á mis piés,
Y no hay poder que la salve.
Guill. Al menos pretendo verla.
Lot. (¡Que tanto Sifredo tarde!) (*Aparte.*)
¿A qué con tan fiera vista (*Alto.*)
Aumentar vuestros pesares?
No en ella encontrareis ya
La hermosa á quien adorábais,
Sino un rostro denegrido
Donde del fatal brebaje
Pintadas dejó la muerte
Las espantosas señales.
Guill. Monstruo, yo he sido... Matilde
Infeliz, he de vengarte.
Sí... yo mismo... (*Quiere sacar la espada.*)
Lot. Deteneos.
¿Qué haceis..? Mirad á su padre.
Guill. ¡Su padre...! ¡O Dios...! Sostener
Su presencia no me es dable.
(*Se deja caer abismado de dolor sobre un sitial, ocultando el rostro con las manos.*)

ESCENA XIV.

GUILLELMO, SIFREDO, LOTARIO, NOBLES.

Sif. Señor, dignaos escuchar á un padre
Que llega á vuestros piés...
Guill. Abrete, ó tierra,
Y escóndeme en tu seno.

Sif. Una hija tuve,
Bella, virtuosa, que el encanto fuera
De mi triste vejez... ¿Do está, decidme?
¿Qué hicísteis de ella?
Guill. ¡Yo!
Sif. ¿Qué hicísteis de ella?
Habeismela, señor, arrebatado,
Y os la vengo á pedir.
Guill. ¡Horrible pena!
¡Ah! vuestra hija...
Sif. ¿Y bien?
Guill. Mirad mi llanto,
Mi desesperacion.
Sif. ¿Qué me interesan
Las lágrimas á mí...? Yo os pido á mi hija:
¿Me la devolvereis?
Guill. Su suerte fiera
¿Por ventura ignorais?
Sif. No, no la ignoro.
Harto, señor, la sé: ni su inocencia,
Ni su amor, ni su edad, ni su hermosura,
La han podido salvar. La furia vuestra ..
Guill. Callad, por Dios, callad... Son un tormento
Para mí vuestra voz, vuestra presencia.
Yo he sido un monstruo, sí... ¿Cómo podria...?
Cuanto querais pedidme... Mis riquezas,
Mi trono, hasta mi vida, todo es vuestro.
Hablad.
Sif. ¡Así insultais á mi nobleza!
¡Riquezas me ofreceis! ¿Dónde hay tesoros
Que me puedan pagar tan cara prenda?
¿Pensais se compran con el oro infame
Mi ventura, mi honor? Mayor afrenta
Es esa para mi.
Guill. ¿No hay sacrificio
Que hoy resarcir vuestras desdichas pueda?
Sif. Uno solo.
Guill. Decid: veréisme pronto...
Sif. Matilde pereció.. Solo me resta
Su memoria salvar y á par la mia:
Todo lo olvido si el honor me queda.
Hora el suyo, señor, por vuestra causa,
De lenguas maldicientes es la presa:
Decid una palabra, y al momento
Recobrará ante el mundo su pureza.
No lo podeis negar, en los altares
Vuestra fe recibió, vuestras promesas:
Era, en fin, vuestra esposa... Declaradlo;
Y el secreto fatal ya todos sepan.
Guill. Sí, lo declararé... Sí, yo lo juro.
(*Levantándose.*)
Matilde era mi esposa: aunque secreta,
Esta union fué legítima: ante el cielo
Suyo por siempre ser juró mi lengua,
Y mi mano le dí... Solo aguardaba
Que libre de los riesgos que me cercan,
Proclamando un enlace tan honroso,
Alzarla al solio sin temor pudiera.
(*Se abre la puerta del foro, y se presenta en ella Matilde con la copa de veneno en la mano.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, MATILDE; LUEGO COSTANZA.

Mat. Ya lo oís, sicilianos, soy su esposa,
Y vuestra reina soy.
Guill. ¡Matilde!
Sif. Es ella.
Guill. ¡Ah! ¡me habeis engañado! Fementidos,
Probareis mi furor.
Sif. Ya su inocencia
Reconocida está, su honor salvado:
Mandad, señor, ahora que perezca.
Guill. ¡Trama inicua!
Mat. Señor, vuestros deseos
Colmados quedarán... ¿Quereis que muera?
Pues bien, yo moriré. . Que á vuestras dichas
Obstáculo jamás mi vida sea.
Perdonadme este ardid: con él buscaba
La fama que perdí, no la grandeza.
El tósigo fatal que destinado
Habéisme, vedle aquí... mi amor lo acepta;
Y pues logro morir reina y honrada,
Vivid dichoso vos. . muero contenta.
(*Llega la copa á los labios.*)
Guill. ¡Ah! detente.
Mat. Dejad.
Guill. No, no consiento...
Matilde, otra será tu recompensa.
(*Le arranca la copa y la tira.*)
Mat. ¿Qué haceis?
Guill. Escuchad todos.—Sicilianos,
¿Prometeis en el trono defenderla?
Todos. Lo juramos.
Guill. Pues bien... eres mi esposa.
Jurémosle postrados obediencia.
(*Guillelmo y todos los demás, menos Sifredo, se arrodillan delante de Matilde. En este instante sale Costanza, y se queda pasmada al verlos.*)
Mat. ¡O dicha sin igual!
Cost. ¡Cielos! ¿Qué miro?
Sif. A sus plantas caed... Es vuestra reina.

UN MONARCA Y SU PRIVADO,

DRAMA EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO.

PERSONAS.

El REY Don FELIPE IV.
El CONDE-DUQUE de OLIVARES.
La CONDESA de OLIVARES.
Doña SERAFINA.
Don FERNANDO CARDONA, amante de doña Serafina.
Doña JESUSA, dueña de doña Serafina.
ANDRÉS de LEON, médico de palacio y confidente del conde-duque.
Don PEDRO CALDERON de la BARCA.[1]
Don FRANCISCO de QUEVEDO.
Un Alcalde de Corte.
Un Posadero.
Un Escudero.
PALENCIA, criado de don Fernando.
Una Camarera de la Condesa.
Varios Poetas del tiempo de Felipe IV.
Criados del Conde-Duque.
Alguaciles.
Mozos de la posada.—Una doncella.

La escena se figura el primer acto en una posada cerca de Aranjuez, y los demás actos en Madrid (año de 1643).

ACTO PRIMERO.

El teatro representa la sala de un meson á las inmediaciones de Aranjuez. Puerta grande al foro: otras mas pequeñas al mismo foro y á la izquierda del actor. Ventana á la derecha dando al campo.

ESCENA PRIMERA.

Doña JESUSA.

(*Al levantarse el telon se oye una tormenta acompañada de un fuerte aguacero. Doña Jesusa sale del cuarto de la izquierda mas cercano al proscenio y se queda un rato á la puerta, como hablando con una persona que está dentro.*)

Si, señora, pronto vuelvo:
Voy un rato á la cocina.—
Bien... haré que sin tardanza
Nos preparen la comida.—
Son las doce.—¿A pasear?
¡Si está la tormenta encima!—
A la tarde si despeja.
(*Cierra la puerta y da algunos pasos: suena un trueno muy fuerte.*)
¡Santa Bárbara bendita!
¡Qué trueno!... Yo estoy temblando...
¡Y solas allí metidas!
¡En aquel cuarto!... ¡qué miedo!
¡Vaya una aprension de niña!
Y ¡sin hablar!... Es matarme.
¡Yo sin hablar todo un dia!
No, señor... Vamos abajo...

ESCENA II.

Doña JESUSA, el POSADERO.

Pos. Tia Jesusa, buenos dias.
Jes. Aprenda á tener crianza.
Pos. ¿Yo?
Jes. Sí: no me llamo tia.

[1] Deberá representarse de edad de unos cuarenta años, cuando era todavía seglar.

Doña Jesusa me llamo.
Pos. Por muchos años.
Jes. Es limpia
Mi sangre: los Santillanas
Le dan lustre á mi familia;
Y hasta del rey don Pelayo
Desciendo por recta línea.
Pos. Bien está: por eso no hay
Que regañar... Señoría
Os daré, cuanto mas...
Jes. Luego
Las tocas siempre son dignas...
Pos. Bueno... basta.
Jes. Es que...
Pos. Si digo...
Jes. En tocándome á la honrilla...
Pos. Pero...
Jes. Y tengo ejecutoria;
Y al que lo dude...
Pos. ¡Qué arpía! (*Aparte.*)
Ya se acabó.
Jes. Se acabó.
Pos. ¿Está doña Serafina?
Jes. En su cuarto.
Pos. ¿Sola?
Jes. Sola.
Pos. ¡Qué diablos! ¿No se fastidia?
Jes. Ese es su genio.
Pos. Escuchad.
(*La llama con misterio al lado opuesto del cuarto de doña Serafina.*)
Jes. ¿Qué?
Pos. Venid...
Jes. Pero...
Pos. Querria...
Jes. ¡Qué quereis! (*Como asustada.*)
Pos. No hay que asustarse.
Es solo una preguntita.
Jes. ¡Ah!... Ya.
Pos. Decid... Esa dama
¿Quién es?
Jes. ¿Quién?... ¿Mi ama?
Pos. La misma.
Jes. ¿La que está allí?
Pos. ¿Teneis otra?
Jes. ¿Aquella?
Pos. Sí.
Jes. ¿Veis qué linda?
Pos. Parece un ángel.
Jes. ¿Tan jóven?
Pos. Sí... mucho.
Jes. ¿Tan modosita?
Pos. ¡Encanta!
Jes. Pues bien, se llama...
Pos. Eso lo sé... Serafina.
Jes. Pues ¿qué mas quereis saber?
Pos. Quiero saber su familia:
Quién es su padre: si es noble:
Si es plebeya, pobre ó rica:
Si es casada, ó bien soltera;
De dónde es, dónde camina:
En suma, toda su historia
Desde que nació hasta el dia.
Jes. ¡Todo eso quereis saber!
Pos. Sí... vamos.
Jes. Yo os lo diria
Sin una dificultad.
Pos. ¿Cuál es?
Jes. Una muy sencilla:
Que yo no lo sé tampoco.
Pos. ¿No lo sabeis?... ¡Bah!... Mentira.
¿Cómo?...
Jes. A fe de dueña honrada.
Pos. ¿Cuándo entrásteis á servirla?
Jes. Dos años ha.
Pos. Y ¿no sabeis?
Jes. Es un misterio su vida.
Pos. ¿No tiene padres?
Jes. Lo ignoro.
Pos. ¿Dónde ha vivido?
Jes. En Sevilla.
Pos. ¿Quién cuidó de ella?
Jes. Una anciana.
Pos. ¿Vive?
Jes. Ha muerto.
Pos. ¿Y ya solita
Se ha quedado en este mundo?
Jes. No tal; que está protegida
Por una señora.
Pos. ¿Sí?
Jes. Y de muchas campanillas.
Pos. ¿Quién es?
Jes. Tampoco lo sé:
No vive en Andalucía.
Pos. ¿Dónde?
Jes. En Madrid... Y ahora vamos
A buscarla.
Pos. Poca prisa
Tendrán cuando se detienen.
Jes. Si esperamos su venida.
Pos. ¿Aquí?
Jes. Sí: en esta posada.
Pos. Extraña cosa á fe mia.
Y ¿á qué?...
Jes. No sé.
Pos. Nada sabe:
No ví dueña menos lista.
Jes. Si aun Serafina lo ignora,
No puedo ser adivina.
Pos. Bien está... mas ¿no habeis nunca
Visto á esa desconocida?
Jes. Sí... suele todos los años
Hacernos una visita.
Debe ser muy gran señora;
Que aunque va como á escondidas...
Pos. Vaya... algun desliz antiguo.

Jes. Pues : ya piensa con malicia.
Pos. Yo no... pero cuando...
Jes. Es cierto
Que la quiere como á hija.
Pos. ¿No lo dije?
Jes. Por su traje,
Su porte y maneras finas,
Yo la tengo, cuando menos,
Por condesa.
Pos. Es cosa fija.
Y el traérsela á Madrid,
Siendo ya grande y tan linda,
Debe ser para casarla.
Jes. ¡ Ay cielos ! No lo permita
Su divina Majestad.
Pos. ¿Por qué no?
Jes. Se moriria.
Pos. ¡Hola !... ¿Hay amante en campaña?
Jes. ¡ Hay uno, sí! (*Suspirando.*)
Pos. ¡Qué afligida
Lo decís !
Jes. Es que está ausente.
Pos. Volverá.
Jes. ¡ Dios quiera !
Pos. ¿Habria
Temor de infidelidad?
Jes. ¡ Los hombres !
Pos. ¡ Cuál se remilga !
(*Aparte.*)
Jes. No sabemos ya qué es de él.
Pos. Todo es misterios y enigmas.
Jes. Fué á la guerra habrá seis meses.
Como el pobre no tenia
Caudal, quiso hacer fortuna ;
Y acaso alguna maldita
Bala á estas horas...
Pos. La erró :
¿Por qué no se fué á las Indias?
Jes. Ya se ve... jóven valiente...
Pos. Muy fuerte chasco seria...
Pero á bien, que si ese falta,
Otro al puesto.—¡ Santa Rita !
¡ Qué oscuridad !... ¡ Uy !... ¡ Qué nubes !
Mirad, mirad.
(*Se pone muy oscuro : el posadero y Jesusa abren la ventana y se asoman mirando al campo. Un gran relámpago y trueno.*)
Jes. ¡ Ay ! ¡ la vista!...
Pos. ¡Vaya un trueno !... ¡Cómo llueve!...
¡ Si es un diluvio !... En mi vida
Ví tal aguacero... Qué,
Si ya toda la campiña
Está inundada... ¿Qué veo?
Caminando á toda prisa
Seis caballeros... Ya llegan...
Voy... voy... ¡ Currillo !... ¡ María !
(*Vase corriendo.*)

ESCENA III.

DOÑA JESUSA.

¡ Cómo corre !—Ya han entrado.
(*Volviendo á mirar por la ventana.*)
¿ Quienes serán ?... Gente rica
Debe de ser por la traza.
Por fin, tendré compañía,
Y charlaremos ; que es mucho
Fastidio estar detenida
Aquí sin ver mas que mulas
Y arrieros... Y ¡ qué comidas !
¡ Qué camas !... ¡ Con un enjambre
De bichos que zumban, pican!...
¡Jesus ! Dios me lleve pronto
A Madrid, y en mi casita...
Pero ya llegan... El uno
Es viejo... y ¡ qué mala pinta !
Pero el otro ¡ qué galan !
¡Qué rubio ! ¡ Dios le bendiga !

ESCENA IV.

EL REY, EL CONDE-DUQUE DE OLIVARES, DOÑA JESUSA, EL POSADERO, MOZOS DE LA POSADA.

(*Salen el rey y Olivares con grandes capas y sombreros. El posadero los precede muy solícito.*)

Pos. Hidalgos, entrad aquí.
Rey. Nunca ví tal chaparron.
Oliv. A no ser por nuestras capas...
Rey. Calado estoy, vive Dios.
Oliv. Y gracias que hemos hallado
Al pasar este meson.
Pos. No existe otro mas famoso
Diez leguas en derredor.
Rey ¿ Cuánto estamos de Aranjuez?
Pos. Unas dos leguas, y aun no.
Rey. Quitémonos estas capas.
Oliv. Buena mujer, tomad.
(*Dando su capa á doña Jesusa.*)
Jes. ¿ Yo ?
Buscad un mozo que os sirva.
Oliv. ¿No sois de casa?
Jes. No soy.
Oliv. Pensé...
Pos. Venga acá .. La vuestra.
(*Quitando las capas al conde y al rey.*)
Jes. ¡ Vaya una equivocacion !
(*Vase por el foro.*)
Pos. Corre, y pónlas á secar.
(*Dando las capas á un criado.*)

Oliv. Aun llueve á mas y mejor.
(*Mirando por la ventana.*)
Rey. ¿Habeis dicho á nuestras gentes?...
(*Acercándose y hablando bajo á Olivares.*)
Oliv. Que no descubran quien sois.
Pos. ¿Vienen de lejos?
Rey. Del sitio.
Pos. ¿Está el rey nuestro señor?
Rey. Sí, pero vuelve.
Pos. ¿Le habeis
Visto?
Oliv. Sí... Una vez ó dos.
Pos. Es gran rey Felipe cuarto.
Oliv. ¡Oh! con vuestra aprobacion...
Pos. ¿Son de allí?
Oliv. ¡Cuánta pregunta!
Pos. ¿Apetecen algo?
Oliv. No.
Pos. Pueden pedir cuanto gusten,
Que de todo hay provision.
Oliv. ¡Qué machaca!
Rey. Hombre, la caza
Me ha dado apetito.
Oliv. ¿A vos?
Rey. A mí, sí... ¿Es algo extraño?
Oliv. No; pero en este figon...
Pos. ¡Figon mi venta!
Rey. Yo como
Donde tengo hambre.
Pos. El señor
Dice muy bien.
Oliv. Si gustais...
Rey. Vamos á ver; ¿qué hay, patron?
Pos. Aunque fuérais vos el rey...
Rey. Figuraos que lo soy.
Oliv. ¿Si supiera que es verdad?
(*Bajo al rey.*)
Rey. No me descubrais, chiton. (*Bajo.*)
Pos. Pues ni al rey en su palacio
Le pueden servir mejor.
Rey. Veamos.
Pos. Hay un conejo...
Rey. No... pasad ese renglon.
Pos. ¿Por qué?
Rey. Tengo mis razones.
Pos. Pues pichones con arroz.
Rey. Mejor será.
Pos. Dos perdices;
Y huevos y salpicon.
Rey. Sobra con eso... Y buen vino.
Pos. De lo puro.
Rey. Pronto.
Pos. Voy.
(*Sale corriendo un mozo de la posada.*)
Mozo. Nuestro amo, otro caballero.
Pos. ¿Sí?... Que entre.
(*Sale don Fernando con Palencia.*)
A la par de Dios.
Descansad, hidalgo, aquí.
Currillo, sirve al señor. (*Vase.*)

ESCENA V.

EL REY, OLIVARES, DON FERNANDO.

Fern. Cuida el caballo, Palencia;
(*A Palencia, que se va luego.*)
Que saldremos á la tarde. —
Señores, el cielo os guarde.
(*Al rey y Olivares.*)
Rey. Buen talle, buena presencia.
(*Bajo.*)
Conde-duque, ¿qué os parece?
Oliv. Que es muy gallarda persona.
Rey. Su aire marcial aficiona.
Fern. Dichas la suerte me ofrece,
Hidalgos, en este dia,
Puesto que alegrar intenta
Las molestias de una venta
Con tan grata compañía.
(*Salen el posadero y criados con una mesa y cubiertos, y la colocan en medio del teatro.*)
Rey. Las dichas nuestras serán;
Que es bien que tales las nombre
Quien conoce á un gentil-hombre
Tan cortés y tan galan.
Fern. Criado vuestro llamadme.
Rey. Amigo mas bien decid. —
Otro cubierto añadid, (*Al posadero.*)
Patron.
Pos. Bien.
Rey. Disimuladme
Si con sobrada franqueza
Os pido, aunque os molesteis,
Que mi pobre mesa honreis.
Fern. Agradezco una fineza
Hecha con tal cortesía,
Siendo deber aceptar;
Que tal vez el rehusar
Tuviérais por grosería.
Rey. No cabe en tan noble pecho.
Fern. ¿Quién á serviros se niega?
Rey. De aquel que primero llega
Solo usamos el derecho.
Fern. Tal vez en otra ocasion
De este favor me desquite.
(*Se sientan los tres á la mesa: el rey enfrente, Olivares á su derecha y don Fernando á la izquierda en los lados. El posadero y mozos sirven.*)
Rey. La pobreza del convite
Disculpareis; que un meson
Ofrece escaso contento
Al paladar delicado.

Fern. El hambre, por de contado,
Es el mejor condimento;
Y esta nunca le faltó
Al que viajando madruga.
Rey. Permitid que esta pechuga
Os sirva.
Fern. Dejad... que yo...
Oliv. Muy buena está, vive Dios.
Solo una cosa me inquieta;
Que, segun dice el poeta,
Para dos perdices, dos;
Y aqui son dos para tres.
Rey. Mal se reparte, en verdad;
Mas súplalo la amistad.
Fern. Si no fuera descortés,
Hidalgos, os preguntara
A quien debo tanto honor.
Rey. Félix de Montemayor
(*Dirigiendo á Olivares una mirada de disimulo.*)
Me llamo.
Oliv. Yo, Juan de Lara.
Rey. Tierras tenemos cercanas;
En una quinta vivimos;
Y en la caza divertimos
El ocio de las mañanas.
¿Si quereis favorecer
Nuestro hogar?...
Oliv. ¿Está en su juicio? (*Aparte.*)
Fern. Fuera causarme perjuicio,
No me puedo detener.
Rey. ¿Vais á Madrid?
Fern. De allí vengo;
Mas de paso.
Oliv. ¿Tan de prisa
Dejais la corte?
Fern. Es precisa
Obligacion. Deudas tengo
De amor que en Sevilla aguardan
El justo pago, y son zelos
Cuando engendrando desvelos,
A satisfacerse tardan.
Rey. En tal caso á su deber
Nunca falta un español.
Será vuestra dama un sol;
Pues si ha de corresponder
A vuestro merecimiento...
Fern. Ponderaciones de amantes
Siempre son extravagantes:
Es á mi ver un portento.
Oliv. Bien, por Dios; y lejos de ella
¿No habeis temido marchar?
Fern. En su fe puedo fiar;
Que es honrada cuanto bella.
Rey. Motivos de gran valor
Para vuestra ausencia habria.
Fern. No van siempre en compañía
La fortuna y el amor.
Hidalga sangre me abona,
Pero solo en una espada
La riqueza está cifrada
De don Fernando Cardona.
Rey. No es poco tesoro, á fe,
Cuando aprovechar se sabe.
Fern. Aunque no es bien que me alabe,
Algo manejarla sé:
De ello testimonios puede
Dar el suelo catalan.
Rey. Do los Cardonas están
A nadie su valor cede.
¿En Cataluña, decís,
El vuestro se ejercitó?
Fern. Mas de una vez humilló
En ella á la flor de lis.
Rey. Recompensado vendreis
Cual vuestro esfuerzo merece.
Fern. Por allá, segun parece,
Hidalgo, estado no habeis.
Rey. Pues qué, ¿no fuera razon?...
Fern. Siempre en esta triste España,
Uno ejecuta la hazaña,
Y otro lleva el galardon.
Rey. El rey...
Fern. ¡El rey! ¡Lindo empeño!
¿Sabe Felipe siquiera
Si hay guerra ó no? ¡Bueno fuera!
¿Quién le saca de su sueño?
Siempre pensando en placeres,
Poco de sus reinos cuida,
Gastando una inútil vida
Entre pompas y mujeres.
Oliv. No es caballero leal
Quien de su rey habla así.
Fern. Perdonad si me excedí:
Tal vez en ello hice mal.
Rey. De un buen vasallo el blason
Estriba en amar al rey.
Fern. Eso sí: quererle es ley
Grabada en mi corazon;
Mas bien puedo conocer
Sus defectos, en verdad,
Y estar por él con lealtad
Siempre pronto á perecer.
Oliv. No obstante, poco le ama
Quien sus defectos pregona:
Postrada ante su corona,
Grande la Europa le llama.
Fern. Mas un epígrama citan
Que no redunda en su honor;
Que, cual un hoyo, es mayor
Cuanta mas tierra le quitan.
Rey. ¡Vive Dios, que es desacato!
(*Levantándose con ira.*)
Fern. Sosegaos, no hay por qué
Sofocarse.

Rey. Por mi fe, (*Aparte.*)
Que si prosigue, le mato.
(*Vuélvese á sentar.*)
Oliv. Con respeto se ha de hablar
Del rey en nuestra presencia.
Fern. Pues bien, con vuestra licencia,
Vamos por él á brindar.
Oliv. Eso sí.
Fern. Llenad los vasos;
Que por el rey, en verter
Nuestra sangre, y en beber,
Nunca hemos de ser escasos.
Oliv. Bien dicho.
(*Se alzan los tres y brindan.*)
Fern. A que el mundo llene
Con su poder y su gloria.
Oliv. A que en breve la victoria
Sus enemigos enfrene. (*Siéntanse.*)
Rey. Enmendásteis vuestro error.
Fern. Perdonad tal ligereza
A la militar franqueza.
Callar fuera lo mejor;
Mas no puedo ver en paz
Que un rey tan noble y tan bueno
Se deje hundir en el cieno
Por un favorito audaz.
Oliv. ¡Ya escampa!
Fern. Gobierne él solo,
Y glorioso reinará;
Y su fama volará
Entonces de polo á polo.
Pero con dos mil millares
De diablos, mande al infierno
Al valido sempiterno
Conde-duque de Olivares.
Oliv. ¿Qué osais decir?
Fern. Ese sí
Que es un solemne bribon.
Oliv. ¿Quién? ¿Yo?
Fern. ¿Cómo vos?
Rey. Chiton:
(*Bajo.*)
Ahora te toca á tí.
Oliv. Digo que yo no permito...
Fern. Pues no hay que abogar por él:
A ese no le doy cuartel.
Con que así...
Rey. Seguid.
Oliv. ¡Maldito! (*Aparte.*)
Fern. ¿Quereis le haga su sermon
De honras?
Rey. Sí... sí... concedido.
Oliv. Pero...
Rey. Será divertido.
Oliv. ¡Pues me gusta la aprension!
(*Aparte.*)
Fern. ¡Mal año para el tal conde!
¡Cuál nos ha puesto la España!
Nunca ví peor zizaña.
¿De dónde vino, de dónde?
Sin duda que Satanás
Por nuestro mal nos le trajo:
Todos del Ebro hasta el Tajo
Le maldicen á cual mas.
Por lucir coches y galas,
Nos tiene el reino arruinado:
Inventa el papel sellado,
Y aumenta las alcabalas.
De riquezas no se sacia,
Roba millon tras millon;
Y nos pierde el Rosellon,
La Valtelina y la Alsacia.
Por él nos zurra el francés,
Y el catalan se desmanda,
Y Braganza cual rey manda
Al rebelde portugués.
Por él nadie llega á ver
Al rey, aunque el mundo se arda;
Pues le vigila y le guarda
Cual zeloso á su mujer.
Por él...
Oliv. ¿Cuándo acabareis?
Fern. Son muy largas letanías:
Si tengo para ocho dias.
Oliv. Es que ya...
Rey. No os enfadeis,
Buen Juan de Lara; que el lance
Tiene chiste.
Oliv. ¡Para vos!
Rey. Me hace reir, vive Dios:
Siga el curioso romance.
Fern. Si gustais ..
Oliv. No, por piedad.
Rey. Ahora vendrá bien un trago.
Oliv. No.
Rey. Sí tal.
Oliv. Veneno trago.
(*Aparte.*)
Rey. Yo os quiero servir... tomad.
(*Le echa vino.*)
Fern. Brindemos otra vez.
Rey. Sí.
Fern. Al conde... Dios le confunda.
Rey. No ha llevado mala tunda.
(*Aparte.*)
Oliv. Yo me vengaré de tí. (*Aparte.*)

ESCENA VI.

DICHOS, PALENCIA.

(*Sale apresurado Palencia y se dirige á su amo.*)

Pal. Señor, señor.
Fern. ¿Qué me quieres?

Pal. Escuchad.
Fern. ¿Importa?
Pal. Importa.
Fern. Con vuestra licencia, hidalgos.
Rey. La teneis.
(*Don Fernando se levanta y se aparta con Palencia á un lado.*)
Fern. ¿Qué es ello?
Pal. Cosa
Que os va á sorprender.
Fern. Di pronto.
Pal. Que Serafina en persona
Está aquí.
Fern. ¿Dónde?
Pal. Aquí mismo.
Fern. ¿En el meson?
Pal. Sí, no es broma.
Entré ha poco en la cocina;
Y, sepultada entre tocas,
Ví á una vieja junto al fuego
Charlando como cotorra.
Paréceme conocerla,
Me acerco, la miro... toma,
Es ella misma.
Fern. ¿Quién?... Di.
Pal. La tia... no... mi señora
Doña Jesusa la dueña,
Con sus sesenta á la cola;
Tan arrugada y tan...
Fern. Bueno:
¿La has hablado?
Pal. Sí... Una hora
Me ha estado contando... qué,
No me acuerdo... mil tramoyas.
Fern. En fin, ¿Serafina está
Con ella?
Pal. No; se halla sola
En su cuarto.
Fern. Vamos... ¡Cielos!
¡Quién tal venida ocasiona!
(*Vanse los dos.*)

ESCENA VII.

El REY, OLIVARES.

(*Se levantan y quitan la mesa.*)

Rey. Se marchó sin decir nada.
Oliv. La del humo... ¡Así le coja
Un rayo!
Rey. No os enfadeis,
Conde-duque, fué una broma.
Oliv. Harto pesada, y exige
Venganza ejemplar y pronta.
Rey. No tal.
Oliv. Vuestra majestad
Se pierde, si le perdona.
Rey. ¿Sabia con quién hablaba?
Oliv. Aprenda á sellar su boca.
Rey. ¡Tantos habrá que lo mismo
Esten diciendo á estas horas!
Oliv. ¿Imaginais...?
Rey. Que los reyes
Debieran hasta las chozas
Bajar, sin ser conocidos;
Y así libres de lisonjas,
Escucharian verdades
Que al trono subir no logran.
Oliv. Es falsedad cuanto dijo.
Rey. ¡Pluguiera al cielo!
Oliv. De forma
Que si creeis...
Rey. Yo bien sé
Que creer algo me importa.
En fin, para otra ocasion
Quédense tan enojosas
Reflexiones... La tormenta
Se ha disipado: ya es hora
De que volvamos.
(*Se oye un preludio de guitarra en el cuarto de Serafina.*)
¿Qué es esto?
¿Ois?
Oliv. Sí... Por aquí tocan...
En aquel cuarto.
Rey. Callad.

Serafina. (*Canta dentro.*)

En vano el cielo quiso
De ti alejarme:
Que grabada en el pecho
Llevo tu imágen.

Y cada legua
Que mas de mí te apartas,
Mas honda queda.

Rey. ¡Oh qué linda voz!
Oliv. Preciosa.
Rey. Y es de una mujer.—Mirad:
(*Arrimándose á la puerta y mirando por el agujero de la llave.*)
Por aquí se ve.
Oliv. Está sola. (*Mirando.*)
Rey. ¿La cara?
Oliv. Está vuelta.
Rey. Oigamos.

Serafina. (*Canta.*)

Amor mi alma ha partido
En dos pedazos,
Y el uno al ausentarte
Te lo has llevado.

Y hasta que vuelvas
No gozaré, bien mio,
Del alma entera.

Rey. ¡Qué acento!
Oliv. Mirad ¡qué hermosa!
Rey. A ver... ¡Cielos! ¡Es un ángel!
¡Qué ojos! ¡qué rostro! ¡qué formas!
Y ¡que en un meson se encuentre
Mujer tan encantadora!
Oliv. ¿Con que nos vamos?
Rey. ¡Marcharnos!
¡Cuando hallamos una diosa!
¿Quién será?
Oliv. Tal vez nos diga
El posadero...
Rey. ¿Ese idiota?
¡Qué ha de saber!... No... mejor
Será entrar... Sin ceremonia.—
Está cerrado.
Oliv. Llamad.
Rey. Teneis razon... sí... ¿Señora?
(*Llama con la mano á la puerta.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, SERAFINA.

Ser. ¿Quién es?... ¡Cielos!
Rey. Perdonad,
Señora, si descortés...
Ser. Caballero, no os conozco.
Rey. Si disculpa alguna vez
Merece un atrevimiento,
Esta sin duda ha de ser;
Pues ¿cuándo tal hermosura
Vieron mis ojos sin él?
Ser. ¿Cómo, cablalero?... solo...
Rey. Por conoceros llamé.
Ser. Y ¿habeis osado?...
Rey. Culpadme,
Castigadme, si quereis.
Ser. No haré sino retirarme.
Rey. Eso fuera ser cruel;
Que despues de ver la aurora
En tinieblas quedaré.
Oliv. En viendo un par de ojos negros
(*Aparte.*)
No se acuerda de que es rey.
Ser. Mi decoro no permite...
Rey. ¿En qué se puede ofender?
Ser. Si sois noble y caballero,
Extraño lo pregunteis.
Rey. La franqueza de un meson
No aprueba tal rigidez.
Ser. Pues bien, con esa franqueza
Os digo que á Dios quedeis.
Rey. Detente, mujer hermosa,
No tan rigorosa estés;
Que con dos ojos tan bellos
La crueldad no sienta bien.
Detente: mira que esta alma
Que hoy queda presa en tu red,
Si te ausentas, pues la robas,
Muerto me deja á tus piés.
Deja al menos que te siga,
Y de tu beldad seré
Girasol que vivifique
De tu labio el rosicler.
No encierres tantos enojos
En prisiones de clavel;
Que si tu amor da la vida
Asesina tu desden.
Ser. Caballero cortesano,
Todo lisonjas y miel,
¿De qué comedia sacado
Esa relacion habeis?
Sin duda que allá en Madrid
Al corral fuísteis ayer,
Y me repetís ahora
Lo que escuchásteis en él.
No soy tan boba, á fe mia,
Que así me deje prender,
Ni crea lisonjas vanas
Cual artículos de fe;
Y aunque niña, bien conozco
Que amor en posadas es
Como quien se aloja en ellas:
Entra, sale y á mas ver.
Oliv. La niña sabe explicarse.
(*Bajo al rey.*)
Rey. Discretísima es tambien.
Oliv. Podeis tocar retirada,
Que ya no pica este pez.
Rey. ¿Quién sabe? No es tan esquiva,
Y si insisto, podrá ser...
Faltan los grandes recursos.
Ser. Caballeros...
(*Saludando en ademan de retirarse.*)
Rey. Atended...

ESCENA IX.

DICHOS, DON FERNANDO, JESUSA.

Jes. Venid... aquel es su cuarto...
(*A don Fernando.*)
Mas vedla... allí la teneis.
Ser. ¡Don Fernando!
Fern. ¡Serafina!
Ser. ¿Eres tú?
Fern. ¿Tú aquí, mi bien?
Ser. ¡Qué feliz casualidad!
¿Cómo pudiste saber...?
Fern. Iba á Sevilla á buscarte,
Y por la lluvia aquí entré.
Rey. ¡Calla!... ¿Es este el dulce objeto
De que hablado nos habeis?
Fern. El mismo... Ved cuan hermoso.

Rey Eso ya yo lo observé. (*Aparte.*)
Fern. ¡Qué feliz suerte la mia
De hallarla aquí!
Rey. Mucha... pues.
Fern. ¿No celebrais mi ventura?
Rey. Os damos el parabien.
Fern. ¡Hermosa! (*A Serafina.*)
Ser. ¡Dueño querido!
(*Don Fernando y Serafina se quedan hablando en voz baja, y tambien algo distantes el rey y Olivares.*)
Rey. ¡Qué chasco, amigo! (*A Olivares.*)
Oliv. Y ¿qué hareis?
Rey. Tambien es casualidad...
¿Qué diablos hemos de hacer?
Oliv. Nada... tomar el portante
Desde aqui para Aranjuez.
Rey. Y la muchacha es alhaja.
Oliv. Y ¡tanto como lo es!
Rey Sus ojos me han hechizado.
Oliv. Ella es bocado de rey.
Rey. Su voz tiene una dulzura
Que conmueve.
Oliv. ¡Ya se ve!
Rey. Es fuerte chasco perderla.
Oliv. ¿Quién sabe?
Rey. ¡Cómo!
Oliv. Tal vez...
Rey. ¿Teneis alguna esperanza?
Oliv. No: mas suelen suceder
Tales cosas...
Rey. Si pudiera...
Oliv. Torres mas fuertes se ven
Venir al suelo.
Rey. Mas ¿cómo?
Oliv. Sois monarca, ella mujer.
Rey. Diera por esta conquista...
Oliv. Dejadme á mí... yo veré ..
Rey. Pues queda á vuestro cuidado...
Oliv. Bueno... Ahora es menester
Irnos.
Rey. Llamad á mis gentes. —
(*Vase Olivares y vuelve á poco con Andrés de Leon y criados del rey.*)
Don Fernando, toda vez
Que en tan buena compañía
Os dejamos, nos dareis
Vuestra venia.
Fern. Perdonad
Si por grosero pequé,
Cuando...
Rey. A los fueros de amor
La amistad debe ceder.
Quedad con Dios.
Fern. Él os guarde.
Rey. Señora, besoos los piés.
Ser. Id con Dios, el caballero
De las palabras de miel.
Rey. El juicio llevo perdido: (*Aparte.*)
¡Válgate Dios por mujer!
Oliv. Oid... ¿Veis á aquella jóven?
(*A Andrés de Leon aparte y muy bajo.*)
Leon. Sí, señor conde.
Oliv. Pues bien,
Sin que lo note, quedaos
Y seguidla hasta saber
Donde va á parar.—¿Estais?
Leon. Descuidad: así lo haré.

ESCENA X.

DOÑA SERAFINA, DON FERNANDO, DOÑA JESUSA.

Jes. ¡El bueno de don Fernando!
Ahí le teneis, tan buen mozo,
Tan rozagante y...
Ser. ¡Jesusa!
Jes. Bien, callaré... y si os estorbo...
Ser. No, quedaos.
Jes. Confesad,
Señora mia, con todo,
Que me debeis este encuentro;
Porque á no estar...
Ser. Lo conozco;
Pero...
Jes. Vamos, regañadle:
Ahora mismo diga como
Hace ya mas de tres meses
Que no os escribe. ¡Qué novio!
¡Tres meses sin dar razon!...
Ser. Es cierto... tal abandono...
Fern. Mal herido, y prisionero,
En un negro calabozo
He pasado tristes dias
Dirigiendo á Dios mis votos,
Mas que por mi libertad,
Porque enjugase tu lloro.
Logré, por fin, escaparme
Con mil riesgos; y tan pronto
Como llegué á Zaragoza,
Aun antes que á mis negocios
Atendiese, te escribí;
Mas creyendo que era poco,
Una licencia he pedido;
Y ya corria afanoso
A Sevilla, cuando hallarte
Impensadamente logro.
Jes. Pues ¿cuándo escribísteis que...?
Fern. Habrá, si no me equivoco,
Quince dias.
Jes. Que salimos
Hoy mismo hace diez y ocho
De Sevilla; y no es extraño...

Ser. ¡Cuánta lágrima y sollozo
Me ha costado ¡ay Dios! tu ausencia!
Ya víctima de tu arrojo
Te creia, y por tu muerte
Vertia llanto abundoso;
Ya llegaba á recelar,
Y esto no me lo perdono,
Que á nueva amante ofrecias
Mi memoria por despojos.
Todo ya me daba enfado,
Y me era el vivir odioso.
Tú solo...
Fern. Mi bien, respira:
Mírame lleno de gozo
A tu lado; y pronto espero
Que con nudo venturoso...
Mas ¿por qué te encuentro aquí?
¿Qué extraño suceso...?
Ser. Todo
Te lo diré; pues conviene
Que sepas...
Jes. ¡Es ella!
(*Mirando por la puerta del foro.*)
Ser. ¿Cómo?
Jes. Apostaria...
Ser. ¿Qué es eso?
Jes. Por el aire la conozco,
A pesar del manto.
Ser. ¿Quién?
Jes. Nuestra protectora.
Fern. ¿Qué oigo?
(*Aparte.*)
Ser. ¿Será verdad?
Jes. Allí viene
Con el posadero.
Ser. Corro...
(*Corriendo á la puerta.*)
¿Esa tapada?
Fern. ¿Quién es?
Jes. Es... yo no sé... lo supongo.

ESCENA XI.

DICHOS, LA CONDESA DE OLIVARES, EL POSADERO.

Pos. Miradla allí.
(*A la condesa, señalando á Serafina.*)
Cond. ¡Serafina!
(*Destapándose.*)
Ser. ¡Madre!... Perdonad si tomo
Este nombre.
Cond. Así me agrada,
Y quiero no me des otro,
Hija mia.—Caballero...
(*Saludando á don Fernando.*)
Fern. ¡Señora!... (¿Qué raro embrollo?...) (*Aparte.*)
Cond. No extrañeis que dos amigas...
Fern. Si por ventura incomodo...
Cond. No tal... nos retiraremos
A otro cuarto.
Pos. Uno hay famoso
Aquí al lado, y si quereis...
Cond. Bien está.
Fern. De ningun modo
Consentiré... Retirarme
Me corresponde á mí solo.
Ser. ¿Os vais?
Fern. Si no mandais algo...
Ser. Que nos veremos supongo
Luego.
Fern. Bien... esperaré.
Cond. Pues ¿qué importante negocio?...
Ser. Señora...
Cond. ¿Bajas la vista?
Creo leer en tu rostro...
Ser. ¿Qué?
Cond. Nada.—Marchad, hidalgo:
Dejadme con ella un poco;
Que nos veremos despues.
Fern. En buen hora.—(No sé cómo
(*Aparte.*)
Haria para...)
Cond. Acercad
Sitiales.
Fern. Aquí me escondo. (*Aparte.*)
(*El posadero y Jesusa acercan unas sillas, y mientras tanto don Fernando, que se habrá acercando á la puerta del foro, como para retirarse, se esconde en un cuarto inmediato. La condesa hace una seña y aquellos dos se marchan.*)

ESCENA XII.

LA CONDESA, DOÑA SERAFINA; LUEGO DON FERNANDO.

Cond. Siéntate, Serafina... Aquí... mas cerca.
¿Qué tienes?... ¿Qué temblor?... Algo te [turba.
Ser. ¿A mí, señora?
Cond. Sí... ¿Sientes acaso
Verme? [tal duda...
Ser. ¡Yo!... ¿Qué decís?... ¡Ah! que
Cond. Ya comprendo... Ese jóven... ¿Te [sonrojas?
Ser. ¿Pensais...?
Cond. Creí notar... A mi ternura
No ocultes nada, no... ¿Le amas?
Ser. Señora...
Cond. ¿Temes hallar en mí mujer adusta
Que un tierno afecto cual delito mire?
No, que inocente amor nunca fué culpa.

Ser. ¡Oh qué bondad!.. Pues bien... le amo... sus prendas
Es cierto, han hecho aquí llaga profunda.
Cond. ¿Dónde le has conocido? [Sevilla.
Ser. Allá en
Cond. Bien.. tu amor no me enoja; pero escucha.
Si una persona que, cual tierna madre,
A tu suerte atendió desde la cuna,
Te llegara á decir: Hija querida,
En tí mis dichas y mi honor se fundan:
Ese amor que alimentas las destruye;
Pues bien, por ella á tu pasion renuncia.
¿Qué harias, di?
Ser. Matadme, le dijera;
Mas tal mandato no penseis que cumpla.
Cond. Hija... pues es preciso. [ñora,
Ser. Y vos, se-
¿Lo podeis exigir?
Cond. De mi ternura
El solo premio es este...
Ser. ¡Premio horrible!
Cond. Y ¿así pagar tu ingratitud rehusa...?
(*Se levantan.*)
Ser. Cobrad vuestros favores con mi vida;
Pero no los cobreis con mi ventura.
¿Qué pretendeis de mí?... ¿Quereis acaso
De otro amor sujetarme á la coyunda?...
Cond No; que es vano pensar en tu himeneo;
Pues vedadas te están ¡ay! sus dulzuras.
Ser. ¿Que decís? [nombres
Cond. Himeneo, amor, son
Que olvidar te prescribe suerte injusta.
No existe para tí mas que un esposo.
Ser ¿Quién es?
Cond. Dios. [tes la tumba.
Ser. ¡Ah! Jamás... An-
Cond. ¿Eso á decir te atreves? [afecto
Ser. Vuestro
¿En un oscuro claustro me sepulta?
Cond. Un destino fatal así lo manda:
Yo siento á par contigo tu amargura;
Pero es forzoso... ven... De aquí no lejos
Existe un santo asilo donde...
Ser. Nunca.
¿Para esto me llamais, y con engaño
Me alejais de las márgenes fecundas
Que me vieron nacer?... ¿Con qué derecho?
¿Quién sois para imponerme tal clausura?
Bienes mil, bien lo sé, desde la infancia
Vertísteis sobre mí... Sin vuestra ayuda,
De la miseria ¡ay triste! horrible presa,
Acaso en breve á su rigor sucumba...
Mi bienhechora sois... Cual tierna madre,
Respeto, ardiente amor mi alma os tributa...
Mas con la gratitud dadme, señora,
Que abnegacion tan ciega no confunda.
Para tal sacrificio, lo repito,
Derecho no teneis.
Cond. ¿Así te ofuscas?
Y ¿tanto puede tu pasion que olvidas,
Ingrata, tu deber?... ¿Quién soy preguntas?
Pues ¿no lo has conocido?... ¿Tu alma ¡ó cielos! [dudas
Nada te ha dicho ya... ¡nada!... que aun
De quien yo puedo ser?... Este cariño,
Estos tiernos cuidados que acumula
Mi amor sobre tu frente, y este llanto
Que hora mi rostro á mi pesar inunda,
¿No te dicen quien soy? ¿No has conocido
Que te abraza una madre... y que es la tuya?
Ser. ¡Mi madre vos! [dudarlo?
Cond. Lo soy... ¿Puedes
¿Por qué en tus manos el semblante ocultas?
¿Te avergüenzas de mí?
Ser. De mí tan solo
Me avergüenzo. Perdon.
Cond. ¿De qué te acusas?
Ser. ¿Yo?... de mi ingratitud. [brazos,
Cond. Ven á mis
Y da al olvido en ellos tus injurias.
Ser. ¡Ah!... sí. (*Se abrazan.*)
Cond. Ven, hija mia, ven... ¡Cuán grato
Es estrecharte aquí!... ¡Con qué dulzura,
Contra mi pecho maternal, el tuyo
Siento latir tambien!... ¡Ah! ¡cuánto abruma
Un secreto fatal cuando impaciente
De un débil pecho por salirse pugna!
Paréceme que libre de una losa
Está mi corazon... que me circunda
Otro ambiente mas puro... ¡Hija del alma!
¡Al fin te llamo así!... Mortal angustia
Era verte, abrazarte, y este nombre
Nunca poderte dar.
Ser. ¡Madre!
Cond. Sí... muchas,
Muchas veces así quiero me llames.
Ser. ¡Madre! ¡madre! [ventura
Cond. ¡Hija mia! ¡Qué
De tus labios oir nombre tan dulce!
Ser. Y ¿quereis que esta dicha se concluya?
¡Alejarme quereis!
Cond. ¡Ah! me estremece;
Pero ahora lo debo mas que nunca.
Ser. ¿Por qué? [mis labios
Cond. Porque es un crímen en
Este nombre de madre; porque anuncia
Vergüenza, maldicion; porque en mi frente
Imprime el sello de mujer impura;
Porque tengo un esposo, y ese esposo
No te puede llamar ¡ay! hija suya.
Ser. ¡Oh Dios! [¿Comprendes
Cond. ¿Comprendes mi dolor?...
Mi triste situacion?... Tú misma ocultas

La frente de vergüenza... ¿Qué hará el vulgo,
Si ya una hija sin honor me juzga?
Ser. ¿Yo?... ¿Lo podeis creer? [bargo,
Cond. Y sin em-
Mi conciencia sin mancha no me acusa.
Ser. Jamás lo dudaré.
Cond. Si por lo menos,
La suerte mia fuese humilde, oscura,
Ignorada tambien corriera entonces
La infamia cuyo aspecto hora me asusta;
Pero Dios me elevó donde mas grandes
Un infausto esplendor hace las culpas.
Ser. Nunca supe quien sois : este secreto
¿Será que un velo impenetrable cubra?
¡Ah! conozca yo al fin, pues sois mi madre,
Cual es la mano que meció mi cuna.
Cond. ¿Sin duda oiste hablar de ese valido
Que tan alto el favor del rey encumbra,
Y rige el cetro de este inmenso estado
Con mano firme y con prudencia suma?
Ser. ¿El conde-duque? [es mi esposo.
Cond. El mismo... Ese
Ser. ¡Vos la condesa de Olivares!
Cond. Juzga
Si le debo á mi honor justos ciudados.
Émulos ambiciosos nos circundan
Que contino acechando nuestros yerros,
Los publican do quier y los abultan.
Si á penetrar llegasen... si mi esposo...
¡Ay, esta sola idea me conturba,
Me estremece!... Hija mia, tú me puedes
Salvar.
Ser. Y os salvaré... Solo me impulsa
Vuestro amor, vuestra fama... todo, todo,
Lo olvido ya por vos... Mi afecto os jura
Sumisa obedecer.—Pero, señora,
¿Es acaso forzoso que se cumpla
Tan triste sacrificio?... ¿Podrá solo
Vuestra fama salvar mi desventura?
¡Ah! Si este llanto conmoveros logra,
Si algo merece mi obediencia suma,
Permitid que en el ara sacrosanta
Premien los cielos mi pasion tan pura,
Y en tierra extraña con mi esposo luego
Quede por siempre mi existencia oculta.
Sí... lejos de estos sitios... de los mares
Mas allá, si quereis... con rauda fuga
Vereisnos alejar... y á par conmigo
Vuestro secreto se hundirá en la tumba.
Cond. Pues bien... si lo prometes... lo consiento :
Tu llanto me desarma y tu dulzura.
Sé feliz... sé su esposa.
(*Don Fernando sale de repente del sitio en que se habia escondido.*)
Fern. ¿Es cierto?... ¡Oh dicha!
Ser. ¡Fernando!
Cond. ¡Caballero!
Fern. ¡Tal fortuna
Alcanzo en este dia!
Cond. ¿Habeis osado
Escuchar?...
Fern. El amor es mi disculpa.
Y á vuestros piés...
Cond. Alzad... Tal imprudencia
Merece... Pero no... la dicha suya
Mi solo objeto es ya... Ven, Serafina...
Don Fernando, venid... Dulce coyunda
Vuestra suerte unirá... Yo misma, en breve
Seré quien á las aras os conduzca.
Mas antes estos brazos...
Ser. ¡Madre mia!
Fern. ¡Señora!
(*Se abrazan los tres; pero al punto la condesa, como asustada, se desprende de sus brazos.*)
Cond. ¡Justo Dios!... Si nos escuchan...
Fern. No... nadie... no temais. [salgamos.
Cond. De aquí
(*Hacen ademan de irse; la condesa los detiene, los ase por la mano, y arrimándolos á ella, les dice en voz baja :*)
Oid... ¿Nunca direis á nadie?
Fern. y Ser. Nunca.

ACTO SEGUNDO.

Salon del palacio de Madrid.

ESCENA PRIMERA.

OLIVARES, ANDRÉS DE LEON.

Oliv. ¿Traeis, Leon, buenas nuevas?
Leon. Señor, y malas tambien.
Oliv. Decid las buenas primero :
Las malas para despues.
Leon. Las segundas, sin embargo...
Oliv. Sé ya las que podrán ser.
Vais á decir que peligra
Mi privanza con el rey;
Que los grandes me aborrecen,
Ni me quiere el pueblo bien;
Que la reina con empeño
Combate mi alto poder,
Y de Austria el embajador
Igualmente me es infiel.
Sé que de Ocaña ha venido,
Fingiendo hambre y desnudez,
Esa duquesa de Mantua

Para acusarme; y aun sé
Que doña Ana, la nodriza,
Confúndala Dios, amen,
Pidiendo se me destierre,
Del rey se ha echado á los piés.
Ya lo veis, que nada ignoro.
Leon. Y ¿con esa impavidez
Lo decís?... Y ¿no temblais?
Oliv. Recelo, y no poco, á fe;
Y no estoy tan sosegado
Como aparentar me veis.
Leon. En tan deshecha borrasca
¿Cómo os podreis sostener?
Oliv. Una tabla en el naufragio
He encontrado ya.
Leon. ¿Cuál es?
Oliv. Esa jóven.
Leon. ¿Serafina?
Oliv. La misma.
Leon. Permitireis
Que extrañe...
Oliv. Débil recurso
Os parecerá tal vez:
Con todo, sé que nos puede
En esta ocasion valer.
Leon. No alcanzo...
Oliv. Mas avisado
Os creí, maese Andrés.
Vos que sois todo un doctor,
Y físico; que sabeis
Tantas ciencias, y de hechizos
Se os alcanza algo tambien:
Vos educado entre frailes
Que os llegaron á expeler,
Siendo por el santo oficio
Penitenciado despues;
¿Ignorais lo que hacer pueden
En rostro de blanca tez
Dos ojos como dos soles
Y unos labios de clavel?
Leon. Sé que amor logra portentos:
Mas ¿qué tiene eso que ver...?
Oliv. Veo que la condicion
Del monarca no entendeis.
En apuros semejantes
Me he visto mas de una vez,
Y ya conozco el remedio
Que al mal se debe poner.
¡Quieren que el cuarto Felipe
Brille solo en su dosel,
Y solo maneje el cetro
Que no puede sostener!
¡Necedad! Otro al instante
El dueño se hiciera de él;
Y si ha de ir á otras manos,
En las mias está bien.
Estos negocios molestos
Con su inmensa pesadez
Abruman al que es tan solo
Nacido para el placer.
Fiestas y amores desea,
Y siempre será de aquel
Que adulando su pasion,
Fiestas y amores le dé.
Mas precia en lides de amor
Que en las de Marte un laurel,
Y pierde sin pena un reino,
Si conquista á una mujer.
Esto supuesto, me rio
De que conspirando esten
En mi daño, reina, grandes,
La corte entera: sabré
Con solo esa Serafina
Mi crédito sostener.
Perdido por ella está
Desde que la ha visto el rey:
De ella me habla á todas horas;
Y si le envuelvo en su red,
Ya asegurado le tengo
Postrándose ante mis piés
Mis émulos... Mas decid:
¿La habeis visto?
Leon. Ejecuté
Vuestras órdenes. Quedéme
En el meson; mas saber
Nada pude. A poco rato
Vino una dama: su tren
Manifestaba opulencia;
Pero verla no logré,
Que un largo y tupido manto
La impedia conocer.
A Serafina llevóse,
Y á nuestro galan tambien.
Oliv. ¿Aquel don Fernando?
Leon. Sí.
Oliv. Malo: podrá entorpecer...
Leon. Seguí á lo lejos... Llegaron
A Madrid, calle del Pez.
Dejóla la dama allí...
Oliv. ¿Y el otro?
Leon. Tambien se fué.
Puse, pues, mis baterías;
Y habrá dos dias ó tres
Que he logrado hacerme amigo
De la dueña.
Oliv. Bien, muy bien.
Leon. ¡Qué dueña! Para tercera
Dios la ha querido escoger.
Curiosa y entremetida
Habla sola mas que seis:
Con pretensiones de moza
En su arrugada vejez,
Se le chispean los ojos
Y toda se hace una miel,
Cuando á vueltas de un doblon,
Con muestras de no querer,

Le encargan que dé un recado
O que deslice un papel.
Oliv. ¡Famoso hallazgo!
Leon. Por ella
He conseguido saber
Que Serafina se casa.
Oliv. ¿Con el don Fernando?
Leon. Pues.
Oliv. ¡Maldita boda!... Con todo,
Antes quizá lograré...
Pero conviene andar listos:
No hay tiempo, no, que perder.
Ved otra vez á esa dueña,
Cuanto querais ofreced...
En fin, nada necesito
Deciros... Vos ya sabeis
Mi intencion... Como se logre,
Cualquier medio aprobaré.
Marchad... Mirad que igualmente
Va en este vuestro interés.
Tras mi caida, la vuestra.
Leon. Mi celo conocereis. (*Vase.*)

ESCENA II.

OLIVARES.

Buen rey, ¿queréisme escapar?
¡Vive Dios, poco podré,
O no es este todavía
Tiempo de que lo logreis!
Pero él llega... Pensativo
Está... Será menester...

ESCENA III.

EL REY, OLIVARES.

(*El rey sale pensativo y sin reparar en el conde-duque.*)

Rey. Mucho me piden... á tanto
No es fácil que me resuelva.
Es desgraciado, lo veo...
Su privanza me acarrea
Males sin cuento, es verdad...
Pero es fiel, y mal se premian
Tantos servicios... Jamás
Tendré valor... Si él quisiera...
Oliv. Señor...
Rey. ¿Quién está?... ¿Sois vos,
Conde?
Oliv. Tal vez mi presencia
Os molesta...
Rey. No.
Oliv. Parece
Que algun disgusto os inquieta.
Rey. Alguno... sí... Considero
Que mi hijo el príncipe llega
A edad en que ya conviene
Ostente mayor grandeza.
He pensado, por lo tanto,
Ponerle casa; la reina
Lo exige, y nuestro decoro...
Oliv. Quince años tiene su alteza,
Y es justo...
Rey. Decid: ¿qué cuarto
Habrá en palacio que pueda
Convenirle?
Oliv. Yo no encuentro
Ninguno, como no sea
El del cardenal infante.
Rey. Pues, conde-duque, ¿no fuera
Mejor el vuestro? En él siempre
El hijo del rey se hospeda:
Mi padre y yo, siendo príncipes,
Le tuvimos.
Oliv. Bien... si vuestra (*Turbado.*)
Majestad quiere...
Rey. Lo quiero.
Oliv. Pronta será mi obediencia.
(¿Qué es esto, cielos?... Será (*Aparte.*)
Que ya mi desdicha empieza?)
Rey. (Esto basta por ahora: (*Aparte.*)
Así puede que comprenda...)
Demos vado á los negocios: (*Alto.*)
Ya es hora de la academia.
Mirad, conde, si están ya
Nuestros ilustres poetas.
(*El conde-duque da un aviso, y salen Calderon, Quevedo, etc.*)

ESCENA IV.

EL REY, OLIVARES, CALDERON, QUEVEDO, VARIOS POETAS DE LA ÉPOCA.

(*El rey se sienta en un sillon que estará puesto al lado de una mesa en la cual habrá luces. El conde-duque se coloca en pié á su lado, y los demás personajes en frente.*)

Rey. Insignes vates, salud:
Gloria del suelo español.
Cald. Pierde, señor, ante el sol
Cualquier astro su virtud;
Y asi por mas que cursemos
Del Parnaso la alta cumbre,
De vuestro ingenio á la lumbre
Es fuerza nos eclipsemos.
Quev. Mientes, bellaco, lo niego;
(*Aparte.*)
Que aunque la musa le sopla,
Bien puede hacer una copla;
Mas siempre es copla de ciego.

Rey. Solo honor pretendo dar
A las musas con mi ejemplo;
Pero de la fama al templo
No es mio poder llegar.
Cald. Poco la fama os inquieta
Que de las musas proviene:
Quien tantas coronas tiene
Desprecia la de poeta;
Que á quererla, su laurel
Os cediera el mismo Apolo.
Rey. Por concederlo á vos solo
Se ha quedado ya sin él.
Cald. A tanto aspirar no puedo.
Quev. Cada cual, si no os enoja,
De él tiene tambien su hoja.
Rey. ¡O don Francisco Quevedo!
¿Ya nos volvemos á ver?
Y ¿qué tal habeis venido?
Quev. De san Marcos he traido
Un humor de Lucifer.
Rey. Las gracias vendréisme á dar
De que os saqué de prision.
Quev. Las diera con mas razon
De no haberme hecho encerrar.
Oliv. Nunca mojarais con hiel
Vuestra pluma en cierto escrito.
Quev. Con este genio maldito
No puedo: soy pintor fiel.
Rey. ¿Se ensayan ya, Calderon,
Las comedias del Retiro?
Cald. De vivir casi me admiro:
Cara me está la funcion.
Rey. ¿Cómo, pues?
Cald. Cierta pendencia
Con los comediantes tuve:
A cuchilladas anduve
Por castigar su insolencia,
Y una herida en esta mano
Recibí.
Rey. ¿De gravedad?
Cald. Poca cosa... Ello es verdad
Que no la hicieron en vano.
Rodando fué una gran pieza
Cierto galan de la dama,
Y Velasco se halla en cama
De un mandoble en la cabeza.
Rey. ¿Morirá?
Cald. No: todo el mal
En dos dias se remedia:
No faltará la comedia.
Rey. Ese ardimiento marcial
Guardadlo, buen Calderon,
Para mi servicio.
Cald. En él
Ya cogí mas de un laurel.
Rey. Lo sé... Pero en conclusion
¿Será la funcion famosa?
Cald. Otra igual no hubo en España
Por lo brillante y extraña.
En combinacion vistosa,
Arcos mil, con flores varias,
Del estanque en derredor
Ostentarán el primor
De esplendentes luminarias.
Sobre el líquido elemento
De aquella naumáquia inmensa,
Cosme Letti elevar piensa
De su arte un nuevo portento;
Que á su ingenio no es bastante
Tramoyas bellas crear,
Aun nos pretende asombrar
Con un teatro flotante,
Do entre las ondas movibles,
Y auras y estrellas y encantos,
Resuenen los dulces cantos
De las musas apacibles;
Y en primorosas barquillas
La alegre costa bogando,
Se extasiará contemplando
Tan no vistas maravillas.
Oliv. No ha de haber debajo el sol
Monarca mas festejado.
Quev. Ni pueblo mas estrujado
(*Aparte.*)
Que el triste pueblo español.
Rey. Grande placer nos darán
Espectáculos tan bellos.
Quev. Y mientras se rien ellos,
(*Aparte.*)
¡Cuántos llorando estarán!
Rey. ¿Nos traeis algunos versos
Que alegren estos instantes?
Cald. Aunque unos tengo flamantes,
No los leo por perversos.
Rey. Eso en vos es mala excusa.
¿Mas Quevedo?...
Quev. ¡Versos yo!
Perdonad: se me secó
En el convento la musa.
Rey. ¿Qué haremos? (¡Feliz idea!
(*Aparte.*)
Así declarar intento
Al conde mi pensamiento,
Aunque rebozado sea.)
Una comedia, señores,
(*Alto levantándose.*)
Propongo que improvisemos;
En ella á un tiempo seremos
Todos poetas y actores.
Cald. ¡Pensamiento peregrino!
Rey. Conde-duque, ¿qué os parece?
Oliv. Que mi aprobacion merece:
Será alegre desatino.
Rey. Tambien un papel tendreis.
Oliv. ¿Yo, señor?... ¿estais en vos?
Disimuladme, por Dios.

Rey. ¿Acaso versos no haceis?
Oliv. A veces, y muy despacio;
Y con todo os causan risa.
¿Qué serán hechos de prisa?
Vaya, la funcion desgracio.
Rey. No importa... Solís, Guevara,
Rojas, vosotros tambien.
Oliv. Hasta Quevedo.
Quev. Muy bien.
(Tal vez te salga á la cara.) (*Aparte.*)
Cald. Primero es ver qué argumento.
Rey. Eso á mí me corresponde.
Oid... Acercaos... Conde,
Escuchad.
Quev. Y va de cuento.
(*Forman todos corro al rededor del rey.*)
Rey. Será en Polonia la escena,
Y Segismundo su rey,
Reinando segun la ley,
Do quier su alabanza suena.
Todos. Bien.
Rey. Mas un infiel privado...
Oliv. ¿Cómo?
Quev. Un privado.
(*Con socarronería.*)
Oliv. Ya... sí.
Rey. Un tal Boleslao... así
Le llamaremos... se ha alzado
Con el mando... ¿Comprendeis?
Cald. Sí, señor.
Quev. Como en España.
(*Bajo á Calderon.*)
Cald. Callad. (*Bajo.*)
Rey. Al fin, que le engaña
Conoce el rey.
Oliv. ¿Lo creereis?
(*Sobresaltado.*)
Rey. No... si esto sucede allá.
Oliv. ¡Ah!
Quev. La indirecta me place.
(*Bajo á Calderon.*)
Cald. Callad, por Dios. (*Bajo.*)
Quev. No le hace. (*Id.*)
Rey. Enojado el rey está;
Y á Oton... que este podrá ser
El galan... le da el encargo
De que le diga...
Quev. Que largo,
Y no vuelva á parecer.
¿No es esto?
Rey. Bien... si os agrada,
Eso dirá.
Oliv. ¡Santos cielos! (*Aparte.*)
Rey. Lleno de rabia y de zelos
Saca el privado la espada,
Y á Oton intenta matar;
Mas sale el rey con enojo,
Y por castigar su arrojo...
Quev. Le hace al punto degollar.
Oliv. ¿Osais...? (*A Quevedo.*)
Rey. Quevedo, no tal:
Pronto acabais la comedia.
Cald. Apenas hay para media
Jornada.
Quev. Es muy buen final.
Rey. No: le encierra en una torre:
Huye luego y se rebela;
Y aunque al moscovita apela,
Oton á su rey socorre,
Da la batalla, le prende;
Y entonces conforme quedo
Con el final de Quevedo.
Quev. ¿Lo del degüello?
Rey. Se entiende.
Quev. Ya sabia yo que en eso
Habia al fin de parar.
Cald. Y amores ¿han de faltar?
¿No ha de haber dama?
Quev. ¡Camueso!
¿Quién ha de hacer esa dama?
¿Yo acaso con este gesto?
Cald. Eso lo arreglamos presto.
Supongamos que Oton ama;
Que es su rival el privado...
Rey. ¿Y la dama?
Cald. ¿Qué mas da?
El menos feo la hará.
Solís.
Rey. Pues bien... aprobado.
El rey lo puedo hacer yo.
Cald. Por derecho os corresponde.
Rey. Y el privado... ¿quién?... el conde.
Oliv. ¿Yo, señor?
Rey. Y ¿por qué no?
Oliv. Yo os he dicho...
Rey. No hay excusa.
Oliv. Bueno... (Mi desdicha es cierta
(*Aparte.*)
Si mi prudencia no acierta
A enmendarla.)
Quev. Ya le acusa
(*Bajo á Calderon.*)
La conciencia.
Rey. Hará el galan
Calderon.
Quev. Y ¿no hay gracioso?
Rey. Ese le hareis vos.
Quev. ¡Famoso!
Rey. Ya los papeles están
Repartidos. Empezemos.
Cald. ¿Quién sale?
Quev. ¿Eso preguntais?
Siempre que vos empezais
Al gracioso y galan vemos.
Cald. Pues conviértome en Oton.

Quev. Y ¿el nombre de mi papel?
¿Soy Mosquito ó Moscatel?
Rey. Mosquito.
Quev. Pico... y ¡chiton!
(*Se sientan el rey y los demás formando un círculo dentro del cual quedan Calderon y Quevedo, que se ponen á representar con alguna afectacion.*)
Quev. Dime tu pena, señor,
Que á dar remedio me obligo.
Cald. No me preguntes, amigo,
La causa de mi dolor.
Quev. O mi malicia me engaña,
O lo que será recelo.
¿Picaste ya en el anzuelo?
¿Tenemos dama en campaña?
Cald. Desdichas tenemos solo
Que conmigo han de acabar.
Sí, de amor en el altar
Mi lealtad acrisolo.
Finezas debo á mi dama
Que á los cielos me subliman,
Mas ¿cuándo no desaniman
Los zelos al que bien ama?
Zelos tengo, y claro está
Que esta pasion homicida,
Si al amor le da mas vida,
A mí muerte me dará.
Quev. De oirte me despepito;
Si te ha picado el amor,
Hoy sanarán tu dolor
Picaduras de un Mosquito;
Que un clavo saca otro clavo,
Y si sigues mi consejo,
Sin zelos ni amor te dejo,
Pues de mata-amor me alabo.
Cald. Quita los zelos, mas no
El amor que es pasion noble.
Quev. Fuera ese milagro doble;
Y á tanto no alcanzo yo.
Si sanarte por entero
Pretendes, deben salir
Los dos; pues siempre ha de ir
La soga tras el caldero.
Mas tú no has de renunciar
A tus amantes desvelos,
Ni amor renuncia á sus zelos:
Con que dejarlo y andar;
Y pues hoy quiso tu estrella,
Si no lo he entendido mal,
Que tengas dama y rival,
Di quien es él y quién ella.
Cald. Tu ingenio tal vez alcance
Para este enredo salida.
Escucha, pues, por tu vida.
Quev. Oigo; y vaya de romance.
Cald. Ya sabes que en Viena, corte
Del sacro romano imperio,
Ví la luz, y me honra sangre
De los Césares excelsos;
Pues son los nobles Otones,
Raza invicta, mis abuelos;
Y en fe de que en mí reviven,
Oton me llamo como ellos.
Desdichas de mi familia
Que por prolijas no cuento,
Me arrojaron, nuevo Eneas,
Del dulce nativo suelo,
Y á esta corte me acogí
Donde Segismunde el bueno
De los Titos y Antoninos
Eclipsa los nombres bellos,
Dando modelo á los reyes
Con sus generosos hechos.
De sus tropas contra el turco
Confióme el mando supremo
Y dí victorias á sus armas
En repetidos encuentros;
Mas si en el campo ganaba
De Marte nobles trofeos,
Aquí me hacian esclavo
Las leyes de un niño ciego;
Bien que empresa mas que humana
Fuera no entregar el pecho
A Elena, á cuya hermosura
Rinden tributo los cielos;
Elena, de Segismundo
Hija amada, y de sus reinos
Heredera, á cuya vista
Huye avergonzada Venus.
Esta, pues, mujer hermosa,
Este, pues, raro portento,
Es quien cuerdo me trae loco,
Y por quien viviendo muero;
Y aunque de ocultos favores
La insignia dicha le debo,
El saber cuan poco valgo
Trueca en pesar mi contento,
Que una cosa es conseguirlos,
Y otra cosa merecerlos.
Con todo, yo los gozara
Mas dulces por ser secretos,
A no turbar nuestras dichas
Impensado contratiempo.
Atrevido y descortés,
Y mas que atrevido, necio,
Hay un hombre poderoso
Que da materia á mis zelos.
Este tal es Boleslao,
Aquel ministro soberbio...
Quev. ¡Boleslao!... Disimula
Si proseguir no te dejo;
Que aunque es costumbre en comedias
Que el romance todo entero
Diga el galan, trastornar

La antigua costumbre quiero.
(Digamos cuatro verdades (*Aparte.*)
Al conde, aquí que no peco.)
¿Es el perverso privado (*Alto.*)
Que trae sorbido el seso
Al pobre rey Segismundo
Causando sus desaciertos?
Mal vasallo, peor ministro,
Ladron, tirano, avariento,
Engaña á su soberano,
Y chupa la sangre al pueblo.
Mala centella le coja
Al perro conde.
Cald. ¡Quevedo!
Quev. Por allá tambien hay condes;
Y yo mis noticias tengo
De que tambien Boleslao
Fué conde, y no de los buenos.
Cald. Pero...
Quev. Y se quejaban todos,
Y era bellaco, soberbio...
Cald. ¡Por Dios!...
Quev. Y tambien mandaba
Poetas á los conventos.
Oliv. Pero, señor... (*Al rey.*)
Rey. Basta ya:
A nueva escena pasemos.
Quev. Pues punto en boca. (No tiene (*Aparte.*)
Mala píldora en el cuerpo.)
Rey. Ahora salgo, y si no yerro,
En razonamiento breve
A Oton mandaré que lleve
La órden de su destierro
A Boleslao: despues
Vos, conde, podreis salir.
Oliv. Mas, señor, ¿á qué insistir?...
Si lo haré todo al revés.
Rey. Por Dios, que estais pertinaz.
Oliv. No encontraré el consonante.
Cald. Id sin reparo adelante.
Oliv. Si no me siento capaz...
Quev. Tiene muy duro el testuz. (*Aparte.*)
Oliv. Negóme Apolo su ciencia.
Quev. Yo le apuntaré á vuecencia.
Oliv. ¿Vos?
Quev. Sí... (Con un arcabuz.) (*Aparte.*)
Oliv. En fin, señor, la ocasion,
Perdonad, no es oportuna...
Hay ciertas noticias... y una
Tan grave...
Quev. Algun mentiron. (*Bajo á Calderon.*)
Rey. ¿Por qué no me la habeis dado?
Oliv. Por no afligiros el alma.
Gozad vos de dulce calma,
Y á mí dejadme el cuidado.
Rey. Si á mis reinos interesa,
El cuidado ha de ser mio.
Oliv. Es que deshacer confio...
Y no corria tal priesa...
Bastal a que yo... Por esto
Tengo la cabeza así...
Pero no quede por mí:
Marcharéme si os molesto.
Rey. No... Basta ya... Se hace tarde,
Y dejémoslo por hoy.
Señores, gracias os doy.
Despejad.
Cald. El cielo os guarde.
(*Vanse todos los poetas.*)

ESCENA V.

EL REY, OLIVARES.

(*El rey se sienta algo pensativo.*)

Oliv. Corrido estoy, vive Dios. (*Aparte.*)
Rey. No me salió mal la traza: (*Id.*)
Ha comprendido...
Oliv. ¿Qué haré? (*Aparte.*)
¿Cómo parar tal desgracia?
Rey. Sin embargo, siento ya... (*Aparte.*)
Ha sido burla pesada.
Oliv. No desmayes, corazon; (*Aparte.*)
El disimulo me valga.
Rey. ¿Y bien, conde?
Oliv. ¿Qué mandais?
Rey. ¿Esas noticias?...
Oliv. No hay nada:
Fué tan solo por decir.
Rey. ¿Pues cómo?...
Oliv. Se me apuraba,
Y me ocurrió... ¡Tal empeño
En que tambien versos haga!
Rey. Inocente diversion.
Oliv. Yo, señor, ya peino canas;
Y las musas piden mozos
Como los piden las damas.
Rey. Pues yo sé, buen conde-duque,
Si es que no miente la fama,
Que si esquivais las primeras,
Las segundas no espantan;
Y si temeis con las unas
Las arrugas de la cara,
Aun conservais con las otras
Pretensiones temerarias.
Oliv. Flaqueza humana, señor:
Mucho duran malas mañas.
Demás que, bien lo sabeis,
Privilegio es de la plata
Agradar aun en cabellos;
Y amor, por leyes extrañas,

Mira cual edad florida
Vejez que está bien dorada.

Rey. A fe que teneis razon:
Las musas son mas urañas.

Oliv. Y luego, como mi pecho
(*Acercándose y apoyando la mano en la silla del rey.*)
Por imitaros se afana...
Vos, señor... no os enojeis,
Si mi lengua es harto franca...
Cursais con igual fortuna,
Si es que no miente la fama,
Los dulces templos de Venus,
De Apolo las doctas aulas.
Yo, pobre de mí, igualaros
En un todo deseara;
Pero solo á la mitad
Mi escaso mérito alcanza:
Que, al fin, debe entre un vasallo
Y su rey haber distancia.

Rey. Devaneos juveniles
Fueron esos; pues tiranas,
Las flechas de amor se atreven
Hasta herir las regias almas.
Mas ese error ya pasó.

Oliv. Pues aun no hace una semana
Que á pique de renovarlo
Os ví... La niña era alhaja,
A la verdad, y no extraño...

Rey. ¿La jóven de la posada?
(*Levantándose enardecido.*)

Oliv. Pues... esa misma... (Se acuerda,
(*Aparte.*)
Y los ojos se le inflaman.
¡Bueno!)

Rey. ¡Ay, amiga! Jamás
Ví tal belleza, tal gracia.
¡Qué ojos! ¡qué labios! ¡qué tez!
¡Qué talle! ¡qué todo! .. Vaya,
Desde entonces, lo confieso,
Tengo su imágen grabada
En el pecho, y ni un instante
Del pensamiento se aparta.
A todas horas la veo,
Dulces sueños la retratan;
Y aquella voz deliciosa
Aun me embelesa, me encanta.

Oliv. (¡Famoso!... Mas que pensé
(*Aparte.*)
La cosa está adelantada.)
Pues, señor, bella es sin duda; (*Alto.*)
Mas ¿qué remedio? Olvidarla.

Rey. Por fuerza... En esto he querido
Portarme como un monarca.
Reprimir una pasion
Es propio de grandes almas.

Oliv. ¿Quién lo duda?... Y cierto estoy
De que aun cuando se encontrara...

Rey. ¡Cómo!... ¿Qué decís?... ¿Acaso
Sabeis donde está?

Oliv. ¿Yo?... nada.
Es un decir.

Rey. Ya se ve:
Hay dificultad.

Oliv. ¡Y tanta!

Rey. No lo digo porque yo...
De verla, sí, me alegrara...
No con mal fin.

Oliv. Por supuesto.

Rey. Me pareció que no estaba
Muy bien: y que era la suerte
Con ella sobrado avara.

Oliv. Y vos hubiérais querido
Enmendar con mano franca
Su injusticia...

Rey. Ciertamente.
Y ha sido, en verdad, extraña
Imprevision... Vos habeis
Cometido una gran falta:
Deber vuestro es prevenirme
En mis benéficas ansias.
Yo en todo no puedo estar;
Y cuando á mí se me escapa
Una buena accion, es fuerza
Que los ministros...

Oliv. Me agrada.
¡Para que luego me abrumen
Con mil calumnias é infamias!
¡Para que digan que solo
Ejercito mi privanza
En servir vuestros amores,
Y qué sé yo qué patrañas!
No, no, señor.

Rey. ¿Qué os importa?
Yo estoy satisfecho y basta.

Oliv. Y en fin, si hubiera sabido
Que con intencion tan santa...

Rey. ¡Pues!

Oliv. Yo bien sé que pudiérais
Remediar su suerte escasa.

Rey. Eso quisiera.

Oliv. Un regalo,
Con el fin de no humillarla.

Rey. Bien pensado.

Oliv. ¡Hay diamantistas
Que con un primor trabajan!

Rey. Algun aderezo, es cierto.

Oliv. Y luego, como es tan grata
La presencia de personas,
En quien bienes se derraman...

Rey. Proseguid.

Oliv. Bueno seria
Visitar su pobre estancia.

Rey. Bien me parece.

Oliv. Tan solo
Por darla alivio y honrarla.

Rey. Cabal.
Oliv. Bien está... si es eso,
No he perdido la esperanza...
Rey. ¿Cómo?
Oliv. Que bien se podria...
Rey. ¿El qué?
Oliv. Digo: si el hallarla
Os interesase...
Rey. Mucho.
Oliv. Se buscará.
Rey. Sin tardanza.
Oliv. Y muy pronto...—En fin, señor,
¿A qué gastar mas palabras?
¿Quereis ver á Serafina?
Rey. ¡Si quiero!
Oliv. Pues está hallada.
Rey. ¿Qué decís?
Oliv. Que la he seguido;
Que sé su calle, su casa;
Que tengo ya relaciones
Con una de sus criadas;
Que por mí todo es á hecho
Y á vos toca lo que falta.
Rey. ¿De veras? ¡Oh qué fortuna!
Oliv. No hay que alegrarse: cachaza.
Se encuentra un escollo.
Rey. ¿Cuál?
Oliv. Que la tal niña se casa.
Rey. ¿Con quién?
Oliv. Con el don Fernando.
Rey. ¿Aquel que en la venta estaba?
Oliv. El mismo.
Rey. ¿Y de sobremesa
Cantó vuestras alabanzas?
Oliv. Pues... aquel... En un castillo
Puede ir á completarlas.
Rey. Fuera venganza mezquina.
Oliv. Y ¿si nos estorba para...?
Rey. Teneis razon; con ascenso,
Le mandaremos á Italia.
Oliv. Pues á Italia.
Rey. Y ¿cuándo iré?
Oliv. Mejor es hoy que mañana.
Rey. Pues dentro de media hora
Esperadme en esta sala.
Oliv. Muy bien.
Rey. ¡Y quise alejarle!
(*Aparte y yéndose.*)
¡Necedad! ¡Si es una alhaja!
Oliv. Me parece que el remedio (*Ap.*)
Obra ya con eficacia.
Por esta vez la tormenta
Tambien está disipada.

ACTO TERCERO.

Sala en casa de Serafina. En el foro una reja que se abre. A la derecha del actor la puerta de entrada. A la izquierda otras dos: una para el interior de la casa, y otra de un gabinete. Mesa con luz y libros.

ESCENA PRIMERA.

EL REY, ANDRÉS DE LEON, JESUSA.

(*Andrés de Leon está enseñando á Jesusa un aderezo. El rey examina la habitacion.*)

Jes. ¡Qué diamantes! ¡Cuánta perla!
Leon. ¿Veis como brillan?
Jes. Deslumbran.
Leon. ¡Qué riqueza! ¡qué trabajo!
Ni la duquesa de Osuna
Tiene otro igual aderezo.
Jes. Habrá costado sin duda...
Leon. Poco: veinte mil ducados.
Jes. ¿Poco decís?
Leon. Poco.
Jes. Asusta
Tanto dinero.
Leon. ¡Si es dueño
De cuanta plata se acuña!
Jes. ¡Jesus, qué rico será!
Leon. Con él ni hasta el mismo Fúcar
Tiene que ver.
Jes. ¡Santo Dios!
Parece cosa de burla.
Miren lo que es el hidalgo.
Leon. Esto no es nada: concurra
Vuesarced con su honradez
Al honesto fin que busca,
Y verá que en esta casa
Un Potosí se sepulta;
Y á la par de Serafina,
Si tambien joyas os gustan,
Vereis topacios, rubíes
Realzar esa hermosura.
Jes. ¿De veras? ¡Lástima grande
Que las tocas no lo sufran;
Que es mucha su rigidez!
Rey. Pues esto las sustituya.
(*Acercándose y presentándole un bolsillo.*)
Jes. ¡Eh!
Leon. Y esto.
(*Presentándole otro bolsillo por el otro lado.*)

Jes. ¡Eh!
Leon. ¿Qué os sucede?
Jes. Me he quedado tan confusa...
¿Es para mí?
Rey. Sí.
Jes. ¡Dios mio!
No sé á cuál...
Leon. Pues vayan juntas.
Jes. Eso será lo mejor;
Que así el elegir no apura.
(*Coge cada bolsillo con una mano y abre uno de ellos.*)
¡Y son doblones!
Leon. De á ocho.
Jes. ¡Qué nuevecitos!
Leon. La lluvia
Son de Danae.
Jes. ¿Dana... qué?
Leon. Cierta fábula que oculta
Una verdad.
Jes. ¡Cosa rara!
Jurara que esta figura (*Al rey.*)
Se os parece.
Rey. Se da un aire.
Leon. La nariz es mas aguda.
Pero guardadlo.
Jes. Eso haré
Donde el sol no les dé nunca.
Rey. Vamos al caso; ¿qué hacemos?
Jes. Yo... por mí...
(*Leon coloca el aderezo encima de la mesa.*)
Rey. ¿Veis esa suma?
Jes. Sí, señor.
Rey. Pues bien, como ella
Tendreis otra y otras muchas,
Si logro feliz mi amor.
Jes. Pero...
Rey. Dejaos de excusas:
De lo contrario, una cárcel
Por medianera y por bruja.
Jes. ¡Bruja yo! ¡Yo medianera!
Es una infame calumnia.
Rey. Pues probad que no lo es
Dando á mi designio ayuda.
Jes. Eso fuera confesarlo.
Leon. Si para el señor hay bula.
Jes. Si es para lo que Dios manda...
Rey. O lo que el diablo os confunda.
Jes. Es que tiene Serafina
Su novio ya; y ante el cura
Con él se debe enlazar
Mañana en primeras nupcias.
Rey. Y bien, ¿qué tenemos?
Jes. ¿Qué?
Que pues la alhaja es ya suya,
Hagais, si quereis lograrla,
Sobre ese otro novio puja.
Rey. Pues para eso hablarla quiero.
Jes. La peticion es muy justa;
Mas ahora no está en casa.
Rey. Ella ha de volver.
Jes. Sin duda.
Rey. Pues la espero.
Jes. ¿Y si no viene
Sola?
Rey. ¿Recibe tertulia?
Jes. Nadie entra aquí; mas vendrá
Primero el señor Juan Ursa
Su escudero.
Leon. Ese no importa.
Jes. Luego el otro...
Rey. No me asusta.
Jes. A mí sí; que el don Fernando
Suele tener malas pulgas.
Rey. Yo sé muy bien espantarlas.
Jes. Pues, pendencia... ¡Santa Justa!
Leon. No la habrá.
Jes. Será un escandalo.
La vecindad que murmura,
La justicia...
Rey. No haya miedo.
Jes. ¡Ay, este hombre me atribula!
Mirad...
Rey. No hay que replicar:
Es preciso que se cumpla
Mi propósito... He de verla.
Lo quiero... ¿Lo oís?
Jes. ¡Qué furia!
Yo... señor... ¡Ay! tiemblo toda.
Rey. ¡Ah, ah, ah!
Jes. Pues ¿no hace burla?
Rey. Lo dicho dicho... Aquí espero.
(*Se sienta junto á la mesa y toma un libro.*)
Jes. ¡Y se sienta!... Pues me gusta.
Rey. Por mí no os incomodeis.
Pérsiles y Segismunda. (*Leyendo.*)
Novela del gran Cervantes.
Con esta amena lectura
Se me hará el tiempo mas breve.
Jes. ¡Se va á armar una trifulca!
¡Amigo! (*A Leon.*)
Leon. ¿Y bien?
Jes. ¿No veis esto?
Leon. Por Dios, no seais testaruda.
Jes. ¡Qué miedo!
Leon. Ensanchad el pecho.
¿No estoy yo con vos? ¿Qué os turba?
Jes. Eso ahuyenta mi inquietud.
Leon. ¿Nada mas?
Jes. ¿Qué mas?
Leon. ¡Jesusa!
Jes. ¡Señor Andrés!
Leon. Estos tragos
Amargos, ¿quién los endulza?

Jes. ¿Necesito yo decirlo?
Leon. ¡Ay!
Jes. ¿Suspirais?
Leon. Garatusas
Me hace el corazon.
Jes. ¿Por quién?
Leon. ¿Por quién? ¡Vaya una pregunta!
¿No lo sabeis?
Jes. ¡Quién creyera!
Leon. ¡Esas tocas lo que ocultan!
Jes. ¿El qué?
Leon. Yo bien lo diria;
Mas la ocasion no me ayuda.
Jes. Buscadla.
Leon. ¿Cómo he de hallarla?
Jes. Amor el ingenio aguza.
Leon. Algo haced por vuestra parte.
Jes. Propicia estoy como nunca.
Leon. Si yo me atreviera...
Jes. ¿A qué?
Leon. A hacer una corta súplica.
Jes. Hablad.
Leon. Quisiera pediros...
Una entrevista nocturna.
Jes. ¿Por qué?
Leon. Porque de esos ojos
La claridad me deslumbra;
Y el sol, reflejando en ellos,
Con dobles rayos me ofusca.
Jes. Los cerraré.
Leon. No, por Dios;
Que fuera dejarme á oscuras.
En la sombra brillarán
Placidos como la luna,
Y ya no habrán menester
Esas gafas importunas...
Jes. ¡Seductor!
Leon. Con que...
Jes. Pedís
Con tal gracia. .
Leon. Amor me apunta.
Jes. Es el caso que la puerta
Tiene tales cerraduras...
Leon. Pues bien, será por la reja.
Se abrirá sin duda alguna.
Jes. Aquella. (*Señalando la del foro.*)
Leon. Y así será
Mas chistosa la aventura.
¿La llave?
Jes. La tengo aquí.
(*Señala un llavero que lleva colgado de la cintura.*)
Leon. ¡Jesus, cuántas llaves juntas!
¿Cuál es?
Jes. Esta... ¿La sacais?
(*Leon saca la llave del llavero.*)
Leon. Me la guardo.
Jes. ¡Qué locura!
Dádmela. (*Quiere quitársela.*)
Leon. Ved que repara
El otro.
Rey. Bueno... me gusta.
Seguid.
Jes. Yo, señor...
Leon. ¿Mandais (*Al rey.*)
Algo?
Rey. Nada.
Jes. ¡Ay, vírgen pura!
¡Qué calor!
Leon. Pues en tal caso,
Si no hago falta...
Rey. Ninguna.
Leon. Me voy... (Conseguí la llave: (*Aparte.*)
Bien he engañado á esta bruja.
Llevémosla al conde-duque.)
Jes. ¿Os vais?
Leon. Sí... la suerte cruda
Me aleja de vos.
Jes. Adios.
Leon. El cielo os guarde... (en la tumba.) (*Aparte.*)
Jes. ¿Hasta cuándo?
Leon. Hasta despues.
Jes. ¡Ay! (*Remilgándose.*)
Leon. ¿A qué hora?
Jes. A la una.

ESCENA II.

El REY, Doña JESUSA.

Jes. ¡Ay, vírgen del Tremedal!
¡Con este á solas me quedo!
Él es galan, bien portado...
Con todo, me inspira un miedo...
Rey. ¿Qué es eso, buena mujer?
Jes. ¡Buena mujer! ¡qué respeto!
Rey. Me parece que temblais.
Jes. Sí... sí, señor... algo hay de eso.
Rey. ¿Qué os asusta?
Jes. Nada... Y qué,
¿No os marchareis?
Rey. No por cierto.
Hasta ver á Serafina...
Jes. Pues tambien es buen empeño...
(*Suena la campanilla.*)
¡Ay!
Rey. Ahí está.
Jes. Sí será:
Mas...
Rey. Id á abrir.
Jes. No me atrevo.
Rey. Marchad.
Jes. Si alguien la acompaña...
Rey. ¿Qué nos importa?

Jes. Tendremos
Funcion. (*Vuelven á llamar.*)
Allá van.
Rey. ¿No oís?
Id.
Jes. Sí... Siquiera escondeos
Por de pronto.
Rey. ¡Qué pesada!
(*Otra vez la campanilla con mas fuerza.*)
Jes. Allá van... Por Dios, os ruego
Hasta ver...
Rey. Bien... pero ¿dónde?
Jes. En aquel cuarto... Sí... luego.
(*Va á abrir.*)
Rey. Buen lance de Calderon.
Ya el escondite tenemos:
Si remata en cuchilladas,
No puede ser mas completo.
(*Se entra en el gabinete de la izquierda.*)

ESCENA III.

DOÑA SERAFINA, JESUSA, UN ESCUDERO, UNA DONCELLA.

Ser. ¿Qué hacia doña Jesusa
Que tanto ha tardado?
Jes. El sueño...
La soledad...
Ser. ¿Nadie vino?
Jes. Nadie.
Ser. Tomad... Idos allá dentro.
(*A la doncella, dándole el manto.*)
(*Vase la doncella. Serafina se sienta junto á la mesa.*)
Jes. Mucho habeis tardado.
Ser. Sí;
Era un escribano viejo
Y torpe.
Jes. ¿Está hecho el contrato?
Ser. Mañana le firmaremos.
Jes. ¿Y cuándo las bendiciones?
Ser. El domingo, segun creo.
Jes. Pues, señor, por muchos años.
Esc. Y que Dios los haga buenos.
Ser. Luego marchamos á Italia.
Jes. ¡A Italia! ¡Jesus! ¿Tan lejos?
Ser. La señora así lo quiere.
Esc. Muy buen país.
Ser. ¿Conocéislo?
Esc. He guerreado en Milan.
Jes. Eso debió ser en tiempo
De Carlos quinto.
Esc. Es verdad:
Cuando vuestro nacimiento.
Jes. ¿Es decir que yo soy vieja?
Esc. No tal: ¿quién sabe de cierto
Vuestra edad?
Jes. Miren el...
Ser. Vamos;
No hay que reñir.
Jes. ¡Estafermo!
Esc. Me voy... ¿me dais mis dos reales?
Jes. Tomadlos.
(*Saca un bolsillo y se los da.*)
Esc. Vengan...
(*El rey abre la puerta del gabinete y saca la cabeza: el escudero repara en él.*)
¿Qué veo?
Jes. ¿Qué teneis?
Esc. He visto un hombre...
Jes. ¡Chiton, por Dios!
Esc. ¡Ah! Ya entiendo.
Dadme otros dos por callar.
Jes. Tomad... y marchaos.
Esc. (¡Bueno!
(*Aparte.*)
¡Otro galan en campaña!
Pues de novios nos comemos.)
Muy buenas noches, señoras. (*Alto.*)
Ser. Hasta mañana.
Esc. ¡Qué enredo!
(*Aparte.*)
Y el otro... Mas ¿qué me importa?
A mi rosario y callemos. (*Vase.*)

ESCENA IV.

DOÑA SERAFINA, JESUSA; LUEGO EL REY.

Ser. Aun es temprano: leeré.
Jes. ¡Ahora es ella! (*Aparte.*)
Ser. Mas ¿qué es esto?
(*Reparando en el estuche.*)
Jes. ¿El qué?
Ser. Esta caja.
Jes. Es verdad.
Ser. ¡Qué diamantes tan soberbios!
¿Quién ha traido esto aquí,
Doña Jesusa?
Jes. Yo pienso
Que será...
Ser. Sí... sí... ya caigo.
La señora... El aderezo
Para mi boda... ¡Qué buena!
Jes. Pues... sin duda.
(*Sale el rey precipitadamente del gabinete y se dirige á doña Serafina.*)
Rey. Hermoso dueño.
Ser. ¿Qué miro?... ¡Un hombre!...
¡Favor! ¡favor! [¿Quién sois?

(*Corre á la reja, la abre y se pone á gritar.*)
Jes. ¿Qué habeis hecho?
(*Al rey.*)
¡Sin avisarla!
Rey. Atended... (*A Serafina.*)
Ser. ¡Favor!... ¡Vecinos!
(*Por la reja se ve aparecer un alcalde con su ronda.*)
Alc. ¿Qué es eso?
Ser. Señor alcalde, venid;
Que un hombre...
Alc. ¿Ladron tenemos?
Allá voy.
(*Serafina corre á la puerta para abrir.*)
Jes. ¡Pues, un alcalde!
¿No lo dije? Estamos frescos.
Rey. Tranquilizaos.
Jes. Nos lleva
A la cárcel, por lo menos.
Rey. ¡Y qué!
Jes. Luego nos ahorcan.
Rey. ¡Y qué!
Jes. Miren el perverso.
¡Qué calma!
Rey. Valor.
Jes. Ya llega.
Rey. Pues que venga: aquí le espero.
(*Se emboza y se sienta junto á la mesa.*)

ESCENA V.

EL REY, SERAFINA, JESUSA, ALCALDE, ALGUACILES.

Alc. ¿Dónde está?
Ser. Vedle.
Alc. ¡Hola! ¡Hola!
Guardad las puertas. (*A los alguaciles.*)
Rey. No hay miedo:
No me escaparé.
Alc. ¡Y sentado!
¡Así me falta al respeto!
Buen hombre.
Rey. Pico mas alto.
Alc. ¡Hidalgo!
Rey. Soy caballero.
Alc. Acérquese á la justicia,
Y entonces quien es veremos.
Rey. Si quiere saber quien soy,
Acérquese ella primero.
Alc. Aquí represento al rey;
Y el que no le acate...
Rey. Es cierto.
(*Levantándose.*)
Aquí me teneis.
Alc. ¿A ver?
(*Se acerca, mira por el embozo y conoce al rey.*)
¿Qué miro?... ¡Señor!
Rey. ¡Silencio! (*Bajo.*)
No me descubrais.
Alc. ¿Quereis?...
Rey. Nada. Salid.
Alc. Obedezco.
Ser. ¡Y bien!
Alc. Quedaos con Dios.
Ser. Mas ¿cómo?
Alc. Fuera el sombrero,
(*A la ronda.*)
Vosotros.
Jes. Veo visiones.
Ser. ¿No le prendeis?
Alc. ¡Jesus!
(*Se persigna.*)
Ser. Pero...
Alc. Vamos, muchachos.
Ser. Oid.
Alc. Señorita, á los piés vuestros.
(*Vanse el alcalde y los alguaciles haciendo muchas cortesías. Vase tambien Jesusa.*)

ESCENA VI.

EL REY, DOÑA SERAFINA.

Ser. ¡Pasmada estoy!
Rey. Ya lo veis:
Dueño del campo me quedo.
Ser. ¡Cielos!... Comprender no puedo...
¿Quién sois?
Rey. ¿No me conoceis?
Dejad, Serafina, el miedo.
Ser. Con efecto... me parece
Haberos visto otra vez.
Rey. ¿Qué, ni un recuerdo os merece
Quien por vos de amor perece?
Ser. ¡Ah! sí... cerca de Aranjuez.
El caballero galan
De las palabras de miel;
El que con fingido afan,
Me estuvo hablando de iman,
Y prisiones de clavel...
Rey. El que desde entonces ciego,
Loco de amor, os adora;
El que ardiendo en dulce fuego,
Viene á buscar el sosiego
Que por vos perdió en mal hora;
El que á la luz de esos ojos
Fuera de sí se enajena,
Y arrostrando sus enojos,
Rinde á tan dulce sirena
El corazon por despojos;
Y, en fin, el que en su dolor,

No teme ser atrevido;
Y aunque es digno de rigor,
Os pide humilde, rendido,
Una mirada de amor.
Ser. Noble y cortés caballero,
Que tal os quiero creer,
Bien puede á honrada mujer
Fino obsequio pasajero
En posadas no ofender;
Que entonces la cortesía
Que en nobles pechos reside,
Finezas al amor pide
Por alegrar compañía
De quien luego se despide;
Mas peca ya en descortés,
Y por atrevido ofende,
Quien á mujer que pretende,
Olvidado de quien es,
De esta manera sorprende;
Y no alegue su pasion,
Que amante tan loco y necio
No entrará en mi corazon,
Y le echaré con desprecio
De mi casa cual ladron.
Rey. De hermosas es perdonar
Amantes atrevimientos;
Pues amor, para agradar,
Tal vez erige su altar
En tan livianos cimientos.
No os ofenda mi osadía;
Que la amorosa palestra
Exige audacia y porfía,
Y el amor con cobardía
Nunca de lo que es da muestra.
Osar con su dama debe,
Aunque se arriesgue á perdella;
Como mariposa leve
Que aun á la llama se atreve
Por mas que perezca en ella.
Yo, señora, un dia os ví;
Y de esos ojos prendado,
Cual aquel insecto alado,
Su luz divina seguí,
Y en ella quedé abrasado:
Como él, pudiendo tal vez
Subir con ala ligera
Del cedro á la cumbre fiera,
Prefiero á tanta altivez
Flor humilde en la pradera;
Porque jamás tanto brilla
De amor la potente ley,
Como si á los piés humilla
De ignorada pastorcilla,
Cual á los vuestros, un rey.
Ser. ¡Vos rey!... Dejadme reir:
Donoso está el artificio.
Rey. ¿Pensais que osara fingir?...
Ser. No, sino que estais sin juicio.
Rey. De él por vos he de salir.
Ser. Pero ¡ay Dios! comprendo ahora...
Lo del alcalde... ¿Es verdad?
Rey. Sí, rey es quien os adora
Y os proclama su señora.
Ser. Vos... señor... ¡ ah!... perdonad...
Rey. Rey soy; pero en este instante
De serlo ya no me alabo,
Puesto que rendido amante,
Vos sois la reina triunfante,
Y yo tan solo el esclavo.
Al yugo, en mi dulce pena,
Esa beldad me condena;
Mas con amorosos lazos
Dadme solo por cadena
Esos torneados brazos.
De ambos mundos la riqueza
En cambio vuestra será,
Y de esa ansiada belleza
Cada preciosa fineza
Un tesoro pagará;
O si en mas precio teneis
Un amante corazon,
Que ya traspasado habeis,
Postrado por su pasion
A vuestras plantas lo veis. (*Se arrodilla.*)
Ser. Bien parece, no lo niego,
O dulce á lo menos es,
De un rey el humilde ruego,
Si pinta su amante fuego
De una mujer á los piés;
Y por mas que lo resista,
Si he de hablaros sin ficcion,
Adulando su ambicion,
Hace tan gustosa vista
Cosquillas al corazon.
Y así en ocasion como esta,
Vos rey y súbdita yo,
Quien sin enfado os oyó
No extrañeis si algo le cuesta
El contestaros...
Rey. ¿Qué?
Ser. No.
Rey. ¿No, decís?
Ser. ¿Eso os admira?
Rey. ¿Luego despreciais mi amor?
Ser. ¿Despreciarlo?... No, señor:
Vale mucho; mas no aspira
Mi humildad á tanto honor.
Rey. Razon, si con él se gana,
Para resistir no encuentro.
Ser. Es cual podrida manzana:
Por de fuera muy lozana,
Mas muy amarga por dentro.
Rey. ¿Qué amargor recelais de él?
Ser. El de la manzana de Eva.
Rey. No hay serpiente aquí cruel
Que á ofrecérosla se atreva.

Ser. Una veo... y harto infiel.
Rey. No será sino leal.
Ser. Bien... Mas necesito ahora
Consultar, por no obrar mal,
Con una persona.
Rey. ¿Cuál?
Ser. Con la reina mi señora.
Rey. Por Dios, eso es delirar.
Ser. ¿No quereis la sustituya?
Rey. ¡Con ella quereis contar!
Ser. ¡Jesus! y ¡la he de robar
Una prenda que ya es suya!
Rey. En sus dominios amor
Hoy tales hurtos permite.
Ser. Tal vez hiciera ese error,
Si al propio tiempo, en desquite,
No me hurtara á mí el honor.
Rey. Podreis tener joyas mil.
Ser. Mi honor es mas rica alhaja.
Rey. Aquí ninguno lo ultraja.
Ser. Es tan sensible y sutil,
Que el menor soplo le aja.
Rey. Os daré tanta riqueza,
Tanta gala y esplendor...
Ser. Que me desprecien mejor.
Bien me estoy con mi pobreza:
Mil gracias por el favor.
Rey. Ya que os explicais así,
Admitid siquiera aquí
Un corazon que os destino.
Ser. Tengo otro no menos fino,
Y que hecho está para mí.
Rey. Comprendo... Mas ese ya
Veréisle alejarse en breve.
Partir para Italia debe:
Dada la órden está.
Ser. ¡O Dios! ¿Por ventura aleve?...
Rey. Es una amorosa treta
Que redundará en su bien.
Gobernador de Gaeta
Le he nombrado.
Ser. No me inquieta:
Si él se marcha, yo tambien.
Rey. ¿Eso decís?
Ser. Por supuesto:
Si él mi marido ha de ser,
Donde él se halle ¿no es mi puesto?
Rey. Mas...
Ser. Perdonad: soy en esto
Escrupulosa mujer.
Y no os teneis que cansar;
Vuestra porfía es en vano;
Que aunque gran monarca, es llano
Todo no lo ha de alcanzar
El poder de un soberano;
Ni os sirva de desconsuelo
Obstáculo tan mezquino;
Que una nube oculta el cielo,
Y la guija de un camino
Echa una carroza al suelo.
Por todo un rey obsequiada,
Seré necia en despreciarle,
Mas tengo, si no os enfada,
Dos causas para no amarle;
Que amo á otro y soy honrada.
Y ni esos diamantes bellos
Con su brillo seductor
Podrán menguar mi valor;
Que es claro mi honor como ellos,
Firme como ellos mi amor.
Rey. Pues bien... (*Toca la campanilla.*)
Ser. ¿Llaman? ¿qué será?
¡A estas horas!
Rey. Si temeis,
Ese aposento podrá
Esconderme.
Ser. No os marcheis;
Que eso culpable me hará.

ESCENA VII.

DICHOS, DON FERNANDO, JESUSA.

(*Sale Jesusa queriendo detener á don Fernando.*)

Jes. Esperad, avisaré.
Fern. Es inútil.
Ser. ¡Don Fernando!
Jes. A estas horas...
Fern. ¡Qué pesada!
Vaya, quitaos del paso.—
¡Cielos! (*Viendo al rey.*)
Ser. ¡Sois vos!
Jes. Pues, señor,
No hemos hecho mal fregado.
Fern. ¡Un hombre con Serafina! (*Ap.*)
Ser. ¿Veis, señor?
(*Al rey con tono de reconvencion.*)
Rey. No hay que asustaros.
Fern. ¡Ah! su turbacion me prueba...
(*Aparte.*)
Ser. No esperaba...
Fern. Sí, está claro,
Al veros tan bien servida,
Que aquí no era yo esperado.
Ser. ¿Sospechais?...
Fern. Nada sospecho:
Digo lo que á ver alcanzo.
Rey. Son los Cardonas tambien
Zelosos, si no me engaño.
Fern. Y llevan consigo espada
Para vengar sus agravios.
Rey. Tranquilizaos: no habeis
Con los zelos reparado
Que aquí teneis un amigo.

Fern. Os he conocido, hidalgo;
Y espero que me sigais
Donde habremos de explicarnos.
Rey. Por mí no habrá de quedar:
Si es vuestro gusto, salgamos.
Ser. ¿Qué, señor, consentireis?...
Rey. Lances de honor no rechazo.
Ser. ¿Y vuestra vida?
Rey. ¿Mi vida?
Ser. Si algun golpe desgraciado...
Rey. No hayais recelo: mi espada
La asegura en estos casos.
Fern. ¿Qué escucho?... ¿Por él temeis?...
Ser. Fernando, temo por ambos:
Por vos, porque sois quien sois,
Porque cual esposo os amo;
Y el señor, si lo ignorais,
Porque es vuestro soberano.
Fern. ¡Mi soberano!
Ser. Lo es:
Vuestro rey Felipe cuarto.
Fern. ¿Qué escucho? Amor, honor mios,
¡Que no he de poder vengaros!
Ser. ¡Vos sospechais de mi fe!
Disculpas pudiera daros;
Mas por indignas sospechas
A disculpas no me bajo.
Mas debiera yo esperar
Del amor que habeis jurado;
Y mas, si me conoceis,
Vos tambien de mi recato;
Que siempre limpio de mi honor,
Nada es capaz de empañarlo,
Y á quien ose dudar de él
Nunca entregaré mi mano.
Si en esta casa á deshoras
Habeis al rey encontrado,
Ni yo os puedo decir cómo,
Ni me toca el aclararlo;
Y así, don Fernando, á Dios:
Con su majestad quedaos;
Que él, como tan entendido,
Sabrá en caso tan extraño,
A vos sin injustos zelos,
Y á mí con honra, dejarnos. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL REY, DON FERNANDO.

Rey. Por Dios, que estoy desgraciado: (*Aparte.*)
Bien he venido á quedar.
Fern. Ni aun me es lícito vengarme: (*Aparte.*)
Honra mia, buena estás.
(*Se quedan los dos un rato silenciosos.*)
Rey. Pensativo estais, Cardona.
Fern. Pienso que sois mi rival,
Y que el respeto me impide
Justa venganza tomar.
Rey. Duéleme que hayais sabido
Aquí mi alta dignidad;
Pues lo que hora hace el respeto
Viérais á mi espada obrar.
Fern. Con todo, dadle las gracias:
Sin él no alentarais ya.
Rey. Valiente sois, buen Cardona;
Vive Dios, que me agradais:
Y os perdono la amenaza
En pro de ese aire marcial.
Fern. No os perdono yo, señor,
La herida que aquí dejais.
Rey. Desechad esos rencores
Y pelillos á la mar.
Fern. Es muy profundo el agravio.
Rey. Teneis razon: quereis mas?
Ambos, como caballeros,
Este asunto ventilar
Con la espada, cual conviene,
Debiéramos en verdad;
Mas pues viene lo monarca
Lo caballero á estorbar,
Cumplida satisfaccion
Este monarca os dará:
Que en mí, cual rey, está bien
Lo que en otros tal vez mal.
Fern. Bien os pudiera, señor,
Mi franqueza perdonad,
Lo monarca y caballero
Al veros aquí negar;
Porque no conozco á un rey
Bajo tan torpe disfraz,
Ni este tampoco es el sitio
Que hora debiera ocupar;
Y en cuanto á lo caballero,
Dudas hay si lo será
Cuando mostrarse no puede
En un lance como tal.
Rey. ¡Atrevido!
Fern. Si os ofendo,
Mi osadía castigad;
Mas este es el privilegio
Que á mí la razon me da,
Y este tambien el castigo
Que os reporta el obrar mal.
Allá en el regio palacio,
Cercado de majestad,
Todos en vuestra presencia
Postran humildes la faz,
Y allí os adoran rendidos
Todos cual ser celestial;
Mas, señor, en este sitio
A tal punto os rebajais,
Que perdiendo la corona
Al pasar aquel umbral,

Hora soy el soberano,
Vos el vasallo no mas;
Yo la frente alzo orgulloso,
Vos al suelo la humillais.

Rey. ¡Que esto sufra!

Fern. ¡Este es el rey
Que á tantos hace temblar!
¡Este el señor de dos mundos
Felipe el Grande!... Mirad
En lo que emplea el poder
Que casi á Dios le hace igual:
En seducir alevoso
La inocencia, en arrancar
A quien por él da su sangre,
Amor y felicidad.
¡O digna hazaña! Y en tanto
Sus dominios, ¿cómo están?
Véncenle sus enemigos;
Pierde ciudad tras ciudad;
Alzan traidores la frente;
Se va el reino á desmembrar;
No importa, mísera España,
Tus derrotas llorarás;
Pero en cambio, mientras triunfan
De tí Francia y Portugal,
De tu indolente monarca
Los amores contarás.

Rey. ¡Infeliz! ¿Y así te atreves
Tu soberano á insultar?
¿Sabes que castigar puedo
Tu ciega temeridad,
Y que con solo una voz...?

Fern. Decidla, ¿qué mas me da?
Quitadme tambien la vida,
Pues la dicha me quitais;
Y á fin de que nada os deba,
Tomad ahora, tomad.

(*Saca un papel y quiere entregárselo.*)

Rey. ¿Qué es esto?

Fern. Mi nombramiento
De gobernador.

Rey. ¿Pensais
Que yo...?

Fern. Ufano á Serafina
Le venia á noticiar
Esta nueva, de mi rey
Bendiciendo la bondad.
¡Necio que no adivinaba
Que era una trama infernal
Con que de ella me queria
El mismo rey alejar!
Tomad, tomad... ¿No quereis?
Pues bien, yo...

(*Hace ademan de rasgar el papel; el rey le detiene.*)

Rey. ¡Eh! basta ya.
Ciega pasion os ofusca:
Yo debiera castigar
Vuestra insolencia... y lo haré
Cual cumple á mi dignidad.
Dad gracias á que aquí nadie
Oyó ese lenguaje audaz,
Que á no ser así, yo mismo
No os pudiera perdonar;
Pero solos nos hallamos,
Y á saber no llegarán
Que hay quien se atreve á su rey
Y ya en la tumba no está.
Libre aquí soy en mis hechos,
Y pues agraviado estais,
Y yo el ofensor he sido,
Todo lo quiero olvidar;
Que esta accion será mas propia
De mi carácter real,
Mucha mayor fortaleza
Debiendo en ella mostrar.
A errores mil nos conduce
Del amor la ceguedad;
Harto lo sé yo... y por eso
La indulgencia bien me está.
Decid ahora si en mí
Al monarca no encontrais.
¿Enmudeceis?... Bien, por Dios:
Vuestra altivez ¿do está ya?
Si vos sois el soberano
Y yo el vasallo no mas,
¿Cómo es que yo alzo la frente,
Y vos la vuestra humillais?

Fern. ¡Ah! señor...

(*Se arroja á sus piés.*)

Rey. Ved el castigo
Que vuestro monarca os da;
Y otro mayor todavía
Os guarda.

Fern. ¿Cuál?

Rey. Su amistad.

Fern. ¿Es posible?

Rey. Levantaos,
Dadme esa mano.

Fern. Tomad.

Rey. Id, don Fernando, mañana
A palacio: allí os dirá
El rey don Felipe cuarto
Cómo se sabe vengar.
Entanto, de Serafina
La inquietud tranquilizad.
Mirad que es digna de vos.

Fern. No lo he dudado jamás.

Rey. Quedad con Dios, don Fernando.

Fern. ¿Cómo, señor, así os vais?

Rey. ¿Pues qué?...

Fern. Tarde es ya: las calles
No muy seguras están,
Y es mi deber en tal caso
Vuestra vida resguardar.

Rey. Pero Serafina inquieta...

Fern. El amor aguardará;
Pues donde manda el deber
Le corresponde callar.
Rey. Venid.
Fern. Jesusa.
Jes. ¿Señor? (*Saliendo.*)
Fern. Yo voy con su majestad;
Mas decid á Serafina
Que vuelvo.
Jes. Se le dirá.
(*Vanse el rey y don Fernando.*)

ESCENA IX.

JESUSA.

¡Que este es el rey! ¡Cielo santo!
¡Vaya unas cosas que vemos!
¡Un rey de España, ahí es nada,
Andar en tales enredos!
¡Yo que pensaba ser cosa
Del otro jueves el verlo,
He estado con él aquí
Mano á mano! Es mucho cuento.
Y ¡qué llano!... Pues ¿y el otro?
¿Quién será?... ¿Quién?... Por lo menos
Almirante, condestable...
¡Qué sé yo!... Mucho sugeto
Debe de ser... sí... preciso.
¡Ay mi Dios! Cuando me acuerdo...
Poco á poco, corazon,
Que este ya es mucho contento.
¡Yo un amante condestable!
¡Jesus! Toda me estremezco.
Y ¡que al cabo de mis años
Se me entre así, sin saberlo,
Tal fortunon por las puertas!
Bien dicen que... Mas ¿qué es esto?
¿Qué ruido en la reja?... ¡Ay Dios!
¡Él es!... ¡Terrible momento!

ESCENA X.

JESUSA, ANDRÉS DE LEON, CRIADOS.

(*Leon abre la reja y entra con misterio.*)

Leon. ¿Estais sola?
Jes. Sí, bien mio.
Leon. Y ¿Serafina?
Jes. Allá dentro.
Leon. Y ¿no hay nadie mas en casa?
Jes. Solo la doncella.
Leon. Bueno.
Entrad.
(*Leon va á la reja y llama á sus hombres, los cuales entran por ella.*)
Jes. ¿Qué haceis?... Esos hombres...
Leon. Son para...
Jes. ¡Jesus!
Leon. Silencio.
Jes. ¡Si serán ladrones! ¡Ay!
Leon. Callad os digo.
Jes. Sí... pero...
Leon. Id y sacadla al instante.
(*A los hombres que se entran por la segunda puerta de la izquierda.*)
Jes. ¿Sacarla? ¿A quién?
Leon. Caro dueño,
No temais.
Jes. Es que...
Leon. ¿No veis
Que estoy yo aquí?
Jes. Ya lo veo...
Mas esos hombres...
Leon. No importa.
Jes. Tienen todos un aspecto...
(*Se oye dentro gritar á Serafina.*)
Ser. ¡Ay! ¡ay!... ¡Socorro!
Jes. ¿Qué escucho?
¡La señorita!
Leon. Teneos:
No os movais de aquí... sino...
Jes. ¡Favor!
Leon. No griteis.
Jes. No puedo.
Leon. Pues yo os haré que podais.
(*Echa mano á la daga.*)
Jes. ¡Ah!... sí... sí.
Leon. Vamos... al suelo.
Jes. Sí .. sí. . ya estoy. (*Se arrodilla.*)
Leon. Si os alzais...
Jes. No... no temais.
(*Los hombres salen llevándose á la fuerza á Serafina, á la que habrán tapado la boca con un pañuelo.*)
Leon. Bien... corriendo
(*A los hombres.*)
Con ella al coche.
Jes. ¡Ama mia!
Leon. ¿Qué decís? (*A Jesusa.*)
Jes. Nada... ¡San Pedro
Me valga!
Leon. Sin ruido... pronto...
(*A los hombres.*)
(*Los hombres sacan á Serafina por la reja.*)
Jes. Se la llevan... no hay remedio.
Leon. No mireis. (*A Jesusa.*)
Jes. No miro.
Leon. Bajos
Los ojos.
Jes. Sí... ya los tengo.
Leon. Así os habeis de quedar,
O se os rebana el pescuezo,
Hasta que eche andar el coche,

Y os dé el aviso el estruendo
De las ruedas.
Jes. Sí.
Leon. Bien mio,
Adios... solita te dejo...
Mas paciencia... Cuando vuelva,
Pichona, nos casaremos.

ESCENA XI.

JESUSA.

(*Permanece de rodillas y con la cabeza baja, buscando el rosario temblorosa y procurando rezar.*)

¡Vírgen santa!... Mi rosario...
Gracias á Dios que le encuentro...
Santa María... ¡Qué susto!
Madre de Dios... ¡Ay, qué miedo!
Líbranos de todo mal...
¡Jesus, ni á rezar acierto!
(*Se oyen voces al otro lado de la reja, y se ve aparecer por ella á don Fernando.*)

ESCENA XII.

DON FERNANDO, JESUSA.

Voz. ¿Quién va?
Fern. Quién puede.
Voz. Atrás.
Fern. No.
Voz. A la fuerza.
Fern. Allá veremos.
Acercaos... Mas ¿qué miro?
¿Cómo es que aquí se halla abierto?
(*Entra por la reja.*)
¿No hay nadie?... ¡Ah! sí... ¿No es Jesusa?
Jes. Creo en Dios Padre...
Fern. ¿Qué es esto?
Doña Jesusa, ¿qué haceis?
Jes. Señor... si no grito... rezo.
Fern. Alzaos.
(*La hace levantar á la fuerza.*)
Jes. ¡Ay! ¡Don Fernando!
¿Vos aquí?... ¿Sois tambien de ellos?
Fern. ¿De quienes?
Jes. De los ladrones.
Fern. ¡Ladrones!
Jes. ¡Ah! ¡Ya se fueron!
Fern. ¡Ladrones!
(*Oyese el ruido de un coche que echa á andar.*)
Jes. Que se la llevan.
Fern. ¿A quién?
Jes. Serafina.
Fern. ¡Cielos!
Jes. En ese coche.
Fern. ¡Ese coche!
Jes. Sí, señor... el compañero
Del rey.
Fern. ¡Del rey!
Jes. El que vino
Con él.
Fern. ¿Qué decís?... ¡Perverso!
Y me decia... ¡Creed
En palabras de un rey luego!
Corramos... Aun oigo el coche:
No puede hallarse muy lejos.
Quizás le alcance. ¡Infeliz
El que llegue á encontrar dentro!
Aunque fuere el mismo rey,
Juro atravesarle el pecho.
(*Vase precipitadamente por la reja.*)

ACTO CUARTO.

Sala en casa del conde-duque. Puerta de entrada general por el foro. Puertas laterales. Mesa y escribanía.

ESCENA PRIMERA.

OLIVARES, ANDRÉS DE LEON.

Oliv. Dejadme, Leon, por Dios.
Leon. Señor, no hay por qué enojarse.
Oliv. ¿No veis...?
Leon. Ya veo que todo
A pedir de boca sale.
Oliv. Pero...
Leon. El rey con Serafina
Se quedó hasta ya muy tarde.
Oliv. Y tan solo consiguió
Desengaños y desaires.
Leon. Luego el robo proyectado
Tuvo efecto en un instante.
Oliv. Y el otro que llegó á punto
Nos alborotó la calle.
Leon. ¿Qué importa, si ya tenemos
A buen recaudo á su amante?
El fruto se consiguió
Por fin de nuestros afanes,
Y dueño de la que adora,
El rey deberá alegrarse.
Oliv. Pues no se alegra.
Leon. ¿No?
Oliv. No,
Hemos trabajado en balde.

Leon. ¿Qué decís?
Oliv. Así lo creo.
Leon. Y ¿qué motivo tan grande?...
Oliv. Tan solo os puedo decir
Que cuando me llegué á darle
La noticia lisonjera
De tan bien logrado lance,
En vez de alegre sonrisa
Mostró severo el semblante.
Yo le conozco, y noté,
Por mas que disimulase,
Que lo del rapto le habia
Causado enojo bastante.
Leon. Y ¿de cuándo acá, señor,
Le dan escrúpulos tales?
Oliv. Algun capricho sin duda...
Leon. Pero en fin, ¿mostró enojarse?
Oliv. Disimuló, ya os lo he dicho;
Y es señal que no me place.
Leon. Y ¿no hubo mas?
Oliv. Preguntó
Con gesto algo mas afable
Dónde Serafina estaba.
Se lo dije; y con cierto aire
Misterioso, contestó
Que iba á verla.
Leon. ¿Sí?... ¡Qué diantres!
Eso es bueno.
Oliv. Me ofrecí,
Por supuesto, á acompañarle;
Mas díjome que queria
Ir solo.
Leon. Bien: ¿qué le hace?
Toda compañía estorba
Siempre en casos semejantes.
Oliv. Pero aquel gesto, aquel tono...
Leon. Meras cavilosidades.
Oliv. Al cabo bien podrá ser,
Pues siempre tengo delante...
No hablemos mas del asunto.
A otra cosa.
Leon. Sí, mas vale.
Oliv. Os quiero dar cierto encargo.
Leon. ¿Secreto?
Oliv. Mucho.
Leon. Explicadme...
Oliv. Cuidado, que esto, Leon,
No lo ha de traslucir nadie.
Leon. Nadie.
Oliv. ¿Lo creereis?... Me cuesta
Cierto empacho el explicarme.
Os vais á reir de mí.
Leon. ¿Qué es, señor?...
Oliv. Un disparate.
A mis años es ridículo.
Leon. Vamos, ¿tambien algun lance
De amor?
Oliv. ¡Ojalá!
Leon. ¿Pues qué?...
Oliv. Llegad... si nos escuchasen...
Leon. No hay nadie.
Oliv. Pues... tengo zelos.
Leon. ¿Quién?... ¡Vos!... Será que los
La condesa? [cause
Oliv. No han llegado,
Es cierto, á formalizarse;
Pero me atormenta un duende...
Aun es jóven, bella, amable.
Leon. Pero ¿cómo una señora
De su virtud...?
Oliv. Sé que sale
Con gran misterio á deshoras,
Que va donde no se sabe...
Leon. Algun objeto piadoso...
Oliv. Podrá ser eso; no obstante,
Será bueno averiguar...
Leon. Y ¿quereis que yo me encargue...?
Oliv. Sí, quiero... Mas ella viene.
Id allá fuera á esperarme. (*Vase Leon.*)

ESCENA .

OLIVARES, LA CONDESA.

Oliv. ¿Aun no habeis visto á la reina?
Cond. No la veré hasta mas tarde.
Oliv. Mal hecho: nuestra privanza
Va menguando por instantes:
La reina es quien sobre todo
Con mas teson la combate,
Y es preciso aprovechar
Toda ocasion favorable...
Cond. ¿Por qué no dejais la corte?
Esto fuera en mi dictámen
Mas acertado.
Oliv. ¿Quereis
Que á mi puesto otro se ensalce?
Cond. Lo que quiero es salgais de él
Primero que os lo arrebaten.
Oliv. Si tal hiciese, condesa,
Me tacharan de cobarde.
Guardarélo, si Dios quiere,
Hasta que otra cosa mande.
Por lo tanto, es menester
Que vos apoyeis mis planes;
Y con la reina...
Cond. Mi afan
Es hacer cuanto os complace;
Mas permitidme que ahora
Cierta diligencia evacue.
Oliv. ¿Vais á salir?
Cond. Me es preciso...
Oliv. ¿Qué importa que se retarde?...
Cond. Señor...
Oliv. (En esto hay misterio;
(*Aparte.*)

Mas yo sabré...) Perdonadme; (*Alto.*)
La reina puede salir,
Y el deber exige que antes
Os presenteis: en palacio
Vivimos; tengo la llave
Que abre paso á la real cámara,
Y en menos de dos instantes
Despachamos.
Cond. Mas...
Oliv. Vendreis
Conmigo: es indispensable.
Cond. Vuestro querer es mi gusto.
Oliv. (Se le ha alterado el semblante.) (*Aparte.*)
Voy á dar algunas órdenes. (*Alto.*)
Pronto vuelvo: aquí esperadme. (*Vase.*)

ESCENA III.

LA CONDESA.

¿Qué es esto?... Nunca le ví
Tan adusto, ni mandarme
Con tal imperio... ¿Será
Que á sospechar ya llegase...?
No es posible... Sin embargo,
Fuerza es que luego se marchen.
El peligro aumentará
Cada dia que aquí pasen.
Pero, ¿cómo haré?... Debia
Hoy el contrato firmarse.
Me esperarán... Es preciso
De esta tardanza avisarles.
Escribiré... Que lo firmen;
Y que luego me lo manden.
(*Se sienta y escribe: sale una camarera.*)
Cam. Señora...
Cond. ¿Qué me quereis?
Cam. ¿Podeis recibir?
Cond. A nadie.
Cam. Es una dueña.
Cond. ¡Una dueña!
Cam. Jesusa dice llamarse.
Cond. ¡Jesusa!... ¿Ella aquí? ¡Dios mio!
¿Qué será?... Decid que pase.
(*Se levanta dejando sobre la mesa la carta que habia empezado á escribir.*)
¡Jesusa venir aquí!
¿Cuando ni siquiera sabe...?
(*Salen Jesusa y la camarera.*)
Quedaos vos ahí fuera; (*A la camarera.*)
Y si alguien viene, avisadme.

ESCENA IV.

LA CONDESA, JESUSA.

Cond. ¿Y bien?... ¿Qué sucede?... ¿Quién
Os ha dicho...?
Jes. Don Fernando...
Cond. ¡Don Fernando!
Jes. Sí... él me envia
Porque queria avisaros...
Cond. Y ¿por qué no viene él mismo?
Jes. Él se ha metido en palacio
A hablar al rey.
Cond. ¿Qué decís?
¿Qué ha sucedido?... Explicaos.
Jes. Señora, una gran desgracia.
Cond. Hablad.
Jes. Que se la llevaron.
Cond. ¿A quién?
Jes. Doña Serafina.
Cond. ¡Serafina!
Jes. Unos malvados
Han penetrado esta noche
En casa y...
Cond. ¡Gran Dios! ¡Un rapto!
Jes. Pues... un rapto... yo no sé
Cómo penetrar lograron;
Mas ello es...
Cond. ¿Estais cierta?
Jes. Delante de mí ha pasado.
La metieron en un coche,
Y en seguida...
Cond. ¡Cielo santo!
¡Es posible!... ¡Infames! ¡Ah!
No perdamos tiempo... vamos...
(*Sale corriendo la camarera.*)
Cam. Su excelencia viene.
Cond. ¡El conde!
Si os hallase aquí... ocultaos. (*A Jesusa.*)
Llevaosla... por allí. (*A la camarera.*)
Cam. Venid. (*A Jesusa.*)
Cond. Pronto.
Jes. ¡Vaya un caso! (*Vase.*)
Cond. ¡El conde! ¡A qué tiempo! ¿Cómo
Ocultar mi sobresalto?
(*Se sienta junto á la mesa, toma un libro y aparenta leer.*)

ESCENA V.

LA CONDESA, OLIVARES.

Oliv. Turbada está... ¡Condesa!
Cond. ¡Ah!
Oliv. ¿Todavía
Ataviada no os hallo?
Cond. Os esperaba;

Y...

Oliv. Conmovida estais.

Cond. ¡Yo!...

Oliv. Sí... ¿Qué penas
Os pueden afligir?

Cond. No tengo nada:
Nada... Estaba leyendo.

Oliv. ¡Pues tan triste
Es ese libro!

Cond. Sí... mucho.

Oliv. ¿Se llama...?
(*Tomando el libro.*)
El ingenioso Hidalgo... ¡Oh! sí... no hay [duda;
Muy triste.

Cond. Es que...

Oliv. ¡Señora!
(*Con severidad.*)

Cond. ¡Oh qué miradas!
(*Aparte.*)
¿Qué me quereis?

Oliv. ¿Yo?... nada... Id á vestiros,
Y volved pronto.

Cond. Bien. Voy. (¡A Dios gracias!)
(*Aparte.*)

Oliv. Yo en tanto escribiré.

(*Olivares se acerca á la mesa para escribir. La condesa, que estará ya cerca de la puerta, se acuerda de la carta que dejó empezada, y vuelve precipitadamente.*)

Cond. (¡Dios!... ¡Qué imprudencia!
(*Aparte.*)
Olvidada he dejado allí mi carta.)
¡Señor!...

Oliv. ¿Qué?

Cond. Permitid... Esos papeles...

Oliv. Verdad es: aquí miro principiada...

Cond. Es cosa indiferente.

Oliv. Sin embargo,
(*Observándola.*)
De modo lo decís...

(*Viendo que la condesa se abalanza á coger la carta, pone la mano encima.*)

Tened... dejadla.

Cond. ¡Señor!...

Oliv. La he de leer.

Cond. Pero...

Oliv. Lo quiero.

Cond. No... no permitiré...

(*Olivares aparta con una mano á la condesa, y con la otra toma la carta y principia á leer.*)

Oliv. *¡Hija adorada!*
¡Cielos!

Cond. ¡Perdon! ¡perdon!

Oliv. Ea, apartaos.
(*Repeliéndola.*)

Cond. ¡Infeliz!... ¡Soy perdida!... ¡Dios me valga!

(*Se deja caer llorando sobre un sillon.*)

Oliv. ¡Hija adorada! — ¡O Dios!... ¿Qué horrible arcano?...
Ansio y tiemblo saber... Fuerzas me faltan
Ya para proseguir... ¿Es por ventura
Mayor de lo que pienso mi desgracia?
Leamos...

(*Lee para sí mostrando grande agitacion.*)

Sí...no hay duda... ¿Qué mas prueba?. .
¡Cierto su crímen es, cierta mi infamia!

Cond. ¡Ah! escuchadme...
(*Levantándose y yendo hácia él.*)

Oliv. Decid... ¿cuál hija es esta?
La nuestra... lo sabeis... tiempo ha descansa
En la tumba... Explicad... Probad que es falso
Esto que estoy leyendo... ilusion vana...
¿Qué?... ¿callais?... ¡Maldicion!... ¡Para engañarme,
Señora, no encontrais ni una palabra!

Cond. ¡Ah!... ¿Qué os podré decir?... Solo me es dado,
¡Triste de mí! llorar á vuestras plantas.
(*Se arroja á sus piés.*)

Oliv. Alzad, señora, alzad... Pronto... aquí mismo... [halla?
Decid... ¿cuál hija es esta?... ¿dónde se
¿Por qué hora la escribís?... Quiero saberlo...
Pronto, decid, hablad... ¡O qué tardanza!

Cond. ¿A qué intentais saber?...

Oliv. Mujer perversa,
Y ¿aun lo osas preguntar?... ¿Ves esta es- [pada?
En su vil corazon una vez y otra,
Y en el tuyo despues, quiero clavarla.

Cond. ¡En el mio podreis... nunca en el suyo!
Venid, saciad en mí vuestra venganza.
Pero antes escuchad... Mas que la vida
Aprecio á vuestros ojos ser honrada:
Dadme la muerte; pero sea solo
Luego que mi virtud quede sin mancha.

Oliv. ¿Qué es lo que osas decir?... De alucinarme
¿Aun conservar pretendes la esperanza?
¿Tu crímen negarás?

Cond. Todo me acusa:
Venganza justa vuestro honor reclama;
Mas nunca os ofendí, nunca, lo juro.
Nunca fuí criminal, fuí desgraciada.

Oliv. Bien... suspendo mis iras... ya te escucho.
Habla... descubre tan horrible trama:
Sepa yo la verdad... sí... toda entera.
Mas, desdichada, tiembla si me engañas.

Cond. ¡Ah!... me sostengo apenas .. permitidme.

Oliv. Sentaos. (*Le da un sitial.*)
Cond. Dadme fuerzas, Vírgen santa.
Antes que el himeneo nuestra suerte
Estrechara, señor, con fiel lazada,
Allá en Sevilla, en el ardiente estío,
De mi quinta una noche regresaba;
Que en ella del frescor y de las flores
Fuera alegre á gozar con otras damas.
Palafrenes soberbios nos traian
Entre gritos, canciones y algazara,
Y apenas reprimian nuestras manos
Su ardor que alegres voces aguijaban.
Numerosos criados y escuderos
Iban en derredor, pero sin armas,
Ahuyentando las sombras de la noche
Con la movible luz de ardientes hachas.
Salíamos del bosque, y ya lucian
Del rio cerca las sonantes aguas,
Cuando á los ojos nuestros se presenta
De mozos bulliciosa cabalgata
Que con tenaz empeño descorteses,
Dándoles el licor sin duda audacia,
Detenernos intentan, empleando
El insulto grosero y la amenaza.
Oliv. ¡Dios mio! (*Turbado.*)
Cond. ¿Qué teneis?
Oliv. Nada... un recuerdo...
Seguid, por Dios, seguid.
Cond. ¡Ay! Asustada,
Tomando solo del temor consejo,
Y prestando la espuela al corcel alas,
Huyo por la pradera, y mas me asusto
Al ver que un caballero ya me alcanza...
Oliv. ¡Cielos!... ¿Con que érais vos?... A vuestros gritos,
Sin freno ya, vuestro bridon se espanta,
Ciego en el bosque lóbrego se interna,
Allí en el suelo sin sentido os lanza;
Y... [¿cómo?... ¡Cielos!
Cond. ¿Qué oigo?... ¿Ya sabeis?... Mas
¿Quién os pudo contar?...
Oliv. Esposa cara,
Alza ya sin temor la frente pura,
Que harto estás á mis ojos disculpada.
Cond. ¡Disculpada!
Oliv. Lo estás; y yo gozoso,
Rendido mi perdon pido á tus plantas.
(*Se arrodilla.*)
Cond. ¡Vuestro perdon!
Oliv. Sí... sí... que el atrevido
Que echara entonces en tu honor tal man-
Mírale aquí á tus piés... Era el esposo [cha,
Que un Dios reparador te destinaba.
Cond. ¿Quién?... ¡Vos!... No me engañeis... ¡Vos! ¡Cielo santo!
¿Cómo creer?... No... no... fortuna tanta...
Oliv. Sí... yo fuí.. no lo dudes... Aun
Una cruz de rubíes que llevabas, [conservo
Y al huir te arranqué.
Cond. ¡Bondad divina,
Hoy con usura mis desdichas pagas!
Oliv. Sí... ven... querida esposa... en este pecho
El llanto del placer hora derrama.
¡O dicha sin igual!... ¡Con que otra hija
A reemplazar vendrá la que lloraba!
¿Concibes mi placer?... ¡Ah! de contento
Yo me debo morir al abrazarla. [to...
Pero ¿dónde se encuentra?... Vamos... pron-
Llévame donde está... Ven, pues: ¿qué tardas?
Cond. ¡Ay!
Oliv. ¿Qué es esto?... ¿Suspiras?
Cond. Esa hija
Que era mi dulce amor y mi esperanza...
Oliv. ¡Y bien!
Cond. Bella, sensible, candorosa,
Modelo de virtudes...
Oliv. Vamos... habla.
Cond. Ayer ¡ay cielos! la estreché en mi
Y hoy... [seno,
Oliv. Prosigue.
Cond. Me ha sido arrebatada.
Oliv. ¡Arrebatada!... Di... ¿Cuándo?
Cond. Esta noche.
Oliv. ¿Dónde?
Cond. En Madrid.
Oliv. ¡O Dios!... ¿Cómo se llama?
Cond. Serafina. [fierno,
Oliv. ¡Ella es!... Abrete, in-
Y hunde á este criminal en tus entrañas.
Cond. ¡Ah!... ¿Qué decís, señor?... ¿Sabeis acaso.
Quién es el monstruo atroz que osó robarla?
Oliv. Sí... le conozco. [vive!
Cond. ¿Conocéislo?... ¡Y
Y ¿todavía del verdugo el hacha
Su cuello no cortó?
Oliv. ¿Quieres vengarte?
Cond. ¡Si lo quiero, gran Dios! [daga,
Oliv. Toma esta
Y clávala en mi seno.
Cond. ¡Horrible crímen!
¡Vos habeis sido!
Oliv. Sí... Ven, y me mata.
Cond. ¡Monstruo infame!
Oliv. Lo soy.
Cond. ¡Vos!... ¿Con qué intento?
¿Qué hicísteis de ella, hablad? ¿Qué horrible trama?...
Oliv. No lo preguntes, no... si lo supie-
Cond. Si lo supiera... ¿y bien? [ras...
Oliv. Te horrorizaras.
Cond. ¡Ah!
(*Se oculta la cara con las manos.*)
Oliv. No quiero decirle... no... por siempre
(*Aparte.*)

gnore la verdad.

Cond. ¡Hija del alma! [pueda...

Oliv. ¿Mas á qué me detengo?... Acaso
Aun tiempo debe ser... Corro á salvarla.

Cond. ¿Será posible? [menos.

Oliv. Sí... lo espero al

Cond. Pues pronto. [insana,

Oliv. Vamos... Ambicion
¡Este es el fruto amargo que recoges!
¿Estás, por fin, bastante castigada?

ESCENA VI.

DICHOS, UN CRIADO.

Criado. Señor, el rey viene.

Oliv. ¡El rey!
¿El rey, decís?

Criado. Por la puerta
Que desde esta habitacion
Le da entrada á vuecelencia
En la real cámara.

Oliv. ¡Ah! ¡Pese
A mi maldecida estrella!

Cond. ¿Qué poderoso motivo...?

Oliv. Ya mi desdicha es completa.

Cond. ¿Cómo? ¿qué oculto misterio?...

ESCENA VII.

DICHOS, EL REY.

Rey. El cielo os guarde, condesa.

Cond. Señor...

Rey. Me alegro de hallaros:
En mi cámara os esperan.

Cond. ¿A mí?

Rey. Sí.

Cond. ¿Quién es?

Rey. Personas
Que os quieren bien: id á verlas.
(*Vase la condesa.*)

ESCENA VIII.

EL REY, OLIVARES.

Rey. ¡Y bien, don Gaspar?
(*Olivares, que habia permanecido como aplanado, vuelve en sí.*)

Oliv. ¡Señor!
¡Qué tan pronto estais de vuelta!

Rey. ¿De vuelta?... No sé de dónde.

Oliv. ¿De dónde quereis que sea?
De ver á esa Serafina.

Rey. No la he visto.

Oliv. (¡O providencia!)
(*Aparte, con extrema alegría.*)
¡Qué! ¿no habeis ido á su casa? (*Alto.*)

Rey. No por cierto.

Oliv. ¡Ah!
(*Como descargado de un gran peso.*)

Rey. ¿Cómo es eso?
Parece que esto os alegra.

Oliv. ¿Yo?... No, señor... Me es del todo
Indiferente.

Rey. Creyera...
Mas no me engañais... Teneis
Empeño, esto es cosa cierta,
En que vuestro rey de amores
Por esa niña se pierda.

Oliv. Muy al contrario. ¿Quereis
Creerme?... Pues con franqueza,
Que olvideis tal devaneo
Mi lealtad os aconseja.

Rey. (¿Qué mudanza?... Si sabrá...
(*Aparte.*)
Noto en su semblante cierta
Agitacion... Apuremos...)
Pues no estoy en esa idea; (*Alto.*)
Y hoy mismo ha de conseguir
Mi amor victoria completa.

Oliv. ¡O cielos! (*Aparte.*)

Rey. Se inmuta. (*Aparte.*)
Y vengo,
(*Alto.*)
Si es caso que no os molesta,
Para que me acompañeis
Ahora á ver á mi bella.

Oliv. ¿Yo, señor?

Rey. Sí... Con que vamos.

Oliv. Dejad...

Rey. Es cosa resuelta.

Oliv. Otro dia.

Rey. No, mi amor
No permite tanta espera.

Oliv. Perdonad... ciertos negocios...

Rey. Excusa todo.

Oliv. Es prudencia.
Conviene reflexionar...

Rey. ¡Reflexionar! ¡Esa es buena!
¡Despues que la hemos robado!

Oliv. Siempre viene bien la enmienda.

Rey. Pues, amigo, no hay remedio:
Hecho está el daño, paciencia.

Oliv. Pero, señor, advertid...

Rey. Con que en resumidas cuentas,
¿Os negais á acompañarme?

Oliv. Me repugna accion tan fea.

Rey. Pues bien, quedaos con Dios;
Si escrúpulos os aterran,
Yo iré solo.

Oliv. ¿Solo?

Rey. Sí.

Oliv. Mirad...

Rey. No suelto la presa;

Y pues la tengo encerrada...
Oliv. Pero, señor, la conciencia...
Rey. ¡Con lo que salís ahora!
Hermosa, amable y discreta
Me enamora Serafina,
Y voime corriendo á verla.
Oliv. ¿Ahora?
Rey. Sí, desde aquí.
Oliv. Por Dios, señor.
Rey. Sus finezas
Hoy colmarán mi ventura.
Oliv. Abandonad tal empresa.
Rey. ¿Ni aun solo quereis que vaya?
Oliv. Mis lágrimas os lo ruegan.
Rey. No os canseis...
Oliv. A vuestros piés
Os pido merced por ella.
Rey. ¿Por Serafina?
Oliv. Sí.
Rey. ¿Cómo?...
Oliv. Su recato, su inocencia...
Rey. ¿No sois el primero vos,
Decidme, que la atropella?
Si está en mis manos ahora,
¿Quién sino vos me la entrega?
Oliv. Es cierto, y de hecho tan vil
Me confunde la vergüenza.
Rey. ¡La vergüenza! ¿Es ella sola
La que á mis plantas os echa?
¡El que ayer era arrojado,
Hoy tan tímido se encuentra!
¡El que ayer pávulo daba
A mi pasion, hoy la enfrena!
¿Qué cambio es este? Sin duda
Un misterio aquí se encierra.
Quiero saberlo : decid.
Oliv. Señor...
Rey. Hablad.
Oliv. ¡Ah!... No acierta
Mi voz...
Rey. Pues voy...
Oliv. Serafina...
Rey. ¿Y bien?
Oliv. Es mi hija.
Rey. ¡Hija vuestra!
Falso.
Oliv. Creed á este llanto
Que hora vuestras plantas riega.
Rey. Alzad... Y ¿entregarme osásteis,
En vuestra ambicion funesta,
A vuestra sangre?
Oliv. ¿Pensais
Que hecho la hubiera esa afrenta
A saber que era hija mia?
Rey. Y ¿qué importa no lo fuera?
¿No caia en otros padres
De su deshonor la mengua?
¿Menos sagrada era acaso
La honra suya que la vuestra?
Oliv. No, señor, y hora conozco...
Rey. Lo que conocer debiérais
Ha tiempo ya; que un vasallo
Que á tan alto puesto llega,
Para aconsejar maldades
Su monarca no le eleva;
Que no debe acariciar
Sus juveniles flaquezas,
Sino leal contenerle
Si alguna vez se despeña.
Sin duda vuestra ambicion
Su apoyo fundaba en ellas,
Y atar me quiso á su carro
Con sus doradas cadenas;
Mas el cielo en su justicia
Hoy cual mereceis os premia;
Y darle podeis las gracias
De que no es mayor la pena;
Que á no ser de Serafina
La virtud firme cual peña,
La seduccion repeliendo
Con heróica resistencia,
Y á no encontrar en su amante
La generosa franqueza
Que hizo al fin á mis oidos
Llegar la verdad severa,
El crímen que aconsejásteis
Hoy á perpetrarse llega,
Y el deshonor y la infamia
Hoy vuestra frente cubrieran.
Oliv. ¡Ah! señor, vuestras palabras
De espanto y dolor me llenan :
Dejad que lejos de vos
Vaya á ocultar mi vergüenza.
(*Se aparta del rey, y se deja caer abismado en el sillon que está junto á la mesa, permaneciendo allí con la cara oculta entre las manos.*)

ESCENA IX.

DICHOS, LA CONDESA, SERAFINA, DON FERNANDO.

Cond. Ven... mira á tu padre ahora.
(*A Serafina.*)
Ser. ¡O dicha!
(*Quieren ir hácia donde está Olivares; el rey los detiene.*)
Rey. Aguardad.
Cond. Señor...
Rey. Cubierto allí de rubor
Su torpe delito llora.
Ser. ¡Ah! Perdonad...
Rey. Ya lo está;
Mas presentarle primero
Yo mismo á su hija quiero.

Cond. Pues qué, señor, ¿sabeis ya...?
Rey. Me lo ha dicho habrá un momento.
(*Toma á Serafina por la mano y se acerca á Olivares*)
Conde, alzad; que virtuosa,
Y tan pura como hermosa,
A vuestra hija os presento.
Oliv. ¡Ah! señor... ¿será verdad?
Rey. Aquí la teneis; miradla.
Ser. ¡Padre!
Rey. ¿Qué haceis?... Abrazadla.
(*Viendo que Olivares está indeciso y como mirándola asombrado.*)
(*Olivares se levanta y abraza entusiasmado á Serafina.*)
Oliv. ¡Hija mia!
Rey. Y vos, llegad,
(*A don Fernando.*)
Don Fernando.
Fern. ¿Permitís...?
(*Acercándose á Olivares.*)
Oliv. ¡Ved qué hermosa! (*Al rey.*)
Rey. ¡A quién lo dice!
Ser. ¡De hoy mas me creo felice!
Rey. Conde-duque, ¿no advertís
Que otro hijo os da los brazos? [Venid,
Oliv. ¿Quién?... ¡Don Fernando!...
Y los mios recibid.
Fern. ¿Aprobais tan dulces lazos?
Oliv. ¡Pues no los he de aprobar!
Fern. Colmais, señor, mi ventura.
(*El rey se separa, va á la mesa, se sienta y se pone á escribir.*)
Oliv. ¿Quién tal dicha me procura,
Trocando en ella el pesar?
Fern. El rey mismo; apenas fuí
A su presencia guiado
Cuando gozosa á su lado
A mi Serafina ví.
Supe entonces la verdad,
Quién el robo ejecutara,
Y en fin, que él le conservara
Honra, esposo y libertad.
Oliv. ¡Oh cómo pagar podremos,
Gran monarca!... Pero ¿dónde?...
Fern. Allí está escribiendo.
Rey. Conde,
Aguardad; que hablar tenemos.
(*Dobla el papel que acaba de escribir, y se acerca con dignidad á los demás personajes.*)
Gozad, amantes esposos,
De tan placentera union,
Y el cielo vuestra pasion
Corone haciendoos dichosos.
Mas huidme presurosos,
Y perdonadme si os ruego
Que os alejeis de mí luego;
Pues aunque he jurado ahogar
Mi amor, no es bueno dejar
Las estopas junto al fuego.
Vos, conde, en este papel
Mis órdenes recibid,
Y sin tardanza cumplid
Lo que va prescrito en él.
Me habeis sido amigo fiel,
De lealtad haceis alarde;
Mas ya conozco, aunque tarde,
Y aunque el corazon me aflige,
Lo que mi corona exige;
Y lo hago al fin.—Dios os guarde. (*Vase.*)

ESCENA ULTIMA.

LA CONDESA, DOÑA SERAFINA, DON FERNANDO, OLIVARES.

Cond. ¡Cielo santo! ¿qué será?
Oliv. ¡Harto el alma lo recela!
Mi sangre toda se hiela.
Cond. Abrid, pues.
Oliv. Leamos ya.
(*Abre el pliego y lee.*)
« Conde-duque; resuelto como lo estoy, » á gobernar en lo sucesivo por mí solo el » reino, os relevo de todos los cargos que » os tenia conferidos; siendo mi voluntad » vayais á descansar de vuestras fatigas al » palacio de Loeches.—YO EL REY. »
¡Cielos! ¡Mi desdicha es cierta!
Fern. No, no; pensadlo mejor;
Ese decreto, señor,
De afanes mil os liberta.
Oliv. ¿Quién podrá, triste de mí,
En mi caida espantosa
Darme consuelo?
Cond. Tu esposa.
Fern. y Ser. Y vuestros hijos.
Oliv. ¡Ah!... ¡sí!
(*Mirándolos con ternura y abrazándolos.*)

FIN.

PARIS.—EN LA IMPRENTA DE E. THUNOT Y Cᵉ, CALLE RACINE, 26.


THE LIBRARY OF CONGRESS


THE LIBRARY OF CONGRESS
WERT
BOOKBINDING
Grantville, Pa.
Mar. — April 1983
We're Quality Bound


LIBRARY OF CONGRESS
0 023 830 485 4